MANUAL DE MARXISMO-LENINISMO

Academia de Ciencias de la URSS

Edición: Grijalbo, Méjico 1960.

Índice

PRESENTACIÓN

El fin que el presente libro se propone es exponer, en forma asequible a todos, los fundamentos del marxismo-leninismo como doctrina que representa en sí un conjunto único y armónico. Para ello los autores se han apoyado en los trabajos de Marx, Engels y Lenin, y también en los acuerdos y documentos del Partido Comunista de la Unión Soviética en que se recoge su valiosa experiencia. En el examen de muchas cuestiones se tiene presente asimismo la experiencia de los Partidos Comunistas y Obreros hermanos.

Los autores no se proponían escribir un trabajo académico; por eso se han detenido principalmente en las tesis del marxismo-leninismo que más actuales son en las presentes circunstancias. Esto se ha reflejado tanto en el carácter de la exposición como en la estructura del propio libro.

Las dos secciones primeras se ocupan de las tesis fundamentales de la filosofía marxista-leninista, es decir, del materialismo dialéctico y del materialismo histórico. En la tercera sección se ofrece un resumen de la economía política marxista-leninista del capitalismo, de esencial importancia para comprender no sólo las leyes de desarrollo de este régimen, sino también el carácter ineluctable de la lucha de los trabajadores por su emancipación y de la revolución socialista. La sección cuarta trata de la teoría y táctica del movimiento comunista internacional, principalmente en las condiciones propias del capitalismo.

Otra sección -la quinta- se refiere a la construcción de la sociedad socialista y comunista. Esta doctrina -que en vida de Marx y Engels era una predicción científica del futuro- se ha convertido en nuestro tiempo en la base de su labor práctica para los pueblos de los países socialistas. De ahí la gran atención que el libro presta a los problemas de la construcción de la nueva sociedad, particularmente a la aportación de V. I. Lenin, y también a la experiencia práctica reunida en la Unión Soviética y otros países socialistas.

El libro ha sido escrito por un grupo de trabajadores y publicistas científicos y del Partido. El trabajo principal ha corrido a cargo de O. V. Kuusinen (director), Y. A. Arbátov, A. S. Beliakov, S. I. Vigodski, A. A. Makarovski, A. G. Mileikovski, E. P. Sitkovski y L. M. Sheidin.

En la redacción de distintos capítulos han trabajado también K. N. Brutents, F. M. Burlatski, N. I. Ivanov, I. S. Kon, B. M. Leibzon, N. V. Matkovski, Y. K. Melvil, D. E. Mélnikov, I. A. Mendelsón, T. A. Stepanián y S. G. Strumilin. Además, en la exposición de algunas cuestiones han sido utilizados materiales presentados por V. F. Asmus, A. N. Kuznetsov, B. P. Kuznetsov, Y. N. Semiónov, I. S. Smirnov y P. S. Cheriomnij.

Han prestado valiosa ayuda en la preparación del texto con sus observaciones y consejos: en los problemas filosóficos, A. D. Alexándrov, correspondiente de la A. de C. de la U.R.S.S.; B. M. Vul, correspondiente de la A. de C. de la U.R.S.S.; el profesor G. M. Gak; el profesor G. E. Glézermanó F. V. Konstantínov, correspondiente de la A. de C. de la U.R.S.S.; J. S. Koshtoiants, correspondiente de la A. de C. de la U.R.S.S.; el profesor M. M. Rosental y P. N. Fedoséiev, correspondiente de la A. de C. de la U.R.S.S.; en los problemas científicos, el académico A. N. Nesmeiánov; en los problemas económicos, A. A. Arzumanián, correspondiente de la A. de C. de la U.R.S.S.; el académico E. S. Varga; el profesor L. M. Gatovski, y L. A. Leóntiev, correspondiente de la A. de C. de la U.R.S.S.; en el capítulo XXV, Y. P. Frántsev, correspondiente de la A. de C. de la U.R.S.S. Se han recibido observaciones muy útiles de una serie de trabajadores responsables del Partido y de los Sóviets.

Los autores tienen clara noción de las dificultades que encierra una exposición científica y a la vez asequible de la doctrina marxista-leninista, que sin cesar se desarrolla y enriquece con el cambio de las condiciones históricas. Es lógico que la primera experiencia, emprendida después de muchos años, de exposición en una obra de todas las tesis fundamentales del marxismo-leninismo adolezca de defectos y lagunas. Por eso, cuantos consejos y observaciones críticas de los lectores puedan mejorar el libro serán recibidos con gratitud y tenidos en cuenta en ediciones posteriores de la obra.

Los AUTORES.

PREFACIO.

La concepción del mundo del marxismo-leninismo

La doctrina de Marx es todopoderosa porque es cierta.

Lenin

El estudio de los fundamentos del marxismo-leninismo requiere un trabajo serio y profundo; exige, por tanto, esfuerzo y tiempo. ¿Qué es lo que proporciona al hombre esta doctrina?

Resumidamente, se podría responder así: el estudio de los fundamentos del marxismo-leninismo permite adquirir una concepción completa del mundo, que es la más avanzada de cuantas existen en nuestra época. Esta concepción agrupa en un sistema armónico las partes principales de la gran doctrina de Marx y Lenin. En las páginas que siguen, dicha doctrina es expuesta en el orden siguiente:

la filosofía marxista-leninista, en la cual se incluye también la concepción materialista de la historia;

la doctrina económica del marxismo-leninismo;

la teoría y táctica del movimiento comunista internacional, con la valoración marxista-leninista de las corrientes más importantes del movimiento democrático contemporáneo;

la doctrina del socialismo y del comunismo.

Se comprende que un solo libro no puede abarcar todos los valores que la concepción marxista-leninista del mundo encierra. En la presente obra se exponen únicamente los *fundamentos* del marxismo-leninismo,

Las concepciones del mundo son muy diversas: las hay progresivas y las hay reaccionarias. Entre estas últimas hay algunas que se basan en viejas creencias y que imponen la necesidad de mantenerse en dependencia ciega de un imaginario ser sobrenatural, de sus vicarios en la tierra y los ungidos por el Señor. Hay también concepciones cuyos partidarios, sin hablar de Dios y aun jurando fidelidad a la ciencia, recurren a argumentos sutiles, pero falsos, para destruir la convicción del hombre moderno en la existencia real del mundo material que nos rodea.

Así es como proceden los adeptos de las corrientes más en boga del idealismo moderno. Muchos de ellos no creen en la existencia de fuerzas sobrenaturales, pero, sometidos como están a la influencia de los convencionalismos y prejuicios tradicionales de la sociedad burguesa, no quieren cerrar todas las puertas a la fe en esas fuerzas sobrenaturales. Por eso, esgrimiendo y deformando los últimos datos de la ciencia, siembran la duda en la materialidad de la naturaleza. A su vez, teólogos y eclesiásticos: los aplauden, esperando que el hombre que cree en la inmaterialidad del mundo puede llegar a creer todo lo que se quiera.

Quiere decirse que no es ciencia todo lo que imita a la ciencia, que no es oro todo lo que reluce. Precisamente en nuestro tiempo, muchas variedades del idealismo filosófico se adornan de buen grado con el plumaje de pavo real de las ciencias exactas, tratando de encubrir la esencia anticientífica de sus doctrinas. Pero en realidad *temen* los más importantes descubrimientos de la ciencia, los pasan por alto o los deforman.

El marxismo-leninismo se diferencia muy ventajosamente de todos los demás sistemas en cuanto a su concepción del mundo.

No admite la existencia de fuerzas sobrenaturales ni de creador alguno. Pisa fuerte en el suelo de la realidad, en el suelo del mundo en que vive. El marxismo-leninismo emancipa definitivamente a la humanidad de las supersticiones y de la secular dependencia espiritual. Llama al hombre a ser independiente, libre y consecuente en su modo de pensar.

El marxismo-leninismo toma al mundo tal cual es, sin identificarlo con un infierno ni con un paraíso. Su punto de partida es que toda la naturaleza, sin exceptuar al hombre, se compone de materia con sus distintas propiedades.

La naturaleza, lo mismo que cada uno de sus fenómenos, se halla en constante desarrollo. Las leyes de este desarrollo no han sido establecidas por Dios ni dependen de la voluntad de los hombres; son propias de la naturaleza misma y el hombre es plenamente capaz de conocerlas. En el mundo no hay cosas incognoscibles de por sí; de hecho sólo hay cosas que todavía no han sido conocidas, pero que lo

serán con ayuda de la ciencia y de la práctica.

La concepción marxista-leninista del mundo tiene su origen en la ciencia y *confía* en ella en cuanto no se aparta de la realidad y de la práctica. Progresa y se enriquece a medida que la ciencia avanza.

El marxismo-leninismo enseña que el desarrollo no sólo de la naturaleza, sino también de la *sociedad humana,* se produce con arreglo a leyes objetivas, que son independientes de la voluntad de los hombres.

Al revelar cuáles son las leyes fundamentales que rigen el desarrollo de la sociedad, el marxismo convirtió la historia de los hombres en una ciencia verdadera, capaz de explicar tanto el carácter de cualquier régimen social como el progreso que lleva a la sociedad a pasar de un régimen a otro.

Esto fue un triunfo formidable del pensamiento científico.

Nadie de quienes con un espíritu burgués cultivan las ciencias sociales (sociología, economía política, historia) ha podido refutar la comprensión materialista de la historia; nadie ha podido oponerle otra teoría que fuese aceptada, al menos, por la mayoría de los hombres de ciencia burgueses. Y a pesar de todo, son muchos los que, con tozudez desesperada, se apartan del materialismo histórico. ¿Por qué? Porque esta doctrina echa por tierra la fe en el carácter "eterno" del régimen capitalista. Si admitimos que el paso de la sociedad de un régimen a otro es un fenómeno sujeto a leyes, sería imposible negar que el régimen capitalista esta condenado a ceder su puesto a otro régimen social más progresivo. Admitirlo así les resulta difícil y doloroso no sólo a los propios capitalistas, sino también a los científicos que se encuentran bajo su dependencia material o espiritual.

Jamás, en la historia de las sociedades de clase, ninguna de las clases dominantes pensó que su régimen estaba condenado a la muerte y desaparición. Los esclavistas creían que su régimen era eterno y que había sido establecido por Dios. Los señores feudales que vinieron a reemplazarlos estaban también convencidos de que su régimen -el feudalismo- había sido establecido de una vez para siempre por la voluntad divina. Pero hubieron de ceder su puesto a la burguesía. Ahora es ésta la que se hace ilusiones imaginándose que su régimen -el capitalismo- presenta un carácter "eterno" e "inmutable". Y muchos eruditos sociólogos e historiadores, que no desean romper con el capitalismo, echan mano a toda clase de recursos para quebrantar los hechos, cuando éstos nos dicen que los sistemas sociales evolucionan y cambian según leyes que les son propias y que no dependen de la voluntad de las clases dominantes y de sus ideólogos.

Quiere decirse que si los ideólogos burgueses combaten la concepción marxista de la historia no es porque ésta sea errónea, sino, precisamente, porque es cierta.

La ciencia verdadera, que estudia las leyes a que se hallan sujetos la acción y el desarrollo de las fuerzas de la naturaleza o de la sociedad, siempre prevé lo nuevo. La ciencia marxista, que se refiere a las leyes del desarrollo social, permite orientarse en la compleja situación de las contradicciones sociales; y, lo que es más valioso, ayuda a prever cómo se desenvolverán los acontecimientos, la dirección del proceso histórico y las etapas futuras del desarrollo social.

Por lo tanto, el marxismo-leninismo pone en nuestras manos un instrumento con ayuda del cual es posible asomarse al futuro y ver los perfiles de los próximos virajes de la historia. Es a modo de un "telescopio del tiempo" que descubriese las grandiosas perspectivas de la humanidad en el futuro, emancipada del yugo del capital como último régimen de explotación. Pero cuando la ciencia avanzada invita a los sabios burgueses (que afirman que "no se puede prever nada") a mirar por el "telescopio del tiempo" marxista, cierran los ojos: les asusta asomarse al futuro...

Los marxistas no temieron nunca mirar adelante. Representantes como son de la clase a la cual pertenece el porvenir, no tienen interés alguno en conservar vanas ilusiones que se hacen añicos al chocar con los hechos, con la ciencia.

Los marxistas rusos, dirigidos por Lenin, previeron la revolución socialista en su país como tarea históricamente madura, llamaron a la clase obrera a la lucha decisiva, organizaron el asalto de las fortalezas del régimen de explotación y alcanzaron un completo triunfo.

Los marxistas-leninistas de la Unión Soviética previeron la posibilidad de construir el socialismo en su inmenso país, llamaron a los trabajadores a la realización de tan gran empresa y lograron el triunfo del socialismo.

Los marxistas-leninistas de la Unión Soviética y de otros países preveían la posibilidad de que la Alemania fascista desencadenase una segunda guerra mundial, lo advirtieron así a los pueblos de todo el mundo y anunciaron la derrota de Alemania. Estallada la guerra, las fuerzas del agresor alemán y de sus aliados fueron destrozadas gracias, principalmente, a los heroicos esfuerzos del pueblo soviético y de su glorioso ejército.

Los marxistas-leninistas de las democracias populares advertían la posibilidad y la necesidad histórica del derrocamiento del capital dentro de cada uno de sus países, del establecimiento del poder del pueblo trabajador, dirigido por la clase obrera, y de la implantación de las necesarias transformaciones socialistas. Tuvieron presente estas necesidades ya maduras del desarrollo social y condujeron a sus pueblos por el camino de la construcción del

socialismo, en lo que se han apuntado ya grandes éxitos.

Los marxistas-leninistas de China advertían la posibilidad y la necesidad, históricamente maduras, de alcanzar la emancipación de su gran pueblo del poder de los colonizadores extranjeros y de quien dentro del país se hallaba a su servicio, a fin de implantar un verdadero gobierno del pueblo. Bajo la dirección de la clase obrera y del Partido Comunista, la China popular, cual auténtico gigante que es, se puso en pie, derrotó a sus enemigos de dentro y de fuera y llevó adelante con éxito las difíciles tareas de la revolución democrático-burguesa. Con la mayor de las energías, la China popular puso mano al cumplimiento de sus atrevidos propósitos de construcción del socialismo. El viejo país se transforma con asombrosa rapidez.

Así, pues, los más importantes jalones de la primera mitad de nuestro siglo son prueba irrefutable de que los comunistas, armados con la teoría marxista, estaban en general en lo cierto en cuanto a sus juicios sobre el futuro histórico. La verdad de la comprensión marxista-leninista de la historia se ha visto plenamente confirmada en la práctica.

La teoría marxista-leninista no es un dogma, sino una *guía para la acción.* De lo que se trata es de aprender a aplicarla con un acertado criterio.

Esta teoría alumbra el camino a seguir. Sin ella, hasta los hombres progresistas habrían de caminar a ciegas, sin una comprensión real y profunda de lo que ocurre a su alrededor.

La teoría marxista-leninista proporciona una base científica a la *política* revolucionaria. Quien en política se guía por sus deseos subjetivos, jamás será otra cosa que un mero soñador, o bien correrá el riesgo de ser arrojado al vertedero de la historia, pues ésta no se ajusta a los deseos de los hombres si estos deseos no se acomodan a las leyes de la misma. Por eso subraya Lenin la necesidad de analizar con verdadera sensatez científica la situación objetiva de las cosas y la marcha objetiva de la evolución, cuando se trata de marcar la línea política del Partido, y luego aplicar esa línea con toda la energía revolucionaria. Y Marx decía:

"Hay que tomar las cosas como son, es decir, defender la causa de la revolución en la forma que corresponda al cambio sufrido por las circunstancias."[1]

La teoría marxista, fruto de la experiencia y del pensamiento revolucionario de todos los países, corresponde a la misión histórica de la clase obrera, que está llamada a cumplir el papel de destacamento de vanguardia y dirigente del gran movimiento de liberación de todos los oprimidos y explotados. La concepción marxista tiene en el proletariado a su instrumento material, lo mismo que el proletariado tiene en la concepción marxista su arma espiritual.

Por ello el marxismo-leninismo es una preciosa fuente de energía vital para todos los trabajadores, para cualquier hombre progresista deseoso de comprender acertadamente el mundo que le rodea, de no vivir a merced del azar y de aportar conscientemente su contribución a los acontecimientos que se desenvuelven en el mundo. Estos hombres suman ya millones, y su número aumenta sin cesar. Se ponen en movimiento masas cada vez más amplias de seres anónimos que no quieren que su vida transcurra en vano y aspiran a ser elementos conscientes y activos del progreso histórico. Para esas masas el marxismo significa una ayuda inestimable. Esto se refiere singularmente a los jóvenes, a quienes la concepción marxista-leninista del mundo acorta extraordinariamente el camino de la madurez política, les da experiencia y les ayuda a encaminar su fogosa energía por una ruta cierta, en bien de la humanidad entera.

La concepción marxista-leninista puede servir de punto fiel de orientación *en la creación científica,* y no sólo cuando se trata de las ciencias sociales, sino también en las ciencias de la naturaleza. ¿Acaso no ayuda en sus investigaciones a los naturalistas una acertada visión del mundo, la comprensión de sus leyes generales, concatenaciones y procesos? Tal visión y tal comprensión las proporciona la teoría marxista-leninista.

No puede atribuirse a un azar que, actualmente, muchos sabios ilustres, movidos a ello por la experiencia reunida en su labor científica, adopten íntegramente la doctrina marxista o acepten tácitamente unos u otros aspectos de su teoría, impulsados por el deseo de ahondar más en los misterios de la naturaleza y de servir mejor a sus semejantes.

Más aún. La asimilación de la concepción marxista-leninista del mundo abre perspectivas maravillosas a cuantos cultivan *el arte* y *la literatura,* al orientar su obra hacia una representación profunda y rica en ideas de la realidad por medio de imágenes artísticas. Sin la beneficiosa influencia de una concepción claramente progresiva, la obra del escritor o del artista moderno, en el mejor de los casos, siempre será una producción anémica. Y en nuestro tiempo, la concepción más clara y precisa del mundo es la que proporciona el marxismo-leninismo.

Mientras que en la literatura burguesa se generaliza cada vez más la desesperanza, el pesimismo sin salida, la obra de los escritores y poetas progresistas se ve inspirada por un fecundo optimismo. Es una obra que cree en el futuro, que ama el futuro y que llama a un futuro feliz.

En un momento en que la ideología burguesa de Occidente pone de relieve una desesperada crisis de fe en el hombre, de fe en los destinos de la civilización, la concepción marxista-leninista despierta en las gentes el deseo de incorporarse a la

[1] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. rusa, t. XXV, 1936, pág. 475.

noble lucha que defiende los más altos ideales sociales.

Quien de veras llegue a comprender esta concepción del mundo, adquirirá la convicción profunda no sólo de la razón que asiste a la causa obrera, sino de la necesidad histórica del triunfo del socialismo en el mundo entero. Armado con la concepción marxista-leninista del mundo, aun el débil se convertirá en un hombre fuerte, políticamente firme y fiel a los principios. Adquirirá una convicción tan robusta que eso le permitirá resistir toda clase de pruebas.

Millones de seres de todo el mundo han bebido en el abundante manantial del marxismo-leninismo los grandes ideales de su movimiento y la inagotable energía necesaria para dar vida a esos ideales.

¿Es siquiera digno del hombre culto de nuestros días vivir sin una concepción progresista del mundo? Y aún peor es alimentarse con sucedáneos de baja especie, propios sólo para los pobres de espíritu.

Es mil veces preferible trabajar debidamente para asimilar los fundamentos de la concepción marxista-leninista del mundo, que nos hará espiritualmente ricos y nos colocará en condiciones ventajosas en la lucha contra las fuerzas negras de los imperialistas enemigos del género humano.

SECCIÓN PRIMERA.
FUNDAMENTOS FILOSÓFICOS DE LA CONCEPCIÓN MARXISTA-LENINISTA DEL MUNDO

Capitulo I. El materialismo filosófico

La base inconmovible de todo el edificio del marxismo-leninismo es su doctrina filosófica: el materialismo dialéctico e histórico. Esta doctrina toma el mundo tal como existe en la realidad, lo examina en consonancia con los datos de la ciencia avanzada y de la práctica social. El materialismo filosófico marxista es el producto legítimo del secular desarrollo del conocimiento científico.

1. Progreso de la ciencia materialista avanzada en lucha contra la reacción y la ignorancia

La ciencia es en su historia la palestra de una lucha constante de los investigadores y filósofos avanzados contra la ignorancia y la superstición, contra la reacción en política y en el campo de las ideas. En las sociedades de clases, basadas en la explotación, siempre hubo, como las hay ahora, fuerzas a quienes perjudica la difusión de las concepciones científicas avanzadas. Esas fuerzas son las clases reaccionarias de la sociedad. Unas veces, los reaccionarios se pusieron abiertamente contra la ciencia y persiguieron a los sabios y filósofos progresistas, sin que se detuvieran ni ante la hoguera o la prisión; otras, se esforzaron por deformar los descubrimientos científicos, despojándolos de su contenido materialista progresivo.

Los aristócratas reaccionarios destruían en la antigua Grecia las obras del eminente materialista Demócrito, fundador de la doctrina de la estructura atómica de la materia, que negaba la intervención de los dioses en la vida de la naturaleza y en los asuntos de los hombres. El filósofo materialista Anaxágoras fue expulsado de Atenas bajo la acusación de impiedad.

Epicuro, filósofo materialista continuador de Demócrito, exaltado en la Antigüedad como héroe que quitó a los hombres el miedo a los dioses y glorificó la ciencia, durante dos mil años sufrió el anatema de los "padres" de la Iglesia, que lo presentaban como a un hombre que sembraba el libertinaje y era enemigo de la moral.

El año 391, monjes cristianos entregaron a las llamas la famosa biblioteca de Alejandría, en la que se guardaba cerca de 700.000 obras de escritores y sabios antiguos. El papa Gregario I (590-604), enemigo acérrimo de la cultura laica y de la ciencia, mandó destruir un gran número de valiosas producciones de autores grecorromanos, y sobre todo las obras de los filósofos materialistas.

La Inquisición, creada por los papas para combatir a todos los enemigos de la Iglesia católica, persiguió con verdadera saña a los pensadores avanzados. En 1600 quemó en la hoguera a Giordano Bruno, eminente filósofo y sabio que defendía la doctrina de Copérnico. En 1619, en Toulouse (Francia), por sentencia de la Inquisición, los verdugos arrancaron la lengua a Lucilio Vanini y luego lo quemaron en la hoguera. El gran sabio italiano Galileo, defensor de la teoría de Copérnico, sufrió persecuciones de la Inquisición, la cual le obligó a abjurar públicamente de sus creencias. Voltaire, el famoso filósofo francés del siglo XVIII, estuvo recluido en la Bastilla, y la misma suerte corrió Diderot, filósofo materialista de aquel tiempo.

Sería erróneo pensar que la lucha de la reacción contra la ciencia es cosa de la Edad Antigua y Media. No ha cesado en la época del capitalismo. Los capitalistas muestran interés por el avance de las ciencias positivas -física, química, matemáticas, etc.- por cuanto ese avance se halla en relación directa con los éxitos de la técnica. Mas no desean en absoluto la propagación de la filosofía materialista, de una concepción científica del mundo que permita adquirir una noción exacta de cuanto ocurre alrededor, saber cómo reaccionar y qué actitud adoptar ante cada acontecimiento. De ahí que los ideólogos de la burguesía traten de evitar las conclusiones materialistas y ateas que se derivan de los descubrimientos científicos, recelosos de que eso pueda significar un peligro para su dominación.

La burguesía reaccionaria odia especialmente la doctrina del marxismo-leninismo y su filosofía, el materialismo dialéctico e histórico. Multitud de profesores burgueses se entregan a la labor de "refutar" el marxismo.

La moderna burguesía reaccionaria no quema en la hoguera a los investigadores y filósofos avanzados,

sino que recurre a otros procedimientos para influir sobre ellos: los aparta de las universidades e institutos científicos, les quita de hecho la posibilidad de publicar sus trabajos, los desacredita moral y políticamente, etc. Estos últimos años toda clase de recursos han sido puestos en juego en los Estados Unidos y otros países para combatir las "ideas peligrosas". Con estas medidas y con la propaganda de su ideología reaccionaria la clase dominante presiona sobre la conciencia de los hombres, les imbuye aquellas ideas que considera convenientes y se opone a la propagación de las concepciones materialistas avanzadas.

Sin embargo, por espinoso que sea el camino de la ciencia y de la filosofía materialista, por grandes que sean los sacrificios que se les exijan en una sociedad basada en la explotación, en última instancia superan todos los obstáculos y siguen con empeño su avance.

La ciencia materialista y la filosofía avanzada son fuertes porque dan a conocer a los hombres las leyes de la naturaleza y de la sociedad, porque les enseñan a valerse de estas leyes en beneficio de la humanidad, los sacan de las tinieblas de la ignorancia y los elevan a la luz del verdadero conocimiento.

2. Materialismo e idealismo

La filosofía considera los problemas más generales de la concepción del mundo.

La filosofía materialista parte de la afirmación de que la naturaleza existe: existen las estrellas, el Sol, la Tierra, con sus montañas y llanuras, con sus mares y bosques, con los animales, con el hombre dotado de conciencia, de la capacidad de pensar. No hay ni puede haber fenómenos o fuerzas sobrenaturales. Dentro de la gran variedad que la naturaleza brinda, el hombre no es sino una partícula, y la conciencia es una propiedad o capacidad del hombre. La naturaleza existe objetivamente, esto es, fuera de la conciencia del hombre y con independencia de ella.

Hay, sin embargo, filósofos que niegan la existencia de la naturaleza como algo independiente de la conciencia. Según ellos afirman, lo primero que existe es la conciencia, el pensar, el espíritu o idea, y todo el mundo físico es derivado y depende del principio espiritual.

El problema de la relación entre la conciencia humana y el ser material es el punto básico de toda filosofía, sin excluir la de nuestros tiempos. ¿Qué es lo primero, la naturaleza o el pensar? Los filósofos se dividen en dos grandes campos, según sea la respuesta que den.

Quienes consideran que lo primero es el principio material, la naturaleza, y que el pensar, el espíritu, es una propiedad de la materia, se sitúan en el campo del *materialismo.* Quienes afirman que el pensar, el espíritu o la idea existieron antes que la naturaleza, que ésta, de una manera o de otra, es creada por el principio espiritual, militan en el campo del *idealismo.* Esto y nada más es lo que en filosofía quieren decir "idealismo" y "materialismo".

Desde tiempos antiguos no cesa la reñida pugna entre los adeptos del materialismo y del idealismo. Toda la historia de la filosofía es una constante lucha entre dos campos, entre dos partidos: el materialismo y el idealismo.

El materialismo elemental.

Los hombres, en su actividad práctica, no ponen en duda que los objetos que les rodean y los fenómenos de la naturaleza existen con independencia de ellos y de su conciencia. Eso significa que, de un modo elemental, se mantienen en las posiciones del materialismo.

El materialismo elemental "de todo hombre sano que no está en un manicomio o que en la ciencia no comulga con los filósofos idealistas -escribe Lenin- consiste en que las cosas, el medio, el mundo existen *independientemente* de nuestra sensación, de nuestra conciencia, de nuestro *yo* y del hombre en general".[2]

Es imposible vivir de ideas, de conceptos, y alimentarse de las sensaciones propias, de los productos de la propia imaginación. En la práctica esto lo saben perfectamente todos, y también los filósofos dedicados a componer doctrinas idealistas que deducen la existencia de las cosas materiales de las sensaciones, conceptos e ideas. En repetidas ocasiones han debido manifestar que viven a pesar de su filosofía y que si, en efecto, en el mundo no existiesen cosas materiales, la gente se moriría de hambre.

El materialismo elemental, no consciente, es profesado por la inmensa mayoría de los naturalistas. Estos no penetran de ordinario en los problemas filosóficos, sino que se dejan llevar por la lógica del material científico que ellos manejan. A cada paso, la naturaleza les muestra el carácter material de los fenómenos que investigan. Da lo mismo que su estudio se refiera a los cuerpos celestes que a las moléculas y átomos, a los fenómenos de la electricidad y el magnetismo que al mundo de las plantas y los animales: siempre tienen ante sí procesos objetivos, cuerpos materiales y sus propiedades, leyes de la naturaleza que son independientes de la conciencia del hombre.

Dentro de la sociedad burguesa, con todas las condiciones que en ella imperan, sólo los científicos más intrépidos y consecuentes se declaran partidarios del materialismo filosófico. La mayoría de ellos se encuentran bajo una presión tan intensa de la ideología oficial, de la doctrina de la Iglesia y de la filosofía idealista, de todo el ambiente de la sociedad burguesa, que no se deciden a manifestar su materialismo, vacilan y a menudo se dicen idealistas, aunque, por el carácter mismo de sus investigaciones, profesan en el fondo ideas materialistas.

---

[2] V. I. Lenin, *Obras,* ed. rusa, t. XIV, pág. 57.

Así, por ejemplo, Thomas Huxley, naturalista inglés del siglo XIX, no admitía el materialismo. Mas en sus investigaciones sobre zoología, anatomía comparada, antropología y teoría de la evolución defendía concepciones materialistas, y afirmaba que el idealismo filosófico no trae consigo nada más que confusión y oscuridad. Engels calificaba a tales investigadores como "materialistas vergonzantes"; según Lenin, los alegatos antimaterialistas de Huxley no eran sino la hoja de parra que encubría su materialismo científico elemental.

Los investigadores contemporáneos llegan a menudo a conclusiones idealistas cuando tratan de concebir el sentido filosófico de sus descubrimientos. Pero mientras permanecen en un terreno estrictamente científico, mientras no se salen de sus laboratorios, de las fábricas, de los campos experimentales, mientras no se entregan a reflexiones filosóficas y se circunscriben al estudio de la naturaleza, obran, aun sin tener conciencia de ello, como verdaderos materialistas.

Alberto Einstein, uno de los físicos más grandes de nuestra época, se hallaba bajo la influencia de la filosofía idealista cuando exponía en alguno de sus trabajos consideraciones de tipo general, sin que ello fuese obstáculo para que la teoría de la relatividad, por él enunciada, sea de un carácter materialista.

Max Planck, otro físico famoso, autor de la teoría de los cuantos, tampoco confesaba su materialismo. No obstante, en sus trabajos sobre física y en sus escritos sobre cuestiones filosóficas defendía la idea de una "visión sana del mundo", que admitiese la existencia de la naturaleza como algo independiente de la conciencia del hombre. Max Planck combatió el idealismo filosófico y de hecho era materialista.

Ahora bien, la influencia del idealismo repercute a veces negativamente en la interpretación que los investigadores dan al propio material científico. Esto nos dice que el materialismo elemental no es una protección eficaz contra la penetración del idealismo. Sólo la filosofía del materialismo dialéctico, conscientemente adoptada, previene a los hombres de ciencia contra los errores idealistas.

El materialismo como filosofía avanzada.

El materialismo filosófico se diferencia del materialismo elemental o espontáneo en que se atiene a un criterio *científico* en la argumentación y exposición de las proposiciones materialistas, que aplica consecuentemente utilizando los datos de la ciencia avanzada y de la práctica social.

La filosofía materialista es un arma segura, que defiende al hombre de la funesta influencia de la reacción espiritual. Le sirve de guía en la vida y le muestra el camino acertado para aclarar cuantos problemas le inquieten acerca de la visión del mundo.

Durante milenios enteros la Iglesia ha imbuido al hombre el desprecio hacia la vida terrena y el temor a Dios. Ha enseñado, principalmente a las masas oprimidas de la humanidad, que su destino es trabajar y orar, que la felicidad no se puede conseguir en este "valle de lágrimas" y únicamente la alcanzarán en la "otra vida" si en ésta son mansos. La Iglesia amenaza con el castigo de Dios y con los tormentos del infierno a quien se atreva a levantarse contra la dominación de los explotadores, supuestamente establecida por la voluntad divina.

La filosofía materialista tiene el gran mérito histórico de haber ayudado al hombre a emanciparse de las supersticiones. En tiempos antiguos combatió ya el miedo a la muerte y el temor a los dioses y a otras fuerzas sobrenaturales.

No hay que poner las esperanzas en la vida de ultratumba; lo que hace falta es estimar en lo que vale la vida terrena y tratar de mejorarla: eso es lo que enseña la filosofía materialista. El materialismo fue el primero en exaltar la dignidad y la razón humanas, en proclamar que el hombre no es un gusano que se arrastra por el polvo, sino el ser supremo de la naturaleza, capaz de dominar y gobernar sus fuerzas. El materialismo tiene una fe absoluta en el poderío del saber, en la razón del hombre, en su capacidad para descubrir los secretos del mundo que nos rodea y crear un régimen social sensato y justo.

Los voceros del idealismo difaman a menudo al materialismo, al que presentan como "una concepción sombría, plomiza, parecida a una pesadilla" (W. James). En realidad, es precisamente la filosofía idealista, sobre todo la contemporánea, la que ofrece unos tonos sombríos. No es el materialismo, sino el idealismo el que niega la capacidad cognoscitiva de la razón y predica la desconfianza hacia la ciencia; no es el materialismo, sino el idealismo el que ensalza el culto a la muerte; no es el materialismo, sino el idealismo el que fue y es un terreno abonado para los más repugnantes brotes del antihumanismo: la teoría racista y el oscurantismo fascista.

El idealismo filosófico se niega a aceptar la realidad del mundo material que nos rodea, huye de él, lo califica de impuro y, en su lugar, dibuja un mundo inmaterial imaginario.

El materialismo, por el contrario, ofrece un cuadro real y verdadero del mundo, sin el menor aditamento de espíritus, de un Dios creador, etc. Los materialistas no esperan ayuda alguna de las fuerzas sobrenaturales, creen en el hombre y en su capacidad para transformar el mundo con su propia mano y de hacerlo digno de él.

El materialismo, en su última esencia, es una concepción optimista y clara, que afirma la vida y niega el pesimismo y el "dolor universal". De ahí que, ordinariamente, sea la concepción de los grupos y clases sociales avanzados. Quienes lo profesan son

hombres que miran adelante sin miedo, que no se debaten en dudas acerca de la razón que les asiste.

Los voceros del idealismo calumniaron siempre al materialismo, al que acusaban y acusan de desconocer los valores morales y los ideales elevados; estas virtudes, según ellos, son propias y exclusivas de los partidarios del idealismo filosófico. La realidad es muy otra: el materialismo dialéctico e histórico de Marx y Engels no niega, sino todo lo contrario, afirma y exalta las ideas avanzadas, los principios morales y los ideales más sublimes. La lucha por el progreso, por un régimen social avanzado, nos dice, jamás tendrá éxito si no se inspira en grandes ideas que alienten a los hombres en su labor de creación y les empujen a las empresas más atrevidas.

La lucha de la clase obrera, la lucha de los comunistas refuta de plano la estúpida invención idealista de que los materialistas son gente indiferente hacia toda clase de ideales. Esa lucha se ve inspirada por el ideal más noble y sublime que jamás conocieron los hombres, que es el comunismo, y por eso se forjan en ella innumerables e intrépidos campeones fieles hasta el fin a su elevado ideal.

El materialismo dialéctico e histórico como fase superior en el desarrollo del pensamiento filosófico.

El materialismo de nuestros días es el *materialismo dialéctico e histórico* que crearon Marx y Engels. El terreno en que surgió hallábase ya abonado. La filosofía de Marx y Engels es producto de una larga evolución del pensamiento humano.

El materialismo apareció hace unos dos mil quinientos años en China, la India y Grecia. La filosofía materialista guardaba en estos países estrecha relación con la experiencia diaria de los hombres y con los gérmenes de un conocimiento de la naturaleza. Mas en aquel tiempo la ciencia acababa de nacer, por lo que las nociones de los antiguos filósofos materialistas sobre el mundo, aunque encerraban geniales atisbos, carecían de base científica y eran aún muy primitivas.

Mucho más maduro es el materialismo de los siglos XVII y XVIII. Los éxitos de la ciencia y de la técnica hacían avanzar a la filosofía. Al mismo tiempo, la filosofía materialista ayudaba al estudio de la naturaleza. Así, por ejemplo, la doctrina del materialista inglés F. Bacon (siglo XVII), que ponía en la experiencia el origen del conocimiento, y su idea de que el conocimiento es una fuerza, significaron un poderoso estímulo para el desarrollo de las ciencias de la naturaleza.

En los siglos XVII y XVIII los mayores avances correspondieron a las matemáticas y a la mecánica de los cuerpos terrestres y celestes. Esta circunstancia impone su sello a las concepciones filosóficas de los materialistas de aquel entonces y a su comprensión de la materia y el movimiento. Un papel formidable en el desarrollo de la nueva forma del materialismo correspondió a la física del filósofo francés R. Descartes, que era materialista en la doctrina de la naturaleza; a la teoría mecanicista del materialista inglés T. Hobbes (siglo XVII) y, de un modo especial, a la mecánica del sabio inglés Newton. Los filósofos materialistas examinaban todos los fenómenos de la naturaleza y de la vida social desde el punto de vista de la mecánica y trataban de explicarlos con arreglo a las leyes de la mecánica. Por eso su materialismo recibió el nombre de *mecanicista.* En el siglo XVIII, entre sus representantes tenemos a J. Toland y J. Priestley (Inglaterra) y a P. Holbach, C. Helvecio y D. Diderot (Francia).

Los estrechos vínculos del materialismo de los siglos XVII y XVIII con las ciencias de la naturaleza eran su lado fuerte. Adolecía, sin embargo, de algunos defectos, entre los cuales Engels destaca tres.

El primero era su *mecanicismo.* La mecánica, que en aquel tiempo era para los filósofos materialistas el paradigma de las ciencias, limitaba sus horizontes, llevándoles a reducir todos los procesos y clases de movimiento al movimiento mecánico. Estos filósofos no comprendían las características de la naturaleza orgánica ni los rasgos y leyes peculiares de la vida social.

La segunda limitación de estos materialistas era su incapacidad para comprender y explicar el desarrollo de la naturaleza, incluso cuando advertían hechos que así lo acreditaban. Los materialistas de los siglos XVII y XVIII estimaban la naturaleza en su conjunto como algo inmutable, eternamente sometido a un mismo fenómeno de rotación. Tal criterio de la naturaleza se denomina *metafísico.* Quiere decirse que el materialismo mecanicista era también metafísico.

Finalmente, los materialistas de ese período, como todos los materialistas *anteriores* a Marx, no sabían aplicar su doctrina a la comprensión de la vida social. No advertían la base material de la vida social y enseñaban que la transición a formas sociales más perfectas era originada por el progreso de la ciencia, al cambiar las concepciones e ideas imperantes en la sociedad. Pero tal explicación es idealista.

Fuera de ello, los materialistas anteriores a Marx no comprendían el valor de la actuación práctica de crítica y revolucionaria de las clases y las masas en cuanto al cambio de la realidad, al cambio de la vida social. Mantenían la necesidad de sustituir el régimen feudal por el burgués, pero, a la vez, rechazaban y temían la lucha de las masas en pro del sistema por ellos mismos defendido. Esto era una muestra de su limitación burguesa de clase.

Un paso adelante en la evolución de la filosofía materialista, en la primera mitad del siglo XIX, significa la obra del filósofo alemán Ludwig Feuerbach, y singularmente las aportaciones de los

demócratas revolucionarios rusos: A. Herzen, V. Belinski, N. Chernishevski y N. Dobroliúbov. Feuerbach superó en cierto grado la limitación mecanicista de los materialistas del siglo XVIII, pero no ocurrió lo mismo en cuanto a los otros defectos señalados. Además, su filosofía se hallaba divorciada de la práctica político-social. Un gran avance de los materialistas rusos fue que trataron de combinar la comprensión materialista de la naturaleza con la dialéctica.

Por otra parte, siendo estos últimos como eran ideólogos de los campesinos revolucionarios rusos, consideraban la filosofía no sólo como la doctrina de lo que existe, sino también de cómo lo existente puede ser transformado en bien del pueblo.

Una fase nueva y superior en el desarrollo de las concepciones materialistas es el materialismo dialéctico e histórico creado por Marx y Engels, los grandes maestros y jefes de la clase más avanzada y revolucionaria de la sociedad moderna, que es el proletariado. Su obra significa una verdadera revolución en el campo de la filosofía.

Desde las cumbres del pensamiento social y científico de su época, Marx y Engels toman con espíritu crítico y creador cuanto de valioso había producido la filosofía hasta ellos y construyen un materialismo nuevo, libre ya de los defectos de que adolecía la anterior filosofía materialista: *el materialismo dialéctico* e *histórico.*

En la filosofía marxista, el materialismo aparece orgánicamente unido a la dialéctica. Apóyase en un nivel de la ciencia más elevado, en los nuevos descubrimientos de las ciencias de la naturaleza, entre los cuales tenían singular importancia la ley de la conservación y transformación de la energía, la teoría celular y la teoría darvinista del origen de las especies. Los éxitos de las ciencias naturales proporcionaron una base estrictamente científica a las ideas del desarrollo y de la unidad y concatenación universal de los fenómenos de la naturaleza.

En vez de la unilateral concepción mecanicista de la naturaleza y del hombre, Marx y Engels enuncian la doctrina del desarrollo, que abarca a todas las esferas de la realidad y que, al mismo tiempo, toma en consideración la peculiaridad de cada una de esas esferas: la naturaleza inorgánica, el mundo orgánico, la vida social y la conciencia de los hombres.

Marx y Engels son los primeros en aplicar el materialismo a la comprensión de la vida social; a ellos se debe el descubrimiento de las fuerzas motrices materiales y de las leyes del desarrollo social, con lo que la historia de la sociedad adquiere la categoría de ciencia.

Los fundadores del marxismo, en fin, convirtieron la doctrina filosófica materialista -antes una teoría abstracta- en medio eficaz para la transformación de la sociedad, en arma ideológica de la clase obrera en su lucha por el socialismo y el comunismo.

La doctrina filosófica de Marx y Engels ha prendido entre las más grandes masas de los trabajadores de todos los países. Es una genuina filosofía de masas.

3. Qué es filosóficamente la materia

Dentro del materialismo filosófico marxista el concepto de "materia" se emplea en el sentido más amplio: con él significamos todo lo que tiene existencia objetiva, es decir, independiente de la conciencia, y se refleja en las sensaciones humanas. "La materia es toda realidad objetiva que nos viene dada en las sensaciones" *(Lenin).*

Es de capital importancia tener una clara noción de este amplio sentido del concepto de materia.

El viejo materialismo premarxista, en la mayoría de los casos entendía por materia las minúsculas partículas -átomos o moléculas- de que se componen los cuerpos. Demócrito y Epicuro, por ejemplo, afirmaban en la antigua Grecia que únicamente existen átomos y el vacío en que éstos se encuentran; sus combinaciones dan lugar a los distintos cuerpos. La física vino más tarde a confirmar el genial atisbo de los materialistas antiguos acerca de la estructura atómica de todas las cosas. Mas al reducir su concepto de la materia a los átomos simplificaban el problema, empobrecían el mundo que nos rodea. No obstante, tal concepción de la materia se mantuvo hasta fines del siglo XIX.

El materialismo filosófico marxista entiende por materia la realidad objetiva en todas sus variadas manifestaciones. No son sólo materia las diminutas partículas de que están formados todos los cuerpos. Lo es el infinito número de mundos del Universo infinito, las nubes de gas y de polvo que hay en el cosmos; lo es nuestro sistema solar, con el Sol y los planetas, lo es la Tierra con todo cuanto en ella existe. Son también materia las radiaciones, los campos físicos (electromagnéticos y nucleares) que transmiten la acción de unos cuerpos y partículas a otros y que los unen entre sí. Todo cuanto existe fuera de la conciencia e independientemente de ella es abarcado por el concepto de materia.

Todas las ciencias que estudian la realidad objetiva tratan de la materia con sus diferentes propiedades y estados.

Las ciencias físicas estudian los estados físicos de la materia. La física moderna ha descubierto que el átomo es una formación compleja, y no una simple partícula inmutable e indivisible como se imaginaban los viejos atomistas. Está comprobado que los átomos de unos elementos pueden convertirse en átomos de otros elementos como consecuencia de transformaciones operadas en sus núcleos. En el reactor atómico, por ejemplo, los átomos de uranio se convierten en átomos de plutonio.

A principios de siglo fueron descubiertos nuevos fenómenos físicos (radiactividad, rayos X y otros),

quedó demostrada la divisibilidad del átomo, se enunciaron nuevas teorías acerca de la estructura de la materia y comenzaron a venirse abajo las concepciones clásicas que hasta entonces venían imperando. De ahí que muchos filósofos idealistas y físicos caídos en el error del idealismo llegasen a la falsa conclusión de que la ciencia refutaba la concepción materialista de la naturaleza. Afirmábase que "la materia había desaparecido". Tales aseveraciones eran profundamente erróneas. El materialismo filosófico marxista no se ha vinculado jamás a ninguna noción unilateral de la estructura de la materia, nunca ha identificado la materia con unos u otros "ladrillitos del Universo" como elementos invariables del mismo; siempre ha entendido por materia lo mismo: la realidad objetiva que existe fuera de la conciencia humana y que es reflejada por ella. El materialismo se opone al idealismo por la solución que da al problema de la *fuente* del conocimiento, de la relación entre la conciencia y el mundo exterior. El materialismo afirma que el mundo tiene existencia objetiva y que la conciencia es un reflejo del mundo. La materia es un concepto filosófico que sirve para designar el mundo objetivo. En cuanto a la estructura *física* del mundo y a sus propiedades físicas, esto es incumbencia de la física. Conforme esta ciencia avanza, cambian las concepciones relativas a la estructura física de la materia, si bien, por mucho que se modifiquen, no pueden hacer vacilar la proposición del materialismo filosófico cuando éste afirma que el mundo existe objetivamente y que la física, como otras muchas ciencias, estudia ese mundo objetivo, el mundo de la materia. "Pues la *única* «propiedad» de la materia que el materialismo filosófico admite como tal es la propiedad de *ser realidad objetiva,* de existir fuera de nuestra conciencia"[3], escribe Lenin.

Tal concepción de la materia es la única correcta. Abarca toda la diversidad del mundo material sin reducirlo a una forma determinada, cualquiera que sea, de la materia. Quien comprenda bien esta noción marxista ya no se dejará confundir por las afirmaciones de los filósofos idealistas de que los nuevos descubrimientos físicos han venido a demostrar la desaparición de la materia.

La materia no se puede crear ni destruir. Cambia infinitamente, pero ni una sola partícula suya puede convertirse en nada, cualquiera que sea el proceso físico, químico o de otra clase a que se la someta.

La ciencia no cesa de proporcionar en gran número de datos que confirman esta proposición del materialismo filosófico. Nos limitaremos a un ejemplo. La física moderna ha establecido que, en determinadas circunstancias, partículas como el positrón y el electrón desaparecen para dar lugar a cuantos de luz, o fotones. Ciertos físicos han dado a este fenómeno el nombre de "anihilización de la materia" (de la voz latina *nihil,* nada), dando a entender su destrucción completa, su transformación en nada. Los filósofos idealistas esgrimen este fenómeno como "prueba" de que la materia desaparece. Lo cierto es que no se produce desaparición alguna. La conversión del positrón y el electrón en fotones significa el paso de un estado de la materia a otro, de sustancia a luz. En la naturaleza se produce también el fenómeno contrario, o sea la conversión de la luz en sustancia. Más en todas estas transformaciones rige la ley de la conservación de la masa y la energía.

El mundo nos ofrece un cuadro de la gran variedad que lo anima: la naturaleza inorgánica y la orgánica, los fenómenos físicos y los procesos químicos, los fenómenos de la vida en el mundo de las plantas y de los animales, la vida social. La ciencia y la filosofía materialista revelan que en esta variedad hay una unidad: toda la diversidad infinita de procesos y fenómenos que tienen lugar en el mundo son estados distintos de la materia, diversas propiedades y manifestaciones de la misma. "La unidad real del mundo está en su materialidad..."[4], dice Engels. La unidad del mundo está también en que la conciencia pertenece al mismo medio material que nos rodea, y no a ningún otro mundo del más allá; la unidad es una propiedad específica de la materia.

La convicción de la unidad material del mundo apareció y se robusteció en lucha con la doctrina de la Iglesia, que divide el mundo en dos, el nuestro y el del más allá; en lucha con el dualismo que separa el espíritu y el cuerpo, la conciencia y la materia, y también en lucha contra el idealismo filosófico, para el que la unidad del mundo deriva de que todo él es producto de la conciencia, del espíritu.

4. Formas universales de ser del mundo material

El movimiento eterno en la naturaleza.

Ni la naturaleza ni la sociedad conocen un estado de inmovilidad absoluta, de reposo en el que nada cambia. El mundo se encuentra en un perpetuo movimiento y cambio.

El movimiento, el cambio, el desarrollo constituye una propiedad eterna e imprescriptible de la materia. *"El movimiento es la forma de ser de la materia* -dice Engels-. Nunca ni en ningún sitio hubo ni puede haber materia sin movimiento."[5] Todo cuerpo material, cada una de las partículas que integran la sustancia material -moléculas, átomos y sus elementos integrantes- están dotados, por su propia naturaleza interna, de la facultad de moverse y de experimentar cambios.

El movimiento, filosóficamente, no es sólo el desplazamiento de un cuerpo en el espacio. El

[3] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 247.

[4] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. rusa, 1957, pág. 42.

[5] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., págs. 56-57.

movimiento, comprendido como forma de existencia de la materia, abarca a todos los procesos y cambios que se operan en el Universo. Entre esos cambios corresponde un papel excepcional a los procesos que significan el desarrollo de la materia, el paso de ésta de unos estados a otros superiores, con nuevas propiedades y características.

En el mundo no hay cosas petrificadas, dadas de una vez para siempre; lo que hay son cosas que cambian, procesos. Esto significa que en ningún sitio impera un reposo absoluto que excluya por completo el movimiento. Únicamente existe el reposo relativo. Un cuerpo cualquiera de la Tierra puede encontrarse en estado de reposo sólo respecto de un determinado punto de la superficie terrestre. Pero ese cuerpo participa en el movimiento de la Tierra y en el del sistema solar. Además, se encuentran en movimiento las moléculas y los átomos que integran el cuerpo en cuestión; dentro de él se producen complejos procesos. Así que todo reposo es relativo y lo único que es absoluto y no conoce excepción alguna es el movimiento.

Clases de movimiento de la materia.

A la diversidad de la materia corresponde la diversidad de formas de su movimiento.

La clase más simple de movimiento de la materia es el desplazamiento mecánico de un cuerpo en el espacio. Más complejos son los procesos calóricos y el desordenado movimiento de las moléculas que forman un cuerpo físico. La ciencia ha establecido que la luz, la radiación electromagnética y los campos físicos son también estados específicos de la materia en movimiento. Este se halla asimismo presente en los procesos químicos de transformación de la materia mediante la unión y separación de átomos y moléculas. La vida de la naturaleza orgánica, los procesos fisiológicos que se observan en los animales y plantas y la evolución de las especies son otra forma específica en que se manifiesta el movimiento como propiedad universal de la materia.

Una forma especialmente compleja del movimiento de la materia es la que observamos en la vida social de los hombres: desarrollo de la producción material, vida económica, etc.

A partir de fines del siglo XIX la ciencia viene descubriendo y estudiando clases del movimiento de la materia de las que no se tenía noticia: el movimiento de las partículas interatómicas alrededor del núcleo, los complejos procesos de transformación en el interior del núcleo atómico, etc. Es indudable que no parará en esto el descubrimiento de nuevas formas del movimiento de la materia.

Las diversas formas de movimiento de la materia no existen cada una de por sí, aisladas unas de otras, sino que se encuentran relacionadas y experimentan transformaciones recíprocas. Así, el caótico movimiento de las moléculas genera procesos calóricos. Estos, a su vez, pueden originar transformaciones químicas y fenómenos luminosos. Los procesos químicos, en un determinado grado de desarrollo, condujeron a la formación de albúminas y de los sistemas de enzimas con ellos relacionados, lo cual trajo consigo la aparición de la vida, es decir, de la forma biológica del movimiento de la materia.

Las formas de movimiento de la materia son capaces de pasar a otras formas distintas, como nos lo dice, por ejemplo, la ley fundamental de las ciencias de la naturaleza: la de la transformación y conservación de la energía.

A las distintas formas del movimiento corresponden diversos grados de desarrollo y complicación de la materia. Las formas inferiores y simples entran y participan en las formas superiores y más complejas. No obstante, entre unas y otras hay diferencias cualitativas: las formas superiores no pueden reducirse a otras inferiores. Así, por ejemplo, en los procesos fisiológicos hay movimiento mecánico, desplazamiento en el espacio de los elementos que en dichos procesos participan; pero los procesos fisiológicos no se reducen al desplazamiento mecánico de tales elementos, no son sólo eso.

Los materialistas mecanicistas, anteriores a Marx, estimaban que toda la vida de la naturaleza y de la sociedad humana puede ser reducida a desplazamientos mecánicos en el espacio de las partículas de las sustancias y cuerpos. La amplia concepción del movimiento como cambio en general, propia del materialismo filosófico marxista, supera la estrecha y simplista noción que al particular tenía el materialismo mecanicista.

Espacio y *tiempo.*

La única manera que la materia tiene de moverse es en el espacio y en el tiempo. Todos los cuerpos de la naturaleza, sin exceptuar el hombre, todos los procesos que transcurren en el mundo objetivo, ocupan un lugar en el espacio. Podrán hallarse lejos o cerca unos de otros, pero entre ellos hay cierta distancia; el cuerpo en movimiento recorre determinado camino. Todo esto son muestras de la capacidad de ocupar un espacio, propia de las cosas y de los procesos materiales.

El espacio es la forma universal de existencia de la materia. No hay ni puede haber materia fuera del espacio. Y viceversa: no hay espacio sin materia. La diferencia entre el espacio referido a un cuerpo y a todo el mundo material estriba en que el primero es limitado, finito, es decir, que tiene principio y fin, mientras que todo el mundo material es ilimitado o infinito.

Las distancias en el Universo son enormes y no admiten comparación alguna con lo que para nosotros es habitual en la Tierra. Los telescopios

modernos registran sistemas estelares, la luz de los cuales tarda en llegar hasta nosotros cientos de millones de años. Y eso que el rayo de luz recorre 300.000 km por segundo. Mas ni esas magnitudes pueden darnos una noción verdadera de la extensión del Universo, puesto que se trata de valores finitos y el Universo es infinito. Tal infinitud se sale de todo cuanto nosotros pudiéramos imaginar; únicamente podemos expresarla en forma de concepto científico.

La existencia de los cuerpos físicos y del hombre va transcurriendo un minuto tras otro, una hora tras otra, un día tras otro, etc. En el mundo cambia todo. Cada cosa, cada fenómeno de la naturaleza tiene su pasado, su presente y su futuro. Eso es el tiempo. El tiempo, lo mismo que el espacio, es la forma universal de existencia de la materia. Cada una de las cosas y cada uno de los procesos, el mundo material en su conjunto, existen en el tiempo.

Ahora bien, hay diferencia entre la duración temporal de una cosa determinada y de toda la naturaleza tomada en su conjunto. La existencia de la cosa viene limitada en el tiempo, mientras que la naturaleza existe eternamente. La cosa surge, sufre transformaciones y luego deja de existir. La naturaleza, en cambio, no tuvo nunca comienzos ni tendrá fin. Las cosas son perecederas, pero de la vinculación de las cosas finitas se forma la naturaleza, que es eterna y no conoce principio ni tendrá fin.

Nuestra imaginación se siente abrumada al considerar las cifras que se refieren a la edad de la Tierra y al desarrollo de la vida en ella. El hombre, tal como ahora es, se formó hace 50.000 a 70.000 años. Hace aproximadamente un millón de años aparecieron las formas transitorias del mono al hombre. Hace más de mil millones de años surgieron en la superficie de la Tierra las formas primeras y primitivas de la vida vegetal y animal. Han transcurrido varios miles de millones de años desde que se formó la propia Tierra. Tales son los enormes espacios de tiempo en cuanto a la historia de nuestro planeta. Mas ni éstos ni otros muchísimos mayores podrían darnos una noción exacta de la eternidad de la naturaleza, pues esa eternidad significa la existencia infinita en el tiempo, nos dice que la naturaleza existió siempre y siempre existirá.

El espacio y el tiempo, unidos entre sí como formas de existencia del mundo objetivo, se encuentran vinculados inseparablemente a la materia en movimiento.

Este vínculo indisoluble ha sido demostrado sin dejar lugar a dudas por una de las más grandes teorías científicas de nuestra época: la teoría de la relatividad de Einstein. Gracias a ella ha sido refutada la concepción, antes generalizada entre los físicos, de que el espacio era a modo de un receptáculo vacío e inmutable, independiente de la materia, en el que se encontraban los cuerpos materiales, mientras que el tiempo fluía siempre por igual y su curso no dependía del movimiento de la materia.

El espacio y el tiempo, como formas universales de existencia de la materia, son absolutos: nada puede existir fuera de ellos. Simultáneamente, las propiedades del espacio y el tiempo están sujetas a cambio: las relaciones espaciales y temporales dependen de la velocidad con que se mueve la materia. Las propiedades del uno y del otro cambian en las distintas partes del Universo en dependencia de la distribución y el movimiento de las masas materiales. En este sentido el espacio y el tiempo son relativos.

Quiénes niegan la existencia objetiva del espacio y el tiempo.

La secular experiencia diaria del hombre se une a la ciencia para afirmar la existencia objetiva del espacio y el tiempo. No obstante, son muchos los filósofos idealistas que la niegan.

Kant, filósofo idealista alemán, decía que el espacio y el tiempo no existen objetivamente, al margen de la conciencia; según él, no son sino los modos de que se vale el hombre para contemplar la naturaleza. El conocimiento humano presenta la particularidad de percibir todos los fenómenos dispuestos en el espacio y que se siguen en el tiempo. Si no hay conciencia humana, no habrá ni espacio ni tiempo.

La concepción del espacio y el tiempo como modos subjetivos de considerar los fenómenos se halla también extendida entre la filosofía idealista moderna.

Tal noción, artificiosa e idealista, se contradice abiertamente con la ciencia y la experiencia; la práctica la refuta.

Por ejemplo, el hombre que ha de ir de París a Moscú sabe que ha de recorrer 2.500 km de espacio no imaginario, sino real. Para ello necesita tiempo, y no un tiempo imaginario, sino real, cuya duración depende de la distancia objetiva que hay entre las dos ciudades y del medio de transporte que emplee. Si va en tren, necesitará dos días por lo menos. Si va en un moderno avión de reacción, la distancia podrá ser salvada en tres o cuatro horas.

La ciencia nos dice que el mundo existía con anterioridad a la aparición del hombre. Mas si ello es así, si existía cuando no había aparecido el hombre con su conciencia, quiere decirse que había ya espacio y tiempo independientes de la conciencia del hombre, puesto que el mundo material no puede existir más que en el espacio y el tiempo.

En nuestros días, cuando no sólo la teoría científica, sino también los elementos técnicos creados por el hombre penetran en los espacios cósmicos, han recibido un nuevo golpe las concepciones idealistas que mantienen el carácter

subjetivo del espacio y el tiempo.

La doctrina del materialismo filosófico acerca del mundo material con existencia en el espacio y el tiempo refuta la concepción de la Iglesia sobre Dios, al que se atribuye una existencia fuera del uno y del otro. La teología afirma que Dios existía antes de la creación de la naturaleza, obra suya, y que después de crearla se encuentra fuera de ella y, al mismo tiempo, aunque esto no sea comprensible, en "todas partes". Sólo Dios nos dice, es infinito y eterno, mientras que la naturaleza tiene comienzo tanto en el espacio como en el tiempo.

La ciencia demuestra irrefutablemente que tales concepciones son fantásticas y carecen en absoluto de consistencia. El cuadro real del mundo que la ciencia nos presenta no deja lugar alguno para Dios. El astrónomo francés Lalande dijo ya en el siglo XVIII que no lo había encontrado después de investigar todo el cielo.

La naturaleza es la causa de sí misma. Esta idea la expresó en el siglo XVII el filósofo materialista Spinoza. Tal proposición significa que la naturaleza no necesita de ningún creador colocado fuera de ella y que ella misma posee las propiedades de infinitud y eternidad que la teología atribuye erróneamente a Dios.

El materialismo filosófico marxista proporciona una sólida base al ateísmo cuando demuestra que la naturaleza no fue creada y que es eterna e infinita.

5. La conciencia es propiedad de la materia altamente organizada

La capacidad de pensar del hombre es producto del desarrollo de la materia viva.

La capacidad de pensar, propia del hombre, es producto de un prolongado desarrollo del mundo orgánico.

La base material de la vida son los cuerpos albuminoideos, que representan un complejo producto del desarrollo de la materia. Las albúminas son decisivas en el metabolismo, que constituye el fundamento de toda la actividad vital de los organismos. Al metabolismo van unidos los otros caracteres de la vida: la capacidad de reproducción, la excitabilidad, etc. La excitabilidad sirve de base a la capacidad de los seres vivos para responder a las acciones del medio interior y exterior con reacciones de adaptación. Es la forma elemental de la actividad refleja. Es precisamente la excitabilidad lo que, en los escalones superiores de desarrollo del mundo orgánico, da lugar a la actividad nerviosa superior y a lo que nosotros denominamos actividad psíquica.

En los organismos unicelulares existen ya elementos más sensibles que otros para captar las excitaciones o estímulos del medio. Cuando aparecen los organismos animales pluricelulares, prodúcese una especialización de sus células, aparecen grupos específicos de éstas (receptores) que se encargan de captar las excitaciones exteriores y de transformar la energía de excitación en proceso de estímulo. Esas células, a medida que el organismo de los animales se va haciendo más complejo, dan origen al sistema nervioso y a su sección central, que es el cerebro.

El sistema nervioso de los animales y del hombre mantiene la relación del organismo con el medio exterior y se encarga de enlazar entre sí las distintas partes del organismo en su con junto.

El sistema nervioso central de los vertebrados se compone de la médula espinal y del cerebro, con sus distintos segmentos. La mayoría de los peces poseen un cerebro relativamente pequeño, con hemisferios poco desarrollados. El volumen del cerebro aumenta en los anfibios, en los que se esboza ya el desarrollo del cerebro anterior, del cual se forman luego los hemisferios. El cerebro de los reptiles ha evolucionado más; en la superficie de los hemisferios aparecen por primera vez células nerviosas que forman la corteza. Las aves presentan unos hemisferios mayores todavía, pero con una débil corteza cerebral. El gran desarrollo que los hemisferios de los mamíferos presentan se debe al crecimiento y complicación de la corteza. En los mamíferos superiores ésta forma numerosos surcos y circunvoluciones, mientras que los hemisferios cubren las partes restantes del cerebro.

La corteza cerebral alcanza su desarrollo máximo en el hombre. Es un aparato relacionado con todo el sistema nervioso y constituye el órgano de la actividad nerviosa superior, de las formas superiores y más complejas de relación del hombre con el medio que lo rodea. Tal como señala I. P. Pávlov, la corteza del cerebro "es el director y distribuidor de toda la actividad del organismo" y "esta sección superior rige todos los fenómenos que se producen en el cuerpo".[6] La corteza cerebral es el órgano del pensamiento humano.

Las acciones del medio exterior e interior excitan los extremos terminales de los nervios sensoriales. La excitación es trasmitida a las secciones correspondientes del cerebro por los nervios aferentes. Y del cerebro, por los nervios eferentes, parten hacia los distintos órganos los impulsos que los ponen en actividad. Así es como se produce la respuesta refleja de los órganos y de todo el organismo a las diversas excitaciones.

Por ejemplo, cuando el hombre retira instintivamente la mano que puso en contacto con el fuego, se produce una respuesta refleja. Tal tipo de reflejos, que en fisiología reciben el nombre de *no condicionados,* son innatos en los animales y en el hombre.

Partiendo de los reflejos no condicionados (de nutrición, de defensa, etc.), a lo largo de la experiencia individual del animal y del hombre se

[6] I. P. Pávlov, *Obras completas,* t. III, lib. 2, Moscú-Leningrado, 1951, páginas 409-410.

forman los *reflejos condicionados.* Cuando el perro se apodera de un trozo de carne y comienza a segregar saliva, esto es un reflejo no condicionado de nutrición. Pero la salivación puede producirse por la vista o el olor de la carne, e incluso por la vista del hombre que de ordinario da de comer al perro. Analizando estos fenómenos y otros semejantes, el gran fisiólogo ruso Pávlov demostró que si a la vez que se da de comer al perro se enciende una lámpara o se hace sonar un timbre, es posible obtener un nuevo tipo de respuesta refleja, en la que la luz y el sonido producirán la salivación. Es lo que Pávlov denominó *reflejos condicionados,* puesto que se forman al combinar un estímulo condicionado (la luz, el sonido u otro) con un estímulo no condicionado, que origina el reflejo no condicionado.

Los reflejos condicionados son conexiones nerviosas temporales. Aparecen en unas condiciones determinadas y se conservan durante un tiempo más o menos largo sin el aval de los estímulos no condicionados. Es con su ayuda como los organismos se adaptan a las cambiantes condiciones del medio en que viven. Sabemos, por ejemplo, que muchos animales salvajes no dan muestras de inquietud la primera vez que ven al hombre. Pero cuando el hombre los caza, cambian su comportamiento. La vista o el olor de un ser humano es bastante para que se oculten. Esto significa que en los animales se forma un reflejo condicionado que les es muy útil: la presencia del hombre, por ellos advertida, pone en marcha el reflejo no condicionado de defensa, es señal para la adecuada reacción ante el peligro.

Cualquier objeto o fenómeno de la naturaleza, combinado con reflejos no condicionados, puede convertirse en señal de reflejos condicionados en los animales y en el hombre, con las consiguientes reacciones por parte de éstos. Ese sistema de señales, común en los animales y el hombre, es lo que Pávlov llamó *primer sistema de señales.*

El fisiólogo ruso señalaba a la vez que entre la actividad nerviosa superior del hombre y de los animales hay diferencias específicas. El lenguaje constituye un nuevo sistema de señales, propio y exclusivo del hombre, que también da origen a la formación de reflejos no condicionados y a la actividad derivada de éstos. Pávlov le dio el nombre de *segundo sistema de señales.*

I. P. Pávlov descubrió las leyes fisiológicas que rigen la actividad nerviosa superior de los animales y del hombre. Mostró lo que hay de común entre tal actividad entre los unos y el otro y las diferencias sustanciales que los separan, sentando con su doctrina las sólidas bases científicas que llevan al conocimiento de la vida psíquica del hombre.

Valor del trabajo y del lenguaje en el desarrollo del pensamiento humano.

La psiquis humana tiene como premisa las formas elementales de la actividad psíquica de los animales. Al propio tiempo hay que ver las diferencias cualitativas que los separan. La función humana de pensar es el grado supremo que la psiquis alcanza en su desarrollo. Y lo que condiciona el extraordinario nivel alcanzado por la vida psíquica del hombre es el trabajo del mismo como elemento de la sociedad.

El gran naturalista inglés Carlos Darwin demostró que el hombre procede de un mismo tronco que los antropoides. En tiempos muy remotos los antepasados animales del hombre, que se distinguían por un desarrollo especial de las extremidades anteriores, aprendieron a caminar en posición erecta y comenzaron a valerse de distintos objetos en calidad de instrumentos que les permitían procurarse comida y defenderse. Más tarde empezaron a preparar ellos mismos los instrumentos, que antes se limitaban a emplear tal como los encontraban, con lo que se inició la transformación del animal en hombre. Los instrumentos de trabajo le permitieron someter una fuerza de la naturaleza como el fuego, con la posibilidad que ello representaba para mejorar y dar variedad a sus alimentos, circunstancia ésta que propició el desarrollo del cerebro humano.

El empleo de instrumentos de trabajo cambió las relaciones entre el hombre y la naturaleza. El animal se adapta pasivamente a ella, aprovecha lo que la misma naturaleza le ofrece. Por el contrario, la adaptación del hombre es activa; el ser humano cambia la naturaleza conscientemente, según fines que él mismo se marca, y se proporciona unas condiciones de existencia que la naturaleza no le brinda. El trabajo ha sido lo decisivo en el desarrollo y perfeccionamiento alcanzado por el cerebro del hombre. El trabajo, en cierto sentido, creó al hombre; el trabajo creó el cerebro humano.

Las relaciones del hombre con la naturaleza se hacen más complejas y ello complica a su vez las relaciones de los hombres entre sí. Los hombres trabajaban en común, tenían que comunicarse, y para esto resultaba insuficiente el reducido número de sonidos de que los animales se valen con estos fines. Poco a poco, en el proceso del trabajo, la laringe humana se desarrolla y transforma, y el hombre aprende a emitir sonidos articulados. Esos sonidos van dando lugar a las palabras, al lenguaje. El trabajo en común de los hombres habría sido imposible si no hubieran adquirido la capacidad de hablar.

Sin palabras no habrían podido aparecer los conceptos de las cosas y las relaciones entre ellos, habría sido imposible el pensamiento humano. La aparición y evolución del lenguaje favoreció, a su vez, el desarrollo del cerebro.

Por lo tanto, la vida social de trabajo del hombre, el trabajo y luego el lenguaje, son los factores decisivos que contribuyeron al perfeccionamiento del cerebro humano y a hacerlo apto para su capacidad de pensar.

La conciencia es propiedad del cerebro.

La conciencia es producto de la actividad del cerebro humano en relación con el complejo conjunto de los órganos de los sentidos. Por su esencia es un reflejo del mundo material. Se trata de un proceso de múltiples facetas, que incluye los diversos aspectos de la actividad psíquica del hombre: sensaciones, percepciones, representaciones, pensamiento a través de conceptos, sentimientos y voluntad. Sin un buen funcionamiento del cerebro resulta imposible la actividad normal de la conciencia. Cuando la actividad del cerebro se ve turbada por un estado de embriaguez o de enfermedad, la capacidad de pensar razonablemente se pierde. El sueño es una inhibición parcial y temporal de la actividad de la corteza; el pensamiento cesa y la conciencia se obnubila.

De estas correctas proposiciones materialistas no hay que deducir, sin embargo, que el pensamiento es una sustancia segregada por el cerebro. C. Vogt, materialista burgués alemán del siglo XIX, definía el pensamiento como un tipo específico de sustancia segregada por el cerebro a la manera como las glándulas salivares segregan saliva o el hígado bilis. Esto era una noción vulgar de la naturaleza del pensar. La psiquis, la conciencia, el pensar es una propiedad específica de la materia, pero no una sustancia especial.

Al resolver el problema fundamental de la filosofía, nosotros oponemos la conciencia a la materia, el espíritu a la naturaleza. La materia es todo lo que existe con independencia de la conciencia y fuera de ésta. Por ello incurren en grave error quienes incorporan la conciencia a la materia. Según indicaba Lenin, "calificar el pensamiento de material significa dar un paso equivocado hacia la confusión del materialismo con el idealismo"[7]. En efecto, si el pensamiento es la materia misma, con ello se elimina la diferencia entre el uno y la otra, los hacemos idénticos.

Los idealistas no cesan de atribuir al materialismo marxista -como adversarios de él que son- la noción que identifica la conciencia con algo material. Lo hacen así para facilitar la "refutación" del materialismo filosófico marxista. El procedimiento no es nuevo: primero se atribuye al adversario un absurdo y luego se rebate ese absurdo "victoriosamente".

En realidad, la identificación de conciencia y materia es una noción del materialismo vulgar, y no del dialéctico. La filosofía materialista marxista combatió siempre tal concepto. Siempre marca la diferencia que hay entre la conciencia -reflejo del mundo material- y la propia materia.

Ahora bien, la diferenciación entre la conciencia y la materia no puede ser profundizada hasta una separación absoluta. Tal separación es característica del paralelismo psicofísico, cuyos adeptos afirman que el pensar y la conciencia son procesos que transcurren paralelamente a los procesos materiales que tienen lugar en el cerebro, de los que no dependen lo más mínimo. La ciencia refuta este punto de vista. Demuestra que la vida psíquica del hombre no es más que un aspecto especial de la actividad vital de su organismo, una función específica del cerebro.

El materialismo dialéctico rechaza la separación absoluta entre conciencia y materia. Eso conduce, en realidad, a volver a las nociones primitivas del primer período de la historia de los hombres, producto de la ignorancia, en que los fenómenos de la vida eran atribuidos a la acción de un alma que se había aposentado en el cuerpo y lo dirigía.

Cuando se trata de resolver el problema psicofísico, es decir, de la relación entre la psiquis del hombre y el órgano de la psiquis, el cerebro (como órgano material, como cuerpo físico), hay que ver la diferencia y la relación que existe entre ellos. No hay que olvidar la diferencia, porque la identificación de conciencia y materia lleva a verdaderos absurdos. Tampoco hay que apartar la conciencia del cerebro, pues la primera es la función del segundo, es decir, de la materia especialmente organizada.

6. Adversarios del materialismo filosófico

Al aceptar la unidad material del mundo, el marxismo se coloca en la posición del *monismo* filosófico. El materialismo filosófico marxista es una doctrina consecuente y armónica porque explica todos los fenómenos del mundo partiendo de un mismo principio material.

Existen, empero, doctrinas filosóficas que no se deciden a aceptar ni la primacía de la materia ni la primacía del espíritu. Se atienen al principio del *dualismo* filosófico y afirman que en el mundo hay dos principios iníciales que no dependen uno del otro y son absolutamente distintos por su esencia: la materia y el espíritu, el cuerpo y la conciencia, la naturaleza y la idea. Así pensaba en el siglo XVII el filósofo francés Descartes.

El dualismo no es capaz de explicar todos los hechos que nos dicen que la acción sobre el cuerpo del hombre origina cambios en su conciencia, y viceversa, que el pensamiento puede provocar un movimiento corporal. El dualismo filosófico es inconsecuente y ambiguo, y de ordinario conduce al idealismo.

Los idealistas que tratan de explicar el mundo partiendo de un principio único -ideal- son también monistas. Pero su monismo descansa sobre una base falsa y anticientífica; para ellos la idea, el pensar, la conciencia es lo primario, mientras que la naturaleza, las cosas físicas, el cuerpo humano son secundarios y

[7] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 231.

derivados del principio espiritual. Según los idealistas, todo es conciencia o ha sido engendrado por la conciencia.

Idealismo objetivo.

La visión idealista del mundo más primitiva, pero también más extendida, queda expresada en la doctrina de la Iglesia acerca del espíritu incorpóreo o Dios que existía antes de que él mismo crease el Universo físico. Tales concepciones vienen relatadas por toda la historia de la ciencia. Esta ha demostrado irrefutablemente que los fenómenos y procesos espirituales surgieron cuando la materia había alcanzado un nivel de desarrollo muy alto y que se encuentran necesariamente vinculados a determinados procesos materiales que tienen lugar en la corteza del cerebro y en el sistema nervioso. Sin estos procesos materiales, fisiológicos, no hay ni puede haber fenómeno espiritual alguno. De ahí que la doctrina de la Iglesia sobre la existencia de un espíritu con anterioridad a la materia, anterior a la naturaleza, sea falsa y no tenga nada de común con la realidad.

Las concepciones idealistas adquirieron una forma más sutil y abstracta en ciertos sistemas filosóficos. Platón, Leibniz y Hegel afirman que la base de las cosas son causas, elementos o esencias espirituales o incorpóreos a los que atribuyen existencia anterior a los objetos mismos. Platón llama a estas causas incorpóreas "especies" o "ideas". Leibniz creía que el fundamento de las cosas estaba en peculiares "átomos" espirituales del ser, activas "unidades" (monadas) espirituales. Hegel pone por base de todas las cosas la "idea", como concepto dotado de existencia objetiva. "El concepto... es lo verdaderamente primero -escribe- y las cosas son lo que son gracias a la actividad inherente a ellas y que se revela en sus conceptos."[8] La naturaleza tomada en su conjunto, según Hegel, es también producto del concepto, de la idea. No se trata de la idea común del hombre, sino de la idea que existe fuera del hombre y que es equivalente a Dios.

La filosofía expuesta por Platón, Leibniz y Hegel es la del *idealismo objetivo.* Tal idealismo recibe el nombre de objetivo porque admite la existencia de un principio espiritual "objetivo" distinto de la conciencia humana y que no depende de ella.

Las reflexiones de los idealistas objetivos no resisten a la crítica. Las ideas o conceptos existen únicamente en el pensar humano. En los conceptos se reflejan los rasgos generales y propiedades de la realidad misma; en ellos se refleja lo que de general existe en el mundo material. Tales son, por ejemplo, los conceptos de hombre, de sociedad, de socialismo, de nación, etc. Los conceptos o ideas con existencia anterior a la naturaleza, que deriva de ellos, son una mera fantasía de los idealistas. Lenin escribía: "...Cualquiera sabe qué es la *idea* humana, pero la idea sin el hombre y anterior al hombre, la idea como abstracción, la idea absoluta es una invención teológica del idealista Hegel."[9]

[8] Hegel, *Obras,* t. I, Moscú-Leningrado, 1929, pág. 270.

Idealismo subjetivo.

Además de esta clase de idealismo, que hace derivar la naturaleza de la idea divina, existe el *idealismo subjetivo,* para el cual los objetos son el conjunto de nuestras sensaciones e ideas. De este modo, el mundo es transportado a la conciencia del sujeto, es decir, del hombre como ser pensante.

El idealista subjetivo pregunta: ¿Qué puedo saber de las cosas que me rodean? Y responde: sólo las sensaciones que recibo de esas cosas, es decir, la sensación de color, de sabor, de olor, de dureza, de forma, etc. Fuera de esas sensaciones no puedo percibir nada más; ¿no será sensato suponer que la cosa es únicamente el conjunto de mis sensaciones y que fuera de éstas no tiene existencia?

Por lo tanto, según el idealismo subjetivo el hombre no está rodeado de cosas, sino de haces (complejos) de sus propias sensaciones, y la naturaleza entera no es sino un conjunto de sensaciones.

Las concepciones del idealismo subjetivo fueron expuestas a principios del siglo XVIII por el obispo inglés Berkeley. Su autor declara abiertamente que el propósito de su filosofía idealista es uno: refutar el materialismo y el ateísmo y argumentar la necesidad de la existencia de Dios.

El idealismo subjetivo deforma groseramente la relación real entre nuestras percepciones y las cosas. Identifica la percepción humana con el objeto percibido.

Las consecuencias lógicas de la proposición fundamental del idealismo subjetivo -es lo mismo la cosa que la percepción de la cosa- nos llevan a la conclusión de que todo el mundo es creado por mí, por mi conciencia, de que los hombres restantes, y entre ellos mis padres, son sólo percepciones mías, sin que posean existencia objetiva. Por consiguiente, el idealismo subjetivo conduce forzosamente al solipsismo, absurda filosofía según la cual existo yo sólo, y todo el mundo y las demás personas existen únicamente en mis representaciones. Según decía Lenin, semejante filosofía es digna de los recluidos en un hospital psiquiátrico.

Las inevitables conclusiones solipsistas a que conduce cualquier forma del idealismo subjetivo son una prueba convincente de la falsedad de esta filosofía.

Intentos de establecer una "tercera" línea en filosofía.

Además de las doctrinas idealistas que admiten francamente la conciencia como base del mundo, hay

[9] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 214.

otras que tratan de encubrir su idealismo y de presentar las cosas como si se encontrasen por encima del materialismo y del idealismo y constituyesen una "tercera" línea en filosofía. Así es, por ejemplo, el *positivismo.*

El positivismo apareció en la primera mitad del siglo XIX. Actualmente representa una de las tendencias filosóficas más influyentes en el mundo burgués. Goza también de predicamento entre los naturalistas.

El positivismo califica toda la filosofía anterior de metafísica, entendiendo como tal las lucubraciones estériles y escolásticas sobre cuestiones que no pueden tener una explicación científica y que rebasan el marco de la experiencia. Entre esas cuestiones colocan los positivistas el problema fundamental de la filosofía: el de qué es lo primario, la naturaleza o la conciencia. La ciencia, nos dicen, ha de tratar únicamente de hechos que se prestan a la observación, sin buscar detrás de ellos ninguna base material o espiritual. La filosofía que busca tal base es estéril. La ciencia puede prescindir perfectamente de la filosofía. Ella misma es filosofía.

Los positivistas se presentan como si no fuesen materialistas ni idealistas, sino investigadores de hechos empíricos, hombres de ciencia. Mas tras este ropaje se encubre la línea filosófica del idealismo. Al eludir la respuesta al problema fundamental de la filosofía y al afirmar que la ciencia no puede pronunciarse sobre él, los positivistas se aíslan del mundo material, se encierran en el marco de su conciencia, es decir, adoptan la posición del idealismo subjetivo.

Así se desprende también de la circunstancia de que los "hechos" de que tanto hablan ellos son nuestras percepciones. Los positivistas afirman que lo único que nos es dado directamente son nuestras sensaciones y percepciones, al estudio de las cuales hemos de circunscribirnos.

Los filósofos positivistas burgueses no cesan de afirmar que se encuentran "por encima" del materialismo y del idealismo. En la práctica, forman un campo con los idealistas y combaten el materialismo. El materialismo es para ellos metafísico. Cuando los materialistas afirman que el mundo existe fuera de nuestra conciencia, rebasan "los límites de la experiencia". ¿Será preciso demostrar que tal acusación es un absurdo? La doctrina del materialismo acerca del mundo objetivo se deriva directamente de la experiencia universal de los hombres.

El materialismo filosófico marxista es enemigo irreductible de toda metafísica[10], sin exceptuar la de quienes razonan acerca de inexistentes "esencias". Rechaza la metafísica del idealismo, que se imagina una base "ideal" del mundo, y la metafísica de la Iglesia, que predica la existencia de Dios y la inmortalidad del alma. Pero el materialismo marxista rechaza por completo los intentos de los positivistas de calificar de metafísica la proposición de que el mundo es material y existe fuera de nuestra conciencia. El positivismo carga sus propias culpas al inocente. Bajo sus ataques verbales contra una imaginaria "metafísica del materialismo", lo que en realidad hace es valerse de esas mañas para introducir la metafísica del idealismo subjetivo.

Toda la historia de la filosofía es una prueba de que no hay ni puede haber una "tercera" línea fuera del materialismo y el idealismo. La comprensión de que esto es así ayudará a los investigadores y técnicos de Occidente, partidarios del positivismo, a emanciparse de la confusión que tal doctrina representa y a pisar el terreno firme de la filosofía materialista científica.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX el positivismo adopta la forma de *machismo* (del físico y filósofo austriaco E. Mach). Se le llama también *empiriocriticismo* (crítica de la experiencia).

Mach y sus partidarios -en particular, su discípulo ruso A. Bogdánov- aspiraban también a superar la "unilateralidad" del materialismo y el idealismo. En realidad, su filosofía era un sistema de idealismo subjetivo.

Afirmaba Mach que los "elementos" iníciales del mundo son las sensaciones. Las cosas son "complejos de elementos" (o de sensaciones) y la naturaleza en su totalidad es un conjunto de "series de elementos" "ordenados" por el propio hombre que piensa acerca del mundo. Todo cuanto rodea al individuo se reduce a sus propias sensaciones: tal es la concepción del empiriocriticismo sobre el mundo.

Los empiriocriticistas trataban de ocultar el idealismo subjetivo de su sistema; afirmaban que los elementos (es decir, las sensaciones) son "neutros", que no son materiales ni ideales, que no poseen ni naturaleza física ni psíquica.

Con objeto también de enmascarar el idealismo, los empiriocriticistas declaraban que la suya era una filosofía "experimental", que se apoyaba en la experiencia y que ésta era para ellos la fuente de todo conocimiento.

A la crítica de la reaccionaria filosofía de Mach dedicó Lenin su libro *Materialismo y empiriocriticismo.* En él explica que si bien Mach y sus adeptos apelan a la "experiencia", eso no quiere decir que su filosofía sea científica. La propia "experiencia" se puede interpretar con un criterio materialista o idealista. El materialismo afirma que todos nuestros conocimientos provienen de la experiencia, y al mismo tiempo señala que a través de ella percibe el hombre el mundo objetivo, o sea

[10] La palabra "metafísica" se emplea en filosofía en dos sentidos. Primero, la metafísica significa una concepción antidialéctica del mundo. Segundo, por metafísica se entiende las hipótesis especulativas y escolásticas, carentes de base científica, acerca de la "verdadera" esencia supersensorial del ser. Acerca de la metafísica se habla con más detalle en el capítulo II.

que en nuestra experiencia hay un contenido objetivo. El empiriocriticista admite que nuestro conocimiento proviene de la experiencia, pero niega que en ésta haya realidad objetiva. Afirma que en la experiencia no tenemos relación con el mundo objetivo, sino únicamente con sensaciones, percepciones y representaciones, al estudio de las cuales hemos de limitarnos. Con otras palabras, el empiriocriticista defiende en realidad el punto de vista del idealismo subjetivo.

Lenin califica de charlatanería filosófica la aspiración de los empiriocriticistas de elevarse sobre el materialismo y el idealismo con ayuda de su "elemento neutro". "Todos saben -escribe- qué es la sensación humana, pero la sensación sin el hombre, anterior al hombre, es un absurdo, una abstracción muerta, una pirueta idealista."[11] Los "elementos neutros", según señala Lenin, son en realidad las sensaciones del hombre, y la doctrina que trata de construir con ellos el mundo es idealismo subjetivo.

¿Existió la naturaleza con anterioridad al hombre?, pregunta Lenin a los empiriocriticistas. Si la naturaleza es creación de la conciencia humana, si se reduce a sensaciones, no es la naturaleza la que creó al hombre, sino el hombre el que creó la naturaleza. Y las ciencias naturales nos dicen que la naturaleza existió mucho antes de que el hombre apareciera.

¿Piensa el hombre con ayuda del cerebro?, pregunta Lenin a los empiriocriticistas. Según ellos, el propio cerebro humano es también un "complejo de elementos" o sensaciones, o sea que es producto de la psiquis humana. Resulta, pues, que el hombre piensa sin ayuda del cerebro; todo lo contrario, el cerebro es una "construcción" del pensamiento inventada para explicar mejor la vida psíquica.

¿Existen otras personas?, pregunta Lenin a los empiriocriticistas. Según el punto de vista de su filosofía, resulta inevitablemente que cuantas personas rodean al hombre son complejos de sensaciones propias, es decir, productos de su conciencia individual. El empiriocriticismo conducía al solipsismo. Esta es la mejor demostración de su absoluta inconsistencia.

La filosofía de Mach gozó de gran predicamento a principios de siglo. Veinte años más tarde retrocedía ante nuevas formas del positivismo.

Raíces del idealismo.

La filosofía idealista representa una concepción incorrecta y deformada del mundo. El idealismo altera la verdadera relación entre el pensar y su base material. A veces esto es consecuencia del deseo consciente de deformar y ocultar la verdad. Tal alteración consciente de la verdad puede encontrarse a menudo entre los filósofos burgueses de nuestro tiempo que con su defensa del idealismo tratan de mantener satisfecha a la clase dominante. No obstante, en la historia de la filosofía han sido frecuentes los casos de doctrinas idealistas debidas a pensadores que se "equivocaban honradamente" en su sincero deseo de alcanzar la verdad.

En el capítulo III veremos que el conocimiento es un proceso muy complejo y multifacético. Esa misma complejidad encierra el peligro de que se le enfoque unilateralmente, de que se exagere y eleve a la categoría de absoluto el valor de alguno de sus aspectos hasta convertirlo en algo autónomo, que no depende de nada. Así es como obran los filósofos idealistas. Hemos visto, por ejemplo, cómo los empiriocriticistas y otros idealistas subjetivos convierten en absoluto el hecho de que todos nuestros conocimientos acerca del mundo exterior proceden de las sensaciones, aíslan éstas de los objetos materiales que las originan y llegan a la conclusión idealista de que las sensaciones son lo único que existe en el mundo.

V. I. Lenin dice que el conocimiento siempre encierra la posibilidad de que se dé vuelos a la fantasía, apartándose de la realidad; la posibilidad de suplantar los nexos verdaderos por otros imaginarios. Un concepto rectilíneo o unilateral, el subjetivismo y la ceguera subjetiva: tales son las raíces *gnoseológicas*[12] del idealismo, es decir, sus raíces en el propio proceso del conocimiento.

Mas para que de estas raíces crezca la "planta", para que los errores del conocimiento tomen cuerpo en un sistema filosófico idealista que se manifiesta contra el materialismo y las ciencias naturales materialistas, se necesitan determinadas relaciones sociales, hace falta que esas erróneas concepciones favorezcan a determinadas fuerzas sociales y se vean apoyadas por ellas. La visión unilateral y subjetiva del conocimiento del mundo por el hombre, dice Lenin, conduce al pantano del idealismo, donde lo *"consolida* el interés de clase de las clases dominantes": los esclavistas, los señores feudales o la burguesía. Ahí es donde residen las raíces *de clase* del idealismo.

La esencia reaccionaria del idealismo filosófico se pone bien de manifiesto al considerar sus vínculos con la teología, con la religión. Todo idealismo filosófico es, en última instancia, una defensa sutil de la teología y el clericalismo, dice Lenin. El idealismo filosófico, aun cuando no declare abiertamente sus nexos con la religión, se mantiene siempre en el mismo terreno que ella. Por eso la Iglesia, en todo momento, apoyó ardorosamente el idealismo filosófico, combatió el materialismo y persiguió cuando pudo a quienes lo profesaban.

7. La filosofía burguesa contemporánea

La filosofía de nuestros tiempos, indicaba Lenin,

---

[11] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 214.

[12] Gnoseología (del griego "gnosis", conocimiento, y "logos", tratado, ciencia, teoría): ciencia o teoría del conocimiento.

es tan fiel al espíritu de partido como la de hace dos mil años. Dicho de otro modo, ahora, lo mismo que en el pasado, los filósofos se dividen en dos campos opuestos: el materialista y el idealista. Su pugna, en última instancia, expresa las tendencias y las ideologías de clases y capas sociales hostiles. La filosofía del materialismo dialéctico es la ideología de la clase obrera, de las fuerzas sociales avanzadas de nuestra época. Y al contrario, la concepción de las fuerzas reaccionarias, de la burguesía imperialista, viene expresada por las diversas corrientes de la filosofía idealista. La actual filosofía burguesa se distingue por los esfuerzos que realiza para refutar la doctrina de Marx, Engels y Lenin, para mantener, en lucha con ella, las posiciones de la concepción burguesa del mundo y por defender el sistema capitalista.

En nuestros días el idealismo filosófico es aún más reaccionario y decadente que a fines del siglo XIX. Se puso de moda, por ejemplo, el irracionalismo, tendencia que proclama el carácter insensato y absurdo del mundo y de la vida, y la incapacidad de la mente humana para conocer la realidad que nos rodea; están muy en boga las doctrinas que manejan los descubrimientos científicos para deformar la ciencia; cada vez es mayor la influencia de los sistemas abiertamente teológicos.

La vida espiritual de los países capitalistas ha llegado a una situación paradójica: la ciencia sigue irresistiblemente adelante y profundiza nuestro conocimiento del mundo material, en colaboración con la técnica aumenta ilimitadamente el poder del hombre sobre la naturaleza; desde hace ya más de cien años existe y se desarrolla una filosofía materialista avanzada -el materialismo dialéctico e histórico- que proporciona una explicación genuinamente científica de los fenómenos de la naturaleza y la sociedad. Y al mismo tiempo, muchos filósofos, y en ocasiones los propios científicos, siguen afirmando que el mundo que nos rodea no tiene existencia objetiva, que la ciencia no puede revelarnos la verdad objetiva y que lo mejor para el hombre, ante su impotencia para conocer la naturaleza real de las cosas, es creer en lo sobrenatural y refugiarse en el seno de la Iglesia.

¿A qué obedece tal situación? ¿Cómo es posible que hombres sensatos, investigadores honestos, compartan unas concepciones idealistas que se contradicen con la ciencia y con la práctica social?

El obstáculo decisivo que les impide llegar al materialismo es el interés de clase de la burguesía, unido a los prejuicios anticomunistas de los intelectuales burgueses. El materialismo científico moderno, es decir, el materialismo dialéctico e histórico, aplicado consecuentemente, obliga a colocarse junto a la clase obrera y a aceptar la teoría del socialismo científico. Esta es una de las causas de por qué quienes no desean romper con la burguesía, entre ellos los hombres de ciencia, tienen miedo a admitir el materialismo. A su vez, los defensores e ideólogos francos y activos del capitalismo ven en el materialismo dialéctico a un enemigo teórico que no da cuartel y ponen todo su empeño en echarlo por tierra cueste lo que cueste. Para ello emplean todos los medios de presión ideológica y moral: la prensa, la radio, la televisión, la cátedra universitaria y el púlpito, los tratados científicos y los artículos de las revistas. Esta propaganda, repetida un día tras otro y año tras año, no puede por menos de hacer mella en las mentes de los hombres.

Otras causas de la vitalidad del idealismo se comprenderán mejor cuando estudiemos las principales corrientes de la actual filosofía burguesa.

La filosofía contra la razón.

El espíritu del pesimismo, el irracionalismo y la hostilidad a una concepción científica del mundo, que penetran en la ideología de la burguesía contemporánea, se ponen particularmente de relieve en el *existencialismo,* que es una de las doctrinas filosóficas más en boga dentro del mundo burgués.

El fundador del existencialismo es el filósofo idealista alemán Heidegger, quien aprovechó la doctrina del místico danés Kierkegaard (primera mitad del siglo XIX). Entre los existencialistas más notorios se encuentran C. Jaspers, J. P. Sartre, G. Marcel y A. Camus.

El problema más general que los existencialistas plantean es el del sentido de la vida, del lugar del hombre en el mundo y de la elección por él del camino a seguir. El problema no es nuevo, mas actualmente ha adquirido singular valor para muchos, que se ven ante la necesidad de determinar su lugar en las complejas y contradictorias condiciones propias de la sociedad burguesa, de definirse frente a la lucha que en todo el mundo transcurre entre las fuerzas progresistas y reaccionarias.

Los existencialistas, pues, ponen el dedo en uno de los problemas más candentes de nuestra época. Pero lo resuelven partiendo de una decadente concepción idealista; arrancan de la conciencia del individuo aislado, que se opone a la sociedad y escarba en sus vivencias. Este falso punto de partida predetermina el vicio de que adolece toda la doctrina existencialista.

Sus partidarios la presentan como una doctrina del ser en general, aunque de hecho reducen la filosofía al examen de la "existencia" del individuo. Si no tomamos en consideración las reflexiones de algunos existencialistas sobre el "más allá", lo único que en ellos presenta realidad es la existencia personal, la conciencia de que "yo existo". El mundo que nos rodea es presentado como algo misterioso e inasequible a la razón y al pensamiento lógico. "El ser -ha escrito Sartre- carece de razón, de causalidad

y de necesidad." Al igual que todos los idealistas subjetivos, los existencialistas niegan la realidad objetiva de la naturaleza, el espacio y el tiempo. El mundo, dice Heidegger, existe en cuanto hay existencia. "Si no hay *existencia,* tampoco hay mundo."

Lo más importante para el hombre es su existencia. Y los existencialistas se entregan a fatigosas reflexiones acerca de que esa existencia tiene un fin y que la vida entera del hombre transcurre bajo el signo del miedo a la muerte. La misión de la filosofía, según ellos, consiste precisamente en despertar y mantener siempre ese miedo. Filosofar, dice C. Jaspers, significa aprender a morir.

Los existencialistas comprenden que el hombre será más fácilmente presa del miedo si se siente aislado y solo. Por ello tratan de hacerle creer que ha sido "arrojado" a un mundo extraño y hostil, que entre sus semejantes no mantiene una existencia "verdadera" y que la sociedad le priva de su individualidad.

Para ello los filósofos de la "existencia" se valen del hecho indudable, que tan gravemente afecta a muchos, de que la sociedad capitalista oprime realmente al hombre y frena el desarrollo de su personalidad. Excitan el sentimiento de protesta contra la opresión del sistema capitalista que surge entre parte de los intelectuales y lo orientan por el falso camino de protesta contra la sociedad en general. Pues, según los existencialistas, si bien el hombre no puede vivir aislado de sus semejantes, aun cuando se encuentra entre ellos sigue en la soledad más completa, y sólo cuando se encierra en sí mismo se siente libre. Los existencialistas no admiten ni deberes impuestos al hombre por la colectividad social ni normas morales valederas para todos. No en vano el héroe ordinario de los existencialistas -en el teatro y en la novela- es el hombre sin convicciones firmes, y a menudo un sujeto simplemente amoral. Según esa filosofía, cualquier actividad humana o cualquier lucha son estériles, el mundo es el reino del absurdo y la historia toda carece de sentido.

La filosofía idealista subjetiva del existencialismo es falsa, ante todo, porque reduce la realidad entera a la existencia del hombre y a sus impresiones y sentimientos. Y al mismo tiempo, adultera por completo la esencia propia del hombre.

El hombre recibe de la sociedad todo cuanto constituye su vida. ¿Qué es lo que lo ha elevado tan por encima del mundo de los animales? Su vida de trabajo en sociedad. En ésta desarrolla el hombre sus sentidos y su razón, su voluntad y su conciencia, en ella toma la vida sentido y adquiere un fin. Para quien vive una vida social plena, inspirada por ideas avanzadas, lo importante no es cuándo morirá, sino cómo va a transcurrir su vida en la sociedad, qué dejará a los hombres. Basta, sin embargo, separar artificialmente la persona de la sociedad para que ante nosotros aparezca un homúnculo asustado y tembloroso, que teme la muerte y no sabe qué hacer de su vida.

El existencialismo, sin quererlo, muestra hasta qué vacío espiritual y embrutecimiento moral conduce el individualismo burgués.

La decadente "filosofía de la existencia" es profundamente reaccionaria. En última instancia, es expresión del miedo de la clase explotadora ante el inevitable naufragio del régimen capitalista y desmoraliza con su acción a quienes caen bajo su influencia, especialmente a los jóvenes. La prédica del miedo, de la desesperanza, del absurdo que supone la existencia, estimula las inclinaciones antisociales y justifica la conducta amoral y la falta de principios. Quien se deja arrastrar por el existencialismo, en determinadas condiciones puede ser presa fácil y juguete de las fuerzas reaccionarias, abandonando sus lamentaciones históricas para convertirse en un pistolero fascista. En Alemania, el existencialismo, unido a otras doctrinas reaccionarias, preparó ideológicamente el terreno al fascismo. En Francia, los existencialistas centraron después de la guerra sus torpes ataques sobre el heroico Partido Comunista, combatiendo su disciplina y la solidaridad de clase del proletariado. Los marxistas franceses no tardaron en adivinar en el existencialismo a uno de los principales enemigos ideológicos. Su influencia entre los medios intelectuales franceses ha disminuido mucho después de la reñida lucha que contra él mantuvieron.

La supuesta "filosofía de la ciencia".

Otra corriente filosófica muy extendida en el mundo burgués es el *neopositivismo* o "positivismo lógico", al que sus adeptos presentan a bombo y platillo como "filosofía de la ciencia". A primera vista parece como si el neopositivismo fuese el polo opuesto de la irracionalista "filosofía de la existencia". Pero la realidad es que se trata de una doctrina idealista emparentada interiormente con el existencialismo. Es una filosofía que rebosa pesimismo y desconfianza hacia la capacidad cognoscitiva y la razón del hombre.

Las bases del neopositivismo fueron sentadas por el inglés B. Russell y los austríacos L. Wittgenstein y M. Schlick. Actualmente sus figuras más notorias son R. Carnap en Estados Unidos y A. Ayer en Inglaterra. La aparición del neopositivismo vino dictada por la necesidad de renovar la filosofía idealista subjetiva del empiriocriticismo, acomodándola al estado actual de la física, las matemáticas y la lógica.

El neopositivismo -y esto es lo principal en él- separa de la filosofía los problemas esenciales de la concepción del mundo para convertirla en un "análisis lógico del lenguaje". Los neopositivistas

afirman que tales cuestiones -comprendida la fundamental de toda la filosofía- no existen científicamente y que en este sentido son "seudoproblemas". Según ellos, la filosofía no puede proporcionar ningún conocimiento acerca del mundo exterior; su misión única es el análisis lógico del lenguaje científico, es decir, el análisis de las reglas de empleo de los conceptos y símbolos científicos, de la combinación de las palabras en la oración, de la obtención de unas proposiciones partiendo de otras, etc., así como del "análisis semántico" de los términos y conceptos científicos. A este propósito hemos de observar que, por importante que sea el análisis lógico del lenguaje de la ciencia, reducir la filosofía a esto significa de hecho acabar con ella.

Los neopositivistas tienen razón cuando afirman que la ciencia ha de partir de los datos experimentales, de los hechos. Mas, al igual que los empiriocriticistas, se niegan a admitir la realidad objetiva de los datos que la experiencia proporciona. Según ellos, por ejemplo, es absurdo preguntarnos si la rosa existe objetivamente; puede decirse únicamente que veo un color rojo de rosa y que percibo su aroma. Sólo esto, aseguran, puede ser objeto de una afirmación científica. Por lo tanto, los hechos no son para los neopositivistas cosas objetivas, acontecimientos y fenómenos del mundo objetivo, sino sensaciones, impresiones, percepciones y otros fenómenos de la conciencia. Contrariamente a sus manifestaciones de que es absurdo el problema de lo real y de su naturaleza, en la práctica niegan sólo la naturaleza *material* del mundo, al que de hecho atribuyen una naturaleza espiritual.

¿De qué se ocupa la ciencia? Esta, según sus afirmaciones, primeramente se limita a describir los "hechos", es decir, las sensaciones del hombre, pues es incapaz de conocer el mundo objetivo; el conocimiento experimental carece de valor objetivo.

Opinan los neopositivistas que manifestaciones sobre los hechos, arbitrariamente seleccionadas, proporcionan material para una teoría científica que se construye con ayuda de la lógica y de las matemáticas. Estas, a diferencia de las ciencias empíricas, que se apoyan en la experiencia, descansan -al menos así lo dicen los neopositivistas- en un sistema de axiomas y reglas aceptadas de manera absolutamente arbitraria y que son fruto de un acuerdo convencional como lo son las reglas del ajedrez o de los naipes.

Tal como los neopositivistas afirman, los juicios que entren en dicha teoría han de ajustarse a las reglas aceptadas: eso es cuanto se necesita para considerar que un juicio es verdadero. Aplicando tal criterio a los problemas concretos, los neopositivistas llegan, por ejemplo, a la anticientífica conclusión de que es un convencionalismo puro la admisión de que es el Sol, y no la Tierra, el centro de nuestro sistema planetario.

Se comprende que semejante interpretación de la teoría científica priva a la ciencia de todo valor como medio que nos proporciona conocimientos objetivos y convierte el conocimiento científico en algo semejante a un juego.

Cuesta trabajo creer que tales absurdos, que de hecho acaban con la ciencia, sean compartidos por grandes investigadores que han hecho importantes aportaciones en diversas ramas del saber. Y sin embargo, es así. La complejidad de los métodos empleados por la ciencia actual y de los fenómenos que estudia, las dificultades que se presentan a la hora de explicar algunos de ellos, hacen posible la aparición de vacilaciones idealistas entre los científicos. Y las condiciones propias de la sociedad burguesa ayudan a convertirlas en realidad.

Así, de las geometrías no euclidianas (de Lobachevski, Riemann y otros), que reflejan las leyes objetivas del espacio en condiciones distintas a las que nos son habituales, se llega a la conclusión de que no hay una sola geometría verdadera y que sus principios fundamentales no pasan de ser acuerdos que aceptamos convencionalmente.

En la física, la interpretación idealista encuentra el campo abonado, principalmente, por el carácter matemático abstracto de sus teorías, por la imposibilidad de crear modelos de los microobjetos que se escapan a la observación directa.

Los físicos contemporáneos no pueden ver los microobjetos sometidos a su estudio (el electrón, el protón, el mesón, etc.) ni siquiera con ayuda de los instrumentos ópticos más potentes; tampoco puede construir un modelo satisfactorio de las partículas elementales. Todo lo que el físico puede observar en sus experimentos son los datos de los aparatos de medición, las ráfagas de la pantalla, etc. La existencia de las micropartículas y el carácter de sus propiedades vienen deducidas de complejos razonamientos teóricos y cálculos matemáticos. Cuando el físico realiza su experimento, sin él saberlo, se comporta como materialista. Mas cuando empieza a meditar acerca de los problemas generales de la ciencia, si sus posiciones filosóficas no son firmes, puede llegar a la errónea conclusión de que la micropartícula, con todas sus propiedades, no existe en la realidad, sino sólo en teoría, que es una construcción o un símbolo "lógico" o "lingüístico" creado para concordar entre sí las indicaciones de los aparatos y estar en condiciones de predecirlas.

Así, uno de los físicos actuales de más renombre, W. Heisenberg, ha escrito que la partícula elemental de la física moderna "no es una formación material en el tiempo y en el espacio, sino un símbolo cuya adopción proporciona a las leyes de la naturaleza una forma particularmente sencilla."[13]

En cuanto al físico teórico, que se ocupa

[13] W. Heisenberg, *Problemas filosóficos de la física atómica,* Moscú, 1953, página 49.

especialmente del estudio teórico de los resultados de observaciones obtenidas por otros investigadores, el propio carácter de su trabajo, y también la constante sucesión de teorías científicas, cuando no conoce la dialéctica, pueden empujarle al erróneo pensamiento de que las hipótesis y teorías que él enuncia son arbitrarias, de que las proposiciones en que sus principios descansan poseen un carácter subjetivo. El astrónomo idealista Jeans dice, por ejemplo, que "el Universo objetivo y material se compone únicamente de las construcciones de nuestras propias mentes”.[14]

En realidad, el hecho de que sea imposible crear un modelo visible de los microobjetos y de que éstos no se presten a la observación directa no desmiente en modo alguno su carácter material, puesto que existen fuera de la conciencia del hombre y con independencia de ella, y que esto es así lo demuestra todo el desarrollo de la ciencia y las aplicaciones técnicas de los datos científicos relativos al micromundo.

Ahora, lo mismo que hace cincuenta años, cuando Lenin escribió *Materialismo y empiriocriticismo,* los filósofos idealistas se valen de las dificultades por las que la ciencia atraviesa, de las vacilaciones de los investigadores y de su indecisión a la hora de defender y comprobar el punto de vista materialista. Por eso, para combatir el idealismo hay que conocer la ciencia moderna y saber resolver los problemas guiándose por el materialismo dialéctico.

El positivismo moderno no se limita al campo de las ciencias de la naturaleza, sino que también abarca la comprensión de la vida social. Según afirman sus partidarios, la realidad social depende de lo que las gentes hablan de ella; las calamidades sociales obedecen a la incorrecta comprensión y al incorrecto empleo de las palabras. Por consiguiente, para cambiar la vida social es suficiente con cambiar el lenguaje, la comprensión que se tiene de las palabras. El positivista norteamericano S. Chase ha llegado al extremo de afirmar que carecen de sentido palabras como "capital", "desocupación", etc. Según Chase, si en el lenguaje no existiese una palabra tan "nociva" como "explotación", la explotación no existiría en la realidad.

Los neopositivistas eliminan de la esfera científica no sólo los juicios y valoraciones "metafísicos", sino también los morales o éticos. Tal como ellos afirman, cualquier juicio que contenga una valoración ética es subjetivo, es decir, que expresa únicamente la opinión personal de quien habla. Según esto, cuando, por ejemplo, se afirma que las guerras de conquista y agresión son injustas se emite una opinión subjetiva, y nada más, tan valedera como la del que afirme lo contrario. Vemos, pues, que la filosofía del neopositivismo, tan alejada al parecer de la política, viene muy a propósito cuando se trata de justificar una política reaccionaria. Al mismo tiempo, a quien no se conforma con renunciar a las normas morales de valor objetivo, le invita a buscarlas fuera de la ciencia, y sobre todo en las enseñanzas de la Iglesia.

Rebajando como lo hacen el papel de la ciencia, a la que acusan de no proporcionar un conocimiento objetivo verdadero del mundo, los neopositivistas allanan el camino a los teólogos y fideístas, es decir, a quienes defienden la fe religiosa. Esto no lo niegan ni los propios adeptos del neopositivismo. Así, el físico idealista P. Jordan afirma: "La concepción positivista ofrece nuevas posibilidades para que la religión adquiera espacio vital sin entrar en contradicción con el pensamiento científico."[15]

Lenin indicaba: "El papel objetivo, de clase, del empiriocriticismo se reduce por completo a servir a los fideístas en la lucha que mantienen contra el materialismo..."[16] Estas palabras se pueden aplicar también enteramente a los neopositivistas de nuestros días.

Renacimiento de la escolástica medieval.

Cada vez es más amplia y activa la propaganda que en la moderna sociedad burguesa se hace del fideísmo. Cobran inusitado vigor la Iglesia y sus organizaciones. Los ideólogos de la clase dominante dicen y repiten sin cesar que "sólo la religión puede traer la salvación"[17] del mundo, que la única respuesta a los candentes problemas sociales es "una penetración más eficaz en nuestra vida del espíritu del cristianismo".[18]

A la vez que la religión, entre los medios de la burguesía y de los intelectuales burgueses gozan de favor el misticismo, el espiritismo, la astrología, la quiromancia y otras supersticiones por el estilo.

El sentido de clase de este fenómeno lo descubrió ya Lenin cuando decía que "la burguesía, por miedo al proletariado, que crece y ve aumentar sus fuerzas, apoya todo lo atrasado, todo lo caduco y medieval".[19]

El renacimiento del medievo afecta también a la moderna filosofía burguesa. Y esto es así incluso literalmente: se trata del *neotomismo,* de la doctrina renovada de Tomás de Aquino, el escolástico medieval, que el Vaticano ha admitido como filosofía oficial de la Iglesia Católica.

Podría parecernos que una filosofía abiertamente religiosa, que presenta el escolasticismo medieval como algo "eterno", no habría de gozar de gran predicamento entre los medios científicos. Pero no es así. El neotomismo es una doctrina sutil y artera que a menudo lleva a la confusión no sólo a gentes sencillas, sino también a los hombres de ciencia de los países capitalistas.

[14] James Jeans, *Physics and Philosophy,* 1948, pág. 216.

[15] Pascual Jordan, *Physics of the 20The Century,* N. Y., 1944, pág. 160.

[16] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 343.

[17] A. Toynbee, *Civilisation on trial,* Londres, 1948, pág. 94

[18] John E. Russel, *Science and modem life,* Londres, 1955, pág. 101.

[19] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIX, pág. 77.

La base primera del neotomismo es la admisión de Dios como creador todopoderoso del Universo. La naturaleza es considerada como "realización de la idea de Dios" y la historia como "cumplimiento de los designios divinos". A diferencia de los neopositivistas, existencialistas y demás idealistas subjetivos, los neotomistas admiten la existencia real del mundo, como creación de Dios, fuera del hombre y de su conciencia, y que ese mundo puede ser conocido con ayuda de los sentidos y de la razón. Critican incluso el irracionalismo de los existencialistas y elevan su voz en defensa de la razón, que Dios dio al hombre para que pudiese conocer la verdad.

Semejantes manifestaciones son bien recibidas por aquellos que no aceptan los sofismas del positivismo y el irracionalismo, pero que no quieren o no pueden admitir el materialismo filosófico. Quien así piensa considera que el neotomismo combina acertadamente una actitud correcta y sana hacia el conocimiento científico con la fe en Dios, que satisface la personal aspiración religiosa del hombre.

Pero esto encierra un profundo error. La realidad es que el neotomismo no encaja con la razón ni con la ciencia. La idea básica de los neotomistas es que la ciencia se halla subordinada a la religión y el conocimiento a la fe. Admiten únicamente aquella "razón" y aquel sistema de pensamientos que no rebasen los límites de lo que la Iglesia enseña. Y al contrario, califican de insana, de "levantamiento contra la razón", la defensa de proposiciones científicas que se oponen a los dogmas de la Iglesia.

Los neotomistas hablan de los tres caminos que llevan a la verdad: la ciencia, la filosofía y la religión. De los tres, el inferior es la ciencia. El conocimiento que ésta proporciona, dicen, no es fidedigno y se limita a la envoltura corpórea que oculta la verdadera esencia espiritual del mundo, región a la que la ciencia no alcanza y que parcialmente se revela a la filosofía o "metafísica". A diferencia de la ciencia, la filosofía enuncia el problema de la primera causa de la existencia del mundo y llega a la conclusión de que tal causa reside en un supremo principio espiritual o creador. Mas la verdad suprema, enseñan los neotomistas, es alcanzada sólo por la revelación, por la fe religiosa, a la que siempre deben ajustarse todas las conclusiones generales de la ciencia y de la filosofía.

El fin teórico último de la ciencia es buscar argumentos que confirmen la fe en Dios, que prueben que "el catolicismo y la ciencia han sido creados el uno para el otro". Todas las dificultades con que la ciencia tropieza, los problemas no resueltos, son aprovechados por los neotomistas en favor de los dogmas de la Iglesia.

Uno de los argumentos favoritos de la filosofía católica en pro de la creación del mundo es la teoría del "ensanchamiento del Universo". En 1919 se descubrió lo que se llama el "desplazamiento rojo", es decir, el corrimiento hacia el extremo rojo de las líneas en los espectros de radiaciones que nos llegan de las galaxias, de sistemas estelares situados a grandes distancias. La ciencia no ha encontrado aún una explicación clara de este fenómeno. Y valiéndose de que la causa más probable del "desplazamiento rojo" es el rápido alejamiento de las galaxias de nuestro sistema solar, los filósofos idealistas llegaron a la inmediata conclusión de que en un tiempo toda la materia y energía del Universo estuvieron concentradas en un "primer átomo" creado por Dios.

No hay base alguna para llegar a tal conclusión, siquiera sea porque no podemos aplicar lo observado en un tiempo determinado y en una parte limitada del Universo a todo el Cosmos en su conjunto y a períodos de los que nos separan miles de millones de años.

No obstante, apoyándose en esta "teoría" y en otras por el estilo, el Papa Pío XII afirmaba en su disertación sobre las "pruebas de la existencia de Dios a la luz de la ciencia moderna", el 22 de noviembre de 1951: "Por lo tanto, creación en el tiempo; y por eso, un creador; y por consiguiente, Dios. Esas son las palabras... que pedimos a la ciencia y que nuestra generación espera de ella."[20]

Este ejemplo muestra la manera como los filósofos idealistas y los eclesiásticos llegan a conclusiones idealistas y fideístas cuando no se encuentran explicaciones suficientes a un problema científico. Sólo una arraigada visión materialista en filosofía y una consecuente aplicación de la dialéctica pueden salvar al hombre de ciencia de las vacilaciones y evitar que caiga en las trampas que los idealistas colocan en todos los sectores difíciles del camino que la ciencia recorre.

A menudo los neotomistas se ganan las simpatías de la gente porque, a diferencia de los idealistas subjetivos, prestan gran atención a las cuestiones de la moral. Pero la moral que ellos predican es la mansedumbre, es la doctrina de que el hombre, más que de la vida terrena y del cuerpo perecedero, ha de ocuparse del "alma inmortal", de la "vida eterna" y de Dios. Con otras palabras, es la moral de la aceptación pasiva -y justificación por tanto- del mal social existente, de la explotación y la desigualdad; es la moral que reemplaza la protesta y la lucha contra la injusticia social con oraciones y súplicas a Dios. Se trata, pues, de una moral que sólo conviene a la clase explotadora en el poder.

La doctrina político-social de los neotomistas se caracteriza por su lucha activa contra el socialismo unida a la "crítica" de algunos defectos del capitalismo. Los filósofos católicos achacan los vicios de la sociedad al olvido en que muchos, entre ellos los capitalistas, tienen de la religión, a que han

[20] P. Laberenne, *El origen de los mundos,* Gostejizdat, Moscú, 1957, pág. 250.

dejado de ser buenos cristianos. Semejante "crítica" nos dice bien a las claras que los neotomistas no piensan siquiera en combatir el capitalismo, del que de hecho son defensores.

En el mundo capitalista existen otras muchas corrientes y escuelas que se denominan a sí mismas "instrumentalismo",[21] "neorrealismo", "fenomenología", "personalismo", etc. Todas ellas se encuentran dentro del campo común del idealismo y poseen los mismos rasgos reaccionarios, con la única diferencia de que éstos se presentan más netamente dibujados en las típicas doctrinas que acabamos de examinar.

La filosofía idealista es incapaz de dar una respuesta acertada a los problemas científicos y sociales de nuestra época. Enemiga como es de la concepción científica del mundo y del progreso social, refleja la creciente decadencia del capitalismo y la crisis de su cultura.

8. En la lucha por una concepción científica del mundo

La debilidad e inconsistencia de la actual filosofía idealista se pone de manifiesto en la resistencia que opone a los avances de la ciencia y a los movimientos sociales progresivos; por ello mueve a la protesta tanto a los científicos insobornables, firmes de espíritu, como a todos cuantos por encima de los intereses del capital colocan los intereses del pueblo y un futuro de luz por los hombres.

En los países que los apologistas del imperialismo llaman falsamente "mundo libre" es cada día más reñida la pugna entre las concepciones progresivas y reaccionarias, entre los partidarios del materialismo y del idealismo. Al frente de esa lucha van los marxistas encuadrados en las organizaciones comunistas. Pero ocurre con frecuencia que intelectuales burgueses llegan a comprender el papel reaccionario de la filosofía idealista y rompen con ella.

Entre ellos figura un filósofo progresista como Barrows Dunham, valeroso impugnador de la reacción espiritual y política en los Estados Unidos y crítico severo de las retrógradas doctrinas filosóficas y de los mitos sociales. Dunham denuncia la degradación a que la filosofía ha llegado en los escritos de los pragmatistas y positivistas, eleva la dignidad del pensamiento filosófico y ve en él una expresión de los intereses y aspiraciones del pueblo. "... Lo que más me atrae en la filosofía es que sus orígenes se remontan al pueblo", escribe en su obra *El gigante encadenado.* La filosofía no es para él un escolástico "análisis del lenguaje"; "es –dice- una guía de la vida", "es la teoría de la emancipación de la humanidad".[22]

El filósofo japonés Yanahida Kendziuro, incorporado a la lucha por la paz, por los derechos democráticos de su pueblo y contra la dependencia extranjera, llegó a la convicción de que la filosofía idealista deja inerme al pueblo, cuyas mentes embriaga con irrealizables ilusiones. Yanahida Kendziuro tuvo la entereza de romper con esta engañosa filosofía, de someterla a crítica y de aceptar la concepción del mundo del materialismo científico. En su libro *Mi viaje a la verdad* escribe así:

"El lugar de las ruinas en que se ha convertido la filosofía idealista ha venido a ocuparlo una filosofía materialista nueva, la marxista, que se ha apoderado de las mentes de nuestros jóvenes. y se comprende que así sea, pues cuanto más se agudizan las contradicciones en un país ocupado por tropas extranjeras, más claramente ven las grandes masas la verdad del materialismo dialéctico."[23]

Barrows Dunham y Yanahida Kendziuro no son los únicos. Podríamos dar una larga relación de filósofos y sabios progresistas que combaten el idealismo y defienden y propagan el materialismo dialéctico.

En Estados Unidos, entre los mejores defensores del materialismo se encuentran Howard Selsam y Harry Wells. Es de señalar la labor que el filósofo progresista John Somerville lleva a cabo para dar a conocer al pueblo norteamericano el modo de pensar de los hombres soviéticos. Se hallan próximos al materialismo y han contribuido notablemente a la crítica de la filosofía idealista R. W. Sellers, C. Lamont y P. Crosser. En Inglaterra gozan de merecido prestigio F. M. Cornforth, J. Lewis, A. Hobertson y los eminentes investigadores J. Bernal y D. Holdein, que se han distinguido en la defensa de las concepciones progresivas. Los marxistas franceses e italianos R. Garaudy, J. Kanapa, M. Spinella y C. Luporini, y otros muchos, han contribuido brillantemente a la propagación de las ideas filosóficas avanzadas. Los trabajos de Eli de Gortari (México) y J. Feodoridis (Grecia) muestran que también en otros países del mundo se abre paso la filosofía materialista.

Junto a ellos, al lado de quienes llegaron al materialismo a través de una intensa labor social y de sus reflexiones filosóficas, el materialismo encuentra cada vez más apoyo en figuras eminentes de la ciencia contemporánea. Muchos descubrimientos científicos de incalculable valor, realizados durante los últimos decenios, prueban hasta la saciedad la verdad que asiste al materialismo filosófico marxista.

La teoría de la relatividad de Einstein demuestra los nexos inseparables que unen el espacio y el tiempo a la materia y su movimiento, viniendo a confirmar la doctrina del materialismo dialéctico

---

[21] Acerca del "instrumentalismo" o pragmatismo, véase el capítulo III.

[22] B. Dunham, *El gigante encadenado,* Moscú, 1958, págs. 12, 21, 201.

[23] Yanahida Kendziuro, *Evolución de mis concepciones.* Gospolitizdat, Moscú, 1957, pág. 161.

acerca del espacio y el tiempo como formas de existencia de la materia. La física nuclear revela la compleja estructura del núcleo atómico y descubre gran número de partículas elementales de la materia, con lo que proporciona nuevos argumentos a la proposición del materialismo filosófico marxista de que la materia es inagotable y de que la diversidad de sus formas es infinita. En física se ha formado gradualmente la concepción dialéctica de la micropartícula como unidad de sustancia y campo, como unidad de propiedades corpusculares y ondulatorias.

Los avances conseguidos en las ciencias físicas han ido acompañados de éxitos importantes en química, biología y fisiología. Las realizaciones teóricas han favorecido un gigantesco progreso de la técnica. Las tres grandes conquistas científicas y técnicas de nuestro tiempo -utilización de la energía atómica, electrónica y cohetes- significan el comienzo de una nueva era en la historia de las fuerzas productivas de la humanidad, aumentando inconmensurablemente su poder sobre la naturaleza. Los satélites artificiales de la Tierra y los cohetes cósmicos convierten en una perspectiva real la posibilidad de que el hombre salga más allá de la atmósfera terrestre y aprenda a navegar por los espacios del Universo.

Tales descubrimientos y realizaciones confirman la verdad del materialismo dialéctico y a menudo llevan a los sabios de orientación positivista a revisar sus concepciones. Es significativo, por ejemplo, que A. Einstein se inclinase en el último período de su vida hacia el materialismo y que sabios tan ilustres como 1. Infeld y Louis de Broglie, antes positivistas, hayan acabado por aceptar el materialismo.

Sabios eminentes como N. Bohr y W. Heisenberg, que durante decenios enteros capitanearon la orientación positivista en la física, últimamente han renunciado a una serie de proposiciones positivistas y las han sometido a crítica. Entre los hombres de ciencia y filósofos adheridos al positivismo hay quienes se sienten dominados por la duda, quienes muestran simpatías por el materialismo y se acercan a él.

Los descubrimientos científicos tienen el gran valor, además del suyo intrínseco, de que quebrantan la vieja concepción metafísica y hacen pasar a primer lugar la visión dialéctica del mundo. V. I. Lenin, que en su obra *Materialismo y empiriocriticismo* hizo un resumen de los procesos que tenían lugar en la física a principios de siglo, decía con toda la razón: "La física moderna está de parto. Da a luz el materialismo dialéctico."[24] Estas palabras conservan todo su valor en los momentos actuales.

La ciencia contemporánea, por la marcha de su propio desarrollo, llega a la admisión del método de la dialéctica materialista. Así lo han comprendido físicos como Paul Langevin, Frédéric Joliot-Curie y otros investigadores, que se han convertido en partidarios conscientes del materialismo dialéctico.

En nuestro tiempo, para que la lucha contra la filosofía reaccionaria se vea coronada por el éxito, para mantenerse con pie firme en las posiciones de una concepción materialista del mundo y hallarse en condiciones de defenderla, no basta con llamarse materialista: es necesario ser partidario consciente del materialismo dialéctico.

Capitulo II. La dialéctica materialista

La dialéctica materialista marxista es la doctrina más profunda, multifacética y valiosa por su contenido que jamás se haya enunciado acerca del movimiento y el desarrollo. Es la cúspide de toda la secular historia del conocimiento del mundo y en ella se resume un material inmenso relativo a la práctica social.

La dialéctica materialista y el materialismo filosófico mantienen vínculos indisolubles y se penetran mutuamente como dos caras de un todo único que es la doctrina filosófica del marxismo.

La diferencia está en que cuando hablamos del materialismo filosófico marxista nos referimos a la relación entre materia y conciencia, a la comprensión de la materia, a la doctrina de la unidad material del mundo, al análisis de las formas de existencia de la materia, etc.; y cuando hablamos de la dialéctica materialista sacamos en primer lugar la concatenación universal y las leyes del movimiento y desarrollo del mundo objetivo y de la manera como estas leyes se reflejan en la conciencia del hombre.

Los filósofos de la antigua Grecia llamaban "arte de la dialéctica" (dialektiké téchné) al arte de determinar la verdad mediante la controversia en la que se exponen las opiniones contradictorias de los interlocutores. A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX los filósofos idealistas alemanes. Hegel en primer término, entendían por dialéctica el desarrollo de la idea a través de las contradicciones reveladas en la propia idea. Hegel describió detalladamente las formas principales del pensar dialéctico. Pero su dialéctica partía de un criterio equivocado, idealista, según el cual el desarrollo dialéctico era propio y exclusivo del pensar, del espíritu, de la idea, pero no de la naturaleza. Según la expresión de Marx, la dialéctica de Hegel "se hallaba cabeza abajo". Para su acertada interpretación había que darle la vuelta y ponerla de pie. Esto es lo que hicieron Marx y Engels, creando así la dialéctica materialista y proporcionando un sentido nuevo al propio término de "dialéctica".

Los fundadores del marxismo, que partían de la unidad material del mundo, comprendían por dialéctica la doctrina de la concatenación universal, de las leyes más generales que presiden el desarrollo del mundo entero. Y así la "dialéctica", que en Hegel

[24] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 299.

era una doctrina idealista acerca del movimiento de la idea, conviértese en la doctrina materialista que trata de las leyes generales de desarrollo del *ser*. La dialéctica del desarrollo de nuestros conceptos (dialéctica subjetiva) resultaba, pues, un reflejo, en el pensamiento científico, de la dialéctica de desarrollo del propio ser (dialéctica objetiva).

Cada una de las ciencias estudia las formas del movimiento y las leyes de una región específica de la realidad. La dialéctica es una ciencia distinta: estudia las leyes más generales de todo movimiento, cambio y desarrollo. Las leyes de la dialéctica son universales porque actúan en la naturaleza y en la sociedad, y el propio pensamiento está subordinado a ellas.

Marx y Engels consideraban la dialéctica no sólo como teoría científica, sino también como *método de conocimiento* y como *guía para la acción.* Las leyes generales del desarrollo nos permiten llegar a una interpretación justa del pasado, a comprender acertadamente los procesos que se están sucediendo y a prever el futuro. Por eso es un *modo de enfocar* la investigación y la acción práctica derivada de los resultados así obtenidos.

A todo lo largo de su historia, y también en nuestros días, la dialéctica ha tenido enfrente a la *metafísica* como modo contrario de pensar y como concepción opuesta del mundo.

La noción que los marxistas tienen de la palabra "metafísica" no es la misma que existía antes de Marx o que le atribuyen los filósofos burgueses de nuestro tiempo. Antes de Marx, esta voz griega, o mejor dicho, esta expresión (ta metá ta fisiká: "lo que va después de la física", la ciencia de la naturaleza), significaba una *parte* especial de la filosofía. La parte en que los filósofos trataban y tratan aún, por vía puramente especulativa, de alcanzar una supuesta esencia inalterable y eterna de las cosas.

En su crítica de los sistemas no científicos y artificiosos de la metafísica, Marx y Engels no entienden ésta como una parte de la filosofía ni como conocimiento especulativo, sino como *método* de investigación y de pensamiento empleado por los creadores de estos sistemas y que se opone al método dialéctico. Actualmente, en la filosofía marxista el término "metafísica" se emplea casi exclusivamente en ese sentido.

El vicio fundamental de la metafísica es su visión unilateral, limitada y rígida del mundo; es la tendencia a exagerar y a convertir en absolutos algunos aspectos de los fenómenos, mientras que se rechazan otros aspectos no menos importantes. Así, por ejemplo, el metafísico ve la estabilidad relativa, la determinación de las cosas, pero no advierte su cambio y desarrollo. Se fija en lo que distingue al fenómeno del conjunto de otros fenómenos, pero no está en condiciones de apreciar sus variadas relaciones y sus profundos nexos con otros objetos y fenómenos. Únicamente admite respuestas definitivas para todas las cuestiones que afectan a la ciencia, sin comprender que la propia realidad se desarrolla y que cualquier proposición científica es sólo valedera dentro de determinados límites.

El método metafísico es más o menos aceptable en la vida corriente y en los escalones inferiores de desarrollo de la ciencia, pero fracasa sin remedio cuando con su ayuda se quiere buscar explicación a los procesos complejos de desarrollo. Las ciencias naturales y la vida político-social ponen a cada paso de manifiesto la insuficiencia de la metafísica y la necesidad de sustituirla por la dialéctica.

No obstante, la metafísica no ha sido aún desplazada por completo ni de la filosofía ni de las ciencias especiales.

¿Cómo explicar semejante vitalidad de la metafísica? Hubo un tiempo en que el pensamiento científico era fundamentalmente metafísico, y no dialéctico. El modo metafísico de pensar, como método de la ciencia, cobra forma y se extiende en los siglos XVII y XVIII, en el período en que la ciencia de la Edad Moderna adquiere definitivamente sus perfiles. Entonces, de lo que se trataba era de reunir informes de la naturaleza, de describir las cosas y los fenómenos, de dividir las cosas y los fenómenos en clases determinadas. Mas para describir una cosa había de sustraerla del conjunto y examinarla separadamente. Así surgió la costumbre de examinar los objetos y fenómenos desvinculados de su concatenación universal. Y esto impedía ver el desarrollo de las cosas, no dejaba apreciar cómo unas cosas proceden de otras distintas. Así arraigó el método metafísico de pensar, que toma los objetos aisladamente, al margen de su desarrollo. La metafísica imperó largo tiempo en la conciencia de los hombres y se hizo tradición del pensamiento científico.

Actualmente no hay nada que justifique el empleo del método metafísico. La metafísica es un método caduco, una concepción decrépita que repercute muy desfavorablemente sobre el conocimiento científico y sobre la vida político-social, puesto que conduce a graves equivocaciones y errores de cálculo.

La segunda causa de la vitalidad de la metafísica es la hostilidad que los ideólogos de la burguesía mantienen desde hace tiempo hacia la dialéctica materialista.

"En su forma racional -escribe Marx- la dialéctica sólo infunde a la burguesía y a sus ideólogos doctrinarios rabia y espanto, ya que en la comprensión positiva de lo existente incluye la idea de su negación, la necesidad de su muerte; cada forma ya realizada la examina en su movimiento y, por consiguiente, también en su aspecto perecedero. La dialéctica no se inclina ante nada y por su propia esencia es crítica y revolucionaria."[25]

---

[25] C. Marx, *El Capital,* ed. rusa, t. I, 1955, pág. 20.

No hemos de asombrarnos de que, bajo la presión política e ideológica de las fuerzas reaccionarias, muchos hombres de ciencia y filósofos de los países capitalistas teman a la dialéctica, no la conozcan ni la estudien, la miren con prevención y... vayan a remolque de la metafísica.

La dialéctica materialista marxista proporciona un arma segura en la lucha contra la metafísica y para el estudio científico de todos los fenómenos del mundo en desarrollo.

1. Concatenación universal de los fenómenos

El mundo que rodea al hombre ofrece un cuadro de fenómenos de la índole más variada. Las observaciones más simples nos dicen que esos fenómenos se hallan relacionados entre sí por nexos más o menos estables. En el mundo se observa una determinada constancia y regularidad. Así, el día sucede a la noche y la primavera al invierno; de la bellota crece una encina, y no un abedul o un pino; la crisálida se transforma en mariposa, pero jamás vuelve a ser oruga.

Los hombres de la Antigüedad más remota comenzaron ya a ver que las cosas y los fenómenos del mundo que los rodeaba hallábanse condicionados recíprocamente, que entre ellos existía un vínculo necesario que no dependía de la conciencia ni de la voluntad del individuo.

Cierto es que a la comprensión de estos vínculos se opusieron durante largo tiempo las supersticiones y concepciones religiosas, según las cuales los fenómenos de la naturaleza pueden ser provocados por fuerzas sobrenaturales, por los dioses, que eran capaces de trastrocar la concatenación natural de las cosas. Pero la ciencia y la filosofía materialista demostraron que no se producen ni pueden producirse milagros, acontecimientos sobrenaturales; que en el mundo existen únicamente vínculos naturales entre las cosas y los fenómenos. Esta verdad ha ido arraigando paulatinamente en la conciencia de los hombres.

En el proceso de desarrollo del conocimiento científico y filosófico del mundo han sido descubiertas muchas clases y manifestaciones de la concatenación universal de los fenómenos y han sido creados los conceptos (categorías) que los expresan; así son, por ejemplo, los conceptos de causalidad, interacción, necesidad, ley, casualidad, esencia y fenómeno, posibilidad y realidad, forma y contenido. En este apartado nos detendremos principalmente en las categorías relacionadas directamente con el carácter *necesario* de la concatenación universal y de la determinación de los fenómenos, es decir, con el principio del determinismo, que es la piedra angular de toda explicación verdaderamente científica del mundo.

Relación de causa y efecto.

La forma más conocida de relación, que se encuentra siempre y en todos los sitios, es la de causa y efecto, o relación de causalidad.

De ordinario se denomina causa de cualquier fenómeno aquello que originó su existencia. El fenómeno producido es el efecto o consecuencia. Por ejemplo, el viento es la causa del movimiento de un balandro.

Entre la causa y el efecto hay cierta sucesión en el tiempo: primero se produce la causa y luego viene la acción. Pero no todo "después" significa ni mucho menos "por efecto". Así, el día sigue siempre a la noche y la noche al día, pero ni el día es causa de la noche ni ésta lo es del día. La causa de que la noche suceda al día y el día a la noche está, como todos sabemos, en la rotación de la Tierra alrededor de su eje, por lo que se van iluminando sucesivamente una y otra cara del globo.

La acción se halla relacionada necesariamente con la causa. Si hay una causa se producirá obligatoriamente el efecto, siempre y cuando, se comprende, no haya nada que lo impida. Si apretamos el gatillo de un fusil cargado, se producirá el disparo. A veces, sin embargo, no ocurre así. ¿Quiere decir esto que la relación causal ha perdido en este caso su carácter obligatorio? No, lo único que quiere decir es que otra causa cualquiera impidió que se produjese el disparo. Pudo ocurrir que el muelle del disparador hubiese perdido fuerza, o que la pólvora estuviese mojada, o que la cápsula se hubiese estropeado. Si investigamos todas las circunstancias podremos descubrir la causa que impidió la producción del fenómeno que se esperaba. Por lo tanto, el trastorno de la relación causal no es más que aparente.

Para que la causa origine un efecto se requieren siempre ciertas *condiciones.* Las condiciones son fenómenos necesarios para que un acontecimiento se produzca, pero sin que de por sí puedan originarlo. Por ejemplo, para que un avión pueda elevarse se necesitan determinadas condiciones: una pista donde pueda despegar, ausencia de niebla, etc. Mas estas condiciones, de por sí, no son bastantes para que el avión se eleve. Para ello, como causa directa, hace falta que su motor funcione.

A menudo, sobre todo en los casos complejos, la causa se confunde fácilmente con el *motivo.* Esto es consecuencia de una visión superficial de las cosas, cuando no se han descubierto las verdaderas causas radicadas en el interior del fenómeno. El motivo no puede de por sí producir el fenómeno, es el impulso que pone en marcha las verdaderas causas. Así, por ejemplo, el motivo que dio origen a la primera guerra mundial fue el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria en Sarajevo. Mas la causa no fue esto, sino la agudizada contradicción de las potencias imperialistas.

En la vida práctica, en política, para entender el

verdadero sentido de los acontecimientos y separar lo esencial de lo que no lo es, tiene gran importancia el saber distinguir las causas reales de las condiciones y los motivos.

Contra la concepción idealista de la causalidad.

La relación causal tiene un carácter universal, se extiende a todos los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad, simples y complejos, tanto si han sido como si no han sido estudiados por la ciencia. No hay ni puede haber fenómenos sin causa. Cualquier fenómeno necesita de una causa que lo origine.

El estudio de los nexos causales es misión primordial de la ciencia. Para explicar cualquier fenómeno hay que buscar su causa. En su estudio y comprensión del mundo, la ciencia penetra en el corazón de los fenómenos: va de la superficie de los acontecimientos a sus causas próximas e inmediatas, y de éstas a otras más alejadas, generales, pero, al mismo tiempo, más esenciales en el caso dado. El desconocimiento de la causa real de un fenómeno no sólo imposibilita al hombre para provocarlo o impedirlo conscientemente, sino que propicia la aparición de nociones fantásticas que nada tienen que ver con la ciencia, de supersticiones y de interpretaciones místicas y religiosas.

De ahí que alrededor de la causalidad se venga librando desde hace mucho una reñida batalla entre el materialismo y el idealismo. Los filósofos idealistas, o bien han negado el carácter objetivo de la relación causal o bien han situado su origen no en la naturaleza, sino en un principio espiritual.

Hume, filósofo inglés del siglo XVIII, dice que la experiencia no es prueba de la vinculación necesaria de los fenómenos. Por eso únicamente podemos afirmar que un fenómeno se produce después de otro, pero no que el uno da origen al otro.

Kant comprendía que sin una causalidad obligatoria no podía existir la ciencia, si bien, lo mismo que Hume, suponía que dicha relación causal no existe en los fenómenos observados por nosotros. El origen de la causalidad y la necesidad lo veía él en nuestra conciencia, cuya particular estructura nos lleva a aportar una relación causal a los fenómenos que percibimos.

Muchos idealistas contemporáneos afirman que en la naturaleza no hay ni causa ni efecto; según escribe L. Wittgenstein, "la creencia en la relación causal es un prejuicio".[26]

Estos absurdos idealistas son desmentidos de plano por toda la historia de la ciencia. Si las ciencias naturales y las sociales existen es, principalmente, porque se han descubierto y estudiado las causas de los fenómenos que se producen en el mundo. La mejor prueba de la objetividad de la relación causal es la actividad práctica del hombre en la producción. Los hombres descubren las dependencias causales en la naturaleza y luego se valen prácticamente de ellas, originan las consecuencias necesarias y consiguen los resultados apetecidos. *"Gracias a esto* -escribe Engels-, gracias a la *actividad del hombre* es como toma cuerpo la noción de *causalidad,* la noción de que un movimiento es *causa* de otro."[27]

El idealismo y la religión combaten también la doctrina materialista de la causalidad con ayuda de la teoría de la conveniencia al fin o *teleología* (del griego "telas", fin u objetivo). A la explicación causal, que responde a la pregunta de *por qué* ocurrió un fenómeno de la naturaleza, la teleología opone la pregunta de *para qué, con qué objeto* surgió. Según la concepción teleológica, la estructura y el desarrollo de las cosas vienen determinados por el objeto o "causa final" a que están destinadas. La teleología es una doctrina cómoda para la religión y la filosofía idealista, pues conduce inevitablemente a la existencia de una razón suprema (Dios) que hace cumplir sus fines en la naturaleza.

Como prueba en su favor, los partidarios de la teleología se remiten de ordinario a la acomodación al fin que se observa en los organismos dentro de la naturaleza (por ejemplo, el mimetismo de los animales). La dialéctica marxista no niega la acomodación al fin en la estructura anatómica y en la actividad de los organismos vivos. Afirma, sí, que ello obedece a causas objetivas. El mecanismo de las mismas fue revelado por la teoría de Darwin. Las modificaciones que se producen en el mundo de los animales y de las plantas son debidas a la interacción de los individuos con las condiciones de vida, que no siempre son las mismas. Si estas condiciones son favorables para el organismo, es decir, si le ayudan a adaptarse al medio y a pervivir, se conservan por selección natural y son transmitidas por herencia a las generaciones subsiguientes, formando la acomodación estructural al fin de los organismos que tan vivamente llama con gran frecuencia la atención de los hombres.

Interacción.

La relación causal, a pesar de su formidable valor teórico y práctico, no refleja toda la diversidad de relaciones del mundo objetivo. Según escribe Lenin, "la causalidad... no es sino una pequeña partícula de la concatenación universal..."[28], "el concepto humano de causa y efecto siempre simplifica algo la concatenación objetiva de los fenómenos de la naturaleza, al no reflejarla más que aproximadamente y al aislar artificialmente unos u otros aspectos del proceso mundial uno y único".[29]

Esto significa que la concatenación de los

[26] I. Wittgenstein, *Tratado lógico-filosófico,* Moscú, 1958, pág. 64.

[27] F. Engels, *Dialéctica de la naturaleza,* ed. rusa, 1955, pág. 182.

[28] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 150.

[29] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 143.

fenómenos en la naturaleza y en la sociedad es más completa y compleja que la que se deriva de la relación de causa y efecto. La causa y el efecto se encuentran subordinados a la relación, más amplia, de la *interacción.*

La naturaleza es un conjunto único en el que todas sus partes, de una manera o de otra, se hallan vinculadas entre sí. En esta concatenación universal cualquier fenómeno, efecto de cualquier causa, entra directamente, a su vez, en otra relación en concepto de causa que da lugar a nuevos efectos. Así, la evaporación del agua de los mares y ríos, al ser calentada por los rayos del sol, da lugar a la formación de nubes, las cuales, a su vez, son el origen de las lluvias que humedecen el suelo y alimentan los arroyos y ríos.

La interacción se manifiesta también en el sentido de que la causa y el efecto se influyen mutuamente dentro del marco de un mismo proceso, y dentro de este plano, cambian sus lugares: la causa se convierte en efecto, y viceversa. Un ejemplo de interacción de este género es la continua reacción termonuclear que se produce en el Sol, por la que el proceso de transformación de los átomos de hidrógeno en átomos de helio crea una elevada temperatura (del orden de millones de grados), la cual, a su vez, provoca obligatoriamente la síntesis de los átomos de helio a partir de los átomos de hidrógeno.

Al estudiar la vida social nos tropezamos frecuentemente con casos de interacción. Así, por ejemplo, al aumentar la demanda de determinados artículos crece la producción de los mismos. El aumento de la producción es motivo de un incremento de la demanda. Causa y efecto cambian así sus lugares. La demanda actúa sobre la producción y la producción actúa sobre la demanda.

Así, pues, no hemos de entender la causa y el efecto metafísicamente, como fenómenos petrificados, separados uno de otro, contrarios en absoluto, sino dialécticamente, como conceptos "fluidos", relacionados mutuamente y capaces de convertirse uno en otro.

Ahora bien, no basta con descubrir la interacción de distintos factores o fenómenos entre sí. Hay que encontrar también lo que en esa interacción es lo determinante. Sólo entonces estaremos en condiciones de comprender acertadamente las fuentes de desarrollo del proceso, de valorizar las fuerzas que en él toman parte y de representarnos la línea fundamental, la dirección que el desarrollo sigue.

En el ejemplo anterior, para que el cuadro de la interacción del aumento de la demanda de unos artículos y del incremento de la producción de esos mismos artículos sea correcto, hay que señalar que el aspecto determinante de dicha interacción es el incremento de la producción.

Necesidad y ley.

El carácter obligatorio de la subordinación causal de todos los fenómenos presupone que en el mundo reina la necesidad. Se denomina necesario el comienzo y desarrollo de los fenómenos que se desprenden de las relaciones más esenciales que presiden un proceso dado. Desarrollo necesario es aquel que, atendidas las condiciones presentes, no puede por menos de producirse. Así, por ejemplo, en la historia del mundo vivo los organismos menos adaptados son sustituidos necesariamente por los más adaptados.

La necesidad en la naturaleza y la sociedad se revela de la manera más completa en las leyes. Al admitir la necesidad en la aparición y desarrollo de los fenómenos se presupone que dichos fenómenos se hallan sujetos a determinadas leyes, las cuales existen con independencia de la voluntad o del deseo de los hombres.

Toda ley es manifestación de la necesidad a que los fenómenos se subordinan. Por ejemplo, cualquier cuerpo levantado sobre la superficie de la Tierra caerá necesariamente si no hay una fuerza opuesta que lo sostenga. Aquí se pone de manifiesto la ley de la gravitación universal.

¿Qué es ley? Leyes la relación o dependencia - profunda, esencial, estable y que se repite- entre los fenómenos o entre los distintos aspectos de un mismo fenómeno. Así, la ley de Arquímedes determina la relación estable entre el peso del líquido o gas desplazado cuando se sumerge en él un cuerpo y la "fuerza ascensional" que sobre este cuerpo ejerce el líquido o gas. Las leyes pueden ser poco generales, cuando son valederas dentro de una esfera limitada (ley de Ohm), y más generales, cuando actúan en esferas muy amplias (ley de conservación de la energía). Ciertas leyes establecen una dependencia cuantitativa exacta entre los fenómenos y pueden ser expresadas matemáticamente (leyes de la mecánica). Otras no admiten las fórmulas matemáticas exactas (ley de la selección natural). No obstante, lo mismo unas que otras expresan la relación objetiva y necesaria de los fenómenos.

El conocimiento de las leyes de la realidad objetiva ayuda a penetrar en las causas de los acontecimientos y es por eso una base segura para que el hombre consiga los fines que en su actividad se propone.

Ninguna ley, sin embargo, puede abarcar el fenómeno en toda su amplitud. Expresa únicamente lo que en él es más esencial.

Para descubrir la ley a que se subordina un fenómeno hay que hacer abstracción de las circunstancias secundarias que lo acompañan y obtener, en su aspecto puro, el nexo esencial y decisivo. La ciencia realiza esto tanto por vía experimental como por la deducción lógica, por la abstracción de los aspectos esenciales del fenómeno.

Así, la ley de la caída libre de los cuerpos (ley de Galileo) hace abstracción de la resistencia del aire, no la toma en cuenta y establece que todos los cuerpos caen con la misma aceleración. Mas dentro de nuestra atmósfera, la caída del cuerpo puede ser rápida, como en el caso de la piedra, o lenta, como le ocurre a la hoja seca; el cuerpo puede incluso elevarse durante algún tiempo, como las semillas del diente de león y de otras plantas.

La ley de Galileo rige en todos los casos. Mas el simple conocimiento de esta ley no basta para explicar plenamente la caída de un cuerpo en las condiciones concretas en que ello se produce. Necesitaremos conocer también las circunstancias en que dicha ley actúa.

Necesidad y casualidad.

Entre la gran variedad de fenómenos de la naturaleza y de la sociedad humana los hay que no se desprenden necesariamente del desarrollo de una cosa concreta o de una serie dada de fenómenos; pueden ocurrir y pueden no llegar a producirse, pueden suceder de una manera y pueden darse de una manera distinta. Son los fenómenos casuales.

Por ejemplo, el granizo que destruye la cosecha es casual si nos referimos al trabajo del agricultor y a las leyes de crecimiento de las plantas.

Acerca del problema de la casualidad se ha debatido, y no poco, en la ciencia. De la proposición, acertada, de que todos los fenómenos de la naturaleza y de la sociedad humana están sometidos a la causalidad, muchos hombres de ciencia y filósofos llegaban a la errónea conclusión de que en el mundo hay sólo necesidad, de que los fenómenos casuales no existen. La casualidad, según ellos lo entienden, es un concepto subjetivo con el que designamos las causas que no hemos llegado a conocer.

Tal opinión es profundamente errónea, puesto que identifica dos conceptos distintos: necesidad y causalidad. Cierto que en el mundo no hay fenómenos sin causa; cierto también que los fenómenos casuales están condicionados causalmente. Pero eso no quiere decir que los fenómenos casuales sean necesarios. Tomemos un ejemplo. El tren descarriló y los vagones volcaron. Podemos conocer la causa del accidente, que pudiera ser la mala sujeción de los carriles a las traviesas; sin embargo, el descarrilamiento será una casualidad, y no necesidad. ¿Por qué? Porque fue originado por una circunstancia que no se derivaba de las leyes del movimiento de los trenes por la vía, ya que técnicamente no hay dificultad alguna para conseguir unas condiciones en que el accidente no se produzca.

La negación de la casualidad objetiva lleva a conclusiones nocivas desde el punto de vista científico y práctico.

Si admitimos que todo es igualmente necesario seremos incapaces de separar lo esencial de lo no esencial, lo necesario de lo casual. Con tal criterio, como dice Engels, la propia necesidad es reducida al nivel de la casualidad.

Para comprender correctamente lo que es necesidad y casualidad hay que considerar no sólo la diferencia, sino también el vínculo que entre ellas existe. Este vínculo no lo comprende en absoluto el metafísico, para el que necesidad y casualidad son términos opuestos que no tienen nada de común. Contrariamente a la metafísica, la dialéctica materialista demuestra que no es correcto oponer absolutamente la casualidad a la necesidad, tomar la primera aisladamente de la segunda, como hacen quienes se atienen a un modo de pensar metafísico. La casualidad absoluta no existe. Únicamente hay casualidad *con relación a algo.*

Se equivocará quien piense que los fenómenos pueden ser sólo necesarios o sólo casuales. Cualquier casualidad contiene un aspecto de necesidad, de la misma manera que la necesidad se abre camino a través de un sinfín de casualidades. La dialéctica de la necesidad y la casualidad estriba en que la casualidad se manifiesta como forma de la necesidad y como complemento suyo. De ahí que también existan casualidades dentro del proceso necesario.

Un ejemplo. A la llegada del invierno, en las latitudes altas vienen los fríos y nieva. Esto es necesidad. Pero qué día será precisamente aquel en que el termómetro marque bajo cero y nieve, cómo será el frío, cuál será la cantidad de nieve que caiga, etc., todo esto es casual. Y al mismo tiempo, en estas casualidades aparece la necesidad, pues tanto el frío como la nieve son características obligatorias del invierno en las latitudes altas.

En el anterior ejemplo del tren que descarrila, el accidente era una casualidad. Pero si en el ferrocarril hay una organización deficiente, si la disciplina de trabajo es débil, si el personal no conoce bien su oficio, los accidentes dejarán de ser una rara casualidad y se convertirán en consecuencia necesaria del mal servicio en la vía. Cierto que, aun así, serán más o menos casuales las circunstancias concretas y el lugar y el tiempo en que se produzca cada accidente.

Las casualidades influyen sobre la marcha de un proceso necesario, pueden acelerarlo o retardarlo. Muy a menudo se incorporan hasta tal punto a la marcha del proceso que se convierten en necesidad. Así, según la teoría de Darwin, los inapreciables cambios casuales de los organismos, cuando les son útiles, son fijados por la herencia, se robustecen en el curso de la evolución y acaban por modificar la especie. Las diferencias casuales se convierten así en caracteres necesarios de la especie nueva.

Todo lo dicho nos prueba que la necesidad y la casualidad no se hallan separadas por un abismo infranqueable; se interactúan y se convierten una en otra en el proceso de desarrollo.

Del nexo de la casualidad y la necesidad se deduce que también los fenómenos casuales se hallan sometidos a ciertas leyes, que pueden ser estudiadas y conocidas.

Así, por ejemplo, la estadística nos dice que en los Estados Unidos los blancos viven más que los negros. Esta ley no significa que todo blanco viva más que todo negro. Hay blancos que mueren siendo todavía jóvenes y hay negros que llegan a hacerse muy viejos. Pero por término medio, en su conjunto, esta ley rige, y en ella queda reflejada la penosa situación de los negros en los Estados Unidos, la discriminación racial, sus peores condiciones de vida, un salario inferior, etc.

Las leyes a que los fenómenos casuales se subordinan han sido recogidas en diversas teorías científicas, entre las cuales se encuentra la teoría matemática de las probabilidades.

El determinismo y la ciencia moderna.

La admisión del carácter objetivo de la concatenación universal, de la subordinación causal de los fenómenos y del imperio de la necesidad y de las leyes en la naturaleza y en la sociedad constituye el principio del *determinismo,* que siempre defendieron los materialistas.

El determinismo es el principio fundamental de todo pensamiento genuinamente científico, pues sólo conociendo la causa de un fenómeno podemos explicar científicamente su origen; sólo conociendo la ley que rige los fenómenos podemos anunciar el curso que seguirán en su desarrollo. Pero no siempre este principio ha sido entendido lo mismo. En las ciencias naturales de los siglos XVIII y XIX, que se limitaban al estudio del macromundo, es decir, de los cuerpos relativamente grandes y sus partes, y se apoyaban principalmente en la mecánica de Newton, imperaba el *determinismo mecánico.* Su característica, que era también su defecto, es que todo lo atribuía a causas mecánicas. Ejemplo de causa mecánica puede ser el movimiento de la bola de billar al ser golpeada con el taco. La cantidad de movimiento adquirida por la bola es igual a la que el taco le comunicó. El determinismo mecánico sustenta la idea de que en el *efecto* no puede haber nada distinto de lo que había en la *causa.* De ahí se desprende que si conocemos el estado de un cuerpo o sistema de cuerpos en un momento dado, podremos, apoyándonos en las leyes de la mecánica clásica (de Newton), anunciar el estado de dicho sistema en cualquier otro tiempo.

Esto quedaba confirmado en la práctica al estudiar el movimiento y la interacción mecánica de los cuerpos celestes o de los cuerpos terrenales y sus partes en el macromundo. El método del determinismo mecánico permite calcular las posiciones visibles del Sol y los planetas, así como las máquinas y las obras de ingeniería.

Pero el principio del determinismo mecánico falla al ser aplicado al estudio de fenómenos más complejos. Los fenómenos biológicos, los procesos fisiológicos y psíquicos y la actividad social de los hombres no encuentran explicación si recurrimos únicamente a los medios que nos proporciona el determinismo mecánico. La ciencia ha de tratar en este caso no con un simple movimiento mecánico, sino con procesos de un complejo desarrollo. La igualdad entre efecto y causa desaparece, dando lugar a algo nuevo que la causa no contenía.

Ha sido preciso, pues, admitir que además del tipo mecánico de causalidad existen otros tipos de relaciones causales.

El segundo defecto, muy importante, del determinismo mecánico es que no admite la objetividad de los fenómenos casuales. Sus partidarios negaban la casualidad, a la que identificaban con la inmotivación.

La insuficiencia del determinismo mecánico se ha puesto particularmente de relieve cuando los éxitos de la ciencia y la técnica han hecho posible el estudio del micromundo y de las partículas elementales, es decir, de las partículas más simples y reducidas que la ciencia de nuestros días conoce (electrón, positrón, mesón, etc.).

El estado del cuerpo que se mueve en el macromundo viene definido por su situación en el espacio (coordenadas) y por su velocidad en el momento concreto. El valor de estas dos magnitudes puede ser determinado con exactitud completa, y una vez conocido, valiéndonos de las leyes de la mecánica clásica, no ofrece dificultad alguna hallar cuáles serán en cualquier tiempo futuro.

En el micromundo, en virtud de la naturaleza específica de sus fenómenos, el movimiento de las partículas viene definido de una manera mucho más compleja. Así, por ejemplo, en cada momento dado podemos determinar, con la exactitud que se desee, *o* la situación *o* la velocidad de las micropartículas. Las leyes de la mecánica clásica son insuficientes para el micromundo. No podemos calcular de antemano el valor exacto de las coordenadas y la velocidad de las partículas elementales, pero, conociendo las leyes de la mecánica cuántica (es decir, de la mecánica que estudia el movimiento en el micromundo), sí podemos calcular la *probabilidad* de uno u otro valor de dichas magnitudes en cada momento futuro.

La casualidad desempeña en el micromundo un papel excepcional y la mecánica cuántica toma en consideración tanto la necesidad como la casualidad cuando se trata de procesos que se desenvuelven a tal escala.

Los descubrimientos realizados en la esfera del micromundo y la creación de la mecánica cuántica representan un éxito formidable de la ciencia y de la comprensión dialéctica del mundo. Se ha demostrado que las propiedades y relaciones de los cuerpos

materiales y de sus partículas no son tan homogéneas y uniformes como la vieja física suponía; la materia es inagotable en su diversidad.

Pero los descubrimientos de la física han dado también origen a conclusiones idealistas. Y no las defienden únicamente los filósofos de esta tendencia, sino también algunos grandes investigadores de los países capitalistas que se encuentran bajo el influjo de la Iglesia y del idealismo.

Dentro de la física y de la filosofía de las ciencias naturales en nuestro tiempo ha levantado cabeza el "indeterminismo", cuyos adeptos niegan el propio principio de la relación necesaria y objetiva. Suponen erróneamente que el determinismo es sólo posible en su vieja forma mecánica, que no acepta la casualidad, y arguyen su probada insuficiencia para llegar a la afirmación de que cualquier clase de determinismo es inconsistente. De este modo, quiéranlo o no, abren las puertas para la penetración en la ciencia de las supersticiones y de la creencia en los milagros. En los países capitalistas se ha llegado a admitir el "libre albedrío" del electrón. Según tal punto de vista, la propia evolución de la ciencia la ha hecho compatible y la ha conciliado con la religión y el idealismo.

Lo cierto es que la física contemporánea no ha echado abajo el determinismo; ha descubierto, sí, que en el micromundo se manifiesta de una manera específica. La imposibilidad de determinar simultáneamente las coordenadas y la velocidad de las partículas elementales no demuestra el "libre albedrío" del electrón, sino que revela la extraordinaria complejidad y peculiaridad de los fenómenos del micromundo. El estudio de las leyes que rigen esos fenómenos constituye el objeto de la mecánica cuántica, de la que se valen para sus cálculos lo mismo los hombres de ciencia que los ingenieros. Y esto nos prueba que también en este terreno, como en todos los fenómenos de la realidad, nos encontramos con la concatenación necesaria y objetiva y con la causalidad de los fenómenos.

2. Cambios cuantitativos y cualitativos en la naturaleza y en la sociedad

Al investigar cualquiera de los muchos fenómenos de la realidad, lo primero que se necesita es diferenciarlo del resto de los fenómenos.

Determinación cuantitativa y cualitativa de las cosas.

El conjunto de rasgos esenciales o caracteres que hacen de un fenómeno lo que es y lo diferencian de los otros fenómenos se denomina *calidad* de la cosa o del fenómeno. El concepto filosófico de calidad no es el mismo que de tal vocablo se tiene en la vida ordinaria. Corrientemente, la idea de calidad va unida a la valoración de algo. Así hablamos de la buena o mala calidad de la comida, de un artículo industrial o de una obra de arte. El concepto filosófico de calidad no encierra una estimación valorativa. Refiérese únicamente a los caracteres distintivos inseparables, a la estructura del fenómeno, a lo que le proporciona determinación y sin lo cual no sería lo que es.

Así, por ejemplo, el bosque presupone una espesa aglomeración de árboles. Pero si en algún sitio los árboles han sido talados, el bosque dejará de ser bosque. Al perder su calidad las cosas cambian, se convierten en una cosa distinta, que posee una diferente determinación cualitativa.

En la vida práctica es muy importante la diferenciación cualitativa de las cosas, único modo de utilizarlas debidamente. Así, por ejemplo, el aluminio, el cobre y el uranio son metales cualitativamente distintos, por lo que el empleo que se les da es también distinto: el aluminio sirve para la construcción de aviones, el cobre para la fabricación de conductores eléctricos y el uranio para la obtención de energía atómica.

El concepto de calidad es muy importante cuando se trata de comprender los fenómenos de la vida social. Por ejemplo, la sociedad socialista presenta diferencias cualitativas con las sociedades esclavista, feudal y capitalista. Para establecer tales diferencias hay que poner de relieve las relaciones sociales más esenciales que son características del socialismo, su estructura económica, lo que lo diferencia de los demás sistemas.

Conviene tener presente que las calidades no existen de por sí. Hay cosas y fenómenos que poseen una u otra calidad.

Ahora bien, dentro de las cosas o de los conjuntos de cosas con cierta determinación cualitativa, puede haber diferencias, también cualitativas, más o menos considerables. Así, por ejemplo, en el mundo animal los vertebrados se diferencian cualitativamente de los artrópodos. Pero dentro del subtipo de los vertebrados hay diferencias cualitativas entre los mamíferos, las aves, los peces, los reptiles y los anfibios. Y dentro de los mamíferos, si seguimos adelante, las diferencias cualitativas persisten.

La selección y explicación de los rasgos y caracteres de los fenómenos, de lo que constituye su calidad, no es sino el comienzo del conocimiento. Además de la calidad, todas las cosas poseen cantidad, que se determina por los especiales índices *cuantitativos* necesarios para que su calidad exista.

La determinación cuantitativa de una cosa puede referirse a sus caracteres externos; por ejemplo, la cosa puede ser grande o pequeña. También puede referirse a la naturaleza interna de la cosa. Así, cada metal tiene su conductividad del calor y su coeficiente de dilatación al ser calentado; cada líquido posee su capacidad calórica, su punto de ebullición y de transformación en sólido; cada gas posee su temperatura de licuación, etc.

En la técnica, las características cuantitativas de materiales y procesos cualitativamente distintos

tienen singular importancia. Sin ellas no se puede dar ni un solo paso en la industria moderna.

Los éxitos de la ciencia de la naturaleza se hicieron únicamente sensibles cuando a la característica cualitativa de los fenómenos se unió la cuantitativa. El firmamento y los movimientos visibles de los astros eran objeto de observación desde hace mucho. Pero la astronomía apareció como ciencia únicamente cuando se efectuaron las primeras mediciones de las situaciones aparentes de los astros, de sus distancias angulares, etc. Y lo mismo en otros campos de la ciencia, el progreso del conocimiento va unido a la aparición de aparatos de medición y cálculo, al perfeccionamiento de los métodos estimativos, etc.

De ahí, lógicamente, que los creadores de la ciencia de la Edad Moderna, como Galileo, por ejemplo, tomaran en consideración que lo principal era determinar las relaciones y propiedades cuantitativas de los fenómenos.

Mas los hombres de ciencia de aquel tiempo llevaban esta noción hasta su punto extremo: todas las "calidades" trataban de reducirlas a las "cantidades" correspondientes y tras las diferencias cuantitativas no advertían las radicales diferencias cualitativas.

La visión puramente cuantitativa de los fenómenos de la naturaleza condujo al mecanicismo de los siglos XVII y XVIII, es decir, a la convicción de que las matemáticas y la mecánica proporcionaban principios suficientes para conocer todo el mundo, que cualquier fenómeno podía ser explicado mediante las leyes de la mecánica. Por ejemplo, según Descartes, filósofo francés del siglo XVII, los animales son, simplemente, máquinas complejas cuya actividad puede ser explicada por entero con ayuda de causas mecánicas. Y el materialista francés del siglo siguiente, La Mettrie, llega a afirmar que también el hombre es simplemente una máquina.

La concepción mecanicista de la naturaleza era progresiva en aquel tiempo, puesto que exigía una visión severamente científica de todos los fenómenos de la naturaleza y rechazaban las "explicaciones" idealistas y teológicas. No tardó en descubrirse, sin embargo, que la visión meramente cuantitativa era insuficiente; para conocer los objetos y fenómenos hacía falta encontrar su peculiaridad, sus rasgos distintivos específicos. El mundo que nos rodea rebosa de variedades cualitativas y sólo lo podemos comprender y explicar cuando tomemos en consideración tanto el aspecto cuantitativo como el cualitativo de todos los fenómenos y procesos. De lo que se trata, por consiguiente, no es de reducir simplemente la calidad de los fenómenos a su cantidad, sino de comprender la dependencia que existe entre la determinación *cuantitativa* de un fenómeno y su determinación *cualitativa.*

La ciencia, en su avance, demuestra que existen relaciones cuantitativas que son comunes a muchos objetos y fenómenos cualitativamente distintos. Por ejemplo, las fórmulas matemáticas de la teoría de las oscilaciones son aplicables a fenómenos de diversa naturaleza física: a las oscilaciones mecánicas, a las electromagnéticas, a las calóricas, etc. Ello es posible porque todos estos fenómenos poseen objetivamente ciertos rasgos comunes, leyes comunes que se prestan a la expresión cuantitativa.

En la etapa actual de desarrollo de la ciencia, las matemáticas, que se refieren a relaciones cuantitativas, amplían sin cesar su campo de acción en regiones cualitativamente distintas de la realidad y de la técnica. Se trata, sin duda, de una manifestación de carácter progresivo.

Ahora bien, la propia posibilidad de aplicar unas u otras relaciones cuantitativas a procesos cualitativamente distintos presupone el estudio concreto de cada uno de esos procesos con todas sus características cualitativas.

Paso de los cambios cuantitativos a cualitativos.

Cuando se destaca unilateralmente el aspecto cuantitativo o el cualitativo se incurre en un vicio metafísico. La metafísica no ve el nexo interno necesario entre cantidad y calidad. Por el contrario, una conquista importante del pensamiento dialéctico fue establecer que las determinaciones cuantitativas y cualitativas de las cosas no son contrarios puramente exteriores e indiferentes unos a otros, sino que mantienen profundos nexos dialécticos. Dichos nexos, expresados en la forma más general, hacen que los cambios cuantitativos traigan regularmente consigo una modificación de su calidad.

Por todas partes nos rodean ejemplos de la transformación de cambios cuantitativos en cualitativos.

Así, al cambiar la longitud de una cuerda se produce en el sonido un cambio cualitativo del tono.

El cambio de longitud de las ondas electromagnéticas va acompañado de acusados cambios cualitativos de las ondas de radio, de la radiación infrarroja, del espectro de la radiación visible, de las ondas ultravioleta, de los rayos y, finalmente, de los rayos gamma.

En química observamos un número incontable de modificaciones originadas por cambios cuantitativos. Un ejemplo lo tenemos en los cuerpos sintéticos (caucho, plásticos, fibras artificiales), que tan gran papel desempeñan en la industria y en la vida doméstica. Sus moléculas, de gran tamaño, se hallan formadas por la combinación de un gran número de pequeñas moléculas iguales de composición idéntica. Esta combinación de moléculas pequeñas (monómeras) para formar otras grandes (polímeras) trae consigo cambios cualitativos: los polímeros poseen muchas y valiosas propiedades que los

monómeros no presentan.

Los cambios cuantitativos son más o menos graduales, y a veces casi no son perceptibles. En un principio no modifican sustancialmente la determinación cualitativa de la cosa, mas, al acumularse, acaban por conducir a cambios cualitativos radicales. Entonces se dice que "la cantidad se convierte en calidad".

Así, el acero mantiene su estado sólido al ser calentado. Pero cuando la temperatura llega al punto crítico, el metal deja de ser sólido y pasa al estado líquido.

El paso dialéctico de cantidad a calidad tiene excepcional importancia cuando se trata de comprender el proceso de desarrollo, pues es lo que explica la aparición de una calidad nueva, sin la que el desarrollo no puede producirse.

Así, por ejemplo, en las primeras fases de desarrollo de la sociedad los hombres practicaban una economía natural; cada comunidad producía todo lo necesario para su existencia. Más tarde, al incrementarse la producción, aparece el intercambio de mercancías. Dicho intercambio se hace más frecuente, crece cuantitativamente, y en última instancia conduce a cambios cualitativos muy esenciales en la vida económica de la sociedad. La economía natural se ve sustituida por la producción de mercancías, por un régimen bajo el cual los hombres no trabajan pensando directamente en el consumo propio, sino para el cambio, y mediante el cambio obtienen los objetos que necesitan.

Si las modificaciones cuantitativas conducen a una calidad nueva, ésta necesitará ya una nueva determinación cuantitativa. Es el "paso de la calidad a cantidad". Así, el empleo de máquinas cualitativamente nuevas trae consigo una productividad más elevada del trabajo. La economía nacional del socialismo, distinta cualitativamente de la economía capitalista, se desarrolla con un ritmo más elevado.

El paso de cambios cuantitativos a modificaciones cualitativas, radicales, y viceversa, es la *ley dialéctica universal del desarrollo.* Manifiéstase en todos los procesos de la naturaleza, la sociedad y el pensar: dondequiera que tiene lugar la sustitución de lo viejo por lo nuevo.

Qué es el salto.

El paso de la cosa -como resultado de la acumulación de cambios cuantitativos- de un estado cualitativo a otro nuevo es un *salto* en el desarrollo. El salto representa una solución de continuidad en la marcha gradual de las modificaciones cuantitativas, es el paso a una calidad nueva y significa un brusco viraje, una transformación radical en el desarrollo.

La aparición del hombre, por ejemplo, fue un salto, un viraje radical en el desarrollo del mundo orgánico.

Los saltos o pasos de una calidad a otra se producen con relativa rapidez. Ahora bien, la lentitud de los cambios cuantitativos y la rapidez del viraje cualitativo son relativas: los saltos son rápidos *en comparación* con los períodos que le preceden de acumulación gradual de modificaciones cuantitativas. La rapidez cambia según sean la naturaleza del objeto y las condiciones en que el salto se produce.

Ciertos cuerpos pasan del estado sólido al líquido en cuanto alcanzan determinada temperatura crítica. El hierro se funde a 1.539° C, el cobre a 1.083, el plomo a 327,4. Tratándose de otros cuerpos -plásticos, pez, vidrio- resulta imposible indicar la temperatura exacta de fusión. Al ser calentados, primero se ablandan y luego pasan a estado líquido. Podría decirse que en este caso el viraje cualitativo, el salto, se produce poco a poco. Pero incluso entonces el paso del estado sólido al líquido se produce con relativa rapidez. Hay que distinguir entre los cambios cuantitativos graduales y lentos, que preparan el cambio de la calidad, y el *cambio cualitativo gradual,* que trae consigo una modificación sustancial de la propia estructura del objeto y que, a pesar de todo, es un salto.

En el desarrollo de la sociedad existen también los cambios cuantitativos y cualitativos o a saltos. Cuando nos referimos a los cambios cuantitativos, lo mismo en la naturaleza que en la sociedad, hablamos de *evolución.* Este término se emplea a veces no sólo para significar los cambios cuantitativos graduales, sino también en un sentido más amplio de desarrollo en general, y entonces abarca también los cambios cualitativos. Del darvinismo moderno decimos que es la teoría de la evolución del mundo orgánico, comprendiendo como tal los cambios cuantitativos y los cualitativos. Los cambios cualitativos, en forma de salto, cuando se operan en la vida social se conocen con el nombre de *revolución.* Como tal entendemos, ante todo, los cambios de calidad producidos en el régimen social, aunque las revoluciones abarcan también otras esferas de la vida social: la técnica, la producción, la ciencia, la cultura.

Entre evolución y revolución hay un nexo interno necesario. El desarrollo evolutivo de la sociedad culmina, como fenómeno regular, en transformaciones cualitativas que tienen lugar en forma de saltos, en revoluciones, las cuales, a su vez, dan origen a un nuevo período de cambios evolutivos.

La doctrina de la dialéctica materialista acerca del paso de los cambios cuantitativos a cualitativos es un arma en la lucha contra los enemigos del marxismo, tanto de derecha como de "izquierda". Va contra el reformismo, que niega la necesidad de la revolución socialista y sostiene que la transición al socialismo puede ser conseguida mediante reformas, por la "integración" gradual del capitalismo en el socialismo. Por otra parte, la dialéctica muestra la

inconsistencia teórica de toda clase de corrientes izquierdistas, que no tienen presente el desarrollo natural de los acontecimientos y desestiman el valor del trabajo diario entre las masas con objeto de prepararlas para la revolución y de acumular fuerzas revolucionarias.

Contra la interpretación metafísica del desarrollo.

Marx y Engels crearon la dialéctica materialista en lucha contra la concepción metafísica de la naturaleza, que negaba el desarrollo, La situación ha cambiado desde entonces. En la segunda mitad del siglo XIX la idea del desarrollo se difunde ampliamente, debido, sobre todo, a la doctrina de Darwin. No desapareció por ello la concepción metafísica, que se manifiesta en forma de una visión deformada y unilateral del propio desarrollo. La lucha de la dialéctica contra la metafísica se centra ahora, principalmente, en torno a la manera de entender el desarrollo, y no de si éste existe.

Una de las variedades de la comprensión metafísica del desarrollo consiste en la afirmación de que la naturaleza avanza sólo y exclusivamente a través de pequeños y constantes cambios cuantitativos graduales, por evolución, sin que admita los saltos, es decir, las bruscas modificaciones cualitativas. "La naturaleza no da saltos", sostienen los partidarios de tal teoría. Como no ven en el desarrollo nada más que la evolución, se les denomina con el nombre de "evolucionistas planos". El fundador de este evolucionismo fue H. Spencer, filósofo y sociólogo inglés de la segunda mitad del siglo XIX.

El desarrollo, según Spencer, se produce sin altibajos, sin la menor solución de continuidad y sólo mediante la incorporación cuantitativa de nuevos elementos. Los grados del proceso evolutivo se diferencian únicamente en el sentido de cantidad, y no de calidad.

La teoría del "evolucionismo plano" de Spencer ejerció gran influencia sobre muchas tendencias positivistas en filosofía y en las ciencias naturales; fue aceptada por muchos teóricos burgueses y revisionistas y sirvió como arma en la lucha contra la dialéctica materialista marxista, contra la doctrina de Marx y Engels acerca de la revolución proletaria.

La flagrante inconsistencia del "evolucionismo plano" y su contradicción con los hechos condujeron a una nueva interpretación del desarrollo, opuesta exteriormente a la teoría de Spencer, pero tan unilateral y metafísica como ella. Nos referimos a la "evolución creadora", que con diversos matices se puso de moda ya entrados en nuestro siglo.

El "evolucionismo plano" ve únicamente los cambios cuantitativos; el "evolucionismo creador", en cambio, sólo ve los cambios cualitativos. Sus partidarios afirman que el desarrollo presenta un carácter "creador" y que se reduce a la aparición de formas nuevas. Estas modificaciones cualitativas se toman, sin embargo, al margen de los cambios cuantitativos anteriores. La aparición de lo nuevo en el proceso de desarrollo, dicen, no puede atribuirse a la acción de causas naturales; la única explicación posible de esto nos la proporciona una misteriosa "fuerza creadora" de orden espiritual, que orienta el desarrollo y genera las formas nuevas. La nueva teoría de la "evolución creadora" nos lleva, pues, a la vieja idea de Dios, lo cual es ya bastante para demostrar su carácter anticientífico.

A la concepción metafísica se opone la visión dialéctica del desarrollo, genuinamente científica, que admite tanto los cambios cuantitativos graduales como las modificaciones cualitativas en forma de saltos.

3. La bifurcación en contrarios como fuente principal del desarrollo

Hemos visto que el proceso de desarrollo es el paso de la calidad vieja a una nueva calidad cuando las modificaciones cuantitativas alcanzan un nivel determinado.

Ahora bien: ¿cuál es la fuerza motriz, la fuente de todo desarrollo? La respuesta, de capital importancia para la dialéctica materialista, la obtenemos partiendo del carácter contradictorio de todo cuanto existe.

Antecedentes históricos de la dialéctica.

En tiempos antiguos los hombres advirtieron ya el importante papel que en la diversidad infinita del mundo que nos rodea desempeñan las propiedades, fuerzas y tendencias contrarias. Advirtióse que los principios contrarios no sólo existen unos junto a otros, sino que se interactúan y surgen en un mismo objeto o fenómeno, constituyendo aspectos diversos de una misma cosa o de un mismo proceso.

Muchos filósofos antiguos de China, la India, Grecia y otros países consideraban que únicamente es posible explicar el origen y existencia de las cosas cuando comprendemos qué contrarios las forman. En aquellos tiempos, tales contrarios se veían en el calor y el frío, en lo seco y lo húmedo, lo vacío y lo lleno, el ser y el no ser, etc.

En la Antigüedad se enunció ya la idea de que la fuerza motriz que hace cambiar las cosas es el choque de los contrarios. Así, Heráclito enseña que "todo sucede en lucha", la cual es el origen (el "padre") de todo. Los dialécticos antiguos advirtieron también que los contrarios no son algo petrificado e inmutable: son relativos y únicamente se diferencian entre sí en cierto sentido; al producirse determinadas circunstancias, el uno se convierte en el otro. Todo esto eran conjeturas geniales, aunque a veces las expresaban en forma primitiva.

La idea de la unidad y de la lucha de contrarios

quedó ahogada en la sociedad feudal, en la que la Iglesia perseguía todo espíritu de independencia en el estudio de la naturaleza. De nuevo se vuelve a ella en el período de formación de la sociedad capitalista. Pensadores tan ilustres como N. Cusanus (siglo XV) y G. Bruno (siglo XVI) enseñaban que allí donde la mente ordinaria no ve más que contradicciones irreductibles (lo finito y lo infinito, la curva y la recta, etc.), una mente más profunda encuentra unidad o "coincidencia de los contrarios".

La inspiración que las ciencias naturales buscaban en la mecánica, como tendencia imperante en los siglos XVII y XVIII, no favorecía el estudio de la dialéctica con su teoría de los contrarios. Hubo, sin embargo, pensadores sagaces a quienes la visión de los acontecimientos y relaciones de la época prerrevolucionaria, con todos sus conflictos y contradicciones, llevó a enunciar profundas ideas acerca del valor de los contrarios en la vida social y en la historia (véase, por ejemplo, *El sobrino de Rameau,* de Diderot, o *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres,* de Rousseau).

La idea del significado de los contrarios atrae la atención de muchos filósofos alemanes de fines del siglo XVIII y comienzos del XIX; Hegel la toma como uno de los principios fundamentales de su filosofía. Trataba de representar el proceso de desarrollo como un movimiento que va de una unidad a otra unidad nueva a través de la manifestación de los contrarios, como el paso de la cosa o el fenómeno a su contrario. Hegel llamaba "contradicción" a la combinación de los aspectos contrarios en los fenómenos. Pero, siendo como era idealista, las contradicciones de la realidad las tomaba como contradicciones en el desarrollo lógico de la idea absoluta.

Los fundadores del marxismo infundieron una base materialista a la dialéctica hegeliana; conservaron el término "contradicción", pero dándole un sentido materialista.

La contradicción dialéctica y su carácter universal.

El marxismo entiende por contradicción dialéctica la existencia en un fenómeno o proceso de aspectos contrarios, que se excluyen mutuamente, que al mismo tiempo se presuponen uno a otro y que dentro del fenómeno dado existen únicamente en relación recíproca.

La doctrina de los contrarios y de sus "coincidencias" no pasaba en los antiguos dialécticos de ser un atisbo, que se basaba en la contemplación directa de la realidad y en la meditación acerca de ella. En la dialéctica marxista es una conclusión derivada de los datos reunidos por la ciencia en su estudio de todas las esferas de la realidad.

En efecto, si analizamos cualquier fenómeno de la naturaleza, de las relaciones sociales o de la vida espiritual de los hombres, descubriremos contradicciones, es decir, choques de tendencias o aspectos contrarios.

Cierto es que mientras examinamos una cosa cualquiera en reposo, en estado estático, únicamente podemos advertir en ella propiedades y caracteres, pero no "lucha" de contrarios; por consiguiente, no podemos descubrir contradicción alguna. Mas en cuanto probamos a seguir su movimiento, su cambio, su desarrollo, inmediatamente encontramos la existencia de aspectos y procesos contrarios.

Por ejemplo, si observamos al microscopio el preparado de una célula vegetal o animal, únicamente veremos su estructura, es decir, la cubierta, el núcleo, el protoplasma, etc. Pero si tomamos una célula *viva,* seremos testigos de los procesos opuestos de asimilación y desasimilación, de crecimiento y de muerte de los elementos que la componen.

Los contrarios y las contradicciones aparecen en cualquier rama de la ciencia. En matemáticas existen las operaciones opuestas de suma y resta, de integración y diferenciación; en la mecánica, la acción y la reacción, la atracción y la repulsión; en física, las electricidades de carga positiva y negativa; en química, la combinación y disociación de átomos; en la fisiología del sistema nervioso, la excitación y la inhibición de la corteza del cerebro; en las ciencias sociales, la lucha de clases, y así otros muchos opuestos y, por tanto, contradicciones.

El pensar y el conocimiento del hombre se subordinan también al principio de la contradicción dialéctica. En el proceso del conocimiento, por ejemplo, vemos el constante choque de concepciones opuestas, la contradicción entre las viejas teorías y los hechos nuevos, etc.

El desarrollo como lucha de contrarios.

El concepto de contradicción adquiere su valor decisivo cuando consideramos el proceso de *desarrollo.* En la naturaleza, en la vida social y en el pensar de los hombres el desarrollo transcurre de tal manera que en el objeto se ponen de manifiesto las tendencias o aspectos contrarios, que se excluyen mutuamente; dichos aspectos entran en "lucha", la cual conduce a la desaparición de las formas viejas y a la aparición de otras nuevas. Tal es la ley del desarrollo. "El desarrollo es la «lucha» de contrarios",[30] escribió Lenin.

Esta proposición, como es natural, no hay que comprenderla con un criterio simplista. Como *lucha* en el sentido directo y literal, el enfrentamiento de los contrarios se produce sobre todo en la sociedad humana. En cuanto al mundo orgánico, no siempre, ni mucho menos, se puede hablar de lucha como tal. Y si nos referimos a la naturaleza inorgánica, todavía menos. Por eso, al definir el desarrollo como "lucha"

[30] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 358.

de contrarios, Lenin entrecomilla esta palabra. Hemos de tener esto presente para comprender en su sentido correcto la lucha de contrarios.

La bifurcación del todo único en contrarios y su contradicción recíproca, o "lucha", es ley universal y la más fundamental de la dialéctica. Según subraya Lenin, tal bifurcación y el conocimiento de las partes opuestas que integran el todo es uno de los rasgos o características fundamentales de la dialéctica; más aún, es *"la esencia...* de la dialéctica".[31]

Todo desarrollo, ya sea la evolución de las estrellas, el crecimiento de la planta, la vida del hombre o la historia de la sociedad, es contradictorio por su esencia. En efecto, el desarrollo en su forma más general consiste precisamente en que, en cada momento, la cosa es idéntica y a la vez no es idéntica a sí misma. Conserva su determinación y espacio, mas, al mismo tiempo, cambia, se convierte en otra distinta.

"La *contradicción* estriba en que la cosa es ella y al mismo tiempo cambia sin cesar, en que esa cosa contiene una oposición entre «estabilidad» y «cambios",[32] escribe Engels. La cosa en desarrollo lleva en sí el germen de algo nuevo, encierra su propio contrario, un principio de "negación" que impide su permanencia como algo inmóvil e inmutable. Dentro de ella hay una contradicción objetiva, actúan tendencias opuestas, contrarias, se produce una reacción mutua o "lucha" de las fuerzas o aspectos opuestos, la cual, en última instancia, termina por resolver la contradicción y conduce a una modificación radical y cualitativa de la cosa.

Durante muchos milenios, las especies orgánicas que existían, por ejemplo, en el período terciario de la historia geológica de la Tierra, permanecieron inmutables, conservando sus formas. Pero esa permanencia era relativa. La interacción con el medio, que se iba modificando, produjo en los organismos una acumulación de cambios, fijados por la herencia, hasta llevar a la aparición de especies totalmente nuevas de animales y plantas. La constante interacción o "lucha" de las tendencias opuestas que actúan dentro de cada especie -herencia y mutabilidad- constituye la base interna de desarrollo del mundo orgánico.

De aquí se desprende que la estabilidad de las cosas, con el equilibrio que esto supone de los contrarios, puede ser únicamente temporal y relativa. Lo único eterno y absoluto es el movimiento de la materia, que rechaza sin cesar las formas viejas y engendra otras nuevas. Lenin escribía acerca de esta trascendental tesis de la dialéctica: "La unidad. .. de los contrarios es convencional, temporal, pasajera, relativa. La lucha de los contrarios que se excluyen recíprocamente es absoluta, como lo es el desarrollo, el movimiento."[33]

La comprensión dialéctica del desarrollo como unidad y lucha de contrarios se opone a la interpretación metafísica. Según señalaba Lenin, uno de los vicios principales de la concepción metafísica del desarrollo es que no ve la fuerza motriz interna del desarrollo de la materia, que no admite su *automovimiento* y proyecta el origen del desarrollo al exterior. La fuerza que pone la materia en movimiento y que se encuentra fuera de ella es, en última instancia, Dios. Por lo tanto, la concepción metafísica no sólo mantiene una concepción unilateral -y deformada, por consiguiente- del desarrollo, sino que conduce a conclusiones fideístas, es decir, a la admisión del principio divino, con lo que se vuelve de espaldas a la ciencia.

La concepción dialéctica del desarrollo es profunda y de un gran contenido. "...Sólo ella proporciona la clave de los «saltos», de la «interrupción de la continuidad», de la «transformación en el contrario», de la destrucción de lo viejo y la aparición de lo nuevo." Según esta concepción, escribe Lenin, "la atención se concentra precisamente en el conocimiento del *origen* del *«auto»movimiento"*.[34] La concepción dialéctica, que ve la clave de la comprensión del automovimiento y desarrollo en la contradicción interna de todas las cosas y fenómenos, no necesita de ningún origen sobrenatural de ese movimiento y rechaza la intervención de las fuerzas del "más allá" en la vida de la naturaleza; es decir, que permanece fiel a la ciencia.

La contradicción es siempre concreta.

Lo que acabamos de decir del desarrollo como lucha de contrarios es un esbozo en líneas muy generales: es aplicable a cualquier proceso de desarrollo y, por tanto, no basta para explicar ninguno de ellos. Porque los contrarios "en general" no existen, y siempre se trata de *contrarios concretos y definidos.*

Todo fenómeno o cosa contiene una infinidad de aspectos que se influyen recíprocamente; además, cada fenómeno guarda relación con las cosas y procesos que lo rodean. Por eso, en todos ellos podemos encontrar diversas contradicciones internas y externas. Para comprender el desarrollo de uno u otro fenómeno hemos de descubrir qué contradicción es en él la principal y determinante, qué opuestos se interaccionan en él, qué forma adquiere su "lucha" y qué papel corresponde en ella a uno y otro aspecto de la contradicción.

Las contradicciones que se observan en un fenómeno no son algo inmutable y dado de una vez para siempre. Como todo en el mundo, aparecen, se desarrollan y, por último, se resuelven, originando el

[31] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 357.
[32] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., pág. 327.
[33] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 358.
[34] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 358.

paso del viejo estado cualitativo a otro nuevo.

En todos los casos, cuando se procede al estudio del proceso de desarrollo es necesario un análisis concreto de las formas que adoptan los contrarios en lucha y de los grados por los que pasa la contradicción en desarrollo.

Cuanto más alto es el nivel a que se eleva la materia en desarrollo -de la naturaleza muerta a la sociedad humana, pasando por el mundo orgánico-, tanto más complejo es el proceso y más facetas ofrece. Y tanto más valor adquiere para el proceso la lucha de opuestos tales como lo nuevo y lo viejo, tanto más se destaca y más aguda es la oposición de los aspectos "revolucionario" y "conservador" dentro del fenómeno en desarrollo. Tampoco aquí la contradicción se limita a la lucha de lo nuevo y lo viejo, se comprende, pero, en última instancia, es esta lucha -en el curso de la cual lo nuevo vence la resistencia de lo viejo y se afirma en la vida, mientras que lo viejo y caduco muere- lo que determina el carácter del desarrollo.

La doctrina dialéctica del desarrollo orienta la atención del investigador hacia el análisis concreto de las tendencias opuestas que se descubren en cada fenómeno y pide el apoyo activo de lo nuevo, de lo que crece, de lo avanzado.

Contradicciones antagónicas y no antagónicas.

Cuando nos referimos a la vida social es importante distinguir entre las contradicciones antagónicas y no antagónicas.

Se denominan *antagónicas* las contradicciones entre los grupos o clases sociales cuyos intereses básicos no pueden ser conciliados. Tales son las contradicciones que existen entre los opresores y los oprimidos, entre los explotadores y los explotados. En nuestro tiempo se trata, ante todo, de las contradicciones entre la clase obrera y los capitalistas. Estas únicamente podrán desaparecer cuando los capitalistas, por vía pacífica o por la violencia, sean suprimidos como clase, es decir, cuando se les desposea del poder político y de los medios de producción, con lo que se hará imposible la explotación a que tienen sometidos a los trabajadores. Esto sólo puede ser fruto de la revolución socialista.

Prácticamente, en política es de suma importancia no perder de vista la naturaleza antagónica de las contradicciones de clase dentro de una sociedad que se basa en la explotación. De lo contrario, son inevitables los errores reformistas. Los oportunistas y revisionistas, por ejemplo, no admiten el carácter antagónico de las contradicciones entre la burguesía y la clase obrera, y de ahí su prédica de la conciliación de las clases. Pero tal política es profundamente equivocada y nociva. Debilita las posiciones de la clase obrera y significa un quebranto en la lucha que los trabajadores mantienen para su emancipación.

Las contradicciones antagónicas son un fenómeno histórico; son engendradas por la sociedad basada en la explotación y perduran hasta tanto esa sociedad existe.

Cuando cesa la explotación del hombre por el hombre, las contradicciones antagónicas desaparecen. Pero eso no significa que en el socialismo no haya contradicción alguna. "Antagonismo y contradicción no son la misma cosa -escribe Lenin-. Con el socialismo el primero desaparece y la segunda queda."[35]

Las contradicciones *no antagónicas,* propias de la sociedad socialista, se producen en una sociedad en la que coinciden los intereses fundamentales de las clases y grupos que la integran. De ahí que tales contradicciones no se resuelvan por la lucha de clases, sino mediante los esfuerzos conjuntos de clases que son amigas, de todos los grupos sociales, bajo la dirección del partido marxista-leninista.

Las contradicciones no antagónicas seguirán después de que hayan sido suprimidos los restos de las diferencias de clase. No olvidemos que las contradicciones no se producen únicamente entre las clases, sino que también las hay entre los diversos aspectos de la vida social; por ejemplo, entre producción y consumo, entre los distintos sectores de la economía, entre las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas y las formas existentes de dirección de la economía, etc. De ahí que no podamos ver algo anormal en las contradicciones dialécticas que surgen en la vida.

Cierto es que las contradicciones llevan consigo a menudo inquietud y dificultades en la vida, el trabajo y la lucha. Para superarlas hay que invertir muchas energías. Pero sin contradicciones y sin lucha para superarlas no hay avance.

El puesto principal entre las contradicciones sociales corresponde a aquellas que se producen entre las fuerzas que luchan por lo nuevo y las que defienden lo viejo. Se comprende que no puede haber desarrollo sin nacimiento de lo nuevo y sin su afirmación en la vida, sin lucha por lo nuevo. Nacimiento de unos fenómenos y envejecimiento de otros, contradicciones y choques entre ellos, triunfo de lo nuevo sobre lo viejo: tales son los rasgos objetivos de las leyes que rigen el desarrollo social.

En la lucha por resolver las contradicciones, los hombres rompen los sistemas y relaciones que se han hecho caducos, vencen a las tradiciones y rutinas y se elevan hacia tareas nuevas y más complejas, hacia formas más perfectas de la vida social.

¿Qué contradicciones concretas se presentan en el socialismo? "Se trata en lo fundamental -indica N. S. Jruschov- de contradicciones y dificultades de crecimiento relacionadas con el rápido auge de la economía socialista, con el incremento de las

---

[35] Recopilación leninista, XI, Moscú-Leningrado, 1931, pág. 357.

demandas materiales y culturales del pueblo, de contradicciones entre lo nuevo y lo viejo, entre lo avanzado y lo atrasado. Son contradicciones entre las crecientes demandas de los miembros de la sociedad socialista y la base material y técnica, aún insuficiente, para satisfacerlas."[36]

Las contradicciones de la sociedad socialista son superadas por los trabajadores bajo la dirección del partido marxista-leninista mediante el rápido y constante desarrollo de su base material y técnica, mediante nuevos progresos del régimen económico, el perfeccionamiento de las formas de gobierno y la elevación de la conciencia socialista de los trabajadores. Al ser vencidas, se robustece todavía más el régimen socialista y la sociedad sigue su marcha hacia el comunismo.

Deformaciones de la dialéctica por los ideólogos de la burguesía.

Los numerosos enemigos del marxismo, que no cejan en sus empeños de refutar la dialéctica materialista, concentran los tiros contra el núcleo de ésta, que es la doctrina de las contradicciones. Lo más corriente es la afirmación de que las contradicciones pueden presentarse en el proceso de pensar, pero de ninguna manera en el mundo objetivo. En cuanto a las contradicciones en el pensar, son prohibidas por la ley lógica de la contradicción; su presencia indica solamente que el proceso del pensamiento transcurre por un camino falso. Y de ahí la conclusión de que las contradicciones son inadmisibles y de que no deben existir en parte alguna.

Esta "crítica" de la ley dialéctica de la unidad y lucha de los contrarios carece de todo valor. Cuando la dialéctica materialista habla de "contradicciones" se refiere ante todo a contradicciones reales, que existen en el mundo objetivo. Hay que distinguir, se comprende, entre ellas y las que se presentan como fruto de un proceso de pensar no consecuente y de confusión de los conceptos. Cuando el hombre afirma algo e inmediatamente niega lo que sostuvo, se le acusa, y con razón, de contradicción lógica, que va contra las leyes de la lógica formal.

Las contradicciones debidas a defectos en el proceso del pensamiento no han de ser confundidas con las contradicciones objetivas, que existen en las propias cosas reales. Si bien en ambos casos se habla de "contradicción,", su significado es distinto.

Los enemigos del marxismo recurren también a otro procedimiento en su lucha contra la dialéctica marxista.

Después de la primera guerra mundial se extendió entre algunos países capitalistas, sin que hasta ahora haya perdido su influencia, una de las corrientes más reaccionarias de la filosofía idealista: nos referimos al *neohegelianismo.* Sus adeptos han deformado la dialéctica idealista de Hegel, han prescindido de todo cuanto había de realmente valioso en ella y la esgrimen para combatir la filosofía marxista, para, valiéndose de sofismas, argumentar sus ideas anticientíficas y políticamente reaccionarias.

Ciertos neohegelianos afirman, por ejemplo, que la vida, por su misma naturaleza, lleva consigo antagonismos insuperables, candentes conflictos y trágicos choques; en virtud de la "dialéctica trágica" de la vida humana, dicen, los hombres no podrán superar jamás las eternas contradicciones que corroen a la sociedad, jamás podrán construir su vida de acuerdo con principios racionales y justos.

Afirman estos filósofos que la aspiración de sustituir el régimen capitalista, con sus contradicciones, por un régimen socialista significa un "finalismo" utópico, un intento de poner un tope al desarrollo dialéctico de la sociedad.

Tal interpretación de las contradicciones les sirve a estos filósofos burgueses para perpetuar el capitalismo, a la vez que desacreditan la lucha de la clase obrera por el comunismo.

Lo cierto es que cualquier forma concreta de contradicción, sin excluir las contradicciones sociales, acaba por ser resuelta. El triunfo del socialismo en la U.R.S.S. y otros países es una prueba definitiva de que las contradicciones propias del capitalismo no son eternas, como tampoco lo es el capitalismo, sino que pueden ser vencidas.

4. Desarrollo dialéctico de lo inferior a lo superior

El mundo material existe y ha existido siempre. Esta vida eterna de la materia se compone, sin embargo, de una constante sucesión de formas, las cuales surgen, existen y desaparecen, reemplazadas por otras.

Fórmanse y mueren las estrellas en los espacios sin fin del Universo, se suceden las épocas geológicas en la historia de la Tierra; en la serie infinita de generaciones que nacen y mueren, surgen y desaparecen las especies vegetales y animales. Tampoco son eternas las formas de la vida social. Aparecen, se desarrollan, cobran robustez y luego envejecen, siendo reemplazadas por otras formas sociales. Así, ante nosotros se produce la sustitución del capitalismo por el régimen social socialista.

El nacimiento constante de formas nuevas y la constante sustitución de las formas caducas por otras nuevas es una manifestación del eterno movimiento y desarrollo de la materia.

La negación dialéctica.

En su exposición de la dialéctica idealista, Hegel da el nombre de "negación" a la sustitución de una

[36] N. S. Jruschov, *Cuarenta años de la Gran Revolución Socialista de Octubre.* Informe ante la sesión conmemorativa del Soviet Supremo de la U.R.S.S., 6 de noviembre de 1957, Gospolitizdat, Moscú, 1959, págs. 33-34.

forma del ser por otra. El empleo de este término es debido a que Hegel comprendía el ser como idea, la cual se desarrolla de tal suerte que cada categoría revela su falta de verdad y es "negada" por otra categoría opuesta.

Marx y Engels rechazaron la doctrina hegeliana de la naturaleza lógica del desarrollo, si bien conservando el término de "negación", al que dieron una interpretación materialista. En la dialéctica marxista se entiende por negación la sustitución, sujeta a leyes, de la vieja cualidad por otra nueva, surgida del seno de la vieja. A menudo, ese cambio de la calidad vieja por la nueva en el proceso de desarrollo ostenta el carácter de paso de la cosa a su contrario.

Según escribe Marx, "en ninguna esfera puede producirse un desarrollo que no niegue sus formas anteriores de existencia".[37] La negación de la calidad vieja por la nueva en el proceso de desarrollo es el resultado natural a que lleva en su acción la ley de la unidad y lucha de los contrarios. En cada objeto, fenómeno o proceso tiene lugar la lucha de aspectos y tendencias que se excluyen mutuamente, y esta lucha conduce en definitiva a la "negación" de lo viejo y la aparición de lo nuevo. Mas el desarrollo no se detiene ahí, en la "negación" de un fenómeno por otro que viene en sustitución suya. El fenómeno nuevo, recién aparecido, contiene en sí nuevas contradicciones. En un principio podrán pasar inadvertidas, pero al correr del tiempo se ponen obligatoriamente de relieve. La "lucha de los contrarios" queda empeñada ahora sobre una base nueva y, en última instancia, conduce a una nueva "negación". No hay ninguna "negación" que sea la última. El desarrollo prosigue y cada "negación" es "negada" a su vez.

En la dialéctica materialista no se trata de una "negación" cualquiera, sino de una "negación" dialéctica, es decir, aquella en que se produce un *nuevo desarrollo* del objeto, la cosa o el fenómeno.

Tal género de "negación" hay que diferenciarlo de la "negación" mecánica, en la que, como resultado de una intervención desde fuera, queda destruido aquello que se "niega". Si aplastamos un insecto o trituramos un grano de trigo habremos realizado un acto de "negación" mecánica. Esto podrá tener de por sí su sentido (destrucción de plagas del campo, transformación del trigo en harina), pero con ello se pone fin al desarrollo.

"En dialéctica -dice Engels- negar no significa decir simplemente «no», o declarar inexistente la cosa, o destruirla por cualquier procedimiento."[38]

Secuencia en el desarrollo.

La negación dialéctica no supone sólo la destrucción de lo viejo, sino también la conservación de los elementos viables de los anteriores grados de desarrollo, un cierto nexo entre lo viejo que se va y lo nuevo que viene a reemplazarlo.

Cuando sobre las ruinas de la sociedad capitalista es edificado el régimen socialista, la "negación" del capitalismo no significa la destrucción completa de todo cuanto la humanidad creó bajo aquel sistema. Son conservadas y fomentadas las fuerzas productivas y las realizaciones valiosas de la ciencia y la cultura. De todo lo que el capitalismo creó, lo que es aprovechable, lejos de ser destruido por la revolución proletaria, sirve de base para el nuevo avance y para la construcción del socialismo.

En su crítica contra quienes negaban el valor que para el socialismo tiene la vieja cultura creada por el régimen burgués, Lenin dice que la cultura nueva, socialista, no puede ser construida partiendo de la nada; "no es algo que salta no sabemos de dónde", sino que "ha de ser el desarrollo legítimo de las reservas de cultura que la humanidad acumuló bajo el yugo de la sociedad capitalista..."[39]

El nihilismo, la simple negación, la incomprensión de los nexos que unen lo nuevo a lo viejo, la incomprensión de la necesidad de conservar celosamente todo lo bueno adquirido en las fases anteriores del desarrollo, no sólo es teóricamente equivocado, sino que conduce a crasos errores en la actuación práctica.

"No es la negación pura y simple, no es la negación vana, *no es* la negación *escéptica...* -escribe Lenin- lo característico y esencial en la dialéctica -la cual contiene sin duda como parte muy importante el elemento de la negación-; no es esto, sino la negación como factor de vínculo y de desarrollo, conservando lo positivo..."[40]

La "negación" de la calidad vieja por la nueva es una ley universal. Las formas concretas y el carácter de esta "negación" ofrecen extraordinaria variedad y vienen determinados por la naturaleza del objeto que se niega, por la índole de sus contradicciones y también por las condiciones en que transcurre el desarrollo del objeto en cuestión. Así, por ejemplo, en los organismos unicelulares, que se multiplican por división de la célula en dos, la "negación" se sucede de manera distinta a lo que ocurre en los organismos multicelulares, los cuales mueren después de haber dado principio a nuevos organismos. Formas específicas de la "negación" las encontramos también en el mundo inorgánico y en la historia de la sociedad humana, en los distintos grados de su desarrollo.

Carácter progresivo del desarrollo.

En el proceso de desarrollo se "niega" únicamente lo viejo, mientras que se conserva todo lo sano y viable; por lo tanto, el desarrollo representa un

[37] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. IV. pág. 297.
[38] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., pág. 133.
[39] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 262.
[40] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, págs. 218-219.

movimiento de avance, que va de lo inferior a lo superior, de lo simple a lo complejo; es, con otras palabras, un *progreso.*

En el curso de ese desarrollo se produce a menudo algo así como la vuelta a fases ya superadas, parece como si en la forma nueva se repitiesen algunos rasgos de formas caducas y ya sustituidas. Engels ilustra esto con un ejemplo muy conocido. "Tomemos por ejemplo -dice en el *Anti-Dühring*- el grano de cebada. Billones de granos como éste son molidos y cocidos, sirven para la fabricación de cerveza y luego son consumidos. Pero si ese grano de cebada encuentra condiciones que le sean normales, si cae en un terreno propicio, bajo la influencia del calor y de la humedad se producirá en él una modificación específica: comenzará a crecer; el grano como tal cesa de existir, es sometido a la negación; en su lugar aparece una planta, que es la negación del grano. ¿Cuál es la marcha normal que esta planta sigue en su vida? Crece, florece, es fecundada y, por último, produce nuevos granos de cebada; y en cuanto estos últimos maduran, el tallo muere, sometido, a su vez, a la negación. Como resultado de esta negación de la negación tenemos de nuevo el primitivo grano de cebada, pero no uno, sino diez, veinte o treinta."[41]

Cierto que los cereales cambian lentamente y que el grano de la nueva cosecha se diferencia de ordinario muy poco de los granos que se sembraron. Es posible, sin embargo, colocar estos granos en condiciones tales que los cambios se produzcan mucho más de prisa y que el resultado de la "negación de la negación" se diferencie cualitativamente del punto de partida, que sea, por ejemplo, una especie vegetal nueva.

Procesos en los que se produce la supuesta vuelta a lo viejo tienen lugar también en el conocimiento y en la historia de la sociedad.

Tomemos, por ejemplo, el régimen de la comunidad primitiva, que no conocía la explotación. En el curso de la historia se vio sustituido por sociedades en las que lo característico es la presencia de clases explotadoras (esclavista, feudal, capitalista). Al pasar al socialismo, la explotación del hombre por el hombre es suprimida, y en este sentido la sociedad socialista se asemeja a la comunidad primitiva. Pero tras esa semejanza se oculta una enorme diferencia de principio, nada menos que la historia del desarrollo progresivo de la humanidad en el transcurso de muchos milenios. La igualdad de los hombres de la comunidad primitiva se basaba en la escasez de medios de existencia y en unos rudimentarios instrumentos de trabajo. La igualdad de los hombres en el socialismo y el comunismo viene dictada por el alto nivel de desarrollo de la producción y por la abundancia de bienes materiales y culturales.

Así, pues, el desarrollo de la sociedad no se ha producido en círculo ni en línea recta, sino *en espiral:* ha reproducido algunos rasgos del pasado, pero a un nivel incomparablemente más alto. "Desarrollo que parece repetir fases que ya se atravesaron, pero que las repite obligatoriamente a un nivel más alto («negación de la negación»); desarrollo, pudiéramos decir, en espiral, y no en línea recta..."[42]: tal es, según palabras de Lenin, este rasgo esencial de la comprensión materialista del desarrollo.

En el proceso de desarrollo se pueden producir, y se producen, desviaciones de la línea ascendente -zigzags y retrocesos-; también puede haber períodos de estancamiento. Mas con todo y con ello, según demuestra la historia, el avance acaba por superar estos obstáculos y desviaciones temporales y se abre camino. Cualquier forma de las que observamos en la naturaleza y la sociedad tiene una larga historia, que se remonta a tiempos muy antiguos; es resultado de un prolongado proceso de desarrollo, del avance de lo simple a lo complejo y de ascenso de lo inferior a lo superior.

El sistema solar se formó del polvo cósmico. Los organismos vegetales y animales modernos se derivan de organismos primarios muy simples. La sociedad ha recorrido un largo camino que va desde la gens primitiva hasta las formas actuales de la vida social. La técnica ha progresado sin cesar, desde los toscos instrumentos de un principio hasta los complicados mecanismos de nuestros días. Desde los atisbos de los antiguos filósofos, mezclados con el fruto de su fantasía, el conocimiento humano ha llegado al actual y complejo sistema de ciencias que abarca todas las esferas de la realidad.

La dialéctica materialista, que estudia este avance de la naturaleza, de la sociedad y del pensamiento humano, proporciona a los hombres un optimismo histórico científicamente argumentado y les ayuda en su lucha por formas nuevas y más elevadas de vida y de organización social.

5. La dialéctica como método de conocimiento y transformación del mundo

La dialéctica materialista revela las leyes más generales de desarrollo de la naturaleza, la sociedad y el pensamiento humano, proporcionando a los hombres un método científico de conocimiento, y también apoyándose en ese conocimiento, de transformación práctica del mundo real.

Valor de la dialéctica para la ciencia y la práctica.

Las leyes de la dialéctica, en virtud de su carácter universal, tienen valor en cuanto a las cuestiones de método, son indicaciones valederas para la investigación, jalones que orientan en el camino del

[41] F. Engels, *Anti-Dühring.* ed. cit.. págs. 127-128.

[42] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXI, pág. 38.

conocimiento.

En efecto, si en el mundo transcurre todo según las leyes de la dialéctica, para comprender cualquier fenómeno hay que enfocarlo desde ese ángulo de mira. Sabiendo cómo se produce el desarrollo, podemos conocer cómo es preciso estudiar la realidad, siempre sujeta a cambio, y cómo hay que obrar para modificarla. Tal es el formidable valor de la dialéctica para la ciencia y para la transformación práctica del mundo.

La dialéctica materialista, ciertamente, no puede suplantar a las distintas ciencias y resolver por ellas los problemas que les son propios y específicos. No obstante, cualquier teoría científica es un reflejo del mundo objetivo, es al mismo tiempo síntesis y generalización de los datos que proporciona la experiencia, presupone el empleo de conceptos generales; y el arte de operar con ellos es lo que la dialéctica enseña. Es verdad que incluso el investigador que no conoce la dialéctica puede, siguiendo la lógica de los datos que estudia, llegar a conclusiones acertadas. Pero la aplicación consciente del método dialéctico le presta una ayuda inestimable y facilita su trabajo.

Las proposiciones y leyes de la dialéctica materialista no derivan de los datos de una u otra ciencia tomada separadamente, sino que constituyen la generalización de la historia entera del conocimiento del mundo. El conocimiento de la dialéctica permite al investigador, cuando resuelve problemas específicos de la ciencia concreta que le ocupa, mantenerse a la altura debida en cuanto al método científico y a la visión del mundo, con lo que su estudio no queda divorciado de la experiencia general de todas las ciencias y de toda la práctica social.

La dialéctica agudiza nuestra visión cuando tratamos de estudiar los hechos y las leyes de la realidad. Proporciona a la mente del hombre de ciencia, del político, del técnico, del maestro o del artista perspicacia y la agilidad y capacidad suficientes para captar los nuevos fenómenos, que les son tan necesarias como el aire que respiran. Emancipa también la mente de toda clase de dogmas, prejuicios, opiniones preconcebidas y supuestas "verdades eternas", que atan el pensamiento y frenan la marcha del progreso científico. La dialéctica enseña a prestar atención a la vida, a no estancarse en el pasado, a ver lo nuevo y a ir siempre adelante.

La dialéctica materialista significa el espíritu mismo de la investigación científica, el no conformarse nunca con los conocimientos adquiridos, la eterna inquietud, la aspiración siempre viva de alcanzar la verdad, de penetrar cada vez más profundamente en el conocimiento de las cosas.

La dialéctica excluye todo subjetivismo, estrechez y visión unilateral, proporciona una amplia noción del mundo y acostumbra a abarcar en todos los sentidos el fenómeno que se estudia. Obliga a examinar las cosas objetivamente, en todos sus aspectos, en su movimiento y desarrollo y en relación con las transformaciones recíprocas. Enseña a ver no sólo lo externo, sino también lo interno, a tomar por igual en consideración el contenido y la forma del fenómeno, a no limitarse a describir lo que sale a la superficie y penetrar cada vez más en la esencia, aunque sin olvidar que lo externo es también esencial y no hay que despreciarlo. La dialéctica atrae la atención hacia las tendencias contrarias que se descubren en cada fenómeno en desarrollo; en lo mutable, diferencia lo estable, pero en lo que parece inmutable advierte el germen de futuros cambios.

La dialéctica, escribió Lenin, es "el conocimiento *vivo* y multilateral (con un eterno incremento del número de aspectos), con una infinidad de matices en cuanto a la visión, a la aproximación a la realidad..."[43]

El estudio de la dialéctica y su aplicación es un poderoso instrumento educativo. La dialéctica proporciona un modo específico de pensar y un peculiar estilo de trabajo que se oponen al subjetivismo, al estancamiento, al dogmatismo, y que se hacen eco a lo nuevo, a lo que crece y a lo avanzado.

La dialéctica es la verdadera alma del marxismo. El estudio de la dialéctica materialista presta inapreciable ayuda no sólo al hombre de ciencia o al político, sino a cualquiera que desee calar hondo en los acontecimientos que se producen a su alrededor y participar conscientemente en la vida social.

Hoy día, los hombres de ciencia avanzados -bajo la presión del propio desarrollo de la ciencia y de la vida social- comienzan a desprenderse cada vez más de sus prejuicios con relación a la dialéctica y a comprender el incalculable valor que ésta tiene para la ciencia y la vida.

Aplicación creadora de la dialéctica.

La aplicación acertada de la dialéctica en la ciencia y en el quehacer práctico está muy lejos de ser una empresa fácil. La dialéctica no es un cuestionario que proporcione respuestas escritas a todas las preguntas que puedan formular la ciencia y la práctica, sino una guía para la acción, algo vivo, flexible a la vida y a su espíritu.

Las leyes y tesis de la dialéctica no pueden ser concebidas como esquemas a los que arbitrariamente sea posible "ajustar" los hechos de la realidad. Esta es una visión equivocada, escolástica y dogmática.

Las leyes de la dialéctica son universales, valen para el desarrollo de todas las cosas y fenómenos. Mas al propio tiempo hay que tener presente que actúan de diversa manera en las distintas esferas del mundo material, en procesos cualitativamente distintos. En el mundo orgánico obran en forma

[43] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 360.

diferente a como lo hacen en la naturaleza muerta; en el desarrollo de la sociedad no tienen el mismo carácter que en la evolución de las especies; en la vida de la sociedad socialista se manifiestan de otro modo que dentro de la sociedad capitalista.

Para la aplicación de la dialéctica en el proceso del conocimiento y en la actividad práctica no basta con asimilar sus proposiciones, sino que es necesario un profundo estudio de los hechos concretos y circunstancias de cada problema. Sólo el análisis más atento y detallado de cada situación concreta nos puede revelar cómo y de qué manera se manifiestan las leyes dialécticas en la esfera y el caso que nos ocupa, cómo hemos de valorar la situación y qué camino hemos de seguir para alcanzar el éxito. De ahí que la aplicación de la dialéctica sea siempre una tarea de creación.

En este sentido nos ayudan los excelentes ejemplos de aplicación del método de la dialéctica materialista que encontramos en las obras de los creadores del marxismo-leninismo -de Marx, Engels y Lenin- y en las resoluciones y actuación del Partido Comunista de la Unión Soviética y demás Partidos Comunistas y Obreros.

El Partido Comunista de la Unión Soviética y otros partidos marxistas han conseguido grandes victorias. Una de las razones principales de que así fuera reside en que los partidos marxistas tienen en cuenta para su política y su labor práctica el método de la dialéctica materialista, que ellos desarrollan con un espíritu creador. El desviarse del materialismo dialéctico, el olvido de sus leyes y tesis, han conducido y conducen, en fin de cuentas, a fracasos tanto en el análisis teórico como en la actividad práctica. En la Declaración de la Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros de los países socialistas, celebrada en Moscú del 14 al 16 de noviembre de 1957, se dice con toda razón:

"Si un partido político marxista no examina los problemas partiendo de la dialéctica y del materialismo, eso conducirá a criterios unilaterales y al subjetivismo, a la petrificación de las ideas, al divorcio de la práctica y a la incapacidad para proporcionar el correspondiente análisis de las cosas y fenómenos, a errores revisionistas o dogmáticos y a equivocaciones en política."[44]

La dialéctica, además de ser un método en el estudio de la realidad, orienta para la transformación revolucionaria de esa realidad. Siempre subraya el valor de una actitud eficaz y activa frente al mundo que nos rodea. En la práctica -en el trabajo, en la lucha de clases y en la construcción del comunismo- es donde son sometidas a prueba las tesis y leyes de la dialéctica materialista. La práctica proporciona el material más valioso para los nuevos avances de la dialéctica; permite concretar sus proposiciones y alcanzar un conocimiento más amplio y profundo de sus leyes. Por ello, la aplicación creadora de la dialéctica marxista consiste, lo primero de todo, en utilizarla como instrumento de labor práctica, como medio para la transformación de la vida.

Capitulo III. Teoría del conocimiento

El conocimiento del mundo que nos rodea por el hombre tiene una larga historia. Es un movimiento gradual que va de la ignorancia al saber, del conocimiento incompleto e imperfecto a otro cada vez más amplio y profundo. Las características y leyes de ese proceso nos las proporciona la teoría marxista del conocimiento.

Únicamente podemos comprender las leyes del conocimiento si lo examinamos en su desarrollo, en su formación y en la lucha de las tendencias contradictorias. Lo mismo que todo proceso de desarrollo, el conocimiento se subordina a las leyes universales descubiertas por la dialéctica materialista. La dialéctica, escribía Lenin, es la teoría del conocimiento del marxismo. La visión dialéctica de los problemas del conocimiento es lo que diferencia la teoría gnoseológica marxista de todas las doctrinas que los materialistas expusieron con anterioridad a Marx.

1. La práctica como base y fin del conocimiento

El conocimiento del mundo que nos rodea -la investigación de las alejadas acumulaciones de estrellas o galaxias y de las partículas más reducidas de la materia, el estudio del origen de la vida en la Tierra y de la historia de las viejas culturas, la solución de los más complejos problemas matemáticos y el análisis de la radiación cósmica, etc.- es una de las actividades que más seducen; proporciona satisfacciones sin cuento al investigador y a menudo constituye el sentido de su vida. Pero los hombres no practican la ciencia con el objeto único de encontrar una satisfacción. El saber les proporciona una fuerza enorme en su trabajo diario y en la lucha con la naturaleza, lo mismo que en su actividad social, es decir, en todos los asuntos prácticos de los que depende la existencia de cada individuo y de la sociedad en su conjunto.

Los filósofos idealistas han tratado a menudo de oponer el conocimiento a la actividad práctica, de aislarlo de la práctica. Ya afirmaban que el conocimiento es fruto de cierta inclinación del espíritu humano hacia la verdad y que no depende de la práctica, ya sostenían que la acción práctica no guarda relación alguna con el conocimiento del mundo, que el intelecto del hombre está destinado únicamente a poseer las cosas y obrar con éxito, mientras que el conocimiento del mundo es una empresa imposible (Nietzsche y otros) o sólo puede llegarse a él por intuición mística (Bergson).

[44] Documentos de las reuniones de representantes de Partidos Comunistas y Obreros celebradas en Moscú en noviembre de 1957, Gospolitizdat, Moscú, 1957, página 15.

Lo mismo una concepción que otra deforman la relación real entre el conocimiento y la acción, entre la teoría y la práctica.

La aparición y el desarrollo de las ciencias nos brindan una prueba absoluta de que la ciencia y el conocimiento son producto de lo que la práctica exige; ésta es condición necesaria y base del conocimiento.

El hombre, en su actividad práctica, entra en relación directa con el mundo que le rodea; cuando las cosas y los objetos son sometidos a acción y transformación ponen de relieve y muestran al hombre propiedades que antes permanecían latentes. La utilización de las cosas es, al propio tiempo, el conocimiento de las mismas. Las posibilidades de tal conocimiento se hacen más amplias conforme la práctica se ensancha y enriquece.

Todas las ciencias, sin excluir las más abstractas, aparecieron como respuesta a las necesidades maduras de la vida práctica de los hombres. La geometría, según nos dice su propia denominación, se relacionaba en un principio con la medición de campos (geometría equivale a medición de la tierra); la astronomía tuvo su origen en la navegación, en el cálculo de los ciclos agrícolas y en la composición del calendario; el origen de la mecánica va unido al arte de construir edificios y fortificaciones, etc.

Esta dependencia en que el conocimiento se encuentra respecto de la práctica no es cosa exclusiva de tiempos antiguos. La ciencia de la naturaleza ha avanzado con pasos de gigante desde que la aparición del capitalismo condujo a un vertiginoso desarrollo de la industria. Y también hoy día guarda la ciencia vínculos indisolubles con la vida práctica. En sus ramas teóricas abstractas dichos vínculos se han hecho más completos y mediatos, aunque la práctica ha sido siempre y será la base más profunda del conocimiento, su principal estímulo y fuerza motriz.

Uno de los mayores defectos de todo el materialismo anterior a Marx consiste precisamente en que era incapaz de comprender los nexos del conocimiento y la práctica. Es cierto que los filósofos materialistas hablaban a menudo del valor del conocimiento científico para la vida. Así, el materialista inglés F. Bacon, iniciador de la filosofía de la Edad Moderna, proclama que el objeto principal de la ciencia es alcanzar el dominio sobre la naturaleza a fin de mejorar y aliviar la vida de los hombres. Mas, aunque los viejos materialistas adivinaban qué es lo que el conocimiento puede dar a la práctica, no alcanzaron a comprender lo que la práctica da al conocimiento. El materialismo viejo, anterior a Marx, era *contemplativo.* El conocimiento era para él la labor puramente teórica del sabio que observa la naturaleza y medita acerca de lo que ve.

No discernían el nexo del conocimiento con la actividad político-social o de producción de las masas, considerando además que la labor de conocer era privilegio de unos pocos, mientras que la actividad "inferior", práctica, y el trabajo físico eran misión de la ignorante mayoría.

Sólo Marx y Engels, emancipados de los prejuicios propios de los teóricos de las clases explotadoras, vieron el papel decisivo de la actividad práctica de los hombres en el proceso de conocimiento. Los fundadores del marxismo llegaron a la conclusión de que la actividad práctica y diaria de producción de los hombres, que crea la base material para la existencia de la sociedad, posee a la vez el más grande valor en cuanto a la teoría, al conocimiento. Así establecieron, según señala Lenin, que "el punto de vista de la vida o de la práctica debe ser el primero y fundamental en la teoría del conocimiento".[45]

A diferencia del anterior materialismo, el marxismo *incluye la práctica en la teoría del conocimiento,* considerándola como *la base y el fin* del proceso cognoscitivo, y también como *norma de la veracidad de los conocimientos.*

Al introducir en la teoría del conocimiento el punto de vista de la vida y la práctica, el marxismo relaciona directamente el conocimiento con la industria y la agricultura, con el laboratorio científico y con la actividad social de las masas. La teoría es para el marxismo no algo sustancialmente distinto de la práctica, sino comprensión y generalización de la experiencia de los hombres en su quehacer diario.

La práctica y la teoría son opuestas, como lo son la actividad material y espiritual de los hombres. Mas, al propio tiempo, se trata de opuestos que se penetran recíprocamente y forman una unidad, como dos partes íntimamente ligadas de la vida social que actúa una sobre otra.

Unidad de la teoría y la práctica.

La práctica no se limita a plantear problemas a la teoría, orientando así la atención del investigador hacia los aspectos, fenómenos y procesos del mundo objetivo que timen un valor para la sociedad; también crea los medios materiales que permiten conocerlos. La práctica, en este caso la industria en primer término, proporciona a la ciencia instrumentos y aparatos, de tal manera que el investigador puede realizar experimentos que requieren instalaciones muy complicadas.

La producción material brinda al hombre recursos que le permiten aumentar formidablemente la potencia de sus sentidos y multiplicar sus posibilidades cognoscitivas. El microscopio aumenta cientos y miles de veces la imagen del objeto, e incluso cien mil veces si se trata del microscopio electrónico, con lo que es posible ver y fotografiar las partículas más reducidas de la materia, que a simple vista no podemos apreciar. El telescopio registra estrellas situadas a cientos de millones de años de luz

[45] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 130.

de la Tierra. La radiotecnia moderna ayuda a captar señales e información científica que envían los satélites y cohetes cósmicos lanzados a cientos y miles de kilómetros de nuestro planeta.

¿Podríamos concebir la ciencia moderna sin sincrofasotrones, que proporcionan a las micropartículas una energía de miles de millones de electrones-voltios, sin reactores atómicos, sin potentes telescopios, sin máquinas electrónicas capaces de realizar decenas de miles de operaciones matemáticas en un segundo? Ciertamente que no.

Mas la ciencia, producto como es de la práctica, ejerce sobre ésta una influencia inversa cada vez más vigorosa. Los enormes éxitos de la técnica y el poderoso desarrollo de las fuerzas productivas que se han alcanzado en el siglo XX han sido posibles únicamente por la gran aplicación que en todos los aspectos se ha hecho de los descubrimientos científicos en la industria, la agricultura, los transportes y las comunicaciones, por la materialización que se ha dado a las fórmulas y leyes de la ciencia en los mecanismos y aparatos y en las normas de los procesos tecnológicos.

La razón humana, que conoce las leyes de la naturaleza y que orienta la actividad material de producción de los hombres, se convierte en una fuerza capaz de transformar el mundo objetivo que nos rodea. En este sentido decía Lenin que "la conciencia del hombre no sólo refleja el mundo objetivo, sino que lo crea".[46]

Así, pues, la relación e interacción de la teoría y la práctica, de la ciencia y la producción, con la función directora a cargo de la práctica, constituye una condición obligatoria para el progreso material y técnico de la sociedad.

La vida político-social nos brinda otro ejemplo de constante interacción de la teoría y la práctica. La teoría surge también en esta esfera como respuesta a las necesidades de la vida social, de la lucha de clases, a la vez que influye sobre el proceso social. Es verdad que la genuina ciencia de la sociedad fue creada únicamente por Marx. Eso no quita para que también antes las teorías sociales avanzadas, que contenían siquiera fuese algunos elementos de conocimiento científico, desempeñasen un papel altamente progresivo, ayudasen a las fuerzas avanzadas de la sociedad a conocer sus tareas y fines prácticos inmediatos y las apoyasen y alentasen en su lucha contra la reacción y las instituciones caducas.

Después de que Marx y Engels sentaron las bases para la comprensión materialista de la sociedad, ha crecido inconmensurablemente el valor de la teoría en cuanto a la vida social y a las relaciones entre los hombres se refiere.

El triunfo de la revolución socialista y los éxitos formidables de la construcción del socialismo y el comunismo en la U.R.S.S. y los demás países del campo socialista habrían sido imposibles si los Partidos Comunistas no se hubieran guiado en toda su labor por la teoría del marxismo-leninismo y el principio de la unidad de la teoría y la práctica.

La teoría se encuentra al servicio de la lucha práctica de la clase obrera, mientras que la práctica alumbra el camino de la teoría. En el caso contrario sufren la una y la otra. La teoría, apartada de la práctica, se convierte en una planta estéril; la práctica, sin el auxilio de la teoría, está condenada a debatirse en medio de tinieblas.

En un régimen como el socialista van de la mano la teoría y los éxitos de la práctica. La construcción del socialismo y el comunismo en los países del campo socialista marcha bajo la orientación de la teoría marxista-leninista, la cual, a su vez, se ve enriquecida por la labor práctica de las masas que edifican la sociedad nueva. "Todo problema práctico de la construcción socialista -dice N. S. Jruschov- es a la vez un problema teórico que guarda relación directa con el desarrollo creador del marxismo-leninismo. Es imposible separar lo uno de lo otro."[47]

El reconocimiento que el marxismo hace de la práctica como fin del conocimiento científico no va para nada contra la teoría, no significa un practicismo estrecho y miope. Cuando se pide que la ciencia mantenga relaciones con la vida, de lo que se trata es de que no se sitúe al margen de las tareas prácticas ni se convierta en una especulación estéril; no significa el olvido de las perspectivas y la limitación de las tareas de la investigación científica a lo que las necesidades prácticas del momento exigen. Para el avance continuo de la ciencia y de la técnica se necesitan profundas investigaciones teóricas de "búsqueda" en las que se pongan de manifiesto nuevas relaciones y leyes de la realidad, las cuales crean una nueva "vía" para el progreso técnico y científico. Y todavía tolera menos el marxismo el menor intento de deformar la verdad científica por consideraciones del momento.

El espíritu de partido del marxismo está en contra de que se violente la objetividad de la investigación y de que se deformen los hechos, cualesquiera que éstos sean. La clase obrera, tanto en el período de su lucha por emanciparse de la explotación capitalista como cuando está entregada a la construcción del socialismo y el comunismo, tiene un interés vital en que el conocimiento de las cosas sea verdadero, en que sea verdadero el conocimiento de las leyes del desarrollo social, pues se trata de las leyes del triunfo final que inevitablemente le espera.

La burguesía ha perdido ya hace mucho el interés por la investigación científica desinteresada, sobre todo en lo que a las ciencias sociales se refiere. De lo que principalmente se preocupa ahora es de refutar el marxismo y de buscar argumentos favorables al

[46] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 204.

[47] N. S. Jruschov, *Hacia la victoria en la emulación pacífica con el capitalismo,* Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 339.

sistema capitalista.

Incluso en las ciencias positivas, a la burguesía no le interesa tanto el conocimiento verdadero como las ventajas directas que de él pueda extraer. Su visión de la ciencia es puramente utilitaria. No hará falta aclarar que nos referimos a la burguesía *como clase,* pues también en los países del capital hay sabios honestos e incorruptibles.

Dentro de la sociedad socialista la investigación científica no encuentra el menor obstáculo. La conciencia de que el conocimiento del mundo no es asunto privativo del investigador, sino que tiene el más alto valor social, alienta a todos los verdaderos hombres de ciencia y les inclina a servir fiel y desinteresadamente a la verdad.

2. El conocimiento es el reflejo del mundo objetivo

La teoría marxista del conocimiento es la *teoría del reflejo.* Esto significa que considera el conocimiento como el reflejo de la realidad objetiva en el cerebro del hombre. Los adversarios del materialismo dialéctico se oponen de ordinario contra tal concepción del conocimiento. Afirman, por ejemplo, que es absurdo hablar del reflejo de leyes de la naturaleza que no es posible ver; que las fórmulas matemáticas y las categorías lógicas (por ejemplo, "esencia") o los conceptos éticos ("justicia", "nobleza") no encuentran en el mundo una realidad de la cual pudieran ser reflejo. Mas estas y otras objeciones semejantes se basan en una comprensión muy rudimentaria y vulgar de lo que es el reflejo.

Cuando el materialismo dialéctico habla del conocimiento como reflejo, lo que afirma es que el conocimiento, siendo como es una reproducción de la realidad en la conciencia del hombre, no puede ser otra cosa que el reflejo del mundo objetivo. En la conciencia del hombre no están las propias cosas, sus propiedades y relaciones, sino sus *imágenes* o representaciones, mentales o ideales; éstas, con más o menos fidelidad, reproducen los rasgos de los objetos, que son cognoscibles, y en tal sentido son semejantes a los propios objetos.

La teoría materialista del reflejo hace distinción entre conciencia y materia, entre el conocimiento y el objeto cognoscible; al mismo tiempo, sin embargo, rechaza la oposición absoluta entre uno y otro término, por cuanto en la conciencia humana se refleja la realidad objetiva y la propia conciencia es una propiedad de la materia.

Si admitimos que la psiquis humana es una propiedad de la materia altamente organizada, del cerebro, habremos de llegar a la conclusión de que no hay ni puede haber ninguna barrera sustancial infranqueable entre el pensar y el mundo material.

Cierto que objeto de conocimiento pueden ser no sólo las cosas materiales, sino también los fenómenos espirituales o psíquicos. Esta circunstancia, empero, no cambia en modo alguno la naturaleza del conocimiento, ya que tales fenómenos son un reflejo de la realidad objetiva que se encuentra fuera de la conciencia.

Además, la capacidad cognoscitiva del hombre no es un don misterioso venido de lo alto, sino resultado de un largo desarrollo transcurrido precisamente en el proceso de conocimiento, o reflejo del mundo material sobre la base de la actividad práctica. En el curso de este proceso se desarrollaron los órganos de los sentidos y se perfeccionó la capacidad de pensar.

Tales son los principios de la filosofía marxista en el problema del conocimiento. Se basan en la admisión de que el hombre es capaz de conocer o reflejar el mundo que le rodea y abre horizontes ilimitados a la ampliación del saber humano.

Contra el agnosticismo.

Muchos filósofos del campo idealista y hasta ciertos sabios caídos bajo su influencia combaten la doctrina materialista de que el mundo es cognoscible.

Esos filósofos mantienen el punto de vista del *agnosticismo.* Los agnósticos no siempre dicen que no podemos conocer nada. A menudo lo "único" que afirman es que existen problemas *sustancialmente* insolubles, que hay esferas de la realidad que siempre serán *sustancialmente* inaccesibles al conocimiento por mucho que avancen la técnica y la ciencia y se perfeccione la razón humana.

El inglés Hume, por ejemplo, agnóstico del siglo XVIII, asegura que lo único que podemos alcanzar son nuestras propias sensaciones y que la misión de la ciencia consiste en ordenar y sistematizar esas sensaciones. Nada podemos saber, según él, de lo que hay detrás de nuestras sensaciones y de qué es lo que las origina. De ahí que Hume considerase irresoluble el problema fundamental de la filosofía. Decía así: Nosotros no estamos en condiciones de decir en qué consiste la base del mundo, si es la materia o es el espíritu, la conciencia. No lo sabemos y jamás lo sabremos, pues nos es imposible salir del círculo de nuestras sensaciones.

Kant, filósofo alemán del mismo siglo, no negaba que nuestras sensaciones sean originadas por cosas que existen con independencia del hombre y de su conocimiento. Afirmaba, sí, que estas cosas (que él denominaba "cosas en sí") se encuentran sustancialmente fuera de nuestra capacidad de conocer.

El agnosticismo guarda estrecha afinidad con la doctrina de la Iglesia de que "los caminos del Señor no son conocidos", acerca de la fragilidad de la razón humana y de la necesidad de una vía que no sea la de la ciencia para llegar a la verdad. No en vano el propio Kant confesaba sus deseos de "limitar el conocimiento para dejar un sitio a la fe". Los filósofos agnósticos son aliados de la Iglesia siempre, hasta cuando ellos mismos no creen en Dios. Y esto

es así porque, al enunciar la falsa idea de que el mundo no es cognoscible, el agnosticismo quebranta las posiciones de la ciencia y va en ayuda de la teología, empuja al hombre a la fe ciega y le incita a confiar en la doctrina de la Iglesia.

El agnosticismo, cualquiera que sea su forma, se ve repudiado por la misma vida. La historia de la ciencia nos muestra la marcha que siguió el hombre, primero lenta y luego cada vez más rápida, de la ignorancia al conocimiento, haciendo que la naturaleza le revelara misterios que en un principio parecían inescrutables.

Hace quinientos años se creía que la Tierra era el centro de un mundo finito y que las estrellas se hallaban sujetas al firmamento, el cual era concebido a modo de una bóveda esférica de cristal. Los grandes pensadores del Renacimiento, N. Copérnico, G. Bruno y Galileo, no dejaron nada en pie de estas falsas nociones, rompieron las paredes de cristal del cosmos y lo extendieron hasta el infinito. Pero hace cien años había quien aseguraba que nunca llegaría a conocerse la composición y estructura de los cuerpos celestes. El positivista A. Comte afirmaba categóricamente que el hombre jamás sabría de qué estaban compuestas las estrellas. Y dos años después de la muerte de Comte, en 1859, apareció el análisis espectral, con lo que se iniciaba el estudio de la composición química de los cuerpos celestes. A principios de nuestro siglo la astronomía era incapaz de salir de los límites de la galaxia, de la Vía Láctea. Hoy día, los últimos adelantos de la ciencia y la técnica han permitido descubrir millones de sistemas estelares que colocan al hombre ante una estructura del Universo superior por sus extensiones a cuanto pudiéramos imaginar.

A la vez que penetra en los espacios sin fin del cosmos, el hombre ahonda en las entrañas del micromundo y arranca el velo que cubría el secreto de la vida. Por doquier, en todos los terrenos de la ciencia, encontramos pruebas de la potencia ilimitada del conocimiento científico.

Pero la refutación mejor del agnosticismo es la práctica, la actividad de los hombres, la producción. En el momento en que, de conformidad con nuestras nociones de algún fenómeno, lo provocamos o producimos, dice Engels, le obligamos a servir a nuestros fines, en ese mismo momento nos convencemos de que, dentro de límites definidos, nuestras nociones sobre ese fenómeno eran reales y fidedignas.[48]

Los físicos, partiendo de sus experimentos en el laboratorio y de sus cálculos teóricos, han aprendido a producir la reacción en cadena de desintegración de los átomos de uranio y a dirigir esta reacción en las calderas atómicas. La obtención de energía atómica en los reactores industriales demuestra la exactitud de los principios de la física teórica que los investigadores utilizaron en sus trabajos; quiere decirse que poseemos un conocimiento verdadero de ciertas leyes que rigen los procesos intraatómicos.

La hipótesis de Tsiolkovski, teóricamente argumentada, acerca de la posibilidad de emplear motores de reacción y cohetes para los vuelos interplanetarios ha dado principio, y de ello somos testigos, a la cosmonáutica. Los progresos de la aviación de reacción y la creación de satélites artificiales de la Tierra y de cohetes cósmicos demuestran la razón que asistía a Tsiolkovski y sus continuadores en sus cálculos e hipótesis.

Toda la técnica y la industria de nuestros tiempos nos brindan infinidad de pruebas del poderío del conocimiento.

3. Doctrina de la verdad

El problema de la verdad es el punto central de la teoría del conocimiento y una de las cuestiones capitales de cualquier ciencia. Si la teoría científica no proporciona un conocimiento verdadero, su valor es nulo.

El problema de la verdad emerge siempre que se trata de la relación entre nuestro conocimiento y la realidad objetiva. Considerando que el mundo objetivo existe independientemente de la conciencia, está claro que en el proceso del conocimiento nuestras nociones, ideas y teorías han de corresponder a la realidad. No hay que ajustar los hechos a la noción que de ellos tenemos; al contrario, hay que conseguir que nuestras nociones correspondan a los hechos objetivos. Quien obra de otra manera caerá en un subjetivismo vacío, perderá el sentido de lo real, tomará sus deseos por realidades y, en última instancia, fracasará inevitablemente en su labor práctica.

Si nuestras sensaciones, percepciones, representaciones, conceptos y teorías corresponden a la realidad objetiva, la reflejan fielmente, decimos que son *verdades*. Las manifestaciones, los juicios y las teorías, al ser verdaderos, los tomamos como *verdad.*

A menudo se dice que el fin del conocimiento es encontrar la verdad, descubrir la verdad, etc. Esto no ha de comprenderse en el sentido de que la verdad existe por sí misma y de que el hombre tropieza con ella o la encuentra. Significa únicamente que el fin del conocimiento es el logro de unas nociones verdaderas. Hemos de recordarlo así porque ciertos filósofos idealistas afirman que las verdades como tales poseen una existencia independiente y que el hombre, en determinadas condiciones, las puede contemplar y describir. En realidad, el concepto "verdad" se refiere únicamente al conocimiento humano, a las ideas, teorías, conceptos, etc. Lo que en el mundo objetivo existe no son verdades, sino

[48] F. Engels, *Del socialismo utópico al socialismo científico,* Gospolitizdat, 1953, pág. 12; *Lüdwig Feuerbach* y *el fin de la filosofía clásica alemana,* Gospolitizdat, Moscú, 1955, pág. 18.

cosas, fenómenos, relaciones, procesos, etc., que se reflejan en las representaciones e ideas verdaderas del hombre.

La verdad objetiva.

Si bien la verdad aparece en el proceso del conocimiento humano, las propiedades y relaciones de las cosas reflejadas en ella no dependen del hombre. Por eso afirmamos que la verdad es objetiva.

Verdad objetiva, por consiguiente, es el contenido del conocimiento humano que refleja fielmente el mundo objetivo, sus leyes y propiedades y, en este sentido, "no depende del sujeto, no depende ni del hombre ni de la humanidad..."[49] El individuo no tiene poder sobre la verdad. Puede modificar el mundo que le rodea, puede cambiar las condiciones de su vida, pero no puede, a su arbitrio, alterar la verdad, pues ésta refleja aquello que tiene existencia objetiva.

Toda verdad es objetiva. De ella hay que distinguir la opinión subjetiva, que no corresponde a la realidad, la ficción, la ilusión. No todo lo que los hombres tuvieron por verdad lo es en efecto. Por ejemplo, durante largo tiempo pensaron que el Sol giraba alrededor de la Tierra, pero esto era falso. Ocurre lo contrario. La afirmación de la astronomía moderna de que el centro de nuestro sistema es el Sol, alrededor del cual describen sus órbitas los planetas -entre ellos la Tierra-, es objetivamente verdadera. ¿Por qué? Porque refleja correctamente la realidad, el orden a que realmente se atiene el sistema solar y que no depende para nada del hombre.

El camino del conocimiento.

El reflejo del mundo objetivo en la conciencia del hombre no se ha de comprender de una manera metafísica, como acto que tiene lugar una sola vez. El conocimiento es un proceso que presenta multitud de aspectos y que comprende fases distintas, aunque relacionadas entre sí. Lenin escribía refiriéndose a él: "De la percepción sensible al pensamiento abstracto *y de él a la práctica:* tal es el camino dialéctico de conocimiento de la *verdad,* de conocimiento de la realidad objetiva."[50]

Según decíamos antes, el hombre adquiere sus conocimientos no tanto a través de la percepción pasiva de la realidad que le rodea como en un proceso de relación activa y práctica hacia las cosas. En la práctica, que ejerce la relación directa del hombre con el mundo exterior, es donde surgen las distintas sensaciones que son el punto de partida en la actividad cognoscitiva del individuo y en la historia del conocimiento humano en general. La sensación, pues, es la primera fase del conocimiento.

Las sensaciones son imágenes de las cosas y de sus propiedades.

Todo conocimiento parte, en fin de cuentas, de las sensaciones; de ahí que el problema de la veracidad dependa, lo primero de todo, de si nuestras sensaciones son verdaderas, de si pueden reflejar fielmente las cosas materiales y sus propiedades. La teoría marxista del conocimiento, que se apoya en los principios básicos del materialismo dialéctico, responde a esto afirmativamente: cualquier acto del conocimiento humano, empezando por la sensación, presenta un contenido objetivamente verdadero. Las sensaciones del hombre, lo mismo que sus percepciones y representaciones, son reflejos o imágenes de las cosas y sus propiedades.

Sin embargo, hay filósofos e investigadores que lo niegan.

Johannes Müller, notable fisiólogo alemán de mediados del siglo XIX, encontró en sus estudios sobre el mecanismo de los órganos de los sentidos que la sensación de la luz, por ejemplo, en la retina del hombre no es originada únicamente por la acción de los rayos luminosos, sino también al ser excitado el nervio óptico por una corriente eléctrica, por una acción mecánica, etc. Esto llevaba a Müller a la conclusión, profundamente errónea, de que nuestras sensaciones se limitan a transmitir el estado de los correspondientes órganos de los sentidos, sin que nos digan nada de cómo son las cosas y de sus propiedades fuera de nosotros. La doctrina de Müller es conocida con el nombre de "idealismo fisiológico".

H. Helmholtz, otro gran sabio alemán del mismo siglo, mostraba también recelo hacia las indicaciones de los órganos de los sentidos.

Quienes piensan como estos dos investigadores, estiman que las sensaciones no son imágenes; son sólo signos convencionales, símbolos o jeroglíficos que *designan* uno u otro fenómeno, lo *indican,* pero no reflejan su naturaleza objetiva. Esto quita a la sensación su valor de puente de unión del hombre con el mundo exterior y la convierte en una barrera infranqueable que cierra el camino hacia él. Más aún, semejante agnosticismo puede conducir a la negación de la existencia objetiva de las cosas, por cuanto no es obligatorio que el signo convencional o símbolo corresponda a la realidad objetiva. En la historia de la filosofía, el camino que conduce al idealismo subjetivo pasa justamente por la negación de que la sensación es un reflejo de las propiedades objetivas de las cosas. Mas tal negación se contradice de plano con toda la experiencia de los hombres y con los informes de la ciencia.

El estudio de la evolución de los seres vivos nos dice que los órganos de los sentidos de los animales, y luego del hombre, se formaron y perfeccionaron en un proceso de interacción del organismo con el medio. Este largo proceso de evolución ha hecho que los órganos de los sentidos se adapten al mundo exterior de tal manera que aseguren una orientación

[49] V. I. Lenin, *Obras.* ed, cit., t. IV, pág. 110.
[50] V. I. Lenin, *Obras.* ed, cit., t. XXXVIII, pág. 161.

fiel en las condiciones del medio ambiente. Según escribe Lenin, "el hombre no podría adaptarse biológicamente al medio si sus sensaciones no le proporcionasen una noción *objetiva y correcta de él"*.[51]

Si las sensaciones no nos proporcionasen una noción más o menos fiel de las cosas y sus propiedades, tampoco el pensamiento podría ser verdadero, ya que son las sensaciones su origen y su apoyo. Entonces no habría conocimiento alguno verdadero, el hombre se encontraría en un mundo de fantasmas e ilusiones y su vida sería imposible.

Cierto que las sensaciones poseen un aspecto subjetivo, pues van unidas a la acción de los órganos de los sentidos y del sistema nervioso del hombre. Ninguna imagen puede ser idéntica al objeto reflejado, siempre transmite sus rasgos de manera más o menos aproximada e incompleta. Pero la sensación no es sólo un estado subjetivo de la psiquis del individuo. "La sensación es la imagen subjetiva del mundo objetivo" (*Lenin).*[52]

Por consiguiente, las sensaciones contienen en sí la verdad objetiva. Tal es la concepción materialista, que es la única concepción científica. "Ser materialista -subrayaba Lenin- significa admitir la verdad objetiva que nosotros descubrimos mediante los órganos de los sentidos."[53]

Sensaciones, percepciones y representaciones, que nosotros adquirimos en nuestra experiencia sensorial, forman el principio del conocimiento y su punto de arranque. Mas el conocimiento no se detiene en esto, sigue adelante y se eleva hasta el *pensamiento abstracto.*

Pensar es conocer la esencia de los fenómenos.

La teoría marxista del conocimiento admite la diferencia cualitativa entre estos dos grados, pero no los separa, sino que los considera en su interrelación dialéctica.

La función de pensar, que es la forma suprema de la actividad cognoscitiva, se halla presente, sin embargo, en la fase sensorial: al percibir la sensación el hombre piensa, advierte los resultados de las percepciones sensoriales, comprende lo que percibe. Al propio tiempo, sólo la sensación y la percepción proporcionan al acto de pensar el material empírico que forma los cimientos de todo cuanto conocemos.

Las posibilidades del conocimiento sensorial son limitadas. Los fenómenos que se hallan fuera del campo de los sentidos los conocemos mediante el pensamiento abstracto. Nosotros no podemos, por ejemplo, percibir directamente por los sentidos o imaginarnos la velocidad de la luz, que es de 300.000 kilómetros por segundo. Esta velocidad existe, empero, y nosotros la concebimos sin esfuerzo. Más aún, apoyándonos en los cálculos teóricos podemos medirla con ayuda de aparatos. Somos incapaces de percibir el tiempo de varias cienmillonésimas de segundo que miden la vida de partículas elementales como algunos mesones, aunque podemos concebirlo. Las matemáticas operan sin cesar con valores infinitamente grandes y pequeños que se resisten a toda representación directa.

Generalizaciones elementales se hacen ya en la fase del conocimiento sensorial. Distinguimos el carácter general, por ejemplo lo blanco, en cuerpos tan diversos como la nieve, la sal, el azúcar, la espuma, el papel, etc. Mas el conocimiento sensorial no nos revela aún la naturaleza interna de los fenómenos ni sus relaciones y vínculos necesarios. Para descubrir las leyes que rigen los fenómenos y penetrar en la esencia de éstos, es decir, para llegar al conocimiento científico del mundo que nos rodea, se requiere una actividad cognoscitiva cualitativamente distinta: el pensar, acción que realizamos en forma de conceptos, juicios, conclusiones, hipótesis y teorías.

Ninguna ley, como tal, es percibida por los sentidos. Los hombres habían observado una infinidad de veces la caída de los cuerpos al suelo, pero hubo necesidad de una ciencia muy desarrollada y del genio de Newton para descubrir y formular la ley de la gravitación universal, en la que quedaban incluidos y encontraban explicación toda esa infinidad de hechos.

Sabemos que las sensaciones, producto de la acción directa de las cosas sobre los órganos de los sentidos, son imágenes subjetivas del mundo objetivo, por lo que contienen en sí una verdad objetiva. Lo mismo puede decirse, sin duda alguna, de los productos del pensar, que son conceptos abstractos no relacionados directamente con las cosas materiales.

Las sensaciones y percepciones se refieren siempre a hechos concretos, al lado externo de los fenómenos; todo esto lo reflejan con mayor o menor exactitud. Los conceptos abstractos son también reflejos de la realidad y contienen la verdad objetiva. Ahora bien, tales conceptos abstractos reflejan una "capa" más profunda de la realidad, no se limitan al aspecto exterior y sensorial de los fenómenos, sino que revelan los nexos y relaciones sustanciales que les sirven de base. Los sentidos nos dicen, por ejemplo, que el relámpago y el estampido del trueno van seguidos de una lluvia torrencial. Este conocimiento puede servirnos para algunos fines prácticos, por ejemplo, para buscar donde cobijamos antes de que comience la tempestad. No nos explica en absoluto, sin embargo, nada de lo que la tormenta es. Para eso hace falta recurrir a los conceptos abstractos.

La actitud del capitalista hacia el obrero puede adoptar en cada caso las formas más diversas: desde la coerción abierta y descarada hasta una apariencia

[51] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 166.
[52] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 106.
[53] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 120.

de lealtad, de democracia y amistad. Pero la esencia de las relaciones entre uno y otro es siempre la misma: la explotación. Para descubrir la verdadera esencia de las relaciones de clase no basta con describir hechos y casos; se requiere un profundo análisis teórico que ponga de manifiesto la naturaleza del capitalismo, es decir, conceptos abstractos capaces de expresar sus leyes.

Según escribió Lenin, "el pensamiento, ascendiendo de lo concreto a lo abstracto, no se aleja... *de* la verdad, sino que se acerca a ella. La abstracción de la *materia,* de la *ley* de la naturaleza, la abstracción del *valor,* etc., en una palabra, *todas* las abstracciones científicas (correctas, serias, no absurdas) reflejan la naturaleza de manera más profunda, más exacta y más *completa".*[54]

La fuerza del pensamiento está en su capacidad para abstraerse y apartarse de lo particular y elevarse a generalizaciones que expresan lo más general y sustancial de los fenómenos.

La fuerza del pensamiento está en su capacidad para rebasar los límites del momento presente y, apoyándose en las leyes objetivas que él descubre, alcanzar el pasado y prever el futuro desarrollo de los acontecimientos. El pensamiento es un proceso activo en el que se crean conceptos y se opera con ellos. Pero tanto él como su producto -los conceptos- están unidos al mundo objetivo no de manera inmediata, sino a través de la actividad práctica y las sensaciones. La superioridad de los conceptos reside en que no se hallan vinculados a un hecho sensorial concreto, respecto del cual se encuentran en una independencia relativa. Gracias a ello el pensamiento está en condiciones de realizar un examen y análisis completos de los fenómenos, de aproximarse infinitamente a la realidad concreta y de reflejar cada vez más exactamente el mundo.

Mas en todo esto siempre existe el peligro de que el pensamiento se aparte de la realidad, se entregue a fantasías infundadas y convierta el proceso de pensar en algo que se satisface a sí mismo y encuentra en sí su fin. Este es el camino del idealismo.

El único antídoto contra esto son los vínculos con la práctica, con la vida, con la producción y la experiencia de las masas. La ciencia, cuando lo es de verdad, siempre se desarrolla gracias a que, por muy alto que se eleve, el pensamiento teórico del investigador vuelve siempre a la experiencia sensorial, a la práctica. La interacción constante de la práctica, del experimento y del pensamiento teórico es prenda de los avances de la ciencia.

El trabajo conjunto de las manos y del cerebro permitió al hombre descubrir y dominar numerosas leyes del mundo objetivo, que le han convertido en dueño y señor de la naturaleza y de sus poderosas fuerzas.

Conocimiento infinito del mundo infinito.

El conocimiento humano en su conjunto es un proceso en desarrollo que se prolonga indefinidamente.

El mundo objetivo que rodea al hombre es infinito. Cambia y se desarrolla sin cesar, dando eternamente origen a una infinidad de formas nuevas. Por muy lejos que penetre el conocimiento en los espacios del Universo, siempre tendrá ante sí un campo inagotable de investigación y generalización, para el descubrimiento de nuevas leyes y el estudio de vínculos universales aún más esenciales y profundos.

Pero ninguna de las ciencias que el hombre conoce ha revelado aún todos los fenómenos y leyes que le son específicos, ni los revelará jamás por completo, atendiendo el carácter infinito de la naturaleza. Conocer el mundo hasta el fin, como dice Engels, significaría el milagro de la infinitud sometida a cómputo. De la misma manera que no podemos contar la serie infinita de números, tampoco se puede llegar hasta el fin en el conocimiento de toda la naturaleza.

El conocimiento no es sólo infinito porque es infinitamente variado el objeto sobre el cual recae -la naturaleza y la sociedad-; lo es también porque él mismo no tiene límites. Los avances de la producción y de las relaciones sociales plantean sin cesar a la ciencia nuevos problemas técnicos y teóricos y crean nuevas necesidades. La aspiración que la humanidad tiene de saber carece de fronteras. Cada verdad descubierta abre ante los hombres nuevos horizontes, da origen a nuevos problemas e impulsa a profundizar aún más en el objeto del conocimiento y a perfeccionar lo que ya se sabe.

La doctrina del materialismo dialéctico acerca de la infinitud del mundo y del conocimiento se opone a todo agnosticismo. El materialismo dialéctico admite la limitación histórica del conocimiento en cada época, pero rechaza de plano la falsa idea de que pueda existir una frontera absoluta más allá de la cual no pueda ir la ciencia.

El conocimiento humano es todopoderoso y ante él no hay límites ni barreras. Pero ese conocimiento es ejercido por individuos cuyas posibilidades se ven limitadas por su capacidad, por el nivel alcanzado por la ciencia, por los elementos técnicos de que se dispone, etc.

Esta contradicción entre las limitadas posibilidades cognoscitivas del individuo y el carácter sustancialmente ilimitado del pensamiento se ve superada mediante la sucesión de las generaciones y el trabajo colectivo de la humanidad entera en cada uno de los momentos de su existencia. El pensamiento humano "existe sólo como pensamiento individual de muchos miles de millones de personas en el pasado, el presente y el futuro",[55]

[54] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 161.

[55] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., pág. 81.

dice Engels.

Las verdades de la ciencia se van formando gradualmente, como resultado de un prolongado proceso de desarrollo de la propia ciencia y la acumulación de conocimientos por muchas generaciones de hombres, pero no se presentan perfiladas de buenas a primeras. "El conocimiento es una eterna e infinita aproximación del pensamiento al objeto. El *reflejo* de la naturaleza en el pensamiento del hombre no hay que comprenderlo como algo «muerto», «abstracto» y *sin movimiento,* SIN CONTRADICCIONES, sino como un PROCESO eterno de movimiento, de aparición y resolución de contradicciones."[56]

Verdad absoluta y verdad relativa.

Los conocimientos que en cada momento histórico dado obtiene la ciencia se distinguen por cierta falta de plenitud y perfección. El progreso en el conocimiento de la verdad consiste en que esa falta de plenitud y perfección desaparece y disminuye constantemente, a la vez que aumenta la precisión y plenitud con que son reflejados los fenómenos y leyes de la naturaleza.

Hay que hacer distinción entre la mentira consciente, a la que muy a menudo recurren los enemigos del progreso científico, de los errores y equivocaciones que se producen en el proceso del conocimiento en virtud de condiciones objetivas: insuficiencias del nivel general de la ciencia en la esfera dada, imperfección de los medios técnicos empleados en la investigación, etc. La contradicción dialéctica del conocimiento queda también recogida en la circunstancia de que a menudo la verdad se desarrolla junto a la equivocación, ocurriendo a veces que la verdad se abre paso a través de teorías unilaterales y hasta erróneas.

Durante todo el siglo XIX la física tuvo como buena la teoría ondulatoria de la luz. A principios de nuestro siglo se advirtió que esta teoría era unilateral e insuficiente, puesto que la luz es simultáneamente de naturaleza ondulatoria y corpuscular. Ahora bien, la teoría ondulatoria, aun siendo unilateral, permitió hacer un gran número de descubrimientos y explicar muchos fenómenos ópticos.

Como ejemplo de desarrollo de la verdad en forma de teoría errónea puede servirnos el método dialéctico tal como Hegel lo expone, apoyándose en una falsa base idealista.

La falta de plenitud y perfección del conocimiento humano y de las verdades obtenidas por el hombre es lo que de ordinario se denomina *relatividad* del conocimiento. *Verdad relativa* es la verdad incompleta, no acabada ni definitiva.

Si nos detuviésemos en la relatividad del conocimiento humano y no siguiésemos adelante, hasta la verdad absoluta, incurriríamos en el mismo error hacia el que a menudo se deslizan muchos físicos modernos y que es hábilmente aprovechado por los filósofos idealistas. En el conocimiento humano ven sólo lo relativo, lo débil e imperfecto, y por eso acaban por negar la verdad objetiva y caen en el relativismo y el agnosticismo. Este relativismo unilateral puede justificar cualquier sofisma e invención, ya que todo es relativo y no hay nada absoluto.

V. I. Lenin decía que la dialéctica materialista admite la relatividad de todos nuestros conocimientos, pero "no en el sentido de negar la verdad objetiva, sino de la convencionalidad histórica de los límites de aproximación de nuestros conocimientos a esa verdad".[57]

En nuestros conocimientos, siempre relativos, hay un contenido objetivamente verdadero que se conserva en el proceso de conocimiento y que sirve de base para los nuevos avances del saber. Este contenido permanente dentro de las verdades relativas del conocimiento humano se denomina contenido verdadero absoluto o, simplificando, *verdad absoluta.*

La verdad absoluta ha de ser admitida una vez que se reconoce la verdad objetiva. En efecto, si nuestro conocimiento refleja la realidad objetiva, a pesar de las inexactitudes y fallos, algo ha de haber en él que posea un valor incondicional y absoluto. Lenin indicaba que "admitir la verdad objetiva, es decir, independiente del hombre y de la humanidad, significa, de una manera o de otra, la admisión de la verdad absoluta".[58]

Los filósofos materialistas de la antigua Grecia enseñaban ya que la vida surgió de la materia inerte y que el hombre procedía de los animales. Así, según Anaximandro (siglo VI a.n.e.), los primeros seres vivos se formaron del lodo del mar y el hombre deriva de los peces. Los progresos de la ciencia han venido a demostrar que las nociones de los filósofos griegos acerca de la aparición de la vida y del hombre son muy rudimentarias y falsas. Mas, con todo y con eso, en su doctrina había algo absolutamente verdadero: la idea del origen natural de la vida y del hombre, que la ciencia confirma y hace suya.

La admisión de la verdad absoluta traza ya una línea entre el materialismo dialéctico y las concepciones de los agnósticos y relativistas, los cuales no desean ver la capacidad del conocimiento humano, su fuerza que todo lo vence, ante la que no pueden resistir los secretos de la naturaleza.

Se dice a menudo que las verdades absolutas son bastante escasas en el conocimiento humano y que se reducen a proposiciones archiconocidas y de poco valor. Por ejemplo, afirmaciones como "dos por dos son cuatro" o "el Volga desemboca en el Caspio" son

[56] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 186.

[57] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 124.

[58] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 120.

verdades absolutas, pero, se sostiene, su valor es bien escaso.

A ello se puede replicar que, en realidad, el conocimiento humano dispone de numerosas proposiciones absolutamente verdaderas de singular importancia que el progreso de la ciencia no hará vacilar. Así es, por ejemplo, la afirmación del materialismo filosófico acerca de que la materia es lo primero y que la conciencia es secundaria. Otra verdad absoluta es que la sociedad no puede existir ni desarrollarse si no produce bienes materiales. También lo es la idea de la evolución de las especies orgánicas y de que el hombre procede de animales, según la encontramos en la teoría de Darwin.

Tales verdades absolutas se encuentran en las teorías y leyes científicas, y por ellas se guían los hombres en su actividad práctica y teórica.

Pero el materialismo dialéctico examina la verdad absoluta como proceso, al igual que lo hace con el conocimiento. Refiriéndose a ella, la filosofía marxista no se detiene sólo en verdades definitivas del tipo "Napoleón murió el 5 de mayo de 1821", sino que otorga a este concepto un sentido más amplio. La verdad absoluta es un contenido absolutamente verdadero que se acumula sin cesar en el conocimiento relativamente verdadero, es un proceso por el que el mundo objetivo se refleja de manera cada vez más completa, profunda y exacta.

Unidad dialéctica de la verdad absoluta y relativa.

Cualquiera que sea el tema que tomemos en la historia de la ciencia, veremos que en las verdades relativas anteriormente formuladas hay un contenido absoluto mezclado con elementos que posteriormente son eliminados como erróneos que son. Vemos que en el desarrollo de la verdad se amplía y crece el contenido absolutamente verdadero, a la vez que el volumen de los errores se reduce; la verdad relativa se va acercando así a la verdad absoluta y del conjunto de verdades relativas emerge el conocimiento humano absoluto.

"Así, pues -dice Lenin-, el pensamiento humano, por su propia naturaleza, es capaz de proporcionarnos, y nos proporciona, la verdad absoluta, la cual se va formando del conjunto de verdades relativas. Cada escalón en el desarrollo de la ciencia agrega nuevos granos de arena a este conjunto de la verdad absoluta, pero los límites de la verdad de cada proposición científica son relativos, pudiendo verse ampliados o reducidos por los progresos del saber."[59]

Tal concepción dialéctica de la verdad absoluta es de singular importancia para la lucha contra la metafísica y el dogmatismo en la ciencia. Un gran número de filósofos y hombres de ciencia han declarado que lo conseguido por ellos era una verdad eterna, perfecta y absoluta, que no necesitaba ya de nuevos estudios ni correcciones. Hegel, por ejemplo, en contradicción con su propio método dialéctico, afirmaba que su sistema filosófico idealista era una verdad absoluta y eterna. La metafísica, cuando se trata del conocimiento, consiste en no comprender que la verdad absoluta es un proceso en desarrollo.

Marx y Engels crearon una nueva forma de materialismo, el materialismo dialéctico, que no adolece de los defectos del anterior materialismo metafísico. Eso no significa, empero, que con ellos acabase el desarrollo de la filosofía y hubiesen quedado agotadas todas las verdades filosóficas. V. I. Lenin dice: "Nosotros no miramos la teoría de Marx como algo acabado e intangible; estamos convencidos, al contrario, de que no ha hecho sino colocar las piedras angulares de la ciencia que los socialistas *están obligados* a impulsar en todas direcciones si no quieren ir a la zaga de la vida."[60]

¿Se refiere esto a las leyes y principios de la dialéctica marxista? Sin duda alguna. La dialéctica es una ciencia y no puede por menos de desarrollarse. La comprensión de las leyes generales de la dialéctica, como de cualquier otra ciencia, ha de hacerse forzosamente más profunda en consonancia con los cambios de la práctica y de los avances científicos, no puede por menos de enriquecerse con una nueva experiencia y con nuevos elementos. Dichas leyes se manifiestan de manera diversa en las distintas condiciones históricas y por eso se ven enriquecidas como consecuencia de las investigaciones emprendidas en esas condiciones nuevas.

Ahora bien, el desarrollo de la dialéctica no puede llevar a la negación de las tesis básicas elaboradas a lo largo de una prolongada y difícil historia del pensamiento humano; no significa otra cosa que una comprensión más profunda y completa de esas tesis.

La verdad es concreta.

Las verdades obtenidas por el conocimiento humano no han de ser examinadas de un modo abstracto, al margen de la vida, sino relacionándolas con las condiciones concretas. Tal es el sentido de una proposición fundamental de la dialéctica materialista: la verdad abstracta no existe, *la verdad es concreta.*

¿Es verdadera la geometría de Euclides que estudiamos en la escuela? Lo es indudablemente, pero sólo si la aplicamos a las escalas en que nos movemos de ordinario. En cuanto nos referimos al micromundo o a los espacios intergalácticos, resulta insuficiente; hemos de recurrir a geometrías no euclidianas, como es, por ejemplo la de Lobachevski.

Refiriéndose a la democracia burguesa, Lenin señalaba el gran progreso que significó frente al régimen de servidumbre. La república democrática y

[59] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIV, pág. 122.

[60] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 191.

el sufragio universal han permitido al proletariado, dentro de la sociedad capitalista, crear sus organizaciones económicas y políticas, que le sirven en la sistemática lucha que mantiene contra el capital. "Nada semejante, ni siquiera que se le aproximase, tenía el campesino siervo, sin hablar ya de los esclavos."[61]

Eso no quita para que Lenin denunciase con toda energía la estrechez y limitación de la democracia burguesa cuando se la compara con la democracia soviética, que significa la democracia para la inmensa mayoría del pueblo y es producto de la creación revolucionaria de las más grandes masas populares.

La proposición de la dialéctica materialista de que la verdad es concreta enseña a no acercarse a los hechos con un bagaje de fórmulas generales y de esquemas aprendidos de memoria. La dialéctica enseña a tomar en consideración los hechos, a tener en cuenta la relación recíproca concreta de los fenómenos, a analizar las condiciones y a obrar de conformidad con estas condiciones nuevas. La dialéctica exige que los principios y leyes generales sean aplicados ajustándose a la situación concreta. Tal visión es la que responde a las necesidades de la práctica.

Significado de la doctrina marxista de la verdad para la ciencia y la práctica.

La doctrina de la dialéctica materialista acerca de la verdad absoluta y relativa y del carácter concreto de la verdad tiene un valor formidable para la ciencia y la práctica.

Analizando los progresos de la física a fines del siglo XIX y comienzos del XX, Lenin indica que los errores idealistas de muchos investigadores de ese período eran debidos a la incomprensión de la dialéctica del proceso cognoscitivo. El hombre que piensa como metafísico supone o que la verdad es absoluta o que no existe. Durante largo tiempo se consideró que las teorías de la física clásica eran verdades absolutas. Cuando nuevos descubrimientos echaron por tierra los viejos conceptos científicos y demostraron la insuficiencia de las teorías anteriores, ciertos investigadores se desorientaron. Creyeron que no existía ni verdad absoluta ni relativa, que todos nuestros conocimientos eran sólo algo relativo, convencional y subjetivo. Esta posición relativista les condujo a caer en las redes de la filosofía idealista.

El conocimiento de la dialéctica aparta a los hombres de ciencia de los errores idealistas y les ayuda a vencer las dificultades que en su labor se les presentan.

La comprensión dialéctica de la verdad absoluta y relativa permite adoptar una actitud correcta hacia los errores en el proceso del conocimiento científico. La verdad no nace de la noche a la mañana como algo definitivo. El conocimiento es un proceso difícil y complejo en el que son posibles los errores, las equivocaciones y las concepciones y teorías unilaterales. Pero las ideas que la ciencia enuncia van pasando por el tamiz de la crítica, se templan en el crisol de la práctica y todo lo falso y erróneo desaparece, mientras que lo objetivamente verdadero y absoluto queda como algo que posee un valor permanente.

Nadie puede aspirar a una infalibilidad absoluta. Pero aunque los errores son inevitables en la actividad cognoscitiva del hombre, esto no significa en modo alguno que cada acto concreto de cada investigador haya de contenerlos forzosamente. El hombre de ciencia puede y debe tomar sus medidas para evitar el error en sus trabajos. A ello contribuirá el conocimiento del método dialéctico de investigación científica, la estrecha vinculación con la práctica, el estudio del problema en todos sus aspectos, la labor de equipo en el examen de las cuestiones y de las soluciones que puedan sugerirse, etc.

Nadie está garantizado contra los errores. De lo que se trata, sin embargo, es de no incurrir en errores graves y de no aferrarse a ellos cuando han sido descubiertos.

La crítica y la autocrítica es la fuerza que reduce la posibilidad del error, tanto en el conocimiento como en la labor práctica, y lo pone de relieve cuando ha sido cometido. El enfrentamiento de criterios distintos, la visión crítica del propio trabajo y la sensibilidad hacia las observaciones que otros pueden hacerle son condiciones necesarias para el trabajo normal de todo hombre de ciencia. Todo cuanto se oponga a la crítica causa daños sin cuento al investigador y a la materia objeto de su estudio.

La comprensión dialéctica de la verdad ayuda también en la lucha contra el dogmatismo y el revisionismo, tendencias contrarias al marxismo, que no aceptan el carácter relativo y concreto de la verdad, como lo proclama el materialismo dialéctico, aunque de palabra le muestren acatamiento. El dogmatismo toma las proposiciones teóricas como una verdad absoluta y universal que puede ser aplicada por igual a todos los casos. sin tener en consideración la situación concreta y prescindiendo de la aparición de nuevos fenómenos. Y al contrario, el revisionismo -cuando se trata de su método- cae en un relativismo extremo, a cualquier verdad le atribuye un carácter meramente relativo y rechaza los principios básicos del marxismo, que constituyen su esencia revolucionaria.

La dialéctica marxista revela los vicios metafísicos del dogmatismo y del revisionismo. Acepta el carácter relativo de nuestros conocimientos y no deja que ninguna fórmula teórica se osifique y convierta en dogma; pide la aplicación concreta de cualquier verdad general. Al propio tiempo, la

[61] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIX, pág. 449.

dialéctica afirma que en el proceso del conocimiento se reúnen y acumulan elementos de la verdad absoluta, entre los que se encuentran los principios básicos de la doctrina marxista-leninista. Estos pueden y deben ser ampliados, enriquecidos y concretados en concordancia con los datos de la práctica social y de la ciencia, pero no es posible prescindir de ellos, porque eso equivaldría a traicionar la verdad.

4. La práctica como criterio de la verdad

Para que una idea o teoría científica pueda prestar servicios a la sociedad ha de ser verdadera. Y para comprobar si una teoría es verdadera o falsa es preciso confrontarla con la realidad y ver si corresponde o no a ella.

¿Cómo hacerlo? Este problema ha sido considerado, y con razón, como uno de los más difíciles y, durante largo tiempo, los filósofos no pudieron encontrar el modo de resolverlo. Únicamente Marx lo hizo. Comprendió la inconsistencia de los intentos de encontrar la norma valorativa o criterio de la verdad en la sola conciencia del hombre y estableció que el hombre puede demostrar la veracidad y potencia de su pensamiento en el proceso de la actividad práctica y nada más que en él.

En efecto, el hombre no tiene otro modo de comprobar la veracidad de sus conocimientos que no sea el de dirigirse a la práctica. Esta, que es la base y el objeto final del conocimiento, es también la norma suprema que nos permite determinar lo que es verdadero y lo que es falso. *La práctica es el criterio valorativo de la verdad.*

El materialismo dialéctico comprende la práctica como un proceso en el que el hombre, como ser material que es, actúa sobre la realidad material que le rodea. La práctica es toda la actividad material de los hombres que modifica el mundo, y lo primero de todo su actividad de producción y revolucionaria de la sociedad.

En la producción fabril es donde más extendida está la forma de comprobación práctica de las ideas científicas y técnicas: se trata de las pruebas y del empleo en gran escala de máquinas, aparatos y procesos tecnológicos.

En el trabajo de investigación científica la práctica adopta a menudo el carácter de *experimento,* es decir, de irrupción activa del hombre en los fenómenos naturales; apoyándose en hipótesis teóricas conocidas, se crean artificialmente las condiciones para la producción -o al contrario, para el cese- del fenómeno que se estudia.

En los casos en que la acción directa sobre el objeto que se estudia es imposible -por ejemplo, cuando se trata de una estrella-, la comprobación de nuestras representaciones acerca de él se logra comparándolas con todo el conjunto de los conocimientos que las observaciones astronómicas nos proporcionan y con los datos de las ciencias afines (en este caso, de la física).

En ocasiones, las ideas nuevas pueden ser sometidas a comprobación por vía indirecta, es decir, comparándolas con las teorías y leyes científicas que ya poseen el carácter de leyes objetivas. El sistema de conocimientos de que la humanidad dispone permite en bastantes casos juzgar acerca de ciertas ideas sin tener que recurrir al experimento. Así, si algún inventor propone un nuevo proyecto de "perpetuum mobile", ningún establecimiento científico del mundo construirá un modelo del mismo para su comprobación práctica, ni examinará siquiera tal proyecto. La idea del "perpetuum mobile" se opone a las leyes fundamentales de la naturaleza y su falsedad es evidente sin llegar a comprobación alguna. Ello no significa que en este caso no exista el criterio valorativo de la práctica. No, obra también, pero lo hace indirectamente, a través de verdades ya comprobadas y confirmadas por la experiencia de generaciones anteriores.

La práctica es también el criterio valorativo de la verdad en la ciencia de la sociedad. En este caso entendemos por práctica no las acciones de determinados individuos, sino la actividad de grandes grupos sociales, de las clases y de los partidos. El criterio valorativo de la verdad de las teorías sociales no puede ser otro que la labor de producción y revolucionaria de las masas.

La Gran Revolución Socialista de Octubre fue una brillante comprobación del análisis que Marx hizo del modo capitalista de producción y de su conclusión de que el capitalismo había de desaparecer forzosamente para ser sustituido por el sistema socialista.

El materialismo dialéctico, que presenta la acción práctica como criterio valorativo de la verdad, no olvida, ni mucho menos, la importancia del pensamiento. Según escribe Marx, todos los secretos de la teoría "encuentran su solución racional en la práctica humana y en la comprensión de esta práctica".[62] Al determinar la veracidad de las ideas y teorías, el pensamiento cumple un papel de primer orden. La práctica, como criterio valorativo de la verdad, no es un aparato cuya aguja indique automáticamente lo "verdadero" y lo "falso". En su labor práctica los hombres alcanzan determinados resultados cuyo valor es preciso comprender y descifrar.

No siempre, por ejemplo, cuando la primera prueba de un nuevo modelo o invento resultó fallida, se puede afirmar, sin más, que el proyecto mismo es inservible. Sólo un análisis atento de las ideas en que descansa y de las condiciones en que el proyecto fue realizado nos permitirá adquirir una noción correcta del resultado obtenido.

[62] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. III, pág. 3.

La práctica no permanece quieta, siempre cambia, se desarrolla y avanza. Amplíanse sin cesar la esfera de acción del hombre y las posibilidades de su penetración en el mundo que le rodea. A veces transcurre bastante tiempo antes de que la práctica se encuentre en condiciones de confirmar una u otra idea. Tarde o temprano, empero, la idea verdadera encuentra confirmación. Así, por ejemplo, la esfericidad de la Tierra se tuvo durante largo tiempo en tela de juicio y era rechazada como herética, hasta que la primera vuelta al mundo, emprendida bajo la dirección de Magallanes en 1519-1522, vino a poner fin para siempre a todas las dudas.

Si la práctica crece y se desarrolla, forzosamente ha de haber en ella elementos viejos y nuevos. De ahí que no toda práctica sea un criterio seguro de la verdad. Los conservadores, que luchan contra las ideas nuevas, también se escudan a menudo en la práctica, pero es una práctica del día de ayer. La teoría avanzada se apoya siempre en la práctica avanzada. Esta es la que proporciona datos para valorar la veracidad de una teoría, la que brinda nuevo material a la ciencia, despierta el pensamiento y lo hace avanzar.

De la misma manera que la verdad relativa contiene cierta parte de verdad absoluta, la práctica, históricamente limitada en cada momento concreto, posee también un valor permanente, al ser la forma constante y obligatoria como el hombre se relaciona con el mundo objetivo.

El pragmatismo como filosofía del gran negocio,

En los países capitalistas, y especialmente en los Estados Unidos, goza de predicamento una corriente filosófica conocida con el nombre de "pragmatismo" (del griego "pragma", obra o acción). Ciertos filósofos burgueses tratan de buscar afinidades entre él y el marxismo, apoyándose en que el pragmatismo habla siempre de la acción y se remite a la comprobación práctica de las ideas y teorías. Haciéndose eco de la propaganda burguesa, también los revisionistas han empezado a difamar a los marxistas, a quienes tachan de pragmáticos.

En realidad, el marxismo no tiene nada que ver con el pragmatismo, que es una doctrina falsa e idealista en la que toma cuerpo la ideología de la burguesía imperialista. El pragmatismo habla de la práctica y se hace pasar como una "filosofía de la acción", aunque su comprensión de la práctica es subjetiva y propia del individualismo burgués y descansa en las concepciones anticientíficas del irracionalismo del mundo, que no es dado conocer a los hombres.

El *leitmotiv* del pragmatismo es la idea de que el hombre ha de obrar en un mundo del que nada fidedigno puede saber. Según el pragmatismo, el mundo que tenemos ante nosotros es un caos de sensaciones y vivencias privado de unidad interior y que no se presta a la comprensión racional. "Acaso nos encontremos en el mundo -dice James, uno de los fundadores del pragmatismo- como los perros y los gatos en nuestras bibliotecas; ven los libros y escuchan las conversaciones, pero no sacan de nada de esto el menor sentido."[63]

¿Qué es lo que puede guiar al hombre si se le quitan los conocimientos? James propone, en vez de los conocimientos, la fe inconsciente e irracional, y ante todo la fe religiosa, que excluye todo pensamiento lógico.

Otros pragmáticos, a la cabeza de los cuales figura Dewey, preconizan la "lógica instrumental" o "experimental", que en el fondo se reduce a buscar, según el método de pruebas y errores, los tipos de conducta que más convienen a una situación dada. Según los pragmáticos, el pensamiento no proporciona conocimientos, sino únicamente la capacidad para salir de una situación dificultosa y alcanzar el éxito.

En consonancia con esto, afirman que los conceptos, leyes y teorías de la ciencia no son un reflejo o copia de la realidad objetiva, sino "planes de acción", "herramientas" o "instrumentos" que ayudan a alcanzar determinados fines. Si la idea o la teoría "funciona" y conduce al éxito, es buena, o sea es verdadera; en caso contrario es mala, o sea es falsa. El pragmatismo no admite ningún otro significado de los conceptos de verdadero y de falso.

Las proposiciones de la religión las considera muy útiles; quiere decirse que las toma como verdaderas. Este principio de utilidad no lo restringen los pragmáticos a la esfera del conocimiento; lo consideran valedero para todas las formas de la actividad espiritual y práctica, por lo que, de hecho, el viejo lema de los jesuitas -"el fin justifica los medios"- es lo que mejor expresa la visión que ellos tienen de la vida.

Los pragmáticos niegan la realidad objetiva del mundo que nos rodea; considéranlo como una masa imprecisa e indefinida, como un material de "experiencia" que es capaz de adoptar cualquier forma en consonancia con los fines que los hombres se proponen. El mundo, dicen, es "plástico", siempre es tal como lo hemos hecho y "acepta voluntariamente la violencia del hombre". No hay hechos objetivos, "tozudos"; hay sólo las interpretaciones que nosotros les damos. Toda la realidad es puesta así bajo la dependencia completa del sujeto y de su voluntad.

Por lo tanto, el pragmatismo parte de una comprensión deformada de la práctica, desorbita el carácter activo y volitivo de la acción humana y lo convierte en la base de la realidad. Mas, contrariamente a las afirmaciones de los pragmáticos, la actividad del hombre no crea el mundo

---

[63] W. James, *El universo desde el punto de vista pluralista,* Moscú, 1911, página 170.

circundante; no hace más que cambiar y transformar una realidad que existe con independencia de nosotros. Para alcanzar éxito, la actividad consciente del hombre ha de apoyarse en el conocimiento de las propiedades objetivas de las cosas y de las leyes que las rigen. La acción no excluye el conocimiento, como afirman los pragmáticos, sino que lo presupone. Pueden darse algunos casos, es cierto, en que una idea falsa puede conducir, de momento, a un éxito parcial. Pero tal éxito suele ser muy pasajero, como lo fue el "éxito" del hitlerismo, que se apoyaba en las aberraciones fascistas.

La filosofía del pragmatismo, que presenta el mundo entero como una realidad "plástica", absolutamente maleable, infunde la falsa idea de que la voluntad, la energía y la decisión de obrar pueden asegurar el logro de cualquier fin al margen por completo de las condiciones y leyes objetivas.

El pragmatismo es, ante todo, la concepción de los "hombres enérgicos de negocios", de los magnates del capital y los monopolistas, que se creen los dueños absolutos del mundo capitalista. Con su desprecio de los hechos objetivos, la filosofía idealista del pragmatismo da pábulo a las tendencias aventureras y agresivas en el campo de la política y proporciona una base teórica a la política "desde las posiciones de fuerza". Al no admitir la diferencia objetiva entre lo verdadero y lo falso, y al identificar la verdad con la utilidad, el pragmatismo estimula la falta de principios y da armas para que la clase dominante justifique cualquier mentira y cualquier acto criminal que ella considere útil. Esa justificación del espíritu agresivo, de la violencia y del engaño -que es lo que se desprende de la esencia misma del pragmatismo- responde a los intereses de los círculos más reaccionarios del imperialismo. No en vano Mussolini confesaba que había aprendido mucho en James y veía en el pragmatismo la "piedra angular del fascismo".

Paralelamente, la subordinación a la utilidad inmediata en que el pragmatismo coloca toda la labor práctica y teórica contribuye a desarrollar una visión subjetivista, estrechamente practicista y oportunista de la vida. Aplicado al movimiento obrero, el pragmatismo significa la invitación a concretarse a los asuntos de menor cuantía, a la "lucha por el centavo"; significa la pérdida de las perspectivas y la traición a los intereses de clase del proletariado.

La filosofía del pragmatismo es absolutamente hostil a la concepción científica progresiva del mundo.

5. Necesidad y libertad

El gran valor que la filosofía marxista encierra está en que proporciona a los trabajadores el conocimiento de las leyes de desarrollo del mundo objetivo y de la transformación del mismo. Es un instrumento poderoso en la lucha por la emancipación de los trabajadores de toda forma de opresión, por la creación de una vida nueva y libre.

Ahora bien, ¿es posible la libertad del hombre? ¿Es éste capaz de convertirse en el dueño de su propio destino? Hace mucho que las gentes se hicieron estas preguntas, aunque nadie pudo dar una respuesta que les convenciese.

Al examinar el problema de la libertad, los filósofos llegaban a conclusiones diversas, pero igualmente erróneas.

Unos caían en el fatalismo y negaban la libertad, al admitir que todas las acciones del hombre vienen predeterminadas desde un principio. El fatalismo religioso (musulmanes, calvinistas) afirma que la voluntad del hombre ha sido predeterminada por Dios. Los materialistas metafísicos (Holbach, por ejemplo) hablaban de la necesidad natural de la naturaleza, que ata por completo al hombre y no deja lugar para la libertad de sus acciones.

Muchas tendencias idealistas, al contrario, niegan la necesidad natural, por cuanto deducen el mundo entero de la conciencia o de la voluntad del hombre. Admiten la libertad completa y llegan a afirmar la arbitrariedad absoluta. Tales teorías filosóficas se hallan presididas por el indeterminismo; un ejemplo de ellas puede ser la "filosofía de la existencia", que anteriormente hemos examinado.

Entre los filósofos anteriores a Marx, el que dio una solución más profunda al problema de la libertad y la necesidad fue Hegel, aunque lo desarrolló, como toda su doctrina, sobre una base idealista. Hegel trataba de relacionar la libertad y la necesidad, definiendo la primera como necesidad comprendida. Pero por necesidad entendía el desarrollo necesario de la idea absoluta, y la libertad, según su doctrina, se ejercía exclusivamente en la esfera del espíritu.

El vicio radical de las doctrinas de Hegel y de todos los idealistas reside en que la libertad la entienden como algo que incumbe únicamente al espíritu, a la conciencia, sin preocuparse lo más mínimo de las condiciones reales en que el hombre vive. Además, se refieren siempre a la libertad del individuo, pasando por alto el problema de la liberación de las masas.

El materialismo dialéctico proporciona una solución científica del problema de las relaciones entre libertad y necesidad. La dialéctica marxista toma la necesidad como base y, al mismo tiempo, admite la posibilidad de que el hombre sea libre. La libertad real no hay que buscarla en la imaginaria independencia del hombre respecto de las leyes naturales y sociales (independencia que no puede darse), sino en el conocimiento de esas leyes y en las acciones a que tal conocimiento nos mueve.

Los hombres no son seres sobrenaturales; no pueden rebasar los límites de las leyes de la naturaleza, de la misma manera que no pueden por menos de respirar. Además, viven en sociedad y no

pueden rehuir la acción de las leyes de la vida social. Dentro de su arbitrio no les es dado ni suprimir las leyes existentes del desarrollo social ni implantar otras nuevas.

Pero los hombres pueden conocer las leyes de la naturaleza y de la sociedad y, sabiendo el carácter y la orientación de sus acciones, valerse de ellas en interés propio, es decir, colocarlas a su servicio.

Prueba de que es posible utilizar las leyes de la naturaleza y ponerlas al servicio del hombre es toda la técnica de nuestros días, que se basa en el aprovechamiento dirigido de esas leyes, y no en la ignorancia de las mismas.

El problema es infinitamente más difícil cuando se trata de las leyes de la vida social, que durante miles de años imperaron sobre el hombre como una fuerza extraña y enemiga. El trabajador se veía esclavizado por las leyes elementales de la vida económica y por el poder de las clases explotadoras.

La emancipación del hombre de la esclavitud social y de clase, la conquista de la libertad representa un largo y penoso proceso histórico. Sólo en nuestra época se ha acelerado ese proceso, abarcando a masas de millones y millones de hombres a quienes la doctrina del marxismo-leninismo inspira y alienta a la lucha por el comunismo. La creación de la sociedad comunista significará un salto del reino de la necesidad al reino de la libertad.

En el curso del milenario desarrollo de la sociedad, subordinados como se encuentran a la necesidad objetiva, que no depende de sus propias voluntades, los hombres avanzan en su empresa de reducir las fuerzas elementales de la naturaleza y de crear las premisas para su emancipación social. Este proceso histórico obedece a leyes sociales específicas, que no tienen nada que ver con las leyes de la naturaleza. Del estudio de esas leyes que dirigen el desarrollo de la sociedad humana se ocupa otra parte de la filosofía marxista-leninista, el *materialismo histórico,* a la exposición del cual pasamos.

SECCIÓN SEGUNDA.
LA CONCEPCIÓN MATERIALISTA DE LA HISTORIA

Capitulo IV. Esencia del materialismo histórico

1. Transformación revolucionaria en las concepciones sobre la sociedad

Desde tiempos muy antiguos los hombres trataron de dilucidar qué es lo que determina el régimen social y cómo se desarrolla la sociedad humana. Y esto no sólo por el simple deseo de comprender la sociedad en que viven, sino también porque ello se relaciona de manera muy estrecha con los problemas más candentes de su vida y afecta en muchos sentidos a intereses que les tocan muy de cerca.

¿Son accidentales los regímenes existentes en la sociedad o vienen condicionados por causas que no podemos ver, pero que se imponen al individuo? ¿Es posible cambiar esos regímenes o están los hombres condenados a subordinarse eternamente a ellos? ¿Qué fuerzas pueden mejorar la suerte de millones de gentes a quienes en el transcurso de miles de años oprimió, esclavizó y humilló un puñado de privilegiados? ¿Se puede alcanzar el bienestar y la libertad para todos, y no sólo para la minoría? Y en caso afirmativo, ¿cómo conseguirlo? ¿Quién conducirá la humanidad a la deseada meta? Y por último, ¿hacia dónde se dirige la humanidad, hacia la prosperidad y el progreso o hacia el estancamiento y la decadencia?

Pensadores de todos los tiempos y pueblos trataron de responder a estas preguntas. Pero durante muchos siglos sus teorías y concepciones se veían invariablemente refutadas por la crítica de otros pensadores y por la crítica del tiempo, por toda la marcha que la historia seguía en su ulterior desenvolvimiento. El camino seguido en el estudio de la sociedad resultó ser extraordinariamente difícil y largo.

Esto se debe a que la vida social es mucho más compleja que el desarrollo de la naturaleza. Dentro de lo que nosotros podemos observar, los fenómenos naturales se repiten con relativa regularidad y esto nos ayuda a comprender su esencia. Captar esa regularidad, esa repetición en la vida social es una empresa mucho más trabajosa. Lógicamente, esto dificulta su conocimiento y hace que no podamos advertir en ella una determinada ley.

Hay otra diferencia no menos importante. En la naturaleza tratamos con la acción de fuerzas impersonales y elementales. En la historia, el sujeto son los hombres, provistos de conciencia y voluntad y que siempre persiguen unos u otros fines. Al asomarnos a los fenómenos sociales parece que lo principal es dilucidar los motivos que impulsan a los hombres a la acción: saber qué propósitos se marcaba determinada personalidad para comprender claramente por qué obró así y no de otro modo. Pero tal explicación psicológica de la vida social, predominante en la sociología anterior a Marx y que hasta hoy día impera en las teorías burguesas, es superficial e insuficiente.

Cierto que cada persona obra guiándose por determinados motivos y busca determinados fines. Mas, en primer lugar, ¿por qué el individuo se inclina por estos motivos y fines, y no por otros? Y en segundo, un estudio superficial de la historia es bastante para señalarnos que los fines e intereses de los hombres, y por consiguiente sus acciones, siempre entraron en conflicto y que el resultado final de ese conflicto o choque -el acontecimiento histórico- difería sensiblemente de lo que cada uno de sus participantes aspiraba.

Así, muchos hombres de la revolución francesa de 1789-1794 estaban persuadidos de que establecían el reino de la razón y de la justicia eterna, de que creaban una sociedad basada en la igualdad natural y en los derechos inalienables del hombre. Muy pronto, sin embargo, pudo verse que lo único que habían hecho era allanar el camino para la dominación de clase de la burguesía. En vez de la desigualdad de antes -entre los señores y los siervos- dieron paso a la desigualdad entre la burguesía y los obreros.

En su deseo de hallar satisfacción a sus intereses inmediatos, los hombres no podían prever de ordinario los resultados sociales de sus propios actos, y esto convierte la historia de la sociedad en un proceso tan espontáneo como lo es la historia de la naturaleza. Mucho antes de Marx advirtióse ya esta contradicción entre la actividad consciente del individuo y el carácter elemental del desarrollo de la sociedad en su conjunto, aunque nadie acertó a dar una explicación correcta de ello. En su estudio de la marcha concreta de la historia nadie iba más allá de

las conjeturas acerca de los fines y motivos que impulsaron a cada personaje, con lo que el proceso histórico se convertía en un cúmulo de fortuitas contingencias. Quienes trataban de enfocar la historia como un proceso sometido a la necesidad no tardaban en deslizarse hasta el fatalismo, al considerarla como efecto de la acción de una fuerza exterior (Dios, la "idea absoluta", la "razón mundial", etc.) determinante de los actos de los hombres.

La concepción idealista de la historia, alimentada por la propia complejidad del desarrollo social, contaba con el decidido apoyo de las clases explotadoras, interesadas como estaban en ocultar las causas verdaderas de la desigualdad social y económica, de la riqueza y el poder de unos y de la miseria y la falta de derechos de los otros. Gracias a los esfuerzos de esas clases, las concepciones idealistas acerca de la sociedad siguen hoy día ejerciendo influencia sobre los hombres y gozan de gran predicamento en los países capitalistas.

Para explicar las causas que dan origen a las ideas, opiniones y actos conscientes de los hombres se requería un brusco viraje revolucionario en la manera misma de enfocar los fenómenos sociales. Este viraje fue posible únicamente después de la consolidación del capitalismo, que puso al descubierto las raíces materiales -económicas- de la lucha de clases, y después de la aparición en la palestra histórica de la clase obrera, la primera clase que en la historia, como se demostrará más adelante, no teme una consciente explicación científica de la sociedad y, lo que es más, tiene un interés directo en alcanzar dicha explicación.

Sólo en estas condiciones fue posible la empresa científica de Marx y Engels, quienes aplicaron el materialismo dialéctico al estudio de la sociedad y de su historia y crearon la teoría científica de las leyes generales del desarrollo social. Esta teoría es el *materialismo histórico* o *concepción materialista de la historia.*

La revolución producida por Marx y Engels en la ciencia social se traduce, ante todo, en su demostración de que en la sociedad no obra ninguna fuerza misteriosa del más allá; los propios hombres son quienes crean su historia. Esto significaba un golpe de muerte para toda clase de concepciones místicas acerca de la sociedad y señalaba la vía para comprender la historia como un proceso natural que no necesita de ninguna intervención exterior.

Por otra parte, el marxismo determinó que los hombres crean su historia no según su arbitrio, sino de conformidad con las condiciones objetivas materiales que heredaron de generaciones pasadas. Esto significaba un golpe de muerte para el voluntarismo y el subjetivismo y señalaba la vía para comprender la historia como un proceso sujeto a leyes.

La tesis de la cual parte el materialismo histórico quedó formulada por Marx del siguiente modo: "No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino al contrario, su ser social determina su conciencia." Con otras palabras, en la sociedad, lo mismo que en la naturaleza, el ser o la vida material es lo primario, lo determinante con relación a la vida espiritual, a la conciencia.

Esto se refiere, está claro, no al ser y la conciencia de unas u otras personas, sino de grandes grupos, de clases y capas sociales, de toda la sociedad, en fin; es decir, no al ser y a la conciencia individual, sino social.

En la comprensión marxista de la conciencia social entra el conjunto de teorías políticas y jurídicas, de concepciones religiosas, filosóficas y morales de cada sociedad; entran también las ciencias sociales, el arte y la psicología social (sentimientos sociales, estado de los espíritus, costumbres, etc.). El ser social es la vida material de la sociedad con toda su complejidad y su carácter contradictorio.

¿Qué es lo que concretamente se entiende por vida material de la sociedad, que, según establece el materialismo histórico, determina toda la fisonomía del cuerpo social, de su régimen, sus concepciones y sus instituciones?

2. El modo de producción como base material de la vida de la sociedad

A la vida material de la sociedad se refiere, ante todo, el trabajo de los hombres, por el que éstos producen los objetos y bienes necesarios para su subsistencia: alimentos, vestidos, viviendas, etc. El trabajo es una necesidad natural eterna, condición indispensable para que la sociedad pueda existir. Como decía Engels, antes de dedicarse a la política, la ciencia, el arte o la religión, los hombres necesitan comer, beber, tener una vivienda y vestirse.[64]

Las premisas materiales naturales del proceso de producción son el medio geográfico y la población. Sin embargo, aunque estas condiciones ejercen sensible influencia sobre la marcha del desarrollo social, lo aceleran o frenan, no son lo que constituye la base del proceso histórico. En un mismo medio natural pueden existir regímenes sociales diferentes, y la densidad de población influye de manera diversa en distintas condiciones históricas. A diferencia de los animales, que se adaptan pasivamente al medio, el hombre obra sobre él activamente, obteniendo los bienes materiales necesarios para su existencia con ayuda del trabajo, el cual presupone el empleo y fabricación de instrumentos especiales.

La sociedad no puede elegir esos instrumentos a su arbitrio. Cada nueva generación, cuando llega a la vida, se encuentra con los instrumentos de producción que crearon generaciones anteriores, y de

[64] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. II. Moscú, 1955, pág. 157.

ellos se vale, perfeccionándolos y modificándolos gradualmente. La sociedad no puede renunciar a ellos y volver a instrumentos de épocas pasadas -del tractor al arado romano, de la industria maquinizada al rudimentario taller del artesano medieval-, pues esto significaría la muerte, si no de la sociedad entera, sí de la mayoría de sus miembros, al escasear los bienes materiales necesarios para la vida de una población muy acrecida.

Al mismo tiempo, el progreso de esos instrumentos se halla subordinado a un cierto orden de sucesión. La humanidad no pudo, por ejemplo, pasar directamente del hacha de piedra a la central electroatómica. Cada perfeccionamiento o invento tiene que ser consecuencia de los anteriores, ha de apoyarse en la gradual acumulación de experiencia productiva, de hábitos de trabajo y de conocimientos dentro del propio país o dentro de otro país más avanzado.

Pero los instrumentos de trabajo no funcionan por sí mismos. El papel central en el proceso de producción corresponde a los hombres, a los trabajadores que crean y ponen en acción esos instrumentos gracias a sus hábitos y a la experiencia que poseen.

Los instrumentos de producción, los medios de trabajo con ayuda de los cuales son creados los bienes materiales, y los hombres que llevan a cabo el proceso de producción apoyándose en la experiencia que a este respecto poseen, forman las *fuerzas productivas* de la sociedad.

La producción no es obra del hombre aislado, a semejanza de Robinson en su isla deshabitada. Tiene siempre un carácter *social.* En el proceso de producción de bienes materiales, los hombres, quiéranlo o no, se relacionan de un modo o de otro, y el trabajo de cada productor se convierte en una partícula del trabajo social.

Incluso en las primeras fases de la historia, los hombres hubieron de unirse para subsistir, para, con ayuda de los instrumentos más toscos, lograr lo medios de existencia en lucha con las fieras, los elementos, etc. A medida que la división social del trabajo se desarrolla, esta dependencia recíproca de los hombres no hace sino crecer. Así, al aparecer las industrias, el campesino depende del artesano, los artesanos dependen unos de otros y de los campesinos, etc. Los productores se hallan relacionados, pues, entre sí por numerosos vínculos.

Tales vínculos no se refieren únicamente a la relación entre productores de diferentes ramas de producción. En un determinado grado de desarrollo de las fuerzas productivas, según veremos más abajo, la propiedad sobre todos los medios de producción, o sobre los fundamentales, se ve separada de los productores directos y se concentra en manos de un reducido número de miembros de la sociedad. Entonces los productores y los instrumentos de trabajo no pueden unirse y el proceso de producción no tiene lugar si los dueños de los medios de producción y los productores no establecen entre sí determinadas relaciones. Esas relaciones que los hombres establecen en el curso de la producción son relaciones de *clases,* o lo que es lo mismo, de grandes grupos humanos de los cuales unos poseen los medios de producción y se apropian del producto del trabajo de los otros, que carecen total o parcialmente de medios de producción y se ven obligados a trabajar para los primeros. Por ejemplo, en la sociedad burguesa la clase capitalista no trabaja, pero, como es propietaria de fábricas y ferrocarriles, etc., puede apropiarse de los frutos del trabajo de los obreros. Y éstos, quiéranlo o no, sólo pueden ganar el sustento vendiendo su trabajo a los capitalistas, puesto que carecen de medios de producción.

Las relaciones que los hombres establecen en el curso de la producción de bienes materiales fueron denominadas por Marx y Engels *relaciones de producción.* Se les da también el nombre de relaciones económicas o de propiedad, puesto que su carácter depende de quién es el propietario de los medios de producción.

Las relaciones de producción tienen lugar fuera de la conciencia de los hombres, y en este sentido son de índole material. El carácter de ellas viene determinado por el nivel de desarrollo y el carácter de las fuerzas productivas. Las relaciones económicas propias de la esclavitud, por ejemplo, habrían sido imposibles en la sociedad primitiva. Primero, porque los instrumentos de trabajo eran tan rudimentarios (mazas, hachas de piedra) que cualquiera podía hacerlos, por lo que la propiedad privada sobre ellos era imposible. Y segundo, porque nadie habría podido explotar a otros trabajadores, puesto que la productividad era tal que apenas si bastaba para satisfacer sus propias necesidades y el sostenimiento de clases parasitarias era materialmente imposible.

Este ejemplo nos dice ya que las relaciones que los hombres establecen en el proceso de producción y las fuerzas productivas no se muestran aisladas unas de otras, sino que se mantienen en determinada unidad. El materialismo histórico expresa esa unidad de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción mediante el concepto de *modo de producción.*

Cómo se desarrolla la producción.

Por cuanto el modo de producción es la base material de la vida de la sociedad, la historia de esta última es, ante todo, la historia del desarrollo de la producción, la historia de los modos de producción que se van sucediendo conforme las fuerzas productivas se incrementan.

¿Cómo se produce este desarrollo? ¿Qué es lo que

lo impulsa?

Los hechos señalan que las fuentes del desarrollo de la producción hay que buscarlas dentro de ella misma, y no fuera. Así lo subraya Marx cuando define la historia como un "estado social" de los hombres "en proceso de autodesarrollo".[65]

En el proceso del trabajo los hombres obran sobre la naturaleza y la modifican. Pero al propio tiempo cambian ellos mismos: acumulan experiencia de producción, hábitos de trabajo y conocimientos acerca del mundo que les rodea. Todo esto les permite modernizar los instrumentos de trabajo y modos de empleo de los mismos, inventar otros nuevos y perfeccionar de una manera u otra el proceso de producción. Y cada uno de esos perfeccionamientos o inventos trae consigo nuevos avances, y en ocasiones dan lugar a una verdadera revolución en la técnica y en la productividad del trabajo.

Ahora bien, según se indicaba antes, la producción presupone obligatoriamente unas u otras relaciones entre el hombre y la naturaleza y también entre aquellos que participan en el proceso productivo. Estas relaciones, a su vez, influyen sobre el desarrollo de las fuerzas productivas, son un estímulo en la actividad de los productores directos y de las clases poseedoras de los instrumentos de trabajo. De las relaciones de producción dependen las leyes económicas de cada modo de producción, las condiciones de vida y de trabajo de quienes están ocupados en este proceso y otros factores que influyen sobre el desarrollo de las fuerzas productivas.

Interacción de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción.

La unidad de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, expresada en el modo de producción, no excluye en modo alguno las contradicciones entre ellas.

Estas contradicciones obedecen al desigual desarrollo que siguen ambos elementos del modo de producción: las relaciones económicas y las fuerzas productivas. La técnica, los hábitos de producción y la experiencia de trabajo, en su conjunto -lo mismo si se trata de toda su historia que de un modo concreto de producción- siguen más o menos un creo cimiento constante. Son el elemento más revolucionario y mutable de la producción.

En cuanto a las relaciones de producción, si bien sufren algunos cambios durante el período de existencia de un modo de producción concreto, no se ven afectadas en su esencia. El capitalismo monopolista de Estado, por ejemplo, tal como existe en nuestros días, presenta sensibles diferencias si lo comparamos con el capitalismo del siglo XIX. No obstante, la base de las relaciones capitalistas de producción -la propiedad privada sobre los instrumentos y medios de producción- sigue siendo la misma, o sea que las leyes fundamentales del capitalismo se mantienen en vigor. Los cambios radicales de las relaciones económicas presentan obligatoriamente el carácter de salto, de solución de la continuidad, que significa la *supresión* de las relaciones de producción viejas y su sustitución por otras nuevas, es decir, la aparición de un nuevo modo de producción.

De aquí se deduce claramente por qué la concordancia entre las relaciones económicas y el carácter de las fuerzas productivas sólo puede ser transitoria y provisional en la historia de cada modo de producción hasta que se llega a la época socialista. De ordinario, esa concordancia existe en la fase inicial de desarrollo del modo de producción, cuando se afirman las nuevas relaciones de producción que corresponden a la fase alcanzada en el desarrollo de las fuerzas productivas. Mas después de esto, de ordinario se acelera el progreso de la técnica, la acumulación de experiencia de trabajo y conocimientos. Y esa aceleración confirma la beneficiosa influencia de las relaciones de producción sobre el avance de las fuerzas productivas. Cuando las relaciones económicas guardan concordancia con estas últimas, el desarrollo marcha por un camino relativamente liso y llano.

Pero las relaciones económicas no pueden seguir al paso de las fuerzas de producción. En la sociedad de clases, una vez surgidas, dichas relaciones toman cuerpo jurídica y políticamente en las formas de propiedad, en las leyes, en la política de las clases, en el Estado, etc.

A medida que las fuerzas productivas crecen, entre ellas y las relaciones de producción se ahonda inevitablemente la discrepancia hasta transformarse por último en conflicto, pues las relaciones de producción, ya caducas, se convierten en un estorbo para que las fuerzas productivas sigan adelante.

Así vemos lo que ocurre con las relaciones económicas de la sociedad feudal; basadas en la propiedad del señor sobre la tierra con los campesinos a ella adscritos, hubo un tiempo que correspondían a las fuerzas productivas con que contaba la sociedad, y por eso ayudaban a su desarrollo. Pero la situación cambia cuando la industria (manufacturera, y luego con empleo de máquinas) comienza su rápido avance: la servidumbre se convierte en un freno que dificultaba el progreso de la industria; ésta necesitaba de trabajadores personalmente libres y desprovistos de medios de producción propios, a los que el hambre empujase a las fábricas para colocarse bajo el yugo del capitalista. Un claro ejemplo de discordancia entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas nos lo ofrece el capitalismo moderno. No otra cosa significan las catastróficas crisis, las

[65] C. Marx y F. Engels, *Obras.* ed. cit, .t. IX. pág. 136.

guerras, la disminución del ritmo de desarrollo económico, etc.

El conflicto entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas agudiza las contradicciones en las distintas esferas de la vida social, y ante todo entre las clases, de las que unas se mantienen vinculadas por sus intereses a lo viejo y otras ven su porvenir en las nuevas relaciones económicas que comienzan a madurar.

La sociedad no puede volver atrás, no puede regresar a fuerzas productivas que correspondiesen a unas relaciones de producción ya caducas; y no puede aunque las clases que se encuentran en el poder comprendiesen que solamente ahí estaba su salvación. Tarde o temprano, el conflicto es resuelto por otro camino, el único posible: la supresión revolucionaria de las viejas relaciones de producción, que son sustituidas por otras en consonancia con el carácter de las fuerzas productivas y con las necesidades de su ulterior desarrollo. Da comienzo un nuevo ciclo que atraviesa las mismas etapas y, si se trata de una sociedad de clases antagónicas, de nuevo culmina con la desaparición del viejo modo de producción y con la aparición de otro nuevo.

3. Base y superestructura

Hemos visto que el estado de las fuerzas productivas determina el carácter de las relaciones de producción de los hombres, es decir, el régimen económico de la sociedad. Este régimen económico es, a su vez, la *base* sobre la cual surgen las más variadas relaciones sociales, ideas e instituciones. Las ideas sociales (políticas, jurídicas, filosóficas, religiosas, etc.) y las instituciones y organizaciones (el Estado, la Iglesia, los partidos políticos, etc.) surgidas sobre una base concreta forman la *superestructura* de la sociedad. La teoría de la base y la superestructura explica la manera como el modo de producción determina en última instancia todos los aspectos de la vida social, y muestra la relación que existe entre las relaciones sociales económicas y todas las demás relaciones de una sociedad concreta.

Cada sociedad históricamente concreta tiene su base específica y la superestructura que le corresponde.

De la forma de propiedad imperante depende la división social de la sociedad, las clases que la integran, y esto, a su vez, determina el carácter de las instituciones políticas y de las normas jurídicas. La monarquía es inconcebible con el socialismo, y el sufragio universal habría sido imposible en la sociedad esclavista. Las relaciones feudales de producción presuponen, según veremos más adelante, la dependencia no sólo económica, sino también personal del campesino respecto del dueño de la tierra (servidumbre). En el derecho feudal esto toma cuerpo en la desigualdad jurídica de campesinos y señores: los primeros, además de apropiarse del trabajo de los segundos, intervenían en todos los aspectos de su vida, mientras que el siervo carecía de derechos.

El paso a las relaciones capitalistas de producción trae consigo los cambios consiguientes en las relaciones jurídicas. La coerción directa y la dependencia personal son sustituidas por la "disciplina del hambre", y esto, jurídicamente, se traduce en la igualdad formal que la ley establece entre el obrero y el capitalista. Mas como el derecho burgués se basa en el sistema de la propiedad privada, la igualdad que proclama no hace en el fondo más que robustecer la situación dominante de las clases propietarias. Quiere decirse que las relaciones políticas y jurídicas derivan de las relaciones económicas y vienen determinadas por estas últimas,

Lo mismo ocurre con las concepciones filosóficas, religiosas, morales, artísticas y otras ideas sociales. Sabemos, por ejemplo, que en la sociedad primitiva los prisioneros capturados en las guerras entre las tribus eran muertos y a veces devorados. Más tarde comenzaron a reducirlos a la esclavitud. ¿Por qué se "dulcificaron" así las costumbres sociales? Sencillamente, porque el aumento de la productividad del trabajo hizo posible la apropiación del trabajo ajeno, la explotación del hombre por el hombre. Esta base económica dio origen a nuevas costumbres, a concepciones nuevas propias de la época esclavista.

De la misma manera, los cambios operados en las relaciones de producción bajo el socialismo conducen a una transformación radical de las concepciones, la moral y las normas de conducta de los miembros de la sociedad. Bajo el capitalismo, la especulación es una profesión como cualquiera otra, como podría serlo la de médico o de abogado; en el mejor de los casos es reglamentada (en interés de los especuladores grandes y en perjuicio de los pequeños), pero siempre se halla respaldada por la ley, lo mismo que las instituciones que se hallan a su servicio (como, por ejemplo, la Bolsa). No puede ser de otra manera en una sociedad en la que la explotación del trabajo ajeno se ve protegida por la ley y el dinero es el valor supremo, el nivel por el que se miden todas las virtudes. Con el socialismo, en cambio, tales acciones no sólo tienen la condena moral de la sociedad, sino que son perseguidas por la ley.

La circunstancia de que la base predetermina el carácter de la superestructura nos lleva a la conclusión de que cada cambio de la base -relaciones de producción- trae consigo la sustitución de la superestructura, o sea modificaciones radicales en cuanto a la organización del Estado, al derecho, a las relaciones políticas, a la moral y a la ideología. A su vez, la superestructura influye sobre las relaciones de producción, puede frenar o acelerar el cambio de las

mismas. Está claro, por ejemplo, que las instituciones políticas de la burguesía moderna (en primer lugar el Estado), su derecho y su ideología contribuyen en gran manera a conservar la propiedad capitalista y frenan su sustitución por la propiedad social socialista, aunque ese cambio se presenta como algo desde hace tiempo maduro.

En la superestructura de toda sociedad de clases, las ideas e instituciones de la clase dominante son las que prevalecen. A su lado, sin embargo, se encuentran las ideas y organizaciones de las clases oprimidas, a las que ayudan a defender sus intereses.

Así, la escisión de la sociedad burguesa en obreros y capitalistas halla tarde o temprano reflejo en la conciencia de unos y otros. Esto hace que junto a la ideología de clase y a las organizaciones de la burguesía -el Estado, los partidos políticos, la prensa, etc.- aparezcan y se desarrollen en la sociedad la ideología y las organizaciones de la clase obrera. Tarde o temprano, los obreros adquieren conciencia de que son una clase específica, de la comunidad de sus intereses y de la incompatibilidad que éstos presentan con los intereses de los capitalistas. La conciencia de su interés de clase hace que los obreros se unan para la lucha en común contra los capitalistas. La parte avanzada de la clase obrera se agrupa en un partido político, aparecen los sindicatos y otras organizaciones de masas de los trabajadores. Las relaciones que unen a los proletarios en una organización de clase -partido político, sindicato- son ya relaciones que antes de establecerse pasaron por la conciencia de los hombres, pues los obreros ingresan en el partido conscientemente, por su propia voluntad y movidos por motivos ideológicos. Entre los obreros se desarrolla la solidaridad de clase, su propia moral, que se opone a la moral de la burguesía dominante.

Así, sobre la base real de las relaciones de clase se eleva toda una pirámide de concepciones, sentimientos sociales y organizaciones e instituciones políticas y de otro género: todo esto es lo que abarca el concepto de superestructura.

En ninguna sociedad es casual la combinación de sus diferentes aspectos: fuerzas productivas, economía, política, ideología, etc. No puede haber una sociedad en la que a las fuerzas productivas de la época capitalista, tomemos por caso, fuesen incorporadas relaciones de producción propias del feudalismo y sobre ellas se erigiese una ideología esclavista.

El carácter de las fuerzas productivas y el nivel de su desarrollo predeterminan las relaciones que los hombres establecen entre sí en el proceso de producción; y estas relaciones forman la base sobre la que, a su vez, se levanta determinada superestructura política e ideológica. Cada sociedad es por esto un organismo completo, lo que se llama una *formación económico-social,* es decir, un determinado tipo histórico de sociedad con su modo de producción, su base y su superestructura.

El concepto de formación político-social tiene un valor formidable para toda la ciencia de la sociedad. Nos permite comprender por qué, a pesar de toda la gran variedad de detalles concretos, la totalidad de los pueblos recorren en líneas generales un mismo camino. La historia de cada uno de ellos, en resumidas cuentas, viene condicionada por el desarrollo de las fuerzas productivas, que se subordina a unas mismas leyes internas. La sociedad avanza mediante una sucesión consecutiva y sujeta a leyes de las formaciones económico-sociales; y el pueblo que vive dentro de una formación más avanzada muestra al resto su futuro, de la misma manera que fuera de él ve su pasado.

La doctrina de las formaciones económico-sociales arranca su velo místico a la historia de la humanidad, que ahora puede ser comprendida y conocida. "El caos y la arbitrariedad que hasta ahora reinaban en las ideas de la historia y en la política han sido sustituidos por una teoría científica asombrosamente completa y armónica, que muestra la manera como de una forma de vida social, a consecuencia del incremento de las fuerzas productivas, se desarrolla otra más elevada..." *(Lenin).*[66]

4. La historia como desarrollo y cambio de formaciones económico-sociales

El materialismo histórico no impone a la historia esquemas preconcebidos, no trata de ajustar a sus conclusiones los acontecimientos del pasado y del presente. Todo lo contrario, él mismo es una generalización científica de la historia.

La conclusión de que la historia de la humanidad es una sucesión consecutiva de formaciones económico-sociales descansa en los conocimientos fidedignos que poseemos del pasado. La humanidad en su conjunto ha conocido cuatro formaciones: comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo y capitalismo, y actualmente vive en una época de transición a la formación siguiente, el comunismo, la primera fase del cual es lo que se conoce como socialismo.

¿Cuáles son las características principales de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción de estas formaciones? ¿En qué dirección se desarrolló la superestructura política e ideológica que se levantaba sobre la base, sobre las relaciones de producción de cada una de ellas?

A continuación trataremos de dar respuesta a estas preguntas, refiriéndonos sólo, se comprende, a los rasgos más generales de las formaciones económico-sociales y prescindiendo de los detalles y rasgos específicos secundarios que tan abundantes son en la historia de cada país y de cada época.

---

[66] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., 1. XIX. pág. 5.

Régimen de la comunidad primitiva.

El régimen de la comunidad primitiva es, históricamente, la primera forma que la sociedad adopta después de que el hombre se separa del mundo animal, cuando, en un largo proceso de trabajo, adquirió las cualidades que le diferencian del resto de los seres vivos.

Los instrumentos de trabajo de que la humanidad disponía en las fases iníciales del régimen de la comunidad primitiva no podían ser más rudimentarios: la porra, el hacha de piedra, el cuchillo y la punta de lanza del mismo material; más tarde son inventados el arco y la flecha. La única fuerza motora que entonces se conocía era el músculo del hombre.

El nivel de las fuerzas productivas hallábase en concordancia con las relaciones de producción que existían entre los hombres. Con aquellos instrumentos de trabajo y armas el individuo aislado era incapaz de hacer frente a las fuerzas de la naturaleza y de proporcionarse sustento. Únicamente el trabajo en común (la caza, la pesca, etc.) de todos los miembros de la comunidad primitiva, su solidaridad y recíproca ayuda podían asegurarles la obtención de los recursos necesarios para su vida. El trabajo en común traía consigo la propiedad en común de los medios de producción que era la base de las relaciones de producción en aquella época. Todos cuantos integraban la comunidad hallábanse en relaciones iguales respecto de los medios de producción; nadie podía despojar de ellos al resto y atribuírselos en propiedad privada.

Al no existir propiedad privada no podía haber explotación del hombre por el hombre. Los rudimentarios instrumentos de trabajo, aun utilizándose en común, daban un rendimiento tan mísero que apenas si cada individuo podía obtener lo necesario para su sustento. No había excedente alguno de que se pudiera desposeer al productor en beneficio de otros miembros de la sociedad. Y como no existía la explotación del trabajo ajeno, no se sentía la necesidad de un aparato especial de coerción. Las sencillas funciones del gobierno de la comunidad eran ejercidas colectivamente o encomendadas a los hombres más respetados y expertos.

Las características de la comunidad primitiva como formación económico-social venían determinadas, pues, por el bajo nivel de desarrollo de la producción, por la impotencia en que el hombre se veía ante una naturaleza hostil. En la conciencia de los hombres de aquella época imperan concepciones religiosas de una ingenuidad infantil; en todo se someten ciegamente al poder de la tradición y de la costumbre. El mundo se encontraba para ellos reducido al marco de la tribu; todo lo demás se hallaba fuera de la ley y las tribus mantenían entre sí cruentas guerras. El régimen de la comunidad primitiva, aunque sin las deformaciones ni los repelentes rasgos que la explotación impone a la sociedad y a los hombres, estuvo muy lejos de ser la "Edad de Oro" del género humano.

Con el tiempo, el régimen de la comunidad primitiva entra en una fase de desintegración. Las causas de su decadencia y desaparición residían en el desarrollo de las fuerzas productivas. Los hombres llegan poco o poco a aprender el arte de fundir el metal. Las armas e instrumentos de piedra van siendo desplazados. Se propaga el empleo del arado con reja metálica, las hachas de metal, las puntas de flecha y lanza de bronce y de hierro, etc. El progreso de las fuerzas productivas -de los instrumentos de trabajo y de los hábitos y costumbres de los trabajadores- da lugar a importantes cambios en la estructura social. Prodúcese la división social del trabajo: la agricultura y el pastoreo, y luego las industrias artesanas, se segregan como ocupaciones especiales. Comienza a ampliarse el intercambio de productos del trabajo, primero entre las tribus y después en el seno de la propia comunidad. Gradualmente se hace innecesario el trabajo en común de la comunidad entera. La tribu y la gens se descomponen en familias, cada una de las cuales se convierte en una unidad económica autónoma. El trabajo se concentra en dichas unidades, aparece la propiedad privada y se hace posible la explotación: la producción había progresado tanto que la fuerza de trabajo humana rendía ya más de lo necesario para el simple sustento del propio trabajador.

El perfeccionamiento de los instrumentos y hábitos de trabajo fue impuesto por la necesidad, por el deseo de los hombres de aliviar su trabajo y de disponer de reservas para hacer frente a las calamidades naturales. Mas con ese perfeccionamiento, los hombres -al margen de su voluntad, inconscientemente, sin adivinar siquiera las consecuencias sociales a que esto conduciría- preparaban una transformación completa de la sociedad: el paso de la formación de la comunidad primitiva a la del esclavismo. Las fuerzas productivas de la sociedad, al acrecerse, exigían nuevas relaciones de producción entre los hombres.

El régimen de la esclavitud.

La base de las relaciones de producción de este régimen es la propiedad privada del esclavista no sólo sobre los medios de producción, sino también sobre los propios trabajadores, sobre los esclavos. Esta propiedad del señor sobre los esclavos y todo cuanto éstos producen viene impuesta por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de la época, suficientemente alto como para que fuese posible la explotación de los trabajadores. Al mismo tiempo, sin embargo, era aún tan bajo, que la explotación de los trabajadores, apropiándose parte del producto por ellos producido, era sólo posible reduciendo su

consumo al mínimo, dejándoles lo estrictamente necesario para que no se muriesen de hambre. Esto podía hacerse únicamente privando a los explotados de toda clase de derechos, reduciéndolos a la situación de "instrumentos que hablan" y empleando con ellos las medidas de coerción más feroces.

El cambio de las relaciones de producción revolucionó las esferas restantes de la vida social.

Las relaciones de colaboración y solidaridad, propias de la comunidad primitiva, dejaron paso a relaciones de dominación de una parte de la sociedad sobre la otra, a relaciones de explotación, de opresión y de hostilidad irreductible. La sociedad se escindió en clases antagónicas: la de los esclavistas y la de los esclavos.

La época de la esclavitud aportó a los trabajadores terribles calamidades y sufrimientos. "Los intereses más bajos -la avidez vulgar, la grosera pasión por los placeres, la sórdida codicia, la expoliación egoísta del patrimonio común- sacan de pila a la sociedad nueva, civilizada, de clase; los medios más odiosos, el robo, la violencia, la perfidia y la traición, minan el viejo régimen gentilicio sin clases y conducen a su caída."[67] Así describe Engels la época de transición del régimen de la comunidad primitiva al esclavismo.

La feroz explotación de que eran objeto los esclavos provoca en ellos una desesperada resistencia. Para aplastarla no servían los viejos órganos de gobierno de la gens y la tribu; requeríase un aparato especial de violencia, y éste fue el Estado. La nueva institución había de proteger la propiedad de los esclavistas y asegurar la afluencia constante de esclavos; a esta situación eran reducidos los prisioneros de guerra y los deudores insolventes. A la vez que el Estado nació el derecho, o sistema de normas y prescripciones jurídicas en las que se recogía la voluntad de la clase dominante y cuya observancia obligatoria era impuesta por el propio Estado. Aparecieron nuevas costumbres y una ideología específica de la sociedad esclavista. Entre los opresores se va extendiendo el desprecio hacia el trabajo físico, en el que empieza a verse una ocupación indigna del hombre libre; se arraiga la idea de la desigualdad de los hombres.

Y a pesar de todo esto, el régimen esclavista significaba un gran paso adelante en la evolución de la humanidad. Prosigue la división social del trabajo, con la diferenciación entre la agricultura y las industrias urbanas y en el seno de estas últimas. La división del trabajo significaba, a su vez, la especialización de los instrumentos y un nuevo caudal de experiencia. En la agricultura, junto al cultivo de cereales aparecen ramas nuevas (horticultura, fruticultura, etc.). Se inventan aperos como el arado de ruedas, el rastrillo y la guadaña. La fuerza muscular del hombre se ve completada en gran escala por la de los animales. El trabajo de verdaderas masas de esclavos permite la construcción de presas y sistemas de riego, de caminos y de barcos, de conducciones de agua y de grandes edificios urbanos. Y cuando parte de los miembros de la sociedad quedan libres de la participación directa en la producción -gracias a la explotación de los esclavos-, crean las condiciones para el progreso de la ciencia y de las artes.

Llega, sin embargo, un tiempo en que se agotan las posibilidades de progreso que el modo esclavista de producción implicaba; sus relaciones de producción se convierten en una traba que dificulta el desarrollo de las fuerzas productivas. Los señores, disponiendo como disponían de los esclavos, que exigían muy pocos dispendios, no mostraban interés por el perfeccionamiento de los instrumentos de trabajo. A mayor abundamiento, no se podía confiar al esclavo instrumentos complicados y costosos, puesto que no tenía el menor interés en el resultado de su trabajo. Las necesidades del desarrollo de las fuerzas productivas imponían cada vez más imperiosamente la supresión de las viejas relaciones de producción.

Esto únicamente podía hacerlo una revolución social, cuya fuerza motriz eran las clases y capas que más sufrían del régimen esclavista y que, por tanto, se hallaban más interesadas en su supresión. Eran los esclavos y la parte más pobre de la población libre. A medida que las contradicciones se ahondan en el viejo modo de producción, la lucha de clases adquiere mayor virulencia. Sus formas son muy variadas, desde la premeditada inutilización de los instrumentos de trabajo hasta los levantamientos en los que participan decenas de miles de hombres. En última instancia, el régimen esclavista cae bajo los golpes conjuntos de las insurrecciones de las clases trabajadoras y de las incursiones de las tribus bárbaras vecinas, a las que era ya incapaz de hacer frente aquel Estado debilitado por las contradicciones internas y las guerras. Lo sustituye una nueva formación: el feudalismo.

El régimen feudal.

La base de las relaciones de producción de este régimen es la propiedad de los señores sobre los medios de producción, y en primer lugar de la tierra (el término de "feudalismo" procede de la palabra latina "feudo"; así se llamaban las tierras que el rey distribuía entre sus allegados, a cambio de lo cual éstos habían de prestarle servicio militar). Los campesinos dependían de los señores, pero no en propiedad plena.[68] El señor tenía derecho al trabajo del campesino, que se hallaba adscrito a la tierra y estaba obligado a cumplir en beneficio de aquél

[67] C. Marx y F. Engels, *Obra, escogidas.* ed. cit., t. II. pág. 240.

[68] En algunos países como, por ejemplo, Rusia, la servidumbre adoptó formas particularmente brutales, que la aproximaban a la esclavitud: el señor podía vender y comprar a los campesinos sin la tierra, etc.

determinadas cargas.

En la sociedad feudal se conocía también la propiedad personal de los campesinos y artesanos. El siervo recibía un lote de tierra, tenía su economía individual cuyos productos, una vez satisfechas las cargas debidas a su señor, quedaban a disposición del propio campesino.

Esta característica de las relaciones de producción abría nuevas posibilidades para el incremento de las fuerzas productivas. El productor directo tenía ya cierto interés material en el resultado de su trabajo. Por eso no rompe ni estropea los aperos e instrumentos, sino que, al contrario, los cuida celosamente y los perfecciona. La agricultura conoce nuevos progresos: aparece la rotación de cultivos de tres hojas y se generaliza el uso de abonos.

Aún son más importantes los éxitos de las industrias artesanas, que proporcionaban aperos para el campo, objetos para el uso de los señores feudales y comerciantes, utensilios, armas y pertrechos militares. El progreso de las industrias artesanas y del comercio favoreció el crecimiento de las ciudades, que con el tiempo se convierten en grandes centros económicos, políticos y culturales, en la cuna del modo capitalista de producción.

La época del feudalismo conoce descubrimientos que habían de dejar honda huella en la historia: los hombres aprenden a convertir el hierro colado en dulce, a construir barcos de vela apropiados para largos viajes, a preparar sencillos instrumentos ópticos (gafas, anteojos de larga vista), inventan la brújula, la pólvora, el papel, la imprenta y el reloj de cuerda. A la energía muscular del hombre y de los animales se incorpora cada vez más la energía del viento (molino de viento, barco de vela) y del agua al caer (molino de agua, rueda hidráulica, que se empleó extraordinariamente en la Edad Media).

El cambio de las relaciones de producción propias del esclavismo por las feudales trajo consigo grandes modificaciones en toda la vida de la sociedad.

Modificóse, lo primero de todo, la estructura de clase. La clase dominante pasó a ser la de los señores feudales, que eran los propietarios de la tierra. La otra clase fundamental eran los campesinos siervos. Las relaciones entre unos y otros eran de carácter antagónico, se basaban en la contradicción irreductible de sus intereses de clase. Las formas de la explotación, aunque un tanto suavizadas en comparación con la esclavitud, eran extraordinariamente duras. Como antes, la explotación de los siervos basábase en la coerción extraeconómica. Movido por estímulos puramente económicos, por su interés material, el siervo trabajaba únicamente en su lote de tierra. La mayor parte del tiempo había de hacerlo para el señor, sin que por ello percibiese remuneración alguna. Lo que principalmente le hacía trabajar en este caso era el temor al castigo, la pena que ello llevaba acarreada, y la amenaza de perder todos sus bienes personales, de que el señor podía desposeerle.

La lucha de clases se eleva en la sociedad feudal a un nivel más alto de lo que se había conocido bajo el esclavismo. Los levantamientos campesinos se extienden a veces a grandes territorios. Del volumen de su resistencia a los señores son prueba las guerras campesinas, que sacudieron sucesivamente un país tras otro: la insurrección de Wat Tyler en Inglaterra (siglo XIV) y la de la *Jacquerie* en Francia (siglos XIV y XV), la guerra campesina de Alemania (siglo XVI), el levantamiento de los taipines en China (siglo XIX) y de los sikhos en la India (siglos XVII y XVIII), los movimientos de Bolótnikoz, Razin (siglo XVII) y Pugachev (siglo XVIII) en Rusia, etc.

La superestructura política e ideológica de la sociedad feudal es un reflejo de las características que adoptan la explotación y la lucha de clases. Para explotar y mantener sujetos a los campesinos, el Estado feudal había de recurrir a la fuerza armada de que disponía no sólo el poder central, sino también cada señor. Este, dentro de sus feudos, era el dueño absoluto, señor de horca y cuchillo.

El derecho reafirma la desigualdad social y económica del feudalismo; las clases y capas sociales adoptan la forma de estamentos: nobleza, clero, campesinos, comerciantes, etc. Las relaciones entre los estamentos y dentro de cada uno de ellos eran de estricta subordinación y dependencia personal. Los compartimientos estancos en que la sociedad estaba dividida eran un obstáculo para el paso de un peldaño a otro en la jerarquía feudal. En la vida espiritual, el primer puesto lo ocupaba la Iglesia.

Conforme las fuerzas productivas se desarrollan, se llega al choque entre las relaciones de producción imperantes en el feudalismo y la superestructura política e ideológica que tales relaciones predeterminaban. Junto a los pequeños talleres artesanos aparecen grandes manufacturas basadas en la técnica artesanal, pero en las cuales las distintas operaciones estaban especializadas y se empleaba a operarios no sometidos a servidumbre. Cuando la joven burguesía de Europa creaba sus manufacturas no tenía la menor noción, se comprende, de las consecuencias que esto iba a acarrear; los único que perseguía era su beneficio directo. Según indica acertadamente J. V. Stalin, la burguesía, entonces en sus comienzos, "no advertía ni comprendía que esta «pequeña» innovación había de conducir a una reagrupación de las fuerzas sociales que terminaría con la revolución contra el poder real, cuyas mercedes tanto estimaba, y contra los nobles, en el seno de los cuales soñaban a menudo con entrar sus mejores representantes..."[69]

Tampoco pensaban en las consecuencias sociales de sus actos los emprendedores mercaderes cuando ampliaban su comercio y, con ayuda de las tropas del

[69] J. V. Stalin, *Cuestiones del leninismo,* ed. rusa, 1953, pág. 599.

rey, se apoderaban de nuevos mercados más allá de los mares. El incremento del intercambio condujo, a su vez, a un rápido progreso de la producción. A esto contribuyeron también los descubrimientos científicos y técnicos realizados en los siglos XVI y XVII.

Poco a poco, en el seno del régimen feudal se va estructurando el modo capitalista de producción. Para desenvolverse libremente hace falta que se ponga fin al sistema hasta entonces imperante. La burguesía -clase portadora del nuevo modo de producción- necesita un mercado de trabajo "libre", es decir, pide hombres emancipados de la servidumbre y sin propiedad personal alguna, a los cuales el hambre empuje a las fábricas. Necesita un mercado nacional, con supresión de las barreras aduaneras y de todo orden que los señores feudales habían levantado. Quiere la supresión de los impuestos destinados al sostenimiento de la Corte, con los numerosos nobles que vivían a su arrimo, y la anulación de los privilegios estamentales. A lo que aspira es a imponer libremente su voluntad en todos los órdenes de la vida social.

Alrededor de la burguesía se agrupan todas las clases y capas sociales descontentas con el feudalismo: desde los siervos de la gleba y la gente baja de las ciudades, víctimas de la miseria, la humillación y toda clase de desafueros, hasta los hombres de ciencia y escritores avanzados a quienes, cualquiera que fuese su origen, asfixiaba el yugo espiritual del feudalismo y de la Iglesia.

Comienza la época de las revoluciones burguesas.

El régimen capitalista.

La base de las relaciones de producción del capitalismo es la propiedad privada de la clase dominante sobre los medios de producción. Los capitalistas explotan a la clase de los obreros asalariados, emancipados de la dependencia personal, pero obligados a vender su fuerza de trabajo, puesto que carecen de medios de producción.

Las relaciones de producción del capitalismo brindaban amplias posibilidades de desarrollo a las fuerzas productivas. Aparece y progresa rápidamente la gran producción maquinizada, basada en el aprovechamiento de fuerzas naturales tan poderosas como el vapor y, más tarde, la electricidad, y en la amplia aplicación de la ciencia. El capitalismo lleva a cabo la división del trabajo no sólo dentro de cada país, sino también entre los distintos países, creando así el mercado mundial y, luego, el sistema mundial de economía.

Y una vez más, el cambio del modo de producción trae consigo modificaciones en toda la vida social.

Las clases fundamentales de la sociedad son ahora los capitalistas y los obreros. Las relaciones entre ellos siguen siendo antagónicas, por cuanto descansan en la explotación y opresión de los que nada tienen por los poderosos. Son las relaciones de una irreductible lucha de clases. Pero los métodos de explotación y opresión cambian sustancialmente: la forma dominante de coerción es la económica. El capitalista no suele necesitar de la fuerza para obligar que trabajen en su beneficio. El obrero, carente de medios de producción, se ve reducido a hacerlo "voluntariamente" bajo la amenaza de la muerte por hambre. Las relaciones de explotación se hallan ahora encubiertas por la "libre" contratación de los obreros por los patronos, por la "libre" compraventa de la fuerza de trabajo.

Cambian los métodos de explotación y cambian también los métodos de la dominación política. Se hace posible el paso del despotismo descarado, propio de las formas anteriores, a un despotismo más refinado, revestido con el ropaje de la democracia burguesa. El poder ilimitado del monarca hereditario desaparece, siendo sustituido por la república parlamentaria; implántase el derecho electoral y se proclaman la libertad política de los ciudadanos y la igualdad de todos ante la ley. Esto es lo que mejor correspondía a los principios de la libre competencia, del libre juego de las fuerzas económicas que durante largo tiempo sirvió de base al capitalismo. Al establecimiento del régimen democrático-burgués contribuyó en gran medida la lucha de los trabajadores, y sobre todo de la clase obrera, la constante presión de las masas populares que exigían la implantación de nuevas formas democráticas y la ampliación de las ya vigentes.

Ahora bien, con todas las diferencias que podemos observar entre las superestructuras políticas e ideológicas de la sociedad burguesa y la feudal, lo principal seguía en pie: una y otra correspondían a las relaciones propias de la propiedad privada y de la explotación. La parte preponderante de la nueva superestructura correspondía a las instituciones e ideas de la clase opresora, de la burguesía, y estaban destinadas a defender su dominación de clase y a mantener a las masas explotadas en la obediencia.

La formación capitalista, y así nos lo dice ahora no ya la teoría, sino también la práctica social, es temporal y perecedera. En su seno maduran y se ahondan los antagonismos irreductibles, y en primer término la contradicción entre el carácter social de la producción y la forma privada de la apropiación.[70] La única salida de estas contradicciones es el paso a la propiedad social sobre los medios de producción, es decir, al socialismo.

Pero, lo mismo que ocurrió en otros tiempos, el paso al nuevo modo de producción es posible únicamente mediante la revolución social. La fuerza llamada a realizar esta revolución es la clase obrera,

[70] Al análisis de los modos capitalista y socialista de producción están dedicadas dos secciones de nuestra obra: la tercera y la quinta, respectivamente.

que es engendrada por el propio capitalismo. Agrupa en torno suyo a todos los trabajadores, derroca la dominación del capital y crea el régimen nuevo, socialista, que no conoce la explotación del hombre por el hombre.

El régimen socialista.

La base del modo socialista de producción es la propiedad social de los medios de producción. De ahí que las relaciones de producción de la sociedad socialista sean de colaboración y recíproca ayuda de los trabajadores no sometidos a explotación alguna. Dichas relaciones corresponden al carácter de las fuerzas productivas: el carácter social de la producción se ve sostenido por la propiedad social sobre los medios de producción.

A diferencia del régimen de la comunidad primitiva, la socialización de los medios de producción se apoya en este caso en unas fuerzas productivas, una cultura y un poder del hombre sobre la naturaleza infinitamente superiores. El nuevo régimen brinda a la humanidad posibilidades ilimitadas de progreso en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas y en todos los órdenes de la vida de la sociedad.

*

Tales son, en sus líneas más generales, las principales etapas que la humanidad ha recorrido.

Todo cuanto conocemos del pasado es una confirmación patente y viva de la veracidad científica de la interpretación materialista de la historia, la esencia de la cual formuló Marx como sigue en su prefacio a *Aportación a la crítica de la economía política:*

"En la producción social de su vida, los hombres entran en relaciones determinadas, necesarias y que no dependen de su voluntad: las relaciones de producción, que corresponden a determinado grado de desarrollo de sus fuerzas materiales de producción. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona en general los procesos social, político y espiritual de la vida. No es la conciencia de los hombres lo que determina su ser, sino, al contrario, su ser social determina su conciencia. Llegadas a cierto grado de desarrollo, las fuerzas productivas materiales de la sociedad entran en contradicción con las relaciones de producción existentes, o -lo que es sólo expresión jurídica de esto- con las relaciones de propiedad dentro de las cuales se desarrollaron hasta entonces. De formas que eran de desarrollo de las fuerzas productivas, estas relaciones se convierten en una traba. Entonces adviene la época de la revolución social. Con el cambio de la base económica, más o menos rápidamente, se produce la transformación de toda la enorme superestructura."[71]

5. La ley histórica y la actividad consciente de los hombres

El desenvolvimiento de la sociedad es un proceso sujeto a leyes y subordinado a cierta necesidad histórica que no depende de la voluntad ni la conciencia de los hombres. Conocer esa necesidad y dilucidar cuáles son las leyes que determinan la marcha de la historia y el modo como éstas actúan es el fin más importante de la ciencia social, la premisa necesaria para que las leyes objetivas puedan ser aprovechadas en beneficio de la sociedad.

Cómo actúan las leyes sociales.

La doctrina marxista del proceso histórico como algo sujeto a leyes se opone por igual a las nociones subjetivistas, que consideran la historia como un conglomerado de hechos casuales, y al fatalismo, que niega el valor de la actividad consciente de los hombres, de su capacidad para influir en la marcha del desarrollo social.

El fatalismo es orgánicamente ajeno a la concepción materialista de la historia, pues las leyes por las que la sociedad se desarrolla no actúan automáticamente, por sí mismas. Producto como son de la actividad de los hombres, estas leyes determinan a su vez la orientación general de la actividad humana. Sin los hombres y fuera de la acción de éstos, las leyes sociales no existen ni pueden existir.

Tal concepción de la necesidad histórica abre una sustancial diferencia entre los marxistas y los oportunistas, quienes, por ejemplo, de la acertada tesis de que el triunfo del socialismo es inevitable llegan a la errónea conclusión de que no hace falta luchar contra el capitalismo; hay que limitarse a esperar a que las "leyes de la historia" conduzcan por sí mismas a la sustitución del capitalismo por el socialismo.

En realidad, estas leyes no hacen la historia por sí mismas, sin la intervención de los hombres. Únicamente determinan la marcha de la historia a través de la acción, de la lucha y de los esfuerzos orientados de millones de seres humanos.

Los críticos burgueses del marxismo pretenden ver una contradicción en el hecho de que sus adeptos hablan de la sustitución inevitable del capitalismo por el socialismo y, al mismo tiempo, crean un partido político para la lucha por el socialismo. A nadie se le ocurriría, dicen esos críticos, constituir un partido para traer los eclipses de sol, dado que, de todas las maneras, los eclipses han de producirse.

El argumento en cuestión demuestra que los "críticos" burgueses no pueden o no quieren

[71] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. I, Moscú, 1955, pág. 322.

comprender la teoría del marxismo ni la marcha de la historia. El eclipse de sol se produce sin intervención alguna de los hombres, mientras que el paso del capitalismo al socialismo significa el cambio de un régimen social que es producto de la actividad humana y que no puede modificarse por sí mismo. Esa actividad es de por sí un factor necesario del movimiento, sujeto a leyes, de la sociedad hacia el socialismo. Cuando se dice que las leyes objetivas se abrirán camino forzosamente, lo que con ello se expresa no es que los cambios necesarios se producirán por sí mismos en la sociedad, sino que, tarde o temprano, aparecerán fuerzas sociales interesadas en hacer que se cumplan esas leyes, y que con su lucha conseguirán ponerlas en marcha.

El marxismo-leninismo, que examina dialécticamente la ley social, ve que actúa en forma de tendencia predominante del desarrollo de unas relaciones sociales concretas. Esto significa que la ley determina la orientación general del movimiento, como una necesidad que se desprende de unas u otras condiciones sociales. Pero el desarrollo social es contradictorio, y la marcha concreta de los acontecimientos no depende sólo de las leyes generales, sino de la correlación real de las fuerzas de clase, de la política de las clases en lucha y de otras muchas condiciones específicas. Cuando los marxistas afirman que el capitalismo será sustituido forzosamente por el socialismo, a lo que se refieren es a lo siguiente: las leyes objetivas de la sociedad capitalista conducen obligatoriamente a la agudización de sus contradicciones económicas y políticas; esto da origen a una lucha, siempre en aumento, de la clase obrera y de todos los trabajadores contra el régimen capitalista, lucha que terminará con la muerte del capitalismo y con el triunfo del socialismo. La lucha de la clase obrera expresa una necesidad histórica, pero a su éxito en cada momento concreto contribuyen muchas circunstancias: el nivel de la conciencia y organización de la clase obrera, el grado de influencia de los partidos marxistas, la política de los partidos socialistas, la política del Estado burgués, etc. La acción de unos factores puede acercar el triunfo definitivo de la clase obrera, mientras que otros la retardan. En última instancia, sin embargo, la clase obrera y el socialismo triunfarán inevitablemente. Por eso, cuando los comunistas y sus aliados impulsan la lucha de liberación de la clase obrera y de todos los trabajadores y les ayudan a adquirir conciencia y organización, aceleran la marcha de la historia por los cauces que sus propias leyes le dictan y disminuyen los "dolores del parto" de la nueva sociedad.

Por lo tanto, cuando la teoría marxista admite la necesidad del proceso histórico y las leyes que lo rigen, lo hace subrayando al propio tiempo el decisivo papel de la lucha activa de los hombres y de las clases avanzadas. "El marxismo -escribe Lenin- se distingue de todas las demás teorías científicas por la excelente combinación que en él se observa de una completa serenidad científica en el análisis de la situación objetiva de las cosas y de la marcha objetiva de la evolución con el más decidido reconocimiento del valor de la energía revolucionaria, de la creación revolucionaria, de la iniciativa revolucionaria de las masas, y también, naturalmente, de los individuos, grupos, organizaciones y partidos capaces de buscar y establecer vínculos con unas u otras clases."[72]

Papel de las ideas en el desarrollo de la sociedad.

Esta circunstancia de que la ley histórica se manifiesta en la actividad de los hombres nos lleva a admitir el enorme papel de las ideas sociales.

Los críticos del marxismo afirman que el materialismo histórico rebaja o niega en absoluto el papel de las ideas en la historia. Así lo prueba, dicen, que los marxistas consideren la vida espiritual de la sociedad como un reflejo de su vida material. Pero indicar el origen de las ideas sociales no significa en modo alguno negar o rebajar su significado. Lo cierto es que el marxismo está muy lejos de negar el valor de las ideas, de los ideales sociales, de las pasiones e inclinaciones humanas y de todos los impulsos internos del hombre. Los comunistas se contradecirían a sí mismos si, a la vez que tratan de llevar a los trabajadores su ideología científica, de cultivar en ellos el sentimiento de solidaridad de clase, el internacionalismo, etc., negasen el valor del factor subjetivo, es decir, de la acción consciente de los hombres en la historia.

El marxismo se limita a afirmar que las ideas y sentimientos de los hombres no son las causas últimas de los acontecimientos históricos, que esas ideas yesos sentimientos prolongan sus raíces hasta las condiciones de la vida material de la sociedad. Y a renglón seguido, sostiene que las condiciones de la vida material pueden originar unas u otras acciones de los hombres sólo cuando pasan a través de su conciencia, cuando han dejado huella en ella en forma de determinados ideales, concepciones, fines, etc.

La historia del pensamiento social de todos los pueblos demuestra que la aparición de unas u otras ideas se encuentra en relación íntima con las necesidades de desarrollo de la vida material de la sociedad. Las ideas nuevas, que llaman al cambio del régimen social, aparecen y se propagan únicamente cuando el desarrollo de la vida material de la sociedad plantea a los hombres nuevas tareas. Estas, en una u otra forma, son comprendidas por los hombres y toman cuerpo en las ideas correspondientes. Quiere decirse que la propia aparición y propagación de las ideas nuevas,

[72] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XIII. págs. 21-22.

revolucionarias, que llaman al cambio del régimen social, no son algo que surge por azar. Son un reflejo, sujeto a leyes, de las modificaciones producidas en la vida material de la sociedad. Engels escribe, por ejemplo, que el socialismo científico no es sino el reflejo, en el pensamiento de los hombres, del conflicto entre las nuevas fuerzas productivas y las relaciones capitalistas de producción, un reflejo en las cabezas de la clase obrera, que es la víctima directa de este conflicto.

Las ideas, que surgen sobre la base de las necesidades materiales de la sociedad, influyen, a su vez, sobre la marcha del desarrollo social. ¿Cómo se produce esto?

Cierto que las ideas no pueden actuar directamente, de por sí, sobre la vida material de la sociedad: aparecen y viven en las mentes de los hombres y por eso su influencia sobre la marcha del desarrollo social únicamente se dejará sentir cuando se materialicen en determinados actos, en la conducta del hombre. Y esto ocurre así. Si las ideas responden a las necesidades maduras de la vida social, tarde o temprano llegan a la *conciencia de las grandes masas,* conviértense en las propias ideas de las masas y agrupan a éstas en un poderoso ejército alentado por una voluntad y un fin únicos. El descontento y el movimiento espontáneo de las masas se convierte en lucha consciente y organizada. Las ideas dejan de ser simplemente esto, ideas, y se transforman en *obra:* agrupan y organizan a los hombres y dan lugar a determinadas *acciones prácticas.* Por esto decía Marx que las ideas, cuando prenden en las masas, se convierten en fuerza material.

Cierto que la conciencia social de cada sociedad concreta es un fenómeno complejo y contradictorio. El ser social no es homogéneo y contiene tanto tendencias y fenómenos avanzados y revolucionarios como viejos y reaccionarios. Esto encuentra su reflejo en la conciencia social. De un lado hay ideas viejas y reaccionarias, que son expresión de las clases caducas y reflejan condiciones sociales que ya agotaron sus posibilidades. Tal es, por ejemplo, la moderna ideología burguesa, que aspira a perpetuar el podrido régimen capitalista. De otro, surge y toma cuerpo la ideología de las clases avanzadas y revolucionarias, cada vez más influyente, que refleja las nuevas necesidades de la vida social y llama a los hombres a ir adelante, por la vía del progreso.

Incluso cuando la clase dominante se ha convertido en reaccionaria, su ideología prevalece aún durante largo tiempo: primero, se apoya en la fuerza de la costumbre y de la tradición establecida; segundo, es impuesta activamente por todo el aparato del poder (y ante todo por el Estado) y por las numerosas instituciones de la clase dominante (Iglesia, prensa, etc.), que a la vez se oponen a la propagación de las ideas nuevas. Mas la nueva ideología posee una ventaja decisiva, puesto que refleja las necesidades del desarrollo social. Las ideas revolucionarias pueden ser prohibidas, pero no destruidas. Tarde o temprano prenden en las masas y entonces llega la última hora del régimen viejo. Así es como las ideas sociales se insertan en la marcha del desarrollo histórico, siempre sujeto a sus propias leyes.

Este importante papel de las ideas en la historia es lo que las hace tan valiosas en la lucha por la transformación revolucionaria de la sociedad. No en vano propuso Lenin, como primer paso para la creación del partido marxista en Rusia, la publicación de *Iskra,* es decir, la propagación de las ideas revolucionarias entre los obreros para luego consolidar la unidad ideológica con una organización material, con el partido político. Sin el trabajo de movilización, organización y transformación de las ideas nuevas *es imposible cumplir* las tareas que a la sociedad plantea el desarrollo de su vida material. Cuanto más elevado es el nivel de la conciencia revolucionaria de los hombres, cuanto más se extienden las ideas revolucionarias entre las masas, más fácil y rápidamente son cumplidas las tareas que surgen ante la sociedad.

Espontaneidad y conciencia en el desarrollo social.

El desarrollo de todas las formaciones sociales anteriores al socialismo transcurrió de manera que las leyes objetivas obraban elementalmente, como una necesidad ciega que se abría camino entre las acciones casuales y dispersas de los individuos. Las leyes objetivas imperaban sobre los hombres y eran concebidas como una fuerza ajena e incomprensible a las cuales habían de someterse.

Esto no se debe, se comprende, a la sola circunstancia de que los hombres no conociesen las leyes sociales. La causa principal de esa espontaneidad del desarrollo social es que la producción material, lo más importante dentro de la vida de la sociedad, permanecía fuera del control de los hombres. La propiedad privada sobre los instrumentos y medios de producción no permite infundir una dirección consciente a la marcha de la sociedad en su conjunto. Cada uno actúa entonces por su cuenta y riesgo en su empresa, en su taller, en su trozo de tierra, y la sociedad como tal se mueve espontáneamente, sin el control consciente de los hombres. Dividida como está en clases hostiles, no tiene una voluntad común que oriente su desarrollo hacia donde las leyes sociales dictan.

El predominio de las fuerzas ciegas de la sociedad ha penetrado profundamente en la psicología de los hombres. Bastará recordar representaciones místicas como la creencia en la suerte, en el sino, como algo que rige la vida y la muerte de los individuos y pueblos, y también, se sobreentiende, la religión.

Pero también en la sociedad de explotadores la

actividad consciente de los hombres comienza a veces a desempeñar ya un gran papel. Nos referimos, sobre todo, a los períodos de las revoluciones sociales, que presuponen la comprensión de sus principales tareas históricas, siquiera sea en sus líneas más generales, por parte de la clase revolucionaria o, al menos, de su vanguardia. Los ideólogos de la revolución francesa del siglo XVIII no conocían la esencia de las leyes económicas que imponían la sustitución del feudalismo por el capitalismo; no obstante, formularon más o menos acertadamente las reivindicaciones prácticas que de ellas se desprendían (abolición de la dependencia personal de los campesinos y de la reglamentación gremial, supresión de los privilegios de la nobleza, etc.), por cuanto la burguesía tenía un interés vital en que esto se llevase a efecto. Sin embargo, aun siendo así, las consignas acertadas se entrelazaban con otras ilusorias, y los hombres de la Ilustración habrían sentido sin duda gran asombro y desencanto al ver que en vez del "reino de la razón", que sinceramente defendían, triunfaba la más despiadada ley del dinero.

El proletariado es la primera clase de la historia que no alberga ilusión alguna. No necesita engañarse a sí mismo, pues la marcha objetiva de los acontecimientos no se opone ni se opondrá a sus intereses y fines; todo lo contrario, conduce hacia ellos. Tampoco necesita engañar a otros, pues no busca privilegio alguno en perjuicio del resto de los trabajadores: la clase obrera no puede emanciparse sin liberar a la humanidad entera, sin destruir toda explotación del hombre por el hombre.

La clase obrera comienza a valerse conscientemente de las leyes históricas dentro aún de la sociedad capitalista, cuando adquiere su teoría científica, crea su partido político, agrupa a su alrededor a todas las capas trabajadoras del pueblo y lucha en la dirección que le dictan las leyes objetivas del propio capitalismo, que es el paso al socialismo. La revolución social del proletariado es la primera en la historia en que la vanguardia revolucionaria de las masas trabajadoras -el partido marxista-leninista- tiene clara noción del sentido objetivo de sus acciones y dirige conscientemente la lucha de las grandes masas por la transformación revolucionaria del régimen existente.

Cuándo son dominadas las leyes del desarrollo social.

En la época del socialismo, gracias a la propiedad social sobre los medios de producción, los hombres ponen bajo su control la producción de la sociedad en su conjunto. Así pueden fijar, con una base científica, las proporciones entre los distintos sectores de la economía nacional, entre el consumo y la acumulación, entre la producción de artículos de amplio consumo y los ingresos de la población, etc. La concentración en manos de la sociedad socialista de los medios fundamentales de producción permite planificar la economía, lo cual asegura su rápido ritmo de crecimiento.

El hecho de que los hombres utilicen conscientemente las leyes sociales no quiere decir que éstas pierdan su carácter objetivo; la sociedad puede orientarse así libremente en la situación y, teniendo presentes las condiciones objetivas, dirigirse según sus planes hacia los fines propuestos, que son fijados de conformidad con dichas leyes. En principio, es lo mismo que cuando nos referimos a las leyes de la naturaleza. El hombre no puede abolir la ley de la gravitación universal, pero conociendo las leyes de la aerodinámica construye aviones que se elevan en el aire venciendo la atracción de la Tierra. De la misma manera, la sociedad no puede establecer a su arbitrio la proporción de las distintas ramas de la economía nacional, pero el conocimiento de estas proporciones objetivas le permite la planificación consciente de su desarrollo, tomando en consideración sus necesidades, sin temor a crisis ni desproporciones. Así, la necesidad, propia de los fenómenos sociales, se convierte en necesidad conocida.

Las consecuencias sociales de la utilización consciente de las leyes son de capital importancia.

Primeramente, los hombres dejan de ser esclavos de las leyes; en posesión de una teoría científica como se hallan, pueden prever y prepararse de antemano para una u otra acción de las leyes, encaminarla en el sentido que les conviene, etc. En una palabra, los hombres se convierten en señores de sus propias relaciones y de las leyes que las regulan. Y a consecuencia de ello crece el papel de la conciencia social y de la superestructura en su conjunto en el progreso de la sociedad.

Dentro del socialismo, el conocimiento de las leyes objetivas se traduce ante todo en la labor concreta del Partido y del Gobierno en cuanto a la dirección de la vida económica. Cuanto más profundo es el conocimiento de las leyes que rigen la economía socialista, tanto más seguros son los actos del Partido y del Estado al establecer las vías del desarrollo económico del país, tanto más acertada es la dirección de la economía nacional, tanto menor es el peligro de las desproporciones y eventualidades en la marcha de la producción social, tanto más reales son los planes económicos.

En segundo lugar, el conocimiento de las leyes objetivas permite ver claramente la meta final del movimiento tal y como la esboza la marcha entera del desarrollo social. Se comprende que sabiendo cuál es la meta, puede llegarse a ella por un camino más recto, ahorrando esfuerzos y recursos.

En tercer lugar, la coincidencia de la línea objetiva de desarrollo con los intereses, aspiraciones y deseos de la mayoría de la sociedad multiplica los

entusiasmos, las energías y la tenacidad de las masas para la consecución del fin propuesto, con lo cual el avance de la sociedad se acelera.

6. Inconsistencia de la sociología burguesa

El miedo a las leyes de la historia.

El materialismo histórico revela las leyes objetivas del desarrollo social y muestra el camino que permite conocerlas y valerse de ellas en interés de la sociedad. La sociología burguesa, en cambio, o bien centra todos sus esfuerzos en demostrar que la sociedad no conoce ley alguna, o bien trata de deformar el contenido de las leyes sociales.

Esta posición de los sociólogos burgueses no es fruto del azar. En otros tiempos, cuando la burguesía era una clase progresiva, sus ideólogos miraban la sociedad como parte de la naturaleza y trataban de descubrir las "leyes naturales" de su desarrollo. Y aunque tales intentos no llegaron a rebasar hasta el fin el marco de la concepción idealista de la historia, repercutieron favorablemente en la marcha de la ciencia social. Otra cosa completamente distinta es ahora, cuando el capitalismo se encuentra en su ocaso.

¿Cómo explicar acontecimientos tan formidables de nuestros tiempos como el triunfo de la Gran Revolución de Octubre, la formación del sistema socialista mundial, el hundimiento del sistema colonial del imperialismo, etc.?

Admitir que fueron debidos a la acción de leyes significa reconocer como inevitables el fin del capitalismo y el triunfo del socialismo, es decir, romper con la ideología burguesa. Y los hombres de ciencia burgueses, salvo raras excepciones, no son capaces de llegar hasta ahí. Y negar la existencia de leyes objetivas en los acontecimientos de nuestra época significa forzosamente la renuncia a la idea de la ley histórica en general y al estudio científico de las relaciones sociales. Eso es precisamente lo que caracteriza a la moderna sociología burguesa. El miedo a las leyes de la historia, que condenan a la desaparición al capitalismo, empuja a los sociólogos burgueses a su violenta lucha contra el marxismo-leninismo, sin que se detengan ante la deformación del estado real de cosas.

Según indicaba V. I. Lenin, "eliminar de la ciencia las *leyes* no significa en realidad sino *introducir las leyes de la religión"*.[73] De ahí que muchos sociólogos burgueses contemporáneos hagan abiertamente la propaganda del misticismo, que hablen de la "predeterminación divina" del proceso histórico y de la "fuerza misteriosa de la providencia" que gobierna la marcha de la historia. En la lucha contra la concepción materialista de la historia y la visión científica de los fenómenos sociales se recurre a los procedimientos más diversos. Los más importantes de ellos son: la explicación psicológica del desarrollo social; la negación de las leyes objetivas de la historia con el pretexto de que los acontecimientos "no se repiten", y, por último, la sustitución de las leyes históricas por leyes de la biología o de otras ciencias naturales.

Teoría psicológica de la sociedad.

La explicación psicológica del desarrollo social, que, como hemos visto, es característica de la sociología burguesa en períodos anteriores, afirma que la vida social es un producto de la conciencia humana, de la psiquis del hombre. Actualmente la psicología burguesa interpreta la psiquis humana en un sentido irracionalista; el hombre, nos dice, no es un ser consciente, sino que obra principalmente bajo la influencia de impulsos inconscientes y de instintos biológicos. Ese es el punto de vista del psiquiatra y sociólogo austríaco Freud, que tan sensible ascendiente ha ejercido en los medios burgueses; según él, todos los actos de los hombres vienen condicionados por un principio animal, por el instinto sexual principalmente, y la conciencia no es más que la superestructura de los instintos e inclinaciones del subconsciente. Los sociólogos burgueses deducen de todo esto la imposibilidad de una acción consciente sobre las relaciones sociales, de impedir las guerras, etc. Los movimientos revolucionarios son calificados de "histeria de las masas" y a los obreros descontentos con el sistema capitalista se les recomienda acudir al psiquiatra, que les ayudará a "conformarse" con el régimen existente.

La sociología burguesa no se limita a difamar a las masas que mantienen conscientemente la lucha por la democracia y el socialismo, sino que trata de desacreditar el propio fin que esta lucha persigue, cuando declara inmutable la naturaleza animal del hombre. Pero hemos visto ya que la psiquis individual no es lo que determina las relaciones sociales, puesto que ella misma depende de las condiciones históricas. Los "salvajes sentimientos" como la codicia, el "instinto de propiedad", etc., sobre los que escriben los sociólogos burgueses, son en realidad producto de un determinado medio social. La transformación de la conciencia humana en el curso de la revolución socialista, tal como ha sucedido en la U.R.S.S. y en las democracias populares, la aparición de nuevos rasgos espirituales (por ejemplo, el colectivismo, como oposición al individualismo burgués) no deja piedra sobre piedra de las afirmaciones burguesas acerca de que la naturaleza humana no se presta a modificación alguna.

No corren mejor suerte los autores burgueses que ven el motor principal de la sociedad en la conciencia "colectiva", de "grupo" o "social". Hemos visto que, en efecto, la conciencia social, o conjunto de ideas sociales, desempeña un papel importante. Pero bastará preguntarnos por qué en un período concreto

[73] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XX, pág. 182.

imperan unas ideas, y luego otras distintas, o por qué se diferencian las concepciones de las distintas clases, para comprender con absoluta claridad que la vida espiritual de la sociedad en su conjunto o de cada una de las clases es producto y reflejo de su vida material. Negarlo significa suprimir de un plumazo la ciencia de la sociedad y renunciar al conocimiento de las leyes internas que la rigen. Este punto de vista es el que mantienen los sociólogos más reaccionarios, los irracionalistas, con su afirmación de que la historia no puede ser una ciencia y de que no se basa en el conocimiento objetivo, sino en la intuición y en el "acto de fe".

Descripción contra explicación.

Bastante más sutiles son los métodos a que en su lucha contra el determinismo científico recurre la "sociología empírica", corriente que guarda relaciones íntimas con la filosofía del neopositivismo. Sus voceros defienden de palabra el estudio científico y objetivo de los fenómenos sociales, aunque en la práctica toda su "ciencia" se reduce a una simple descripción de hechos sueltos, de los que resulta imposible extraer una conclusión general. Esta actitud se argumenta con razonamientos plausibles acerca de la complejidad de la vida social, del peligro de incurrir en esquematismos, etc. En el mundo no hay dos personas iguales, no hay dos acontecimientos iguales; quiere decirse, concluyen estos sociólogos, que tampoco puede haber leyes generales en el desarrollo histórico.

Pero tal argumentación carece por completo de base. Es verdad que cada acontecimiento histórico se produce una vez y no puede repetirse. No puede haber un segundo Napoleón ni un segundo suicidio de Hitler. Mas tal circunstancia no es óbice para que en este proceso individual se den rasgos comunes y que se repiten, de suerte que un estudio profundo nos permite advertir cierta ley. Por diferentes que hayan sido las circunstancias concretas en que se produjeron las dos guerras mundiales, el análisis científico nos dice que ambas se debieron, en última instancia, a una misma causa: la agudización de las contradicciones entre las potencias imperialistas como consecuencia de su desigual desarrollo económico y político. Por diversas que sean las condiciones de la construcción del socialismo en los distintos países, siempre encontraremos unas leyes generales: la necesidad de la dictadura del proletariado, de la socialización de los medios de producción, etc. El estudio de estos rasgos comunes y que se repiten no conduce al esquematismo y al dogmatismo, como afirman, a coro con los sociólogos burgueses, los modernos revisionistas; todo lo contrario, es una condición imprescindible cuando se trata de investigar los fenómenos sociales, puesto que nos proporciona una base científica de comparación.

Mas la burguesía imperialista siente repugnancia por todo lo que se parezca a ese estudio, ya que inevitablemente pone al desnudo la podredumbre del capitalismo. De ahí que las investigaciones sociológicas se limiten a la descripción de casos parciales y huyan de los problemas generales y básicos.

Deformación de las leyes históricas por el social-darvinismo.

Muchos sociólogos burgueses tratan de encubrir su falsificación de las leyes históricas con un ropaje seudocientífico. Entre sus procedimientos favoritos figura el de reemplazar las leyes sociales por las biológicas. Los adeptos de esta tendencia, aparecida en el siglo XIX y que se conoce con el nombre de social-darvinismo, razonan así: El hombre es parte de la naturaleza, por lo que el desarrollo de la sociedad humana estará sujeto a las mismas leyes que la evolución de las especies biológicas; en la naturaleza nos encontramos con la selección natural y el más fuerte es el que subsiste en la lucha por la existencia: lo mismo ocurre en la sociedad. De ahí se llega a la conclusión de que la lucha de clases es una manifestación de la eterna lucha por la vida, y de que el sistema de explotación capitalista, el yugo colonial, etc., son fenómenos inherentes a la propia esencia biológica del hombre. Por lo tanto, las leyes de la jungla capitalista adquieren fundamentación biológica y son elevadas a la categoría de eternas e inmutables.

No puede haber, empero, nada más falso que semejantes teorías, que dan pie para los más repugnantes prejuicios racistas y de otra índole. "No hay nada más fácil -dice V. I. Lenin- que colgar etiquetas de «energético» o «biólogo-sociológico» a fenómenos como las crisis, las revoluciones, la lucha de clases, etc., pero tampoco hay nada más estéril, escolástico y muerto que esta ocupación."[74] Las leyes de desarrollo de la sociedad humana son leyes específicas, que se diferencian cualitativamente de las leyes de la naturaleza. A diferencia de los animales, que se *adaptan* pasivamente a las condiciones naturales, el hombre *produce* los bienes materiales que le son necesarios. Por eso, siquiera sea, todos los intentos de atribuir a leyes de la biología las calamidades que los trabajadores sufren bajo el capitalismo, no resisten la menor crítica. Contrariamente a lo que sostienen los discípulos del reaccionario Malthus acerca de la "superpoblación" de la tierra, la humanidad está por completo en condiciones de satisfacer sus crecientes necesidades materiales. El sistema de explotación del hombre por el hombre y la lucha de clases a que ello da lugar no es una manifestación de la "lucha por la existencia" biológica, sino consecuencia de un determinado régimen económico-social históricamente

[74] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XIV, pág. 314.

perecedero. Si el capitalista puede explotar al obrero no es porque posea una organización biológica más elevada, sino porque es dueño de los medios de producción, de que el obrero carece. Según demuestra la experiencia de la construcción del socialismo en la U.R.S.S. y en las democracias populares, el régimen socialista pone fin a la desigualdad de clase y a la competencia -el eterno motor del progreso, según la sociología burguesa-, sin referirnos ya a la desocupación, que los sociólogos burgueses esgrimen como prueba de la superpoblación de la tierra. De la misma manera, el despertar de las colonias y pueblos dependientes de Oriente y los rápidos progresos de su vida económico-social y su cultura es un hecho que no deja piedra sobre piedra de las odiosas "teorías" que sostienen la "inferioridad" de los pueblos de color y el "derecho biológico" de la raza blanca a dominar el mundo.

Así, pues, todo cuanto la sociología burguesa hace para desacreditar la concepción materialista de la historia y de oponerle sus lucubraciones idealistas y anticientíficas, recurriendo para ello a torpes arbitrios, no es sino una prueba más de la quiebra a que ha llegado la propia ciencia social de la burguesía.

7. Valor de la concepción materialista de la historia para las demás ciencias sociales y para la práctica social

El materialismo histórico y las ciencias de la sociedad.

De todo lo dicho se deduce claramente la formidable importancia que el materialismo histórico tiene para las ciencias sociales específicas y para la labor práctica de los partidos revolucionarios de la clase obrera. Las ciencias de la sociedad -historia, economía política, derecho, ética, estética y otras- estudian aspectos concretos de la vida social o la historia de distintos países y pueblos. La economía política investiga las leyes de desarrollo de la producción social y de distribución de los bienes materiales; las ciencias jurídicas tratan de la superestructura política de la sociedad, del Estado y el derecho; la ética, de la moral social. etc. *El materialismo histórico es la ciencia que trata de las leyes generales de desarrollo de la sociedad.* En sus conclusiones y tesis sobre la dependencia de la conciencia social respecto del ser social, sobre los cambios del régimen social de conformidad con las modificaciones operadas en las fuerzas productivas, sobre la interacción de la base y la superestructura, etc., quedan formuladas las leyes de la vida de la sociedad como un todo único. Ninguna de las ciencias sociales concretas hace generalizaciones tan amplias como el materialismo histórico, y de ahí que éste sea la base de todas ellas. El materialismo histórico no pretende suplantar ninguna otra ciencia social; les sirve de *método* de conocimiento y, a su vez, se apoya en ellas para sus generalizaciones. El conocimiento de las leyes que el materialismo dialéctico descubre, permite comprender el desarrollo de los distintos aspectos de la vida social o la historia concreta de un país determinado. Ninguna de las ciencias sociales puede adquirir una noción correcta de la materia de que se ocupa si no ve claros sus vínculos con los otros aspectos de la vida de la sociedad y no determina claramente el lugar que ocupa entre todos los fenómenos del desarrollo social.

Al mismo tiempo, la concepción materialista de la historia no es una llave maestra que de por sí nos sirve para explicar cualquier situación o fenómeno histórico. El investigador que se guía por la concepción materialista de la historia tiene en sus manos una brújula que le ayuda a orientarse fielmente en los acontecimientos. Mas estos acontecimientos y las condiciones que los originaron han de ser estudiados con toda la concreción que les caracteriza. Esto supone cada vez el estudio completo del material histórico, de todos los hechos que se refieren a una u otra época. Sólo así se puede encontrar el vínculo interno de los acontecimientos históricos y explicarlos de tal manera que no sean una simple exposición del pasado y el presente, sino que permitan la previsión científica del futuro.

La previsión científica.

Los filósofos y sociólogos burgueses, que niegan las leyes objetivas del desarrollo de la sociedad, consideran imposible la previsión científica del futuro; éste, dicen, depende de los propósitos y deseos de los hombres, que nadie puede anunciar de antemano.

Hemos podido ya ver, sin embargo, que los planes y aspiraciones de las masas vienen determinados por las condiciones objetivas de su vida. De ahí que el conocimiento de las tendencias de desarrollo de la sociedad contemporánea pueda colocarnos en condiciones de prever la futura marcha de los acontecimientos. El porvenir no cae del cielo, y no hace más que dar cuerpo a las posibilidades encerradas en el presente.

Se comprende que el conocimiento de las leyes de desarrollo de la sociedad permite prever únicamente la orientación general de la evolución histórica, pero no sus detalles y formas concretas. Estas, al igual que el plazo en que pueden transcurrir los numerosos procesos sociales, dependen de una infinidad de eventualidades que ni el mayor de los genios podría prever. Con todo y con eso, el conocimiento de la línea general de desarrollo posee una formidable importancia práctica.

Hace más de cien años, en el período en que el capitalismo se encontraba aún en ascenso, Marx y Engels anunciaron su inevitable decadencia y

desaparición como consecuencia de las contradicciones internas de que adolece. Tal previsión se va cumpliendo indefectiblemente en nuestros días.

Mucho antes de la primera guerra mundial, Engels predijo la posibilidad de una conflagración semejante y de sus consecuencias. Como resultado de una guerra mundial, dijo, en Europa serían destronados muchos monarcas y las coronas rodarían a docenas por los suelos, llegándose a una descomposición completa del mecanismo del comercio y la industria, etc. "...Una cosa -escribió entonces Engels- es absolutamente indudable: el agotamiento universal y la creación de condiciones para el triunfo definitivo de la clase obrera."[75] Y en efecto, la primera guerra mundial significó el rompimiento de la cadena del imperialismo por su eslabón más débil, que era Rusia, donde subió al poder la clase obrera.

Hace más de medio siglo Lenin predijo que, al desplazarse el centro del movimiento revolucionario mundial hacia el Este, el proletariado ruso se colocaría a la vanguardia de la revolución socialista. Durante la primera guerra mundial señaló la posibilidad de la victoria del socialismo, primeramente, en uno o varios países. La historia ha venido a confirmar brillantemente tanto lo uno como lo otro.

Los marxistas anunciaron repetidas veces, con muchos años de antelación, el triunfo del movimiento de liberación nacional en las colonias y países dependientes, el triunfo de la revolución en China, el hundimiento del régimen fascista en Alemania, la victoria de los países democráticos, con la U.R.S.S. a la cabeza, en la segunda guerra mundial y otros muchos acontecimientos. Todas estas predicciones se vieron cumplidas porque se apoyaban en el sereno análisis objetivo y científico de la realidad y de las tendencias dominantes en ella. Por el contrario, las innumerables profecías de los políticos y sociólogos burgueses que anunciaban como inevitable el fin del socialismo, el comienzo de un nuevo período de prosperidad del capitalismo, etc., han fracasado vergonzosamente, pues no tenían presentes las leyes reales de la historia y tomaban sus deseos por realidades. La misma suerte correrán los augurios de quienes ahora proclaman histéricamente la "crisis del comunismo" y anuncian el "fin de la cultura humana".

El materialismo histórico y la práctica del movimiento obrero.

La concepción materialista de la historia, como ciencia que es de las leyes generales de desarrollo de la sociedad y como método de conocimiento de los fenómenos sociales, es la base teórica de todo el comunismo científico, de la estrategia y la táctica de los Partidos Comunistas.

El marxismo-leninismo da a los trabajadores la seguridad en el triunfo final de su gran causa cuando muestra que las propias leyes de la sociedad conducen inevitablemente a la sustitución de la formación capitalista por la socialista. También enseña a los líderes del movimiento obrero a pensar ampliamente, a relacionar los intereses del día con los objetivos finales de la clase obrera, a examinar los acontecimientos sociales en su concatenación interna, a ver, detrás de cada acontecimiento, las perspectivas históricas en todo su conjunto. Quien posee y conoce las leyes del desarrollo social se convierte en un soldado consciente de la histórica lucha por el comunismo.

Al mismo tiempo, el método del materialismo dialéctico orienta al análisis concreto de cada situación y de las características que ésta ofrece en uno u otro país y en el mundo entero. Cada partido revolucionario de la clase obrera ha de moverse en una situación peculiar, en unas condiciones nacionales específicas. El éxito de su actuación dependerá en gran parte de su acierto para valorar con un espíritu científico las condiciones objetivas de su lucha, para determinar los fines y el carácter de esa lucha de conformidad con la marcha concreta de los acontecimientos históricos.

Poseer este método no significa aprenderse de memoria las fórmulas y tesis del materialismo histórico. No cuesta gran esfuerzo, por ejemplo, recordar que el conflicto de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción es la base de la revolución social. Poco valdría, sin embargo, el partido de la clase obrera que se limitase a señalar esta verdad general y no estudiase las formas concretas en que este conflicto cobra expresión en el país de que se trate, la correlación de las fuerzas de clase en él, etc. Poseer la concepción materialista de la historia significa asimilar la esencia del análisis de los fenómenos sociales con un criterio materialista y dialéctico, aprender a manejarlo en el estudio de las condiciones concretas de lucha de la clase obrera en cada momento y a sacar conclusiones generales de la valiosísima experiencia práctica del movimiento revolucionario.

Por estas razones, la concepción materialista de la historia ocupa tan importante lugar en la ideología de los partidos revolucionarios de la clase obrera, de todo luchador consciente por la causa del socialismo y de cuantos quieran comprender las leyes del desarrollo social y servir con conocimiento de causa al progreso y al bien de la humanidad trabajadora.

Capitulo V. Las clases, la lucha de clases y el estado

La vida social es muy variada y compleja. En la sociedad, a lo largo de toda su historia, siempre chocaron las aspiraciones diversas y a menudo opuestas de un gran número de gentes; ha habido una

[75] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed, cit., t. XVI, parte I, pág. 304.

lucha incesante entre los hombres, surgieron y se resolvieron las contradicciones más variadas. A la lucha en el seno de cada sociedad se unían los choques entre distintos pueblos y comunidades. La historia es una sucesión constante de períodos de revolución y reacción, de rápido progreso y de estancamiento, de paz y de guerra. El marxismo ha dado por primera vez el hilo que nos lleva hasta la ley que rige ese aparente laberinto y caos: se trata de la *teoría de la lucha de clases.*

Únicamente esta teoría nos permite ver los resortes ocultos que mueven todos los acontecimientos y cambios importantes que se producen en la sociedad de explotación. Es la base científica de que la clase obrera se sirve para determinar la táctica de la lucha que mantiene con objeto de emanciparse de la opresión a que está sometida.

1. Esencia de las diferencias de clase y de las relaciones entre las clases

Los choques y contradicciones que se producen entre los hombres de diversa condición social condujeron a los pensadores avanzados, antes de que Marx saliera a la palestra, a la idea de que existen distintas clases sociales enfrentadas unas a otras. Su noción de las clases era, sin embargo, muy difusa e indefinida. De entre los muchos caracteres que diferencian a los hombres pertenecientes a clases distintas, esos pensadores no pudieron destacar lo que es principal y decisivo. De ahí que los principios de división de las clases que esos pensadores proponían no abarcasen la esencia del problema y a menudo fuesen accidentales y arbitrarios. Esto último es aplicable, en grado todavía mayor, a la sociología burguesa de nuestros tiempos.

Los sociólogos burgueses admiten que la sociedad no es homogénea y se compone de numerosos estratos y grupos. Ahora bien, ¿qué hay en el fondo de esta estratificación? Las respuestas varían. Unos colocan en primer plano el factor espiritual, la comunidad psicológica, de ideas religiosas, etc. Pero nosotros hemos visto ya que la conciencia social depende del ser social. Otros ven el principio de la división de clases en el bienestar material: volumen de los ingresos, condiciones de vivienda, etc. Pero ese volumen de los ingresos depende del lugar que la clase ocupa en la producción social, de si posee los medios de producción o de si es una clase oprimida y explotada. De esto depende también su papel en la vida política, su nivel de cultura y su modo de vida.

El factor principal y decisivo de la vida social es la producción material; quiere decirse que la base de la división de la sociedad en clases ha de buscarse en el lugar que unos u otros grupos ocupan en el sistema de la producción social, en la relación en que se encuentran respecto de los medios de producción.

La definición más completa de las clases la encontramos en *Una gran iniciativa,* de V. I. Lenin: "Llamamos clases a los grandes grupos de personas que se diferencian por el lugar que ocupan en un sistema de producción social históricamente determinado, por su relación (en la mayoría de los casos legalmente refrendada) respecto de los medios de producción, por su papel en la organización social del trabajo y, por consiguiente, por el modo de obtención y el volumen de la parte de riqueza social de que disponen. Las clases son grupos de hombres de los que uno puede apropiarse el trabajo de otro gracias a los diferentes lugares que ocupan en un determinado sistema de economía social."[76]

La existencia de las clases es justamente la base de la injusticia social que caracteriza a la sociedad en que existe la explotación. No es la "voluntad del jefe" ni son las cualidades individuales de los hombres - como siempre trataron de demostrar los ideólogos de las clases explotadoras-, sino el hecho de que pertenezcan a una u otra clase, lo que explica la situación preponderante y privilegiada de unos y la opresión, miseria y carencia de derechos de los otros.

Esto no significa, ciertamente, que todas las demás diferencias y relaciones de la sociedad, exceptuadas las de clase, carezcan de valor. En el curso de la evolución histórica de la humanidad se han estructurado bastantes formas estables de comunidad social que no coinciden con la división en clases. Así es, por ejemplo, la comunidad nacional, la nación.

Clase y nación.

Los vínculos nacionales son muy estables. Esto induce a menudo a los sociólogos burgueses a presentarlos como relaciones "naturales" de valor más sustancial que las relaciones de clase. Tal criterio, sin embargo, es profundamente equivocado.

Ante todo, las relaciones nacionales, como las de clase, no existieron siempre. Son producto de un largo desarrollo histórico. Las formas de comunidad de los hombres guardan estrechos vínculos con el carácter del régimen social y cambian al mismo tiempo que éste. En el régimen de la comunidad primitiva, la forma fundamental de convivencia humana eran la *gens* y la *tribu.* El rasgo principal que distinguía a los componentes de una gens y los separaba del resto era el origen común, el parentesco de consanguinidad. Al desintegrarse la comunidad primitiva, la estabilidad de la gens y la tribu se viene abajo y se debilita el significado de los vínculos de sangre. La unión de varias federaciones de tribus da lugar a la *nacionalidad,* Los hombres pertenecientes a ella no están ya relacionados por lazos de parentesco. Los rasgos que les son afines (comunidad de lengua, de territorio, de cultura) tienen ya un origen social, histórico. Pero la unidad de la nacionalidad es aún muy precaria. Ni dentro del

[76] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIX, pág. 388.

régimen esclavista ni del feudal podía existir la unidad de vida económica que es la condición necesaria para una unidad territorial duradera y para una comunidad estable de cultura. Sólo en la época en que se estructura el capitalismo, cuando éste pone fin a la dispersión feudal y da origen a la formación de un mercado nacional único, aparecen las premisas necesarias para que surja la nación.

La comunidad nacional no se puede tampoco identificar con la *raza,* como hacen muchos sociólogos burgueses. La división en razas se guía por las diferencias de caracteres morfológicos hereditarios, como son el color de la piel, la forma del cráneo, el pelo, etc. De ahí las tres grandes razas que la ciencia distingue: indoeuropea (o blanca), negroide (o negra) y mongoloide (o amarilla). Los caracteres raciales, a diferencia de la comunidad nacional, son de índole biológica y aparecieron como resultado de una larga adaptación del organismo humano a determinadas condiciones naturales. A una misma raza pertenecen diversas naciones. Por otra parte, dentro de una misma nación hay a veces hombres con distintos caracteres raciales (por ejemplo, los negros, blancos e indios de algunos países iberoamericanos). No existe tampoco un vínculo interno entre raza y lengua. Así, el inglés es en los Estados Unidos la lengua de blancos y negros. De ahí que nociones como "raza alemana" o "raza anglosajona" sean simplemente un absurdo. La afirmación de los racistas de que unas razas o naciones son superiores a otras y de que los pueblos de color son menos capaces que la raza blanca, quedan refutadas por la ciencia y por cuanto la historia universal nos dice. Todos los pueblos de la tierra son capaces de crear valores culturales y el volumen de su aportación a la cultura mundial no viene determinado por el color de la piel o la forma del cráneo, sino por las peculiaridades de su desarrollo histórico.

El marxismo-leninismo entiende por nación *la comunidad de hombres, estable e históricamente formada, surgida sobre la base de la comunidad de lengua, de territorio, de vida económica y de mentalidad, que se manifiesta en la comunidad de cultura (J. V. Stalin)*[77]

La comunidad nacional no puede suprimir las diferencias de clase en el seno de la nación. Antes al contrario, tales diferencias penetran en toda su vida y la escinden en partes hostiles. La comunidad nacional, por tanto, no excluye el antagonismo de clase. Más aún, si no tomamos en cuenta este último, nos será imposible comprender acertadamente el mismo movimiento nacional.

Por otra parte, la solidaridad de clase rebasa el marco de la nación. Los capitalistas americanos, alemanes y franceses hablan lenguas distintas. Pero les aproxima su filiación a una misma clase, y esto les lleva a unirse contra el socialismo, el movimiento obrero y la lucha de liberación nacional de las colonias. De la misma manera, los obreros pertenecen a nacionalidades y razas distintas, pero son ante todo proletarios, y esto determina la comunidad de sus intereses internacionales, de sus fines y su ideología, haciendo que las diferencias entre ellos retrocedan a un segundo plano. Los obreros conscientes comprenden que las discordias nacionales y el aislamiento lesionan los intereses internacionales de la clase obrera y luchan contra cualquier forma de discriminación nacional o racial.

La escisión de la sociedad en clases es un fenómeno históricamente transitorio.

Cuando los ideólogos de las clases pudientes tratan de justificar la desigualdad social, siempre la presentan como un fenómeno eterno e inherente a cualquier sociedad humana. Eso no es cierto. El régimen de la comunidad primitiva no conocía la división de la sociedad en explotadores y explotados, y el fenómeno se borra definitivamente dentro del socialismo.

La aparición de las clases va directamente unida a la propiedad privada sobre los medios de producción, que hace posible la explotación del hombre por el hombre y la apropiación por unos del trabajo de otros.

En determinada etapa del desarrollo, la escisión de la sociedad en clases era inevitable e históricamente necesaria. Mientras el trabajo humano era tan poco productivo que proporcionaba sólo un excedente reducidísimo sobre los recursos necesarios para la existencia, señala Engels, el incremento de las fuerzas productivas, la ampliación de las relaciones, el progreso del Estado y del derecho y la creación de las ciencias y las artes eran sólo posibles mediante la intensa división del trabajo, que tenía por base la gran división de éste entre la masa, dedicada a simples ocupaciones manuales, y unos pocos privilegiados que dirigían los trabajos, y se dedicaban al comercio y a la administración de los asuntos públicos y que, más tarde, cultivaron también la ciencia y el arte.[78] La clase que se encontraba a la cabeza de la sociedad, se comprende, no perdía la ocasión de cargar sobre las masas un trabajo cada vez mayor, movida por el deseo de aumentar sus beneficios.

Ahora bien, una vez que el desarrollo de las fuerzas productivas coloca en el orden del día la sustitución de la propiedad privada por la propiedad social y la abolición de las relaciones basadas en la explotación, la existencia de las clases pierde todo su terreno. El mantenimiento de las clases, además de ser superfluo, se convierte en un obstáculo que entorpece los avances ulteriores de la sociedad.

En la sociedad socialista no hay ya clases

[77] J. V. Stalin, *Obras,* ed. rusa, t. II, pág. 296.

[78] F. Engels, *Anti-Diihring,* ed. cit., pág. 170.

explotadoras, las relaciones entre obreros y campesinos adquieren un carácter sustancialmente nuevo, que excluye la explotación y el predominio de una clase sobre otra. Iniciase la época de la desaparición de las diferencias que aún subsisten entre las clases. Finalmente, al pasar al comunismo, las clases dejan de existir.

Por lo tanto, la división de la sociedad en clases y la hostilidad entre ellas son sólo un rasgo inseparable de la época en que impera la propiedad privada.

Estructura de clase de la sociedad.

Por la posición que ocupan dentro de la sociedad, las clases se dividen en fundamentales y no fundamentales. Se denominan clases *fundamentales* aquellas sin las que resulta imposible el modo de producción preponderante y que deben su origen a este modo de producción. En la sociedad de la esclavitud eran los esclavistas y los esclavos; en la feudal, los señores y los siervos; en la burguesa, los capitalistas y los obreros. Se trata, pues, de clases de las que una posee los medios principales de producción y se encuentra en el poder, mientras que la otra agrupa a la gran masa de los explotados. Las relaciones entre esas clases son siempre antagónicas, se basan en la oposición de intereses. El capitalista, por ejemplo, ve su interés en obligar a trabajar al obrero cuanto más mejor y en pagarle lo menos que puede. El interés del obrero, se entiende, es diametralmente opuesto. La incompatibilidad de intereses de las clases antagónicas da origen a una lucha irreductible entre ellos. "Libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra, opresores y oprimidos se encontraban en perpetuo antagonismo, mantenían una lucha constante, ya latente, ya abierta, que terminaba siempre con la transformación revolucionaria de todo el edificio social o con la desaparición conjunta de las clases en pugna."[79]

Además de estas clases, en la sociedad de explotación hay otras que *no son fundamentales.* Por ejemplo, en la sociedad esclavista existían los campesinos artesanos libres; en la capitalista, descontando a la burguesía y a los obreros, tenemos a los campesinos y, en muchos países, a los terratenientes, etc. La existencia de estas clases no fundamentales con sus peculiares intereses, junto a toda una serie de capas sociales (por ejemplo, los intelectuales), convierte en un fenómeno muy complejo las relaciones entre las clases.

Las clases de la sociedad burguesa.

Las clases fundamentales de la sociedad burguesa están integradas por los *capitalistas* (burguesía) y los *obreros asalariados* (proletariado).

La burguesía es la clase de quienes poseen los medios fundamentales de producción y vive a expensas del trabajo asalariado de los obreros, a los cuales explota. Es la clase dominante de la sociedad capitalista.

Hubo tiempos en que la burguesía cumplió un papel progresivo en el desarrollo de la sociedad, a la cabeza de la lucha contra las caducas relaciones feudales. En busca del beneficio y espoleada por la competencia, infundió un poderoso impulso a las fuerzas productivas. Mas a medida que las contradicciones del capitalismo se ahondaban, la burguesía deja de ser una clase progresiva y se convierte en reaccionaria, a la vez que su dominación significa el principal estorbo que se levanta en el avance de la sociedad.

El creador de las formidables riquezas que la burguesía se atribuye es la clase obrera, principal fuerza productiva de la sociedad capitalista. Al propio tiempo, es una clase desprovista de medios de producción y que se ve obligada a vender al capitalista su fuerza de trabajo.

A medida que el capitalismo avanza, aumenta la riqueza de los grandes capitalistas, a la vez que crece la opresión y la protesta de la clase obrera, "que es instruida, unida y organizada por el mecanismo del propio proceso de la producción capitalista" *(Marx).*[80]

El desarrollo del capitalismo trae consigo, pues, el robustecimiento de su sepulturero, de la clase obrera, que es portadora de un modo más elevado de producción, como es el socialista.

Mas en ningún país del capital se circunscribe la sociedad a estas dos clases. En ningún sitio ha existido ni existe el capitalismo "puro". El capital penetra en todas las ramas de la economía nacional y las transforma, pero sin destruir por completo las viejas formaciones económicas.

Por eso, en muchos países burgueses se conserva la gran propiedad agraria de los *terratenientes.* Estos organizan la explotación de sus fincas al modo capitalista, si se presenta la ocasión adquieren empresas industriales, compran acciones de sociedades anónimas y se convierten en capitalistas. De la clase de los terratenientes se nutren en buena parte la Administración pública y la oficialidad del Ejército y de la Marina. Por sus intereses, ideas y aspiraciones políticas, los grandes terratenientes suelen pertenecer a la parte más reaccionaria de la burguesía y son uno de los baluartes del fascismo (recordemos el ejemplo de los junkers prusianos en Alemania).

Los *campesinos* integran una clase que procede de la sociedad feudal y que pasa a la capitalista. A excepción de su capa más acomodada (burguesía rural), son una clase sometida a explotación, la cual adopta entre ellos formas diversas: arrendamiento que satisfacen al propietario de la tierra, préstamos y empréstitos que reciben en condiciones onerosas de

[79] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 424.

[80] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, pág. 766.

los capitalistas, explotación directa de los campesinos pobres, obligados a ganarse un jornal en los campos de los terratenientes y campesinos ricos, etc. El conjunto de los campesinos ha de satisfacer también un tributo a los grandes capitalistas en forma de altos precios de los artículos industriales que adquieren.

Los campesinos que trabajan tierra propia, los artesanos y los pequeños comerciantes forman la capa, bastante numerosa, de la *pequeña burguesía.* A ella pertenecen quienes son propietarios de los reducidos medios de producción que emplean, pero que, a diferencia de la burguesía, no viven de la explotación del trabajo ajeno. Los pequeños burgueses ocupan en la sociedad capitalista una situación intermedia. Como propietarios privados guardan afinidad con la burguesía, pero como hombres que viven de su trabajo se acercan a los obreros. Esta situación intermedia de la pequeña burguesía es origen de su posición inestable y vacilante en la lucha de clases.

A medida que avanzan la industria, la técnica y la cultura, en la sociedad capitalista aparece la amplia capa de los *intelectuales,* es decir, de los hombres del trabajo intelectual (ingenieros y técnicos, maestros, médicos, funcionarios, científicos, escritores, etc.). Los intelectuales no forman una clase independiente; son una capa social específica que vive de la venta de su trabajo intelectual. Proceden de diversas capas de la población, principalmente de las clases acomodadas, y sólo en parte de los trabajadores. Por su posición económica y modo de vida ofrecen también diferencias. Sus estratos superiores -altos funcionarios, abogados con buena clientela y otros- se aproximan a los capitalistas, mientras que los bajos se acercan a los trabajadores. A medida que la lucha de clases se ensancha en los países capitalistas, su parte avanzada se incorpora a las posiciones del marxismo-leninismo y participa en la lucha revolucionaria de la clase obrera.

En la sociedad burguesa existe aún otra capa, la de los elementos desclasados o lumpemproletariado, que forman los "bajos fondos" del capitalismo: bandidos, ladrones, mendigos, prostitutas, etc. Esta capa se nutre constantemente de elementos salidos de diversas clases a los que las condiciones de la sociedad capitalista arroja al "fondo". Los anarquistas afirman que el lumpemproletariado es el elemento más revolucionario de la sociedad capitalista. La historia de los últimos cien años ha dado íntegramente la razón a Marx y Engels cuando éstos definían al "proletariado andrajoso" como una fuerza que por su situación en la vida se muestra inclinada a venderse para toda clase de manejos reaccionarios.[81] En la Alemania hitleriana, los delincuentes ingresaron en masa en las organizaciones fascistas, en los destacamentos de asalto y de S.S. En los Estados Unidos, las bandas de gangsters son un instrumento de violencia que se emplea en gran escala contra los obreros, los negros y los líderes progresistas.

Al hablar de las clases y capas de la sociedad capitalista hemos de tener presente también las diferencias en el seno de las mismas. Dichas diferencias son particularmente sensibles entre la burguesía monopolista y no monopolista (y en las colonias, entre la burguesía nacional y las capas de la misma aliadas a los colonizadores). Al profundizarse, como ocurre en nuestros días, desempeñan, y así lo veremos más adelante, un gran papel en la vida política de la sociedad burguesa contemporánea.

Así, pues, la sociedad burguesa ofrece un cuadro extraordinariamente complejo de diferencias y relaciones de clase. Una clara visión de las mismas es condición imprescindible para que la clase obrera y sus partidos se tracen una política y una táctica acertadas. Pero tan importante como esto es ver, tras toda esa diversidad, la principal contradicción de clase de la sociedad burguesa: el antagonismo entre la clase obrera y la burguesía. Esta contradicción es la que ha de presidir nuestro análisis de todos los fenómenos sociales. Por muchas que sean las modificaciones que el capitalismo sufra, por mucho que se compliquen su estructura de clase y las relaciones entre las clases, siempre será una sociedad basada en la explotación. Y en una sociedad así, lo principal en las relaciones entre las clases será la lucha irreconciliable entre los explotados y los explotadores.

2. El estado como instrumento de la dominación de clase

La teoría marxista-leninista de las clases y de la lucha de clases proporciona la clave para la comprensión del Estado, que es uno de los fenómenos más complejos en la vida de la sociedad humana, explica científicamente su esencia, origen y desarrollo, la sustitución de unos Estados por otros y su inevitable desaparición.

Origen y esencia del Estado.

La historia demuestra que la existencia del Estado se halla vinculada a las clases. En las fases primeras de desarrollo de la humanidad, bajo el régimen de la comunidad primitiva, no había clases y tampoco se conocía el Estado. La dirección de los asuntos públicos corría a cargo de la sociedad misma.

Luego aparece la propiedad privada y con ella la desigualdad económica; la sociedad se escinde en clases antagónicas y la dirección de los asuntos públicos experimenta un cambio radical. Era ya imposible decidir esos asuntos por el acuerdo unánime de toda la sociedad o de su mayoría. Las clases explotadoras se apoderan de los puestos de mando. Pero siendo como eran una reducida minoría,

[81] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 434.

estas clases sólo podían mantener el sistema que les favorecía recurriendo a la coerción directa, a la fuerza, que venía en ayuda de su poderío económico. Para esto hacía falta un aparato especial: grupos armados (ejército, policía), tribunales, cárceles, etc. A la cabeza de este aparato de coerción se colocan gentes que interpretan los intereses de la minoría explotadora, y no de la sociedad en su conjunto. Así se forma el Estado, que es una máquina para mantener la dominación de una clase sobre otras. Poniendo en juego esa máquina, la clase económica dominante consolida el régimen social que le conviene y mantiene por la fuerza, dentro de un determinado modo de producción, a sus enemigos de clase. De ahí que en la sociedad basada en la explotación el Estado sea siempre en esencia la dictadura de la clase o clases de los explotadores.

Con relación a toda la sociedad en su conjunto, el Estado es un instrumento de dirección y gobierno de la clase dominante; con relación a los enemigos de esta clase (en la sociedad de explotación se trata de la mayoría), es un instrumento de represión y de violencia.

El Estado es, pues, un producto de las irreductibles contradicciones de clase. "Aparece donde, cuando y en la medida en que las contradicciones de clase *no pueden* ser, objetivamente, conciliadas."[82] El poder político de la clase económicamente dominante: tal es la esencia del Estado, la naturaleza de sus relaciones con la sociedad, aunque también presenta otras características.

Únicamente podemos hablar de Estado cuando el poder político de una u otra clase se extiende a un determinado *territorio* y afecta a la *población* que en él vive: ciudadanos o súbditos.

La extensión del territorio y la cuantía y composición de la población pueden influir, ciertamente, en el poderío del Estado y, en algunos casos, en la forma que el mismo adopta. Pero no es esto lo que determina su esencia, sino su naturaleza de clase.

Tipos y formas del Estado.

Los Estados, lo mismo los que existieron en otros tiempos como los actuales, ofrecen por sus tipos y formas un cuadro que no puede ser más diverso: tenemos los imperios despóticos de Asiria, Babilonia y Egipto, las repúblicas griegas, el Imperio Romano, los principados de la Rus de Kiev, las monarquías del Medievo, las repúblicas parlamentarias de nuestros tiempos y, en fin, la república socialista.

El tipo de Estado viene definido por la clase a la cual sirve, es decir, en última instancia, por la base económica de la sociedad. De ahí que el tipo de Estado corresponda a una formación económico-social. La historia conoce tres grandes tipos de Estado basado en la explotación: *esclavista, feudal* y *burgués.* Todos ellos tienen de común y característico el dominio de los explotadores, es decir, de una pequeña parte de la sociedad, sobre los explotados, que son la inmensa mayoría. Un Estado nuevo y completamente distinto es el *socialista,* en el que el poder pertenece a la clase obrera y a todos los trabajadores, que integran la mayoría o la totalidad del cuerpo social.

El tipo de Estado expresa, pues, su esencia de clase. La forma, en cambio, nos habla de la organización de los órganos de poder y gobierno, de su régimen político. Atendiendo a este criterio tenemos la *monarquía,* al frente de la cual se halla una persona que no es elegida por la población (rey, emperador), y la *república,* donde el poder es electivo. Hay también Estados en los que se combinan rasgos de ambas formas, por ejemplo, la monarquía constitucional, en la que el poder del rey o del emperador se ve restringido por la ley -Constitución- y las funciones de gobierno corren a cargo de órganos electivos.

La forma del Estado es inseparable del régimen político establecido por la clase dominante. Este régimen puede ser distinto en Estados de un mismo tipo. Así, el Estado burgués no adopta sólo la forma de república democrática, sino también la del régimen terrorista del fascismo. La aparición de unas u otras formas de Estado, su desarrollo y prosperidad, lo mismo que su decadencia y su sustitución por otras formas distintas, no obedecen al azar.

La variedad de formas en los Estados de un mismo tipo depende, ante todo, de las modificaciones experimentadas por el régimen económico y por la correlación de las fuerzas de clase y de los distintos grupos en el seno de las clases dominantes.

Al período de la dispersión feudal, en el que cada hacienda representaba en realidad una economía independiente y los vínculos económicos entre ellas eran muy débiles, corresponde un Estado descentralizado, con un poder central débil y una gran independencia política de los señores. En el período de desintegración del feudalismo, cuando se incrementan las relaciones mercantiles monetarias, los vínculos económicos entre las distintas comarcas y entre los Estados, en que se robustece el papel económico de la burguesía, surge el Estado centralizado con la forma de la monarquía absoluta.

Pero hay también otros factores que influyen sobre la forma del Estado: las tradiciones nacionales, la continuidad en la evolución de las instituciones políticas, la conciencia política del pueblo, las relaciones con otros países (por ejemplo, el peligro de una agresión), etc.

La ciencia marxista-leninista atribuye gran importancia a la forma del Estado. Así, bajo la dominación de la burguesía, una forma más democrática brinda condiciones más propicias para el

[82] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXV, págs. 358-359.

progreso social, para los avances de la cultura y la ciencia y para la lucha de las masas trabajadoras contra el yugo y la explotación.

Pero ninguna forma, ni la más democrática, está en condiciones de cambiar la esencia del Estado de explotación como instrumento de dominación de una clase sobre otras. El Estado esclavista tuvo en Egipto la forma oriental de monarquía despótica gobernada por los faraones; en Atenas, la forma de democracia; en Roma, la de república aristocrática y más tarde de imperio, etc. A pesar de tan gran variedad de formas, la esencia de todos estos Estados era la dominación de clase de los esclavistas sobre los esclavos.

El Estado burgués.

También el Estado burgués puede adquirir formas distintas: república democrática, monarquía constitucional, dictadura descarada de tipo fascista. Pero cualquiera que sea su forma, siempre es un instrumento de la burguesía, es decir, un arma que la burguesía emplea para mantener sometidas a las masas trabajadoras.

El Estado democrático-burgués era un gran paso adelante en comparación con los tipos anteriores. La revolución burguesa puso fin al régimen de la monarquía absoluta, que se había hecho odiosa al pueblo. Estableció el sistema representativo, el tribunal de jurados y otras instituciones democráticas, y, bajo la presión de las masas revolucionarías, sus Constituciones proclamaron muchos principios de la democracia.

Sin embargo, de la misma manera que el régimen económico del capitalismo no había suprimido la explotación de las masas trabajadoras, limitándose a cambiar su forma, la democracia burguesa no alteró la naturaleza antipopular del poder político de los explotadores. Las instituciones democráticas de la burguesía son democráticas en el papel, no aseguran a los trabajadores la posibilidad real de ejercer los derechos que se proclaman. Y no podía ser de otro modo, pues el régimen económico del capitalismo es incompatible con la igualdad real y la libertad de hecho. Incluso el Estado burgués más democrático tiene por misión la defensa y justificación del sistema capitalista y de la propiedad privada, con las consiguientes medidas represivas contra los trabajadores, que quieren poner fin a ese estado de cosas.

Así podemos verlo muy especialmente en nuestra época, en que la burguesía imperialista renuncia a las instituciones y formas democráticas conquistadas por el pueblo y mantiene su ofensiva contra los derechos y libertades individuales. La mejor confirmación de que esto es así es el Estado fascista -la dictadura de la parte más reaccionaria y agresiva de la burguesía monopolista-, que existió en Italia (1922-1943) y en Alemania (1933-1945) y que todavía perdura en España.

Esa tendencia de la burguesía a abandonar la democracia tropieza con la resistencia de las fuerzas democráticas y socialistas, cada vez más poderosa y organizada, al frente de las cuales se encuentra la clase obrera con sus partidos marxistas.

Tales son algunas de las tesis fundamentales del materialismo histórico por lo que al Estado se refiere. La doctrina marxista-leninista sobre el Estado no se reduce, se comprende, a lo que acabamos de exponer. Son muchos los elementos nuevos y peculiares que a esta doctrina aporta la experiencia de la época moderna, sobre todo la experiencia de los trabajadores que crearon un Estado de nuevo tipo, como es el socialista. A ello volveremos en la sección quinta de este libro.

3. La lucha de clases como fuerza motriz del desarrollo de la sociedad basada en la explotación

Los ideólogos reaccionarios, atemorizados por la lucha de los trabajadores, tratan de presentar la lucha de clases como algo que se opone al progreso, como una peligrosa desviación de la marcha normal de la sociedad en su desarrollo. Nada puede haber tan lejos de la verdad como esta afirmación. Lo cierto es que la lucha de clases no es ningún estorbo para el progreso; todo lo contrario, representa la fuerza motriz que hace avanzar la sociedad.

Legitimidad de la lucha de clases.

La lucha de clases preside toda la historia de la sociedad basada en la explotación. Su significado creador y progresivo se pone de relieve incluso en las condiciones de desarrollo "pacífico" y evolutivo de una formación cualquiera.

La burguesía gusta de atribuirse el mérito del enorme progreso técnico alcanzado en la época del capitalismo. Pero los avances de la técnica, en sí, interesan muy poco al capitalista. Si no tropezase con la resistencia de los obreros, preferiría acrecentar sus ganancias con procedimientos tan "sencillos" y "económicos" como la reducción del salario y la prolongación de la jornada. Si el capitalista busca otros caminos para aumentar sus ganancias -nuevas máquinas, aplicación de otras técnicas o inventos- no lo hace sólo empujado por la competencia, sino también, y en gran parte, por la tenaz lucha que la clase obrera mantiene en defensa de sus intereses.

Un formidable papel de progreso representa la lucha de las clases oprimidas en la vida política. Sabemos, por ejemplo, que en la época de las revoluciones burguesas la burguesía francesa no se proponía la implantación de la república y propugnaba la monarquía como forma de gobierno más apropiada para mantener bajo su férula a los trabajadores. Poco a poco, sin embargo, bajo la influencia de la creciente lucha del proletariado y de todos los trabajadores, como escribe Lenin, "se vio toda ella *transformada* en republicana, reeducada,

instruida de nuevo y regenerada"[83], viéndose obligada a crear un régimen político más en consonancia con las reivindicaciones que los trabajadores presentaban.

De no existir la tenaz lucha de las clases trabajadoras, la vida política de los países capitalistas contemporáneos sería muy distinta. Ya sabemos que en la época del imperialismo la burguesía trata por todos los medios de recortar y suprimir las libertades democráticas, de limitar las facultades de los órganos representativos, y en particular del Parlamento, y de sofocar cuanto de democrático y progresivo hay en la cultura de los países capitalistas. Sólo la empeñada lucha de las masas trabajadoras, dirigidas por el proletariado, pone un freno a estas antipopulares tendencias. En las condiciones en que hoy nos encontramos, esa lucha puede proporcionar frutos magníficos, defender la paz, la democracia y la soberanía nacional y cerrar el camino a las fuerzas del fascismo, de la reacción y de la guerra.

Cuanto más tenaz es la lucha de las clases oprimidas contra los explotadores, cuanto mayores son los éxitos que alcanzan en su resistencia a la opresión, más rápido es de ordinario el progreso en todas las esferas de la vida social.

La revolución social.

El papel de la lucha de clases como fuerza motriz de la sociedad de explotación se pone de manifiesto con singular evidencia en la época en que una formación económico-social sustituye a otra, es decir, en la época de las revoluciones sociales.

El conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, que es la base económica de la revolución social, madura lentamente, poco a poco, mientras el viejo modo de producción evoluciona. Mas para solucionar este conflicto hace falta derribar las relaciones de producción imperantes, y eso jamás se logrará conseguirlo mediante modificaciones graduales. Y ello porque a estas relaciones, incluso después de que dejaron de responder al nivel de las fuerzas productivas, se encuentran íntimamente vinculados los intereses de las clases dirigentes. Estas sólo pueden mantener su vida parasitaria y su privilegiada situación mientras no se atente contra la forma de propiedad que impera en la sociedad dada. Ninguna clase explotadora ha renunciado ni renunciará voluntariamente a sus propiedades, a todo cuanto le proporciona una situación privilegiada.

Y la clase dominante, aun caduca, no es simplemente un grupo de hombres cuyos intereses divergen de los de la sociedad en su conjunto, sino una fuerza organizada que durante largo tiempo detentó el poder. La clase gobernante dispone del Estado, de un fuerte aparato de violencia, y sus intereses se hallan defendidos por la superestructura política e ideológica. La situación dominante de las viejas relaciones de producción se ve refrendada por todo el aparato económico, político y espiritual de la clase que se encuentra en el poder. De ahí que estas relaciones no puedan ser reemplazadas por vía evolutiva, sino mediante una revolución que barra cuanto se opone al avance de las nuevas relaciones económicas, y ante todo la dominación política de las clases caducas. Esta *revolución social* exige la lucha más enérgica de las clases oprimidas. El problema central de la revolución es el del poder político, que ha de pasar a manos de la clase portadora de las nuevas relaciones de producción. El nuevo poder político es la fuerza que lleva a cabo las transformaciones ya maduras en la vida económica y social de la sociedad.

No todo cambio político, aun implantado por la violencia, es una revolución. Cuando lo que se quiere es el restablecimiento de unas relaciones sociales y de unos sistemas caducos, es todo lo contrario, una contrarrevolución, que no trae el progreso, sino el estancamiento, el retroceso de la sociedad, multiplicando estérilmente los sacrificios y calamidades de millones de seres.

El paso de una formación a otra más elevada viene condicionado en última instancia por el desarrollo de las fuerzas productivas; esto no quiere decir, sin embargo, que la revolución social, cualesquiera que sean las condiciones históricas, ha de empezar en los países donde la técnica y la productividad del trabajo se encuentran a un nivel más alto. En la fase superior del capitalismo, la imperialista, cuando el sistema capitalista está ya maduro en su conjunto para el paso al socialismo, la revolución socialista se puede producir antes en países menos desarrollados, siempre y cuando las contradicciones sociales y políticas hayan alcanzado la suficiente virulencia. Esta conclusión de Lenin, a la que volveremos más adelante, se ha visto confirmada, como sabemos, por la propia historia.

Carácter y fuerzas motrices de las revoluciones sociales.

La historia conoce revoluciones sociales de diversa índole, que se diferencian por su carácter y por las fuerzas motrices que las ponen en marcha.

Cuando hablamos del carácter de la revolución nos referimos a su contenido objetivo, es decir, a la esencia de las contradicciones sociales que resuelve y al régimen que trata de establecer. Así, la revolución francesa de 1789 era de carácter burgués, pues de lo que se trataba era de suprimir las relaciones feudales y de implantar el régimen capitalista. La Revolución de Octubre de 1917 en Rusia tenía como objeto la supresión de las relaciones capitalistas y el establecimiento del régimen socialista. Por su carácter era, pues, socialista.

Las fuerzas motrices de la revolución son las

[83] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit , t. XVII, pág. 368.

clases que la llevan a cabo. No dependen sólo del carácter de la revolución, sino también de las condiciones históricas concretas en que ésta se produce. De ahí que revoluciones de un mismo tipo, de idéntico carácter, se diferencien a menudo por sus fuerzas motrices. Así, la fuerza motriz de las revoluciones burguesas europeas de los siglos XVII y XVIII estaba constituida, además de la burguesía, por los campesinos y los elementos pobres de la ciudad, por la capas pequeñoburguesas. El jefe de estas revoluciones era la burguesía. Y en Rusia, en la revolución de 1905-1907 y en la democrático-burguesa de febrero de 1917, la burguesía - convertida en una fuerza reaccionaria por su miedo a la lucha revolucionaria del proletariado- no sólo pierde la hegemonía, sino que deja de actuar como fuerza motriz; la revolución democrático-burguesa rusa fue obra de la clase obrera y de los campesinos.

Papel creador de la revolución social.

Las clases dominantes, movidas por su pánico a la revolución, tratan de presentarla como un monstruo sediento de sangre, como una fuerza ciega de destrucción capaz sólo de sembrar la muerte, la devastación y calamidades sin cuento.

Si hemos de hablar de víctimas, de sangre, de sufrimientos humanos, la historia entera de las sociedades basadas en la explotación y opresión de las masas trabajadoras no puede ser más siniestra. Así lo vemos incluso en los períodos de su avance por vía evolutiva. Con letras de sangre está escrito, por ejemplo, en la historia de muchos países, el proceso de centralización del Estado por el que fueron absorbidos los pequeños principados feudales. Y lo mismo puede decirse del capitalismo, que en su desarrollo evolutivo ha causado un número incomparablemente mayor de víctimas y sufrimientos que cualquier revolución social. Nos limitaremos a recordar las guerras mundiales, los horrores del terror fascista, las ferocidades de las potencias imperialistas en las colonias. Puesto a hablar de víctimas y calamidades, la revolución social contribuye a reducirlas cuando el desarrollo histórico la pone al orden del día. La demora de la revolución, cuando ésta está ya madura, por el contrario, hace muchas veces mayor el tributo de sangre que los hombres se ven obligados a satisfacer a la sociedad de clases antagónicas.

Esto no significa que la revolución social no exija víctimas. Hemos de tener presente que es la culminación, el punto más alto a que puede llegar la lucha de clases. La revolución es inconcebible sin una lucha que venza la resistencia de las clases caducas, las cuales no se suelen parar en barras ante el empleo de la violencia. Pero la revolución social no es sólo la insurrección y los cruentos combates en las barricadas. Estas formas de lucha son lo que caracterizan solamente algunas de sus etapas (revolución política, aplastamiento de la contrarrevolución, etc.).

Ahora bien, incluso en los casos en que, en virtud de las condiciones históricas concretas, la lucha armada significó un elemento importante de la revolución social, no era un fin en sí misma. Lo principal en las revoluciones sociales es la creación de condiciones que propicien el rápido avance de la sociedad por las vías del progreso. Lo mismo que el bisturí del cirujano, separa cuanto obstaculiza el desarrollo ulterior del organismo social, lo que es causa del estancamiento y de calamidades de toda clase para los hombres.

Mas la revolución no se limita a cercenar todo lo caduco y podrido, cuanto se opone al avance. En lugar de los sistemas y relaciones sociales que destruye, crea otros nuevos y avanzados. Esto es muy singularmente lo característico, como veremos más adelante, cuando se trata de la revolución socialista.

Por otra parte, la subversión que la revolución social lleva a cabo no significa la negación completa de toda la vieja sociedad y de lo que ella consiguió. Si así fuese, el avance de la sociedad sería imposible; después de cada revolución social habría que empezar en un terreno virgen, y la sociedad jamás habría salido del nivel más primitivo. La revolución social no niega cuanto existía en la sociedad vieja, sino únicamente lo caduco, lo que se opone al progreso. Todo lo demás es conservado y recibe un nuevo impulso. Así ocurre por completo con las fuerzas productivas y en un grado muy considerable con los valores espirituales: la ciencia, la literatura y el arte, en cuanto no se hallen vinculados directamente con la defensa del viejo sistema, con la ideología de las clases caducas.

Las revoluciones son los períodos en que la lucha de clases alcanza su máxima virulencia. Es entonces cuando con especial vigor se revelan la conciencia, la voluntad y la pasión de las masas populares. Jamás, escribió Lenin, es capaz la masa del pueblo de mostrarse tan activa creadora de los nuevos regímenes sociales como durante una revolución. En esos momentos se acelera formidablemente el desarrollo social, es cuando la sociedad avanza con mayor velocidad y decisión por la vía del progreso. Por eso llamaba Marx a las revoluciones "locomotoras de la historia".

Así, pues, la lucha de clases es la principal fuerza motriz del progreso histórico, tanto en los períodos evolutivos de la sociedad de clases antagónicas como en los revolucionarios.

De aquí se desprende que quienes ocultan las contradicciones de clase, quienes tratan de apartar de la lucha a las clases trabajadoras, quienes debilitan esa lucha y preconizan la paz entre las clases, son enemigos del progreso y defensores del estancamiento y la reacción, por mucha que sea la elocuencia que pongan en tal empeño. Esa posición

es inaceptable para los obreros y para cuantos aman el progreso, que se creen en el deber de desarrollar la lucha de las clases oprimidas contra los explotadores. Esta lucha contribuye al progreso de la humanidad, lo mismo si consideramos las tareas inmediatas o más alejadas de la sociedad en su conjunto, y responde a los intereses de la mayoría.

4. Formas fundamentales de la lucha de clase del proletariado

La lucha de clase del proletariado adquiere formas distintas, según se desarrolle en el terreno económico, en el político o en el ideológico.

Lucha económica.

Se llama lucha económica la que los obreros mantienen para mejorar las condiciones de su vida y trabajo: por un mayor salario, por reducir la jornada, etc. El método más generalizado de lucha económica es la presentación de sus reivindicaciones por los obreros, que se declaran en huelga en el caso de no verlas satisfechas. Los sindicatos, las cajas de ayuda mutua y otras organizaciones son instrumentos de que la clase obrera se vale para proteger sus intereses económicos.

Cualquier obrero, por escasa que sea su conciencia de clase, comprende la necesidad de defender sus intereses económicos inmediatos. Por eso es la lucha económica el primer escalón del movimiento obrero, sin que ello signifique que tal lucha pertenezca al pasado de la lucha de clase del proletariado. La defensa de las reivindicaciones económicas conserva todo su valor en nuestros días, incluso en aquellos países donde existe un movimiento obrero fuerte y organizado.

Primeramente, la lucha económica permite mejorar un tanto la situación de la clase obrera aun dentro del capitalismo. Así lo demuestra la experiencia de muchos países, en que los obreros obligaron a la burguesía a hacerles importantes concesiones. Por esta razón, los comunistas -que son los luchadores más consecuentes cuando se trata de defender los intereses de la clase obrera y de todos los trabajadores- no pierden en ningún momento de vista la organización de la lucha económica del proletariado.

En segundo lugar, la lucha por las reivindicaciones económicas, siendo como es la que antes y mejor comprenden las masas, incorpora al movimiento las más amplias capas de obreros, a los que sirve de necesaria escuela para la lucha contra el capitalismo y para la educación de su conciencia de clase. Quiere decirse que de ella depende en gran parte el éxito de las formas más elevadas del movimiento obrero.

Ahora bien, la lucha económica presenta una limitación: no afecta a las bases del régimen capitalista, por lo que no puede dar satisfacción al interés económico fundamental de los obreros, que es el verse libres de la explotación. Además, los éxitos de la lucha económica son muy frágiles si no vienen respaldados por las conquistas políticas. La burguesía aprovecha la menor oportunidad para retirar sus concesiones y pasar a la ofensiva contra los intereses económicos de la clase obrera.

Por eso el marxismo-leninismo considera que el movimiento obrero no puede alcanzar victorias importantes si la lucha se circunscribe a la defensa de los intereses económicos inmediatos.

La verdadera lucha de clase del proletariado empieza en el momento en que rebasa el estrecho marco de la defensa de los intereses inmediatos de los obreros y se convierte en lucha política. Para esto es necesario, lo primero de todo, que los mejores hombres de la clase obrera de todo el país comiencen la lucha "contra *toda la clase* capitalista y contra el gobierno que defiende esa clase" *(Lenin).*[84]

Lucha ideológica.

La lucha de la clase obrera, como la de cualquiera otra, viene impuesta por su propio interés. Este interés es producto de las relaciones económicas de la sociedad capitalista, que condenan a la clase obrera a la explotación, la opresión y las malas condiciones de vida. El interés de clase no es algo que haya inventado un teórico o partido, sino que existe objetivamente.

Pero esto no significa que la clase obrera adquiera automáticamente, de la noche a la mañana, conciencia de sus intereses. Cierto que las condiciones de vida del proletariado empujan a cada obrero hacia determinada manera de pensar, al tropezar continuamente con injusticias y con muestras de la desigualdad económica y social en que se encuentra. Esto origina entre los obreros un sentimiento de descontento, de irritación y de protesta. Mas no hay que identificar ese sentimiento con la conciencia del interés de clase. Según la define Lenin, la conciencia de clase "es la comprensión por los obreros de que el único medio que tienen para mejorar su situación y emanciparse es la lucha con la clase de los capitalistas y fabricantes... La conciencia de los obreros significa también la comprensión de que los intereses de todos los obreros de un país son iguales y solidarios, que ellos forman una clase distinta de todas las demás clases de la sociedad. Finalmente, la conciencia de clase de los obreros significa la comprensión por éstos de que para conseguir sus fines han de lograr una influencia sobre los asuntos públicos..."[85]

Esta conciencia no surge por generación espontánea en la cabeza de cada obrero.

Lo primero de todo, no es tan sencillo que el obrero se considere como elemento integrante de una

[84] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 195.
[85] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. II, pág. 96.

clase especial. El albañil y el maquinista de locomotora, el tornero de primera y el peón, el minero y el cavador: todos se diferencian entre sí por el género de trabajo y, a menudo, por el nivel de vida. No puede asombrarnos que el movimiento obrero de muchos países haya pasado por la fase de la organización gremial, cuando el principio por el que se unían era el del oficio o especialización; por ejemplo, en un mismo ferrocarril podía haber sindicatos independientes de maquinistas, de fogoneros y de personal de obras. Y se daba el caso de que estos sindicatos tratasen de conseguir ventajas para "sus" afiliados a expensas de los otros obreros.

Pero eso no es todo. No siempre cada obrero advierte de manera correcta el estado de opresión en que se encuentra en la sociedad capitalista. Puede, por ejemplo, atribuirlo a reveses personales. Entonces el descontento del obrero puede traducirse en el propósito de "llegar a ser algo", aunque sea a costa de sus compañeros. En casos muy contados lo consiguen, pero millones de trabajadores permanecen como estaban.

La protesta elemental de los obreros puede también recaer sobre quienes en realidad no son sus enemigos. Por ejemplo, en la época de la revolución industrial de los siglos XVIII y XIX, entre el proletariado cundió el movimiento de los "rompedores de máquinas" (ludditas). Los obreros veían que el empleo de máquinas en la producción los condenaba al hombre, pero no podían comprender que el mal suyo no estaba en las máquinas, sino en el hecho de que estas máquinas pertenecieran a los capitalistas, quienes las aprovechaban para incrementar la explotación y llevar a la ruina a los trabajadores.

Otro factor que se opone a que los obreros adquieran conciencia de sus intereses de clase es la nociva influencia de la ideología burguesa, de la propaganda que la burguesía lleva a cabo para confundir a los trabajadores. La formación de la conciencia de clase entre los obreros puede verse dificultada, por ejemplo, por la propagación en su seno de la idea de que la explotación es eterna y de que nada podrá cambiarla, de que se pueden conseguir mejorías mediante convenios y compromisos con la burguesía, o por las discordias nacionales que se siembran para escindir a los trabajadores, etc.

Antes de que el proletariado adquiera conciencia de clase ha de recorrer, pues, un complejo proceso, el cual, según sean las condiciones concretas de cada país, puede transcurrir con rapidez mayor o menor, con mayores o menores dificultades. En ciertos países, el proceso se ha dilatado, y el proletariado, según la expresión de Marx, sigue siendo hoy día una "clase en sí" y no una "clase para sí", con conciencia como tal clase y de cuáles son sus verdaderos intereses.

La mejor escuela de conciencia de clase para los obreros es la lucha diaria, sin exceptuar la defensa de sus intereses inmediatos. Mas esto es poco. Para que los obreros se eleven hasta un alto grado de conciencia de clase hace falta aún otra forma específica de lucha, que es la ideológica.

La lucha ideológica del proletariado presupone, lo primero de todo, la adopción de una concepción del mundo, de una teoría científica que alumbre a la clase obrera el camino de su emancipación. La lucha de los obreros por sus intereses inmediatos, como es la lucha sindical, no es bastante para la aparición de ideas socialistas. La doctrina del socialismo podía ser únicamente fruto de las más avanzadas teorías filosóficas, económicas y políticas. Esta es la tarea que cumplieron unos gigantes del pensamiento como Marx y Engels, que consagraron toda su vida y su obra a la causa de la emancipación de la clase obrera. A ellos se debe la doctrina que con autenticidad científica revela cuál es el interés fundamental de los obreros -la necesidad de emanciparse de la explotación-, las vías para alcanzarlo -la destrucción por medios revolucionarios del capitalismo y la edificación del socialismo- y las bases de la táctica del movimiento obrero. .

Pero la concepción científica del mundo propia de la clase obrera, obra de Marx y Engels, no es un compendio de respuestas a cuantos problemas puedan plantearse a los trabajadores en las etapas subsiguientes de la historia, en condiciones nuevas y en una nueva situación. Para que esta concepción del mundo sea siempre un arma afilada en la lucha de la clase obrera por la construcción de la sociedad socialista, hay que darle siempre forma concreta, desarrollarla y enriquecerla con los datos nuevos de la ciencia y con la nueva experiencia de la lucha de clase de millones y millones de trabajadores. Esta labor de creación teórica ha sido, es y será una importante tarea de los partidos marxistas-leninistas de la clase obrera.

Para que la concepción científica del mundo propia de la clase obrera cumpla su papel en la lucha de liberación, ha de prender en las masas. De ahí se desprende la necesidad de que sea llevada al movimiento obrero *desde fuera* de la lucha económica y del marco de las relaciones de los obreros y patronos. Esta es la función que cumple el partido marxista-leninista, el cual, tal como Lenin lo define, une las ideas del socialismo con el movimiento de masas de los obreros.

Otra tarea de capital importancia de la lucha ideológica es la de conservar en cualquier circunstancia la pureza de la concepción socialista de la clase obrera, sin permitir que los enemigos la deformen y priven así al proletariado de tan aguzada arma. Todos sabemos que en cuanto el marxismo-leninismo se convirtió en una potente fuerza ideológica, los enemigos de la clase obrera centraron

sobre él sus fuegos; y no sólo de frente, sino también por la retaguardia, para lo cual echaron mano de sus agentes en el movimiento obrero. Con el pretexto de "perfeccionar" el marxismo, lo que hacen es deformarlo y convertirlo en algo inofensivo para la burguesía e inútil para los obreros. Tal es el sentido de la labor "teórica" de los oportunistas de toda laya, de los reformistas y revisionistas, contra la cual han de combatir todos los obreros conscientes y, en primer término, los partidos marxistas-leninistas.

La lucha ideológica del proletariado no se reduce a la formación de la conciencia de clase entre los obreros y a la propaganda del marxismo-leninismo. La clase obrera no mantiene su lucha de liberación sola, sino en alianza con todos los trabajadores, de los cuales es la vanguardia. De ahí que otra importante faceta de la lucha ideológica de los obreros es la tarea de apartar a las masas no proletarias -campesinos, pequeña burguesía, intelectuales- de la influencia de las ideas burguesas y ganarlas para el socialismo.

Lucha política.

La forma superior de la lucha de clase de los obreros es la lucha política.

El proletariado advierte ya la necesidad de mantenerla cuando trata de defender simplemente sus reivindicaciones económicas. Los capitalistas tienen de su parte al Estado burgués, que les ayuda a hacer fracasar y aplastar las huelgas, que pone trabas a la labor de los sindicatos y demás organizaciones obreras, etc. La propia vida empuja, pues, a la clase obrera a luchar no sólo contra "su" capitalista, sino también contra el Estado burgués, que defiende los intereses de la clase capitalista en su conjunto.

De otra parte, una lucha política amplia es posible únicamente cuando la clase obrera, o al menos su parte avanzada, ha adquirido conciencia de clase y tiene noción clara de sus intereses.

La lucha política de la clase obrera abarca por completo la esfera de la vida social relacionada con su posición frente a las otras clases y capas de la sociedad burguesa, al Estado burgués y a la actividad de éste. "La conciencia de la clase obrera -escribe V. I. Lenin- no puede ser verdaderamente política si los obreros no aprenden a hacerse eco a *todos* y *cada uno* de los casos de arbitrariedad y opresión, de violencia y abuso, *cualquiera que sea la clase* a que estos casos se refieran."[86] Ello presupone la existencia de estrechos vínculos entre la defensa de los intereses de la clase obrera y la lucha por las libertades y derechos democráticos en un amplio sentido, contra la antipopular política exterior de la burguesía y, en muchos países, por la independencia nacional, etc.

Todas estas facetas de la actuación política de la clase obrera son de por sí muy importantes, sobre todo en las condiciones actuales. Pero no sería correcto reducir a ellas las tareas de la lucha política. "No es bastante -escribe Lenin- que la lucha de clases llegue a ser auténtica, consecuente y desarrollada sólo cuando abarca la esfera de la política... El marxismo admite que la lucha de clases se ha desarrollado por completo y es «nacional» *sólo* cuando además de abarcar la política toma en ésta lo que es más esencial: la organización del poder."[87] Eso es lo que diferencia al marxista del liberal adocenado, que está dispuesto a admitir la lucha de clases incluso en la esfera política, pero siempre y cuando se prescinda de la lucha de los obreros por derribar el capitalismo y conquistar el poder.

De todo lo dicho se desprende claramente la causa de que la teoría marxista-leninista, que ve el origen de toda lucha de clases en sus intereses materiales, económicos, subraya a la vez la primacía de la política frente a la economía, coloque la forma política de la lucha de clases por encima de cualquiera otra y considere como política toda lucha de clases. La lucha económica y la ideológica no constituyen un fin de por sí; tanto la una como la otra, con todo el valor que indudablemente tienen, se hallan subordinadas a los fines políticos de los obreros, que son superiores, y a las tareas de su lucha política, que es la única que puede dar satisfacción al interés fundamental de la clase obrera: emanciparse de la explotación.

Los obreros ajustan su lucha política a las circunstancias de cada caso y recurren a los procedimientos más diversos, desde las manifestaciones, huelgas políticas (en defensa de determinadas reivindicaciones políticas) e intervención en las elecciones y parlamentos, hasta la insurrección armada. Los fines y métodos de la lucha política exigen formas más elevadas de organización de la clase obrera, y ante todo la creación del partido político del proletariado. Según demuestra la experiencia, la aparición de tal partido es un fenómeno regular en la historia del movimiento obrero. La lucha política exige también la agrupación internacional -y no sólo nacional- de la clase obrera y de todos los trabajadores con el fin de aunar sus esfuerzos.

La revolución proletaria.

El escalón superior de la lucha de clase del proletariado es la revolución.

Los enemigos del comunismo presentan la revolución proletaria como obra de un reducido grupo de "conjurados". Esto es un embuste como un templo. El marxismo-leninismo no admite la táctica de las "revoluciones de palacio", de los golpes, de la toma del poder por una minoría armada. Así se desprende lógicamente de la interpretación marxista de los procesos sociales. Porque las causas de la

[86] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. V, pág. 383.

[87] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., 1. XIX, págs. 97-98.

revolución residen en última instancia en las condiciones de vida material de la sociedad, en el conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Este conflicto toma cuerpo en el choque de grandes masas humanas, de clases, que se levantan a la lucha empujadas por causas objetivas que no dependen de la voluntad de determinados individuos o grupos y ni siquiera de partidos. El Partido Comunista organiza las acciones de las masas, las dirige, pero sin tratar de hacer la revolución "por ellas" y sólo con sus propias fuerzas.

La revolución socialista de la clase obrera se diferencia de todas las revoluciones sociales anteriores y presenta una serie de características que le son propias. La principal es que las revoluciones anteriores se limitaban a sustituir una forma de explotación por otra, mientras que la revolución socialista acaba con toda explotación y, en última instancia, conduce a la desaparición de las clases. Es la más profunda de cuantas transformaciones conoce la historia, significa la reorganización completa, de arriba abajo, de las relaciones sociales. La revolución socialista pone fin a la milenaria existencia de la sociedad de explotación y a la opresión, cualquiera que sea la forma que ésta adopte; es el comienzo de una época de verdadera fraternidad e igualdad entre los hombres, del establecimiento de la paz perpetua en la tierra y del completo saneamiento social del género humano. Ahí reside el formidable valor humano de la revolución proletaria, que marca un importantísimo jalón en la historia.

El carácter de la revolución socialista determina el nuevo papel del pueblo en la conmoción revolucionaria. Las masas trabajadoras participaron también activamente en las revoluciones de antaño, cuando se trataba de derribar a los esclavistas y a los señores feudales. Pero entonces eran simplemente la fuerza de choque que allanaba el camino del poder a una nueva clase explotadora. Porque todo se reducía a sustituir una forma de explotación por otra.

Otra cosa muy distinta es la revolución de la clase obrera. Los obreros, que constituyen una parte importante de las masas trabajadoras (en muchos países la más cuantiosa), no cumplen sólo el papel de fuerza de choque; ejercen también la hegemonía, son quienes inspiran y dirigen la revolución. Y el triunfo de la clase obrera significa la supresión completa de la explotación del hombre por el hombre y la emancipación de los trabajadores de la opresión que gravitaba sobre ellos en todos los órdenes de la vida.

Quiere decirse que la revolución proletaria es la revolución que las propias masas trabajadoras hacen en beneficio propio. No puede, pues, extrañarnos que los trabajadores, en el curso de la revolución socialista, revelen un inagotable manantial de iniciativa, promuevan de su seno a excelentes jefes y revolucionarios y encuentren nuevas formas de poder, distintas a cuanto hasta entonces conocía la historia. Prueba de ello son las revoluciones socialistas de Rusia, China y todas las democracias populares.

La revolución socialista comprende en cualquier país capitalista un período bastante largo de transición del capitalismo al socialismo. Su comienzo es la revolución política, es decir, la conquista del poder por la clase obrera, y sólo entonces es cuando se puede producir el paso del capitalismo al socialismo.

Históricamente, la revolución socialista significa la supresión de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción y de las relaciones capitalistas de producción entre los hombres, que son sustituidas por la propiedad social, socialista, sobre los medios de producción y por las relaciones de producción socialistas. Esto es imposible conseguirlo mientras en el poder se encuentre la burguesía. El Estado burgués es el principal obstáculo que se levanta para la transformación del sistema capitalista. Sirve fielmente a los explotadores y guarda su propiedad. Para desposeer a las clases dirigentes y entregar sus propiedades a la sociedad entera hay que desplazar del poder a los capitalistas y colocar en él al pueblo trabajador. El Estado de la burguesía ha de ser sustituido por el Estado de los trabajadores.

Tal Estado es también necesario porque sólo teniendo en sus manos el poder se encuentra la clase obrera en condiciones de hacer frente a las enormes tareas de construcción de la nueva sociedad que la revolución socialista le plantea.

Las revoluciones anteriores tenían principalmente la misión de destruir. Así nos lo dicen claramente el ejemplo de las revoluciones burguesas. Lo que sobre todo habían de hacer era barrer las relaciones feudales, romper las trabas con que la vieja sociedad se oponía al avance de la producción y limpiar el camino para el ulterior incremento del capitalismo. A esto se reducían, en lo fundamental, las tareas de la revolución burguesa. Las relaciones económicas capitalistas habían aparecido mucho antes y durante largo tiempo se habían desarrollado en el seno del régimen feudal. Esto era posible porque la propiedad burguesa y la feudal son dos formas de propiedad *privada.* Existían contradicciones entre ellas, pero durante cierto tiempo pudieron vivir una junto a la otra.

La revolución socialista cumple también la función de destruir las relaciones caducas, principalmente capitalistas, y en ocasiones también feudales, que se mantenían en forma de supervivencias más o menos vigorosas. Pero a las tareas de destrucción se suman las de creación en el campo social y económico, muy complejas y de extraordinario volumen, que son lo que principalmente dan contenido a esta revolución.

Las relaciones socialistas no pueden nacer en el seno del capitalismo. Aparecen *después* de que los

obreros han tomado el poder, cuando el Estado de los trabajadores nacionaliza las fábricas, las minas, los transportes, los bancos, etc., es decir, la propiedad de los capitalistas sobre los medios de producción, y los convierte en propiedad social, socialista. Es evidente que nada de esto podría hacerse antes de que el poder pase a las manos de la clase obrera.

Pero la nacionalización de la propiedad capitalista no es sino el comienzo de las transformaciones revolucionarias que la clase obrera lleva a efecto. Para pasar al socialismo hay que extender las relaciones socialistas a toda la economía, organizar sobre una base nueva la vida económica del pueblo, crear una eficaz economía planificada, reestructurar según los principios socialistas las relaciones sociales y políticas y resolver complejos problemas en la esfera de la cultura y la educación. Todo esto es un enorme trabajo y en su realización corresponde un papel de excepcional importancia al Estado socialista, que es el instrumento mejor de que los trabajadores disponen para construir el socialismo, y más tarde el comunismo. Por ello, cuando se afirma, como hacen los oportunistas, que el socialismo se puede construir dejando el poder político en manos de la burguesía, se incurre en un error manifiesto; esto no significa más que engañar a la gente y sembrar en el pueblo dañosas ilusiones.

La revolución política de la clase obrera puede adoptar formas diversas. Puede ser llevada a cabo por la insurrección armada, como ocurrió en Rusia en octubre de 1917. En condiciones excepcionalmente favorables, el paso del poder al pueblo puede realizarse pacíficamente, sin insurrección armada ni guerra civil. Pero cualquiera que sea la forma en que transcurra la revolución política del proletariado, siempre es la culminación de la lucha de clases. Como consecuencia de la revolución se implanta la dictadura del proletariado, es decir, el poder de los trabajadores, dirigida por la clase obrera.

Una vez ha conquistado el poder, la clase obrera se encuentra con el problema de la maquinaria del viejo Estado, de la policía, los tribunales, la Administración, etc. ¿Qué hacer con ello? En las revoluciones anteriores, cuando la clase nueva llegaba al poder acomodaba a sus necesidades el viejo aparato estatal y gobernaba con su ayuda. Esto era posible porque las revoluciones se limitaban a sustituir la dominación de una clase explotadora por la dominación de otra clase también explotadora.

La clase obrera no puede proceder así. La policía, la gendarmería, los tribunales y demás organismos que durante siglos enteros estuvieron al servicio de las clases explotadoras no pueden pasar simplemente a depender de aquellos a quienes hasta entonces oprimían. El aparato estatal no es una máquina como otra cualquiera, que obedece por igual a quien la maneja: podremos cambiar de maquinista, pero la locomotora seguirá arrastrando el tren. Pero la máquina del Estado burgués es de tal carácter que no puede servir a la clase obrera. Por los elementos que la integran y por su misma estructura está adaptada de manera que cumpla la función esencial de ese Estado: mantener a los obreros sujetos, bajo la dependencia de la burguesía. De ahí la afirmación de Marx de que todas las revoluciones anteriores se limitaron a perfeccionar la vieja maquinaria estatal, mientras que la revolución obrera ha de destruirla y sustituirla por un Estado propio, proletario.

Otro factor importante en cuanto a la creación del nuevo aparato estatal es que ayuda a incorporar las grandes masas del pueblo a la causa de la clase obrera. La gente tiene constantemente que relacionarse con los órganos de poder. Y cuando los trabajadores ven que las instituciones de gobierno están regidas por hombres salidos del pueblo, cuando ven que los organismos estatales tratan de dar satisfacción a las necesidades diarias de los que trabajan y no de los ricos, esto, mejor que cualquier propaganda, explica a las masas que el nuevo poder es el poder del propio pueblo.

El modo como la vieja maquinaria estatal será destruida depende de muchas circunstancias, entre las que se cuenta, por ejemplo, si la revolución se llevó a cabo por vía violenta o pacífica. No obstante, cualesquiera que sean las condiciones, la destrucción del viejo aparato de poder y la creación de otro nuevo siempre será una tarea primordial de la revolución proletaria.

La fuerza principal y decisiva de la revolución socialista puede ser sólo la clase obrera, sin que esto quiera decir que sea ella la que la realiza exclusivamente. Los intereses de la clase obrera coinciden con los intereses de todos los trabajadores, o sea de la inmensa mayoría de la población. En virtud de ello es posible la alianza de la clase obrera -que mantiene la hegemonía- con las más grandes masas de trabajadores.

Las masas aliadas de la clase obrera no acuden de ordinario inmediatamente, sino que lo hacen poco a poco, en apoyo de la consigna de la revolución socialista y del establecimiento de la dictadura del proletariado. La experiencia histórica demuestra que la revolución proletaria puede producirse como prolongación de la revolución democrático-burguesa, del movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos y de la lucha de liberación contra el fascismo o contra el imperialismo.

La revolución proletaria exige mucho de los partidos de la clase obrera. Una de las condiciones principales para el triunfo es la dirección enérgica y acertada de la lucha de las masas por parte de los partidos marxistas.

La época de las revoluciones socialistas significa toda una etapa en el desarrollo de la humanidad. Tarde o temprano, las revoluciones socialistas abarcarán a todos los pueblos y países. Según sea el

lugar en que se produzcan, adoptan formas peculiares, en dependencia de las condiciones históricas concretas y de las características y tradiciones nacionales. Pero las revoluciones proletarias se subordinan, en todos los países, a unas leyes comunes que fueron descubiertas por la teoría marxista-leninista.

Capitulo VI. El papel de las masas populares y el individuo en la historia

Los ideólogos de las clases explotadoras deforman con singular celo cuanto se refiere al papel de las masas populares y del individuo en la historia. En su afán por justificar el "derecho" de una minoría insignificante a oprimir a la mayoría, siempre trataron de rebajar el papel de las masas del pueblo en la vida y en el progreso de la sociedad. El pueblo, la gente, las masas trabajadoras son, según ellos, una turba obtusa que por su naturaleza misma está destinada a someterse por entero a la voluntad ajena y a soportar mansamente su vida de humillaciones y necesidades.

Para quienes así piensan, las masas populares no son más que el objeto pasivo del proceso histórico, y, en el mejor de los casos, ejecutores ignorantes de la voluntad de los "grandes hombres": de los reyes, generales, legisladores, etc. Tales teorías subjetivistas no se limitan a justificar los regímenes en que un puñado de explotadores oprime a la mayoría de la población, sino que también argumentan en pro de una política interior dirigida a la supresión de la democracia y al establecimiento de sistemas fascistas. Estos sistemas precisamente, afirman los ideólogos reaccionarios, son los que pueden asegurar a los grandes hombres el campo libre para "hacer" historia e imponer su voluntad sin temor a la intervención de las masas ignorantes del pueblo. Así justificaban los hitlerianos y otros fascistas la falta de derechos a que tenían sometido al pueblo y la omnipotencia del "führer".

Además de la concepción subjetivista del papel del individuo en la historia, entre los ideólogos burgueses goza también de privanza la visión fatalista, según la cual los hombres no pueden ejercer influencia alguna sobre la marcha de los acontecimientos. Tal punto de vista es impuesto con particular insistencia por las gentes de la Iglesia, para quienes la vida y el desarrollo de la sociedad han sido determinados por la providencia, por el sino, por la suerte ciega. "El hombre propone y Dios dispone": a esto se reducen todos sus razonamientos.

La teoría fatalista rebaja tanto como la subjetivista el papel de las masas populares en el progreso de la sociedad. Lo mismo la una que la otra parten del falso supuesto de que el desarrollo social se produce al margen de la actividad y la lucha de los millones de trabajadores; cada una, a su manera, sirve a los fines ideológicos de las clases explotadoras, interesadas en que se mire con desprecio al hombre del trabajo.

La teoría marxista ha puesto de manifiesto la falsedad de ambas concepciones, lo mismo de la subjetivista que de la fatalista. El marxismo-leninismo, que ha descubierto las leyes del proceso histórico, ve en las masas populares el portavoz de la necesidad histórica, la fuerza a la cual corresponde el *papel determinante* en el desarrollo social.

1. Las masas populares son las creadoras de la historia

Las masas populares son, ante todo, las clases y capas sociales que ponen en movimiento la producción social y viven de su propio trabajo, es decir, son las masas trabajadoras. En su conjunto forman la inmensa mayoría de la sociedad. Qué clases y capas concretas integran las masas populares es cuestión que depende de la época, del carácter de la formación social. Por consiguiente, el empleo del término "masas populares" no significa en modo alguno el abandono de la visión de clase, de la necesidad de poner en claro el contenido concreto de clase del movimiento en el cual participan.

La actividad de producción de las masas populares como condición decisiva de la vida y desarrollo de la sociedad.

En la vida de la sociedad tiene un valor primordial la actividad de producción de las masas. Estas son las que crean los instrumentos de trabajo y los perfeccionan, acumulan hábitos de trabajo y los transmiten de generación en generación, las que producen todos los bienes materiales sin los que la sociedad sería incapaz de subsistir un solo día.

Cuando una formación económico-social sustituye a otra, la naturaleza de clase de los productores cambia, pero su labor fue siempre, ha sido y será una necesidad natural, la condición primera para que la sociedad exista. "... Por muchos que sean los cambios que se operen en las capas superiores, improductivas, de la sociedad -subraya Engels-, ésta no puede subsistir sin la clase de los productores. Por consiguiente, esta clase es necesaria en cualquier condición, aunque ha de venir un tiempo en el que no será ya clase y abarcará a la sociedad entera."[88]

El trabajo diario de millones de gentes que desarrollan la producción no se limita a asegurar a la sociedad todo cuanto necesita para su existencia; también crea la base material para la consecutiva sucesión de formaciones económico-sociales, es decir, para el avance y el progreso de la sociedad.

La actividad de producción de las masas populares sería ya bastante para ver en ella a los genuinos creadores de la historia. Pero su papel en el desarrollo social no acaba ahí.

---

[88] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. XV, pág. 592.

Las masas populares y la política.

Las masas desempeñan un importante papel en la vida política. Sin su acción política resulta imposible concebir el propio desarrollo de la sociedad, y sobre todo las revoluciones sociales. Cualquiera que sea la clase que sube al poder como consecuencia de una revolución, su principal fuerza motriz fueron siempre las masas del pueblo.

En los períodos revolucionarios, la labor de creación de las masas populares se eleva a inusitadas alturas. "La revolución es el triunfo de los oprimidos y explotados -escribe Lenin-. Jamás la masa del pueblo es capaz de mostrarse tan activa creadora de los nuevos sistemas sociales como durante la revolución. En esos momentos el pueblo es capaz de realizar milagros... "[89]

No es menor el papel de las masas populares en las luchas de liberación nacional, cuando se trata de defender el país de invasores extranjeros, en las guerras justas.

Las clases explotadoras se presentaron siempre como si tuvieran la exclusiva en la defensa de los intereses nacionales. Los hechos nos demuestran, sin embargo, que, a la hora de las grandes pruebas nacionales, quien decide no es el puñado de explotadores, sino el pueblo, las masas, que con las armas en la mano se levantan en defensa de la patria y luchan abnegadamente por su independencia.

La lucha generosa y desinteresada de las grandes masas del pueblo ruso fue lo decisivo para liberar a su país del yugo tártaro y en la derrota de las tropas napoleónicas en 1812. Al heroísmo de los trabajadores deben su independencia nacional otros muchos países: Italia, que durante largo tiempo se halló sometida al yugo extranjero; Bulgaria, Serbia, Grecia y demás países balcánicos que sufrieron la dominación turca, etc.

En nuestros días fueron las grandes masas de trabajadores las que salvaron a Europa de la esclavitud y derrotaron al fascismo. En esta victoria histórica correspondió un excepcional papel a los pueblos de la Unión Soviética, que soportaron sobre sus hombros la carga principal de la guerra antifascista.

Gracias a la abnegación de las masas populares de las colonias y países dependientes, muchos de ellos se han sacudido ya el yugo a que estaban sometidos y otros se encuentran en vías de alcanzar la libertad y la independencia nacional.

En los períodos "pacíficos", el papel de las masas populares en la vida política de la sociedad explotadora no es tan evidente. Las clases dominantes ponen en juego todos los instrumentos de coerción física y espiritual -el ejército y la policía, la justicia y la religión, la Administración y la escuela- para reducir al mínimo el papel de las masas populares en política, para reprimir toda manifestación suya en este terreno o para orientarlas hacia cauces que no signifiquen un peligro para los intereses de los explotadores. Esto es una característica inseparable del régimen social basado en la explotación. El sometimiento de los trabajadores y la apropiación del fruto de su trabajo únicamente es posible cuando las masas están políticamente sojuzgadas, cuando en la vida política ha sido asegurada la dominación de las clases parasitarias. Por eso las masas trabajadoras sólo pueden orientar la política cuando el poder de los explotadores ha sido derribado.

Esto no significa, empero, que las masas populares no cumplan función alguna mientras están sometidas a los capitalistas u otros explotadores. La política es un terreno de enconada lucha de clases, y sobre todo de lucha entre los explotadores y los explotados. Su resultado final depende no sólo de la voluntad de las clases dominantes, sino también del tesón y el empeño que los trabajadores pongan en la defensa de sus intereses, es decir, de la correlación real de fuerzas en esta lucha.

Las masas populares, aun dentro del capitalismo, pueden influir sustancialmente sobre la política de la clase dominante, oponerse a la realización de los propósitos de las fuerzas reaccionarias y obligar a los gobernantes a hacer concesiones en muchos problemas de gran relieve de la política interior y exterior. Esta lucha política diaria, según se señalaba en el capítulo precedente, cumple un importante papel en el desarrollo de la sociedad.

Papel de las masas populares en el progreso de la cultura.

Cuando los ideólogos reaccionarios niegan a los trabajadores toda capacidad para una labor de creación, deforman de la manera más descarada el papel de las masas populares en el progreso de la cultura. La cultura espiritual, afirman, es fruto del trabajo de unos pocos "elegidos", sólo a un puñado de genios debe la humanidad sus avances en la ciencia, la literatura y el arte.

Así, a primera vista, parece que tuvieran razón. En efecto, casi en todas las esferas de la creación espiritual podemos contar varias docenas de nombres -tales como Newton, Lomonósov y Einstein en física, Mendeleev y Bútlerov en química, Darwin y Michurin en biología, Shakespeare y Tolstoi en literatura, Beethoven y Chaikovski en música- sin los que resulta difícil inclusive imaginarnos la cultura moderna.

Los marxistas reconocen los méritos de los genios de la cultura, lo cual no quita para que vean claramente la inestimable aportación que en este terreno corresponde a las masas populares, a los trabajadores. Ellos son los que sentaron las bases de toda la cultura espiritual de la humanidad y crearon

[89] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. IX, pág. 93.

las condiciones para su progreso.

Sabemos, por ejemplo, que la literatura y el arte fueron durante largo tiempo obra exclusiva del pueblo. Poemas épicos, romances, cuentos, tradiciones, refranes y canciones sirvieron de cimientos para la labor de escritores y poetas profesionales. De la misma manera, los trabajos de artesanía, las artes aplicadas y la arquitectura popular sirvieron de base para la ulterior creación de artistas y arquitectos. La artesanía sigue representando en nuestros tiempos un valor artístico propio y es fuente inagotable de figuras y de recursos representativos, así como de inspiración para escritores y artistas. La creación popular es lo que da origen a la forma nacional del arte y de la literatura en cada país.

También es el pueblo el que sentó las bases de la ciencia. Son para nosotros motivo de admiración los sabios que descubren nuevas fuentes de energías y milagrosas vacunas, que inventan máquinas extraordinarias y materiales nuevos llamados a transformar nuestra vida. Pero no es menos asombrosa la hazaña de las masas populares que en su trabajo diario fueron arrancando poco a poco a la naturaleza sus primeros secretos, que aprendieron a obtener el fuego, a cultivar los cereales y a fundir el metal, que inventaron y perfeccionaron los primeros instrumentos de trabajo y reunieron las primeras nociones sobre los objetos y fenómenos que rodean al hombre.

En las primeras etapas, las masas trabajadoras eran, pues, las que directamente creaban todos los valores culturales.

La situación no podía por menos de cambiar cuando el trabajo intelectual se separa del trabajo manual, cuando la literatura, el arte y la ciencia -junto a la dirección de los asuntos públicos- se convierten en monopolio de las clases explotadoras dominantes y de las capas de la sociedad que se hallaban a su servicio. Todo un sistema de medidas, económicas y políticas, es puesto en juego para que las esferas principales del trabajo intelectual -sin exceptuar cuanto se refiere a la cultura- se conviertan en privilegio de los ricos. El apartamiento de las masas populares de la cultura, manteniéndolas en la ignorancia, se convirtió para los explotadores en una de tantas garantías de su dominación de clase.

Todo esto ha limitado, como es lógico, la participación activa de las masas populares en el progreso de la ciencia, el arte y la literatura.

Los ideólogos de la burguesía contemporánea especulan sin tasa con este hecho. Según afirman, los trabajos intelectuales complejos, relacionados con la dirección de la política y la economía y con la labor creadora en el campo de la cultura, están únicamente al alcance de una "élite", es decir, de hombres escogidos que militan en las filas de las clases dominantes de la sociedad de explotación. A su vez, las masas populares son, para estos "teóricos", intelectualmente "inferiores" y capaces sólo para realizar un "grosero" trabajo físico.

En realidad, la inteligencia y el talento no son un privilegio de clase. Lo que en la sociedad de explotación es, sí, privilegio es la posibilidad de que la inteligencia y el talento se revelen en el campo de la política, la ciencia, el arte y la literatura. Esta posibilidad en la sociedad de clases suele ser exclusiva de quienes proceden de familias acomodadas.

Y es verdaderamente asombroso el vigor de la inteligencia, el talento y la voluntad de muchos miles de trabajadores que, aun dentro de una sociedad de explotación, han sabido abrirse camino y dejar huella en las esferas más diversas de la vida espiritual y en la política. La historia no es escasa en ejemplos. Newton y Lomonósov, hijos de campesinos, fueron grandes sabios. Abraham Lincoln, un simple leñador, desempeñó un señalado papel en la guerra civil de los Estados Unidos y fue elegido su presidente. Máximo Gorki, salido de un medio urbano muy modesto, llegó a ser un eximio escritor. La relación podría continuarse indefinidamente. Pero por cada una de estas grandes figuras salidas del pueblo, cientos y miles de hombres de talento se perdieron en el anonimato. La historia de la sociedad de explotación es un verdadero cementerio de talentos frustrados por falta de posibilidades.

Una de las formidables ventajas que el socialismo significa es que pone fin a esa insensata dilapidación del mejor caudal que la sociedad posee y que es el talento de sus hombres. El socialismo suprime todos los privilegios estamentales, políticos y económicos, con lo que crea las condiciones para el desarrollo completo y la racional utilización de las facultades humanas. Esto, de por sí, acelera intensamente el progreso en todos los sectores de la vida social.

Importancia de la tesis marxista sobre el papel decisivo de las masas populares en la historia.

La tesis que afirma el papel decisivo de las masas populares en el desarrollo social ocupa un importante lugar en la teoría del marxismo-leninismo. Es lo que proporciona a la ciencia de la sociedad la clave para comprender la marcha del proceso histórico y lo que salva el defecto sustancial de todas las teorías históricas anteriores a Marx, las cuales dejaban al margen la acción de las masas del pueblo. De este modo, el estudio de la sociedad se centra en la actividad de las masas populares y de las condiciones de su vida, sin lo cual es imposible comprender la marcha de la historia.

La acertada comprensión del papel de las masas populares en la historia sirve de guía en la labor práctica de los partidos marxistas-leninistas y de cada uno de sus miembros. De entre todas sus facetas, le ayuda a separar lo principal en el trabajo organizativo, ideológico y de educación que realizan

en el seno de los obreros y de los trabajadores en general, para concentrar en ello la atención y las energías. La historia conoce un buen número de partidos, incluso entre los que se crearon para defender los intereses de los trabajadores, que desaparecieron de la palestra política por no haber comprendido el significado de este trabajo y no haber sabido agrupar en torno de ellos a las masas. Así, una de las causas del fracaso del partido "Voluntad del Pueblo" en Rusia fue que sus jefes no estimaban en su valor a las masas, confiando por entero en la labor de los "hombres dotados de espíritu crítico", mientras que la lucha contra los opresores la reducían al terror individual.

La tesis de la teoría marxista-leninista acerca del pueblo como creador de la historia tiene gran valor para las propias masas trabajadoras. Esta tesis echa por tierra uno de los mitos más caros al corazón de todos los explotadores -el de que la sociedad humana lo debe todo a un puñado de elegidos, sin los cuales no podría vivir ni conocería el progreso-; con ello despierta la conciencia de las masas trabajadoras, las eleva a la lucha por su emancipación y robustece su fe en el triunfo y en la realización de los ideales de una sociedad en la que las propias masas serán dueñas absolutas de sus destinos.

La doctrina marxista acerca del papel de las masas populares en la historia despierta a la vez entre los trabajadores un profundo sentido de responsabilidad por la suerte común. Les hace ver que no hay que confiar en ningún "salvador", que quien únicamente puede emancipar a los pueblos del yugo y reformar la sociedad en consonancia con las aspiraciones de la mayoría del género humano son los propios trabajadores.

2. El papel del individuo en la historia

La actividad de los dirigentes como elemento necesario del proceso histórico.

La teoría marxista, que demuestra el papel decisivo de las masas populares en la historia de la sociedad, señala a la vez el importante lugar que corresponde a la actividad de los grandes hombres, de los dirigentes y jefes, y muestra la función que ellos cumplen como algo necesario para el desarrollo social. Esto se refiere no sólo a los sabios, escritores y artistas, sin cuyo trabajo, en las condiciones modernas, es inconcebible el progreso de la ciencia y la cultura, sino también y en la misma medida a los líderes, a los dirigentes de las masas, de las clases progresivas y de los partidos políticos.

Para que una clase cualquiera alcance el predominio en la sociedad necesita de una determinada organización política. Y toda organización de clase, para poder funcionar, ha de tener una dirección, o lo que es lo mismo, dirigentes. Esto se refiere a los partidos, a las demás organizaciones sociales y al Estado. Los dirigentes trazan y formulan la política de una clase, de un partido o del Estado, cuidan de aplicarla y orientan la actividad de miles y millones de seres.

Muy especialmente necesitan de dirigentes las clases en ascenso, que mantienen una lucha revolucionaria por el poder. Porque la fuerza principal que la clase oprimida puede oponer a la organización estatal de la clase dominante es la fuerza de la organización revolucionaria. Esta, sin embargo, no podemos concebirla sin unos dirigentes expertos, capaces y enérgicos. "Ninguna clase alcanzó en la historia el predominio -escribe Lenin- sin antes haber promovido a sus jefes políticos, a sus representantes avanzados capaces de organizar el movimiento y de dirigirlo."[90]

La actividad de los dirigentes no es, pues, algo casual en el proceso histórico, sino que constituye una necesidad objetiva. Esta circunstancia es la que provoca el efecto ilusorio de que los dirigentes, las personalidades destacadas, son la fuerza motriz y los creadores de la historia. La labor de los dirigentes flota siempre sobre los acontecimientos, todos la ven y la advierten. Y los ideólogos burgueses, sin pasar de la superficie de los fenómenos, tratan de demostrar que los grandes hombres "hacen" los acontecimientos; que, por ejemplo, las revoluciones y guerras producidas en Europa a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX tuvieron como causa los actos de los jefes de la revolución francesa y de Napoleón, mientras que la lucha de clase de los obreros se debe a la "inducción" de los dirigentes comunistas.

Lo cierto es que la marcha de la historia viene determinada por la lucha de grandes grupos sociales, clases y masas. Y el papel de los grandes hombres en la historia únicamente se puede comprender cuando relacionamos sus actos con la lucha de clases, con la acción y la lucha de los grandes grupos sociales.

En qué reside la fuerza de las grandes figuras históricas

Las grandes personalidades, dentro del plano político, no son las que crean los acontecimientos y movimientos; son dirigentes de las masas y de las clases sociales. Lo que les da la fuerza es precisamente el apoyo que los grandes grupos sociales les prestan. Por mucho que sea su talento e inteligencia, sin este apoyo, esos hombres se verían impotentes y no serían capaces de ejercer una influencia sensible en la marcha de los acontecimientos. "Cuando, por consiguiente -escribe Engels-, se trata de investigar las fuerzas motrices que se hallan tras los impulsos de los personajes históricos -consciente o, como ocurre muy a menudo, inconscientemente-, de investigar las fuerzas que, en última instancia, forman los verdaderos resortes de la historia, hay que tener en cuenta no tanto los impulsos de los individuos, aunque sean los más

[90] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 345.

eminentes, como los impulsos que ponen en movimiento a grandes masas de hombres, a pueblos enteros y, a su vez, dentro de cada pueblo, a clases enteras."[91] Los impulsos de las masas y de las clases no son fruto de la casualidad. En ellos toma cuerpo la necesidad histórica, la ley que rige los acontecimientos.

El gran error de los subjetivistas consiste en que ni siquiera pueden plantear correctamente la relación entre el carácter del desarrollo social, como proceso sujeto a leyes, y la actividad de los grandes hombres, pues para ellos esta actividad y las leyes sociales son fuerzas que se excluyen. La grandeza la ven en la capacidad del individuo para "salirse con la suya" y realizar su voluntad superando toda clase de obstáculos. Así pintados, los grandes hombres de la historia se asemejan al personaje de Saltikov-Schedrín que proclamaba: "O la ley o yo."

Es cierto que entre los dirigentes de movimientos sociales ha habido y hay quienes van contra las leyes objetivas de la historia. Así ocurre singularmente entre las clases reaccionarias, pues el interés de estas clases se circunscribe a la defensa de las formas sociales caducas a las que van unidos su bienestar y su existencia. No es casual, por tanto, el sello de aventurerismo que en los líderes reaccionarios puede advertirse. El ejemplo más patente de esto lo tenemos en Hitler o en los políticos imperialistas de nuestros días, que sueñan con destruir el comunismo. Su labor, sin embargo, acaba siempre por fracasar. Cuanto sabemos de los Estados y los pueblos confirma mil veces que ni siquiera el hombre más enérgico, aunque posea un ilimitado poder, es capaz de suprimir a su arbitrio las leyes de la historia o de obligarla a dar marcha atrás.

La actividad de todos los hombres, grandes y pequeños, transcurre en determinadas condiciones sociales, las cuales imponen el desarrollo objetivo y las tareas que la sociedad ha de resolver. Los líderes de las clases avanzadas son grandes porque comprenden mejor y antes que otros cuáles son esas tareas, las necesidades de la sociedad en su avance y qué reivindicaciones convienen a la clase que postula el progreso. Ellos indican los fines de la lucha y la vía para alcanzarlos, los defienden con todas sus energías, arrastran a otros representantes de su clase, los organizan y los dirigen.

Son muchos los personajes que dejaron huella de su paso en la historia, en la que cumplieron uno u otro papel. Pero no todos, ni mucho menos, merecen el calificativo de grandes. Únicamente son grandes aquellos que con sus acciones contribuyen al desarrollo de la sociedad y sirven a la causa del progreso. Su actuación puede acelerar la marcha de la historia, acercar la victoria de lo nuevo, facilitar a las clases avanzadas y a la sociedad el camino hacia esa victoria y aliviar los dolores del parto cuando nace algo nuevo en la vida social.

La necesidad social y los grandes hombres.

La aparición de personalidades eminentes va indisolublemente unida a la ley histórica.

En la sociedad hay siempre hombres capacitados y de talento, pero sólo se muestran y sólo se crean las condiciones necesarias para que surjan cuando se siente la necesidad social de líderes en posesión de unas u otras cualidades, dotes intelectuales o carácter. Esto se pone de relieve muy singularmente en las épocas revolucionarias, cuando a la dirección de los asuntos públicos pasan cientos y miles de hombres que hasta poco antes permanecían en el anonimato y no encontraban, en las condiciones del viejo régimen, una coyuntura para revelar su capacidad y su talento. De la misma manera, en los períodos de guerra la necesidad social abona el terreno para la aparición de hombres con las virtudes de buenos jefes militares.

Es obra del azar, se comprende, el decidir quién será el que destaque en unas condiciones sociales concretas, pero el propio hecho de la aparición de líderes que respondan a las necesidades de la época está de por sí sujeto a la ley histórica.

Engels escribía: "La circunstancia de que sea precisamente este gran hombre el que aparece en un país concreto y en un determinado tiempo, representa, ciertamente, una casualidad pura. Pero si eliminamos a este hombre será necesario sustituirlo; y el sustituto aparecerá, más o menos apropiado, pero aparecerá con el tiempo. Que Napoleón el corso fuera precisamente el dictador militar que necesitaba la República Francesa agotada por la guerra, es una casualidad. Pero si Napoleón no hubiese existido, su papel lo habría desempeñado otro. Así lo demuestra el hecho de que siempre apareció un hombre así cuando era necesario: César, Augusto, Cromwell, etc."[92]

La aparición del hombre grande es obra del azar, mas eso no significa que cualquiera otro pueda ocupar ese puesto y cumplir su papel histórico. Para ello se requieren determinadas cualidades, cierta capacidad. De ahí que, de ordinario, pasen a dirigentes los hombres que, en una u otra medida, poseen dichas cualidades.

En cuanto al carácter concreto de las cualidades requeridas, ofrece una variedad infinita, dependiendo de la esfera en que el dirigente ha de moverse, de las condiciones de la época, de la naturaleza de clase del movimiento que lo promueve, etc.

Cada clase elige a sus jefes de acuerdo con su naturaleza social, con su situación en la sociedad y con las tareas que está llamada a cumplir. Los dirigentes de la clase obrera, por ejemplo, necesitan

[91] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. II, Moscú, 1955, pág. 373.

[92] C. Marx y F. Engels, *Cartas escogidas,* Gospolitizdat, 1953, págs. 470-471.

firmeza y audacia revolucionaria, en consonancia con el propio carácter de la misión histórica del proletariado; preparación teórica, puesto que la lucha de la clase obrera se apoya en una teoría científica; estrechos vínculos con el partido y con las masas; experiencia y capacidad para el trabajo de organización entre las masas; fe en la fuerza creadora de los trabajadores; capacidad para no sólo enseñar a las masas, sino también aprender de ellas, etc.

El culto a la personalidad va contra el marxismo-leninismo.

El marxismo-leninismo afirma que el papel decisivo en la historia corresponde a la actividad y la lucha de clase de las masas populares. Sólo relacionándolo con la lucha de clases, con la actividad de las masas populares, con las necesidades sociales que esta lucha engendra, podemos comprender el verdadero papel de los dirigentes.

Tal concepción de la historia es incompatible con el culto a la personalidad, con la veneración de los dirigentes, a los que se atribuyen sobrenaturales méritos y cualidades. El culto a la personalidad es una ideología contraria al marxismo, que procede de las concepciones del feudalismo y del individualismo burgués.

Al propio tiempo, el culto a la personalidad repercute desfavorablemente en la actuación práctica y se enfrenta con las necesidades e intereses del movimiento socialista.

La desenfrenada exaltación del dirigente y la exageración de sus méritos, quiérase o no, influye nocivamente en las masas y deforma su educación. El culto a la personalidad crea entre las masas la errónea creencia de que las tareas que se plantean ante los trabajadores puede cumplirlas alguno otro, de que la capacidad y los méritos del dirigente dan base a los millones de dirigidos para confiar por completo en el gran hombre, para seguir pasivamente los proyectos e indicaciones del "jefe" que todo lo sabe y todo lo tiene previsto, haciendo así innecesario que los hombres de filas del movimiento socialista piensen por su cuenta, manifiesten iniciativa, creen e influyan activamente sobre la marcha de los acontecimientos. Tales opiniones relajan la conciencia de responsabilidad de cada trabajador por el porvenir y el éxito del movimiento socialista, debilitan en ellos el inapreciable sentimiento de saberse dueños de su destino, que de manera tan rotunda se afirma en *La Internacional:*

Ni en dioses, reyes ni tribunos
está el supremo salvador,
nosotros mismos realicemos
el esfuerzo redentor.

Más aún. Si de la ideología pasamos a la práctica, el culto a la personalidad reduce y quebranta inevitablemente el profundo espíritu democrático que acompaña orgánicamente al movimiento socialista. Este culto restringe las normas de vida trazadas por la práctica, que ayudan a las masas a incorporarse activamente al movimiento, y a los dirigentes a aprender de las masas, a resumir la experiencia de su actividad y su lucha. En vez de esto surgen otras normas, por las que se conceden al dirigente derechos extraordinarios, que transportan el centro de gravedad de la dirección a las decisiones, indicaciones y directrices individuales. Esto anula no ya el deseo, sino la misma posibilidad de que millones de trabajadores manifiesten iniciativa y desplieguen toda su actividad creadora.

El culto a la personalidad se opone, pues, a la incorporación de las grandes masas a la lucha contra el capitalismo y a la construcción de la sociedad socialista. Y ello es así cuando una de las grandes ventajas del movimiento socialista reside justamente en su capacidad para despertar a millones de trabajadores para la creación histórica. En la lucha por la supresión del capitalismo y la construcción del socialismo es de gran importancia utilizar esta superioridad al máximo. Las tareas del movimiento socialista son tan ingentes que jamás podrá cumplirlas por si solo un individuo, aun dotado de la mayor capacidad, sin la participación activa de las masas populares. Ni el mayor de los genios puede reemplazar al discernimiento colectivo de las masas y del Partido; la experiencia personal, aun la más valiosa y completa, no será capaz de sustituir a la experiencia colectiva de millones de hombres; ni la más grande de las hazañas personales podrá suplir la hazaña de las masas trabajadoras que se han puesto en pie para la lucha contra el capitalismo y que construyen el socialismo.

De todo esto se desprende que el culto a la personalidad causa un perjuicio directo al movimiento socialista, por cuanto restringe la posibilidad de poner en juego sus grandes ventajas históricas.

Además, en un ambiente de culto a la personalidad se hace posible la incorporación al movimiento socialista de fenómenos que nada tienen que ver con su naturaleza, accidentales y hasta nocivos, que guarden relación con unos u otros rasgos negativos de determinados dirigentes.

Decíamos antes que una u otra persona se coloca a la cabeza de la clase o del movimiento gracias a determinadas cualidades necesarias. Ellas son las que, en lo fundamental y principal, hacen que los actos de esta persona reflejen las necesidades de la clase o del movimiento que dirige. Pero junto a esas cualidades necesarias, el dirigente puede poseer rasgos personales que, aun siendo secundarios, sean capaces, en determinadas condiciones, de influir desfavorablemente sobre su labor.

J. V. Stalin, por ejemplo, llegó a dirigente gracias a una serie de cualidades personales necesarias para el movimiento socialista, como su fidelidad a la

causa de la clase obrera, su gran capacidad como organizador y teórico, su voluntad de hierro y su intransigencia en la lucha con los enemigos. Todo esto le permitió cumplir un señalado papel en el movimiento revolucionario y en la construcción del socialismo en la U.R.S.S., así como en el movimiento obrero internacional.

Pero Stalin poseía otros rasgos de carácter: brusquedad, intolerancia hacia la opinión ajena, una desconfianza enfermiza; también era caprichoso. En condiciones normales, nada de esto podía causar un daño sensible. Lo habrían impedido las normas de vida de la sociedad socialista, del Partido y del movimiento obrero, que imponen la dirección colectiva, un eficaz control de las masas sobre los dirigentes, una amplia democracia para los trabajadores, la crítica y la autocrítica. Mas la situación en que transcurrió la actividad de Stalin no era ordinaria. La construcción del socialismo en un país económicamente atrasado, en unas condiciones de cerco capitalista y de encarnizada lucha de clases y ataques de las corrientes hostiles al Partido, exigía una especial centralización. Stalin trató de llevar esta centralización al máximo, concentrando en sus manos un poder excesivo y violando los principios de la dirección colectiva por los que los Partidos Comunistas se rigen. En tales condiciones, sus rasgos personales negativos comenzaron a ejercer cierta influencia sobre su labor en el Gobierno y en el Partido, y, por tanto, sobre la propia vida del Partido y del país. Así fueron posibles algunos fenómenos profundamente ajenos al marxismo-leninismo y al socialismo como sistema social: abandono de los principios democráticos en cuestiones importantes de la política, graves transgresiones de la legalidad socialista, represiones infundadas, nombramiento para cargos importantes de personas totalmente incapaces y extrañas al Partido que se habían ganado su confianza por su servilismo y espíritu adulador.

Estos fenómenos negativos, se entiende, no alteraron la naturaleza socialista de la sociedad soviética. También en ese período siguió ésta avanzando por la vía socialista, por la vía del robustecimiento de la propiedad social sobre los medios de producción, de rápido incremento de las fuerzas productivas, de ascenso del bienestar, la cultura y la conciencia de los trabajadores. Los pueblos de la U.R.S.S. lograron en este período grandes victorias a pesar de todas las consecuencias negativas del culto a la persona de Stalin. Pero los éxitos habrían sido aún mayores de no ser por los errores de Stalin y por el culto a la personalidad.

Así, pues, el culto a la personalidad es ajeno a todo el espíritu y a las necesidades del movimiento socialista; es incompatible con el marxismo-leninismo. No en vano Marx, Engels y Lenin combatieron siempre toda manifestación del mismo, mostraban una repugnancia fisiológica por la adulación y las alabanzas y en repetidas ocasiones pusieron en guardia a la clase obrera y a su partido contra el peligro que la exaltación y el enaltecimiento de los dirigentes representaban.

Fiel al espíritu de estas tradiciones del movimiento socialista, el Partido Comunista de la Unión Soviética ha emprendido una decidida lucha contra el culto a Stalin, lucha que comprende un trabajo de educación e ideológico y medidas encaminadas a hacer imposible la reaparición del culto a la personalidad, a fomentar la democracia socialista y a restablecer las normas leninistas en la vida del Partido. Esta lucha tiene grandes alcances para todo el movimiento socialista.

La burguesía, y con ella los reformistas y revisionistas de toda laya, han tratado de aprovechar la crítica del culto a Stalin para difamar a la Unión Soviética y al régimen socialista, quebrantar el prestigio moral del Partido Comunista de la Unión Soviética y sembrar la discordia y la confusión en el movimiento obrero. Pero sus intentos han resultado fallidos. Pese a todos los esfuerzos de los servidores del imperialismo, la lucha contra el culto a la personalidad ha traído consigo, en última instancia, un nuevo ascenso del movimiento socialista, que ha visto robustecidas su cohesión y su unidad.

Los partidos marxistas-leninistas han sabido salir también al paso de las concepciones nihilistas que negaban el papel de los dirigentes y de los chispazos anarquistas, atizados diligentemente por los enemigos del socialismo. La reacción siempre se mostró dispuesta a difamar y comprometer a los dirigentes de los trabajadores, considerando que así podría quebrantar y desorganizar el movimiento obrero. Pero las masas, en su inmensa mayoría, comprenden que el prestigio y la popularidad de los dirigentes de la clase obrera no tienen nada de común con la condena que el Partido ha hecho del culto a la personalidad. El prestigio y la popularidad no son sólo una consecuencia legítima de la labor de los mejores dirigentes de la clase obrera. Son también un arma importante del movimiento obrero en la lucha por el socialismo, y así nos lo dice toda la experiencia de la lucha que el proletariado mantiene por su emancipación. Sin dirigentes prestigiosos, vinculados a las masas y populares entre ellas, no hay movimiento socialista organizado, son imposibles los grandes triunfos en la lucha por el socialismo. Los mejores jefes de la clase obrera, íntimamente unidos al pueblo y que dirigen acertadamente la lucha de los trabajadores por sus vitales intereses y sus ideales, cumplen una señalada misión en la historia y se hacen acreedores al amor del pueblo.

3. Papel de las masas en la vida político-social de nuestra época

La tesis marxista de que el pueblo es el creador de la historia es valedera para todos los tiempos y

épocas. Pero la actividad de las masas populares hay que considerarla en su desarrollo. De una formación a otra cambian las condiciones sociales en que transcurren el trabajo y la lucha de las masas del pueblo, con lo que se hace distinto su papel en la vida y el desarrollo de la sociedad. Desde los tiempos en que la sociedad se dividió en clases, la tendencia general de estos cambios es la de un incremento de la influencia de las masas trabajadoras sobre la marcha de los distintos aspectos de la vida social, y muy singularmente sobre la política.

Creciente papel de las masas populares en política.

Bajo un régimen de explotación, las funciones de gobierno de la sociedad, la decisión de sus asuntos interiores y exteriores, es monopolio de las clases explotadoras dominantes. La resistencia a los explotadores, la lucha de clases, es el único recurso de que las masas populares disponen para influir en la política. Así las cosas, el papel de las masas populares en la vida política viene determinado enteramente por el nivel de la lucha de clase de los trabajadores contra quienes les oprimen. Este nivel crece constantemente con el paso de una formación social a otra.

La historia de la sociedad esclavista abunda en ejemplos de abnegada lucha de los oprimidos. Pero los esclavos, entre los que tantas diferencias había de lengua y de raza, eran una masa que difícilmente podía agruparse para formar una fuerza social importante y poseían una conciencia de clase muy escasa. De ordinario, los esclavos que se sublevaban no pensaban siquiera en la lucha contra el régimen esclavista; su único anhelo era volver a su patria para sentirse de nuevo hombres libres.

El paso al feudalismo brinda a los trabajadores posibilidades más amplias de lucha contra la opresión. Los siervos vivían y trabajaban en su misma patria, hablaban en una misma lengua y comprendían más que los esclavos su solidaridad en la lucha contra los señores. Poco a poco aprendieron a establecer relaciones con las capas pobres de la ciudad, con las cuales buscaban la alianza. No obstante, también los movimientos campesinos presentaban defectos orgánicos que se derivaban del propio carácter de los siervos como clase: limitación de los levantamientos a comarcas reducidas, debilidad en cuanto a la organización, etc.

La clase obrera elevó la lucha contra los explotadores a su más alto nivel. No en vano es la más organizada de todas las clases oprimidas que la historia conoce. Es la única que se presenta armada de una concepción científica del mundo. Es una fuerza no sólo nacional, sino internacional, al hallarse unida por los fuertes lazos de la solidaridad proletaria. Todo esto infunde singular potencia a la lucha de clases y la convierte en un factor primordial de la vida política hasta en los períodos "pacíficos" y no revolucionarios.

La lucha de clase de los trabajadores alcanza su punto culminante en el período de la revolución socialista. Fruto de la misma es el nacimiento de una sociedad nueva, en la cual la política, que antes era un instrumento de coerción y represión de las masas populares, se convierte en arma para la defensa de sus conquistas e intereses. Se trata de un viraje de capital importancia en la historia de la humanidad. En adelante, las masas populares, dirigidas por la clase obrera y su partido, comienzan a determinar y orientar por sí mismas la política. De objeto que eran de la política oficial, se convierten en sujeto. Esto se desprende de la naturaleza de la sociedad socialista y se encuentra garantizado por todo el sistema de vida de la misma.

Las masas populares como fuerza política decisiva de nuestro tiempo.

El incremento del papel de las masas populares en la vida político-social es, pues, una ley del desarrollo histórico. Cuanto más difíciles son las tareas que se alzan frente a la sociedad y más profundos y consecuentes son los cambios que esas tareas exigen, más grandes son las masas que se incorporan como factor consciente de la historia y de los cambios sociales que en ésta se producen. Esto, subrayaba Lenin, es una de las tesis más importantes y profundas de la teoría marxista.[93] Nos explica, por ejemplo, por qué en nuestra época -la época del hundimiento definitivo del reino de la explotación y de la construcción del comunismo- crece con tan vertiginosa rapidez el papel de las masas populares en la vida social. "La historia -escribe Lenin- la hacen ahora por su cuenta millones y decenas de millones de seres."[94]

¿Qué manifestación concreta adquiere todo esto?

Primeramente, en los países habitados por un tercio de la humanidad las masas populares han llevado a cabo un profundo viraje histórico, rompiendo para siempre con cuanto las condenaba al atraso, a la opresión y a la humillación. Los trabajadores de los países socialistas son dueños de su propia vida y la única fuerza que determina los destinos de la sociedad. De esta manera han reducido a polvo las fábulas inventadas por los explotadores, en el sentido de que una sociedad sin opresión ha de entrar forzosamente en colapso y desaparecer, arrastrando consigo a su economía, su civilización y su cultura. La gran hazaña de los trabajadores de los países socialistas es un ejemplo y un estímulo para las masas populares del mundo entero.

Se han despertado y puesto en movimiento masas enormes de gentes del trabajo en las colonias y países dependientes. Pasó para siempre la época en que los

[93] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., t. II, pág. 491.
[94] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., t. XXVII, pág. 136.

gobiernos imperialistas prescindían de ellos en sus cálculos y los trataban como a bestias. Los trabajadores de estos países han proclamado ante el mundo entero y han hecho saber que son hombres como todos los demás y que exigen unas condiciones humanas de existencia. Esto ha producido en el transcurso de los diez años últimos cambios sustanciales en el mundo, ha puesto fin a la división de la población de nuestro planeta en un puñado de naciones superiores, que resolvían los destinos del globo, y los pueblos de color -más de mil millones de seres oprimidos y explotados-, a los que durante largo tiempo manejaron impunemente a su antojo los imperialistas.

Se han producido también cambios profundos en la situación de los trabajadores dentro de los países capitalistas. Cierto que no se han emancipado aún de su yugo. Pero ¿acaso se puede comparar su papel en la vida política no ya con épocas históricas pasadas, sino con la situación que había hace unas cuantas decenas de años? Hoy, incluso en los países en que aún gobiernan los explotadores, los trabajadores son una fuerza que los capitostes imperialistas no pueden por menos de tener presente. Los trabajadores tienen sus partidos políticos, a menudo cuentan con nutridas representaciones parlamentarias, poseen prensa propia y las organizaciones más diversas. Ha crecido enormemente el interés hacia los problemas político-sociales, incluso hacia aquellos que antes no importaban a nadie más que a los políticos profesionales. La parte avanzada de los trabajadores tiene conciencia clara de sus intereses y cada vez maneja mejor las más importantes formas de lucha en defensa de los mismos.

El incremento de la influencia de las masas populares sobre la política de los países burgueses abre ante ellas vastas perspectivas en cuanto al éxito de la lucha por sus intereses económicos y políticos inmediatos. Una circunstancia de valor trascendental es que la existencia del poderoso sistema socialista y de una amplia zona de paz, que crece más y más, ofrece a las masas trabajadoras, por primera vez en la historia, la posibilidad de impedir una guerra que, dada la potencia destructiva de las armas actuales, amenazaría la existencia de cientos de millones de seres humanos.

El incremento de la actividad política de los trabajadores les brinda también posibilidades nuevas en cuanto a la lucha por sus reivindicaciones últimas y aproxima el alumbramiento de la sociedad socialista, un alumbramiento sin dolor y fácil, y en condiciones favorables hace posible la transición al socialismo por vía pacífica.

La incorporación a la labor histórica de millones de trabajadores tiene, por tanto, un significado enorme para toda la vida de la sociedad contemporánea. Es lógico que no piensen lo mismo acerca de esto la burguesía y la clase obrera.

Para la burguesía reaccionaria, el incremento de la influencia de las masas populares en la vida social amenaza la existencia del sistema capitalista y es un obstáculo con el que siempre tropieza cuando quiere aplicar una política interior y exterior de su agrado y conveniencia. De ahí que la incorporación de millones de trabajadores a una labor histórica consciente siembre entre sus políticos e ideólogos profunda inquietud y confusión. Dominados por el pánico, afirman el advenimiento de la era de la "sociedad de las masas", del "dominio de las turbas", en lo que ven un trastorno completo de la marcha normal de la historia que amenaza a la sociedad con toda clase de males.

Pero la burguesía no se limita a difamar a las masas. Al propio tiempo, hace cuanto está a su alcance para reducir al mínimo el papel de los trabajadores en la política y quitarles sus posibilidades de influir sobre la vida y el desarrollo de la sociedad. Así nos lo prueba la cruzada de la burguesía imperialista contra la democracia y los repetidos intentos de implantar sistemas fascistas, que tienen el fin exclusivo de acabar con la influencia que sobre la vida social ejercen las masas.

Paralelamente, la burguesía reaccionaria recurre a las mentiras más refinadas y la demagogia para ganarse a las masas. Es la última carta que juegan las fuerzas antipopulares. No hay que desdeñar el peligro de tales manejos. Porque los imperialistas no disponen sólo de recursos ingentes y de un poderoso aparato de propaganda; también poseen una gran experiencia -acumulada durante los siglos de dominación del capital- en cuanto a la esclavización espiritual de los trabajadores. Valiéndose del atraso de parte de las masas populares, en especial de los elementos pequeñoburgueses, la burguesía reaccionaria ha logrado en algunas ocasiones atraerse y convertir en instrumento de su política a capas considerables de la población. Así ocurrió en la Alemania nazi y en la Italia fascista. Bajo la influencia de la burguesía se encuentra actualmente una parte no despreciable de los trabajadores en los países capitalistas.

Incluso en los países en que la clase obrera ocupa el poder, la burguesía mundial no desaprovecha la menor coyuntura para sembrar la escisión entre los trabajadores, se vale de cualquier fisura y de cualquier error para extender su influencia entre las masas. Prueba elocuente de ello son los acontecimientos de otoño de 1956 en Hungría.

Mas por mucho que la burguesía se esfuerce, por muchas que sean las maniobras a que recurra, su camino no es el de las masas populares. Puede durante cierto tiempo engañar a cierta parte de los trabajadores, pero como no deja de ser una clase explotadora y opresora, jamás podrá establecer con ellos una alianza sólida. De ahí que el creciente papel de las masas populares en la vida político-social

debilite a la burguesía reaccionaria y sea un síntoma de que se aproxima el fin de su dominación.

Otra cosa es la clase obrera. Ella misma es una parte importante, a veces la mayoría, de la población trabajadora, de las masas populares. Más aún, la clase obrera se halla unida a todos los trabajadores por la profunda comunidad de sus intereses vitales, lo mismo en el período de la lucha contra la burguesía que cuando se trata de edificar la nueva sociedad socialista. De ahí que el incremento del papel de las masas populares en la vida de la sociedad sea fuente de energía para la clase obrera y robustezca las posiciones del socialismo, que es su gran conquista histórica.

Esto, sin embargo, no significa que la parte más consciente de la clase obrera, su vanguardia marxista-leninista, pueda despreocuparse del reforzamiento de sus vínculos con las masas. Tales vínculos, en unas condiciones de encarnizada lucha de clase con la burguesía, no se establecen automáticamente. Exigen esfuerzos constantes y atención de cada comunista y de cada trabajador consciente. La lucha por la influencia entre las masas sigue siendo la base de la política de los partidos marxistas-leninistas. La incorporación de nuevos millones de seres a la vida político-social plantea más imperiosamente aún la tarea de su agrupación, organización y educación. Del éxito que en este terreno se consiga depende en buena parte que se puedan poner en juego las inusitadas posibilidades del movimiento de emancipación de los trabajadores que se ponen de manifiesto en nuestra época.

El incremento del papel de las masas populares en la vida político-social trae consigo una gigantesca aceleración del desarrollo histórico, del progreso social. El avance en nuestra época es tan rápido, que cada década, por su contenido y por el valor del camino cubierto por la humanidad, puede ser equiparada a siglos enteros de períodos anteriores de la historia.

La aceleración del desarrollo en nuestra época equivale a la aceleración del movimiento que nos lleva al socialismo y al comunismo.

Lenin escribía: "La victoria será de los explotados, pues con ellos está la vida, está la fuerza del número, la fuerza de la masa, la fuerza de los inagotables manantiales de todo lo abnegado, rico en ideas y honesto, que empuja hacia adelante y despierta para la construcción de lo nuevo, de todas las gigantescas reservas de energía y talento de lo que llaman el «vulgo», de los obreros y los campesinos. La victoria será suya."[95]

Capitulo VII. El progreso social

1. Carácter progresivo del desarrollo social

El avance de la sociedad sigue en su conjunto una línea ascendente; es un movimiento de progreso que va de las formas inferiores a las superiores. Así lo deduce la teoría marxista del análisis científico del proceso histórico, apoyándose no en deseos y esperanzas, sino en criterios estrictamente objetivos que permiten juzgar qué tipo de sociedad y qué época de su desarrollo son más progresivos.

Normas valorativas del progreso.

Las normas valorativas que nos permiten enjuiciar objetivamente acerca del progreso son distintas según sea la esfera que nos ocupe. Del progreso de la sanidad y del bienestar de los hombres podemos juzgar, por ejemplo, guiándonos por la duración media de la vida. Del progreso de la cultura nos dan una noción índices como el porcentaje de personas que saben leer y escribir, el de las que poseen instrucción media y superior, el número de escuelas y bibliotecas, de establecimientos científicos y teatros, etc. Análogas normas valorativas del progreso podríamos encontrar para otras muchas esferas de la vida social.

Ahora bien, para juzgar del avance de toda la sociedad en su conjunto, y no de alguna de sus partes, necesitamos guiarnos por un criterio de otro género, más general, de carácter universal. Este criterio o índice del carácter progresivo de una u otra formación lo ve la ciencia marxista-leninista en el *desarrollo de las fuerzas productivas.* Es más progresiva la formación que brinda posibilidades mayores para el desarrollo de las fuerzas productivas, la que les asegura un crecimiento más rápido y las coloca a un nivel superior.

¿Por qué los marxistas atribuyen a esta norma valorativa un significado primordial?

Lo primero de todo, porque el desarrollo de las fuerzas productivas representa un índice directo del progreso en una esfera tan importante como es la producción de los medios que los hombres necesitan para su existencia. Conforme impulsan la técnica y acumulan hábitos de trabajo y conocimientos acerca de cuanto les rodea, los hombres se emancipan del imperio de las fuerzas ciegas de la naturaleza, las dominan, las ponen a su servicio y transforman la naturaleza en interés propio. Por lo tanto, el desarrollo de las fuerzas productivas determina el grado en que el hombre domina la naturaleza. Pero no es sólo esto. Del desarrollo de las fuerzas productivas depende, en última instancia, el progreso en las otras esferas de la vida social: en las relaciones sociales, la cultura, etc.

Sabemos, por ejemplo, que únicamente cuando el trabajo humano comenzó a rendir un producto complementario, por encima de lo que el propio productor necesitaba para subsistir, parte de los miembros de la sociedad pudieron abandonar el trabajo físico y dedicarse a la ciencia, al arte y a la literatura. Y esto trajo consigo los primeros éxitos importantes en la cultura espiritual.

[95] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVI, pág. 364.

El desarrollo de las fuerzas productivas, que condiciona la sucesión consecutiva de formaciones, conduce a cambios político-sociales que posibilitan el progreso en las diversas esferas de la vida social. En el curso de la historia de la sociedad de clases fueron suprimidas las formas más burdas de dependencia personal y de opresión de los trabajadores, como son la esclavitud y la servidumbre. A medida que las fuerzas productivas se desarrollaban, creció la cultura, la conciencia y la organización de los trabajadores, con lo que de una formación a otra se ha incrementado la actividad político-social de las masas populares y su papel en la vida de la sociedad.

El desarrollo de las fuerzas productivas, al condicionar los cambios del régimen económico, prepara en definitiva la emancipación completa de la humanidad del yugo de las fuerzas sociales, cuya acción a lo largo de miles de años fue tan ciega, violenta y destructora como corresponde a las fuerzas de la naturaleza. Nos referimos a las relaciones económico-sociales del régimen de explotación, bajo el cual quienes producen los bienes materiales no pueden disponer de ellos, y clases enteras -la mayoría de la sociedad- caen bajo la dependencia de un puñado de opresores y pierden el derecho a disponer de su trabajo, de su suerte y hasta de su vida.

La base de la esclavización de los hombres por fuerzas sociales que les son ajenas está en la propiedad privada sobre los medios de producción, en la explotación del hombre por el hombre y en la escisión de la sociedad en clases enemigas. Sólo cuando las fuerzas productivas alcanzan un nivel de desarrollo suficientemente alto puede la humanidad emanciparse de la explotación y de las relaciones económico-sociales de la sociedad de clases antagónicas que la esclavizan. Esto se produce con el socialismo. Cuando éste triunfa, y a medida que avanza la construcción del comunismo, los hombres acaban por dominar las fuerzas del desarrollo social, lo que les permite dar un paso decisivo en cuanto a la subordinación de las fuerzas de la naturaleza, que de manera consciente y planificada ponen al servicio de la sociedad entera.

"Las condiciones de vida que rodeaban a los hombres y que hasta entonces imperaban sobre ellos, pasan ahora bajo su poder y control; los hombres, por primera vez, se convierten en señores efectivos y conscientes de la naturaleza, porque se convierten en dueños y señores de su vida socializada… Las fuerzas objetivas y extrañas que imperaban hasta entonces sobre la historia quedan bajo el control del mismo hombre. Y sólo en este momento comienzan los seres humanos a crear ellos mismos su historia con conciencia completa de sus actos, sólo entonces las causas sociales que ellos ponen en movimiento tendrán en grado importante y siempre en aumento las consecuencias que ellos desean. Es un salto que el género humano hace del reino de la necesidad al reino de la libertad"[96] *(Engels).*

Al adoptar el desarrollo de las fuerzas productivas como norma valorativa del progreso, llegamos a la conclusión de que el avance de la sociedad tiene un carácter progresivo. De una etapa a otra, el nivel de las fuerzas productivas crece, cada formación brinda posibilidades nuevas al incremento de la técnica y de la productividad del trabajo, y los cambios en la producción social traen consigo modificaciones progresivas en toda la vida de la sociedad.

Esta circunstancia de que el progreso social se basa en el desarrollo de las fuerzas productivas nos lleva a otra conclusión: el avance de la sociedad y la orientación de este avance es una necesidad histórica. Esto significa que ni los individuos ni las clases pueden detener la marcha de la sociedad ni modificar su orientación a la medida de sus deseos.

En repetidas ocasiones se trató de conseguirlo, como todos sabemos, pero los intentos siempre terminaron con un completo fracaso. ¡Qué desesperados esfuerzos realizaron los imperialistas para restablecer el sistema capitalista en el país soviético! El descalabro sufrido, sin embargo, no pudo ser más vergonzoso. El mismo descalabro sufrieron los imperialistas de los Estados Unidos cuando trataban de cerrar el paso a la revolución socialista en China y en otras democracias populares y de mantener allí el caduco régimen reaccionario.

En nuestros días, el progreso social va indisolublemente unido al paso al socialismo. El capitalismo ha agotado sus posibilidades. Sus relaciones de producción se han convertido en una traba para el desarrollo de las fuerzas productivas. El mantenimiento de esas relaciones significa una carga y un peligro cada vez mayores para la sociedad.

Cuando el marxismo-leninismo defiende la idea del avance progresivo de la humanidad, expresa y recoge las concepciones y los intereses de la clase más revolucionaria de nuestros tiempos, que es la clase obrera. Esta no teme el futuro y tiene fe ciega en el progreso, que ha de traerle la emancipación a ella y, a la vez, a la humanidad entera.

Los ideólogos de la burguesía imperialista son enemigos del progreso.

Otra cosa es la burguesía contemporánea. Se ha convertido en una clase reaccionaria y en decadencia, que reniega de las ideas de progreso que con tanto calor defendieron sus mejores hombres a fines del siglo XVIII y comienzos del XIX. En nuestra época agradan mucho más a la burguesía las teorías que no se basan en el progreso, sino en el estancamiento y hasta en la vuelta atrás de la sociedad. A esto se debe, en particular, el éxito que en el mundo burgués alcanzó la teoría cíclica de la historia enunciada por el filósofo reaccionario alemán O. Spengler y que

[96] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., pág. 267.

ahora defiende el historiador y sociólogo inglés A. Toynbee. Según esta teoría, cada sociedad atraviesa en su desarrollo por fases obligatorias: primavera-verano, otoño-invierno, o infancia - juventud - madurez - vejez. Al cerrarse el círculo, la sociedad muere y vuelve al punto inicial. El nuevo ciclo no representa un progreso, sino una vuelta más en el eterno devenir de la historia. Ciñéndonos a nuestra época, el punto de vista de Spengler, Toynbee y sus adeptos significa que si bien la civilización burguesa está en decadencia (cosa que no pueden negar ni siquiera los apologistas del capitalismo), su extinción y sustitución por una civilización nueva, es decir, por la civilización socialista, no significará un progreso; antes al contrario, será el paso a un nivel más bajo del desarrollo social, con el comienzo de un nuevo ciclo.

Muchos apologistas de la burguesía eligen otro procedimiento para combatir al socialismo científico. Niegan las leyes de la historia, con lo que rechazan el concepto mismo de desarrollo social y progreso, y proponen que se hable únicamente de "cambio social". Este cambio, según ellos, es casual y puede seguir una dirección cualquiera bajo el influjo de las circunstancias más diversas. Tal concepción, según afirma el sociólogo de Alemania Occidental L. von Wiese, permite "abstenerse de todo juicio acerca de si el desarrollo va hacia mejor o hacia peor y de si existe una relación causal entre el pasado y el presente, y tanto más el futuro, y limitarse a registrar simplemente la modificación o el cambio". Así, en beneficio de sus intereses de clase, los sociólogos burgueses contemporáneos prescinden de una importante conquista de la ciencia del siglo XIX: el concepto del avance sometido a leyes objetivas.

También goza de predicamento entre los ideólogos burgueses la noción de que el progreso y el avance son sólo posibles en la ciencia y la técnica, pero no en las relaciones sociales, la política y la moral (teoría del "atraso moral" o del "divorcio moral"). Estas esferas de la vida social, según los teóricos reaccionarios, vienen determinadas por las cualidades eternas e inmutables de la "naturaleza humana", que empuja a los hombres a la violencia, al crimen, a la agresión, etc. El desarrollo de la ciencia y la técnica no hace más que proporcionar a estas tendencias destructoras armas siempre más peligrosas. De este modo, las calamidades y lacras que son producto del régimen capitalista en putrefacción son atribuidas a una imaginaria "naturaleza humana".

En el deseo de salvar al capitalismo de la crítica, se declara que el mal principal reside en el avance de la ciencia y de la técnica. A menudo se preconiza abiertamente el retorno al feudalismo, a la vida rural y a la dominación de la Iglesia en todos los órdenes de la vida social, y se sostiene que sólo así será posible aún salvar a la humanidad de la catástrofe que se le viene encima.

Hasta dónde llega el pesimismo de los ideólogos burgueses, cuando se imaginan el futuro de la sociedad, nos lo señalan algunas producciones literarias, como, por ejemplo, las novelas utópicas de A. Huxley, E. M. Forster y otros.

En estas novelas no hay ni rastro de fe en el futuro, no encontraremos las esperanzas ni el optimismo que alumbran la mayoría de las obras utópicas del pasado. Lo mejor que auguran al mundo los autores de las modernas utopías burguesas es una sociedad en que el bienestar material se consigue al precio de la renuncia completa a la democracia, la cultura y la dignidad humana, una sociedad compuesta de personas que nada tienen de humano y que se han convertido en apéndices que no piensan y son esclavos de las maquinas. A menudo, sus augurios son todavía más sombríos: pronostican la vuelta de la humanidad a la barbarie. De la civilización, anuncian estos "profetas", sólo quedarán las ruinas de ciudades y las viejas tumbas, en las que hordas hambrientas de gentes degeneradas y salvajes buscarán ropas y objetos con que adornarse.

Un pesimismo sin salida impera en toda la ideología de la burguesía reaccionaria de nuestros tiempos, en su cultura, dando origen a orientaciones decadentes en el arte y al amoralismo. Estas tétricas ideas tienen su razón de ser. La era del capitalismo se halla en su ocaso, el capitalismo se opone al progreso social. Y con la ceguera propia de los ideólogos de una clase que agoniza, los actuales teóricos y escritores burgueses identifican la suerte de su clase con la suerte de la humanidad, pintan el colapso y la inevitable muerte de esta clase como si fuera el colapso y el fin de toda la civilización en su conjunto.

Las teorías que niegan la posibilidad del progreso no son muestra, sin embargo, sólo de la decadencia del capitalismo, sino que también expresan determinado interés político de la burguesía contemporánea. Sus ideólogos esgrimen esas teorías con el propósito de desarmar espiritualmente a los trabajadores, de hacerles creer en la inutilidad de la lucha contra el capitalismo. Por delante nos espera la regresión, la decadencia y la muerte; la lucha por un régimen de progreso y mejor es absurda: eso es lo que los servidores de la burguesía quieren llevar a la conciencia de los trabajadores.

La teoría marxista-leninista opone a los siniestros vaticinios de los augures burgueses sus tesis científicas, respaldadas por los hechos, según las cuales la historia de la sociedad presenta un cuadro de progreso, de un avance que, con arreglo a leyes, va de lo inferior a lo superior; el avance de la sociedad es ley no sólo del pasado, sino también del presente, y lo que nos espera es la transición inevitable al comunismo, como forma social progresiva y superior. Tal visión de la historia es una

parte importante de la concepción que del mundo tiene la clase obrera.

Si bien el avance de la sociedad está sujeto a leyes, eso no quiere decir que se produzca de por sí, al margen de la actividad consciente de los hombres. Porque la propia actividad de los hombres, de los partidos y de las clases, aun estando sometida a leyes, va orientada a la transformación progresiva de la humanidad. y cuanto más consciente, organizada, enérgica y dirigida sea esa actividad, tanto más profundo y rápido será el progreso. Así lo demuestra la gigantesca aceleración del desarrollo social que es lo característico de nuestra época, cuando se han puesto en movimiento masas de millones de seres que despertaron para la labor histórica consciente. Esas masas tienen la fuerza suficiente como para barrer todos los obstáculos que la reacción levanta en el camino del progreso.

Toda la práctica social confirma la razón del optimismo histórico propio de la concepción marxista. Este optimismo expresa la seguridad de la clase obrera en su futuro y en la superioridad del socialismo, al que nada podrá vencer. Al mismo tiempo, la concepción marxista-leninista del progreso social proporciona a los trabajadores un arma poderosa en la lucha por su emancipación, les ofrece perspectivas claras, les alienta y anima en su empresa de construir la sociedad comunista y les da la seguridad profunda de que sus esfuerzos se verán coronados por el éxito.

2. El progreso social en la sociedad basada en la explotación y con el socialismo

Si bien la teoría marxista afirma que la historia de la sociedad es un movimiento en línea ascendente, no olvida ni por un momento la complejidad y el carácter contradictorio de este proceso. No es posible imaginarse la historia como un avance armónico, continuo y sin obstáculos. El carácter progresivo del desarrollo social es cosa demostrada por la ciencia. Pero también es indiscutible que tal avance no pasa de ser una tendencia general que se abre paso en enconada lucha y que en ocasiones puede sufrir desviaciones y retrocesos.

La ciencia ha reunido ya abundantes informes acreditativos de que en la historia de los distintos países ha habido muchos períodos de estancamiento y marcha atrás, en los que desaparecieron civilizaciones enteras. Y estos rasgos del desarrollo social son los que los ideólogos reaccionarios manejan cuando tratan de refutar la propia idea del progreso.

Realmente, lo que estos informes indican es que dentro de un régimen de explotación el progreso social es contradictorio e irregular. "Como la base de la civilización es la explotación de una clase por otra -escribe Engels refiriéndose a las sociedades de clases antagónicas-, todo su desarrollo tiene lugar en una constante contradicción."[97]

Una de las manifestaciones de esta contradicción la tenemos en el hecho de que, bajo la dominación de los explotadores, los países que se adelantaban, frenaban y yugulaban el avance de los otros, a menudo los hacían retroceder aún más y erigían su prosperidad sobre las ruinas de las civilizaciones que ellos sacrificaron. El avance de la sociedad se redujo, pues, durante largo tiempo, a un frente muy reducido, sin que abarcase a todo el conjunto de países y pueblos. El progreso, como un pequeño arroyuelo, se fue abriendo camino por entre obstáculos sin cuento, aumentando poco a poco su vigor y su marcha, hasta convertirse en un impetuoso torrente que arrastra consigo a la humanidad entera.

Pero no se trata únicamente de esto. Dentro de una misma sociedad lo que para unos era progreso para otros era regresión, la emancipación de una clase significaba una nueva opresión para otra.

También era en extremo irregular el desarrollo de las distintas esferas de la vida social. La sustitución de la sociedad esclavista por la feudal en Europa, por ejemplo, abrió horizontes al desarrollo de las fuerzas productivas y reemplazó la esclavitud por la servidumbre de la gleba. Pero, al subordinar la cultura espiritual a la asfixiante influencia de la Iglesia Católica, empujó a la sociedad a un nivel cultural inferior del que se había alcanzado en Grecia y Roma. Hubieron de pasar varios siglos para que se pudiese recuperar y luego ampliar las conquistas del mundo antiguo en la ciencia, el arte y la filosofía. Y los ejemplos podrían multiplicarse. No podía ocurrir de otro modo bajo el imperio de fuerzas económico-sociales ciegas, que los hombres no conocían y sobre las cuales no podían ejercer influencia alguna.

Un ejemplo clásico de progreso desigual y contradictorio dentro del régimen de explotación es el que nos brinda la sociedad capitalista.

Contradicciones del progreso bajo el capitalismo.

El capitalismo significó un gran paso adelante en la vía del progreso. Bastará recordar el rápido desarrollo de las fuerzas productivas alcanzado bajo este régimen, la creación de una poderosa industria, el vertiginoso avance de la ciencia y la técnica y, por último, el nivel alcanzado por la lucha de clase de los trabajadores, que deja atrás cuanto se había conocido en formaciones anteriores. Pero estos éxitos históricos que el capitalismo trajo a la humanidad fueron conseguidos a un precio verdaderamente desmesurado.

El nacimiento mismo de esta nueva sociedad se produjo ya en medio de calamidades sin cuento para las masas populares. El sistema capitalista no podía aparecer si no se disponía de un ejército de obreros desprovistos de medios de producción. De ahí que el

[97] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. II, Moscú, 1955, pág. 308.

prólogo del capitalismo fuera la expropiación de las masas populares, empresa que se llevó a cabo con una crueldad sin límites. Las páginas correspondientes a esta época, según palabras de Marx, están escritas en los anales de la humanidad con el lenguaje flameante del hierro y el fuego.

Después del triunfo de las relaciones capitalistas, cada nuevo paso por la ruta del progreso continuó significando el bien para unos y el mal para otros, el ascenso de una esfera de la vida y la decadencia de otra. "En nuestro tiempo -dice Marx- todo parece llevar en sí su contradicción. Vemos que las máquinas, que poseen la virtud maravillosa de reducir y hacer más fecundo el trabajo humano, traen a los hombres el hambre y la extenuación. Nuevas fuentes de riqueza hasta ahora desconocidas, gracias a un sortilegio peregrino e incomprensible, se convierten en fuentes de miseria. Las victorias de la técnica parecen ser compradas al precio de la degradación moral. Es como si a medida que la humanidad somete a la naturaleza, el hombre se convirtiera en esclavo de otros hombres o de su propia bajeza. Hasta la luz pura de la ciencia parece que puede brillar sólo sobre el tenebroso fondo de la ignorancia. Todos nuestros descubrimientos y todo nuestro progreso es como si dieran vida intelectual a las fuerzas materiales, mientras que la vida humana, desprovista de su lado intelectual, descendiera al nivel de una simple fuerza material."[98]

Una característica del capitalismo es que el desarrollo de unos países se produce a expensas de los sufrimientos y calamidades de otros pueblos. El vertiginoso avance económico y cultural de lo que se llama "mundo civilizado" -un puñado de potencias capitalistas de Europa y América del Norte- ha sido pagado a un precio terrible por la mayoría de la población de la tierra, por los pueblos que habitan Asia, África, Iberoamérica y Australia. La colonización de esos continentes hizo posible el rápido progreso del capitalismo en Occidente. Mas para los pueblos sojuzgados esto significaba la ruina, la miseria y un monstruoso yugo político. En el curso de la colonización, la Europa "culta" destruyó muchas civilizaciones de otros continentes (por ejemplo, las civilizaciones de los incas, los mayas y los aztecas en América, amén de otras en África y los países asiáticos). Y lo que es más, aniquiló a pueblos enteros. La colonización de Tasmania, por ejemplo, significó la desaparición completa de cuantos hasta entonces la habitaban. Los australianos se vieron reducidos de 300.000 a 47.000. La "asimilación" de América costó la vida a unos 30 millones de indios. Y la misma operación, en África, significó la muerte o la esclavitud en tierras americanas de unos 100 millones de negros.

En cuanto a Europa, el rápido incremento de unos países (occidentales) se vio acompañado de la subordinación económica de otros (orientales), con el consiguiente retraso en su desarrollo.

La extrema contradicción del progreso dentro del capitalismo se observa también entre las distintas zonas de un mismo país. El avance relativamente rápido de las ciudades y centros industriales suele ir acompañado del estancamiento y la decadencia de las comarcas agrícolas (por ejemplo, los estados meridionales de Estados Unidos y el sur de Italia).

A principios de siglo, cuando el capitalismo entraba en su última fase -la imperialista-, sus relaciones de producción se convierten en una traba para el avance de la sociedad. En las relaciones sociales, la política, la moral, la cultura y el arte, la dominación de los monopolios empuja al mundo hacia atrás. Así lo vemos en los Estados fascistas y en las tendencias reaccionarias y fascistas de la vida político-social en los más importantes países capitalistas de nuestros tiempos. Cierto es que en la época del imperialismo no cesa el rápido progreso de la ciencia y la técnica. Pero lo que el régimen capitalista consigue en este orden va en beneficio de los estrechos intereses de la oligarquía financiera y significa nuevas calamidades para los trabajadores. Aún más catastróficas son las consecuencias de las crisis económicas. El perfeccionamiento de la técnica, cuando el ritmo general de desarrollo de la producción desciende y los mercados se reducen, condena a las masas trabajadoras al paro perpetuo. Cada vez son más terribles las guerras, en las que los más grandes avances científicos y técnicos de la civilización contemporánea son aprovechados para aniquilar a millones de seres y para destruir bienes de incalculable valor.

El progreso bajo el socialismo.

Las contradicciones antagónicas del progreso no son factores necesarios y eternos en el avance de la sociedad. Son gestadas por las condiciones específicas de la sociedad de explotación y desaparecen con ella. Esto significa que la eliminación de tales contradicciones no hay que buscarla en el retorno a las fases ya recorridas del desarrollo, sino en la lucha por la aceleración del progreso, por el socialismo. Sólo con el triunfo del socialismo, dice Marx, "la humanidad dejará de asemejarse al repulsivo ídolo pagano que había de beber forzosamente el néctar en los cráneos de los muertos".[99]

¿Qué características presenta el progreso social bajo el socialismo?

Primeramente, quienes salen ganando son todos los trabajadores, y no un puñado de elegidos. La aparición de todas las formaciones anteriores se vio siempre acompañada de la esclavización, de calamidades y privaciones de las que eran víctimas nuevas capas de la población, clases enteras que

[98] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. XII, pág. 4.

[99] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. IX, pág. 230.

constituían la mayoría de la sociedad. El régimen esclavista únicamente pudo surgir después de que la parte fundamental de los trabajadores quedaron convertidos en esclavos; el feudal, después de la conversión de los campesinos en siervos; el capitalista, después de la ruina de las masas de pequeños propietarios. El socialismo, por el contrario, emancipa a los oprimidos y explotados. En él no existen clases privilegiadas. Todos los frutos del progreso son para los trabajadores. El incremento incesante del bienestar material y de la cultura de las masas populares y el florecimiento de la democracia para los trabajadores, es ley del desarrollo socialista.

Esto no significa, ciertamente, que la construcción socialista se desenvuelva sin dificultades. El socialismo hay que construirlo en medio de la encarnizada resistencia del campo imperialista, que pone todos sus empeños en estrangular a los países socialistas. Además, las circunstancias históricas hicieron que los primeros en entrar en la vía del socialismo fueran países de economía y cultura relativamente atrasadas. Los pueblos de estos países se vieron obligados, en el curso de la construcción socialista, a terminar el trabajo que no había sido hecho por el capitalismo: crear una industria moderna y superar las supervivencias de las formaciones precapitalistas en la economía, la cultura y la conciencia de los hombres. Todo esto exigía de los trabajadores nuevos esfuerzos y sacrificios, de lo que se verán libres los pueblos de economía más desarrollada cuando les llegue la hora de iniciar la edificación del socialismo. Además, y así lo demuestra la historia, las dificultades que para el triunfo del socialismo experimentaron los primeros pueblos emancipados del capitalismo, no admiten siquiera parangón con las calamidades y privaciones a que se habrían visto condenados con el mantenimiento de la esclavitud capitalista.

Otra característica del progreso bajo el socialismo es que el avance no se limita a uno u otro aspecto de la vida de la sociedad, sino que abarca por igual a todas sus esferas. Así, el constante desarrollo de la producción y de la técnica se ve acompañado en los países socialistas por el rápido progreso de la cultura, de la democracia, etc.

Dentro del socialismo, a diferencia del capitalismo, el avance no se efectúa a expensas de otros países, comarcas y naciones, sino que se produce en todo el frente de los países y naciones socialistas, así como de cuantas partes los componen y de toda la población de cada uno de los países. Esto conduce a la nivelación del desarrollo entre los países y las regiones que los integran. Los más avanzados ayudan a los atrasados, suprimiendo así la desigualdad en el desarrollo económico, político y cultural que los pueblos habían recibido en herencia del capitalismo.

Dentro del socialismo, el progreso social, cada vez en mayor grado, es fruto de la labor consciente y planificado de los hombres. La planificación de la economía acelera intensamente el ritmo de incremento de las fuerzas productivas y ahorra a la sociedad grandes pérdidas. Produce también un efecto excelente la planificación de las investigaciones científicas, de la labor cultural y de la capacitación de personal.

Una característica muy importante y poderoso factor de progreso en el socialismo es la participación directa, activa y consciente de las grandes masas del pueblo en la construcción de la nueva sociedad. Esto sólo es posible en una sociedad cuyo avance se halla subordinado por completo a los intereses de los trabajadores.

Las grandes ventajas del progreso bajo el socialismo aseguran un ritmo de avance de la sociedad como jamás se conoció en la historia. Durante los años del poder soviético, en la Rusia antes atrasada se ha conseguido crear una potente economía, suprimir el analfabetismo[100] y levantar hasta un alto nivel la cultura, la ciencia y el arte. Las inusitadas posibilidades del progreso social constituyen una de las principales ventajas del régimen socialista. "*Sólo* con el socialismo -escribe V. I. Lenin- comienza el avance rápido, auténtico, verdaderamente de masas en todas las esferas de la vida social y personal, avance al que se incorpora la *mayoría* de la población y luego la población entera."[101]

Este movimiento será aún más acelerado después del triunfo del comunismo, pues éste no significa el fin del desarrollo histórico, sino el comienzo de un progreso extraordinariamente rápido y prácticamente infinito para la dominación de las fuerzas de la naturaleza, para el desarrollo de las energías y capacidades del individuo y la satisfacción completa de las demandas materiales y espirituales, siempre mayores, de todos los miembros de la sociedad.

3. El marxismo-leninismo y los ideales de progreso social

Una parte importante de las concepciones de la clase obrera la forman los ideales de progreso social, sus nociones acerca de los fines de la lucha del proletariado y de la sociedad que habrá de ser construida como consecuencia de esta lucha.

Los servidores de la burguesía en el campo de las ideas, siempre movidos por su deseo de debilitar la fuerza de atracción del marxismo, se han esforzado por deformar y falsificar la visión que los marxistas tienen del progreso social. De hacerles caso, habremos de pensar que la concepción del

[100] En 1906 una revista rusa calculaba que para suprimir el analfabetismo entre la población de Asia Central se requerirían (siguiendo el ritmo a que esta empresa estaba sujeta en aquel entonces)... 4.600 años. Con el régimen socialista esto ha sido logrado cientos de veces más de prisa.

[101] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXV, pág. 443.

proletariado no tiene nada que ver con el humanismo, la civilización, la libertad individual y la felicidad de los hombres. Estos sublimes ideales, dicen y repiten los críticos del marxismo, son orgánicamente ajenos al materialismo, el cual no advierte nada que no sean las "bajas" necesidades materiales.

Tales afirmaciones son una malintencionada caricatura del marxismo, una especulación desvergonzada con las nociones filisteas acerca del materialismo. Burlándose de tales ideas, escribía Engels que el filisteo comprende como materialismo "la gula, la embriaguez, la vanidad y los placeres de la carne; la codicia, la avaricia, la avidez, la ganancia, las trapacerías de la Bolsa; en resumen, todos los sucios vicios a que él mismo se entrega en secreto".[102]

El materialismo marxista no tiene nada de común con semejantes caricaturas. La mejor prueba de que esto es así es que los materialistas más consecuentes, los comunistas, han demostrado ser luchadores abnegados por los altos ideales sociales, por la libertad, la independencia y la felicidad del pueblo, como jamás conoció ninguno otro de los movimientos de que la historia tiene noticia.

Ciertamente, a diferencia de los ideólogos de las clases acomodadas, que nunca conocieron la necesidad y las privaciones, los marxistas estiman que es imposible hablar de la felicidad humana mientras las masas vivan en la miseria y experimenten hambre y privaciones. Esto no significa en modo alguno, sin embargo, que para ellos el fin único y exclusivo del progreso social esté en vestir y alimentar a todos los miembros de la sociedad, en ponerlos a salvo de las necesidades. Los ideales marxistas del progreso social son incomparablemente más amplios y valiosos. Abarcan todas las esferas de la vida social, y no sólo la economía, la política, la cultura y la moral, y su encarnación es la sociedad comunista.

La construcción del comunismo -sociedad en la que se acabará de una vez para siempre con la propiedad privada, con la explotación y con la existencia misma de las clases y del Estado- podía proponérsela únicamente la clase obrera. Esto no significa que sean ideales privativos de la clase obrera rasgos de la sociedad socialista y comunista como el bienestar general, la igualdad de derechos de las naciones, la paz entre los pueblos, la libertad política y la democracia, la prosperidad de la cultura, las relaciones de colaboración fraternal entre los hombres y los pueblos, el desarrollo de la persona en todos los órdenes, etc. Tales ideas las comparten todos los trabajadores, todos los hombres progresistas, la inmensa mayoría de la humanidad.

Esto no puede asombrarnos. Los ideales sociales -las nociones que los hombres tienen acerca de los fines supremos de su actividad y de un porvenir de felicidad- tienen sus raíces, como todas las ideas, en las condiciones sociales de la vida. Y dentro de la sociedad de explotación, estas condiciones condenan a calamidades de todo género no sólo a los obreros, sino a la totalidad de los trabajadores. Y de ahí que, inevitablemente, los obreros y trabajadores en general se sientan unidos por un gran número de deseos y aspiraciones. La propia vida, la experiencia cotidiana, les muestra qué vicios han de ser suprimidos en la sociedad para que los hombres conozcan una existencia libre y dichosa.

Las semejanzas en cuanto a las condiciones de vida nos explican y definen la continuidad que se observa entre los ideales de la moderna clase obrera y los que alimentaron las masas trabajadoras en otros tiempos. En uno y otro caso, sus ideales se fraguaron en la lucha de clase con los explotadores, en la defensa de los intereses del trabajador. El marxismo, señalaba Lenin, no es la doctrina de una secta aparecida al margen del camino que la civilización mundial sigue en su desarrollo. Esto no se refiere sólo a la filosofía y la economía política marxista, en las que se resume y plasma todo el desarrollo mundial de la ciencia, sino también a los ideales marxistas de progreso social. En ellos toma cuerpo todo lo mejor y progresivo que había en los ideales de las masas trabajadoras y clases avanzadas del pasado. El socialismo y el comunismo son la realización de los más nobles ideales a que la humanidad aspiró en su difícil camino.

Esto, se comprende, no significa que los ideales marxistas sean el compendio de todos los ideales de las clases trabajadoras del pasado y del presente. En las nociones de las clases trabajadoras no proletarias sobre la sociedad perfecta había y hay bastantes elementos falsos y utópicos, que la clase obrera no puede aceptar y que el marxismo-leninismo hubo de rechazar o, en todo caso, revisar con un espíritu crítico.

La característica principal del ideal marxista del progreso social es que no descansa en buenos deseos, sino en la *previsión científica* de las fases consecutivas de desarrollo de la sociedad. La teoría marxista, basada en la comprensión profunda de las leyes que rigen el desenvolvimiento de la sociedad, convierte el secular anhelo de un futuro mejor, de una vida justa, en el conocimiento firme de la fase de desarrollo de la sociedad a que indefectiblemente conducen las leyes de la historia, el proceso objetivo de desarrollo de las fuerzas productivas y de las relaciones de producción, y el proceso de desarrollo de la lucha de clases en la sociedad contemporánea.

Cabría preguntar por qué las leyes de la historia, que hasta ahora habían conducido simplemente a la sustitución de unas formas de explotación y opresión por otras, han abierto ahora repentinamente horizontes que permiten ver cumplidos los mejores

[102] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. II, Moscú, 1955, pág. 358.

anhelos y esperanzas de los hombres. ¿A qué se debe esto? ¿A una feliz coincidencia? ¿A una casualidad?

No, no se trata de ninguna casualidad. Como ya decíamos anteriormente, los sueños de los trabajadores, que aspiraban a un porvenir de felicidad, tenían una base material, eran producto de las condiciones de su vida en una sociedad de explotación. Los ideales sociales de las clases trabajadoras siempre se refirieron, de una manera o de otra, al deseo de ver liberados a los hombres del fardo y de las calamidades que el régimen de explotación les imponía. Por eso, en el momento en que las leyes del desarrollo social colocan en el orden del día la supresión de este régimen, la realización de los ideales de la clase obrera y de los trabajadores en general se convierte en posible y necesaria; lo que antes era una aspiración utópica se trueca en previsión científicamente argumentada.

"Dondequiera que miremos -escribe Lenin-, a cada paso nos encontramos con tareas que la humanidad está perfectamente en condiciones de cumplir *inmediatamente.* Lo impide el capitalismo, que ha acumulado montañas de riquezas y ha convertido a los hombres en *esclavos* de estas riquezas. Ha resuelto los más complicados problemas de la técnica y frena la aplicación de los adelantos técnicos a causa de la miseria e ignorancia de millones de seres, por la obtusa avaricia de un puñado de millonarios.

"La civilización, la libertad y la riqueza hacen pensar bajo el capitalismo en el rico que se atraca, que se pudre en vivo y que no permite vivir a lo que es joven.

"Pero lo joven crece y vencerá a pesar de todo."[103]

Estas palabras de Lenin han sido confirmadas por la historia. Podemos ver cómo en la sociedad socialista se materializó ya mucho de lo que hace largo tiempo constituía la aspiración de los trabajadores. El triunfo del socialismo ha puesto fin para siempre a la explotación del hombre por el hombre, a la opresión nacional y a la miseria de las masas, brinda posibilidades como jamás se conocieron para la expansión del individuo, para la ampliación de la democracia, etc. Otros ideales sociales del marxismo, que recogen los seculares anhelos del pueblo y de sus más eximios pensadores, se verán realizados con el comunismo, cuando los hombres alcancen un dominio incomparablemente mayor sobre las fuerzas de la naturaleza y del desarrollo social. La experiencia histórica ha demostrado ya que la supresión del régimen de explotación da cuerpo y realidad a esos ideales.

De ahí, entre otras cosas, la enorme atracción que los ideales socialistas y comunistas de la clase obrera ejercen sobre las más grandes masas del pueblo y sobre todos los hombres progresistas, cualquiera que sea la posición social que ocupen. Crece sin cesar el número de quienes aceptan esos ideales, de quienes llegan a la convicción de que en ellos se traza la única vía que realmente puede conducir al logro de los anhelos y esperanzas de todos los trabajadores.

Incluso muchos dirigentes de la burguesía reaccionaria, por duros de cabeza que sean, empiezan a comprender que esto, y no las "conspiraciones" que en todo momento se atribuyen a los comunistas, es la causa de los gigantescos éxitos que acompañan a las fuerzas del progreso y del socialismo; que, por tanto, al comunismo únicamente se le puede combatir con "ideas constructivas" y con "elevados ideales".

Pero la burguesía reaccionaria no tiene ni puede tener ideales capaces de ganarse a las grandes masas del pueblo. De ahí que recurra al fraude directo y trate de poner en circulación los ideales democrático-burgueses de su juventud revolucionaria -que le son ajenos y que ella misma ha traicionado- o ideales robados a la lucha que los trabajadores sostienen por su emancipación. Democracia, humanismo, libertad, civilización y paz son palabras que en nuestros días no dejan de manejar los propagandistas burgueses, aunque la historia ha demostrado que el imperialismo es el peor enemigo de la paz y de los derechos de los pueblos, de la libertad y la democracia, del humanismo y de la civilización.

Los partidos comunistas y obreros combatieron siempre tales propósitos de engañar al pueblo y de presentar como "perfectos" los inhumanos métodos del régimen de explotación. Esta lucha de los comunistas se ha tratado de presentar por los adversarios del marxismo como una acción contraria a los ideales que profesa la mayoría de la humanidad. Pero sus afirmaciones no pasan de ser una mentira y una calumnia evidentes.

Cuando los comunistas denuncian la falsedad de la democracia burguesa no dejan de ser defensores convencidos de los ideales democráticos. Si se muestran contra la democracia *burguesa* es porque aspiran a una democracia *auténtica,* a la democracia para el pueblo, que sólo puede ser conquistada suprimiendo el régimen de explotación. Cuando denuncian la falsedad del humanismo *burgués,* no combaten el humanismo en general, sino que propugnan un humanismo *auténtico,* que es el que encarna el comunismo. De la misma manera, cuando critican el individualismo burgués y se muestran partidarios del colectivismo, los comunistas no rebajan el valor, la dignidad y la libertad del individuo; lo único que hacen es rechazar la oposición de la persona a la colectividad, a las masas populares; rechazan el derecho de la "personalidad" burguesa a desarrollarse a costa de cientos y de miles de otros seres.

La crítica que los partidos comunistas y obreros hacen de la propaganda reaccionaria, cuando ésta trata de hacer atrayentes las cadenas de la opresión y la explotación capitalistas, significa una valiosa

---

[103] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIX, pág. 349.

aportación a la lucha en pro de los ideales del progreso social. "La crítica -escribía Marx- no ha quitado de las cadenas las falsas flores que las adornaban para que la humanidad siga llevando esas cadenas en una forma desprovista de todo placer y alegría, sino para que se las sacuda y tienda la mano hacia la flor."[104]

En nuestra época se abre ante el mundo el camino real hacia la consecución de los mejores ideales de luz con que soñaron los más ilustres pensadores de la humanidad. Este camino es el de la transformación de la sociedad según los principios del socialismo y, luego, del comunismo.

[104] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. I, pág. 415.

SECCIÓN TERCERA.
ECONOMÍA POLÍTICA DEL CAPITALISMO

INTRODUCCIÓN

Anteriormente se señalaba que las relaciones económicas vienen determinadas por el carácter de cada formación social. Por esto, para conocer la vida social lo primero de todo que se necesita es el estudio del régimen económico de la sociedad, materia de la cual se ocupa la economía política marxista.

La economía política estudia las relaciones de producción de los hombres y las leyes de desarrollo de la producción social y de distribución de los bienes materiales en las distintas etapas de la sociedad humana. "La economía política -escribe Lenin- no se ocupa de la «producción», sino de las relaciones sociales de los hombres según la producción, del régimen social de la producción."[105] Ciertos elementos de esta ciencia aparecieron ya en la época del régimen esclavista como guía de la gestión económica. De ahí procede su denominación primera de "Oikonomia" ("oikos", casa, economía doméstica, y "nomos", ley).

La economía política empieza a desarrollarse como ciencia a la vez que se gesta el modo capitalista de producción. En manos de la burguesía era un arma ideológica contra el feudalismo.

Cuando la burguesía se lanza a la palestra histórica como clase progresiva, hallábase interesada en el conocimiento científico de las leyes que rigen el desarrollo de la producción capitalista y en la eliminación de las relaciones feudales, que se oponían al establecimiento del poder del capital. Es en este período cuando aparece la economía política burguesa, que se conoce con el nombre de clásica. Sus fundadores son los ingleses William Petty (1623-1687), Adam Smith (1723-1790) y David Ricardo (1772-1823). La economía política clásica burguesa, originaria de Inglaterra, es una de las fuentes de que Marx se valió para crear la economía política de la clase obrera.

La economía política es, desde su comienzo mismo, una ciencia de clase, de partido. La economía política clásica, a pesar de los grandes descubrimientos que se apuntó en su haber, en virtud de su carácter burgués de clase fue incapaz de revelar hasta el fin las contradicciones del capitalismo. Los economistas burgueses, a consecuencia de su limitación de clase, consideraban el capitalismo como la única forma natural y posible de organización de la producción social. No veían ni podían ver su carácter históricamente perecedero.

Cuando la clase obrera se presenta como una fuerza independiente y poderosa, los economistas burgueses renuncian al análisis científico de las leyes del desarrollo social. En 1830 se habían delimitado ya claramente en Europa las contradicciones antagónicas de la burguesía y la clase obrera. "A partir de este momento -escribe Marx- la lucha de clases, práctica y teórica, adquiere unas formas cada vez más claramente definidas y amenazadoras. Al propio tiempo suena la hora de muerte para la economía científica burguesa. En adelante no se trata ya de si es justo o no uno u otro teorema, sino de si es útil o nocivo para el capital, de si es ventajoso o desventajoso, de si se conforma o no a las consideraciones de la policía. La investigación desinteresada cede su lugar a las batallas de los escritores a sueldo, la imparcial búsqueda científica es reemplazada por una apología preconcebida y servil."[106]

La economía política burguesa deja de servir a la ciencia y se coloca contra ella. Su quiebra en este período, como Marx advierte, "es explicada magistralmente... por el gran sabio y crítico ruso N. Chernishevski."[107] A medida que la lucha de clases se desarrolla, la economía política burguesa pone más de manifiesto su carácter apologético y anticientífico. Una tarea muy importante de la economía política marxista-leninista es la de denunciar el engaño que ella siembra y las ilusiones que despierta.

Al mismo tiempo que la economía política burguesa, nace y se desarrolla la pequeñoburguesa. La gran producción destruía la pequeña propiedad del campesino y expulsaba al artesano de su taller, obligándoles a convertirse en proletarios "libres" y a someterse a la disciplina cuartelaría del trabajo en las grandes empresas capitalistas.

La economía política pequeñoburguesa expresa la ideología de los pequeños propietarios caídos en la desesperación, y siembra ilusiones acerca de la posibilidad de volver a la "Edad de Oro" en que

[105] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. III, págs. 40-41.

[106] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, pág. 13.

[107] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, pág. 13.

existía la hacienda independiente de los campesinos y artesanos. Su fundador es el economista suizo Sismondi (1773-1842), quien con un espíritu pequeñoburgués hace la crítica del capitalismo, sin comprender su significado histórico como fase necesaria en el desenvolvimiento de la producción social. Los discípulos de Sismondi insistieron sobre todo en los lados débiles de su teoría, en la utopía reaccionaria de volver la historia atrás y de reemplazar la gran producción, que aseguraba una alta productividad del trabajo, por la rudimentaria pequeña producción de la comunidad campesina, en la que la agricultura había de combinarse con las industrias artesanas.

En Rusia eran seguidores de Sismondi los populistas, las concepciones económicas de los cuales fueron sometidas por V. I. Lenin a una crítica demoledora. La economía política pequeñoburguesa ha encontrado adeptos sobre todo en los países de producción capitalista débilmente desarrollada y con un gran peso de la producción de los campesinos y artesanos. No es capaz de determinar acertadamente las perspectivas del desarrollo social, si bien a menudo cumple un papel provechoso con su crítica de los vicios del capitalismo y del imperialismo contemporáneo.

El análisis genuinamente científico del modo capitalista de producción, así como de los modos de producción que le precedieron -de la comunidad primitiva, del esclavismo y del feudalismo-, lo encontramos en las obras de los grandes jefes y maestros de la clase obrera C. Marx y F. Engels.

El marxismo, que pone de manifiesto las leyes económicas a que está sujeto el nacimiento y el desarrollo del modo capitalista de producción, no se limitaba a levantar el velo que encubría el pasado de la humanidad, sino que también permitía ver el futuro. Con asombrosa exactitud científica, que la marcha de la historia ha venido a confirmar, el marxismo determinaba las condiciones en que el capitalismo habría de ser reemplazado inevitablemente por un modo de producción más elevado, como es el del socialismo y el comunismo. El más importante entre los estudios económicos de C. Marx, *El Capital,* es la mejor arma teórica de que dispone la clase obrera. Esta obra genial posee la asombrosa capacidad de no envejecer, de no perder su fuego combativo ni su aplastante vigor. Medio siglo más tarde de la aparición del primer tomo de *El Capital* veía la luz *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* de V. I. Lenin, obra en la que se amplía la teoría general del capitalismo y se expone la doctrina de su nueva fase, del imperialismo. Este trabajo de V. I. Lenin, lo mismo que otras investigaciones suyas acerca de la economía política del capitalismo, es una explicación genial, en el terreno económico, de las leyes de desarrollo de la revolución proletaria en las condiciones propias del imperialismo.

La teoría económica es una de las grandes partes integrantes del marxismo-leninismo. Pone de manifiesto la acción de las leyes económicas objetivas -cuyo conocimiento acertado es necesario para el éxito de los partidos comunistas y obreros en su labor práctica-, y ayuda a los trabajadores de los países capitalistas a elaborar una táctica justa en su lucha de clases con la burguesía. En los países socialistas, los partidos marxistas-leninistas se apoyan en las leyes descubiertas por la economía política para dirigir la vida económica de sus países y encaminarlos hacia la construcción del comunismo.

Capitulo VIII. El capitalismo premonopolista

1. Aparición de las relaciones capitalistas

La producción capitalista necesita para existir dos condiciones. Una es la concentración de los medios fundamentales de producción en manos de los capitalistas. Otra es que carezcan de medios de producción la mayoría o una parte importante de los miembros de la sociedad. Esto obliga a quienes no tienen nada más que sus manos a convertirse en trabajadores asalariados en las empresas de los capitalistas para no morirse de hambre.

En la sociedad feudal la clase dominante la constituían los señores, que eran los propietarios del suelo. Ellos explotaban a quienes cultivaban la tierra y, dentro de su feudo, a los campesinos y artesanos que disponían de sus propios medios de producción. La transformación de la sociedad feudal en capitalista se hizo posible cuando gran parte de los campesinos y artesanos se vieron desposeídos de los medios de producción, es decir, cuando a un lado fueron colocados los medios de producción y al otro los productores. Requeríase, además, que el puesto del señor feudal, como fuerza económica dominante, pasase a ocuparlo el capitalista, que disponía de efectivos y de recursos materiales para explotar su empresa con la ayuda de trabajadores asalariados.

La tarea de desbrozar el terreno para el desarrollo de la producción capitalista exigió toda la época histórica que es el paso del feudalismo al capitalismo. Características de esta época son la destrucción de los pilares sobre los que se asentaba la sociedad feudal; la dolorosa y cruenta epopeya que acaba con la ruina de los campesinos y artesanos; la acumulación de riquezas en manos de la naciente clase burguesa con ayuda de la depredación en las colonias, de la trata de esclavos, de la usura, de la piratería y de otros crímenes y violencias. Expulsados de sus aldeas y desposeídos de la tierra, los hombres se veían obligados a convertirse en obreros asalariados. El capitalismo naciente no se limita a poner en juego el hambre, sino que recurre a la fuerza para empujar a sus empresas a los antiguos campesinos y artesanos, y no se detiene ante el derramamiento de sangre cuando se trata de

acostumbrarlos a la disciplina del trabajo asalariado. El capitalismo erige su sistema sobre los huesos de miles y miles de seres arruinados y martirizados.

"... El capital recién nacido -escribe Marx- resuma sangre y fango por todos los poros desde los pies a la cabeza."[108]

Estos dos procesos simultáneos -aparición de los obreros asalariados, de los proletarios, y acumulación de riquezas en manos de los capitalistas- es lo que Marx denomina acumulación primitiva del capital. Esta acumulación primitiva, que históricamente precede a la sociedad burguesa, debe ser diferenciada de la acumulación de capital que constantemente tiene lugar como resultado de la explotación a que los obreros se ven sometidos en las empresas capitalistas. Ahora bien, la acumulación primitiva no es cosa que pertenece exclusivamente al pasado; algunos de sus métodos se siguen aplicando en las colonias y en los países económicamente débiles.

En la época de la acumulación primitiva aparecen las relaciones capitalistas. Surgen una nueva clase de explotadores, los capitalistas, y otra de explotados, los obreros asalariados o proletarios. El paso del feudalismo al capitalismo se realiza en los países de Europa Occidental mediante las revoluciones burguesas de los siglos XVII y XVIII, a consecuencia de las cuales la burguesía se convierte en la fuerza dominante en la esfera política, y no sólo en la económica.

En Rusia, la servidumbre de la gleba fue suprimida más tarde que en otros muchos países y sus restos se conservaron hasta la misma Gran Revolución Socialista de Octubre. Al ser abolida la servidumbre, en 1861, se inicia en el país la época del desarrollo capitalista y se produce la sustitución del régimen feudal por el capitalista.

2. Producción mercantil. Mercancía. Ley del valor y dinero

El capitalismo es la forma superior de la producción mercantil, y por eso C. Marx comienza en *El Capital* su estudio del capitalismo con el análisis de la mercancía. El intercambio de mercancías, escribe V. I. Lenin, es "la *relación* más simple, ordinaria, fundamental, la más extendida y corriente, miles de millones de veces repetida, de la sociedad burguesa (mercantil)..."[109] En la mercancía, en el intercambio de una mercancía por otra, descubre Marx el embrión de las contradicciones y particularidades del capitalismo.

La producción mercantil es aquella que produce para el cambio, para la venta. Viene a sustituir a la economía natural, que era la forma preponderante de producción del régimen esclavista y del feudalismo. Sus orígenes hay que buscarlos en el período de desintegración del régimen de la comunidad primitiva, tiempo desde el cual adquiere una significación cada vez mayor.

En las primeras etapas fue una producción mercantil simple, que se basaba en la propiedad privada y en el trabajo personal de los pequeños productores -campesinos y artesanos-, que no explotaban el trabajo ajeno. Las premisas de los avances de la producción mercantil son la división social del trabajo y la propiedad privada sobre los medios de producción.

La mercancía.

No todo producto del trabajo es mercancía. Si alguien destina el fruto de su trabajo a satisfacer sus propias necesidades o las necesidades de su familia no crea una mercancía, sino un producto, una cosa. La mercancía es únicamente el producto del trabajo que es empleado o consumido a través del cambio (compraventa). La mercancía posee dos propiedades. Su capacidad para satisfacer una necesidad humana la convierte en *valor de uso.* En el mercado, los valores de uso de un mismo género, por ejemplo, el trigo, son cambiados por valores de uso de un género distinto, por ejemplo, el hierro. La capacidad de la mercancía para ser cambiada por otra mercancía la convierte en *valor de cambio.* El trueque de una mercancía por otra muestra que entre ellas hay algo de común, que permite compararlas y valorarlas recíprocamente. Eso que las mercancías tienen de común no se refiere a sus propiedades físicas: peso, volumen, forma, etc.; al contrario, las propiedades físicas de las mercancías no pueden ser más diversas. Lo que tienen de común es que todas ellas son productos del trabajo humano. Desde este punto de vista, todas las mercancías son a modo de un trabajo humano concentrado. Y como materialización del trabajo en ellas contenido, las mercancías son *valores.* La proporción en que una mercancía es cambiada por otra no es arbitraria, sino determinada. El valor de cambio, que expresa las proporciones cuantitativas de éste, no es sino la forma en que se manifiesta el valor contenido en la mercancía. La mercancía une en sí el valor de uso y el valor.

La cuantía del valor viene determinada por el trabajo, aunque no por el trabajo invertido en la producción de esa mercancía precisamente. Cosas iguales pueden ser producidas por personas distintas, que emplean distintos instrumentos e invierten un tiempo diverso, es decir, una desigual cantidad de trabajo. El valor queda determinado por el trabajo invertido por término medio en la sociedad para la producción de mercancías de un mismo género. Es lo que se denomina *trabajo socialmente necesario,* y puede ser medido también por el tiempo de trabajo. "El tiempo de trabajo socialmente necesario -escribe Marx- es el tiempo de trabajo que se necesita para producir un valor de uso en presencia de condiciones socialmente normales de producción y atendido el

---

[108] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, pág. 764.
[109] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVIII, pág. 358.

nivel medio, dentro de una sociedad concreta, de capacidad y de intensidad del trabajo."[110] El valor de las mercancías disminuye al crecer la productividad del trabajo social, puesto que para la obtención de una unidad se requiere cada vez menos trabajo, cada vez menos tiempo de trabajo.

El trabajo materializado en la mercancía.

La doctrina del valor de las mercancías por el trabajo fue esbozada por los clásicos de la economía política burguesa, Adam Smith y David Ricardo, pero sólo Marx la expuso de manera consecuente y la argumentó en todos sus aspectos. Marx llevó a cabo un descubrimiento genial al revelar el doble carácter del trabajo que crea la mercancía.

El valor de uso de la mercancía es creado por el trabajo de una especialización determinada, por el *trabajo concreto.* Los tipos de trabajo concreto son tan diversos como los valores de uso. Distínguense entre sí por los procedimientos y medios de trabajo que se aplican. En cada valor de uso va materializado un determinado tipo de trabajo concreto. Sin embargo, cualquiera que sea la cosa que se produzca, el trabajo, independientemente de sus características concretas, siempre es una inversión de energía humana -física, nerviosa, intelectual-, y en este sentido siempre es trabajo humano, trabajo en general. El valor de la mercancía lo crea el trabajo humano que interviene como inversión de fuerza de trabajo humano en general, independientemente de la forma en que se realice esta inversión, como *trabajo abstracto.*

El trabajo abstracto y el concreto son dos aspectos del trabajo materializado en la mercancía. "Todo trabajo es una inversión de fuerza de trabajo humano en el sentido fisiológico de la palabra, y como tal trabajo igual o abstractamente humano forma el valor de las mercancías. Todo trabajo es también una inversión de fuerza de trabajo humano en forma especial y acomodada a un fin, y en esta calidad de trabajo útil concreto crea los valores de uso."[111]

De la misma manera que un valor de uso se diferencia cualitativamente de otro valor de uso, un trabajo concreto se diferencia cualitativamente de otro. Y de la misma manera también que el valor de una mercancía se diferencia del valor de otra sólo cuantitativamente, el trabajo abstracto contenido en una y otra se diferencian sólo cuantitativamente.

Al cambiar las mercancías por ellos producidas, los hombres equiparan unos a otros los géneros más diversos de trabajo. Tras las relaciones de cambio se encuentra la división social del trabajo. Dichas relaciones expresan en el mercado las relaciones recíprocas de los productores de mercancías en la producción social. Y el valor, la relación de valor, no es por eso una relación entre cosas, sino entre hombres, entre productores de mercancías. El valor es una relación social de producción que, encubierta por su envoltura material, sólo se revela a través de las relaciones de las cosas. El valor de la mercancía es creado por el trabajo invertido en su producción, pero únicamente se manifiesta en el cambio, sólo cuando una mercancía es equiparada a otra.

El dinero.

Primeramente el cambio era un fenómeno incidental y esporádico. Se verificaba el trueque de un producto por otro. Con el avance de la división social del trabajo, el cambio se hace más regular. Crece el número de productos especialmente destinados al cambio. La mercancía más común comienza poco a poco a actuar de *equivalente universal,* es decir, como mercancía que cumple el papel de intermediario en el cambio. En vez del trueque de la mercancía propia por otra de la que se siente necesidad (para lo cual se requería obligatoriamente la presencia de un comprador que dispusiera de la mercancía precisa al vendedor), los hombres comienzan a cambiar su mercancía por otra que es un equivalente universal y con la que siempre se podía adquirir una mercancía cualquiera. Según los lugares, el papel de equivalente universal corre a cargo de mercancías diversas: el ganado, las pieles, la sal, el cobre, el hierro, etc. Más tarde se concentra en los metales nobles: la plata y el oro.

Por sus propiedades naturales, los metales nobles se acomodan muy bien al papel de equivalente universal. Conservan siempre unas mismas cualidades, no se deterioran y pueden ser divididos fácilmente en las partes más pequeñas. De ahí que al extenderse el cambio, pasasen espontáneamente a ejercer las funciones de equivalente universal y se convirtiesen en dinero. El *dinero* es una mercancía específica que cumple el papel de equivalente universal para todas las mercancías. No apareció por orden de nadie, no es invención de un individuo ni el resultado de un acuerdo entre los hombres. No, los metales nobles se diferenciaron del mundo de las mercancías y se convirtieron en dinero gracias a un prolongado proceso de desarrollo del trueque. El dinero es una mercancía especial que sirve para facilitar el cambio de todas las mercancías restantes. Su capacidad de convertirse en equivalente universal reside en su valor de uso. La esencia del dinero queda expresada en las funciones que cumple en la economía mercantil.

Lo primero de todo, el dinero cumple la función de medida del valor de todas las demás mercancías. Cualquier mercancía encuentra la expresión de su valor en dinero. Nadie dice: un par de botas equivale a un metro de paño, sino: las botas cuestan tantos rublos, o dólares, libras, coronas, etc. El valor de la mercancía expresado en dinero es el precio.

El dinero sirve también como medio de

[110] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, pág. 45.
[111] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, pág. 53.

circulación. El pañero no cambia su paño por botas. Lo vende, a cambio de dinero, y con el dinero obtenido adquiere las botas. Al aparecer el dinero, el trueque es sustituido por la circulación mercantil, es decir, por el cambio con la ayuda del dinero. La fórmula de la circulación mercantil es: *mercancía – dinero - mercancía.*

La cantidad de dinero necesario para cubrir las necesidades de la circulación mercantil viene determinada por el conjunto de precios de las mercancías dividido por el número de ciclos de la unidad monetaria. Si en un país el total de los precios de todas las mercancías realizadas en un tiempo determinado, en un año, por ejemplo, es de 10.000 millones de unidades monetarias (dólares, francos, marcos, etc.) y si cada unidad monetaria realiza en el transcurso del año diez ciclos, la cantidad de dinero necesario para la circulación del conjunto de mercancías será de 1.000 millones.

Las monedas de oro eran a menudo sustituidas por las de plata y de cobre; más tarde apareció el papel moneda. Este, emitido por el Estado, reemplaza al oro en calidad de medio de circulación. Equivale al oro y su cantidad debe ser la misma que la del oro empleado como tal medio. Si la cantidad de papel moneda lanzado a la circulación es superior a la cantidad de monedas de oro requeridas para cubrir las necesidades del comercio, el papel moneda se desvaloriza. Si en un país la circulación de mercancías necesita de un total de 1.000 millones de unidades monetarias oro y el Estado emite 2.000 millones de unidades en papel moneda, el resultado será que con un billete -supongamos, de 10 dólares- se podrán adquirir las mismas mercancías que con 5 dólares oro.

A partir del fin de la primera guerra mundial la circulación monetaria capitalista se caracteriza por una extraordinaria inestabilidad del papel moneda, el cual, a consecuencia de las excesivas emisiones, pierde a menudo su valor. La desvalorización del dinero se conoce con el nombre de inflación, fenómeno que repercute desfavorablemente sobre el nivel de vida de los trabajadores, que viven de su salario.

El dinero cumple la función de medio de acumulación. Con él se puede adquirir siempre cualquier mercancía, por lo que es un representante universal de la riqueza. La acumulación de riquezas se produce por esto en forma de acumulación de dinero.

En las compras y ventas a crédito, el dinero cumple la función de medio de pago. Gracias al crédito se reduce la cantidad de dinero en efectivo necesario para la circulación.

Cuando se trata del comercio entre países, el dinero cumple la función de dinero mundial. Para estas operaciones se utiliza el oro.

Ley del valor.

La ley del valor es la ley económica de la producción mercantil según la cual el intercambio de mercancías se rige por la cantidad de trabajo socialmente necesario invertido en su producción. Dentro de la producción mercantil cada productor trabaja aislado de los otros, con vistas al mercado, donde ninguno de ellos conoce de antemano el volumen de la demanda. La igualdad entre la demanda y la oferta, con tal anarquía de la producción, sólo puede ser establecida casualmente, como consecuencia de constantes fluctuaciones. Esto hace que, a menudo, los precios de las mercancías se aparten de su valor; unas veces son más altos y otras más bajos. Si la oferta es superior a la demanda, los precios caen por debajo del valor; si la demanda es superior a la oferta, ocurre lo contrario.

Ahora bien, los precios de las mercancías tienden invariablemente a igualarse con el valor de las mismas. Si el precio de una mercancía es superior a su valor, esto origina un incremento de la producción, con lo que la oferta aumenta y el precio baja inevitablemente hasta el nivel del valor. De esta manera se equilibran recíprocamente en su conjunto las oscilaciones que respecto del valor sufren los precios, en más o menos. En cada momento concreto, en virtud de diversas causas, los precios de una mercancía cualquiera pueden apartarse del valor, pero los precios medios, si tomamos períodos prolongados, coinciden con él con bastante aproximación.

En la sociedad basada en la propiedad privada, la ley del valor, actuando a través del mecanismo de la competencia, regula las proporciones en que el trabajo social y los medios de producción se distribuyen entre los distintos sectores de la economía. La constante fluctuación de los precios empuja a una parte de los productores de mercancías a abandonar los sectores en que la oferta supera a la demanda, y los precios caen por debajo del valor. El descenso de los precios influye de manera diversa sobre los distintos grupos de productores de mercancías. Los más hábiles, emprendedores y fuertes mejoran sus posiciones, mientras que los débiles se arruinan. El enriquecimiento de unos pocos a expensas de la ruina de la gran mayoría es el resultado de las constantes fluctuaciones de los precios y de su desviación respecto del valor. Pero no es esto sólo lo que origina la ruina del conjunto de los pequeños productores bajo los efectos de la competencia. No los salva tampoco la venta de las mercancías por su valor. La ley del valor es la ley del desarrollo elemental de las fuerzas productivas. Los productores que utilizan una maquinaria y unas técnicas más perfectas se encuentran en una posición más ventajosa, puesto que sus mercancías requieren un desembolso menor que los gastos socialmente necesarios, mientras que otros muchos productores

han de hacer desembolsos superiores a los gastos socialmente necesarios por unidad de producto. Estos últimos no pueden resistir la competencia con contrincantes más fuertes. El resultado es que algunos productores, que forman una minoría muy reducida, se convierten en capitalistas, mientras que el resto se arruinan y se ven obligados a vivir de la venta de su fuerza de trabajo. Los medios de producción se concentran cada vez más en manos de los capitalistas, con lo que inevitablemente viene la transformación de la economía mercantil simple en capitalista.

Así, pues, la ley del valor cumple en la economía mercantil, por intermedio del mecanismo de la competencia, tres importantes funciones: ejerce de regulador en la distribución de la fuerza de trabajo y de los medios de producción entre los sectores económicos; cumple el papel de motor del progreso técnico, y conduce al desarrollo de las relaciones capitalistas, condenando a la desaparición y la ruina a los pequeños productores de mercancías.

3. La plusvalía, piedra angular de la teoría económica de Marx

Marx reveló el carácter antagónico de las relaciones entre el trabajo y el capital, relaciones que son el eje alrededor del cual gira todo el sistema capitalista de economía. Sus estudios sobre la plusvalía significan una explicación científica completa del proceso de la explotación de los obreros por los capitalistas.

El análisis de Marx deriva de un hecho tan sencillo y conocido como es el de que los capitalistas adquieren primeramente las mercancías necesarias para la producción y luego venden los artículos de sus empresas por una cantidad mayor que la que ellos invirtieron.

En la circulación mercantil simple, el productor vende su mercancía para adquirir otra mercancía. La meta final de la circulación mercantil simple es la satisfacción de necesidades. Su fórmula, según vimos, era: *mercancía* - *dinero* - *mercancía.* Muy distinto es el proceso de circulación cuando la mercancía es adquirida no con objeto de satisfacer directamente una u otra necesidad, sino para la venta. La fórmula de este nuevo proceso es: *dinero* - *mercancía* - *dinero.* Comprar para vender únicamente tiene sentido cuando del conjunto de la operación se obtiene una suma de dinero mayor que la primeramente invertida. Quien compra para vender lo hace para vender más caro. Este incremento de la suma inicial del valor lo convierte en capital. El *capital* es un valor que crece por sí mismo. Su primera forma es el dinero. El proceso de la producción capitalista comienza con la adquisición de medios de producción y de fuerza de trabajo; es decir, que el capital pierde su forma monetaria y se convierte en capital productivo. Las mercancías producidas las vende el capitalista en el mercado, con lo que convierte el capital mercantil en monetario. El capital recobra la forma que primeramente presentaba. Pero el capitalista obtiene más dinero del que había invertido hasta el comienzo de la producción. El cambio tiene lugar según el valor (porque si unos venden más caro y otros más barato, en el conjunto de la sociedad esto se equilibra). Nos preguntamos entonces: ¿cómo puede el propietario de dinero, el capitalista, que compra y vende mercancías por su valor, obtener de la circulación un valor más elevado? La respuesta, que la economía política burguesa no había podido dilucidar, nos la proporciona Marx. Resulta que esto es posible sólo porque el propietario de dinero encuentra en el mercado una mercancía muy peculiar, que al ser consumida origina un valor nuevo. Es la fuerza de trabajo. Veamos qué características presenta esta mercancía según expone F. Engels el problema.

La producción de plusvalía.

¿Qué valor tiene la fuerza de trabajo? El valor de cada mercancía se mide por el trabajo necesario para producirla. La fuerza de trabajo existe en el obrero vivo, el cual ha de disponer de determinados recursos para atender a las necesidades suyas y de su familia. El tiempo de trabajo necesario para la producción de dichos recursos determina el valor de la fuerza de trabajo.

"Supongamos -escribe Engels- que estos medios necesarios para la vida representan, de día en día, un tiempo de trabajo de seis horas. Por lo tanto, cuando nuestro capitalista inicia su negocio compra para el funcionamiento de la empresa fuerza de trabajo, es decir, contrata al obrero, al cual paga el valor completo de un día de su fuerza de trabajo si le abona una suma que expresa seis horas de este trabajo precisamente. Por consiguiente, basta que el obrero trabaje seis horas en provecho del capitalista para que éste se resarza por completo del desembolso hecho, es decir, del pago del valor de un día de fuerza de trabajo.

"Pero el dinero no se convierte por esto en capital, no produce ninguna plusvalía. Por esto, el comprador de fuerza de trabajo comprende de manera totalmente distinta el carácter del contrato por él concluido. El hecho de que para que el obrero subsista durante veinticuatro horas se necesiten sólo seis horas de trabajo no representa el menor obstáculo para que este obrero trabaje doce horas de esas veinticuatro. El valor de la fuerza de trabajo y el valor creado por la fuerza de trabajo son dos magnitudes distintas... Así, el valor por el que el obrero le *resulta* al capitalista, según nuestro supuesto, es el producto de seis horas de trabajo, mientras que el *valor* que el obrero *proporciona* al capitalista es el producto de doce horas de trabajo.

"Al bolsillo del propietario del dinero va a parar la

diferencia: las seis horas de trabajo complementario no pagado, el producto complementario no pagado en el que se materializa un trabajo de seis horas. El juego de manos ha sido hecho. La plusvalía ha sido producida, el dinero se ha convertido en capital."[112]

El origen de la plusvalía (parte considerable de la cual forma la ganancia del capitalista) es ahora perfectamente claro y natural. El valor de la fuerza de trabajo ha sido abonado, pero este valor es bastante menos de lo que el capitalista puede extraer de la fuerza de trabajo; esta diferencia, el trabajo no pagado, es precisamente lo que forma la parte del capitalista, o más exactamente, de la clase capitalista.

Este trabajo no satisfecho es el que mantiene a todos los miembros no trabajadores de la sociedad. De él salen los impuestos y contribuciones con que es gravada la clase capitalista, la renta de la tierra de los propietarios del suelo, etc. Sobre él descansa todo el régimen social del capitalismo.

La explotación capitalista.

Así, pues, el obrero asalariado crea durante una parte de su jornada de trabajo el producto necesario para su propio sustento. Esta parte de la jornada es lo que Marx denomina *tiempo de trabajo necesario;* el trabajo invertido en este tiempo es el *trabajo necesario.* Durante la otra parte de la jornada -*tiempo de trabajo complementario-,* el obrero, con su *trabajo complementario,* crea la plusvalía. La *plusvalía (p)* es el valor creado por el trabajo del obrero por encima del valor de su fuerza de trabajo y que el capitalista se apropia a título gratuito.

La esencia del proceso de la explotación capitalista radica, pues, en la producción de plusvalía. Lo que a los capitalistas les interesa no es la producción de medios de producción y de artículos de consumo, útiles para la sociedad, sino la obtención del máximo de plusvalía. La avidez de los capitalistas en este sentido es insaciable.

El capital.

En la sociedad capitalista, la explotación del trabajo asalariado sirve para mantener y acrecer el valor perteneciente al capitalista, para ampliar el poder y la dominación del capital. Este es el valor que produce la plusvalía. Los economistas burgueses afirmaban y afirman que todo medio de producción es capital. Silencian deliberadamente el hecho indiscutible de que los medios de producción se convierten en capital únicamente cuando se transforman en medio de explotación de los obreros, que el capital no es una cosa, sino una relación social entre las clases principales de la sociedad burguesa, la relación de explotación de los obreros asalariados por los dueños de los medios de producción.

La comprensión marxista-leninista del capital como relación social revela la esencia del modo burgués de explotación, que es la explotación por la clase capitalista de los obreros asalariados que viven de la venta de su fuerza de trabajo.

En el capital hay que distinguir dos partes: el *capital constante (c),* invertido en los medios de producción (locales, máquinas, combustible, materias primas, etc.) y el *capital variable (v),* que es el que se destina a la adquisición de fuerza de trabajo. La parte que uno y otro toman en la producción de plusvalía no es la misma. Aun participando en el proceso general, los medios de producción no crean ningún valor nuevo. El valor del capital constante, de una vez o por partes, pasa al producto obtenido. Otra cosa es el capital variable. Crece y en el proceso de producción crea plusvalía. La relación entre la plusvalía y el capital variable (P/v) expresa el grado de explotación del trabajo por el capital y se denomina *cuota de plusvalía (p').*

El aumento de la plusvalía sigue dos caminos. El primero es el de prolongar la jornada o intensificar el trabajo (aumento de la tensión del trabajo, aumento de la inversión de energía humana por unidad de tiempo). Es lo que Marx denominó *plusvalía absoluta.* El segundo camino es el de reducir el tiempo de trabajo necesario. Según el término de Marx, es la *plusvalía relativa.*

Si fuera posible, el capitalista aumentaría la jornada de trabajo hasta las veinticuatro horas, pues cuanto más larga es, más plusvalía se crea. El obrero, por el contrario, tiene interés en reducirla. Se produce así la lucha por acortar la duración de la jornada de trabajo. Iniciada en los países capitalistas con las primeras acciones obreras, a comienzos del siglo XIX, no se vio interrumpida nunca. De ahí que los capitalistas no puedan alargar ilimitadamente la jornada. La producción de plusvalía absoluta sigue actualmente en los países capitalistas la vía de la intensificación del trabajo.

La producción de plusvalía relativa se consigue aumentando el tiempo complementario sin alterar la duración de la jornada, es decir, reduciendo la parte de la jornada que se necesita para compensar el valor de la fuerza de trabajo. Esto se consigue mediante la elevación de la productividad del trabajo en los sectores de la industria que producen artículos de consumo vitalmente necesarios para los obreros y el conjunto de los cuales determina el valor de la fuerza de trabajo. Cuanto más alta es la productividad de trabajo en estos sectores y menor es el valor de su producción, más corto es el tiempo de trabajo necesario y, por consiguiente, mayor es el tiempo de trabajo complementario en todas las empresas capitalistas.

El tiempo de trabajo necesario se reduce también elevando la productividad del trabajo en los sectores de la producción que proporcionan medios de producción para la producción de artículos de consumo.

[112] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., págs. 192-193.

Algunos capitalistas pueden lograr también una plusvalía extraordinaria. Esta se consigue con la aplicación de perfeccionamientos técnicos de que los otros carecen. En tal caso invertirán menos recursos para la obtención de cada artículo producido, aunque las mercancías las venderán a los precios que son comunes entre la generalidad de los productores de este artículo concreto. De ahí que los propietarios de empresas mejor montadas, con un equipo más perfecto, obtengan un excedente de plusvalía por encima de lo ordinario. Eso es la plusvalía extraordinaria.

Pero también los demás capitalistas tratan de obtener una mayor plusvalía, y en busca de plusvalía extraordinaria perfeccionan sus instalaciones. A ello les empuja la competencia.

En su análisis de la producción de plusvalía relativa, Marx investiga las tres fases históricas de incremento de la productividad del trabajo por el capitalismo: 1) cooperación simple, 2) manufactura y 3) gran industria maquinizada.

La *cooperación capitalista simple* es la concentración más o menos grande de obreros asalariados para producir un mismo artículo bajo la dirección del capitalista. La técnica es manual y no hay división del trabajo. Pero la agrupación de los obreros proporciona ya de por sí cierto incremento de la productividad. La *manufactura* es la cooperación capitalista basada en la división del trabajo, aunque con una técnica manual. Comparándola con la cooperación simple proporciona un importante incremento de la productividad del trabajo. Ahora bien, la manufactura no podía acabar con la pequeña producción y convertirse en la forma preponderante dentro de la industria. El capitalismo sólo se hace dueño y señor de la situación cuando pasa a la *industria maquinizada,* que es la forma superior de desarrollo de la gran producción capitalista. La industria maquinizada acaba con la pequeña producción, amplía la esfera de dominación del capital y propicia el constante incremento de la creación de plusvalía.

La teoría de la plusvalía de Marx pone de relieve el modo como en la sociedad burguesa tiene lugar el proceso de explotación del obrero por el capitalista. Demuestra que sólo el trabajo de los obreros asalariados es la fuente constante e inagotable de las riquezas que afluyen a los capitalistas. La teoría de la plusvalía pone al desnudo la doblez de quienes afirman que el régimen burgués descansa en la igualdad de los obreros y capitalistas y en la armonía de sus intereses. Esta teoría revela la irreductible contradicción, cada vez más honda, entre los intereses del capital y del trabajo y moviliza a las masas para la lucha contra el capital.

4. El salario

La teoría del salario afecta a los intereses vitales de las clases de la sociedad burguesa y es uno de los problemas más candentes de la ciencia económica.

Bajo el capitalismo, el salario es el precio de la fuerza de trabajo. Se crea, sin embargo, la falsa apariencia de que es el precio del trabajo, de que el capitalista retribuye al obrero su trabajo y todo su trabajo. La realidad es que el trabajo crea valor, pero no tiene valor de por sí. Lo que el capitalista retribuye al obrero no es en modo alguno su trabajo, sino su fuerza de trabajo. "...El salario no es lo que *parece,* no es el *valor* -o *precio- del trabajo,* sino una forma enmascarada del *valor* -o *precio- de la fuerza de trabajo."*[113] Como el salario no se presenta como lo que realmente es, Marx lo denomina forma metamorfoseada del valor, o precio, de la fuerza de trabajo.

La cuantía del salario viene integrada por dos elementos: *a)* el puramente físico, en el que entra el valor de los medios absolutamente necesarios para la vida del obrero, la conservación de su capacidad de trabajo y el sustento de su familia; *b)* el histórico o social, que depende del nivel de las necesidades vitales y demandas culturales en que se formó la clase obrera de cada país concreto.

Los capitalistas tratan de rebajar el salario hasta su mínimo físico. La clase obrera lucha para elevar su nivel de vida. Por eso el movimiento del salario depende sensiblemente de la lucha de clase del proletariado, de su organización, del grado de su resistencia al capital. La lucha de la clase obrera por mejorar las condiciones de trabajo y elevar su nivel de vida, dentro del régimen de propiedad privada sobre los medios de producción y del poder político de la burguesía, puede aliviar su situación; no afecta, sin embargo, a las bases del régimen capitalista y no puede emancipar a los trabajadores de la esclavitud asalariada a que los capitalistas los tienen sujetos.

En la sociedad capitalista imperan dos formas fundamentales de salario: *por tiempo* y *por piezas.* El salario por tiempo expresa directamente el valor de la fuerza de trabajo por horas, días, semanas o meses. Se trata del pago de una hora, un día, una semana o un mes de trabajo. El salario por piezas se determina a base del salario por tiempo. Supongamos que el salario de una hora es de 90 centavos. Si en el transcurso de una hora el obrero produce dos piezas, percibirá 45 centavos por cada una de las piezas fabricadas.

El salario por piezas empuja al obrero a trabajar con la intensidad máxima. Siguiendo nuestro ejemplo, si en vez de dos piezas produce tres, su salario aumentará el 50 por ciento. Pero la época de bonanza le dura muy poco. El capitalista no tarda en revisar las tarifas y el beneficio de la intensificación del trabajo es para él en última instancia. El sistema en cadena y otras máquinas cuyo movimiento obliga

[113] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. II, Moscú, 1955, pág. 20.

al obrero a trabajar sin descanso y con una enorme tensión, permite a los capitalistas, con el salario por tiempo, alcanzar una extraordinaria intensidad del trabajo.

El incremento de la producción a expensas de la intensidad del trabajo aumenta el valor de la fuerza de trabajo, pues ésta es invertida en cantidad mayor. Ha de seguir, pues, un aumento del salario, pero éste, ordinariamente, no corresponde al ascenso de la intensidad del trabajo.

Refiriéndose a que el crecimiento del precio de la fuerza de trabajo no significa en modo alguno que se eleve por encima de su valor, Marx observa: "Puede ir acompañado, al contrario, de la caída de su precio por debajo del valor. Esto último tiene lugar en todos los casos en que la elevación del precio de la fuerza de trabajo no compensa su acelerado desgaste."[114]

Bajo el capitalismo, el aumento del salario se produce *únicamente como resultado de una empeñada lucha de clases* y siempre es una reacción tardía al aumento del valor de la fuerza de trabajo como consecuencia de haber crecido la intensidad de éste. Se produce después de su disminución (por ejemplo, en las fases de reactivación y ascenso que siguen a las crisis económicas) o cuando se ha producido un brusco descenso del salario real por la inflación, la subida impuesta por los monopolios a los precios de los artículos de consumo, aumento de alquileres, de impuestos, etc. Si los obreros renunciasen a la lucha diaria con el capital por el mejoramiento de su nivel de vida, se convertirían, según palabras de Marx, en "una masa insensible de pobres negligentes que no tendrían ya salvación".[115] Los partidos comunistas y obreros consideran un deber sagrado mantener la lucha no sólo por los fines últimos, sino también por las necesidades inmediatas de la clase obrera.

5. El aumento de la ganancia como fin y límite de la producción capitalista

La ganancia es el resorte y el fin principal que mueve al capitalista. Para éste la producción no es más que un medio de obtener beneficios. En cuanto al consumo de las masas populares, la economía capitalista no lo toma en cuenta más que como condición indispensable para la obtención de ganancias; fuera de esto, el problema del consumo pierde para el capitalista todo sentido.

El capital busca por todos los medios el incremento de la masa y de la cuota de ganancia.

La *cuota de ganancia* expresa la relación entre la plusvalía y el conjunto del capital invertido en la empresa. Es el índice de la rentabilidad de la empresa capitalista.

En el proceso de producción de la plusvalía existen diferencias entre los distintos sectores de la industria. En unos, el patrono se ve obligado a invertir la mayor parte de su capital en medios de producción: locales, máquinas, etc., que no rinden de por sí ganancia, aunque son necesarios para obtenerla. En otros sectores, que necesitan menos recursos técnicos, la parte mayor del capital se destina a contratar mano de obra. La proporción entre el capital fijo y el variable determina la composición orgánica del capital, tanto en una empresa concreta como en un sector entero de la industria. Cuanto mayor es la parte del capital fijo, más elevada es, en todo el capital, la composición orgánica.

Ganancia media.

En los sectores con un capital de distinta composición orgánica, capitales iguales proporcionan una plusvalía diferente. En los sectores con un capital de baja composición orgánica, la plusvalía será mayor que en aquellos donde tal composición es alta.

Sin embargo, los sectores de distinta composición orgánica de su capital no podrían coexistir si los capitalistas no obtuviesen una ganancia igual a capitales iguales. En efecto, ¿qué sentido tendría para ellos imponer su capital en un sector de baja cuota de ganancia? Los hechos demuestran que capitales iguales, colocados en sectores distintos de la industria, proporcionan una ganancia que más o menos es la misma, cualquiera que sea su composición orgánica. Esto es así porque, además de la competencia entre los capitalistas de un mismo sector por la venta de mercancías iguales, existe la competencia entre sectores por una inversión más ventajosa del capital. La afluencia de capitales de un sector a otro hace que en unos se eleven los precios, mientras que en otros bajan. El capital abandona los sectores en los que se advierte superproducción de mercancías, una brusca baja de los precios, donde las empresas quiebran, y se dirige a los sectores en que la escasez de mercancías ha hecho subir los precios. Por lo tanto, tiene lugar una equilibración espontánea de la cuota de ganancia de los sectores industriales con distinta composición orgánica de capital y se forma una cuota media (general) de ganancia. Todo el conjunto de la plusvalía producida por la clase obrera, gracias a tal afluencia y retirada de capitales, se distribuye entre los capitalistas en proporción aproximada a la cuantía de sus inversiones.

Precio de producción.

Bajo el capitalismo, al equilibrarse la cuota de ganancia los precios de las mercancías vienen determinados por el precio de producción, que es igual a los gastos de producción más la ganancia media. Cada capitalista trata de obtener a cambio de su mercancía un precio que no sólo le reintegre los gastos de producción, sino que le proporcione siquiera sea la ganancia media, ordinaria y normal en

[114] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, pág. 407.
[115] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. I, Moscú, 1955, pág. 406.

un momento dado y en cada país. El precio de producción de un artículo concreto puede ser, pues, superior o inferior al valor, aunque el conjunto de precios de producción es igual al conjunto de valores de todas las mercancías.

No es difícil convencernos de que esto es así, Bastará para ello el ejemplo siguiente:

Supongamos que el valor de las mercancías en los sectores de una elevada composición orgánica asciende a 120 unidades monetarias (capital constante, 90; variable, 10; plusvalía, 20 unidades monetarias) y que en los sectores de baja composición orgánica es de 140 unidades (capital constante, 80; variable, 20; plusvalía, 40 unidades monetarias).

En estas condiciones el precio de producción, igual al capital desembolsado y a la ganancia media, será:

$$100 + \frac{20+40}{2} = 130 \text{ unidades monetarias.}$$

Las mercancías de los sectores de elevada composición orgánica se venden a 10 unidades monetarias por encima de su valor, mientras que las mercancías de sectores con una baja composición orgánica del capital lo son a 10 unidades por debajo de su valor. Las desviaciones respecto del valor se compensan mutuamente y el conjunto de valores de todas las mercancías (120 + 140 = 260) coincide con el conjunto de los precios de producción (130 + 130 = 260).

La teoría de la ganancia media y del precio de producción es muy importante para comprender las tareas fundamentales de la lucha de clase del proletariado. Nos hace ver que cada capitalista está interesado en elevar no sólo el grado de explotación de sus obreros, sino también de la clase obrera en su conjunto, pues, en última instancia, las ganancias del capitalista son la parte que le corresponde del total de la plusvalía producida por la clase obrera. Se comprende, escribía Marx, por qué "los capitalistas, que revelan tan escasos sentimientos fraternales cuando compiten unos con otros, forman una auténtica hermandad masónica cuando se trata de la lucha contra la clase obrera en su conjunto".[116]

La teoría de la ganancia media revela, pues, la base material de la solidaridad de clase de los capitalistas. A esta solidaridad, que descansa en la aspiración egoísta a sacar del obrero todo cuanto se pueda, la clase obrera opone su solidaridad propia, que se asienta en el legítimo deseo de poner fin a la explotación capitalista. La lucha de la clase obrera contra el poder del capital no puede limitarse a la acción contra uno u otro patrono por mejorar las condiciones de trabajo en una empresa o en un sector de la producción. La meta final que la clase obrera persigue en su lucha es la destrucción del sistema de la explotación capitalista, la destrucción del régimen social de la burguesía.

La teoría de la ganancia media muestra que la competencia de los capitalistas en los distintos sectores de la producción reduce las diferentes ganancias a una ganancia media, cualquiera que sea la composición orgánica del capital en uno u otro sector. La cuota de ganancia media varía con el tiempo, mas en cada período y en cada país es un valor bastante estable, que todos los hombres de negocios tienen en cuenta.

Beneficio del patrono e interés.

La ganancia capitalista se descompone en beneficio del empresario e interés. El patrono capitalista no se limita de ordinario a operar con sus propios recursos. También pone en juego sumas recibidas a crédito. La parte de la ganancia que el capitalista cede por el derecho a manejar el capital de otro capitalista o de un Banco se denomina interés. La ganancia menos el interés que el capitalista satisface por las sumas recibidas a crédito recibe el nombre de beneficio del patrono. Los Bancos capitalistas actúan de intermediarios en los pagos entre los capitalistas, reúnen (por imposición en sus cuentas corrientes y otras operaciones) efectivos y beneficios en metálico y los ponen a disposición de los capitalistas. A la vez que cooperan al desarrollo de la producción capitalista y a la centralización del capital, los Bancos incrementan la dominación de este último sobre el trabajo y crean las condiciones para que el gran capital disponga, además de sus propios medios, de una parte cada vez mayor de los recursos económicos e ingresos de las restantes capas de la población.

La ganancia como límite de la producción capitalista.

Los economistas burgueses presentan la ganancia capitalista como el mejor de los estímulos para el progreso técnico y el incremento ilimitado de la producción. Silencian el hecho de que la ganancia capitalista es el fruto de la explotación y del agotamiento de la mano de obra; no dicen que la subordinación de la producción al principio de la ganancia capitalista, lejos de constituir un estímulo, es el *límite* de la producción capitalista. Los capitalistas producen sólo y en la medida en que ello les resulta beneficioso. A menudo, y particularmente en nuestros tiempos, reducen la producción, frenan el progreso técnico y destruyen grandes cantidades de productos con el único fin de elevar la cuota de ganancia. Más aún, los monopolios capitalistas desencadenan guerras y causan a la humanidad daños sin cuento con el único fin de asegurar sus ganancias.

6. Desarrollo del capitalismo en la agricultura. Renta de la tierra

Las leyes económicas del capitalismo rigen por

[116] C. Marx. *El Capital,* ed. cit., t. III, pág. 206.

igual en la industria y en la agricultura.

Con los avances de la división social del trabajo, los productos agrícolas comienzan a ser producidos para la venta y se convierten en mercancías. La agricultura pasa a ser una rama de la economía que produce mercancías. Entonces se inicia una reñida competencia entre los distintos productores de mercancías, competencia que coloca en situación muy difícil a los pequeños agricultores, que son los que poseen menos tierra, animales de labor y aperos. Los pequeños productores se arruinan en masa y pasan a engrosar las filas de los proletarios. Una parte considerable de la producción se concentra en las capas altas, capitalistas, del campo. Fórmanse dos grupos extremos: el de los campesinos pobres y braceros y el de la burguesía rural (campesinos ricos, capitalistas y terratenientes más o menos aburguesados, que se conservan en muchos países capitalistas). Entre esos dos grupos se encuentran los campesinos medios.

Si comparamos el proceso de desarrollo del capitalismo en la agricultura y la industria, advertiremos un atraso incomparablemente mayor del primero. No ocurre así sólo en los países atrasados, donde el avance del capitalismo en la agricultura se ve frenado por las supervivencias del feudalismo, sino también, en cierta medida, en los países en que el capitalismo ha alcanzado un gran desarrollo. Una de las causas más importantes de que así ocurra es que parte de la plusvalía creada en la agricultura se la apropia la clase parasitaria de los propietarios en forma de renta de la tierra.

La renta de la tierra.

En la agricultura capitalista, a diferencia de lo que ocurre en la industria, todo el valor creado se divide entre tres clases. Los obreros agrícolas perciben el salario, el capitalista arrendatario se queda con la ganancia media ordinaria y el propietario del suelo recibe la renta. Ahora bien, ¿de qué manera aparece en la agricultura, además de la ganancia ordinaria sobre el capital, una parte especial de plusvalía que en forma de renta es percibida por los propietarios del suelo de los capitalistas arrendatarios?

Para responder a esta pregunta, Marx se detiene en algunas características económicas de la agricultura. Las distintas tierras, cultivadas por diversos agricultores, no son iguales ni por su fertilidad ni por su situación respecto del mercado. La tierra de mejor calidad, con el mismo desembolso, dará mejores cosechas que las de calidad inferior. Lo mismo ocurrirá en cuanto a la proximidad o alejamiento del mercado. Cuanto más cerca del mercado esté la tierra, menos costoso será el transporte de los productos y más ventajosa resultará su explotación. En aras de la brevedad, podemos resumir estas diferencias (de fertilidad y de proximidad al mercado) como diferencia entre tierras mejores y peores. Ahora bien, los capitalistas han de compensar sus gastos y percibir la ganancia media no sólo en las tierras mejores y medianas, sino también en las peores. De ahí que el precio de producción de los productos agrícolas sea igual a los gastos de producción en las tierras peores más la ganancia media. Y las tierras mejores y medianas proporcionan, además de la ganancia media, cierto excedente que el arrendatario ha de entregar al dueño de la tierra.

El excedente obtenido en la tierra de mejor calidad o más próxima al mercado -respecto de la tierra peor o más alejada- se denomina *renta diferencial I,* puesto que se obtiene por la diferencia en la calidad de las tierras. Esta diferencia de fertilidad y situación de los campos es, sin embargo, más que la condición, la base natural para la aparición de la renta diferencial I. El origen de ésta es la plusvalía creada por los obreros agrícolas.

El excedente puede ser obtenido por el capitalista arrendatario en campos de cualquiera calidad mediante la inversión de nuevos recursos que le permitan recoger cosechas mayores que las que rinden los peores campos, es decir, los que determinan el precio de la unidad de producción. La ganancia complementaria obtenida por la inversión de nuevos capitales en la tierra explotada, o sea por la intensificación de la agricultura, se denomina *renta diferencial II.* Si es obtenida antes de la extinción del viejo contrato de arrendamiento, la renta diferencial II va a parar al bolsillo del capitalista. Pero al estipular un nuevo contrato, el propietario del suelo acostumbra a tener en cuenta el resultado de la intensificación de la agricultura y eleva la tasa de arrendamiento para incluir en ella la renta diferencial II.

La economía política burguesa atribuye el origen de la renta diferencial a una supuesta "ley de la fertilidad decreciente del suelo". Marx y Lenin demostraron que esa imaginaria ley no tiene relación alguna con la teoría de la renta. Ha sido inventada por los economistas y propagandistas burgueses con objeto de quitar a los capitalistas y grandes propietarios la responsabilidad del encarecimiento de los productos agrícolas, de la miseria de las masas y de la bárbara explotación de la tierra, cargando la culpa de todo esto a la acción de esa supuesta "ley" eterna e inmutable. Uno de los fundadores de la economía política vulgar, Malthus, se apoya en tal "ley" para manifestar que el crecimiento de la población será siempre más rápido que el de la producción del campo; y por eso, dice, para mantener el "equilibrio" se necesitan las guerras, las epidemias y la restricción artificial de la natalidad entre las clases necesitadas. Los malthusianistas de nuestros días esgrimen la supuesta "ley de la fertilidad decreciente del suelo" para justificar las guerras de agresión y el exterminio en masa de la gente.

La apropiación de la renta diferencial por los propietarios del suelo, que de ordinario la destinan a fines no productivos, es un lastre que frena el desarrollo de la agricultura. Aún es mayor el significado que en este sentido tiene la *renta absoluta.*

Las tierras peores, como antes se decía, no proporcionan renta diferencial. Pero sus dueños no las entregan a los patronos capitalistas sin compensación alguna, sino a cambio de una renta. ¿De dónde procede, pues, la renta de las tierras peores?

Sabemos que sólo el capital variable produce plusvalía. Los recursos técnicos empleados en la agricultura se hallan a un nivel inferior que en la industria. Esto es así porque los capitalistas, que toman en arriendo la tierra por un plazo determinado, no invierten en la adquisición de máquinas, construcción de edificios, etc., tantos recursos como los industriales en sus empresas. Como la composición orgánica del capital es más baja, el volumen de la plusvalía, a capitales igualas, es en la agricultura mayor que en la industria. Supongamos que con unos gastos de producción de 100 unidades monetarias, en la industria corresponden 90 al capital constante y 10 al variable, y en la agricultura 80 y 20, respectivamente. En este caso, la plusvalía en la industria (con una cuota de explotación del 100 por ciento) será de 10 unidades monetarias, y en la agricultura de 20. En virtud del monopolio de la propiedad privada sobre la tierra, en la agricultura no puede tener lugar la libre fluctuación de capitales. Por consiguiente, no puede producirse una nivelación entre las cuotas de ganancia de la industria y de la agricultura.

Por esto, los precios de las mercancías agrícolas no se ajustan al precio de producción, sino al valor. La diferencia entre uno y otro es lo que forma la renta absoluta. Al mismo tiempo, será la diferencia entre la más elevada plusvalía de la agricultura y la menos elevada de la industria (en nuestro ejemplo, dicha diferencia es de 10 unidades monetarias).

El tributo que la sociedad viene obligada a satisfacer a los grandes propietarios en forma de renta de la tierra encarece los productos alimenticios y las primeras materias agrícolas, empeorando, por tanto, la situación de las masas trabajadoras de la ciudad y del campo. Los propietarios del suelo perciben también tributo de las empresas de la industria extractiva, lo cual eleva los precios de los minerales. La renta aumenta en las ciudades el precio de los solares, con el consiguiente encarecimiento de los alquileres. El incremento de la renta empeora también la situación de los agricultores que carecen de tierra propia.

El arrendamiento y la mina de los campesinos pequeños y medios.

La tasa que el granjero capitalista entrega en concepto de arrendamiento al dueño de la tierra es el excedente de la plusvalía sobre la ganancia media. Propietario y capitalista se reparten el trabajo no retribuido a los obreros. Otra es la situación de los campesinos pequeños y medios, a los que el dueño de la tierra que ellos toman en arriendo les despoja no sólo de todo el producto complementario, sino también parte del producto necesario. Muy a menudo el pequeño arrendatario termina por arruinarse definitivamente.

La teoría marxista de la renta de la tierra demuestra con precisión científica la oposición en que se encuentran los intereses de la gran masa de los campesinos y de los grandes terratenientes. La marcha de la historia confirma el análisis de Marx y señala que los campesinos trabajadores únicamente pueden defender sus derechos convirtiéndose en aliados del proletariado en la lucha contra el capitalismo.

7. Reproducción del capital social y crisis económicas

Para reemplazar los medios de producción y de vida (máquinas, alimentos, vestidos, etc.), sometidos a continuo desgaste y consumo, los hombres han de producir nuevos bienes materiales. Este proceso de renovación constante de la producción se denomina *reproducción,* la cual tiene lugar lo mismo dentro de cada empresa que en cuanto a la sociedad en su conjunto.

La reproducción es simple, cuando el volumen de la producción no varía, y ampliada, cuando el proceso de producción se repite cada año en escala ascendente. Lo propio del capitalismo es la reproducción ampliada.

Marx fue el primero en ofrecer un análisis científico de la reproducción ampliada. El proceso de la reproducción simple proporciona al capitalista un producto de más valor que el capital invertido. El capitalista realiza las mercancías producidas por los obreros y de nuevo se ve en posesión de una suma que le permite explotar a los obreros asalariados. Los proletarios en cambio, al terminar el proceso de producción, siguen como estaban, y de nuevo han de vender al capitalista su fuerza de trabajo. Por lo tanto, del análisis de la reproducción simple de un capital individual se deduce que en el curso de la reproducción capitalista se renuevan sin cesar las relaciones de explotación propias de este sistema. Dicho análisis nos muestra también que, con la reproducción simple, el capitalista podría agotar muy pronto la suma invertida en un principio, pues toda la plusvalía producida por los obreros es consumida personalmente por él. Si invierte en la producción 100.000 dólares y retira cada año 10.000 para sus necesidades propias, al cabo de diez años habría consumido su capital si no obtenía ganancia alguna.

Pero transcurren los diez años y el capitalista sigue obteniendo ganancias. Por consiguiente, todo su capital es, en esencia, plusvalía acumulada, que los obreros crearon con su trabajo y que el capitalista se apropia a título gratuito.

El análisis que Marx hace de la reproducción simple del capital social pone de manifiesto las leyes que rigen el movimiento de toda la economía capitalista en su conjunto. Marx señala la imposibilidad de establecer la ley de la reproducción del capital social si la producción social no es dividida en dos grandes secciones: producción de medios de producción (primera sección) y producción de artículos de consumo (segunda sección). El análisis del movimiento del producto social producido en su forma natural de medios de producción y de artículos de consumo hay que combinarlo también con el análisis en su forma de valor. Para ello, del valor del producto social anual conjunto, es decir, de toda la masa de medios de producción y de artículos de consumo producidos por la sociedad en un año, hay que separar la parte destinada a compensar el capital fijo consumido en el año, la parte destinada a compensar el capital variable y la plusvalía producida durante el año. Son las tres partes integrantes en que se descompone el valor de la producción obtenida durante el año por cada una de las secciones de la producción social.

Marx se fija la tarea de poner en claro las condiciones de realización del producto social dentro de la sociedad capitalista. Para que todos los capitalistas puedan vender, es decir, realizar las mercancías producidas en sus empresas, se necesita una determinada relación entre la sección primera y la segunda. Con la reproducción simple es necesario que el conjunto del capital variable y la plusvalía sea igual al capital constante de la segunda sección: I (v + p) = IIc. Con el intercambio recíproco de estas partes del producto social, los obreros y capitalistas de la primera sección reciben artículos de consumo, y los capitalistas de la segunda sección reciben capital constante para la nueva producción. Por lo tanto, la primera sección asegura a ambas secciones medios de producción y la segunda proporciona artículos de consumo a los obreros y capitalistas de ambas secciones.

En la reproducción ampliada, el conjunto del capital variable y la plusvalía de la primera sección *es superior* al valor del capital constante de la segunda sección I (v + p) > II c. La diferencia entre el primer valor y el segundo forma el excedente que pasa a formar la acumulación. Al incrementarse ésta, la parte del capital constante crece y disminuye la del capital variable. El más rápido incremento del capital constante con relación al variable es ley de la acumulación del capital. De esta ley se desprende que el capital constante, en cada una de las secciones, crece más deprisa que el capital variable y la plusvalía. Pero si el capital constante de la primera sección aventaja en su incremento al capital variable y a la plusvalía de su misma sección, tanto más aventajará al capital constante de la sección *segunda,* pues hemos visto ya que este último tiene un crecimiento más lento que el capital variable y la plusvalía de la primera sección. Por lo tanto, en la reproducción ampliada el incremento mayor corresponde a la producción de medios de producción para la producción de medios de producción y luego a la producción de medios de producción para la producción de artículos de consumo; donde el avance es menor es en la producción de artículos de consumo.

El incremento preferente de la producción de medios de producción es ley económica de toda reproducción ampliada. De otro modo ésta no podría tener efecto.

El resorte que mueve a la ampliación de la producción bajo el capitalismo es el deseo de obtener una plusvalía cada vez más voluminosa. A ello empuja también la competencia. En el curso de la reproducción capitalista ampliada se repiten, sobre una base más amplia, las relaciones de la explotación capitalista, crece el ejército de obreros y sigue adelante el proceso de concentración y centralización del capital.

El análisis que Marx hace de la reproducción simple y ampliada del capital social nos muestra que la proporcionalidad entre las secciones primera y segunda y entre los distintos sectores dentro de cada sección puede ser establecida sólo a través de las crisis económicas y para un tiempo muy breve; la reproducción capitalista presenta contradicciones antagónicas que hacen inevitables las crisis económicas de superproducción.

Crisis económicas de superproducción.

La tendencia de los capitalistas a aumentar ilimitadamente la producción, en unas circunstancias en que el consumo se ve reducido al estrecho marco de la demanda solvente de las masas, halla una salida en el incremento preferente de la producción de medios de producción. La ampliación de la producción de medios de producción bajo el capitalismo, a la vez que una expresión del progreso técnico, es como un refugio provisional para eludir las dificultades de venta originadas por la insuficiente solvencia de las masas. Ahora bien, la ampliación de la producción, cuando la producción de artículos de consumo se ve limitada por los bajos ingresos de las grandes masas, conduce periódicamente a crisis de superproducción. Como la meta final que la producción se marca es la producción de artículos de consumo, la causa última de todas las crisis económicas, según indicaba Marx, es la miseria y el limitado consumo de las masas. Aquí podemos apreciar la contradicción fundamental

del capitalismo, la que se produce entre el carácter social de la producción y la apropiación capitalista privada o individual.

La primera crisis general de superproducción tuvo lugar en Inglaterra, en 1825. A partir de entonces se vinieron repitiendo, primero cada diez años aproximadamente y luego en períodos menos determinados. Entre 1825 y 1938 Inglaterra conoció trece crisis económicas. En los otros países capitalistas. que entraron posteriormente en la vía de la gran industria maquinizada, las crisis tardaron algo más en manifestarse.

La crisis económica es la superproducción de mercancías, la acumulación al máximo de dificultades para su venta, la caída de los precios y el rápido descenso de la producción. Durante las crisis crece bruscamente la desocupación, desciende el salario de los obreros que todavía trabajan, las relaciones crediticias se trastornan y sobreviene la ruina de muchos patronos, especialmente de los pequeños.

Durante la crisis y en el período de depresión que ordinariamente sigue a ella, los "stocks" de mercancías se van realizando poco a poco a bajo precio (pues, como ya dijimos, los precios experimentan una caída). Movidas por el deseo de aumentar la productividad del trabajo, para obtener una ganancia aun con precios bajos, los capitalistas empiezan a renovar el equipo de sus empresas. Esto origina la demanda de medios de producción. El mercado se reactiva poco a poco y luego experimenta un auge. Esta sucesión de crisis, depresión, reactivación y auge, para volver de nuevo a la crisis, demuestra que la producción capitalista se desarrolla *cíclicamente,* es decir, que realiza una rotación en la que se repiten unas mismas fases, lo mismo que se suceden el invierno y el verano. La reproducción ampliada capitalista no es un proceso continuo. La sucesión de ascensos y caídas y depresiones, las interrupciones constantes en el incremento de la producción son ley de la reproducción ampliada capitalista. "La producción capitalista -escribe Lenin- no puede desarrollarse más que a saltos, dando dos pasos adelante y uno (y a veces dos) atrás."[117]

Las crisis son un producto de la contradicción fundamental del capitalismo, la que existe entre el carácter social de la producción y la apropiación privada del fruto del trabajo. El carácter social de la producción se manifiesta, primero, en el desarrollo de la especialización de la producción y de la división del trabajo, con lo que los distintos sectores son parte integrante del proceso social de producción; y segundo, en la concentración de la producción en empresas cada vez mayores. Lo uno y lo otro crean enormes posibilidades para que la producción se ensanche. En el período de reactivación, y especialmente en el de auge, el formidable incremento que experimenta, afecta sobre todo a la producción de medios de producción. Mientras se construyen nuevas fábricas, líneas férreas, centrales eléctricas, etc., crece en cierta medida la demanda de nueva mano de obra, y por consiguiente, de artículos de consumo, pero este incremento está lejos de hallarse a la altura del que experimenta la demanda de medios de producción. De ahí que tarde o temprano, en virtud de la anarquía de la producción que en sí encierra el capitalismo, las enormes posibilidades de la gran industria para su ampliación acaban por chocar con los estrechos límites del consumo, con la incapacidad de los mercados para ir a la par del incremento de la producción. La gran masa de productos lanzados al mercado no puede ser absorbida por el comprador medio, pues a ello se opone la limitación de su demanda solvente, de sus ingresos.

En su conocido artículo "Carlos Marx", V. 1. Lenin señala que la posibilidad de la rápida ampliación de la industria "en relación con el crédito y la acumulación del capital en los medios de producción, proporciona, entre otras cosas, la clave para comprender las *crisis* de superproducción que periódicamente advienen en los países capitalistas, primero cada diez años por término medio y luego en períodos de tiempo más prolongados y menos definidos”.[118]

La acumulación en los medios de producción explica también el carácter periódico de las crisis.

El bajo nivel de los precios y la agudización de la competencia en el período de depresión obligan a los capitalistas a reemplazar el equipo moralmente envejecido por otro nuevo, es decir, a renovar el capital fijo (utillaje, máquinas, instrumental). A fin de no quedarse atrás de sus competidores, cada patrono trata de disminuir los gastos de producción mediante perfeccionamientos técnicos. "...La crisis -escribía Marx- es siempre el punto de partida para nuevas y grandes inversiones de capital. Por consiguiente, si tomamos la sociedad en su conjunto, la crisis crea, en mayor o menor grado, una nueva base material para el siguiente ciclo de rotaciones."[119]

Las crisis son prueba de la creciente discordancia que existe entre las relaciones burguesas de producción y el carácter de las modernas fuerzas productivas. Son una muestra irrefutable de la limitación del modo capitalista de producción, de su incapacidad para abrir amplios horizontes al desarrollo de las fuerzas productivas.

Las crisis de superproducción demuestran que la sociedad moderna podría proporcionar una cantidad incomparablemente mayor de productos destinados a mejorar la vida de los trabajadores si los instrumentos y medios de producción fueran puestos en juego no para obtener una ganancia capitalista,

[117] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. V, pág. 71.

[118] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXI, págs. 47.48.

[119] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. II, pág. 182.

sino para satisfacer las demandas de todos los miembros de la sociedad. Pero esto sólo es posible convirtiendo en social la propiedad privada sobre los medios de producción.

8. La ley general de la acumulación capitalista

Los avances de la gran industria maquinizada, de la agricultura y las demás esferas de la economía nacional traen como resultado que para la producción de una misma cantidad de productos se necesite un número cada vez más reducido de obreros. Con otras palabras, al desarrollarse el capitalismo, la parte del capital invertida en medios de producción (capital fijo) crece, mientras disminuye la parte invertida en la fuerza de trabajo (capital variable).

Este crecimiento más rápido del capital fijo que del variable trae consigo un descenso relativo de la demanda de mano de obra en la producción, aunque el número total de obreros industriales crece a medida que el capitalismo se desarrolla. Bajo este sistema, el progreso técnico condena a la desocupación a millones de hombres. En la sociedad burguesa la amenaza del paro se cierne constantemente sobre todos y cada uno de los obreros, que jamás pueden mirar con confianza el día de mañana.

A la luz de la teoría de la acumulación capitalista expuesta por Marx se hacen evidentes los errores de la economía política clásica burguesa. A. Smith y D. Ricardo suponían que la demanda de mano de obra aumenta proporcionalmente al incremento de la producción y que en el curso de la acumulación capitalista la situación de la clase obrera ha de mejorar obligatoriamente. Lo que en realidad ocurre es que la acumulación capitalista acelera el desplazamiento de los obreros por la máquina y crea el ejército industrial de reserva.

"Cuanto mayor es la riqueza social, el capital en funciones, las proporciones y la energía de su incremento, y, por consiguiente, cuanto mayor es el número absoluto de los proletarios y la fuerza productiva de su trabajo, tanto mayor es el ejército industrial de reserva... El volumen relativo del ejército industrial de reserva crece al incrementarse las fuerzas de la riqueza. Pero cuanto mayor es este ejército de reserva en comparación con el ejército obrero en activo, tanto más extensa es la superpoblación permanente, la miseria de la cual es inversamente proporcional al suplicio de su trabajo... *Esto es ley absoluta y general de la acumulación capitalista" (Marx).*[120]

Cuanto mayor es el ejército industrial de reserva, tanto peor es la situación de los obreros ocupados, porque el capitalista puede despedir a los descontentos y "exigentes" valiéndose de que siempre encontrará quien los sustituya entre los desocupados.

Bajo el predominio de la propiedad capitalista sobre los medios de producción el progreso técnico significa el aumento de las ganancias de los capitalistas, mientras que las grandes masas de la población ven cómo su situación se agrava sin que puedan satisfacer sus necesidades.

Empeoramiento de la situación de la clase obrera.

La agravación de las condiciones de vida de los trabajadores se pone de relieve con singular vigor en los períodos de crisis de superproducción, cuando la desocupación crece, bajan los salarios y se incrementa el proceso de ruina de los productores pequeños y medios. En el proyecto de Programa del P.C. (b) de Rusia, V. I. Lenin escribía: "Las crisis y los períodos de depresión industrial... aumentan la dependencia del trabajo asalariado respecto del capital y conducen a una agravación relativa, y a veces absoluta, de la situación de la clase obrera."[121]

La situación de los trabajadores puede empeorar también cuando el salario experimenta cierto incremento. Al crecer la intensidad del trabajo, se hace necesaria una mejor alimentación, asistencia médica, etc. Y cuando estas crecientes necesidades no son atendidas, la situación de la clase obrera *empeora,* incluso si su salario ha aumentado un tanto.

Más evidente todavía es el empeoramiento relativo de la situación de los obreros, es decir, la disminución de la parte de la clase obrera en la renta nacional que siempre se observa en el capitalismo. Ello define la situación de la clase obrera con relación a los capitalistas. El incremento de la riqueza social conduce inevitablemente en la sociedad burguesa a una mayor desigualdad entre los capitalistas y los obreros. La tendencia a la agravación de la situación de la clase obrera conforme el capitalismo progresa, descubierta por Marx, sigue vigente en nuestros días.

Los críticos del marxismo se resisten a aceptarlo. Falsifican la realidad, especulan con algunos hechos sueltos, interpretan a su antojo ciertos fenómenos de nuestros tiempos, y todo para tratar de demostrar que la teoría de Marx no se ha visto confirmada y que el capitalismo contemporáneo abre horizontes ilimitados para el mejoramiento de la situación de la clase obrera.

No sólo se falsifican los datos relativos a la situación de la clase obrera, sino también la propia teoría de Marx. Los críticos del campo reformista burgués, con objeto de aliviar su tarea, no se paran en barras, dan una interpretación vulgar de esta teoría y le atribuyen afirmaciones absurdas, que ni Marx ni los marxistas enunciaron ni defendieron jamás.

Por ejemplo, la tesis marxista de la tendencia al empeoramiento de la situación de la clase obrera es presentada como un dogma según el cual bajo el

[120] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, pág. 650.

[121] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIX, pág. 81.

capitalismo se produce un empeoramiento absoluto y *constante,* de año en año y de decenio en decenio, de las condiciones de vida de los obreros. Pero Marx no se refería a un proceso constante, sino a una *tendencia* del capitalismo, una tendencia desigual en los distintos países y períodos, que presenta desviaciones y fluctuaciones y a la cual se oponen otros factores.

Uno de esos factores que se le oponen es la lucha de la clase obrera por un mayor salario y unas mejores condiciones de vida. Después de la segunda guerra mundial esta lucha es más eficaz que nunca. Entonces quedó destrozado el baluarte de la reacción internacional que significaba el fascismo alemán e italiano. Crecieron la organización y la cohesión de la clase obrera en los países capitalistas. Y los éxitos de los países del socialismo obligan a la burguesía a hacer concesiones a los trabajadores.

¿Podía esto pasar sin dejar huella? Indudablemente que no. Los obreros de una serie de países han tenido ocasión de mejorar sus condiciones de vida. Y la han aprovechado. Es evidente que esto no puede servir ni lo más mínimo para refutar el marxismo. Sólo quienes practican la calumnia y la falsificación pueden afirmar que, según la teoría de Marx y Lenin, el nivel de vida de los trabajadores de todos los países capitalistas había de ser ahora inferior, supongamos, que a principios de siglo.

Muchos de los argumentos a que gustan de recurrir los desdichados críticos del marxismo se deben a que la acción de la tendencia al empeoramiento de la situación de la clase obrera depende de la coyuntura económica general. Está claro que en los períodos de auge cíclico los obreros viven mejor que en los períodos de crisis. Así hay que tenerlo presente si comparamos, por ejemplo, la situación de los trabajadores durante la crisis y la depresión de los años 30 y en los momentos de elevada coyuntura que han sido los de la última década.

Tendencia histórica de la acumulación capitalista.

La acumulación del capital hace que en empresas cada vez mayores se concentren masas enormes de obreros y formidables medios de producción.

La acción de las leyes internas de la producción capitalista hace que los capitalistas fuertes aplasten a los débiles. Junto a la centralización de capitales o a la expropiación de muchos propietarios de empresas por un reducido número de ellos, se desarrolla la aplicación consciente de la ciencia en la producción, la explotación regular de la tierra, la conversión de los instrumentos de trabajo en unos medios que únicamente admiten la utilización colectiva. Llega un momento en que se hace no ya posible, sino necesaria la transformación de los medios decisivos de producción en propiedad social, porque se agudiza hasta el máximo la contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación capitalista privada.

La acumulación del capital crea las premisas no sólo objetivas, sino también subjetivas para el paso del capitalismo al socialismo. La sociedad se escinde, cada vez más netamente, en un puñado de magnates y, frente a ellos, las masas de obreros unidos por la gran producción maquinizada. El proletariado se levanta cada vez más decididamente a la lucha contra el capital. La clase obrera orienta sus esfuerzos hacia la transformación de la propiedad capitalista en propiedad social. Este proceso está muy lejos de ser tan duradero como la conversión de la pequeña propiedad privada de los artesanos y campesinos, dispersa y basada en el trabajo personal, en propiedad capitalista. Dentro de las condiciones a que ha llegado el capitalismo, la misión de las masas populares, dirigidas por la clase obrera, se reduce a emancipar a la sociedad del yugo de un contado número de usurpadores.

A la vez que disminuye constantemente el número de magnates del capital que gozan de todas las ventajas del desarrollo de las fuerzas productivas, crece la protesta de la clase obrera, que aprende, se agrupa y se organiza en el curso mismo del proceso de la producción capitalista. El modo capitalista de producción se convierte en una traba para el desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad humana. "La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo alcanzan un punto en el que se hacen incompatibles con la cubierta capitalista. Esta se rompe. Suena la última hora de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados."[122] Tal es la tendencia histórica de la acumulación capitalista.

Marx no dedujo de aspiraciones utópicas la necesidad de la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista en comunista, sino sólo y exclusivamente de la ley económica objetiva del desarrollo de la sociedad capitalista. Al mismo tiempo demuestra que la supresión del capitalismo será obra de los trabajadores dirigidos por la clase obrera. Sólo poniendo fin a la propiedad privada de los magnates del capital y de los grandes terratenientes sobre los medios de producción podrán las masas populares de los países capitalistas asegurar el triunfo del régimen socialista y abrir un ancho camino al ulterior progreso social.

Por consiguiente, el desarrollo regular del capitalismo conduce inevitablemente a la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista en socialista. C. Marx, en su análisis de la ley general de la acumulación capitalista, demostró en el plano económico que la revolución proletaria es necesaria e inevitable.

---

[122] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. I, pág. 766.

Capitulo IX. El imperialismo, fase superior y última del capitalismo

A fines del siglo XIX y comienzos del XX el capitalismo entra en una fase nueva de su desarrollo: la imperialista. Un análisis genuinamente científico del imperialismo es el que V. I. Lenin expuso, en 1916, en su famosa obra *El imperialismo, fase superior del capitalismo,* y en otros trabajos. Lenin señala que el imperialismo es una fase especial, superior y última, en el desarrollo del capitalismo, y da de él la siguiente definición: "El imperialismo es una fase histórica especial del capitalismo. Su particularidad es de tres órdenes: el imperialismo es 1) el capitalismo monopolista; 2) el capitalismo parasitario o en putrefacción; 3) el capitalismo agonizante."[123]

1. El imperialismo como capitalismo monopolista

La concentración de la producción y *los monopolios.*

El imperialismo, fase superior del capitalismo, empieza el estudio de la nueva etapa de desarrollo del capitalismo con el análisis de los cambios en la esfera de la producción. Lenin determina los cinco caracteres económicos fundamentales del imperialismo: "1) concentración del capital, elevada a tan alto grado de desarrollo que crea los monopolios, los cuales desempeñan el papel decisivo en la vida económica; 2) fusión del capital bancario y el industrial, dando origen al «capital financiero», a la oligarquía financiera; 3) la exportación de capitales, a diferencia de la exportación de mercancías, adquiere una importancia singularísima; 4) se forman las alianzas monopolistas internacionales, que se reparten el mundo, y 5) ha terminado el reparto territorial de la tierra por las grandes potencias imperialistas."[124]

La base y el punto de arranque de la transición al imperialismo es el enorme incremento de la concentración de la producción, es decir, el aumento del peso de las grandes compañías en el conjunto de las empresas y de su parte en el total de la producción; la concentración en las empresas grandes de un volumen cada vez mayor de mano de obra y de elementos de producción. En los Estados Unidos, por ejemplo, en 1909, las empresas con más de 500 obreros formaban el 1,1 por ciento del total y en ellas trabajaba el 30,5 por ciento de todos los obreros. Durante la segunda guerra mundial y después de ella el proceso de concentración se ha acentuado todavía más. Así, en la industria norteamericana de transformación y extracción, 500 grandes compañías formaban en 1957 el 0,4 por ciento del total de las empresas, realizaban el 55,3 por ciento de la producción y obtenían el 71,4 por ciento de los beneficios. Y de esas 500 compañías, 37 realizaban una producción casi igual a la de las 463 restantes.

Las grandes empresas tienden a apoderarse de los mercados, a destruir a los competidores, o ponerse de acuerdo con ellos, y a dictar los precios. A unas cuantas docenas de empresas gigantescas les es más fácil llegar a un convenio que a cientos y miles de compañías pequeñas. La tendencia al acuerdo viene también impuesta por el deseo de disminuir los gastos que la competencia significa, y que en caso contrario aumentan sin cesar. La concentración de la producción en una determinada fase del desarrollo, por ejemplo, cuando dos o tres compañías, todo lo más cinco, proporcionan en las ramas fundamentales más de la mitad de la producción industrial, conduce inevitablemente a la aparición de los monopolios. El monopolio es una asociación o alianza de capitalistas que reúnen en sus manos la producción y venta de una parte considerable, a veces fundamental, de los artículos de una o varias ramas de la economía. El monopolio posee una enorme potencia económica, un gran peso en determinada esfera de la producción y el comercio, lo cual le asegura una posición dominante, es decir, la posibilidad de establecer unos precios elevados y, por consiguiente, de obtener en exclusiva grandes ganancias. Esta situación monopolista permite multiplicar los beneficios sin incrementar la producción, simplemente aumentando los precios, exprimiendo al comprador mediante un verdadero robo organizado. El monopolio es una agrupación de capitalistas que va dirigida contra los obreros a los que ellos explotan. Con él les resulta a los patronos mucho más sencillo confabularse sistemáticamente acerca de las medidas más eficaces para reprimir la lucha de clase de los obreros.

Las formas principales de las agrupaciones monopolistas son el cártel, el sindicato, el trust y el consorcio.

El *cártel* es un convenio por el que varias grandes empresas capitalistas se reparten los mercados de venta, establecen el volumen de la producción, precios únicos, condiciones de venta, plazos de pago, etc. Los componentes del cártel restringen así la competencia y obtienen elevados beneficios. Las empresas que componen el cártel conservan su independencia en cuanto a la producción y a la venta. Únicamente vienen limitadas en su actividad por las condiciones del convenio. El *sindicato* se diferencia del cártel en que sus empresas pierden la independencia comercial. La venta de las mercancías, y a veces la adquisición de materias primas para las empresas que lo componen, corre a cargo de las oficinas del propio sindicato. En el *trust,* las empresas pierden toda su autonomía. El trust es el que se encarga de dirigir en ellas la producción, la venta y la gestión financiera. El *consorcio* es una agrupación de empresas de distintos sectores de la industria, casas comerciales, bancos y compañías de

[123] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIII, pág. 94.
[124] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 253.

transportes y de seguros, independientes en el papel, pero controladas íntegramente por un magnate del capital o un grupo de capitalistas.

A principios de siglo los cártels adquirieron su mayor extensión en Alemania, sobre todo en la industria hullera y metalúrgica. En Rusia, la forma más común de los monopolios eran los sindicatos. En 1887 se constituía el sindicato de los fabricantes de azúcar. A comienzos de siglo se formaron varios grandes sindicatos en la siderurgia, elaboración del metal y otras ramas importantes de la industria rusa.

Los trusts son la forma predominante y característica de los monopolios en los Estados Unidos. Son producto del extraordinario crecimiento de algunas empresas, de la fusión de muchas compañías y de la absorción de las menos importantes por las más fuertes. La primera gran oleada de fusiones y absorciones, de 1898 a 1903, trajo consigo la aparición de monopolios tan formidables como la United States Steel Corporation y la General Electric, los dos pertenecientes a Morgan. Antes aún, en 1870, se había creado el monopolio del petróleo, la Standard Oil de Rockefeller, que a fines de siglo reunía en sus manos el 90 por ciento de la fabricación de productos del petróleo en los Estados Unidos. Refiriéndose a la omnipotencia de los monopolios norteamericanos, V. I. Lenin escribía en noviembre de 1912 que cerca de un tercio de la riqueza nacional del país, unos 80.000 millones de rublos, "pertenece a *dos* trusts, el de Rockefeller y el de Morgan, o se encuentra subordinado a ellos".[125]

La sustitución de la competencia libre por el monopolio es el rasgo económico más sustancial, la *esencia* del imperialismo. El signo primero y principal de éste es que representa el capitalismo monopolista. "Si fuera necesario -escribe Lenin- dar una definición lo más breve posible del imperialismo, habría que decir que es la fase monopolista del capitalismo."[126]

El monopolio ha nacido de la competencia libre. No significa, sin embargo, el cese de la lucha entre las empresas, que, por el contrario, se hace aún más encarnizada y catastrófica. Bajo el imperialismo, esta lucha se manifiesta en tres formas.

No cesa la competencia entre los monopolios y las numerosas empresas no monopolistas. Aunque el papel de los monopolios es predominante, en los países capitalistas se conserva una infinidad de empresas pequeñas y medias, sin contar a los pequeños productores, campesinos y artesanos. Por grande que sea el poder de los monopolios, por vigoroso que sea el proceso de desplazamiento a que están sometidas las empresas no monopolistas, estas últimas subsisten junto a aquellos. Su aparición es inevitable al cobrar impulso sectores nuevos en los que, de ordinario, las grandes empresas no pueden establecer su predominio desde el principio. El desplazamiento de la pequeña economía no hay que entenderlo como una destrucción inmediata y completa. Muy a menudo se revela en el empeoramiento de las condiciones de vida, en la excesiva intensidad del trabajo, en el bajísimo nivel de vida de los pequeños patronos; por eso significa un proceso largo y doloroso. El gran capital no desplaza sólo a los productores independientes, pequeños y medios, sino también a las pequeñas y medias empresas capitalistas. Los altos precios que los monopolios establecen les permiten incrementar las ganancias. Esto reduce los beneficios de las empresas no monopolistas que adquieren los productos de los monopolios. Quien no se somete a éstos, entra en un proceso que acaba con él. Las relaciones de libre competencia se convierten en relaciones de dominación y, por lo tanto, de violencia.

La competencia más reñida se mantiene también entre los mismos monopolios. La absorción completa de toda una rama de la economía por un solo monopolio es un fenómeno que se da muy pocas veces. Y tampoco garantiza contra la aparición, dentro de esa rama, de un poderoso rival. La competencia entre los monopolios es una lucha sin cuartel en la que los rivales no renuncian a nada para arruinar al competidor. Se echa mano a la violencia directa, al soborno, al chantaje y actos delictivos de todo género.

La lucha penetra incluso en el seno de los propios monopolios. Los capitalistas que los formaron se pelean por alcanzar los puestos de más influencia en la dirección de las corporaciones, por la parte de sus empresas en la producción, el comercio y los beneficios, etc.

Así, pues, la competencia engendra el monopolio, pero el monopolio no elimina la competencia. Existe sobre la competencia y junto a ella. Tampoco eliminan los monopolios la anarquía y el caos que reina en la producción capitalista.

Los ideólogos burgueses exaltan por todos los medios la competencia como un poderoso medio de progreso en la esfera de la producción, como un estímulo constante de la iniciativa, de la inventiva y del espíritu emprendedor. Pero tales rasgos progresivos sólo los conservó, en cierto grado, la competencia hasta la época del imperialismo. Dentro ya de éste, ocurre lo que dijo Lenin: "...El capitalismo ha sustituido ya hace tiempo la pequeña producción mercantil independiente, en la que la competencia podía, en escala más o menos *amplia,* estimular el espíritu emprendedor, la energía y la iniciativa, por la producción fabril en gran escala, por las empresas anónimas, los sindicatos y otros monopolios. La competencia bajo *tal* capitalismo significa la represión inusitadamente brutal del

[125] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., t. XVIII, pág. 375.
[126] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 253.

espíritu emprendedor, de la energía y la iniciativa de la *masa* de la población, de su inmensa mayoría, del noventa y nueve por ciento de los trabajadores; significa también que la emulación ha sido suplantada por el fraude financiero, por el despotismo y el servilismo en los últimos peldaños de la escala social."[127]

Los avances de la concentración de la producción, que dan origen a los monopolios, significan un paso gigantesco en la socialización de la producción. El lugar del pequeño productor es ocupado por el grande. Las fábricas enormes desplazan al pequeño productor. Acentúase la especialización de la producción, ligando en un conjunto único numerosas empresas y ramas de la economía. Cada vez se hace más evidente el carácter social de la producción. Pero las empresas siguen siendo propiedad privada de determinados individuos o grupos capitalistas, cuyo único móvil es la obtención de grandes beneficios. La opresión de un reducido número de monopolistas sobre toda la población se hace intolerable. La contradicción entre el carácter social de la producción y la apropiación privada de los frutos de ésta por los capitalistas se agudiza hasta sus límites extremos.

El capital financiero.

La concentración de la producción va acompañada de la concentración y centralización del capital bancario. Ello trae consigo la aparición de monopolios bancarios y modifica radicalmente el papel de los bancos.

"A medida que la banca se desarrolla y se concentra en unos cuantos establecimientos -escribe Lenin-, los bancos se convierten de modestos intermediarios que eran en todopoderosos monopolistas, que disponen de casi todo el capital monetario del conjunto de capitalistas y pequeños patronos, y también de gran parte de los medios de producción y fuentes de materias primas dentro de su propio país y en una serie de países. Esta transformación de numerosos y modestos intermediarios en un puñado de monopolistas constituye uno de los procesos fundamentales por los que el capitalismo se convierte en imperialismo capitalista..."[128]

Los bancos pasan a ser copropietarios de las empresas industriales. A su vez, el capital industrial monopolista se incrusta en la banca. Prodúcese la fusión del capital monopolista de la banca y la industria, dando así origen al capital financiero.

Los magnates del capital financiero, bajo cuyo control se encuentran empresas industriales y bancos, son al mismo tiempo industriales y banqueros.

"Concentración de la producción, monopolios que surgen de ella, fusión o conjunción de los bancos y la industria: tal es la historia de la aparición del capital financiero y el sentido de este concepto."[129]

Las sociedades anónimas han cumplido un papel importante en el proceso de formación del capital financiero por el que se entrelazan y unen los bancos y la industria. Empezaron a formarse antes de la época del imperialismo, pero dentro de ella se han convertido en la forma característica de las empresas capitalistas.

El capital de la compañía anónima queda integrado por los capitales de quienes adquieren sus acciones, títulos que dan derecho a percibir cierta parte de los beneficios. El precio de la acción viene determinado principalmente por la cuantía del dividendo que de ella se espera. El accionista puede vender sus valores en la Bolsa, que es el mercado donde se negocian las acciones y otros títulos y se establece el curso de toda clase de efectos. La sociedad anónima es dirigida nominalmente por todos los accionistas. Las cuestiones se resuelven siempre por mayoría de votos, a razón de un voto por cada acción. Por eso, los asuntos de la sociedad los maneja el capitalista o grupo de capitalistas que dispone de un número importante de acciones, o lo que es lo mismo, del paquete de control.

Dentro de las compañías anónimas un gran número de capitales individuales se convierte en un solo capital. Esta centralización permite el nacimiento de empresas grandes, que no serían capaces de crear de por sí cada uno de los capitalistas que las componen.

Al capital de las sociedades anónimas se incorporan también los recursos de pequeños accionistas, que suelen ser empleados, una pequeña parte de los obreros, etc. Las compañías más grandes tienen miles y hasta decenas de miles de accionistas. Con varias acciones de 100, 200 ó 300 dólares, por las que percibe un dividendo de 5, 10 ó 15 dólares anuales, el obrero no se convierte, ciertamente, en capitalista, en dueño de una gran empresa. ¿Qué influencia podría ejercer sobre la marcha de una entidad que cuenta con un capital de millones? De ordinario no puede ni siquiera asistir a las juntas generales de accionistas, pues para ello se necesita tiempo, en ocasiones dinero para trasladarse a otra ciudad, etc. Unas decenas de dólares de dividendo al año no cambian la situación de clase del pequeño accionista, no debilitan su dependencia de la compañía en que trabaja ni le proporcionan seguridad en el mañana.

A los grandes capitalistas, que se hallan al frente de las sociedades anónimas, les resulta muy ventajosa la venta de acciones en pequeños lotes, el aumento del número de accionistas. Esto amplía los fondos que ellos manejan. Además, cuanto mayor es el número de pequeños accionistas, menos acciones son necesarias para disponer de la mayoría de votos.

---

[127] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVI, pág. 367.

[128] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., 1. XXII, pág. 198.

[129] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., 1. XXII, pág. 214.

En muchas compañías el paquete de control no pasa del 10 al 20 por ciento de las acciones.

El gran capitalista (o grupo de capitalistas) se vale de su preponderancia en la sociedad anónima para robustecer su poder en el mundo de las finanzas y para aumentar continuamente sus ganancias.

El paquete de control le asegura el predominio sobre una poderosa sociedad anónima. Esta sociedad adquiere el paquete de control de una segunda, la cual lo hace de una tercera, de una cuarta, etc. De tal suerte, el capitalista dispone de una sociedad con fondos muy superiores a los suyos propios y de una pirámide de compañías subordinadas a esa sociedad. Esto es lo que se denomina sistema de participaciones, con el que al gran capital se abren posibilidades ilimitadas de enriquecimiento a costa de sus semejantes.

El reducido grupo de grandes magnates del capital financiero se convierte en la *oligarquía financiera* y se apodera de las posiciones clave dentro de la economía de los países capitalistas. El poder de la oligarquía financiera se ve extraordinariamente incrementado por el hecho de que a través del sistema de sociedades anónimas dispone de enormes capitales ajenos. Así, por ejemplo, el capital controlado por los Morgan, Rockefeller, Du Pont, Mellon, etc., es muchas veces superior al de sus propias acciones. En 1956, con acciones por valor de 3.500 millones de dólares, los Rockefeller controlaban compañías que significaban un capital de 61.000 millones. Ese mismo año, los Du Pont, con algo más de 4.500 millones de dólares, controlaban 16.000 millones. Las acciones de los Morgan apenas si alcanzan al 5 por ciento de las compañías que controlan, cuyo capital asciende a la enorme suma de 65.300 millones de dólares.

El sistema de sociedades anónimas subordinadas permite a la oligarquía financiera entregarse a toda clase de maquinaciones altamente provechosas. Proporcionan enormes beneficios la fundación de nuevas compañías, las nuevas emisiones de acciones, la realización de empréstitos públicos, la especulación con tierras, etc. Esto significa un tributo que la sociedad satisface a los monopolistas.

"...El siglo XX -escribe Lenin- es el punto crucial en el viraje del capitalismo viejo al nuevo, del predominio del capital en general al predominio del capital financiero."[130]

La exportación de capitales.

El dominio del capital financiero *dentro* de los países capitalistas más desarrollados conduce inevitablemente al dominio de un pequeño número de Estados imperialistas sobre todo el mundo capitalista. Un instrumento importante de este dominio es la exportación de capitales.

"Dentro del viejo capitalismo -escribía Lenin-, con el predominio absoluto de la competencia libre, lo típico era la exportación de *mercancías.* Dentro del capitalismo contemporáneo, con el predominio de los monopolios, lo típico es la exportación de *capitales."*[131]

Entiéndese por exportación de capitales su inversión en el extranjero con objeto de apropiarse la plusvalía creada por los trabajadores de otro país. Tal exportación se ve propiciada por la circunstancia de que una serie de países atrasados han sido incorporados ya a la órbita del capitalismo mundial y en ellos existen las condiciones elementales para montar empresas capitalistas a base de la mano de obra local, que resulta más económica. A su vez, la exportación se hace necesaria si consideramos que son muy pocos los países en que el capitalismo ha ido más allá de su grado de madurez.

La situación monopolista de un reducido número de países imperialistas -los más desarrollados-, en los que la acumulación de capitales alcanza proporciones gigantescas, hace que en ellos aparezca un enorme "excedente". El capital no encuentra campo para su inversión dentro del país en condiciones ventajosas. Cierto que el "excedente de capital" es relativo, y no absoluto. Si las ganancias capitalistas fuesen destinadas a elevar el nivel de vida de las masas trabajadoras o a mejorar la agricultura, no habría tal "excedente". Pero entonces el capitalismo no sería capitalismo.

La exportación de capitales adopta dos formas: 1) la de capital productivo y 2) la de capital crediticio. La exportación de capital productivo se traduce en inversiones en la industria, los transportes, el comercio, etc. La de capital crediticio corresponde a los empréstitos a gobiernos extranjeros y a los créditos particulares.

Se exportan los capitales primeramente a las zonas atrasadas, a las colonias y países dependientes, donde las ganancias suelen ser altas, pues los capitales escasean, el precio de la tierra es relativamente bajo, los salarios míseros y las materias primas baratas. Así, en 1955, el 77 por ciento de todos los beneficios de la Standard Oil Company of New Jersey (de Rockefeller) fueron conseguidos de sus inversiones directas en el Oriente Medio y Cercano, en Iberoamérica, etc. La cuota de ganancia del capital invertido en esos países era seis veces superior a la del capital colocado dentro de los Estados Unidos.

Una característica de los últimos decenios es que los capitales no se exportan ya solamente a los países atrasados, sino que también invaden las "viejas" naciones capitalistas. Así, por ejemplo, el 39 por ciento de todos los beneficios conseguidos en 1956 por la International Harvester (gran compañía norteamericana de maquinaria agrícola) provenía de operaciones en el extranjero, principalmente en

[130] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 213.

[131] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 228.

Europa Occidental. Son muy cuantiosas las inversiones de los grandes monopolios norteamericanos en Inglaterra, Alemania Occidental y Francia, países donde las deudas por empréstitos recibidos de Estados Unidos alcanzan a sumas muy considerables.

A veces, la exportación de capitales puede obedecer a móviles políticos. El papel del factor político se ha acrecido singularmente después de la segunda guerra mundial. La exportación de capitales norteamericanos es una forma de apoyar ampliamente a las fuerzas reaccionarias de otros países y de "adquirir" aliados militares.

Antes de la primera guerra mundial, los principales países exportadores de capitales eran Inglaterra, Francia y Alemania. En el período comprendido entre las dos conflagraciones, Norteamérica pasó a ocupar el primer puesto. Hoy día, las inversiones extranjeras de Estados Unidos sobrepasan a todas las inversiones y créditos de todos los demás países del mundo capitalista. Ahora bien, las potencias imperialistas se disputan desesperadamente las esferas de inversión de capitales. Estos años últimos, por ejemplo, ha aumentado su exportación en Inglaterra y Alemania Occidental.

Esta exportación convierte a la mayoría de los países del mundo capitalista en deudores y tributarios de unos cuantos Estados imperialistas y es un instrumento mediante el cual un puñado de monopolistas explotan a millones y millones de seres de los países en los que colocan sus capitales.

Reparto económico del mundo.

Los países exportadores de capitales, escribió Lenin, se han repartido el mundo en sentido figurado. Pero el capital financiero ha conducido a un reparto directo del mismo entre las agrupaciones de capitalistas.[132]

La exportación de capitales y la agudización de la competencia que esto lleva consigo dentro del mercado mundial empujan a los monopolios al reparto de las esferas de influencia. Esto conduce, como es lógico, a la formación de *monopolios internacionales,* que son convenios entre los más importantes monopolistas de distintos países en los que se ponen de acuerdo en cuanto al reparto de mercados, a los precios y al volumen de la producción.

Bajo el capitalismo, el mercado mundial, lo mismo que el interior, es repartido según el "capital" o la "fuerza". Pero la relación de fuerza entre los monopolios cambia sin cesar. Cada monopolio no ceja en la lucha por aumentar su tajada de riquezas mundiales. Los monopolios internacionales son muy inestables, sin que eliminen, ni estén en condiciones de hacerlo, la reñida competencia. Alfred Mond, propietario del Trust Químico Imperial inglés, declaraba sin ambages en 1927: "El cártel o asociación... no es en realidad más que un armisticio en la guerra industrial." La competencia en el mercado mundial conduce en última instancia a la lucha armada entre los países imperialistas, que salen en defensa de "sus" monopolios.

Los monopolios internacionales son una de las formas en que se manifiesta el acercamiento económico de las distintas regiones del globo, acercamiento que viene impuesto por la división del trabajo entre los países. Pero se trata de una forma monstruosa y desproporcionada. El acercamiento se produce mediante la explotación por las potencias imperialistas muy desarrolladas de los países atrasados y de continentes enteros. Esto no puede conducir a la unificación pacífica de todos los países bajo la égida de un trust mundial único. Son demasiado acentuadas las contradicciones que se producen en torno al reparto de las ganancias y es demasiado grande el apetito de los monopolios.

"No cabe duda -escribe V. I. Lenin- de que el desarrollo *tiende* hacia un trust universal único, que absorba a todas las empresas sin excepción y a todos los países. Pero las circunstancias en que esto se produce son tales, el ritmo es tal y tales son las contradicciones, conflictos y conmociones que se originan -no sólo económicos, sino políticos, nacionales, etc.-, que forzosamente, *antes* de que se llegue al trust universal único, a una agrupación "ultra-imperialista" de los capitales financieros nacionales, el imperialismo habrá de reventar y el capitalismo se transformará en su contrario."[133]

Terminación del reparto territorial del mundo y *lucha por un nuevo reparto.*

A la vez que el reparto económico del mundo por las asociaciones de capitalistas de distintos países, y en relación íntima con él, se produce el reparto territorial del mismo entre los Estados imperialistas. Los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX son el momento en que termina ese reparto territorial del mundo entre unas pocas potencias de primer orden.

En el período que va de 1876 a 1914, es decir, en el período en que aparecen, se desarrollan y consolidan los monopolios capitalistas, las colonias de seis grandes potencias (Inglaterra, Rusia, Francia, Alemania, Estados Unidos y Japón) habían aumentado en 25 millones de kilómetros cuadrados, lo que equivalía al 50 por ciento más que el territorio de las metrópolis. Tres de estas potencias -Alemania, Estados Unidos y Japón- en 1876 carecían de colonias en absoluto, y las de Francia eran muy reducidas. En 1914 estas cuatro potencias habían adquirido colonias con una superficie de 14 millones de kilómetros cuadrados, o sea, aproximadamente, el

[132] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 233.

[133] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, págs. 94-95.

50 por ciento más que la extensión de Europa.

De los 133,9 millones de kilómetros cuadrados a que asciende en total la superficie terrestre habitada por el hombre, las seis grandes potencias ocupaban, unidas a sus colonias, 81,5 millones, de los que a los territorios sometidos correspondían 65 millones, casi la mitad. De los 52,4 millones de kilómetros cuadrados restantes, a las semicolonias (China, Persia y Turquía) pertenecían 14,5 millones, y a las colonias de los Estados pequeños (Bélgica, Holanda, etc.) 9,9 millones. Por lo tanto, en 1914, cuando el poder de los monopolios se había consolidado enteramente en los principales países imperialistas, las colonias y semicolonias ocupaban 89,4 millones de kilómetros cuadrados, o, lo que es lo mismo, dos tercios de toda la superficie de la tierra en que vive el hombre.

La división territorial del mundo entre las grandes potencias había terminado. En adelante, únicamente se podían obtener nuevas colonias o esferas de influencia arrebatándoselas a otra potencia. Creció bruscamente la importancia de las colonias para los Estados imperialistas. "La sola posesión de colonias -escribía V. I. Lenin- garantiza por completo el éxito de los monopolios contra todas las eventualidades de la lucha con sus rivales..."[134] Y esto era así por las circunstancias siguientes:

La dominación de los monopolios es más segura cuando todas las fuentes de materias primas se encuentran en unas mismas manos. Al capital financiero le importan no sólo las fuentes ya descubiertas, sino también las que pudieran encontrarse. Las tierras que hoy parecen inútiles pueden rendir un provecho el día de mañana. De ahí la inevitable aspiración del capital financiero a ampliar los territorios sometidos a su control. A la conquista de colonias empujan también los intereses de la exportación de capitales. En el mercado colonial resulta más fácil la eliminación de los rivales. Por si esto fuera poco, en la expansión colonial el capital financiero busca salida a las agudizadas contradicciones de clase. Las colonias, en fin, interesan a las potencias imperialistas por consideraciones estratégicas.

Como resultado de todo esto adviene la época de la lucha por el nuevo reparto del mundo, que ya estaba repartido. Los monopolios, que imperan dentro de cada país, tratan de subordinar y de someter a la explotación más brutal a todos los países restantes.

Dentro del sistema del imperialismo, además de los dos grupos fundamentales de países -poseedores de colonias y colonias- existen también los países dependientes, que en el papel son soberanos, pero que de hecho se hallan envueltos por las redes de la dependencia financiera y diplomática.

Los Estados Unidos, que desde un punto de vista jurídico formal no poseen casi colonias, son hoy día, de hecho, la potencia colonial más poderosa de la tierra. Merced a la colocación de capitales, a la concesión de onerosos créditos y a la firma de desiguales tratados, los monopolios norteamericanos han puesto bajo su control la economía y las riquezas naturales de muchos países del Nuevo Continente. El petróleo venezolano, el cobre chileno, el estaño boliviano, el hierro y el café brasileños son propiedad de los monopolios de Estados Unidos. Iberoamérica es utilizada por ellos como fuente de materiales estratégicos y como territorio para el emplazamiento de bases militares. Los monopolios norteamericanos son dueños, aproximadamente, de dos tercios del petróleo del Oriente Cercano y Medio, donde se encuentran alrededor de dos tercios de todas las reservas de petróleo exploradas del mundo capitalista. Estos monopolios, y en parte los ingleses, obtienen de esa región beneficios fabulosos, dejando a los naturales "la oreja del camello", según el dicho árabe. Los Estados Unidos tienen envueltos en sus redes de dependencia financiera, militar y política a la mayoría de los países del mundo capitalista, amenazando la soberanía no sólo de las naciones atrasadas, sino de las más avanzadas en el desarrollo capitalista.

El carácter desigual, a saltos, del desarrollo de los principales países imperialistas hace que los dominios coloniales de una u otra potencia dejen de corresponder a su potencia económica y militar. En 1914, las colonias de Gran Bretaña representaban un total de 33,5 millones de kilómetros cuadrados, o sea 11,5 veces más que las colonias de Alemania y 112 veces más que las de Estados Unidos. Y eso ocurría en unos momentos en que no sólo Norteamérica, sino también Alemania la habían dejado atrás por su potencia económica. La parte de los Estados Unidos en la producción industrial del mundo era en 1913, aproximadamente, del 36 por ciento, la de Alemania del 16 y la de Inglaterra del 14. A principios de siglo el Japón había dejado también bastante atrás a Inglaterra por el ritmo de incremento de la producción, siendo así que sus colonias no representaban ni la centésima parte de las británicas. Esta disconformidad entre el poderío económico y el ritmo de desarrollo de los distintos países y la distribución de las colonias y esferas de influencia fue una de las causas principales de la primera guerra mundial.

Según señala Lenin, a principios del siglo "el capitalismo se había convertido en un sistema mundial de opresión colonial y financiera de la inmensa mayoría de la población de la tierra por un puñado de países «avanzados»".[135] Al terminar el reparto del mundo quedó estructurado el sistema colonial del imperialismo, que es parte del sistema mundial del capitalismo.

El sistema colonial era uno de los principales

[134] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 247.

[135] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 179.

soportes del imperialismo. Las colonias proporcionaban elevados beneficios, materias primas, mano de obra barata y carne de cañón.

Resultado lógico y natural de la opresión política y financiera a que el imperialismo mundial somete a las colonias y países dependientes es su atraso económico. El yugo de los monopolios hace imposible el desarrollo económico multilateral y completo de las colonias y los países atrasados.

2. El imperialismo como capitalismo parasitario o en putrefacción

Los monopolios conducen inevitablemente a la putrefacción del capitalismo. Todo monopolio, enseñaba Lenin, con la propiedad privada sobre los medios de producción, engendra la *tendencia* al estancamiento y a la putrefacción o parasitismo.[136]

Tendencia a frenar el desarrollo de las fuerzas productivas.

El monopolio es un freno para el desarrollo de las fuerzas productivas y el progreso técnico. "En cuanto se establecen, siquiera sea por algún tiempo, precios monopolistas -escribe V. I. Lenin-, desaparecen hasta cierto grado las causas que impulsaban el progreso técnico, y por consiguiente, cualquier otro progreso o avance; aparece, pues, además, la posibilidad económica de que el progreso técnico se vea retenido artificialmente."[137]

Si los capitalistas implantan nuevos medios técnicos es para obtener superbeneficios. Pero si estos superbeneficios pueden ser obtenidos en virtud de la situación monopolista en el mercado, se comprende que quedará debilitado el estímulo que les movía a las renovaciones técnicas. Bajo el capitalismo premonopolista, el capitalista trataba principalmente de vencer al rival mejorando los métodos de producción, rebajando los gastos de producción y los precios. Para conservar sus posiciones en el mercado, se veía obligado a sustituir el equipo viejo por maquinaria nueva, a perfeccionar la producción. La transformación de la libre competencia en monopolio cambia la situación por completo. Aparecen métodos nuevos, propios del imperialismo, que permiten obtener grandes beneficios. De ordinario, el monopolio conserva y fortalece sus posiciones sin recurrir a la rebaja de precios. La lucha con los rivales se mantiene en el plano de la presión directa y de maquinaciones financieras de todo género (privación de créditos y de materias primas, boicot, etc.).

A menudo, los monopolios limitan artificialmente la producción de determinadas mercancías con objeto de mantener el alto nivel de precios y ganancias. Se comprende que esto represente un obstáculo importante para el progreso técnico. Se opone también a ello el deseo de conservar el equipo viejo, en el que se invirtieron sumas enormes. El progreso técnico no encuentra trabas sólo en el caso de que las economías que representa la introducción de elementos técnicos nuevos sean capaces de cubrir la pérdida que significa la desvalorización de las inversiones viejas, o cuando se trata de nuevas empresas y ramas industriales, en las que las inversiones ya hechas anteriormente son relativamente pequeñas.

Muchos economistas burgueses, que advertían el estancamiento del progreso técnico por la acción de los monopolios, han defendido la vuelta a la época de la libre competencia. V. I. Lenin revela toda la inconsistencia de las esperanzas en un retorno al pasado. "Si hasta los monopolios han empezado ahora a frenar el desarrollo -escribe-, eso no es un argumento en pro de la libre competencia, que es imposible después de que dio a luz al monopolio."[138]

La tendencia del capitalismo monopolista es, pues, a frenar el desarrollo de las fuerzas productivas. Esta tendencia la vemos, ante todo, en la directa oposición de los monopolios al progreso técnico. También se manifiesta en el ahondamiento de la separación que existe entre las posibilidades de la ciencia y la técnica y el grado en que estas posibilidades son aprovechadas, o en el desigual avance de la técnica según los distintos países y sectores de la economía.

Esta tendencia se manifiesta, en fin, en la circunstancia de que en la época del imperialismo los hombres -la principal fuerza productiva- se ven apartados cada vez más de un trabajo socialmente útil, de la creación de bienes materiales. Crece la desocupación y las empresas no trabajan a toda su potencia. Crece el número de obreros y empleados que no crean bienes materiales, de quienes son ocupados en la esfera de la circulación, en la administración pública, en el ejército, como criados, etc.

Eso no quiere decir que dentro del imperialismo cese el desarrollo de las fuerzas productivas. El monopolio no puede eliminar por completo y por un largo tiempo a la competencia. El progreso técnico le permite alcanzar grandes descensos en los gastos de producción. Mediante cierta rebaja del precio de venta se consigue desplazar a los rivales. Impidiendo que éstos puedan utilizar los avances técnicos, los nuevos métodos de producción, el monopolio puede obtener elevados beneficios aun con precios algo menores.

Los monopolios capitalistas se hallan en condiciones infinitamente mejores para la utilización de los adelantos técnicos y científicos que las empresas de menor calibre, sin hablar ya de las pequeñas y medias. Sabemos, por ejemplo, que los

[136] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, págs. 262-263; t. XXIII, pág. 95.
[137] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 263.
[138] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 276.

trabajos de investigación científica en distintos sectores de la economía corren casi por completo a cargo de las grandes compañías. Salvo raras excepciones, las empresas pequeñas no disponen de recursos financieros como para sostener organizaciones de investigación por su cuenta. Los inventos y perfeccionamientos de la técnica se convierten así en propiedad exclusiva de los monopolios.

Por lo tanto, la tendencia a frenar el progreso técnico no excluye en modo algunos períodos de rápido perfeccionamiento de la técnica y de desarrollo de las fuerzas productivas.

"Sería erróneo pensar -escribe Lenin- que esta tendencia a la podredumbre excluye el rápido incremento del capitalismo; no, determinadas ramas de la industria, determinadas capas de la burguesía y determinados países manifiestan en la época del imperialismo, con mayor o menor fuerza, ya la una, ya la otra de estas tendencias."[139]

Crecimiento de la capa de rentistas.

El parasitismo de la época imperialista encuentra una manifestación bien clara en el crecimiento de la capa de los rentistas, personas que poseen títulos (acciones, obligaciones) y que viven del "corte de cupones". El desarrollo de las compañías anónimas aparta a la inmensa mayoría de los capitalistas de las funciones directoras de la producción.

La oligarquía financiera, que mantiene en su poder las posiciones clave de la economía en los países capitalistas, no suele dirigir directamente los cientos y miles de compañías industriales, bancos, ferrocarriles y demás empresas colocadas bajo su control. La "actividad" de los grupos financieros se reduce cada vez más a la ampliación de su campo de acción mediante la adquisición de paquetes de control de nuevas y nuevas compañías, y a toda clase de maquinaciones financieras. La dirección directa de las empresas va pasando a manos de gerentes asalariados.

También crece la capa de personas dedicadas a satisfacer los caprichos parasitarios de los explotadores. Se incrementan la administración pública, la policía y el ejército, que se encuentran subordinados a los monopolios.

Los distintos países imperialistas se van convirtiendo en Estados rentistas. Ello es consecuencia del aumento de la exportación de capitales, que permite a los países acreedores obtener enormes beneficios de los países deudores. Los ingresos procedentes de los capitales invertidos en el extranjero por Inglaterra en vísperas de la primera guerra mundial eran cinco veces superiores a los que entonces procuraba el comercio exterior al país más comercial del mundo. Actualmente el país de mayor comercio del mundo capitalista es Norteamérica. Y sin embargo, lo decisivo en la expansión económica de los Estados Unidos al exterior no es la exportación de mercancías, sino la de capitales. Los Estados Unidos de América son el más importante acreedor mundial.

La reacción política.

El capitalismo venció al feudalismo bajo las banderas de la libertad, la igualdad y la fraternidad. La democracia burguesa satisfacía al capitalismo premonopolista como forma de dominación política. La situación ha cambiado al advenir el imperialismo. La formación de los monopolios significaba el paso de la libre competencia a las relaciones de dominación y de violencia que la propia dominación lleva consigo. Los monopolios se hicieron los dueños de la vida económica. Pero una vez se sienten los amos de la economía, aspiran a extender su imperio al campo de la política, a poner a su servicio el aparato del Estado burgués. Y cuando tienen el poder en sus manos, lo más frecuente es que prescindan de los métodos de la democracia burguesa y que recurran a la reacción política, en la que se manifiesta claramente la putrefacción del capitalismo. Paralelamente, el viraje hacia la reacción política es consecuencia de la podredumbre a que ha llegado el capitalismo, de que el modo capitalista de producción ha dejado de desarrollarse por línea ascendente y de que en la época del imperialismo las relaciones capitalistas se han convertido en un freno que impide el desarrollo de las fuerzas productivas.

Un ejemplo característico de la reacción política es el fascismo, que significa la dictadura terrorista de la burguesía monopolista y de los terratenientes. El fascismo equivale a la represión brutal del movimiento obrero y campesino, a la persecución implacable de los partidos proletarios, de otros partidos democráticos y de las organizaciones sociales, a la militarización del país y al paso a la política de aventuras bélicas. En vísperas de la segunda guerra mundial habían entrado por la ruta del fascismo Alemania, Italia, Japón, España, Portugal y otros países. Después de la contienda se han puesto de relieve tendencias de este tipo en los Estados Unidos de América, República Federal Alemana, Francia y algún otro lugar.

Signos del avance del imperialismo por la vía reaccionaria son la militarización de la vida económica y política, el incremento de la influencia de la Iglesia (particularmente de la católica) y el racismo.

La reacción política es consecuencia de la agudización de todas las contradicciones capitalistas que se produce en la época del imperialismo. A su vez, agrava aún más esas contradicciones. Los monopolios tratan de despojar a los trabajadores de todas las conquistas democráticas. Esto trae consigo la enérgica resistencia de las masas. De ahí que la

[139] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 286.

época del imperialismo se caracterice por el incremento dentro de las masas de sus aspiraciones democráticas. En la arena política de los países capitalistas los trabajadores actúan en defensa de la democracia política y contra la reacción encarnada en el poder y en la política de los monopolios.

La "aristocracia obrera".

Una característica de la podredumbre del capitalismo es el sistemático soborno por la burguesía monopolista de determinados grupos de obreros. Los imperialistas tienen interés en mantener entre los obreros una capa privilegiada y separarla de la gran masa del proletariado. El fenómeno en sí no es nada nuevo. El soborno de individuos y grupos del proletariado como método de lucha contra el movimiento obrero se practica desde que el capitalismo existe. Ahora bien, en determinadas condiciones aparece la base económica para crear toda una capa privilegiada en la clase obrera, lo que se conoce con el nombre de "aristocracia obrera". Apareció primeramente en Inglaterra, en el período del capitalismo premonopolista. Inglaterra, a diferencia de otros países, a mediados del siglo XIX presentaba ya dos rasgos del imperialismo: el monopolio colonial y la explotación de otras naciones en virtud de su situación predominante en el mercado mundial. Esto proporcionaba a la burguesía inglesa superbeneficios, parte de los cuales servía para sobornar a la capa superior de la clase obrera. Es así como se formó la "aristocracia obrera", que la burguesía trataba de oponer a la gran masa de los proletarios, aprovechándola como un apoyo político en el seno de los trabajadores.

La dominación de los monopolios, la exportación de capitales a los países atrasados y la política colonial han conducido a la aparición de una "aristocracia obrera" en todas las potencias imperialistas. Las formas de soborno son muy variadas: aumento de salario a determinados grupos de la clase obrera, concesión de ventajosos cargos públicos a líderes venales del movimiento obrero, subsidios directos a las organizaciones reformistas, etc.

La "aristocracia obrera" es la base social del oportunismo en el movimiento obrero. Este significa la acomodación del movimiento obrero a los intereses de la burguesía, la tendencia a la colaboración con la burguesía y a la escisión del movimiento obrero. Los oportunistas tratan de apartar a los obreros de la lucha de clases mediante sus prédicas en favor de la unidad de los intereses de clase del proletariado y la burguesía, y de la posibilidad de "mejorar" el capitalismo a través de reformas. Los oportunistas son agentes de la burguesía en el movimiento obrero.

Pero el oportunismo dentro del movimiento obrero no puede detener indefinidamente el incremento de la conciencia de clase del proletariado ni la lucha de clase que éste mantiene, "pues los trusts, la oligarquía financiera, la carestía de la vida y demás -escribe V. I. Lenin-, que *permiten* sobornar a un puñado de dirigentes, aplastan, oprimen, arruinan y torturan a la *masa* de los proletarios y semiproletarios".[140]

3. El imperialismo como capitalismo agonizante

El capitalismo monopolista y parasitario es también un capitalismo *agonizante.*

V. I. Lenin escribía: "Se comprende por qué el imperialismo es el capitalismo *agonizante,* que *pasa* al socialismo: el monopolio, nacido *del* capitalismo, es *ya* la extinción del capitalismo, el comienzo de su paso al socialismo."[141]

Junto a la creación de las premisas materiales para el socialismo, Lenin veía una característica del imperialismo como capitalismo agonizante en la circunstancia de que también crea las premisas políticas para el socialismo, al llevar hasta sus límites extremos todas las contradicciones del capitalismo. Con esto señalaba Lenin toda la inconsistencia de las esperanzas que los oportunistas cifran tanto en la "evolución" del capitalismo hasta el socialismo como en su "hundimiento automático". El imperialismo caerá bajo el peso de sus propios crímenes. Pondrán fin a él las masas trabajadoras al levantarse a la lucha por el triunfo de la revolución socialista. V. I. Lenin, apoyándose en datos científicos, llega a la conclusión de que el imperialismo equivale a *las vísperas de la revolución socialista.*

Creación de las premisas materiales del socialismo.

En el período del imperialismo se van formando las premisas materiales para el paso a una formación político-social más elevada, como es el socialismo. "Cuando la gran empresa se convierte en gigantesca -escribe Lenin- y según un plan, a base del cálculo exacto de gran número de datos, organiza el envío de la primera materia inicial en proporciones de ⅔ ó ¾ de todo lo necesario para decenas de millones de personas; cuando organiza sistemáticamente el transporte de esta materia prima a los puntos más apropiados para la producción, separados a veces entre sí por cientos de miles de kms.; cuando desde un centro se dispone acerca de todas las fases de la ulterior elaboración del material hasta la obtención de una serie de productos; cuando la distribución de estos productos se lleva a cabo según un plan entre decenas y cientos de millones de consumidores (venta de querosén en América y Alemania por el «Trust del Petróleo» norteamericano), entonces se hace evidente que ante nosotros tenemos una

[140] V. I. Lenin, *Obras,* ed, cit., t. XXIII, pág. 105.
[141] V. I. Lenin, *Obras,* ed, cit., t. XXIII, pág. 96.

socialización de la producción, y en modo alguno un simple «entrelazamiento»; que las relaciones privadas, económicas y de propiedad, son una envoltura que no corresponde ya al contenido, que ha de pudrirse inevitablemente si artificialmente se dilata su eliminación, que puede permanecer en estado de putrefacción un tiempo relativamente largo, pero que inevitablemente será eliminada."[142]

La gigantesca socialización de la producción en el período del imperialismo significa la creación de premisas materiales del socialismo.

No hay que confundir, sin embargo, las premisas materiales del socialismo con el propio socialismo. Este es posible sólo como resultado de la conquista del poder político por la clase obrera y de la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción, que son convertidos en propiedad social. La sustitución del capitalismo por el socialismo es imposible a través de un proceso puramente evolutivo. Ha de pasar por la revolución, es un salto revolucionario para el que no bastan las premisas materiales, sino que se requiere también toda una serie de condiciones objetivas y subjetivas.

Agudización de las contradicciones capitalistas.

El imperialismo es también el capitalismo agonizante porque agudiza hasta el máximo todas las contradicciones del capitalismo.

Se agudiza ante todo la contradicción fundamental del capitalismo, la que existe entre el carácter social de la producción y la forma privada capitalista de la apropiación. La concentración de la producción y el incremento de los monopolios significan un nuevo avance en el desarrollo del carácter social que la producción presenta. La apropiación, empero, sigue siendo privada. Con los progresos del capitalismo monopolista, la contradicción fundamental del capitalismo se hace cada vez más honda.

Esto lleva a que se acentúen todas las contradicciones del capitalismo, las más importantes de las cuales son: la que existe entre el capital y el trabajo; la que hay entre los pueblos oprimidos de los países dependientes y las potencias imperialistas que los explotan, y la que se produce entre las propias potencias imperialistas.

La agudización de las contradicciones aproxima la revolución socialista y el fin del imperialismo.

Ley del desarrollo desigual en la política y *en la economía.*

Bajo el capitalismo es imposible el desarrollo regular de las empresas, los sectores de la economía y los países. La propiedad privada sobre los medios de producción, la anarquía de la producción y la competencia hacen inevitable el desarrollo irregular de la economía capitalista: hay empresas, sectores y países que se quedan atrás, mientras que otros saltan adelante. En la época de la libre competencia, cuando no había monopolios, el capitalismo seguía una marcha relativamente suave. Para que un país adelantase a otro se necesitaba largo tiempo. Existían aún enormes territorios libres que podían ser convertidos en colonias. El incremento del poderío económico iba acompañado de la conquista de estas tierras no ocupadas aún por las potencias capitalistas, que en este período no llegaban hasta los grandes choques militares. La acción de la ley del desarrollo desigual, propia del capitalismo, no conducía a guerras mundiales. Era el tiempo del desarrollo relativamente pacífico del capitalismo.

Hicieron falta muchos decenios para que Inglaterra conquistase la primacía industrial, desplazase a sus competidores -Holanda, y luego Francia- y se consolidase como primera potencia del globo. A mediados del siglo XIX era el "taller de todo el mundo", la que proporcionaba artículos industriales a todos los países a cambio de materias primas y comestibles. En 1850 la parte de los Estados Unidos en la producción industrial del mundo era del 15 por ciento, mientras que la de Inglaterra ascendía al 39. En cuanto a Alemania, hasta 1875, aproximadamente, no admitía siquiera el parangón con Inglaterra en este terreno.

Al pasar al imperialismo, todo cambió por completo. En el último cuarto del siglo XIX el monopolio británico sufrió rudos golpes, sobre todo por el rápido progreso de países capitalistas como Estados Unidos, Alemania y, más tarde, el Japón. El desarrollo de Inglaterra y Francia se hace más lento a partir de 1870: entre este año y 1913 toda al industria mundial se hizo casi cuatro veces mayor, siendo el aumento en los Estados Unidos de nueve veces, en Alemania casi de seis, en Francia de tres y en Inglaterra sólo de 2,25 veces. En vísperas de la primera guerra mundial Alemania había aventajado por el volumen de su producción industrial a Inglaterra y Francia. La parte de Norteamérica en la producción industrial del mundo era superior a la de Inglaterra y Alemania juntas.

Tan vertiginoso desplazamiento de unos países por otros a fines del siglo XIX y comienzos del XX se hizo posible por el inusitado progreso de la técnica y por el incremento en la concentración de la producción y del capital, es decir, por la aparición de los monopolios. Los países que entran más tarde en la vía del desarrollo capitalista aprovechan los resultados ya presentes del progreso técnico y despliegan más deprisa nuevas ramas de la industria. Al mismo tiempo, en los países del capitalismo "viejo" empiezan a manifestarse antes tendencias hacia la putrefacción, que frenan el desarrollo de las fuerzas productivas. El resultado de todo esto es el avance a saltos de unos países y la detención de otros. La vieja distribución de las colonias y esferas de influencia deja de guardar correspondencia con la

[142] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII. págs. 288-289.

nueva relación de fuerzas. Los países que se colocan por delante entran en la vía de la lucha armada por una redistribución del mundo ya repartido, por la conquista de colonias. Eso acentúa extraordinariamente las contradicciones entre los países imperialistas, debilita el frente del imperialismo y conduce a la aparición en él de eslabones débiles.

Esta desigualdad en el desarrollo económico en la época del imperialismo va unida a la desigualdad de desarrollo en el plano político, es decir, a la desigual maduración en el tiempo de las premisas políticas para el triunfo de la revolución socialista. Según decía Lenin, "la revolución proletaria crece en todos los países desigualmente, puesto que los diversos países se encuentran en condiciones distintas en cuanto a la vida política, y en un país el proletariado es demasiado débil, mientras que en otro es más fuerte. Si en un país el grupo superior del proletariado es débil, en otros ocurre que, de momento, la burguesía logra escindir a los obreros, como ha ocurrido en Inglaterra y Francia. Y de ahí que la revolución proletaria se desarrolle desigualmente..."[143]

El análisis de las modificaciones producidas en cuanto al carácter de la acción de la ley del desarrollo desigual de los países capitalistas en la época del imperialismo llevó a Lenin a la conclusión de que es imposible el triunfo simultáneo de la revolución en todos los países y que, al contrario, es posible su triunfo, primeramente, en unos cuantos países e incluso en uno solo. Esto era una nueva teoría de la revolución socialista. El estudio del capitalismo premonopolista había llevado a Marx y Engels a la afirmación de que la revolución proletaria sólo podría triunfar cuando se produjese simultáneamente en todos o en los principales países capitalistas. La situación ha cambiado al pasar al imperialismo. El incremento de las contradicciones imperialistas y las diferencias en el tiempo en cuanto al proceso de maduración de la revolución en los diversos países hacen posible que la cadena del imperialismo sea rota en un principio por su eslabón más débil.

La vida ha venido a confirmar plenamente la teoría leninista de la revolución socialista.

4. Comienzo de la crisis general del capitalismo

En la fase del imperialismo, el capitalismo entra inevitablemente en la época de su crisis general. ¿Qué entendemos por "crisis general del capitalismo"?

Según queda dicho en el capítulo VIII, el capitalismo atraviesa por crisis periódicas, que en él son un vicio orgánico innato. La crisis general se diferencia de estas otras en que se trata de un fenómeno que abarca a todos los aspectos del capitalismo como sistema social. Es un estado permanente que se caracteriza por la desintegración progresiva del capitalismo, por la debilitación de todas sus fuerzas internas: económicas, políticas e ideológicas. La crisis general no es un fenómeno ocasional, no es un zigzag de la historia, no es fruto de determinados errores de los líderes burgueses, sino un estado inevitable y regular del capitalismo en la época de su decadencia y descomposición. Al ser afectado por la crisis general, este sistema no puede seguir manteniendo bajo su dominación a los pueblos, que uno tras otro se emancipan del yugo del capital y pasan a la vía del socialismo. Por eso, la época de la crisis general significa el hundimiento del capitalismo y el paso al socialismo; es la época de las revoluciones socialistas y de los movimientos de liberación nacional contra el imperialismo.

Los ideólogos del imperialismo piensan que si se consiguiera impedir el triunfo de las revoluciones socialistas y aplastar el movimiento comunista, el capitalismo se mantendría estable e inconmovible, como único sistema social que ellos pueden concebir. No advierten que las dificultades del capitalismo derivan principalmente de la acción de fuerzas que se hallan fuera del sistema capitalista. Incluso aquellos que admiten el hecho de la crisis general de este sistema, la atribuyen a la presencia del sistema socialista y a los manejos de los comunistas, que tratan de derribar el capitalismo. El movimiento comunista, que es producto regular y lógico del desarrollo de la lucha de clases, lo ven como algo inspirado desde fuera y organizado por lo que llaman "agentes extranjeros". Mas la crisis general del capitalismo se debe a la agudización de las contradicciones *internas* del propio imperialismo. Dicha crisis se ahonda y cobra virulencia, sobre todo, bajo la acción de los antagonismos que corroen a la sociedad capitalista. Las condiciones exteriores -existencia y robustecimiento del sistema socialista- contribuyen a que estos antagonismos aceleren su proceso de maduración, pero no son las causas esenciales.

La crisis general del capitalismo era ya imposible evitarla después de que los países imperialistas desencadenaron una guerra mundial, con su secuela de conmociones catastróficas de las que el capitalismo ya no se podía reponer. La primera guerra mundial dio un poderoso impulso a todos los procesos internos que arrastraban a la crisis general al capitalismo. Esta guerra aceleró el proceso de conversión del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado[144] y de maduración de la revolución socialista. Al triunfar la primera de estas revoluciones -la Gran Revolución Socialista de Octubre en Rusia- la crisis avanzó ya incontenniblemente.

El capitalismo dejó de ser el único sistema económico-social que existe en el mundo. En una

[143] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVIII, págs. 99-100.

[144] Acerca de ello, véase el capítulo X.

sexta parte del globo se inició la transición al socialismo. La lucha del capitalismo y el socialismo se convirtió en el factor más importante de la historia mundial.

Las condiciones de existencia del imperialismo sufrieron cambios trascendentales. Primeramente, se tropezó con nuevas y graves dificultades económicas. El desprendimiento del sistema capitalista de un país tan enorme como Rusia, la lucha de liberación nacional en una serie de colonias, el incremento de la opresión de los monopolios y el empeoramiento de la situación material de los trabajadores, de él derivado, hicieron más agudo aún el problema de los mercados.

La relativa estrechez del mercado, si lo comparamos con el incremento de las instalaciones fabriles, hizo que entre las dos guerras mundiales adquirieran caracteres crónicos la explotación de las empresas por debajo de su potencia y la desocupación en masa. Sufrió un brusco descenso el ritmo de desarrollo de las fuerzas productivas. La putrefacción y el parasitismo del capitalismo adquirieron singular relieve en los terrenos más diversos.

El comienzo de la crisis general puso ya de manifiesto la considerable debilitación política del imperialismo, lo cual se advertía particularmente en el vertiginoso auge que en los países capitalistas adquirió la lucha revolucionaria de la clase obrera. La Revolución de Octubre en Rusia fue seguida por una ola de levantamientos revolucionarios de los trabajadores en muchos países de Europa (Alemania, Austria, Hungría, Finlandia, Bulgaria). Si bien la burguesía consiguió aplastarlos ferozmente, elevaron el movimiento obrero a un nuevo nivel. Las huelgas alcanzaron proporciones verdaderamente enormes.

La debilitación política del capitalismo ha agudizado todavía más intensamente el carácter reaccionario de la burguesía imperialista. El imperialismo, llegado a la época de su crisis general, recurre más y más, y en escala cada vez mayor, a los métodos más extremos en la represión terrorista de que hace objeto a los trabajadores. En algunos países esto halló expresión en la implantación del régimen fascista, que por su crueldad y ferocidad ha superado todo cuanto se conocía hasta la fecha.

El comienzo de la crisis general se significó por un aumento de la agresividad del imperialismo y una mayor agudización de las contradicciones entre las potencias imperialistas, así como entre el puñado de magnates de los monopolios y el resto del mundo. Apenas había salido de la guerra que lo puso ante su crisis general, el imperialismo se lanzó atropelladamente a nuevas aventuras: a la intervención contra la Rusia soviética, a las sangrientas campañas contra los pueblos de los países coloniales y a guerras civiles contra sus propios pueblos. El desigual desarrollo de los países imperialistas, todavía más acusado, daba mayor virulencia a la lucha por las fuentes de materias primas y por los mercados de venta. Al incremento del militarismo contribuían las dificultades económicas de la burguesía imperialista, que en países como Alemania y el Japón trataba de encontrar salida a la crisis mediante la militarización de la economía. La preparación de nuevas guerras se convirtió en la tarea principal de los magnates de los monopolios y de sus fieles políticos burgueses.

Los cambios económicos y políticos impuestos por el comienzo de la crisis general del capitalismo redujeron aún más el prestigio de este sistema social ante los ojos de las grandes masas. El único resultado de todo esto fue la *debilitación ideológica del capitalismo,* a lo cual contribuyeron también los cambios sufridos por las propias concepciones de la burguesía. Como un reflejo de la situación de esta clase que agoniza en la palestra histórica, se generalizan en su seno las ideas decadentistas y el pesimismo. En la ideología del imperialismo se dibuja netamente el viraje hacia la reacción extrema, hacia las concepciones antihumanas, y a la vuelta al oscurantismo del medievo; todo esto toma cuerpo especialmente en el arsenal "ideológico" del fascismo. Y ello, a su vez, debilita aún más el poder de atracción de las ideas burguesas entre las masas.

La crisis general del capitalismo avanza, pues, en todas las direcciones.

Y los grupos más agresivos de la burguesía monopolista tratan de superar la crisis con el empleo de la fuerza bruta, con lo que se aboca a una nueva guerra mundial.

Capitulo X. El imperialismo en la etapa actual

La segunda guerra mundial trajo consecuencias muy distintas para los diversos países imperialistas que tomaron parte en ella: unos quedaron vencedores y otros fueron vencidos, unos salieron de la contienda fortalecidos y otros debilitados. Pero si tomamos el sistema imperialista en su conjunto, la guerra significó una grave derrota. No sólo resultó incapaz de sacar al capitalismo de la crisis general que lo aquejaba, sino que la agudizó y profundizó extraordinariamente, inaugurando una nueva etapa en su desarrollo.

1. Nueva etapa de la crisis general del capitalismo

¿Cuáles son las características más acusadas de la nueva etapa en la crisis general del capitalismo?

Primera, la sensible modificación de la relación de fuerzas entre el sistema del socialismo y el sistema del imperialismo, principalmente por haberse desprendido del capitalismo una serie de países de Europa y Asia, con la transformación del socialismo en un sistema mundial.

Segunda, la acentuada disgregación del sistema colonial del imperialismo y la agudización de las

contradicciones entre las potencias imperialistas y las colonias, semicolonias y antiguas colonias.

Tercera, la aparición de nuevas contradicciones en el seno del campo imperialista, sobre todo entre los Estados Unidos y otros países capitalistas desarrollados, al incrementarse la expansión del imperialismo norteamericano y como consecuencia de sus aspiraciones a dominar el mundo.

Cuarta, la profundización y ampliación de los antagonismos de clases en los países donde el capitalismo está desarrollado.

En el período comprendido entre las dos guerras mundiales el sistema social socialista estaba representado por un solo país en el que vivía alrededor del ocho por ciento de la población de la tierra y que, como una fortaleza asediada, hallábase rodeado por potencias capitalistas enemigas.

Después de la segunda guerra mundial, con el triunfo de las revoluciones populares democráticas, se incorporaron al socialismo nuevos países de Europa y Asia, y entre ellos uno tan enorme como es China. Hoy día el campo socialista abarca al 35 por ciento de la población del globo, o lo que es lo mismo, alrededor de 1.000 millones de personas.

La desintegración del sistema colonial, que ha escapado al control directo de los imperialistas, ha significado la emancipación de países con una población superior a 1.200 millones de almas. Decenas de colonias y países dependientes han adquirido su independencia nacional. En las colonias, protectorados y territorios sujetos a fideicomiso, donde aún impera en absoluto la ley de los magnates imperialistas, viven ahora poco más de 150 millones de personas.

Después de la segunda guerra mundial la expansión imperialista ha experimentado grandes reducciones. El campo imperialista propiamente dicho, que hasta hace poco tenía bajo su planta a las cinco sextas partes del globo, abarca ahora a países con una población de unos 500 millones de habitantes.

Así, pues, en estos momentos se ve aún más claro que la crisis general del capitalismo es ante todo la crisis del sistema imperialista, de cuya férula se van escapando nuevos y nuevos países.

Los países socialistas han formado un poderoso campo que dispone de todo lo necesario para defenderse de las maniobras agresivas de la relación imperialista, y también para ayudar a la rápida expansión económica, social y cultural de otros pueblos que se han emancipado del yugo de los imperialistas.

Los imperialistas no se conforman con estos cambios históricos. No había terminado casi la guerra cuando ya empezaban una febril carrera de armamentos con objeto de preparar una nueva contienda mundial y desencadenaban la "guerra fría" contra los países del socialismo. La nueva etapa de la crisis general del capitalismo significa el incremento de la agresividad del imperialismo y la agudización del peligro de una nueva guerra, que se cierne sobre el mundo.

En estas condiciones de acentuación de la crisis general del capitalismo, la desigualdad de su desarrollo adquiere formas nuevas todavía más agudas. La segunda guerra mundial ha trastrocado por completo la anterior relación de fuerzas entre las potencias capitalistas. Las posiciones de los países vencidos (Alemania, Japón, Italia) sufrieron gravísimos quebrantos. También salieron bastante debilitadas algunas de las potencias vencedoras (Inglaterra, Francia). Los Estados Unidos, por el contrario, robustecieron sus posiciones y pasaron a ocupar una situación de preponderancia en el mundo capitalista. Sus monopolios se orientaron hacia una intensa expansión económica y política dondequiera que no hallaban una enérgica resistencia. Los Estados Unidos tratan de subordinar a los viejos países capitalistas, sin que se salven de estos propósitos ni sus aliados imperialistas.

Las crecientes dificultades económicas del sistema imperialista, unidas a numerosos factores de orden político a los que nos referiremos más adelante, han provocado una nueva agudización de los antagonismos de clase en los países donde imperan los monopolios. La base social del predominio de la burguesía monopolista se ha estrechado. La lucha de clases de los trabajadores contra los imperialistas se ha hecho más enérgica y organizada, y también ha ganado en extensión.

La base de todas estas contradicciones del imperialismo contemporáneo es la acentuación de la contradicción fundamental del sistema capitalista: la que existe entre el carácter social de la producción y el carácter privado de la apropiación. La reducción de la esfera de la explotación imperialista, la agudización de los antagonismos de clase y de las contradicciones entre las potencias imperialistas representan nuevas dificultades para el ulterior desarrollo de las fuerzas productivas en unas condiciones en que se mantienen en pie la propiedad privada y la anarquía de la producción. El incremento de las fuerzas productivas exige cada vez más imperiosamente su liberación de los grillos de la propiedad capitalista que las mantienen sujetas. En estos momentos, cuando tanto se han acentuado y profundizado las contradicciones características de la actual etapa de la crisis general del capitalismo, los monopolios no son capaces ya de asegurar su dominación con los recursos de antes. Y de ahí el brusco viraje que se ha dado hacia formas nuevas, del monopolio de Estado, que ha adoptado el capital.

2. El capitalismo monopolista de estado

Transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado.

La transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado significa la fusión de las fuerzas de los monopolios capitalistas y del Estado, pero de tal manera que éste se encuentre subordinado a los grandes monopolios capitalistas. Desde la segunda guerra mundial el capitalismo monopolista de Estado ha conseguido afirmarse en los principales países imperialistas y, en una u otra medida, ha echado raíces en todos los países capitalistas desarrollados.

Se comprende que el capitalismo monopolista de Estado no puede abarcar ni reestructurar en ningún país todos los eslabones de su economía. Junto a él, como antes ocurría también con el capitalismo monopolista, continúan existiendo las empresas no monopolistas, medias y pequeñas, se conserva en volumen mayor o menor la pequeña burguesía de la ciudad y el campo, y en ocasiones se mantienen hasta formas precapitalistas de explotación. Pero el incremento del capitalismo monopolista de Estado es un fenómeno nuevo y de singular importancia del capitalismo contemporáneo a cuyo estudio se debe prestar particular atención.

El desarrollo del capitalismo monopolista de Estado es un proceso complejo que presenta numerosas facetas y que abarca por igual a la economía y a la política.

Los monopolios, que a principios del siglo pasaron a ser la fuerza económica preponderante, hacían desde sus primeros pasos buenos negocios con los pedidos del Estado y, movidos por sus intereses egoístas, imponían modificaciones en la legislación arancelaria, en los créditos públicos, en el sistema de subsidios y de privilegios fiscales, etc. Sin embargo, antes de que el capitalismo entrase en el período de su crisis general, la reproducción ampliada del capital se realizaba por los monopolios, de ordinario, sin la mediación o intervención directa del Estado. El sistema capitalista en su conjunto era aún lo bastante estable como para no necesitar la ayuda de los poderes públicos.

La situación cambió al entrar el capitalismo en la época de su crisis general. Conmociones tan violentas para el sistema capitalista como las guerras mundiales y las crisis económicas y políticas han hecho ver a los monopolios que con los viejos métodos no podían seguir imponiendo su voluntad como antes. Para asegurar el funcionamiento de la máquina industrial, financiera y comercial de las corporaciones capitalistas era necesario unir su poderío a la enorme fuerza que el Estado representa.

Los primeros pasos del capitalismo monopolista de Estado se dan en 1914-1918, durante la primera guerra mundial. Según Lenin, esto se produjo bajo la presión de circunstancias provocadas por la contienda. Donde más se avanzó entonces en este sentido fue en Alemania. Pero Lenin no consideraba como fenómenos pasajeros, propios y exclusivos de la guerra, las medidas relacionadas con la aparición de los monopolios capitalistas de Estado. Veía en ello un proceso regular, históricamente inevitable, que la guerra no había hecho más que acelerar. Entonces mismo, en 1917, expuso esta característica del imperialismo, señalando que éste no es sólo la época de los monopolios gigantescos, sino también "la época de la transformación del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado... "[145]

Un factor importante en el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado fue la crisis económica mundial de 1929-1933, que tan grave quebranto significó para la economía capitalista del mundo entero. La crisis se produjo en unos momentos en que la Unión Soviética llevaba adelante con éxito su primer plan quinquenal, que demostraba las formidables ventajas de la economía planificada socialista. Para salvar a los grandes monopolios de la crisis, los Estados recurrieron a diversas medidas que fueron presentadas como un acertado intento de "regular" la economía capitalista y de introducir en ella los principios de la "planificación". Desde entonces, este sistema de medidas monopolistas de Estado ha pasado a ser parte integrante de la Administración en los países imperialistas. Las funciones de protección de los grandes capitalistas ante la amenaza de nuevas crisis corren a cargo del Estado y se ven avaladas en el plano legislativo.

El pretexto de combatir las crisis y de "planificar" la economía ha abierto al capital monopolista nuevas fuentes de enriquecimiento a expensas de la Hacienda pública. Con la etiqueta de "obras públicas", el Estado construye carreteras para rebajar los gastos de transporte de los monopolios, o levanta centrales eléctricas, para que puedan disponer de energía a bajo precio. Con la excusa de eliminar los "excedentes" de la producción, el Estado compra a los monopolios las mercancías que no encuentran salida y las almacena o destruye simplemente. También concede a los monopolios créditos y subsidios para la venta en el mercado exterior de esas mercancías a precios de dumping, artificialmente reducidos. No hará falta demostrar que estas medidas lo único que hacen es incrementar el parasitismo del capital monopolista.

La fusión del poder de la oligarquía financiera y del Estado se llevó en la Alemania fascista hasta sus últimos extremos. Todo gran capitalista era en su empresa representante del poder público. Los organismos del Estado, en el que había delegados del gran capital, ejercían la dirección de sectores enteros de la economía. Repartían los pedidos entre los consorcios, establecían los precios y distribuían las materias primas. El Estado se convirtió en un instrumento que ayudaba a impulsar la centralización del capital. Dictáronse leyes suprimiendo todas las

[145] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXV, pág. 382.

pequeñas sociedades anónimas e incorporándolas a los grandes consorcios. El Estado fascista reprimió ferozmente la resistencia de los obreros a los monopolios y disolvió los sindicatos y los partidos políticos de la clase obrera. El capitalismo monopolista de Estado tuvo ocasión de mostrar su verdadera faz de fiera repugnante.

La segunda guerra mundial ha acelerado aún más en los países imperialistas la conversión del capital monopolista en monopolista de Estado. Las estrechas conexiones establecidas en aquellos años entre los todopoderosos monopolios y el Estado no se aflojaron al volver a los tiempos de paz, habiéndose convertido en el esqueleto de la nueva estructura monopolista de Estado. El aparato de movilización militar de la economía se ha incorporado definitivamente a la máquina estatal. Como consecuencia de las guerras mundiales, las posiciones clave de la economía dentro de los Estados imperialistas han sido ocupadas por los consorcios de producción de material bélico, interesados especialmente en todas las medidas que puedan fomentar el monopolismo de Estado.

Con objeto de tener en sus manos de manera más completa los resortes del poder, los magnates del capital financiero se convierten en ministros, directores de los departamentos más importantes, embajadores y altos funcionarios. Hasta tal punto se entrelazan el aparato del Estado y los monopolios, que a menudo cuesta trabajo trazar la línea divisoria entre ellos.

Lenin indicaba que los monopolios no eliminan la competencia, limitándose a darle otra forma. Entre los nuevos métodos que esta lucha adopta, el principal es el de la violencia económica y política -sin excluir a veces la física-, la eliminación del adversario a toda costa y sin desdeñar ningún medio. El capitalismo monopolista de Estado restringe aún más el campo de la libre competencia. Esta adopta una nueva forma: la lucha de gigantescos monopolios que se disputan el privilegio de manejar a su arbitrio los fondos públicos y de ejercer su control sobre los distintos escalones de la máquina administrativa. No en vano señalaba Lenin que el capitalismo monopolista de Estado es la malversación de fondos legalizada.

Mecanismo del actual capitalismo monopolista de Estado.

La esencia del capitalismo monopolista de Estado es, según queda dicho, la unión directa del dominio de los monopolios capitalistas con la gigantesca fuerza del poder público. y en este maridaje el Estado no ocupa una situación independiente, sino subordinada.

El Estado, en interés de los monopolios, trata de regular hasta cierto punto la economía capitalista. A este objeto amplía desmesuradamente sus presupuestos, con objeto de crear un mercado privilegiado y garantizado en interés de las corporaciones y de utilizarlo como amortiguador de las conmociones provocadas por las crisis económicas y la reducción de la esfera de la explotación imperialista.

El Estado utiliza en proporciones inusitadas a los monopolios como instrumentos para la acumulación de capitales. A fin de concentrar los recursos monetarios de la población en los más importantes bancos privados y compañías de seguros financiados por los monopolios, se hace responsable, de hecho, con su garantía de las imposiciones y cuentas corrientes. Salva a los trusts y consorcios de la quiebra, y protege y apoya el alto nivel de sus ganancias mediante abrumadoras cargas fiscales, que pesan sobre las masas trabajadoras. Se incrementa formidablemente el militarismo, que sostiene la política exterior imperialista de los monopolios. Crecen hasta un grado monstruoso las funciones militares y policíacas del Estado, del que los monopolios se valen para reprimir cualquier acción de los trabajadores.

Una característica muy acusada del actual capitalismo monopolista de Estado es la formación de un importante mercado estatal que adopta la forma de pedidos hechos por el gobierno, de asignaciones para la adquisición de excedentes, etc. Este mercado es casi por completo coto cerrado de las grandes corporaciones. La consecuencia de esto es un acrecimiento gigantesco del papel de las finanzas públicas en la economía. Mediante los impuestos directos e indirectos, el Estado concentra en sus manos y redistribuye en favor de los monopolios una parte cada vez mayor de la renta nacional. A principios de siglo, en los Estados Unidos y en Inglaterra los impuestos representaban un reducido tanto por ciento de la renta nacional, mientras que en 1956·1958 ascendían a casi una cuarta parte de la misma.

La enorme tributación fiscal con que se esquilma a la población es destinada principalmente a la adquisición de armamento, que los consorcios fabrican por encargo del gobierno. Se trata por lo común de pedidos a largo plazo (cuatro y cinco años). De este modo los monopolios que los reciben se aseguran en cierto grado contra la inestabilidad de la demanda del mercado, con todas sus fluctuaciones, y contra las amenazas de descenso de la producción.

Las constantes y enormes adquisiciones de armamento, a cargo del Estado, son lo que mejor caracteriza la esencia parasitaria del capitalismo monopolista de Estado. La fabricación de instrumentos de muerte y destrucción aparta a un número cada vez mayor de obreros, ingenieros y hombres de ciencia de la producción de bienes útiles para la sociedad, y, estérilmente, conduce a la dilapidación de grandes cantidades de recursos

materiales, de materias primas, combustible, utillaje, etc. El volumen de estos trabajos en la actividad de los monopolios crece sin cesar; así, por ejemplo, en los Estados Unidos, las compras gubernamentales ascendieron en 1958 al 21,4 por ciento del producto nacional, contra el 8,2 por ciento en 1929.

El Estado no se limita a crear una demanda relativamente garantizada en provecho principalmente de las grandes corporaciones. También les concede enormes subsidios, de los cuales se benefician, ante todo, los consorcios que proporcionan artículos de importancia bélica, materias primas estratégicas, combustible, electricidad y algunos productos químicos. También enriquecen a los monopolios los créditos concedidos para la modernización del utillaje. Los bancos consiguen beneficios fabulosos como intermediarios en la colocación de los empréstitos públicos.

Con el paso al capitalismo monopolista de Estado tiene lugar cierto incremento de la propiedad estatal. A ello empujan, entre otras circunstancias, los rápidos avances del progreso técnico (automatización, electrónica, energía atómica). Los monopolios tratan de transferir al Estado cuanto se relaciona con la creación de nuevas ramas de la industria cuando éstas exigen de momento unas inversiones de capital extraordinariamente elevadas. A su cargo toman la contrata de las obras y la fabricación del equipo, con lo que, sin riesgo alguno, se garantizan saneados beneficios. También crece la propiedad estatal por la construcción de nuevas empresas de la industria de guerra y de las ramas con ella relacionadas. y en este sentido las compañías privadas hacen lo mismo: dejan que el Estado cargue con la construcción de nuevas fábricas y luego los monopolios las toman en arriendo.

Además, pasan a ser propiedad del Estado algunas ramas de la industria, importantes, pero que han dejado de ser tan rentables como antes. En Inglaterra ha ocurrido así con la industria minera, las centrales eléctricas y los ferrocarriles, cuya nacionalización significó un negocio excelente para las compañías propietarias. Gracias a la "generosidad" del Estado percibieron un precio que ningún particular les habría abonado. De hecho, lo ocurrido es que pudieron retirar sus capitales de unas empresas poco rentables y colocarlos en otras más provechosas. Las empresas que pasaron a poder del Estado prestan muy buen servicio a las corporaciones capitalistas privadas, las cuales ganan con las bajas tarifas de los transportes ferroviarios y de la energía eléctrica, con el reducido precio del carbón, el hierro y el acero, etc. De ordinario, los altos cargos de las empresas estatales son ocupados por magnates del capital financiero y representantes suyos.

Ahora bien, a pesar de todas las ventajas que la propiedad estatal significa para los monopolios, éstos la aceptan sólo en circunstancias excepcionales y en un volumen limitado. Es cierto que en algunos países de Europa Occidental se llegó después de la última guerra a una situación en que los grupos dominantes del gran capital hubieron de aceptar una nacionalización más amplia de lo que ellos habrían deseado. Pero en cuanto las cosas cambiaron, hicieron por adueñarse de nuevo de las empresas estatales. En Inglaterra ha sido ya devuelta a las compañías privadas la siderurgia. Una transmisión parcial de las empresas nacionalizadas a los monopolios ha tenido lugar también en Francia, Italia y Austria. En los Estados Unidos, cuando acabó la guerra, se vendieron a los monopolios, a bajo precio, muchas fábricas del Estado.

Practícanse también formas diversas de propiedad mixta, estatal-privada, sobre los medios de producción. En Italia y Alemania Occidental, por ejemplo, el Estado posee grandes paquetes de acciones de numerosas empresas pertenecientes a distintos sectores de la economía.

Una característica del capitalismo monopolista de Estado es la activa intervención de los poderes públicos en los conflictos entre los obreros y patronos, la tendencia a reprimir por la fuerza el descontento de las masas. Cada vez es más frecuente la imposición de su arbitraje obligatorio en las huelgas y la presión sobre los huelguistas en beneficio de los monopolios. Las leyes y disposiciones del gobierno ponen grandes trabas a la declaración de huelgas y a la actividad de los sindicatos (por ejemplo, la ley Taft-Hartley en los Estados Unidos). La política gubernamental de "congelación" de salarios, es decir, de su mantenimiento a un nivel invariable cuando aumenta el costo de la vida, permite a los monopolios elevar el grado de explotación de los trabajadores.

En el período subsiguiente a la guerra son típicas las medidas monopolistas de Estado en el campo internacional. Los monopolios obligan al Estado a financiar la exportación de mercancías y a garantizar los créditos privados de exportación. El Estado imperialista toma a su cargo la exportación de capitales, que invierte en los sectores y países donde las corporaciones privadas no se deciden a arriesgarse. En interés de los monopolios se negocian convenios internacionales sobre la división y explotación de las fuentes de materias primas. Así se formó la gigantesca organización monopolista internacional europea del hierro y el acero, que abarca la industria hullero-metalúrgica de Alemania Occidental, Francia, Italia, Bélgica, Holanda y Luxemburgo. Una medida de este mismo orden es la creación por dichos países del "Mercado Común", unión aduanera que asegura una situación de privilegio a los grandes monopolios.

Las medidas monopolistas de Estado de carácter internacional no aspiran solamente a aumentar los beneficios de los capitalistas; también se proponen la

tarea de agrupar las fuerzas de la reacción mundial para conservar el sistema colonial que se les viene abajo, para luchar contra la democracia y el socialismo, para mantener la "guerra fría" y preparar la agresión contra los países del socialismo. Las corporaciones norteamericanas -a las que se debe la iniciativa en la creación de la mayoría de los monopolios internacionales- los utilizan como un arma en su lucha por la dominación mundial.

Militarización de la economía.

El incremento de las tendencias monopolistas de Estado va unido indisolublemente a la militarización de la economía de los Estados imperialistas.

En su forma desarrollada, la militarización de la economía es sólo típica de la época en que se produce la crisis general del capitalismo, con las guerras mundiales que ésta lleva aparejada. Resulta posible porque la maquinaria del Estado es aprovechada por los monopolios para efectuar la redistribución de la renta nacional (impuestos directos e indirectos, empréstitos, control de la distribución de las materias primas y materiales estratégicos, etc.) y crear así una gigantesca economía bélica. La causa de esta militarización verdaderamente "total", como ejemplo de la cual puede servir la Alemania de 1933-1939 y los Estados Unidos después de la segunda guerra mundial, reside en la acentuación de las contradicciones fundamentales del capitalismo monopolista contemporáneo. Las grandes corporaciones se esfuerzan por resolver el problema de la venta apoyándose en la demanda estatal de material bélico. De ahí su extraordinario interés por que se mantenga la carrera de armamentos, que les asegura miles de millones de superbeneficios.

Los descomunales gastos de los Estados imperialistas en armamento alivian por el momento el problema de la venta.

Sin embargo, no hay que atribuir a causas económicas solamente la militarización de la economía. Esta no puede ser separada del curso general que adopta la política interior y exterior de los Estados imperialistas. Sabemos, por ejemplo, que, como consecuencia de la crisis económica mundial de 1929-1933, muchos monopolios de Estados Unidos y Alemania se vieron por igual interesados en los pedidos de material de guerra. Pero entonces fue la Alemania hitleriana la que se lanzó a marchas forzadas a la militarización de su economía, al haber supeditado su política interior y exterior a la preparación de una guerra por la dominación del mundo. A partir de 1945 son los Estados Unidos los inspiradores principales de la militarización de la economía.

No hace falta decir que un régimen social que para "estimular" la economía recurre a la producción de armas de exterminio en masa, desde el punto de vista moral se dicta a sí mismo su sentencia de muerte.

Pero no se trata sólo de problemas éticos. Esta política, además de ser criminal, no resuelve nada en última instancia, puesto que deja en pie las grandes contradicciones que corroen al capitalismo contemporáneo.

El aumento de los pedidos de guerra por el Estado es a veces una palanca que ayuda a elevar el nivel general de la producción, sin exceptuar la producción civil. *Temporalmente* puede contribuir a cierto incremento del salario de los obreros, sobre todo de los que están ocupados en la industria de guerra. Así ocurre de ordinario cuando la industria bélica se amplía por la puesta en marcha de fábricas y capitales que hasta entonces permanecían inactivos. Los desocupados encuentran trabajo en la industria de guerra y hacen aumentar la demanda, habiendo necesidad, para satisfacerla, de ampliar la producción en otros sectores. Crece también la demanda de los capitalistas, sobre todo si, a la vista de los crecientes pedidos militares, comienzan a ampliar sus empresas y a construir otras nuevas, para lo cual se necesitan materiales, maquinaria y equipo.

Así es como en los Estados Unidos fueron utilizadas las fábricas que no trabajaban a plena potencia en los años de la segunda guerra mundial. Entre 1940 y 1943 el volumen de la producción industrial creció un 90 por ciento, mientras que el número de obreros en la industria transformativa se veía acrecido en un 70 por ciento. El comienzo de la guerra de Corea, en 1950, significó también un estímulo para la producción industrial norteamericana. Pero el ejemplo de los Estados Unidos muestra también las contradicciones y los límites a que está sujeta la militarización de la economía. Incluso en los años de la segunda guerra mundial, el período de auge simultáneo de la producción militar y no militar fue allí de corta duración. No tardó en descender la producción de los sectores no dedicados a fines militares. Bastante antes de la terminación de la guerra se llegó a una situación en la que la producción civil había agotado sus posibilidades y hubo de reducirse. A partir de 1944 se observa ya un descenso general de la producción industrial, puesto que el volumen de la producción bélica no cubría ya el descenso de la producción civil. Lo mismo ocurrió en el período de la guerra de Corea.

La corta duración del estímulo que la militarización ejerce sobre el incremento de la producción en general se debe también a los métodos que se siguen para financiarla. En el período inicial el Estado aumenta el presupuesto de guerra no sólo a expensas de los impuestos, sino también mediante la emisión de obligaciones, adquiridas de buen grado por la burguesía que dispone de dinero libre. Luego, sin embargo, el presupuesto se cubre de manera

creciente por los impuestos que gravan a los obreros y empleados. En tales condiciones, el aumento de la demanda del Estado va acompañado inevitablemente por la reducción de la demanda entre la población civil, lo que repercute sobre el mercado de las ramas que no se dedican a la producción de guerra.

El reducido volumen de los estímulos derivados de la carrera de armamentos nos lo demuestra el hecho de que en los Estados Unidos, con la industria militarizada, entre 1943 y 1957 la producción industrial creció un 13 por ciento solamente. Y aun así, un ascenso tan reducido no se debe a la acción pura y simple de la militarización. En igual medida ha contribuido la necesidad de renovar y ampliar en gran escala el capital fijo de la industria y de otras ramas de la economía.

Si bien el volumen de la producción se ha incrementado en los Estados Unidos como consecuencia de la guerra y la militarización, éstas han repercutido de manera muy distinta sobre los países en los que directamente se desarrollaron las operaciones militares. Los enormes gastos de guerra no aceleraron, sino que frenaron en el período postbélico la expansión económica de Francia e Inglaterra. Y aunque proporcionalmente a la renta nacional los gastos militares de estos dos países fuesen menos que los de Estados Unidos, la carga que para ellos representa es mucho más grave. Los gastos militares absorben recursos que podrían ser destinados a la modernización y ampliación de la industria. Por lo tanto, la militarización ha debilitado a Francia e Inglaterra en su capacidad para resistir la competencia en el mercado mundial.

Refiriéndose a la guerra, Marx escribe que "en el sentido puramente económico es lo mismo que si una nación tirase al agua parte de su capital".[146] Pero en los tiempos en que Marx afirmaba esto, incluso en los años de guerra no se tiraba al mar sin fondo de los gastos militares tal cantidad de valores materiales como actualmente dilapidan los países capitalistas en los años de paz. Después de la segunda guerra mundial, el presupuesto militar de los Estados imperialistas con una economía más militarizada absorbe del 10 al 15 por ciento de la renta nacional.

La militarización de la economía significa que la producción con fines pacíficos se reduce, quebranta la base de la reproducción ampliada y, en último término, conduce al descenso del volumen general de la producción. Al mismo tiempo, el rápido progreso de la técnica bélica y el "desgaste moral", no menos rápido, de las armas modernas, obligan a producir constantemente armamento que al cabo de unos cuantos años pierde eficacia y se convierte en chatarra.

Por muy rico que sea un país imperialista, la militarización abre la perspectiva de un *gradual agotamiento de la economía.* Inevitablemente frena el avance de los sectores civiles y de toda la economía nacional en su conjunto. Para convencerse de ello basta comparar el incremento de la producción en Inglaterra y Francia -abrumadas por cargas que no pueden soportar- y en Alemania Occidental, donde durante bastantes años los gastos de armamento han sido incomparablemente menores. La industria alemana ha crecido con un ritmo mucho más rápido. La Alemania Occidental ha sido el país que de manera más eficaz ha aprovechado la insuficiencia de capital fijo observada en la mayoría de los Estados capitalistas. A partir de 1950 comenzó en gran escala la exportación de maquinaria y equipo que las fábricas inglesas y francesas, dedicadas a la producción de armamento, no podían proporcionar.

La militarización de la economía significa un aumento inusitado de las cargas fiscales. El Estado adquiere armamento y mantiene el ejército, principalmente, con los recursos que le proporcionan los impuestos, para lo cual ha de entrar a saco en el bolsillo de su propio pueblo.

Cierta parte de los recursos invertidos por los gobiernos para el sostenimiento de los ejércitos provienen de los empréstitos, cuyas obligaciones son adquiridas por los capitalistas principalmente. El interés que esto les proporciona constituye un capítulo nada despreciable de sus ingresos. Mas para satisfacer a los capitalistas esos intereses y para la amortización de los empréstitos el gobierno ha de recurrir a nuevos impuestos. Por lo tanto, el dinero que la burguesía proporciona al gobierno mediante la adquisición de títulos de los empréstitos revierte a ella íntegramente, y con un elevado interés, aunque de donde sale es del bolsillo de los trabajadores.

Un compañero inevitable de la economía militarizada e instrumento muy importante de la misma es la *desvalorización del dinero* o *inflación.* El Estado no puede atender por completo a los gastos que el sostenimiento del ejército y el armamento representan con los solos recursos de los impuestos y los empréstitos. El déficit presupuestario se cubre parcialmente con la emisión de papel moneda por encima de la cantidad que exige la circulación. Además, los títulos de la deuda se emplean como medio de pago y como garantía de préstamos concedidos por los bancos a los capitalistas, lo que de hecho significa el aumento del dinero en circulación. Por eso la inflación es una secuela de las guerras y la militarización de la economía. En 1957 la capacidad adquisitiva del dólar americano era la mitad que antes de la guerra, de la libra esterlina inglesa tres veces menos y del franco francés y la lira italiana varias decenas de veces inferior a la de 1939. Al producirse la inflación, los precios crecen más de prisa que los salarios, por lo que las ganancias de los capitalistas aumentan, al disminuir la parte de la renta nacional que corresponde a los obreros. La inflación es un medio para conseguir una

[146] "Archivo de Marx y Engels", t. IV, 1935, pág. 29.

redistribución de la renta nacional en beneficio de los monopolios, que incrementan así la explotación de los trabajadores.

Por lo tanto, los gastos militares, cualquiera que sea la forma a que se recurra para financiarlos, recaen en última instancia sobre los hombros de las grandes masas del pueblo. Por el contrario, contribuyen al enriquecimiento de los grandes capitalistas.

La militarización de la economía hace que se reduzcan al mínimo los desembolsos del Estado capitalista para el sostenimiento de escuelas, establecimientos de enseñanza superior, hospitales, etc. Provoca la degradación de la cultura, estimula el chovinismo y aumenta la influencia de los militares y de la burocracia, que reducen a la nada todas las conquistas de la democracia burguesa, todo cuanto se alcanzó gracias a la constante lucha de las masas trabajadoras. Una peligrosa consecuencia de la economía militarizada es la amenaza de guerra.

La militarización de la economía es una prueba irrefutable de la degeneración parasitaria del capitalismo contemporáneo.

Nacionalización capitalista y capitalismo de Estado.

El capitalismo monopolista de Estado es un sistema profundamente antipopular y reaccionario, como lo es, en general, el capitalismo *monopolista.* No hay que confundirlo, sin embargo, con el capitalismo de Estado *no monopolista.* Este último puede ostentar un carácter reaccionario o progresivo, en dependencia de las fuerzas sociales que lo respaldan. Por ejemplo, en algunos países poco desarrollados, que se han sacudido el yugo del colonialismo, el capitalismo de Estado, y en particular la propiedad estatal, cumple actualmente un papel progresivo.[147]

En los países imperialistas la propiedad estatal se halla insertada casi por completo en el sistema reaccionario del capitalismo monopolista de Estado. ¿Significa esto que la clase obrera y otras fuerzas progresivas han de manifestarse contra la propiedad estatal y pedir que las empresas nacionalizadas sean devueltas a los capitalistas? Se comprende que no, pues esto significaría un paso atrás. La desnacionalización no la preconizan las fuerzas progresivas, sino los monopolios capitalistas.

En los años de la segunda guerra mundial, la burguesía monopolista de los países capitalistas de Europa ocupados por los hitlerianos se cubrió de vergüenza al colaborar con el enemigo. Por eso, una vez conquistada la paz, las masas populares exigieron la nacionalización, con el deseo de poner fin a la dominación de los monopolios, de extirpar las raíces del fascismo, de castigar a los culpables de la guerra y de asegurar la paz, la independencia y una auténtica democracia. Los trabajadores veían en la nacionalización uno de los medios que les libraría del yugo de los monopolios capitalistas.

Pero la burguesía y los socialdemócratas de derecha que la apoyaban, aunque bajo la presión de las masas hubieron de transigir con la nacionalización capitalista parcial, hicieron las cosas de tal modo que se diera la máxima satisfacción a los monopolios, mientras se prestaba la mínima atención a las reivindicaciones de los obreros. No obstante, las masas trabajadoras de Inglaterra y algún otro país insisten en que se prosiga la nacionalización de la gran industria, pues tienen ante ellas el gran ejemplo de los países socialistas, que son una prueba fehaciente de la superioridad de la industria socialista nacionalizada.

Los monopolistas, en cambio, se oponen decididamente a toda ampliación de las nacionalizaciones, aun de las capitalistas, pues toda nacionalización demuestra una vez más, bien a las claras, a todos los trabajadores que la economía social puede prescindir perfectamente de los capitalistas. De este modo, la nacionalización, al quebrantar el "sacrosanto principio" de la propiedad privada, ayuda a disipar ilusiones que la burguesía muestra gran interés en conservar. Los monopolistas saben también que mientras las empresas sean de su propiedad privada, son los dueños absolutos de ellas. Y después de la nacionalización, aunque en líneas generales subordinen los organismos estatales a su voluntad, siempre se encuentran bajo la amenaza de que otros intervengan en sus asuntos, puesto que también otros monopolistas, rivales suyos, tratan de utilizar el Estado en beneficio propio. Y fuera de esto, el Estado se ve a veces obligado a actuar en interés de toda clase dominante, interés que no siempre ha de coincidir por completo con los deseos y propósitos de determinados trusts y consorcios. De ahí que los monopolistas prefieran siempre la propiedad privada. La propiedad estatal la consideran únicamente como un instrumento para robustecer su propiedad privada monopolista.

En muchos países en que impera el capitalismo monopolista de Estado, los Partidos Comunistas apoyan la reivindicación de una nacionalización consecuente de la gran industria, puesto que va contra la dominación de los monopolios, y en este sentido es progresiva. Cierto que mientras la situación política del país sea tal que resulte aún imposible la supresión de todos los monopolios capitalistas, la reivindicación de la nacionalización completa de la gran industria es sólo una afirmación programática del partido marxista. Y aun así, en estas condiciones, los Partidos Comunistas no se limitan a la propaganda, sino que piden la nacionalización inmediata de *algunas* ramas de la gran industria, y ante todo de aquellas en que la opresión de los monopolios se ha hecho tan intolerable que los obreros están dispuestos a lanzarse a la lucha política

[147] Acerca de ello, véase el capítulo XVI.

de masas por la nacionalización con carácter urgente. Ahora bien, los comunistas piden que la nacionalización se lleve a cabo de tal forma que recorte de veras la omnipotencia de los monopolios capitalistas y alivie la situación de los trabajadores.

No sólo las reivindicaciones de nacionalización, sino también otras reformas que los trabajadores de los países burgueses reclaman en defensa de sus intereses se refieren a medidas en el plano del capitalismo de Estado. Esto guarda relación con el creciente papel del Estado capitalista moderno en la vida económica. Los trabajadores no exigen en modo alguno la desaparición total y absoluta de la intervención del Estado en la economía. Quieren, sí, una intervención que ponga límites a la arbitrariedad y a la rapacidad desmesurada de los monopolios.

Si el Estado, en beneficio de los patronos, puede "congelar" los salarios, piensan con toda razón los obreros, ¿por qué no ha de establecer también un salario mínimo garantizado y utilizar, aunque sea en ocasiones, su arbitraje en beneficio de los obreros cuando se plantean conflictos de trabajo? ¿Por qué no ha de adoptar el Estado medidas eficaces contra el arbitrario aumento de los alquileres y el encarecimiento de los artículos de consumo?

La experiencia demuestra que cuando los trabajadores luchan por estas reivindicaciones hay veces que consiguen arrancar ciertas concesiones al Estado capitalista, aunque no se trate de asuntos de primordial importancia. En algunos lugares, bajo la presión de los obreros se emprenden trabajos públicos para los desocupados. Evidentemente, aun con el predominio completo del capital financiero, los círculos gobernantes no pueden por menos de temer el descontento de las grandes masas trabajadoras, sobre todo cuando éstas manifiestan un espíritu combativo.

El economista norteamericano H. Lumer hace ver que en los Estados Unidos, gracias a la lucha de las masas contra los monopolios, en los últimos años de la segunda guerra mundial rigió un sistema relativamente eficaz de control de los precios. Los precios al por mayor y al por menor, y también los alquileres, sólo se elevaron en este tiempo del dos al cuatro por ciento. Al advenir la paz, la supresión del sistema estatal de control desató las manos a los monopolistas y los precios empezaron a subir, sin que hasta ahora se hayan estabilizado. Lumer escribe: "...el control de los precios debilitó en grado considerable la carga que los obreros soportaron durante la segunda guerra mundial, mientras que actualmente, al no existir nada que ni remotamente se asemeje a un auténtico control de los precios, ha significado un gran aumento de dicha carga."[148]

Quiere decirse que las masas populares, que soportan sobre sus hombros todo el peso del yugo que representa el capitalismo monopolista de Estado, tienen toda la razón para continuar la lucha a fin de imponer al Estado la adopción de medidas que pongan límites a la arbitrariedad de los monopolios. Es, sin embargo, evidente que no hay reforma alguna capaz de transformar el reaccionario capitalismo de Estado hoy vigente en ningún sistema progresista, y tanto más en socialismo.

Sólo la lucha *por el poder* de la clase obrera -y bajo su dirección, de todos los trabajadores- cuando se ve coronada por el triunfo definitivo, es capaz de despejar el camino que va del capitalismo al socialismo,

Fantasías de los revisionistas y reformistas acerca del capitalismo moderno.

Los propagandistas de la burguesía, reformistas y revisionistas presentan el capitalismo monopolista de Estado como un régimen social nuevo, que guarda diferencias sustanciales con el viejo capitalismo. Con este fin equiparan premeditadamente esta forma de dominación de los monopolios y las medidas de carácter capitalista de Estado que los trabajadores han conseguido ver implantadas como fruto de la lucha de clases. Sostienen asimismo que el Estado capitalista puede ahora regular el desarrollo de la economía y evitar toda clase de crisis, que el moderno Estado burgués se halla sobre las clases. El lugar del viejo capitalismo, basado en la explotación, afirman, lo ocupa ahora el "Estado del bienestar general", a la vez que el imperialismo pirata ha dado paso al "capitalismo popular".

La "base teórica" de semejantes concepciones está en la doctrina del economista inglés John Maynard Keynes, que éste expuso en la década anterior a la última guerra. A diferencia de otros economistas burgueses, Keynes afirmaba que el capitalismo está aquejado de una grave dolencia y que ha perdido la capacidad para regular por sí mismo la economía. No podría admitir, empero, que tal dolencia fuese incurable. Más aún, puesto en el papel de "médico" del capitalismo, propuso una serie de medidas para sanear este sistema económico mediante la regulación estatal de la economía y el desarrollo del capitalismo monopolista de Estado. Keynes y sus continuadores atribuyen singular importancia a la aplicación de medidas que mantengan al debido nivel las inversiones de capital en la producción y al control por el Estado del crédito (regulación del interés) y de la circulación monetaria (desvalorización "regulada" del dinero con objeto de reducir el salario real de los obreros). La doctrina de Keynes es en esencia una apología del capitalismo, pues se basa en la ilusoria premisa de que este sistema se podrá mantener eternamente, siempre y cuando sean corregidos sus vicios y se eliminen algunas de las calamidades que su dominación impone a los trabajadores.

[148] H. Lumer, *Economía de guerra y crisis,* Moscú, 1955, pág. 63.

Actualmente no sólo la mayoría de los economistas burgueses, sino también cierta parte de los socialdemócratas de derecha se apoyan en la doctrina de Keynes. Muchos partidos socialistas de derecha han abandonado oficialmente en sus programas la teoría económica de Marx para adoptar la teoría del inglés. No puede ser más franco, por ejemplo, el llamamiento que el laborista inglés John Strachey hace en su obra *El capitalismo contemporáneo* en este sentido. Según Strachey, Keynes, aun siendo defensor acérrimo del capitalismo y enemigo del socialismo, sin que él mismo lo sospechara ha propuesto métodos que aseguran la evolución gradual del capitalismo monopolista de Estado... al socialismo. Keynes, dice, invita al Estado a estimular por todos los medios la inversión de capitales en la producción y a establecer sobre los poseedores del dinero un control que les aleje del ahorro y les obligue a gastarlo, apoyando así la demanda solvente. Y esto, afirma Strachey, lleva al Estado burgués a nivelar los ingresos mediante el incremento de los impuestos sobre las ganancias. Según Strachey, resulta que en Inglaterra, siguiendo los consejos de Keynes, se ha llegado ya a la redistribución de la renta nacional y a la "planificación" de la economía con objeto de mantener una elevada demanda solvente y una "ocupación completa".

La nacionalización de algunas ramas de la industria por el gobierno laborista y el establecimiento de un sistema nacional de seguros sociales y asistencia médica ha convertido, según Strachey, a Inglaterra en socialista, aunque él mismo admite que en la economía británica imperan los "oligopolios", es decir, los reducidos grupos de grandes monopolistas. Y a pesar de todo, Strachey, sin pararse en barras, acaba por afirmar que Inglaterra "ha dejado atrás el conflicto de las clases", que las relaciones entre obreros y patronos han entrado en una "fase pacífica", etc.

También los socialistas franceses (historiadores y economistas) tratan de presentar el incremento del capitalismo monopolista de Estado como la gradual transformación de la sociedad capitalista en socialista.

¿En qué reside el vicio de semejantes invenciones acerca del capitalismo contemporáneo?

Primero, en que los socialdemócratas de derecha confunden el capitalismo *monopolista* de Estado con cualquier capitalismo de Estado, sin hacer la menor diferencia entre ellos. Con esto tergiversan los conceptos. Ocultan el carácter *monopolista* del capitalismo moderno y lo presentan como un capitalismo de Estado en el que no tienen cabida los monopolios de los capitalistas. Con otras palabras, maquillan el capitalismo moderno y ocultan sus taras: la opresión de los rapaces monopolios, el militarismo, el parasitismo, las crisis y la desocupación. Y justamente esto es *lo principal* dentro del moderno capitalismo monopolista de Estado.

Segundo, los socialdemócratas de derecha deforman la realidad cuando afirman que los monopolios están subordinados al Estado y que éste se encuentra "sobre las clases", aunque la realidad es que el Estado se encuentra sometido a los monopolios capitalistas. Bajo el capitalismo monopolista de Estado, quienes en última instancia deciden son las grandes corporaciones: existe una dictadura directa o velada de unos centenares de familias opulentas.

Tercero, los socialdemócratas de derecha tratan de ocultar el carácter de clase del simple *capitalismo de Estado,* haciendo pasar las medidas que se adoptan en este orden como construcción del *socialismo.* Mientras el poder se encuentra en manos de la burguesía, la socialización de algunas empresas y otras medidas del mismo género no suprimen las relaciones de la explotación capitalista ni siquiera en los países en que tales medidas ostentan un carácter progresivo (por ejemplo, en la India o Indonesia). En el seno del capitalismo no pueden surgir relaciones socialistas de producción; lo único factible es crear las premisas materiales del socialismo. Mas partir de estas premisas para iniciar la construcción del socialismo es una empresa imposible mientras el Estado se encuentre bajo la dirección de los capitalistas, o sea mientras el poder no esté en manos de los trabajadores.

Lo mismo en la ciencia que en el pensar de muchas generaciones de hombres que actuaron en el movimiento obrero, la idea del socialismo estuvo siempre unida a la de la propiedad social. Pero los modernos socialdemócratas de derecha rompen ya hasta con esta noción científica. "La planificación socialista -dice, por ejemplo, una declaración de la Internacional Socialista- no presupone el establecimiento de la propiedad social sobre todos los medios de producción. Es compatible con la existencia de la propiedad privada en ramas importantes." Fieles a esta norma de conducta, los dirigentes del partido laborista británico han declarado, en su deseo de complacer a la burguesía monopolista, su renuncia a nuevas medidas de nacionalización, es decir, que abandonan hasta la idea de la nacionalización capitalista.

Un examen atento de los documentos y programas de los socialdemócratas modernos de derecha nos permite ver que, al dibujar su "socialismo", lo que en realidad hacen es copiar los perfiles del capitalismo monopolista de Estado ahora existente. Sus aspiraciones no pueden remontarse por encima de este "ideal" social, que es el ideal de los Morgan y los Rockefeller.

Algunos *revisionistas* de Yugoslavia han seguido las huellas de los socialdemócratas de derecha en la

empresa de embellecer el capitalismo contemporáneo. En el proyecto de programa de la Unión de Comunistas de Yugoslavia (U.C.Y.) se afirma que cada vez aparecen más *"elementos socialistas* nuevos por su tendencia objetiva en la *economía"* del capitalismo actual, elementos que *"presionan* sobre el modo capitalista de producción"; "los derechos del capital privado se restringen" y sus funciones económicas han sido transmitidas al Estado. De esta manera, pues, se produce en el mundo capitalista el "proceso de desarrollo hacia el socialismo".

Esta concepción revisionista coincide en el fondo con las afirmaciones de los socialdemócratas de derecha en el sentido de que el capitalismo evoluciona hacia el socialismo. Se comprende, sin embargo, que para E. Kardelj en Yugoslavia, ante comunistas, resultara más difícil que para el señor Strachey en Inglaterra, ante laboristas, "demostrar" la posibilidad de esta "maravillosa transformación" del capitalismo contemporáneo. Cuando Kardelj denominaba a este último "capitalismo de Estado" muchos comunistas yugoslavos propusieron que se le diera su verdadero nombre, que es el de capitalismo monopolista de Estado. No obstante, Kardelj, en su informe ante el Congreso de la U.C.Y., insistió en el término de "capitalismo de Estado", aduciendo que el de "capitalismo monopolista de Estado" se limita a explicar "el origen del capitalismo de Estado". Así, como un buen ilusionista, convertía el reaccionario capitalismo *monopolista* de Estado en el embrión de un *capitalismo de Estado* aún más inofensivo que el anterior. Sigue luego manipulando con el capitalismo de Estado y acaba por presentarlo como un conjunto de *"elementos socialistas"* que depuran definitivamente al moderno capitalismo de sus vicios... El juego de manos no puede ser más limpio.

Tal explicación del programa revisionista de la U.C.Y. podrá ser divertida, pero sus argumentos no tienen mucho peso.

Al programa reformista y revisionista de "transformación" del capitalismo monopolista de Estado en socialismo los partidos marxistas-leninistas oponen una clara línea de decidida lucha contra los monopolios capitalistas y su dominación, por el derrocamiento de la dictadura de un puñado de familias de la aristocracia monopolista.

Aun procurando utilizar en interés de los trabajadores todas las reformas posibles bajo el capitalismo, sin exceptuar a las que se refieren al capitalismo de Estado, los marxistas-leninistas consideran que el modo capitalista de producción sólo puede ser sustituido por el socialista como resultado de la revolución proletaria.

3. ¿Podrá el capitalismo evitar las crisis económicas?

Después de la crisis económica mundial de 1929-1933, y singularmente después de la segunda guerra mundial, el capital monopolista ha construido, con ayuda del Estado, todo un sistema de medidas conducentes a evitar nuevos fenómenos de esa naturaleza. Dichas medidas constituyen una característica dentro del mecanismo del capitalismo monopolista de Estado.

Las medidas contra las crisis son simples paliativos de la enfermedad incurable del capitalismo.

El recurso principal empleado contra las crisis es la adquisición por el gobierno de enormes cantidades de armamentos y materiales estratégicos, que aseguran una demanda bastante cuantiosa y estable a los grandes monopolios. Por otra parte, el Estado mantiene su función reguladora en la esfera crediticia bancaria, sector en el que solía empezar la explosión de las crisis. A fin de evitar la retirada de las cuentas corrientes bancarias, que en los momentos de pánico originaba la quiebra de los grandes establecimientos de crédito, los Estados imperialistas toman de hecho sobre sí la garantía de las imposiciones. Además, casi en todos los países se ha implantado, en una u otra forma, el control del gobierno sobre la Bolsa de valores y la emisión de títulos. Para evitar las crisis, el Estado recurre asimismo a diversas medidas que tienden a limitar o reducir la producción (elevación del interés bancario, primas por la reducción de las superficies de siembra, etc.). Al propio tiempo, el Estado trata de influir sobre la coyuntura económica mediante la regulación del crédito de consumo (venta a crédito o a plazos de automóviles, televisores, receptores de radio, muebles, etc.).

Los admiradores del capitalismo monopolista de Estado ponen por las nubes estas y otras medidas, afirmando que gracias a ellas se ha conseguido (o casi se ha conseguido) curar al capitalismo de la enfermedad de las crisis y asegurar el incremento continuo de la producción capitalista. Se abre así, nos dicen, el camino para una eterna "prosperidad" en la que no existirá la desocupación obrera.

¿Cuál es, sin embargo, la realidad?

Tomemos el ejemplo de los Estados Unidos de América, país donde los grandes monopolios gozan de la mayor libertad de acción, donde más influyen sobre el Estado y donde las consecuencias de la guerra, con sus destrucciones, han influido menos sobre la marcha de la economía.

A pesar de las condiciones excepcionales favorables en que con respecto al mercado interior y exterior se vieron después de la guerra los EE.UU., las medidas contra las crisis no produjeron el efecto deseado.

No ha habido incremento constante de la producción industrial; en diez años solamente (1948-1958) se han observado tres colapsos de la producción: el primero en 1948-1949, con un

descenso, según los datos oficiales, del 10,5 por ciento; cuatro años más tarde (1953-1954) el descenso de la producción fue de un 10,2 por ciento; y al cabo de otros tres años (1957-1958) alcanzó a un 13,7 por ciento.

El carácter de crisis de estos colapsos de la producción nos lo demuestra el hecho de que la desocupación en masa, lejos de disminuir, ha aumentado. El número de parados completos registrados oficialmente sufrió un brusco aumento cada vez que la producción descendía. Así, en 1949 fue de 1.300.000 más que el año anterior; en 1954, de 1.600.000, y a mediados de 1958, 2.400.000 más que la media de 1957. A comienzos de 1959 eran 5 millones los inscritos en las oficinas de paro. Hay que tener presente además que las cifras oficiales sobre el volumen de la producción abarcan a la fabricación de armamento y de materiales estratégicos y que el gobierno procura, mediante sus pedidos, que estos sectores industriales incrementen todavía más su actividad en los períodos con síntomas de crisis. Si se descuenta la producción de guerra, la reducción de la producción civil sería indudablemente mucho mayor de lo que las estadísticas norteamericanas señalan.

Tales son los hechos del último período. Sería erróneo, sin embargo, suponer que los representantes del capitalismo monopolista de Estado no pueden influir con esas medidas sobre el carácter y la forma de las crisis económicas. No, algo pueden alcanzar en este sentido.

El capitalismo monopolista de Estado puede influir sin duda alguna sobre la forma, secuencia y carácter de algunas crisis. Los grandes monopolios están en condiciones de poner en juego el enorme poderío financiero del Estado para amortiguar en muchos casos la fuerza de la explosión de la crisis en sus comienzos. Actualmente existen además mayores posibilidades de salvar de la quiebra a los grandes capitalistas, estabilizando sus posiciones a expensas de la quiebra de los capitalistas medios y pequeños. Fuera de ello, las grandes corporaciones pueden, durante la crisis, frenar el descenso espontáneo de los precios de muchos artículos, y en ocasiones hasta elevarlos sobre el nivel anterior. Pueden también utilizar los enormes pedidos de material de guerra por el gobierno para asegurarse cuantiosos beneficios incluso en los momentos de las crisis económicas.

Pero esto es sólo una cara de la medalla. La otra cara es que las medidas contra las crisis, que sirven para enriquecer a los monopolios, acaban por agotar inevitablemente las energías económicas del país y empeoran la situación material de la inmensa mayoría del pueblo. A medida que el Estado burgués, con la elevación de impuestos y la desvalorización del dinero, esquilma al pueblo para financiar la desenfrenada carrera de armamentos, la demanda se reduce inevitablemente. Y esto crea una importante premisa para otras sensibles explosiones de crisis económicas como dolencia del capitalismo que nada puede curar. Cuando los monopolios consiguen evitar el descenso de precios que antes acompañaba a las crisis, crecen los obstáculos para que sean absorbidos los excedentes de mercancías, y esto, en resumidas cuentas, frena la salida de la crisis y la aparición de premisas para un nuevo auge económico. A medida que el Estado capitalista logra salvar de la quiebra a las grandes empresas o atenuar otras conmociones elementales de la crisis, con su ingerencia trastorna el proceso de redistribución del capital por las distintas esferas de la producción, mecanismo mediante el cual se establecen las necesarias proporciones entre ellas.

Así, pues, cuando los representantes del capitalismo monopolista de Estado ejercen cierta influencia sobre la marcha de las crisis, no eliminan las causas de las propias crisis, sino, al contrario, entierran la enfermedad y crean las premisas para nuevas conmociones.

Los cambios que en la aparición de las crisis se observan últimamente en los Estados Unidos no dan pie para afirmar, se comprende, que bajo el capitalismo monopolista de Estado todas las crisis económicas presentarán únicamente ese carácter. No. El futuro mostrará sin duda una gran variedad de formas de las crisis económicas en los países capitalistas. Por ejemplo, el capitalismo monopolista de Estado puede ser sacudido por conmociones más violentas. Una cosa es evidente: mientras exista la contradicción entre el carácter social de la producción y el carácter capitalista (privado) de la apropiación, es decir, mientras exista el capitalismo, las crisis económicas se repetirán inevitablemente. Ni las medidas para evitarlas ni los intentos de regular la economía a que el actual capitalismo monopolista de Estado recurre proporcionarán una mayor estabilidad a la economía capitalista; al contrario, aún la harán más vulnerable.

"La constante sucesión de situaciones de colapso y de auge febril -indicaba N. S. Jruschov ante el XXI Congreso del P.C. de la U.S.- prueba la inestabilidad de la economía del capitalismo. Ni la carrera de armamentos ni otras medidas podrán salvar a la economía de los Estados Unidos y demás países capitalistas de las crisis de superproducción. Por mucho que hagan, los Estados capitalistas no podrán acabar con la causa de las crisis. El capitalismo es incapaz de eludir el abrazo fatal de sus propias contradicciones, que se acumulan y profundizan, amenazando con nuevas conmociones económicas."[149]

---

[149] N. S. Jruschov, "Acerca de las cifras de control para el desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. durante los años 1959-1965", en *Materiales del XXI Congreso extraordinario del P.C.U.S.,* Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 73.

Quiebra de la teoría del "desarrollo sin crisis" del capitalismo.

Contrariamente a los hechos, los teóricos burgueses y revisionistas no cejan en sus esfuerzos para demostrar que se puede poner fin a las crisis y conservar intangible el capitalismo. Estos teóricos se remiten una y otra vez a la coyuntura que después de la guerra se produjo en los principales países capitalistas de Europa.

En efecto, hasta 1957-1958 no se han observado en ellos claros fenómenos de crisis (si no se cuentan las crisis en ciertos sectores de la industria: hullera, textil y alguna otra). Pero sólo quien se engaña a sí mismo o trata de engañar a otros puede deducir de ahí el advenimiento de la era del "capitalismo sin crisis".

El desarrollo de la coyuntura económica en la Europa Occidental, en grado mayor aún que en los Estados Unidos, ha venido dictado por condiciones históricas concretas, pasajeras, que se derivan de las consecuencias de la guerra. Se trata de países que durante el conflicto bélico sufrieron grandes destrucciones. Esto se refiere sobre todo a Alemania, Italia y Francia, y también al Japón, el único país asiático en el que impera el capitalismo monopolista. Está claro que no podía hablarse de superproducción mientras las devastadoras consecuencias de la guerra no fuesen borradas. Y esto no era cosa de un año ni de dos.

Mas en cuanto, en lo fundamental, esto fue conseguido, no tardaron en hacerse presentes serios síntomas de una coyuntura de crisis. Prueba de ello es la reducción de la producción iniciada en 1958 en Inglaterra, Bélgica, Holanda, Noruega y Japón y el brusco descenso del crecimiento de la producción industrial en Alemania Occidental, Francia e Italia. En 1958, por vez primera desde el fin de la guerra, se redujo el volumen de la producción industrial y del comercio exterior de todo el mundo capitalista.

La vida se ha burlado así una vez más de los teóricos de vía estrecha especializados en la exaltación del capitalismo. Puestos de cara ante hechos incontrovertibles, se revuelven y afirman que también los marxistas se equivocaron con relación a las crisis, puesto que después de la segunda guerra mundial ni la marcha de los ciclos ni las crisis se asemejan a lo que los marxistas sostenían antes. ¡Qué absurdo! Los marxistas no han mantenido nunca que un ciclo ha de parecerse obligatoriamente a otro y que la periodicidad y las características de las crisis no puedan sufrir modificación alguna. De ninguna manera. En 1908, contestando a los revisionistas que trataban de refutar la teoría marxista de las crisis, Lenin, en el artículo "Marxismo y revisionismo", decía: "La realidad ha mostrado muy pronto a los revisionistas que las crisis no son cosa del pasado: la crisis ha venido después de la prosperidad. Han cambiado las formas, el orden de sucesión, el cuadro de las distintas crisis, pero éstas siguen siendo parte inevitable del régimen capitalista."[150]

Cuando los comunistas señalan que el capitalismo no logrará evitar las crisis, están lejos de regodearse con el mal ajeno. Contrariamente a lo que afirman la propaganda burguesa y los reformistas, el movimiento comunista no vincula a las crisis económicas sus esperanzas en el triunfo de la revolución socialista. Cierto que su acción destructora enfrenta todavía más a los trabajadores con el capitalismo. Mas, según demuestra la historia, intensifica a la vez la ofensiva de la reacción, reaviva el fascismo y acrecienta los peligros de una guerra.

Pero no se trata sólo de esto. Los comunistas tampoco pueden alegrarse de las crisis porque saben muy bien las calamidades que representan para las grandes masas trabajadoras. Precisamente por ello han denunciado siempre las infundadas ilusiones en un desarrollo sin crisis del capitalismo. Porque sólo cuando se hayan disipado estas ilusiones podrán los trabajadores, sobre cuyos hombros descargan los monopolios todo el peso de las crisis, luchar verdaderamente por una causa que les es vital.

El camino más seguro para acabar con las crisis es la sustitución del capitalismo por el socialismo. Sería, empero, un craso error pensar que ha de ser infructuosa toda lucha contra las penosas consecuencias de las crisis bajo la dominación del capitalismo. Los comunistas estiman que esa lucha es necesaria y que puede repercutir favorablemente en la situación de las masas populares.

Por eso los Partidos Comunistas organizan a los trabajadores para la lucha en pro de medidas que, aun en grado mínimo, sean capaces de aliviar la situación de las masas. Figuran entre ellas el aumento de salarios; el comercio, ventajoso para ambas partes, con los países socialistas, que han eliminado para siempre las crisis; la organización de obras públicas en gran escala; la construcción de viviendas, escuelas y hospitales; el seguro contra el paro, la reducción de impuestos y la rebaja de los alquileres.

4. Profundización y ampliación de los antagonismos de clase

Los cambios producidos en la economía del capitalismo, provocados por el incremento de sus dificultades y contradicciones, así como por el paso a formas nuevas -monopolismo de Estado- de dominación, afectan muy de cerca a las diversas clases y grupos sociales de la sociedad burguesa.

La clase obrera y el capital.

A medida que avanza la crisis general del capitalismo, la explotación de la clase obrera se acentúa inevitablemente y su situación empeora. Esto se manifiesta, ante todo, en la inusitada

[150] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XV, pág. 21.

intensificación del trabajo, con su secuela del incremento de accidentes y enfermedades que son producto de la gran tensión a que el obrero se ve sometido. La intensificación del trabajo provoca el rápido desgaste del organismo y la reducción del período en que los obreros pueden rendir plenamente. Las riquezas que se crean a este precio son enormes. Pero son unas riquezas que van a parar a los explotadores, mientras que la parte de los obreros en la renta nacional se reduce a proporciones aún menores.

Es cierto que durante las últimas décadas se ha observado casi en todos los sitios un considerable aumento del salario nominal de los obreros. Pero tal aumento se ha visto reducido casi a la nada por la desvalorización del dinero y por la elevación de los impuestos, por lo que el salario real, en la mayoría de los países capitalistas, no ha aumentado o lo ha hecho en proporciones muy escasas. Así, en la industria transformativa de los Estados Unidos, el salario real medio (descontando los impuestos y las pérdidas por desocupación) durante diez años (1945-1954) se mantuvo por debajo del nivel de 1944, y sólo en 1955-1956 lo superó entre un dos y un seis por ciento. En 1957, y particularmente en 1958, el nivel de vida de los obreros norteamericanos ha descendido de nuevo. En Francia, el salario real medio de los obreros, en la mayor parte de las categorías, sólo después de 1954 sobrepasó un tanto el nivel de 1938. En Inglaterra, hasta 1956 no se consiguió un aumento del dos al tres por ciento respecto de los salarios anteriores a la guerra.

Mas las cifras escuetas de los salarios no proporcionan aún una noción completa de la situación material de la clase obrera. Hemos de tener presente el valor de la fuerza de trabajo, que viene determinado singularmente por los gastos necesarios para su conservación y reproducción. Y el valor de la fuerza de trabajo ha aumentado considerablemente en los últimos decenios.

Primero, por la intensificación del trabajo. Es evidente que cuanto mayor es ésta más elevados serán los gastos necesarios para que el obrero reponga sus energías.

Segundo, por el cambio de las necesidades, históricamente condicionadas, del obrero y de su familia.

Últimamente, por ejemplo, se ha producido un crecimiento vertiginoso de las ciudades. Una parte cada vez mayor de los obreros vive lejos de las empresas, por lo que los gastos de transporte se convierten en un capítulo importante en el presupuesto de esos trabajadores. Otro cambio característico de las últimas décadas es que las esposas y las madres de los obreros, que antes se dedicaban únicamente a las faenas domésticas, se han incomparado también a la fábrica. Si bien esto aumenta algo el presupuesto familiar, aparecen gastos nuevos: máquinas y aparatos que alivian el trabajo doméstico, alimentos más caros (prefabricados), etc. También han crecido los gastos de la familia obrera en asistencia médica y medicamentos. La necesidad que la industria moderna experimenta de trabajadores con buenos conocimientos generales hace más costosa la educación de los hijos.

Debido a estos factores, el valor de la fuerza de trabajo es de ordinario bastante mayor que el volumen del salario real. Una noción de esta diferencia puede adquirirse comparando el salario real con el mínimo de vida, que refleja en cierta medida las necesidades del obrero y su familia. En los Estados Unidos, por ejemplo, el salario medio en la industria transformativa era menor que el mínimo de vida de una familia de cuatro personas (cálculo del Comité del profesor Heller, admitido por la ciencia oficial burguesa): en 1944 el 19 por ciento y en 1958 el 29 por ciento. En Alemania Occidental, el mínimo de vida para una familia de cuatro personas era en 1955 de 445 marcos al mes, pero el 70 por ciento aproximadamente de los obreros percibían un salario inferior a esta suma.

El capitalismo contemporáneo tiene como compañero casi inseparable a la desocupación crónica. En un país como Estados Unidos, hasta en los años de elevada coyuntura, se mantiene al nivel de los tres millones de parados totales y un número todavía mayor de parados parciales. En Italia, durante todo el período que sigue a la guerra, el ejército de desocupados y semidesocupados no ha bajado de los dos millones y medio.

Además, atendidas las condiciones del capitalismo contemporáneo, es más inestable que nunca la situación de los obreros y la inseguridad en que se sienten ante el futuro. No se trata sólo del miedo a las crisis y a la desocupación en masa, es también el constante temor a perder la capacidad de trabajo por accidente, enfermedad o por la excesiva tensión a que se hallan sujetos. La perspectiva de una vejez prematura y sin recursos es para los obreros una verdadera pesadilla.

La inestabilidad económica de la clase obrera se acentúa también por el incremento del crédito de consumo o sistema de compra a plazos. Las deudas de estas compras a plazos han crecido en los Estados Unidos, entre 1945 y 1957, de 5.600 a 44.800 millones de dólares. Este sistema de crédito puede aliviar de momento las condiciones de vida del obrero, pues de otro modo jamás podría adquirir muchos de los objetos que usa. En cambio, hace aún más terrible la amenaza no ya de perder el trabajo, sino de toda interrupción en el mismo: si deja de pagar un plazo pierde, además de los objetos adquiridos, las sumas satisfechas anteriormente.

Por lo tanto, la tendencia característica dentro del capitalismo, por la que la clase obrera ve empeorar su

situación, sigue vigente por completo en nuestros días.

Es verdad que en los últimos diez o quince años la clase obrera de algunos países capitalistas ha logrado ciertas mejoras. Pero esto no se debe en modo alguno a que dicha tendencia del capitalismo dejase de obrar. La causa principal es que después de la guerra ha habido condiciones más propicias en la lucha de la clase obrera por sus intereses económicos (gracias sobre todo a los éxitos de los países socialistas) y se ha incrementado su resistencia a los monopolios.

De ahí que se deba llegar a la conclusión de que incluso allí donde la clase obrera (o algunos grupos de ella) vive algo mejor que antes, esto no es prueba de que el antagonismo entre el trabajo y el capital haya perdido virulencia. Antes al contrario, los cambios experimentados por el capitalismo en los últimos tiempos han aumentado de hecho las causas para el conflicto de clase, al incrementar las contradicciones entre la clase obrera y los capitalistas. Las amenazas a que se ven sometidas la paz, la democracia y la independencia nacional, derivadas de la dominación de los monopolios, entrañan calamidades particularmente graves para la clase obrera precisamente, con lo que la enfrentan todavía más a la burguesía monopolista.

Esto no conduce siempre a un ascenso real de la lucha de clases. Los hechos nos dicen que dentro del capitalismo contemporáneo, lo mismo que antes, el movimiento obrero avanza irregularmente, y en ciertos países hay ocasiones en que se retrasa claramente de las tareas de clase ya maduras del proletariado.

La causa principal de que así suceda es el robustecimiento de la opresión política de los monopolios, que se valen más y más de la máquina del Estado para la represión del movimiento obrero. Donde antes los obreros habían de tratar con uno u otro patrono, cada vez más a menudo tropiezan con toda la potencia del Estado imperialista. Apoyándose en él, los monopolios han montado un aparato enorme de represión contra los proletarios. Han establecido el control sobre la labor de los sindicatos y la regulación forzosa de las relaciones de trabajo. Cada vez son más comunes métodos de lucha contra los obreros como las "listas negras", la organización de "policía fabril", etc. En ocasiones, hasta en los países burgueses que no han acabado oficialmente con la democracia burguesa se requiere gran abnegación y heroísmo para recurrir a formas tan elementales de la lucha de clases como es una simple huelga.

Sin embargo, estos métodos de la burguesía monopolista no han podido suprimir ni la causa primera de la lucha de clase de los obreros -el antagonismo entre el trabajo y el capital- ni esta misma lucha.

Hemos de tener presente que también la clase obrera se ha desarrollado vigorosamente en estos últimos tiempos; en muchos países ha ganado en organización, conciencia y combatividad. Los cambios operados en el mundo -derrota del fascismo alemán e italiano, que eran baluartes de la reacción internacional, éxitos del socialismo mundial, incremento de la lucha de liberación de los pueblos en las colonias- han creado condiciones internacionales más propicias para la lucha de los obreros de los países capitalistas. A pesar de la feroz dictadura de los monopolios establecida en Estados Unidos y otros países, la clase obrera no ha rendido las armas; en todos los sitios continúa su lucha, aunque a veces no ataque en todo el frente, aunque esquive el choque directo con movimientos de rodeo, menos costosos y que responden mejor a las circunstancias.

Así, pues, la realidad de nuestros días desmiente por completo el mito de la "paz social" difundido por los socialistas de derecha y los revisionistas como algo que vino a sustituir la época de la lucha de clases.

Ocurre lo contrario, como más adelante veremos; los cambios sufridos por el capitalismo acentúan las viejas contradicciones de clase y engendran otras nuevas. Además del gran conflicto de clase -entre el trabajo y el capital- crece y se agudiza el antagonismo entre el puñado de monopolistas y la totalidad del pueblo.

Esto hace que la lucha de clase de los trabajadores abarque a capas cada vez más amplias de la población, penetre en las células más alejadas y "tranquilas" de la sociedad y gane en intensidad y virulencia.

Qué sucede a las demás clases de la sociedad burguesa en nuestros días.

Además de la clase obrera y de los capitalistas, en la sociedad burguesa hay otras clases y capas: los campesinos, la pequeña burguesía urbana (artesanos, pequeños comerciantes), los intelectuales, los empleados. Por su número y su papel en la vida social, estas "capas medias" representan una fuerza nada despreciable. ¿Qué suerte corren dentro del capitalismo contemporáneo?

Los ideólogos de la burguesía reaccionaria afirman que se está produciendo un proceso de gradual ampliación de las "capas medias" a expensas de otras clases. La sociedad, dicen, se va convirtiendo en un cuerpo integrado únicamente por una "capa media" cuya situación mejora incesantemente. De este modo, prosiguen los teóricos reaccionarios, la sociedad capitalista va perdiendo los antagonismos de clase y se convierte en una sociedad de "armonía social".

Los hechos se oponen rotundamente a esta versión, expuesta sólo con fines de propaganda. Lo que nos dicen es que el desarrollo del capitalismo

monopolista de Estado significa la ruina para una parte importante de las "capas medias".

Esto se refiere ante todo a los pequeños productores independientes (a las "capas medias" *viejas,* es decir, a aquellas que subsisten como algo que pudiéramos llamar supervivencias del modo precapitalista de producción y de las formas de cambio que le eran propias), como son los campesinos, los artesanos, etc.

En Alemania Occidental, por ejemplo, entre 1949 y 1958 se arruinaron más de 200.000 haciendas campesinas. En Estados Unidos, el número de granjas, de 1940 a 1954, ha disminuido en 1.315.000. La historia confirma así rotundamente la conclusión marxista de que, en virtud de la ley general de acumulación del capital, el número de propietarios se reduce sin cesar, mientras que aumenta el de quienes se ven obligados a vivir del trabajo asalariado.

Con el capitalismo monopolista de Estado la ruina en masa de los pequeños productores independientes no se debe ya sólo a la competencia del gran capital. Mediante toda una serie de medidas estatales (regulación de precios y créditos, etc.) los monopolios aceleran conscientemente este proceso y se orientan hacia la supresión de los pequeños productores o hacia su subordinación completa. Sabemos que cada vez es mayor el número de pequeños productores y comerciantes que sólo son "independientes" en el papel: sus medios de producción pertenecen de hecho a los acreedores, a los bancos, a las grandes compañías.

Mientras que la capa de los pequeños productores se arruina y va desapareciendo, entre los intelectuales, empleados y demás elementos que integran las "capas medias" *nuevas* se observa el proceso contrario. El incremento de la técnica y la hipertrofia del aparato de dirección (lo mismo en la economía que en la administración pública) trae consigo el rápido aumento, en número y peso, de los empleados, ingenieros, técnicos y personal científico, personal de oficina, especialistas en el comercio y publicidad, de los trabajadores de la prensa, la enseñanza, el arte, etc.

Pero la situación de estas crecientes capas sociales tiende también a empeorar, aunque sólo sea porque el trabajo de la gran mayoría de los intelectuales, al aumentar el número de éstos, es cada vez menos pagado y pierde el carácter privilegiado que antes tenía. Así nos lo demuestra singularmente el ejemplo de los empleados. En 1890 el sueldo medio de un empleado norteamericano era el doble que el salario medio del obrero. En 1920 la diferencia se había reducido al 65 por ciento. Y en 1952 el sueldo medio del empleado era, aproximadamente, el 96 por ciento del salario medio del obrero. Sueldos míseros perciben los maestros, muchos grupos de trabajadores científicos y el personal de otras especialidades.

Los cambios producidos en la situación de los trabajadores intelectuales no se circunscriben, sin embargo, al aspecto económico.

Un fenómeno característico es la pérdida de su independencia en la mayoría de los casos, incluso entre las profesiones liberales (abogados, médicos, hombres de la ciencia y del arte, etc.). La mayor parte de ellos pasan a trabajar por contrata, es decir, que se incorporan a quienes *son explotados directamente* por las corporaciones capitalistas. Esto limita la libertad profesional de los intelectuales, que se ven obligados a servir a los más bajos intereses de los grupos monopolistas, y los somete a un asfixiante control político. Toda clase de medidas reaccionarias características en la política de los monopolios - represiones, humillantes comprobaciones de "lealtad"- caen con toda su fuerza no sólo sobre la parte avanzada de la clase obrera, sino también sobre los intelectuales. Las graves repercusiones que esto trae consigo encuentran fiel reflejo en las siguientes palabras de Alberto Einstein, sabio famoso que fue testigo del desenfreno de la reacción primero en su patria, Alemania, y luego en Estados Unidos, a donde emigró para ponerse a salvo de la persecución de los fascistas: "Si de nuevo fuera joven y hubiera de escoger profesión, no trataría de ser hombre de ciencia o profesor. Preferiría ser fontanero o vendedor ambulante, con la esperanza de encontrar la modesta independencia que aún es posible en las condiciones actuales." ¡Cuál debe de ser la situación de los hombres de ciencia en la actual sociedad burguesa si hasta los más grandes sabios sueñan con la miserable "independencia" a que aún puede aspirar el fontanero o el vendedor ambulante!

Al hablar de las "capas medias" hemos de tener presente que en ellas están incluidos también grupos sociales que sirven de buen grado a la burguesía reaccionaria: altos funcionarios, altos empleados de las corporaciones, capas privilegiadas de intelectuales, etc.

Pero estos grupos son una minoría muy reducida y por ellos no se puede juzgar la situación de las "capas medias" en su conjunto. Si las tomamos en bloque, las contradicciones que las separan del grupo dirigente de monopolistas se hacen más agudas, hondas e irreductibles a medida que el capitalismo monopolista de Estado se desarrolla.

En este sentido, la posición política de las "capas medias" y su puesto en las relaciones de clase de la sociedad burguesa cambian sustancialmente en nuestra época.

Hubo un tiempo en que la mayor parte de las "capas medias" (la parte acomodada de los campesinos en los países capitalistas desarrollados, pequeños patronos y comerciantes, etc.) daba estabilidad al poder de la burguesía dominante.

Hoy, tanto las "capas medias" viejas como las nuevas, no robustecen, sino que, al contrario,

debilitan las posiciones del grupo dirigente de la burguesía que son los monopolistas. Por su situación y sus intereses, estas capas -pese a todo cuanto digan los ideólogos burgueses y reformistas- se polarizan cada vez más frente a los monopolios y se convierten en aliados naturales de la clase obrera.

Movidos por sus deseos de deformar el cuadro de las relaciones de clase, los teóricos reaccionarios no escatiman tampoco esfuerzos para sembrar la confusión en el problema de la clase dominante, afirmando que en la sociedad burguesa contemporánea decrecen el poder y la influencia de los capitalistas. Estos, nos dicen, han perdido, o en todo caso están perdiendo, su preponderancia; sin revolución alguna, por "vía pacífica", se retiran de la palestra social.

¿Qué es lo que mueve a estos teóricos -desde los apologistas declarados de los monopolios hasta los revisionistas- a ver tal mengua en la dominación de los capitalistas?

Lo primero de todo, la supuesta desaparición de la propiedad capitalista, que es sustituida por la propiedad de un gran número de accionistas pertenecientes a las clases más diversas de la sociedad, con lo que se lleva a cabo una "revolución en los ingresos" que iguala el nivel de vida de la población.

Pero en este caso, bajo la nueva etiqueta de "capitalismo popular" lo que en realidad se propugna es la vieja teoría, hace tiempo criticada por Lenin, de la "democratización" del capital mediante la emisión de pequeñas acciones. En cuanto a la "revolución en los ingresos", lo que de hecho ocurre es una mayor polarización de las riquezas; cada vez es más ancho y profundo el abismo que se abre entre el puñado de multimillonarios y la gran masa de los desposeídos.

En los EE.UU., en 1956, según datos oficiales, cerca de 5,5 millones de familias, con un total de 17 *a 20 millones de personas, obtuvieron un ingreso global menor que las ganancias netas de* 17 *grandes monopolios.*

Los teóricos reaccionarios, en su afán por acumular pruebas de la "desaparición" de los capitalistas como clase, hablan constantemente también acerca de los impuestos que gravan los superbeneficios y la herencia, afirmando que ello significa la transición "pacífica" de la propiedad privada a la sociedad en su conjunto. Estos impuestos son realmente elevados, llegando a sobrepasar el 50 por ciento de los beneficios. Ahora bien, las corporaciones conocen decenas de procedimientos para eludir la tributación fiscal. Y además, las cantidades entregadas por este concepto revierten con creces a los capitalistas a través de los suculentos pedidos que les hace el gobierno y de los privilegios de toda clase que les concede, en una palabra, con ayuda del mecanismo de intervención estatal en la economía a que antes nos referíamos. Y así ocurre que ni siquiera los defensores más acérrimos de los monopolios pueden presentar un solo caso de monopolistas a quienes los impuestos les hayan causado la ruina y cuyos bienes hayan pasado a manos de la sociedad.

En la propaganda burguesa de los últimos tiempos se ha aireado sin tasa la teoría de la "revolución de los gerentes", según la cual el auténtico poder en la economía (y por tanto en la política) pasa en los países burgueses a quienes "formalmente" lo ejercen, es decir, a quienes de hecho dirigen (directores, miembros de los consejos de administración y comités ejecutivos de las corporaciones, alto personal técnico, etc.). Estos hombres, según los teóricos reaccionarios, forman una nueva clase gobernante que obra en interés de toda la sociedad.

El papel de los capitalistas en la producción cambia, en efecto; los propietarios pierden las últimas funciones útiles que cumplían y las transfieren a empleados asalariados. Esto es otro argumento que habla en favor de la expropiación del capital y del paso al socialismo. Pero la naturaleza explotadora del capitalismo no sufre por esto ni un ápice.

Porque el poder verdadero sobre la producción sigue en manos de los propietarios, y no de quienes en su nombre dirigen el proceso tecnológico, organizan la contabilidad, el abastecimiento, la venta de los productos, etc. Los ingenieros y empleados de las compañías monopolistas no pueden desplazar a los dueños u obligarles a renunciar a parte de las ganancias en beneficio de los obreros. Los dueños, en cambio, lo mismo que hace cien años, pueden quitar y poner a sus ingenieros y empleados, a los cuales dictan su voluntad.

Entre los altos empleados de los trusts los hay, se comprende, que gozan de grandes poderes: presidentes de compañías anónimas o de consejos de administración, etc. Pero en realidad se trata de los mismos capitalistas, que perciben parte de los beneficios en forma de sueldo.

No existen, pues, los cambios en la situación de la clase capitalista de que tanto hablan los teóricos burgueses, reformistas y revisionistas. Esto no significa, sin embargo, que la situación de la burguesía haya permanecido invariable en los últimos decenios.

Los cambios producidos son indudables. El principal de ellos es que se ha acentuado la *diferenciación* en el seno de esta clase. Nunca fue la burguesía un conjunto homogéneo, pero en nuestra época su diferenciación ha adquirido formas sustancialmente nuevas.

El puñado de monopolios que tiene bajo su poder a la maquinaria del Estado se eleva cada vez más no sólo sobre la sociedad, sino también sobre la clase capitalista. Resulta casi imposible hacerse un puesto entre los todopoderosos, propietarios de los grandes

consorcios y trusts, no ya para el simple mortal, sino incluso para el capitalista medio, por hábil y diestro que sea. En lugar de unos cuantos grupos de la burguesía, que se suceden unos a otros, a la cabeza de la sociedad figura un puñado de monopolistas, siempre los mismos y que de hecho no tienen responsabilidad alguna, que se apoyan en un estrecho círculo de altos funcionarios de las corporaciones, directamente relacionados con ellos, y de representantes de las esferas burocráticas y del ejército.

La ruina afecta como consecuencia de ello a partes cada vez mayores de los patronos pequeños y medios. El porcentaje de "mortalidad" de sus empresas es a veces tan elevado que algunos economistas burgueses lo comparan con la mortalidad infantil en las colonias. Para este patrono es un problema verdaderamente agudo el de *su propia subsistencia* como elemento de la clase privilegiada.

Los patronos pequeños y medios se ven así en una situación paradójica. De un lado hoy, como hace medio siglo, son explotadores y obtienen beneficios a costa del trabajo asalariado de los obreros. De otro, son oprimidos y esquilmados por los todopoderosos trusts y corporaciones.

Así, pues, el capitalismo monopolista de Estado, además de incrementar la diferenciación en el seno de la burguesía, siembra la escisión en sus filas: una de sus caras la compone el omnipotente grupo de los monopolistas, y la otra el conjunto de capitalistas medios y pequeños que constituyen la mayoría de esta clase. Con ello se estrecha aún más la base social en que descansa la dominación del capital monopolista.

5. El último peldaño en la escalera histórica del capitalismo

Cada nueva etapa de la crisis general del capitalismo es resultado de los cambios ocurridos anteriormente y, a la vez, premisa de cambios nuevos, la antesala del futuro. Una vez iniciada, la crisis general del capitalismo se desenvuelve con creciente vigor, hasta conducir al hundimiento definitivo de este sistema. El análisis de la situación del capitalismo contemporáneo y de las leyes fundamentales de su desarrollo nos lleva a la conclusión de que ninguna de las medidas adoptadas por la burguesía monopolista para salvar al capitalismo podrán eludir las contradicciones que lo corroen; antes al contrario, lo único que en última instancia hacen es desorganizarlo más.

El campo imperialista es incapaz de detener el proceso que lleva a cambiar la correlación de fuerzas en favor del campo socialista.

En la lucha contra los países socialistas, el campo imperialista no desdeña recurso alguno: desde la guerra abierta (en Corea) y el intento de organizar una rebelión contrarrevolucionaria (en Hungría) hasta la labor de zapa en sus formas más variadas. Mas en respuesta a los encarnizados ataques de los imperialistas, el campo del socialismo cierra aún más sus filas.

La continuada carrera de armamentos y la preparación de una nueva guerra por los Estados imperialistas obligan a los países socialistas a distraer de la construcción pacífica una parte considerable de sus energías y recursos, con el fin de asegurar su capacidad defensiva. Eso es cierto. Pero la superioridad del modo socialista de producción es tal, que, hasta en estas condiciones, los países del campo socialista consiguen grandes éxitos en la emulación económica con el sistema mundial del capitalismo, sobre el que prevalecen claramente en todos los sentidos. Las victorias en esta histórica emulación infunden a los pueblos de los países socialistas nuevas energías en su trabajo, ayudan a acelerar el ritmo de la construcción de paz y, al mismo tiempo, incrementan en los países capitalistas la atracción que los trabajadores sienten hacia el socialismo.

No tienen tampoco éxito los intentos de los capitalistas para restablecer sus tambaleantes imperios coloniales o para detener al menos el proceso de desintegración del sistema colonial. El empleo que la burguesía monopolista hace de la fuerza bruta para robustecer y afianzar el colonialismo, agudiza aún más las contradicciones entre las potencias imperialistas y los pueblos de las colonias y semicolonias, y también de los países que ya se emanciparon del yugo colonial. Y los ensayos que se emprenden para someter económicamente a los pueblos de las antiguas colonias empujan a éstos a la colaboración con los países del campo socialista.

No menos infructuosos son, en última instancia, los intentos de la burguesía monopolista para aplastar la lucha de clase de los trabajadores en las metrópolis. Es verdad que, según demuestra la experiencia histórica, un terror brutal y una desenfrenada demagogia pueden anular durante cierto tiempo las acciones abiertas de la clase obrera y de otros sectores de trabajadores. Ejemplo de ello son los regímenes fascistas de Alemania e Italia. Pero en las condiciones actuales, cuando ha crecido tanto la organización y la potencia del movimiento de todos los adversarios de la burguesía monopolista, cada vez resulta esto más difícil de conseguir. Y si se logra en una u otra medida, la oligarquía dominante no suprime los conflictos de clase; no hace más que evitar su exteriorización, contribuyendo a la vez a incrementar el odio de clase de los trabajadores. Cuanto más se esfuerza la burguesía reaccionaria por utilizar el Estado en interés propio, cuanto mayor es el celo en cubrirse con él -como un escudo- para protegerse de los golpes que le preparó la historia, mejor convence a las grandes masas trabajadoras de que sin la lucha por el poder éstas jamás podrán

defender y ver satisfechos sus intereses.

Por mucho que se afane la burguesía reaccionaria de los principales países capitalistas, crecen y crecerán las contradicciones en el seno del campo imperialista. El imperialismo norteamericano, que alimenta los ambiciosos propósitos de conquistar el dominio del mundo y de aplastar el movimiento de liberación de los pueblos, necesita mantener su hegemonía dentro del mundo capitalista y ganarse como aliados a todos los grandes países de ese campo. Nadie pondrá en duda que ha conseguido ya algo en este sentido. Pero no hay que olvidar que el imperialismo únicamente puede adquirir aliados colocándolos bajo su dependencia. Y esto lleva a choques continuos con los círculos dirigentes de los Estados que se ven sujetos al carro del imperialismo norteamericano, tanto más que, en virtud del desarrollo desigual del capitalismo, el reparto ya hecho de las esferas de influencia deja de corresponder a la correlación real de fuerzas dentro del campo capitalista.

De todo esto se puede llegar a la conclusión de que las dificultades principales del capitalismo monopolista contemporáneo no han quedado atrás, sino que las tiene aún por delante. El carácter social de la producción reclama cada vez más imperiosamente, y seguirá haciéndolo, la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción, la sustitución del capitalismo por el socialismo. El capital financiero quiere burlar a la historia y, en lugar de la socialización socialista, mantener su dominación con un simple cambio de forma, que es lo que significa el capitalismo monopolista de Estado. Pero la maniobra está condenada al fracaso. La conversión del capitalismo monopolista en capitalismo monopolista de Estado no significa la salvación de un sistema que agotó sus posibilidades, sino únicamente la *culminación de la preparación material* del sistema social nuevo, socialista. "... El capitalismo monopolista de Estado -escribía Lenin- es la más completa preparación *material* del socialismo, es la *antesala* del mismo, es un punto de la escalera histórica que ya no tiene *ningún peldaño intermedio* entre él y el punto denominado socialismo."[151]

Así, pues, en el seno del régimen capitalista se operan importantes procesos como resultado de los cuales, cuando los trabajadores tomen el poder, se verá sensiblemente facilitada la transformación socialista de la sociedad. En los países capitalistas desarrollados la nacionalización socialista de los monopolios convertiría en patrimonio de todo el pueblo el 60, el 70 por ciento, y acaso más, de la producción social. "... En una situación revolucionaria, al producirse la revolución -subraya Lenin- el capitalismo monopolista de Estado pasa *directamente* a socialismo."[152]

Por lo que se refiere a las premisas políticas de la revolución socialista, también siguen creciendo, tal como lo preveía Lenin en su análisis del imperialismo.

El capitalismo monopolista de Estado no amortigua las contradicciones de clase; antes al contrario, estimula la lucha de clase del proletariado, profundiza el antagonismo que hay entre los grupos reaccionarios de la oligarquía monopolista y todas las demás clases y capas de la sociedad burguesa contemporánea y favorece el desarrollo de nuevos movimientos democráticos, cada vez más unidos a la lucha de liberación de la clase obrera, y la formación de un vasto frente antimonopolista y antiimperialista.

Todos estos fenómenos del capitalismo contemporáneo, que son objeto de un análisis detenido en los capítulos de la sección siguiente, significan la entrada de este sistema social, una vez agotadas todas sus posibilidades, en la época de su hundimiento definitivo.

[151] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXV, pág. 333.

[152] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVI, pág. 143.

SECCIÓN CUARTA.
TEORÍA Y TÁCTICA DEL MOVIMIENTO COMUNISTA INTERNACIONAL

Capitulo XI. La misión histórica de la clase obrera

Un profundo análisis de la economía del capitalismo llevó a Marx y Engels a la conclusión de que en el seno de este régimen social se encuentra el germen de su destrucción, de su sustitución por un sistema social nuevo, que es el socialismo. Pero los fundadores del marxismo no se limitaron a trazar la orientación general del ulterior desarrollo; en el proletariado, en la clase obrera, descubrieron la fuerza social encargada de llevar a cabo esta gran transformación de la sociedad: derrocar el capitalismo y construir el socialismo.

Este descubrimiento quedó expuesto y sólidamente argumentado en el *Manifiesto del Partido Comunista,* que vio la luz en 1848, en Alemania. "...La burguesía -se dice en él- no sólo ha forjado el arma que le trae la muerte; ha engendrado también a los hombres que dirigirán contra ella esa arma, a los modernos obreros, a los *proletarios."* "Con el desarrollo de la gran industria, de los pies de la burguesía se escapa la base misma sobre la cual produce y se apropia de los productos. Produce ante todo a sus propios sepultureros. Su desaparición y el triunfo del proletariado son igualmente inevitables."[153]

1. La clase obrera lleva la emancipación a la humanidad trabajadora

¿En qué se basaban Marx y Engels para determinar la misión histórica de la clase obrera?

Primero, en que la clase obrera, que es la clase más explotada de la sociedad capitalista, en virtud de sus condiciones de vida se convierte en el adversario más consecuente y firme del sistema capitalista. Su vital interés de clase empuja a los obreros a una lucha sin cuartel contra el capitalismo. "De todas las clases que ahora se oponen a la burguesía -señalaban Marx y Engels-, sólo el proletariado es una clase realmente revolucionaria."[154]

Segundo, en que los obreros, por la misma situación que ocupan en la producción, no se hallan vinculados al pasado de ésta, sino a su futuro, y por consiguiente, al futuro de la sociedad entera.

¿Qué significa esto?

Lo primero de todo, que el desarrollo de la base material del capitalismo -la gran industria- no amenaza la existencia del proletariado como clase, no quebranta sus posiciones en la sociedad, sino que, al contrario, impulsa el incremento numérico de los obreros y acrecienta su papel en la vida social.

Significa también que los intereses y aspiraciones de la clase obrera coinciden con la orientación general de desarrollo de las fuerzas productivas. El nivel de desarrollo alcanzado por estas fuerzas bajo el capitalismo exige la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción. Al cumplimiento de esta tarea está llamada la clase obrera, el interés de la cual, objetivamente, reside no sólo en la destrucción del capitalismo, sino también en su sustitución por el socialismo, régimen que, una vez implantado, abre vastos horizontes para un gigantesco crecimiento de las fuerzas productivas de la sociedad.

Como escribían Marx y Engels, el proletariado ejecuta la sentencia que la propiedad privada, al engendrarlo, había dictado contra sí misma. En efecto, los obreros constituyen la única clase que carece de propiedad privada sobre los medios de producción, y a la que, por lo tanto, no puede tener en gran aprecio. Más aún, como la propiedad privada sobre los medios de producción es la base de la explotación del obrero por el capitalista, quiere decirse que *su supresión y sustitución por la propiedad social es el único camino que la clase obrera tiene para emanciparse.*

Cuando Marx y Engels llegan a la conclusión de que es precisamente la clase obrera la llamada a destruir el capitalismo y construir el socialismo, tenían presente también que es la única clase en posesión de las cualidades de luchador que son necesarias para el cumplimiento de tan gran tarea histórica.

¿Qué cualidades son éstas?

La clase obrera posee, ante todo, la superioridad del número. Es una de las clases más numerosas de la sociedad capitalista y, además, crece vertiginosamente.

Pero no se trata sólo de esto. La clase obrera, por las condiciones mismas de su vida y su trabajo, es también la que más se presta a la organización. El trabajo en las grandes empresas habitúa al obrero al

[153] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. IV, págs. 430, 436.
[154] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 434.

espíritu de colectivismo, a una severa disciplina, a las acciones conjuntas y a la solidaridad, virtudes inestimables no sólo en el trabajo, sino también en la lucha. Los propios capitalistas, al reunir a miles de obreros bajo el techo de sus fábricas, que además suelen estar situadas en grandes ciudades, contribuyen a superar la dispersión y el aislamiento que pesaban como una maldición sobre los otros movimientos de masas de los trabajadores, y en especial sobre el movimiento campesino. De ahí que los obreros puedan unirse y organizarse mejor que cualquiera otra clase.

La clase obrera es también, entre todas las clases oprimidas, la más capaz de desarrollar su conciencia y de aceptar una ideología científica avanzada. La gran industria necesita de un trabajador más instruido que la economía de otras formaciones. Y las condiciones de la lucha de clases en la época del capitalismo exigen una conciencia política incomparablemente más elevada. Esta conciencia la adquiere el proletariado no sólo y no tanto en los libros como en la experiencia del trabajo y de la lucha. Además, a la clase obrera se incorporan los mejores intelectuales; éstos le ayudan a elaborar y adquirir una ideología revolucionaria científica, la cual, al hacerse patrimonio de millones de obreros, se transforma en una fuerza formidable.

Los proletarios son, al mismo tiempo, la clase más combativa y revolucionaria de la sociedad.

Todo esto la convierte en la encargada de suprimir el capitalismo y sustituirlo por el socialismo.

De ahí que se califique de histórica esta misión de la clase obrera.

En el curso de la historia, a la cabeza de la sociedad han figurado clases distintas: los esclavistas, los señores feudales y los capitalistas. Cada una de estas clases transformaba la sociedad de acuerdo con sus necesidades e intereses y contribuía al establecimiento de un modo de producción más avanzado. Pero la injusticia social y la desigualdad se mantenían siempre en pie. A la cabeza de la sociedad figuraba constantemente un puñado de opresores, y cada nuevo paso por la vía del progreso era conseguido al precio de inenarrables calamidades de las masas trabajadoras, que siempre fueron la inmensa mayoría de la sociedad.

Cuando la clase obrera se pone a la cabeza de la sociedad acaba para siempre con esta tremenda injusticia. A la vez que se emancipa ella misma, emancipa a la sociedad entera. Transforma la organización social de conformidad con sus necesidades e intereses y crea una sociedad nueva, en la que todos los hombres serán verdaderamente felices. Porque la misión de la clase obrera consiste en eliminar definitivamente la causa primera de la injusticia social -la propiedad privada sobre los medios de producción-, que trae consigo la división de la sociedad en ricos y pobres, en explotadores y explotados, en opresores y oprimidos. Este es el único camino capaz de liberar a la sociedad de la miseria y la falta de derechos de las masas, de la opresión nacional y política, del militarismo y de las guerras.

"Todos los movimientos que han tenido lugar hasta ahora -decían Marx y Engels en el *Manifiesto del Partido Comunista*- eran movimientos de una minoría o se realizaban en interés de una minoría. El movimiento proletario es el movimiento independiente de la inmensa mayoría en interés de la inmensa mayoría."[155]

La doctrina de la misión histórica de la clase obrera es una parte muy importante de la ideología marxista. Por primera vez indicaba la vía real para que las masas oprimidas y explotadas pudiesen ver cumplidas sus aspiraciones de libertad y de justicia. ¡Cuántos hombres eminentes y movimientos sociales fracasaron porque no pudieron ver la fuerza social que era capaz de dar a los pueblos la libertad, el bienestar y la felicidad! Unos apelaban a la sabiduría de los monarcas, otros esperaban que la sociedad sería salvada por el genio creador de los científicos e ingenieros, o veían la salvación en los "hombres dotados de espíritu crítico", o en la vuelta al régimen patriarcal campesino y a los gremios de las industrias medievales. Todas estas esperanzas y proyectos conducían únicamente a una estéril dilapidación de fuerzas y energías, y a menudo de vidas humanas. El luminoso sueño secular de la humanidad -el socialismo- dejó de ser una utopía incorpórea cuando apareció y quedó definida científicamente la fuerza social capaz de dar vida a ese sueño, cuando la misión histórica de la clase obrera se hizo evidente para los propios obreros y los hombres avanzados de otras clases oprimidas de la sociedad capitalista.

Por eso Lenin, al referirse a los inapreciables méritos de los fundadores del marxismo, escribía: "Lo principal en la doctrina de Marx es el esclarecimiento del papel histórico del proletariado como creador de la sociedad socialista."[156]

2. Incremento del peso y del papel político-social de la clase obrera

En el tiempo en que Marx y Engels descubrieron la misión histórica de la clase obrera, ésta constituía aún una capa bastante reducida de la población incluso en los países desarrollados. Y en la mayoría de los países restantes sus núcleos eran reducidísimos.

Era además una clase que apenas si empezaba a tener noción de sus intereses. Aún había de convertirse en una fuerza consciente y organizada. Las ideas del socialismo y el comunismo científico eran patrimonio de un reducido grupo de obreros conscientes e intelectuales avanzados, que se habían

[155] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 435.
[156] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XVIII, pág. 544.

colocado junto a la clase obrera. El primer partido marxista -la Liga de los Comunistas, creada por Marx y Engels en 1847- no contaba más que con unos centenares de miembros repartidos en distintos países. Los sindicatos acababan de nacer.

Sin embargo, antes de transcurrir un siglo, lo que entonces pudo percibir solamente la visión de dos pensadores geniales resultaba evidente para muchos millones de hombres.

La clase obrera se ha convertido en la primera fuerza político-social de nuestros tiempos y, en bastantes países, ha demostrado prácticamente ser capaz de cumplir la misión que le asignaba la historia: suprimir el capitalismo y construir el socialismo. Sus fuerzas y su capacidad de lucha han crecido también formidablemente en los países en que los obreros siguen siendo una clase explotada.

Incremento numérico de la clase obrera.

A mediados del siglo XIX, en los Estados Unidos había alrededor de un millón de obreros, lo que significaba, aproximadamente, del cinco al seis por ciento de la población. En 1957 eran ya unos 20 millones que, unidos a sus familias, representaban cerca de la mitad de la población del país.

En Alemania, hace cien años la clase obrera no alcanzaba al tres por ciento de la población, mientras que ahora pasa de la mitad.

En Inglaterra constituye actualmente una gran mayoría del total de sus habitantes.

Hoy día, el número de personas ocupadas en la industria de todos los países es de unos 200 millones, de los que casi todos son obreros. Quiere decirse que, contando a las familias, el ejército de obreros industriales no baja ya de los 500 millones. Y eso a pesar de que el proceso de desarrollo de la gran industria en los países más poblados (China, la India) se ha iniciado hace relativamente poco. El número y el peso de todos los obreros industriales en la población del mundo seguirá creciendo con rapidez.

Incluso si consideramos sólo el factor numérico, la clase obrera es, pues, una gran fuerza. Esto es una confirmación irrefutable de la doctrina marxista, que hace algo más de cien años anunció que la clase obrera, en el curso de la evolución histórica, crecería sin cesar, mientras que se reduciría el peso de las otras clases.

Todavía ha aumentado más el papel de la clase obrera en la vida económica de la sociedad. En los países de un cierto desarrollo, esta clase produce ya la parte mayor de las riquezas nacionales. Su trabajo es la fuente principal de los valores materiales que satisfacen las necesidades de los hombres.

La clase trabajadora más organizada y consciente.

Marx y Engels vieron en la clase obrera una capacidad de organización como ninguna otra poseía. El tiempo les ha dado por completo la razón. El camino de los obreros hasta la organización de clase ha sido complejo y difícil. ¡Qué barreras no les habrá puesto la burguesía dominante! Prohibiciones y represiones, persecución inhumana de los jefes del proletariado, creación de organizaciones seudoobreras, como los sindicatos amarillos, dóciles a la voluntad de los patronos y de la policía, estímulo de los conflictos nacionales y del odio de raza: todo se puso en marcha con el propósito de perpetuar la dispersión de los obreros.

Pero las fuerzas que empujaban a los proletarios a la organización -necesidad de defender sus intereses bajo la amenaza del hambre y la miseria, solidaridad forjada en la lucha de clases- eran lo bastante vigorosas como para superar barreras y persecuciones de todo género.

La clase obrera comenzó de ordinario a unirse en organizaciones de ayuda mutua, socorro de enfermedad, cooperativas, etc. En realidad se trataba de organizaciones de ayuda, y no de lucha. Paralelamente, sin embargo, en la primera mitad del siglo XIX aparecen ya los *sindicatos,* que permitían a los obreros luchar eficazmente por sus intereses económicos directos. Durante largo tiempo, en una misma empresa existían sindicatos de oficio, que se mantenían independientes entre sí. Luego, en la mayoría de los países aparecieron los sindicatos de industria, a la vez que se formaban federaciones nacionales e internacionales. Hoy día los sindicatos cuentan con más de 160 millones de afiliados en todo el mundo.

Pero la organización sindical no bastaba para dirigir la lucha de la clase obrera. Las necesidades de la lucha por los intereses inmediatos, y sobre todo por la gran meta del movimiento obrero -el socialismo-, requerían imperiosamente una forma superior de organización: el *partido político* de la clase obrera. Esta forma atravesó también por grandes vicisitudes en su desarrollo, yendo desde pequeños círculos y grupos hasta los partidos de millones de miembros unidos entre sí por los lazos de la solidaridad internacional. Actualmente los partidos políticos de la clase obrera cuentan con más de 43 millones de afiliados, de los cuales 33 millones pertenecen a los partidos de nuevo tipo, basados en los principios del marxismo-leninismo, es decir, partidos que mantienen una lucha sin cuartel en defensa de intereses de los obreros y que son efectivamente capaces de protegerlos.

El obrero de nuestros días ha dejado muy atrás al proletario semianalfabeto que en la segunda mitad del siglo XIX era la figura típica dentro de la clase obrera de la mayoría de los países burgueses. Ha crecido incomparablemente no sólo la formación profesional, sino también el nivel cultural de los obreros. La clase obrera moderna es la legítima heredera de los valores culturales del pasado y la

fuerza motriz en la creación de una cultura nueva, socialista, una cultura que ocupa posiciones dominantes en los países del socialismo y que se abre camino allí donde aún impera el capital.

En los medios proletarios ha nacido y se desarrolla una moral nueva, colectiva, muchos de cuyos rasgos son un anuncio de lo que será la moral de la futura sociedad comunista. La ley del capitalismo, según la cual el hombre es un lobo para el hombre, es la base de la moral individualista y de la propiedad privada. La clase obrera rechaza ese principio antihumano. Desde los primeros pasos de su vida social y de trabajo, el proletario aprende por propia experiencia y hace suyo el viejo principio del movimiento obrero: "el obrero es hermano del obrero". El proletario consciente interpreta esto en un sentido más amplio: es hermano del obrero y de todos los oprimidos y explotados. Los hombres del trabajo, y en primer término los obreros, han sido el único medio social en que no pudieron echar raíces la amoralidad y la disolución que invaden capas cada vez más amplias de la sociedad burguesa. El humanismo, la honradez, la abnegación, la generosidad, son hoy día rasgos característicos, más que de ninguno otro, de las gentes sencillas, de los obreros, que tienen una elevada noción de lo que significa el verdadero amor a los hombres.

Estos avances de la clase obrera en cuanto a su cultura y su moral han ido unidos al incremento de su conciencia política, aunque este proceso haya seguido una marcha desigual en los distintos países: en algunos de ellos, incluso en países con un nivel cultural bastante alto, la burguesía ha conseguido nublar la conciencia política de clase de una parte importante de los obreros y someterlos a su influencia ideológica.

Los obreros han llegado a adquirir conciencia de clase, a comprender sus intereses y la vía que puede emanciparlos, no en escuelas ni universidades, sino en el fuego de la lucha diaria y de grandes combates de clase, de brillantes triunfos y de amargas derrotas. Tanto más sólida es la instrucción que han adquirido. Durante el último siglo la clase obrera ha reunido una experiencia formidable.

Esta experiencia ha sido recogida por los geniales pensadores y luchadores Marx, Engels y Lenin. El proletariado dispone ahora del inapreciable tesoro de las ideas marxistas-leninistas, que significan la suprema conquista de la ciencia y la cultura.

3. Comunidad de intereses de la clase obrera y de todos los trabajadores

La clase obrera no es sólo fuerte por el número, por la conciencia y organización de sus propias filas, sino también por la comunidad que presentan sus intereses y los intereses vitales de todos los demás destacamentos de trabajadores.

Esta comunidad de intereses tiene profundas raíces en el sistema capitalista. El yugo de los capitalistas pesa también sobre las grandes masas campesinas, sobre la pequeña burguesía urbana, los intelectuales y los empleados.

A medida que el capitalismo se desarrolla, y en particular al establecerse el dominio omnímodo de los monopolios, la dominación económica y política de la burguesía gravita sobre capas cada vez más amplias hasta hacerse intolerable. Unos mismos enemigos y unos mismos intereses: tal es la base objetiva sobre la que se forma la alianza de la clase obrera con todas las demás clases y capas que se oponen a la burguesía reaccionaria. Esta alianza decuplica las fuerzas del proletariado y hace posible su victoria aun en los países en que no constituye la mayoría de la población. Así ocurrió, por ejemplo, en Rusia. Y la experiencia de China y de algunas otras democracias populares demuestra que, en alianza con las grandes masas de la población, la clase obrera puede llevar a cabo la revolución socialista hasta en sitios donde es una parte relativamente pequeña.

Cualquiera que sea la posición de las demás capas trabajadoras hacia los objetivos fundamentales del movimiento socialista, hay un gran número de problemas importantes por los que pueden luchar y luchan junto a los obreros. Tales son la defensa de los intereses económicos inmediatos frente a los monopolios, el mantenimiento de la paz, de la independencia nacional y la democracia, etc. Se trata de cuestiones que se derivan de las propias condiciones de vida de las grandes masas y que por esta razón son pronto y fácilmente comprendidas.

La clase obrera, lo mismo que las restantes capas de trabajadores, tiene un interés vital en agrupar con ella todas las fuerzas para defender sus comunes intereses. Unos y otros salen ganando de esta alianza, pues los frutos de las victorias comunes son para todos. Y los reveses de esta lucha, debidos de ordinario justamente a la dispersión de las fuerzas, repercuten también sobre todos los trabajadores.

La unidad de intereses de la clase obrera y de los trabajadores en general no se limita a la comunidad de sus fines inmediatos. Las más grandes masas están profundamente interesadas en alcanzar la meta final que el proletariado se marca: el derrocamiento del capitalismo y la construcción del socialismo. Cuando se dice que la clase obrera, al emanciparse, emancipa a la sociedad entera de toda clase de opresión, no se repite una frase buena para la propaganda, sino que se deja sentada una verdad exacta y científicamente comprobada de los procesos objetivos que transcurren en la realidad. De ahí que también en la lucha por el socialismo las demás capas trabajadoras tienen todas las razones para ser aliadas de la clase obrera.

Las grandes masas de *campesinos,* que en muchos países representan el sector más numeroso de la población, siguen siendo víctimas ya de las

supervivencias del feudalismo, ya del yugo de los monopolios, ya de lo uno y lo otro al mismo tiempo. ¿Puede el capitalismo resolver los problemas que preocupan a los campesinos? No, porque el desarrollo capitalista no les augura más que la ruina, la pérdida de sus tierras y la proletarización de la aldea. Únicamente el socialismo da solución a los problemas con que se enfrentan los campesinos trabajadores, al liberarlos del yugo de los terratenientes y de los capitalistas y al abrir ante ellos perspectivas como jamás pudieron soñar.

Lo mismo ocurre en cuanto a la *pequeña burguesía urbana.* Dentro del capitalismo, sobre todo en la etapa actual, esta numerosa capa social apenas si resiste la embestida del gran capital y se encuentra siempre al borde de la ruina. Los problemas de la pequeña burguesía urbana tampoco pueden ser resueltos a fondo más que con el socialismo. La cooperación abre anchas vías y ofrece una vida acomodada a los artesanos. El vertiginoso incremento de la economía dentro del socialismo proporcionará trabajo a todos cuantos lo necesiten y les garantizará unas dignas condiciones de la vida, poniéndolos a salvo de la necesidad y de la ruina.

Una capa bastante numerosa de la sociedad capitalista, en crecimiento constante, es la de quienes se ocupan de uno u otro *trabajo intelectual:* empleados, ingenieros y técnicos, maestros, médicos, escritores, artistas, etc. En el pasado, muchos de ellos constituían un grupo social privilegiado, pero ahora en su inmensa mayoría son explotados y oprimidos por la oligarquía dominante. Lo único que puede liberarles del yugo es el socialismo, que abre horizontes como jamás se vieran para la creación científica y artística, conduce a un gran florecimiento de la cultura y acaba con la dependencia asfixiante del dinero en que los hombres del trabajo intelectual se encuentran.

La clase obrera es la fuerza dirigente en la lucha del pueblo contra la opresión capitalista.

Así, pues, en la situación actual, las condiciones no pueden ser más favorables para la alianza de la clase obrera con las demás capas sociales que se oponen a la burguesía reaccionaria. La clase obrera está llamada a ejercer la hegemonía en esa alianza.

En ello coinciden los intereses de los propios aliados de la clase obrera, que únicamente bajo su dirección pueden triunfar sobre la burguesía monopolista. Porque los obreros son la única clase que, además de ser capaz de mantener una lucha consecuente contra el yugo del capital, posee un programa real de transformación de la sociedad en consonancia con los intereses vitales de todos los trabajadores. Sólo el proletariado puede crear su partido político, armado de una ideología científica y capaz de conducir al pueblo a la anhelada meta.

Para la clase obrera, su papel director del movimiento de liberación de las otras capas trabajadoras es garantía necesaria de su propia emancipación social. Únicamente así puede el proletariado rebasar el estrecho marco de la lucha gremial por mejorar las condiciones de venta de su fuerza de trabajo a los capitalistas y elevarse hasta el papel de dirigente de la nación y de la sociedad.

"Como única clase que es revolucionaria hasta el fin de la sociedad moderna -escribía Lenin refiriéndose a los obreros- debe ser la dirigente, ejercer la hegemonía en la lucha de todo el pueblo por la completa transformación democrática, en la lucha de *todos* los trabajadores y explotados contra los opresores y explotadores. El proletariado es revolucionario sólo en la medida en que comprende y aplica esta idea de la hegemonía. El proletario que comprende esta tarea es un esclavo que se levanta contra la esclavitud. El proletario que no tiene conciencia de la idea de la hegemonía de su clase, o que reniega de ella, es un esclavo que no comprende la situación en que se encuentra; en el mejor de los casos es un esclavo que lucha por mejorar su situación como tal, *pero no* por el derrocamiento de la esclavitud."[157]

La clase obrera no trata de conseguir privilegios a expensas de otras clases y capas del pueblo. Al contrario, la dirección de las masas trabajadoras le impone nuevos deberes, entre ellos el de tener en consideración los intereses específicos de las otras capas trabajadoras del pueblo, de preocuparse por ellos y de luchar por ellos como si fueran suyos. Por consiguiente, cuando la clase obrera mantiene su papel dirigente en la lucha de liberación de todos los trabajadores, piensa que la única manera de emanciparse ella misma es consiguiendo la libertad para todos los trabajadores y creando una sociedad en la que no exista ningún género de explotación y opresión.

4. El internacionalismo, manantial de fuerzas para el movimiento obrero

Carácter internacionalista del movimiento obrero.

En el pasado no podían ser internacionalistas ni las clases opresoras ni las oprimidas. Oponíanse a ello las condiciones históricas y también el lugar de estas clases en la producción social y su modo de vida.

La primera clase consecuentemente internacionalista son los obreros, los proletarios. Apareció en la palestra histórica en una época en que empezaba a formarse la economía mundial, cuando los vínculos económicos adquirían un carácter verdaderamente mundial y, a continuación de los lazos económicos, crecían en proporciones inusitadas los nexos culturales y de otra índole entre los países y los pueblos. Tal es la situación histórica general que

[157] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XVII, págs, 201-202.

permitió la aparición del internacionalismo de los obreros.

Pero si los obreros son genuinamente internacionalistas, no se debe sólo a las condiciones externas; también contribuyen a ello sus vitales intereses de clase. Los obreros carecen de propiedad privada, que divide a los hombres, y les son asimismo ajenos los intereses que engendran la hostilidad hacia los trabajadores de otros países y nacionalidades. Al contrario, los obreros de todos los países tienen un interés primordial único: el derrocamiento del yugo del capital. Este interés los agrupa contra la fuerza internacional de los capitalistas, haciendo que el internacionalismo se convierta para los obreros no en algo posible, sino necesario, condición obligatoria para el éxito de la lucha por el socialismo y el comunismo.

El carácter internacionalista del movimiento obrero no tardó en revelarse. Los obreros de cada país mantenían en un principio la lucha contra "su" burguesía, mas pronto empezaron a ponerse de acuerdo para su acción común, a apoyarse mutuamente y prestarse ayuda, así como para crear sus propias organizaciones internacionales.

Desde el punto y hora en que apareció y se extendió por todo el mundo la doctrina marxista y se formaron los partidos políticos del proletariado, el movimiento obrero es profundamente internacionalista. Marx y Engels expresaron el principio del internacionalismo en la fórmula precisa de su inmortal consigna: "¡Proletarios de todos los países: uníos!"

Todo el que haya asimilado la doctrina marxista y comprendido la misión histórica del proletariado por ella descubierta no puede por menos de ser internacionalista, de buscar conscientemente la unidad y colaboración de los trabajadores de todos los países. Por eso, a medida que el marxismo-leninismo vence en el movimiento obrero de cualquier país, se amplían los vínculos internacionalistas de este movimiento con los trabajadores de otros países. Para los partidos marxistas-leninistas, el internacionalismo es parte integrante importantísima de su ideología y su política. Sin el internacionalismo, sin la unión de esfuerzos de los trabajadores de todos los países, es imposible vencer a la burguesía mundial y construir una sociedad nueva.

El *internacionalismo proletario* es, ante todo, la ideología científica de la comunidad de intereses de la clase obrera de todos los países y naciones. En segundo lugar, es el sentimiento de solidaridad de los trabajadores de todos los países, de fraternidad de los hombres del trabajo. En tercero, es un determinado tipo de relaciones entre los destacamentos nacionales de la clase obrera. Dichas relaciones se basan en la unidad y armonía de acción, en la ayuda y el apoyo recíprocos. Se basan en el principio de *libre aceptación,* en la conciencia de que tales relaciones responden a los intereses vitales de los obreros de todos los países.

El internacionalismo proletario no niega en absoluto la independencia de los destacamentos nacionales de la clase obrera, su derecho a resolver por sí mismos sus propios asuntos. Pero esto no debilita en modo alguno la unidad de la clase obrera en el plano internacional. Todo lo contrario, precisamente porque en el movimiento obrero internacional políticamente consciente reina el espíritu de una verdadera igualdad de derechos y de respeto a los intereses de los obreros de las distintas naciones, entre los trabajadores de todos los países es cada vez más profunda la confianza mutua y la tendencia a la colaboración.

Los ideólogos burgueses tratan de demostrar que el internacionalismo de la clase obrera significa la desestimación de los intereses nacionales de su propio pueblo. Esto es deformar la esencia del internacionalismo proletario. Es precisamente la lucha de liberación de la clase obrera lo que asegura a cualquier nación el mantenimiento de su libertad e independencia, la igualdad de derechos con las demás naciones, el ascenso del bienestar de todas las capas de la población y el florecimiento de la cultura nacional.

Solidaridad internacional de los trabajadores.

La solidaridad y unión del proletariado se han robustecido extraordinariamente a lo largo de los últimos cien años. Ello encuentra expresión concreta, principalmente, en la organización del movimiento obrero. Los sindicatos de diversos países se agrupan ahora en poderosas federaciones internacionales, de las cuales la más importante es la Federación Sindical Mundial, que ha demostrado ser un defensor consecuente de los intereses internacionales y nacionales de los obreros. También mantienen estrechos vínculos los partidos políticos de la clase obrera, y en primer lugar los partidos marxistas-leninistas. Diversas formas de colaboración internacional se observan en otras organizaciones de trabajadores (de jóvenes, de mujeres, cooperativas), y también en los movimientos democráticos progresistas en los que la clase obrera ocupa un primer puesto (movimiento de los pueblos en defensa de la paz y otros).

Pero los avances del internacionalismo proletario no se circunscriben a las formas orgánicas. Se han producido grandes cambios en la conciencia de los obreros y, bajo la influencia de éstos, en la conciencia de todos los trabajadores. Los hombres del trabajo comprenden cada vez más la comunidad de sus intereses con los de sus hermanos de otros países y naciones, así como el valor que representa su cohesión, la unidad de acción y la solidaridad de clase.

Tales cambios en la conciencia de los obreros tienen raíces profundas en la realidad histórica. La transformación del capital monopolista en una fuerza reaccionaria internacional, con la consiguiente formación del campo imperialista -dispuesto a cualquier crimen, a cualquier infamia para esquilmar y oprimir a todos los pueblos del mundo-, contribuye objetivamente a que los trabajadores de los distintos países comprendan la comunidad de sus intereses vitales. La propia vida hace ver a los obreros que no pueden permanecer indiferentes ante la suerte de otros países y pueblos. Las severas lecciones de la historia les convencen, por ejemplo, de que las guerras coloniales, aun las mantenidas por los imperialistas en los rincones más alejados de la tierra, significan inevitablemente para los trabajadores un incremento de las cargas económicas y de la reacción política que pesan sobre ellos, y, lo que es más importante, acentúan la amenaza de una nueva guerra mundial. De la misma manera, las derrotas infligidas por la burguesía imperialista de cualquier país a su clase obrera -como lo demuestran las enseñanzas del fascismo en Alemania- pueden empeorar las condiciones del movimiento obrero en otros países capitalistas y dejar a los imperialistas las manos libres para desencadenar una guerra mundial.

El internacionalismo de la clase obrera ha demostrado en la práctica su eficacia. En 1918-1920, cuando sobre la joven República Soviética se lanzó la burguesía reaccionaria de muchos países, el movimiento obrero internacional se puso frente a la intervención imperialista. La solidaridad internacional de los trabajadores fue un arma excelente en la lucha contra el fascismo. Miles de obreros de distintos países combatieron contra los fascistas en los campos de España, y luego se incorporaron a la Resistencia en Francia, Bélgica, Grecia, Noruega, Italia y otros países ocupados por los hitlerianos. Los obreros de todos los países apoyaron la heroica guerra de liberación del pueblo soviético contra los invasores fascistas.

Después de la segunda guerra mundial, la solidaridad internacional de la clase obrera ha encontrado brillante expresión en la lucha contra las nuevas maniobras de los agresores imperialistas, en apoyo de las acciones de la Unión Soviética y de todo el campo socialista contra la agresión del imperialismo. Ello contribuyó grandemente a limitar y poner fin a las guerras desencadenadas por los imperialistas contra los pueblos de Indonesia, Indochina, Corea, Egipto y otros países.

La unidad de acción internacional de los trabajadores, su cohesión y solidaridad es en nuestros días una fuerza formidable en la lucha que se mantiene contra los intentos del campo imperialista por poner fin a la independencia, la libertad y la felicidad de los pueblos. Esta es la razón de que los Partidos Comunistas no cesan de plantear la tarea de fortalecer la solidaridad internacional de los trabajadores en la lucha por la paz, la democracia y el socialismo.

5. Obstáculos y dificultades del movimiento obrero en su desarrollo

Los grandes éxitos y triunfos históricos de la clase obrera han sido conseguidos en encarnizada lucha. Para alcanzarlos hubieron de ser salvadas numerosas barreras. Todo obrero consciente, todo marxista debe ver esos obstáculos, a fin de comprender mejor las tareas futuras del movimiento obrero internacional.

Las dificultades que se presentan ante el movimiento obrero son de naturaleza diversa, pero las principales son las que en su camino levanta la burguesía. El proletariado tropieza con ellas constantemente, y no es empresa fácil superarlas. Porque los obreros han de luchar contra una clase que tiene gran experiencia política y que dispone de un poderoso aparato de presión económica y de violencia física y espiritual. Las organizaciones obreras no han aprendido en todos los sitios, ni mucho menos, a hacer frente a las dificultades de dicho género, y esa es una de las causas principales del atraso del movimiento socialista en una serie de países.

En su historia, de más de cien años, el movimiento obrero ha experimentado pérdidas sensibles por el terrorismo de la burguesía: muchos millares de combatientes proletarios fueron asesinados ferozmente, decenas y cientos de miles fueron a parar a la cárcel; las organizaciones obreras fueron empujadas repetidas veces a la clandestinidad y se pusieron toda clase de trabas a su labor.

En las condiciones actuales, los círculos dominantes de los países capitalistas recurren cada vez más a las represiones policíacas, al chantaje y a la intimidación de la parte más activa y consciente de los obreros. Cuanto más frágiles son las posiciones de la burguesía, más recurre ésta a la violencia.

Pero la burguesía dominante no se limita, en su lucha con el movimiento obrero, a las medidas de persecución. Otra calamidad que pesa sobre los obreros de los países donde hay desocupación crónica es la constante amenaza de verse despedidos y de ser incluidos en las listas negras de las organizaciones patronales. Con ayuda de este inhumano método, los capitalistas norteamericanos ejercen ahora la más fuerte presión para impedir el desarrollo de un movimiento obrero independiente.

La burguesía dominante recurre también en vasta escala al engaño, a la demagogia social y a otros métodos más sutiles y hábiles -más peligrosos por tanto- de desorganización de la clase obrera, a la que trata de someter a su putrefacta influencia espiritual.

La cosa se complica si consideramos que los obreros no constituyen una clase homogénea. Sus filas se nutren sin cesar con elementos arruinados de

la pequeña burguesía. Estas gentes llevan consigo a menudo la carga de una ideología, psicología y moral burguesas, y contaminan a otros obreros. Además, siguiendo la vieja norma de todos los opresores - "divide y vencerás"-, los grandes capitalistas se esfuerzan por sobornar a las capas altas del proletariado, por crear así una casta privilegiada, la "aristocracia obrera", a la que quieren convertir en un apoyo, en semillero de la influencia burguesa en el seno del movimiento obrero.

Todo esto hace que cierta parte de los obreros se deje impresionar por la demagogia social de la burguesía y sus agentes. La burguesía no deja de intensificar su labor en este sentido. Últimamente, en los Estados Unidos y otros países burgueses, además del aparato ordinario de la influencia sobre las masas (prensa, cine, radio, etc.), han aparecido hasta "ciencias" especiales que persiguen el mismo objeto ("relaciones sociales", "relaciones humanas", "sociología y psicología industrial", etc.). Cientos y miles de "especialistas" de estas "ciencias" trabajan ya en las empresas y en los organismos del gobierno y de la administración pública. Su misión consiste en proponer y aplicar medidas conducentes a la desorganización del movimiento obrero y a evitar las huelgas, y también a hacer que el obrero se sienta satisfecho de su suerte, a crear apariencias de una "armonía de clases" y a establecer la "paz de clases" en las empresas.

La división del movimiento obrero.

La influencia burguesa en el movimiento obrero adquiere diversas manifestaciones. La más peligrosa de ellas es la difusión del oportunismo y el reformismo. El oportunismo trata de "conciliar" el movimiento obrero con el régimen capitalista. De ahí que los líderes del reformismo centren su labor en este trabajo de conciliación con la burguesía dominante.

El reformismo provocó una profunda escisión de la clase obrera que en los países capitalistas se prolonga desde hace tiempo. Ese es el daño principal que el oportunismo ha causado al moderno movimiento obrero.

La división del movimiento obrero debilita las filas del proletariado, entorpece la lucha de éste con la burguesía y da facilidades a los capitalistas en su política reaccionaria y antiobrera. La falta de unidad entre los obreros permite a la burguesía enfrentar una parte de la clase obrera a otra, y hasta valerse de determinados grupos de obreros, sometidos a su influencia, para combatir no contra los enemigos del proletariado, sino contra sus hermanos de clase, para luchar contra el movimiento obrero revolucionario. Esta división, se comprende, va en beneficio exclusivo de los capitalistas, que explotan a los obreros.

También daña al movimiento obrero la propagación entre los proletarios de las ideas burguesas del *nacionalismo* y el *chovinismo.* El nacionalismo es peligroso, sobre todo, porque aparta a los obreros de la lucha contra su enemigo de clase. La burguesía reaccionaria ha conseguido más de una vez, atizando las pasiones nacionalistas, paralizar de momento la lucha de clase del proletariado. Además, la difusión de las ideas nacionalistas y chovinistas divide el movimiento obrero y desata los lazos de la solidaridad internacional.

El nacionalismo y el chovinismo, si no se los combate, acaban por destruir el movimiento obrero y lo empujan hacia la colaboración con la burguesía imperialista.

A la división del movimiento obrero contribuye asimismo la *influencia de la Iglesia.* Esta, a través de sus elementos reaccionarios, trata por todos los medios de aislar a los obreros creyentes de sus hermanos de clase, incorporándolos a organizaciones específicas de carácter clerical (partidos democristianos, sindicatos católicos, etc.), y apartándolos así de la lucha contra el capitalismo.

Hay que tener presente, sin embargo, que entre los propios creyentes y en determinada parte del clero la política antiobrera y reaccionaria de las jerarquías eclesiásticas tropieza con creciente resistencia. No son pocos los casos de sacerdotes honestos, que estiman su buen nombre, que se suman a la lucha por la paz y se manifiestan contra la reacción. Pero esto va en contra de lo que ordenan las altas jerarquías eclesiásticas, las cuales colocan toda su influencia y el peso de su organización al servicio de la reacción imperialista.

Por lo tanto, la burguesía dominante dispone aún de poderosos recursos para oponerse a la lucha de emancipación de la clase obrera. No sería correcto desestimar las dificultades que de ahí se desprenden. No hay que olvidar que, a medida que el movimiento obrero se robustece, se incrementa la resistencia de los enemigos de clase del proletariado. Ningún éxito puede por ello adormecer la vigilancia de la clase obrera, ni debilitar su energía en la lucha contra los obstáculos que aún se levantan en el camino que ha de llevarle a cumplir su misión histórica.

6. La clase obrera lucha y crea

Durante los cien años largos que nos separan de la primera acción revolucionaria independiente de los obreros (1848 en Francia), el proletariado ha reñido miles y miles de batallas de clase, grandes y pequeñas, saliendo vencedor en unas y vencido en otras. En esas batallas los obreros han hecho gala de un heroísmo como jamás demostró ninguna otra clase en la historia.

Las grandes virtudes combativas de la clase obrera se pusieron particularmente de relieve en la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia, en las acciones revolucionarias de los obreros de varios

países de Europa después de la primera guerra mundial y en las revoluciones democrático-populares de China y de otros países.

En un territorio habitado por más de un tercio de la humanidad, la clase obrera ha conseguido un triunfo completo en su lucha de liberación, derrotando al sistema de la esclavitud capitalista y tomando el poder en sus manos.

Esta lucha del proletariado lo ha convertido en una importante fuerza político-social también en los países donde el capital mantiene su dominio, y así se refleja profundamente en todos los acontecimientos de nuestra época.

La lucha de la clase obrera por sus intereses económicos inmediatos.

Una de las direcciones principales de la lucha de los obreros en los países capitalistas es la defensa de sus intereses económicos inmediatos, de las reivindicaciones que tienden a mejorar *las condiciones de vida y de trabajo del proletariado.*

La clase obrera mantiene esta lucha en todo el frente y, a pesar de la desesperada resistencia de la burguesía, ha logrado éxitos importantes. En muchos países capitalistas desarrollados ha conseguido arrancar concesiones que ponen límites a la arbitrariedad de los capitalistas y defienden a los obreros de las formas más duras de explotación. La jornada de trabajo, por ejemplo, que en tiempos pasados era de 12 a 16 horas, ha sido reducida a ocho, y a menos para algunos oficios en ciertos países. En bastantes sitios, los obreros han obligado a la burguesía a adoptar medidas relacionadas con el seguro social (pensiones, subsidio de paro, vacaciones pagadas, etc.), que en cierta medida alivian su situación. Se ha logrado también en algún país limitar un tanto las funestas consecuencias de la intensificación del trabajo, mejorar el sistema de protección del trabajo y algunas ventajas en cuanto a asistencia médica. Los obreros han sabido también obligar a la burguesía de bastantes países a hacer concesiones en lo que a los salarios se refiere, debilitando así un tanto las consecuencias de la incesante desvalorización del dinero, que es un verdadero azote para los trabajadores de todos los países capitalistas.

Se amplía sin cesar, en la actual etapa del desarrollo histórico, el marco de la lucha de la clase obrera por sus intereses económicos inmediatos. La mayor organización y conciencia del proletariado le llevan a plantear en su lucha de clase reivindicaciones más generales, como es la de limitación del poderío económico de los monopolios, la reforma del sistema fiscal en favor de los trabajadores, la implantación del seguro contra el paro, etc.

Las conquistas económicas de la clase obrera significan un importante valladar a la tendencia al empeoramiento en la situación de los trabajadores, tendencia que se manifiesta con singular vigor dentro del capitalismo moderno. La repercusión de estas conquistas no se ha circunscrito a la clase obrera, sino que ha afectado también a otros muchos sectores de trabajadores. Además, estos últimos, contagiados por los éxitos del movimiento obrero, han iniciado la lucha en defensa de sus intereses inmediatos específicos, copiando en ocasiones las formas de resistencia a los explotadores que primero empleó la clase obrera: sindicatos, huelgas, etc. En nuestro tiempo, estas formas de lucha no son exclusivas de los obreros, sino que también las manejan los empleados (incluso los funcionarios públicos) y diversos grupos de intelectuales (personal médico, maestros y otros).

Los líderes del movimiento reformista de bastantes países capitalistas se apresuraron a atribuirse el mérito de estas conquistas de la clase obrera y afirman que ésta no tiene por qué dedicarse a la lucha política, y tanto menos combatir para el derrocamiento del régimen burgués. Tales afirmaciones son pura demagogia. El proletariado de los países capitalistas no debe sus éxitos a los conciliadores y reformistas, sino a la lucha de los obreros más activos y conscientes. En la mayoría de los casos, los capitalistas han de transigir bajo la presión del ala izquierda del movimiento obrero y ante el temor de que todos los obreros se radicalicen.

Hay que tener en cuenta también que muchos éxitos de los obreros en la lucha por sus intereses inmediatos han sido posibles porque el triunfo de la clase obrera de la U.R.S.S. y las democracias populares obligó a la burguesía mundial a hacer concesiones que en tiempos anteriores no hubiera aceptado jamás. Hay que recordar también que buena parte de los éxitos conseguidos por el proletariado en la defensa de sus intereses inmediatos se deben a la *lucha política,* y no a la económica. A la clase obrera le resulta mucho más fácil hablar con la burguesía de salarios, pensiones, reducciones de jornada, etc., cuando a sus espaldas tiene partidos políticos fuertes y combativos, y ejerce una presión política constante sobre las clases que detentan el poder.

Los líderes del reformismo quieren deformar la esencia de los desacuerdos entre los oportunistas y los marxistas-leninistas. Según ellos, los comunistas son contrarios a la lucha de los obreros por sus intereses inmediatos, pues así vivirán peor y se mostrarán más activos frente al capital. Nada más lejos de la verdad que semejante calumnia. Los comunistas son defensores consecuentes de todos los intereses de la clase obrera, tanto si se trata de reivindicaciones inmediatas como de los objetivos finales. Apoyan todas las medidas que tiendan a mejorar la vida de los obreros. Ahora bien, a diferencia de los oportunistas, los comunistas tienen clara noción de que la lucha económica puede dar

sólo resultados limitados, pues no afecta para nada al sistema capitalista de la esclavitud asalariada. Y el interés de los obreros, en su sentido amplio, no se reduce a mejorar las condiciones de esa esclavitud asalariada, sino que está en conseguir la emancipación completa de ella. Para esto, la clase obrera ha de mantener la lucha política, sin limitarse a las reivindicaciones económicas. Son dos formas de lucha que no se excluyen, sino que se complementan y contribuyen por igual al éxito en la defensa de los intereses inmediatos y finales de los obreros.

"Cuando la clase obrera trata de mejorar sus condiciones de vida -escribía V. I. Lenin-, se eleva a la vez en el sentido moral, intelectual y político, se hace más capaz de conseguir los grandes fines de su liberación."[158]

La clase obrera como fuerza motriz de todos los movimientos democráticos.

Los intereses inmediatos de la clase obrera no se reducen nunca al solo mejoramiento de su situación económica. Desde el momento mismo en que apareció, no ha cesado de incluir en su programa de lucha un gran número de problemas de tipo político-social. Esto le llevó, en la época de las revoluciones burguesas, a combatir contra la reacción feudal absolutista. El proletariado de muchos países ha luchado intensamente por la independencia nacional, contra las guerras de conquista, etc.

Conforme la historia avanzaba, la esfera de los intereses económicos, políticos y culturales de la clase obrera se ha ido ensanchando y su defensa ha adquirido mayor importancia dentro de la lucha que sostenía. Problemas, por ejemplo, como la reforma de la enseñanza, las asignaciones presupuestarias para la ciencia y el arte o los nuevos reglamentos parlamentarios podían interesar en grado mínimo al movimiento obrero de principios del siglo XIX. Y hoy día se convierten a menudo en materia de seria lucha entre la clase obrera y la burguesía reaccionaria.

Tienen también su importancia los cambios que el capitalismo sufre. A medida que este sistema social acentúa su carácter reaccionario y que los monopolios pasan a la ofensiva en diversas esferas de la vida social, entre los obreros y los trabajadores en general aparecen intereses nuevos y adquieren más valor algunos de los viejos.

El paso al imperialismo, y luego la orientación de los monopolios hacia la implantación de regímenes y sistemas fascistas, han convertido en un problema candente para los trabajadores la defensa de los derechos y libertades civiles. La creciente agresividad de la burguesía reaccionaria y el perfeccionamiento de las armas de exterminio han hecho más agudo que nunca el problema del desarme y de la paz.

Así, la propia marcha de la historia ha convertido a la clase obrera en defensora de todas las capas del pueblo. Porque la lucha por la democracia, la paz y la soberanía significa la defensa de los intereses *nacionales.*

La lucha por objetivos democráticos generales, planteada actualmente en toda su amplitud ante el movimiento obrero, *refleja las necesidades objetivas del desarrollo social.* No ha sido imaginada ni impuesta desde fuera. La clase obrera no se coloca a la cabeza de los movimientos democráticos para "atraer" a nadie, sino porque así lo exigen sus más vitales intereses.

La circunstancia de que el proletariado posea un *partido marxista-leninista* combativo, bien organizado y provisto de una teoría científica, ha tenido excepcional valor en cuanto a ampliar el círculo de intereses por los que luchan los obreros y a elevar su papel político en la sociedad. Este partido ha ayudado a la clase obrera a comprender su papel en la vida social, la ha colocado en las primeras filas de quienes defienden los intereses de su pueblo y ha mostrado el camino a seguir para agrupar a todos los trabajadores contra la reacción. Esta actividad de los partidos marxistas-leninistas es de un gran valor histórico para los destinos del mundo, al salvar a la sociedad del cúmulo de calamidades que el imperialismo trae consigo.

La clase obrera es la esperanza de la humanidad progresiva.

Sus excelentes virtudes para la lucha convierten a la clase obrera en vanguardia de toda la humanidad progresiva. En muchos países ha derrocado a la burguesía y se ha puesto a la cabeza de la sociedad.

A diferencia de las clases oprimidas del pasado -esclavos y siervos de la gleba-, esta clase no desaparece de la escena histórica después de haber cumplido el papel de fuerza de choque que derriba a los viejos gobiernos y destroza los viejos sistemas. Le aguarda todavía la tarea de construir la sociedad nueva, tarea que los obreros no pueden encomendar a nadie. Para llevarla a cabo no bastan las virtudes del combatiente. Ha de ser también capaz de un trabajo creador, de una labor fecunda en todos los órdenes de la vida social: económico, cultural, político y militar.

La capacidad de creación de la clase obrera ha de ser, objetivamente, superior a la de cualquiera otra clase de la historia, pues a ninguna otra le cupo tan gran misión histórica. El paso del capitalismo al socialismo, por la profundidad y amplitud de la transformación que supone, supera a cuanto se hizo en todas las demás revoluciones sociales.

La historia demuestra que la clase obrera posee por completo la capacidad creadora necesaria para construir la sociedad nueva. Así nos lo dice la experiencia de los obreros de Rusia y China, de Polonia y Checoslovaquia, de Bulgaria y Rumania y

[158] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XVIII, pág. 68.

de otros países, que edifican con éxito una sociedad basada en principios socialistas y comunistas.

En el curso de esta transformación de la sociedad cambia, como es lógico, la faz de la propia clase obrera. Sin ello resultaría imposible la construcción del socialismo y, después, del comunismo.

La clase obrera puede cumplir su gran misión de emancipar a todos los trabajadores sólo en el caso de que posea conciencia revolucionaria y se guíe por la ideología marxista-leninista. A este efecto, la propia clase obrera ha de eludir la influencia de las ideas burguesas. Marx indicaba que la revolución proletaria se necesita no sólo para que la clase obrera conquiste el poder político, sino también para que, en el curso de la revolución, se depure de la basura que dejó en ella la vieja sociedad. Esta depuración es obra de un largo proceso histórico.

La clase obrera, una vez conquistado el poder político, ha de dominar los tesoros del saber reunidos antes por los hombres. Para el cumplimiento de la grandiosa tarea que significa construir la nueva sociedad, llama a los mejores científicos y técnicos, a los intelectuales que se formaron en la sociedad vieja, y a la vez capacita intelectuales suyos, nuevos, salidos del seno de la clase obrera y de los campesinos trabajadores. Más aún, en la marcha de la construcción del socialismo y del avance hacia el comunismo, llega a ser una necesidad imperiosa la tarea de elevar su nivel hasta que todos sus miembros posean instrucción secundaria y superior, de dotarla de una sólida cultura y de conocimientos especiales en todas las esferas de la producción social.

La clase obrera, puesta a la cabeza de las fuerzas del progreso, se ha ganado un gran prestigio y el reconocimiento de todos los trabajadores y hombres honestos por lo que lleva ya hecho en el cumplimiento de su misión histórica. Las victorias de la clase obrera han ahorrado muchos sufrimientos y calamidades a la humanidad y han dejado franco el camino del bienestar y la felicidad a los pueblos de una serie de países.

Sin embargo, la lucha entre las fuerzas de la reacción y del progreso no ha acabado, ni mucho menos. Todo lo contrario, ha entrado en su fase decisiva. Sobre millones de seres se cierne la amenaza de su monstruoso exterminio en una guerra atómica. Decenas de millones gimen aún bajo el yugo de la opresión colonial. Para los trabajadores de muchos países capitalistas se ha convertido en algo real el creciente peligro de la reacción y del fascismo. El imperialismo amenaza a la cultura y a la civilización. ¡Y cuántos desheredados quedan en la tierra, cuánta miseria, calamidades e injusticias!

¿Podrá la humanidad liberarse para siempre de estas lacras? Sin duda alguna. Los marxistas-leninistas responden hoy día afirmativamente, seguros de que así será, porque así lo dice no ya la teoría, sino una gran experiencia práctica.

La historia nos autoriza por completo para manifestar ese optimismo. Por difícil que sea el camino que lleva a la liberación, es un camino seguro. Su realidad está en la creciente potencia del movimiento obrero, y esa potencia es prenda de éxito en la lucha de los pueblos por la paz, la libertad y la independencia de las naciones, por la cultura y la civilización, por una vida en la que no haya lugar para la miseria, la opresión y los sufrimientos.

Por eso, todas las esperanzas de la humanidad progresiva se hallan puestas en la lucha de liberación de la clase obrera.

Capitulo XII. La gran revolución socialista de octubre, viraje radical en la historia de la humanidad

El desarrollo desigual del capitalismo no se manifiesta en la esfera económica únicamente; afecta también al movimiento obrero. Esto hace que el papel de la clase obrera de los distintos países en la lucha internacional del proletariado sea distinto según las diversas etapas históricas.

Valiéndonos de palabras de V. I. Lenin, la Francia del pasado siglo "pareció agotar las fuerzas del proletariado en las dos insurrecciones heroicas de la clase obrera, y que tanto proporcionaron en un sentido histórico universal, contra la burguesía en 1848 y 1871".[159] Después de esto la hegemonía del movimiento obrero internacional pasó a Alemania. Marx no excluía la posibilidad de que la revolución comenzase "...en el Este, que hasta ahora ha sido una ciudadela intacta y el ejército de reserva de la contrarrevolución".[160]

A principios de siglo, en efecto, el centro del movimiento revolucionario mundial se desplazó del Oeste al Este. Rusia se convirtió en el país que había de ejercer una influencia decisiva sobre el curso de la historia mundial. Ella fue la cuna de la revolución proletaria, y su clase obrera, por la marcha misma del devenir histórico, pasó a ocupar posiciones de vanguardia en el movimiento socialista de todo el mundo. Es en Rusia donde, por vez primera, consiguieron los obreros poner fin al capitalismo e iniciar así el cumplimiento de la misión histórica del proletariado.

1. Papel de vanguardia de la clase obrera rusa

El capitalismo se desarrolla en Rusia bajo la dominación política de los terratenientes feudales. Después de 1860 las contradicciones entre las necesidades materiales del desarrollo de la sociedad y las relaciones de producción de la servidumbre, que frenaban ese desarrollo, provocan la agudización de la lucha de clases y estimulan en el país un ambiente revolucionario. Lenin indica que en 1859 a 1861 se

[159] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXIX, pág. 283.

[160] C. Marx y F. Engels, *Cartas escogidas,* Gospolitizdat, 1953. pág. 311.

había creado en Rusia una situación revolucionaria, aunque la revolución no llegó a producirse; si bien se daban las premisas objetivas para el hundimiento del régimen existente, faltaba el factor subjetivo, es decir, "la capacidad de la *clase* revolucionaria para llevar a cabo acciones revolucionarias de masas bastante fuertes como para destruir (o quebrantar) el viejo gobierno, que jamás, ni aun en las épocas de crisis, «cae» si no lo «tiran».[161]

Hasta comienzos de siglo en Rusia se mantuvieron las numerosas formas de coerción extraeconómica que son características de la época precapitalista. Las formas avanzadas de la producción capitalista aparecían junto a abundantes supervivencias del pasado. De ahí que las contradicciones provocadas por el incremento de la gran industria fuesen en Rusia más agudas que en ningún otro país.

La coexistencia de elementos de un capitalismo desarrollado y de supervivencias del Medievo daba origen a formas de opresión particularmente dolorosas para los trabajadores. En ningún otro país europeo fue la explotación tan bárbara como en Rusia. En ningún sitio, escribía Lenin, han sufrido tanto los trabajadores "por el capitalismo y por el insuficiente desarrollo del capitalismo".[162]

Otra característica del desarrollo industrial de Rusia es que fue acompañado de una gran penetración del capital extranjero, el cual, poco a poco, llega a ocupar un lugar importante en la vida económica y política del país. En Rusia, según decía Lenin, "los capitalistas americanos, ingleses y alemanes obtienen ganancias con ayuda de los capitalistas rusos, a los que va a parar una parte muy buena".[163]

Pero la Rusia zarista, que caía bajo la dependencia económica del capital extranjero, mantenía a su vez una política imperialista respecto de muchos países. Y la posibilidad de oprimir y robar a otros pueblos conduce a menudo al robustecimiento de las formas atrasadas de economía, "pues -indicaba Lenin- la fuente de ingresos no es a menudo el desarrollo de las fuerzas productivas, sino la explotación semifeudal de nacionalidades extrañas".[164] Eso es, precisamente, lo que ocurría en Rusia.

Por lo tanto, las condiciones económicas y políticas de Rusia originaron una rápida radicalización de la clase obrera. Poco después de 1870 ésta inició ya la lucha contra los capitalistas. A pesar de la suerte adversa corrida por las primeras organizaciones obreras, el movimiento proletario siguió en ascenso, adquiriendo un carácter de masas y estrechando sus relaciones con los demás movimientos democráticos de los trabajadores.

Los campesinos rusos significaban una enorme fuerza revolucionaria. Abrumados por la explotación a que los sometían los terratenientes, sin derechos, míseros, pero dispuestos a la lucha por la tierra y la libertad, se sentían sin darse cuenta atraídos por la clase obrera, intuyendo que sólo ella podía ayudar al campo.

La Rusia zarista era una cárcel de pueblos, y esto también intensificaba las contradicciones que desgarraban el país, abonaba el terreno para un vertiginoso incremento del movimiento de liberación nacional y para el acercamiento de las numerosas nacionalidades oprimidas a la clase obrera, que mantenía en sus manos la bandera de la libertad para todas las naciones.

Así, la realidad misma templaba a la clase obrera como principal fuerza revolucionaria del país. A fines del siglo XIX, según palabras de Lenin, el proletariado era "el representante único y natural de toda la población trabajadora y explotada de Rusia".[165]

Mas para adquirir conciencia de su papel histórico, la clase obrera hubo de estar en posesión de las ideas del socialismo científico, que exponen los fines y tareas del proletariado y son un arma segura en la lucha que éste mantiene por su emancipación.

Rasgo característico de Rusia en aquellos años era la existencia de un importante número de obreros deseosos de saber y que mostraban un interés profundo por los problemas sociales. En todos los rincones de Rusia en que el proletariado despertaba a la lucha activa, aparecían obreros avanzados, que buscaban ansiosamente solución a las cuestiones candentes de la vida social y se sentían atraídos por las ideas del socialismo. A la difusión de estas ideas entre los trabajadores contribuyeron los intelectuales de la democracia revolucionaria rusa. Las gloriosas tradiciones que en el campo de las ideas mantuvieron Herzen, Belinski, Dobroliúbov, Chernishevski y otros revolucionarios fueron recogidas por los intelectuales marxistas, que acudían a las masas obreras para formar un partido revolucionario de nuevo tipo.

Este rápido aumento del número de obreros conscientes era una muestra de las enormes energías espirituales de la clase obrera rusa, a la que toda la marcha objetiva de los acontecimientos preparaba para el cumplimiento de su misión histórica.

El papel de guardián de la pureza política e ideológica del marxismo revolucionario pasó al movimiento obrero de Rusia, país en el que habían llegado al más alto grado las contradicciones de la nueva época personificada en el imperialismo.

Rusia, había de decir más tarde Lenin, llegó por un camino verdaderamente penoso al marxismo como única teoría revolucionaria justa; llegó a él a través de cincuenta años de sacrificios y sufrimientos

[161] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXI, pág. 190.
[162] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. III, pág. 527
[163] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XVIII, pág. 113.
[164] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXI, pág. 278.
[165] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. I, pág. 280.

inauditos, de un heroísmo revolucionario nunca visto, de una increíble energía y abnegadas búsquedas, estudios, comprobaciones en la práctica, desilusiones, pruebas y comparaciones con la experiencia de Europa. Ningún país atravesó por tantas experiencias como Rusia, tan instructivas y valiosas, en el sentido de rapidez en el cambio y variedad de formas del movimiento: legal y clandestino, pacífico y no pacífico, prohibido y autorizado, de círculos y de masas, parlamentario y terrorista.

Rusia fue la patria del leninismo, que enriqueció al marxismo con conclusiones y tesis que correspondían a la nueva situación histórica. Nacido en terreno ruso, el leninismo ha echado profundas raíces en todo el movimiento obrero internacional. La clase obrera de Rusia, que se incorporó a la lucha después que el proletariado del Occidente europeo, pudo utilizar su experiencia, adoptar sus mejores tradiciones revolucionarias y, al mismo tiempo, evitar sus errores y extraer las enseñanzas adecuadas del peligro que significaba la propagación del oportunismo. Rusia fue la patria del primer partido de tipo nuevo, leninista, al que aguardaba un formidable papel en la historia universal.

Una aportación inapreciable de V. I. Lenin al desarrollo de la doctrina revolucionaria del marxismo es su teoría acerca de la posibilidad del triunfo del socialismo, primeramente, en un solo país. Lenin llegó a esta conclusión después de un profundo análisis de la fase imperialista del capitalismo. La teoría leninista abría a los proletarios una clara perspectiva y desataba su iniciativa revolucionaria. Los liberaba de las tesis, ya caducas, de que la revolución había de producirse simultáneamente en todos los países o en la mayoría de ellos, después de que hubiesen alcanzado un alto grado de desarrollo económico, técnico y cultural, es decir, de que hubiesen "madurado" para el socialismo. Los teóricos de la II Internacional, como todos sabemos, no cesaban de rumiar estas tesis, que en las nuevas condiciones se habían convertido en un peso muerto que frenaba el movimiento de emancipación de la clase obrera.

Los obreros rusos no habrían podido conducir a las grandes masas populares a la lucha contra la autocracia y el yugo de los capitalistas y terratenientes si, siguiendo a Lenin y al Partido bolchevique, no hubiesen adquirido la convicción de que con sus fuerzas, sin aguardar a otros destacamentos del proletariado internacional, podían luchar por el socialismo y vencer en esta lucha.

2. La primera revolución socialista del mundo

El paso de la revolución democrático-burguesa a la revolución socialista.

La tarea inmediata de la clase obrera de Rusia era la de derribar el zarismo, en alianza con los campesinos. Esto no pudo conseguirse en la revolución de 1905-1907, que fue aplastada por la autocracia. Y sin embargo, aquél fue un acontecimiento de gran trascendencia histórica, puesto que se trataba de la primera revolución rusa y, a la vez, de la primera revolución democrático-burguesa que transcurría bajo la dirección de la clase obrera, y no de la burguesía, que por aquel entonces había dejado ya de ser una fuerza revolucionaria.

De derribar al zarismo se encargó la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917. Esta, a diferencia de las revoluciones burguesas de Occidente, después de las cuales había advenido un largo período de dominación de la burguesía, no tardó en convertirse en revolución socialista.

Este proceso de transformación fue singularmente rápido porque las profundas contradicciones que desgarraban el país, contenidas después de la derrota de la revolución de 1905, se agudizaron al máximo en los años de la primera guerra mundial. La burguesía, llegada al poder en febrero de 1917, además de no resolver las tareas más importantes de la revolución democrático-burguesa, obligó al país a seguir el funesto camino de la guerra imperialista. Con su desacertada política colocó al pueblo y al país al borde de la catástrofe. Esto puso en movimiento a las más grandes masas de trabajadores, a quienes su propia experiencia había convencido de que la salvación estaba sólo en la revolución socialista.

La guerra, escribió V. I. Lenin, ha dado lugar a una crisis tan gigantesca, ha puesto de tal manera en tensión las energías materiales y morales del pueblo, ha asestado tales golpes a toda la organización social contemporánea, que Rusia ha sido colocada ante un dilema: "o morir o confiar sus destinos a la clase más revolucionaria para el paso más rápido y radical a una forma más elevada de producción",[166] al socialismo.

La insurrección armada del 25 de octubre (7 de noviembre) de 1917 hizo que la clase obrera de Rusia, dirigida por el Partido bolchevique y en alianza con los campesinos pobres, pusiera fin al dominio de capitalistas y terratenientes y tomase el poder político en sus manos. La incorporación a la Revolución de Octubre de las grandes masas del pueblo, entre las que se contaban los soldados y marineros, paralizó la resistencia de la burguesía y permitió realizarla casi sin derramamiento de sangre. Por mucho que la propaganda de los imperialistas quisiera hacer ver más tarde lo contrario, la historia demuestra irrefutablemente que la revolución socialista dirigida por los comunistas se hallaba inspirada por el espíritu del humanismo proletario. En ello abundan numerosos testimonios de observadores objetivos, nacionales y extranjeros. Veamos, por ejemplo, lo que escribió el conocido periodista norteamericano Alberto Rhys Williams,

[166] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXV, pág. 337.

que en 1917 se encontraba en el Petrogrado revolucionario y que más tarde realizó un largo viaje por Rusia.

"Como clase gobernante, los obreros estaban ahora en condiciones de vengarse de sus anteriores explotadores y verdugos. . . Yo sabía que miles de obreros, que ahora manejaban el timón de mando, en otros tiempos fueron cargados de cadenas y desterrados a Siberia. Había visto a hombres sin una gota de sangre en la cara y con paso vacilante, como si hubieran salido de la tumba, después de su reclusión en los sacos de piedra de Shlisselburg. Había visto las profundas cicatrices de sus espaldas, huella de los látigos cosacos, y recordaba las palabras de Lincoln: «Si por cada gota de sangre de un latigazo el que golpeó es herido por la espada, el juicio del Señor será puro y justo.» Pero no siguió un horrible baño de sangre. Al contrario, parecía que la idea de una represión no cabía en las cabezas de los obreros. El 30 de noviembre se aprobó en el Soviet un decreto por el que se abolía la pena de muerte. No era sólo un gesto de humanismo, los obreros no se limitaban a garantizar la vida a sus enemigos, sino que en muchos casos les concedían la libertad."

"La historia -seguía Alberto Rhys Williams- dictará el veredicto de que la revolución rusa, mucho más profunda que la conmoción de 1789 en Francia, no se convirtió en una saturnal de venganza. La revolución rusa, a juzgar por todas sus aspiraciones, había de ser una revolución sin sangre."

Y como previendo los ataques de los enemigos de la revolución, el periodista norteamericano escribía: "¿Y el terror rojo?, replicarán algunos. Este vino más tarde, cuando los ejércitos de los aliados invadieron Rusia y, bajo su protección, los ultrarreaccionarios organizaron el terror blanco contra los campesinos y obreros, una repugnante orgía de matanzas y violencias en las que indefensas mujeres y niños eran asesinados en masa. Entonces, para proteger a los obreros, empujados a la desesperación, hubo que recurrir al terror rojo; los revolucionarios restablecieron la pena de muerte y los blancos no tardaron en sentir la mano vengadora de la revolución."[167]

También en el pasado hubo levantamientos del pueblo. Pero la Revolución de Octubre se diferencia de todas las anteriores porque inauguró una nueva era al poner fin para siempre a la opresión de clase y a la explotación del hombre por el hombre. El 25 de octubre de 1917, día en que se afirmaba en el poder la clase obrera, Lenin dijo: "Hoy comienza una nueva fase en la historia de Rusia, y esta revolución rusa, la tercera, ha de conducir en último término a la victoria del socialismo."[168]

La Revolución de Octubre arrancó de la esclavitud capitalista a la población de un país enorme, que ocupa la sexta parte del globo. Además de traer la emancipación social a la clase obrera y a los campesinos trabajadores, dio solución a los problemas de las nacionalidades de Rusia y llevó a cabo sus tareas democráticas generales. La revolución sacó al país de una guerra que lo había agotado, lo salvó del peligro de verse desmembrado y convertido en colonia, dio a los campesinos la tierra que tanto ansiaban y liberó a los pueblos periféricos del yugo nacional. Detuvo el proceso por el que Rusia se había quedado económicamente tan atrás de los países desarrollados de Occidente y la colocó en situación de alcanzarlos en corto tiempo. Esta revolución, por primera vez en la historia mundial, sentó las bases para resolver el problema de la mujer, es decir, para emanciparla jurídica y realmente, y para colocarla en igualdad de derechos con el hombre. Finalmente, la Revolución de Octubre dio origen en Rusia a un nuevo Estado, el Estado socialista, cuya política exterior fue puesta desde el primer día al servicio de la causa de la paz y la amistad entre los pueblos.

Cómo destruyó el proletariado ruso los viejos dogmas de que la revolución socialista era imposible.

Las clases explotadoras y sus lacayos con títulos científicos venían afirmando a lo largo de los siglos que sin terratenientes y capitalistas era imposible mantener la producción social, que las masas trabajadoras no podrían vivir sin la casta de los señores.

La clase obrera rusa demostró en la práctica que la sociedad puede prescindir perfectamente de los terratenientes y capitalistas.

La propia realidad ha echado también por tierra los dogmas oportunistas de que la revolución socialista únicamente puede comenzar en los países en que las fuerzas productivas han alcanzado el nivel más alto y donde la clase obrera es la mayoría de la población. Los oportunistas calificaban de antemano de imposible e ilegítima la revolución que no reuniese estos requisitos. Aquel sabiondo de Kautsky, por ejemplo, afirmaba que si la clase obrera rusa tomaba el poder, las masas campesinas convertirían inevitablemente la revolución proletaria en un caos de revueltas, es decir, en uno de los episodios de la revolución burguesa.

La vida no ha dejado piedra sobre piedra de los dogmas oportunistas.

Los adversarios del socialismo afirmaban también que si la clase obrera tomaba el poder en sus manos, no podría conservarlo, puesto que carecía de personal competente y de hábitos de gobierno. Poco antes de la Revolución de Octubre, el periódico burgués *Tiempos Nuevos* escribía: "Supongamos por un momento que los bolcheviques vencen. ¿Quién nos

[167] Alberto Rhys Williams, *Las masas populares en la revolución rusa,* Moscú, 1924, págs. 93, 95-96.
[168] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVI, pág. 208.

gobernaría entonces? ¿Acaso los cocineros, especialistas en filetes y bistecs? ¿O los bomberos, los mozos de caballerizas, los fogoneros? ¿O acaso las niñeras, que acudirían a las reuniones del Consejo de Estado en los ratos que les dejara libres el lavado de los pañales? ¿Quién? ¿Quiénes son esos estadistas? ¿Veremos a los torneros ocuparse de los teatros, a los fontaneros de la diplomacia y a los carpinteros de correos y telégrafos? ¡No! ¿Es esto posible? A tan insensata pregunta la historia responderá con todo su peso a los bolcheviques."

La historia, en efecto, ha dado respuesta a lo que para los reaccionarios rusos era una pregunta insensata. La historia les jugó una mala pasada y ha demostrado toda la razón que asistía a los bolcheviques, a los comunistas, quienes tenían fe ciega en la capacidad creadora de las masas. Muchos torneros se convirtieron, como todos sabemos, no sólo en buenos valedores del arte teatral, sino también en eminentes estadistas; carpinteros y mozos de cuadra resultaron aceptables jefes militares, que derrotaron a los generales burgueses de más fama; y de entre los fontaneros, fogoneros y trabajadores de otros oficios salieron buenos diplomáticos, capaces administradores y excelentes ingenieros, diseñadores, escritores y científicos.

La Revolución de Octubre no se limitó a colocar a la clase obrera en el poder; también demostró prácticamente que esta clase puede gobernar perfectamente el Estado, dirigir la economía nacional y crear una nueva cultura. Más aún, la experiencia demuestra que las cosas marchan mucho mejor sin capitalistas. Del seno de la clase obrera y de los campesinos trabajadores surgieron una infinidad de hombres de talento que, gracias a la revolución, pudieron demostrar su valía en todas las esferas del gobierno y de la industria.

La Revolución de Octubre desacreditó para siempre a quienes afirmaban que los hombres "de abajo" son incapaces de una labor de creación y que, en todo caso, antes de tomar el poder han de pasar un largo aprendizaje con los "sacerdotes" de la cultura burguesa.

V. I. Lenin estimaba que el proletariado no tiene para qué esperar hasta conseguir un determinado "nivel de cultura", y que alcanzará antes ese nivel con un poder obrero y campesino.

"Si para la creación del socialismo -escribía- se requiere un determinado nivel de cultura (aunque nadie puede decir cuál es precisamente dicho «nivel», pues es distinto en cada Estado occidental europeo), ¿por qué no podemos comenzar por la conquista revolucionaria de las premisas necesarias para ese determinado nivel y *luego* ya, apoyándonos en el poder obrero y campesino y en el régimen soviético, movernos hasta alcanzar a los otros pueblos?"[169]

El Partido Comunista, a la cabeza de la transformación revolucionaria.

La Revolución de Octubre vino a confirmar la verdad marxista de que la situación revolucionaria más favorable únicamente puede conducir a la victoria si existe un partido capaz de valorar acertadamente esa situación, decidido por completo a llevar la lucha hasta el fin y capaz de guiar a las grandes masas trabajadoras.

Para convertir en realidad la posibilidad de la revolución hacía falta en Rusia un enorme trabajo político y de organización, a fin de unir los numerosos y heterogéneos arroyuelos del descontento popular en un poderoso torrente revolucionario. El partido leninista cumplió con honor esta tarea. Supo fundir en un solo torrente revolucionario el movimiento socialista de la clase obrera, el movimiento democrático de todo el pueblo contra la guerra y el imperialismo, la lucha democrática revolucionaria de los campesinos por la tierra y la paz y el movimiento de liberación nacional de los pueblos de Rusia. Cuando las más grandes masas del pueblo, y no sólo los obreros, se colocaron junto al Partido Comunista, éste llevó a los trabajadores a la lucha por el poder, a la revolución socialista.

Durante muchos decenios, los partidos de la clase obrera de todos los países venían hablando en sus programas del socialismo; pero cuando hubo que pasar del dicho al hecho, resultó que para muchos de ellos el socialismo no era más que una consigna propagandística, y no una tarea concreta que había de ser resuelta con lucha. El partido leninista fue el primero en llevar a la clase obrera al cumplimiento de su misión histórica, proyectando el socialismo del campo de la teoría a la práctica.

En nuestro propósito no entra la exposición completa de lo que fueron los acontecimientos de octubre, de la sucesión de consignas planteadas en las distintas etapas de la revolución, etc. De ello se habla extensamente en los manuales de Historia del P.C. de la U.S. Lo que aquí nos interesa son las características fundamentales de la Revolución de Octubre que hicieron de ella un formidable momento crucial en la historia de los hombres y que hasta ahora es un ejemplo para el movimiento obrero mundial.

La política de los comunistas en el curso de la Revolución de Octubre es un modelo de táctica del partido obrero revolucionario -genuinamente marxista y basada en una visión científica de los acontecimientos- en los momentos decisivos de la historia: el Partido no mantuvo la línea de la "toma" del poder, sino de la organización de la lucha de las masas populares por el poder; contribuyó pacientemente a la maduración de la conciencia revolucionaria de las masas trabajadoras; supo lanzar

[169] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, pág. 438.

las consignas que llevaban a las masas populares, por su propia experiencia, a las posiciones de la lucha revolucionaria contra el capitalismo. El Partido dio pruebas de una gran flexibilidad, de su capacidad para encontrar un lenguaje común con las diversas fuerzas políticas y sociales y para ampliar el frente de los aliados de la clase obrera.

La Gran Revolución Socialista de Octubre triunfó porque a la cabeza de la clase obrera marchaba el Partido Comunista, que dominaba magistralmente el arte de la aplicación de la doctrina marxista a las condiciones concretas de la vida rusa. Vinculado estrechamente a las masas, expresión de sus anhelos, enérgico y audaz, fiel a los principios y elástico, el Partido era, como en vísperas de la revolución dijo Lenin, "cerebro, honor y conciencia de nuestra época".

La labor dirigente del Partido bolchevique se ha convertido en un ejemplo clásico para los partidos marxistas-leninistas de todos los países.

Primer ejemplo de poder proletario en la historia.

La Gran Revolución Socialista de Octubre, que trajo el triunfo de la clase obrera, creó también el primer ejemplo y modelo de poder proletario para el período de transición del capitalismo al socialismo que la historia conoce. En el país se afirmó la dictadura del proletariado bajo la forma de República de los Soviets. Sin perder un instante, con energía revolucionaria, el poder soviético comenzó a tomar medidas encaminadas al robustecimiento del orden revolucionario, para satisfacer las necesidades perentorias de las masas y mejorar su situación. Hubo necesidad de trabajar de firme para defender la revolución de sus enemigos de clase.

Muchos movimientos populares del pasado habían sido vencidos porque los partidos y clases que estaban al frente de ellos no se decidieron a emplear la fuerza contra las clases explotadoras, no supieron devolver golpe por golpe en la defensa de las conquistas revolucionarias.

La Revolución de Octubre no incurrió en estos errores. Lenin, los comunistas, los obreros rusos no se detuvieron ante el empleo de medidas enérgicas contra los enemigos activos de la revolución, a la vez que aseguraban a los trabajadores la más amplia democracia proletaria. Un poder obrero firme, cuando el país se hallaba sometido al cerco capitalista, era la única salvación del país.

Los oportunistas, que se llamaban a sí mismos socialistas, rechazaban la idea de la dictadura del proletariado y condenaban a Lenin y a los leninistas, que mantenían una lucha enérgica contra los elementos contrarrevolucionarios. Los oportunistas no querían comprender que quienes primero recurren a la violencia son las clases explotadoras vencidas por el pueblo y que cualquier condescendencia con la contrarrevolución conduce a un derramamiento de sangre cien veces mayor que el que se necesita para hacer entrar en razón al enemigo.

La experiencia de Octubre demuestra brillantemente que la dictadura del proletariado, en una u otra forma, es necesaria para que la transición del capitalismo al socialismo tenga éxito. Un gran mérito de los comunistas rusos ante el movimiento obrero mundial es que, dirigidos por Lenin, supieron aplicar la doctrina del marxismo revolucionario a las condiciones concretas de su país.

Toda revolución, indicaba Lenin, se mantiene cuando sabe defenderse. Muchas revoluciones fracasaron precisamente porque no supieron organizar su defensa. La Revolución de Octubre evitó también esta debilidad, demostrando en la práctica su capacidad para defenderse al crear, en brevísimo plazo, el ejército revolucionario de obreros y campesinos que venía a sustituir el ejército zarista, desmoralizado y que de hecho se había desintegrado por completo.

Contra la revolución rusa se levantó una poderosa coalición integrada por las fuerzas reaccionarias interiores y por la gran burguesía internacional. Toda la República Soviética se vio cortada por los frentes de la guerra civil y de la intervención extranjera. No obstante, el joven Ejército Rojo, a menudo descalzo y hambriento, mucho peor armado que sus enemigos, salió vencedor de la dura prueba. La creación de ese ejército es la prueba mejor de la potencia de la dictadura proletaria, del gran apoyo que encontraba en el pueblo. Si el poder soviético no hubiese tenido el apasionado amor de las masas populares, como calumniosamente afirmaban sus enemigos, si las masas no hubiesen comprendido que los comunistas luchaban por el poder del pueblo, al Partido le habría sido imposible crear un ejército tan grande, poseído de un verdadero entusiasmo revolucionario y de la firme voluntad de vencer.

El Ejército Rojo hubo de cumplir una misión difícil, pero honrosa, como era la de echar por tierra los planes del imperialismo internacional y de la contrarrevolución interior, que aspiraban a escindir a Rusia en varios Estados semidependientes. El ejército del pueblo revolucionario cumplió con honor su tarea histórica y arrojó fuera de la República Soviética a las tropas de la "campaña de las catorce potencias" que habían invadido su suelo, y con ellas a los guardias blancos rusos y a los separatistas ucranianos y de todo género que soñaban con hacer pedazos el país de los Soviets.

La victoriosa lucha del pueblo soviético contra los intervencionistas y guardias blancos confirmaba brillantemente las proféticas palabras de Lenin: "Jamás será vencido un pueblo en el que la mayoría de los obreros y campesinos han comprendido, sentido y visto que defienden un poder que es suyo, el Poder Soviético, el poder de los trabajadores; que defienden una causa cuya victoria asegurará a ellos y

a sus hijos la posibilidad de disfrutar de todos los bienes de la cultura, de todo cuanto es obra del trabajo humano."[170]

3. Poderoso impulso para el movimiento obrero revolucionario de otros países

La Revolución de Octubre, con su ejemplo, decuplicó las energías de los trabajadores de todo el mundo en su lucha de liberación. Hizo vacilar entre las grandes masas populares de los Estados burgueses la creencia de que el capitalismo era inconmovible y eterno, e hizo añicos los dogmas de los seudosocialistas, que invitaban a aceptar la omnipotencia del imperialismo y a conformarse con las concesiones parciales de las clases dominantes.

Como resultado de la Revolución de Octubre, la clase obrera del mayor país del mundo había alcanzado el poder; esto elevó formidablemente la conciencia socialista del proletariado internacional, reavivó su espíritu revolucionario y robusteció en él la fe en sus fuerzas y en su triunfo. Las ideas del socialismo y el comunismo se hicieron más populares entre las masas trabajadoras y la clase obrera ganó políticamente en madurez y combatividad.

Bajo la influencia de Octubre, el entusiasmo revolucionario se apoderó de muchos países de Europa y Asia.

En Alemania se multiplicaron las voces de quienes pedían el cese inmediato de la guerra imperialista y comenzaron a aparecer Consejos de obreros y soldados. En otoño de 1918 la crisis revolucionaria alcanzó su punto culminante. El levantamiento se extendió casi por todo el país y la monarquía se vino abajo.

La ola revolucionaria barrió también la monarquía de los Habsburgos. De las ruinas del artificial Imperio austro-húngaro surgieron como Estados nacionales independientes Checoslovaquia, Yugoslavia, Hungría y Austria. En enero de 1918 estalló una revolución obrera en Finlandia. En 1919, en Hungría, Baviera y Eslovaquia se estableció el poder soviético, que, aun siendo aplastado por la contrarrevolución, dejó huellas imborrables en la conciencia de los trabajadores. En Italia comenzó un amplio movimiento para la formación de Consejos fabriles. Los obreros tomaban bajo su control las empresas, los campesinos se apoderaban de las tierras de los latifundistas. La lucha revolucionaria se extendió a Francia, Inglaterra, Bélgica y Polonia. En 1920 y 1921 se produjeron huelgas generales en Bulgaria, Rumania y Checoslovaquia; una oleada huelguística se extendió por los Estados Unidos y Sudamérica.

La Revolución de Octubre, que había dado un gigantesco impulso al movimiento obrero de todo el mundo, tuvo, a su vez, el valioso apoyo del proletariado internacional. En Inglaterra se desarrolló un movimiento de solidaridad bajo la consigna de "Fuera las manos de la Rusia Soviética". En muchos países se constituyeron comités nacionales y locales que dirigían la lucha contra la intervención; los portuarios se negaban a cargar armamento destinado a los guardias blancos e intervencionistas. En Italia este movimiento lanzó las consignas: "Ni un fusil, ni un cartucho, ni un soldado contra la patria de los trabajadores." "Hay que hacer como en Rusia." Como decía Lenin, los pueblos aprendieron, "por la marcha de las cosas, a mirar a Rusia como al centro de atracción".[171]

Bajo la influencia de la Revolución de Octubre empezó una etapa nueva, leninista, del movimiento obrero internacional, que se caracteriza por la aparición de Partidos Comunistas en muchos países y por la fundación de la Internacional Comunista, órgano combativo de la solidaridad proletaria mundial. El movimiento obrero salió del estado de dispersión e impotencia en que, por culpa de los oportunistas de la II Internacional, había permanecido durante la guerra imperialista de 1914 a 1918. La Revolución de Octubre dio a los trabajadores conciencia de su fuerza, les hizo ver claramente los objetivos y reafirmó su seguridad en el futuro.

4. Influencia de la revolución de octubre sobre el movimiento de liberación nacional

La Revolución Socialista de Octubre no era sólo el comienzo de la era de las revoluciones proletarias; también significó el comienzo de la crisis del sistema colonial del imperialismo, de un período nuevo en la historia del movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos de Oriente.

La revolución socialista significaba una clara lección para todo el mundo al acabar con la opresión nacional en Rusia. Los pueblos sojuzgados por el zarismo recibieron de ella la libertad e igualdad de derechos. El poder soviético no se limitó a darles las libertades políticas, la igualdad política y su capacidad para constituirse en Estados, sino que los puso en condiciones de acabar con el atraso de su economía y su cultura. La nación rusa -la más avanzada y fuerte de todas cuantas integraban la República- les prestó en este aspecto inestimable ayuda.

Es lógico, por tanto, que la Revolución de Octubre infundiese un poderoso impulso a la lucha de las colonias y países dependientes por su liberación de la esclavitud imperialista. La revolución rusa les señalaba el camino que podía conducirles a la libertad y a la independencia nacional. Además, el ejemplo del país soviético, que había destrozado los ejércitos intervencionistas y defendido sus conquistas socialistas, hacía ver a esos

---

[170] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIX, pág. 292.

[171] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 423.

pueblos que, por inconmovible que pareciese la dominación de los Estados imperialistas, la liberación del yugo colonial era perfectamente realizable.

Hasta la Revolución de Octubre, en los países de Oriente no se conocía la doctrina marxista-leninista.

"Las salvas de los cañones que anunciaban la Revolución de Octubre -dice Mao Tse-Tung- trajeron hasta nosotros el marxismo-leninismo. La Revolución de Octubre ayudó a los elementos progresistas del mundo y de China a aplicar la ideología proletaria cuando se trataba de determinar los destinos del país y de revisar nuestros propios problemas. La conclusión era: seguir el camino de los rusos."[172]

En 1921 se creaba el Partido Comunista de China, que siguió los consejos expuestos por Lenin a los comunistas de Oriente en noviembre de 1919: apoyarse en la teoría y la práctica comunistas y, "acomodándose a unas condiciones peculiares, que no se dan en los países europeos, saber aplicar esta teoría y esta práctica en una situación en que la masa principal la forman los campesinos, en que es necesario llevar a cabo la tarea de luchar no contra el capital, sino contra los residuos medievales".[173]

La primera gran respuesta del pueblo chino a la Revolución de Octubre fue el "Movimiento del cuatro de mayo", iniciado en 1919 como protesta contra la entrega al Japón de las antiguas concesiones alemanas en China, y que obligó al Gobierno del país a negarse a la firma del Tratado de Versalles y a separar a varios ministros que se habían ganado el odio del pueblo. En este amplio movimiento popular, que iba principalmente contra el imperialismo nipón y el gobierno feudal militarista, la clase obrera de China dio sus primeros pasos como fuerza política autónoma. La revolución china -democrático-burguesa en un principio, que transcurría bajo la dirección de la burguesía- se convirtió en revolución democrática, en la que la hegemonía pasó a la clase obrera.

En 1919 se produjeron importantes acciones del pueblo coreano contra la dominación japonesa; en ellas participaron más de dos millones de personas.

En la India comenzaron acontecimientos revolucionarios que en algunos lugares adquirieron la forma de levantamientos armados. "...La revolución soviética -escribe Jawaharlal Nehru, primer ministro de la India- dio un gran impulso al avance de la sociedad humana y encendió una viva llama que es imposible apagar. Ella puso los cimientos de la nueva civilización hacia la cual puede marchar el mundo."[174] El vasto movimiento de liberación nacional siguió creciendo en la India hasta que treinta años más tarde el país se emancipaba del yugo británico.

El formidable estallido de la Revolución de Octubre tuvo también eco en la lejana Indonesia. Según señala el doctor Sukarno, Presidente de la República de Indonesia, "después del triunfo de la Revolución de Octubre en Rusia, la lucha de los pueblos de Asia por su independencia nacional y contra el yugo de los invasores se desencadenó con nueva fuerza. Esta lucha se hizo más organizada, con una meta clara e irreductible: la independencia, y la independencia inmediata."[175]

Los avances de la lucha de liberación nacional mostraban la profunda influencia ejercida por la Revolución de Octubre sobre los pueblos oprimidos del mundo y significaban el comienzo del fin del sistema colonial del imperialismo.

5. Destacamento de vanguardia y baluarte del movimiento socialista mundial

El significado internacional de la Gran Revolución Socialista de Octubre es un tema extraordinariamente amplio y que ofrece múltiples facetas, que no caben en el presente capítulo.[176] Aquí nos hemos referido sólo a la histórica victoria que el proletariado ruso alcanzó en octubre de 1917 bajo la dirección del Partido Comunista y la repercusión inmediata que este gran acontecimiento tuvo entonces en el movimiento revolucionario de otros pueblos. En este sentido significaba ya el comienzo de una nueva era en la historia de la humanidad: la era del hundimiento del capitalismo y del triunfo del socialismo.

"La Revolución Socialista de Octubre -decía N. S. Jruschov en la sesión conmemorativa del Soviet Supremo de la U.R.S.S.- tiene el más grande significado en la historia de la humanidad. Todo el mundo fue conmovido hasta sus cimientos cuando el proletariado ruso, unido a los campesinos pobres y bajo la dirección del Partido bolchevique, con el gran Lenin a la cabeza, tomó el poder en sus manos y proclamó el nacimiento de un nuevo régimen social y político. El primer Estado obrero y campesino del mundo levantó la roja bandera revolucionaria del socialismo, nimbada por la gloria de sus luchas y victorias, la gran bandera del marxismo-leninismo."[177]

---

[172] Mao Tse-Tung, *De la dictadura democrática del pueblo.* Gospolitizdat, 1949, páginas 5-6.

[173] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXX, pág. 140.

[174] J. Nehru, *Descubrimiento de la India,* Moscú, 1955, pág. 24.

[175] Sukarno, "Influencia de la Revolución de Octubre sobre el despertar de los pueblos de Asia", Revista *Tiempos Nuevos,* núm. 43, 18 de octubre de 1956, pág. 5.

[176] El significado histórico de los cuarenta años de experiencia de la Revolución de Octubre fue examinado detenidamente en el informe de N. S. Jruschov ante la sesión conmemorativa del Soviet Supremo de la U.R.S.S. (noviembre de 1957). Este tema se toca en algunos capítulos de la sección cuarta y en todos los capítulos de la quinta.

[177] N. S. Jruschov, *Cuarenta años de la Gran Revolución Socialista de Octubre.* Informe ante la sesión conmemorativa del Soviet Supremo de la U.R.S.S., 6 de noviembre de 1957, Gospolitizdat, Moscú, 1959, págs. 5-6.

La histórica victoria de la Revolución de Octubre colocó ante todo el mundo al país soviético como vanguardia y baluarte del movimiento socialista internacional. "... Tenemos derecho a mostrarnos orgullosos y nos enorgullecemos -escribía Lenin- de que nos haya cabido en suerte *comenzar* la construcción del Estado soviético, *comenzar* con ello una nueva época de la historia universal, que es la época de la dominación de una clase *nueva,* oprimida en todos los países capitalistas y que en todos los sitios marcha hacia una vida nueva, a la victoria sobre la burguesía, a la dictadura del proletariado, a la emancipación de la humanidad del yugo del capital y de las guerras imperialistas."[178]

La Gran Revolución Socialista de Octubre significa el comienzo de una nueva era de la historia universal, y no sólo de Rusia. Era un viraje radical en la historia del mundo, que se apartaba del capitalismo y se orientaba hacia el socialismo. El capitalismo dejaba de ser un sistema universal imperante en el mundo entero; la cadena del capitalismo se había roto y sus eslabones jamás podrían juntarse de nuevo.

La Revolución de Octubre mostró a los obreros de otros países que no es preciso esperar el desenlace "general", que el camino que el mundo sigue hacia el progreso significa el desprendimiento gradual de nuevos países del sistema del capitalismo para incorporarse al socialismo. A la vez que demostraba la posibilidad del triunfo del socialismo en un solo país, la Revolución de Octubre significaba el primer paso hacia la victoria del socialismo en escala mundial.

V. I. Lenin veía el significado internacional de la Revolución de Octubre, sobre todo, en la influencia que ejercía sobre toda la marcha de la historia mundial, si bien subrayaba también este significado "en el sentido más estricto de la palabra, es decir, comprendiendo como significado internacional el valor internacional o la necesidad histórica de que en escala internacional se repita lo que se produjo en nuestro país..."[179]

El triunfo de la Revolución de Octubre significaba un formidable incremento de las posibilidades de las revoluciones socialistas. Resultaba evidente que el mundo entero podía desprenderse ya de las tenazas del capitalismo, sin que esto quedase reservado exclusivamente para un reducido círculo de países desarrollados. Eso contribuyó de manera decisiva al incremento del movimiento internacional de liberación de la clase obrera y debilitó el imperialismo.

El proceso de crecimiento incesante de las fuerzas del socialismo y de debilitación del capitalismo, al que dio comienzo la Revolución de Octubre, hace además más fácil la lucha de los trabajadores de los países capitalistas por la paz y la democracia, les ayuda sensiblemente a defender sus intereses económicos inmediatos, permite a los pueblos de los países pequeños y económicamente débiles conservar su independencia y desarrollar su economía nacional.

No hay ni una sola faceta de la vida social de cualquier país del mundo que no experimente, directa o indirectamente, las consecuencias de la Gran Revolución de Octubre.

La marcha objetiva de la historia ha convertido a la U.R.S.S. en vanguardia y baluarte del movimiento socialista internacional. Pero ser vanguardia y baluarte, se comprende, está muy lejos de significar la intervención en los asuntos interiores de otros países para "organizar" revoluciones entre ellos. Ninguna revolución social, y tanto menos la revolución proletaria, se puede provocar artificialmente, "exportarla" o "importarla" por encargo.

Poco antes de la Revolución de Octubre, subrayando la razón que asistía a Engels, escribía Lenin que *"el proletariado triunfante no puede imponer a ningún otro pueblo felicidad alguna sin quebrantar con ello su propia victoria".*[180]

La revolución socialista encuentra a quienes han de llevarla a cabo no fuera, sino dentro del propio país, cuando éste madura para la revolución. Los encuentra en la clase obrera de este país y en sus aliados, en todos los trabajadores y explotados. La revolución madura en virtud de las leyes objetivas del desarrollo histórico, y su victoria se convierte de posible en real por la lucha revolucionaria de las grandes masas bajo la dirección de los partidos marxistas-leninistas.

Capitulo XIII. El partido marxista-leninista y su papel en la lucha de clase de los obreros

Los enemigos del comunismo difunden la patraña de que la creación de los partidos marxistas es obra de unos pocos agitadores. Si esto fuera así, hace tiempo que se habría acabado con los comunistas, después de las persecuciones a que se ven sometidos desde hace largos decenios. El fascismo italiano, por ejemplo, descargó sobre el Partido Comunista duros golpes. En vísperas de la segunda guerra mundial no contaba con más de 15.000 afiliados. Pero el fascismo acabó por ser derrotado y el Partido Comunista se convirtió rápidamente en una gran organización que hoy día cuenta con casi dos millones de miembros.

La burguesía reaccionaria de muchos países hace objeto a los comunistas de toda clase de represiones, asesina ferozmente y recluye en la cárcel a sus mejores dirigentes. En ningún sitio, sin embargo, ha conseguido eliminar a los partidos revolucionarios de la clase obrera. Las persecuciones no pueden nada contra los partidos marxistas. Esto es prueba de que los Partidos Comunistas tienen su origen en las

[178] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, págs. 32-33.
[179] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 5.
[180] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 337.

profundas necesidades objetivas del desarrollo social y, ante todo, en los intereses y necesidades de la clase obrera.

1. Qué partido necesita la clase obrera

Marx y Engels, que dieron una explicación científica al papel histórico de la clase obrera, determinaron también que para la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista en socialista, el proletariado necesita disponer de un partido político propio.

Y no se limitaron a escribir acerca de ello, desde el mismo *Manifiesto del Partido Comunista,* sino que trabajaron intensamente para crear un partido de ese tipo. En 1847 constituían la "Liga de los Comunistas", que puede ser considerada como el prototipo de los modernos Partidos Comunistas. Apoyándose en la experiencia de la Liga y de la Asociación Internacional de Trabajadores, fundada en 1864 y conocida en la historia del movimiento obrero con el nombre de Primera Internacional, Marx y Engels extrajeron importantes conclusiones acerca del papel, organización y política del partido revolucionario de la clase obrera.

En las nuevas condiciones históricas, Lenin amplió estas conclusiones de Marx y Engels, que se convierten así en una armónica doctrina acerca del Partido. Lenin fundamentó el papel dirigente del Partido en el movimiento obrero, formuló sus principios orgánicos, las normas de su vida interna y los principios de su política y su táctica. Esta doctrina significa una inestimable aportación de Lenin al marxismo.

Carácter revolucionario del partido marxista.

De todas las organizaciones que el proletariado crea, sólo el partido político puede expresar correctamente los intereses fundamentales de la clase obrera y conducirla al triunfo completo. Los sindicatos, cajas de ayuda mutua y otras organizaciones semejantes jamás serán de por sí suficientes para que los obreros puedan poner fin al capitalismo y construir la sociedad socialista. Para ello se necesita una organización de tipo superior, que no se limite a la lucha por las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores, sino que se marque el fin de conducir a la clase trabajadora al poder para llevar a cabo la transformación revolucionaria de la sociedad. Y esta organización es el Partido Comunista. "...Para que la masa de una *clase determinada* pueda aprender a comprender sus intereses, su situación, aprender a mantener una política propia -escribe Lenin-, es necesaria una organización de los elementos avanzados de esa clase, inmediatamente y cueste lo que cueste, aunque en un principio dichos elementos sean una minoría insignificante de la clase."[181]

[181] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIX, págs. 367-368.

Mientras la clase obrera se limita a la lucha económica, la burguesía no se siente muy amenazada; mas cuando los proletarios se organizan políticamente, es decir, cuando crean un partido político que es el portavoz de su voluntad como clase, comienza a temer en serio por su dominación. De ahí que la reacción descargue sus golpes principales sobre el partido político de la clase obrera. Simultáneamente, a fin de minar al Partido por dentro, la propaganda capitalista se esfuerza por hacer creer a los obreros que pueden prescindir perfectamente de él. Una de las manifestaciones de la influencia burguesa en la clase obrera es la negación anarquista y anarcosindicalista del papel dirigente del partido político.

Los anarquistas niegan en absoluto la necesidad de toda organización política. Los anarcosindicalistas afirman que la clase obrera no ha de preocuparse de la política y que le basta con sus sindicatos. Con su negación de la política, los anarquistas subordinan de hecho a la clase obrera a la influencia de la política burguesa.

V. I. Lenin escribía así, denunciando la inconsistencia teórica y el peligro de tales concepciones: "... Sólo el partido político de la clase obrera, es decir, el Partido Comunista, está en condiciones de unir, educar y organizar a una vanguardia del proletariado y de todas las masas trabajadoras, que es la única que se encuentra en condiciones de oponerse a las inevitables fluctuaciones pequeñoburguesas de dicha masa, a las inevitables tradiciones y recidivas de la estrechez profesionalista, o de los prejuicios profesionalistas entre el proletariado, y de dirigir toda la actividad conjunta de éste, es decir, de dirigirlo políticamente y, a través de él, dirigir a todas las masas trabajadoras."[182]

Ahora bien, no todo partido político que pretenda la dirección de la clase obrera es capaz de cumplir esta tarea. Así lo demuestra la experiencia de los partidos socialdemócratas de la II Internacional. Valiéndose de los líderes oportunistas de la socialdemocracia, la burguesía ha sabido subordinar en buena parte estos partidos a su influencia; los ha "domesticado" hasta el punto de que se diferencian poco de la oposición parlamentaria burguesa más corriente. Esto ha hecho que los partidos socialdemócratas, que en un principio infundieron grandes esperanzas a la clase obrera, sean ahora incapaces de organizar y dirigir el movimiento obrero revolucionario. Así se ha visto, sobre todo, en la época del imperialismo, cuando todas las contradicciones se agudizaron al extremo.

La realidad objetiva y los intereses del proletariado exigían imperiosamente la creación de partidos obreros de nuevo tipo.

El primero de ellos apareció en Rusia, donde las

[182] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXII, pág. 222.

contradicciones imperialistas habían adquirido un carácter especialmente agudo. A fines del siglo pasado, V. I. Lenin levantó la bandera de la lucha contra el oportunismo en el seno de la socialdemocracia, lucha que se convirtió en ejemplo para todo el movimiento revolucionario mundial. Después de la Gran Revolución Socialista de Octubre, los Partidos Comunistas comenzaron a aparecer en muchos países.

Las características nacionales y las condiciones de lucha esbozaron la fisonomía específica de cada Partido Comunista, pero siempre presentan rasgos comunes que los diferencian sustancialmente de los partidos socialdemócratas.

Lo principal en los partidos de nuevo tipo es su intransigencia frente al capitalismo. Los comunistas luchan enérgicamente para acabar con él, por la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista, y consideran que la condición obligatoria de esta transformación es la toma del poder político por la clase obrera y la implantación de la dictadura del proletariado. De aquí la intransigencia de los comunistas hacia el oportunismo de todo género, que en la práctica significa la acomodación al capitalismo.

Los Partidos Comunistas no caminan a ciegas, sino que se guían por la teoría revolucionaria del marxismo-leninismo, expresión científica de los intereses vitales de la clase obrera. El Partido es la unión libre de personas fundidas por una comunidad de ideas que se agrupan para dar vida a las concepciones marxistas, es decir, para llevar a cabo la misión histórica de la clase obrera.

El carácter revolucionario del partido determina sus principios orgánicos, su cohesión, unidad de acción y flexibilidad táctica. Pero la fuerza principal de los Partidos Comunistas reside en que no se trata de reducidos grupos de revolucionarios profesionales, sino en que son los partidos de las grandes masas trabajadoras, a las cuales se acercan cuanto pueden y cuya lucha tratan de dirigir.

Vanguardia de la clase obrera y *de todos los trabajadores.*

El Partido Comunista es la vanguardia de la clase obrera, su parte avanzada y consciente, capaz de llevar consigo a las grandes masas trabajadoras para la lucha por el derrocamiento del capitalismo y la construcción del socialismo. V. I. Lenin escribía: "Cuando educa al partido obrero, el marxismo educa a la vanguardia del proletariado, capaz de tomar el poder y de *conducir a todo el pueblo* al socialismo, de orientar y organizar el nuevo régimen, de ser el maestro, dirigente y jefe de todos los trabajadores y explotados para la construcción de su vida social sin la burguesía y contra la burguesía."[183]

El partido del proletariado -el Partido Comunista-, que por su naturaleza misma es un partido de clase, echa raíces profundas no sólo en el medio obrero, sino también en otras capas del pueblo.

Los comunistas no son gentes especiales, sino obreros, campesinos, intelectuales, hombres sencillos del pueblo. Lo que los distingue es su mayor conciencia y firmeza en sus ideas, y por consiguiente, un mayor espíritu revolucionario, que les permite aceptar cualquier adversidad en aras de los sublimes ideales para cuya realización se han unido. Sus intereses son los del pueblo y hacen suyo cuanto al pueblo afecta.

En los grandes Partidos Comunistas hay representantes de todas las fuerzas populares que luchan contra el capitalismo; ante todo, reúnen a los mejores hombres de la clase obrera. El Partido Comunista italiano, por ejemplo, cuenta con un 44,6 por ciento de obreros, un 18,6 por ciento de obreros agrícolas asalariados (braceros), un 13,4 por ciento de aparceros, un 5,3 por ciento de pequeños propietarios campesinos y un 5,6 por ciento de artesanos. En el Partido Comunista francés, el 40,3 por ciento son obreros, el 5 por ciento obreros agrícolas, el 8,2 por ciento campesinos y el 12,2 por ciento empleados. Entre los comunistas de Finlandia, el 85,5 por ciento son obreros.

La experiencia histórica demuestra que antes de convertirse realmente en vanguardia, los partidos revolucionarios atraviesan de ordinario varias etapas de maduración política y orgánica. En los primeros tiempos suelen ser más bien grupos entregados a una labor de propaganda que se realiza principalmente dentro de sus propias filas. Esto es necesario para asegurar la unidad ideológica, educar a los cuadros y organizarse debidamente. Luego viene un tiempo en que los partidos acuden a las masas y comienzan a dirigir las huelgas y las acciones de masas de la clase obrera. Este período es muy importante, significa la unión del movimiento obrero espontáneo con las ideas del socialismo, la conversión del mismo en un movimiento consciente y organizado de clase. La etapa siguiente es la transformación del partido en una fuerza política real capaz de llevar consigo no ya a la mayoría de la clase obrera, sino a grandes masas del pueblo.

En algunos países capitalistas los Partidos Comunistas no han podido ganarse aún a grandes capas de la clase obrera, no son aún partidos de masas. Como vanguardia que reúne en sus filas a la parte más consciente de la clase obrera, cumplen un papel en la vida y la lucha de los trabajadores. Pero está claro que ese papel será todavía mayor cuando logren agrupar en torno suyo a las grandes masas. Entonces se convertirán en la fuerza política que conducirá a los trabajadores a la emancipación social, a la creación de una sociedad nueva.

La rapidez con que el Partido pasa de una etapa a otra depende de las condiciones objetivas, del acierto

[183] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXV, pág. 376.

de su propia política y de la capacidad de sus dirigentes. La agudización de la crisis general del capitalismo y los éxitos de las fuerzas del socialismo, a la vez que el rápido aumento de la madurez política y la experiencia de los cuadros, propician en nuestro tiempo el acelerado ascenso de *todos* los Partidos Comunistas de los países capitalistas a una fase superior de desarrollo.

2. El centralismo democrático en la estructura y la vida del partido

Del papel que el Partido Comunista está llamado a cumplir en el movimiento obrero, del carácter de sus fines y tareas, se desprenden los principios de su estructura orgánica.

Los intereses que los Partidos Comunistas representan no son la simple suma de los intereses privados de los distintos obreros o grupos de éstos; son los intereses de toda una clase, que sólo se pueden manifestar en una voluntad única, que reúne la infinidad de acciones individuales en una lucha común. Agrupar todas las fuerzas, orientarlas hacia un mismo fin, dar unidad a las acciones dispersas de individuos y de grupos de obreros, únicamente puede hacerlo una dirección *centralizada.* "...La centralización incondicional y la más severa disciplina del proletariado son una de las condiciones fundamentales para el triunfo sobre la burguesía" *(Lenin).*[184]

Pero la voluntad común del Partido sólo puede formarse por la vía democrática, es decir, conjunta y colectivamente, comparando opiniones y propuestas y adoptando luego acuerdos que son obligatorios para todos. La voluntad común, así elaborada, tiene la superioridad de que refleja de la manera más completa, y por tanto acertada, las necesidades objetivas de la lucha de clase del proletariado.

Por lo tanto, el centralismo de los Partidos Comunistas es un centralismo *democrático,* o sea que se apoya en la voluntad de las grandes masas del Partido.

El centralismo democrático significa, en la práctica, que:

todos los órganos dirigentes son elegidos, de abajo arriba;

los órganos del Partido informan periódicamente de su labor ante sus organizaciones;

hay una severa disciplina y subordinación de la minoría a la mayoría;

los acuerdos de los órganos superiores son absolutamente obligatorios para los inferiores.

El principio del centralismo democrático es una de las bases de los estatutos de cada Partido Comunista, donde se determinan la estructura y la forma de su organización, las normas de su vida interna, los procedimientos a seguir en la labor práctica de sus secciones y los deberes y derechos de sus miembros.

El problema de los deberes del miembro del Partido es la piedra angular de toda la organización. El Partido Comunista está llamado a cumplir las ingentes tareas que se derivan de la transformación radical de la sociedad, y de ahí que no se considere suficiente la conformidad de sus miembros con el programa. Es comunista quien contribuye activamente a la aplicación del programa del Partido y trabaja obligatoriamente en una de sus organizaciones, bajo su dirección y control.

Los oportunistas no piden esto a los miembros de sus partidos. Este problema precisamente es el que, en 1903, condujo a la escisión entre la tendencia revolucionaria y la oportunista en el Partido Socialdemócrata de Rusia. El principio leninista rige ahora en todos los Partidos Comunistas. Al propio tiempo, las condiciones concretas de la admisión y los deberes impuestos a los comunistas se ajustan a las características de cada país y a las tradiciones de su movimiento obrero. Los Partidos se muestran activos y cautos a la vez en la admisión de nuevos miembros, a fin de que no entren en sus filas agentes provocadores enviados por la burguesía o se filtren accidentalmente gentes que nada tienen de comunistas. Algunos Partidos, como el de Francia y el de Italia, cambian todos los años los carnets. Este cambio, que tiene por objeto aumentar la actividad de los comunistas e incrementar el trabajo entre las masas, cuando las condiciones para realizarlo han madurado, permite liberarse de quienes de hecho han dejado de trabajar en una organización del Partido.

Democracia interna y dirección.

La vida interna del Partido se estructura de forma que los comunistas puedan participar al máximo en su labor práctica. Tal es la esencia de la democracia del Partido. A este fin se hace de manera que los miembros puedan examinar todos los asuntos, controlar el cumplimiento de los acuerdos adoptados, elegir a los dirigentes y comprobar su labor.

El Partido Comunista no reduce la democracia interna a la elección de los órganos dirigentes. Tal noción de la democracia, vigente en los partidos socialdemócratas, equivale a transportar a la vida del Partido las normas y procedimientos del parlamentarismo burgués. La democracia del Partido Comunista es la democracia de la *acción única activa;* con ella los afiliados no se limitan a elegir y a discutir las cuestiones, sino que prácticamente contribuyen a orientar el trabajo del Partido.

Los Partidos Comunistas y Obreros han encontrado formas diversas para incorporar a todos sus miembros a un trabajo activo. En el P.C. de la U.S. el 20 por ciento aproximadamente de ellos trabajan en los comités del Partido o como secretarios de organizaciones de base u organizadores de grupo; el resto recibe tareas de sus

[184] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXXI, pág. 8.

organizaciones respectivas. En el Partido Comunista de China se practica el método de las inspecciones en masa, en las que toma parte un gran número de comunistas. Los Partidos francés e italiano incorporan a gran número de miembros a la tarea de elaboración y cumplimiento de las decisiones a través de comisiones diversas, comités de iniciativa, etc.

Pero la activa participación de todos los comunistas en las labores del Partido no reduce el significado de la dirección, el papel de los dirigentes capaces y en posesión de los necesarios conocimientos y experiencia.

La historia del movimiento obrero de los distintos países demuestra que los partidos políticos pueden actuar con éxito cuando cuentan con grupos estables de dirigentes expertos, prestigiosos e influyentes. Estos hombres constituyen el núcleo dirigente del Partido, sus cuadros, su aparato, nombrado por elección, que organiza prácticamente el cumplimiento de los acuerdos adoptados y asegura el mantenimiento y transmisión de la experiencia y las tradiciones.

Los cuadros dirigentes no se encuentran sobre el Partido, sino que se hallan bajo el control de éste. En unas condiciones de democracia, decía Lenin, la actuación política del dirigente está siempre expuesta a la luz pública, como si se desarrollase en un escenario ante espectadores. "Todos saben que cierto político empezó experimentando cierta evolución, obró de tal manera en un momento difícil de la vida, posee tales y tales dotes, y por eso es lógico que, con conocimiento de causa, *todos* los miembros del Partido puedan elegirlo o no elegirlo para determinado cargo... La «selección natural» de la publicidad, del carácter electivo y del control general, asegura que cada dirigente ocupe el lugar que le corresponde, se dedique a la función que mejor corresponde a sus energías y capacidad, pruebe en su persona todas las consecuencias de sus errores y demuestre ante todos que es capaz de reconocer los errores y de evitarlos."[185]

Por lo tanto, la democracia interna es una condición de las más importantes para la acertada formación, selección y educación de los cuadros dirigentes. A la vez, es garantía de que la dirección se apoyará en la experiencia colectiva, y no será únicamente reflejo del criterio personal de uno u otro dirigente.

Libertad de discusión y unidad de acción.

Un método muy importante de trabajo del Partido es el amplio examen de todas las cuestiones de principio, la elaboración colectiva de las decisiones. Esto es necesario para recoger la experiencia de unos y otros, para poder revelar los defectos y para que cada uno tenga el convencimiento de que los acuerdos adoptados son correctos.

Toda discusión, a su vez, significa una crítica amplia, es decir, han de ser revelados los defectos y sus causas y proponer las medidas oportunas para corregirlos.

Esta clase de crítica es la que ayuda a ir adelante, la que educa adecuadamente a los cuadros. Pero el Partido hace siempre distinción entre la crítica que lo robustece y la que lo debilita, la que se transforma en un afán de crítica sin espíritu constructivo. El Partido concede libertad de crítica, pide responsabilidades a quienes la reprimen, pero sin permitir que nadie se valga de esa libertad para debilitar sus filas.

¿Cuál es, sin embargo, el límite que separa la crítica provechosa de la nociva? Para determinarlo están el programa, las decisiones del Partido y sus estatutos.

Junto a los amplios derechos que el Partido concede a sus miembros, pide de ellos, como es lógico, fidelidad a su programa, fines e ideales. No acepta la propaganda de concepciones contrarias al Partido y la considera incompatible con la permanencia en sus filas. ¿Quebranta esto la democracia interna, la libertad de palabra de los afiliados? No; desde el punto de vista de los comunistas no la quebranta. "Cada uno puede escribir y decir cuanto desee sin limitación alguna -escribe Lenin-. Pero toda organización libre (sin excluir el Partido) puede también expulsar a aquellos de sus miembros que se valen de la etiqueta del Partido para mantener opiniones contrarias a éste... El Partido es una organización voluntaria que se desintegraría inevitablemente, primero ideológica y luego materialmente, si no se depurase de quienes propagan opiniones que le son contrarias."[186]

Mientras no se ha tomado una decisión, en el Partido pueden existir opiniones diversas, chocar puntos de vista contrarios; pero una vez se ha adoptado un acuerdo, todos los comunistas obran a una. Tal es la esencia de la disciplina del Partido, que exige la subordinación de la minoría a la mayoría y la obligatoriedad incondicional de las decisiones adoptadas. La disciplina proporciona al Partido la organización debida y orienta todos sus actos hacia el fin que se ha propuesto. Ahora bien, esto no puede darlo una disciplina ciega. La fuerza de la disciplina del Partido reside en que es consciente, puesto que se basa en la cohesión ideológica de los comunistas, en la aprobación consciente de las decisiones del Partido, que fueron elaboradas con la activa participación de sus miembros.

La unidad de acción no significa en absoluto que en el seno del Partido no pueda existir diversidad de opiniones, discrepancias en cuestiones concretas. En el caso contrario dejaría de ser algo vivo y se convertiría en una organización muerta. En la labor diaria pueden surgir puntos de vista diferentes o

---

185 V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. V, pág. 446.

186 V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., t. X. pág. 29.

divergencias sobre cuestiones concretas, lo que es inevitable y admisible. La disciplina del Partido no exige que nadie renuncie a su opinión propia si esta opinión no va contra los principios del marxismo-leninismo. Lo que pide, sí, es la aceptación de los acuerdos, que habrán de ser cumplidos con todo celo aunque el miembro del Partido no esté conforme con ellos o hubiera propuesto una decisión distinta. La disciplina del Partido exige también que las cuestiones internas sean discutidas exclusivamente en el seno del mismo. Todas estas normas han sido dictadas por la experiencia del movimiento obrero, experiencia que demuestra, sin dejar lugar a dudas, que sin una disciplina rígida el partido político de la clase obrera se convierte en una organización amorfa, incapaz de dirigir la lucha de los trabajadores.

El Partido se atiene a unas reglas fijas en cuanto a quienes no se subordinan a las decisiones adoptadas. La historia de los Partidos Comunistas conoce casos de individuos que, disconformes con la línea adoptada, formaron grupos o fracciones, con su disciplina interna, que se oponían a la mayoría. En los partidos oportunistas, adaptados exclusivamente a la actividad parlamentaria, la existencia de fracciones es la cosa más natural del mundo. Mas para los Partidos Comunistas -como organizaciones combativas y operantes que son-, la admisión de fracciones equivaldría a renunciar a la unidad ideológica y a la dirección de la lucha. Por eso son incompatibles las fracciones y la disciplina del Partido.

La concepción marxista-leninista de la unidad del Partido encontró su fórmula más exacta y precisa en la resolución del X Congreso del P.C. (b) de Rusia, escrita de puño y letra por Lenin. En ella se señala que todos los obreros conscientes han de comprender claramente "el daño" de toda clase de actividades fraccionales, que son intolerables y que conducen inevitablemente en la práctica a debilitar el trabajo unido...",[187] recomendándose, si las fracciones llegan a formarse, la adopción de todas las medidas disciplinarias previstas por los estatutos, hasta llegar a la expulsión del Partido.

Así, pues, la amplia democracia se combina en los Partidos Comunistas con la dirección centralizada, y la discusión libre con la severa disciplina y la unidad de acción. La democracia sin dirección centralizada convierte el Partido en un club de discusiones. El centralismo sin democracia, o con una democracia poco desarrollada, engendra un burocratismo que todo lo mata. En cambio, la acertada combinación de democracia y centralismo asegura un amplio espíritu de actividad e iniciativa a la vez que una dirección firme, que tan necesaria es en la lucha política.

Las formas concretas en que se manifiesta el principio del centralismo democrático cambian con las condiciones históricas. Refiriéndose a la experiencia de la organización de los comunistas rusos, Lenin escribía: "Esta organización, sin perder su característica fundamental, ha sabido adaptar su *forma* a las nuevas condiciones, ha sabido cambiar esta *forma* de conformidad con las exigencias del momento..."[188]

Cada Partido Comunista es un organismo vivo en desarrollo que perfecciona su actividad. El principio del centralismo democrático en la estructura y la vida de los Partidos Comunistas no representa en manera alguna un patrón fijo. Les permite dar flexibilidad a su trabajo de conformidad con las tareas que se presentan y con las características de cada país.

3. Los vínculos vivos del partido con las grandes masas

Los comunistas sólo pueden ser un partido en el sentido auténtico de la palabra cuando mantienen estrechas relaciones con las masas y gozan de su apoyo. Criticando en 1920 a algunos comunistas ingleses que no comprendían la necesidad de estas relaciones, Lenin decía con dureza: "Si la minoría no sabe dirigir a las masas, relacionarse estrechamente con ellas, no es un partido, aunque así se llame, ni vale absolutamente nada... "[189]

Por mucho que nos califiquemos de vanguardia, esto no significa aún que lo seamos. El Partido no puede obligar a las masas a que le sigan. Tampoco conquistará prestigio porque en sus llamamientos a las masas manifieste pretensiones a un papel dirigente.

No basta con proclamar el papel dirigente del Partido: hay que conquistarlo.

¿De qué manera llega el Partido a convertirse en verdadero dirigente? Para esto no hay más que un camino: convencer a las masas de que el Partido recoge y defiende sus intereses, convencer no con palabras, sino con hechos, con su política, su iniciativa y su fidelidad a la causa. El Partido ha de ganarse, con todo su trabajo, la confianza y el cariño de las grandes masas. "No basta con llamarse «vanguardia» y destacamento avanzado -dice Lenin-; hay que obrar de tal manera que *todos* los demás destacamentos vean y no puedan por menos de reconocer que marchamos delante."[190]

El Partido Comunista tiene su programa, que es una exposición científicamente fundamentada de los fines a que aspira y que responden a los intereses vitales de los trabajadores. Estos han de comprender los objetivos finales de la lucha, y sin ello el Partido jamás podrá conquistar el puesto dirigente. El Partido debe tener a la vez un programa de acción en el que

[187] *Actas de Congresos* y *Conferencias del Partido Comunista (b) de la U.R.S.S. Décimo Congreso del P.C. (b) de Rusia. Marzo de* 1921. Partizdat, Moscú, 1933, página 585.

[188] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., t. XIX, pág. 361.

[189] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., t. XXXI. pág. 213.

[190] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. V, pág. 396.

figuren las reivindicaciones inmediatas de los trabajadores. En este sentido ha de manifestar iniciativa en todos los órdenes de la vida del pueblo, conocer sus necesidades y luchar por las reivindicaciones de las diversas capas de la población.

Los comunistas denuncian sin cesar al régimen capitalista, que ha agotado sus posibilidades, pero no creen que se hayan de lanzar únicamente consignas de crítica, que no den respuesta a lo que hay que hacer *hoy.* Lenin combatió siempre la tendencia a lanzar consignas que sirviesen sólo para "agudizar la conciencia del proletariado contra el imperialismo". "La consigna «negativa» que no va unida a determinada acción positiva no «agudiza», sino que embota la conciencia, pues es una frase vacía, un simple grito, una declamación sin contenido."[191]

Hay que trabajar en todos los lugares donde están las masas.

Los comunistas acuden a trabajar a todos los lugares donde hay trabajadores. Para ello se requiere la más íntima relación orgánica y diaria con las masas. "Para servir a la masa -dice Lenin- y expresar *sus* intereses acertadamente comprendidos, el destacamento de vanguardia, la organización, ha de mantener toda su labor entre la masa, recurriendo para ello a todos sus mejores elementos sin excepción, comprobando a cada paso, minuciosa y objetivamente, si se mantiene viva esta relación con las masas. Así y *sólo* así educa e instruye el destacamento de vanguardia a la masa, expresando *sus* intereses, enseñándole a organizarse, dirigiendo *toda* la actividad de la masa por el camino de una política consciente de clase."[192]

Los comunistas prestan gran atención, como es lógico, a las organizaciones de masas: sindicatos, federaciones juveniles y de mujeres, cooperativas, etc. No es que los Partidos Comunistas quieran privarles de su independencia. Todo lo contrario, los comunistas creen que las organizaciones de masas *sólo* cumplen su papel cuando cada una de ellas cumple bien las tareas que le son propias. Los comunistas respetan los acuerdos y la disciplina de las organizaciones de masas a que pertenecen, observan sus estatutos y consideran que su deber consiste en ayudarles a defender mejor los intereses de las masas.

En los sindicatos, los comunistas actúan como luchadores consecuentes en la defensa de los intereses económicos de los obreros, y tratan de conseguir la unidad de acción del proletariado. Cuando se llega a la huelga, en los comités que las dirigen son los organizadores más firmes y enérgicos. Los obreros no vacilan en elegir a esos comunistas para los cargos más responsables.

[191] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIII, pág. 60.
[192] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIX, pág. 368.

En las organizaciones juveniles, campesinas, de mujeres, etc., los comunistas procuran extender la influencia del Partido no por la imposición, sino con su energía y su superioridad espiritual, lo mismo si son simples afiliados que dirigentes dentro de esas organizaciones.

A través de las organizaciones de masas el Partido estrecha sus vínculos con los trabajadores. El Partido Comunista de Italia, por ejemplo, se apoya en numerosas organizaciones democráticas, como la Confederación General del Trabajo Italiana, que es la más importante central sindical y que agrupa a la gran mayoría de los obreros organizados del país, la Unión Nacional de Campesinos y Braceros y otras semejantes. Lo mismo ocurre en Francia, donde el Partido Comunista mantiene vínculos estrechos con la Confederación General del Trabajo, la Unión de Mujeres Francesas, la Unión de Muchachas, la Federación de Jóvenes Campesinos, la Asociación Republicana de Ex Combatientes, etc. El Partido Comunista de Finlandia está integrado en la Unión Democrática del Pueblo, organización muy amplia, y se relaciona estrechamente con la Unión de Pequeños Propietarios Agrícolas. Bajo la dirección del Partido Comunista de Indonesia se encuentran su importante central sindical (más de 2.500.000 miembros), la Unión Campesina (2.350.000) y la organización de mujeres (unas 500.000).

Los comunistas se esfuerzan por acercarse a los trabajadores afiliados a organizaciones cuyos dirigentes, y a veces buena parte de sus miembros, muestran indiferencia o incluso hostilidad hacia el comunismo. No hay que quejarse de las masas, hay que encontrar el camino que nos lleve al cerebro y al corazón de los trabajadores sin prevención alguna, sin temor a los prejuicios, a ser mal recibidos e incluso a las ofensas.

V. I. Lenin escribía así en los años de la primera revolución rusa, refiriéndose a la necesidad de trabajar entre todas las capas de la clase obrera: "...Hay que saber acercarse a los hombres más atrasados e ignorantes, menos afectados por nuestra ciencia y por la ciencia de la vida, hablar con ellos, saberse ganar su confianza, elevarlos con discreción y paciencia hasta la conciencia socialdemócrata, sin convertir nuestra doctrina en un dogma seco, enseñarlo no según los libros, sino participando en la diaria lucha por la vida de estas capas, las más atrasadas e incultas del proletariado."[193]

El trabajo entre las masas se apoya en las organizaciones de base del Partido, las cuales actúan allí donde mejor pueden estrechar los vínculos con los trabajadores e influir sobre ellos. En el Partido Comunista de la Unión Soviética las organizaciones de base se atuvieron siempre, preferentemente, al principio del lugar de trabajo, concediéndose interés primordial a las organizaciones fabriles, que son las

[193] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. VIII, pág. 420.

que más cerca se encuentran de la clase obrera.

El principio territorial en la creación de las organizaciones de base se justifica en los casos en que permite llevar mejor la influencia del Partido a las masas, acercarse a capas de la población como los artesanos, campesinos, pequeños comerciantes, profesiones liberales, etc. En muchos países, la organización territorial responde a las tradiciones del movimiento de masas, circunstancia que es preciso tener en cuenta. El patrón único y la uniformidad son tan perjudiciales como en cualquier otra esfera, si bien hay que decir que el principio del lugar de trabajo corresponde mejor al carácter de clase del Partido. Los Partidos Comunistas de muchos países se atienen tanto a uno como a otro criterio.

Dirigir a las masas no significa pasarse todo el tiempo instruyéndolas. Hay que tomar parte en la resolución de los asuntos más ordinarios, enjuiciándolos con un espíritu marxista, tratar de "conquistar con su energía y con su influencia ideológica (y no con títulos y diplomas, se comprende) el papel dirigente..." *(Lenin).*[194]

Incluso un asunto como es la labor parlamentaria, los comunistas lo relacionan siempre con el trabajo entre las masas. Los oportunistas no ven el parlamentarismo más que como un medio propicio para combinaciones en las altas esferas para resolver las cuestiones a espaldas del pueblo. Condenando semejante actitud, Lenin escribía que "los comunistas de Europa Occidental y América han de aprender a crear un parlamentarismo nuevo, no como el ordinario, no oportunista y que no sea un trampolín para hacer carrera..."[195]

Los Partidos Comunistas de una serie de países capitalistas han logrado desplegar la labor parlamentaria a que Lenin se refería. No en vano los Partidos Comunistas de Francia e Italia tienen el sufragio de millones de electores en todas las elecciones parlamentarias convocadas después de la guerra. Los comunistas disponen también de un gran número de puestos en muchos Consejos municipales de estos países. Desde sus cargos de alcalde, teniente de alcalde o concejal, tratan de cumplir de la mejor manera la voluntad de sus electores.

La labor parlamentaria íntimamente unida a la lucha de las masas proporciona a los Partidos Comunistas resultados tangibles. Cuando las masas lo ven, la influencia de los comunistas crece.

Hay que conducir a las masas y aprender de ellas.

Únicamente es posible dirigir a las masas cuando se tiene presente su experiencia y el nivel de su conciencia de clase, sin apartarse de la realidad ni avanzar más de lo debido. De otro modo se corre el riesgo de quedarse en la penosa situación de la vanguardia que ha perdido el contacto con el grueso de las fuerzas.

Pero una cosa es tener presente el nivel de conciencia de las masas y otra muy distinta adaptarse a ese nivel y tomar como ejemplo el atraso. Tal comprensión de los vínculos con las masas es propia del oportunismo. Los marxistas revolucionarios lo interpretan de otro modo. No navegan a merced de las olas.

El Partido Comunista, que recoge la experiencia de su clase y de todo el pueblo, que la interpreta a la luz de las lecciones de la historia y de la teoría marxista, está en condiciones de captar las tendencias que aún no se revelaron por completo, pero a las cuales pertenece el futuro. El partido marxista no inventa nada, parte de la misma vida, pero va por delante del movimiento espontáneo y le muestra el camino, porque sabe proponer a tiempo la solución de los problemas que preocupan al pueblo.

El Partido puede conducir a las masas e instruirlas sólo en el caso de que él mismo aprenda de las masas, es decir, de que estudie atentamente todo lo que se gesta en la labor práctica del pueblo y haga suya la sabiduría que en el pueblo se encierra. Aprender de las masas para enseñar a las masas: tal es el principio de la dirección marxista-leninista a que se atienen todos los Partidos Comunistas. Los comunistas chinos llaman a esto "línea de las masas".

Por muy prestigioso que sea el Partido, no puede vivir del capital político reunido anteriormente. Ha de multiplicarlo sin cesar, ganando el apoyo de las masas para su política y para todas las medidas que adopta. No puede tampoco presentarse como un maestro infalible, ha de hablar francamente con las masas lo mismo de los éxitos que de los errores. Los comunistas no temen hablar de sus debilidades, cosa que no pueden permitirse otros partidos, que ocultan sus errores a las masas.

4. La política marxista-leninista como ciencia y como arte

Una de las fuentes más importantes de donde los Partidos Comunistas toman su fuerza es la base científica sobre la que su política se levanta.

Esto significa, ante todo, que, al defender los intereses de la clase obrera, los comunistas -armados como están con la doctrina del marxismo-leninismo- pueden apoyar sus actos en el conocimiento de las leyes objetivas del desarrollo social, y concretamente en el conocimiento de las leyes de la lucha de clases; siempre tienen presente la distribución de las fuerzas de clase en cada período concreto, en cada situación concreta. "Sólo la consideración objetiva de todo el conjunto de interacciones de todas las clases de la sociedad concreta, sin excepción alguna, y, por consiguiente, la consideración objetiva del grado de desarrollo de esa sociedad y de las interacciones entre ella y otras sociedades -dice V. I. Lenin- puede

[194] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XV, pág. 325.
[195] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 78.

proporcionar la base de una táctica acertada de la clase de vanguardia. Todas las clases y todos los países se toman no estática, sino dinámicamente, es decir, no quietos, sino en movimiento (las leyes del cual se desprenden de las condiciones económicas de existencia de cada clase)."[196]

A continuación nos detenemos en algunas cuestiones generales de la política de los Partidos Comunistas como ciencia y como arte. La realización práctica de esta política y sus problemas más importantes son objeto de estudio en los capítulos siguientes de nuestra obra.

La estrategia y la táctica en política.

Las medidas que en su conjunto integran la labor del partido marxista-leninista no son una improvisación de los dirigentes. En ellas encuentra expresión concreta la *línea política,* elaborada por el Partido después de un análisis científico de la etapa concreta de lucha y de la situación concreta. En el lenguaje político, al referirnos a esta línea se habla también de *táctica* y de *estrategia.*

Cuando hablamos de táctica nos referimos a menudo a la línea política para un período relativamente corto, determinado por unas u otras condiciones concretas; la estrategia se refiere a la línea política para toda una etapa histórica. Estas distinciones, sin embargo, no se mantuvieron siempre. En el movimiento obrero de antes de Octubre se entendía como táctica del Partido toda su política, cualquiera que fuese el tiempo a que se refería.

Así empleó este concepto Lenin para significar las tareas de la dirección de la lucha de la clase obrera, que cambian con relativa rapidez (táctica en el sentido estricto), y las tareas que se mantienen durante toda una etapa histórica. Por ejemplo, en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática,* Lenin habla de táctica en el sentido de la línea general del Partido, trazada para todo el período de preparación y realización de la revolución democrático-burguesa en Rusia. El concepto de estrategia, tomado del léxico militar, lo empleaba Lenin en raras ocasiones. Únicamente en el período posterior a Octubre, en algunos trabajos que se refieren a la política de los Partidos Comunistas hermanos, alude también a la estrategia del Partido, sin que, sin embargo, estimase necesario marcar una línea divisoria entre ella y la táctica.

Actualmente, los comunistas hablan de estrategia o de línea estratégica cuando se trata de la línea general del Partido, que apunta al cumplimiento de las tareas más generales de una etapa histórica concreta partiendo de la correlación de fuerzas existente entre las clases. En este sentido, se comprende, se puede hablar perfectamente de la importancia de observar la línea estratégica del Partido, a fin de subrayar la necesidad de ir directos al cumplimiento de la *tarea principal* de la etapa y de prevenir contra la tendencia izquierdista a "saltarse las etapas". Pero cuando hablamos de la estrategia política del Partido hay que evitar el caer en analogías con la estrategia militar, pues una y otra se diferencian profundamente.

En política no tratamos con ejércitos dispuestos al combate, sino con clases y fuerzas sociales, de las que unas pueden estar organizadas y otras no, de las que unas actúan conscientemente y otras de un modo espontáneo. El general de un ejército dispone de todas sus fuerzas. Puede maniobrar con ellas libremente y lanzar las reservas donde lo considere oportuno, sin otras consideraciones que la oportunidad militar del movimiento. El dirigente político no dispone de esas posibilidades. Las clases y fuerzas que toman parte en los acontecimientos no son ni ejércitos ni reservas. Cada una de ellas se mueve no por orden de un jefe, sino bajo la influencia de sus propios intereses y de conformidad con la manera como tales intereses son comprendidos en cada momento dado. Hay también otros factores que hacen la tarea del dirigente político mucho más compleja que la del jefe militar. Todo ello hay que tenerlo presente cuando se habla de estrategia política.

Al elaborar la línea estratégica del Partido, en las condiciones propias del capitalismo, es importante, en primer término, determinar el *fin principal* de la clase obrera en la etapa concreta y el *enemigo principal de clase* contra el que en dicha etapa hay que concentrar el odio de clase y la fuerza de choque de todos los trabajadores, con objeto de vencer su resistencia.

En segundo término, hay que determinar acertadamente la posición del Partido hacia la *capa intermedia* más considerable, que si bien se muestra opuesta al enemigo principal, en virtud de la duplicidad de sus intereses de clase manifiesta una peligrosa inestabilidad política, con la tendencia al compromiso y, a veces, a confabularse abiertamente con ese enemigo. Así, en la primera etapa de la revolución rusa, Lenin definió la meta principal del movimiento como *derrocamiento de la autocracia,* planteando ante el proletariado dos tareas: *"aplastar por la fuerza la resistencia de la autocracia"* (enemigo principal) y *"paralizar la inestabilidad de la burguesía".*[197] Los bolcheviques aceptaron estas dos tareas. Los mencheviques, que no admitían la segunda, rodaron hasta la charca del oportunismo de derecha.

En la segunda etapa de la revolución rusa, Lenin define la meta principal como *derrocamiento de la burguesía* y plantea ante el proletariado dos tareas: *"quebrar por la fuerza la resistencia de la burguesía"* (enemigo principal) y *"paralizar la*

[196] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXI, pág. 58.

[197] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. IX, pág. 81.

inestabilidad de los campesinos y de la pequeña burguesía".[198] Los bolcheviques se dispusieron a cumplir ambas tareas. Limitarse a una de ellas solamente o destacar la segunda como dirección del golpe principal habría ocasionado un serio daño al movimiento revolucionario.

En tercer término, al trazar la línea estratégica es preciso determinar bien quiénes son los *aliados* de la clase obrera en la etapa concreta. Sería, sin embargo, injusto considerar a los aliados de la clase obrera como "reservas" del Partido que se pueden "utilizar" con la misma libertad con que el jefe militar "maniobra" con sus reservas en el campo de batalla. Reducir la dirección estratégica en política al problema de la utilización de las reservas significa apartarse de la tarea que en los países capitalistas es la más necesaria en la preparación de las batallas decisivas de clase: el fortalecimiento continuo de los vínculos del Partido Comunista con las masas obreras y con las más grandes capas de trabajadores, la unidad de acción con los partidos socialistas, los sindicatos y otras organizaciones de masas. Cada Partido Comunista admite y tiene presente también el papel *independiente* del movimiento obrero de los países vecinos y de los movimientos revolucionarios de las colonias, y no los considera como simples "reservas" de la revolución en su país o en cualquiera otro. Una actitud distinta hacia los destacamentos del movimiento de liberación contra el imperialismo no sólo iría contra los principios de los comunistas y su moral política, sino que entrañaría el peligro de perder esos aliados.

El arte de la dirección política.

Lenin decía de la política que además de ciencia es arte.

Esto significa que la dirección política exige -además de un análisis científico y exacto de la situación, con la acertada línea política que de él se deriva- una gran capacidad y verdadero arte en la aplicación de la línea. En caso contrario, la mejor línea política no servirá de nada. Podemos determinar acertadamente la meta principal y el enemigo principal de una etapa concreta. Pero ¿de qué serviría esto si el Partido no sabe organizar la lucha para alcanzar dicha meta y contra dicho enemigo? Podemos determinar acertadamente a los aliados de la clase obrera, pero ¿qué ventaja representará esto si el Partido no sabe ganárselos, organizarlos y dirigir su lucha?

Por lo tanto, lo importante para la dirección política *no es sólo saber, sino ser capaz de hacer.* ¿Cómo se adquiere esa capacidad, ese arte?

El estudio teórico, se comprende, no basta. Cada Partido únicamente puede dominar el arte de la dirección política sobre la base de una gran experiencia propia. No hay escuela capaz de cumplir las veces, en un partido revolucionario, de la escuela que es la lucha práctica con todas sus vicisitudes y pruebas, con sus victorias y sus derrotas, con sus éxitos y sus reveses.

Todo esto no significa, se comprende, que cada Partido haya de pasar absolutamente por todo y de aprender exclusivamente perdiendo. El proceso que conduce a dominar el arte de la política puede ser cubierto mucho antes, y el número de derrotas, errores y reveses reducirse considerablemente, con un estudio atento y provechoso de la experiencia de los otros Partidos, utilizando la experiencia del movimiento revolucionario internacional. Los trabajos en que se recoge esta experiencia son una ayuda inapreciable para todos cuantos aspiran a dominar el arte de la dirección política. Importancia trascendental en este sentido tiene la obra de Lenin *El "izquierdismo", enfermedad infantil del comunismo,* que conserva hoy día su formidable valor para el movimiento comunista internacional.

¿Qué grandes esferas abarca el arte de la dirección política?

Lo primero de todo, la capacidad de trabajar entre las masas. Esta tarea pueden realizarla únicamente aquellos Partidos y dirigentes para quienes los intereses de los trabajadores son los suyos propios, que comparten sus aspiraciones y les son fieles hasta el fin.

Uno de los principios leninistas de este arte dice que para incorporar a millones de trabajadores a la lucha activa no basta con la propaganda y la agitación; para esto se requiere la *propia experiencia política de las mismas masas.* "... Jamás millones de hombres escucharán los consejos del Partido -dice V. I. Lenin- si estos consejos no coinciden con lo que les enseña la experiencia de su propia vida."[199] El arte de la dirección política reside, pues, en emplear medios y métodos que, partiendo de la experiencia de las masas y del nivel de su conciencia, puedan conducirlas más allá, a la lucha por los objetivos finales. El Partido no puede aguardar pasivamente a que la vida misma enseñe a las masas. Debe saber ayudarlas a llegar a conclusiones acertadas. Lenin llama a esto capacidad de conducir a las masas, por su misma experiencia, a las posiciones de la lucha definitiva.

Las masas interpretan cuanto les rodea a través de los hechos con que diariamente se tropiezan y que les afectan directamente. De ahí que los Partidos no tengan otro camino para conducir los trabajadores al combate contra el capitalismo que el de dirigir la lucha por sus reivindicaciones económicas inmediatas y por los intereses políticos de las masas, planteando consignas que respondan a las demandas perentorias de las distintas capas de trabajadores y trabajando para hacer que sean cumplidas.

Otra parte importante del arte de la dirección

[198] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. IX, pág. 81.

[199] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXIV, pág. 457.

política es la capacidad para unir los esfuerzos propios a los esfuerzos de todos con quienes es posible llegar a la unidad de acción, sin excluir a los que mantienen discrepancias en cuestiones de fondo. Se trata de una labor difícil, pero de gran alcance, como tendremos ocasión de ver con detalle en el capítulo siguiente.

El arte de la dirección política comprende también la capacidad para elegir formas de lucha que correspondan a la situación, y de estar dispuestos a los cambios más rápidos e inesperados de estas formas.

Si el Partido sabe escoger acertadamente las formas de lucha y traza una línea política que corresponda a las condiciones existentes, puede actuar activamente y conseguir determinados frutos en las condiciones más complejas y difíciles.

El partido de tipo leninista no se cruzará jamás de brazos, encerrado en sí mismo, a la espera de la "hora grande", de una situación que por sí misma exalte el espíritu revolucionario de los trabajadores y debilite la resistencia de los enemigos. También en las condiciones menos propicias busca y encuentra la posibilidad de mantener un trabajo activo entre las masas, de mantener una lucha política activa. De este modo el Partido robustece sus posiciones y -lo que es aún más importante- acelera enormemente la llegada de las batallas decisivas, se prepara para ellas y capacita a las grandes masas de trabajadores. El arte supremo de la política consiste precisamente en encontrar, aun en los momentos de reflujo revolucionario, direcciones y formas de lucha que sienten los cimientos de futuras victorias y las aproximen. Un brillante ejemplo de este arte lo tenemos en la política leninista de los comunistas rusos en los años de reacción que siguieron a la derrota de la revolución de 1905-1907. En aquellos tiempos el Partido demostró la conducta a seguir cuando la revolución no triunfa. V. I. Lenin escribía por aquel entonces: "Los partidos revolucionarios han de aprender más. Han aprendido a atacar. Ahora hemos de comprender que esta ciencia ha de ser completada con la ciencia que enseña a retroceder de la mejor manera. Hay que comprender -y la clase revolucionaria lo aprenderá con su amarga experiencia- que es imposible vencer si antes no se ha aprendido a atacar y a retroceder acertadamente."[200]

Capacidad de encontrar el eslabón fundamental.

La ciencia y el arte de la dirección política se manifiestan asimismo en la capacidad para destacar las tareas principales en el cumplimiento de las cuales han de centrarse los esfuerzos.

Los acontecimientos políticos están unidos entre sí, pero siempre aparecen muy confusos. V. I. Lenin decía que los podemos comparar con una cadena, con la diferencia, sin embargo, de que el orden de los eslabones, su forma y la manera como se unen unos a otros no son tan sencillos como en la cadena que hace el herrero. Además, en la cadena ordinaria todos los eslabones son iguales, mientras que en la vida política unos problemas son principales y otros subordinados y secundarios. "Hay que encontrar en cada momento el eslabón de la cadena al que hay que aferrarse con todas las fuerzas, a fin de retener la cadena entera y de preparar sólidamente el paso al eslabón siguiente..."[201]

En Rusia, cuando el zarismo fue derrocado, el eslabón decisivo pasó a ser la salida revolucionaria de la guerra. Inmediatamente después de la revolución de febrero, las grandes masas mantenían una actitud defensiva. Creían que la guerra había cambiado de carácter y había dejado de ser imperialista. Pero Lenin mostró la inconsistencia de tales ilusiones. Mientras en el poder se mantuviera la burguesía, la guerra seguiría siendo imperialista. Para alcanzar la paz entonces no había otra salida que la revolución socialista. Y aunque en los primeros tiempos las masas no lo comprendían, el Partido estaba seguro de que la propia lógica de los acontecimientos las conduciría a pensar que la salvación estaba en la revolución. Y el Partido concentró sus esfuerzos en este sentido, a fin de ayudar a las masas a llegar a esa conclusión.

No fue preciso más de medio año para que la burguesía se revelara plenamente como una clase interesada en la continuación de la guerra. Entonces se produjo un viraje en la conciencia de las masas, convencidas ya de que la guerra únicamente podía ser terminada derribando a la burguesía por la fuerza de las armas. "La Rusia revolucionaria ha conseguido la salida de la guerra -escribió Lenin-. Se necesitaron enormes esfuerzos, pero se tuvo presente la necesidad fundamental del pueblo, y esto nos ha dado la victoria..."[202]

En las condiciones actuales, cuando sobre los pueblos se cierne el peligro de una devastadora guerra atómica y de nuevo levanta cabeza la reacción internacional, deseosa de imponer a los pueblos sistemas fascistas, el eslabón fundamental en la política de los Partidos Comunistas de los países capitalistas es la lucha por la paz y la democracia.

El análisis marxista-leninista de la realidad y los vínculos estrechos con las masas permiten a cada Partido -considerando la situación específica de cada país- destacar la tarea principal que, al ser conseguida, aproxima la realización del objetivo final de la clase obrera.

5. Necesidad de la lucha contra el oportunismo de derecha y el sectarismo

La burguesía reaccionaria no ha cejado jamás en

[200] V. I. Lenin. *Obras.* ed. cit., t. XXXI, pág. 11.

[201] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVII, pág. 244.

[202] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, pág. 271.

su empeño de socavar el movimiento comunista con un trabajo de zapa por dentro. A este efecto cifra grandes esperanzas en la utilización, en provecho propio, de las discrepancias que pueden surgir en el seno de los Partidos y en la propagación de ideas oportunistas entre los miembros del Partido políticamente poco firmes. Las filas del Partido se nutren constantemente, y no sólo con obreros avanzados, sino también con elementos poco maduros, entre los que hay quienes proceden de capas intermedias; y éstos, quiéranlo o no, traen al Partido sus prejuicios y sus extravíos. Siempre existe, pues, la posibilidad objetiva de que en los Partidos Comunistas penetren influencias burguesas y pequeñoburguesas, concepciones oportunistas, que llevan al desfallecimiento y a la desconfianza en el triunfo. De ahí que la *lucha por la pureza de la ideología marxista-leninista* sea una ley inconmovible en la existencia y desarrollo de los Partidos Comunistas.

El peligro del revisionismo.

La ideología burguesa va cambiando de matiz conforme la lucha de la clase obrera se amplía. Las formas groseras empleadas para justificar el capitalismo se ven sustituidas por procedimientos más sutiles de defensa. Pero la ideología burguesa no cambia por ello. De la misma manera, el oportunismo, cualquiera que sea el ropaje con que se presente, siempre tiene el mismo propósito, declarado o encubierto: conciliar a la clase obrera con el capitalismo, acomodar el movimiento obrero a los intereses de las clases dominantes. A ello tienden los constantes intentos que los oportunistas hacen para revisar la doctrina revolucionaria de la clase obrera, que es el marxismo-leninismo.

El revisionismo o "revisión" del marxismo, indicaba Lenin, es "una de las manifestaciones principales, sino la principal, de la influencia burguesa sobre el proletariado y de la corrupción burguesa de los proletarios".[203]

Los ideólogos del revisionismo tratan de "revisar", o más exactamente de deformar, todas las tesis fundamentales de la teoría marxista-leninista. A ello nos hemos referido en el capítulo X y tendremos ocasión de volver más adelante. Pero uno de los blancos favoritos de esos ideólogos ha sido siempre y es la doctrina leninista sobre el Partido.

Los esfuerzos teóricos y prácticos de los revisionistas se subordinan siempre, en última instancia, al deseo de acabar con el Partido o de convertirlo en una organización reformista. En unas condiciones históricas, estos propósitos no se ocultan siquiera; en otras, son presentados en forma enmascarada.

Después de la derrota de la primera revolución rusa, los revisionistas emprendieron una campaña contra el Partido, afirmando que se trataba de una organización que había que "archivar". En su lugar proponían una amplia organización sin partido, una "unión obrera". Haciéndose eco de la apatía, del desconcierto y de la pérdida de la perspectiva revolucionaria que el advenimiento de la reacción llevaba consigo, los liquidadores (nombre con el que los revisionistas de entonces entraron en la historia del movimiento obrero ruso) querían sustituir el Partido por algo indefinido que satisficiese por entero no ya a la burguesía, sino a la misma autocracia. Si los marxistas revolucionarios no hubiesen derrotado políticamente entonces a los liquidadores, la clase obrera habría entrado en el nuevo período revolucionario, que no tardó en presentarse, desorganizada, sin el combativo dirigente que era el Partido bolchevique.

Los rasgos más característicos del revisionismo contemporáneo están recogidos en la Declaración de la Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros (noviembre de 1957). Dice así:

"El revisionismo contemporáneo trata de desacreditar la gran doctrina del marxismo-leninismo, la declara «caduca» y afirma que actualmente ha perdido su valor para el desarrollo social. Los revisionistas se esfuerzan por matar el espíritu revolucionario del marxismo y quebrantar la fe de la clase obrera y del pueblo trabajador en el socialismo. Manifiéstense contra la necesidad histórica de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado en el paso del capitalismo al socialismo, niegan el papel dirigente del partido marxista-leninista, niegan los principios del internacionalismo proletario, piden la renuncia a los principios leninistas fundamentales de organización del Partido, y ante todo al centralismo democrático, exigen que el Partido Comunista se convierta de la organización revolucionaria combativa que es en algo semejante a un club de discusión."[204]

En nuestro tiempo, no siempre, ni mucho menos, piden abiertamente los revisionistas la supresión del Partido. Con el pretexto de que se amplíe la democracia interna quieren acabar con la disciplina del Partido, concediendo a la minoría el derecho a no admitir las decisiones adoptadas por la mayoría y a organizar fracciones. Pero esto equivaldría a destruir la unidad de acción del Partido, convirtiéndolo en campo de lucha de grupos y fracciones.

Los revisionistas se encubren de ordinario con la bandera de la lucha contra el dogmatismo doctrinario. Su renuncia al marxismo la disimulan con invocaciones de que la propia doctrina marxista pide que las tesis caducas sean sustituidas por otras nuevas. Mas la sustitución de las tesis marxistas hoy

[203] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XX, pág. 298.

[204] Documentos de las reuniones de representantes de Partidos Comunistas y Obreros celebradas en Moscú, en noviembre de 1957, Gospolitizdat, Moscú. 1958, páginas 16·17.

día caducas por otras nuevas no tiene nada que ver con la supresión de los principios básicos del marxismo-leninismo, de lo que es el espíritu de esta doctrina revolucionaria. El peligro del revisionismo está en que, bajo el pretexto de desarrollar el marxismo, lo que hace es negarlo. Es lógico, pues, que los Partidos Comunistas vean en la lucha contra el revisionismo en todos los terrenos, sin excluir el de la organización interna, una de sus obligaciones permanentes y esenciales.

El dogmatismo y *el sectarismo conducen al divorcio de las masas.*

Los Partidos Comunistas no deben luchar solamente contra el revisionismo; otro enemigo es el sectarismo. Aparentemente son los polos opuestos. Sin embargo, de hecho, el sectarismo, que se presenta como muy revolucionario e "izquierdista", debilita también al Partido.

El sectarismo se basa en un criterio dogmático hacia determinadas tesis y fórmulas teóricas, en las que se quiere encontrar solución a toda clase de problemas de la vida política. En vez de estudiar la vida tal cual es, los dogmáticos parten de un esquema, y si los hechos no se acomodan a él, prescinden de los hechos. El dogmatismo significa el divorcio de la realidad, y el Partido, si no lo combate, se convierte en una secta apartada de la vida.

Los deseos de aferrarse al día de ayer, a una política y unas formas orgánicas que no responden a las nuevas condiciones, significan de hecho, como Lenin dijo, "una política de inacción revolucionaria... "[205] La práctica de todos los Partidos Comunistas ha confirmado con multitud de ejemplos la razón que asistía a Lenin al decir esto.

El sectarismo se manifestó en Rusia en la resistencia a utilizar las posibilidades legales que, a pesar de su derrota, había arrancado la primera revolución rusa al zarismo. Los miembros del Partido que se consideraban "más revolucionarios" que el Partido pedían la abstención en la Duma del Estado y en el trabajo dentro de los sindicatos y cajas de seguros. Al difícil trabajo entre las masas preferían la orgullosa espera de una nueva crisis revolucionaria.

Muchos de los Partidos Comunistas formados en los países capitalistas después de la Revolución de Octubre, en los primeros tiempos eran propensos a los errores de tipo sectario. Lenin calificó entonces esto de "izquierdismo", enfermedad infantil del comunismo. Tales errores se traducían en la negativa a trabajar en los sindicatos dirigidos por reaccionarios y oportunistas, a acudir a los Parlamentos burgueses, a aceptar en determinados casos el compromiso y, en general, a adoptar una táctica flexible.

También en nuestros tiempos hay que luchar contra el sectarismo. Lo principal en él es el divorcio que se establece con las masas, el desprecio de las posibilidades existentes para el trabajo revolucionario, la tendencia a rehuir los problemas candentes que la vida presenta. Si el revisionismo trata de conciliar al Partido con el capitalismo, el sectarismo le priva de los vínculos con las masas, sin los cuales el éxito en la lucha contra el capitalismo es imposible. Por ello no se puede robustecer al Partido sin combatir el sectarismo, cualquiera que sea la forma en que se manifieste.

La Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros subrayó la necesidad de superar enérgicamente el revisionismo y el dogmatismo en las filas de los partidos marxistas-leninistas. "A la vez que condenan el dogmatismo -se dice en la Declaración de la Conferencia-, los Partidos Comunistas estiman que, en las condiciones actuales, el principal peligro reside en el revisionismo, o lo que es lo mismo, el oportunismo de derecha, como manifestación de la ideología burguesa que paraliza la energía revolucionaria de la clase obrera y exige el mantenimiento o la restauración del capitalismo. Ahora bien, el dogmatismo y el sectarismo pueden ser también el peligro fundamental en determinadas etapas de desarrollo de uno u otro Partido. Cada Partido Comunista establece cuál es el peligro fundamental para él en un momento dado."[206]

6. Carácter internacional del movimiento comunista

El movimiento comunista es internacional por su propia esencia, aunque cada Partido ha de mantener la lucha por los ideales comunistas en el plano nacional. Esto puede, en determinadas circunstancias, traer un artificial enfrentamiento de los intereses nacionales e internacionales. A quienes siguen víctimas de la estrechez y limitación nacionales les puede parecer que las condiciones de su país son algo excepcional y que la lucha de la clase obrera en él ha de diferenciarse sustancialmente de lo que es bueno para otros países. Tales concepciones favorecen a los imperialistas, que tanto interés ponen en destruir la unidad del movimiento obrero internacional.

Se trata de una manera de pensar profundamente equivocada y hasta nociva. Las leyes del desarrollo social son universales y valederas para todos los países. De ahí que haya tantos rasgos comunes en el movimiento obrero de los distintos países. Esto obliga a los Partidos Comunistas a no aislarse unos de otros y, al contrario, a cambiar experiencias.

El Partido que no conoce la experiencia de los otros y que no la toma en consideración es más fácil que caiga en el error. Resulta más practicable el avance cuando se apoya en la experiencia

---

[205] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XVI, pág. 84.

[206] Documentos de las reuniones de representantes de Partidos Comunistas y Obreros celebradas en Moscú, en noviembre de 1957, Gospolitizdat, Moscú, 1958, página 16.

internacional del movimiento comunista.

Una experiencia muy valiosa y variada es la que durante más de medio siglo de lucha ha reunido el Partido Comunista de la Unión Soviética. Ello le ha permitido en repetidas ocasiones comprender profundamente los procesos que se operaban en todo el mundo. De ahí que muchos documentos del P.C. de la U.S. adquieran gran valor internacional, como son los acuerdos de los Congresos XX y XXI. En la Declaración de la Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros se dice:

"Los históricos acuerdos del XX Congreso del P.C. de la U.S. no tienen sólo un gran valor para él y para la construcción comunista en la U.R.S.S.; con ellos se dio comienzo a una nueva etapa del movimiento comunista internacional, al propiciar un nuevo desarrollo del mismo sobre la base del marxismo-leninismo."[207]

¿Qué significa saber utilizar la experiencia de otros Partidos? Lo primero de todo, significa que hay que tomarla con un espíritu creador, y no mecánicamente. Cualquier experiencia viene siempre condicionada por un gran número de circunstancias de lugar, de tiempo, de situación y de correlación de las fuerzas de clase. Si hacemos abstracción de las condiciones concretas, la experiencia que es favorable en una situación puede dar frutos distintos en otra. Sería, sin embargo, erróneo poner por ello en duda el valor de la propia experiencia. El marxismo-leninismo toma de ésta lo que es esencial, lo que no guarda relación con las peculiaridades locales o nacionales, sino que, por su valor universal, adquiere el carácter de ley. Y este factor general hay que saber combinarlo con las condiciones concretas de cada uno de los países.

El intercambio de experiencia y la coordinación de la labor de los Partidos Comunistas hace necesario el establecimiento de estrechos vínculos entre ellos. Las formas de dichos vínculos cambian en dependencia de las condiciones históricas.

En un principio los Partidos Comunistas eran débiles. En su mayoría se habían formado con elementos revolucionarios de organizaciones socialdemócratas y anarcosindicalistas, que llevaron consigo supervivencias de oportunismo y sectarismo. Era necesario llevar a cabo una ingente labor de cohesión y educación de los nuevos Partidos según las ideas revolucionarias del marxismo-leninismo y para formar a sus cuadros dirigentes.

Estas perentorias necesidades del movimiento comunista mundial dieron vida a la Internacional Comunista (1919-1943), organización que agrupaba a los Partidos Comunistas de todos los países.

La Internacional Comunista restableció y robusteció los vínculos entre los trabajadores de los distintos países que la primera guerra mundial había roto, elaboró muchos problemas teóricos del movimiento obrero en las nuevas condiciones históricas, ayudó considerablemente a difundir las ideas del comunismo entre las masas y contribuyó a forjar a los líderes del movimiento obrero.

Ahora bien, esta forma de relación entre los Partidos agotó sus posibilidades cuando el movimiento comunista hubo crecido y se robustecieron los Partidos. La mayor madurez política de los Partidos Comunistas hacía superflua la existencia de una organización comunista mundial de ese tipo. Esta era además incapaz de dirigir todo el movimiento comunista en virtud de las condiciones internacionales impuestas por la segunda guerra mundial. En mayo de 1943, el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista adoptó el acuerdo, aprobado por todos los Partidos, de disolver la Internacional Comunista.

La historia del movimiento comunista conoce otras formas de relación entre los Partidos. La que más se practica hoy día es la de entrevistas de sus dirigentes y de intercambio bilateral de información, intercambio de delegaciones y también reuniones y conferencias de los Partidos Comunistas y Obreros en las que se examinan problemas actuales y se expone la experiencia y los puntos de vista y posición de cada uno, a fin de dar unidad a la lucha por los objetivos comunes: la paz, la democracia y el socialismo. Entre esas conferencias tuvo particular significado la celebrada en Moscú, en noviembre de 1957, donde se aprobaron documentos de trascendencia para todo el movimiento comunista como son la Declaración y el Manifiesto de la Paz.

Las fraternales relaciones de los Partidos Comunistas y Obreros se asientan en los principios del marxismo-leninismo, del internacionalismo proletario.

Estas relaciones combinan la soberanía de cada Partido con la unidad de acción del movimiento comunista mundial en su conjunto. Los Partidos Comunistas, sin renunciar a su independencia política y orgánica, *voluntariamente y por mutuo acuerdo,* unifican sus acciones, considerando su unidad de criterio en cuanto a las tareas internacionales de la clase obrera, y en caso de necesidad elaboran en común una misma línea de conducta, actúan como una fuerza internacional única que monta la guardia en defensa de los intereses de los trabajadores de todos los países y de la paz y la seguridad del mundo.

El intercambio de opiniones sobre los problemas más importantes y la crítica fraternal ayudan a los Partidos a ver mejor sus propios defectos. Pero esta crítica, como condición imprescindible, ha de servir a los intereses del socialismo y robustecer los Partidos y la unidad del movimiento comunista mundial.

La primera condición para que la clase obrera, los

[207] Documentos de las reuniones de representantes de Partidos Comunistas y Obreros celebradas en Moscú, en noviembre de 1957, Gospolitizdat, Moscú, 1958, páginas 21-22.

trabajadores en general y todas las fuerzas que en el mundo aman la libertad y la paz se muestren unidos, es la unión y cohesión de los propios Partidos Comunistas. Cuanto más amplia es la lucha de las masas, tanto más valor adquiere la unidad de los Partidos, que son los centros encargados de dirigir esa lucha.

La unidad entre los Partidos proviene de la comunidad del movimiento comunista en cuanto a sus objetivos y la fidelidad a las ideas del marxismo-leninismo. Pero unidad no es lo mismo que uniformidad; la unidad presupone vastas posibilidades para la iniciativa, para el enfoque de los problemas políticos con un espíritu creador. El marxismo-leninismo estima que la unidad en lo fundamental, en lo básico, en lo esencial, no se pierde, sino que, al contrario, se asegura con la variedad en las cuestiones de detalle, en las características derivadas del lugar, en los procedimientos que se sigan para enfocar un asunto. Cada Partido Comunista es independiente en su acción, mas por eso precisamente es tan importante no desviarse del curso general, no debilitar el contacto más estrecho, no llegar a oponer lo específicamente nacional a lo que es general, a lo sustancial e internacional.

La unidad de los Partidos no es algo dado de una vez para siempre. Se desarrolla y fortalece en la lucha, al verse sometida a los desesperados ataques de la burguesía y de los portavoces de su ideología en el seno del movimiento obrero. La reacción internacional ha tratado en repetidas ocasiones de debilitar a los Partidos Comunistas con sus maquinaciones en el terreno ideológico. Pero los cuadros fundamentales de comunistas se manifestaron siempre firmes y fieles al marxismo-leninismo. Los elementos contrarios al Partido recibieron cumplida respuesta de todas las fuerzas comunistas sanas.

La Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros, celebrada en Moscú en 1957, ha confirmado la unidad de criterio de todos los Partidos en cuanto a los problemas fundamentales de la revolución socialista y de la construcción del socialismo; lo mismo hay que decir en cuanto a la apreciación de la situación internacional. La Conferencia ha puesto de relieve que el movimiento comunista internacional crece y aumenta su potencia, a pesar de las absurdas manifestaciones de los imperialistas, que sueñan despiertos con una pretendida "crisis del comunismo".

El movimiento comunista sigue un desarrollo complejo en las condiciones propias del capitalismo. Su historia conoce ascensos verticales y grandes éxitos, pero también reveses temporales, consecuencias negativas de condiciones objetivas desfavorables y de los errores cometidos. Estos defectos y errores, empero, son de carácter pasajero, mientras que el auge y fortalecimiento del movimiento obrero y comunista significa un proceso invencible, porque lo imponen las mismas leyes que rigen la sociedad.

Capitulo XIV. La política de unidad de acción de la clase obrera y de todas las fuerzas democráticas del pueblo

La clase obrera ha de mantener su lucha en condiciones difíciles. Sus opresores -los capitalistas- forman la clase más rica y organizada de la sociedad. La burguesía dominante dispone de un poderoso aparato de violencia (ejército, policía, tribunales, cárceles) y de influencia espiritual sobre las masas (Iglesia, escuela, prensa, radio, televisión, cine, etc.). Tiene también la fuerza de la costumbre, la fuerza de las tradiciones de la sociedad explotadora.

En estas condiciones, la clase obrera necesita muy particularmente mantenerse unida y organizada, a la vez que estrecha su alianza con los demás destacamentos de trabajadores. Esta unidad y esta alianza son trascendentales para su futuro y el de todo el pueblo.

La unidad de los obreros tiene una base objetiva inconmovible, que le proporciona la comunidad de los intereses de clase. No obstante, no se forma de por sí, sin los esfuerzos de la vanguardia consciente de la clase obrera. Y ello porque la burguesía aprovecha la menor coyuntura para sembrar la división entre los obreros y los trabajadores en general, para debilitar y paralizar a sus enemigos de clase. Esta política ha dado y, lamentablemente, sigue dando sus frutos. La división de la clase obrera es justamente la causa principal de muchas y graves derrotas de los trabajadores y la más importante premisa de los éxitos de la reacción. "No pocas de las calamidades que afligen al mundo moderno -decía con razón N. S. Jruschov ante el XX Congreso del P.C. de la U.S.- se deben a que en muchos países la clase obrera lleva largo tiempo dividida y sus diversos destacamentos no actúan formando un frente único, con lo que únicamente salen ganando las fuerzas de la reacción."[208]

Por eso los Partidos Comunistas y todos los marxistas-leninistas consideran de tan capital importancia la tarea de poner fin a la división del movimiento obrero, de asegurar la unidad de sus filas y una estrecha alianza con todos los trabajadores y con todas las fuerzas progresistas y democráticas del pueblo.

1. Necesidad de la unidad de acción de la clase obrera en las condiciones actuales

No obstante las hondas discrepancias que separan a las corrientes revolucionaria y reformista, los

[208] N. S. Jruschov, *Informe del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética al XX Congreso del Partido,* 14 de febrero de 1956, Gospolitizdat, Moscú, 1956, pág. 22.

Partidos Comunistas de los países capitalistas han tratado siempre, desde los primeros días, de establecer la unidad de acción con las organizaciones socialdemócratas.

Los comunistas estimaban entonces, como estiman ahora, que todos los obreros y todos los trabajadores, sea cual sea su filiación -comunistas, socialdemócratas o pertenecientes a organizaciones influidas por la Iglesia-, tienen intereses comunes. Así se desprende de la situación misma de la clase obrera y del resto de los trabajadores como parte explotada de la sociedad.

Qué es la política de unidad de acción.

En la lucha por los intereses comunes de los trabajadores, los Partidos Comunistas buscan la colaboración con todas las organizaciones obreras, cualesquiera que sean las ideas políticas y religiosas de quienes las componen. La labor de los Partidos Comunistas que tiende a asegurar esta colaboración se llama *política de unidad de acción.*

La historia del movimiento obrero internacional ofrece señalados ejemplos de tal unidad. Cuando los intereses de los trabajadores se ven seriamente amenazados, crece entre ellos la tendencia a la unidad y las organizaciones obreras suelen aunar sus esfuerzos.

Así ocurrió cuando el fascismo avanzaba hacia el poder en muchos países de Europa. En Francia, España y Austria se produjo entonces un fuerte movimiento en pro de la unidad obrera, y esto influyó sobre la dirección de los partidos socialistas, que antes se resistían por todos los medios a colaborar con los comunistas. En 1934-1936, entre los comunistas y socialistas de estos países se pactó la unidad de acción contra el fascismo. En Francia y España se formaron gobiernos de Frente Popular.

Durante la segunda guerra mundial, la unidad de los trabajadores dio nuevos avances. La Resistencia unió a los comunistas, a muchos miembros y activistas de los partidos socialistas y a un buen número de afiliados de partidos burgueses, de demócratas, radicales y católicos. Todos coinciden en admitir que los comunistas integraban el núcleo de este movimiento.

Después de la victoria sobre el fascismo, las grandes masas manifestaron tendencias más acusadas que nunca a la unidad. En las democracias populares se formaron partidos unificados de la clase obrera, que se apoyaban en los principios del marxismo-leninismo. De esta manera se puso fin a la escisión ideológica y orgánica del movimiento obrero en una buena parte de Europa.

Las distintas tendencias del movimiento obrero se aproximaron también después de la guerra en muchos países capitalistas. Entre los comunistas y socialistas seguían vigentes los pactos de unidad de acción y los sindicatos agrupaban a los trabajadores de todos los matices políticos.

En octubre de 1945 quedó constituida la Federación Sindical Mundial (F.S.M.), donde, por primera vez, los sindicatos de la U.R.S.S. se agrupaban con los de la Europa capitalista, Estados Unidos, Iberoamérica y Oriente. Jamás el movimiento obrero internacional estuvo tan cerca de la unidad como en aquellos años.

La reacción internacional adoptó, sin embargo, sus medidas para hacer fracasar este viraje hacia la unidad. Esta vez fueron los monopolios norteamericanos los que tomaron la iniciativa y organizaron la escisión. El motivo que se arguyó fue la crítica hecha por los Partidos Comunistas europeos de las onerosas condiciones del Plan Marshall. Contra los comunistas se levantó una desenfrenada campaña de calumnias y persecuciones y sus representantes fueron separados de los gobiernos.

Aprovechando las discrepancias surgidas en el seno de la F.S.M. con relación al Plan Marshall, los líderes reaccionarios de los sindicatos norteamericanos escindieron esta organización. En 1949 se retiraron de ella las Trades-Union británicas, el Congreso de Sindicatos de Industria de Estados Unidos y las federaciones sindicales de Bélgica, Holanda y otros países. Más tarde crearon un centro paralelo con la Confederación Internacional de Sindicatos Libres.

A despecho de las genuinas aspiraciones de las masas, el movimiento obrero se vio de nuevo escindido; la lucha entre sus diversas tendencias se reanudó con nuevos bríos.

Qué daría la unidad de acción.

Actualmente, los peligros que amenazan a los trabajadores son mucho más serios que en vísperas e incluso que durante la segunda guerra mundial. La amenaza de una guerra atómica y el declarado empeño del capital monopolista por establecer en todas partes su dictadura, hace más evidente que nunca la necesidad de conseguir la unidad de acción de la clase obrera. La responsabilidad de los partidos obreros ha crecido infinitamente, la situación exige imperiosamente la unificación de sus esfuerzos, pues de otro modo la reacción de los países capitalistas se abrirá camino hacia una feroz dictadura y hacia nuevas aventuras bélicas.

Al convertir la unidad de acción en una necesidad imperiosa, la lucha por la paz y la democracia facilita, al mismo tiempo, la consecución de un acuerdo entre los partidos obreros. En las cuestiones democráticas de carácter general les es más fácil entenderse, pues ningún partido de trabajadores puede mostrarse en pro de una guerra de agresión o del fascismo. Por consiguiente, se ha ampliado mucho el círculo de problemas sobre los que se puede y se debe alcanzar ahora la colaboración de las organizaciones obreras. Además de las

reivindicaciones tradicionales -aumento de salarios, reducción de la jornada de trabajo, etc.-, actualmente existe otra plataforma para la unidad de acción: la lucha por las reivindicaciones democráticas de carácter general.

La unidad de acción influiría formidablemente sobre la resolución de problemas que afectan a la suerte de la humanidad entera. En todo el mundo hay 83 Partidos Comunistas, que actualmente cuentan con más de 33 millones de afiliados. En los países capitalistas hay 70, con 4,5 millones de miembros. La Internacional Socialista, según datos oficiales, cuenta con 39 partidos y grupos socialistas, con un total aproximado de diez millones de miembros (de ellos, seis millones pertenecen al Partido Laborista británico). Entre la Federación Sindical Mundial y la Confederación Internacional de Sindicatos Libres reúnen más de 160 millones de afiliados. No es difícil imaginarse la importancia que para la causa de la paz y la democracia tendría la unidad de acción y colaboración de todos estos partidos y organizaciones. Si, por ejemplo, el Partido Laborista británico, el Partido Socialdemócrata de Alemania, los Partidos Socialistas de Francia, Bélgica y Austria y los Partidos Socialdemócratas de los países escandinavos llegasen a la unidad de acción con los Partidos Comunistas de la Unión Soviética, China, democracias populares, y también con los Partidos Comunistas de Italia. Francia, Finlandia, India, Indonesia, Brasil y otros países capitalistas, no cabe duda alguna de que las fuerzas de la reacción verían frenados sus ímpetus y de que las garantías del mantenimiento de la paz general crecerían incalculablemente.

La colaboración entre los partidos obreros facilitaría la unión de todas las fuerzas democráticas y amantes de la paz. La unidad obrera sería base de la unidad de acción de toda la democracia.

2. Quién se opone a la unidad de acción de la clase obrera

En respuesta a los convincentes argumentos de los comunistas en pro de la unidad de acción, la dirección oficial de los partidos socialdemócratas opone unas objeciones en las que muchos socialistas no creen.

Objeciones de los adversarios de la unidad.

Las propuestas de los comunistas para formar un frente único, dicen los líderes socialdemócratas, no pasan de ser una astuta maniobra; de lo que los comunistas se preocupan no es de los intereses de la clase obrera, sino el afán de proselitismo: lo que quieren es atraer al mayor número posible de obreros a sus filas.

No puede haber una deformación más completa de los móviles que guían a los comunistas. La realidad es que los comunistas, cuando defienden la unidad, piensan ante todo en los intereses de los propios trabajadores, sin exceptuar a quienes se encuentran en los partidos socialistas o los apoyan. Cuando los obreros se muestran unidos, ganan todos juntos y cada uno de ellos en particular. Así lo comprende hasta el proletario con menos conciencia de clase.

Los socialdemócratas habrían de saber, y no de ahora, que los comunistas proponen la política de unidad de acción con una honradez absoluta de propósitos, con la sinceridad y seriedad que es norma de los partidos de la clase obrera. Cuando los comunistas mantienen esta política no se guían por consideraciones del momento. Están convencidos de que los trabajadores necesitan de la unidad hoy, cuando el movimiento obrero y toda la humanidad progresiva luchan por la paz y la democracia, y de que aún la necesitarán más mañana, cuando en muchos países se plantee la tarea de la construcción del socialismo. Una política calculada a tan largo plazo no puede descender a la baja maniobra. Toda la labor de los Partidos Comunistas prueba hasta la saciedad que sus propuestas de unidad de acción no son un tributo a la coyuntura, sino expresión de una línea política permanente que viene dictada por la preocupación acerca de los intereses de todos los trabajadores.

No son los comunistas los únicos en proclamar que la unidad de acción se ha convertido en una necesidad imperiosa. Así piensan también muchos líderes del movimiento obrero que no son comunistas. Por ejemplo, el veterano dirigente del Partido Socialista belga y ex primer ministro profesor Camille Huysmans dijo en 1956, durante una visita a la Unión Soviética: "A mí, viejo socialista, que durante largos años fui amigo de Lenin y de su esposa Krúpskaia, todo esto me causa una emoción profunda. Conocía el modo de pensar de Lenin y sus méritos. Creí un error la ruptura que se produjo entre nosotros en 1917. Pero todo esto pertenece al pasado y no quiero hacer reproches a nadie. Quiero, sin embargo, ayudar con todas mis fuerzas a restablecer en Europa la unidad de la clase obrera."

Son particularmente valiosas las conclusiones del conocido veterano del movimiento obrero Otto Buchwitz a que llega en su libro *50 años como funcionario del movimiento obrero alemán.* Tejedor de profesión, perteneció al Partido Socialdemócrata desde 1898 a 1946 y fue diputado del Reichstag en varias legislaturas. Dice así en su libro: "Que la joven generación saque lecciones de la historia y comprenda: un movimiento obrero fuerte es responsable de sus actos no sólo ante su clase, sino también ante todo el pueblo, ante la humanidad entera. Así lo prueba la historia del movimiento obrero alemán. Si hubiera habido unidad en la lucha contra el fascismo, Hitler no habría podido llegar al poder. Sin Hitler, no habría habido guerra, y millones

de jóvenes de todo el mundo no habrían tenido que ir a la muerte por unos criminales poseídos de manía de grandezas, por los imperialistas y los monopolistas."

Durante los acontecimientos de mayo de 1958 en Francia, cuando la reacción quería acabar de un golpe con la república y establecer un régimen fascista, todos los demócratas sinceros sintieron la necesidad de la unidad de acción. "Llevo treinta años en el Partido Socialista -manifestó en esta ocasión Tanguy-Prigent, uno de sus líderes- y estoy profundamente convencido de que la defensa de la república exige acciones conjuntas y enérgicas de todas las masas trabajadoras del país."

La experiencia demuestra que con la unidad de acción salen ganando todos los partidos obreros, y no sólo los comunistas. Por ejemplo, el prestigio y la influencia del Partido Socialista italiano, que cuenta con cerca de 750.000 miembros, no sufren merma por la colaboración con el Partido Comunista, sino que, al contrario, se han robustecido gracias a esta colaboración. Así lo admitieron los mismos líderes socialistas, que luego, bajo la presión de los elementos de derecha, han comenzado a dar marcha atrás en la acción conjunta con los comunistas. Gracias a la unidad, ambos partidos -el Comunista y el Socialista- alcanzaron grandes éxitos en las elecciones. La unidad hizo que después de la guerra lograsen ver aprobada una Constitución basada en principios democráticos. Y quien más ha salido ganando con esta colaboración ha sido la clase obrera de Italia.

Otro argumento muy sobado de los enemigos de la unidad es el de que entre los socialdemócratas y los comunistas no hay nada de común. "El socialismo y el comunismo no tienen nada de común...", dice literalmente el acuerdo adoptado por el Buró de la Internacional Socialista el 7 de abril de 1956, en respuesta al llamamiento a la colaboración del XX Congreso del P.C. de la U.S.

Pero esta tesis es falsa, y así lo afirman los propios socialistas. El profesor J. Cale, un teórico del Partido Laborista británico, escribió después de ser publicada la declaración de la Internacional Socialista: "No discuto que hay divergencias serias y profundas entre las doctrinas sustentadas por los partidos socialdemócratas y obreros de la Internacional Socialista y las doctrinas mantenidas por los Partidos Comunistas... Pero sería un absurdo completo decir que no hay *nada* de común entre estos dos grupos."

Y el profesor Cale señala a continuación que las ideas de los comunistas y socialistas coinciden, por lo menos, en cuatro puntos: 1) comunistas y socialistas tienen de común la convicción de que los más importantes medios de producción han de ser de propiedad colectiva y ser utilizados en interés de toda la sociedad, es decir, que el capitalismo ha de ser sustituido por el socialismo; 2) de la misma manera, unos y otros aspiran a crear una sociedad en la que reine un elevado bienestar, las más grandes posibilidades en cuanto a educación, sanidad, seguros sociales, etc.; 3) coinciden en que nadie tiene derecho a vivir del trabajo de otros, es decir, en que no debe existir la explotación; 4) comunistas y socialistas están convencidos de que la construcción de la nueva sociedad ha de correr a cargo de la clase obrera.

La posibilidad de la colaboración, a pesar de las divergencias ideológicas, es admitida también por algunos líderes del Partido Socialista francés. Albert Gazier, miembro de su dirección nacional, escribía en 1955, después de haber visitado la Unión Soviética: "Las diferencias sustanciales que separan al socialismo bolchevique y a la sociedad a la que aspira el socialismo democrático no deben ser en modo alguno un obstáculo que nos impida luchar por la aproximación de los pueblos, por la coexistencia pacífica y por la colaboración internacional."

Es indudable que todas estas manifestaciones reflejan el pensar de muchos miembros de los partidos socialistas, que se preocupan de la suerte que pueda correr el movimiento obrero.

Los comunistas -dicen también los adversarios de la unidad- pedirán siempre la dirección en toda acción conjunta, tratarán de imponerse y de dictar su criterio.

La experiencia nos dice, sin embargo, lo contrario. El frente único de Italia y de otros países señala que los comunistas hacen siempre por comprender el punto de vista de sus aliados y que son unos compañeros dignos de confianza. Los comunistas no aspiran, ni mucho menos, a llevar siempre la iniciativa y la dirección de las acciones conjuntas, dejando a los socialistas el papel de segundones. Están dispuestos a apoyar cualquier propuesta sensata de cualquier organización socialdemócrata, siempre y cuando responda a los intereses de los trabajadores. A menudo, los comunistas renuncian a presentar candidatos propios en las elecciones dentro de determinados distritos, a fin de derrotar conjuntamente a los representantes de los partidos reaccionarios.

Los comunistas invitan a elaborar en común un programa de colaboración, a someterlo luego al juicio de los afiliados respectivos y a formular en común las reivindicaciones que más apoyo encuentren entre las masas. Es de una evidencia absoluta que los socialistas pueden comprobar plenamente en la práctica la sinceridad de los comunistas, aceptando sus propuestas de unidad de acción.

Cuando los adversarios de la unidad no encuentran otros argumentos, asustan a los afiliados socialistas con la perspectiva de que después de la victoria del frente único los comunistas perseguirán a sus antiguos aliados. Y recurren al ejemplo de los mencheviques rusos. Pero hay que recordar las

condiciones históricas en que entonces se encontraba Rusia: la mayoría de los mencheviques se había unido con los guardias blancos y apoyaban la lucha armada contra el poder soviético.

Con una situación histórica distinta las cosas habrían seguido otro rumbo. En las democracias populares europeas la gran mayoría de los afiliados a los partidos socialistas se incorporó a los partidos unificados de la clase obrera y muchos de sus antiguos líderes ocupan puestos importantes en la dirección del Estado.

En la situación actual, cuando existen condiciones propicias para el triunfo de la clase obrera, comunistas y socialistas pueden llegar a un acuerdo para la lucha conjunta por el socialismo, sin limitarse a actuar contra la amenaza de guerra y en defensa de la democracia. En los países donde existen partidos socialdemócratas con tradición histórica, los comunistas están interesados en que estos partidos cooperen no sólo en la conquista del poder por la clase obrera, sino también en la creación de las bases del socialismo, formando parte de los gobiernos socialistas.

Por lo tanto, ninguna de las razones expuestas contra la unidad de acción de comunistas y socialistas resiste en absoluto a la crítica. No hay barreras insalvables para la colaboración. Si la unidad no se ha conseguido, no es porque entre socialistas y comunistas no haya nada de común ni porque los comunistas amenacen con perseguir a los socialistas. Podrían encontrar sin esfuerzo un lenguaje común si no se opusiera a ello la reacción capitalista.

El anticomunismo, consigna de los escisionistas reaccionarios.

Lo que verdaderamente mueve a muchos dirigentes de la Internacional Socialista es su *anticomunismo.* Y esto no porque su reformismo les impida colaborar con los comunistas, que mantienen una ideología revolucionaria.

Los reformistas, que aspiran seriamente siquiera sea a pequeñas reformas en beneficio de los obreros, comprenden que para alcanzar el éxito se requieren los esfuerzos conjuntos de todas las organizaciones obreras. Pero de ordinario son retenidos por los faldones por los escisionistas recalcitrantes, para quienes es ya un oficio el mantener la división del movimiento obrero. Esto resulta en la sociedad burguesa contemporánea una profesión muy lucrativa para los hábiles arribistas encaramados en la dirección de los sindicatos reformistas y de los partidos socialdemócratas. Los especialistas de estos trabajos (tales como Meany y Brown en Norteamérica, Spaak en Bélgica, Guy Mollet en Francia, Pollack en Austria, Tanner en Finlandia) han acomodado los principios de la guerra fría a las condiciones del movimiento obrero. Siempre enarbolan la bandera del anticomunismo, aunque saben perfectamente que esta desacreditada enseña sirve –y en numerosas ocasiones ha servido- a los fines de la más negra reacción, que trata de dividir *todo* movimiento democrático y socialista para batirlo por partes.

En su odio al comunismo no tienen nada que envidiar a los peores reaccionarios de las clases dominantes. Cegados por ese odio, antes renunciarán a defender las reivindicaciones más perentorias de los trabajadores que aceptar la acción en común con los comunistas. Cuando tales apóstoles del anticomunismo se ven en la disyuntiva de colaborar con los comunistas o permitir el acceso al poder de los reaccionarios, optan sin dudarlo por lo segundo. "Mejor De Gaulle que el Frente Popular": tal era la posición de Guy Mollet, líder del Partido Socialista francés en mayo de 1958, cuando entró en un gobierno reaccionario en el que tenía por compañeros de gabinete a elementos fascistas.

Afortunadamente, los enemigos declarados de la unidad no son en el movimiento obrero tan numerosos como para que no puedan ser aislados. Pero entre tanto cabalgan sobre los hombros del movimientos reformista, porque la burguesía reaccionaria les presta todo su apoyo.

Si comparamos la labor de los escisionistas y la política de los círculos dirigentes de la burguesía, veremos fácilmente el resorte que los mueve. No cuesta trabajo advertir que los socialistas de derecha transportan al movimiento obrero los métodos de que los medios imperialistas se valen en su lucha contra la U.R.S.S. y todo el campo socialista. Los círculos agresivos atizan la guerra fría contra la U.R.S.S. y los líderes de la Internacional Socialista la desatan en el seno del movimiento obrero. Los imperialistas llaman a la "solidaridad atlántica" para la lucha contra el comunismo, y los jefes derechistas de la socialdemocracia hacen lo mismo. Las potencias coloniales de Occidente conminan a los pueblos oprimidos de Oriente a "no acelerar" su emancipación a fin de conservar la "unidad" en la lucha contra la "amenaza del comunismo", y los líderes socialistas de derecha condenan el movimiento de liberación nacional de las colonias, sin detenerse ni ante el empleo de las armas, como con ocasión de la crisis egipcia de 1956 hizo el Gobierno francés, presidido por el "socialista" Guy Mollet.

En resumen, los propagandistas de la guerra fría en el seno del movimiento obrero son *portadores de los intereses de la burguesía agresiva e imperialista en las filas de los trabajadores.* Por conducto de los círculos gobernantes, los Estados imperialistas aspiran a perpetuar la escisión del movimiento obrero. Los campeones del anticomunismo no tienen en realidad otro programa que el escisionismo: las "reformas" no pasan de ser para ellos un señuelo con

el que atraen a los ingenuos.

Cuando el engaño sale a la superficie y las masas empiezan a apartarse de los anticomunistas rabiosos -socialdemócratas de derecha-, éstos recurren a la maniobra. Lo más frecuente es que se presente a la socialdemocracia como una "tercera fuerza". Con sus malabarismos oratorios, los líderes de derecha de la Internacional Socialista pretenden hacer creer que en los asuntos internacionales no se inclinan ni a uno ni a otro bando y ejercen el papel de árbitro entre Oriente y Occidente. Este "tercer camino" independiente es el que, según ellos, siguen también en política interior, oponiéndose por igual a la reacción extrema y a los comunistas.

Pero quien habla de la "tercera fuerza" se engaña o pretende engañar a los demás. No hay un "tercer" camino medio entre la burguesía y el proletariado, entre la reacción y la democracia. Los mismos socialistas de derecha lo demuestran bien a las claras cuando de hecho colaboran con las esferas reaccionarias de la burguesía. Los mejores de entre los partidarios de la "tercera fuerza" tarde o temprano acaban por reconocer la necesidad de la colaboración con los comunistas. Una vez más se confirman las palabras de Lenin de que en política es imposible evitar la elección entre los capitalistas y la clase obrera, que "todo intento de formar algo intermedio hace que hasta la gente más sincera acabe por deslizarse hacia uno u otro lado".[209]

Los voceros de la "tercera fuerza" intentan hacer su juego con los obreros y con los capitalistas. A los primeros les prometen que lucharán contra el capitalismo, y a los segundos que los defenderán del comunismo. y esto les lleva a pedir nuevos "créditos" a los unos y a los otros. Pero cuando los capitalistas abren un "crédito" a los socialistas de derecha, no tardan en exigir en pago que arrecien en sus ataques contra el comunismo. La clase obrera, en cambio, espera en vano que se incremente la lucha contra las arbitrariedades de los monopolios capitalistas. Y como los especuladores políticos no pueden saldar a la vez las dos letras, terminan indefectiblemente por ir a la quiebra. Y así las teorías de la "tercera fuerza" han tenido tan escaso eco entre las masas y cada vez se habla menos de ellas.

La política reaccionaria del anticomunismo no va sólo contra la vanguardia revolucionaria de la clase obrera, sino contra todos los trabajadores y demócratas. Los reaccionarios hacen concebir en un principio ilusiones de que la represión y las trabas se refieren únicamente a los comunistas, sin que hayan de afectar para nada a los demás sectores del movimiento obrero y democrático. Pero en cuanto los trabajadores pican en este cebo, en cuanto abandonan la resistencia a las medidas dictadas contra los comunistas, la burguesía reaccionaria da comienzo a las siguientes fases de la "operación": amplía las persecuciones a los partidos socialdemócratas, a los sindicatos y hasta a los movimientos y organizaciones de la burguesía liberal.

Así, pues, a la pregunta de quién se opone a la unidad de acción del movimiento obrero sólo cabe una respuesta: se opone *la reacción capitalista, la oligarquía dominante del capital monopolista. Y en interés de la reacción actúan, en las alturas de las organizaciones obreras, los propagandistas del anticomunismo y los organizadores de la guerra fría,* que se hacen pasar como líderes del movimiento obrero. Los argumentos que exponen contra la unidad no expresan, sino que encubren, sus verdaderos propósitos.

Los escisionistas del movimiento obrero gozan de un apoyo que no les regatean ni los monopolios capitalistas ni los gobiernos. Los socialdemócratas de derecha más activos son colocados en altos puestos. Por ejemplo, 410 conspicuos miembros del Partido Socialdemócrata alemán ocupan 929 cargos importantes en grandes compañías y bancos del país, 65 líderes socialistas son directores en los consorcios de Mannesmann, Krupp, etc., con sueldos que alcanzan a cien y ciento cincuenta mil marcos al año. En Austria, entre los 600 directores de las empresas nacionalizadas, 400 pertenecen al partido socialista. Doce de los veinticinco miembros de la dirección de éste son directores y gerentes de empresas estatales y privadas, con sueldos que alcanzan hasta el medio millón de chelines austríacos. Benedicto Kautsky (hijo de Carlos Kautsky), ideólogo y autor del programa del Partido Socialista de Austria, es vicedirector general del importante banco Kreditanstallt, miembro del Consejo de observación del consorcio Elin y consejero general del Banco Nacional austríaco.

Cuando los líderes socialistas de derecha pasan a formar parte de los gobiernos, el capital monopolista les permite a veces dar satisfacción a algunas reivindicaciones de los trabajadores. Los grandes monopolios, cuando la presión de los trabajadores no les deja otro recurso, hacen concesiones, pero de tal manera que sirvan para robustecer las posiciones de los socialistas contra los comunistas. A la primera ocasión propicia se desquitan, elevando los precios o por otros medios. La misma táctica mantienen los círculos imperialistas cuando estimulan a los sindicatos influidos por los socialdemócratas de derecha y persiguen a los sindicatos de izquierda. Todo el mundo sabe, por ejemplo, que el Departamento de Estado de Estados Unidos ha utilizado ampliamente a los líderes reaccionarios de los sindicatos norteamericanos para escindir el movimiento sindical internacional.

De ahí que la unidad de acción de la clase obrera no pueda ser conseguida a través de negociaciones y acuerdos únicamente. Exige la lucha activa contra los manejos de la burguesía reaccionaria y sus agentes en

[209] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIX, pág. 497.

el movimiento obrero. La lucha por la unidad de acción de la clase obrera es una parte inseparable de la pugna que los trabajadores mantienen contra el capital monopolista y el imperialismo.

3. Vías para alcanzar la unidad de acción del movimiento obrero

Las masas obreras quieren la unidad.

Pese a la actividad escisionista de los líderes de derecha, entre las masas obreras cunde el espíritu de unidad. Esto toma cuerpo en las formas más distintas. Por ejemplo, en muchas empresas de Francia, Italia, Inglaterra, Bélgica y otros países, cuando se prepara una huelga todos los obreros aceptan de buen grado la invitación a obrar conjuntamente: se crean comités de huelga unificados en los que entran comunistas, socialistas y católicos. Son también muy numerosos los casos en que los trabajadores socialistas, a pesar de la prohibición de sus dirigentes, votan en las elecciones por los candidatos comunistas.

La tendencia a la unidad crece a medida que se ponen de relieve las consecuencias de la peligrosa política actual de los gobiernos imperialistas. Entre los trabajadores socialistas aumenta la inquietud y la alarma. Esto obliga a sus dirigentes a maniobrar, a recurrir a diversos subterfugios, y a veces a ceder a las reclamaciones de sus afiliados.

El Partido Laborista británico, el Partido Socialdemócrata de Alemania Occidental, los socialdemócratas escandinavos y los socialistas del Japón y de otros países asiáticos condenaron la agresión anglo-franco-israelí contra Egipto. También censuraron la agresión imperialista de 1958 en Líbano y Jordania. Los socialdemócratas alemanes se muestran contra la concesión de armas atómicas a la Bundswehr. En marzo de 1959 expusieron un plan de arreglo del problema germano que, a pesar de su inconsecuencia y sus reservas, es una estimable aportación a la discusión alemana acerca de las vías para la unificación del país. El V Congreso de la Internacional Socialista (julio de 1957) se ha reafirmado en el criterio de que se dé entrada en la O.N.U. a la República Popular China. En junio de 1958 el Consejo de la Internacional pidió el cese de las pruebas nucleares y la reunión de una Conferencia de alto nivel.

Es cierto que entre las palabras y los hechos de los líderes de la Internacional Socialista ha habido siempre una distancia enorme. No obstante, tales acuerdos reflejan el sentir de los trabajadores socialdemócratas. Los cambios que se están produciendo en el movimiento socialdemócrata son favorables a la unidad de acción entre los trabajadores, aunque los jefes derechistas se sigan oponiendo.

Donde se ha reunido más experiencia de colaboración de comunistas y socialistas es en la lucha por los intereses económicos de los trabajadores. Ejemplos de acciones comunes en este sector los proporcionan muchos países capitalistas. Han conseguido en los últimos años grandes éxitos los obreros italianos, franceses, argentinos, japoneses y de otros países en sus huelgas conjuntas, en las que, en muchas ocasiones, participaron centenares de miles y millones de trabajadores.

La colaboración sobre cuestiones políticas ha rendido los mejores frutos en Italia, Japón, Finlandia, Chile y algunos otros países. En el curso de la lucha contra el rearme del imperialismo alemán y por la prohibición del arma atómica, muchos Partidos Comunistas de los países capitalistas han mantenido acciones comunes con las secciones de los partidos socialistas.

Los Partidos Comunistas y Socialistas de Italia recogieron excelentes frutos en los diez primeros años de su colaboración después de la guerra. Desde la firma del pacto de 1934, ambos partidos actuaron conjuntamente en los problemas principales de política interior y exterior e hicieron morder el polvo en bastantes ocasiones a las fuerzas reaccionarias. Por eso, la ruptura unilateral del pacto, impuesta por el ala derecha del Partido Socialista en el Congreso de 1958, va abiertamente contra lo que la vida exige y contra el sentir de los miembros del propio partido. Después de tantas jornadas vividas en común por los comunistas y socialistas italianos, esta separación ha de ser forzosamente temporal.

Avanza la colaboración de los partidos obreros en el Japón, una vez fueron corregidos los errores sectarios que se habían cometido en el pasado. A comienzos de 1959, en 40 de las 46 prefecturas del país existían órganos de colaboración de las fuerzas democráticas, en los que se hallan representados comunistas y socialistas. Una buena experiencia de frente único es la de Chile. En la primavera de 1956, los Partidos Comunista, Socialista, Socialista Popular y otras organizaciones democráticas crearon el Frente de Acción Popular, con fuertes posiciones en el Parlamento y en el país.

Los esfuerzos por conseguir la unidad de acción por abajo han dado origen en el período postbélico a nuevas formas de organización: las "comisiones interiores" de las empresas de Italia, los "comités de unidad" de Francia, las "fracciones de unidad sindical" de Austria, los "consejos de unidad" y las comisiones intersindicales de Brasil, etc.

La lucha por la unidad del movimiento obrero internacional entró en una nueva fase después de que el XX Congreso del P.C. de la U.S. señaló las nuevas posibilidades que se presentaban en este campo. El llamamiento a la colaboración de un Partido Comunista tan prestigioso como el de la Unión Soviética tuvo amplio eco entre las masas socialdemócratas. Poco después, la Internacional Socialista se veía forzada a examinar el problema de las relaciones con los comunistas. Los elementos

interesados en frustrar la unidad de acción, prolongando así la guerra fría en el movimiento obrero, impusieron un acuerdo negativo, si bien algunos partidos socialistas establecieron los primeros contactos con el P.C. de la U.S.

Entre 1956 y 1958, el C.C. del P.C. de la U.S., dando nuevas muestras de iniciativa, envió cartas invitando a la acción común en defensa de la paz a los Partidos Socialistas de Italia, Francia, Alemania, Gran Bretaña, Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda y Austria.

Lamentablemente, la causa de la unidad avanza despacio y no en las proporciones que la situación internacional exige. Aún se dejan sentir las reminiscencias de un período en que las relaciones entre los distintos sectores de la clase obrera llegaron a extremos de gran virulencia. Mas en favor de la unidad obran factores permanentes, que son más fuertes que las maniobras de los escisionistas. El principal de ellos es el deseo de unión que se abre paso cada vez más entre grandes capas de trabajadores.

Hay que saber acercarse a los trabajadores socialistas.

Es obvio decir que sería erróneo cifrar todas las esperanzas en el movimiento espontáneo de las masas deseosas de unidad. Los órganos dirigentes de los Partidos Comunistas han señalado ya en diversas ocasiones que mucho depende de los propios comunistas, de los métodos con que se aplique la política de unidad de acción.

En este sentido tiene importancia decisiva la manera como los comunistas se acerquen a los trabajadores socialistas. Se comprende muy bien la reacción de los comunistas ante las repetidas traiciones de los jefes socialdemócratas, pero eso no es motivo para calificar a todos los socialistas de "agentes del imperialismo" y para renunciar a los contactos y a un fraternal cambio de impresiones con ellos. Cuando se mete a todos los socialistas en un mismo saco, quienes salen ganando son los verdaderos enemigos de la unidad de la clase obrera.

El período postbélico ha demostrado que en el seno del movimiento socialdemócrata se producen complejos fenómenos de deslindamiento. Casi en todos los partidos socialistas hay corrientes más o menos fuertes de izquierda, aunque a veces no se dibujen con formas precisas. En el Partido Laborista británico, por ejemplo, cualquier viraje serio de los acontecimientos en el interior del país o en el área internacional pone de relieve discrepancias entre las organizaciones de base y la dirección del partido.

En bastantes partidos socialdemócratas se ha llegado hasta la separación orgánica de los socialistas de derecha y de izquierda (Italia, Japón, Austria, la India, Líbano, Israel). Algunos de ellos han vuelto a unirse, pero esto no quiere decir que hayan desaparecido las discrepancias. Un reciente ejemplo de la diferenciación que se está produciendo entre los socialistas es la escisión en el Partido Socialista francés, por la que los grupos que rompieron con Guy Mollet han formado su partido autónomo.

Los hechos nos dicen, sin embargo, que las escisiones en los partidos socialistas, la separación de sus alas izquierdas, no trae consigo en muchos casos cambio alguno en la política de los socialdemócratas. Muchos afiliados, aunque se muestran descontentos con la línea anticomunista de los dirigentes de derecha, no se deciden a un paso tan decisivo como es la escisión, pues tienen cariño a su partido y estiman sus tradiciones. Los líderes derechistas se aprovechan de esto hábilmente y siguen dando el tono en los partidos socialistas. Mas el fracaso de la política del anticomunismo acaba de abrir los ojos a los simples afiliados. Tarde o temprano, los socialdemócratas honestos, que siguen fieles a la bandera del socialismo, llegan a la conclusión de que es necesario cambiar la política -burguesa por su carácter- que mantienen los elementos de extrema derecha, y hasta expulsarlos de la dirección. En tal caso, el paso de los partidos socialdemócratas a nuevas posiciones políticas, en consonancia con los intereses de la clase obrera, se puede realizar sin escisión y es, sin duda, la mejor solución que puede ofrecerse.

Como quiera que sea, se trata de cuestiones internas de los partidos socialdemócratas, y son ellos los que han de resolverlas.

El ala izquierda de los socialistas, en todas condiciones, puede cumplir un papel en la obra de poner fin a la división del movimiento obrero. Los socialistas de izquierda muestran a menudo inconsecuencia política, pero, en todo caso, son la parte más progresista de la socialdemocracia. Actualmente, sus posiciones en muchos problemas capitales de la política interior y exterior responden a los intereses de los trabajadores. Son muchos los que comprenden el daño que la división significa y la necesidad de la unidad de acción del movimiento obrero. Los Partidos Comunistas han de ayudarles a superar los prejuicios sembrados por los escisionistas del anticomunismo. Con su abnegada lucha contra las amenazas bélicas, con su defensa de los intereses vitales de los trabajadores y de las capas medias -que son a menudo el principal soporte de la socialdemocracia-, con su disposición a apoyar la iniciativa de cualquier socialista capaz de beneficiar a la clase obrera, con un cumplimiento honesto de los deberes que se desprenden de la colaboración, los comunistas demuestran a la faz de todos que son buenos amigos y aliados.

Han madurado, pues, por completo las premisas para la colaboración entre los comunistas y los sectores del movimiento socialdemócrata que tienen conciencia de que la unidad de acción es una

necesidad imperiosa. Por esto tienen tanta actualidad las palabras que desde la tribuna del XXI Congreso del P.C. de la U.S. dirigiera N. S. Jruschov a los trabajadores socialistas: "Ha llegado la hora de que los representantes de todas las tendencias del movimiento obrero, prescindiendo de los prestidigitadores del anticomunismo, se sienten alrededor de una misma mesa y elaboren un programa, aceptable para ambas partes, de acciones comunes de la clase obrera en defensa de sus intereses, en defensa de la paz."[210]

Para conseguir la unidad de acción con los socialistas, los comunistas están dispuestos a dejar en segundo plano las cuestiones más litigiosas. Los Partidos Comunistas se atienen en esto a los viejos pero siempre acertados consejos de Lenin, que expuso en 1922, cuando se pensaba en una conferencia de las tres Internacionales: la Tercera, la Segunda y la dos y media. Lenin, que tomó parte activa en la preparación de la conferencia, aconsejaba a la delegación de la Internacional Comunista "plantear sólo las cuestiones menos litigiosas, marcándose como objetivo las acciones parciales, pero conjuntas, de las masas obreras". Recomendaba que "en la conferencia previa nuestros delegados han de ser archicomedidos hasta tanto no se pierda la esperanza de conseguir el fin propuesto".[211]

Los comunistas tampoco se niegan hoy día al compromiso y a las concesiones necesarias, movidos por el deseo de establecer la unidad de acción con los socialdemócratas. Los sectarios se imaginan, cierto, que el compromiso desacredita a los comunistas. Su audacia política les sirve sólo para insistir en las posiciones ocupadas, sin pararse a pensar en las condiciones concretas ni en lo que el momento exige. Pero a la manera leninista es audaz quien, para conseguir un fin tan importante como es la unidad del movimiento obrero, no teme en hacer las necesarias concesiones que le aproximen al futuro aliado.

Lenin comparaba a los partidos socialdemócratas con un local cerrado en el que representantes de la burguesía realizaban su propaganda ante un auditorio bastante numeroso de obreros. ¿Deben los comunistas, preguntaba Lenin, pagar la entrada a ese local para poder intervenir ante los obreros que hasta entonces se encontraban bajo la influencia exclusiva de los reformistas? Y respondía: sería un craso error rechazar toda condición y negarse a pagar la entrada que les permita penetrar en ese local, cerrado y protegido con una guardia bastante fuerte. "Los comunistas no deben guisarse en su propia salsa -enseñaba Lenin-, sino aprender a obrar de tal manera que, sin detenerse ante determinados sacrificios y sin temor a los errores, inevitables al comienzo de toda empresa grande y difícil, puedan entrar en el local cerrado donde los representantes de la burguesía mantienen bajo su influencia a los obreros. Los comunistas que no quieran comprender esto ni aprender a obrar así, no pueden confiar en ganarse la mayoría entre los obreros..."[212]

Cada país presenta sus condiciones de lucha y sus tradiciones en lo que se refiere al movimiento obrero. Las vías que conducen a la unidad obrera tienen en cada lugar sus características. En unas condiciones, la unidad puede ser alcanzada en una campaña electoral; en otras, en el curso de la lucha por los derechos sindicales y sociales; en unas terceras, podrá servir para el caso una campaña en pro del desarme, etc. Una de las principales premisas del éxito de los Partidos Comunistas en su lucha por el frente único es la capacidad de escoger y plantear el motivo o el acontecimiento que en cada país puede conducir por el camino más corto a la colaboración de todas las tendencias del movimiento obrero.

Las discrepancias ideológicas no son un obstáculo para la colaboración.

Ahora bien, ¿no podrán impedir la colaboración de los comunistas y los socialistas que comprenden la necesidad de la unidad las discrepancias ideológicas que existen entre ellos? Porque los socialistas, que mantienen muchos puntos de contacto con los comunistas en cuanto a la visión de las tareas de la clase obrera en el momento presente, discrepan de ellos en los problemas fundamentales del desarrollo social, como es el que se refiere a la necesidad de derribar el poder de los capitalistas y de establecer la dictadura de la clase obrera en el período de transición. Empeñados como están en impedir la unidad de acción, los socialistas de derecha señalan de ordinario esta circunstancia como un obstáculo insalvable para la colaboración con los comunistas. ¿Es esto así?

Los comunistas no quieren en modo alguno disminuir o velar las discrepancias ideológicas. Al proponer la unidad, no ocultan su propósito de mantenerse fieles a sus principios y a su línea política. Tampoco piden a los socialdemócratas renuncias de ese género, pues consideran que la colaboración práctica de los partidos obreros de los países capitalistas puede ser alcanzada sin renunciar a los principios.

Enjuiciar cualquier discrepancia ideológica con los enemigos jurados de la unidad obrera, con los inspiradores del anticomunismo, es de todo punto imposible. Eso no hace falta decirlo. El anticomunismo no encierra ni un ápice de política constructiva para los partidos obreros, no tiene idea positiva alguna; la ideología del reformismo, con la

[210] N. S. Jruschov, "Acerca de las cifras de control para el desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. durante los años 1959-1965", en *Materiales del XXI Congreso extraordinario del P.C.U.S.* Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 99.
[211] *Problemas de Historia.* núm. 4, 1958, pág. 51.
[212] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, pág. 297.

que se encubre, no es más que una máscara. En realidad, los caballeros del anticomunismo han perdido el derecho hasta a llamarse reformistas. ¿Qué reformistas son cuando para impedir la colaboración con los Partidos Comunistas sacrifican los más perentorios intereses de los trabajadores? Cualquier socialista honesto considera, al menos, que lucha en defensa de los intereses de los trabajadores, y no despreciará a los aliados que se sumen a esa lucha. Los anticomunistas, en cambio, no son reformistas, sino enemigos jurados del movimiento obrero.

Está claro que con esas gentes los comunistas no podrán encontrar nunca un lenguaje común. Pero otra cosa completamente distinta son los reformistas de buena fe, que desean sinceramente los cambios sociales progresivos.

El socialismo, tal como lo entienden los marxistas-leninistas, presenta diferencias de principio con el que los reformistas propugnan. Los comunistas criticaron y criticarán la errónea posición de los reformistas en el problema de la lucha de clases, de la revolución proletaria y de la dictadura del proletariado. El ejemplo de los éxitos de la construcción del socialismo en la U.R.S.S. y en las democracias populares les servirá para hacer ver a los trabajadores socialistas la razón que les asiste en cuanto al camino del socialismo que el marxismo-leninismo marca.

Pero ahora ya, en la noción que sobre el socialismo tienen los comunistas y los socialdemócratas sinceros podemos encontrar lo que hay de común y que abre el camino para la lucha conjunta por los ideales básicos de la clase obrera. Para unos y otros el socialismo significa, lo primero de todo, el establecimiento de la propiedad social sobre los medios fundamentales de producción. Para los comunistas se trata de un axioma, pero este mismo fin se proclama en los programas oficiales de bastantes partidos socialistas. En su *Declaración de principios* el Partido Socialista francés lo formula diciendo que "tiene como fin llevar a cabo la sustitución del régimen de la propiedad capitalista por un régimen en el que las riquezas naturales, que son el medio de producción y de cambio, se conviertan en propiedad de la colectividad y en el que, por tanto, sean abolidas las clases".

¿Qué impide, pues, a los socialistas franceses, o al menos a quienes toman en serio este punto de su programa, la colaboración con los comunistas para sustituir la propiedad privada capitalista por un régimen en el que impere la propiedad social? ¿No pueden, por ejemplo, socialistas y comunistas apoyar conjuntamente las reivindicaciones de las masas obreras de que sea nacionalizada la propiedad de los monopolios?

Los comunistas y los socialistas, cierto, explican de diferente manera la posibilidad del paso pacífico al socialismo, pero en este problema se han puesto de relieve, sin duda, bastantes puntos de contacto. Allí donde se dan condiciones favorables para este paso, pueden colaborar perfectamente. Y cuanto más unido se encuentre el movimiento obrero, más factible será en una serie de países el paso pacífico al socialismo.

Un amplio campo de comprensión entre los comunistas y socialistas es el de la lucha por las reformas que alivian la situación de los trabajadores de los países capitalistas. Los comunistas discrepan de los socialistas en cuanto al criterio que les merecen tales reformas. Para muchos socialdemócratas, las reformas son la única vía posible del socialismo. Hoy, piensan, el Estado aplica determinadas medidas de tipo económico; mañana, otras de carácter social (concesión de pensiones, etc.); de este modo, según los reformistas, dentro de la sociedad burguesa se empieza ya a estructurar el socialismo. Este, según el pensamiento de los reformistas, es insertado fragmentariamente en la sociedad capitalista, de tal manera que, con el tiempo, la "reforma" completa del capitalismo lo convertirá en socialismo.

Los comunistas estiman totalmente errónea esta noción de los reformistas. No niegan que dentro del Estado capitalista, hasta cuando se encuentra al servicio de los monopolios, se puedan conseguir algunas reformas que beneficien a los trabajadores. Pero las concesiones que se consigue arrancar al Estado capitalista están muy lejos de ser socialismo. El carácter de clase del Estado capitalista se mantiene en pie como instrumento que es en manos de los monopolios capitalistas. No puede asombrarnos por eso que, en cuanto la presión de las masas se debilita, el Estado se desdiga de todas sus concesiones o las adapte a las necesidades de los monopolios, de tal modo que no queda más que el recuerdo del carácter que tenían en un principio.

Para iniciar la construcción del socialismo hay que desposeer antes del *poder* a las clases dominantes y entregarlo a los trabajadores; y la larga experiencia del movimiento obrero internacional avala esta profunda convicción de los comunistas.

Eso no quiere decir que los comunistas sean enemigos de las reformas. Niegan, sí, que las reformas puedan llevar a la transformación paulatina del capitalismo en socialismo. Al mismo tiempo, los comunistas proponen a los socialistas una amplia colaboración en la lucha por toda clase de reformas que mejoran las condiciones de trabajo y de vida de los trabajadores, por la nacionalización de los monopolios, por el mejoramiento de los seguros sociales, la ampliación de los derechos sindicales y democráticos, el robustecimiento de las garantías de una paz general, etc. Y cuanto más amplia sea la unidad de acción y la colaboración de las distintas corrientes del movimiento obrero, más fácil será conseguir de los monopolios y su Estado concesiones que fortalezcan la capacidad de combate de la clase

obrera.

Necesidad de explicaciones pacientes y amistosas. Los comunistas consideran como un deber el luchar por la superación de la ideología reformista, con la que se encubren los escisionistas de derecha en el movimiento obrero. La tarea no es fácil, sin embargo. Los comunistas ven en las teorías reformistas no sólo una equivocación, sino también una especulación con las aspiraciones reales de las masas.

Estas, que advierten las enormes diferencias que hay entre las condiciones en que viven y la vida de las capas privilegiadas de la sociedad, que tropiezan con la arbitrariedad de la policía y presencian el constante menoscabo de los derechos del trabajador, tienden espontáneamente hacia un régimen democrático y de igualdad social. Pero a menudo, las masas no ven las vías que realmente pueden conducirlas a una auténtica vida democrática. Sobre muchos trabajadores gravitan las ilusiones de la democracia burguesa, fuertes sobre todo en Europa Occidental y en Estados Unidos. Bastantes obreros buscan una ruta fácil que les lleve al socialismo sin lucha ni choques de clases, sin que haya necesidad de romper con el modo de vida habitual. Los ideólogos del reformismo se valen de todo esto para pasar de contrabando sus teorías, que frenan el desarrollo de la conciencia de clase de los trabajadores.

Hemos de tener presente también que en los últimos decenios ha cambiado sustancialmente la composición social de muchos partidos socialdemócratas. En sus filas disminuye sin cesar el número de obreros, mientras que aumenta el de personas salidas de las capas pequeñoburguesas, de empleados y de intelectuales burgueses. Así, en el Partido Socialista francés los obreros no representan más de una cuarta parte.

Pero lo principal es que las teorías de los reformistas cuentan con el apoyo de las clases dominantes. La burguesía no teme a estas teorías. Más bien permite de buen grado que se haga su propaganda y las elogia en las páginas de sus periódicos y revistas, a la vez que los comunistas son objeto de persecuciones. Las clases dominantes no vacilan en conceder a los ideólogos del reformismo carteras gubernamentales, mientras que los comunistas son expulsados de todos los cargos a la primera oportunidad. Más aún, en algunos sitios la burguesía llega a permitir a los socialdemócratas sus experimentos "socialistas", que no afectan para nada a las bases de su dominación de clase, y en ciertos casos hasta los sostienen, apoyando al mismo tiempo las ilusiones reformistas entre las masas.

Para superar la ideología reformista se requieren pacientes métodos de explicación, de cambio amistoso de opiniones, sin limitarse a repetir las consignas propias. El comunista no debe sentirse en el papel de mentor que no tolera objeciones, no debe desestimar, ni mucho menos despreciar, las convicciones del obrero socialdemócrata. La polémica con los socialistas ha de ser cordial y en el plano de las ideas, sin descender a un tono de violencia personal innecesaria.

Los comunistas que hacen su labor entre las masas de trabajadores socialdemócratas ponen de manifiesto el error de las teorías reformistas ("socialismo democrático", etc.), a las que enfrentan el socialismo científico de Marx y Lenin y las históricas victorias que éste ha conseguido. Las discusiones públicas en la prensa y las conversaciones con los trabajadores socialistas pueden contribuir a dispersar en ellos los prejuicios anticomunistas y a mostrar la coincidencia de los principios del marxismo-leninismo con los intereses vitales de los trabajadores.

Los comunistas, que denuncian a los verdaderos servidores de la burguesía imperialista, están dispuestos a colaborar con todos quienes en las filas del movimiento socialdemócrata aspiran sinceramente a acabar con el capitalismo, con quienes quieren luchar por unas mejores condiciones de vida para los trabajadores, por la paz, la democracia y el socialismo.

4. La política de unidad democrática

Los Partidos Comunistas no defienden sólo el frente obrero único; también tratan de agrupar a capas más amplias del pueblo. La unidad obrera ha de ser la base para la unidad de un vasto movimiento democrático.

Jamás se dieron en el pasado condiciones tan favorables para la acción común de la clase obrera con las capas más diversas de la población. En la etapa presente de la crisis general del capitalismo -y así se indicaba en el capítulo X- junto al antagonismo fundamental de clase entre el capital y el trabajo se hacen cada vez más patentes las contradicciones entre un puñado de monopolios y las restantes clases y capas de la sociedad. Conforme el yugo del capital monopolista y la subordinación del Estado a él aumentan, más amplias y diversas son las fuerzas que se le ponen enfrente. El capital monopolista no mantiene su ofensiva solamente contra los intereses de los obreros y campesinos, sino también contra las capas medias de la población y hasta contra determinados estratos de la burguesía. Llegan a verse amenazados los intereses inmediatos de todas estas capas e incluso los más importantes intereses de la nación. Republicanos, patriotas, pacifistas, todos cuantos permanecen fieles a la democracia y a la libertad nacional, experimentan honda inquietud al ver cómo prosperan las tendencias a establecer la dictadura reaccionaria de los monopolios y crece el peligro de una nueva guerra.

Así, en el seno de diversas capas sociales aparece

un interés común que puede servir de base objetiva para acciones conjuntas contra la dominación del capital monopolista. La situación a veces es tal, que fuerzas sociales que antes preferían actuar por separado se ven ante la necesidad objetiva de agruparse para defender los intereses generales del pueblo.

El partido marxista-leninista de la clase obrera está llamado a ser la vanguardia de esa unidad democrática. Como abanderados de la paz y la democracia, los Partidos Comunistas de los países capitalistas buscan su puesto en las primeras filas del frente de todo el pueblo contra la política reaccionaria del capital monopolista y el imperialismo.

La política de los Partidos Comunistas conducente al establecimiento de la unidad de acción y la colaboración con todas las fuerzas nacionales y democráticas es la *política de unidad democrática;* es democrática porque la agrupación de todas las capas del pueblo se produce sobre todo alrededor de reivindicaciones y consignas democráticas. Esto no significa, ciertamente, que una vez cumplidas las tareas democráticas desaparece el terreno para una amplia unidad del pueblo. Hemos visto ya que la transformación socialista de la sociedad responde en nuestra época a los intereses vitales de capas cada vez más amplias de la población. De ahí que la política de unidad democrática tenga también como objeto el incorporar estas capas al cumplimiento de las tareas socialistas. Para lograrlo, sin embargo, hay que ir antes a la organización de las masas para la lucha por las reivindicaciones democráticas generales y los intereses materiales de los trabajadores.

Después de la guerra se ha reunido bastante experiencia de acciones conjuntas de capas diversas de la población sobre una plataforma de reivindicaciones democráticas. El mejor ejemplo que en este plano tenemos es el movimiento en defensa de la paz. Las campañas internacionales por la prohibición de la bomba atómica y por el cese de las pruebas de armas termonucleares son una prueba brillante de que la colaboración de las corrientes y organizaciones más diversas de la sociedad, aun de las que están alejadas del comunismo, es algo perfectamente posible.

En las colonias y países dependientes, los comunistas luchan por crear un amplio frente antiimperialista y antifeudal.

Qué se requiere de los partidos obreros.

Cuando aparecen las premisas objetivas para la agrupación de capas diversas de la población contra el yugo de los monopolios, el centro de gravedad pasa a la labor del partido más revolucionario de la clase obrera, a su capacidad para encontrar un lenguaje común con los distintos movimientos y organizaciones políticas y sociales. La unidad combativa y organizada de las fuerzas populares no aparece de por sí, por generación espontánea.

Hay que tener presente que el conseguir la colaboración de fuerzas sociales heterogéneas, muchas de las cuales están lejos del comunismo y que en ocasiones han sido contagiadas por el anticomunismo, es una empresa difícil, que exige paciencia y tacto. Son inevitables los manejos de la reacción, las fluctuaciones de los grupos burgueses y pequeñoburgueses, que mostrarán la tendencia a subordinar el movimiento entero a sus intereses exclusivos.

La experiencia nos dice que para alcanzar la unidad de acción de las fuerzas democráticas son de importancia trascendente los factores siguientes:

Un movimiento obrero fuerte y unido es la premisa principal para conseguirla. No todos los que hoy luchan por la paz y la democracia son aliados de la clase obrera en el sentido exacto de la palabra. Defienden la paz y la democracia, pero cuando se trata de una colaboración permanente con los comunistas, vacilan y se dejan influir fácilmente por la propaganda oficial.

La propaganda y la agitación no son bastante para establecer la unidad de acción con fuerzas sociales de este género. Es necesario, primeramente, que el propio movimiento obrero sea fuerte y organizado, que infunda a todas las capas nacionales y democráticas seguridad en la victoria final del pueblo. En segundo lugar, las otras clases y capas otorgan su confianza y apoyo a la clase obrera únicamente cuando ésta defiende los legítimos y justos intereses de aquéllas como si fueran los suyos propios.

La clase obrera dispone de muchos recursos para hacerlo. En el Parlamento sostiene las reformas y medidas beneficiosas para los campesinos, artesanos y patronos medios. Estudia atentamente las reivindicaciones de los partidos campesinos, radicales, republicanos, etc., y presta todo su apoyo a las que responden a los intereses de los trabajadores. El Partido apoya las propuestas de cualquier líder campesino, demócrata o pacifista que correspondan a las aspiraciones de los trabajadores y tiendan a mejorar su situación.

El robustecimiento de los vínculos fraternales con todos los trabajadores, hasta ganarse la reputación del defensor más consecuente y decidido de sus intereses, es prenda de la victoria de la clase obrera en su lucha contra la dominación de la burguesía reaccionaria.

Acertada elección del programa para la colaboración. El partido revolucionario de la clase obrera no puede exigir a sus posibles aliados una colaboración basada exclusivamente en las condiciones que él presente. Sin perder de vista ni un momento las necesidades e intereses específicos de la clase obrera, a los que procurará por todos los medios

dar satisfacción, el Partido trata a la vez de formular reivindicaciones generales que puedan ser aceptadas por los posibles aliados. También otras fuerzas sociales están interesadas en combatir la opresión de los monopolios, por lo que no es tan difícil encontrar esas reivindicaciones generales. Ahora bien, la experiencia nos dice que incluso en este caso es imposible llegar a un acuerdo inmediato sobre todos los puntos. El programa de unidad de acción ha de ser elaborado gradualmente, comenzando por cuestiones parciales. Esto permite a cuantos colaboran convencerse de la sinceridad de sus aliados, con lo que se establecen corrientes de confianza mutua. Y la confianza es un elemento absolutamente imprescindible, sin el cual ningún frente único puede ser estable.

La capacidad para aceptar los compromisos y hacer las concesiones necesarias es otra condición importante para el partido obrero que desee organizar la colaboración de fuerzas de clase heterogéneas. V. I. Lenin lo consideraba imprescindible para la vanguardia consciente de la clase obrera. Sin esa capacidad, decía, es imposible aliarse ni con otros grupos de trabajadores ni con las capas medias, que indefectiblemente dan muestras de vacilación e inconsecuencia. "Quien no ha comprendido esto -escribió Lenin-, no ha comprendido ni un ápice del marxismo ni del contemporáneo socialismo científico *en general.*"[213]

Sin renunciar a sus principios, que se desprenden de la ideología marxista, el partido revolucionario de la clase obrera es flexible y toma en consideración los legítimos intereses de las otras fuerzas sociales y políticas a las que se alía. Lo importante, enseñaba Lenin, es que los compromisos y concesiones no rebajen, sino que eleven el nivel general de conciencia de la parte avanzada de la clase obrera, su capacidad para ir a la lucha y alcanzar la victoria.

¿Cómo se traduce esto en la práctica? Por ejemplo, uno de los principios básicos del socialismo, relacionados con la esencia misma del nuevo régimen social que reemplaza al capitalismo, dice: la industria capitalista privada está sujeta a nacionalización. Sin embargo, en la práctica este principio puede ser llevado a cabo por métodos distintos. Si bien la clase obrera triunfante tiene el derecho legítimo a desposeer a los capitalistas de su propiedad, amasada con la explotación, estimando los méritos de determinadas capas de la burguesía en la lucha contra los monopolios, puede hacerles concesiones. Puede, después del triunfo de la revolución, respetar la propiedad de la burguesía media. El Estado popular puede, incluso, prestarle ayuda (créditos, materias primas, exenciones fiscales, un mercado garantizado). Y cuando en el futuro se plantea el problema de culminar la nacionalización de toda la economía, el Estado puede llevarla a cabo por vía pacífica, gradualmente, atendiendo los intereses legítimos de los propietarios; por ejemplo, adquiriendo sus medios de producción, es decir, concediéndoles una indemnización determinada.

Este ejemplo confirma una vez más que los comunistas son sinceros en sus propuestas de colaboración. No se lanzan a promesas irrealizables, sino que llevan al programa del frente único lo que la clase obrera puede realmente garantizar a sus aliados después del triunfo. Sus concesiones y compromisos tienen una base profunda y se avienen con la manera como los comunistas conciben la posibilidad de construir el socialismo en colaboración con sus aliados del frente democrático. Esta línea de los comunistas es trascendental para el éxito de la política de unidad democrática.

La flexibilidad política de los Partidos Comunistas se combina con su energía frente a los elementos revisionistas, dispuestos a aceptar cualquier trato, no importa su clase, como consecuencia del cual el Partido Comunista acabase por disolverse en movimientos nacionales, perdiendo su independencia y conduciendo, en última instancia, a una debilitación de la unidad de las fuerzas democráticas.

Una vez conseguido el acuerdo político, el partido obrero trata obligatoriamente de darle *forma orgánica.* El frente único sólo se convierte en una fuerza poderosa cuando los aliados no se limitan a declarar la comunidad de fines, sino que se comprometen a crear una organización única (Frente Patrio, Frente de Unidad Democrática Nacional, etc.) y concretan las acciones comunes a realizar dentro de esta organización. Esto presupone la institución de un organismo en el que se elabore conjuntamente una política única y el firme compromiso de que las partes se someten a los acuerdos adoptados en común. Todo esto, se comprende, no significa que los partidos y movimientos que integran el frente único pierdan su independencia orgánica y política.

El *papel de vanguardia del partido marxista de la clase obrera* en el bloque democrático es conquistado con su lucha abnegada y activa; es consecuencia de la justeza de su línea política, de su capacidad para valorar acertadamente la situación en todo momento y de lanzar consignas que prenden en las masas. Resumiendo, la influencia dirigente del partido obrero es resultado de su propia labor política, y no de presión o imposición alguna. Cuando el Partido mantiene una política justa, cuando su voz es escuchada por todo el pueblo y su prestigio crece no por días, sino por horas, los propios partidos y grupos políticos reconocen su influencia dirigente y le conceden la voz decisiva en la elaboración de la política del frente único.

La experiencia de las democracias populares demuestra que después del triunfo del bloque democrático no están excluidos los intentos del ala

---

[213] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 52.

derecha de los partidos burgueses -encaminados a apartar de la dirección al partido obrero- para frenar la puesta en práctica de reformas sociales ya maduras. Pero esa misma experiencia nos dice que cuando el partido marxista obrero se ha ganado la simpatía y el apoyo de la gran masa de afiliados de los partidos democrático-burgueses, consigue aislar a los líderes de derecha, robustecer la unidad del bloque democrático y avanzar por el camino de las radicales transformaciones de la sociedad.

El papel dirigente del partido marxista en el bloque democrático no significa que pueda recurrir al método de ordeno y mando. Aun en el caso de que disponga de la mayoría, procura no imponer sus decisiones, sino que busca la aprobación unánime de las mismas sin escatimar tiempo y paciencia para explicarlas y convencer a sus aliados. Si el Partido no tuviera presente los intereses legítimos de éstos y tratara de imponerse, se vería ante el riesgo de quedarse solo, con lo que sería imposible alcanzar los fines que el bloque democrático se fija. El interés de los comunistas no reside en aprovecharse por algún tiempo de sus compañeros del frente democrático para luego prescindir de ellos, como afirma la propaganda reaccionaria. Al contrario, su afán es ir todos juntos hasta llevar verdaderamente a término todas las tareas democráticas, hasta satisfacer por completo las justas reivindicaciones de las más amplias capas del pueblo, lo cual es posible sólo con el socialismo. El método de la persuasión es el principal método de trabajo del Partido dentro del bloque, lo cual no excluye, sin embargo, el derecho a criticar las vacilaciones e inconsecuencias de sus compañeros, ni tampoco la lucha enérgica contra los enemigos declarados de la unidad que actúan en sus filas.

Los comunistas no ocultan que su apoyo no se extiende a todas las reivindicaciones de las capas pequeñoburguesas de la población. La clase obrera puede tener con estas capas intereses comunes, pero también tiene contradicciones. Los Partidos Comunistas lo consideran así desde un principio y, en el caso necesario, hacen saber firmemente su posición respecto de unas u otras reivindicaciones que la clase obrera no puede aceptar. La unidad no es fruto de concesiones infinitas, sino del enérgico apoyo de las justas reivindicaciones de los aliados, que se simultanea con la lucha contra las vacilaciones de cierta parte de ellos cuando resultan peligrosas para los fines comunes del frente único del pueblo.

La política de unidad democrática es imposible sin una *lucha enérgica con el sectarismo y el oportunismo de derecha.* En el periodo de formación de un amplio frente representan un peligro especial los elementos sectarios de izquierda, pues con su resistencia a considerar los intereses legítimos de otras capas de la población apartan de la clase obrera a sus aliados potenciales. Y cuando el frente único es un hecho, el principal peligro puede venir del oportunismo de derecha, que capitula plenamente ante los aliados burgueses, debilita la posición independiente del partido revolucionario de la clase obrera y se desliza al campo del nacionalismo burgués.

La política de unidad democrática tropieza con las mayores dificultades en los países de Europa Occidental, donde son aún fuertes los prejuicios anticomunistas y la clase obrera ha de enfrentarse con una burguesía astuta y ducha en toda clase de maniobras. A los comunistas se enfrentan en esos países numerosos y hábiles partidos burgueses acostumbrados a engañar a las masas con las frases más "democráticas" y "pacifistas". No obstante, los Partidos Comunistas trabajan con tesón para forjar, contra los monopolios capitalistas en el poder, un poderoso frente democrático nacional que cierre el paso al fascismo y la guerra y abra el camino para un mayor progreso social.

Capitulo XV. La alianza de la clase obrera y los campesinos bajo el régimen capitalista

1. La lucha por los intereses de los campesinos

Obreros y campesinos son hermanos por su origen y por la situación que ocupan en la sociedad capitalista. La clase obrera se formó históricamente por la ruina de los campesinos que eran despojados de sus tierras. El campo, explotado por el capital, sigue nutriendo sin cesar las filas de la clase obrera. Obreros temporeros acuden del campo a la ciudad. El campesino y el obrero tienen de común que ambos son trabajadores y se ganan el pan con el sudor de su frente. Ambos se enfrentan al mismo enemigo de clase. En realidad, como indicaban Marx y Engels, la explotación de que son objeto los campesinos se diferencia de la explotación de los obreros sólo por la *forma,* mientras que el explotador de unos y otros es el mismo: el *capital.*

A pesar de la semejanza y afinidad de los obreros y campesinos, la alianza entre ellos no se establece de por sí. La burguesía dominante ha conseguido mantener separados durante largo tiempo a los obreros y los campesinos. En muchos países lo logra todavía.

De todos los partidos políticos que la historia conoce, el único que ha trabajado consecuentemente por robustecer la alianza de obreros y campesinos es el Comunista. La necesidad de esta alianza la señalaron por primera vez Marx y Engels, sacando enseñanzas de la derrota del proletariado en las revoluciones de 1848, y también del trágico fin de la Comuna de París en 1871. Las manifestaciones de Marx y Engels sobre el problema campesino, dadas al olvido por los oportunistas de la II Internacional, sirvieron a Lenin de punto de partida al elaborar el programa del Partido bolchevique. La alianza de la clase obrera y los campesinos se convirtió en una de

las ideas fundamentales del leninismo. Esta idea marca una diferencia entre los Partidos Comunistas y los socialdemócratas, los cuales no creen en los campesinos e imbuyen su desconfianza a los obreros. Esta misma idea marca también una diferencia entre los Partidos Comunistas y los partidos campesinos, cuyos líderes enfrentan de ordinario los campesinos a los obreros, de lo que sólo salen gananciosos la gran burguesía y los grandes terratenientes.

Necesidad de la alianza de los obreros y los campesinos.

Los comunistas no se ven impulsados simplemente por sus buenos deseos cuando defienden la alianza de la clase obrera y de los campesinos. Se basan en las leyes objetivas del desarrollo social y saben que los intereses del capital acaban inevitablemente por chocar con los intereses de la inmensa mayoría de los campesinos. La acción de la ley general de la acumulación capitalista en la agricultura conduce a la desintegración y diferenciación de los campesinos. Desaparecen las capas medias y se incrementan los grupos extremos: los ricos de la aldea y los campesinos pobres. Los campesinos acomodados o granjeros, cuya economía se basa en la explotación del trabajo asalariado, se convierten en capitalistas. Hállanse más o menos relacionados con el capital industrial y bancario, aunque últimamente suelen sentir a menudo el peso de los capitostes de los monopolios. La inmensa mayoría de los campesinos cae bajo la dependencia económica del capital: parte de ellos marchan a la ciudad, incrementando las filas del proletariado, y quienes se quedan en la aldea se van convirtiendo en semiproletarios. El estudio de las relaciones agrarias en Rusia, Europa Occidental y Estados Unidos permitió a Lenin establecer que buena parte de los pequeños labradores y la mayoría de los más pequeños no son, en esencia, sino obreros provistos de un lote de tierra. Los dueños de pequeñas economías son necesarios al capitalista en calidad de reservas de una mano de obra asalariada que puede adquirir a bajo precio.

La proletarización de los campesinos, por tanto, no significa solamente que parte de ellos son lanzados a la ciudad; también se traduce en que masas cada vez mayores arrastran una existencia mísera en sus trozos de tierra, siempre bajo la dependencia del usurero, del banco agrícola y de los monopolios comerciales, viéndose obligadas, para salir adelante, a trabajar parte del año por contrata.

El capitalismo convierte despiadadamente en ilusiones el deseo de la mayoría de los campesinos de verse dueños independientes de su propia tierra. De ahí que, en su lucha por sus propios intereses, no puedan contar con el apoyo de la burguesía dominante. Necesitan buscar un aliado, y éste lo encuentran en la clase obrera. Tal es la lógica de la historia y tal es la tendencia del desarrollo. Pero el proceso histórico, como ocurre a menudo, sigue unos caminos tortuosos y complejos.

¿En qué se basa concretamente la seguridad de los comunistas en la inevitable ruptura de los campesinos con la burguesía y en que la alianza de la clase obrera y los campesinos ha de llegar forzosamente?

Cuando la burguesía luchaba por el poder político, contra la dominación de los señores feudales, utilizaba como fuerza de choque a los campesinos, que aspiraban a romper las cadenas de la servidumbre de la gleba. Las guerras e insurrecciones campesinas quebrantaron los soportes del feudalismo y sentaron las premisas para el triunfo de las revoluciones burguesas en Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y otros países. Pero en la aldea, los frutos de la revolución burguesa los recogieron principalmente los campesinos ricos, los usureros, los traficantes y especuladores, que se enriquecían con la explotación de los campesinos trabajadores. Los ricos de la aldea se convirtieron en baluarte del Estado burgués y en su reserva para la lucha contra el movimiento revolucionario de la clase obrera. Pasaron a ser los portadores de la influencia burguesa en el medio campesino. La diferenciación social acabó prontamente con la relativa unidad de intereses que existía en la comunidad campesina colocada bajo la planta del señor feudal. Mientras que los campesinos ricos se sentían atraídos por la burguesía urbana, los campesinos pobres inclinábanse cada vez más hacia la clase obrera.

El triunfo de las revoluciones burguesas despejó al gran capital el camino del campo, donde por doquier destruía la pequeña producción y obligaba a masas enormes de campesinos a abandonar sus hogares. El desarrollo del capitalismo significó en Europa una verdadera migración de pueblos. Millones de campesinos arruinados se trasladaban a lejanos países con la esperanza de convertirse en labradores independientes. Pero también allí les alcanzaba el férreo abrazo del capital.

Una vez vio consolidado su poder político, la burguesía de Europa Occidental se convirtió en el peor enemigo del movimiento campesino. Sus gobiernos burgueses apoyaron hasta el fin a la dinastía de los Románov en Rusia, que tenía su principal apoyo en los terratenientes. En todo momento acudían los burgueses en ayuda de las monarquías salvadas del naufragio del feudalismo, cuando los tronos se tambaleaban al empuje del movimiento campesino. La burguesía imperialista de Europa y América del Norte hizo cuanto estaba a su alcance para mantener las formas feudales de explotación en las colonias y semicolonias. Gracias a sus esfuerzos, hoy, a mediados del siglo XX, en Asia, África, Iberoamérica y hasta en algunos lugares de Europa, como España o el Sur de Italia, se conservan

casi intangibles formas de la agricultura feudal y de la subordinación económica que son propias de la Edad Media.

Por lo tanto, la burguesía no ha resuelto el problema campesino; antes al contrario, ha sido el freno principal para la liberación de los campesinos en todos los países donde había de llevarse a cabo la justa tarea impuesta por la historia de suprimir las caducas formas feudales y semifeudales de propiedad agraria. Esto sienta las premisas para una alianza anticapitalista de la clase obrera y los campesinos.

La experiencia de la Gran Revolución Socialista de Octubre y de las revoluciones democrático-populares de Europa y Asia confirma la tesis marxista-leninista de que, en los países donde se plantea la tarea de suprimir las supervivencias del feudalismo, todos los campesinos pueden ir de la mano con la clase obrera, pues ésta es la única clase capaz de llevar hasta el fin la revolución agraria, es decir, de dar la tierra a los campesinos. En las revoluciones democrático-populares de Europa y Asia, la alianza de la clase obrera y los campesinos ha salido brillantemente airosa de la prueba. Aliados a los obreros, los campesinos se han convertido, por primera vez en la historia, en clase gobernante, que construye la nueva sociedad socialista.

Mas la alianza de la clase obrera y los campesinos no es necesaria solamente en los países en que perdura una agricultura feudal o semifeudal. Es también una necesidad vital allí donde las relaciones capitalistas están desarrolladas. En estos países el capital monopolista ha desplegado después de la segunda guerra mundial una inusitada ofensiva contra los campesinos, contra los granjeros, con el propósito de arruinar y suprimir las economías de tipo campesino y sustituirlas por grandes empresas capitalistas. El proceso de concentración de la producción y del capital barre en estos países inexorablemente la granja familiar. De ahí que se haya planteado la necesidad práctica de que la masa entera de granjeros o campesinos se una a la clase obrera para rechazar la ofensiva de los monopolios.

A su vez, la clase obrera, en el curso de la lucha por sus intereses de clase, se convence inevitablemente de que sin el apoyo de los campesinos, sin la alianza con ellos, no tiene fuerza suficiente para oponerse a la rapaz oligarquía de los grandes capitalistas, que se apoyan en todo el poderío del Estado.

Así, pues, el problema campesino, alrededor del cual giraron todos los movimientos populares de pasados siglos, sigue en pie, con toda su agudeza política, en nuestra época de la gran industria. Su contenido objetivo cambia, sin embargo. *Antes era antifeudal y ahora se transforma, cada vez más, en antimonopolista y antiimperialista.*

La importancia del problema es tanto mayor por cuanto, hasta hoy día, los campesinos representan la parte más nutrida de la población del mundo capitalista. Si bien a lo largo de los últimos 150 años el volumen de la población ocupada en la agricultura ha venido disminuyendo sin cesar, en 1952 era aún del 59 por ciento. Incluso en la Europa capitalista, los campesinos representan cerca de un tercio de su población.

Ahora bien, aunque los campesinos son la mayoría de la población en muchos países, sin el apoyo de la clase obrera no pueden sacudirse el yugo de los terratenientes y del capital monopolista.

La teoría marxista explica que en la alianza de los obreros y campesinos la fuerza dirigente son los primeros. Así se desprende de la circunstancia de que, por las mismas condiciones de vida, los obreros están incomparablemente mejor organizados que los campesinos; están concentrados en grandes ciudades y poseen ya una larga experiencia de lucha contra las clases explotadoras. Casi en todos los países capitalistas poseen sus combativos Partidos Comunistas, que demuestran no ya su deseo, sino su capacidad para defender los intereses de todos los trabajadores. La preponderancia de la clase obrera en la alianza es necesaria como garantía de éxito, y no significa que vaya a sacar de ella mayores ventajas o privilegios que los campesinos. Los obreros conscientes cargan con el peso principal de la lucha y están dispuestos a hacer los mayores sacrificios, como realmente ocurre.

Esencia de las supervivencias feudales.

Los fines y tareas de la lucha conjunta de la clase obrera y los campesinos cambian en dependencia de sus condiciones de vida. En los países en que aún se mantienen las relaciones feudales o son fuertes sus supervivencias, pasa a primer plano la lucha contra el feudalismo, contra las formas feudales de explotación de los campesinos por los terratenientes. Esto se refiere, como ya se ha dicho, a las comarcas meridionales de Italia, a toda España y también a muchos países de Oriente y de Iberoamérica.

Los restos de las relaciones económicas feudales se manifiestan en formas diversas. Enumeraremos las principales, las más típicas.

Es, primeramente, la propiedad de los grandes terratenientes extendida a regiones enormes. La mayoría de los campesinos, a causa de sus escasos recursos, no pueden adquirir tierra y han de arrendarla a los grandes propietarios en condiciones onerosas.

En segundo lugar, es la aparcería. Los campesinos entregan al terrateniente una parte importante de la cosecha, que a veces llega a la mitad, y aun pasa de ella.

En tercer lugar, el sistema de pagos en trabajo en la hacienda del gran propietario. Los campesinos han de cultivar las tierras de éste con sus toscos aperos. Esto los coloca de hecho en la situación de siervos de

la gleba, que cumplen su prestación personal en beneficio del señor.

En cuarto lugar, es la espesa telaraña de deudas que envuelve a la mayoría de los campesinos, que los convierte en morosos y refuerza su dependencia de los terratenientes y usureros.

Las consecuencias de todas estas supervivencias del feudalismo son conocidas: extremo atraso técnico de la agricultura, mísera situación de la inmensa mayoría de los campesinos, raquitismo del mercado interior y falta de recursos para la industrialización del país.

En los países donde se mantienen las relaciones feudales es imposible suprimir el atraso económico y la miseria del pueblo sin una revolución agraria o sin una radical reforma en el campo. Esta misión histórica únicamente la puede cumplir la alianza de la clase obrera y los campesinos, que es la sola fuerza capaz de acabar por completo con las supervivencias del feudalismo y entregar en propiedad a los campesinos, a título gratuito, la tierra de los grandes propietarios.

La alianza de la clase obrera y los campesinos, que dirige su filo contra el yugo de los terratenientes feudales, es condición necesaria para que pueda formarse una amplia coalición democrática de todas las fuerzas progresistas.

Los monopolios capitalistas son los expoliadores principales de los obreros y campesinos.

En los países capitalistas desarrollados el enemigo principal de todas las clases oprimidas -sin exceptuar a los campesinos- es el capital monopolista. Las grandes asociaciones de capitalistas predominan no sólo sobre la industria, sino también sobre la agricultura. Explotan a los campesinos al igual que a los obreros.

A través de su extensa red de instituciones crediticias, bancos agrícolas, compañías de seguros, etc., el capital financiero ha puesto bajo su control a millones de economías campesinas. Los altos precios de los artículos industriales, mientras que para los productos del campo se mantienen a bajo nivel, unidos al incremento de los impuestos y de los arriendos, obligan a los campesinos a pedir préstamos a los bancos con la garantía de la tierra o de otros bienes. Esto aumenta constantemente el volumen de sus deudas y significa un incremento de la dependencia en que se encuentran respecto del capital. Cuando la deuda no es satisfecha, y esto es un fenómeno cada vez más frecuente, la tierra del cultivador pasa a ser propiedad de los bancos y compañías aseguradoras. Así, en Estados Unidos, una sola compañía de este género, la Metropolitan Life Insurance, en 1949 poseía y administraba más de siete mil granjas.

Son muy graves las repercusiones que sobre la situación de los campesinos tiene la política de precios de los monopolios capitalistas. Tradúcese ésta en la compra a los granjeros de productos alimenticios y materias primas a bajo precio, mientras encarecen los artículos industriales que les proporcionan. Esta política de cambio no equivalente forma una diferencia de precios ("tijeras") en virtud de la cual los campesinos, por una cantidad igual de producción agrícola, obtienen una cantidad cada vez menor de aperos y maquinaria, abonos y combustible. En Francia, por ejemplo, los precios de los artículos industriales adquiridos por los campesinos eran en 1958 hasta 36 veces superiores a los de 1938, mientras que los precios de su producción habían aumentado 16 veces solamente.

Las "tijeras" son una forma velada de explotación de los campesinos por los monopolios. La forma patente son los elevados impuestos, que sirven para cubrir los gastos de la militarización de la economía y la carrera de armamentos, para sostener el hinchado aparato estatal y para subsidiar a los monopolios. Casi todo el fardo de los impuestos recae sobre los hombros de los obreros y campesinos. Estos últimos, en Francia, por ejemplo, han de satisfacer casi 40 impuestos distintos. En su tiempo, Marx dio una atinada definición del odio del campesino francés a estas cargas. "Cuando el campesino francés quiere imaginarse al diablo -decía- se lo representa en forma de recaudador de impuestos."[214]

Un gran tributo satisfacen los campesinos a los grandes propietarios agrícolas y a los bancos en forma de arrendamiento. Entre 1950 y 1956 los granjeros norteamericanos han satisfecho por este concepto una media anual de 3.000 millones de dólares, lo que equivale aproximadamente a las ganancias que los monopolios del mismo país obtienen de sus inversiones en el extranjero.

El incremento del yugo de los monopolios y la agudizada competencia de las grandes haciendas, que emplean maquinaria para el cultivo de sus campos, traen consigo la ruina en masa de los campesinos. En Estados Unidos, por ejemplo, el número de granjas (como ya se hacía constar en el capítulo X) disminuyó en 1.315.000 entre 1940 y 1954. En la República Federal Alemana, entre 1949 y 1958 se han arruinado más de 200.000 economías campesinas; en Francia, sin contar las economías inferiores a una Ha, han sido más de 834.000 de 1929 a 1956. En cambio, crece el número de grandes haciendas capitalistas.

El capitalismo monopolista de Estado mantiene una política que acelera la desaparición de economías campesinas pequeñas y medias. A ello contribuyen los denominados programas de "ayuda" a la agricultura, que en realidad significan una ayuda a los grandes capitalistas del campo. Los créditos y subsidios que el Estado concede a los grandes

[214] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. I, Moscú, 1955, pág. 181.

terratenientes para la adquisición de máquinas, abonos y materiales de construcción crean al mismo tiempo, artificialmente, un ventajoso mercado para las corporaciones capitalistas dedicadas a la venta de esos artículos.

Una característica que se observa en los países capitalistas desarrollados después de la segunda guerra mundial es la invasión directa de la agricultura por el gran capital. A ello se debe, como una de las causas principales, los grandes cambios producidos en los últimos diez a quince años en la renovación técnica de la agricultura capitalista de los Estados Unidos, Canadá, Inglaterra, Francia, República Federal Alemana y otros países. Es cada vez un fenómeno más típico la mecanización completa de las empresas agrícolas, con un gran empleo de abonos químicos, simientes escogidas y cría de ganado de raza. El economista norteamericano V. Perlo escribe refiriéndose a los cambios producidos en la agricultura de su país: "El capital monopolista, siempre en busca de nuevas esferas para sus inversiones, no se satisface ya con la apropiación indirecta («tijeras de precios» e interés de las deudas) de la renta de la tierra y de la plusvalía creada en la agricultura. Comienza a participar directamente en la formación de grandes empresas agrícolas en amplia escala... El gran empleo de maquinaria moderna y una mano de obra pagada a muy bajos precios, integrada principalmente por negros, portorriqueños y mexicanos, permite al capital monopolista obtener una cuota de ganancia suficiente a pesar de las «tijeras» de precios."

No en vano los ideólogos del capital monopolista de los Estados Unidos y otros países afirman sin cesar que ha llegado el momento de acabar con las "economías técnicamente débiles" y de que el Estado preste su generoso apoyo a las grandes haciendas. La amenaza de ruina se cierne de nuevo sobre millones de economías campesinas. En 1957 el ministro de Agricultura de los Estados Unidos declaraba que dos millones de granjeros norteamericanos habían de abandonar la tierra. En Francia existe el propósito de acabar con unas 800.000 economías campesinas. Proyectos análogos existen en Alemania Occidental y en algunos otros países capitalistas. El capitalismo monopolista de Estado amenaza la existencia misma de los campesinos como clase.

Todo esto hace que en los principales países capitalistas la lucha de los campesinos adquiera un carácter preferentemente *antimonopolista.* En las colonias y países dependientes se ha acentuado también mucho el yugo de los monopolios, que se combina con las formas feudales de explotación de los campesinos. El hambre de tierra no es allí consecuencia únicamente de la concentración del suelo en manos de los grandes propietarios: se debe también a que superficies enormes están ocupadas por las plantaciones propiedad de los monopolios extranjeros. Por eso, si antes el problema principal de los campesinos era sacudirse el yugo de los terratenientes feudales, ahora, junto a él, por doquier existe el problema de la lucha contra el yugo de los monopolios.

2. Los comunistas defienden los intereses vitales de las masas campesinas

La política de los Partidos Comunistas en relación con el problema campesino toma en consideración los cambios objetivos producidos en él en nuestra época. Al mismo tiempo, no olvida nunca las características que la situación de los campesinos presenta en los distintos países.

Allí donde las supervivencias feudales son grandes, los campesinos sufren actualmente un doble yugo: el de los terratenientes y el de los monopolios capitalistas (propios o extranjeros).

En los países capitalistas avanzados el opresor principal de los campesinos es el capital monopolista.

Pero cualquiera que sea el enemigo de los trabajadores del campo, una de las direcciones principales de la lucha es la defensa de los intereses inmediatos de los campesinos. Los Partidos Comunistas y Obreros hacen íntegramente suyas y las defienden reivindicaciones de los campesinos y de los obreros agrícolas como la equiparación de estos últimos en cuanto a derechos a los obreros de otros sectores, la supresión de las "tijeras" de precios, la rebaja de impuestos y de los arriendos, la concesión de créditos ventajosos, la ampliación del mercado de venta de los productos agrícolas mediante el aumento de salarios a todos los trabajadores y la normalización de las relaciones comerciales con todos los países. En la República Federal Alemana, Japón, España y otros países, aumenta la resistencia de los campesinos a la confiscación de sus tierras para bases militares norteamericanas, aeródromos, etc. Cada vez es más popular entre los campesinos la consigna de "tierra, y no guerra".

Los comunistas tienen presentes las características de la situación de los campesinos no ya dentro de cada país en su conjunto, sino también en sus distintas regiones. En el Sur de Italia, por ejemplo, lo principal es el hambre de la tierra. Por eso, los comunistas italianos consideran una tarea primordial la de ayudarles en esta lucha. En el Norte del país (y lo mismo en muchas comarcas de Francia), donde existen muchas grandes empresas agrícolas de tipo capitalista, lo principal es la defensa de los obreros del campo y sus intereses vitales: apoyo y organización de su lucha por el aumento de salarios, por el mejoramiento de las condiciones de trabajo, por la obtención de subsidios de paro, etc.

En la defensa de las reivindicaciones de los campesinos, los comunistas prestan gran valor a las formas parlamentarias de lucha. En este sentido

poseen gran experiencia los Partidos Comunistas de Italia y Francia. Los comunistas italianos no cejan en sus enérgicas intervenciones en el Parlamento; piden que sean mejoradas las cláusulas de los contratos agrícolas en favor de los arrendatarios que trabajan por sí mimos las tierras, el control de los arriendos, etc. En abril de 1946, a instancias de los diputados comunistas, la Asamblea Constituyente de Francia aprobó el Estatuto de granjeros y aparceros, por el que se reglamentaban los contratos de arrendamiento. Los comunistas de Italia y Francia han conseguido la aprobación de distintas leyes beneficiosas para los campesinos.

En la defensa de los intereses de los campesinos, los comunistas han de vencer muchas dificultades y obstáculos. Los partidos y grupos burgueses, y en gran número de países la Iglesia Católica, se esfuerzan por mantener a los campesinos bajo su influencia y mantienen entre ellos una demagógica propaganda, en la que difaman a la clase obrera y a los comunistas. Su propósito es impedir la formación y consolidación de la alianza de la clase obrera y los campesinos, no dejar que la influencia de los Partidos Comunistas se extienda en el campo. Las dificultades se deben a que buena parte de las organizaciones campesinas de América del Norte (Estados Unidos y Canadá) y de Europa Occidental, a excepción de Italia, están influidas por partidos y grupos reaccionarios que mantienen vínculos con el capital monopolista.

Lucha de los campesinos por la reforma agraria.

La gran masa de los campesinos está formada por aquellos que carecen de tierra o que la poseen en cantidad insuficiente. De ahí que su aspiración principal sea la reforma agraria.

Los círculos dirigentes de bastantes países capitalistas, bajo la presión de las masas campesinas, se han visto obligados después de la guerra a llevar a cabo cierta redistribución de la tierra. Pero las reformas implantadas por la burguesía y los terratenientes se han quedado a medias, como no podía por menos de suceder. Incluso en Italia, donde la lucha por la tierra adquirió las mayores proporciones, la reforma fue muy limitada y no satisfizo las esperanzas de los campesinos. Únicamente afectó al once por ciento de la gran propiedad. La distribución de la tierra no sufrió cambios sustanciales. En el país hay todavía dos millones y medio de campesinos sin tierra y 1.700.000 que poseen parcelas inferiores a 0.6 Ha.

Actualmente, muchos Partidos Comunistas y Obreros organizan a los campesinos para la lucha por una *reforma agraria auténticamente democrática.* Su reivindicación principal es: "La tierra, para quien la trabaja." Junto a ello, en los programas de los partidos marxistas se determina que el problema de dar la tierra a los campesinos habrá de ser resuelto de conformidad con las características de las relaciones agrarias concretas del país.

El Partido Comunista francés defiende la expropiación de la tierra y los bienes de los grandes terratenientes, que habrán de ser entregados en propiedad a los campesinos trabajadores: pequeños arrendatarios, aparceros, obreros agrícolas y campesinos con poca tierra.

El Partido Comunista de Italia considera la reforma agraria general como una de las "reformas estructurales" llamadas a limitar y quebrantar el poderío económico de los monopolios. El proyecto propone la reducción del volumen de las grandes haciendas, con lo que cinco millones de Ha podrían ser entregadas a los arrendatarios y obreros agrícolas.

Las reformas agrarias que proponen los Partidos Comunistas iberoamericanos establecen la confiscación de los latifundios y su entrega a título gratuito (o mediante un pago mínimo) y en propiedad a los campesinos carentes de tierra o que no la poseen en medida suficiente. En los documentos de estos Partidos se dice que el Estado democrático que habrá de formarse en el curso de la lucha nacional de liberación reconocerá la propiedad de los campesinos a la tierra que ocuparon los latifundistas y les dará los títulos de propiedad correspondientes. Se garantizará también la propiedad a los campesinos que pongan en cultivo baldíos de terratenientes o del Estado y que carezcan de los títulos necesarios. Los campesinos que trabajan en tierras tomadas en arriendo, las recibirán en propiedad. La lucha por la tierra es un factor primordial dentro de los movimientos democráticos generales de estos países. Es evidente que su éxito no puede ser separado de la suerte que corra el movimiento de liberación nacional de sus pueblos contra el imperialismo norteamericano.

La lucha tenaz y consecuente de los partidos marxistas por la entrega de la tierra a quien la trabaja prueba la falsedad de la propaganda burguesa cuando dice a los campesinos que los comunistas quieren desposeerles de la que ya tienen. Lo cierto es que los comunistas les garantizan no ya la conservación de la tierra que poseen, sino también un aumento razonable de la misma.

3. Qué da a los campesinos el triunfo de la clase obrera

Los defensores del gran capital y de los terratenientes siguen hasta hoy día difundiendo la calumnia de que la revolución proletaria no da nada a los campesinos y que les es hostil.

Nada mejor puede refutar esa calumnia que la experiencia histórica de Rusia y de los demás países del campo socialista. Los hechos demuestran que la revolución proletaria está muy lejos de ser hostil a los campesinos y que ella precisamente dio satisfacción a sus seculares aspiraciones: les entregó

la tierra y los emancipó del yugo de terratenientes y capitalistas.

En Rusia, el 8 de noviembre de 1917, es decir, *al día siguiente* de la revolución, el II Congreso de la Soviets abolió, sin indemnización alguna, la propiedad de los terratenientes y anunció que toda la tierra del país era declarada patrimonio del pueblo entero, siendo entregada para su disfrute a quienes la trabajaban.

En todas las democracias populares se han implantado asimismo reformas agrarias por las que se ha suprimido la gran propiedad y ha sido puesto en práctica el principio de "la tierra, para quien la trabaja". En las democracias populares europeas, las reformas agrarias han puesto en manos de los campesinos 14 millones de Ha de tierra de labor.

En China, la reforma agraria, implantada con la participación activa de los propios campesinos, hizo que 300 millones de personas recibieran en propiedad cerca de 50 millones de Ha. Los campesinos han sido eximidos del pago de arriendos, que significaban por término medio de la mitad a tres cuartas partes del valor de la cosecha, y de otras cargas y contribuciones.

V. I. Lenin, recogiendo la experiencia de la revolución socialista en Rusia, insistió repetidas veces en que, al ser establecido el poder de los trabajadores, su deber primordial será la adopción de medidas que mejoren de manera inmediata y enérgica la situación económica de las masas campesinas. Lenin veía en estas medidas una de las condiciones decisivas para la consolidación del poder de los obreros y campesinos, de la alianza de estas clases bajo la dirección de la clase obrera.

Al mismo tiempo, indicaba Lenin, el simple reparto de la tierra, la mera entrega de las haciendas de los grandes propietarios a los campesinos, no resuelve el problema del campo, no emancipa a los campesinos trabajadores de la miseria, de su dependencia de los ricos de la aldea, del atraso y la baja productividad de la pequeña economía. Sólo el cultivo en común de la tierra, la cooperación sobre bases socialistas, puede abrir a los campesinos el camino hacia una vida acomodada.

Los comunistas de todos los países, guiándose por estas indicaciones de Lenin, llaman a los campesinos trabajadores a marchar por la senda de la construcción socialista.

Cientos de millones de agricultores se han convencido ya por propia experiencia de que sólo la cooperación socialista permite mejorar la vida de *todos* los campesinos y poner fin a la explotación y opresión del hombre por el hombre. Sólo la agrupación socialista abre ante todos los campesinos trabajadores las más grandes posibilidades para cultivar la tierra según los últimos adelantos de la ciencia, elevar el nivel técnico de la agricultura y emplear racionalmente la maquinaria más moderna, que alivia el trabajo y aumenta extraordinariamente su productividad; es decir, permite producir, por cada campesino, una cantidad cada vez mayor de bienes materiales.

V. I. Lenin enseñaba que el ingreso en las cooperativas de producción había de ser voluntario, como consecuencia del interés personal de los mismos campesinos. A éstos hay que convencerlos de que la gran hacienda colectiva, con el empleo de la maquinaria más moderna, es económicamente mucho más ventajosa para él que el trabajo en su reducido terreno.[215]

Cuando los enemigos del socialismo afirman que los campesinos, como clase que son de propietarios privados, son por naturaleza ajenos y hostiles al régimen socialista, no demuestran sino su desprecio hacia los hombres del agro, el desdén olímpico que sienten por el sentido común y las posibilidades creadoras de los campesinos como clase. La clase obrera y el Partido Comunista rechazan esto de plano. Tienen confianza profunda en la capacidad de los trabajadores del campo, creen en sus energías y están convencidos de que los campesinos, bajo la dirección amistosa de la clase obrera, son perfectamente capaces de ser constructores activos del avanzado régimen socialista. Y la experiencia demuestra que les asistía toda la razón al pensar así.

V. I. Lenin enseñaba que precisamente la utilización de formas diversas de cooperación voluntaria permite realizar en el campo, por una vía "sencilla, fácil y al alcance de los campesinos", el paso a un sistema de trabajo nuevo, socialista.

El primer país en que se llevó a cabo la cooperación socialista en masa del campo fue la Unión Soviética. Desde hace más de veinte años los campesinos soviéticos viven dentro del régimen socialista, koljosiano. En lugar de los 25 millones de economías pequeñas y minúsculas que existían en el país al comienzo de la colectivización, la Unión Soviética cuenta hoy con más de 70.000 granjas agrícolas, que son grandes haciendas socialistas. Sus dimensiones permiten emplear en gran escala la abundante maquinaria que produce la industria del Estado.

El incremento de los recursos técnicos de que disponen los koljoses y la superioridad que representa en sí la hacienda grande hacen que se eleve el nivel de vida de los trabajadores del agro, y no de un grupo o puñado de campesinos, sino de *todos* ellos.

El triunfo de la cooperación en la Unión Soviética, China y Bulgaria y los grandes éxitos conseguidos en cuanto a la transformación socialista del agro en los otros países del campo del socialismo, significan una gran conquista de la alianza de la clase obrera y los campesinos de estos países. La

[215] Sobre el plan leninista de cooperación volveremos con más detalle en el capítulo XXII.

cooperación del campo es *el único camino acertado y seguro* para mejorar radicalmente la vida de los propios campesinos e incorporarlos al desarrollo de una agricultura moderna, altamente mecanizada, sobre bases socialistas. Es el camino del socialismo, común para los campesinos de muy diversos países. Al propio tiempo, los Partidos Comunistas y Obreros toman en consideración las características sociales, económicas, históricas y de otra clase que puedan existir en la agricultura de cada país. Limitarse a copiar mecánicamente experiencias ajenas es ir contra el espíritu del marxismo-leninismo.

En las circunstancias actuales, el paso de los pequeños campesinos al cauce de la gran producción puede ser realizado en cualquier país mucho más fácilmente por la existencia del sistema socialista mundial, que se robustece de año en año, y gracias a la enorme experiencia reunida por los propios campesinos en la gestión de sus haciendas cooperativas. Las ventajas de la agrupación son ya tan evidentes, que hasta en los países capitalistas tienden los campesinos a formar sus cooperativas, para, con ayuda de ellas, organizar la defensa común contra la ofensiva de los monopolios.

La historia de estos últimos decenios nos muestra la gran fuerza que la alianza de la clase obrera y los campesinos representa, los muchos beneficios que puede reportar y reporta a ambas clases. Por esto, la creación y robustecimiento de esta alianza es una de las tareas más importantes de los Partidos Comunistas y Obreros.

Capitulo XVI. El movimiento de liberación nacional de los pueblos contra el colonialismo

1. El movimiento obrero y el problema nacional-colonial

Las naciones se formaron a medida que maduraban las relaciones capitalistas y se iba superando la dispersión económica de los pueblos. El advenimiento del capitalismo en una serie de países del mundo condujo a la estructuración de los Estados nacionales. Con esto recibió un poderoso impulso el desarrollo de la economía y de la cultura nacional. Mas la aparición de los Estados nacionales burgueses, que era un acontecimiento de progreso en la historia humana, tenía su reverso: incrementóse la tendencia a la subordinación de unas naciones por otras. Adquirió así gran virulencia el problema nacional, es decir, el problema que se refiere a las relaciones entre una nación y otra, a sus derechos y a las condiciones de su libre desenvolvimiento.

Dos tendencias en el problema nacional.

El problema nacional se circunscribía en un principio a los límites de un mismo Estado, y singularmente de aquellos que, en virtud de las circunstancias históricas, se habían estructurado como multinacionales. En ellos (por ejemplo, la Rusia zarista, Austria-Hungría) había naciones preponderantes y subordinadas, naciones opresoras y oprimidas. El problema nacional se refería principalmente a las minorías nacionales, a su derecho a una existencia autónoma, al progreso de su economía, su cultura, su literatura, su lengua, etc.

Ahora bien, cuando el capitalismo entra en la época imperialista, el marco del problema nacional se ensancha. Antes era una cuestión interna de cada Estado; ahora se convierte en un asunto de volumen internacional, podríamos decir que mundial.

Ello es así porque la época de desarrollo del capitalismo presenta dos tendencias contrarias en el problema nacional. La una toma cuerpo en la aparición de los movimientos nacionales, en el despertar de la conciencia nacional, en la creación de Estados nacionales. La otra conduce a la ampliación de los vínculos internacionales, a la ruptura de los tabiques que separan a las naciones, a la creación de un mercado mundial.

Si bien ambas tendencias responden a las necesidades reales del desarrollo social, ninguna de las dos adquiere bajo el capitalismo campo libre para su desarrollo. Más aún, las condiciones sociales del capitalismo orientan su acción en un sentido falso. Esto se manifiesta con vigor especial bajo el imperialismo.

Después del triunfo de los movimientos nacionales burgueses en los países económicamente desarrollados de Europa y América, el proceso de formación de Estados nacionales se ve interrumpido por largo tiempo. Al iniciarse la expansión colonial de las potencias capitalistas, la inmensa mayoría de los países asiáticos y africanos se vieron desposeídos de su derecho al progreso nacional y fueron convertidos en colonias.

En cuanto a la tendencia a la unificación de las naciones, al establecimiento de vínculos político-económicos internacionales, bajo el capitalismo se cumple en forma extremadamente dolorosa para los pueblos. Porque el capitalismo no puede "unificar" las naciones por otro procedimiento que no sea la violencia y la esclavización, la conquista y la guerra, la despiadada explotación de los pueblos atrasados y su conversión en apéndices encargados de suministrar materias primas y productos agrícolas a los países capitalistas desarrollados.

Paulatinamente, muchos países, pueblos y continentes enteros cayeron víctimas del colonialismo. Hoy día, el problema nacional no se refiere ya a la suerte de determinadas minorías nacionales, sino de la mayoría del género humano, de esa mayoría que los imperialistas esclavizaron mediante la fuerza o la perfidia y que convirtieron en súbditos de sus imperios coloniales. "El imperialismo -escribía Lenin- significa que el capital rebasa el marco de los Estados nacionales, es la ampliación y agravación del yugo nacional sobre una nueva base

histórica." Lenin indicaba que la división de las naciones en opresoras y oprimidas es la *esencia* del imperialismo.[216]

Dentro de las condiciones que el imperialismo crea, el problema nacional se ha convertido en *nacional-colonial.* Lo que principalmente le da contenido es la lucha de liberación de los pueblos de las colonias y países dependientes, su esfuerzo por sacudirse el yugo extranjero y conquistar la independencia.

Esto no significa, ciertamente, que en nuestra época haya desaparecido el problema de las minorías nacionales dentro de los Estados capitalistas y que éstos hayan puesto fin a la opresión nacional, dentro de sus fronteras al menos. En absoluto. La burguesía reaccionaria es incapaz por completo de dar solución al problema nacional, y buena prueba de ello es, siquiera sea, la virulencia que presenta el problema de los negros en los Estados Unidos de América.

Los imperialistas prefieren "resolver" el problema nacional aplastando a los pueblos pequeños y débiles, estimulando el odio y los conflictos de carácter racial y reprimiendo brutalmente todo movimiento de liberación. El espíritu reaccionario y la putrefacción del capitalismo se revelan bien a las claras en esta incapacidad suya para resolver el problema nacional. Pues fue precisamente la burguesía, en la época en que aún era una clase en ascenso, la que proclamó el derecho de los pueblos a la unidad y a la independencia nacional. Y ahora, en el ocaso del capitalismo, la burguesía se convierte en verdugo de las naciones y en el peor enemigo de la libertad de los pueblos. Como escribía Lenin, "el capitalismo, que era liberador de las naciones durante la lucha contra el feudalismo, al convertirse en imperialista se ha transformado en el más grande opresor de aquéllas".[217]

La clase obrera es un enemigo irreconciliable de la opresión nacional.

Para la parte consciente de la clase obrera, en primer plano figuran siempre los intereses de la lucha por la emancipación social, por el socialismo. Esto no significa, empero, que al movimiento obrero le sean indiferentes las aspiraciones nacionales de las masas y no le importen las relaciones nacionales existentes en uno y otro país.

El acabar con la opresión nacional es consustancial con los intereses vitales de la clase obrera, pues esta opresión recae siempre y ante todo sobre los trabajadores, frena su desarrollo espiritual y retarda su incorporación a la lucha de clases. Al engendrar la desconfianza entre los obreros de diversas naciones y contribuir a su distanciamiento, se opone a la unificación y fusión de sus fuerzas para la lucha por reivindicaciones comunes de clase, con lo que la burguesía ve facilitada su tarea de explotación de las masas. "...Nada retiene tanto el desarrollo y consolidación de la solidaridad proletaria de clase como la injusticia nacional...",[218] señalaba Lenin.

El marxismo, desde el principio mismo, se mostró como enemigo decidido de la opresión nacional cualquiera que fuese su forma, y luchó enérgicamente por la igualdad nacional de derechos, por la libertad completa y la autodeterminación de las naciones. La fórmula de Marx y Engels: "Un pueblo no puede ser libre si oprime a otros pueblos", era para Lenin el "principio básico del internacionalismo". Y el internacionalismo proletario es parte inseparable del marxismo.

Cuando el problema nacional se convierte en nacional y colonial, los partidos marxistas apoyan enérgicamente la lucha de liberación de los pueblos de las colonias contra la burguesía imperialista que los oprime. V. I. Lenin escribía en 1916: "Los socialistas no han de limitarse a pedir la liberación incondicional, sin rescate alguno, e inmediata de las colonias, reivindicación que en su expresión política significa el reconocimiento del derecho a la autodeterminación; los socialistas han de apoyar de la manera más enérgica a los elementos más revolucionarios de los movimientos democrático-burgueses de liberación nacional en esos países y ayudarles en su levantamiento -y si llega el caso en su guerra revolucionaria- *contra* las potencias imperialistas que los oprimen."[219]

Frente a esta posición de los obreros conscientes, la burguesía presenta su programa de mantenimiento de las colonias. La propaganda burguesa -no sin ayuda de los socialistas de derecha- trata de hacer creer a los obreros sin conciencia de clase que la continuación de los imperios coloniales les favorece. El abandono de las colonias, afirma, tendrá fatales consecuencias de orden económico y social: dejarán de afluir materias primas a las metrópolis, se reducirá la producción y advendrá una época de desocupación y de privaciones. A esta intensa propaganda son sometidos los obreros de Gran Bretaña, Francia, Holanda y demás potencias coloniales donde las tradiciones y los prejuicios "imperiales" conservan más su vitalidad. Los comunistas y demás elementos progresivos que reclaman la inmediata independencia de las colonias son acusados por los imperialistas de realizar "labor subversiva", de ir contra los "vínculos históricamente establecidos", etc.

Los comunistas no niegan en absoluto en valor de los vínculos económicos establecidos entre las metrópolis y las colonias. No niegan tampoco que la industria de los países desarrollados depende de las materias primas que recibe de Asia, África y el Cercano Oriente. Inglaterra, por ejemplo, no podría

[216] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXI, págs. 371-372 y pág. 373.
[217] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXI. pág. 273.
[218] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVI, pág. 556.
[219] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 140.

prescindir del petróleo de esta última región, que cubre el setenta por ciento de sus necesidades. ¿Pero quiere decir esto que los países árabes han de seguir siendo colonias del imperialismo británico? Inglaterra debe y puede adquirir el petróleo del Cercano Oriente, el caucho de Malaya o el algodón africano, pero en condiciones comerciales ordinarias, y no expoliando a los legítimos dueños de estas riquezas. Se trata, pues, no de romper los vínculos económicos establecidos históricamente entre las metrópolis y las colonias, sino de quitar a esos vínculos su carácter imperialista y de violencia y de convertirlos en voluntarios y mutuamente ventajosos. De esto podrán resentirse los beneficios de los grandes capitalistas, pero en manera alguna los intereses de las masas populares.

La experiencia enseña a los obreros conscientes que el colonialismo causa daños formidables a los intereses vitales de los trabajadores no ya de la nación oprimida, sino también de la opresora. Los superbeneficios obtenidos por los monopolios en las colonias no llevan la felicidad a ningún pueblo. Cierto es que la burguesía imperialista arroja las migajas de esos superbeneficios a ciertos elementos privilegiados de la clase obrera, con el deseo de sobornarlos y de ganárselos. Esta "aristocracia obrera" forma, sin embargo, una capa muy delgada, y su existencia no trae más que perjuicios a la causa general de los trabajadores, puesto que la tal "aristocracia" se convierte con gran facilidad en portadora de la influencia burguesa en el seno de la clase obrera.

No hay que olvidar tampoco que el colonialismo ha sido un vivero de la reacción más negra en las propias metrópolis. Las colonias se convirtieron en vertedero de las heces de la sociedad burguesa, de gentes que, al servicio de los colonizadores, se ejercitan en los métodos terroristas de represión de las masas trabajadoras. En 1936, en las colonias africanas de España se incubó el levantamiento de Franco contra la República. La historia se ha repetido en el verano de 1958, cuando los bandoleros fascistas enrolados en las tropas francesas de paracaidistas se sublevaron en Argelia contra el régimen republicano y luego se convirtieron en apoyo de la reacción dentro de la misma metrópoli. Los obreros franceses han podido convencerse así, lo mismo que antes los españoles, de la gran verdad que asiste al marxismo cuando afirma que el pueblo que oprime a otros pueblos pone en riesgo su propia libertad.

La clase obrera y el nacionalismo contemporáneo.

La lucha de las colonias es mantenida frecuentemente hoy día bajo la bandera del nacionalismo. Y escudándose en ello, los servidores del imperialismo afirman calumniosamente que los comunistas se guían por meras consideraciones tácticas cuando apoyan la lucha de liberación de los pueblos coloniales; siendo como son internacionalistas, dicen, los comunistas no pueden simpatizar con las aspiraciones nacionales de los pueblos de Asia y África.

Tales invenciones son falsas del comienzo al fin. Los partidarios del colonialismo fallan en sus intentos de sembrar la confusión en el claro problema de quiénes son los amigos y los enemigos del movimiento de liberación nacional.

El marxismo-leninismo enfoca el nacionalismo como todos los fenómenos de la vida social, con un criterio histórico concreto y guiándose por los intereses del progreso social. V. I. Lenin puso en guardia en repetidas ocasiones contra el planteamiento abstracto del problema, y sobre todo en lo que se refiere a mezclar el nacionalismo de la nación opresora y el de la oprimida.

Una cosa son los Estados imperialistas como Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, etc. El nacionalismo burgués se ha convertido en ellos en bandera del exclusivismo nacional, de la soberbia racista, del chovinismo militante. Está puesto al servicio de la burguesía monopolista para justificar la esclavización de otras naciones. Los comunistas, como internacionalistas proletarios, no tienen nada que ver con este nacionalismo reaccionario y colonizador.

Otra cosa distinta es el nacionalismo de los pueblos de las colonias y países dependientes. En este nacionalismo, de ordinario, encuentra reflejo el sano espíritu democrático de los movimientos de liberación nacional, la protesta de las masas contra la opresión imperialista, las ansias de independencia nacional y de transformaciones sociales. A esto se refería Lenin cuando escribió: "En *cada* nacionalismo burgués de la nación oprimida hay un contenido democrático general *contra* la opresión, y este contenido tiene nuestro apoyo *incondicional*..."[220]

Y el actual nacionalismo de los países de Asia y África es, por regla general, de ese género. Es el nacionalismo de las naciones oprimidas que entran en lucha con sus opresores y combaten por su independencia política y económica. Manifiéstase en países donde, en la mayoría de los casos, apenas si empiezan a anudarse los vínculos nacionales y donde la burguesía en su conjunto es aún capaz, en determinadas condiciones, de cumplir un papel históricamente progresivo. Refiriéndose a esta característica, Lenin escribía: "Está podrida la burguesía occidental, que ya tiene ante sí a su sepulturero, al proletariado. Pero en Asia existe *aún* una burguesía capaz de representar una democracia sincera, combativa y consecuente, digna compañera de los grandes propagandistas y los grandes hombres de fines del siglo XVIII en Francia.

[220] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XX, pág. 384.

"El representante principal o el principal apoyo social de esta burguesía asiática, capaz aún de una obra históricamente progresiva, es el campesino."[221]

La formación de las naciones y de la conciencia nacional en los países de Asia y África se produce en lucha contra el imperialismo y el feudalismo, hace despertar a las masas de su sueño medieval y las conduce a la batalla contra el colonialismo, el atraso y la reacción. Todo esto es lo que proporciona al nacionalismo de Oriente en nuestros días un carácter democrático y progresista. En lo que se refiere a los millones de campesinos, la conciencia nacional es la primera fase de la conciencia antiimperialista.

Un nacionalismo así los comunistas lo pueden apoyar con tranquilidad de conciencia, y en efecto lo apoyan, sin separarse ni un ápice de los principios del internacionalismo proletario.

Ahora bien, se comprende, los comunistas apoyan el nacionalismo sólo en la medida y hasta tanto sirve a la causa de la libertad nacional, a la victoria sobre el imperialismo y el feudalismo, al despertar en las masas del sentimiento de dignidad personal que tanto humillaron y que de tal manera se burlaron los opresores. Cualquier intento de aprovechar el nacionalismo con fines reaccionarios, como instrumento del egoísmo nacional y para someter a otros pueblos, o para luchar contra las justas reivindicaciones de las masas populares, no puede tener la simpatía de los comunistas.

2. Auge del movimiento de liberación nacional y desintegración del sistema colonial

Hace unos pocos decenios la dominación colonial de las potencias imperialistas parecía inconmovible. El orden por el cual el mundo se dividía en un puñado de naciones privilegiadas y opresoras y en una gigantesca mayoría de pueblos sin derechos y oprimidos, era sostenido por los imperialistas como algo natural e intangible. Los ideólogos del colonialismo no se cansaban de hablar de la inferioridad racial de los pueblos esclavizados, a los que presentaban como un enorme conglomerado humano dominado para siempre por la apatía y la indiferencia, sin que fuesen capaces de salir de su situación.

En 1939 los colonizadores se mantenían aún fuertes en su poder sobre casi dos terceras partes de la humanidad. La situación ha dado, sin embargo, un radical viraje después de la segunda guerra mundial. Los imperios coloniales, levantados durante varios siglos, empezaron a desmoronarse con creciente rapidez. Entre 1945 y 1957 se han emancipado de la dominación imperialista y han entrado en la vía de la independencia casi *1.250 millones* de seres humanos. Las colonias que aún se mantienen en pie no reúnen más de 150 millones de habitantes, lo que no llega al seis por ciento de la población de la tierra. Se avanza, pues, hacia la supresión completa del sistema colonial. Con su desaparición definitiva se pondrá fin a una de las páginas más bochornosas en los anales del capitalismo.

Condiciones internacionales del ascenso del movimiento de liberación nacional.

La crisis del sistema colonial se inició paralelamente a la crisis general del capitalismo. El momento crucial fue también la Gran Revolución Socialista de Octubre, la cual, al sacudir las mismas bases del imperialismo, dio un poderoso impulso al movimiento de liberación nacional en Oriente y abrió ante él perspectivas de victoria sobre los colonizadores. La propia Revolución de Octubre unió por primera vez con éxito en un cauce común la insurrección del proletariado contra el régimen capitalista y la lucha de los pueblos esclavizados de la Rusia zarista por el derrocamiento de la opresión nacional y colonial.

El primer Estado socialista se convirtió para los pueblos oprimidos del mundo en una fuente inagotable de apoyo moral y político. Un ejemplo alentador era para ellos, en particular, el de las repúblicas centroasiáticas de la Unión Soviética, que en un brevísimo plazo histórico pasaron del atraso colonial a la prosperidad, en todos los órdenes, de su economía y su cultura nacionales.

La segunda guerra mundial trajo consigo el comienzo de una nueva etapa en la lucha de las colonias por su liberación. El conflicto bélico afectó a muchos países del mundo colonial; algunos de ellos (en Asia y Norte de África) fueron teatro de las operaciones militares. Las necesidades de la economía de guerra obligaron a las potencias imperialistas a forzar el desarrollo de algunos sectores de la industria en sus dominios coloniales, lo que condujo a un rápido incremento numérico del proletariado indígena.

El carácter de liberación de la guerra, condicionado por la participación en ella de la Unión Soviética, tuvo gran repercusión entre todos los oprimidos. Otro factor que contribuyó a incrementar la conciencia política y organización de las masas fue la debilidad interna de las potencias coloniales de Occidente, puesta de relieve en los años del conflicto.

No podían ser más propicias, para el avance y el éxito del movimiento de liberación nacional, las condiciones que se produjeron con la nueva distribución de fuerzas en el campo internacional, a consecuencia de la derrota del fascismo alemán y del imperialismo japonés, del robustecimiento del poderío de la Unión Soviética y de la aparición de las democracias populares. La formación del sistema mundial del socialismo, con la profunda debilitación consiguiente de las posiciones del campo imperialista, facilitó la conquista de la independencia a muchos países de Asia y África. La lucha de

[221] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XVIII, pág. 145.

liberación nacional adquirió proporciones gigantescas y la crisis del colonialismo entró en su fase definitiva: la fase de desintegración del sistema colonial.

La desintegración del sistema del colonialismo es, pues, resultado del poderoso ascenso de la lucha de liberación nacional en condiciones internacionales propicias derivadas de la debilitación del imperialismo y de la transformación del socialismo en sistema mundial.

Los imperialistas tratan por todos los medios de disminuir el papel y el significado del movimiento de liberación nacional. Con este objeto propagan y sostienen la versión de que las colonias y países semicoloniales han alcanzado la libertad política no como fruto de la lucha y la revolución, sino casi, casi con la ayuda de las propias potencias imperialistas. Simultáneamente, quieren hacer ver que la larga dominación de los monopolios capitalistas en las colonias era un período necesario de "preparación" de estos países para la independencia. A este respecto se habla mucho acerca de la "misión civilizadora" del capitalismo en las colonias.

Lo cierto es que la "misión" del capitalismo en las colonias no ha tenido nada de común con los intereses de sus pueblos. Los imperialistas no se preocuparon jamás de impulsar el desarrollo de la economía de las colonias en todos los órdenes ni de prepararlas para una vida independiente. Los infundios que acerca de esto se propalan quedan desmentidos por el simple hecho de que todos los países emancipados del yugo imperialista y que lograron su independencia son países *subdesarrollados,* es decir, países que, justamente a consecuencia de la dominación extranjera, han quedado muy atrás en el aspecto económico.

Se comprende que durante los largos años de su dominación en las colonias, los imperialistas, objetivamente, sin que en ello interviniera su voluntad, han llevado a cabo en ellas cierto trabajo históricamente útil. Guiándose por sus cálculos egoístas e interesados, contra su voluntad, han acelerado objetivamente el proceso de maduración de algunas premisas de la revolución política y social en Asia. A ello se refería Marx cuando calificaba a los colonizadores de "arma inconsciente de la historia". Al mismo tiempo, sin embargo, subrayaba Marx que la labor "civilizadora" de la burguesía imperialista no auguraba a las masas ni la liberación nacional ni la social. "Nada de cuanto la burguesía británica se vea obligada a realizar en la India -escribía- emancipará a las masas populares ni mejorará sustancialmente su situación social, pues lo uno y lo otro depende no sólo del desarrollo de las fuerzas productivas, sino también de si el pueblo es dueño de ellas." Los hindúes, seguía Marx, no podrán recoger los frutos de la civilización mientras "no sean lo suficientemente fuertes como para sacudirse para siempre el yugo británico".[222]

La historia ha venido a dar la razón a Marx. Ha señalado también que, desde el punto de vista de los "civilizadores" imperialistas, ningún pueblo ni ninguna colonia estarán "maduros" y "perfectamente preparados" para la independencia hasta que no se levanten contra la opresión de los colonizadores. Los hechos demuestran que éstos sólo se retiran cuando les obliga a hacerlo la acción de las masas populares. La independencia ha sido *arrancada* por los pueblos de las colonias a los imperialistas, y no recibida como merced especial de ellos.

Como no podía por menos de ser, la emancipación de cientos de millones de esclavos coloniales se ha producido y se produce por vías diversas: tanto por la lucha armada como por los métodos de la presión política. Mas, cualesquiera que sean los caminos concretos, *la base de la emancipación ha sido siempre la lucha de las grandes masas populares.*

Fuerzas motrices de la lucha de liberación nacional.

El yugo colonial de los imperialistas presiona, si bien no en el mismo grado, casi sobre todas la capas de la población de los países sometidos, empujándolas a la lucha por su emancipación. Partiendo de sus intereses de clase, los obreros, los campesinos y capas importantes de la burguesía indígena no pueden aceptar la gestión de los monopolios extranjeros, que para los países oprimidos equivale a dilapidar sus riquezas naturales, el hambre, la miseria y toda clase de abusos. A excepción de un puñado de señores feudales, cuyo poder es mantenido por las bayonetas extranjeras, y de los grupos parasitarios de la burguesía indígena, que se benefician de la colaboración con los colonizadores, la mayoría absoluta de la población simpatiza con la lucha de liberación o se incorpora directamente a ella.

La parte más activa en esta lucha corresponde a la *clase obrera.* A pesar de ser en las colonias relativamente poco numerosa, ella y los Partidos Comunistas que la dirigen ocupan la vanguardia del movimiento de liberación nacional. Los obreros adquieren antes que ningún otro grupo conciencia de clase y nacional, puesto que sufren más que cualquier otra clase la explotación y la discriminación racial. Como clase avanzada que es, enemiga de toda opresión y que no se mueve por cálculos egoístas, el joven proletariado de las colonias expresa mejor que nadie los intereses vitales de su pueblo. Es, según demuestra la experiencia, la fuerza antiimperialista más consecuente, capaz de arrastrar a amplias capas de campesinos y de trabajadores de la ciudad.

Una enorme fuerza potencial son los *campesinos,*

[222] Marx y F. Engels, *Obras escogidas.* t. I, Moscú, 1955, págs. 314, 315.

que sufren el doble yugo de los señores feudales indígenas y de los monopolistas extranjeros. Los campesinos representan la base más amplia del movimiento de liberación nacional. Para ellos, la supresión del yugo nacional va indisolublemente unida a la eliminación de las supervivencias feudales en la aldea y a la resolución del problema agrario, del problema de la tierra. Pero, como indicaba Lenin, los campesinos son la capa de la población más numerosa y, al mismo tiempo, la que más tarda en ponerse en marcha. Por las mismas condiciones de vida, su analfabetismo y su atraso, los campesinos de las colonias no pueden ponerse a la cabeza de la lucha de liberación del pueblo. Con esto, los comunistas no rebajan en modo alguno el papel histórico de los campesinos en esa lucha; no hacen sino señalar hechos objetivos. No olvidan jamás que los campesinos forman la mayoría de la población en las colonias y países dependientes y que, por lo tanto, sólo estableciendo una estrecha alianza con ellos puede la clase obrera ponerse a la cabeza del movimiento de liberación nacional.

El elemento más contradictorio de este movimiento es la *burguesía.* La actitud de los distintos grupos que la componen hacia la lucha de liberación nacional no sólo es diferente, sino a menudo diametralmente opuesta. Las altas capas de la burguesía, dominadas por un espíritu reaccionario, y la burguesía comercial intermediaria, vinculada al imperialismo, suelen mantener una posición hostil hacia las fuerzas nacionales. Unida a los terratenientes feudales, interesados en mantener sus privilegios, esta parte de la burguesía es un baluarte de la dominación imperialista en las colonias.

Una posición distinta suele ocupar la llamada burguesía nacional, que, por lo común, invierte sus capitales en la producción y está por ello interesada en la creación y asimilación de un mercado nacional protegido de la rapiña de los monopolios extranjeros. El camino para ello lo ve en la formación de un Estado nacional libre de la dependencia extranjera.

La burguesía nacional, que padece la preponderancia de los monopolios extranjeros y sufre constantes agravios de los imperialistas, trata de incorporarse al movimiento nacional y hasta de colocarlo bajo su control. En virtud de las condiciones propias de la opresión colonial, la burguesía tiene más abiertas las puertas de la instrucción y de la actividad política; es lógico, pues, que en muchos países hayan salido de su seno los líderes del movimiento de liberación y que sea ella la que trata de imponerle sus consignas.

Los marxistas reconocen los esfuerzos patrióticos de esta parte de la burguesía, pero no pueden por menos de ver el doble carácter que su conducta encierra, su inconsecuencia y sus fluctuaciones, su tendencia a conservar muchas supervivencias de lo viejo en la vida social, así como la existencia en su seno de grupos antipatrióticos inclinados al compromiso y al acuerdo con los colonizadores a expensas de las masas del pueblo.

Tal es, brevemente, el planteamiento que el marxismo-leninismo hace en cuanto a las fuerzas motrices de la lucha nacional. No es necesario decir que la situación concreta presenta extraordinaria variedad en los distintos países. Además de las clases fundamentales que participan en la lucha de liberación, existe gran número de capas intermedias, las cuales, en la mayoría de los casos, ocupan una posición vacilante, o especial en todo caso. Están muy lejos de ser iguales los intereses y posiciones de clases y capas homogéneas no proletarias en los distintos países. Los hechos confirman que la fuerza más segura y consecuente del movimiento de liberación nacional, capaz de llevarla hasta el fin sin vacilaciones, es la clase obrera, la clase más revolucionaria de la sociedad moderna. La experiencia de las colonias y países semicoloniales muestra una vez más el carácter específico de la lucha de la clase obrera, la cual, al emanciparse, consigue también la liberación de toda la sociedad en su conjunto.

Al mismo tiempo, el análisis de la actual correlación de fuerzas en las colonias nos convence de que en ellas existen condiciones para crear un *frente único patriótico nacional de la lucha de liberación contra los imperialistas.* La base de esta unidad es el interés común de las más amplias capas sociales por el progreso económico y cultural y por emanciparse de la esclavitud colonial, de la rapacidad de los monopolios extranjeros y de las humillaciones a que su dignidad nacional se ve sometida.

Significado histórico de la desintegración del sistema colonial.

El imperialismo se opone al progreso humano no ya porque mantiene bajo su férula a las *clases trabajadoras* de los países capitalistas desarrollados, sino también porque desplaza a un segundo plano de la historia a *pueblos enteros,* como son los pueblos de las colonias y semicolonias. El poderoso ascenso de la lucha de liberación nacional significa el despertar de la mitad del género humano a la labor histórica activa y su incorporación a la tarea de resolver los destinos del mundo. De este modo se amplía en grado formidable el volumen del progreso y se acelera su avance.

Las masas populares de Asia y África que se han incorporado al movimiento de liberación nacional son un factor poderoso que contribuye a destruir el imperialismo y a agudizar todas sus contradicciones. Las colonias y países dependientes tienen aún gran valor para los imperialistas. Los monopolios extraen de allí a bajo precio las materias primas que les son necesarias, a la vez que venden con grandes ganancias sus artículos industriales. Los imperialistas

mantienen en las colonias y semicolonias bases militares y puntos de apoyo para asegurar las comunicaciones.

El movimiento de liberación nacional quebranta, y a veces suprime por completo, estas posiciones del imperialismo. Y por si fuera poco, convierte las colonias y países dependientes, que eran reserva del imperialismo, en aliados de las fuerzas progresivas antiimperialistas. Después de la formación del sistema mundial del socialismo, el hundimiento de los imperios coloniales es el segundo golpe demoledor que el imperialismo recibe.

La desintegración del sistema colonial repercute seriamente en sentido favorable sobre el desarrollo de las relaciones internacionales. Muchos jóvenes Estados nacionales de Asia y África mantienen una política independiente y se incorporan a la amplia "zona de paz". Su posición antibelicista es una de las causas de que una nueva guerra haya dejado de ser una fatalidad inevitable. El movimiento de liberación nacional robustece también la causa de la paz porque rompe las formas desiguales, basadas en la violencia, de relación entre los países, ayuda a la aproximación de los pueblos y reduce la posibilidad de nuevos conflictos bélicos.

Al cesar la rapaz explotación de las colonias y al iniciarse el desarrollo de su economía nacional, se hace posible la utilización mucho más fecunda de los recursos mundiales. Esto acerca el tiempo en que se conseguirá superar la escandalosa diferencia actual en el nivel de desarrollo económico de los distintos países y asegurar a todas las gentes de la tierra una vida digna del hombre. Finalmente, el renacimiento y progreso de la milenaria cultura de los pueblos de Oriente, que los colonizadores desdeñaron y destruyeron desde un principio, enriquecerá el acervo del saber humano.

Así, pues, la desintegración del sistema colonial es un éxito formidable que se han apuntado los pueblos que se liberaron del yugo imperialista y que hace suyo toda la humanidad progresiva.

Estados aparecidos sobre las ruinas del colonialismo.

La gran diversidad de condiciones y formas en que las antiguas colonias han conquistado la independencia hace que se encuentren en escalones distintos en cuanto al desarrollo político. Esto se refiere singularmente a los países que se emanciparon del yugo del colonialismo después de la segunda guerra mundial.

Allí donde la dirección del frente antiimperialista estaba en manos de la clase obrera y de sus partidos marxistas, de los comunistas, la revolución no se ha detenido en la etapa democrático-burguesa, sino que se ha transformado en revolución socialista, siguiendo la vía de la democracia popular.

Allí donde a la cabeza del movimiento se encontraba la burguesía, o donde en el seno del frente nacional antiimperialista predominaba la influencia burguesa, la burguesía nacional, una vez llegada al poder, ha orientado la sociedad por la vía del desarrollo capitalista, dilatando con ello el paso a una etapa más elevada de la revolución.

La desintegración del sistema colonial ha dado origen a los siguientes grandes grupos de países:

1. Países que después de sacudirse el yugo del imperialismo han entrado en la vía de la construcción socialista. Este grupo no se ha separado sólo del sistema colonial, sino también del sistema capitalista, entrando a formar parte del campo del socialismo (República Popular China, República Democrático-Popular de Corea y República Democrática de Vietnam).

2. Países que han conquistado la independencia política y que mantienen una política exterior autónoma, que se han emancipado de la dominación imperialista, pero que siguen dentro del sistema económico capitalista (India, Indonesia, Birmania, Irak, República Árabe Unida, Ghana, Guinea, Sudán, Túnez, Marruecos, Libia y Cambodia).

3. Países que inmediatamente después de lograr la independencia la vieron muy recortada aceptando onerosos convenios económicos y participando en bloques agresivos de las potencias imperialistas (Pakistán, Tailandia y Filipinas).

Hay países, en fin, que aún permanecen en la esclavitud (colonias africanas, restos de las posesiones coloniales en Asia e Iberoamérica, y algunas posesiones insulares de Gran Bretaña, Portugal, Estados Unidos y otras potencias imperialistas).

Hemos de tener presente que, a excepción de los países que han entrado con pie firme en la vía de la construcción socialista, los jóvenes Estados que se formaron sobre las ruinas del sistema colonial se encuentran aún en un proceso de formación política. El desarrollo social en estos países se ha acelerado intensamente al adquirir la independencia y se produce en un ambiente de aguda lucha de las distintas fuerzas de clase. La preponderancia de unas u otras de estas fuerzas -reaccionarias o progresistas- determina la política de cada uno de esos países y su posición en el concierto mundial. Ello hace que los límites entre los grupos segundo y tercero de países sean aún poco estables.

La rapidez con que se puede llevar a cabo el paso de un grupo a otro nos lo muestra el ejemplo de Irak. Hasta la revolución de julio de 1958 este país era en el terreno político uno de los más atrasados de todo el Cercano Oriente. Pero el pueblo iraquí se levantó, y en poco tiempo supo sacudirse las cadenas de la dependencia colonial, poner freno a la reacción interior y pasar a una política exterior e interior independiente determinada por sus intereses nacionales. Se comprende que no hay que excluir la

posibilidad de que algunos países de los que han ganado su independencia experimenten retrocesos de orden político, tanto más que se ven sometidos a la presión incesante de los opresores imperialistas.

3. Conquistas de la revolución antiimperialista y antifeudal en los países de Asia incorporados a la vía del socialismo

La revolución antiimperialista y antifeudal se ha cumplido de la forma más acabada en China, Corea del Norte y Vietnam del Norte, donde estuvo encabezada por la clase obrera, dirigida por los partidos marxistas.

La experiencia de estos países muestra que la hegemonía del proletariado permite alcanzar los mayores éxitos en la lucha de liberación nacional y en la supresión de las consecuencias del dominio de los colonizadores. Muy significativo es a este respecto el camino recorrido por la gran China. Este país se encontró con tareas semejantes a las que la historia había planteado a otros pueblos de Asia y África que se sacudieron el yugo del imperialismo. Figuraba entre esas tareas, ante todo, la consolidación de su independencia, extendiéndola de la esfera política a la esfera de la economía y de la cultura. En íntima relación con ello se encontraba la formidable tarea de acelerar el progreso económico, social y cultural, con objeto de superar el secular atraso, poner fin al predominio de las relaciones semifeudales y acabar con el embrutecimiento y el analfabetismo de las grandes masas trabajadoras.

En el curso de su guerra de liberación, el pueblo chino, bajo la dirección de su probado Partido Comunista, enriqueció la historia de los movimientos populares con una revolución de un tipo no conocido hasta entonces, el de *nueva democracia.* Según la define Mao Tse-Tung, la revolución de nueva democracia es "la revolución antiimperialista y antifeudal de las grandes masas del pueblo bajo la dirección del proletariado",[223] con objeto de instituir la dictadura democrática de todas las fuerzas antiimperialistas y antifeudales.

¿Cómo ha cumplido la China popular las gigantescas tareas del renacimiento y la reconstrucción nacional, esas tareas que todos los pueblos de Asia esperaron en vano ver cumplidas por sus viejos gobernantes durante largos años?[224]

Empezaremos por el problema agrario, tan capital y de tan perentoria urgencia en Oriente. La China popular fue la primera entre los grandes Estados de Asia en valerse de su independencia para llevar a cabo amplias reformas democráticas, y ante todo para resolver el problema de la tierra en favor de los campesinos trabajadores. La reforma agraria, llevada a cabo en tres años (1949-1952), acabó con la propiedad feudal. Los campesinos recibieron en propiedad alrededor de 50 millones de Ha de tierras que antes pertenecían a los terratenientes.

Inmediatamente después de terminada la reforma agraria, se desplegó en el campo, en gran escala, el movimiento de intensificación de la ayuda mutua en el trabajo. Su propia experiencia convenció pronto a los campesinos de las ventajas del trabajo colectivo. A mediados de 1956, en menos de cuatro años desde la implantación de la reforma agraria, había terminado en lo fundamental la transformación socialista de la agricultura.

La China popular acabó sin vacilaciones y por completo con la dependencia económica de los monopolios capitalistas extranjeros, nacionalizando sin indemnización todas las empresas industriales, de transporte y comerciales que les pertenecían, al igual que los bancos y compañías de seguros. Simultáneamente fue nacionalizada la propiedad de la burguesía comercial intermediaria, de los altos funcionarios del régimen de Chiang Kai-Shek y de todos los contrarrevolucionarios.

La conversión en propiedad de todo el pueblo de los medios fundamentales de producción y el paso de los puestos de mando de la economía a manos del Estado popular permitió iniciar la industrialización planificada del país y la utilización más racional de todos sus recursos. Con ayuda de la Unión Soviética y de otros países del campo socialista, China restableció en menos de cuatro años su destruida economía, y otros cuatro años después -en 1957- iniciaba la emulación económica con Inglaterra, uno de los países capitalistas de industria más desarrollada.

La consigna lanzada en China: "En los próximos quince años, o antes, alcanzar y sobrepasar a Inglaterra en la producción de hierro, acero y otros tipos importantes de producción industrial" es, a la vez, un espléndido balance de la construcción económica y un índice de las enormes posibilidades potenciales del país, que ha entrado por la vía socialista de desarrollo. La República Popular China ha conseguido mejorar sensiblemente la situación material de los trabajadores de la ciudad y el campo, desplegar en gran escala la revolución cultural y capacitar numerosos especialistas propios para la industria, la agricultura y la ciencia.

Como consecuencia de ello, la China popular se ha convertido, en un breve plazo histórico, en una verdadera gran potencia, en una fuerza antiimperialista y anticolonialista de escala mundial. Su independiente política de paz influye sensiblemente sobre la situación en Asia y en todo el mundo y hace aumentar con rapidez su prestigio

---

[223] Mao Tse-Tung, *Obras escogidas,* t. III, Moscú, 1953, pág. 174.

[224] Acerca de la construcción del socialismo en China y otras democracias populares de Asia, véanse los capítulos XXI y XXII. Aquí nos detendremos brevemente en la experiencia reunida en el cumplimiento de las tareas que se desprenden directamente de la revolución antiimperialista y antifeudal de liberación nacional.

internacional. Los intentos emprendidos por el imperialismo norteamericano para aislar a la República Popular China fracasan vergonzosamente.

Un camino análogo es el que siguen la *República Democrático-Popular de Corea* y la *República Democrática de Vietnam,* países en que, al igual que en China, se formó un frente único democrático-popular dirigido por la clase obrera y sus partidos marxistas. La reforma agraria, la confiscación y nacionalización de los bienes de los monopolios extranjeros y de los traidores a la patria, junto a la amplia democratización de la vida social y política, han robustecido rápidamente la independencia nacional, la economía y la cultura de estos países.

Lo mismo el pueblo coreano que el vietnamita, después de ver afirmado su poder popular, hubieron de resistir una cruenta guerra con los agresores extranjeros y con las fuerzas reaccionarias del interior. A pesar de las grandes dificultades que esto significaba para ellos, los jóvenes Estados resistieron airosamente la prueba y defendieron su independencia. Un papel de inestimable valor desempeñó en este terreno la ayuda fraternal y el apoyo que recibieron de otros Estados del campo socialista.

La República Democrático-Popular de Corea y la República Democrática de Vietnam tienen de común que la parte sur de una y otra se encuentran aún bajo la planta de reaccionarios gobiernos burgueses-terratenientes y de sus protectores imperialistas. La lucha de liberación nacional no se podrá considerar terminada hasta tanto no sea restablecida la unidad nacional de sus pueblos. La República Democrático-Popular de Corea y la República Democrática de Vietnam cumplen un papel históricamente progresivo como abanderados de esta unidad.

Los Estados de democracia popular -República Popular China, República Democrático-Popular de Corea y República Democrática de Vietnam-, situados en la vía del socialismo, superan rápidamente las consecuencias del colonialismo y son un ejemplo vivo para los demás pueblos que se sacudieron el yugo de la esclavitud imperialista, mostrando todas las ventajas y la gran superioridad de la ruta que han elegido.

4. Los jóvenes estados de oriente en la lucha por la consolidación de su independencia

La marcha de los acontecimientos en nuestros días ha venido a confirmar por entero la tesis marxista-leninista de que el movimiento de liberación nacional de los pueblos oprimidos es por su esencia antiimperialista y robustece las fuerzas de la paz, de la democracia y del progreso. Esto no se refiere sólo a los países que después de conquistar la independencia iniciaron la construcción del socialismo, sino también a aquellos que, una vez independientes, permanecieron en el terreno de las relaciones capitalistas.

Por la vía del progreso.

Si bien el volumen de las transformaciones sociales operadas en muchos Estados jóvenes de Oriente y la profundidad de los cambios que ha conocido la vida del pueblo no pueden compararse con lo ocurrido en los países socialistas de Asia, su avance por la vía del progreso es innegable. Refiriéndose a esta nueva situación, el XX Congreso del P.C. de la Unión Soviética manifestaba que "ha llegado el nuevo período de la historia universal, previsto por el gran Lenin, en que los pueblos de oriente toman parte activa en la solución de los problemas de todo el mundo y se convierten en un nuevo y poderoso factor de las relaciones internacionales".[225]

La aparición en la palestra internacional de estos jóvenes Estados nacionales ha cambiado profundamente la correlación de fuerzas en favor de la paz. Estos Estados se manifiestan cada vez más contra las tendencias de agresión de las potencias imperialistas, denuncian el colonialismo y aspiran al mantenimiento de la paz en el mundo. La paz duradera es una necesidad objetiva para los países que han conquistado la independencia y han de superar, con la mayor rapidez posible, el atraso económico que el colonialismo les dejó en herencia. Nada podrían ganar en la guerra y su independencia se vería amenazada. De ahí que la mayoría de los Estados jóvenes mantengan una política de paz y colaboración internacional. Los esfuerzos realizados en esta dirección por la India, por ejemplo, le han granjeado la estimación de todos los pueblos que aman la paz. No es casual tampoco que Asia fuera la cuna de los famosos "cinco principios" de la coexistencia pacífica aprobados en la Conferencia de Bandung (abril de 1955).

Se han producido también cambios sustanciales en la situación interna de la India, Indonesia, Birmania, Ceilán, República Árabe Unida, Irak y otros países. Una vez conquistada la libertad política, hacen esfuerzos considerables para desarrollar su economía nacional y debilitar la dependencia en que se encuentran respecto de las potencias imperialistas. Con este objeto, en Egipto se llevó a cabo la nacionalización del Canal de Suez y se tomaron medidas para limitar la influencia extranjera en la banca. Indonesia se ha negado a pagar las "deudas" a la antigua metrópoli y ha tomado en sus manos la gran propiedad de los holandeses en el país. Casi en todos los Estados jóvenes de Oriente ha crecido el papel del sector estatal en la economía, sobre todo en lo que se refiere a la industria pesada.

Durante estos últimos años ha aumentado

---

[225] *XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética,* 14-25 *de febrero de* 1956. Actas taquigráficas, t. II, Gospolitizdat, Moscú, 1956, pág. 411.

sensiblemente en esos países la producción industrial, se fabrican artículos que antes llegaban sólo del extranjero y la clase obrera se ha hecho más numerosa.

Se han dado los primeros pasos, si bien tímidos, para la reforma de las relaciones agrarias, aunque en general marcha lentamente la superación de las consecuencias del feudalismo en el campo. En la India no se ha suprimido en lo fundamental más que el sistema feudal de intermediarios -djahirdar y semindar- implantado por los ingleses. En la parte egipcia de la República Árabe Unida se confisca a los terratenientes las tierras que sobrepasan de la cuota individual de 200 feddan (1 feddan 0,42 Ha).

Quien más ha ganado con todas las reformas implantadas hasta la fecha, se comprende, es la burguesía nacional, que ha visto consolidada su situación y ampliada la esfera de su actividad. Con esto ha venido a confirmarse por completo la observación de Lenin de que "desde el punto de vista de las relaciones nacionales, las condiciones mejores para el desarrollo del capitalismo las ofrece, sin duda, el Estado nacional".[226] Al mismo tiempo, sin embargo, la independencia nacional ha aportado un buen número de factores nuevos y favorables a la vida de grandes capas de la población de los jóvenes Estados de Oriente. El simple hecho de que los trabajadores de la ciudad y el campo no sufran ya el *doble* yugo que antes pesaba sobre ellos, cambia las condiciones de su vida y de la lucha por sus derechos económicos y políticos. Dentro de un Estado independiente, la situación es bastante más favorable para esta lucha que la que existía en los años en que los monopolios extranjeros hacían y deshacían a su antojo.

El ritmo del avance de los jóvenes Estados de Oriente por la ruta del progreso, lo mismo el volumen de sus transformaciones sociales, depende ahora, más que nunca, del incremento de la conciencia, la organización y la madurez política de la clase obrera, de la medida en que ésta sepa estrechar sus vínculos con las masas campesinas y conducirlas a la conquista de más amplias realizaciones.

El despertar de los pueblos del Oriente Árabe.

Los pueblos del Cercano Oriente y del Norte de África ocupan estos últimos años el primer plano de la lucha de liberación nacional por la gran ofensiva que han desplegado contra las posiciones del colonialismo. A partir de 1953 en esta zona han aparecido siete Estados nuevos: Siria, Líbano, Jordania, Libia, Sudán, Túnez y Marruecos. También en los viejos países árabes han tenido lugar grandes cambios. Egipto proclamó la república y se emancipó plenamente de la ocupación británica. Este país y Siria han formado la República Árabe Unida. La revolución del 14 de julio de 1958 hizo triunfar el régimen republicano en Irak, país que durante largo tiempo había sido el soporte de la dominación británica en el mundo árabe. No se debilita el movimiento de liberación nacional en Argelia.

La lucha de los árabes contra el imperialismo y por la independencia nacional tiene un valor internacional extraordinario. Sus resultados no son sólo importantes para los propios árabes, sino también para la suerte del imperialismo en su conjunto y de su política colonial. Esto es así porque el Cercano Oriente se ha convertido en una zona de trascendental valor para la estrategia económica, política y militar de los principales Estados imperialistas, y singularmente de Gran Bretaña y Estados Unidos. Es una zona en la cual abundan las bases militares inglesas y norteamericanas. Los monopolios extranjeros extraen allí cantidades enormes de petróleo a bajo precio, cuyo monto equivale casi a la cuarta parte de la producción mundial.

No es, pues, difícil de comprender el golpe que para los imperialistas representó el incremento de la lucha de liberación nacional de los árabes, cuando éstos se proponían recobrar la independencia y convertirse en dueños de las riquezas naturales de su suelo.

El golpe les venía tanto más de sorpresa si consideramos que por la gestión de los colonizadores extranjeros y de los señores feudales que les apoyaban, los pueblos árabes se habían quedado muy atrás en el sentido cultural y económico y que la tierra habitada por ellos era uno de los rincones más míseros del mundo. Los imperialistas se figuraban que la elemental lucha por la existencia absorbía todas las energías de los árabes y que la ignorancia y el atraso les impediría elevarse hasta la guerra anticolonialista organizada.

Estas ilusiones se vinieron abajo primeramente en Egipto, donde la acción del ejército, dirigido por oficiales de ideas nacionalistas, puso fin al régimen del rey Faruk y de su camarilla probritánica. La República de Egipto nacionalizó el Canal de Suez, quitando así la aureola de "santidad" con que los monopolios imperialistas trataban de rodear sus propiedades en el Cercano Oriente. El intento de los imperialistas anglo-franceses, de restablecer por la fuerza de las armas el *statu quo* y de recobrar el Canal de Suez, terminó con la derrota de los agresores, y esto hizo crecer aún más la seguridad de los árabes en el triunfo de su justa causa.

Dos circunstancias han influido singularmente sobre los éxitos de la revolución nacional-colonial en el Oriente Árabe.

Primeramente, las potencias occidentales demostraron, sin dejar lugar a dudas, que eran enemigas juradas de la independencia de los árabes. Inglaterra y Francia perdieron los últimos residuos de

[226] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XX, pág. 372.

confianza que en este sentido pudieran tener hacia ellas con su agresión armada a Egipto en otoño de 1956. Los Estados Unidos, que habían conseguido durante más tiempo cubrirse con la máscara del "anticolonialismo", hubieron también de arrojarla. Al proclamar en 1957 la "doctrina Eisenhower", es decir, el propósito de emplear, si así lo consideraban oportuno, la fuerza armada en el Cercano Oriente, y con su ilegítimo desembarco de tropas en el Líbano, en 1958, Washington ha demostrado a los pueblos árabes que su política viene determinada por los intereses de los monopolios norteamericanos del petróleo. Esto ha tenido consecuencias de largo alcance y así nos lo prueban, por ejemplo, la revolución antiimperialista de Irak y la quiebra del Pacto de Bagdad, amañado por los imperialistas y que ha perdido al último de los países árabes que de él formaban parte.

En segundo lugar, la amistosa política y la ayuda económica a los pueblos árabes de parte de la Unión Soviética y demás países del campo socialista. Este desinteresado apoyo ha sacado a los países árabes del aislamiento económico, político y moral en que los mantenían los imperialistas y ha decuplicado sus fuerzas. En los días de prueba, como con ocasión del conflicto de Suez, los árabes han tenido ocasión de ver quiénes son sus amigos y quiénes son sus enemigos.

Una de las características del movimiento de liberación en el Cercano Oriente es que se desarrolla bajo las consignas de la unidad árabe. Esta idea nació en el curso de la lucha contra los colonizadores, por la independencia nacional, y ha aproximado a los pueblos árabes.

La unidad de los Estados árabes, como expresión de solidaridad antiimperialista y como forma de colaboración fraternal y de ayuda mutua, repercute muy favorablemente en esta lucha por su independencia. La idea de la unidad es comprendida particularmente por las masas trabajadoras, las cuales sufren por igual las consecuencias de la explotación capitalista y del atraso cultural y económico. Mientras la consigna de unidad conserve su carácter antiimperialista y no se proponga elevar unos Estados árabes sobre otros, encontrará el apoyo de todas las fuerzas progresistas y democráticas.

Ahora bien, también las corrientes reaccionarias que existen en el seno del mundo árabe tratan de servirse de esta popular idea. Los grupos nacionalistas extremos la interpretan como la consigna de unificación inmediata de todos los pueblos árabes alrededor de su Estado más fuerte y de subordinarlos a un gobierno común.

Es de una claridad meridiana, sin embargo, que la unificación política es un problema muy complejo y delicado, en el que no se puede proceder con prisas y que únicamente llegará a ser resuelto con éxito cuando se den las necesarias premisas objetivas. No puede ser duradera ni conveniente una unificación en la que no sea respetado el derecho de las naciones a la autodeterminación y en la que uno u otro pueblo pierda cualquiera de las realizaciones sociales y libertades políticas que conquistaron anteriormente.

Perspectivas de desarrollo de los Estados nacionales de Oriente.

Al día siguiente de haber conquistado su independencia nacional, ante los jóvenes Estados de Oriente se levantó el problema de las vías y perspectivas de su desarrollo. Lo más importante para ellos era superar el terrible atraso de la economía nacional, consecuencia de la dominación de los colonialistas, y el gradual avance hacia la independencia económica, sin la cual resulta difícil mantener la independencia política.

Decíamos anteriormente que la India, Indonesia, Birmania, algunos Estados nuevos de África y otros países han iniciado el cumplimiento de estas tareas dentro del terreno de las relaciones capitalistas. Esto no significa, sin embargo, que se limiten a repetir el camino de desarrollo capitalista por el que marcharon, por ejemplo, los viejos Estados de Europa.

Esto es imposible porque en nuestra época no se dan las condiciones exteriores e interiores precisas. Sabemos que en los países de Occidente la industrialización capitalista fue llevada a cabo, en buena parte, con recursos que proporcionaba la explotación de las colonias y de otros Estados débiles. Esta posibilidad no la tiene el capital nacional de los jóvenes Estados de Oriente; no se halla en condiciones de "asimilar" mercados ajenos y fuentes de materias primas; antes al contrario, hasta hoy día se ve obligado a mantener una difícil lucha por su existencia contra los viejos expoliadores imperialistas.

Tampoco es real la perspectiva de emprender la reconstrucción nacional a expensas de una intensa explotación de la clase obrera y de la ruina de los campesinos, como ocurrió en los países del capitalismo "clásico". Los dirigentes de la burguesía nacional advierten que las masas populares no tolerarían ahora en absoluto la vía capitalista "clásica", con las privaciones de la acumulación originaria y con las grandes calamidades que ello representaría para las capas trabajadoras del pueblo. Influyen también factores como el descrédito del capitalismo entre los pueblos y la influencia creciente del ejemplo y la experiencia de los países del campo socialista.

A ello obedece la circunstancia de que la construcción económica iniciada en los Estados nacionales de Oriente después de haber conquistado la independencia, aunque no rebasa el marco del capitalismo, presente una serie de características propias. Ante todo, observamos el activo papel del

Estado en la vida económica, con objeto de crear y ampliar el sector estatal en la economía. En la India, por ejemplo, las ramas principales de la industria pesada son objeto de atención preferente por parte de las empresas estatales. También en Egipto se está creando un importante sector estatal en la industria, en los transportes, en la producción de energía eléctrica y en la construcción de obras de riego. Tendencias análogas se observan en Indonesia y algunos otros países.

Entre las medidas del tipo de capitalismo de Estado hay que incluir los intentos de planificación emprendidos en muchos Estados de Oriente. La India, Egipto e Indonesia han aprobado y llevan adelante, por ejemplo, planes cuatrienales y quinquenales de desarrollo económico, que significan la inversión por el Estado de importantes capitales en la economía nacional. Estos esfuerzos por planificar la economía tropiezan en dichos países con la acción de las leyes espontáneas del capitalismo; además, bajo el control del Estado se encuentra sólo una parte muy reducida de la economía. Y con todo y con eso, los planes de desarrollo económico ayudan a utilizar de manera más conveniente los recursos nacionales con objeto de superar lo antes posible el atraso colonial en que se encontraban.

Las formas de capitalismo de Estado que aparecen en la vida económica de estos países no han de ser confundidas con lo que actualmente se observa en los Estados capitalistas de Occidente. En éstos predomina el capitalismo *monopolista de Estado,* que significa la dominación reaccionaria de los monopolios sobre un aparato del Estado sometido por completo a ellos. En los países de Oriente, el capitalismo de Estado no es, en su forma actual, instrumento de los monopolios imperialistas; al contrario, debe su origen al movimiento antiimperialista y objetivamente va dirigido contra la expansión de estos monopolios.

Hay que agregar que en estos países el capitalismo de Estado surge con un bajo nivel de desarrollo económico y con el fin de terminar cuanto antes con el atraso en este terreno, de facilitar el paso de la pequeña producción semiartesana a la gran producción moderna.

Todo esto da pie para afirmar que en los países de Oriente el capitalismo de Estado cumple una función de progreso. La misma extensión de estas formas es a la vez un índice muy sintomático de la quiebra del capitalismo. Hasta los círculos dirigentes de la burguesía nacional se ven obligados a admitir que la empresa privada no es capaz, en las condiciones actuales, de asegurar el desarrollo independiente de los Estados jóvenes. Así nos lo dice el hecho de que la construcción de una "sociedad de tipo socialista" sea oficialmente el objeto que se persigue en la India, Birmania y algún otro país. Si bien este "tipo" está muy lejos de las nociones científicas, marxistas, del socialismo, es una prueba irrefutable de la creciente popularidad de que gozan las ideas socialistas y de cómo ha caído el prestigio del capitalismo en Oriente.

No hay que exagerar, se comprende, el valor progresivo de las formas capitalistas de Estado y suponer que automáticamente, y cualesquiera que sean las condiciones, contribuirán a robustecer las fuerzas antiimperialistas. Las distintas clases que en los jóvenes Estados de Oriente apoyan estas formas nuevas como un arma contra los imperialistas, persiguen a la vez fines propios de clase. La burguesía trata de eliminar la dominación de los monopolios extranjeros que le privaría de la parte del león en las ganancias. Pero de lo que más se preocupa es de sus beneficios. Un sector de la burguesía está dispuesto a llegar a un compromiso con el capital extranjero, a participar en "compañías mixtas" siempre y cuando hubiera una distribución "equitativa" de las ganancias. La clase obrera lucha por mejorar su situación, por construir una industria nacional fuerte como base para los avances del país por la vía socialista. Los campesinos están interesados en recibir tierra y en poder adquirir a precios asequibles artículos industriales y maquinaria.

Hay que tener presente que en los países subdesarrollados el capitalismo de Estado determina el incremento no sólo de la clase obrera, sino también de la burguesía nacional. Los nuevos avances del capitalismo, con la concentración de la producción que le es propia, pueden conducir a que el sector estatal se convierta también en esos países en la base económica de un régimen reaccionario; así ocurriría si el poder fuese a parar a manos de las grandes compañías nacionales, que en el fondo presentan un carácter monopolista. Entonces el capitalismo de Estado se puede convertir en capitalismo monopolista de Estado y ser puesto al servicio de los medios más reaccionarios de la burguesía, que no vacilarían en utilizar los resortes del poder en contra de los intereses del pueblo.

Ahora bien, la marcha por ese camino de países que se han emancipado de la dominación imperialista traería consigo, sin duda, una profunda crisis del capitalismo y aumentaría formidablemente las simpatías de las masas por el socialismo.

En las condiciones actuales, es extraordinaria la responsabilidad de las fuerzas progresistas y democráticas en cuanto a la dirección que los países de Oriente sigan en su desarrollo. Dichas fuerzas pueden paralizar la influencia de los elementos imperialistas y reaccionarios y hacer frente a la inconsecuencia y las contradicciones de la política que sigue la burguesía nacional.

Los partidos marxistas de estos países ven su tarea primordial e inmediata en la lucha por consolidar la independencia nacional recién conquistada y por el

avance incesante por el camino de la paz y de la democracia en todos los lugares donde este camino permanece abierto. Eso significa, ante todo, el mantenimiento de una consecuente política exterior de paz, la garantía de los derechos democráticos para todos los ciudadanos y la aplicación en todos los órdenes de la vida social de reformas amplias y constructivas que mejoren las condiciones de trabajo y la vida de las grandes masas del pueblo.

Se observan muchos ejemplos de inconsecuencia y de contradicciones en la política de la burguesía de los jóvenes Estados de Oriente. Así, la aspiración a crear una economía nacional no es obstáculo a menudo para el mantenimiento de actitudes liberales hacia el capital extranjero, que sigue extrayendo grandes beneficios en los países liberados.

Los avances son también lentos en la esfera social y política. En la mayoría de los jóvenes Estados han sido abolidos los privilegios feudales y de casta, ha mejorado la situación jurídica de la mujer y se han llevado a cabo algunas reformas democrático-burguesas. Pero, al mismo tiempo, se mantienen en pie sensibles limitaciones de la democracia y los Partidos Comunistas sufren persecuciones o se ven prohibidos en absoluto. La actividad política de las masas trabajadoras se ve a veces duramente reprimida.

La inconsecuencia de la burguesía nacional no se revela, sin embargo, tan claramente en ningún otro punto como en el problema agrario. Es donde mayores concesiones hace a los elementos feudales y terratenientes, sacrificando los intereses de millones de campesinos que soportaron sobre sus espaldas el peso principal de la opresión colonialista.

Ni el ritmo a que se llevan ni las condiciones de las reformas agrarias aseguran la rápida entrega de la tierra a los campesinos ni la elevación de la productividad en la agricultura. El canon de rescate que los campesinos han de satisfacer es tal, que de ordinario sólo está al alcance de los labradores acomodados.

Los terratenientes reciben una indemnización enorme por las expropiaciones de que son objeto, mientras que masas considerables de campesinos siguen sufriendo por la falta o escasez de tierra, por la miseria, los elevados impuestos y la rapacidad de los usureros. Las supervivencias feudales en la agricultura continúan siendo el principal obstáculo que se opone a la creación de una economía nacional desarrollada. Y la burguesía nacional que se halla en el poder, aun interesada como está en acabar con las relaciones feudales, teme tocar las propiedades de los terratenientes. De ordinario prefiere dejar en manos de éstos las grandes haciendas, y lo único que hace es favorecer el paso a la vía de la explotación capitalista del campo. Está claro que se trata de una vía de desarrollo económico lento y doloroso para el pueblo, realizado principalmente a expensas de los intereses de las grandes masas campesinas.

No hemos de olvidar estos factores cuando se trata de enjuiciar las perspectivas de los jóvenes Estados de Oriente.

Los pueblos orientales han dado un salto histórico al emanciparse de la dependencia colonial o semicolonial. El capital extranjero conserva, sin embargo, muchas de sus posiciones económicas, desde las cuales sigue influyendo sobre la vida interna y sobre la política exterior de bastantes países de Oriente, en los que presta apoyo a las fuerzas y tendencias reaccionarias. El carácter nocivo de esta influencia puede advertirse fácilmente en países como Pakistán, Tailandia y Filipinas, que al día siguiente de su liberación se vieron arrastrados a bloques agresivos creados por los imperialistas, y que continúan marchando a remolque de su política colonial.

5. Los países iberoamericanos en la lucha por una auténtica independencia

La experiencia de los países iberoamericanos es una clara confirmación de que la independencia política que no se apoya en una economía nacional desarrollada no es bastante para que los pueblos se emancipen del yugo imperialista. Hace ya tiempo que la veintena de Estados que integran esta parte del mundo se consideran independientes, pero la mayoría de ellos siguen aún bajo la planta de los imperialistas. Muchos han de resolver todavía los mismos problemas que la historia ha planteado a los países dependientes de Asia y África.

La prolongada dominación del capital extranjero -principalmente del norteamericano- ha frenado su desarrollo económico, cultural y político. Ni siquiera los más importantes de ellos puede decirse que posean una industria pesada moderna, y su papel se reduce al de apéndice encargado de proporcionar materias primas a los Estados Unidos. La economía de casi todos los países iberoamericanos es una economía de monocultivo y proporciona a los monopolios norteamericanos determinado tipo de materias primas minerales o agrícolas (petróleo, minerales, lana, café, carne, frutas, etc.). Esto hace que su economía nacional dependa en alto grado de la exportación y la importación, de los precios que rigen en el mercado mundial sobre las materias primas y los artículos industriales. El capital extranjero se vale de ello para imponerles las más desfavorables condiciones de cambio. De ordinario, los Estados Unidos adquieren las materias primas a bajo precio y venden sus artículos industriales a los elevados precios que dictan los monopolios.

Por efecto de esta situación, Iberoamérica es como un imán para los capitales norteamericanos que buscan inversiones favorables. Sólo entre 1929 y 1957 estas inversiones han crecido 2,5 veces, de 3.500 a 8.400 millones de dólares, lo cual representa

un tercio de todas las inversiones extranjeras de Estados Unidos.

Las condiciones históricas en que muchos países iberoamericanos adquirieron la independencia, unidas a la dominación del capital monopolista extranjero, son causa de su estancamiento y atraso no ya en el terreno económico, sino también en lo social y político. En la mayoría de los casos, el poder fue a parar a manos de representantes de la oligarquía de terratenientes reaccionarios. Los propietarios de rebaños inmensos y de enormes plantaciones no aspiraban más que a enriquecerse y a conservar los privilegios de su clase, aunque ello redundase en perjuicio de los intereses nacionales. Siempre se hallaban dispuestos a entenderse con el capital norteamericano, en el que veían al comprador al por mayor de sus mercancías. Una mano de obra extraordinariamente barata y unas relaciones feudales y semifeudales en la agricultura, con formas de trabajo semiesclavistas (peonaje) proporcionaban beneficios gigantescos a la oligarquía agraria, a pesar de los bajos precios que sobre la producción agrícola establecían los monopolios de Estados Unidos.

La burguesía nacional de los países iberoamericanos fue durante largo tiempo débil y no podía soñar siquiera con hacer la competencia al capital extranjero. Simultáneamente, la gran burguesía comercial trataba de conservar un orden de cosas dentro del cual podía revender las mercancías importadas de Estados Unidos.

Esta es la causa de que muchos países iberoamericanos se convirtiesen en viveros de la más negra reacción conservadora. En muchos de ellos dominaban dictadores militares vinculados a la oligarquía terrateniente y a los monopolios norteamericanos. Con la ayuda de Estados Unidos aplastaban ferozmente las menores acciones de las masas trabajadoras por mejorar sus condiciones de vida.

En la inmensa mayoría de los países iberoamericanos no se han realizado hasta hoy día las más elementales reformas agrarias, y millones de campesinos carecen de tierra. A pesar de sus regímenes republicanos y de las añejas tradiciones de amor a la libertad de sus pueblos, hasta hace poco no tenían vigencia las libertades democrático-burguesas; los partidos progresistas, de izquierda, habían de actuar en la clandestinidad; muchos intelectuales, aun los de orientación liberal burguesa, habían de emigrar a otros países.

Después de largos años de independencia en el papel, los pueblos iberoamericanos se ven abocados a una *nueva etapa* de la lucha de liberación nacional, que ha de darles la independencia real, y no imaginaria. Por el carácter de las tareas que figuran ante dichos pueblos, se trata del desarrollo de una *revolución democrática* y *antiimperialista.*

Los acontecimientos de los últimos años demuestran que esta nueva etapa de la lucha de liberación nacional ha comenzado ya y se desarrolla con éxito, a pesar de los contraataques de la reacción y de la descarada injerencia de los Estados Unidos. A esto contribuye, ante todo, el incremento numérico de la clase obrera, su mayor organización y la mayor madurez de sus partidos marxistas, que han roto con los errores sectarios de otros tiempos.

Entre 1940 y 1955 el número de obreros se había elevado casi al doble, aumentando de 6.400.000 a 11.600.000. En muchos países iberoamericanos, la clase obrera lucha ya ahora no sólo por sus intereses económicos inmediatos, sino también por problemas de carácter nacional, por reivindicaciones democráticas que afectan a otras capas de la población. Un ejemplo de ello puede ser el de Argentina, donde el Partido Comunista presentó en las elecciones presidenciales de 1958 un programa que tuvo la aprobación de otros partidos democráticos y que contenía los siguientes puntos: respeto a las libertades democráticas y sindicales, subida de salarios, respeto a las conquistas obreras, cese de los desahucios entre los campesinos arrendatarios y defensa de las riquezas nacionales y de la industria nacional frente al imperialismo. A la vanguardia del amplio movimiento en defensa de las riquezas nacionales y contra las depredaciones a que se ven sometidas por los monopolios norteamericanos marchan los obreros de Chile, Venezuela, Cuba, Brasil, Uruguay y otros países.

Avanza rápidamente el despertar político de millones de campesinos, que piden tierra y quieren poner fin a las relaciones feudales imperantes en el campo. Los campesinos se agrupan en grandes sindicatos y federaciones, y a veces se levantan a la lucha armada por el reparto de tierra y contra la preponderancia de los latifundistas. Pero en Iberoamérica no existe aún una alianza sólida entre ellos y la clase obrera, y ésta es una de las grandes debilidades del movimiento de liberación nacional. Será preciso superarla para que la lucha antiimperialista alcance nuevos éxitos.

Las arbitrariedades de los monopolios extranjeros empujan a parte de la burguesía iberoamericana a ocupar una posición antiimperialista, si bien en su conjunto no ha vencido su dependencia del capital extranjero y mantiene estrechas relaciones con los grandes terratenientes. Conforme las cosas avanzan, más fuerte es el choque de los intereses económicos fundamentales de la burguesía nacional con la política del capital monopolista de Estados Unidos. La orientación agresiva de los militaristas norteamericanos incrementa también las tendencias antimilitaristas de la burguesía nacional, que no quiere la guerra.

Por lo tanto, en Iberoamérica van apareciendo condiciones objetivas, que antes no se daban, para la unidad democrática nacional en la lucha contra el

imperialismo. Esto ha tenido ya repercusiones directas en la vida política de bastantes países iberoamericanos. Durante los dos o tres últimos años, en algunos de ellos han sido derribados los gobiernos dictatoriales, que se mantenían con la ayuda de los monopolios de Estados Unidos, y al poder han llegado representantes de la burguesía liberal que proclaman sus propósitos de luchar contra el imperialismo extranjero y de atender los intereses del pueblo. Ciertos países sudamericanos -Chile, Perú, Bolivia, Colombia- han conocido una democratización de sus regímenes. Una gran victoria obtuvo en 1958 el pueblo de Venezuela, donde la revolución nacional barrió en un día el régimen dictatorial de Pérez Jiménez, que durante diez años venía disfrutando del apoyo de Estados Unidos. El comienzo de 1959 trajo el triunfo de la revolución popular en Cuba, donde ha sido derribada la dictadura de Batista, que durante largos años había tenido la ayuda incondicional de los gobernantes norteamericanos.

Pruebas de la debilitación de las posiciones que ocupan los monopolios de Estados Unidos son también la nacionalización de sectores importantes de la industria en México, Uruguay y Argentina, las crecientes reivindicaciones de que sea nacionalizado el Canal de Panamá y el aislamiento, ya iniciado, de los elementos antipatrióticos.

Este proceso, se comprende, es bastante lento, presenta contradicciones, zigzags y retrocesos. Los círculos reaccionarios tratan, con el apoyo de Estados Unidos, de presentar la batalla al movimiento de liberación nacional. Los monopolios norteamericanos no se detienen ni ante la intervención más descarada, como ocurrió en Guatemala. Pero en última instancia, tales acciones no hacen sino enfrentar todavía más a los pueblos iberoamericanos contra los imperialistas.

Los progresos de la lucha de liberación nacional de los países iberoamericanos dependerán principalmente del incremento del movimiento popular y de la conciencia política y organización de las masas trabajadoras, de la creación de un amplio frente nacional antiimperialista de todas las fuerzas democráticas, en el que los Partidos Comunistas están llamados a desempeñar un señalado papel.

6. La lucha por la liberación de los pueblos de África

Si descontamos las posesiones insulares de Gran Bretaña, Estados Unidos, Francia, Portugal y alguna otra potencia imperialista, África es en nuestros días el último gran baluarte del colonialismo. Precisamente por ello es campo donde se enfrentan violentamente dos tendencias opuestas: la incontenible aspiración de los pueblos africanos a lograr la independencia y los esfuerzos de los imperialistas por mantenerse a cualquier precio en África, para dilatar el derrumbamiento definitivo del sistema colonial.

A pesar de estos esfuerzos, la lucha de liberación nacional ha dado también sus frutos en esta parte del mundo. Después de ciento cincuenta años, durante los cuales África fue coto cerrado del capital europeo, han aparecido nueve Estados independientes. Casi todo el Norte del continente africano (a excepción de Argelia y de las pequeñas posesiones españolas) se ha sacudido el fardo del colonialismo. Han alcanzado su independencia Sudán, Ghana y la República de Guinea. A mediados de 1959 se había desprendido de la esfera de la dominación colonial casi una cuarta parte del territorio y el 30 por ciento de la población africana.

No obstante, cerca de 140 millones de africanos se encuentran aún en la situación de esclavos coloniales. Hoy día el "continente negro" sigue siendo el mayor foco de explotación colonial directa de todo el mundo.

Una característica del movimiento de liberación nacional en África es el escaso peso y la insuficiente organización del proletariado, unidos a la debilidad de la burguesía nacional. La razón de esto es el enorme atraso económico de la mayoría de los países africanos y la dura discriminación racial a que se hallan sometidos. Los colonizadores se aprovechan hábilmente del bajo nivel cultural y político de la población, que en muchas regiones no ha salido del feudalismo e incluso del régimen gentilicio. La dominación extranjera se ve robustecida en África por la denominada "barrera de color", es decir, por todo un sistema de limitaciones raciales en perjuicio de los africanos y que aseguran numerosos privilegios a la población blanca. La discriminación racial es un instrumento que mantiene separados a los africanos y facilita a los imperialistas la explotación de las masas.

No obstante, durante los últimos decenios también ha variado allí la correlación de fuerzas en sentido favorable para la lucha por la libertad y la independencia. Masas cada vez mayores de africanos se trasladan a la ciudad, atraídos por la creciente expansión industrial (sobre todo, en lo que se refiere a la industria minera y a la transformación de materias primas agrícolas). Los obreros de las empresas, minas y transportes son los primeros en pasar por la escuela de la conciencia de clase y nacional. Después de la guerra han aparecido sindicatos y organizaciones de jóvenes, de mujeres, etc. Entre los intelectuales indígenas madura con especial rapidez el espíritu de protesta contra la discriminación y la opresión racial. Millones de campesinos, expulsados de las tierras que ellos habían puesto en cultivo y empujados a zonas desfavorables para la agricultura, no quieren conformarse tampoco con la situación actual.

Los abusos, el terror y las limitaciones de todo

género impuestas en la mayoría de las colonias, han hecho nacer entre los pueblos de África un odio profundo hacia los imperialistas. Las agudas formas que puede adoptar la resistencia de los pueblos africanos a los colonizadores nos la muestra el ejemplo de Kenya, donde las tropas británicas han tenido que mantener durante muchos meses grandes operaciones militares contra las tribus insurreccionadas, con pérdidas cuantiosas por ambas partes. A pesar del duro terror policiaco, las colonias africanas, ya una, ya otra, se ven sacudidas por grandes conmociones, como nos lo prueban los sangrientos acontecimientos de Nyassalandia y del Congo Belga en 1959. El primer congreso político de partidos africanos del Congo Belga exigió la creación en este país, en 1961, de un gobierno africano. (Este gobierno establecióse en julio de 1960. *N. del E.)* Otros congresos africanos han reclamado la independencia de Nyassalandia y de Rodesia del Norte y la disolución de la Federación del África Central, que había sido impuesta a aquellos pueblos.

Las potencias coloniales recurren a la maniobra, atemorizadas como se encuentran por el auge del movimiento de liberación nacional. Antes apoyaban por todos los medios a los jefecillos de *gens* y tribus, entre los que encontraban su principal soporte; ahora tratan de "domesticar" a la burguesía indígena, principalmente a la comercial. Los imperialistas quieren ganársela y convertirla en un factor de lucha contra las masas. A este fin se adoptan ciertas medidas para estimular a la burguesía indígena y se le hacen pequeñas concesiones de orden financiero y político. Los imperialistas procuran ahora velar su dominación en las colonias haciendo proclamar Constituciones y concediendo una aparente autonomía.

Todo esto, sin embargo, no cambia esencialmente la situación de los africanos. Las ventajas de la autonomía recaen principalmente sobre la minoría blanca y un sector reducidísimo de la burguesía indígena que ha encontrado un lenguaje común con los colonizadores. Y para colmo, en las regiones africanas con una población blanca más o menos importante (Unión Sudafricana, posesiones belgas y portuguesas) la administración colonial no ha variado lo más mínimo, si no es para adoptar formas terroristas aún más acentuadas.

Los imperialistas no tienen gran confianza en la solidez de las posiciones que ocupan; así nos lo dice la aparición de toda clase de proyectos que se refieren a la explotación de las colonias africanas. Tal es, por ejemplo, el proyecto de "Euráfrica", que es un plan de creación de un supertrust de las potencias europeas para entrar a saco en las riquezas naturales del continente africano y mantener sumisos a los pueblos que lo habitan. Pero una cosa es proclamar planes semejantes y otra muy distinta llevarlos a la práctica. Los Estados Unidos, que abrigan el propósito de sustituir en el continente africano a las potencias europeas desplazadas, tienen también sus planes propios; las contradicciones desgarran asimismo el campo de los viejos explotadores del África.

Las condiciones presentes son propicias para la lucha de los pueblos africanos por su independencia. Cuentan con la simpatía de las fuerzas democráticas del mundo. Tienen también el importante apoyo de los jóvenes Estados africanos que ya se sacudieron el yugo colonial. La primera Conferencia de esos Estados, celebrada en abril de 1958 en Acera, declaró solemnemente que la independencia de los mismos era prenda de la completa liberación del continente. "Nosotros proclamamos nuestra unidad y solidaridad con los pueblos dependientes de África y también nuestra amistad con todos los países", decía la Declaración aprobada en la Conferencia.

Dentro de las propias colonias africanas existen grandes posibilidades para la creación de un amplio frente antiimperialista. La discriminación racial, contrariamente a lo que esperaban de ella sus defensores, contribuye a unir a las distintas capas sociales de las naciones oprimidas, estimula el sentimiento nacional y empuja a la lucha contra los opresores. La joven clase obrera africana puede encontrar fácilmente aliados y amigos entre los campesinos, entre la burguesía nacional en formación y entre los intelectuales, capas con las que tiene muchísimos más elementos de afinidad que con los imperialistas europeos. En algunas regiones de África existen ya amplias organizaciones de este género, como son los congresos de la población africana, que dirigen con éxito las campañas de desobediencia civil y de boicot a las autoridades coloniales. La política de opresión, si continúa, conducirá indudablemente a formas más activas de lucha, haciendo que el movimiento de liberación nacional se eleve a un nivel más alto.

La consigna más popular en África es hoy día la de "independencia ya en nuestra generación". Los pueblos africanos tienen la posibilidad real de ver llevada a cabo esta consigna. Bajo la presión del movimiento de liberación nacional, los colonizadores se han visto obligados a conceder la independencia a Nigeria, Camerún y Togo, que será efectiva en 1960. Este año, por acuerdo de la O.N.U., ha de ser proclamada la independencia de la antigua Somalia Italiana. Cuando esto se consiga, más de la mitad de la población de África se habrá visto libre de la dominación extranjera. Es indudable que, en adelante, dicha liberación avanzará con pasos aún más rápidos, por mucha que sea la resistencia que opongan los colonizadores.

7. El anticomunismo como instrumento de desintegración y división del movimiento de liberación nacional

Desde hace muchos años los Partidos Comunistas marchan en las primeras filas del movimiento de liberación nacional. A pesar del terror impuesto por las autoridades de las colonias y de las persecuciones de que son objeto por parte de la reacción burguesa y feudal indígena, los comunistas aportan una formidable contribución a la lucha de los pueblos por su libertad e independencia. En su defensa de los intereses nacionales y de las reivindicaciones de los obreros y campesinos, dan pruebas de un valor indomable y no se detienen ante los mayores sacrificios. Los pueblos conocen bien a los comunistas como luchadores firmes contra el imperialismo, la injusticia social y toda clase de opresiones.

Allí donde las masas populares colocaron a los comunistas en la dirección de los asuntos públicos, como ocurrió en la República Popular China, la República Democrático-Popular de Corea y la República Democrática de Vietnam, se ha visto coronada por el éxito más completo la lucha por la independencia, por el poderoso desarrollo de la economía y la cultura nacionales y por el mejoramiento de las condiciones de trabajo y de vida de toda la población.

En los países en que los comunistas participan en el frente único de liberación nacional, luchan activa y abnegadamente por la causa común, tratan de conseguir una solución radical de los problemas nacionales y de dar satisfacción a las perentorias necesidades y demandas de las masas trabajadoras. Colaboran honradamente con las demás fuerzas patrióticas, dan muestras de lealtad hacia sus compañeros de lucha antiimperialista y son fieles a los compromisos adquiridos. Sin los comunistas no se puede concebir actualmente el éxito de la liberación nacional y del renacimiento en ningún país.

Tanto más peligroso es para el movimiento de liberación nacional el anticomunismo, que si no se corta a tiempo es capaz de llevar la desintegración y la división a las filas de quienes combaten contra el imperialismo.

El anticomunismo es fomentado sobre todo por los imperialistas arrojados de las colonias y que se resisten a transigir con la pérdida de éstas. Los agentes del imperialismo buscan siempre el punto débil en los países emancipados. Asustan a los políticos poco sagaces con el "peligro comunista" para distraerlos de la lucha contra el peligro verdadero que es el imperialismo; siembran la sospecha en las filas del frente nacional y enfrentan entre sí a los países y a las distintas capas de la población. De esta manera, los imperialistas tratan de quebrantar la unidad interna, tan necesaria en los Estados jóvenes, de poner obstáculos a su solidaridad internacional y, si la ocasión se presenta, de llevarlos al choque directo, con la esperanza de que esto los convertirá en presa fácil de los apetitos imperialistas. Ejemplos de esta pérfida táctica se han podido observar repetidas veces en el Cercano Oriente y en Indochina.

Los colonizadores se sirven principalmente para su propaganda del anticomunismo de las altas capas feudales y burguesas, que siempre les fueron propicias. Especulan también hábilmente con las equivocaciones de algunos elementos nacionalistas que han llegado al poder en ciertos Estados orientales. Incapaces a veces de comprender y valorar acertadamente las causas de las dificultades que de tiempo en tiempo surgen en esos Estados, los elementos nacionalistas cargan la culpa a los comunistas, con lo que objetivamente ayudan a las potencias imperialistas en sus intrigas.

El carácter limitado de la ideología del nacionalismo se manifiesta en este aspecto con singular relieve. En efecto, el nacionalista burgués acepta como algo natural el hecho de la unificación de todas las fuerzas patrióticas de la nación en la lucha por la independencia y contra los colonizadores. Pero el nacionalista burgués, con su estrechez de miras, se resiste a considerar que la unidad de las fuerzas patrióticas no cae del cielo y que es imposible tomarla como algo dado e invariable, de una vez para siempre. Una vez expulsados los colonizadores, cuando las tareas generales de la nación han sido en lo fundamental cumplidas, dentro de la sociedad se empieza inevitablemente a buscar solución a los problemas que la vida plantea, y aparecen diversos criterios acerca de las vías de su desarrollo. Surge, por ejemplo, la necesidad de la reforma agraria, y en este plano resulta que la opinión de los campesinos discrepa de la de los terratenientes. Hay también disparidad de criterios entre los obreros y patronos, que poco antes combatían juntos contra los imperialistas. Esto es lógico y natural, puesto que el nacionalismo no suprime las diferencias de clase ni elimina las contradicciones de los intereses de clase.

De ahí que el estadista de amplias miras haya de preocuparse, una vez alcanzada la independencia nacional, de encontrar el camino que permita resolver acertadamente los trascendentales problemas del progreso social que se plantean ante cada país. Pero ciertos nacionalistas burgueses no lo quieren ver así. Insisten en que, en aras de la unidad nacional, los obreros se sacrifiquen y no pretendan la reducción de las jornadas y la elevación de salarios, que los campesinos renuncien a un justo reparto de la tierra, etc. Y cuando esto no ocurre, cuando las relaciones sociales se atirantan, los elementos nacionalistas de este género comienzan a buscar la cabeza de turco. Por doquier sueñan con "complots comunistas", aunque en realidad se trata de procesos objetivos del desarrollo social, que no son originados por la voluntad o el deseo de determinados partidos, sino

por la existencia misma de las clases con sus intereses distintos.

Los ataques a los comunistas pueden agradar únicamente a los enemigos de la independencia nacional de los pueblos, pues los comunistas son la fuerza más activa y combativa en la lucha contra el imperialismo.

Refiriéndose a esta cuestión, N. S. Jruschov decía en su informe ante el XXI Congreso del P.C. de la Unión Soviética: "...No hay razón para acusar a los comunistas de que contribuyan a la debilitación o desunión de los esfuerzos nacionales en la lucha contra el imperialismo. Ocurre todo lo contrario, no hay hombres más firmes y fieles a la causa de la lucha contra los colonizadores que los comunistas...

"La lucha contra los Partidos Comunistas y otros partidos progresivos es una obra reaccionaria. La política anticomunista no agrupa a las fuerzas nacionales, sino que las desune; por consiguiente, debilita los esfuerzos de toda la nación en la defensa de sus intereses frente al imperialismo."[227]

Todo el desenvolvimiento social de los últimos años confirma la razón de este aserto. Y no olvidemos que la turbia ola del anticomunismo, las persecuciones contra los partidos marxistas-leninistas y su prensa se levantan principalmente en los países en que los círculos dirigentes se preparan para confabularse con las fuerzas imperialistas. Esto tiene su lógica. Quien de veras es fiel a los ideales de la independencia y la libertad nacional, quien no piensa en compromisos con los imperialistas a espaldas del pueblo, quien, una vez resueltos los problemas generales de tipo nacional, quiere trabajar de veras para la emancipación social de los trabajadores, no tiene motivo alguno para odiar y temer a los comunistas.

8. Nuevas formas de la política colonial

Los imperialistas no se conforman con la pérdida de las colonias y buscan medios que les permitan salvar el colonialismo. Así han aparecido las numerosas teorías del "neocolonialismo", es decir, de un colonialismo nuevo que no adolece de los vicios del pasado y que concilia armónicamente los intereses de los oprimidos y los opresores. En realidad, el nuevo colonialismo no es sino el deseo de alcanzar los fines ordinarios del imperialismo mediante el control indirecto de los países que en el papel han alcanzado la independencia.

De por sí, el método de control indirecto no es nuevo en la política colonial. Lo es, sí, el deseo de convertirlo en instrumento principal del colonialismo contemporáneo, pues los viejos métodos de violencia directa sobre los pueblos están tan desacreditados, que ni siquiera los imperialistas se atreven a salir en su defensa.

Ante todo, los colonizadores se esfuerzan en ampliar la base social de su dominación y encontrar nuevos medios político-militares, económicos e ideológicos que la consoliden. Antes decíamos ya que el tradicional soporte social de los imperialistas eran los círculos feudales y de la burguesía comercial intermediaria. Estas clases descansan en relaciones económicas caducas, por lo que su posición se ha debilitado extraordinariamente. Además, con pequeñas excepciones, se han comprometido definitivamente ante los ojos de las masas populares. Los imperialistas, aun apoyando siempre que pueden a los señores feudales y a la burguesía comercial intermediaria, se preocupan por eso de buscar otros aliados, principalmente entre el ala derecha de la burguesía nacional, que es la que más alejada se encuentra de los intereses del pueblo, y también entre algunos grupos de intelectuales y del clero reaccionario.

Para imponer el acuerdo con ellos, los imperialistas los atemorizan con la inexistente "amenaza comunista", ejercen presiones de tipo político-militar y presentan el señuelo de determinadas ayudas económicas.

La vieja política colonial -"clásica"- trataba de impedir, en cuanto estaba al alcance de los imperialistas, la creación en las colonias de toda industria que no fuese la extractiva. Los inspiradores del "neocolonialismo" defienden de palabra la industrialización, aunque como tal entienden la construcción de empresas de la industria ligera y minera y de medios de comunicación y transporte, es decir, de sectores en los que no pueden verse sensiblemente amenazadas las posiciones económicas de los monopolios extranjeros. Al propio tiempo, siguen encontrando feroz resistencia las aspiraciones de los países asiáticos, africanos e iberoamericanos por llevar a cabo una industrialización verdadera. Se conocen, por ejemplo, numerosos casos de negativa de los países de Occidente a vender a los Estados jóvenes equipo industrial y maquinaria. En último extremo, los imperialistas transigen con crear en dichos países empresas propias, si bien reservándose la libertad de retirar sus beneficios y pidiendo toda clase de garantías contra la nacionalización. La aparición de un sector estatal en la economía de las antiguas colonias y países dependientes tropieza con la resistencia de los monopolios imperialistas, que no lo pueden ver con buenos ojos.

La forma principal político-militar del nuevo colonialismo son los bloques agresivos al estilo de la S.E.A.T.O. y del antiguo Pacto de Bagdad, en los que sobre una base "mixta" entran Estados independientes sobre el papel y los opresores

[227] N. S. Jruschov, "Acerca de las cifras de control para el desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. durante los años 1959-1965", en *Materiales del XXI Congreso extraordinario del P.C.U.S.,* Gospolitizdat, Moscú, 1959, págs. 89-90.

imperialistas de ayer. Estos bloques, reunidos bajo la bandera del "anticomunismo", se proponen en realidad abrir a las fuerzas militares del imperialismo las puertas de las antiguas colonias, establecer un control político y estratégico sobre ellas y utilizarlas para la lucha contra el movimiento de liberación nacional.

En estos últimos años se ha procedido a cierta revisión de las bases ideológicas de la política colonial. En las condiciones actuales, los imperialistas, cada vez más, se ven obligados a abandonar la defensa abierta del racismo y de las caducas teorías de la "superioridad" del hombre blanco. Acomodándose al ambiente social, incluso los imperialistas más recalcitrantes no tienen a menos hablar ahora de una familia humana única y del derecho de todos los pueblos a una vida independiente. Pero en realidad los nuevos rótulos no han cambiado la esencia de sus propósitos de esclavización colonial.

No se halla inspirada, por ejemplo, por un espíritu colonialista la teoría del "vacío", expuesta en 1950 por Dulles? Después de que los colonizadores fueron expulsados de los países oprimidos, nos decía, se ha formado allí un peligroso "vacío" o hueco que los pueblos emancipados no pueden llenar por sí mismos. Esto han de hacerlo las potencias occidentales, y en primer término los Estados Unidos. La teoría del "vacío" expresa claramente un desprecio racista hacia la capacidad de los pueblos de Oriente y sirve como justificación de la política expansionista del imperialismo norteamericano. No en vano la teoría del "vacío" se concretó posteriormente en la "doctrina Dulles-Eisenhower", que proclama el "derecho" de los Estados Unidos a la intervención armada en los asuntos del Oriente Árabe.

Entre las "novedades" ideológicas se encuentran las diversas teorías del "colonialismo colectivo", bajo la bandera del cual se han manifestado repetidas veces en estos últimos años los imperialistas norteamericanos. El fin de esta empresa es reemplazar la dominación individual de las potencias occidentales en las colonias por la explotación conjunta de las mismas bajo la obligada dirección del capital de Estados Unidos. Excusado es decir que esto no significa el menor alivio para los pueblos oprimidos; a la víctima de un atraco le es igual que quien lo asaltó sea un salteador o toda una banda.

El portavoz del nuevo colonialismo y su principal soporte en escala mundial es hoy día el imperialismo norteamericano. Después de la segunda guerra mundial, Estados Unidos ha redondeado sensiblemente el imperio del dólar. Además de ocupar de hecho parte de China -la isla de Taiwán o Formosa- y de varias islas japonesas, los monopolios norteamericanos se han establecido en Vietnam del Sur y en Corea del Sur, y han ganado importantes posiciones económicas y estratégicas en el Norte de África y en el Oriente Cercano y Medio.

Hasta últimamente, sin embargo, el imperialismo norteamericano seguía alardeando con sus plumas de pavo real de defensor y campeón del "anticolonialismo" y de la "liberación" de los pueblos oprimidos. Esta reputación la ganó por el camino más fácil: con una crítica demagógica de algunos de los actos más escandalosos de las potencias coloniales europeas y con ofrecimientos de "ayuda" económica a los países subdesarrollados. Ciertas gentes miopes no comprendieron en un principio que el "anticolonialismo" de los monopolios norteamericanos era fingido, que sólo se negaban a ir del brazo con los colonizadores europeos cuando deseaban su derrota con la esperanza de ocupar su puesto. En cuanto a la "ayuda" económica, todo se reduce a atar a los países que la aceptan al carro de guerra del imperialismo norteamericano. Bastará decir que de los 3.800 millones de dólares asignados por Estados Unidos en 1957 para "ayuda" a países extranjeros, sólo 350, o sea menos del diez por ciento, estaban destinados a fomentar el desarrollo económico. No puede extrañarnos, pues, que muchos países de Asia y África, aun necesitados como se encuentran de capitales, hayan rechazado en más de una ocasión las ofertas de ayuda sugeridas por Estados Unidos.

Los pueblos abren los ojos y advierten que, en el mundo actual, Norteamérica se ha convertido en el principal soporte del sistema colonialista, sin el que todo éste se derrumbaría con mucha mayor rapidez.

9. El sistema socialista mundial, baluarte de los pueblos en la lucha contra el colonialismo

Los éxitos del movimiento de liberación nacional en Oriente no pueden ser separados de la existencia de los países socialistas y de la firme posición que éstos ocupan respecto del colonialismo. Ello es manifestación de los profundos vínculos objetivos y de la comunidad que existe entre los intereses antiimperialistas de los pueblos oprimidos y de los pueblos del sistema socialista.

Con sus consecuentes intervenciones contra el colonialismo, los países socialistas no persiguen fines egoístas de ningún género. A diferencia de los Estados Unidos, no quieren ocupar el puesto que los colonizadores dejan al ser expulsados ni aspiran a "esferas de influencia". La economía socialista es incompatible con la explotación y la opresión. No necesita exportar capitales, puesto que la tarea de elevar constantemente el bienestar de los trabajadores exige una afluencia continua y creciente de inversiones en el interior de cada país. Los Estados socialistas tienen interés en ampliar el comercio internacional y la colaboración económica, pero no buscan mercados para la venta de excedentes: la economía socialista no conoce las crisis de

superproducción.

Cuando la Unión Soviética, la República Popular China y todas las democracias populares salen en defensa de las aspiraciones nacionales de las colonias, se guían por los principios de la ideología socialista. Y ésta es contraria en absoluto a toda opresión y proclama la igualdad de derechos y la amistad de los pueblos. Por tanto, cuando los países socialistas se enfrentan al colonialismo, luchan también por reducir el peligro de una nueva guerra. Todos los intentos de salvar o de restablecer el colonialismo han conducido en los últimos diez o doce años a un gran número de guerras "locales". Los apetitos coloniales del imperialismo siguen siendo una de las causas de la actual tirantez internacional.

Los años transcurridos desde la segunda guerra mundial han demostrado cumplidamente el papel de los Estados socialistas como factor poderoso que hace de freno a la agresividad de los imperialistas, los cuales, en otras condiciones, se habrían lanzado con todas sus fuerzas sobre el movimiento de liberación nacional y habrían conseguido ahogarlo.

El significado de los países socialistas como factor anticolonial crece constantemente. En primer término, la firme política exterior de los Estados socialistas, que no se desvía un ápice de sus principios, ejerce una función cada vez más directa y decisiva, que contribuye a echar por tierra los planes colonizadores de los imperialistas. Los países socialistas, por ejemplo, ayudaron valiosísimamente al pueblo egipcio a vencer a los agresores imperialistas e impidieron sucesivamente la agresión de los colonizadores contra Siria y la joven República del Irak. En segundo, el campo socialista se convierte en baluarte de los jóvenes Estados nacionales de Oriente en los esfuerzos que llevan a cabo para alcanzar su independencia económica.

Significado de la colaboración económica de los Estados socialistas con los países de Oriente.

Los Estados socialistas están en perfectas condiciones para ayudar a los países de Asia, África e Iberoamérica en sus aspiraciones a construir una economía nacional independiente. El campo del socialismo proporciona de buen grado y en medida creciente a los Estados orientales utillaje y material industrial de toda clase.

La Unión Soviética ocupa el primer lugar del mundo en cuanto a la concesión a esos países de equipo completo para sus empresas. Esto da realidad completa a la perspectiva de que los jóvenes Estados de Oriente alcancen la independencia económica. "Ahora no necesitan -decía N. S. Jruschov ante el XX Congreso del P.C. de la Unión Soviética- acudir humildemente a sus antiguos opresores en busca de equipo moderno. Este equipo lo pueden recibir en los países del socialismo, sin necesidad de adquirir por ello compromiso alguno de índole militar o política."[228]

Un ejemplo brillante de ayuda a los países liberados que quieren industrializarse lo tenemos en las relaciones de la Unión Soviética y la India. Organizaciones soviéticas proyectan y dirigen la construcción de la factoría metalúrgica de Bhilai, que ha dado ya el primer hierro y le proporciona el equipo más moderno. A diferencia de las casas extranjeras, la Unión Soviética no se reserva en absoluto participación alguna en el capital, en los beneficios o en la dirección de la empresa. El interés del crédito soviético es casi tres veces menor que el del empréstito concedido por un grupo de bancos ingleses para la construcción de la acerería de Durgapur.

Los Estados socialistas comparten también voluntariamente su experiencia de construcción económica y ayudan a la formación de personal técnico propio a los países de Oriente.

La colaboración económica de los países socialistas y los jóvenes Estados nacionales se caracteriza por unos rasgos sustancialmente nuevos. Es la colaboración sobre una base de auténtica igualdad de derechos. No impone ningún compromiso militar o político, ni ata económicamente, ni admite humillantes restricciones.

La posibilidad de apoyarse en el campo socialista robustece la posición de los países de Asia y África en sus relaciones con Occidente. Los imperialistas han perdido la exclusiva en la concesión de empréstitos, de exportación de utillaje industrial y de conocimientos técnicos; y de ahí que se vean obligados a hacer concesiones que jamás habrían aceptado en otros tiempos.

El carácter desinteresado y amistoso de la colaboración de los Estados socialistas con las antiguas colonias y países dependientes es motivo de que entre ellos se ensanchen rápidamente las relaciones económicas. Durante los últimos seis o siete años el intercambio comercial de la Unión Soviética con los países de Asia y África ha crecido casi 4,5 veces.

La idea de la estrecha colaboración entre los países socialistas y los jóvenes Estados nacionales se abre cada vez más camino. Se hace popular también en los países en que la imposición de los imperialistas sigue siendo hasta ahora un obstáculo que les impide mantener una política independiente.

Capitulo XVII. Lucha de los pueblos de los países capitalistas por el mantenimiento de su soberanía

La soberanía es la independencia completa de un Estado para decidir en todas las cuestiones que afecten a su vida interna y a sus relaciones exteriores.

[228] N. S. Jruschov, *Informe del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética al XX Congreso del Partido,* 14 de febrero de 1956, Gospolitizdat, Moscú, 1956, pág. 25.

Es, pues, soberano el Estado que ejerce por sí mismo en su territorio el poder supremo, sin que nada ni nadie pueda desde fuera limitar su libertad de acción. La soberanía es como una muralla bajo cuya protección los pueblos pueden estructurar su Estado, impulsar la economía y la cultura y entrar en relaciones voluntarias e iguales con otros pueblos.

1. Agudización del problema de la soberanía en la época del imperialismo

Hace ya tiempo que el derecho burgués admite sobre el papel el principio de la soberanía. Esta circunstancia, por lo demás, no ha detenido nunca a las clases dominantes de los Estados capitalistas cuando se trataba de atentar contra la independencia de otros pueblos. Toda la secular historia del colonialismo es un relato de las sistemáticas y profundas violaciones que las potencias coloniales hicieron de la soberanía nacional de otros pueblos.

En la época del capitalismo premonopolista la burguesía reaccionaria demostró con miles de ejemplos lo poco que le importaba el principio de la soberanía. Y menos aún lo tienen presente los círculos dirigentes de los países capitalistas al entrar en la época del imperialismo.

El capital monopolista de las agresivas potencias imperialistas no se conforma ya con poner fin a la soberanía de los países atrasados y económicamente débiles. También atenta contra la independencia de los Estados burgueses económicamente desarrollados y soberanos desde hace largo tiempo. En la primera guerra mundial se ventilaba principalmente un nuevo reparto de las colonias; en la segunda, el imperialismo alemán no aspiraba ya, como fin único, a apoderarse de determinadas colonias, sino también a establecer su dominación sobre las *metrópolis* europeas, a sojuzgar a todo el viejo continente.

Después de la segunda guerra mundial, es el capital monopolista norteamericano el que pretende dominar el mundo. Los imperialistas de Estados Unidos quieren aumentar la esfera de influencia de los monopolios de Wall Street y convertir el territorio de los otros países capitalistas en plazas de armas y a sus pueblos en carne de cañón. Por esta razón, los círculos reaccionarios norteamericanos tratan de conseguir, en beneficio propio, mermas en la soberanía de los Estados capitalistas independientes, con el fin de incrementar su expansión económica y de convertir esos Estados en instrumento de la política de Estados Unidos.

Esta tendencia del expansionismo norteamericano provoca la aparición en el terreno internacional de corrientes diversas, y a veces contradictorias.

La mayoría de los Estados nacionales de Asia y África que conquistaron hace poco la independencia política se muestran firmes en la defensa de su soberanía. Procuran mantenerse al margen de los grupos militares amalgamados por los Estados Unidos, se niegan a la concesión de su territorio para bases de guerra y no aceptan la ayuda económica norteamericana, que siempre se hace depender de obligaciones políticas y tiende a incluir dentro de su órbita a los países que la reciben. Y paralelamente, muchos de los viejos Estados capitalistas que durante siglos enteros mantuvieron su independencia, ceden paso a paso sus derechos soberanos y facultades a los Estados Unidos de América y a todo género de agrupaciones imperialistas "supranacionales".

¿Por qué los medios dirigentes de algunos países capitalistas incurren, mirando las cosas como son, en un delito de traición nacional, al aceptar la merma de su soberanía política? A eso les empujan sus egoístas y estrechos intereses de clase, que inspiran y presiden su reaccionaria política interior y exterior.

Primeramente, la alianza con el imperialismo norteamericano asegura a los monopolios de esos países beneficios fabulosos en la industria de guerra y en todos los sectores de la producción de materiales estratégicos. Porque la piedra angular de tal alianza es el desenvolvimiento al máximo de la carrera de armamentos y la militarización de la economía de cada uno de quienes participan en el Pacto Atlántico o en otros bloques agresivos del brazo con los imperialistas norteamericanos. Y los grandes pedidos de material de guerra que los Estados hacen constantemente, unidos a la militarización de la economía del país, son la *principal* veta de oro para el actual capitalismo monopolista de Estado.

En segundo lugar, Gran Bretaña, Francia y otros países se ven impulsados hacia los bloques agresivos del imperialismo norteamericano por las aspiraciones imperialistas que muestran los círculos reaccionarios de su gran burguesía. Estos círculos se muestran inquietos por los progresos que el movimiento democrático ha alcanzado después de la segunda guerra mundial, por la creciente popularidad de las ideas del socialismo y por la tendencia a la unidad, cada día mayor, que se observa en la clase obrera. Las esferas reaccionarias de Gran Bretaña, Francia y algunos otros países, al igual que los imperialistas de Estados Unidos, se resisten a aceptar el hecho de que en amplias zonas de Europa y Asia se haya establecido un régimen de democracia popular; sueñan con restaurar allí el capitalismo para de nuevo convertirlos en países satélites. También querrían, a cualquier precio, detener la desintegración del sistema colonial y recuperar para sus imperios los países que se han emancipado de su yugo. Ahora bien, como la burguesía reaccionaria de Estados antes poderosos, pero ahora sensiblemente debilitados, no cree que sus propias fuerzas fueran bastantes como para aplastar el movimiento democrático dentro del propio país y llevar a cabo sus agresivos propósitos en el exterior, busca y encuentra tutores en los monopolistas de Estados Unidos.

En esta alianza imperialista, los capitalistas europeos esperan encontrar las fuerzas necesarias para la defensa de sus intereses de clase. En pago de tal servicio no vacilan en sacrificar la soberanía nacional de sus propios países. Y cierran los ojos al hecho de que los bloques militares dirigidos por los Estados Unidos sirven en último término de instrumento a la política expansionista del imperialismo norteamericano, que éste lleva a cabo en detrimento de sus compañeros.

Semejante política antinacional hace que en el mundo capitalista se haya llegado a un peculiar sistema de dominación y subordinación. Los Estados burgueses que quedan subordinados a los Estados Unidos ostentan a la vez la supremacía respecto de terceros países; pierden buena parte de su independencia política y, al mismo tiempo, juntos o separadamente, siguen conculcando la soberanía de otros Estados más débiles.

Un ejemplo típico de este doble papel lo tenemos en Gran Bretaña. Todos sabemos que ha renunciado en provecho de los Estados Unidos a muchos de sus derechos soberanos: sobre suelo inglés hay bases norteamericanas, aéreas y de proyectiles dirigidos, el mando de las cuales se sale prácticamente de la jurisdicción del gobierno británico. Sobre el cielo inglés vuelan bombarderos atómicos norteamericanos cuyas tripulaciones no se subordinan a las autoridades británicas. Y paralelamente, la propia Inglaterra viola la soberanía de los países del Cercano Oriente.

Podría decirse que la política impuesta por los intereses de la burguesía monopolista ha llevado a algunos Estados europeos a un círculo vicioso. Si las esferas dirigentes de Inglaterra, Francia, Italia y otros países quisieran defender los intereses nacionales, y no los imperialistas, podrían mantener una política propia sin caer bajo la dependencia de Estados Unidos. Para esa política tendrían energías y recursos, y no necesitarían buscar apoyo en ultramar ni pignorar su independencia en la casa de empeños de la política norteamericana. Pero lo primero de todo es para ellos sus fines imperialistas, para la consecución de los cuales no tienen bastantes fuerzas ni recursos; y de ahí que se vean obligados a buscar la ayuda norteamericana, aunque saben muy bien el alto precio a que han de pagarla. Así, pues, la independencia de los países capitalistas desarrollados se ve amenazada por un peligro doble: la amenaza interior de la burguesía reaccionaria "propia", para la que sus estrechos intereses de clase están por encima de todo, y la amenaza exterior, que parte ante todo de la oligarquía financiera de los Estados Unidos.

Norteamérica puede subordinar a otros países capitalistas apoyándose en un creciente potencial económico y bélico. A raíz de la terminación de la guerra, Estados Unidos proporcionaban alrededor del 60 por ciento de la producción industrial de todo el mundo capitalista. Los deseos de encontrar mercados seguros para sus "excedentes" industriales y agrícolas, de garantizarse nuevas fuentes de materias primas a bajo precio y de disponer de ventajosas esferas de inversión de capitales: tales son los impulsos económicos que mueven a la expansión imperialista a los monopolios norteamericanos. La subordinación de otros Estados es para ellos el camino mejor para alcanzar fabulosos beneficios. Las cuentas no pueden ser más sencillas: cuanto más acentuada es la dependencia en que un país se encuentra respecto de Norteamérica, tanto más fácil les será a los monopolios norteamericanos explotar su economía, echar raíces en ella y obtener ganancias complementarias.

No hay que olvidar tampoco las consideraciones de carácter militar y político. La oligarquía financiera de Estados Unidos ve su expansión en los países capitalistas de Europa y de otros continentes como parte del plan general de lucha contra los países del socialismo y por la dominación mundial. No en vano la ofensiva de Estados Unidos sobre los países capitalistas va acompañada de la tendencia a convertir casi toda Europa Occidental y una serie de países de Oriente en terreno propicio para establecer plazas de armas y bases militares.

Finalmente, los monopolios norteamericanos tratan de influir directamente en la política interior de otros países. Al afirmar su dominación sobre Estados capitalistas más débiles, Norteamérica se pone en condiciones de inmiscuirse en sus asuntos interiores, haciendo triunfar a la reacción y exigiendo que se persiga a las fuerzas democráticas.

Formas y *métodos de la ofensiva sobre la soberanía.*

Entre los distintos métodos de que el imperialismo norteamericano se vale, el principal es el de establecer su control político-militar sobre otros países. Instrumento de dicho control y amenaza constante para la independencia de dichos países son las bases militares instaladas en sus territorios.

La creación en tiempo de paz de un sistema de bases extranjeras en territorio de grandes Estados capitalistas independientes es un fenómeno nuevo en las relaciones internacionales. Es una forma peculiar de anexión. Reduce a la nada los derechos de soberanía, singularmente en la zona donde las bases se instalan. Además, el Estado que concede a una potencia extranjera bases aéreas pierde la soberanía sobre una parte importante de su cielo, y en caso de bases navales, sobre parte de sus aguas territoriales. Por ejemplo, durante la crisis de 1958 en el Cercano Oriente, el mando norteamericano utilizó sin miramiento alguno las bases de Alemania Occidental e Italia para el envío de tropas al Líbano. De hecho, ni siquiera se solicitó a esos países su consentimiento. Las bases militares extranjeras son

un serio impedimento para la libertad de acción de los Estados en cuyo suelo se encuentran, porque siempre se hallan bajo la amenaza de una intervención militar y fácilmente pueden ser objeto de la "política de fuerza".

Hay que tener presente, en fin, que, si los imperialistas desencadenasen una guerra, los Estados que han cedido territorio suyo para bases militares extranjeras correrían el riesgo de atraer sobre sí los primeros golpes de respuesta. Por consiguiente, los gobiernos europeos que han aceptado el papel de escuderos del imperialismo norteamericano podrían conducir a sus países a una catástrofe militar en interés exclusivo de los monopolios del otro lado del Atlántico.

El control absoluto e indiviso sobre las fuerzas militares propias ha sido siempre una de las más importantes funciones del Estado soberano. La existencia del Bloque del Atlántico Norte (N.A.T.O.) ha hecho que los problemas básicos de la política militar sean resueltos en las reuniones de los dirigentes de dicho Bloque, donde marcan la pauta los representantes norteamericanos. Todo cuanto se refiere al armamento, a la instrucción y al acuartelamiento de las tropas ha sido de hecho retirado de la competencia de los gobiernos nacionales y puesto en manos extrañas.

Es también muy intensa la ofensiva de los monopolios norteamericanos sobre los otros países capitalistas en la esfera económica. Las formas de esta ofensiva son muy variadas: concesión de subsidios, de créditos a largo y corto plazo, de empréstitos, etc. Los empréstitos y créditos norteamericanos son concedidos bajo determinadas condiciones de carácter militar, político o económico, condiciones que están llamadas a apretar el nudo que ata a quienes los reciben al carro de guerra del imperialismo norteamericano. Así, a cambio del empréstito de 3.700 millones de dólares concedido en 1946 a Gran Bretaña, los Estados Unidos consiguieron de ella el relajamiento del sistema de preferencias imperiales, es decir, la renuncia a una serie de ventajas de que Inglaterra goza en el comercio con los países de su Imperio, una brecha en la "zona esterlina" y, poco más tarde, la instalación de bases militares norteamericanas en las Islas Británicas.

La exportación de capitales por los monopolios norteamericanos -que conduce a poner en sus manos gran número de empresas y hasta sectores completos de la industria en otros países- es también un arma importante que contribuye a quebrantar la soberanía de los Estados menos fuertes. En los primeros años que siguieron a la guerra, Norteamérica era en realidad el único país exportador de capitales en el mercado mundial. Hasta 1950 habían duplicado sus inversiones, que en 1955 alcanzaban la suma de 45.000 millones de dólares. Si bien la competencia se ha reanudado posteriormente en este terreno, los monopolios norteamericanos han conseguido crear fuertes puntos de apoyo en los más importantes países capitalistas. En Inglaterra, unas 800 compañías norteamericanas o filiales de éstas ocupan un lugar nada despreciable en su producción industrial. Dentro de Alemania Occidental son más de 500 las compañías y empresas que se encuentran bajo el control norteamericano. También es grande el peso del capital de Estados Unidos en Francia.

Así es como se manifiesta en el plano económico una de las tendencias principales del mundo capitalista de nuestros días: la tendencia de los monopolios norteamericanos a privar también de su independencia económico-financiera a los países capitalistas. Existe también la tendencia a la "agrupación" de los monopolistas, a la formación de grandes alianzas internacionales de monopolios que redundan asimismo en perjuicio de la soberanía nacional de los países. Dicha tendencia va implícita en la naturaleza del capital monopolista, que se siente estrecho en el marco de un solo Estado.

La formación de alianzas de capitalistas pertenecientes a distintos países acaba siempre por llevar al predominio de la parte más fuerte. Por consiguiente, todo termina en que los Estados capitalistas más débiles pierden o ven mermada su soberanía.

Después de la segunda guerra mundial, en Europa se ha revelado con particular intensidad la tendencia a la concentración del poderío de los monopolios. Han aparecido, como antes ya lo dijimos, grandes agrupaciones de monopolistas como son la Unión Europea del Acero y el Hierro, el "Mercado Común" y el Euratom. En todos estos casos se trata de convenios de los monopolios sobre el reparto de mercados, regulación de precios, tarifas aduaneras, etc. Los imperialistas airean en todos los tonos el carácter "supranacional" de estas organizaciones, si bien, en realidad, tal carácter se manifiesta en que los países que las integran han perdido la independencia en determinados aspectos importantes de su política económica. Muchas funciones de los gobiernos nacionales han sido transferidas a organismos sometidos de hecho al control del miembro más fuerte de la alianza. A título de tal, como fuerza preponderante en la Europa capitalista, cada vez se encumbra más Alemania Occidental, que después de la guerra se ha convertido en el agente número uno del capital monopolista norteamericano.

Así, pues, la expansión militar y económica del imperialismo norteamericano significa una amenaza para la soberanía y la independencia de una serie de países capitalistas. Se va formando un sistema de satélites que, en uno u otro grado, se hallan bajo la dependencia de la primera potencia imperialista: de los Estados Unidos de América.

2. El cosmopolitismo, y no el patriotismo, es la ideología de la burguesía imperialista

Nos hemos referido antes a los móviles por que se guían las fuerzas reaccionarias cuando quebrantan la soberanía y la independencia de los Estados. De esos móviles nadie habla, se comprende, pues no son como para explicárselos abiertamente a los pueblos. Todo lo contrario, se procura enmascarar celosamente los verdaderos fines de la ofensiva contra la soberanía; a este objeto se echa mano de diversos recursos de tipo ideológico, entre los que corresponde un lugar importante a la propaganda del cosmopolitismo. No se trata, se comprende, del viejo cosmopolitismo del siglo XIX, que a menudo equivalía a una visión amplia del mundo, por encima de las limitaciones nacionales. Se tiene en cuenta la ideología, estimulada por los imperialistas, según la cual el principio de la soberanía ha "envejecido", es un fenómeno "regular" la restricción de la independencia, las tradiciones nacionales no son dignas de tenerse en cuenta y se desprecia la cultura nacional; una ideología que sostiene que, en las condiciones actuales, la noción de patria carece de valor alguno.

El cosmopolitismo es para la oligarquía financiera de Estados Unidos una tapadera excelente para encubrir su lucha por la dominación mundial y por acabar con la independencia de otros países. Para los monopolistas europeos es un cómodo argumento que les permite justificar el abandono de los intereses nacionales y sus arreglos con el capital financiero de Estados Unidos, a expensas de sus propios pueblos.

El cosmopolitismo de nuestros días presenta diversas manifestaciones. Es lo que inspira, por ejemplo, la propaganda que exalta los convenios intermonopolistas europeos y defiende la conclusión de otros convenios del mismo tipo. Las alianzas de los monopolistas son presentadas como algo que supera la "limitación nacional". No ha de extrañarnos, pues, que tal propaganda sea apoyada abiertamente y financiada por los grandes monopolios.

Hay, sin embargo, formas más veladas y sutiles en la propaganda del cosmopolitismo. De ordinario, son presentadas como ideas humanas, democráticas y hasta "socialistas".

La tesis favorita de los ideólogos del cosmopolitismo, sobre todo entre los socialistas de derecha, es que el principio de la soberanía se ha convertido en un estorbo para el desarrollo de las fuerzas productivas en el mundo moderno.

Ahora bien, ¿cómo se puede propiciar el desarrollo de las fuerzas productivas sobre la base de una amplia unión de Estados? De ninguna manera lastimando los derechos soberanos e intereses de uno u otro Estado, sino todo lo contrario, concordando estos intereses mediante una colaboración en pie de igualdad y de conveniencia mutua. A ello podría contribuir la ampliación en vasta escala del comercio internacional. Otro factor de gran peso es la colaboración en el plano científico y técnico (intercambio de especialistas y de información científica y técnica, realización conjunta de obras, etc.).

Cierto que todo esto no asegura aún un completo y libre desarrollo de las fuerzas productivas en escala internacional. Para ello se requieren medidas esenciales a adoptar entre los Estados: coordinación de los planes económicos, cooperación de la industria de diversos países, capacitación conjunta de especialistas, etc. Mas esto únicamente es posible con un sistema económico planificado, que no conozca la anarquía de la producción ni la competencia, dentro de un sistema basado en la confianza completa entre los pueblos y los Estados. Dicho sistema tiene el nombre de socialismo.

Los enemigos del marxismo afirman que cuando los comunistas defienden los principios de la independencia y la soberanía van contra las tendencias del desarrollo social y quieren mantener la división de los Estados y la dispersión de las naciones que existen en el mundo. V. I. Lenin dio ya cumplida respuesta a invenciones análogas cuando escribía: "Nosotros exigimos la libertad de autodeterminación, *es decir,* la independencia, *es decir,* la libertad de separación para las naciones oprimidas; y no porque soñemos con la dispersión económica o veamos nuestro ideal en los Estados pequeños; todo lo contrario, porque queremos Estados grandes y el acercamiento, hasta la fusión, de las naciones; pero sobre una base genuinamente democrática e internacionalista, esto *no puede concebirse* sin la libertad de separación."[229]

Otro argumento que se esgrime a menudo es el de que la supresión o limitación de la soberanía abre el camino a la prosperidad económica y permite elevar el nivel de vida de los pueblos. La renuncia a la "limitación nacional", dicen, permite establecer unos vínculos más estrechos entre los países, unir sus recursos y ampliar el mercado de venta. Y esto ha de repercutir favorablemente sobre la situación económica de cada uno de ellos.

Todo esto sería así si la renuncia a la soberanía diese verdaderamente solución a parte de estos problemas siquiera. Pero la realidad es que no ocurre nada de eso. Dentro del capitalismo, en lugar de unificar los recursos de países iguales en derechos, todo se reduce a un convenio entre los monopolios. El mercado común se convierte en palestra de una competencia abierta o velada en la que el más fuerte es el que vence. Eso hace que las relaciones entre los países se conviertan en una serie interminable de choques, discusiones y conflictos más o menos encubiertos. Inevitablemente, todo termina en menoscabo de los derechos económicos de los países

[229] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXI, pág. 377.

más débiles; la situación de su economía nacional empeora y se incrementa la explotación de sus recursos económicos.

Además de los argumentos de carácter económico, los partidarios del cosmopolitismo manejan razonamientos diversos de índole política. Dicen, por ejemplo, que es necesario renunciar a la soberanía para asegurar la defensa de la democracia, para eliminar el peligro de guerra y robustecer la paz. Los países capitalistas, aseguran, han de sacrificar su soberanía en favor de los Estados Unidos a fin de defender conjuntamente la democracia de la "amenaza del comunismo".

Esto es falso del principio al fin. Primeramente, que la democracia no se ve amenazada en los países occidentales por el comunismo, sino por la ofensiva de los monopolios, que imponen la reacción en todos los órdenes.[230] En segundo lugar, es precisamente la renuncia a la soberanía en favor de los Estados Unidos lo que significa una amenaza formidable para la democracia del Occidente europeo. Esta se ve sometida a la doble presión de los monopolios "propios" y de ultramar. Así nos lo prueban, por ejemplo, hechos como la aprobación en distintos países de leyes antiobreras copiadas de la legislación norteamericana, la implantación de los métodos de "comprobación de la lealtad", etc.

Por lo que se refiere a la amenaza de guerra, es imposible eliminarla con campañas contra la soberanía. Las guerras no son originadas en nuestra época por la fidelidad a la soberanía nacional, como afirman los ideólogos del cosmopolitismo burgués, sino que se deben a causas económico-sociales derivadas de la rapaz naturaleza del capital monopolista. Además de que, como decíamos antes, una de las razones más importantes de la ofensiva de los monopolios norteamericanos sobre la soberanía de los Estados capitalistas independientes es, ni más ni menos, el deseo de convertirlos en zonas supeditadas a sus fines estratégicos.

Finalmente, los propagandistas del cosmopolitismo sostienen que el principio de la soberanía se ha hecho viejo, porque se opone al progreso de la cultura humana y retarda la fusión de los pueblos en una familia común. Ahora bien, la cultura humana es la suma de los avances culturales de cada nación, y no algo que permanezca al margen de ellos. La literatura, el arte, la música florecen esplendorosamente en el terreno nacional, pero languidecen cuando no echan raíces en el pueblo. Las grandes obras de arte que adquirieron valor para la humanidad entera eran expresión del genio nacional. Y al contrario, el arte que rompe con su suelo natal es incapaz en absoluto de crear grandes obras.

Quiere decirse, pues, que la lucha por la soberanía, por la independencia nacional y contra el cosmopolitismo es, al mismo tiempo, la defensa de un auténtico desarrollo y progreso de la cultura.

3. La defensa de la soberanía coincide con los intereses vitales de todas las fuerzas sanas de la nación

En los países capitalistas cuya independencia se ve mermada por la ofensiva de los monopolios norteamericanos se crean premisas objetivas para la unificación de las más amplias capas de la población en defensa de su soberanía nacional y de la paz.

La lucha por la soberanía nacional es una de las formas del movimiento democrático. La experiencia nos dice que cuando su éxito es mayor es cuando se ve dirigida por la clase obrera y su partido revolucionario.

La clase obrera, guardián de la independencia de los pueblos.

El movimiento obrero defendió siempre el derecho de las naciones a la existencia independiente y luchó contra toda forma de opresión nacional.

El marxismo-leninismo se atiene al principio de que el respeto a las demás naciones es la premisa para la existencia de relaciones normales entre los pueblos. F. Engels escribía en 1888: "Para asegurar la paz internacional, lo primero que se necesita es eliminar, en la medida de lo posible, las fricciones nacionales; cada pueblo ha de ser independiente y dueño de su propio país."[231]

En el prefacio a la segunda edición polaca del *Manifiesto del Partido Comunista,* escrito en 1892, subraya de nuevo Engels que "la sincera colaboración internacional de los pueblos europeos es sólo posible a condición de que cada uno de estos pueblos sea dueño absoluto en su propia casa".[232]

V. I. Lenin defendió también siempre, con energía y consecuencia, el principio de la independencia e igualdad de derechos de las naciones. La expresión más completa de dicho principio, tal como lo ve la ciencia marxista-leninista, es el derecho de los pueblos a la autodeterminación. Según escribía Lenin, "el socialismo triunfante ha de aplicar necesariamente una democracia completa, y, por consiguiente, no sólo dar vida a la completa igualdad de derechos de las naciones, sino también aplicar el derecho a la autodeterminación de las naciones oprimidas, es decir, el derecho a la libre separación política".[233]

La defensa de la libertad de las naciones que el proletariado lleva a cabo, de su independencia y de sus caracteres específicos, es manifestación del patriotismo de la clase obrera, que representa el polo opuesto lo mismo del chovinismo que del

[230] A ello volveremos con más detalle en el capítulo XVIII.

[231] C. Marx y F. Engels, *Obras.* ed. cit., t. XVI, parte 1, 1937, pág. 453.

[232] C. Marx y F. Engels, *Manifiesto del Partido Comunista,* Gospolitizdat, Moscú, 1958, pág. 27.

[233] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 132.

cosmopolitismo burgués. El patriotismo de la clase obrera se desprende, ante todo, del sentimiento de orgullo por la aportación que su pueblo o nación hicieron a la lucha de las masas explotadas y oprimidas para liberarse de la explotación y de la opresión. De ahí que el patriotismo de la clase obrera sea profundamente progresista y revolucionario.

A los obreros no les es indiferente el destino de la patria.

Los propagandistas de la burguesía reaccionaria se esfuerzan por presentar a los capitalistas como exclusivos portadores de los sentimientos patrióticos. Tratan de ocultar el hecho de que el patriotismo de la burguesía se ha visto siempre supeditado a sus estrechos y egoístas intereses de clase, y se empeñan en desacreditar el patriotismo de la clase obrera y de los comunistas. Los propagandistas burgueses se remiten a veces al lugar del *Manifiesto del Partido Comunista* en que se dice que "los obreros no tienen patria". Es, sin embargo, de una evidencia absoluta que esto no significa la negación de la patria; lo único que afirma es que, en la sociedad gobernada por los capitalistas, la patria ha sido usurpada de hecho por los explotadores y que para la clase obrera no es una buena madre, sino una mala madrastra. Cuando la clase obrera pone fin a la dominación de los explotadores, crea las condiciones mejores para la manifestación más completa de su patriotismo, del que es genuino portador en la época contemporánea.

Sabemos también que Marx y Engels apoyaron siempre la lucha de los obreros en defensa de la independencia de su país frente a la amenaza de esclavización extranjera. Y jamás afirmaron que, dentro del régimen capitalista, a la clase obrera le es indiferente la suerte que pueda correr su patria.

Ampliando el punto de vista del marxismo sobre la patria, Lenin escribía en 1908: "La patria, es decir, el medio político, cultural y social dado, es el factor más poderoso en la lucha de clase del proletariado... El proletariado no puede mirar con indiferencia las condiciones políticas, sociales y culturales de su lucha; por consiguiente, tampoco puede mostrar indiferencia ante la suerte de su país."[234]

En relación precisamente con la actitud de la clase obrera hacia la patria escribió Lenin su conocida observación contra una visión dogmática del marxismo: "Todo el espíritu del marxismo -decía-, todo su sistema exige que cada proposición sea examinada *a)* sólo históricamente; *b)* sólo en relación con otras proposiciones; *c)* sólo en relación con la experiencia concreta de la historia."[235]

Aplicado al patriotismo, esto significa que el proletariado no estima suficiente el planteamiento abstracto del problema relativo a la defensa de la patria. Lo que en primer término le interesa es qué situación histórica, qué clase y con qué objeto proclama la necesidad de defender la patria. Una cosa es la situación producida por la guerra imperialista, cuando esta consigna es manejada por la burguesía dominante para engañar a las masas y encubrir las verdaderas razones que mueven a los magnates imperialistas. Otra cosa es la situación a que se llega cuando se ven amenazadas la independencia nacional y la libertad del país, cuando crece el movimiento de liberación nacional. En este último caso, la clase obrera es la primera en levantarse para defender la libertad de su país, su soberanía y su independencia. En estas condiciones, la defensa de la patria no es para ella una frase vacía, sino una tarea de vital importancia, al cumplimiento de la cual le llaman sus intereses de clase, tanto los inmediatos como los más profundos.

Hoy día, en la nueva situación en que nos encontramos, el patriotismo de la clase obrera -inseparable como es del internacionalismo proletario- se ha convertido en una fuerza particularmente activa y poderosa. En los años de ocupación hitleriana y de amenaza mortal para la civilización a que el mundo fue llevado por los bárbaros fascistas, fueron precisamente los obreros quienes, en los países ocupados por los alemanes, demostraron con hechos su devoción a la patria y la fe en su futuro. Mientras que los "patriotas" patentados de la burguesía reaccionaria colaboraban con los invasores fascistas, los comunistas luchaban en las primeras filas de la Resistencia, de la que eran el núcleo más combativo y abnegado. Sabemos, por ejemplo, que el Partido Comunista Francés perdió 75.000 miembros en las batallas por la libertad de la patria.

Un heroísmo jamás visto en el trabajo y en la defensa de su patria revelaron los pueblos de la Unión Soviética, China, Corea, Vietnam; los de todos los países socialistas. La propia vida se ha encargado de demostrar que el Estado socialista es una escuela de patriotismo como jamás fue ni pudo ser ninguno de los Estados burgueses.

Los ideólogos de la burguesía afirman que cuando los marxistas combaten el cosmopolitismo, reniegan del carácter internacionalista de su doctrina y se convierten en nacionalistas. Pero los autores de tales amaños mienten por partida doble: primero, equiparan el cosmopolitismo de la burguesía y el internacionalismo de la clase obrera; segundo, atribuyen a los marxistas las ideas nacionalistas que son precisamente propias de los teóricos burgueses.

El internacionalismo de la clase obrera, como ya se ha dicho, es expresión de la unidad de intereses de los obreros de todos los países en su lucha contra el enemigo común, que es el capitalismo; es expresión de la unidad de fines, porque todos tienden a suprimir la explotación del hombre por el hombre, y de la unidad de ideología, puesto que todos defienden la amistad y la fraternidad de los pueblos.

---

[234] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XV, págs. 171-172.
[235] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXV, pág. 200.

En este sentido, todos los obreros pertenecen a una misma "nación", al ejército mundial de los hombres del trabajo, a los que en todos los países burgueses oprime y explota una misma fuerza: el capital. Ello no significa en modo alguno, sin embargo, que por pertenecer al ejército internacional del trabajo, el obrero deje de ser francés, inglés, italiano, etc. ¡Todo lo contrario! Del internacionalismo proletario se deduce como algo natural y lógico un patriotismo auténtico, y no falso.

En efecto, ¿acaso la fidelidad a los ideales últimos de la clase obrera no origina el ardiente deseo de ver al pueblo propio libre y floreciente, prosperando en el campo del progreso social? La clase obrera, que aspira a suprimir todas las formas de explotación y opresión, no desea esto sólo para ella misma, sino para todos los trabajadores y toda la nación. Justamente la realización de los objetivos finales de la clase obrera -derrocamiento del poder de los explotadores, que se oponen al progreso de la nación, y construcción del socialismo- es lo único capaz de proporcionar a cada pueblo una libertad, una independencia y una grandeza nacional verdaderamente auténticas. Resulta que la clase más internacionalista, la clase obrera, es a la vez la más patriótica.

Tales son algunos de los principios generales que determinan la posición de la clase obrera frente al problema de la soberanía. Al adoptar la actitud más consecuente en cuanto a la defensa de la independencia, los obreros actúan como portavoces de los intereses de la nación entera. Y por esta razón, ellos y su partido marxista-leninista pueden agrupar en torno suyo a las demás capas y clases de la población.

Los Partidos Comunistas de los países capitalistas mantienen en alto la bandera de la independencia nacional y de la libertad. El mantenimiento de la soberanía y la aplicación de una política exterior independiente son reivindicaciones que figuran en los programas del movimiento comunista en Francia, Italia y otros países.

El Partido Comunista de Gran Bretaña ha escrito en su programa la reivindicación de "mantener una política inglesa independiente". El Partido Progresista Obrero de Canadá llama a sus compatriotas a "reconquistar a los Estados Unidos nuestra independencia nacional". El Partido Comunista del Japón pide que se ponga fin a la opresión nacional y el restablecimiento de la independencia del país, pisoteada por los imperialistas americanos. El Partido Comunista de Noruega ha lanzado la consigna: "Noruega debe ser un Estado libre e independiente."

Las acciones de la clase obrera en defensa de la soberanía contribuyen a agrupar a todas las fuerzas sanas de la nación para la lucha contra el imperialismo y la reacción, por la paz, la libertad y la independencia.

El principio de la soberanía es sentido por las capas más amplias del pueblo.

La necesidad de mantener la autonomía del Estado en cuanto a la definición de su política interior y exterior viene impuesta, en las condiciones actuales, por los intereses comunes a toda la nación.

El mantenimiento de la soberanía interesa vitalmente no sólo a la clase obrera, sino también a los campesinos. Tal como ahora están las cosas, la competencia de los capitalistas agrícolas norteamericanos, que disponen de grandes excedentes de producción, hace muy difícil la situación de los campesinos en muchos países capitalistas. El torrente de productos del campo que llegan del extranjero y que son vendidos a bajo precio, arruina a los campesinos de Europa Occidental. Entre éstos cunde la idea de que únicamente podrán defender sus intereses si se incorporan a la lucha contra la invasión de los monopolios extranjeros y por la independencia económica y la soberanía.

La lucha por la soberanía, por la dignidad nacional, encuentra también vivo eco entre los intelectuales, que sufren al ver el colapso de la cultura nacional por la intervención americana en este terreno. Los países de Europa Occidental se ven inundados por las peores muestras de la literatura norteamericana, por películas que exaltan el crimen y la corrupción, por revistas que hacen propaganda del "modo americano de vida"; todo esto hace que se pervierta el gusto de las gentes e influye perniciosamente sobre la moral de las jóvenes generaciones. Además, la "intervención" norteamericana en el plano cultural significa un daño directo para los intelectuales de cada país -pintores, escritores, compositores, artistas, etc.-, por cuanto les resulta más difícil encontrar aplicación a su talento y capacidad.

A excepción de los representantes del gran capital monopolista, que, según la expresión de Lenin, "no tiene patria", una parte bastante considerable de la burguesía tampoco puede mostrarse conforme con la grosera intervención norteamericana en los asuntos ajenos. De ninguna manera se siente dispuesta a sufrir calladamente las imposiciones de los monopolistas extranjeros, que únicamente se guían por sus intereses y su afán de lucro, mientras que a los demás les llevan la opresión y la humillación nacional. El sentimiento de dignidad ofendida que experimentan muchos hombres de la burguesía se ve caldeado por los "agravios" de carácter económico que se ven obligados a soportar.

V. I. Lenin hacía notar en 1920 que "los imperialistas son opresores no sólo de los obreros de sus propios países, sino también de la burguesía de

los Estados pequeños".[236]

La pérdida o la merma de la soberanía del país hace que la burguesía (a excepción de una pequeña parte) haya de "estrecharse" en un mercado interior que acostumbraba a mirar como propio; sus beneficios se restringen, puesto que parte de ellos, a veces muy importante, va a parar al bolsillo de los capitalistas extranjeros. De dueña y señora que era, se convierte en vasalla de estos últimos, y en ocasiones no se libra de ser puesta en una situación humillante. Así llega a caer en la cuenta del valor de la soberanía y de las ventajas de la independencia, y comienza a mirar con simpatía a quienes luchan contra la preponderancia norteamericana.

Por lo tanto, las fuerzas interesadas en conservar la independencia y la soberanía representan en los países capitalistas la mayoría de la nación. Esto proporciona la posibilidad real de aislar al ala reaccionaria extrema de la burguesía -a la oligarquía financiera que traiciona los intereses de la patria- y poner fin a la subordinación de los países independientes al imperialismo norteamericano.

Capitulo XVIII. La lucha en defensa de la democracia en los países burgueses

Hace ya mucho que pasaron los tiempos en que la burguesía de Europa Occidental y de América del Norte era una clase revolucionaria y campeona de la democracia. En cuanto llegó al poder y consolidó su dominación de clase, dio la espalda a los principios que sus ideólogos habían proclamado en la época de la lucha contra la reacción feudal absolutista. Conforme el tiempo avanzaba, sus ponderaciones de la democracia, la libertad y la igualdad se convertían, dentro de la sociedad burguesa, en una ilusión, en un engaño manifiesto. Democracia para los ricos, libertad para los ricos, derechos civiles para los ricos: tal era la interpretación que recibían los principios proclamados solemnemente en el período de las revoluciones burguesas. Cuando el capitalismo entra en su fase imperialista, se intensifica singularmente el proceso de desintegración de la democracia burguesa, que se ve sustituida por formas abiertas de despotismo político del capital monopolista.

Pero la burguesía, aun convertida en una fuerza reaccionaria, no consiguió jamás apagar en las masas las aspiraciones democráticas. La clase obrera y los trabajadores en general, que por propia experiencia saben lo mucho que para ellos significan en su vida diaria unas libertades y unos derechos democráticos, aunque reducidos al mínimo, continúan ejerciendo la presión más intensa sobre las clases dominantes. Gracias a esa presión justamente, en muchos países burgueses se ha establecido el régimen republicano, se han desarrollado las formas democráticas en la vida política y se ha implantado el sufragio universal.

Las conquistas democráticas de que ahora tanto habla la burguesía de algunos países no son obra suya en absoluto. No han sido concedidas por ella a las masas populares, sino arrancadas literalmente a lo largo de muchos años de empeñada lucha. Los hechos nos dicen que en los países burgueses la democracia se ha afirmado *a pesar* de las vacilaciones, traiciones y tendencias contrarrevolucionarias de la burguesía. Sólo por los esfuerzos de la clase obrera, apoyada por otras clases y capas de trabajadores, triunfó, por ejemplo, la República en Francia. En Inglaterra fueron necesarios decenios enteros de lucha, el gran esfuerzo del movimiento cartista, para conseguir elementales reformas de la ley electoral. Es muy instructivo también cuanto se refiere a la creación de sindicatos de la clase obrera, que hubo de regar con su sangre el camino de lucha hasta conseguir que se les reconociera existencia legal.

La lucha constante de la tendencia democrática y la antidemocrática en el seno de la sociedad burguesa fue ya señalada por V. I. Lenin. "El capitalismo en general y el imperialismo en particular -escribía- convierten la democracia en una ilusión; al propio tiempo, el capitalismo engendra aspiraciones democráticas en las masas, crea instituciones democráticas y agudiza el antagonismo entre el imperialismo, que niega la democracia, y las masas, que la quieren."[237]

Este antagonismo pervive por completo en nuestros días. Más aún, se ha agudizado por la creciente tendencia de la burguesía imperialista a arrebatar a los trabajadores sus derechos democráticos, por recortar y quitar raíces a la democracia. La lucha en defensa de la democracia ha adquirido en nuestros días el carácter de tarea primordial para todas las fuerzas progresivas de los países burgueses. Y el peso principal de esa lucha recae sobre los hombros de la clase obrera.

Hay que tener presente que la democracia, tal y como se estructuró en los países capitalistas desarrollados, es un conjunto de fenómenos muy variados y heterogéneos. Dentro de ella se encuentran las formas y métodos de dominación política y de poder, elaborados por la burguesía y que responden a sus necesidades (sustitución del monarca hereditario por un presidente electivo y un Parlamento, implantación del sistema de partidos, etc.). Por mucho que estas formas y estos métodos de poder hayan evolucionado, por su esencia son formas y métodos de que la burguesía se vale para *mantener sujetos* a sus enemigos de clase.

Al mismo tiempo, la noción de democracia comprende todo el conjunto de derechos y libertades que los trabajadores conquistaron en el transcurso de una larga lucha: libertad de palabra, de prensa, de reunión, de manifestación y huelga, derecho a formar organizaciones profesionales y políticas, etc. Estos

[236] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXX. pág. 420.

[237] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIII, pág. 13.

derechos, aunque muy incompletos y limitados por la desigualdad económica que impera en la sociedad burguesa, permiten a los trabajadores defender sus intereses: exigir la promulgación de leyes que pongan límites a la arbitrariedad de los patronos en cuanto al establecimiento de salarios y a la duración de la jornada, que implanten los seguros sociales, etc.

Así, pues, no todo lo que se refiere a la democracia burguesa es indiferente para las masas trabajadoras. Estas tienen el interés máximo en conservar y ampliar sus derechos civiles, pues el conjunto de éstos es lo que, dentro del régimen capitalista, da más amplio campo a la libertad de la lucha de clases, a la posibilidad de defender por vía legal sus reivindicaciones e intereses inmediatos y de luchar por los objetivos últimos que como clase obrera tienen.

Ahora bien, a la clase obrera no le es indiferente la suerte de la democracia burguesa en su conjunto cuando las fuerzas de la reacción se lanzan a la ofensiva contra ella. La democracia burguesa como forma de dominación de clase de la burguesía, con todos sus defectos, coloca a los trabajadores en condiciones infinitamente más ventajosas para la defensa de sus derechos que otras formas de dominación burguesa, como son el fascismo y demás variedades de dictadura descarada de la oligarquía financiera.

La posición de los marxistas frente a la democracia burguesa no puede ser la misma en todos los casos. Sabemos, por ejemplo, que durante la Gran Revolución Socialista de Octubre, Lenin y los comunistas rusos lucharon contra todos los partidos políticos que, amparándose en la defensa de la democracia burguesa, se mostraban contrarios a la instauración de la democracia proletaria. Y ello fue así porque en aquel período la democracia burguesa se había convertido en Rusia en la bandera alrededor de la cual se movilizaban todas las fuerzas contrarrevolucionarias para la lucha contra la clase obrera y la revolución socialista.

La situación es distinta ahora en los países capitalistas donde la reacción ataca a la democracia burguesa. Los trabajadores no han de optar entre revolución proletaria y democracia burguesa, como ocurría en Rusia en 1917, sino entre democracia burguesa y dictadura de los elementos más reaccionarios y agresivos del capital monopolista. No es difícil comprender hacia dónde se inclinan.

1. Lenin, acerca de la necesidad de luchar por la democracia dentro del capitalismo

Lenin vio como ninguno otro la limitación y el convencionalismo de la democracia burguesa y supo descubrir inflexiblemente sus lacras y vicios. Mas el fuego de la crítica leninista iba dirigido contra la democracia *burguesa,* y no contra la democracia en general, como tratan de presentar los enemigos del marxismo-leninismo. Lenin combatió las ilusiones pequeñoburguesas acerca de que, dentro del capitalismo, es posible alcanzar un auténtico poder del pueblo. Así demostró que tras la fachada democrática de cualquier república burguesa se oculta el mecanismo de la dominación de clase del capital y que la burguesía trata de poner al servicio de esa dominación todas las instituciones de la democracia.

Pero aun criticando a quienes se hallaban prisioneros de las ilusiones democráticas pequeñoburguesas, a quienes estaban dispuestos a posponer a ellas los grandes objetivos finales de la clase obrera, Lenin veía perfectamente el beneficio que la clase obrera podía sacar hasta de las libertades, a menudo recortadas, que había conseguido al precio de su sangre y de grandes sacrificios, y que la burguesía trata de arrebatarle. Por eso consideraba que "la democracia tiene un valor formidable en la lucha de la clase obrera contra los capitalistas y por su liberación".[238]

Lenin no daba por esta razón cuartel a las ideas y concepciones atrasadas de quienes afirmaban que la clase obrera no tiene nada que ver con la democracia y que al preocuparse por ésta puede perder de vista la lucha por sus intereses de clase.

Oponiase Lenin a estos absurdos izquierdistas y hacía ver la importancia que en el plano de los principios y en la práctica tiene la lucha por la democracia, en el curso de la cual el movimiento obrero adquiere madurez y se desarrolla, al tiempo que mejora las condiciones en que puede desenvolverse. Sin arrancar a la burguesía y sin consolidar determinados derechos políticos, la clase obrera no puede ver satisfechas ni siquiera sus reivindicaciones económicas. "Ninguna lucha económica -enseñaba Lenin- puede traer a los obreros una mejora estable en su situación; ni siquiera puede ser mantenida en amplia escala si los obreros no tienen derecho a celebrar libremente reuniones, a sindicarse, a publicar sus periódicos, a enviar representantes suyos a las Asambleas Nacionales..."[239]

Pero la importancia de la democracia para la clase obrera no deriva únicamente del hecho de que de ella dependen las condiciones de la lucha que mantiene. Lenin subrayó en repetidas ocasiones que la reivindicación de la democracia corresponde a los objetivos finales del movimiento obrero, a su meta histórica, que consiste en la supresión del dominio de clase en general. Lenin llamaba a la clase obrera a llevar a cabo la transformación económica necesaria para construir la sociedad socialista, mas, al mismo tiempo, indicaba que "el proletariado que no se educó en la lucha por la democracia es incapaz de realizar

[238] V. I. Lenin. *Obras.* ed. cit., t. XXV, pág. 443.
[239] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 193.

la transformación económica".[240]

Después de esto se comprende muy bien la profunda convicción con que Lenin manifiesta: "Sería un craso error pensar que la lucha por la democracia es capaz de apartar al proletariado de la revolución socialista o entorpecerla, llevarla a un segundo plano, etc. Al contrario, de la misma manera que el socialismo triunfante es imposible sin haber implantado la democracia completa, no puede prepararse para el triunfo sobre la burguesía el proletariado que no mantiene una lucha en todos los sentidos, consecuente y revolucionaria, por la democracia."[241]

Lenin tenía presente, se comprende, que la lucha por la democracia dentro de la sociedad burguesa, por mucha que sea la energía con que se mantenga y los éxitos que proporcione, únicamente puede proporcionar a la clase obrera resultados parciales, limitados de antemano al marco del régimen capitalista. Bajo este régimen no hay ni puede haber una democracia completa y consecuente para las grandes masas trabajadoras, pues la dominación de clase de la burguesía permanece intangible cualquiera que sea la estructura del Estado capitalista. Bajo el capitalismo es completamente imposible implantar un auténtico poder del pueblo, como, llevados por su fantasía, sueñan ciertos elementos pequeñoburgueses. Mas la lucha por la democracia, según lo concebía Lenin, prepara a la clase obrera para el mejor cumplimiento de su misión, que consiste en acabar con toda opresión de clase y en crear una sociedad auténticamente democrática, que es la sociedad socialista.

Por consiguiente, cuando la clase obrera sale en defensa de la democracia tiene en cuenta por igual los intereses de su lucha diaria y sus tareas y planes para el futuro.

Tal es la base de principio que determina la posición de los partidos marxistas-leninistas hacia la lucha por la democracia en los países burgueses.

2. Ofensiva de los monopolios capitalistas contra los derechos democráticos de los trabajadores

En la época del imperialismo, la lucha por la democracia adquiere un valor especial por la razón de que el capital monopolista trata de imponer en todos los terrenos un orden extremadamente reaccionario, que guarda relación con sus aspiraciones a una dominación ilimitada, a la explotación inhumana de los trabajadores, con objeto de obtener beneficios máximos sin reparar en recursos ni en medios. Estas aspiraciones se desprenden, ante todo, de la naturaleza económica del capital monopolista: la consolidación de su poderío significa el paso de la libre competencia a los monopolios y a la lucha entre los monopolios que se disputan el poder y la influencia. Pero el monopolio es siempre el antípoda de la libertad, vence aplastando a la libertad en todas las esferas de la vida económica y política. "La superestructura política sobre la nueva economía, sobre el capitalismo monopolista (el imperialismo es el capitalismo monopolista) -indica Lenin-, es un viraje *de* la democracia *a* la reacción política. A la libre competencia corresponde la democracia. La reacción política corresponde al monopolio."[242]

La oligarquía financiera, enemiga de la democracia.

En su análisis de las consecuencias económicas y políticas a que conduce la instauración del poder de los monopolios, Lenin subraya que, en la época del imperialismo, la ofensiva de la reacción sobre las instituciones, sistemas y tradiciones democráticas adquiere la forma de violencia abierta contra la totalidad de las clases y capas (a excepción de la gran burguesía) y se extiende a los sectores más amplios de la vida política y social.

Esta ofensiva de los monopolios centra sus fuegos contra la democracia en general, pues monopolio y democracia se encuentran en contradicción flagrante. V. I. Lenin decía a este respecto: "Lo mismo en política exterior que interior, el imperialismo tiende por igual a la violación de la democracia, a la reacción. En este sentido es indudable que el imperialismo es la «negación» *de la democracia en general, de toda la democracia...*"[243]

Las tendencias antidemocráticas de la burguesía monopolista se acentúan sin cesar en el período de crisis general del capitalismo. La agudización de la lucha de clases, la debilitación progresiva de las posiciones del capitalismo y el miedo al socialismo, cuyas fuerzas crecen sin cesar, es lo que empuja a los monopolios a las posiciones extremas en política interior y exterior.

Después de la primera guerra mundial, en algunos países capitalistas venció el fascismo y se estableció una dictadura descarada y sangrienta de los grupos más reaccionarios y aventureros de la burguesía monopolista y los terratenientes. *El fascismo, como lo demuestra la experiencia de Alemania e Italia, significa la supresión completa de la democracia.* La disolución de las organizaciones obreras, la represión implacable de toda muestra de oposición, sin exceptuar la de los liberales burgueses; la negación de los derechos democráticos elementales a los trabajadores, la subordinación completa del pueblo al arbitrio de los monopolios y de su máquina estatal, la muerte de los mejores hombres en cárceles y campos de concentración, la barbarie racial y la preparación desesperada para la guerra, y por último, la agresión

[240] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIII, pág. 13.
[241] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 133.
[242] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIII, pág. 31.
[243] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIII, pág. 31.

que desencadena una nueva matanza mundial. Todo eso es lo que trajo consigo la dictadura fascista.

La segunda guerra mundial, mantenida por los pueblos para poner fin al fascismo, desorganizó de momento la ofensiva de las fuerzas reaccionarias en muchos países capitalistas. Pero la victoria sobre la coalición hitleriana de los pueblos que aman la paz estuvo muy lejos de acabar con la amenaza de reacción desenfrenada que el imperialismo lleva consigo. La tendencia de la burguesía imperialista a la reacción política dentro del país y a la agresión en el exterior no tardó en levantar cabeza en los países burgueses, y en primer término en los Estados Unidos, que son la ciudadela principal del capitalismo. En el período postbélico se ha desplegado una nueva y amplia ofensiva del capital monopolista contra los derechos y libertades democráticos de los pueblos dentro de los países capitalistas. Y el peligro que se cierne sobre las conquistas democráticas de los pueblos viene acentuado por los dos factores siguientes:

Primero, el incremento tomado por el capitalismo monopolista de Estado, la subordinación cada vez mayor del Estado burgués a los monopolios capitalistas. La participación directa de los monopolios en la gestión de los asuntos públicos les permite dar de lado a cualquier norma democrática que se oponga a su dominación ilimitada. En estas condiciones, la maquinaria estatal se convierte en un simple instrumento que el capital monopolista maneja a su antojo.

Segundo, el creciente papel del imperialismo norteamericano. Este ha envuelto en sus redes a una serie de países capitalistas y se entromete descaradamente en sus asuntos internos. En todos los sitios busca el apoyo de la reacción extrema; estimula todo género de medidas antidemocráticas y concede a los gobiernos burgueses recursos financieros, y a veces armas, para llevarlas a la práctica. Los círculos reaccionarios de Estados Unidos son en la palestra internacional la principal fuerza antidemocrática que ejerce presión sobre todo el mundo capitalista.

A esto hay que agregar la creciente influencia reaccionaria de las agrupaciones monopolistas interestatales y de los bloques agresivos. Los diversos organismos "supranacionales" creados en Europa escapan de hecho al control de los propios pueblos y alivian a los monopolistas la tarea de combatir en común los derechos democráticos y las libertades dentro de cada nación.

La reacción atenta contra los intereses vitales de la clase obrera.

La ofensiva de la reacción contra la democracia es sostenida, pues, en distintas direcciones y en un frente muy amplio.

Dicha ofensiva se traduce, por ejemplo, en la revisión abierta de las normas constitucionales y de los sistemas electorales. En algunos países capitalistas se han aprobado últimamente numerosas enmiendas a la Constitución por las que se incrementan las facultades de los gobiernos burgueses y se debilita el control que sobre ellos ejercen los Parlamentos. Son revisadas, para recortarlas, las leyes electorales; prescindiese del principio de la representación proporcional, con lo que salen ganando los partidos burgueses de extrema derecha, y la clase obrera pierde su representación en los Parlamentos. Cada vez se restringe más la función legisladora de éstos, transmitiéndose dichas facultades a un poder ejecutivo que se encuentra subordinado a los monopolios.

Estas tendencias se han manifestado, más o menos intensamente, en todos los países burgueses, sin que se salven los Estado Unidos, Gran Bretaña, la República Federal Alemana ni Italia; han podido observarse, sobre todo, en Francia, donde la Constitución democrática de 1946 ha sido sustituida, en 1958, por otra que suprime de hecho el régimen parlamentario e instaura un sistema presidencialista.

Obsérvase también un proceso de limitación constante de los derechos democráticos de los trabajadores y un incremento de la arbitrariedad y el terror policíacos. En 1950 se aprobaba en Estados Unidos la ley MacCarran, por la que se establecía el control de la policía sobre la correspondencia privada y las conversaciones telefónicas, dando así, de hecho, fuerza legal al control de las ideas. También en Inglaterra se practica la escucha de las conversaciones telefónicas. Las proporciones que el desenfreno policíaco puede alcanzar en los países burgueses nos lo demuestra la historia del maccarthismo, que en poco tiempo supo imponer su sello a toda la vida del pueblo norteamericano.

Ningún país del mundo posee actualmente una policía política tan ramificada como los Estados Unidos. Bastará remitirse al testimonio de Cirus Eaton, industrial multimillonario y significada personalidad social de Norteamérica. En mayo de 1958 decía en una entrevista televisada: "Si tomamos la policía de las ciudades, distritos, estados y organismos gubernamentales y la unimos, hay que decir que Hitler en el período de su esplendor, aun disponiendo de la Gestapo, no tuvo jamás una organización de vigilancia como la que nosotros poseemos hoy en nuestro país."

Quienes más sufren de este desenfreno de la reacción son la clase obrera y sus organizaciones. El período postbélico se ha distinguido por la implantación de leyes antiobreras en la mayoría de los países capitalistas. Así "agradece" la burguesía el abnegado trabajo de los obreros y sus privaciones durante la guerra. Un modelo de ley antiobrera es la de Taft-Hartley, aprobada por el Congreso norteamericano en 1947, que pone estrechos límites a uno de los más importantes derechos constitucionales

de los obreros, como es el derecho de huelga. En realidad, se trata de un intento de colocar al Estado burgués sobre el movimiento obrero y de convertir a dicho Estado en árbitro de los conflictos entre los obreros y los patronos. Si recordamos que el aparato estatal de los países capitalistas se encuentra en manos de los monopolios o de gentes suyas, comprenderemos fácilmente qué pueden esperar los obreros de semejante arbitraje.

La experiencia de Inglaterra nos dice bien a las claras al lado de quién se encuentra el Estado burgués; las huelgas más reñidas son casi en este país las que se mantienen en los sectores nacionalizados de la economía, es decir, allí donde las empresas se encuentran directamente en manos del Estado.

La legislación antiobrera tiene en nuestra época características que la hacen particularmente peligrosa para los trabajadores. Se trata de una de tantas manifestaciones de la política del capitalismo monopolista de Estado en el plano de las relaciones entre las clases. Valiéndose del Estado, el capital monopolista trata de apoderarse del movimiento obrero y de mantenerlo sometido a su control para que nada se oponga ya a la explotación de los trabajadores.

Hay que señalar, en fin, el incremento general de los métodos terroristas con que se persigue a los trabajadores en los países burgueses. Se trata del Ku-Klux-Klan, que vuelve a levantar cabeza, de la actividad de organizaciones fascistas militarizadas como la "Legión Americana" (Estados Unidos) y los "Cascos de Acero" (República Federal Alemana), de la formación de todo género de "grupos de producción" o "para el mantenimiento del orden" en las fábricas de Estados Unidos, Alemania Occidental, Francia e Italia. Todo esto son eslabones de una misma cadena.

La ofensiva de la reacción tropieza con la creciente resistencia de las masas populares. No obstante, el peligro está lejos de haber sido eliminado y exige una vigilancia atenta por parte de todas las fuerzas progresistas y democráticas de los países burgueses.

El anticomunismo como táctica favorita de los enemigos de la democracia.

Entre las distintas formas que adopta la ofensiva de la reacción contra la democracia, un lugar específico corresponde a los ataques que se emprenden bajo la bandera de la "lucha contra el comunismo".

Los comunistas son las primeras víctimas de la reacción porque son los enemigos más decididos de la esclavitud capitalista, los más consecuentes defensores de las libertades democráticas y derechos de los trabajadores. Cuando la burguesía imperialista descarga sobre los Partidos Comunistas sus más fuertes golpes, lo que pretende es privar a la clase obrera de su vanguardia y paralizar su lucha.

Largos años de experiencia demuestran, sin embargo, que las persecuciones de que los comunistas son objeto buscan unos fines más amplios. Sirven siempre de señal para la ofensiva de la reacción contra *todos* los partidos y organizaciones democráticas. Contra *todos* los sindicatos y *todos* los elementos de oposición. La persecución, iniciada contra los comunistas, se amplía después a los socialistas de izquierda, y luego a todos los socialistas; más tarde les llega la vez a los liberales burgueses, y a continuación a todos cuantos se oponen lo más mínimo a la dictadura del capital monopolista.

Así ocurrió en la Italia fascista y en la Alemania hitleriana. El mismo procedimiento siguen ahora los círculos reaccionarios de distintos países europeos y de Estados Unidos. De ahí la inquietud que entre los hombres avanzados de Occidente despiertan los intentos de la reacción de poner fuera de la ley a los comunistas norteamericanos, el acuerdo del gobierno de Bonn de prohibir el Partido Comunista de Alemania y actos antidemocráticos análogos en otros países.

Actualmente, los Partidos Comunistas están prohibidos en más de 30 países del "mundo libre"; esto demuestra una vez más el desenfreno a que han llegado las fuerzas reaccionarias y la gran amenaza que se cierne sobre las conquistas democráticas de la clase obrera. Esta amenaza se acentúa sobre todo allí donde la reacción consigue aislar a los comunistas de los otros partidos y organizaciones democráticas, donde la separación y la división reina entre comunistas y socialistas. La división facilita hoy día a las fuerzas reaccionarias la lucha contra los comunistas; mañana le permitirá lanzarse contra quienes contemplan indiferentes las persecuciones de que los comunistas son objeto.

Con el fin de embotar la vigilancia de las masas populares, se difunde la falsa versión de que esas persecuciones no afectan a nadie que no sean los comunistas. Se engañan peligrosamente ciertos líderes socialistas y liberales, demasiado miopes, cuando suponen que podrán evitar los golpes y represiones si dejan a los comunistas abandonados a su suerte, si no se "ponen a mal" con la reacción y se comportan "sensatamente". Toda la experiencia histórica del movimiento obrero, en particular la amarga experiencia de los obreros alemanes durante la orgía de la reacción hitleriana, clama contra esa cobarde táctica. *Únicamente los esfuerzos conjuntos de todas las fuerzas democráticas son capaces de detener la ofensiva de la reacción* y *de rechazar sus ataques.*

Toda la historia de la lucha de los trabajadores en los países capitalistas nos lleva a la conclusión de que la democracia es indivisible. Es suficiente aceptar que los Partidos Comunistas sean excluidos

de su esfera para que se vean en peligro los derechos, los intereses y a veces la existencia misma de otras organizaciones progresistas.

La democracia como base de los movimientos populares de masas.

La lucha de la clase obrera en defensa de la democracia tiene tanto más valor por cuanto del éxito de la misma depende, en buen grado, el de otros importantes movimientos populares de nuestros días en defensa de la paz, de la independencia nacional y de la soberanía. Todos estos movimientos guardan relación íntima entre sí y en la práctica se interfieren a menudo. Es imposible, por ejemplo, apartar la lucha por la democracia de la lucha por la paz, pues la preparación de la guerra va acompañada inevitablemente de ataques en masa contra la democracia y del incremento de la reacción política y de la explotación de la clase obrera. Hay que tener en cuenta, sin embargo, que la capacidad de las masas populares para influir sobre la política de las clases gobernantes depende del nivel de desarrollo de la democracia en cada país capitalista concreto.

Para expresar su voluntad de paz y su protesta contra los preparativos bélicos, los trabajadores han de tener derecho de manifestación y de reunión, han de poder celebrar mítines, tener cabida en la prensa, etc. Al objeto de influir sobre la política del gobierno, han de tener representantes suyos en el Parlamento. Para defender con éxito la independencia nacional y la soberanía se requiere un determinado grado de democracia, de tal modo que las masas puedan expresar su voluntad e insistir en sus reivindicaciones.

Así, pues, la defensa de la democracia es, en las condiciones actuales, deber y obligación de todos los hombres y organizaciones progresistas, de todos los amigos de la paz, de todos cuantos estiman la independencia de su patria. Con su defensa de la democracia frente a los ataques de la reacción, al no permitir que les sean arrebatados los derechos y libertades de las masas trabajadoras, la clase obrera de los países capitalistas sienta la base para el triunfo de la causa de la paz y la independencia nacional.

3. La unificación de las fuerzas democráticas, condición primordial para la victoria sobre la reacción y el fascismo

Contrariamente a todos los deseos y cálculos de la reacción, sus intentos de recortar o suprimir la democracia han puesto en movimiento fuerzas poderosas que se oponen a tales propósitos. Justamente porque el menoscabo de la democracia afecta a los intereses de las más diversas clases y capas de la población, se hace objetivamente posible en los países capitalistas la formación de un amplio frente de lucha en defensa de la democracia.

Ampliación de la base social del movimiento democrático.

Una reserva de singular importancia para el ascenso del movimiento democrático es la pequeña burguesía. Refiriéndose a la doble situación que ésta ocupa, Lenin escribía: "El marxismo nos enseña que, mientras exista el capitalismo, las masas pequeñoburguesas sufrirán inevitablemente a consecuencia de los privilegios antidemocráticos..., sufrirán las consecuencias de la opresión económica."[244]

El capital monopolista asfixia y arruina a la pequeña burguesía de la ciudad y el campo, produciendo en ella un sentimiento de irritación y protesta. Pero este sentimiento de irritación del pequeñoburgués, en virtud de la doble naturaleza que le es propia, puede ser utilizado por la reacción. Esta trata de despertar en él los bajos instintos del pequeño propietario; procura sembrar ilusiones y esperanzas de que en calidad de tal podrá recobrar su bienestar.

El fascismo demuestra que, en determinadas condiciones, la camarilla monopolista puede arrastrar a la pequeña burguesía y aprovecharla para combatir a la democracia. Así ocurrió en Italia y Alemania. Pero el fascismo ha sido también una severa lección para la pequeña burguesía a la que él engañó.

En la situación actual, las condiciones objetivas facilitan la lucha de la clase obrera y de los Partidos Comunistas por incorporar a la pequeña burguesía a las filas del movimiento democrático.

La posición hacia la democracia y su suerte futura ha cambiado también sensiblemente entre los propios capitalistas. Los monopolistas y sus cómplices ven en la democracia una supervivencia del pasado y una carga manifiesta; aspiran a terminar con ella porque, hasta en sus formas burguesas, representa un valladar para sus deseos de conseguir la dominación ilimitada dentro del cuerpo social. Otra parte de la burguesía, sin embargo, no está interesada en modo alguno en una omnipotencia de los monopolios que no le augura nada bueno.

El capital monopolista no se desarrolla sólo por la explotación inhumana de la clase obrera, los campesinos y la pequeña burguesía de la ciudad, sino también por la absorción o supresión de un gran número de empresas capitalistas pequeñas y medias.

Lenin dice, refiriéndose a la situación en que se ven los dueños de estas últimas en la época del capitalismo monopolista: "Ante nosotros no tenemos ya la competencia y lucha de empresas pequeñas y grandes, técnicamente atrasadas y técnicamente avanzadas. Ante nosotros vemos cómo los monopolistas aplastan a quienes no se subordinan a ellos..., a la opresión y la arbitrariedad de los monopolios."[245]

[244] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XVII, pág. 57.
[245] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 194.

La ofensiva de los monopolios contra las capas medias de la burguesía va acompañada por un incremento de la opresión política. La vida nos ofrece en el mundo capitalista buen número de ejemplos de violación de los derechos e intereses de la burguesía media, de persecución de las organizaciones, los partidos y la prensa que salen en su defensa.

Hay que agregar que parte de la burguesía se opone a la limitación excesiva de los derechos y libertades democráticos, por el temor de que eso agudice la lucha de clases, con las grandes conmociones sociales que lleva aparejadas.

La clase dominante ha de tener presente asimismo la experiencia de las dictaduras fascistas de Alemania e Italia; ve que la dominación sin freno de los grupos reaccionarios extremos de la burguesía monopolista amenaza con escindir profundamente el campo imperialista y provoca una incontenible reacción antifascista en todo el mundo. Por eso, los políticos burgueses más sensatos exhortan a la "moderación", sosteniendo que, desde el punto de vista de los intereses de clase de la burguesía en su conjunto, la democracia parlamentaria es un método de gobierno más "seguro" que la dictadura fascista.

La diferenciación producida en el campo burgués amplía las posibilidades de agrupar a grandes capas del pueblo para la defensa de la democracia.

La lucha de la clase obrera por la agrupación de todas las fuerzas democráticas.

Lo mismo que en los demás movimientos progresistas, en la lucha por la democracia la clase obrera está llamada a cumplir un papel de vanguardia. Esto es así porque, de todas las clases de la sociedad burguesa, el proletariado, por su naturaleza misma, es la clase que aspira a una democracia más profunda y consecuente; al mismo tiempo, es la más audaz y organizada, la más capaz de ir a la cabeza contra los manejos de la reacción. Dando a las otras clases y capas ejemplo de consecuencia y fidelidad a los principios en la lucha por la democracia, la clase obrera se asegura la hegemonía dentro de esta lucha, en la que está dispuesta a ir más lejos que ninguna otra. "La hegemonía de la clase obrera es su influencia política (de ella y de sus representantes) sobre los demás elementos de la población en el sentido de expurgar su espíritu democrático (cuando existe tal espíritu) de impurezas no democráticas..."[246]

Los Partidos Comunistas de los países capitalistas trabajan incansablemente para agrupar a las más amplias capas del pueblo en defensa de la democracia.

Palmiro Togliatti, secretario general del Partido Comunista Italiano, decía en diciembre de 1956, en su informe ante el VIII Congreso del Partido, refiriéndose a la encarnizada ofensiva de la burguesía contra las conquistas democráticas del pueblo: "Nosotros sabemos la tenacidad con que se resisten al progreso las clases y partidos que hoy se encuentran en el poder, y no excluimos la posibilidad de intentos de golpes reaccionarios. Y considerando esa posibilidad, llegamos a la conclusión de que es necesario mantener aún más fuerte en nuestras manos la bandera del progreso democrático y de defensa de la libertad, no sólo en interés nuestro, sino de todas las capas del pueblo, de toda la sociedad italiana."

Una tenaz lucha en defensa de la democracia mantiene el Partido Comunista francés en estos momentos en que las fuerzas reaccionarias se muestran tan activas. El Partido denuncia enérgicamente la doblez y la falsedad de la propaganda burguesa cuando ésta afirma que los males de Francia se deben al "exceso de democracia". El Pleno del C.C. del P.C.F., celebrado en junio de 1958 después de que De Gaulle había formado su gabinete, manifestaba: "La causa de las calamidades que afligen a Francia no es la democracia o el régimen parlamentario, sino al revés, es la constante violación, por medio del anticomunismo, de la voluntad de los electores y de los principios del régimen parlamentario... El medio para superar el desorden y la impotencia del gobierno no está en lanzar por la borda la democracia, sino, al contrario, en asegurar su funcionamiento normal... "

El Pleno llamaba a la creación de un amplio frente antifascista contra la reacción. "Prenda de la victoria en esta lucha -decía la resolución del Pleno- es la unidad de la clase obrera basada en la unidad de comunistas y socialistas y en la agrupación, en torno a la clase obrera, de todas las fuerzas democráticas y nacionales."

La tarea de agrupar a las fuerzas democráticas se plantea como una necesidad aguda en Estados Unidos e Inglaterra, en Francia y Bélgica, en la República Federal Alemana e Italia y en todos los demás países capitalistas. Los comunistas se encuentran siempre en las primeras filas de quienes luchan por la democracia.

Los representantes de los Partidos Comunistas de Italia, Francia y otros países capitalistas que hablaron en el XXI Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética, se detuvieron muy especialmente en las tareas de la lucha por la democracia y por la agrupación de todas las fuerzas democráticas. Según indicaban, en Europa Occidental está madurando otra gran ofensiva de las fuerzas de la reacción. Numerosos hechos prueban que la burguesía dominante abandona cada vez más los métodos democrático-burgueses de gobierno y pasa a métodos semifascistas y hasta descaradamente fascistas.

En el informe de N. S. Jruschov ante el XXI Congreso se decía: "Para millones de hombres, el fascismo va relacionado de ordinario con los

---

[246] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XVII. pág. 56.

nombres de Hitler y Mussolini. Sin embargo, no hay que excluir que el fascismo pueda renacer en otras formas, que no sean las anteriores, desacreditadas ya ante los pueblos.

"Ahora, cuando existe el poderoso campo del socialismo, cuando el movimiento obrero tiene gran experiencia de lucha contra la reacción y cuando la clase obrera está más organizada, son mayores las posibilidades de los pueblos para cerrar el paso al fascismo. Contra el fascismo se puede y se debe agrupar a las más amplias capas del pueblo, a todas las fuerzas democráticas auténticamente nacionales."[247]

Capitulo XIX. Las amenazas de guerra y la lucha de los pueblos por la paz

1. El imperialismo amenaza más que nunca el futuro de la humanidad

La consecuencia más monstruosa del imperialismo son las guerras mundiales. Desde que el capitalismo entró en su última fase, la humanidad ha sido arrastrada ya a dos catástrofes de este género que se prolongaron en total durante diez años. Si a este tiempo unimos las guerras locales desencadenadas por los imperialistas en la primera mitad de siglo, resulta que en más de la mitad de todo este período no cesaron las matanzas.

La segunda guerra mundial dejó muy atrás a la primera por sus proporciones y por el encarnizamiento con que se llevó a cabo. En la primera tomaron parte 36 países, con un total de 1.050 millones de habitantes (el 62 por ciento de la población mundial); la segunda atrajo a su órbita a 61 países con una población de 1.700 millones de habitantes (el 80 por ciento de la población del globo). En la primera, las operaciones militares se desarrollaron en un territorio de cuatro millones de kilómetros cuadrados, y en la segunda, de 22 millones. En la primera guerra mundial fueron llamados bajo las armas 70 millones de hombres, y en la segunda 110 millones.

Lo mismo puede decirse en cuanto a las víctimas. En la primera guerra mundial hubo 10 millones de muertos y 20 millones de heridos. La segunda se llevó 32 millones de vidas humanas y dejó 35 millones de inválidos.

En cuanto a las pérdidas materiales, podemos hacernos una idea por las cifras siguientes: en Europa, durante la segunda guerra mundial quedaron destruidos 23,6 millones de viviendas, 14,5 millones de edificios públicos y empresas industriales y más de 200.000 kilómetros de vías férreas. Sólo en la Unión Soviética, los invasores fascistas alemanes incendiaron y destruyeron 1.710 ciudades y más de 70.000 aldeas, con lo que perdieron su hogar 25 millones de personas.

A pesar de las terribles armas aparecidas en el siglo XX, que llevaban a los militaristas a enunciar las aventureras teorías de la "guerra relámpago", la duración de las guerras no disminuye, sino que va en aumento. La primera guerra mundial duró 51.5 meses, y la segunda 72.

Vivo testimonio del creciente espíritu reaccionario y agresivo del imperialismo en nuestros días es la constante amenaza de una nueva guerra mundial, que por su fuerza destructiva dejaría muy atrás a todo cuanto la humanidad ha conocido hasta ahora.

En efecto, durante las guerras de 1914-1918 y de 1939-1945 hubo extensas zonas y continentes enteros (por ejemplo, toda América y gran parte de África) a los que no llegó el fragor de la contienda. Actualmente, el cambio, los puntos más alejados de la tierra se encuentran al alcance de la aviación moderna y de los proyectiles dirigidos. No sólo los ejércitos en el frente, sino también la población civil de la retaguardia más profunda conocerían sus efectos. Estrategas y teóricos del imperialismo preparan ya abiertamente a esta idea a la opinión pública. Lyddel Hart, escritor militar inglés, afirma sin rodeos que "la guerra ha dejado de ser una lucha entre dos ejércitos. La guerra se ha convertido en un simple proceso de destrucción".

Las calamidades de una tercera conflagración mundial se incrementarían muy especialmente por las circunstancias de que los imperialistas la proyectan y preparan como una guerra nuclear. Y el radio de acción del arma atómica y de hidrógeno es tan extenso, el peligro de contaminación radiactiva de la atmósfera es tan grande, que la explosión de una o dos bombas de hidrógeno podría ser catastrófica para cualquier país europeo de extensión media. Y no hablemos ya de los Estados pequeños.

No olvidemos tampoco que las pruebas de armas atómicas, a la prohibición de las cuales tanto se resisten los imperialistas, someten a la humanidad a un grave peligro. La continuación de estas pruebas, incluso al nivel actual, puede tener consecuencias irreparables para la salud de las futuras generaciones.

Así, pues, la carrera de armamentos, desencadenada por las potencias imperialistas, nos ha llevado a una situación de extraordinario peligro.

La historia del capitalismo abunda en páginas negras que rezuman sangre. Pero los preparativos que los imperialistas hacen para una tercera guerra mundial empujan a la humanidad a un crimen que sobrepasa y eclipsa todo cuanto hasta ahora se conoce.

Una estrategia peligrosa para la paz.

Los círculos agresivos del capital monopolista de

[247] N. S. Jruschov, "Acerca de las cifras de control para el desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. durante los años 1959·1965", en *Materiales del XXI Congreso extraordinario del P.C.U.S.,* Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 99.

Estados Unidos representan una amenaza muy seria para la paz. En vísperas de la segunda guerra mundial, ciertos prohombres de los monopolios norteamericanos expusieron ya sus pretensiones a la dominación del mundo. La oligarquía financiera de Wall Street ha aprovechado la victoria de la coalición antihitleriana para tratar de establecer el imperio mundial del dólar.

Con su programa de expansión, los monopolios de Estados Unidos perseguían fines de largo alcance: robustecer su posición dominante en el campo capitalista; aplastar el movimiento de liberación nacional e impedir la desintegración definitiva del sistema colonial, arrebatando el control de éste a los viejos imperios; detener la decadencia del capitalismo, resolviendo las contradicciones que dicho régimen encierra a costa del campo socialista, organizando contra él una nueva guerra.

La clave para la realización de este programa era la "guerra fría" contra la Unión Soviética y las democracias populares. Porque la existencia de la Unión Soviética y de la comunidad de Estados socialistas entraña graves riesgos para cualquier plan de conquista de la dominación del mundo y lo condena al fracaso.

Quienes organizaron y planearon la guerra fría comprendían que serían necesarios muchos esfuerzos y tiempo para cambiar en recelo y hostilidad la estimación y la confianza que los pueblos de Occidente sentían hacia la Unión Soviética, su valeroso aliado del día de ayer en la lucha contra el fascismo hitleriano. El primer fin de la guerra fría fue, por eso, envenenar la atmósfera internacional hasta tal punto que resultara posible la agrupación de un amplio bloque antisoviético y antisocialista.

El mismo término de "guerra fría" presupone un estado intermedio e inestable entre la paz y la guerra, un estado de hostilidad política que se halla a un paso del conflicto armado. El núcleo de la guerra fría es una tensión internacional artificialmente creada y mantenida, la negativa a colaborar internacionalmente en pie de igualdad y la proclamación de los métodos de imposición y de presión sobre los países socialistas (política "desde la posición de fuerza"). La guerra fría trae consigo la restricción máxima del comercio normal entre Occidente y Oriente, la adopción, en tiempos de paz, de listas prohibitivas de mercancías, el embargo y el bloqueo económico; el cese o la reducción al mínimo del intercambio cultural y de los contactos en el plano científico, y un amplio trabajo de zapa y sabotaje contra los Estados socialistas, con los que exteriormente se mantienen normales relaciones diplomáticas.

Esta táctica de los medios agresivos de Estados Unidos no se propone únicamente fines antisoviéticos y antisocialistas. Entre el alboroto de la guerra fría, Norteamérica aspira a subordinar por completo a los demás países imperialistas y reducirlos a la situación de dóciles ejecutores de su voluntad. Si se pusiera fin a la guerra fría y se cesase de perturbar al mundo con la supuesta amenaza del "peligro comunista", en esos países renacerían inevitablemente las tendencias a mantener una política nacional autónoma.

Los círculos agresivos norteamericanos imitan en este aspecto a Hitler, quien, como todos saben, se sirvió del antisovietismo y el anticomunismo para arrancar concesiones a otros países capitalistas a los que más tarde había de hacer sus víctimas.

Bajo la falsa bandera de la lucha contra el "peligro comunista", durante los años de la guerra fría ha sido creado un amplio sistema de bloques militares y de bases estratégicas en territorios extranjeros. Todo ese sistema gira alrededor de la Alianza Nordatlántica (N.A.T.O.), que comprende 15 países (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania Occidental, Canadá, Italia, Bélgica, Holanda, Noruega, Dinamarca, Turquía, Portugal, Grecia, Luxemburgo e Islandia). En el Oriente Cercano y Medio, como continuación del anterior, nos encontramos con el antiguo Pacto de Bagdad, que ahora se conoce como Pacto de Ankara, o S.E.N.T.O. (Gran Bretaña, Turquía, Pakistán, Irán y, de hecho, Estados Unidos, que participan en tres importantes comisiones del mismo: económica, militar y de lucha contra la "actividad subversiva"). En el Asia Sudoriental tenemos la S.E.A.T.O., bloque que comprende a ocho países (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelandia, Pakistán, Filipinas y Tailandia). Paralelamente, en la zona del Pacífico, existe el A.N.Z.U.S. como bloque imperialista auxiliar (Australia, Nueva Zelandia y Estados Unidos).

La creación de este sistema de bloques militares ha dado un impulso como jamás se viera a la carrera de armamentos. Según datos oficiales de la N.A.T.O., los gastos militares de los países que la componen se han triplicado entre 1950 y 1957. Durante diez años, esta organización ha invertido en preparativos bélicos un total superior a 500.000 millones de dólares.

Simultáneamente, los Estados Unidos han conseguido de sus aliados y satélites el derecho a construir y sostener en su territorio bases militares propias, principalmente aéreas y de proyectiles dirigidos. Según datos expuestos en el Senado norteamericano en 1958, Estados Unidos tienen en el extranjero unos 275 "conjuntos principales de bases"; y si se cuentan todos los puntos donde ahora hay tropas norteamericanas y los que se proyecta ocupar en caso de necesidad, ascienden a ¡más de 1.400 bases!

Los militaristas norteamericanos dicen y repiten incansablemente que sus bases son "defensivas"; cualquiera sabe, sin embargo, que están destinadas a

la agresión contra la Unión Soviética, la República Popular China y todo el campo socialista, alrededor del cual están montadas.

Finalmente, para comprender bien la naturaleza de la guerra fría desatada por los círculos imperialistas de Estados Unidos, hemos de considerar los estrechos vínculos que mantiene con la política económica de los monopolios norteamericanos. Las enormes inversiones que el gobierno hace para la adquisición de material bélico son consideradas en Estados Unidos como un medio de mantener la coyuntura y de combatir las crisis económicas. El Departamento de Guerra es el principal cliente de la industria norteamericana. De ahí que los monopolios y las esferas políticas relacionadas con ellos tengan interés en mantener la tensión, y no en volver a la normalidad de las relaciones internacionales.

El Presidente de Estados Unidos anunció públicamente el 6 de mayo de 1958 que en los cinco años anteriores su país había invertido con fines militares 200.000 millones de dólares. Al mismo tiempo manifestaba el propósito de *destinar anualmente más de 40.000 millones de dólares a gastos militares durante "diez, quince y acaso cuarenta años".*

Los imperialistas juegan con fuego.

En Occidente hay quien se consuela pensando que los preparativos militares de Estados Unidos son una amenaza sólo para la Unión Soviética y los países del campo socialista. El error no puede ser más profundo. En realidad, la estrategia a que los militaristas más desenfrenados se atienen y a la que dan el nombre de "global", encierra la amenaza de una guerra "global". En unas condiciones en que el campo socialista cuenta con cerca de mil millones de personas y abarca una parte importante del globo, la agresión a cualquiera de los países que lo componen puede conducir a un conflicto *mundial.* Hay que tener presente asimismo el peligro que para la paz general representan las injerencias de los imperialistas norteamericanos y de otros países en los asuntos internos de Estados no socialistas. Cualquier guerra "local" impuesta por los imperialistas en un ambiente de tirantez internacional puede transformarse en un gran incendio bélico.

El peligro se hace aún mayor si consideramos que los elementos expansionistas de Estados Unidos manifiestan una tendencia evidente a sobreestimar presuntuosamente sus fuerzas y posibilidades, a un *desvergonzado aventurerismo en política.* Dulles, que durante algunos años dirigió la política exterior norteamericana, lo confirmó así al afirmar que mantenía una política de "equilibrio al borde de la guerra".

Es también puro aventurerismo la doctrina militar de los generales norteamericanos, que se basa en el golpe "masivo" por sorpresa. Todo el mundo protestó airadamente al saber que el mando norteamericano, *en tiempos de paz,* mantiene en el aire de un tercio a la mitad de su aviación de bombardeo, dotada de bombas atómicas. No otra cosa que aventurerismo y provocación es el envío a las fronteras de la Unión Soviética de aviones cargados con bombas atómicas, las amenazas del Pentágono de utilizar en el Cercano y Extremo Oriente bombarderos atómicos y la tenaz resistencia a poner fin para siempre a las pruebas de armas nucleares, a pesar del evidente daño que esto significa para la salud de millones de seres.

Todos estos actos de los círculos más agresivos de Estados Unidos vienen a confirmar las palabras de Lenin cuando afirmaba que la burguesía imperialista "está dispuesta a toda clase de ferocidades, crueldades y crímenes para defender la agonizante esclavitud capitalista".[248]

En las amenazas de los militaristas norteamericanos hay, ciertamente, una gran dosis de chantaje o *bluff.* Mas, con todo y con eso, la política de provocaciones y amenazas, combinada con una desenfrenada carrera de armamentos, encierra serios peligros de guerra. Los intereses vitales de todos los pueblos, sin excluir al pueblo norteamericano, exigen que se ponga fin a este continuo jugar con fuego.

2. La clase obrera y la guerra

De entre todas las clases que componen la sociedad, son los obreros y los campesinos quienes siempre sufrieron más las calamidades de las guerras y sus consecuencias. Los ejércitos se componen ordinariamente de hijos de obreros y campesinos que visten el capote militar. Y si los campesinos, por su atraso y falta de organización, se mostraron durante largo tiempo pasivos hacia las guerras, hace ya mucho que la clase obrera de los países capitalistas avanzados ha escrito en la historia páginas brillantes de valerosa resistencia a convertirse en carne de cañón.

Sabemos, por ejemplo, que en el período de la guerra civil norteamericana (1861-1865) fue la acción de las masas trabajadoras, dirigidas por el proletariado, lo que contuvo a Inglaterra y otros Estados europeos de intervenir en el conflicto en ayuda de los esclavistas del Sur. "No es la sabiduría de las clases dominantes, sino la heroica resistencia de la clase obrera de Inglaterra a su criminal insania lo que salvó a la Europa Occidental de la aventura de una vergonzosa cruzada emprendida para perpetuar la esclavitud y extenderla al otro lado del Atlántico",[249] escribió con orgullo Carlos Marx.

Toda la historia del movimiento obrero ha sido una lucha constante y decidida contra las guerras, que tan grandes sufrimientos y privaciones traen a las

248 . I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XIX, pág. 77.

249 C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. 1. Moscú, 1955, págs. 342-343.

masas trabajadoras. Nadie que estime la paz olvidará jamás a tan abnegados luchadores contra el militarismo y el peligro bélico como Juan Jaurés, Carlos Liebknecht, Eugenio Debs y otros lideres del movimiento obrero.

A principios de siglo escribía Lenin que la parte consciente de la clase obrera condena rotundamente las guerras por ver en ellas un método bestial de resolver las diferencias entre los hombres.[250] Más tarde, en los años de la primera guerra mundial, señala de nuevo que "los socialistas han condenado siempre las guerras entre los pueblos como algo brutal y bárbaro".[251]

Las acciones del proletariado en defensa de la paz adquieren singular vigor porque, a diferencia de otros muchos grupos que participan en los movimientos contra la guerra, los obreros conscientes conocen las raíces económico-sociales que la engendran en la época moderna.

Carlos Marx escribía en los años 60 del pasado siglo que los propios crímenes cometidos por las clases reaccionarias "señalaban a la clase obrera su obligación de conocer los secretos de la política internacional, de seguir la labor diplomática de sus gobiernos y, en caso necesario, oponerse a ella con todos los medios que tuviesen a su alcance".[252]

Desde que fueron escritos estos renglones, la clase obrera ha reunido una experiencia formidable, ha cursado una escuela que la preparó bien para cumplir sus elevados deberes como defensor de la paz.

Ahora, cuando el imperialismo ha hecho crecer tanto el peligro de guerra, sobre los hombros de la clase obrera y de sus partidos revolucionarios pesa una gran responsabilidad. Siendo como son la clase más numerosa y organizada, los obreros ocupan posiciones clave en la lucha contra una nueva matanza mundial. Hoy en día la guerra es, sobre todo, una guerra de máquinas, de material técnico, y las máquinas las construyen los obreros; ellos son también los que constituyen la armazón de los grandes ejércitos. "Los obreros de los países avanzados determinan hasta tal punto la marcha de la guerra que, contra su voluntad, es imposible hacerla...",[253] decía Lenin refiriéndose a la experiencia de la primera guerra mundial. Y posteriormente aún ha crecido más la dependencia en que los ejércitos se encuentran respecto de la industria, así como de la retaguardia en general.

Por consiguiente, la clase obrera está en condiciones de obligar a las clases dominantes a tener en cuenta su voluntad. Para ello, sin embargo, esa voluntad ha de ser claramente expresada en forma de grandes acciones contra la guerra, en forma de una presión constante sobre los partidos burgueses, laboristas y socialdemócratas, sobre los parlamentos y la prensa, denunciando los manejos e intrigas de los gobiernos imperialistas, sus planes militares y sus convenios secretos.

No hemos de olvidar que la clase obrera tiene en sus manos un arma tan fuerte de lucha contra la guerra y sus preparativos como es la huelga, la negativa a fabricar armas y a transportar material militar destinado a la agresión. Si se presenta el peligro real de una guerra nuclear, la clase obrera es capaz de conseguir con sus acciones políticas, apoyadas por las masas trabajadoras, hasta la eliminación del gobierno que quiera la guerra y su sustitución por otro inspirado por propósitos pacíficos. El apoyo general del pueblo a semejantes acciones de la clase obrera en momentos de peligro para la nación es tanto más probable si pensamos que, en la lucha contra la guerra, defiende no sólo sus intereses específicos, sino los intereses de toda la sociedad y, podríamos decir, de todo el género humano.

Se comprende que para estar a la altura de las circunstancias la clase obrera ha de poner fin, antes que nada, a todo espíritu de apatía política y de tranquilidad en sus propios medios. Un peligro muy digno de tenerse en cuenta es la envenenada propaganda de los mandatarios de la burguesía en el seno del movimiento obrero, cuando aseguran que la carrera de armamentos "favorece" a los trabajadores por asegurarles ocupación y altos salarios en la industria de guerra; que la creación de enormes reservas de armamento, incluido el termonuclear, es un factor que "detiene" la guerra. Mas la experiencia demuestra que la carrera de armamentos lleva a la inflación y, en último término, aumenta las cargas económicas de los trabajadores. La acumulación de reservas de bombas atómicas y de hidrógeno exacerba la agresividad de los imperialistas, que amenazan con convertir cualquier conflicto bélico en una catastrófica guerra nuclear.

Los defensores más consecuentes de la paz son en nuestro tiempo los Partidos Comunistas. Según se dice en la Declaración aprobada en Moscú, en noviembre de 1957, "los Partidos Comunistas ven en la lucha por la paz una tarea de primordial importancia. Unidos a todas las fuerzas que quieren la paz, harán cuanto de ellos dependa para impedir la guerra".[254] En la Declaración, lo mismo que en el Manifiesto de la Paz, aprobado al mismo tiempo, los Partidos Comunistas tienden la mano a todos los hombres de buena voluntad, llaman a todos cuantos quieren la paz a unirse para, en un esfuerzo común, acabar con la carrera de armamentos que pesa sobre los pueblos, y liberar al mundo de la amenaza de

[250] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. VIII, pág. 529.
[251] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXI, pág. 271.
[252] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. 1, Moscú, 1955, pág. 343.
[253] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., t. XXXII. pág. 252.
[254] Documentos de las reuniones de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros celebradas en Moscú, en noviembre de 1957, Gospolitizdat, Moscú, 1958, página 11.

guerra, muertes y destrucciones.

Cuando la clase obrera y sus partidos marxistas llaman a la unidad de todas las fuerzas dispuestas a luchar contra la guerra, no pretenden ocupar una posición exclusiva, ni mucho menos el monopolio del movimiento antibélico. Todo lo contrario, apoyan de buen grado cualquier iniciativa pacífica no importa de donde proceda. Están dispuestos a obrar en común con todas las organizaciones que persiguen fines antiguerreros y antiimperialistas, cualesquiera que sean los motivos que lleven a ello: pacifistas, religiosos, morales o de otra índole. Y esto no es una maniobra política, como afirma la propaganda reaccionaria, sino fruto de la honda convicción que los comunistas tienen de que, en las condiciones actuales, la guerra arrastraría inevitablemente a toda la humanidad a un abismo de calamidades sin cuento, que por largo tiempo detendría su progreso social, económico y cultural.

Un papel singular en la defensa de la paz pueden desempeñar las acciones conjuntas de todos los partidos de la clase obrera, comunistas y socialistas, el establecimiento de la unidad de acción entre ellos. Si ello se consigue, el movimiento contra la guerra adquirirá una potencia tal, que echará por tierra todos los planes criminales de quienes quieren encender un nuevo conflicto bélico.

3. La defensa de la paz es tarea primordial de todos los demócratas

Las terribles consecuencias de una guerra mundial imponen imperiosamente la necesidad de poner en marcha un amplio movimiento contra los preparativos bélicos y por la paz entre los pueblos.

La gran fuerza destructora de las armas modernas hace que la defensa de la paz se convierta en la causa común de todas las clases y de todas las capas de la población dentro de cada país, presta un carácter amplio y genuinamente democrático al actual movimiento contra la guerra. Cuando se trata de evitar ésta, de crear unas condiciones en las que el arma nuclear no sea nunca empleada, los intereses de las más diversas capas de la sociedad coinciden y adquieren la categoría de interés *nacional.* Esto es lo que caracteriza a la etapa actual del movimiento contra la guerra, a diferencia de todos los movimientos en defensa de la paz que existieron en el pasado. Y en ello se basan los llamamientos de los comunistas a los demás partidos políticos, a las organizaciones sociales, de jóvenes, de mujeres, etc., para unirse en defensa de lo que está por encima de todo: una paz duradera en la tierra.

La guerra es una calamidad terrible para la clase obrera. No lo es menos para las grandes masas de campesinos, que en la mayoría de los países son el principal proveedor de carne de cañón, son gravados con altos impuestos para financiar los gastos militares y, una vez iniciadas las operaciones, son víctima de toda clase de requisas y tasas. ¡Cuántas casas y dependencias de los campesinos fueron destruidas por los beligerantes durante las dos guerras mundiales! ¡Cuántos campos fueron removidos por las orugas de los tanques y cubiertos de hoyos por las explosiones de los proyectiles! Y las calamidades y destrucciones de una nueva guerra, con sus medios radiactivos y biológicos de exterminio, no podrían por menos de ser infinitamente mayores.

A esto hay que agregar que los campesinos de los países capitalistas sufren también cuando la guerra se está preparando. En muchos países europeos es un fenómeno habitual la confiscación de tierras para aeródromos, almacenes y bases militares, o para pistas de lanzamiento de proyectiles dirigidos. Es ya algo común y ordinario la pérdida de las sementeras a consecuencia de toda clase de maniobras y ejercicios militares realizados por los generales de la N.A.T.O. Por esto, la normalización de las relaciones internacionales, la reducción de las fuerzas armadas y el cese de la carrera de armamentos significarían un beneficio inmediato para los campesinos y los salvarían de calamidades incomparablemente mayores en el futuro.

La militarización y la preparación de una nueva guerra, que los gobiernos burgueses llevan a cabo, repercute también gravemente sobre la situación de grandes capas de intelectuales. Se ha deformado, en particular, la orientación de la ciencia, puesta por los monopolios al servicio de la guerra y la destrucción. De los 5.400 millones de dólares asignados en 1957 para la investigación científica en Estados Unidos, más del 83 por ciento han sido invertidos en trabajos de carácter militar. Muchos centros de enseñanza superior se han convertido en apéndices del Departamento de Guerra, con el colapso consiguiente para los sectores de la ciencia sin valor militar práctico.

Hay que agregar que el incremento del militarismo se ve acompañado inevitablemente por restricciones de la libertad científica y de la creación artística, por epidemias de espiomanía y recelo, por humillantes "comprobaciones de la lealtad", etc. La psicosis bélica causa daños enormes a la escuela, influye desfavorablemente sobre la educación de las generaciones jóvenes y propicia la penetración en la literatura y el arte de tendencias decadentistas, del fatalismo y de falta de fe en el futuro.

La idea de una nueva matanza siembra el horror hasta en amplios medios de la burguesía. Gran parte de ésta no desea tampoco una nueva guerra mundial, puesto que conoce su fuerza destructora y recuerda la amarga experiencia de un pasado próximo. Dentro del campo de la burguesía va cambiando el criterio acerca de las "ventajas" de la agresión a medida que se pone en claro que el imperialismo americano y sus aliados no poseen el monopolio de los nuevos tipos

de armamento, sino que, en sectores importantes de la técnica militar, como son los proyectiles dirigidos, van muy por detrás de la Unión Soviética. El riesgo que significa una nueva guerra mundial es admitido también en los medios militares que antes apoyaban calurosamente la idea de una "cruzada" contra los países del socialismo. El teórico militar inglés general Fuller escribe: "En la época de la civilización industrial resulta desventajoso recurrir a la guerra... La civilización basada en la producción maquinizada no puede conseguir una paz ventajosa en las condiciones de la guerra atómica..." La sensata tendencia a poner fin a la guerra fría, a debilitar la tensión y a normalizar la situación internacional, se va abriendo también camino en algunas capas influyentes de los Estados Unidos.

Los hombres más perspicaces de la burguesía comienzan a preguntarse si el capitalismo resistiría una nueva guerra mundial, si ésta no pondría en peligro la existencia misma del régimen capitalista. No son pocas las razones que llevan a pensar así. Los pueblos no perdonarían al imperialismo los crímenes de una nueva guerra mundial.

Quiere decirse que a las fuerzas de la guerra y la agresión, que operan en los países imperialistas, se oponen otras fuerzas no menos poderosas que tienden hacia la paz.

La creación de la N.A.T.O. significaba un paso hacia la formación del frente único de las fuerzas agresivas del imperialismo; pero simultáneamente, en todo el último período se ha ido desarrollando el proceso, que prosiguen en nuestros días, de formación del frente único de las masas populares en defensa de la paz.

Expresión de este proceso ha sido, por ejemplo, la creación y la labor del Consejo Mundial de la Paz, en el que toman parte muchas personalidades sociales y políticas, hombres de ciencia y famosos maestros de la cultura. La humanidad de nuestros días está en deuda con estos hombres que, a semejanza del gran sabio francés Federico Joliot-Curie, del investigador inglés Juan Bernal y de sus colegas, han hecho tanto para movilizar a la opinión pública mundial contra las negras fuerzas de la guerra. En las condiciones presentes, los intelectuales que lo son de veras no pueden servir de mejor manera a su pueblo y a la humanidad entera que ayudando a dispersar los nubarrones del peligro bélico.

Las masas trabajadoras y sus organizaciones se incorporan cada vez más a la lucha por la paz, por la colaboración internacional y por la coexistencia pacífica. Sin embargo, esto no da aún motivo alguno para la tranquilidad. En el plano de la lucha contra el peligro de guerra, se pone en cierto grado de manifiesto el retraso en que la conciencia social se halla respecto de la realidad. Las proporciones del peligro que entraña una nueva guerra mundial están lejos de haber sido comprendidas por todos y en toda su magnitud; algunas capas de la población de los países capitalistas se hallan contagiadas de apatía y de falta de fe en las fuerzas de la paz. Además, la propaganda militarista y hasta determinados medios eclesiásticos imponen y cultivan premeditadamente un espíritu de fatalismo. El arzobispo de Canterbury, jefe de la Iglesia inglesa, ha dicho, por ejemplo: "¡Acaso Dios tiene determinado que la humanidad haya de aniquilarse a sí misma con bombas de hidrógeno!"

Para combatir la pasividad, para movilizar las grandes masas del pueblo y llevarlas a una lucha activa y abnegada por la paz, se requieren los esfuerzos constantes de todos los hombres avanzados, y en primer término de la clase obrera. Sobre todo, hay que explicar pacientemente a las masas las posibilidades que hay para conservar la paz e impedir una nueva guerra.

4. Posibilidades de impedir la guerra en nuestra época

El XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética indicó la existencia de una posibilidad real para impedir la guerra, hacer fracasar los planes de quienes quieren desencadenarla y conservar la paz para nuestra generación y las generaciones venideras. La declaración hecha en los documentos del Congreso de que en nuestra época *las guerras no son una fatalidad inevitable,* tiene una formidable importancia de principios y práctica y es un ejemplo de aplicación creadora de los principios del marxismo-leninismo.

Se comprende que hoy día permanece en pie la base económica que da origen a las guerras, puesto que es consustancial con la naturaleza misma del imperialismo. Este no ha perdido la agresividad que le es propia, la tendencia a la conquista por la fuerza de las armas y a las guerras. Al contrario, está aún más belicoso. Pero en el último período se han producido tales cambios en la distribución de las fuerzas mundiales, que permiten enfocar de modo distinto el problema de un posible éxito de la lucha por la paz.

Los marxistas no son fatalistas. Antes bien, admiten que lo mismo en la marcha general de la historia humana que en la resolución de los destinos del mundo, tienen un valor primordial la voluntad consciente y la organización de las grandes masas del pueblo. Y en las condiciones a que hemos llegado, la lucha de las fuerzas de la paz y su resistencia a los planes de una nueva guerra pueden ser un *factor decisivo* y obligar a los agresores a detenerse.

No siempre fue así. En un pasado no lejano todavía, las fuerzas que no tenían interés en la guerra y que luchaban contra ella se encontraban débilmente organizadas y dispersas, tanto en el plano nacional como en el internacional. Carecían de medios para oponer su voluntad a los propósitos de los

incendiarios de guerra. Así ocurrió en vísperas de la primera guerra mundial, cuando la fuerza mayor que se manifestaba contra el peligro bélico -el proletariado internacional- seguía desorganizada por la traición de los líderes socialdemócratas.

La segunda guerra mundial fue también posible porque las fuerzas de la paz, aunque considerables, eran insuficientes para oponerse al imperialismo. La posición escisionista de los líderes socialdemócratas de derecha impidió de nuevo que el proletariado internacional cumpliese su papel en la lucha por la paz. Y los esfuerzos de la Unión Soviética -el único Estado consecuente en la lucha contra la guerra- fueron insuficientes para detener la agresión.

La situación es distinta ahora, cuando en la palestra mundial tenemos el campo del socialismo, que se ha convertido en una fuerza poderosa. Actualmente, las fuerzas de la paz pueden apoyarse en el indestructible baluarte que forman los países socialistas. Además, en el mundo ha aparecido un importante grupo de Estados que, después de evadirse de la dependencia colonial, se manifiestan activamente contra una nueva guerra. Es infinitamente más fuerte y templado el movimiento obrero de los países capitalistas. El movimiento de los partidarios de la paz ha adquirido proporciones como jamás se conocieron.

Así las cosas, la lucha activa de todas las fuerzas de la paz puede impedir el estallido de una nueva guerra mundial. Hay también grandes posibilidades para impedir que los imperialistas desencadenen guerras locales.

El XXI Congreso del P.C. de la Unión Soviética ha señalado con toda razón en sus resoluciones que la conclusión del XX Congreso de que las guerras no son una fatalidad inevitable se ha visto confirmada por completo. Después de analizar las consecuencias que para los destinos del mundo tendrá el cumplimiento feliz del plan septenal de desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. y de los planes económicos de los países socialistas, el Congreso llega a la conclusión de que los cambios producidos en la correlación de fuerzas en escala mundial pueden obligar a los círculos militaristas del imperialismo a retroceder en sus propósitos de desencadenar guerras mundiales. "Así, pues -indica la resolución del Congreso-, antes del triunfo completo del socialismo en la Tierra, aun manteniéndose el capitalismo en una parte del mundo, se presenta la posibilidad real de eliminar las guerras mundiales en la vida de la sociedad humana."[255]

Esto no quiere decir, se comprende, que haya aparecido una garantía automática contra la guerra. No, mientras el imperialismo subsista, el peligro de guerra permanecerá en pie. Además, sobre la suerte de la paz universal influyen muchos factores concretos. Lo más importante, sin embargo, es recordar que depende de la lucha infatigable de las fuerzas pacíficas, de su capacidad para crear un poderoso frente único en defensa de la paz y de movilizar a tiempo a las más grandes capas del pueblo para emprender enérgicas acciones contra el estallido de un nueva guerra.

La política pacífica de los países socialistas como baluarte de la paz universal.

Una importante característica histórica de nuestros tiempos, de la que se derivan condiciones muy propicias para el mantenimiento de la paz, es la existencia misma del campo socialista, que mantiene en este sentido una política consecuente. Se trata de un factor sustancialmente nuevo en las relaciones internacionales. Con la Unión Soviética, la República Popular China y demás países socialistas, que poseen una población de casi mil millones de habitantes y toda clase de recursos, en el campo internacional ha aparecido una nueva fuerza material capaz de sujetar al agresor si éste se atreve a despreciar la voluntad de los pueblos pacíficos.

Movida por su deseo de deformar el significado de este factor y de engañar a los trabajadores de los países capitalistas, la propaganda reaccionaria no deja de insistir en la amenaza del "comunismo internacional", que, según ellos, atenta contra la libertad del mundo de Occidente. Se hacen grandes esfuerzos para presentar torcidamente las intenciones de la Unión Soviética y de su Partido Comunista, para atribuirles propósitos de conquista y cargar sobre ellos la responsabilidad de la carrera de armamentos y de la tensión en las relaciones internacionales. Los autores de tales despropósitos se atienen al método hitleriano de la "mentira grande", suponiendo que las gentes incautas y poco informadas acabarán por creer las calumnias que se lanzan contra el comunismo y la Unión Soviética.

Pero las grandes masas de todo el mundo comienzan a comprender que los Partidos Comunistas y los países socialistas *no tienen motivos* para desear una guerra y para preparar la agresión militar contra otros Estados.

En la Unión Soviética, como en todos los demás países socialistas, no hay clases ni fuerzas sociales para las que la guerra pudiera ser un negocio. La Unión Soviética tiene en su inmenso territorio todo cuanto se requiere para el desarrollo de su economía. No necesita ni territorios nuevos, ni nuevas fuentes de materias primas, ni nuevos mercados exteriores de venta, ni esferas de inversión de capitales, ni colonias. La economía socialista planificada no conoce las crisis de superproducción, y por eso no necesita de "estímulos" tales como la militarización y la carrera de armamentos.

[255] *XXI Congreso extraordinario del Partido Comunista* de *la Unión Soviética, 27 de enero a 5 de febrero de* 1959. Actas taquigráficas, t. II, Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 448.

Y no se trata sólo del aspecto material del problema. Socialismo y agresión son ideas incompatibles. El fin de los comunistas es alcanzar la fraternidad y la amistad de los pueblos, la paz eterna en la tierra. En el país soviético el poder está en manos de los obreros y campesinos, clases que en todas las guerras sufrieron más que ninguna otra. ¿Cómo podrían desear una nueva guerra?

Todo cuanto en la Unión Soviética se hace es con objeto de aumentar constantemente el bienestar material y el nivel cultural de las grandes masas trabajadoras. ¿Puede la guerra ayudar al cumplimiento de estas tareas?

Los hombres soviéticos construyen viviendas, empresas industriales, palacios de cultura, institutos, gigantescas centrales eléctricas y canales, no para que, al cabo de cierto tiempo, se convierta todo esto en blanco para las bombas. La guerra, que inevitablemente significa la interrupción de la labor pacífica y creadora de los hombres, que consume gigantescos valores materiales con fines no productivos, que destruye lo ya construido, va contra los fines fundamentales del socialismo. ¿Cómo imaginarse, pues, que los comunistas, los marxistas-leninistas, para quienes la construcción del socialismo y del comunismo es la causa de toda su vida, puedan mostrarse partidarios de la agresión y de la guerra?

Las ideas pacíficas del socialismo encuentran expresión completa en los principios que sirven de base a la política exterior de la Unión Soviética. Es una política de paz entre los pueblos, de honesta colaboración internacional y de desarme.

Los pueblos ven a cada paso pruebas de que esto es así. Después de la guerra, los representantes de la Unión Soviética en la O.N.U. y fuera de esta organización han llevado siempre la iniciativa en las propuestas de reducción de los armamentos, de prohibición del arma atómica y de hidrógeno y de disolución de los bloques militares, o, al menos, de acuerdos de no agresión y de renuncia al empleo de la fuerza entre las agrupaciones militares opuestas, de supresión de las bases militares en países extranjeros y de la aplicación, en las relaciones entre todos los países, de los principios de la coexistencia pacífica. Ni la Unión Soviética ni los demás países socialistas tienen la culpa de que los Estados de la N.A.T.O. se resistan tenazmente a aceptar tales propuestas.

Los deseos de paz de los países del campo socialista tienen un vivo reflejo en su consecuente política de reducción de armamentos, con lo que muestran a todo el mundo un buen ejemplo a seguir. Bastará decir que entre 1955 y 1958 los países del Tratado de Varsovia han reducido sus fuerzas armadas en 2.477.000 hombres (la Unión Soviética en 2.140.000). Y eso cuando los países del Bloque Atlántico continúan incrementando sus fuerzas armadas, cuando instruyen y dotan de armas atómicas a las divisiones del Bundeswehr, el ejército de Alemania Occidental, imbuido de un espíritu de desquite, que se está convirtiendo en la fuerza de choque de la agresión en Europa.

La doctrina oficial de la política exterior soviética es el *principio leninista de la coexistencia pacífica* de los Estados, cualquiera que sea su régimen social y político.

N. S. Jruschov, primer secretario del C.C. del P.C. de la U.S. y presidente del Consejo de Ministros de la U.R.S.S., ha dicho, refiriéndose a la concepción soviética de la coexistencia pacífica: "Su esencia, expresándonos brevemente, consiste: primero, en que cualquier forma del Estado y cualquier estructura social de uno u otro país han de ser determinadas por los propios pueblos de esos países; segundo, en que ningún Estado y ninguna fuerza exterior pueden ni deben imponer a los pueblos de otros Estados su modo de vida y su organización política y social; tercero, en que la aparición de un Estado con régimen socialista, en virtud de las leyes objetivas del desarrollo social, es tan regular como en otros tiempos lo fue la aparición de los Estados burgueses..."[256]

Si el principio de la coexistencia pacífica se convirtiese en norma de las relaciones internacionales de nuestra época, como lo es en las relaciones entre la Unión Soviética y algunos Estados de Asia y Europa (India, Birmania, Indonesia, República Árabe Unida, Finlandia, Austria y otros), hace tiempo que en el mundo se habrían fundido los últimos hielos de la guerra fría.

Los comunistas están convencidos de que una nueva guerra mundial significaría el fin del imperialismo, porque los pueblos no le perdonarían este nuevo crimen. Pero esto de ningún modo quiere decir que los comunistas deseen una nueva guerra.

Lo que quieren es el más rápido triunfo del régimen socialista para hacer felices a los hombres. ¿Y puede llevar a la felicidad del género humano la guerra moderna, con sus bárbaros medios de exterminio y de destrucción en masa? Tengamos presente también que, además de las incontables víctimas y de los sufrimientos que esa guerra impondría a los pueblos, traería la devastación, la desaparición de infinitos valores materiales, la ruina de la industria y la agricultura.

¿Pueden desear esto los marxistas? ¡De ningún modo! Además, no tienen por qué pagar a tan terrible precio la muerte del capitalismo, cuando se hallan convencidos de que el sistema capitalista está condenado por la historia, de que saldrán perdiendo inevitablemente en la *emulación pacífica* con un régimen social más elevado como es el socialismo.

Las fuerzas de la paz son capaces de detener la

[256] Respuestas de N. S. Jruschov a John Waters, redactor del periódico australiano *Herald,* en *Pravda,* 25 de junio de 1958.

agresión.

El marxismo-leninismo tiene la más grande confianza en las masas populares y en su actividad consciente. No en vano considera que el pueblo es el creador de la historia. Esta tesis marxista sirve de base a la conclusión del XX Congreso de la Unión Soviética de que la acción de los pueblos en defensa de la paz puede impedir la guerra.

Así lo confirma la experiencia del movimiento antibélico. La manifiesta voluntad de las masas populares, respaldada por el apoyo de los Estados que componen el campo socialista, ha contribuido repetidas veces en estos últimos años a frenar a los agresores imperialistas; les ha obligado a renunciar a actos que habrían llevado adelante si no les hubiese detenido el temor a enfrentarse con la opinión pública de sus propios países y del mundo entero.

Bajo la presión de la opinión pública mundial, los Estados Unidos hubieron de desistir de sus propósitos de emplear el arma atómica en Corea. En última instancia, se vieron obligados a aceptar la forma del armisticio, aunque esferas influyentes del país deseaban continuar y prolongar la intervención. Todos están conformes en que el miedo a la explosión de los pueblos hizo que los imperialistas se abstuvieran de emplear la bomba atómica en Vietnam y transigiesen con el armisticio.

En ambos casos tuvo importancia la política firme, encaminada a devolver la paz al Asia, de los países del campo socialista, y singularmente de la Unión Soviética y de la República Popular China, aunque esto no desmerece en absoluto los méritos del movimiento popular en defensa de la paz. Todo lo contrario, demuestra una vez más la fuerza enorme que, en las circunstancias actuales, significa *la combinación de la presión social sobre los incendiarios de guerra y la presión de la política de paz de los Estados socialistas.*

Un ejemplo brillante de eficaces acciones de las fuerzas de la paz es el de la crisis del Canal de Suez, en otoño de 1956. Si entonces se pudo poner fin a la agresión anglo-franco-israelí contra Egipto, es porque los imperialistas se vieron entre dos fuegos: la presión de la opinión pública mundial y la política de los Estados socialistas, que salieron en defensa de los legítimos derechos de Egipto y de los intereses de la paz general. La nota del Gobierno soviético a Londres y París (5 de noviembre de 1956) fue debidamente valorada en Inglaterra y Francia. Al día siguiente se anunciaba el alto el fuego. A su vez, los pueblos inglés y francés condenaron la agresión contra Egipto e influyeron sobre sus respectivos gobiernos. El alto el fuego en Egipto significaba una gran victoria de la causa de la paz que no podía llegar más a tiempo. "En el caso contrario -dijo más tarde N. S. Jruschov-, la guerra de Egipto podía haber derivado hacia una guerra grande y transformarse después en una guerra mundial."[257]

Los hechos demuestran irrefutablemente que las fuerzas de la paz crecen en madurez y poderío y son capaces de dejar sentir su influencia favorable y decisiva sobre el curso de los grandes acontecimientos de la vida internacional. Sin temor a las amenazas de los imperialistas ni a sus baladronadas, los países del poderoso campo socialista seguirán manteniendo sin vacilaciones la causa de la paz. Sus deseos de que sea garantizada la seguridad general se corresponden con los intereses de todos los pueblos y propician en el plano internacional la agrupación de todas las fuerzas que quieren la paz.

Capitulo XX. Las diversas formas de transición a la revolución socialista

La despiadada explotación de los obreros, la rapacidad de que los monopolios hacen víctimas a los campesinos y capas medias de la población urbana, la ofensiva contra la democracia y la amenaza del fascismo, la opresión y el peligro de una nueva guerra mundial tienen en última instancia, como antes quedó demostrado, un mismo origen: el capitalismo. Para librar a los trabajadores del yugo de clase, acabar para siempre con las guerras y asegurar una democracia auténtica y la libertad e independencia de los pueblos, hay que poner fin al propio régimen capitalista, hay que llevar a cabo la *revolución socialista.*

La revolución socialista, en su sentido amplio, abarca todo el conjunto de transformaciones políticas y económicas que conducen a la supresión completa del capitalismo y a la construcción del socialismo. Su comienzo es un viraje político: el poder de los capitalistas es derribado y se instaura el poder de los trabajadores. Esto es lo que en la teoría marxista se conoce con el nombre de *revolución proletaria.* Está claro que a esta revolución no conduce un camino llano, por el que se pueda avanzar sin esfuerzo alguno y sin gran capacidad política. El paso de millones de hombres, de clases y capas sociales enteras a la lucha decidida por el poder significa un proceso complejo y que ofrece múltiples formas.

1. Los antagonismos de clase, al desarrollarse, hacen inevitable la revolución proletaria

Por muy amplias y diversas que sean las fuerzas sociales que participan en el derrocamiento del capitalismo, el papel decisivo en la revolución socialista corresponde a la clase obrera. Esta es su principal fuerza de choque, el destacamento de vanguardia de los trabajadores que se lanzan al asalto de la vieja sociedad.

Hasta en los países de un capitalismo poco desarrollado, donde la clase obrera es una minoría en

---

[257] N. S. Jruschov, *Por una paz duradera* y *una coexistencia pacifica,* Gospolitizdat, Moscú, 1958, pág. 96.

el grueso de la población, es ella la clase más organizada y consciente de la sociedad, y como tal, bajo la dirección de su vanguardia marxista-leninista, puede agrupar en torno suyo a todas las capas trabajadoras del pueblo para la lucha por el socialismo. Y esto es tanto más factible en los países de capitalismo desarrollado.

La probabilidad y el éxito de la revolución socialista se hallan en dependencia directa de la amplitud de la lucha de clase del proletariado y de la conciencia y organización del mismo. Quien quiera aproximar la revolución y ver su triunfo habrá de desplegar la lucha de clase de los obreros y trabajar tenazmente con objeto de elevar su conciencia política y su capacidad de combate.

La lucha del partido obrero revolucionario por la revolución socialista se halla en consonancia con la tendencia fundamental del desarrollo social. La propia evolución del capitalismo contemporáneo empuja a los trabajadores en este sentido. En el capitulo X se indicaba ya que el incremento del poderío y la opresión del capitalismo monopolista de Estado, la ofensiva que éste despliega contra el nivel de vida y los derechos de los trabajadores y su política archirreaccionaria agudizan el antagonismo fundamental de la sociedad capitalista, que es el que existe entre la clase obrera y sus explotadores. Al ahondarse todavía más este antagonismo, en combinación con todas las demás contradicciones sociales del capitalismo, la revolución socialista se convierte en *ley objetiva de nuestra época.* La revolución socialista no es un producto imaginario inventado por los teóricos comunistas, como afirma la propaganda reaccionaria, sino algo hacia lo cual llevan imperiosamente las necesidades del desarrollo social. Esto es lo que, en último término, infunde inagotables energías a la lucha revolucionaria de la clase obrera y de su vanguardia comunista.

No hemos de imaginarnos las cosas, sin embargo, de una manera simplista. El nivel de la madurez política y de la conciencia revolucionaria de los obreros no siempre está a la altura de las tareas de clase históricamente maduras del proletariado. La burguesía reaccionaria y sus agentes en el seno del movimiento obrero consiguen a veces, por el engaño y la violencia, detener el incremento de la conciencia de clase de los obreros, o, al menos, derivar su lucha hacia cauces menos peligrosos para la dominación de los monopolios. En este sentido es particularmente dañoso el papel de los líderes socialdemócratas de extrema derecha, que se esfuerzan por apartar a los trabajadores de su lucha contra el capitalismo y de toda colaboración con el movimiento comunista.

Nadie logrará, empero, detener el proceso de maduración revolucionaria de los obreros y el ascenso de su lucha de clase. El proletariado se templa en los combates diarios con el capital, en las huelgas, en las grandes acciones de solidaridad. Ordinariamente, una simple huelga, aunque no dé fruto inmediato, enriquece la experiencia de la clase obrera y eleva su capacidad de combate. La misma lucha por los intereses inmediatos tiene, pues, una *orientación revolucionaria* más o menos acusada. Todo eso prepara a la clase obrera para la futura revolución socialista, incorpora a las grandes masas trabajadoras a la lucha contra el capitalismo y se convierte en escuela de educación política y organización, capacitando a las masas para formas más elevadas del movimiento obrero.

No conseguirá la reacción sus propósitos de aplastar la lucha de clase del proletariado con medidas represivas ni de franca violencia. El terror reaccionario puede, sí, convertir, en algunos países, en una empresa extraordinariamente difícil y hasta imposible, y eso sólo por cierto tiempo, la lucha de masas contra el capital. Mas esos períodos, por penosos que sean para los trabajadores y por muchos que sean los sacrificios que de ellos se exijan, preparan el terreno para que la lucha de clases resurja con nuevo impulso y vigor. No puede ser de otra manera, puesto que las medidas de violencia a que la burguesía reaccionaria recurre, hacen crecer vertiginosamente el odio de clase y acumulan leña seca que se enciende con la primera chispa. El partido marxista-leninista da expresión a este odio de clase así estimulado y lo orienta hacia la lucha consciente por el socialismo.

Vías de acceso a la revolución proletaria.

La revolución proletaria es el choque directo y abierto entre las dos grandes fuerzas antagónicas, entre la clase obrera y la burguesía. Eso no quiere decir que la revolución social sea un duelo de esos dos adversarios. "Quien espere la revolución social «pura» -decía Lenin- no la verá *jamás."*[258] Lenin se burlaba de la simplista y doctrinaria noción de la revolución proletaria según la cual "se alineará en un lugar un ejército y dirá: «queremos el socialismo», y frente a él otro ejército que diga: «queremos el imperialismo», y esto será la revolución social".[259]

La revolución socialista "pura" no puede producirse, siquiera sea, porque el capitalismo "puro" no existe. En la vida real pesan sobre él los restos de formas precapitalistas de economía, supervivencias de las relaciones feudales, de la pequeña producción mercantil, etc. Las contradicciones entre la clase obrera y la burguesía pueden entrelazarse con contradicciones entre los campesinos y los terratenientes y entre éstos y la burguesía, entre la pequeña burguesía y la grande y entre los monopolios y todas las demás capas de la población. Más aún, el antagonismo de clase entre el proletariado y la burguesía puede verse eclipsado por los conflictos nacionales, religiosos o de otra índole.

[258] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXII, pág. 340.
[259] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXII, pág. 340.

La opresión nacional hace que la clase obrera se vea a un mismo lado de las barricadas no sólo con los campesinos, sino también con capas importantes de la burguesía.

Tal es, de ordinario, el complejo fondo sobre el que se desarrolla la lucha de las masas que conduce a la revolución socialista. Y cuando esta revolución estalla, arrastra consigo como un alud a todos los movimientos de los oprimidos y explotados, reúne en un mismo torrente todas las acciones de las masas contra la opresión nacional, imperialista, latifundista, etc.

Lenin escribía: "La historia en general y la historia de las revoluciones en particular tiene siempre un contenido más rico, es más variada, diversa, viva y «astuta» de lo que se imaginan los mejores partidos y las vanguardias más conscientes de las clases más avanzadas. Y esto se comprende, puesto que las mejores vanguardias expresan la conciencia, la voluntad, la pasión y la fantasía de decenas de miles de hombres, mientras que la revolución la llevan a cabo, en los momentos de especial entusiasmo y tensión de todas las capacidades humanas, la conciencia, la voluntad, la pasión y la fantasía de decenas de millones espoleados por la más aguda lucha de clases."[260] De aquí sacaba Lenin dos importantes conclusiones prácticas: Primera, que la clase revolucionaria, para llevar a cabo su tarea, ha de "dominar, sin excepción alguna, *todas* las formas o aspectos de la actividad social". Segunda, que "ha de estar siempre dispuesta a la sucesión más rápida e inesperada de una forma por otra".[261]

¿Por qué es esto importante? ¿Por qué el partido marxista ha de participar activamente él mismo e incorporar a los obreros a la lucha en todos los terrenos de la vida social? Porque cualquiera de las corrientes sociales dirigidas contra la reacción puede, al producirse un determinado viraje de los acontecimientos, convertirse en la vía concreta que conduzca a las masas "a la gran lucha revolucionaria, a la lucha auténtica, decisiva y última".[262]

A la revolución proletaria pueden conducir diversos movimientos de las masas oprimidas y descontentas, siempre y cuando la vanguardia consciente de la clase obrera sea capaz de orientarlos hacia el cauce de la lucha revolucionaria. Por algo insistía tanto Lenin, en sus llamamientos al movimiento comunista internacional, en que se concentrasen todas las energías y la atención "en buscar formas de *paso* o de *acceso* a la revolución proletaria".[263]

El partido marxista se ve obligado a esta búsqueda por la circunstancia de que las grandes masas trabajadoras sólo pueden elevarse a la lucha por el socialismo cuando su propia experiencia las ha convencido de que la revolución es el único modo que hay para resolver los problemas maduros de la vida social. A esta convicción han de llegar las masas fundamentales de la clase obrera y también, particularmente, las grandes masas de los campesinos y las capas medias, las cuales, en virtud de la posición que ocupan en la sociedad, tardan más en llegar a las ideas del socialismo.

Durante las últimas décadas se han abierto nuevas grandes perspectivas en este sentido, como consecuencia del inusitado incremento de los movimientos democráticos de masas contra el capital monopolista y el imperialismo. Si bien es verdad que estos movimientos no se proponen fines socialistas, objetivamente están unidos a la lucha de la clase obrera por el socialismo y, en determinadas circunstancias, pueden fundirse con ella en un torrente único ante el que no podrá resistir el poder del capitalismo. Sobre la base de estos movimientos se descubren nuevas posibilidades para la unidad de acción de la clase obrera con todos los trabajadores y demás capas de la población que se manifiestan contra la dominación de la burguesía monopolista.

2. Los movimientos democráticos de nuestro tiempo y la revolución socialista

En los capítulos anteriores hemos examinado los tipos fundamentales de movimientos democráticos modernos dirigidos contra el capital monopolista y el imperialismo: son la lucha de las masas campesinas contra los residuos del feudalismo conservados por el imperialismo y su movimiento antimonopolista, el movimiento de liberación nacional entre los pueblos de las colonias y países dependientes, la lucha patriótica por el mantenimiento de la soberanía, la lucha en defensa de la democracia, el movimiento de los pueblos por la paz universal y los movimientos humanistas de los intelectuales y sus acciones en defensa de la cultura. Entre los movimientos democráticos figuran también la lucha por la nacionalización de los monopolios capitalistas, por la ampliación de derechos a las mujeres y los jóvenes y otras reivindicaciones de las grandes masas del pueblo que han ganado actualidad precisamente como consecuencia de la dominación de los monopolios.

Algunas características de los movimientos democráticos de nuestros días.

Los movimientos enunciados son democráticos porque defienden reivindicaciones no socialistas, sino democráticas. Esta lucha no representa de por sí nada nuevo. Se mantuvo ya, y muy intensamente, en la época de las revoluciones burguesas, cuando las masas pedían la libertad y la democracia, la supresión de la gran propiedad agraria y de los

[260] V. I. Lenin, *Obras*. ed. cit., t. XXXI, pág. 75.
[261] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 76.
[262] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 77.
[263] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 73.

privilegios de la nobleza, la separación de la Iglesia y el Estado, etc. Pero, a diferencia de los actuales, los movimientos del pasado ostentaban un *carácter democrático-burgués,* es decir, reclamaban reivindicaciones que no rebasaban el marco de la democracia burguesa y se hallaban vinculadas al triunfo de la revolución burguesa. Su filo iba dirigido *contra el feudalismo* y sus supervivencias.

Los movimientos democráticos contemporáneos conservan el carácter antifeudal sólo en los países económicamente subdesarrollados y en los países burgueses desarrollados donde se mantienen residuos de las supervivencias feudales. No obstante, también presentan en ellos, simultáneamente, un carácter antiimperialista y antimonopolista (por ejemplo, la lucha de liberación nacional en las colonias, la lucha por la reforma agraria en el Sur de Italia).

En nuestra época, el terreno para los movimientos democráticos no es una exclusiva de los países subdesarrollados o con vigorosas supervivencias del feudalismo. También pueden producirse en los *países capitalistas desarrollados.* En estos últimos van enfilados directamente contra los círculos dirigentes de la burguesía, *contra el imperialismo* y *la dominación de los monopolios.*

Esto no quiere decir, ciertamente, que todos esos movimientos sean ya de naturaleza anticapitalista. De la incompleta relación de los mismos que antes hemos expuesto se deduce que pueden ofrecer gran diversidad por las fuerzas motrices que los impulsan y por su contenido político-social; pueden orientarse hacia el socialismo o rechazarlo, encontrarse bajo la dirección de la clase obrera o de elementos democráticos de la burguesía, etc.

Mas con todo y con eso, no los podemos definir ya como movimientos democrático-burgueses. y ello porque la democracia ordinaria (aun la más avanzada) no puede dar satisfacción a reivindicaciones como son la supresión de la amenaza de guerra, la liberación nacional formal y real, la nacionalización de la propiedad de los monopolios, la limitación de su poderío político, etc. Esto sólo lo puede hacer la democracia de nuevo tipo, una democracia que se hace eco de los intereses de las grandes masas trabajadoras y de otras capas progresivas del pueblo.

Así, pues, aunque los movimientos democráticos de nuestro tiempo tienen antecedentes en el pasado, de ordinario van íntimamente unidos a la etapa histórica actual; se derivan particularmente del ahondamiento de la crisis general del capitalismo y de la creciente resistencia de las masas populares a la dominación de los monopolios capitalistas.

Estos movimientos han alcanzado su punto culminante en las últimas décadas. El viraje se produjo en el período subsiguiente a la crisis económica mundial de 1929-1933, que agudizó hasta extremos inusitados las contradicciones sociales en el seno del mundo capitalista. Los grupos dominantes de la gran burguesía buscaron la salida en el fascismo y la guerra. En 1933 los nazis subían al poder en Alemania; la amenaza fascista se cernió también sobre Austria, Francia y España. Como respuesta, en muchos países capitalistas se levantó un poderoso movimiento antifascista, que plasmó en acontecimientos tan señalados como la formación del Frente Popular en Francia y España, y en el apoyo que los demócratas de todo el mundo prestaron a la justa lucha del pueblo español de 1936-1939. Pero la lucha democrática antifascista alcanzó sus mayores proporciones durante la segunda guerra mundial. El carácter de liberación que esta guerra llegó a tomar, hizo que las masas populares se incorporaran activamente a ella, fundiendo sus esfuerzos con la guerra liberadora de la Unión Soviética.

Después de la segunda guerra mundial adviene un nuevo ascenso de los movimientos democráticos, los cuales, junto a la lucha de la clase obrera, se hacen eco de las principales inquietudes sociales del mundo capitalista.

Los actuales movimientos democráticos tienen, pues, raíces profundas en la propia sociedad capitalista, y esto es lo que les infunde un vigor al que nada se puede oponer. Son movimientos gestados, ante todo, por una de las contradicciones principales del capitalismo contemporáneo: por el antagonismo que existe entre los monopolios y la inmensa mayoría del pueblo.

En el capítulo X examinábamos la base económica de este antagonismo: un puñado de monopolios subordina el Estado a sus intereses y expolia a toda la sociedad, ya mediante la explotación del trabajo de otras clases y capas sociales (esto no se refiere sólo a los obreros, sino también a los campesinos trabajadores, a los artesanos, empleados y a la mayor parte de los intelectuales), ya apropiándose del producto complementario que otros capitalistas habían hecho suyo (fenómeno característico en las relaciones de los monopolios con los capitalistas medios y pequeños y con los campesinos ricos).

Pero, además de la base económica, el antagonismo de los monopolios con la inmensa mayoría del pueblo tiene también una importante base política.

Los monopolios sólo pueden enriquecerse a expensas de toda la sociedad subordinando a tal fin toda la política interior y exterior del Estado. A esto obedece la política de limitar y suprimir los derechos democráticos, la carrera de armamentos, el aventurerismo agresivo en política exterior, la expoliación de las colonias, etc. Es evidente que dicha política va contra los intereses no de la clase obrera solamente, sino también de los campesinos, de las capas medias de la población urbana, de los intelectuales y de cierta parte de la burguesía media.

La resistencia que provoca en esas clases y capas plasma precisamente en los diversos movimientos democráticos.

De ahí que todos esos movimientos, de una manera o de otra, vayan contra la dominación del gran capital, que en algunos países adopta ya el carácter de dictadura de los monopolios.

Esta dictadura se presenta bajo envolturas distintas. En la Alemania hitleriana adoptó la forma de descarada barbarie fascista, con la supresión del Parlamento y de todas las instituciones de la democracia burguesa. Actualmente, en Francia, la dictadura reaccionaria es implantada gradualmente, para lo cual se van castrando las facultades de las tradicionales instituciones parlamentarias. En algunos otros países, especialmente en Estados Unidos, el régimen parlamentario se conserva sobre el papel, aunque impera la más auténtica dictadura de los grandes monopolios. Elementos esenciales de la dictadura del capital monopolista se observan, en uno u otro grado, en otros países burgueses.

Es evidente que cada vez se presenta con caracteres más perentorios la necesidad de que todas las fuerzas democráticas y progresistas luchen contra esta dictadura. La lucha puede adquirir formas diversas, según sea la profundidad del antagonismo que divide a los monopolios y el pueblo, y en dependencia también de la situación interior e internacional.

No está excluida la posibilidad de que, en determinadas condiciones, los movimientos democráticos contra la política de la burguesía imperialista conduzcan a *revoluciones democráticas.*

Estas revoluciones serían *antimonopolistas,* puesto que tendrían por objeto derribar la dictadura de los grandes monopolios. Sus fuerzas motrices serían la clase obrera, los campesinos, las capas medias de la población urbana y los intelectuales democráticos. Con otras palabras, serían *revoluciones populares democráticas* en las que tomarían parte las capas más amplias del pueblo.

Transformación de las revoluciones democráticas en socialistas.

La experiencia histórica demuestra que, en la época del imperialismo, las revoluciones democráticas no se limitan a cumplir tareas puramente democráticas, sino que manifiestan la tendencia a ir más allá y elevarse a un nivel más alto.

Esta tendencia la captó genialmente V. I. Lenin, quien en los años de la primera revolución rusa (1905) expuso la teoría científica de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista.

Lenin se apoyaba en las valiosas indicaciones contenidas en las obras de los fundadores del marxismo. En el *Manifiesto del Partido Comunista,* después de señalar que la revolución burguesa transcurría en Alemania en unas condiciones de capitalismo más desarrollado y con un proletariado mucho más dispuesto que la revolución inglesa del siglo XVII y la francesa del XVIII, Marx y Engels llegaban a la siguiente conclusión: "La revolución burguesa alemana, por consiguiente, sólo puede ser el prólogo directo de la revolución proletaria."[264]

En una carta de 1856 a Engels, Marx expone la interesante idea de la combinación de la revolución proletaria con el movimiento campesino. "En Alemania -escribía- todo dependerá de la posibilidad de mantener la revolución proletaria con alguna segunda edición de la guerra campesina."[265]

Los oportunistas de la II Internacional no atribuyeron importancia alguna a estas ideas de Marx. Únicamente Lenin vio en ellas el germen de una nueva táctica revolucionaria. Partiendo del análisis de la situación real, y apoyándose en dichas ideas, elaboró su teoría de la transformación de la revolución democrático-burguesa en revolución socialista.

Lo principal en esa teoría es la idea de la hegemonía (papel dirigente) de la clase obrera en la revolución democrático-burguesa. Era una idea nueva, que se oponía a las concepciones habituales hasta entonces.

Los socialdemócratas europeos (y con ellos los mencheviques rusos) pensaban de un modo simplista: puesto que la revolución es democrático-burguesa, la dirección ha de corresponder a la burguesía. Así ocurrió en Europa Occidental y así será en todas las revoluciones burguesas, cualquiera que sea el sitio en que se produzcan. Sólo después de un intervalo más o menos prolongado, cuando el capitalismo haya cumplido hasta el fin su misión de arruinar a las capas medias y el proletariado constituya la mayoría de la población, le llegará la vez a la revolución proletaria, que podrá ser dirigida por la clase obrera.

Lenin rompió este petrificado esquema, que no respondía a las necesidades del tiempo y a las posibilidades del movimiento obrero. Tal como él demostró, en la época del imperialismo, entre la revolución burguesa y la proletaria no es obligatorio un período de dominio de la burguesía; en un país más o menos desarrollado, la revolución democrático-burguesa puede convertirse en revolución proletaria.

La época del imperialismo proporcionaba base suficiente para dicha conclusión.

Primero, el sistema capitalista mundial ha madurado en conjunto para el paso al socialismo. En estas condiciones, cierto atraso de los países de Oriente no podía ser, de ningún modo, un obstáculo insuperable para dicha transición.

Segundo, toda lucha contra los restos del

[264] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 459.

[265] C. Marx y F. Engels, *Cartas escogidas.* Gospolitizdat, 1953, pág. 86.

feudalismo, en una situación en que el imperialismo mantiene y apoya las caducas relaciones feudales, se transforma, tarde o temprano, en lucha decidida contra el imperialismo, es decir, que lleva a la revolución socialista.

Tercero, en la época del imperialismo aparece un factor nuevo, que no existía en el período de las revoluciones democrático-burguesas de Occidente: en bastantes países, que se encontraban en vísperas de la revolución antifeudal, se había formado una clase obrera numerosa y combativa, que poseía su propio partido político.

En estas condiciones, si la clase obrera se ponía a la cabeza de la revolución democrático-burguesa, ésta podía llegar a transformarse en socialista.

En cierto sentido, estimaba Lenin, los obreros están más interesados en la revolución democrático-burguesa que la propia burguesía, a la cual, en su lucha contra el proletariado, le conviene apoyarse en los restos de las viejas instituciones, como es, por ejemplo, la monarquía.

El nuevo tipo de revolución democrático-burguesa dirigida por la clase obrera engendra, según la teoría de Lenin, un tipo nuevo de poder político: *la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos.* Esta aplica las medidas que corresponden a los intereses comunes a ambas clases: suprime la monarquía y proclama la república democrática, entrega la tierra a los campesinos, implanta la jornada de ocho horas. etc.

Al mismo tiempo, la clase obrera en el poder adopta medidas para que la revolución democrática se transforme en socialista. Atendidas las condiciones de Rusia en aquel entonces, esto exigía la reagrupación de las fuerzas de clase: la clase obrera no realizaba ya la revolución socialista en alianza con todos los campesinos, sino con la parte más pobre de éstos, que tenía tanto interés como los obreros en pasar al socialismo.

La marcha de la revolución en Rusia, había de escribir más tarde Lenin, vino a confirmar la teoría de los bolcheviques. La revolución democrático-burguesa se transformó, en efecto, en socialista.

En lo fundamental y principal, la teoría leninista de transformación de la revolución democrático-burguesa en socialista es aplicable *a todas las revoluciones democráticas* de nuestro tiempo. Esto no significa, se comprende, que toda revolución democrática haya de convertirse en socialista; lo único que quiere decir es que *puede convertirse,* siempre y cuando la clase obrera sepa ocupar en ella posiciones dirigentes. Así nos lo dice, por ejemplo, la experiencia de las *revoluciones democrático-populares* desarrolladas después de la última guerra en la Europa Central y Sudoriental, y también lo que hemos visto en las revoluciones democráticas de liberación nacional en países asiáticos como China, Corea y Vietnam.

Tanto en un caso como en otro, las revoluciones iniciadas sobre una base democrática general no se detuvieron en la etapa democrática, sino que, más o menos rápidamente, con dificultades mayores o menores, se transformaron en revoluciones socialistas. Esto señala una vez más el gran significado de la teoría leninista, que quita toda traba a la actividad revolucionaria de la clase obrera y abre amplias perspectivas para el paso al socialismo lo mismo en los países atrasados económicamente que en los que alcanzaron un alto desarrollo capitalista.

Hay que tener presente, se comprende, que la época contemporánea ha aportado muchos factores nuevos que no existían en tiempos de la primera revolución rusa. La revolución de tipo democrático presentaba entonces un carácter principalmente antifeudal. Ahora, en bastantes países, desde el principio mismo concentra sus fuegos no sólo y no tanto sobre las supervivencias del feudalismo como sobre el ala más reaccionaria, monopolista, de la propia burguesía. Con otras palabras, la revolución democrática enfila ahora, en esencia, contra el mismo enemigo que la revolución socialista. Esto significa que se ha producido una *aproximación* mayor de los dos tipos de revolución. En estas condiciones, la lucha por el cumplimiento de las tareas democráticas y socialistas puede incluso no derivar en dos revoluciones distintas, sino reducirse a dos etapas de un único proceso revolucionario.

Eso es lo que ocurrió en las revoluciones democrático-populares de Europa Central y Sudoriental, La lucha contra las supervivencias del feudalismo no tenía allí valor por sí misma y no determinaba el carácter de la revolución. Esta dirigió su filo contra el imperialismo extranjero y la gran burguesía y los terratenientes que habían formado un bloque con él. Esta circunstancia le dio desde el principio mismo un carácter nuevo, propiciando extraordinariamente su transformación en revolución socialista. De ahí que en unos países se pueda advertir netamente el paso de la etapa democrática a la socialista, mientras que en otros no se observa una frontera tan acusada. En unos, el desarrollo hacia el socialismo ha sido más suave y ha encontrado menos resistencia que en otros, donde el paso se vio acompañado de una intensa agudización de la lucha de clases. Pese, sin embargo, a sus diferencias, en todos los casos se ha podido apreciar perfectamente la ley general de transformación de la revolución descubierta por el marxismo-leninismo.

En las democracias populares europeas, la primera etapa significó la aparición del poder democrático del pueblo, que dirigió sus actividades contra el fascismo y los traidores nacionales encuadrados en la gran burguesía, los terratenientes y los altos funcionarios. La fuerza dirigente del poder popular fue la clase obrera.

Primeramente, el poder popular liquidó hasta el

fin las consecuencias del régimen hitleriano de ocupación y acabó con la dominación política de quienes habían estado al servicio de los invasores -terratenientes y burguesía monopolista-, terminando así la liberación de estos países del yugo del imperialismo, asegurando la independencia nacional y llevando a cabo amplias transformaciones democráticas. En segundo lugar, el poder popular acabó con las supervivencias del capitalismo existentes en algunos países e implantó una reforma agraria democrática, por la que los terratenientes desaparecían como clase y la situación de los campesinos trabajadores mejoraba considerablemente.

Lo principal en esta primera etapa eran las transformaciones democráticas de carácter general; no obstante, desde los primeros días, el poder popular aplicó medidas que rebasaban dicho marco. Así era, por ejemplo, la nacionalización, más o menos amplia, de empresas que antes estuvieron en manos de los invasores y de la burguesía monopolista íntimamente vinculada a ellos.

Una vez quedaron cumplidas las tareas democráticas, la clase obrera y los Partidos Comunistas se orientaron hacia el paso de la etapa democrática de la revolución a la socialista. La transición se vio favorecida por la circunstancia de que en estos países existían Partidos Comunistas fuertes, templados en largos años de lucha clandestina. La revolución no tuvo soluciones de continuidad en las democracias populares europeas; las etapas democrática y socialista constituyeron dos fases de un proceso revolucionario único, que en todo momento estuvo dirigido por la clase obrera. Una característica de la transformación es que no se produjo una radical reagrupación de las fuerzas de clase. Casi todos cuantos iban con la clase obrera en la etapa democrática de la revolución -la mayoría de los campesinos, las capas medias urbanas, parte considerable de los intelectuales y, en ciertos países, hasta algunas capas de la burguesía- apoyaron el viraje hacia la construcción del socialismo. No fueron necesarios, aquí, pasos políticos como la neutralización de las capas campesinas medias. Gracias a ello, la transición de la etapa democrática a la socialista se llevó a cabo en las democracias populares europeas por vía pacífica fundamentalmente, sin insurrección armada ni guerra civil.

Esto no significa que dentro del bloque democrático no hubiera contradicciones. El bloque se componía de fuerzas de clases heterogéneas: era, pues, de esperar que, una vez cumplidas las tareas democráticas generales, se pusieran de relieve las contradicciones de clase. Y en efecto, el paso de la revolución de la primera etapa a la segunda no fue un proceso tranquilo y suave, sino que se vio acompañado de choques de clase, los cuales, en algún país (Checoslovaquia, 1948), llegaron a adoptar un carácter agudo.

Los líderes de la extrema derecha socialdemócrata y los elementos reaccionarios de los partidos burgueses, con ayuda de la reacción internacional, trataron en repetidas ocasiones de frenar la marcha de la revolución y de organizar golpes contrarrevolucionarios. Su propósito era separar a la clase obrera de la dirección del bloque democrático y dirigir el curso de los acontecimientos por el cauce democrático- burgués. Sin embargo, los elementos de derecha fueron eliminados por el pueblo revolucionario y el paso de la etapa democrática a la socialista se vio coronado plenamente por el éxito, en los países de la Europa central y sudoriental.

Un ejemplo muy claro de paso de la revolución de su etapa democrática a la socialista es el que nos ofrecen la República Popular China, la República Democrático-Popular de Corea y la República Democrática de Vietnam. En estos países se cumplieron primeramente, sobre todo, las tareas relacionadas con la liberación del yugo de los monopolios extranjeros y la supresión de las relaciones feudales y de sus supervivencias. Ahora bien, como a la cabeza del bloque democrático estaba la clase obrera, y no la burguesía nacional, la revolución no se detuvo en la etapa democrático-burguesa, y los pueblos pasaron seguidamente a las transformaciones socialistas.

Actualmente adquiere gran significado para el movimiento obrero el problema de la transformación en revolución socialista de las revoluciones populares democráticas que se pudieran producir en los movimientos democráticos generales de los países capitalistas desarrollados.

¿Hacia dónde pueden avanzar estas revoluciones una vez se haya puesto fin a la dominación económica y política de los monopolios?

En el pasado, las revoluciones democráticas iniciaban la etapa del desarrollo capitalista de la sociedad. Esta tarea no puede plantearse a las posibles revoluciones populares antimonopolistas en los países de un capitalismo desarrollado. ¡No van a marcarse un fin tan utópico y reaccionario como es, pongamos por caso, la vuelta al régimen del capitalismo premonopolista!

Por consiguiente, el camino más probable de desarrollo de estas revoluciones será el de su transformación en revolución socialista.

El derrocamiento de la dictadura de los monopolios capitalistas en el curso de la revolución democrática conduciría, primeramente, a eliminar del poder a los mandatarios de los grandes monopolios, pasando el gobierno a manos del pueblo, es decir, a una coalición de las fuerzas democráticas en la que podrían entrar la clase obrera, todas las capas campesinas, las capas medias de la población urbana y los intelectuales demócratas. Esto significaría que

las *fuerzas principales de la reacción* quedaban aisladas y derribadas ya en la etapa primera, democrática.

En segundo lugar, el derrocamiento de la dominación política de los monopolios permitiría la nacionalización de los grandes trusts y consorcios. En los países capitalistas desarrollados, esto conduciría, ya en la etapa democrática de la revolución, a la formación de un poderoso sector estatal dentro de la economía, que quedaría integrado por el 60 al 80 por ciento de las empresas industriales.

Por consiguiente, en el principio mismo de la revolución democrática, antimonopolista, en los países de capitalismo desarrollado se sentarían ya unos cimientos sólidos para el paso al socialismo. Quiere decirse que *aún se aproximan más* las revoluciones democrática y socialista, que tampoco antes se hallaban separadas entre sí por una muralla china.

A la transformación de la revolución democrática en socialista contribuirían otras premisas objetivas y subjetivas que existen en los países de capitalismo avanzado: una base material del socialismo más o menos preparada, un movimiento obrero desarrollado, etc.

Hay que tener también presente la correlación de fuerzas en el campo internacional, que es incomparablemente más favorable que nunca.

Importancia decisiva para la transformación de las revoluciones populares democráticas en socialistas tiene la existencia de partidos marxistas-leninistas fuertes, que gocen de amplio apoyo en todas las capas del pueblo, y la capacidad de estos partidos para mantener una política flexible y acertada. Por mucho que las etapas democrática y socialista se aproximen, la transición de una a otra es imposible sin una dirección consciente, sin la contribución activa de los partidos marxistas-leninistas.

Todo esto, ciertamente, no da pie para cerrar los ojos a las dificultades específicas que la revolución democrática y socialista puede encontrar en los países capitalistas desarrollados. Ante todo, tendrá un enemigo más fuerte que las revoluciones anteriores. Los grandes monopolios capitalistas disponen ahora de un poderoso aparato militar y policíaco, sin contar con los numerosos recursos que ponen en juego para reforzar su influencia ideológica sobre las masas. Poseen gran experiencia en cuanto a las combinaciones políticas y a su capacidad para engañar a las masas. De ahí que hoy día conserve todo su valor la conclusión de Lenin de que en Rusia fue más fácil empezar y sería más difícil continuar. Y en Occidente, por el contrario, el comienzo será más difícil, pero luego todo resultará más fácil.[266]

Otras formas de paso de las masas de la lucha por las reivindicaciones democráticas a la revolución socialista.

La revolución antimonopolista democrática es una etapa posible, pero no obligatoria, de la lucha por el socialismo en los países capitalistas contemporáneos. Puede suceder que el movimiento democrático general no conduzca a tales revoluciones (o al menos no en todos los países) y que la revolución socialista se produzca inmediatamente, sin pasar por la etapa democrática.

Considerando esta posibilidad, ¿con qué criterio hemos de valorar los movimientos democráticos de nuestros días?

¿No serán un estorbo en la lucha por el socialismo? ¿No sería mejor luchar desde el principio por el derrocamiento de la burguesía y por la dictadura del proletariado, lo que será al mismo tiempo la garantía más segura de que van a ser satisfechos los intereses democráticos generales de la clase obrera y de todos los trabajadores? Preguntas como éstas no es la primera vez que se formulan en el movimiento obrero.

En realidad, la lucha por fines democráticos generales no debilita, antes al contrario, robustece las posiciones de los trabajadores en la lucha por el socialismo. Las robustece, ante todo, porque el triunfo obtenido por los trabajadores en su pugna por la democracia, la paz, etc., propicia aún más sus acciones por llegar al socialismo.

Al mismo tiempo, la lucha por los intereses democráticos generales debilita a la burguesía reaccionaria. Si bien no se trata aún de ir al socialismo, sí representa la lucha contra las fuerzas principales, contra los destacamentos de choque del capitalismo. La derrota de éstos significa inevitablemente un golpe sensible contra la base de la dominación de los capitalistas en su conjunto.

Además, la lucha por fines democráticos generales facilita la empresa de poner en pie y agrupar a las más amplias masas del pueblo contra el imperialismo, de establecer con ellas una alianza sólida, de que la clase obrera y su vanguardia revolucionaria ganen el prestigio necesario para colocarse a la cabeza de las masas.

La lucha por fines democráticos generales, en fin, es una buena escuela de organización política, en la que las masas trabajadoras se unen y templan. Esta lucha conduce de lleno a las más grandes masas a la comprensión de lo que significa el problema del poder, es decir, de en qué manos se encuentra el Estado. Y esto constituye, como es sabido, el problema cardinal de la revolución socialista. Pero el entrelazamiento de los movimientos democráticos con la revolución socialista no se limita al hecho de que aquéllos creen condiciones más favorables para la lucha de liberación de la clase obrera y de todos los trabajadores.

Tiene también importancia decisiva el factor de

[266] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVII, pág. 426.

que, en determinadas condiciones, bajo consignas democráticas generales puede producirse *directamente* el paso de grandes destacamentos de trabajadores a la lucha por el socialismo, a la alianza con la clase obrera en la revolución socialista. Sabemos, por ejemplo, el formidable papel que para el paso de las grandes masas trabajadoras a la revolución socialista desempeñaron en Rusia las aspiraciones democráticas generales de las masas, la lucha por la paz y la tierra. En octubre de 1917, cuando se convencieron de que el gobierno burgués no les daría ni la paz ni la tierra, los campesinos se pasaron al lado de los bolcheviques, con lo que quedó asegurado el triunfo de la revolución socialista. Está claro que situaciones análogas pueden producirse en el futuro.

No tiene sentido entrar en conjeturas acerca de la vía y de las reivindicaciones democráticas que pueden conducir a ello. Cualquiera de ellas, en dependencia de la situación concreta, puede llevar a las masas a la lucha decisiva por el socialismo. Ante la amenaza directa de una guerra atómica preparada por la burguesía reaccionaria, puede ser una acción de las masas por la paz. En otras condiciones, puede llevar a la vía del socialismo un amplio movimiento antifascista, o la lucha en defensa de la soberanía nacional, o un conjunto de movimientos semejantes que se fundan en un torrente único dentro de la lucha democrática.

En todo caso, lo importante es: dentro de las condiciones de nuestro tiempo, el movimiento democrático de las masas contra el imperialismo y la burguesía monopolista se liga cada vez más estrechamente a la lucha por el socialismo.

Mas comprendiéndolo así, no es posible considerar los movimientos democráticos como un mero factor que acerca a las masas a la revolución socialista. Y no lo es, ante todo, porque esos movimientos tienen un formidable valor *intrínseco* para los pueblos en general y para la clase obrera en particular. ¿Podemos tomar la lucha por la paz, contra el exterminio atómico, nada más que como una simple reserva? ¿No es acaso uno de los fines principales que persigue toda la humanidad democrática y progresista? Y lo mismo podemos decir de la lucha contra el fascismo o contra las infamias del colonialismo, bajo el que hasta hace poco gemía una gran parte del género humano.

Al mismo tiempo, la visión marxista-leninista de los movimientos democráticos exige una claridad completa de las posiciones de clase. Por importantes que sean unos u otros movimientos, todo comunista y todo obrero consciente tiene siempre ante sí y no olvida los fines que en última instancia persigue el movimiento obrero. Esto no quiere decir, empero, que sea menos consciente y abnegado en la lucha por los intereses inmediatos de las masas populares, por reivindicaciones como la paz, la democracia, la soberanía nacional y la independencia.

No todo demócrata es partidario del socialismo. Ni mucho menos. Pero cualquier luchador consciente del socialismo es a la vez un defensor abnegado de la democracia y de todos los intereses democráticos de los trabajadores.

3. Cómo maduran las condiciones pana la revolución proletaria

La revolución socialista es una empresa grande y compleja en la que toman parte millones de hombres y chocan e interaccionan fuerzas sociales diversas, partidos y organizaciones. Está claro que incluso cuando la revolución ha madurado por completo, cuando el principal antagonismo de la sociedad capitalista ha alcanzado su virulencia máxima, ni aun siquiera entonces se puede producir en cualquier situación o en cualquier momento elegidos arbitrariamente. Para que la revolución proletaria se desarrolle con éxito y ponga el poder en manos de los trabajadores, se necesita un conjunto de determinadas condiciones.

La revolución es la ruptura de un eslabón débil en el sistema del imperialismo.

En la época del imperialismo, la revolución proletaria en un país no puede ser considerada como un fenómeno suelto y aislado. El imperialismo es un sistema mundial al que, en mayor o menor grado, se encuentra unido cada país capitalista. Por eso, en nuestra época, no se puede enjuiciar acerca de las perspectivas de la revolución proletaria en un país cualquiera partiendo únicamente de su estado interior; el problema hay que examinarlo desde el punto de vista del estado de todo el sistema mundial del imperialismo en su conjunto.

Esto es lo que servía de base a V. I. Lenin cuando elaboró su teoría del posible triunfo del socialismo en un solo país inicialmente. Según él demostró, en virtud de la ley del desarrollo desigual el sistema mundial del imperialismo sufre crisis y conmociones periódicas que lo hacen vulnerable a la revolución proletaria. Esto abre ante los trabajadores de los distintos países la posibilidad de romper el frente del imperialismo mundial en el lugar en que resulta más débil.

¿Qué se entiende por eslabón débil en el sistema del imperialismo? Refiérese al país o grupo de países en que las contradicciones económicas y políticas del capitalismo se han hecho particularmente agudas, en que las clases dominantes son incapaces de hacer frente al movimiento revolucionario, mientras que las fuerzas de la revolución son vigorosas y organizadas; en que, por tanto, se dan las condiciones más propicias para el derrocamiento del capitalismo.

Hasta hoy, el movimiento mundial de liberación ha marchado, efectivamente, por este camino, por el camino de la ruptura de los eslabones débiles de la

cadena del imperialismo.

No hay duda de que, por mucho que cambie en el futuro la situación en uno u otro país o en todo el mundo, la tesis leninista acerca de la maduración de las condiciones para las revoluciones proletarias conservará todo su valor dentro de la lucha de liberación de la clase obrera. El paso del capitalismo al socialismo no es un acto por el que todos los países se emancipan simultáneamente de la dominación del capitalismo, sino un proceso en el que los países se van desprendiendo del sistema capitalista mundial. Dicho desprendimiento es producto de la debilitación del frente mundial del imperialismo.

Esto significa que el campo de la revolución socialista se ha ampliado inconmensurablemente. Ahora, cuando el sistema del imperialismo en su conjunto está maduro para el paso al socialismo, *no hay ningún país que por su atraso económico o por otra causa interna cualquiera no pueda entrar en la vía de la revolución socialista.* También esos países tienen abierta la perspectiva, con la ayuda económica de los Estados socialistas, de iniciar el avance hacia el socialismo.

La revolución no va obligatoriamente unida a la guerra.

El desenvolvimiento histórico se había producido hasta ahora de tal suerte que el derrocamiento del capitalismo por vía revolucionaria y el desprendimiento de los países del sistema capitalista iba unido cada vez a guerras mundiales. Tanto la primera como la segunda aceleraron en grado sumo el estallido revolucionario. Lenin decía de la primera guerra mundial que había sido un "director de escena" grande, poderoso y omnipotente que "por una parte fue capaz de acelerar en proporciones gigantescas el curso de la historia universal, y por otra, de gestar crisis mundiales, de inusitada fuerza, económicas, políticas, nacionales e internacionales".[267] La debilitación del sistema capitalista a consecuencia de la primera guerra mundial permitió en 1917 romper el frente del imperialismo en la Rusia zarista.

En este sentido, un "director de escena" aún más poderoso ha sido la segunda guerra mundial. La derrota de las fuerzas principales de la reacción internacional -el fascismo alemán e italiano y el militarismo nipón- hizo posible la emancipación del capitalismo de otros países de la Europa Central y Sudoriental, de la gran China, de Corea del Norte y de Vietnam Septentrional. Esas mismas causas facilitaron la emancipación del imperialismo a los pueblos de la India, Indonesia, Birmania y otras colonias y países dependientes.

Esto nos lleva a la conclusión lógica de que, en la época del imperialismo, al agudizar al máximo las contradicciones político-sociales de la sociedad capitalista, las guerras mundiales conducen inevitablemente a conmociones revolucionarias. Si los imperialistas cierran los ojos a estas enseñanzas de la historia y se arriesgan a desencadenar una tercera guerra mundial, ésta no podrá por menos de conducir al hundimiento de todo el sistema del imperialismo en su conjunto. La humanidad no querrá de seguro tolerar por más tiempo un régimen que pone en mortal peligro la existencia de pueblos enteros y condena a millones de seres al sufrimiento y a la muerte.

Esto no significa en absoluto, sin embargo, que las nuevas victorias revolucionarias sobre el capitalismo hayan de venir obligatoriamente como consecuencia de una guerra. *Las guerras mundiales son inconcebibles sin revoluciones, pero las revoluciones son perfectamente posibles sin guerras.*

La guerra no es ni la fuente ni condición necesaria de las revoluciones. Así lo demuestra, en particular, la experiencia de las revoluciones de liberación nacional de los últimos tiempos. En el pasado, revoluciones de este género únicamente podían alcanzar éxito, de ordinario, en un ambiente de crisis y desconcierto originado por una guerra imperialista. Ahora conocemos ejemplos de revoluciones democráticas victoriosas en épocas de paz, como la revolución de julio de 1958 en Irak y la insurrección popular de Cuba (1959).

El marxismo-leninismo enseña que la revolución proletaria es fruto de una agudización extrema en las contradicciones sociales y políticas. Pero, como ya dijimos antes, esta agudización se ha convertido en nuestra época en un estado crónico por lo que se refiere a la mayoría de los países del capitalismo contemporáneo, que es víctima de una profunda crisis general.

En estas condiciones, para que las contradicciones internas del capitalismo se exterioricen y rompan con enorme fuerza, no hay que esperar a las guerras o a cualquier otro impulso de fuera. Con el alto grado de conciencia y organización a que en nuestros tiempos ha llegado el movimiento obrero revolucionario, si se dan condiciones internacionales propicias, la explosión revolucionaria puede venir también a consecuencia de los procesos que se desarrollan en la vida económica y política de los países capitalistas.

La creciente debilitación interna del capitalismo es la causa última e ineludible de que los trabajadores que se encuentran bajo la opresión de este sistema puedan esperar nuevos y nuevos éxitos en el gran movimiento de su emancipación social.

Qué es la situación revolucionaria.

Toda revolución digna de ser llamada así es la acción de grandes masas del pueblo que se levantan a la lucha, plenamente decididas a cambiar el orden de cosas vigente en la sociedad y sus condiciones de

[267] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIII. pág. 292.

vida. Pero cuando se trata de la lucha de clases y pueblos enteros, caeríamos en un ingenuo simplismo si pensásemos que el capricho de alguien podría ponerlos en movimiento. Los pueblos y las clases se lanzan a la lucha bajo la acción de causas muy profundas que tienen origen en las de sus propias condiciones de vida.

El leninismo ha elaborado las normas generales para juzgar si las condiciones para la revolución están maduras, si la situación objetiva es favorable para la lucha de las masas por el poder. En el lenguaje político este ambiente propicio se denomina *situación revolucionaria.*

V. I. Lenin señalaba que la situación revolucionaria se caracteriza por tres grandes signos: "1) Imposibilidad para las clases dominantes de conservar su dominación sin producirse cambio alguno; crisis en las «alturas», crisis de la política de la clase dominante, que abre una grieta por la que se filtran el descontento y la indignación de las clases oprimidas. Para que la revolución se produzca no es bastante que «los de abajo no quieran», sino que se requiere además que «los de arriba no puedan» vivir como antes. 2) Una agudización, superior a lo ordinario, de las necesidades y calamidades de las clases oprimidas. 3) Una elevación considerable, en virtud de las causas anteriores, de la actividad de las masas, que en una época de «paz» se dejan expoliar tranquilamente, pero que en tiempos turbulentos son incorporadas, tanto por todo el ambiente de la crisis *como por las propias «alturas»,* a una acción histórica independiente.

"Sin estos cambios objetivos, que no dependen de la voluntad de los grupos o partidos, ni tampoco de una u otra clase, la revolución es por regla general imposible. El conjunto de estos cambios objetivos es lo que se denomina situación revolucionaria."[268]

Es en grado sumo importante la observación de Lenin en el sentido de que para llegar a la situación revolucionaria no basta que las masas se vean dominadas por la indignación y el descontento. También es necesario que las clases dominantes no puedan vivir ni gobernar como antes. Con otras palabras, la revolución es imposible sin una crisis nacional, es decir, una crisis que abarque por igual a las capas bajas y a las altas de la sociedad. De ahí se deduce que el partido revolucionario de la clase obrera no puede basar su táctica únicamente en el pensar y el sentir de las masas; ha de tener también presente el comportamiento de la clase dominante.

La situación revolucionaria aparece cuando la política de los círculos dominantes ha fracasado y se encuentra en un atolladero, cuando entre las masas populares crece y se ensancha el descontento y en las "alturas" reina el desconcierto; cuando, como suele decirse, se masca en el aire la idea de que van a producirse cambios profundos. Esto ocurre de ordinario en los momentos turbulentos de la historia, cuando del viraje que den los acontecimientos depende la suerte de clases y pueblos enteros. En esas ocasiones las masas se encuentran ante un dilema: han de elegir entre una salida u otra, sin que exista una tercera solución. Las masas se levantan para derrocar el poder existente porque la experiencia les dice que no hay otro modo de ver satisfechos sus intereses vitales más profundos.

En esos momentos, hasta en las capas trabajadoras con menos conciencia de clase se despierta la sensación del sentido general de los acontecimientos y la decisión de actuar. A ello se refería Marx cuando dijo que hay días en los que "se concentran veinte años".

Entre las causas *objetivas* que caldean la situación, el papel decisivo corresponde, por lo común, a los factores económicos, al brusco empeoramiento de la situación en que se encuentran las clases oprimidas. Un gran incremento de la explotación, la desocupación en masa, el rápido encarecimiento de la vida, los fenómenos de crisis en la economía, que privan a las masas de seguridad en el mañana y de perspectivas para el futuro, son factores que, sin duda, hacen muy probable la explosión de la actividad revolucionaria de las masas. Ahora bien, los marxistas no han visto nunca en las causas materiales los factores únicos que radicalizan la conciencia y la voluntad de las masas trabajadoras.

El problema de los factores que dan origen a la situación revolucionaria exige, sobre todo en las circunstancias actuales, ser examinado con un criterio amplio, sin perder de vista los procesos que tienen lugar en el mundo capitalista. Elementos para la explosión revolucionaria en los países capitalistas se acumulan, por ejemplo, por el creciente peligro de aventuras bélicas y de renacimiento del fascismo. La amenaza de que un país se vea arrastrado a la catástrofe atómica puede muy bien empujar a las masas a la acción abierta contra el poder de los aventureros políticos que cumplen la voluntad de un reducido grupo de monopolios dedicados a la producción de guerra. La desenfrenada reacción política puede ser asimismo causa de que madure la situación revolucionaria. El mismo papel pueden desempeñar el peligro de ocupación del país por tropas extranjeras y otros factores de este mismo orden.

Son por ello vanas las esperanzas de quienes piensan que en nuestra época es posible evadirse de la revolución con paños calientes, con ciertas reformas sociales y mejorando parcialmente la vida de los trabajadores. Quienes se hacen tales ilusiones no quieren o no pueden comprender que hoy día las contradicciones de clase en un país u otro pueden agudizarse hasta alcanzar la situación revolucionaria en virtud de causas políticas, y no solamente de las económicas.

[268] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXI, págs. 189-190.

Pero, según nos enseña Lenin, la revolución no sigue siempre a toda situación revolucionaria; para ello es necesario que a las causas objetivas se unan las *subjetivas.* Es de una importancia formidable la capacidad y la decisión de la clase revolucionaria para emprender acciones lo suficientemente vigorosas como para destruir o quebrantar el poder existente, que nunca, ni siquiera en la época de crisis, "cae" por sí mismo si no lo "tiran".

Es precisamente en los momentos de crisis revolucionarias cuando se pone a prueba la madurez política y la capacidad de combate del *partido de la clase obrera,* sobre el cual recae una responsabilidad enorme: no puede dejar escapar las posibilidades favorables y ha de escoger acertadamente el momento en que su llamamiento a la acción encuentre el apoyo de las más grandes masas. Lenin subrayó en repetidas ocasiones que en esas horas los jefes de la clase obrera han de poseer un especial sentido revolucionario, sin que sea bastante su capacidad para analizar la situación con un espíritu científico.

Lenin ponía particularmente en guardia a los partidos revolucionarios contra un peligro que no está excluido en un período en que los acontecimientos se desarrollan vertiginosamente: el peligro de confiar sólo en las fuerzas propias, de creer que todo el pueblo está poseído de la misma decisión que la vanguardia y piensa como ella.

Sin la dirección del Partido, la revolución es imposible; pero el Partido no puede llevarla a cabo con sus propias fuerzas solamente. Lenin advertía: "Sólo con la vanguardia no se puede vencer. Sería no ya una estupidez, sino un crimen lanzar sólo la vanguardia al combate decisivo sin que toda la clase, sin que las grandes masas no hayan ocupado una posición de apoyo directo a la vanguardia o, al menos, de neutralidad favorable respecto a ella, quedando excluido todo apoyo que pudiera prestarle al enemigo. Y para que toda la clase, para que las grandes masas trabajadoras y oprimidas por el capital lleguen realmente a esa posición, no basta con la agitación y la propaganda. Para ello hace falta que estas masas hayan adquirido su propia experiencia política. Tal es la ley fundamental de todas las grandes revoluciones..."[269]

Estos son, resumidos, los conceptos del marxismo-leninismo sobre la situación revolucionaria, a la que se llega en virtud de causas objetivas, pero que únicamente puede ser utilizada para la acción revolucionaria por el partido que comprende los requerimientos del momento histórico, que se halla estrechamente vinculado a las masas y que sabe conducirlas.

La situación revolucionaria, en condiciones distintas, puede dar lugar a revoluciones de distinto tipo. En la revolución democrática se crean unas condiciones favorables para la llegada al poder de una amplia coalición popular; en la proletaria, significa que el momento es propicio para la clase obrera y sus aliados. La forma en que se producirá la revolución y el modo como llegarán al poder la coalición popular o la clase obrera es cosa que depende de muchas circunstancias.

4. El paso del poder a la clase obrera

El problema cardinal de toda revolución es el problema del poder. El problema de las revoluciones burguesas del pasado era la transmisión del poder, detentado por los señores feudales, a la burguesía, que entonces era una clase en ascenso. La tarea de la revolución proletaria consiste en privar del poder a la burguesía reaccionaria y a sus mandatarios políticos y entregarlo a la clase obrera y sus aliados. Esta revolución priva a las clases explotadoras de su dominación política y destruye las bases de su poderío económico; significa el paso a un nuevo período histórico: el de transición del capitalismo al socialismo.

El hecho de que la revolución socialista se plantee en todos los países y en todas las condiciones un mismo fin no significa que siempre haya de llevarse a cabo con arreglo a unas mismas formas. No. El imperio de la burguesía reaccionaria puede ser suprimido de diversos modos. El marxismo-leninismo rechaza los modos y formas de conquista del poder político dados de una vez para siempre y aplicables en todos los tiempos y pueblos. Esos modos y formas cambian en consonancia con las condiciones generales de la época, con la situación concreta de cada país y con sus características nacionales, con la virulencia de la situación revolucionaria, la correlación de las fuerzas de clase y el grado de organización de la clase obrera y de sus adversarios.

Cada partido de la clase obrera, cuando orienta a las masas hacia la revolución proletaria, ha de determinar, ante todo, el carácter -pacífico o no pacífico- de la misma. Esto depende, ante todo, de las condiciones objetivas: de la situación dentro del propio país, sin excluir el nivel de desarrollo de la lucha de clases, la tensión a que ésta ha llegado y la fuerza de resistencia de las clases dominantes, y también de la situación internacional.

Hay que tener presente que en toda revolución no depende sólo de uno de los bandos la elección de las formas de lucha. En la revolución socialista, no depende únicamente de la clase obrera, que se lanza al asalto del capitalismo, sino también de la burguesía y de quienes están a sueldo de ella para defender las resquebrajadas murallas del régimen de explotación.

La clase obrera no tiene especial interés en resolver los problemas sociales por la violencia. Lenin señaló siempre que "la clase obrera preferiría,

[269] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 73.

como es lógico, tomar *pacíficamente* el poder... "[270] La burguesía no quiere tenerlo para nada en cuenta y, si puede, impone a los obreros revolucionarios los métodos y formas de lucha más violentos.

Posibilidad de resolver el problema del poder por vía no pacífica.

Las enseñanzas de la historia nos dicen que las clases dominantes no se retiran nunca voluntariamente de la palestra social y no entregan el poder por sí mismas. Apoyándose en toda la maquinaria de su Estado, aplastan por la fuerza la más pequeña acción revolucionaria y cualquier intento de desposeerlas de sus privilegios de clase.

A eso se debe que, desde tiempos antiguos, la forma clásica de la revolución política sea la insurrección armada de la clase revolucionaria contra las viejas clases que se encuentran en el poder. Por lo demás, nadie sabe esto mejor que la propia burguesía, cuyos representantes se atreven ahora a acusar a los obreros revolucionarios de sentir "inclinación" por la violencia. En el período en que la burguesía aspiraba al poder, no tenía inconveniente alguno en recurrir a las armas contra los enemigos de clase que trataban de cerrarle el camino.

Más aún, en aquel tiempo la burguesía mostraba la suficiente decisión histórica como para proclamar abiertamente el derecho de las masas a la violencia en la lucha por el triunfo de un régimen social nuevo y más progresivo. Un documento tan importante de la revolución norteamericana, burguesa, como la Declaración de Independencia (1776) sostiene sin rodeos *no sólo el derecho, sino hasta el deber* de cada ciudadano *de cambiar e incluso de destruir la vieja forma de gobierno* cuando ésta va contra los intereses del pueblo.

La burguesía no llegó al "principio" de negar la violencia dirigida contra su poder "legítimo" más que cuando su propia dominación, degenerada en dictadura de una reducida oligarquía financiera, cuando su forma de gobierno, caduca y que ha dejado de estar al servicio de los intereses sociales, se ha visto amenazada de muerte.

Los enemigos del socialismo llevan muchos años tratando de desfigurar la posición del marxismo-leninismo en cuanto a la insurrección armada y al lugar que ésta ocupa en la revolución socialista. No cesan los viejos intentos de presentar a los comunistas como conspiradores que, a espaldas de las masas, tratan de adueñarse del poder. Tales afirmaciones no contienen ni un ápice de verdad.

Cuando Lenin exponía la posición del marxismo hacia la insurrección armada, siempre subrayó la gravedad y responsabilidad que encierra esta forma de lucha, poniendo en guardia a los obreros contra todo aventurerismo, contra el juego a la conspiración para "apoderarse" del poder. Siempre concibió la insurrección como una vasta acción de las masas trabajadoras dirigidas por la parte consciente de la clase obrera. Cinco meses antes de la Revolución de Octubre, en mayo de 1917, decía: "Nosotros no queremos «apoderarnos» del poder, puesto que toda la experiencia revolucionaria enseña que únicamente es estable el poder que se apoya en la mayoría de la población."[271] Ese poder estable y firme es el que se creó como fruto de la revolución socialista de octubre de 1917 en Rusia.

En los trabajos de Lenin podemos encontrar un análisis completo de la "forma *especial* de la lucha política" que, según él, es la insurrección armada. Lenin daba los consejos siguientes a los revolucionarios:

"1) *No jugar* nunca con la insurrección, y si se comienza, hay que saber firmemente que es preciso *ir hasta el fin.*

"2) Es necesario reunir *una gran superioridad de fuerzas* en el lugar decisivo y en el momento decisivo, pues de otra manera el enemigo, mejor preparado y organizado, destruirá a los insurrectos.

"3) Una vez la insurrección ha sido empezada, hay que obrar con la mayor *decisión* y obligatoriamente, forzosamente, pasar *a la ofensiva.* «La defensa es la muerte de la insurrección armada.»

"4) Hay que tratar de coger de sorpresa al enemigo, aprovechar el momento en que sus tropas se hallan dispersas.

"5) Hay que conseguir éxitos, aunque sean pequeños, *diariamente* (podríamos decir que cada hora si se trata de una sola ciudad), manteniendo la *«superioridad moral»* a toda costa."[272]

La acertada aplicación de estas indicaciones de Lenin fue una de las condiciones que aseguraron el éxito de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia, que fue casi la más incruenta de cuantas revoluciones registra la historia. En el asalto del Palacio de Invierno, que significaba la caída del gobierno provisional y el paso del poder a los Soviets, no pasaron de unas decenas los muertos por ambas partes.

Nadie afirma, se comprende, que la revolución proletaria ha de ostentar forzosamente en otros países el mismo carácter que en Rusia. Explicando el cruento carácter que los combates revolucionarios tomaron posteriormente en Rusia, Lenin señalaba dos circunstancias.

Primeramente, los explotadores habían sido derrotados sólo en un país; inmediatamente después del golpe revolucionario poseían aún una serie de ventajas frente a la clase obrera, y por eso ofrecieron una larga y desesperada resistencia, sin perder hasta el último momento sus esperanzas en la restauración.[273]

---

[270] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 254.

[271] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIV, pág. 332.

[272] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVI, pág. 152.

[273] V. I. Lenin, *Obras*. ed. cit., t. XXVIII, págs. 232-233.

En segundo lugar, la revolución era fruto "de la gran matanza imperialista", se había producido en unas condiciones de inusitado incremento del militarismo. Una revolución así no podía seguir adelante "sin complots y atentados contrarrevolucionarios de decenas y cientos de miles de oficiales que pertenecían a la clase de los terratenientes y capitalistas... "[274] Y esto no podía por menos de provocar medidas de respuesta del pueblo que había empuñado las armas.

Otros países, indicaba Lenin, irán al socialismo por una vía más fácil.

Posibilidades de la revolución por vía pacífica.

Es, sin duda, preferible el paso al socialismo por vía pacífica. Ello permite conseguir la transformación completa de la vida social con el mínimo de víctimas entre los trabajadores y con un mínimo de destrucciones de las fuerzas productivas de la sociedad y de interrupción del proceso de producción. La clase obrera toma en este caso de las manos de los monopolios capitalistas el aparato de producción casi intacto y, una vez realizada la reorganización necesaria, lo pone en marcha para, en un plazo corto, hacer que todas las capas de la población vean las ventajas que el nuevo modo de producción y distribución ha traído consigo.

La toma pacífica del poder responde más que ninguna otra a todo el modo de pensar de la clase obrera. Sus grandes ideales humanos se oponen al empleo de la violencia por la violencia, tanto más que la fuerza de la verdad histórica, de que ella es portavoz, es tal que puede contar perfectamente con el apoyo de la inmensa mayoría de la población.

Todo el problema estriba, pues, no en si los marxistas y los obreros revolucionarios quieren o dejan de querer la revolución pacífica, sino en si existen para ello premisas objetivas.

Marx y Lenin estimaban que, en determinadas condiciones, tales premisas pueden darse. Por ejemplo, en los años 70 del siglo pasado Marx admitía esa posibilidad para Inglaterra y Norteamérica. Tenían presente que en aquellos años -los del máximo esplendor del capitalismo premonopolista- esos dos países tenían menos ejército y burocracia que cualquiera otro; por consiguiente, la revolución podía no provocar un intenso empleo de la violencia de parte de la burguesía, por lo que tampoco serían necesarias las acciones de respuesta del proletariado. La clase obrera predominaba ya entre la población inglesa y se distinguía por su gran organización y por una cultura relativamente elevada, mientras que la burguesía mostraba siempre la tendencia a resolver las cuestiones litigiosas por vía de compromiso. En estas condiciones, Marx consideraba posible el triunfo pacífico del socialismo; por ejemplo, adquiriendo los obreros los medios de producción que la burguesía detentaba.

Lenin escribió posteriormente acerca de esto: "Marx no se ataba las manos -ni se las ataba a los futuros líderes de la revolución socialista- acerca de las formas, procedimientos y modos de la revolución, pues comprendía perfectamente el cúmulo de problemas nuevos que entonces se presentarán, cómo cambiará toda la situación en el curso de la acción revolucionaria, con qué *frecuencia* e *intensidad* cambiará todo en la marcha de la revolución."[275]

Los auténticos marxistas se han distinguido siempre por la flexibilidad con que emplearon las distintas formas de la revolución.

Los marxistas-leninistas rusos se preparaban para la insurrección armada, pero sin dejar escapar por ello la más pequeña posibilidad de conseguir la transformación política por medios pacíficos. Cuando en el transcurso de la revolución rusa, de abril a junio de 1917, se esbozó la perspectiva del paso pacífico a la etapa socialista de la revolución, Lenin propuso utilizarla sin dilación alguna. En el primer tiempo que siguió a la revolución de febrero, no había otro país más libre que Rusia: el pueblo había conquistado unos derechos como no existían en los Estados más democráticos. De ahí que en sus famosas *Tesis de Abril* plantease Lenin la consigna de la revolución *pacífica.* Sólo después de los acontecimientos de julio de 1917, cuando el Gobierno provisional hizo ametrallar en las calles de Petrogrado una manifestación de obreros y soldados, se retiró esa consigna. A la violencia del poder burgués había que responder con la insurrección armada.

Los bolcheviques no tuvieron la culpa de que en Rusia no fuera posible el paso pacífico a la etapa socialista de la revolución. Después de ser establecido el poder de los Soviets, como todos sabemos, los obreros y los campesinos hubieron de derramar abundantemente su sangre en los frentes de la guerra civil. Los bolcheviques hicieron cuanto estaba a su alcance para evitar esa guerra. Lenin, en nombre del poder soviético, propuso un acuerdo con los capitalistas rusos y extranjeros, a los que se otorgarían concesiones, creando empresas capitalistas de Estado. Pero los capitalistas no aceptaron la propuesta y, con el apoyo del imperialismo internacional, desencadenaron en el país una sangrienta lucha intestina.

En el período comprendido entre las dos guerras mundiales la burguesía reaccionaria de muchos países de Europa, que ampliaba y perfeccionaba sin cesar su maquinaria policíaca-burocrática, persiguió con saña los movimientos de masas de los trabajadores, cerrando el camino para la vía pacífica de la revolución socialista. La posibilidad de que ésta pueda desarrollarse así se ha esbozado únicamente en los últimos años, a consecuencia de los grandes

[274] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXX, pág. 10.

[275] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVII, pág. 310.

cambios históricos producidos después de la segunda guerra mundial.

Estos cambios, que imponen su huella en la vida de todos los pueblos y clases de la sociedad, así como la experiencia de la lucha de los Partidos Comunistas hermanos, fueron recogidos en el informe de N. S. Jruschov ante el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética. El Congreso llegó a la conclusión de que *en las condiciones actuales ha aparecido la posibilidad de que los distintos países pasen al socialismo sin insurrección armada ni guerra civil.* Esto se ha visto luego confirmado en la Declaración de la Conferencia de Partidos Comunistas y Obreros, pasando a convertirse en patrimonio de todo el movimiento comunista mundial.

La vía pacífica de la revolución se ha hecho posible en virtud de la aparición de una serie de factores nuevos.

Primeramente, ha cambiado la correlación de fuerzas entre el capitalismo y el comunismo en escala mundial. Los imperialistas no son ya dueños y señores absolutos del mundo. Frente a ellos tienen al poderoso campo de los Estados socialistas, al robustecido movimiento obrero internacional y a las fuerzas democráticas de todo el mundo. Esto significa que la revolución cuenta con una situación exterior más propicia.

En segundo lugar, crece sin cesar la fuerza de atracción de las ideas del socialismo y en todo el mundo aumenta rápidamente el número de sus partidarios. Cuanto mayores son los éxitos que los países socialistas consiguen en el campo de la economía, la cultura y la democracia socialista, tanto más vigorosamente se acercan al socialismo los trabajadores de los países capitalistas y de las colonias, tanto más amplio es el frente de las fuerzas que aspiran a pasar al nuevo régimen social.

En tercero, después de la guerra ha adquirido realidad en muchos países capitalistas la perspectiva de que la mayoría de la población se agrupe alrededor de la bandera antimonopolista y democrática, con lo que se conseguirá una superioridad decisiva de fuerzas sobre los grupos dirigentes de la burguesía.

Así, pues, la revolución pacífica se ha hecho posible no porque las clases dirigentes hayan cambiado de naturaleza y se muestren inclinadas a renunciar voluntariamente a su poder. No; es posible porque en bastantes países se puede llegar a conseguir una superioridad tal sobre la reacción, que las clases afectadas, comprendiendo la inutilidad de la resistencia, no tengan otro recurso que capitular ante el pueblo revolucionario. *Por consiguiente, también en este caso la suerte de la revolución viene determinada por la correlación real de fuerzas.*

El hecho de que los marxistas-leninistas acepten la posibilidad de la revolución pacífica no quiere decir en modo alguno que se hayan pasado a las posiciones del reformismo.

Los reformistas propugnan la vía pacífica porque niegan en general la lucha de clases y la revolución. Según los socialdemócratas de derecha, la sociedad de "justicia social" no es producto de las acciones revolucionarias de los trabajadores, sino que viene como consecuencia de la evolución elemental de la propia sociedad capitalista. Los marxistas-leninistas niegan que eso sea así: no lo confirman ni la ciencia de la sociedad ni la experiencia de la vida. Saben que toda revolución -pacífica o no pacífica- es resultado de la lucha de clases. Y tanto más la revolución socialista -pacífica o no pacífica-, que siempre es revolución, pues viene a resolver el problema del paso del poder que detentaban las clases reaccionarias a las manos del pueblo.

Además, los reformistas ven la vía pacífica como el único camino que conduce al socialismo. Los marxistas-leninistas, aun señalando la posibilidad de una revolución pacífica, ven algo más: ven como algo inevitable, en una serie de casos, una gran agudización de la lucha de clases. Donde el aparato policíaco-militar de la burguesía reaccionaria es fuerte, la clase obrera tropezará con una desesperada resistencia. No hay duda de que el derrocamiento de la dictadura burguesa por la lucha armada de las clases será inevitable en algunos países capitalistas.

Lenin advertía ya que la reacción puede lanzarse a probar todas sus posibilidades en una batalla última y definitiva. No tenerlo presente y no prepararse a darle respuesta firme sería el mayor de los errores.

La revolución y *el Parlamento.*

Una de las formas posibles de transición pacífica al socialismo puede ser la toma del poder por la clase obrera mediante la conquista de la mayoría en el Parlamento.

Durante varios decenios los comunistas denunciaron tenazmente las ilusiones parlamentarias que los reformistas sembraban entre los obreros. Esto no significa que los Partidos Comunistas negasen en redondo la lucha parlamentaria. Admitían, sí, su valor para la defensa de los intereses diarios y los derechos democráticos del pueblo. Mas a renglón seguido señalaban que esa lucha no era bastante para alcanzar la meta final de la clase obrera, que es tomar el poder de manos de la burguesía.

Esta posición era correcta y venía impuesta por las condiciones históricas de aquel entonces.

Ahora, sin embargo, la situación ha cambiado, y la posición de los partidos revolucionarios ante la lucha parlamentaria ha de ser otra. Después de un análisis de las condiciones de la lucha obrera en la época contemporánea, el XX Congreso del P.C. de la U.S. llegaba a la conclusión de que hoy día para la conquista del poder por la clase obrera puede ser utilizado el mecanismo de la democracia

parlamentaria.

En la resolución del Congreso se decía:

"En algunos países capitalistas la clase obrera, dirigida por su parte avanzada, tiene en las condiciones actuales la posibilidad real de agrupar en torno a ella a la inmensa mayoría del pueblo y de asegurar el paso de los medios fundamentales de producción al pueblo. Los partidos burgueses de derecha y los gobiernos formados por ellos van cada vez más al fracaso. En estas condiciones, la clase obrera, agrupando a su alrededor a los campesinos trabajadores, a grandes círculos de intelectuales y a todas las fuerzas patrióticas, y combatiendo enérgicamente a los elementos oportunistas, incapaces de abandonar la política de conciliación con los capitalistas y terratenientes, puede derrotar a la reacción, a las fuerzas antipopulares, conquistar una mayoría sólida en el Parlamento y convertir este órgano de la democracia burguesa en instrumento de la verdadera voluntad del pueblo."[276]

Esta tesis del XX Congreso del P.C. de la U.S. tomaba en consideración el criterio de algunos Partidos Comunistas de otros países, a los que su propia experiencia había llevado a las mismas conclusiones.

Se comprende muy bien que el pensamiento marxista se ocupase de este problema. En el mundo capitalista se está operando un proceso de formación de amplias coaliciones antimonopolistas y antiimperialistas que agrupan a la mayoría de la nación; de ellas puede derivar un tipo nuevo de poder del pueblo, y el Parlamento -institución representativa nacional- puede ser su forma orgánica y el instrumento que despliegue una amplia lucha contra la dominación de los monopolios.

La vía parlamentaria de paso al socialismo significaría varias ventajas para la clase obrera. La formación del nuevo poder, a través de una institución tan tradicional en muchos países como es el Parlamento, le otorgaría al instante el prestigio necesario que haría más fácil la aplicación de las subsiguientes transformaciones socialistas. Toda resistencia a la revolución socialista sería en este caso ilegítima no sólo de hecho, sino también de derecho, pues iría contra la voluntad de la nación expresada por el Parlamento.

Sería erróneo pensar, se comprende, que la conquista del poder por la vía parlamentaria es posible en cualquier día de elecciones. Eso lo pueden creer sólo los reformistas, convencidos de que las profundas transformaciones sociales se deciden por una simple votación. Los marxistas-leninistas no tienen una visión tan primitiva de la llegada de la clase obrera al poder a través del Parlamento. Los problemas básicos de la vida social serán resueltos siempre por la lucha de las masas del pueblo y la correlación real de las fuerzas de clase. La lucha parlamentaria sólo asegura el paso al socialismo cuando se apoya en el movimiento revolucionario de las masas obreras y de las grandes capas del pueblo.

Reducirlo todo al libre juego de fuerzas en el Parlamento, a las combinaciones parlamentarias, significaría caer en el "cretinismo parlamentario" del que jamás podrán curarse los líderes reformistas de derecha. Los vínculos permanentes con las grandes masas, con el movimiento revolucionario del pueblo fuera del Parlamento, son *la premisa fundamental de que se conseguirá llevar a la práctica las transformaciones socialistas por la vía parlamentaria.*

Cuando en el país crece vertiginosamente el descontento general, cuando se ha formado una coalición real de las fuerzas democráticas y las masas piden a los partidos de izquierda la constitución de un gobierno revolucionario, entonces, y sólo entonces, se verán las clases reaccionarias imposibilitadas para una resistencia seria y habrán de someterse a la voluntad del pueblo.

Los partidos obreros revolucionarios necesitan de la mayoría en el Parlamento para algo muy distinto que disfrutar de agradables sinecuras. Utilizan el poder que se les ha concedido para, por vía legislativa, llevar a cabo las transformaciones democráticas y socialistas, como es, entre otras, la nacionalización de las propiedades de los grandes monopolios. El propio Parlamento se convierte entonces en instrumento de la voluntad genuina del pueblo. El nuevo poder revolucionario no sólo conserva los derechos democráticos de que el pueblo goza, sino que los amplía por todos los medios.

Es imposible predecir la forma concreta que adoptará la vía parlamentaria al socialismo en uno u otro país, aunque la posibilidad de que así ocurra ha de ser tenida en cuenta desde el principio mismo. No está excluido que allí donde la coalición de las fuerzas democráticas obtenga la mayoría en las elecciones, las clases reaccionarias en el poder no quieran subordinarse a la voluntad de la nación y se resistan a entregar el gobierno a los partidos de izquierda. En tal caso, los partidos democráticos se verán obligados a responder con la fuerza al reto de la reacción. El curso pacífico de la revolución puede ser alterado. La virulencia y las formas de la lucha subsiguiente vendrán determinadas por la correlación de las fuerzas de clase y por la situación internacional.

La experiencia demuestra que la clase capitalista es bastante hábil como para, antes de que se plantee el problema de la llegada de los partidos de izquierda al poder, levantarles toda clase de obstáculos a fin de impedir que conquisten la mayoría. Cuando los partidos gobernantes ven amenazadas sus posiciones, recurren a toda clase de argucias en los sistemas

---

[276] *XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética,* 14 *al* 25 *de febrero de* 1956. Actas taquigráficas, t. II, Gospolitizdat, Moscú, 1956, págs. 415-416.

electorales, restringen las facultades del Parlamento, etc.

Considerándolo así, los partidos revolucionarios de la clase obrera procuran dominar todas las formas de lucha -pacíficas y no pacíficas, parlamentarias y no parlamentarias- para estar dispuestos en el momento oportuno a poner en juego aquella que más corresponda a la situación y a los intereses de los trabajadores.

5. Leyes fundamentales de la revolución socialista y peculiaridades de su manifestación en los distintos países

En la teoría marxista-leninista de la revolución socialista ocupa importante lugar el problema de la correlación entre las leyes generales de la revolución y las peculiaridades que éstas presentan en el plano nacional. Del acertado criterio con que se enfoque este problema depende mucho el éxito de la revolución. No puede extrañarnos, pues, que en torno a él se desarrolle una enconada lucha ideológica.

Los revisionistas no admiten la existencia de leyes generales de la revolución, desorbitando el valor de las peculiaridades nacionales. Y como este punto de vista se quiere imponer a los partidos de los países donde la revolución no se ha producido todavía, de lo que en realidad se trata es de la renuncia a la revolución.

Los dogmáticos, al contrario, no quieren considerar las peculiaridades nacionales en el curso de la revolución. Exigen que en todos los lugares se lleve a cabo la revolución socialista con arreglo a un esquema adoptado de una vez para siempre. También esta posición puede causar daño sensible al movimiento revolucionario. La gran fuerza del socialismo reside precisamente en que se afirma como resultado de la creación revolucionaria de las masas y se incorpora a la vida de cada nación en formas que el pueblo comprende y hace suyas, orgánicamente relacionadas con toda la estructura de su vida nacional. Y los dogmáticos, al no tener presentes las peculiaridades nacionales y limitarse a copiar mecánicamente la experiencia de otros países, traban la acción creadora de las masas, debilitan la fuerza de atracción del socialismo y le crean dificultades complementarias en su camino.

Considerando el peligro que el revisionismo y el dogmatismo encierran, la Declaración de la Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros (1957) subraya la necesidad de *mantener simultáneamente la lucha contra estas dos tendencias.*

El marxismo-leninismo estima que, a pesar de las diferencias en cuanto a las condiciones concretas y a las tradiciones nacionales, la revolución socialista presenta en todos los países rasgos y leyes comunes de sustancial importancia. Y se comprende que así sea: la sustitución del capitalismo por el socialismo es en todos los países un proceso idéntico en líneas generales. Su comienzo va señalado por dos transformaciones fundamentales: 1) se aparta del poder político a las clases explotadoras y se implanta el poder de los trabajadores dirigidos por la clase obrera, la dictadura del proletariado; 2) se suprime la propiedad de los capitalistas y terratenientes y se establece la propiedad social sobre los principales medios de producción.

Estas dos transformaciones, según se indicaba antes, pueden sucederse en distintas formas. Pero la clase obrera ha de llevarlas a cabo obligatoriamente en todos los casos en que se realiza el paso al socialismo. Sin ello el socialismo es imposible.

La enunciación más completa de los principios cuya observación es necesaria para el triunfo de la revolución socialista, figura en la Declaración de la Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros. En ella se enumeran los siguientes principios y leyes generales, que abarcan al período completo de transición del capitalismo al socialismo:

Dirección de las masas trabajadoras por la clase obrera, el núcleo de la cual es el partido marxista-leninista, para la realización de la revolución proletaria en una u otra forma y el establecimiento de la dictadura del proletariado en una u otra forma.

Alianza de la clase obrera con la masa fundamental de los campesinos y con otras capas de trabajadores.

Supresión de la propiedad capitalista y establecimiento de la propiedad social sobre los principales medios de producción.

Gradual transformación socialista de la agricultura.

Desarrollo planificado de la economía nacional, dirigido a la construcción del socialismo y el comunismo, a la elevación del nivel de vida de los trabajadores.

Aplicación de la revolución socialista al campo de la ideología y la cultura y formación de una intelectualidad numerosa, fiel a la clase obrera, al pueblo trabajador y a la causa del socialismo.

Supresión de la opresión nacional y establecimiento de una amistad fraternal e igual en derechos entre los pueblos.

Defensa de las conquistas del socialismo contra los ataques de los enemigos de fuera y de dentro.

Solidaridad de la clase obrera del país con la clase obrera de los otros países: internacionalismo proletario.

Estos principios y leyes generales no son sino las conclusiones fundamentales, brevemente formuladas, que se derivan de la teoría marxista-leninista de la revolución proletaria y de la construcción del socialismo.

Los partidos marxistas-leninistas no pretenden la aplicación de sus principios en la misma forma y con

iguales métodos cualquiera que sea el país de que se trate. Siempre tienen presentes las condiciones concretas y las peculiaridades nacionales de su propio país. El leninismo enseña que la clave de los éxitos de la política socialista reside en la aplicación con un espíritu creador de los principios generales a las condiciones concretas del país, de conformidad con los rasgos originales de su economía, su política y su cultura, con las tradiciones de su movimiento obrero, las costumbres y psicología de su pueblo, etc.

Mientras existan diferencias nacionales y estatales entre los pueblos y los países, indicaba Lenin, la unidad de la táctica internacional del movimiento obrero comunista de todos los países no exige que se elimine la diversidad, que se ponga fin a las diferencias nacionales, sino una aplicación de los principios *fundamentales* del comunismo que *"modifique acertadamente* esos principios *en lo particular,* que los acomode y aplique acertadamente a sus diferencias nacionales y nacionales-estatales."[277]

Una tarea muy importante de los comunistas es la de adivinar, buscar, captar, investigar y estudiar lo particular y específicamente nacional en el enfoque concreto de la manera como cada país ha de resolver problemas internacionales únicos.

La evolución de la sociedad humana del capitalismo al socialismo *es un proceso histórico único.* Ahora bien, la revolución socialista, cuando el desarrollo social la pone al orden del día en uno u otro país, es un acto de creación independiente de las masas populares que viven en cada país concreto, en un determinado medio en el que ha transcurrido su vida. Esto impone su huella imborrable a la marcha de los procesos revolucionarios.

El conjunto de formas y modos por los que en un país se realizan las transformaciones revolucionarias comunes a todos los países es lo que constituye la característica del paso de ese país al socialismo. Las leyes fundamentales de la transición del capitalismo al socialismo son únicas para todos los países capitalistas. Lo que hay de común en el avance hacia el socialismo predomina sobre las peculiaridades nacionales. Las condiciones específicas de uno u otro país pueden modificar parcialmente las manifestaciones concretas de las leyes fundamentales, sin que sean capaces de suprimir las propias leyes. Esto no significa, sin embargo, que cada país vaya al socialismo por un camino sustancialmente distinto del que siguen los otros países. Hay un socialismo verdadero: el socialismo científico de Marx y Lenin, que establece principios generales para todos los países y pueblos en cuanto a la organización de la sociedad nueva, principios que se derivan de un estudio profundo de las leyes del desarrollo social.

La teoría marxista-leninista se enriquece a medida que se va reuniendo experiencia de la puesta en práctica de las transformaciones socialistas. La aplicación, con un espíritu creador, de los principios generales del marxismo-leninismo a las condiciones concretas de cada país significa, a la vez, un mayor desarrollo de estos principios. Cualquier país -grande o pequeño- puede enriquecer con su experiencia la teoría marxista de la revolución socialista.

[277] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 72.

SECCIÓN QUINTA.
TEORÍA DEL SOCIALISMO Y EL COMUNISMO

Capitulo XXI. Dictadura del proletariado y democracia proletaria

La revolución socialista lleva al poder a los trabajadores, dirigidos por la clase obrera. Las clases explotadoras -capitalistas y terratenientes- son apartadas del poder político, sin que esto signifique aún su desaparición del campo de la lucha de clases. Iníciase así el *período de transición del capitalismo al socialismo,* en el cual se produce la transformación revolucionaria de la sociedad capitalista en socialista.

Según enseñaban los clásicos del marxismo-leninismo, la única fuerza capaz de llevar adelante esta transformación es la *dictadura revolucionaria del proletariado.*

¿Qué es la dictadura del proletariado? *Es el poder de los trabajadores, dirigido por la clase obrera y que tiene como fin la construcción del socialismo.*

"La dictadura del proletariado -escribe Lenin-, si traducimos este término latino, científico, histórico-filosófico, a un lenguaje más sencillo significa:

"Sólo una clase determinada, los obreros urbanos y, en general, los obreros fabriles, industriales, está en condiciones de dirigir a todo el conjunto de trabajadores y explotados en la lucha por derribar el yugo del capital, en el momento en que éste es derribado, en la lucha por mantener y consolidar la victoria con objeto de crear un régimen social nuevo socialista, y en toda la lucha por la completa supresión de las clases."[278]

1. Necesidad histórica de la dictadura del proletariado en el período de transición

La revolución socialista descarga el golpe sobre los intereses vitales de las clases explotadoras, antes dominantes y ahora apartadas del poder. Por eso, la llegada de la clase obrera al poder y las medidas que adopta para la construcción del socialismo encuentran la desesperada resistencia de las clases explotadoras derribadas. Más aún, mientras esas clases permanezcan en pie, mientras se conserven las condiciones económicas para su existencia, no desaparece el peligro de restauración del viejo sistema capitalista.

La resistencia de la burguesía reaccionaria es inevitable.

Todas las revoluciones han tenido que vencer la resistencia de las clases reaccionarias. Las clases en ascenso, por lo común, hubieron de implantar su dictadura revolucionaria para escapar al abrazo con que les oprimía la sociedad vieja. La revolución burguesa de 1789 en Francia llevó a cabo profundas transformaciones antifeudales y ejerció honda influencia sobre muchos países, más que nada porque no se detuvo ante el empleo de la violencia para aplastar a los aristócratas y demás partidarios del poder real.

La revolución socialista significa la transformación social más completa y profunda que se conoce; pone fin a toda explotación del hombre por el hombre y precisamente por ello ha de superar la resistencia más desesperada. Porque la burguesía dominante ha usado y abusado durante tanto tiempo de los privilegios que proporciona el poder, de la riqueza y la cultura, se ha habituado tanto a su situación, que llegó a creer como en algo inmutable en el régimen dentro del cual ella manda y los demás obedecen. No conoce por eso límites la furia de las clases reaccionarias cuando llegan al poder los trabajadores, gentes a quienes ellas siempre trataron como a inferiores y a las que consideran incapaces de regir los asuntos públicos. Y los opresores derribados decuplican su resistencia cuando los hombres del trabajo atentan contra lo que para los explotadores es sacrosanto -su propiedad privada- y ven amenazada la posibilidad misma de una existencia parasitaria.

Hasta tanto no termina el período de transición, decía Lenin, "los explotadores conservan inevitablemente la esperanza de la restauración, y esta *esperanza* se convierte en *intentos* de restauración. Aun después de la primera derrota seria, los explotadores derribados, que no esperaban serlo, no creían en ello ni admitían la idea de que así pudiera ser, se lanzan con decuplicada energía, con rabiosa pasión, con un odio cien veces mayor, al combate para recuperar el «paraíso» perdido, para defender a sus familias, que antes conocían una vida tan dulce y a las que ahora «la canalla» condena a la ruina y a la miseria (o al «simple» trabajo...)."[279]

Obreros, campesinos e intelectuales se muestran

[278] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIX, pág. 387.

[279] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVIII, pág. 233.

orgullosos de su trabajo, que sostiene a la sociedad entera. Pero los explotadores, acostumbrados a atribuirse los frutos del trabajo ajeno, lo consideran una humillación y la mayor de las desgracias.

Las esperanzas de la burguesía reaccionaria en la restauración se ven alimentadas por la circunstancia de que, aun habiendo perdido el poder político, dispone todavía de considerable fuerza. En los primeros tiempos tiene ciertas ventajas sobre la clase obrera triunfante.

La gran burguesía puede apoyarse en la ayuda del capital internacional. La participación de tropas de catorce potencias imperialistas en la lucha contra la joven República Soviética, el apoyo armado de los imperialistas al régimen del Kuomintang en China y a los gobiernos fantoches de Vietnam del Sur y de Corea Meridional, la rebelión contrarrevolucionaria de octubre de 1956 en Hungría y los ingentes recursos que los Estados Unidos asignan para la labor subversiva en los países del socialismo, son pruebas de que la clase obrera, aun después de haber derribado el poder de los capitalistas y terratenientes en su país, ha de rechazar las furiosas acometidas de la reacción internacional.

Todo poder está obligado a defender el país de la agresión exterior. Pero cuando al poder llegan los trabajadores, la defensa adquiere un sentido nuevo, convirtiese en una prolongación de la lucha de clase que el proletariado ha de mantener contra la burguesía contrarrevolucionaria en el interior del país. Actualmente, cuando se ha formado el poderoso campo socialista y las fuerzas de la democracia han crecido en todo el mundo, se presenta la posibilidad real de impedir la intervención militar del imperialismo internacional en los asuntos interiores de un país que lleve a cabo su revolución democrática o socialista. No obstante, mientras exista el campo imperialista, subsistirá el peligro de agresión militar contra los Estados socialistas y de apoyo por los imperialistas a las fuerzas descontentas con el régimen nuevo.

Además, las clases explotadoras derribadas conservan ciertas posiciones en la economía hasta tanto no son desprovistas por completo de la propiedad privada sobre los medios de producción. Esas posiciones tratan de utilizarlas para el sabotaje y la desorganización de la vida económica. Perdida su dominación política, la burguesía trata de buscar el desquite en el campo económico y de levantar ante el nuevo poder dificultades insuperables. La burguesía derribada encuentra apoyo en la pequeña producción mercantil, que engendra constantemente capitalismo y, si no se toman medidas en contrario, puede conducir a la restauración del mismo. La burguesía trata de aprovechar las inevitables fluctuaciones de los campesinos.

En el período primero que sigue a la revolución, las gentes de las antiguas clases gobernantes tienen la superioridad de una cultura más elevada, de su experiencia en la organización de la producción y en el gobierno y de sus relaciones con ingenieros y demás personal técnico y con la oficialidad del ejército. Durante cierto tiempo, la burguesía puede aún influir en las masas políticamente y en el terreno de las ideas. Esta influencia es tanto más peligrosa por cuanto los trabajadores no se ven libres de la noche a la mañana de las seculares costumbres derivadas de la sociedad de explotación. Además, el imperialismo deja tras de sí un sinnúmero de elementos desclasados y delincuentes, que proceden principalmente de la pequeña burguesía arruinada. La contrarrevolución puede reclutar entre ellos sus destacamentos de mercenarios.

No hay un país socialista en el que las clases reaccionarias no hayan prestado resistencia a las transformaciones revolucionarias, variando únicamente su carácter de conformidad con la correlación de las fuerzas de clase. En Rusia, las clases reaccionarias, ayudadas por los imperialistas extranjeros, impusieron al pueblo una encarnizada guerra civil, que se prolongó durante varios años y exigió sacrificios sin cuento a los obreros y campesinos. En algunas democracias populares europeas, la resistencia de la reacción tomó la forma de *putch.*

Por eso, para consolidar el triunfo de la revolución y paralizar la resistencia de las clases derribadas, en todos los sitios ha sido necesario un poder fuerte y enérgico, que no se detuviera, si así era preciso, ante el empleo de la fuerza. Esto confirma la tesis del marxismo-leninismo de que la dictadura es inevitable siempre que se pasa del capitalismo al socialismo. La dictadura es necesaria para aplastar la resistencia de los explotadores y para cortar la acción de los bandidos, ladrones, salteadores y demás delincuentes comunes, de todos los elementos que son producto de la descomposición de la sociedad vieja y que, como una sucia espuma, suben a la superficie en este período.

Esto quiere decir que la toma del poder por el proletariado no significa el fin de su lucha de clase contra los explotadores. Continúa también en el período de transición y en ocasiones alcanza una gran virulencia. Pero esta lucha transcurre en nuevas condiciones y sus formas son otras. Lo nuevo reside en que, por vez primera, las clases trabajadoras disponen del poder político, que antes era exclusiva de los explotadores. "La dictadura del proletariado -escribe Lenin- es la lucha de clase del proletariado triunfante y que ha tomado el poder político en sus manos contra la burguesía vencida, pero no destruida, que no ha desaparecido y no cesa de ofrecer resistencia, contra la burguesía que incrementa su resistencia."[280]

[280] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIX, pág. 350.

La clase obrera y la violencia.

No hay otro problema alrededor del cual los enemigos del comunismo hayan amontonado tantos embustes y patrañas como el de la dictadura del proletariado. Movidos por el deseo de asustar a los trabajadores y de explotar sus aspiraciones democráticas, pintan la dictadura del proletariado como negación de toda democracia, como dictadura de determinados grupos o personas, como "totalitarismo", arbitrariedad política, etc. Insisten con especial celo en que los comunistas, en determinadas condiciones, admiten la necesidad de la violencia. Y apoyándose en ello tratan de presentar la dictadura del proletariado como un régimen de violencia completa que se desprende de las concepciones mismas del comunismo.

No obstante, como decía Lenin, "en nuestro ideal no hay lugar para la violencia sobre los hombres". La clase que durante centurias enteras fue objeto de represión, de vejámenes y de sangrientas persecuciones, odia profundamente los regímenes que hacen posible la violencia sobre los hombres, la opresión y la humillación. La clase obrera no abriga ningún sentimiento de venganza hacia quienes la explotaban. No toma el poder para vengarse, sino para construir una sociedad nueva que emancipa a los hombres de la explotación y de la opresión en todos los terrenos.

Para la consecución de sus humanos y nobles fines, la clase obrera trata de escoger los correspondientes medios de lucha. "El fin justifica los medios" es el lema de los jesuitas, pero no de los comunistas. Estos no desdeñan posibilidad alguna para evitar la violencia, lo mismo en el curso de la lucha por el poder que en el período de construcción del comunismo. y si, a pesar de todo, la clase obrera ha de recurrir a la violencia, esto se debe a la resistencia de las clases desplazadas; no tiene, por tanto, la culpa la sociedad nueva, socialista, sino la vieja, la capitalista.

Se equivocan los que piensan que la dictadura del proletariado y el empleo de la violencia contra quienes recurren a ella se contradice con el humanismo. Ocurre precisamente lo contrario. Cuanto más enérgico se muestra el poder nuevo, tanto más infundadas son las esperanzas de los reaccionarios en la restauración y menor es la necesidad de recurrir a la fuerza. Y viceversa, cuanto más débil e indeciso se muestra el poder obrero, más furiosos son los intentos contrarrevolucionarios de la burguesía y más graves son las consecuencias de la lucha de clases. Menos sangre se verterá en el futuro si se aplasta a tiempo al puñado de conspiradores contrarrevolucionarios.

La propaganda burguesa trata de presentar esta acción política exclusivamente como terror, como represión y limitación directa de los derechos democráticos. Pero medidas tan extremas se aplican únicamente como respuesta a la resistencia activa de la propia burguesía. Si las clases reaccionarias derribadas empuñan las armas, tropiezan con la actitud enérgica del poder obrero, que les priva de base para la resistencia. En otros casos todo puede limitarse a medidas restrictivas no violentas, que conducen a la supresión paulatina de las condiciones de vida de las clases explotadoras: nacionalización de la industria capitalista, incorporación al trabajo y reeducación de la parte de la burguesía que se mantiene en un plano de lealtad, etc.

Ahora bien, cualesquiera que sean las condiciones, la dictadura del proletariado no se basa en la arbitrariedad y la ilegalidad, sino todo lo contrario, crea una firme legalidad revolucionaria en el país, pidiendo el cumplimiento estricto de las leyes, tanto por parte de los ciudadanos como de los funcionarios encargados de la administración pública dentro del nuevo poder.

En la medida que esto depende de ella, la clase obrera prefiere siempre los métodos no violentos a los de represión. Cuanto más amplia sea la capa de la burguesía dispuesta a colaborar con la clase obrera, tanto menores serán las dificultades que ofrezca la implantación de las transformaciones socialistas, tanto menores serán los sacrificios humanos y las pérdidas materiales, tanto antes encontrarán empleo en la nueva sociedad los conocimientos y los hábitos de organización de la parte leal de los antiguos capitalistas y de los grupos de intelectuales que antes se mantenían a su lado.

Los propios capitalistas y terratenientes de Rusia, que desataron la guerra civil, obligaron al Poder Soviético a aplicar medidas represivas que eran únicamente respuesta a la violencia de los explotadores derribados. Así lo reconocieron muchos observadores objetivos. Herbert Wells, que estuvo en Rusia en 1920, escribía: "No es el comunismo, sino el imperialismo europeo el que arrastró a este enorme, cuarteado y fracasado imperio a una extenuante guerra de seis años. Y no es el comunismo el que desgarró a esta Rusia mártir y acaso moribunda con constantes ataques, invasiones y levantamientos subsidiados desde fuera, el que la ahogó con un bloqueo monstruosamente cruel. El vengativo acreedor francés y el obtuso periodista inglés son mucho más responsables de estos atroces tormentos que cualquier comunista."[281]

En cuanto la situación lo permitió, el Poder Soviético pasó a otra política respecto de la burguesía. Se sabe, por ejemplo, que V. I. Lenin, después de la toma de Rostov en enero de 1920, anunció que entonces se podía abolir la pena de muerte. Pero los explotadores lo impidieron, al pasar una vez y otra al ataque contra las conquistas de la revolución.

---

[281] H. Wells. *Rusia en tinieblas,* Gospolitizdat, Moscú. 1958, págs. 19-20.

Lo que resultó inevitable en Rusia, donde las clases derribadas conservaron hasta el último momento las esperanzas en la restauración, no es, ni mucho menos, ley general de la revolución socialista. En este sentido vemos un factor nuevo en la experiencia de las democracias populares, y especialmente en China, donde ha sido posible extender las medidas de reeducación a capas más o menos considerables de la burguesía.

Más propicias todavía pueden ser las condiciones de las revoluciones socialistas del futuro. En una serie de países las medidas dictatoriales acaso hayan de aplicarse sólo a un reducido grupo del capital monopolista y de sus mandatarios. En esos países, después de la llegada de la clase obrera al poder, puede ser muy real la aplicación a la gran masa de la burguesía de los métodos de reeducación. Cierto que los métodos de persuasión y reeducación predominarán sólo en el caso de que las fuerzas de la clase obrera y del pueblo hayan alcanzado una superioridad indiscutible, si las clases derribadas saben que todos sus intentos de restauración van a tropezar con la firme y enérgica actitud del poder obrero. La propia función represiva contra las clases explotadoras no desaparece tampoco en este caso: permanecerá, aunque será realizada por otros métodos y durante un tiempo más breve.

Ahora bien, cualesquiera que sean los métodos por los que se ejerza, la dictadura del proletariado es siempre, como subrayaba Lenin, una lucha tenaz contra las fuerzas y tradiciones de la sociedad vieja.[282]

Pero incluso cuando el poder obrero se ve obligado a recurrir a medidas de violencia, los métodos que emplea se diferencian sustancialmente de los procedimientos de dominación de las clases explotadoras, que siempre tienen por base la fuerza. La dictadura del proletariado es fuerte por su amplia base social, porque expresa la voluntad del pueblo y es éste el que la gobierna. Según escribía Lenin, la fuerza en que se apoya el poder de la clase obrera no está en las bayonetas, de que se apropia un puñado de militares, ni en las comisarías de la policía, ni en el dinero. Esta fuerza descansa en la masa del pueblo. Eso es lo que fundamentalmente diferencia al nuevo poder de todos los poderes que existieron anteriormente. Lenin decía, refiriéndose a los primeros años de la instauración de los Soviets: "El nuevo poder, como dictadura de la enorme mayoría, pudo mantenerse y se mantuvo exclusivamente por la confianza de las grandes masas, porque incorporó de la manera más libre, más amplia y más fuerte a toda la masa a la participación en el poder."[283]

Finalmente, mientras que la función principal del Estado de explotación es la represiva, no ocurre lo mismo en cuanto al Estado de la clase obrera. La tarea principal de este último es la transformación de la economía y de toda la vida político-social sobre bases socialistas. "...La esencia de la dictadura proletaria -escribe Lenin- no reside en la sola violencia ni es principalmente la violencia. Lo principal está en la organización y disciplina del destacamento avanzado de los trabajadores, de su vanguardia, de su único dirigente, que es el proletariado. El fin de éste es crear el socialismo, acabar con la división de la sociedad en clases, convertir en trabajadores a todos los miembros de la sociedad, privar de su terreno a toda explotación del hombre por el hombre."[284]

Ser marxista significa reconocer la necesidad de la dictadura del proletariado.

El problema de la dictadura del proletariado es el centro alrededor del cual giran todas las discrepancias ideológicas entre los marxistas-leninistas y los reformistas. La doctrina de la dictadura del proletariado como medio único para acabar con todas las infamias y crueldades de la sociedad de explotación ha sido siempre, y lo es ahora, la piedra de toque que permite comprobar la sinceridad y seriedad de las aspiraciones socialistas que muestran los partidos obreros y sus líderes.

Para ser marxista no basta limitarse a reconocer simplemente la lucha de clases. "Únicamente es marxista -escribe Lenin- quien *extiende* el reconocimiento de la lucha de clases al de la *dictadura del proletariado.* Esta es la diferencia más profunda que hay entre el marxista y el adocenado pequeño (y grande) burgués. En esta piedra de toque hay que probar la comprensión y admisión *real* del marxismo."[285]

Se comprende muy bien que el problema de la dictadura del proletariado ocupe un lugar especial en el marxismo-leninismo: sin la conquista del poder político, sin la dictadura del proletariado es imposible el triunfo del socialismo. La doctrina de Marx y Lenin sobre la sociedad sin clases y sin explotación no pasaría de un simple deseo si la clase obrera y su partido marxista-leninista no concentrasen sus esfuerzos en lo que es decisivo, en la manera de utilizar por todos los medios el poder que acaban de tomar para la transformación socialista de la sociedad.

También en el plano histórico ha sido el problema de la dictadura del proletariado el punto principal de la lucha ideológica que se mantuvo y mantiene en el seno del movimiento obrero internacional. Aquí es donde los líderes de la II Internacional han sometido a una revisión más profunda al marxismo, al negar de hecho la idea de la dictadura del proletariado. Frente a ella oponen la teoría oportunista de la democracia "pura", "sobre las clases", que, según ellos, puede ser

[282] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 27.
[283] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 325.
[284] V. I. Lenin. *Obras.* ed. cit., t. XXIX. pág. 358.
[285] V. I. Lenin. *Obras.* ed. cit., t. XXIX. pág. 384.

el puente por el que se pase al socialismo. En realidad, lo que los oportunistas entienden cuando hablan de democracia pura es la democracia burguesa.

Lenin denunció a los líderes de la II Internacional, y en particular a Carlos Kautsky, como renegados del marxismo. Según demostró, la teoría de los socialdemócratas de derecha, en unas condiciones de enconada lucha entre la burguesía imperialista y el proletariado, significa la renuncia al socialismo.

Desde entonces ha pasado cerca de medio siglo. ¿Qué nos demuestra la experiencia histórica?

La clase obrera, aliada a los campesinos, conquistó el poder en uno de los países más grandes del mundo -Rusia- y ha construido el socialismo. Dirigida por los Partidos revolucionarios, comunistas, la clase obrera ha llegado al poder en la gran China y en otros países de Europa y Asia, y ha sabido llevar a cabo profundas transformaciones sociales e iniciar el rápido avance hacia el socialismo.

¿Qué han conseguido en este tiempo los socialdemócratas? ¿Han sabido realizar, siquiera sea en un país, las transformaciones socialistas, o emprender su realización? Nada de eso. Y lo que es más, en su afán de acomodar el movimiento obrero a la democracia burguesa, de conciliar la clase obrera con la burguesía, han renunciado prácticamente a la construcción del socialismo, y un buen número de ellos han degenerado hasta convertirse en portavoces directos de la influencia burguesa entre los trabajadores.

Los partidos socialdemócratas consiguieron en algunos países vencer en las elecciones y formar gobierno. Los laboristas ingleses permanecieron en el poder en 1924, 1929-1931 y 1945-1951. El Partido Socialdemócrata sueco ocupa el poder desde 1946. Los socialdemócratas han presidido en repetidas ocasiones gobiernos en otros países europeos. En ninguno de ellos, sin embargo, se han producido transformaciones económicas y políticas de cierta importancia que ostenten un carácter socialista. Los gobiernos socialdemócratas no han rebasado el marco del capitalismo, no se han propuesto siquiera acabar con este régimen y sustituirlo por un régimen socialista.

La admisión del principio de la dictadura del proletariado sirve también en nuestros días de norma para juzgar al verdadero revolucionario. No es casual que los actuales revisionistas -¡todos a una!- se manifiesten contra la idea de la dictadura del proletariado, a la que oponen la democracia "universal" burguesa.

Pero ahora, después de los evidentes éxitos del poder de la clase obrera en la U.R.S.S. y demás países socialistas, muchos oportunistas recurren a métodos más sutiles para "refutar" la necesidad de la dictadura del proletariado. Dicen, por ejemplo, que ésta es necesaria sólo en los países de Oriente, donde antes imperaron regímenes despóticos feudales o semifeudales. En Occidente, en cambio, con su larga tradición de parlamentarismo, aseguran, la burguesía se someterá a la voluntad del pueblo sin que sea preciso recurrir a la dictadura del proletariado.

Tales afirmaciones no tienen base alguna. La burguesía de los países capitalistas muy desarrollados posee una fuerza y una experiencia infinitamente mayores que, por ejemplo, las clases que dominaban en Rusia y China. Está más organizada, hace mucho que detenta el poder y posee una experiencia secular de dirección de los asuntos públicos y en la empresa de engañar a las masas. Los monopolios han echado muy hondas raíces en los países de Occidente, y el capital monopolista está acostumbrado a resolver estos asuntos por la fuerza. En defensa de sus intereses está dispuesto a ir a todo, hasta a desencadenar una nueva guerra mundial. ¿Qué induce a creer que los monopolistas de Occidente van a aferrarse menos al poder y van a ser unos enemigos menos temibles que la burguesía y los terratenientes de los países orientales?

La experiencia histórica de las revoluciones proletarias en una serie de países occidentales (Francia, Alemania, Hungría, Finlandia) demuestra que las clases explotadoras recurren allí también a las más extremas medidas de violencia para conservar su dominación. Cuando la clase obrera no lo tiene presente y no adopta medidas para sujetar a la burguesía, lo paga muy caro.

Una de las causas de la caída de la Comuna de París (1871) fue que el proletariado dejó que la burguesía reuniese sus fuerzas, con lo que pudo ahogar la revolución en sangre. A ello se debe asimismo que la burguesía lograse aplastar la revolución húngara de 1919 y las acciones revolucionarias de los obreros alemanes después de la primera guerra mundial. La ferocidad de la "democrática" burguesía de Occidente no pudo ser más brutal. En la pequeña Finlandia, donde la revolución fue reprimida con ayuda de tropas alemanas, cerca de 20.000 hombres, según estadísticas oficiales, fueron fusilados o murieron en campos de concentración, y otras muchas decenas de miles, entre ellos mujeres, fueron a parar a la cárcel y condenados a trabajos forzados.

Cuando los partidos marxistas-leninistas admiten la posibilidad de la vía pacífica para la toma del poder, no piensan en modo alguno que la burguesía reaccionaria vaya a retroceder movida por sus buenos sentimientos y su comprensión. Esta vía de la revolución se convierte en real porque se advierte la perspectiva de crear una absoluta superioridad de fuerza sobre el capital monopolista. Mas incluso en estas condiciones, tienen presente la inevitable resistencia de la burguesía derribada y el peligro de que ésta vuelva a dominar si no existe un poder

fuerte y enérgico de los trabajadores, si no es establecida, en una forma o en otra, la dictadura del proletariado.

2. La democracia proletaria como democracia de nuevo tipo

El triunfo de la clase obrera pone fin a la época de dominación de una minoría privilegiada y significa el comienzo del verdadero poder del pueblo. Obreros, campesinos, artesanos e intelectuales, hombres que durante siglos se vieron apartados de la vida política y no eran admitidos a las tareas de gobierno, toman en sus manos las riendas del Estado. Esto hace de la democracia proletaria *un tipo nuevo de democracia,* muy superior a la democracia burguesa.

Democracia para los trabajadores.

La democracia burguesa fue en otros tiempos un gran avance. Mas al advenir la época de las revoluciones proletarias se ve reemplazada por un nuevo régimen político. Este, según palabras de Lenin, concede "la democracia máxima a los obreros y campesinos y, al mismo tiempo, significa el rompimiento con la democracia *burguesa* y la aparición de un *tipo nuevo* de democracia en la historia: la democracia proletaria o dictadura del proletariado".[286]

Influidos por la propaganda burguesa y por las manifestaciones de los socialdemócratas, ciertas gentes de los países capitalistas piensan que dictadura y democracia son términos que se excluyen, Razonan así: o democracia, que se extiende por igual para todos, y entonces no hay dictadura, o dictadura de una clase, pero entonces no hay democracia.

Así pueden razonar únicamente quienes comparten el error de que puede existir una democracia "sobre las clases", "general" o, como también se la llama, "integral". Pero lo cierto es que en cualquier sociedad en la que hay clases con intereses opuestos, el poder político, por democrático que parezca, presenta un carácter de clase y se encuentra al servicio de la clase dominante. En los países de democracia burguesa el poder conserva a menudo sus apariencias democráticas: en el plazo debido se celebran elecciones generales, los gobiernos son responsables ante los Parlamentos, etc. Mas la faz verdadera de este poder se revela en cuanto las masas trabajadoras adquieren conciencia de sus intereses de clase y comienzan a presentar reivindicaciones a los capitalistas. El más "democrático" de los poderes toma partido por los patronos y no se detiene ante nada: envía las tropas y la policía contra los obreros, hace ametrallar las manifestaciones pacificas, manda detener a los líderes obreros, y así sucesivamente. Y cuando la lucha de los trabajadores alcanza tales proporciones que ponen en peligro la dominación misma del gran capital, el poder se despoja definitivamente de sus vestiduras democráticas y pasa a los métodos terroristas abiertos. Resulta que bajo la máscara de la democracia en los Estados imperialistas se oculta la más auténtica dictadura de los grandes monopolios capitalistas, de la que son víctimas la clase obrera, todos los trabajadores.

La esencia de clase del Estado se puso al desnudo en todas las épocas en que el poder lo detentaron los explotadores. "Todos saben... -escribe Lenin- que las insurrecciones o, simplemente, una gran agitación entre los esclavos fue motivo en otros tiempos para que inmediatamente apareciese la esencia del Estado antiguo como *dictadura de los esclavistas.* ¿Destruía esta dictadura la democracia *en el seno* de los esclavistas, la democracia *para* ellos? Todos sabemos que no."[287]

Quiere decirse que, según confirma la historia, dictadura y democracia se combinaban perfectamente. *El Estado, que actúa como dictadura respecto de unas clases, puede al mismo tiempo ser democracia para otras.*

El problema se reduce a dilucidar de qué clase de dictadura y de qué clase de democracia se trata. Refiriéndose al Estado del período de transición, Lenin decía que ha de ser "un Estado democrático *de una manera nueva* (para los proletarios y desposeídos en general) y dictatorial *de una manera nueva* (contra la burguesía)".[288] La dictadura de la clase obrera es por su esencia el poder más democrático, pues significa la dominación de la *mayoría* sobre la minoría, mientras que la dictadura de la gran burguesía es la dominación de la *minoría* sobre la mayoría.

No hay por ello contradicción alguna cuando decimos que la dictadura del proletariado es a la vez un nuevo tipo de democracia. Un mismo poder (el de la clase obrera) es dictadura y aplica "medidas dictatoriales" *(Lenin)* con relación a los enemigos del socialismo, y es una auténtica democracia y emplea métodos democráticos con relación a los trabajadores. Por lo tanto, dictadura del proletariado y democracia proletaria son dos lados de una misma medalla. Para Lenin eran sinónimos ambos conceptos: "democracia proletaria" y "dictadura del proletariado".

Es muy importante en la política del Estado proletario observar una acertada relación de los métodos dictatoriales y democráticos, aplicando los primeros a la burguesía contrarrevolucionaria y los segundos a los trabajadores. Es igualmente inadmisible conceder libertad de acción a las fuerzas reaccionarias y reducir la democracia de que gozan los trabajadores. De las consecuencias que trae el no observar este principio nos hablan los

[286] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, pág. 32.

[287] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., t. XXVIII. pág. 215.

[288] V. I. Lenin. *Obras,* ed. cit., Ibídem. t. XXV, pág. 384.

acontecimientos de Hungría en 1956, donde no se cortaban con energía suficiente los ataques de los reaccionarios y, a la vez, se toleraban serias transgresiones de los derechos democráticos de los trabajadores.

Los sociólogos y publicistas burgueses esgrimen a menudo otro argumento. La democracia, dicen, presupone obligatoriamente la lucha de partidos, una oposición en el Parlamento, etc. Al no encontrar ninguna de estas notas formales de la democracia burguesa en los Estados socialistas, proclaman triunfalmente que el régimen de la dictadura proletaria no es democrático.

Los marxistas tienen una noción distinta de la democracia de un régimen político. De lo que hay que partir es de qué intereses defiende el poder, al servicio de quién está y qué política mantiene. Desde este punto de vista -el único científico-, en los Estados burgueses es imposible descubrir el menor rastro de verdadero poder del pueblo. En los Estados Unidos hay partidos rivales, y oposición en el Congreso, pero toda la política del gobierno se encuentra al servicio de un reducido puñado de multimillonarios. En el fondo, lo que impera allí es la dictadura de los monopolios capitalistas.

Sólo la democracia proletaria significa el auténtico poder del pueblo, puesto que se encuentra al servicio de los trabajadores, es decir, de la mayoría de la sociedad. La política del Estado proletario tiende a la supresión de la explotación, al incremento del nivel de vida y de la cultura de las masas, a la defensa de la paz general y al fortalecimiento de la amistad entre los pueblos. Esto responde a las más profundas aspiraciones de las masas populares y de todos cuantos aman el progreso.

Sería al mismo tiempo erróneo pensar que el problema de los métodos y formas de ejercicio del poder son secundarios para el Estado proletario. La fuerza principal de la dictadura del proletariado reside en sus vínculos con todas las masas del pueblo. Y estos vínculos sólo son sólidos cuando el poder es democrático por su esencia y por su forma. De ahí que la forma de la dictadura del proletariado sea la república de tipo socialista.

La democracia proletaria amplía como ningún otro poder los derechos de los trabajadores, pero no puede extenderse a las fuerzas reaccionarias de la burguesía vencida ni a los demás elementos que luchan por la restauración del capitalismo. Hasta ahí llegan los límites de la democracia proletaria. Se causaría un daño terrible a la revolución socialista si el proletariado concediese libertades políticas a las organizaciones de los grandes capitalistas. ¿No es evidente que la disolución de los partidos de la burguesía contrarrevolucionaria y la prohibición de la propaganda del fascismo y de otras ideas antipopulares, lejos de restringir las libertades y la democracia para los trabajadores, vienen dictadas por la defensa de los propios intereses?

Forma especial de la alianza de la clase obrera con todos los trabajadores.

La esencia democrática de la dictadura del proletariado se pone singularmente de relieve en cuanto es la alianza de la clase obrera con todos los trabajadores y con las demás fuerzas democráticas que apoyan la causa del socialismo.

La sociedad socialista no puede ser erigida por la clase obrera solamente, con sus solos esfuerzos. Para construir el socialismo no basta con socializar la gran propiedad. Hay que pasar también gradualmente al cauce del socialismo la pequeña producción de la ciudad y el campo, cambiar todas las relaciones sociales y reorganizar sobre principios socialistas las instituciones culturales: prensa, teatros, escuelas; en una palabra, reestructurar toda la vida social de abajo arriba. La tarea es de una complejidad excepcional, y únicamente puede ser cumplida a condición de que las más amplias capas del pueblo participen conscientemente en la construcción de la sociedad nueva.

Por eso, la alianza de la clase obrera con los campesinos, con todos los trabajadores y demás capas democráticas del pueblo, es el principio supremo de la dictadura del proletariado. "La dictadura del proletariado -escribía Lenin- es la forma especial de alianza de clase entre el proletariado, vanguardia de los trabajadores, y las numerosas capas trabajadoras no proletarias (pequeña burguesía, pequeños patronos, campesinos, intelectuales, etc.) o con la mayoría de ellas; una alianza que va contra el capital, con objeto de derribarlo por completo y de reprimir por completo la resistencia de la burguesía y los intentos de restauración de parte de ésta; una alianza que se propone crear y consolidar definitivamente el socialismo."[289]

El carácter especial de esta alianza reside en que el papel dirigente corresponde en ella a la clase obrera. El proletariado actúa con todo derecho como dirigente de todos los trabajadores, puesto que es el luchador más consecuente y consciente del socialismo, el fin común al que tiende todo el pueblo trabajador.

Hay una sólida base objetiva para la alianza de la clase obrera con los campesinos y demás capas trabajadoras. Todos los trabajadores tienen profundo interés por emanciparse de la explotación, por una vida a cubierto de necesidades y por el establecimiento de la paz y la amistad entre las naciones. Esta perspectiva sólo la abre el socialismo. Por eso una de las tareas más importantes del Estado dirigido por la clase obrera es la consolidación de su alianza con las capas más amplias del pueblo.

El proletariado, que cuando es necesario aplica

[289] V. I. Lenin, *Obras*. ed. cit., t. XXIX, págs. 350-351.

medidas dictatoriales respecto de la burguesía reaccionaria, no puede en modo alguno recurrir a esos métodos cuando se trata de las masas campesinas y, en general, de todos sus aliados democráticos. A éstos los lleva al socialismo por otros métodos: por convicción, estímulo, fuerza del ejemplo y organización. Los campesinos, la pequeña burguesía urbana y los intelectuales han de convencerse por propia experiencia de la necesidad de las transformaciones socialistas.

Se comprende que esto no excluye las medidas de coerción para quienes violan las leyes del Estado socialista. Pero esta coerción, cuando se hace necesaria, no va contra una clase, sino contra determinados delincuentes. En última instancia se hace eco de la voluntad y de los intereses de todos los trabajadores.

Garantía de los derechos y libertades de los trabajadores.

La democracia proletaria significa el paso de la democracia formal de la república burguesa a la participación real de las masas trabajadoras en las tareas de gobierno, es decir, en lo que constituye la esencia real de la democracia. "... La dictadura del proletariado -escribe Lenin- debe traer inevitablemente consigo no sólo el cambio en general de formas e instituciones de la democracia, sino un cambio que permita una ampliación jamás vista en el mundo del ejercicio real de la democracia por aquellos a quienes el capitalismo oprime, por las clases trabajadoras."[290]

La democracia proletaria no se limita a abolir por completo toda limitación de los derechos por razones de raza, nacionalidad, sexo, creencias religiosas y nivel de cultura. El centro de gravedad lo transporta a las garantías de que los trabajadores puedan gozar de sus derechos. A este fin el Estado entrega en propiedad a las organizaciones de trabajadores los mejores edificios y locales, donde se celebran sus reuniones y congresos, imprentas, cinematógrafos, emisoras de radio, etc. Con otras palabras, garantiza el ejercicio de los derechos democráticos proporcionando la oportuna base material; y estas garantías crecen conforme la construcción socialista avanza y aumenta la riqueza social.

El sufragio universal es todo lo más que puede dar la democracia burguesa. Las masas pueden votar, sí, pero de hecho siguen apartadas de las funciones de gobierno. Después de la revolución socialista, ante vastas capas del pueblo se abre la posibilidad de participar diaria y prácticamente en las tareas de dirección, tanto directamente, en los organismos estatales, como a través de sus organizaciones sociales y del gran número de secciones, comisiones y consejos adjuntos a los órganos de poder.

Otra característica esencial de la democracia proletaria es la *ampliación de la esfera de la dirección democrática;* la democracia no se limita a la política, sino que se extiende a la dirección de la economía y de la cultura. Bajo el capitalismo, ni siquiera una democracia formal y recortada puede ir más allá de las instituciones políticas. En la economía y la cultura -fábricas y empresas, periódicos y revistas, cine, radio- disponen por entero, sin el menor control de las masas, los capitalistas propietarios. La falta de democracia para los trabajadores en el terreno económico reduce a la nada sus derechos políticos, pues en la sociedad moderna, con su economía altamente desarrollada, triunfa más que en ninguna otra ocasión la regla: quien dispone de la propiedad, dispone de todo.

La socialización de los instrumentos y medios de producción, el paso a manos del pueblo de los órganos de prensa y de las instituciones culturales y educativas amplía enormemente la esfera de la democracia. En estas condiciones, la producción y las instituciones de cultura son dirigidas no por propietarios privados, sino por el pueblo; ya directamente, ya a través de sus mandatarios. De este modo la democracia penetra en toda la vida política, económica y cultural.

Sistema de dirección democrática.

La clase obrera crea un aparato nuevo y democrático de dirección, en consonancia con las necesidades de la sociedad que construye el socialismo. El nuevo poder rechaza decididamente el principio del centralismo burocrático del Estado burgués, que concita los odios del pueblo. Eso no quiere decir que la clase obrera niegue la necesidad de la centralización; todo lo contrario, la defiende porque responde a las necesidades de la producción socializada. Entre las capas pequeñoburguesas de la población -con su ideal de economías privadas independientes unas de otras-, y a veces entre cierta parte de los obreros que se encuentran bajo la influencia de la pequeña burguesía, se hallan extendidas ilusiones en el sentido de que es posible prescindir en absoluto del centralismo. Se trata de una concepción anarquista, que va contra las necesidades reales de las actuales fuerzas productivas.

La clase obrera defiende el centralismo, pero un centralismo democrático. Esto significa que la dirección de los asuntos generales del país se ejerce desde un centro, al que están subordinadas las organizaciones inferiores; esto va unido al carácter electivo de todos los órganos de poder, que han de rendir cuenta de su gestión ante el pueblo, a la amplia incorporación de las masas a las tareas de dirección y a la autonomía de los organismos inferiores.

Refiriéndose a este principio básico de la dirección socialista, Lenin escribía: "Nosotros queremos el centralismo democrático y hay que

---

[290] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVIII, pág. 442.

comprender claramente lo mucho que este centralismo se diferencia tanto del centralismo burocrático como del anarquismo… El centralismo entendido en un sentido verdaderamente democrático presupone la posibilidad, por primera vez en la historia, de un desarrollo completo y libre no sólo de las peculiaridades locales, sino también de la iniciativa de carácter local, de la variedad de caminos, procedimientos y medios de avance hacia el objetivo común."[291]

El aparato estatal del poder de los trabajadores se estructura según el principio del centralismo democrático.

Las tareas de acabar con la resistencia de la burguesía reaccionaria, de castigar y reeducar a los elementos antisociales y de organizar la defensa exigen la creación del correspondiente aparato administrativo, tribunales, ejército, milicias (policía) y fuerzas de seguridad.

Uno de los rasgos sustanciales que diferencian los órganos de coerción dentro de la dictadura del proletariado de instituciones análogas del Estado burgués es su carácter profundamente popular. El ejército, aquí, no se opone al pueblo, que le dio vida; no conoce la disciplina del palo ni el espíritu cuartelario o de casta, es fuerte por las ideas que lo inspiran y por su disciplina consciente. Jefes y soldados proceden de un mismo medio de clase: son obreros, campesinos o intelectuales. En la Unión Soviética, donde se formó el primer ejército de la dictadura del proletariado -el Ejército Rojo-, las unidades militares mantuvieron desde los primeros días vínculos permanentes con fábricas, sindicatos y organizaciones de campesinos pobres.

La judicatura adquiere también un carácter profundamente democrático. Está organizada de tal modo que las grandes masas de trabajadores puedan tomar parte en la labor de los tribunales. Los jueces son nombrados por elección, su nombramiento puede ser revocado y han de rendir cuenta de su labor. En la vista de las causas son asistidos por vocales populares. Está garantizada la independencia completa de los tribunales. Estos se convierten en instrumento de educación, el carácter de las penas cambia; siempre que ello es posible, se aplica la condena condicional, se recurre a la censura pública, la reclusión es sustituida por el trabajo obligatorio sin pérdida de libertad, etc. Esos mismos principios democráticos inspiran la labor de las milicias.

El Estado de los trabajadores crea también órganos que no pueden concebirse dentro de ningún otro régimen. Así es, por ejemplo, el aparato de planificación y dirección de la economía nacional, que se hace necesario para la reconstrucción socialista. El poder de la clase obrera instituye asimismo organismos para la dirección de la vida cultural y la educación de los ciudadanos, que se caracterizan muy especialmente por su amplio espíritu democrático y por el margen que dejan para la iniciativa de los trabajadores.

Todos los organismos estatales de la dictadura del proletariado se apoyan en las masas populares, mantienen constante relación con ellas, las escuchan y se encuentran bajo su control. La gran mayoría del personal que pasa a formar parte de los nuevos organismos de la dictadura del proletariado son trabajadores. En Rusia el papel decisivo en esta tarea correspondió a la clase obrera. A través de los Soviets, los sindicatos y los comités fabriles, miles y miles de obreros fueron enviados a los Comisariados del Pueblo, a los puestos de mando del ejército y a la dirección de la industria. Así, el núcleo inicial del Comisariado de Asuntos Exteriores lo constituyeron obreros de la fábrica Siemens-Schuckert (actualmente Elektrosila) y marineros del Báltico; el Comisariado del Pueblo del Interior se formó con obreros de la fábrica Putílov; el de Instrucción Pública, con obreros del barrio de Viborg, de Petrogrado. Muchos miles de obreros y de trabajadores de otras capas sociales han pasado también a ocupar cargos de dirección en las democracias populares.

El partido marxista-leninista dentro de la dictadura del proletariado.

La conquista del poder por la clase obrera cambia sustancialmente la situación de su combativa vanguardia, del partido marxista-leninista. Anteriormente era el partido de una clase que luchaba por el poder; ahora es el partido de la clase gobernante.

La experiencia de los países socialistas demuestra que después de la revolución no decae el papel del partido marxista como dirigente de la clase obrera y de todos los trabajadores; al contrario, crece incomparablemente. Es ya responsable de cuanto ocurre en la sociedad, de la política del Estado de dictadura del proletariado, del desarrollo de las fuerzas productivas y de la cultura, del incremento del bienestar del pueblo.

Las transformaciones revolucionarias que el poder de la clase obrera está llamado a cumplir son tan complejas, y tan grandes las fuerzas que se resisten a la construcción de la nueva sociedad, que el éxito es únicamente posible asegurando la unánime voluntad del proletariado y con una profunda comprensión de las leyes del desarrollo social; en una palabra, cuando existe un claro programa de acción. Todo esto se lo da a la clase obrera su vanguardia, su parte más consciente y firme, capaz de expresar consecuentemente los intereses del proletariado y de todos los trabajadores. Por eso decía Lenin que sin un partido de hierro y templado en la lucha, sin un partido que goce de la confianza de cuanto de honrado hay en la clase, sin un partido que sepa

[291] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVII, págs. 180-181.

pulsar el sentir de las masas e influir sobre ellas, no se concibe el éxito en la lucha por el socialismo.

En el período de lucha por el poder es posible la existencia de varios partidos obreros, aunque si entre ellos no hay unidad de acción la lucha de la clase obrera tropieza con grandes dificultades. Después del triunfo de la clase obrera, la necesidad de fortalecer las posiciones del nuevo poder y de asegurar la unanimidad en la dirección de la sociedad, impone de ordinario la creación de un solo partido marxista-leninista. Ese es el camino que siguieron, por ejemplo, los Partidos Comunistas y Socialdemócratas de Checoslovaquia, Polonia, República Democrática Alemana y otras democracias populares, donde al iniciarse el período de transición se crearon partidos obreros unificados según la ideología y los principios orgánicos del marxismo-leninismo.

El papel del partido marxista dentro de la dictadura de la clase obrera no es el que de ordinario corresponde a un partido de la clase gobernante. Su situación en el Estado no la determinan sólo los votos obtenidos en las elecciones, sino también la misión histórica de la clase obrera como dirigente natural de la sociedad en su marcha hacia el comunismo.

Justamente por ello, los enemigos de la clase obrera, que luchan contra su poder, tratan de quebrantar la fuerza dirigente y orientadora del Partido Comunista. Este ha de marcar la pauta en todas las actividades del Estado y determinar su política, circunstancia que se aprovecha para tergiversar los hechos y presentarlos como si la dictadura del proletariado fuese la dictadura del Partido. A esta falsificación recurrieron, por ejemplo, los zinovievistas en la U.R.S.S.

Entre los revisionistas actuales, unos niegan el papel dirigente del Partido y otros, aunque lo admiten de palabra, lo combaten de hecho. En todo caso, lo reducen hasta tal punto, que en realidad empujan al Partido a la renuncia completa a la dirección de la construcción socialista. Los revisionistas afirman que el Partido ha de limitarse a ser un "factor ideológico", un "factor de desarrollo de la conciencia socialista", pero no una fuerza política. Miran despectivamente la labor del Partido en la economía y su trabajo para organizar las nuevas relaciones económicas, y no admiten la necesidad de su influencia decisiva en la política interior y exterior del Estado. El partido de la clase dirigente es reducido así a la situación de una organización educativa puesta al margen de las tareas más importantes que resuelve la clase. En la práctica, esto puede conducir sólo a un incremento de la influencia de fuerzas políticas hostiles a los trabajadores en el seno de la sociedad y del Estado.

Lo que precisamente da más fuerza a la dictadura del proletariado es que toda su labor se basa en una voluntad única, es orientada por el Partido según una idea única. Apoyándose en la teoría del marxismo-leninismo y en el estudio de las condiciones concretas, el Partido traza la línea política en todas las esferas de la construcción socialista -economía, administración, ejército, educación, política exterior- y dirige su aplicación en la práctica.

Después de que la resistencia de las clases derribadas ha sido vencida y de que el poder se ha consolidado, la labor principal del Partido es el trabajo de organización, sobre todo en el terreno de la construcción económica. "Debemos dedicarnos a los asuntos prácticos", dijo Lenin en cuanto el Partido se vio en condiciones de pasar a la construcción de paz; ahora "la labor económica es obra de todos nosotros. Es para nosotros la política más interesante".[292]

¿Cómo ejerce el Partido su papel de dirección dentro de la dictadura del proletariado? Para ello actúa a través de los organismos de gobierno y de las organizaciones sociales de masas, orientando sus esfuerzos hacia una misma meta. Pero la dirección de los organismos públicos y de las organizaciones sociales no significa suplantar su labor. La labor del Partido podría compararse a la función del director de orquesta, que armoniza el conjunto sin pretender ocupar el puesto de ninguno de los ejecutantes. El Partido asegura la realización de su política a través de sus miembros, que trabajan en la Administración pública y en las organizaciones sociales.

Los principios por los que se rigen las relaciones de los organismos del Partido y del Estado fueron elaborados por Lenin, y encuentran reflejo en los acuerdos de los Congresos del Partido. El VIII Congreso, celebrado en 1919, indicaba: "En ningún caso se deben interferir las funciones de los comités del Partido y de los órganos del Estado, que son los Soviets... El Partido ha de aplicar sus acuerdos a través de los organismos de los Soviets, *dentro del marco de la Constitución Soviética.* El Partido trata de *dirigir* la labor de los Soviets, pero no de reemplazarlos." A este mismo principio se atiene el Partido en cuanto a las organizaciones sociales, sin admitir la imposición ni la tutela en toda clase de asuntos secundarios.

El Partido, para toda su labor, se apoya por entero en las masas trabajadoras. Los comunistas son sólo una parte pequeña en el mar del pueblo y el Partido únicamente puede conducir tras de sí al pueblo cuando expresa acertadamente lo que el pueblo comprende y cuando sabe convencerlo. Por eso decía Lenin que la tarea del Partido consiste en "saber determinar fielmente en cualquier asunto y momento el sentir de las masas, sus verdaderas aspiraciones, necesidades e ideas; saber determinar, sin sombra de falsa idealización, el grado de su conciencia y la influencia que sobre ellas ejercen unos u otros prejuicios y supervivencias de tiempos antiguos; saber ganarse la confianza ilimitada de las masas mostrando hacia ellas un espíritu de camaradería y

---

[292] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXII, págs. 406, 407.

dando celosamente satisfacción a sus necesidades".[293]

Los partidos marxistas-leninistas que se encuentran en el poder gozan del ilimitado apoyo de los trabajadores. Eso les da enorme fuerza y prestigio. Pero esto mismo encierra el peligro de que el Partido gobernante se vea ganado por el engreimiento, crea en su infalibilidad, lo cual puede separarle de las masas. Por eso los Partidos Comunistas, después del triunfo de la revolución, atribuyen tanta importancia a la crítica y la autocrítica como remedio seguro contra la osificación y el estancamiento, desarrollan la democracia interna y se preocupan por elevar el papel de vanguardia de los comunistas.

Cuando los Partidos Comunistas se encuentran en el poder, se presenta el peligro de la afluencia a sus filas de elementos desaprensivos que no acuden a él por motivos nobles, sino impulsados por la esperanza de beneficiarse. La composición del Partido no puede por menos de influir sobre su trabajo, y de ahí que los Partidos de los países que han entrado en la vía del socialismo regulen su propia composición, establezcan un período de prueba, con admisión condicional, y adopten otras medidas encaminadas a evitar que se filtren en sus filas elementos extraños. A fin de regular su composición, el P.C. de la U.S. estableció en el período de transición diversas condiciones, por las que se facilitaba el ingreso a los obreros y se ponían dificultades a quienes provenían de la pequeña burguesía. Esto ayudó al Partido a hacer frente a las influencias pequeñoburguesas. Además, se llevaban a cabo depuraciones periódicas, que ayudaban a eliminar a los elementos extraños que hubiesen logrado penetrar en el Partido. En la mayoría de las democracias populares europeas, a partir de 1947 y 1948 se establecieron temporalmente restricciones para el ingreso en el Partido.

Esta preocupación por la pureza de sus filas contribuye a fortalecer la unidad de los Partidos Comunistas. La unidad del Partido tiene una importancia todavía mayor dentro de la dictadura del proletariado. La lucha de clases no cesa y adopta unas formas más complejas, por lo que el Partido experimenta la presión no sólo de los restos de las clases capitalistas que se oponen a la construcción del socialismo, sino también de las vacilaciones de los elementos inestables dentro de la masa de trabajadores. En estas condiciones, cuando representa la fuerza que orienta y estructura la dictadura del proletariado, si el Partido no conserva su unidad puede llegarse a una situación grave dentro de la dictadura, a la escisión de la alianza en que ésta se apoya. "Quien debilita lo más mínimo la disciplina de hierro del partido del proletariado (especialmente durante su dictadura) ayuda de hecho a la burguesía contra el proletariado" *(Lenin)*.[294]

[293] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, págs. 166-167.
[294] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 27.

La violencia de la lucha de clases en el período de transición del capitalismo al socialismo tuvo en la U.R.S.S. su reflejo en la lucha dentro del Partido. Los trotskistas, oportunistas de derecha y otros grupos antileninistas, que expresaban la ideología de las clases explotadoras suprimidas, trataron por todos los medios de quebrantar la unidad del Partido cuando propugnaban por la libertad de fracciones. Si se hubieran salido con la suya, esto habría significado el comienzo del fin de la dictadura del proletariado.

Papel de las organizaciones sociales.

Dentro de la dictadura del proletariado, un papel importante en el Estado corresponde a los *sindicatos.* De órganos que eran de lucha contra el capital, se convierten en los auxiliares más activos del poder, en el semillero de donde sale nuevo personal dirigente y de donde llegan propuestas para mejorar la marcha de los trabajos. Refiriéndose al papel de los sindicatos después de la toma del poder, V. I. Lenin los define como escuela de administración y dirección, como escuela de comunismo.

En la U.R.S.S., la participación de los sindicatos en la dirección del Estado y de la producción adquirió formas muy diversas inmediatamente después de la Revolución de Octubre. Ayudaron a crear los organismos económicos, tomaron parte en la elaboración de los planes de las empresas y controlaron la labor de los dirigentes de la economía. Más tarde, al avanzar la construcción socialista, aparecieron formas de la actividad social como las reuniones de producción, las conferencias técnicas, las sociedades científicas y técnicas, de inventores y racionalizadores de la producción, etc.

La participación de los sindicatos en la dirección no puede significar, sin embargo, que se les encomienden funciones de gestión administrativa. Esta desviación anarcosindicalista, como indicaba Lenin, es teóricamente equivocada y prácticamente dañosa. La organización más universal de la clase obrera después de la revolución es el poder estatal, y sólo éste, en nombre de la clase obrera y de todos los trabajadores, puede dirigir los medios de producción, que han sido convertidos en propiedad de todo el pueblo. Además, si los sindicatos ejercen por sí mismos la dirección de los asuntos generales o la ponen en manos del personal de las empresas, se vendría abajo el principio del plan único y la economía quedaría desorganizada.

Las formas en que los sindicatos participan en la dirección de la producción son distintas en los países socialistas. En Polonia actúan a través de las conferencias de dirección obrera, creadas en las empresas. En China existe el sistema de asambleas de representantes de obreros y empleados. Hay también otros muchos métodos de participación de los sindicatos en la gestión de los asuntos económicos y de carácter general. La experiencia

demuestra que allí donde se opone a los sindicatos otros organismos autónomos -como son los "consejos obreros" de Yugoslavia-, disminuye la influencia sobre la producción de las organizaciones generales de clase, del Partido y de los sindicatos.

Aun cuando la clase obrera se encuentre en el poder, los sindicatos no dejan de cumplir la función de defensa de los intereses económicos de los trabajadores. Los sindicatos, decía V. I. Lenin, "han perdido una base como la lucha económica *de clase,* pero están muy lejos de haber perdido, y por desgracia pasarán muchos años antes de que puedan perderla, una base como la «lucha económica» *sin carácter de clase,* en el sentido de lucha contra las deformaciones burocráticas del aparato soviético, en el sentido de protección de los intereses materiales y espirituales de las masas trabajadoras por caminos y medios que no están al alcance de ese aparato, etc..."[295]

Junto a los sindicatos, en todos los países de dictadura del proletariado hay *otras organizaciones de masas.* Las cooperativas de campesinos y artesanos, en sus distintas formas, permiten incorporar a la dirección democrática de la economía a masas enormes de la población, las educan y estimulan en ellas la conciencia social y socialista. Dentro del Estado y en la vida económica y cultural cumplen un importante papel las organizaciones juveniles. Al establecerse el poder de la clase obrera adquieren gran extensión las sociedades voluntarias de trabajadores, así como las asociaciones de escritores, artistas, compositores, etc.

Por lo tanto, con la dictadura del proletariado surge todo un sistema de dirección democrática basado en la actividad e iniciativa de las grandes masas. Desaparece por primera vez el divorcio que existía entre el aparato de dirección del pueblo, típico de los Estados de explotación y que engendra un fenómeno social como es el burocratismo.

La propia naturaleza del Estado burgués lleva en sí ya el burocratismo. Dentro del capitalismo, el burocratismo es un sistema de dirección en el que el poder pertenece a funcionarios apartados del pueblo, fuera de hecho del control del pueblo y que se hallan al servicio de las clases explotadoras. Se comprende que el Estado de la clase obrera no engendra de por sí el burocratismo, pues se trata de un Estado que es obra del propio pueblo y se encuentra a su servicio y bajo su control. Y no obstante, la clase obrera ha de combatir el burocratismo durante largo tiempo después de su victoria, sobre todo en manifestaciones como el formalismo y la indiferencia, el divorcio de las masas y el papeleo inútil. Las deformaciones burocráticas bajo la dictadura del proletariado son supervivencias del sistema capitalista. Hay que tener presente también que, en el período de transición del capitalismo al socialismo, el burocratismo encuentra terreno abonado en el atraso de las capas pequeñoburguesas de la población. Sus manifestaciones pueden conservarse, y hasta incrementarse de tiempo en tiempo, si se debilita el control de las masas sobre el aparato del Estado, si no se presta la atención debida al ejercicio de dicho control a través de las formas más diversas. La democracia interna propia de la dictadura del proletariado da la base para superar las tendencias burocráticas mediante una incorporación todavía más amplia de las masas a la dirección y el control desde abajo en sus distintas formas. Obligación primordial del poder obrero es utilizar todas estas condiciones. *"De este enemigo* -decía Lenin- *debernos limpiarnos, y lo conseguiremos con la contribución de todos los obreros y campesinos conscientes."*[296]

3. Variedad de formas de la dictadura del proletariado

El poder de la clase obrera se deriva de la lucha que cada pueblo sostiene por su liberación y se halla orgánicamente relacionado con las características y condiciones de esa lucha. Por eso adquiere formas diversas en los distintos países "Todas las naciones llegarán al socialismo -escribía Lenin-; esto es inevitable. Pero no llegarán de la misma manera exactamente, cada una aportará rasgos propios en una u otra forma de democracia, en una u otra variedad de la dictadura del proletariado, en uno u otro ritmo de las transformaciones socialistas dentro de los distintos sectores de la vida social."[297]

Una cosa es cuando la dictadura del proletariado vence en un país subdesarrollado con una clase obrera poco numerosa y en el que predominan los campesinos, y otra cuando triunfa en países muy desarrollados donde los obreros son la mayoría de la población. Una cosa es la dictadura del proletariado en un país donde imperaba un régimen monárquico y otra cuando se implanta allí donde la democracia parlamentaria tenía hondas raíces.

Las formas de la dictadura del proletariado se estructuran en dependencia de la correlación de las fuerzas de clase en la revolución y de la violencia de su choque. Si las clases dominantes se resisten desesperadamente y la revolución adquiere gran virulencia, la clase obrera se ve obligada a destruir por completo todas las viejas instituciones políticas en que se apoyaba la burguesía. Y al contrario, si en el curso de la revolución se consigue una superioridad tal sobre la reacción que el poder pasa a la clase obrera, por vía pacífica, resulta posible aprovechar algunos de los viejos órganos políticos, como es, por ejemplo, el Parlamento, aunque transformándolo de conformidad con los intereses de la construcción socialista.

Las formas de la democracia política que se

[295] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXII, pág. 79.

[296] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, pág. 199.

[297] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIII, pág. 58.

establecen después del triunfo dependen de cuáles son las fuerzas motrices de la revolución. Cuanto más amplio es el frente de los aliados de la clase obrera, es decir, cuanto más amplia es la base social de la revolución, tanto más reducida es la capa contra la cual se emplea la violencia y más amplia es la democracia proletaria.

Mas con todo el valor que tienen estos factores objetivos, lo más importante es la acción revolucionaria de las masas populares y la actividad consciente de los partidos marxistas-leninistas. Estos partidos, sin abandonar su fidelidad al principio de la dictadura del proletariado, no convierten en un fetiche una u otra de sus formas concretas. Ninguna de ellas es algo que pueda ser transportado mecánicamente de unas condiciones a otras. En la elaboración de las formas del poder político de los trabajadores, los partidos revolucionarios de la clase obrera tienen presente tanto las condiciones y características nacionales de sus países como la experiencia del movimiento obrero internacional.

El Poder Soviético.

La primera dictadura del proletariado que la historia conoce triunfó en Rusia bajo la forma de Soviets de diputados de obreros, soldados y campesinos. Esta forma de organización estatal era producto de las necesidades de lucha de la clase obrera y fue obra de las propias masas.

Los Soviets habían nacido en el curso de la primera revolución rusa (1905-1907). Inmediatamente después de la revolución democrático-burguesa de febrero de 1917, reaparecieron los Soviets, pero no en algunas ciudades solamente, y no como Soviets de obreros, sino también de soldados y campesinos. La Revolución de Octubre de 1917 concentró en sus manos todo el poder.

El Poder Soviético daba por primera vez vida a los principios generales de la dictadura de la clase obrera expuestos por el marxismo-leninismo y ponía de manifiesto los rasgos típicos que diferencian al Estado proletario del Estado burgués. Al propio tiempo, reflejaba ciertas características que venían determinadas por las condiciones de la construcción del socialismo en la U.R.S.S. Sobre la labor del Poder Soviético no podía por menos de dejarse sentir la circunstancia de que había aparecido en un país económicamente atrasado, en el que durante largos siglos imperó un régimen monárquico feudal.

La clase obrera rusa, la primera en derribar la dominación del capitalismo, hubo de chocar con la resistencia terriblemente desesperada de las clases explotadoras. La Unión Soviética se vio durante largo tiempo sola frente al mundo capitalista, del que no podía esperar nada bueno. Por eso, según palabras de Lenin, la dictadura del proletariado tuvo que ser establecida en Rusia "en su forma más rigurosa". A las condiciones específicas de la Unión Soviética se deben ciertas limitaciones de la democracia a que la clase obrera hubo de recurrir en el período de transición del capitalismo al socialismo, como, por ejemplo, la privación de derechos electorales a los individuos de las clases explotadoras. Hay que señalar, sin embargo, que el número de personas desposeídas de sufragio activo y pasivo fue muy reducido.

¿Qué características propias presentan los Soviets? Desde el primer momento se presentaron abiertamente como organizaciones de clase, que de hecho concedían la posibilidad de elegir y de ser elegido sólo a los obreros y campesinos y a las capas de intelectuales afines a ellos. En el período de transición los Soviets eran elegidos no según el principio territorial, sino directamente en los lugares de trabajo: fábricas, talleres, unidades militares y aldeas y pueblos.

En un país pequeñoburgués como era Rusia, donde predominaban los campesinos, no tenían igual representación en los Soviets la población urbana y la rural. La clase obrera, numéricamente en minoría, necesitaba tener durante algún tiempo ciertas ventajas políticas con objeto de dirigir a los campesinos.

Millones de trabajadores pudieron ejercitarse en los Soviets en el trabajo de dirección de los asuntos públicos. Durante los diez primeros años ascendió aproximadamente a 12.500.000 el número de diputados, miembros de los Comités Ejecutivos y delegados a los Congresos de los Soviets.

El Poder Soviético no se limitó a proclamar el derecho de las naciones a la autodeterminación, hasta llegar a la separación y formación de Estados independientes. También garantizó esta libertad en la práctica, mediante la agrupación federal y libre de todos los pueblos en igualdad de derechos. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, formada en 1922, se basa en una auténtica libertad e igualdad de derechos de las naciones que la integran.

El desarrollo de la lucha de clases en el país condujo al establecimiento del sistema de un partido único de dirección política de los Soviets. El Partido Comunista, ya entre febrero y octubre de 1917, conquistó la mayoría en los Soviets y otras organizaciones de masas. Los trabajadores tuvieron ocasión de convencerse de que era el único partido con un programa real de lucha por la paz, la tierra y la libertad, por unas profundas transformaciones sociales, y que era capaz de llevar ese programa adelante. Todos los demás partidos perdieron la confianza de las masas.

No obstante, aun disponiendo del apoyo de la inmensa mayoría del pueblo, los comunistas no tenían el menor propósito de expulsar a los demás partidos de los órganos de poder y de prohibir sus actividades. "Nosotros queríamos -dijo Lenin en

noviembre de 1917- un gobierno soviético de coalición. Nosotros no excluíamos del Soviet a nadie."[298]

La terrible guerra civil que se desencadenó en el país puso a todas las fuerzas políticas ante la disyuntiva: o con la burguesía contra el proletariado, o con el proletariado contra la burguesía. Todos los partidos pequeñoburgueses, uno tras otro, se pasaron al campo de la contrarrevolución. La que más tiempo vaciló fue el ala izquierda del partido de los socialistas revolucionarios (eseristas). Los comunistas trataron de incorporarlos a la participación política en el gobierno. En diciembre de 1917 siete representantes de este partido pasaban a formar parte del Gobierno soviético. Pero en julio de 1918 los eseristas de izquierda se lanzaron a una rebelión contrarrevolucionaria. El Partido Comunista quedó en el país como la única fuerza que luchaba por fines que respondían a los intereses de los trabajadores. Por lo tanto, el carácter de partido único que ostenta la dictadura del proletariado en la U.R.S.S. es fruto de las condiciones concretas de la lucha de clases.

El Poder Soviético sirvió de modelo como dictadura de clase del proletariado. Sólo con un instrumento semejante fue posible resistir en la guerra civil, destrozar a los intervencionistas, poner fin a la desorganización y ruina de la economía, construir el socialismo en un solo país y elevar las capas más bajas del pueblo hasta el nivel de la cultura contemporánea.

La democracia popular.

El desarrollo del movimiento internacional de liberación ha dado a conocer otra forma de poder de los trabajadores: la democracia popular. Después de la segunda guerra mundial esta forma se ha consolidado en una serie de países de Europa Central y Sudoriental y de Asia. Aun con todos los rasgos fundamentales comunes que la aproximan a la forma soviética, la democracia popular presenta sus características.

La democracia popular nació en unas condiciones en que la distribución de las fuerzas de clase era distinta que en el momento de la aparición de los Soviets en Rusia. Durante la guerra de liberación contra el fascismo, en Polonia, Checoslovaquia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Yugoslavia se constituyeron frentes únicos de las fuerzas antifascistas y democráticas. Dicho frente único comprendía a los obreros, que desde el principio mismo desempeñaron el papel dirigente, a todas las capas de campesinos, a las capas medias de la burguesía urbana y también a una parte más o menos considerable de la burguesía media y a los intelectuales movidos por sentimientos patrióticos.

Una base social más amplia de la revolución exigía una nueva forma del poder de la clase obrera. Esta fue la democracia popular, como *nueva forma de poder del pueblo que cumple las funciones de dictadura del proletariado.* Su aparición tiene profundas raíces en toda la situación de la actual etapa de la crisis general del capitalismo, y refleja los cambios de clase producidos en el mundo capitalista: aislamiento cada vez mayor del gran capital, agrupación de grandes fuerzas del pueblo bajo la dirección de la clase obrera y una aproximación todavía mayor de las tareas democráticas generales y socialistas.

La democracia popular, a diferencia del Poder Soviético, no comenzó desde el primer momento a cumplir las funciones de dictadura del proletariado. En algunos países, durante la primera etapa de la revolución, los Partidos Comunistas y Obreros no disponían aún de una mayoría sólida en los Parlamentos y gobiernos de coalición. Gozaban, sí, de gran influencia entre las masas, pero parte considerable de los campesinos, de los intelectuales y de las capas medias seguía a otros partidos.

En la primera etapa, el Estado popular no era aún dictadura del proletariado. Era el poder democrático del pueblo dirigido contra el fascismo y sus servidores dentro del país. Por su esencia de clase, dicho poder era la dictadura democrática revolucionaria del proletariado y los campesinos a que Lenin se refiere en *Dos tácticas de la socialdemocracia en la revolución democrática,* aunque manifestada en una forma nueva, que recogía las características de la situación histórica. La clase obrera, desde el primer momento, cumplió un papel de dirección en la coalición democrática, si bien en el período que sigue a la revolución popular democrática compartía el poder con otras clases. Era un Estado intermedio, de transición, cuya suerte futura dependía ya de la correlación de las fuerzas de clase en el seno del bloque democrático, de los resultados de la lucha de clase entre los trabajadores y los elementos burgueses de derecha.

Cuando la liberación nacional fue conseguida, los grupos burgueses de derecha, que hasta entonces venían colaborando con la clase obrera, quisieron apartarla de la dirección y orientar la marcha del país por la vía capitalista. Allí donde la burguesía era más fuerte, como, por ejemplo, en Checoslovaquia, trató abiertamente de dar un golpe y adueñarse por completo del poder. La clase obrera, sin embargo, con el apoyo de las grandes masas del pueblo, paralizó estos intentos de la burguesía y se puso a la cabeza del movimiento popular hacia el socialismo. Por iniciativa del partido de la clase obrera se llevaron a cabo hondas transformaciones de carácter socialista y los comunistas ganaron una influencia absoluta entre todas las capas del pueblo. La dirección del bloque democrático pasó a la clase obrera y sus partidos, mientras que el Estado de

[298] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVI, págs. 235-236.

democracia popular pasaba a cumplir las funciones de dictadura del proletariado.

Una alianza más amplia de las fuerzas de clase, sobre la cual se asienta la democracia popular, ha permitido ensanchar el marco de la democracia política. La privación de derechos políticos afectó a un reducidísimo número de servidores de los nazis, que habían hecho traición a su patria. La democracia, desde el comienzo mismo, se extendió a todas las capas de campesinos, a la pequeña burguesía urbana, a los intelectuales y a las demás fuerzas nacionales y democráticas.

Una base social todavía más amplia tuvo el poder popular en China. El frente de liberación nacional comenzó a formarse en el período de la lucha contra los japoneses y agrupó a todas las capas del pueblo, sin excluir a la numerosa burguesía nacional. Al constituirse la República Popular China, la gran mayoría de los aliados de la clase obrera se fue manifestando paulatinamente en favor del socialismo.

Si bien los Soviets y la democracia popular, como dos formas del poder de los trabajadores dirigido por la clase obrera, tienen una misma esencia y son iguales en lo fundamental, entre ellas hay diferencias, que se explican por la peculiaridad de la situación histórica en que una y otra aparecieron.

¿Cuáles son esas diferencias?

Primero, en diversos países de democracia popular se ha conservado el *sistema de varios partidos,* correspondiendo el papel dirigente a los partidos marxistas. A diferencia de Rusia, donde la revolución proletaria tuvo enfrente no sólo a los partidos burgueses y de terratenientes, sino también a los pequeñoburgueses, en China y otros países de democracia popular muchos de estos partidos han apoyado el paso a la etapa socialista de la revolución. Admiten el papel dirigente de la clase obrera y de su partido marxista-leninista, y actúan conjuntamente con él en la empresa de llevar la sociedad por el camino del socialismo. Así son, por ejemplo: en Checoslovaquia, el Partido Socialista, el Popular, el Partido de la Libertad y el del Renacimiento Eslovaco; en Polonia, el Partido Campesino Unificado y el Democrático; en el Frente Nacional de la República Democrática Alemana se encuentran, además de los partidos de la clase trabajadora, varios partidos democrático-burgueses. También hay varios partidos en Bulgaria. Representantes de dichos partidos figuran en los gobiernos de coalición de varios países. El peculiar desarrollo de la revolución ha derivado en Rumania y Albania al establecimiento del sistema de un solo partido. En China, además del Partido Comunista, tenemos: el Comité Revolucionario del Kuomintang, que agrupa a la pequeña burguesía urbana y a parte de la burguesía nacional; la Asociación de la Construcción Nacional Democrática, que se compone principalmente de industriales, parte de la burguesía comercial y de técnicos con ellos relacionados; la Liga Democrática, la Asociación de Ayuda al Fomento de la Democracia, el Partido Democrático Obrero y Campesino, y otros.

Segundo, los Partidos Comunistas y Obreros de las democracias populares cumplen su papel dirigente no sólo a través de los órganos de poder, sindicatos y demás organizaciones sociales, como ocurre en la U.R.S.S., sino también a través del *Frente Popular* como nueva forma orgánica de la alianza de la clase obrera, los campesinos, la pequeña burguesía y los intelectuales. Los Frentes Nacionales, constituidos en el período de lucha por el poder, se mantienen en la etapa de construcción del socialismo: el Frente Nacional de checos y eslovacos en Checoslovaquia, el Frente Patrio en Bulgaria, el Frente Democrático en Albania, el Frente Nacional en la República Democrática Alemana, etc.

Tercero, la democracia popular presenta algunas características en cuanto a la estructura del aparato de poder y de gobierno. Al ser constituido dicho aparato, en algunos países se conservaron ciertas formas de *representación nacional.* En ocasiones se trataba de las tradicionales instituciones parlamentarias, si bien transformadas: la Asamblea Nacional en Checoslovaquia, la Dieta en Polonia, etc.

También se ha seguido en los países de democracia popular un camino distinto para la demolición del viejo aparato estatal. En algunos de ellos, ya durante las transformaciones democráticas se pasó a la supresión de sus partes más reaccionarias (ejército, policía, etc.), que estuvieron al servicio del fascismo, siendo sustituidas por organizaciones nuevas, democráticas. Posteriormente, todo el aparato de dirección fue transformado gradualmente en consonancia con las necesidades de la construcción socialista.

En los bloques nacionales de algunos países de democracia popular figuraban capas más o menos amplias de la burguesía. Esto planteó un nuevo problema: el de organizar simultáneamente la colaboración y reeducación de clases enteras que antes habían pertenecido al campo de los explotadores.

Una experiencia interesante de política de alianza con la burguesía, sin dejar de combatir sus fluctuaciones, ha sido reunida en la República Popular China, donde capas importantes de la burguesía nacional apoyaron la revolución democrático-nacional. La colaboración de la clase obrera con la burguesía prosigue en la etapa de construcción del socialismo. Para la transformación en socialista de la propiedad de esas capas se ha recurrido a métodos que combinan los intereses de la construcción del socialismo con los intereses de los aliados de la clase obrera; por ejemplo, la formación de sociedades anónimas mixtas con capital del

Estado y privado. El Estado adquiere parte de los medios de producción a la burguesía, a la vez que se orienta hacia la limitación de las empresas privadas y la transformación gradual del sector capitalista en socialista. Paralelamente, practica una política de reeducación de la burguesía, la incorpora a un trabajo socialmente útil y pone en juego ampliamente la experiencia de las capas burguesas de la población, sus conocimientos técnicos y sus hábitos de dirección de las empresas.

No tendríamos razón al suponer que las transformaciones socialistas llevadas a cabo en China y demás democracias populares han transcurrido en un ambiente idílico de paz y colaboración de clases. La lucha entre las fuerzas y tradiciones de la sociedad vieja, burguesa, y las fuerzas de la sociedad nueva, socialista, abarca allí a todas las esferas de la vida. Buena confirmación de que esto es así la tenemos en las intentonas de los elementos de derecha en China, en la rebelión de la contrarrevolución en Hungría y en el recrudecimiento de las acciones antisoviéticas de clericales y revisionistas en Polonia en 1956 y 1957.

La experiencia de las democracias populares señala la posibilidad de una base de clase de la revolución proletaria más amplia de la que existió en Rusia. Se ha demostrado en la práctica que es posible pasar al socialismo utilizando las instituciones representativas nacionales y conservando el sistema de varios partidos, entre ellos los partidos democrático-burgueses, siempre y cuando que la dirección del movimiento esté en manos del partido marxista de la clase obrera.

Posibilidad de otras formas de poder de la clase obrera.

La experiencia de la Unión Soviética y de las democracias populares, y también del movimiento obrero en los países capitalistas, permite llegar a ciertas hipótesis sobre la posibilidad de aparición en el futuro de nuevas formas de dictadura de la clase obrera, o de un poder del pueblo que cumpla sus funciones.

El Poder Soviético y la democracia popular confirman que los rasgos esenciales del Estado de la clase obrera son siempre los mismos. Ahora bien, la historia se repite en lo fundamental, y no en los detalles; de ahí que el paso de otras naciones al socialismo podrá engendrar, sin duda, formas distintas del poder de la clase obrera.

¿Qué factores determinan esa posibilidad?

Ante todo, la circunstancia de que, en las condiciones actuales, existe la base para alianzas político-sociales más amplias que antes, puesto que la burguesía monopolista se enfrenta a toda la sociedad, sin excluir a ciertas capas de la pequeña burguesía y aun de la burguesía media. El poder de la clase obrera que surja de futuras revoluciones socialistas puede, por esta razón, apoyarse en una base social más amplia todavía. Eso quiere decir que se estrechará la esfera de aplicación de la violencia. En tal caso, la democracia, en el mismo período de transición, se extendería a capas aún más amplias de la sociedad. Es muy posible que el poder que surja de las grandes alianzas políticas logre aislar y mantener sujetos a los elementos reaccionarios sin recurrir a grandes medidas de violencia.

Las nuevas formas de poder del pueblo que puedan surgir de más amplias alianzas de clase poseerán, inevitablemente, ciertas características nuevas. No es obligatorio en absoluto que todos estos Estados, desde el principio mismo, cumplan las funciones de dictadura del proletariado. Una cosa es la dictadura del proletariado como punto del *programa* y otra como reivindicación *inmediata* del día. Sin renunciar ni un solo momento a la dictadura del proletariado, los partidos revolucionarios la propugnan como consigna de acción únicamente cuando la situación ha madurado para ello, cuando existen todas las condiciones necesarias para la revolución socialista. En China y otras democracias populares, en la etapa revolucionaria dirigida contra el imperialismo extranjero se lanzó la consigna del poder (dictadura) democrático del pueblo. Y la experiencia ha demostrado que se pisaba terreno firme.

En los países con largas tradiciones democráticas, la forma de la dictadura de la clase obrera, o del correspondiente poder del pueblo, puede ser la república parlamentaria. Si la clase obrera, en alianza con todas las fuerzas democráticas y patrióticas, logra conquistar por vía pacífica una mayoría parlamentaria dispuesta a llevar a cabo la nacionalización de la gran industria y otras transformaciones socialistas, este tradicional órgano de la democracia burguesa puede convertirse en instrumento de la efectiva voluntad del pueblo. La conquista de una sólida mayoría parlamentaria, que se apoye en el movimiento revolucionario de masas de la clase obrera y de todos los trabajadores, propiciará las condiciones necesarias para la puesta en marcha de radicales transformaciones socialistas.

Los revisionistas aducen que el parlamentarismo presupone la existencia de varios partidos y de una oposición, y que la dictadura del proletariado acaba con todo esto. Y eso les lleva a negar la necesidad de la dictadura del proletariado en los países que poseen hondas tradiciones parlamentarias.

Estas objeciones de los revisionistas no son más que una simple argucia sin fundamento alguno. La experiencia de las democracias populares demuestra ya la posibilidad de conservar el sistema de varios partidos en el período de construcción del socialismo. Y aunque se haya revelado la conveniencia de unificar los partidos de la clase obrera, no se puede considerar que éste sea el único camino de evolución

de los partidos políticos en las condiciones propias de la revolución socialista. Además del partido marxista-leninista, en el período de transición pueden existir otros partidos, siempre y cuando quieran la supresión de los monopolios capitalistas y apoyen el rumbo a la construcción del socialismo. En tal caso, el partido de la clase obrera habrá de trabajar para incorporar a todos los partidos y a las capas de población que ellos representan a la participación activa en la construcción del socialismo, manteniendo una flexible política de colaboración. No está excluido, se comprende, que aun conservándose la unidad en los problemas fundamentales, aparezcan determinadas discrepancias políticas, que podrán ser salvadas, sin embargo, democráticamente.

No hay duda de que el movimiento de liberación en los países de Asia, América del Sur, África y Oriente Medio -con sus acentuadas características y tradiciones nacionales- dará también origen a formas nuevas de poder político de los trabajadores. Según escribía Lenin, "las nuevas revoluciones en los países de Oriente, con una población infinitamente mayor y con una variedad de condiciones sociales infinitamente más grande, traerán... sin duda una diversidad mayor que la revolución rusa".[299]

Los marxistas-leninistas estudian atentamente la posibilidad de nuevos caminos de la revolución y de nuevas formas del Estado de la clase obrera; no excluyen, sin embargo, que la marcha de la historia pueda imponer al proletariado métodos más rigurosos de lucha de clases, a los que preferiría no recurrir, pero a la utilización de los cuales ha de estar siempre dispuesto.

Sin embargo, cualquiera que sea la forma en que se lleve a cabo la transición del capitalismo al socialismo en uno u otro país, siempre se hallará sujeta a ciertas leyes generales. Las principales de ellas, según se indicaba en la Declaración de la Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros, son la dirección de la clase obrera y de su partido marxista en la revolución proletaria y el establecimiento de la dictadura del proletariado, la alianza de la clase obrera con la gran masa de los campesinos y con otras capas de trabajadores, y la defensa de las conquistas del socialismo de las agresiones de que sean objeto por parte de los enemigos de dentro y de fuera.

Las leyes mediante las cuales la dictadura del proletariado realiza las transformaciones socialistas de la economía son examinadas en el capítulo que sigue.

Capitulo XXII. Principales tareas económicas en el periodo de transición del capitalismo al socialismo

La clase obrera toma el poder con objeto de utilizar su dominación política para acabar con el capitalismo y construir el socialismo. Y esto requiere, lo primero de todo, una transformación radical de la economía.

Las tareas que esta transformación presupone son extraordinariamente complejas. A diferencia de las revoluciones del pasado, la revolución socialista no se lleva a cabo para reemplazar una forma del régimen de explotación por otra, sino para poner fin a toda clase de explotación del hombre por el hombre. De ahí que el modo socialista de producción, al contrario de todos los anteriores, no puede surgir por sí mismo, espontáneamente, del seno de la sociedad vieja. Para crearlo se requieren los esfuerzos conscientes y dirigidos de la clase obrera, llegada al poder, y de sus aliados.

En la vida de cada país, la transformación socialista de la economía exige un *período de transición.* Este período es imposible saltárselo ni eludirlo aun en el caso de que en el país hayan madurado por completo todas las premisas materiales del socialismo, aunque no puedan ser más propicias las condiciones interiores y exteriores en que el socialismo haya de ser construido.

Ahora bien, aunque la necesidad del período de transición es una ley general obligatoria para todos los países, en cada uno de ellos dicho período puede presentar características muy acusadas.

Por ejemplo, la industrialización socialista -que, como veremos, es una condición esencial para el cumplimiento de las tareas económicas del período de transición- requerirá esfuerzos mucho menores en los países muy desarrollados. Pueden presentar diferencias las formas y el ritmo de la transformación socialista de la agricultura y de las empresas de los capitalistas medios y pequeños, etc. Finalmente, se observan diferencias esenciales en cuanto al bienestar de los trabajadores en el período de transición. Y se comprende que así sea. La dictadura del proletariado es capaz de asegurar el desarrollo de la economía por la vía más rápida y menos costosa. Pone fin a la desigualdad social en la distribución de los bienes. Pero no puede crear la abundancia en un abrir y cerrar de ojos. Siempre hay que partir del nivel de producción de bienes materiales existente.

Las diferencias entre los países -herencia del pasado- se mantienen largo tiempo. Y está claro que esas diferencias infundirán obligatoriamente características especiales a la construcción del socialismo y, en cierta medida, a la joven sociedad socialista de cada país concreto.

No obstante, la experiencia histórica demuestra que, desde sus primeros pasos, el socialismo es siempre capaz de asegurar una formidable superioridad sobre el capitalismo. Cierto es que, por la marcha de la historia, los primeros en entrar por la vía del socialismo han sido países mediana o débilmente desarrollados, cosa que los teóricos y

[299] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, pág. 439.

propagandistas reaccionarios manejan para sus especulaciones. ¿Puede haber nada más fácil que "aplastar" al socialismo comparando, por ejemplo, el nivel de vida de Polonia, país arruinado por largos años de guerra y antes relativamente atrasado, con el de Suecia, que no conoció ninguna de las calamidades impuestas por el conflicto bélico e industrialmente muy desarrollada? Pero tales especulaciones se vienen abajo pronto, tanto más que el rápido avance de los países socialistas aproxima la hora en que el socialismo mundial comience su emulación con el capitalismo no sobre una base ajena, heredada de la vieja sociedad, sino *sobre su propia base.*

Ahora bien, ¿cómo se crea esa base propiamente socialista? O con otras palabras, ¿cuáles son las principales tareas económicas (y tanto más sociales) que trata de cumplir en el período de transición la dictadura del proletariado?

1. Por dónde empieza el poder de la clase obrera

En la esfera económica, lo principal en el período de transición es la socialización de los medios de producción, el rápido desarrollo del sector socialista y la organización, sobre esta base, de relaciones de producción nuevas, socialistas. El primer acto de las transformaciones en el plano económico es la nacionalización de la gran producción capitalista.

Nacionalización de la gran industria, transportes y bancos.

En el *Manifiesto del Partido Comunista* se dice: "El proletariado utiliza su dominación política para arrancar a la burguesía, paso a paso, todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y aumentar, lo más rápidamente posible, el conjunto de las fuerzas productivas."[300]

La gran burguesía, se comprende, presenta la nacionalización socialista como un acto ilegal y como un "robo". La realidad es que se trata de una medida absolutamente justa, que, con toda la razón, calificó Marx como "expropiación de los expropiadores". La gran propiedad capitalista es fruto de la expoliación más implacable de millones de seres, de la apropiación de las tierras de los campesinos, de la ruina de los artesanos, del bandolerismo en las colonias y del saqueo de las cajas del Tesoro. La riqueza de los capitalistas aumenta siempre a expensas del trabajo de la clase obrera y de la ruina de los pequeños productores. Por eso, la revolución socialista no hace sino restablecer la justicia cuando convierte en patrimonio del pueblo lo que fue creado por el trabajo del pueblo y por derecho pertenece a los trabajadores.

El fin que la nacionalización socialista persigue al quebrantar la potencia económica de la burguesía y poner en manos del Estado proletario los puestos de mando dentro de la economía nacional es crear un nuevo modo de producción.

La historia ha confirmado ya que las formas y métodos de la nacionalización pueden ofrecer diferencias sensibles en cada país.

La nacionalización socialista de los principales medios de producción fue llevada a cabo por primera vez por la clase obrera de Rusia. Antes de iniciar la nacionalización, el Poder Soviético implantó el control obrero. La industria, el comercio y las finanzas fueron colocados bajo el control de los obreros y empleados de cada empresa. La respuesta de la burguesía a esta medida y a otras semejantes, encaminadas a regular la economía, fue el sabotaje y la resistencia más desesperada. Esto obligó al Gobierno soviético a llevar adelante la nacionalización con gran premura. En diciembre de 1917 eran nacionalizados los bancos, y seguidamente los ferrocarriles, las comunicaciones y los barcos de mar y de río, así como algunas empresas industriales. En junio de 1918 se anunciaba la nacionalización de las empresas grandes en todos los sectores de la industria y de los ferrocarriles privados. Estas medidas se llevaron a cabo mediante confiscación, sin indemnización alguna.

En las democracias populares europeas, este mismo proceso de formación del sistema socialista en la economía transcurrió de manera muy distinta. Los gobiernos democrático-populares sólo nacionalizaron en un principio las empresas pertenecientes a los criminales de guerra, a los traidores a la patria que habían colaborado con el fascismo alemán, y también las empresas de los monopolios capitalistas. La nacionalización de las otras empresas vino más tarde, como respuesta a los manejos antisocialistas de la burguesía.

Características muy acusadas presenta la nacionalización en la República Popular China. El Gobierno popular se limitó al comienzo a nacionalizar las empresas de la industria pesada pertenecientes a las altas capas de la burguesía comercial intermediaria y burocrática, tomó en sus manos los bancos más importantes y los ferrocarriles y estableció el control sobre el comercio exterior y las operaciones con moneda extranjera. La nacionalización no afectó, sin embargo, a capas importantes de la burguesía nacional china, que habían colaborado con la clase obrera durante la guerra de liberación y la revolución popular.

En el período subsiguiente de transformación de la propiedad capitalista, se recurrió en gran escala a formas diversas de capitalismo de Estado, desde la simple regulación y el control hasta la creación de empresas mixtas estatales-privadas. Los capitalistas que toman parte en tales empresas perciben, en

[300] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. IV, pág. 446.

calidad de indemnización, un interés del cinco por ciento del dinero invertido (estos pagos habrán de cesar en 1962).

Cualquiera que sea el modo como se realice la nacionalización socialista, en todo caso sólo afecta a los intereses de una minoría muy reducida de la sociedad, a la vez que favorece a su inmensa mayoría. El desarrollo del capitalismo, al concentrar la propiedad de los medios de producción en manos de un reducido grupo de gentes, prepara por sí mismo las condiciones para que esos grandes medios de producción sean transferidos sin conmoción alguna a su legítimo dueño, que es la sociedad.

La nacionalización socialista no toca en modo alguno la propiedad de los pequeños industriales, comerciantes y artesanos. Todo lo contrario, en los primeros tiempos el Estado de la clase obrera victoriosa les presta ayuda en forma de materias primas, créditos y pedidos, y en la marcha de las transformaciones posteriores se preocupa de que puedan ocupar una posición digna en la sociedad nueva. En una carta a los comunistas georgianos escrita en marzo de 1921, inmediatamente después de haberse establecido el Poder Soviético en Georgia, Lenin escribía acerca de los pequeños comerciantes: "Hay que comprender que no trae cuenta alguna nacionalizar y que incluso hay que hacer ciertos sacrificios para mejorar su situación y darles la posibilidad de que sigan su pequeño comercio."[301]

En los países de capitalismo desarrollado, al procederse a la nacionalización de las grandes empresas capitalistas, se tendrán presentes, sin duda, los intereses de los pequeños accionistas. Esto se refiere a los propietarios de una pequeña renta, de pólizas de seguros, etc.

Por lo tanto, la nacionalización socialista es una de las tareas generales y obligatoriamente necesarias de la revolución, cualquiera que sea el país donde la clase obrera haya llegado al poder. La gran producción capitalista únicamente puede ser convertida en socialista mediante su nacionalización por el Estado de los trabajadores. Así se crean los cimientos del sector socialista de la economía, del nuevo modo de producción. Apoyándose en ese sector, la clase obrera puede iniciar la transformación de toda la vida económica de la sociedad.

Confiscación de la gran propiedad agraria.

La clase obrera, que toma el poder en alianza con otros trabajadores, no puede limitarse a suprimir las relaciones capitalistas; en muchos países tropieza también con supervivencias del feudalismo.

Esto se refiere, ante todo, a los países subdesarrollados, y muy especialmente a las colonias y países dependientes, donde la tierra que los campesinos cultivan pertenece en buena parte a los grandes propietarios. Mas las supervivencias del feudalismo se conservan, en una forma u otra, en muchos países de capitalismo desarrollado. La propia burguesía adquiere tierra en ellos y no se atreve a apartar del camino una barrera tan formidable para el progreso social como es el monopolio de la gran propiedad agraria. De ahí que en todos los países donde esa gran propiedad exista -lo mismo si es feudal que capitalista- la confiscación de la misma sea una tarea primordial de la clase obrera.

En Rusia, donde los terratenientes fueron hasta 1917 una de las clases dominantes, la tarea no podía ser más perentoria. Por eso, uno de los primeros actos del poder proletario fue la confiscación sin indemnización de sus tierras. El Decreto de la Tierra, aprobado por el II Congreso de los Soviets de toda Rusia el 26 de octubre (8 de noviembre) de 1917, convertía todo el suelo en patrimonio del pueblo. Esto, además de poner fin a la clase de los terratenientes, significaba un rudo golpe para el poderío económico de la burguesía. Al propio tiempo se robustecía la alianza de la clase obrera con los campesinos, y las grandes masas de trabajadores de la aldea ligaban estrechamente su suerte a la del Poder Soviético.

En Rusia quedó abolida la propiedad privada sobre toda la tierra, circunstancia ésta que venía dictada por las condiciones históricas concretas. Las tradiciones de la propiedad privada de la tierra eran en Rusia más débiles que en el resto de Europa. Durante largo tiempo en la aldea rusa había imperado la propiedad comunal, con repartos periódicos de los lotes campesinos. En la conciencia de los campesinos estaba arraigada la idea de que "la tierra no es de nadie, es de Dios", y de que sus frutos habían de pertenecer a quien la trabajaba. Por eso la mayoría de los campesinos apoyó la reivindicación de suprimir la propiedad privada sobre la tierra.

La situación era distinta en las democracias populares europeas. La propiedad privada de la tierra tenía allí unas tradiciones muy arraigadas y los campesinos miraban con recelo la consigna de la nacionalización. Esta medida no habría hecho más que dificultar las relaciones entre la clase obrera y los campesinos. Por eso el Estado popular se limitó a nacionalizar únicamente las grandes propiedades.

La mayor parte de la tierra confiscada se entregó a los braceros, a los campesinos pobres, y, en ocasiones, a los campesinos medios, a precios muy asequibles que habían de satisfacer a plazos, en el transcurso de diez a veinte años, aunque fue mucha la que se cedió a título gratuito. La tierra pasaba a ser propiedad personal, mas con ciertas limitaciones: prohibíase la venta de la misma, salvo casos excepcionales, la entrega en arriendo, el reparto y la donación, es decir, todo cuanto puede servir para convertir la tierra en medio de explotación y de lucro especulativo. Los lotes se calculaban de tal forma que pudiesen ser cultivados directamente por el

[301] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXII, pág. 137.

dueño y su familia. De ordinario se trataba de campos que no sobrepasaban de cinco Ha, y sólo en algunos casos llegaban a 10 y 15 Ha.

La confiscación de la propiedad de los grandes terratenientes, tanto en Rusia como en las democracias populares, tuvo importancia inmensa en cuanto a la consolidación política del nuevo poder. La historia nos dice que la gran propiedad agraria ha sido siempre un apoyo de la reacción y que los terratenientes son el espinazo de las contrarrevoluciones.

La confiscación de la gran propiedad agraria no es de por sí una medida socialista, por cuanto no afecta a las bases de las relaciones capitalistas. En bastantes países esta confiscación se llevó ya a cabo en el curso de las revoluciones burguesas de los siglos XVIII y XIX, y la única consecuencia fue la de propiciar un desarrollo más rápido del capitalismo en la agricultura. Pero cuando en el poder se encuentran los trabajadores, la confiscación de la gran propiedad del suelo se convierte en una importante premisa de las posteriores transformaciones socialistas.

Qué reciben los trabajadores inmediatamente después de la toma del poder.

La revolución socialista, que inaugura una época de vertiginoso desarrollo de las fuerzas productivas, significa también la redistribución, en favor de los trabajadores, de los bienes materiales de que la sociedad dispone. Solamente esto proporciona ya frutos perceptibles a los obreros y campesinos. Se comprende que el volumen de los bienes así recibidos no depende de los deseos del poder revolucionario, sino de las posibilidades concretas. Cuanto más rico es el país, cuanto más elevado es el nivel de sus fuerzas productivas, más bienes reciben los trabajadores inmediatamente después de la revolución.

Rusia se encontraba arruinada en vísperas de la Revolución de Octubre; no obstante, a pesar de encontrarse en unas condiciones tan difíciles, la clase obrera y los campesinos no tardaron lo más mínimo en percibir sus resultados. Fue implantada de hecho la jornada de ocho horas, viendo así cumplida la clase obrera una reivindicación por la que tantos años llevaba luchando. La jornada de los adolescentes quedó reducida a seis horas, se implantó la protección del trabajador y se prohibió el empleo de mujeres en labores penosas. Para Rusia, que tenía la jornada de trabajo más larga de Europa, esto era una importante conquista.

La jornada de ocho horas fue implantada también en todas las democracias europeas después de la revolución.

En los países capitalistas de un nivel más elevado en el desarrollo de las fuerzas productivas es perfectamente factible, una vez haya sido derribado el poder del capital monopolista, no sólo pasar a una jornada más corta, sino también elevar inmediatamente y en alto grado el nivel de vida de todos los trabajadores.

El Estado de los trabajadores implanta acto seguido las vacaciones anuales pagadas. Pasan a poder del pueblo balnearios y sanatorios en los que los hombres del trabajo pueden disfrutar de sus vacaciones gratuitamente o en condiciones ventajosas. La asistencia médica es gratuita en todos los órdenes. La cultura física y el deporte dejan de ser un privilegio de gentes acomodadas y se convierten en un medio para conservar y robustecer la salud de las masas.

La revolución socialista significa el comienzo de una gran revolución cultural. Se va implantando gradualmente la enseñanza general obligatoria, primero en la escuela primaria y luego en la media. La enseñanza superior es gratuita y la mayoría de los estudiantes perciben becas concedidas por el Estado.

Se pone fin a la desigual situación de la mujer. Esta percibe una remuneración igual a la del hombre por trabajo igual y adquiere plenos derechos en todas las esferas de la vida económica, cultural y política. El Estado obrero comienza inmediatamente a crear una amplia red de instituciones infantiles y de comedores públicos, con objeto de emancipar a la mujer de la sujeción absoluta a los quehaceres de la casa.

El Estado obrero adopta medidas enérgicas y eficaces para *suprimir el paro obrero* y para alcanzar una ocupación completa en el plazo más rápido posible. Desaparece, por fin, el sentimiento de inseguridad en el mañana que bajo el capitalismo no deja de perseguir al obrero durante toda la vida. Los trabajadores se ahorran las cuotas del fondo contra el paro y no tienen necesidad de pensar en hacer economías ante la eventualidad de quedar despedidos.

El sistema de seguros sociales adquiere un sentido distinto. El Estado obrero corre con las pensiones a los ancianos y con los subsidios por pérdida temporal de la capacidad de trabajo. Los recursos necesarios son allegados mediante aportaciones de las empresas y asignaciones del presupuesto estatal.

La revolución socialista cambia por completo la situación de los trabajadores en cuanto a la vivienda. En Rusia, millones de obreros salieron de sótanos y buhardillas para instalarse en los departamentos de los burgueses. También se ha producido una redistribución de viviendas en las democracias populares de Europa y Asia. Después de la revolución se dicta una gran rebaja de alquileres. Si la familia obrera tenía que destinar antes a ello del 15 al 30 por ciento de sus ingresos, ahora no pasa del cuatro al cinco por ciento.

Los trabajadores dejan de encontrarse en la situación de humillados y ofendidos. Pierden la "libertad" de ser despedidos del trabajo cuando al

capitalista se le antoje. Por primera vez, la sociedad estima y valora los derechos humanos del obrero.

En muchas democracias populares, los obreros han visto ya mejorar sensiblemente su situación material a los dos o tres años de la revolución. El presupuesto de la familia obrera aumenta también al incrementarse el salario real.

Los campesinos disfrutan inmediatamente de los beneficios de la revolución. La Revolución de Octubre les entregó a título gratuito más de 150 millones de Ha de tierra que antes pertenecía a los terratenientes, capitalistas, la familia real y monasterios e iglesias. Además, se vieron eximidos del pago de deudas contraídas anteriormente para la adquisición de tierra a los grandes propietarios, de los gravosos arriendos y de la necesidad de dedicar sumas enormes a la compra de tierra.

Como resultado de las reformas agrarias llevadas a cabo en las democracias populares, los campesinos han recibido la tierra y han visto condonadas sus deudas. Se ha cumplido la aspiración secular de los braceros y cultivadores modestos: unos y otros trabajan los campos suyos, y no los ajenos.

En todos los países que construyen el socialismo se produce, además, una gran reducción de los impuestos que pesan sobre los trabajadores y una redistribución de las cargas fiscales.

2. Vías para la supresión de la pluralidad de formaciones económicas

Un rasgo distintivo de la economía del período de transición es la pluralidad de sus formaciones. La clase obrera tropieza inevitablemente con ella en cuanto sube al poder. Por eso, una tarea económica y política muy importante del Partido y del Estado obrero en el período de transición es la de acabar con esta pluralidad de formaciones.

Las tres formaciones económicas fundamentales del período de transición.

Lo característico del primer período que sigue al triunfo de la revolución suelen ser tres formaciones: *socialismo, pequeña producción mercantil* y *capitalismo privado,* con sus correspondientes clases: obreros, campesinos y burguesía, que ha perdido el poder, pero que aún no ha desaparecido.

El peso del *sector socialista* queda determinado al principio por el grado de desarrollo de la gran producción capitalista nacionalizada en el país. En la Unión Soviética, por ejemplo, la producción del sector socializado era en 1923-24 del 38,5 por ciento del total; en China, en 1949, ascendía al 34,7 por ciento. En un país industrialmente desarrollado, como es Checoslovaquia, la nacionalización de las grandes empresas colocó desde el comienzo en primer término al sector estatal. En octubre de 1945 el Estado poseía ya casi el 60 por ciento de las empresas industriales y todos los bancos. Se comprende muy bien que en Checoslovaquia hubiese unas condiciones más propicias para las ulteriores transformaciones socialistas.

La *pequeña producción mercantil* se encuentra representada principalmente por las economías campesinas, y también por los artesanos y otros pequeños productores que no se benefician del trabajo ajeno. En la Unión Soviética, en 1923-24, era la formación predominante y proporcionaba el 51 por ciento de la producción de toda la economía nacional. Su volumen era aún mayor en la economía de China. En los países de capitalismo desarrollado el peso de la pequeña producción mercantil es relativamente bajo.

El *capitalismo privado,* como formación económica del período de transición, lo integran empresas industriales pequeñas y medias pertenecientes a la burguesía urbana y las haciendas de los campesinos ricos. En la U.R.S.S., esta formación representaba, en 1923-24, el 8,9 por ciento de la economía nacional. En China y en algunas democracias populares europeas el sector capitalista significó en un principio un valor bastante más considerable, puesto que no había sido sujeta a nacionalización la propiedad de los burgueses que habían permanecido fieles a la patria.

Las raíces del capitalismo, las condiciones para su renacimiento, se conservarán mientras en el país existan formas de economía basadas en la propiedad privada de los medios de producción. Mantiénese, por tanto, el terreno para la lucha de clases y para la resistencia de las clases y elementos que gozan de propiedad privada a la política de transformaciones socialistas. Y si esas clases y esos elementos son apoyados desde fuera, queda en pie el peligro de restauración de las relaciones capitalistas.

Ese peligro no puede ser eliminado con meras medidas políticas (robustecimiento del Estado proletario, disolución de los partidos contrarrevolucionarios, etc.). Para decidir definitivamente en favor del socialismo el problema de "quién vencerá a quién" se necesitan radicales medidas económicas: la transformación en socialista de las formaciones basadas en la propiedad privada.

Pero el poner fin a la pluralidad de formaciones económicas es un asunto muy complicado que no se resuelve por orden o decreto.

Lo primero y principal que hay que tener en cuenta son los intereses que imponen el robustecimiento del nuevo poder, la consolidación del nuevo régimen. La correlación de las fuerzas de clase y la virulencia de la lucha entre ellas: eso es lo que, ante todo, determina el camino a seguir y el plazo en que se puede poner fin a la pluralidad de formaciones económicas. Se comprende perfectamente, por ejemplo, que en un ambiente de enconada lucha de clases y de resistencia activa de los elementos capitalistas, la dictadura del

proletariado habrá de acelerar este proceso, para destruir cuanto antes las posiciones económicas de sus enemigos.

Tampoco han de echarse al olvido las consideraciones de índole económica. Porque la situación en el período de transición es con frecuencia tal, que sin la aportación de las formaciones basadas en la propiedad privada el Estado proletario no se halla de momento en condiciones de satisfacer todas las necesidades de la sociedad. Las pequeñas economías campesinas proporcionan una parte considerable de los productos agrícolas; en manos de particulares hay numerosas empresas de la industria ligera, comercios y servicios. Por regla general, el Estado no puede hacerse cargo de buenas a primeras de una función que, mal o bien, cumplen ya los pequeños productores. Quiere decirse que, para evitar dificultades económicas y políticas, la supresión de esos sectores ha de ir precedida de medidas económicas más o menos importantes. El triunfo del sector socialista, con la consolidación consiguiente de las posiciones del régimen nuevo, sólo puede ser duradero cuando el socialismo desplaza a las otras formaciones con medidas puramente *económicas.*

Ahora bien, cualesquiera que sean las condiciones, el Estado proletario ha de decidir, en el período de transición, qué métodos y procedimientos son los mejores para subordinar la pequeña producción mercantil y el capitalismo privado a los intereses de la construcción del socialismo y para transformar paulatinamente esos sectores en socialistas.

Esos métodos y procedimientos fueron encontrados y probados, en el curso de la construcción socialista, en la Unión Soviética y las democracias populares. La experiencia reunida en este sentido tiene un valor general y permanente. Lo principal es utilizar hábilmente las relaciones comerciales, con objeto de fortalecer e incrementar el sector socialista y de desplazar económicamente a los elementos del capital privado. El Estado proletario recurre a esas relaciones porque la pequeña producción mercantil no acepta otro tipo de vínculos económicos.

La práctica demuestra que el Estado puede ir sin miedo al desarrollo del mercado. Pensemos que en sus manos tiene las ramas decisivas de la economía nacional (industria pesada, grandes empresas de la industria ligera, transportes, bancos, comercio exterior). Todas las demás formaciones económicas dependen de un modo o de otro del sector estatal, del que reciben máquinas, materias primas, energía, y al que le venden su producción. Esto le permite al Estado obrero, manejando las palancas económicas, controlar la situación en los otros sectores y orientar su marcha en la dirección deseable.

Cuanto más potente sea la base industrial que pasa al Estado proletario, tanto mayores son las posibilidades de que dispone para controlar y regular el mercado, y con tanta más tranquilidad puede admitir el comercio.

Esto no significa que, si la lucha de clases se agudiza, la dictadura del proletariado renuncie de antemano al empleo de medidas reguladoras de tipo administrativo. De ordinario, la dirección de la economía nacional por la dictadura del proletariado comprende medidas, tanto económicas como políticas, que se complementan y que en conjunto constituyen lo que se conoce como *política económica* del Estado proletario.

Organización de los vínculos económicos de la ciudad y el campo.

La tarea económica más ardua del período de transición es la que se refiere a la socialización de la dispersa y dividida pequeña producción mercantil. Las dificultades de la transformación socialista de este sector se derivan de que la pequeña producción mercantil es la que menos se presta a la regulación directa del Estado proletario. Y ello porque los campesinos son el principal aliado de la clase obrera y el Estado de los trabajadores no puede aplicarles medida alguna de expropiación: todo lo contrario, tiene el mayor interés en establecer con ellos sólidos vínculos económicos. Sin dichos vínculos resulta imposible la consolidación de la alianza política de la clase obrera y los campesinos, que es, según sabemos, el principio supremo de la dictadura del proletariado.

La política más acertada, y en ello insistió repetidas veces Lenin, consiste en dar al campo todo cuanto éste necesita de la gran industria socialista a cambio de trigo y materias primas. No los cupos de entrega ni los impuestos, decía, sino "el cambio de productos de la gran industria («socializada») por los productos de los campesinos: tal es la *esencia* económica del socialismo, tal es su base".[302]

En Rusia -país campesino, económicamente atrasado, que hubo de empezar él solo la construcción del socialismo-, la política económica de la dictadura del proletariado tuvo sus rasgos específicos. Si bien Lenin, en la primavera de 1918, había elaborado ya las bases de una política económica orientada al establecimiento de relaciones comerciales con la economía campesina, la guerra civil y la intervención extranjera, que convirtieron el país en una fortaleza asediada, obligaron al Poder Soviético a pasar a la política que se conoce con el nombre de "comunismo de guerra".

El comercio libre quedó prohibido. Se implantaron severas normas para la distribución de los productos alimenticios y artículos industriales, en lo que se siguió el principio de clase. Todos los excedentes del campo fueron sometidos al sistema de

[302] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit., t. XXXII, pág. 300.

"cupos de entrega", también con arreglo al principio de clase: al campesino pobre no se le tomaba nada; al medio, moderadamente, y al rico, mucho. La industria quedó centralizada por completo, siendo puesta por entero al servicio de la guerra. Las empresas recibían de los organismos estatales materias primas, materiales, utillaje, etc., y entregaban toda su producción sin traducirla a su equivalente monetario, mediante simples libramientos. La vida económica del país venía regulada por medidas puramente administrativas.

El "comunismo de guerra" fue una política impuesta por las condiciones excepcionalmente difíciles de la guerra civil. Ayudó a movilizar los escasos recursos de que entonces disponía Rusia para ponerlos al servicio de la victoria sobre el enemigo, y en este sentido su significado es imperecedero. Esta política, como Lenin escribió, cumplió su misión histórica. Pero el "comunismo de guerra" no era ni podía ser una política que respondiese a la tarea de fortalecer los vínculos económicos con los campesinos. En cuanto las condiciones cambiaron, la dictadura del proletariado pasó a la "nueva política económica" (NEP). Con este nombre figura en la historia, aunque era solamente nueva con relación al "comunismo de guerra"; en realidad era, en líneas generales, la misma política cuya esencia había formulado Lenin a principios de 1918.

Al implantarse la nueva política económica se permitió el comercio privado. Los campesinos empezaron a vender en el mercado los excedentes de su producción. Los capitalistas pudieron dedicarse al comercio, tanto al por menor como al por mayor. Se autorizó al capital privado para la apertura de empresas industriales pequeñas; más aún, parte de las empresas del Estado fueron desnacionalizadas y se entregaron en arriendo a los capitalistas. Las empresas del sector socialista pasaron al cálculo económico. El abastecimiento de materias primas y la venta de su producción se realizaban por compraventa. El sistema de abastecimiento a la población por cartillas se vio sustituido por el comercio ordinario. V. I. Lenin llamó a los comunistas a "aprender a vender", para desplazar a los comerciantes privados y sustituirlos por el comercio estatal y de las cooperativas.

La vuelta a las relaciones comerciales no podía por menos de conducir a una reactivación temporal de los elementos capitalistas. De nuevo levantaron cabeza los campesinos ricos, que mediante el arrendamiento de tierras procuraban aumentar sus sementeras y comenzaron a emplear, en proporciones bastante considerables, el trabajo de los braceros. Sus reservas de trigo crecieron cuantiosamente. La diferenciación de clases en el campo, que en el primer periodo subsiguiente a la revolución había sido borrada, dando lugar a la nivelación general media de los campesinos, reapareció de nuevo.

El Estado proletario no podía permanecer con los brazos cruzados ante todos estos procesos. Los campesinos ricos, si hubieran seguido recobrándose, podían haber llegado a representar un peligro serio para la construcción del socialismo. Por esta razón, la política de unión económica con los campesinos se vio acompañada de medidas restrictivas respecto de los elementos capitalistas de la aldea. El Estado procuraba ayudar a los campesinos pobres y medios a levantar sus economías; concedíales créditos en condiciones ventajosas, les prestaba maquinaria y aperos a través de los centros de alquiler, etc. Con relación a los campesinos ricos se mantenía una política de limitación: el arrendamiento de tierra y la contrata de mano de obra quedaron severamente restringidos, se dictaron medidas para regular el trabajo de los braceros y las haciendas de los campesinos ricos fueron gravadas con elevados impuestos.

En un país como Rusia, el problema de la alianza de la clase obrera con los campesinos era decisivo para la suerte del socialismo. No puede extrañarnos, pues, que en torno a él se desenvolviese una violentísima lucha de clases, que tuvo repercusiones dentro del Partido. Los trotskistas negaban la naturaleza doble de los campesinos, presentándolos como una masa reaccionaria incapaz de tomar parte en la construcción del socialismo. Querían imponer al Partido una política que equivalía a la ruina consciente de los campesinos, a los que querían someter a explotación para construir la industria. Esa política habría significado la muerte de la dictadura del proletariado.

Los oportunistas de derecha -bujarinistas- negaban también de hecho la doble naturaleza de los campesinos al afirmar que todos ellos, sin exceptuar a los campesinos ricos, "se integrarían en el socialismo" por sí mismos. La política que ellos proponían significaba la renuncia a luchar contra los elementos capitalistas, dejando que las cosas siguieran su propio curso, es decir, abría el camino a la restauración del capitalismo.

Era imposible resolver en favor del socialismo las contradicciones del período de transición sin antes derrotar a los trotskistas y bujarinistas en el terreno de las ideas y de la organización. Y el Partido Comunista combatió enérgicamente todos los intentos de quebrantar la alianza de la clase obrera con los campesinos o de privar a esta alianza de contenido socialista. En el curso de esta lucha se forjaron y sometieron a prueba planteamientos políticos que luego habían de convertirse en acerado instrumento en manos de todos los Partidos Comunistas y Obreros.

Cuando se trataba de pasar a la NEP, Lenin señaló el valor universal de esta política. "La tarea que nosotros cumplimos ahora, por ahora -temporalmente- solos, parece una tarea puramente

rusa -escribía-, pero en realidad se trata de algo con lo cual se habrán de enfrentar todos los socialistas... La nueva sociedad basada en la alianza de obreros y campesinos es inevitable. Tarde o temprano, veinte años antes o después, llegará; y a ella, a esa sociedad le ayudamos nosotros al elaborar las formas de la alianza de los obreros y campesinos, cuando trabajamos para resolver nuestra nueva política económica."[303]

Las palabras de Lenin se han visto confirmadas. La experiencia de la NEP conserva por completo su significado internacional. Las democracias populares, que se encuentran en el período de transición, realizan una política económica que en el fondo no es otra cosa sino la aplicación de los principios leninistas de utilización del mercado y de las relaciones del valor en interés de la construcción de la economía socialista.

En los países con un alto nivel de desarrollo del capitalismo, donde los campesinos o granjeros son una parte reducida de la población, en el período de transición es otra la distribución de las fuerzas de clase. Allí, junto a los granjeros trabajadores, un gran papel como aliado de la clase obrera lo puede cumplir la pequeña burguesía urbana (artesanos, pequeños comerciantes, etc.), así como los empleados e intelectuales. En estos países, donde inmediatamente después de la nacionalización de los monopolios se formará un poderoso sector socialista, las condiciones serán sin duda más propicias para incorporar la pequeña burguesía de la ciudad y el campo al cauce de la construcción socialista. Después de dominar a la burguesía monopolista, el problema de "quién vencerá a quién" acaso no presente caracteres tan agudos, puesto que en el aspecto económico el sector socialista será, desde el primer momento, infinitamente más fuerte que todos los elementos no socialistas de la economía nacional.

Las cooperativas campesinas de producción.

La política del Estado proletario respecto de los campesinos pobres y medios no se reduce a las solas medidas de ayuda para mejorar su economía. Tarde o temprano es necesario ayudar a las grandes masas campesinas a pasar del pequeño cultivo individual a la gran agricultura, con empleo de maquinaria, que es la que trae la abundancia. De la misma manera, la política del Partido respecto de los campesinos ricos ha de pasar, tarde o temprano, de las medidas de restricción a las de su supresión como clase.

El único camino para crear en el campo una gran producción socializada es la transformación gradual de la pequeña propiedad campesina en cooperativa (de grupo), a fin de que el trabajo individual sea sustituido por el trabajo en común, colectivo, que elimina la explotación del hombre por el hombre.

Este camino responde no sólo a las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad, sino también a los intereses de los propios campesinos. Incluso después de haber sido derribada la dominación de los capitalistas y terratenientes, el pedazo de tierra que el campesino cultiva por sí mismo significa posibilidades muy limitadas para mejorar sus condiciones de vida y de trabajo. Los propios campesinos se convencen de que la pequeña economía no les libra de las privaciones ni les lleva a una vida acomodada. Por mucha que sea la ayuda del Estado, la pequeña producción mercantil no puede asegurar la reproducción ampliada. Así nos lo muestra el ejemplo de la Unión Soviética. En 1928 la industria del país había sobrepasado en un 32 por ciento el nivel de antes de la guerra y seguía progresando con paso firme, mientras que la producción de cereales apenas si se acercaba al nivel de 1913, con la particularidad de que el grano puesto a la venta se había reducido a la mitad. Quiere decirse que la salida para el propio campesino y para toda la economía del país era solamente una: convertir la economía campesina, atrasada y dividida, en una hacienda grande y mecanizada.

Bajo el capitalismo, la gran producción agrícola se levanta sobre la ruina de los pequeños productores. Quienes la organizan son los terratenientes aburguesados, los grandes capitalistas, los campesinos ricos y los comerciantes. Dentro de la democracia proletaria, como es lógico, es inadmisible este modo *capitalista* de creación de la gran producción agrícola.

La *vía socialista* de reestructuración de la agricultura es la voluntaria agrupación de los campesinos en cooperativas. Así lo veían claramente los fundadores del marxismo. F. Engels escribía: "... Cuando tengamos en nuestras manos el poder no podremos pensar en expropiar por la fuerza a los pequeños campesinos (con indemnización o sin ella, es lo mismo), como nos veremos obligados a hacerlo con los grandes terratenientes. Nuestra tarea respecto de los pequeños campesinos consistirá, ante todo, en convertir su producción privada y su propiedad privada en cooperativa, pero no por la violencia, sino mediante el ejemplo y ofreciendo la ayuda de la sociedad para que esto se lleve a cabo."[304]

También en los países capitalistas hay formas diversas de cooperación agrícola. En Dinamarca, Holanda y Finlandia tiene su importancia el comercio cooperativo de los productos agrícolas. Pero esta cooperación, aunque en cierta medida ayuda al campesino trabajador a defenderse de la arbitrariedad del capital monopolista, no cambia las relaciones de producción en el campo. La cooperación, bajo el capitalismo, agrupa a los campesinos individuales y a las haciendas capitalistas, principalmente, en la esfera del abastecimiento y la venta. En ella

---

[303] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, págs. 151-152.

[304] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. II, Moscú, 1955, págs. 414-415.

predominan casi siempre los elementos capitalistas, con lo que las cooperativas no pasan de ser empresas capitalistas colectivas.

Cuando la tierra, la industria y los bancos se convierten en patrimonio de todo el pueblo, la cooperación de la agricultura adquiere una orientación completamente distinta y cambia en absoluto su significado social. "... El régimen de cooperativistas civilizados, con la propiedad social sobre los medios de producción y con la victoria de clase del proletariado sobre la burguesía, es el régimen del socialismo" *(Lenin)*.[305]

La cooperación es la forma más accesible, comprensible y ventajosa en que los campesinos pueden agrupar sus economías. Así lo entendía Lenin al proponer su famoso "plan de cooperación", que si bien se atenía a las condiciones de Rusia, conserva su valor universal como programa por el que se encauza el paso de millones de campesinos a la vía del socialismo.

Lenin proponía empezar por las formas más simples de cooperación, para la venta de la producción campesina y la adquisición de artículos industriales, y también para la organización del crédito agrícola. Estas formas simples de cooperación acostumbran ya al campesino a la gestión social y colectiva y le hacen ver los beneficios de ampliarla a la producción, sin limitarse a la venta y al abastecimiento. Los campesinos, pensaba Lenin, han de convencerse en la práctica de las ventajas del cultivo de la tierra en común. Únicamente después de esto se puede pasar gradualmente a las cooperativas de producción: primeramente, a las formas más simples de laboreo en común de la tierra, y luego, a las formas superiores de la cooperación agrícola. Cualquier intento de trastrocar este orden, y sobre todo de no atenerse al principio leninista del ingreso voluntario en las cooperativas, es capaz de causar perjuicios irreparables y de desacreditar la cooperación ante los campesinos.

Esto no significa dejar que la organización de cooperativas en el campo siga su curso sin intervención alguna. No, exige un apoyo constante y en todos los órdenes por parte del Partido y del Estado: apoyo financiero y de organización (por ejemplo, el envío de personas capaces de ayudar a los campesinos a montar las haciendas colectivas). También es necesaria la ayuda al campesino trabajador, pues, de ordinario, su paso a la colectivización se ve acompañado de una lucha de clases que en ocasiones puede adquirir gran virulencia.

Ello es así porque en el proceso de cooperación del campo se decide la suerte de la última clase explotadora, de los campesinos ricos. Sus posiciones económicas se ven quebrantadas al convertirse las cooperativas en el principal abastecedor de productos agrícolas, desplazando del mercado al campesino rico especulador. Las posiciones económicas de éste se vienen abajo cuando las grandes masas campesinas se orientan decididamente hacia el socialismo. Entonces aparecen las premisas para suprimir a los campesinos ricos como clase. No se trata, se comprende, de su eliminación física, sino de acabar con las condiciones sociales y económicas que hacen posible la explotación de los campesinos pobres y braceros por la burguesía rural.

En cuanto a la suerte personal de los antiguos campesinos ricos, todo depende de la actitud que adopten ante los cambios sociales que se han producido. En la Unión Soviética, donde se opusieron desesperadamente a la colectivización, hicieron propaganda contra los koljoses y en ocasiones empuñaron contra ellos las armas, las masas campesinas y el poder proletario hubieron de tomar medidas represivas. En otras condiciones pueden ser innecesarias unas acciones tan enérgicas, si las gentes de esta clase se muestran sensatas y acceden a vivir de su trabajo. Entonces se les abre la perspectiva de convertirse en trabajadores de la sociedad socialista en posesión de todos los derechos.

Una condición primordial para que la reorganización del campo sea coronada por el éxito es que el país disponga de una gran industria socialista capaz de ayudar a las cooperativas agrícolas, poniendo a su disposición máquinas, abonos y personal técnico.

La industrialización socialista permite reequipar técnicamente, de la manera más eficaz y mejor, a la agricultura. Después de la organización de los koljoses en la U.R.S.S., mientras eran económicamente débiles, fue el Estado quien tomó sobre sí todo cuanto se refiere a la mecanización del campo. Se crearon centros especiales, las estaciones de máquinas y tractores (E.M.T.), y el Estado se encargó de la capacitación de personal para las mismas. Más tarde, cuando los koljoses se robustecieron, se les vendió la maquinaria de las E.M.T., que quedaron convertidas en estaciones de reparaciones técnicas (E.R.T.).

La experiencia de la U.R.S.S. y de las democracias populares demuestra que la cooperación de la producción (colectivización) en la agricultura es objetivamente el camino necesario a seguir para la transformación socialista del campo. Al mismo tiempo, la práctica confirma que las formas concretas de esta cooperación pueden ser distintas.

A diferencia de la Unión Soviética, donde la forma fundamental de la hacienda colectiva pasó a ser pronto el koljós, en las democracias populares la cooperación de los campesinos ha pasado por varias fases intermedias. En todos los países se crearon cooperativas de tipo inferior (con distintas gradaciones) y superior, que se distinguen entre sí

[305] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, pág. 431.

por el grado en que han sido socializados los medios de producción. En las cooperativas de tipo inferior la distribución de los ingresos se ajusta al trabajo y a los medios aportados (tierra y aperos).

En China y algunas otras democracias populares, la gran masa de los campesinos se ha elevado gradualmente de las formas elementales de ayuda mutua cooperativa a las cooperativas de producción de tipo superior. Esto les ha dado tiempo y posibilidades para convencerse por sus propios ojos de las ventajas de la agricultura colectiva. Después de China, la transformación socialista del campo quedó terminada en la República Democrático-Popular de Corea. La primera democracia popular europea en dar cima a esta empresa ha sido Bulgaria.

A pesar de la diversidad de formas que presentan las cooperativas agrícolas, todas ellas tienen de común que son haciendas de *tipo socialista.* El koljós de la U.R.S.S., las economías trabajadoras de cooperación agrícola de Bulgaria y las cooperativas agrícolas de producción de otros países combinan los intereses individuales y sociales de los campesinos y contribuyen a convertir en colectivistas conscientes a los agricultores que hasta el día de ayer trabajaban su trozo de tierra.

Ordinariamente se colectivizan sólo los medios fundamentales de producción (maquinaria agrícola, aperos, ganado de labor, simientes, dependencias necesarias para los trabajos de la cooperativa) y el trabajo de los miembros de la sociedad. En muchas democracias populares la tierra, aunque reunida, sigue siendo de propiedad individual de los campesinos. Todo lo demás (viviendas, parte de los animales, aves de corral, pequeños aperos) no pasa a la cooperativa y queda en manos de sus dueños en propiedad personal. La mayor parte de los ingresos de cada cooperador proviene de la hacienda común, aunque representan también cierto valor los que obtienen de su economía auxiliar individual. El trabajo en las cooperativas se organiza y paga según el principio socialista: de cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo.

En la República Popular China, Checoslovaquia y República Democrática Alemana, en la última etapa de la colectivización en masa se inició la admisión gradual de los campesinos ricos en las cooperativas y su reeducación política y en el trabajo.

Según demuestra la experiencia, los Partidos Comunistas tropiezan a menudo, al llevarse a cabo la cooperación en masa, con el peligro de las tendencias izquierdistas, con intentos de resolver el problema sin tomar en consideración el grado de preparación que posean los propios campesinos, manifestando premura cuando de lo que se trata es únicamente de convencer.

El origen de las tendencias izquierdistas es el deseo de forzar el proceso de colectivización mediante medidas administrativas, sin un trabajo paciente y meditado de organización y de explicación. Estos peligrosos métodos, que significan el olvido del principio leninista de que el ingreso en las cooperativas ha de ser voluntario, han de ser combatidos por los Partidos Comunistas no sólo en la fase primera de la colectivización en masa, sino también en los períodos subsiguientes.

No obstante, un peligro mucho mayor representa la desviación de derecha, la tendencia a demorar indefinidamente la formación de cooperativas de producción o a realizarla con lentitud, a paso de tortuga, acomodándose a los intereses de los campesinos ricos y al espíritu conservador y rutinario de las demás capas de agricultores. La desviación de derecha es objetivamente un reflejo de las aspiraciones capitalistas de los campesinos ricos y significa por ello el peligro máximo para los intereses de la construcción socialista.

La agrupación de las economías campesinas en cooperativas de producción no puede llevarse adelante con éxito sin una lucha decidida tanto contra la desviación de derecha como contra la de izquierda.

La experiencia reunida en cuanto a la transformación socialista de la agricultura no puede dar lógicamente respuesta a todos los problemas que puedan presentarse en el futuro. Cada país que entre en el camino del socialismo aportará, sin duda, muchos elementos nuevos sobre los métodos y formas de la cooperación. Así hay que esperarlo especialmente de los países capitalistas muy desarrollados, con sus granjas mecanizadas y sus grandes empresas agrícolas capitalistas.

No obstante, cualesquiera que sean las características concretas de cada país, los principios del plan leninista de cooperación servirán siempre como base segura y probada de la política de la clase obrera respecto de los campesinos, política que lleva a superar la pluralidad de formaciones económicas propia del período de transición.

Eliminación de los elementos capitalistas de la industria.

La reactivación de las relaciones del mercado y del comercio conduce de ordinario a un fenómeno paralelo entre los elementos capitalistas de la ciudad. Según se indicaba antes, en la U.R.S.S. el propio Estado proletario autorizó temporalmente a la burguesía estas actividades, en ciertas ramas y dentro de determinados límites, que venían señalados por su política económica (NEP). En los países donde llegó al poder el bloque democrático de distintas clases y capas de la población, la burguesía nacional conserva una base económica más o menos amplia. En el primer momento, la posición de esta capa de la burguesía puede incluso robustecerse.

La política posterior del Estado proletario frente a la burguesía depende en mucho de cómo ésta se comporta.

Una cosa es cuando la burguesía apoya lealmente el régimen nuevo y está dispuesta a participar en la labor de construcción económica. En este caso puede contar con la ayuda del Estado: ciertas ventajas, créditos, venta garantizada de la producción, etc. La situación cambia cuando los elementos capitalistas luchan activamente contra el poder de los trabajadores, se entregan al sabotaje económico y recurren a la corrupción y a toda clase de maquinaciones para poner la zancadilla a las empresas socialistas, quedarse con las materias primas destinadas a éstas, quitarles la mano de obra o la clientela y lucrarse a costa de ellas. En este caso, la propia burguesía atrae sobre sí las medidas represivas del Estado, que corta enérgicamente todas sus acciones antisocialistas.

No obstante, por mucho que cambien las condiciones, el Estado proletario, en el período de transición, mantiene siempre una política que limita el incremento de los elementos capitalistas. Estos son colocados dentro de un estrecho marco, que impide su conversión en una fuerza económica y política peligrosa para las transformaciones socialistas. A este efecto se recurre a las medidas fiscales y de otro género, que se oponen a la concentración excesiva de riqueza en unas mismas manos. Se regula el volumen de la producción, de adquisición de materias primas, los precios, las condiciones de contratación de la mano de obra, etc.

Todo este sistema defiende al propio tiempo al joven sector socialista de la competencia y de la influencia disgregadora del capitalismo privado. Además, al poner vallas a este último, el Estado de los obreros tiene presente la protección de los intereses de quienes trabajan en las empresas de los capitalistas.

La dictadura del proletariado se propone vencer al capital privado, sobre todo, en abierta emulación económica con él. El Estado proletario no teme esa emulación. Dispone de una poderosa industria y de los puestos clave de la economía. La superioridad de la gran producción socialista, altamente organizada y concentrada, proporciona tarde o temprano la victoria sobre el capital privado en todas las esferas de la economía nacional. El campo de acción del capital privado se restringe y no le queda otro recurso que la capitulación económica. En este período adviene de ordinario una situación favorable para las grandes transformaciones socialistas en la industria y el comercio privados. Dichas transformaciones pueden llevarse a cabo siguiendo métodos distintos.

La práctica demuestra que entre ellos corresponde un lugar importante a las diversas formas de *capitalismo de Estado.* V. I. Lenin fue el primero en señalar la posibilidad del empleo de esta forma de economía para la construcción del socialismo. En algunos trabajos suyos *(Informe sobre las tareas inmediatas del Poder Soviético, Sobre el impuesto en especie* y otros) argumenta teóricamente la posibilidad de utilizar el capitalismo de Estado bajo la dictadura del proletariado y señala su papel como una fase específica en la transición del capital privado al socialismo.

El capitalismo de Estado, dentro de un régimen de dictadura del proletariado, no es el mismo que el que podemos observar en los países burgueses avanzados. En este último caso es un medio para acelerar la acumulación del capital de las corporaciones privadas utilizando los recursos financieros del Estado, para la regulación por éste de la economía en interés de los grandes capitalistas; es una forma de injerencia del Estado en la lucha de clases entre el trabajo y el capital en beneficio de este último. Con la dictadura del proletariado se trata de un capitalismo sometido al control del Estado de los trabajadores y en beneficio de éstos, es una forma de incorporar el capital privado a la construcción del socialismo, una forma de limitar las tendencias de explotación del capital y un medio para convertir la formación capitalista en socialista.

Guiándose por la doctrina de Lenin, el Estado soviético mantuvo en el período de transición la política de atraer al capital ruso y extranjero, con objeto de ayudar a la restauración económica del país. Algunas empresas y minas fueron cedidas en concesión a capitalistas extranjeros o entregadas en arriendo a otros particulares. Así apareció la formación del capitalismo de Estado, que no tuvo, sin embargo, gran extensión, puesto que la burguesía, con la esperanza puesta en el rápido fin del Poder Soviético, no quiso colaborar con el Estado proletario. En 1923-24 la parte del sector capitalista de Estado no pasaba del uno por ciento en el conjunto de la economía nacional.

La experiencia de las subsiguientes revoluciones socialistas ha aportado elementos nuevos acerca del lugar y el papel del capitalismo de Estado dentro del sistema de medidas económicas del período de transición. Las ideas de Lenin han tenido aplicación práctica en la República Popular China, donde el capitalismo de Estado ha sido un factor puesto en juego para la transformación en socialista de la industria capitalista privada. Una experiencia semejante la tenemos en la República Democrática Alemana, que cuenta con empresas mixtas estatales-privadas.

Perspectivas aún mayores se abren en este sentido ante los países de capitalismo desarrollado. Después del establecimiento del poder del pueblo, dirigido por la clase obrera, las empresas capitalistas de Estado pueden convertirse en una forma importante de colaboración del poder con aquella parte de la burguesía que se muestra dispuesta a admitir las transformaciones socialistas. Una forma especial del capitalismo de Estado pueden ser las sociedades mixtas integradas por los monopolios nacionalizados

y las pequeñas empresas capitalistas que antes se hallaban incluidas en la esfera de influencia de dichos monopolios.

Los patronos que colaboran honestamente con el Estado salen en ocasiones ganando con la creación de empresas y corporaciones mixtas, estatales-privadas. Encuéntranse con un mercado seguro, evitan el peligro de ser aplastados por contrincantes más poderosos y no tienen que temer a las crisis económicas. En cuanto a ulteriores perspectivas, según demuestra la experiencia, el Estado proletario está en condiciones de aliviar y facilitar todo lo posible el paso de los capitalistas leales a una vida de trabajo. Económicamente, dicho paso resulta menos sensible porque durante cierto tiempo los capitalistas perciben ciertas sumas, como indemnización de los bienes expropiados; moralmente, porque el Estado utiliza sus conocimientos y les proporcionan los cargos correspondientes en las empresas, a la vez que les concede derechos políticos dentro del marco de la democracia proletaria.

3. La industrialización socialista

El modo socialista de producción (como cualquier otro) tiene su base material y técnica, es decir, un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas. V. I. Lenin decía: "La única base material del socialismo puede ser una gran industria maquinizada capaz de reorganizar también la agricultura."[306]

Las premisas materiales del socialismo, en una u otra medida, son creadas ya en el seno del capitalismo. Pero eso no significa que después de la revolución no se presenten al poder obrero nuevas tareas en este terreno.

Primeramente, inclusive en los países capitalistas desarrollados, junto a la gran producción maquinizada hay muchos sectores en los que un lugar importante corresponde a las empresas pequeñas, o a talleres dotados de una instalación rudimentaria y al trabajo manual de los artesanos, etc. En segundo lugar, hacia el socialismo pueden avanzar países con unas fuerzas productivas poco desarrolladas, o que, junto a una industria potente, hay una agricultura atrasada que ocupa a millones de productores. Esto da especial actualidad al problema de cómo ha de proceder el poder obrero cuando recibe del capitalismo en herencia una base material y técnica suficientemente desarrollada.

Los socialistas de derecha invitan a no plantear el problema de la toma del poder hasta tanto toda la economía nacional no alcance su nivel máximo, el que caracteriza al capitalismo monopolista de Estado en plena expansión. Sin esto, afirman, la clase obrera no puede aspirar a construir el socialismo. Cuando se llevó a cabo la Revolución Socialista de Octubre, según queda dicho, los jefes socialdemócratas la calificaron de "espuria" por la razón de que Rusia no había alcanzado un nivel suficientemente alto de desarrollo de sus fuerzas productivas y su cultura, y no disponía de personal competente para dirigir la economía. Pero la clase obrera de Rusia no prestó oídos a aquellos pedantes. Primeramente conquistó el poder y luego se dedicó con toda energía a enjugar el atraso económico y cultural y a capacitar personal dirigente.

No había terminado aún la guerra civil cuando bajo la dirección personal de Lenin se procedió a elaborar un plan de electrificación de Rusia, que se conoce con el nombre de "Goelro". Era el primer plan de desarrollo de la economía nacional, trazado con un criterio científico, para un período de diez a quince años. En él se determinaba el desarrollo, con la base técnica más moderna, de los sectores decisivos de la industria pesada: producción de energía, metalurgia, construcción de maquinaria, industria química y transportes. Las ideas de Lenin, plasmadas en el plan "Goelro", sirvieron después de punto de partida para la política de industrialización socialista, gracias a la cual el Estado soviético creó la necesaria base material y técnica de la sociedad socialista.

El atraso económico y técnico no significó, pues, una barrera infranqueable para la construcción del socialismo. La clase obrera, sin embargo, hubo de resolver una tarea gigantesca y ardua: crear la base material y técnica del socialismo, impulsar todos los sectores de la industria y, en primer término, la producción de medios de producción. Así habrán de hacerlo todos los países que entren en la ruta del socialismo, pero singularmente aquellos que no tenían en el pasado una base industrial bastante desarrollada. Con otras palabras, todos los países se ven ante la necesidad de emprender la *industrialización socialista.*

La industrialización socialista significa la construcción de una gran industria, preferentemente pesada, que da la clave para reestructurar toda la economía nacional sobre la base de una técnica maquinizada de vanguardia, asegura el triunfo del socialismo y fortalece la independencia técnica y económica del país y su capacidad de defensa frente al mundo capitalista.

La creación de una industria moderna exige gigantescas inversiones materiales y financieras. En los países capitalistas, los medios para la industrialización los proporcionaban la expoliación de las colonias, las contribuciones de guerra o los empréstitos exteriores. Las dos primeras fuentes, por motivos de principio, no las puede admitir un país socialista. En cuanto a los empréstitos, los países capitalistas no los conceden a aquellos que construyen el socialismo, si no es que piensen valerse de esto para ejercer determinada presión política. Así ha venido ocurriendo hasta ahora por lo menos. Más

306 V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXII, pág. 431.

aún, en sus deseos de llevar al fracaso la construcción del socialismo, los Estados capitalistas levantan cuantos obstáculo pueden a un normal desarrollo del comercio y de las relaciones culturales y técnicas que pudiesen significar una ayuda en la industrialización, como son la adquisición de maquinaria, los asesoramientos técnicos, etc.

Quiere decirse que los medios para la industrialización socialista hay que buscarlos dentro del país, son sólo los recursos internos creados por el trabajo de sus obreros, campesinos e intelectuales. Esto puede, sin duda, exigir ciertos sacrificios y provocar dificultades y privaciones, sobre todo en las primeras etapas de la industrialización socialista. Así ocurrió en la Unión Soviética, cuyos trabajadores -los primeros en lanzarse a la construcción del socialismo- hubieron de hacer economías en todos los aspectos y privarse de muchas cosas.

Al mismo tiempo, una vez han sido suprimidas las clases de capitalistas y terratenientes, aparecen posibilidades nuevas para financiar la industria. Así, la parte de la renta nacional que antes era absorbida por el consumo parasitario de las clases explotadoras, se convierte en acumulación socialista. Los capitalistas extranjeros se apropiaban de sumas ingentes en Rusia, China y algunos otros países que han entrado en la vía del socialismo. La revolución socialista pone fin a esta dependencia económica. Los campesinos se ven libres de hipotecas y arrendamientos. Esto permite incorporar recursos del campo al desarrollo de la industria. Con este mismo fin se utilizan los ingresos de las empresas estatales, del comercio interior y exterior y de los bancos.

El Poder Soviético puso en juego todos sus recursos internos y pudo llevar así a cabo la industrialización con un ritmo como no conocía ningún país capitalista. En el período del primer plan quinquenal (1929-1932) se pusieron en marcha 1.500 nuevas fábricas, y en el segundo (1933-1937), 4.500. En este tiempo el volumen de la producción se hizo 4,5 veces mayor. Tal incremento de la industria en diez años significa un salto como jamás se conoció en la historia de la economía mundial. Para lograr ese avance los Estados Unidos necesitaron casi 40 años: aproximadamente de 1890 a 1929.

También es muy rápido el incremento de la industria de las democracias populares en el período de transición. La posibilidad de alcanzar un ritmo tan elevado es prueba manifiesta de la superioridad que representa en sí el régimen socialista.

Para la Unión Soviética -el primer Estado socialista del mundo- el ritmo de crecimiento de la industria era un problema de vida o muerte. J. V. Stalin decía en 1931: "Los países avanzados nos llevan una ventaja de cincuenta a cien años. Nosotros debemos recorrer esta distancia en diez años. O lo hacemos o nos aplastarán."[307] Y únicamente porque la U.R.S.S. había sabido crear hasta 1941 una potente base industrial, el pueblo soviético estuvo en condiciones de derrotar a la Alemania fascista. La necesidad de un ritmo semejante venía también impuesta por la urgencia de preparar cuanto antes las condiciones para la reorganización socialista de la agricultura y la supresión de los campesinos ricos.

En un período de trece a quince años solamente la Unión Soviética, país agrario, se convirtió en industrial y pasó a ocupar uno de los primeros puestos entre las grandes potencias industriales del mundo. Era una gran hazaña que el pueblo soviético llevó a cabo bajo la dirección del Partido Comunista.

Las democracias populares crean la base material y técnica del socialismo en condiciones más propicias. A diferencia de la U.R.S.S., que no podía contar más que con ella misma, se apoyan en la amplia ayuda que entre sí se prestan todos los países del campo socialista. Los Estados socialistas desarrollados ayudan a crear una industria avanzada a los menos desarrollados. La Unión Soviética contribuye en este terreno valiosamente en forma de créditos, empréstitos, documentación técnica, utillaje y materias primas.

Ahora, cuando existe el sistema mundial del socialismo, no es preciso ya que cada uno de los países que lo integran impulse obligatoriamente todos los sectores de la industria, como hubo de hacer la U.R.S.S. La división internacional del trabajo dentro del campo socialista permite recurrir en vasta escala a la especialización y cooperación de la producción. Los distintos países socialistas pueden impulsar en primer término los sectores para los cuales disponen de mejores condiciones económicas y naturales y que responden más a sus tradiciones nacionales y a su experiencia.

Así, pues, no siempre son idénticas las tareas que cada país ha de llevar a cabo en el proceso de creación de la base material y técnica del socialismo. Los países agrarios han de impulsar el desarrollo de la industria; los países que bajo el capitalismo alcanzaron ya un alto nivel industrial han de reorganizar su estructura, regular las nuevas relaciones económicas y superar las desproporciones heredadas del pasado.

4. Balance del período de transición

Toda la política económica del Estado proletario en el período de transición va orientada a la lucha de los elementos socialistas contra los capitalistas, a la limitación y desplazamiento de estos últimos y al triunfo completo de las formas socialistas en todas las esferas de la economía nacional. Esa lucha, sostenida principalmente con métodos y medios económicos, termina con la pluralidad de formaciones y permite suprimir a la burguesía y a los campesinos ricos como clase.

Lo principal del período de transición es el triunfo

[307] J. V. Stalin, *Obres,* ed. rusa, t. XIII, pág. 39.

del modo de producción socialista. La formación socialista, que iba ya a la cabeza al comienzo de este período, se convierte en predominante y acaba por extenderse por completo a todos los sectores. La pequeña producción mercantil se convierte en socialista mediante la integración en cooperativas de los campesinos y artesanos. La formación capitalista desaparece por completo, como consecuencia de las limitaciones y de su desplazamiento del campo de la economía, o de su transformación.

Así queda resuelta la contradicción fundamental del período de transición: la que existe entre el joven sistema socialista, que acaba de nacer y se desarrolla, y el capitalismo, que aun habiendo sido derribado no ha sido suprimido todavía hasta el fin.

El ejemplo de la Unión Soviética, que fue el primer país en la historia que pudo coronar la construcción de la sociedad socialista, es una muestra palpable de lo que puede dar el período de transición.

El proceso de transformación socialista de la economía quedó terminado en la U.R.S.S., en lo fundamental, hacia 1935. En 1937 el 98,7 por ciento de los fondos de producción del país eran propiedad socialista, es decir, pertenecían al Estado socialista o a los koljoses y cooperativas. Para este tiempo las empresas socialistas proporcionaban el 99,8 de la producción global de la industria. En la producción global de la agricultura el sector socialista ocupaba el 98,5 por ciento, y en el comercio al por menor, el 100 por ciento. Esto significaba que la economía nacional, en su conjunto, se desarrollaba toda ella sobre una base socialista.

Cambió radicalmente la composición de clase de la sociedad soviética. En 1928 los elementos capitalistas no significaban ya más que el 4,6 por ciento; en 1937 esta clase había desaparecido por completo.

La experiencia histórica de la Unión Soviética y de las democracias populares confirma plenamente la tesis de la teoría marxista-leninista según la cual el socialismo no puede surgir espontáneamente, por el propio curso de las cosas, ni antes ni después de la revolución proletaria. Ha de ser construido y se construye con el esfuerzo de los obreros, los campesinos y demás trabajadores organizados dentro del Estado y dirigidos por el partido revolucionario marxista-leninista. El reconocimiento de que esto es así, es decir, de la necesidad objetiva de la construcción activa del socialismo, separa a los comunistas de los socialdemócratas, reformistas y revisionistas de toda laya, que admiten el que pueda producirse la conversión espontánea del capitalismo en socialismo y niegan al mismo tiempo el papel organizador y dirigente de los órganos estatales y sociales de la dictadura proletaria.

Algunos líderes de la Unión de Comunistas de Yugoslavia, por ejemplo, no ven la contradicción fundamental del período de transición en la lucha del socialismo en ascenso y los restos del capitalismo, sino en el enfrentamiento de la dirección estatal centralizada y las necesidades de los organismos locales y las empresas. La salida que proponen para eliminar esta imaginaria contradicción es la de forzar la "desaparición" del Estado ya en el período de transición. Mas la clase obrera únicamente puede cumplir sus gigantescas tareas de organización y creación si aprende a manejar el poder como una formidable fuerza económica. V. I. Lenin decía que sobre los hombros del Estado de obreros y campesinos recae una carga económica singular. Cualquiera que sea la forma concreta que adopte el Estado socialista, éste ha de llevar adelante activamente las transformaciones económicas, dirigir la economía nacional, planificarla e influir sobre todo el proceso de la reproducción ampliada en interés del socialismo. El papel del Estado socialista se acrecienta muy especialmente en unas condiciones en que se mantiene en pie el campo imperialista.

El período de transición ve formar también relaciones nuevas, socialistas, en la esfera de la distribución. Al ser suprimidas las clases parasitarias, la renta nacional se convierte íntegramente en patrimonio de los trabajadores.

Con el cumplimiento de las tareas económicas del período de transición, antes ya del triunfo de las relaciones socialistas, desaparece el paro, el eterno azote de la clase obrera bajo el capitalismo. Se pone fin para siempre a las causas del empobrecimiento en el campo. El derecho al trabajo se convierte por vez primera en realidad y queda garantizado por el desarrollo regular de la economía nacional del país socialista.

La duración del período de transición del capitalismo al socialismo no puede ser igual en todos los países. Depende en mucho de la situación interna e internacional. Está claro que tanto la sociedad en su conjunto como cada uno de los trabajadores tienen interés en llevar a cabo cuanto antes las transformaciones socialistas. De ahí que una tarea muy importante del Partido y del Estado sea la de encontrar y poner en juego todas las reservas capaces de acelerar la transición al socialismo. Eso no significa, sin embargo, que nos podamos saltar las etapas e ir con precipitaciones. Las prisas infundadas son nocivas en la construcción del socialismo como en toda obra grande. V. I. Lenin decía: "La Comuna, es decir, los Soviets de diputados obreros y campesinos, no «implanta», no piensa «implantar» y no debe implantar *ninguna* transformación que no haya madurado absolutamente en la realidad económica y en la conciencia de la inmensa mayoría del pueblo."[308] Estas indicaciones de Lenin sirven de guía a los partidos marxistas-leninistas en su trabajo de organización y de explicación entre las masas.

[308] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIV, pág. 48.

Capitulo XXIII. Rasgos fundamentales del modo socialista de producción

El paso del capitalismo al socialismo termina cuando la propiedad social se ha afirmado en todos los sectores de la economía. El socialismo se desarrolla ahora apoyándose en la gran industria maquinizada y en la agricultura mecanizada colectiva.

La propia sociedad, los propios trabajadores se colocan en condiciones de planificar y regular el proceso de producción *en la escala de toda la economía nacional del país.* Bajo el capitalismo, una producción más o menos planificada puede organizarse sólo dentro de una empresa, o todo lo más dentro de un monopolio. Pero se trata de unos planes que constantemente se ven trastrocados por la anarquía de la producción que reina en toda la economía nacional. El socialismo permite la dirección planificada de todo el mecanismo de producción social tomado en su conjunto.

Adviene una nueva era: la era de la economía planificada. El volumen de la producción social, la estructura de ésta, la distribución del trabajo y de los medios de producción entre los sectores de la economía, los precios de las mercancías, las proporciones del salario: todo esto deja de ser regido por procesos elementales. La propia sociedad los planifica, con vistas a dar la satisfacción más completa a las necesidades de sus miembros.

Esto no significa, sin embargo, que en el terreno económico pierdan su vigor las leyes objetivas.

Todo lo contrario, para que la dirección consciente de la economía alcance su eficacia máxima, la sociedad socialista ha de guiarse por las leyes objetivas de su desarrollo y organizar su economía en consonancia con dichas leyes.

Las leyes de la nueva formación económica tardan en ser dominadas. Se requiere experiencia y tiempo para que la sociedad socialista conozca las leyes de su propio desarrollo y aprenda a utilizarlas en interés de ella misma.

Se comprende la responsabilidad que en estas condiciones recae sobre los órganos dirigentes del cuerpo social, tanto del Partido como del Estado. Hay que aprender el arte de dirigir el complejo organismo económico y planificar toda la producción social de tal suerte que queden asegurados su incremento continuo y el constante ascenso del bienestar de todo el pueblo.

1. La propiedad social y sus formas

Marx consideraba que el modo como se unen los elementos fundamentales del proceso de producción -fuerza de trabajo y medios de producción- constituye la base de todo régimen social. En el socialismo, esos elementos están unidos de tal manera que los propios hombres que participan en la producción son dueños colectivamente de los medios de trabajo que emplean. Esto elimina por completo la posibilidad de que los medios de producción se conviertan en instrumento de explotación de una parte de la sociedad por otra. Como condueños de la propiedad social y copartícipes del proceso social de producción, todos los hombres son iguales y estructuran sus relaciones en un plano de amistosa colaboración y ayuda mutua.

La propiedad social corresponde en el socialismo al nivel alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas. En virtud de esto, dicha propiedad ofrece ciertos rasgos y características que son propios del socialismo, o primera fase de la sociedad comunista. La experiencia de la Unión Soviética y de las democracias populares nos dice que la propiedad social presenta dos formas: *de todo el pueblo (estatal)* y *cooperativa koljosiana.*

La propiedad estatal en el socialismo.

La propiedad estatal socialista, decíamos ya, surge por la nacionalización de la gran industria, los transportes y los bancos, y por la confiscación de las tierras de los grandes propietarios que el Estado proletario lleva a cabo. El posterior progreso de la economía conduce a un rápido incremento del sector estatal. Lo que fue nacionalizado después de la toma del poder por la clase obrera se convierte en una parte muy reducida de los medios de producción de que dispone la sociedad socialista. Todo lo demás es creado por el pueblo en el proceso de construcción del socialismo. En la Unión Soviética, por ejemplo, los principales fondos de producción de la industria se incrementaron en 30,3 veces, si comparamos las cifras de 1913 y 1956. Por tanto, la propiedad nacionalizada en 1917 y 1918 representaba poco más del tres por ciento de los medios sociales de producción existentes en 1956.

En el período en que aparecía la formación socialista en la U.R.S.S., Lenin indicó que la dificultad principal no estaba en la confiscación de los medios de producción a la burguesía. "La organización del cómputo -decía-, el control de empresas gigantescas, la transformación de todo el mecanismo económico estatal en una gran máquina, en un organismo que funcione de tal modo que cientos de millones de personas se gobiernen por un mismo plan: tal es la gigantesca tarea de organización que ha caído sobre nuestros hombros."[309]

Al día siguiente de la nacionalización, la industria, los transportes y los bancos siguen siendo empresas sueltas y dispersas. Se requiere tiempo y grandes esfuerzos para formar con ellas un todo armónico y sujetar su funcionamiento a un plan único. Esta tarea es cumplida durante el período de transición. La gran producción socialista, extendida a todo el país y dirigida desde un centro, presenta unas

[309] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVII, pág. 68.

ventajas con las que el capitalismo no puede soñar siquiera.

La propiedad de *todo el pueblo* es en el socialismo propiedad *estatal,* puesto que la sociedad, como conjunto al que pertenecen los medios de producción, se halla en esta fase representada por el Estado. Este, en nombre de la sociedad, dirige la producción social como un proceso único. El Estado pone los medios de producción a disposición del personal de cada empresa, aunque conservando la propiedad de los mismos. Cuando decimos que bajo el socialismo los hombres orientan conscientemente su desarrollo social, ello significa que lo hacen a través del Partido y del Estado, los cuales cumplen el papel de *dirigentes y organizadores de la economía socialista.*

Deformaciones reformistas y revisionistas de la esencia de la propiedad social.

La última moda de los revisionistas es presentar el incremento de la propiedad estatal y del sector estatal de la economía de los países socialistas como una manifestación de centralismo burocrático. La propiedad estatal no es para ellos más que una fuente de deformaciones burocráticas.

¿Qué proponen en lugar de la propiedad estatal o de todo el pueblo? En su lugar, llevan a primer plano diversas formas de propiedad de grupo: municipal, cooperativa y comunal.

A primera vista habría quien creyese que esto es también socialismo. Pero en realidad se trata de un anarcosindicalismo pequeñoburgués, la inconsistencia del cual quedó ya demostrada por los fundadores del marxismo-leninismo y ha sido confirmada por toda la experiencia de la historia.

La necesidad de la propiedad social en su forma estatal no es fruto de lucubraciones vanas de nadie, sino consecuencia directa de las tendencias de desarrollo de las modernas fuerzas productivas. Los comunistas se limitan a expresar lo que es propio de dichas tendencias: en cualquier país capitalista desarrollado, las leyes del incremento sucesivo de las fuerzas productivas exigen la conversión de la economía nacional en un organismo único y completo dirigido desde un centro. Sin embargo, sólo el socialismo puede dar satisfacción a las necesidades maduras de las fuerzas productivas y crear un organismo económico realmente único y completo dirigido por el Estado.

Los precursores de los modernos anarcosindicalistas tomaban sus nociones del pasado. Idealizaban el trabajo de las colectividades inconexas que, en sus formas más primitivas, existió en la cerrada economía natural campesina y en la pequeña producción mercantil de los artesanos. Sus teorías eran una utopía reaccionaria dirigida contra el socialismo científico. Estas ideas, aun modernizadas y renovadas, representan también hoy en día una utopía reaccionaria.

La clase obrera no puede aceptar tales planteamientos. El socialismo es producto de la gran producción. La salvación del yugo de los monopolios no está en el retorno a la pequeña producción dispersa y dividida, sino todo lo contrario, en el paso a una producción social aún más grande y centralizada subordinada al poder de los trabajadores.

¿Es posible, acaso, cuando nos encontramos con una gran producción maquinizada, construir el socialismo sobre la base de inconexas cooperativas, comunidades y comunas, sin quebrantar los cimientos de un proceso de producción que se apoya en la técnica más moderna? Resulta obvio que no. Bajo la dominación de la gran propiedad es imposible evitar el predominio de los intereses locales sobre los generales. Cada una de las empresas trabaja a ciegas, sin tomar en consideración las necesidades conjuntas de la economía. El resultado de esto es uno, de ordinario: no obstante haber sido suprimida la propiedad privada de los capitalistas, la anarquía de la producción levanta de nuevo cabeza. De nuevo aparecen constantes desproporciones que ha de "equilibrar" el mercado especulativo. En las aguas turbias de la especulación y en el mercado, con sus elementales fluctuaciones, renacen inevitablemente los elementos capitalistas.

En relación estrecha con esta negación del papel de la propiedad estatal se encuentran los ataques de los revisionistas contra la función de organización económica del Estado socialista, y en particular contra la planificación por parte del Estado. Los revisionistas pretenden presentar el Estado socialista como una excrecencia burocrática en el cuerpo de la sociedad, que frena el libre desarrollo económico. Mas esta deformación del papel del Estado socialista que nos brindan no prueba sino su resistencia a comprender los vínculos orgánicos que existen entre el nuevo papel del Estado y el imperio de la sociedad socialista, y también con el carácter específico de la acción de las leyes económicas del socialismo. Cuando el Estado actúa como representante de la sociedad como un todo, lógicamente, él y sus órganos centrales han de determinar, en nombre de la sociedad, la orientación, las proporciones y el ritmo de desarrollo de la economía nacional. Sólo a través de la labor del Estado se convierten en realidad todas las posibilidades objetivas y ventajas que el socialismo presenta.

En este problema se revela también la esencia pequeñoburguesa del revisionismo. Con el socialismo se consigue, por fin, subordinar la vida económica al control consciente de la sociedad, lográndose así un ascenso acelerado del bienestar general; pero los revisionistas tiran hacia atrás, hacia los tiempos del "libre juego" de las fuerzas económicas, el cual, dicho sea de paso, hace ya tiempo que dejó de existir incluso en los países

capitalistas.

Los revisionistas dan marcha atrás, van de Marx a Proudhon y demás precursores del anarcosindicalismo. Miran al pasado, y no al futuro. Es lógico, pues, que cada paso adelante en el desarrollo de la gran producción socialista eche por tierra todos sus argumentos.

Los intentos de aplicar los dogmas anarcosindicalistas a la vida económica se derivan de la incomprensión de la superioridad que ofrece la forma estatal de propiedad socialista, de la incapacidad para sacar provecho de tal superioridad. La propiedad social de todo el pueblo no entorpece en modo alguno la función creadora de las distintas colectividades de producción en las empresas. Ocurre lo contrario: la fecunda labor de esas colectividades puede desarrollarse verdaderamente sólo dentro del marco de un organismo económico bien estructurado en el que todas sus partes marchen al unísono. Otra consideración de capital importancia es que la forma estatal de propiedad social mueve a los hombres a guiarse, por los intereses *generales de todo el pueblo,* nacionales, y no por intereses de campanario. Eleva, por tanto, la conciencia de los productores, a un plano nacional y les obliga a preocuparse no ya de los problemas de su empresa solamente, sino de las cuestiones que afectan a todo el pueblo.

Por esto calificó Lenin la forma estatal de propiedad como *consecuentemente socialista,* es decir, como la forma más perfecta de la propiedad socialista, en la que toma cuerpo el nivel superior de la socialización de la producción.

La propiedad cooperativa koljosiana.

Dentro del socialismo los marxistas-leninistas admiten también, como forma perfectamente legítima, la propiedad cooperativa, es decir, de grupo, y la desarrollan y estimulan por todos los medios. Piensan, eso sí, que la presencia de la cooperación no equivale a la existencia del socialismo. Así podían creerlo los socialistas utópicos del pasado siglo, que se imaginaban poder llegar al socialismo mediante la simple creación de cooperativas. No comprendían entonces que la cooperación no determina aún el modo de producción. Ocurre a la inversa, que el propio carácter de la cooperación viene impuesto por el modo de producción predominante. Bajo el capitalismo, y así lo acredita la experiencia, la cooperación de pequeños productores adquiere, en la mayoría de los casos, un carácter burgués. En el socialismo, cuando el poder está en manos de la clase obrera y los campesinos y cuando el sector estatal predomina en la economía, la cooperación adquiere un carácter socialista.

La propiedad cooperativa aparece históricamente bajo el socialismo como resultado de la vía específica por la que pasan a formas nuevas, colectivas, de trabajo los campesinos y las demás capas de la población antes relacionadas con la pequeña producción mercantil. La propiedad colectiva que nace de la unión en cooperativas de esos pequeños productores es precisamente la forma cooperativa koljosiana de la propiedad socialista. Es la propiedad de grupo de los koljoses (cooperativas agrícolas), cooperativas industriales de producción y otras semejantes.

En la mayoría de los países socialistas, la formación de cooperativas de producción en la agricultura comienza reuniendo simplemente los medios de producción pertenecientes a los campesinos: ganado de labor, arados, otros aperos y algunas dependencias. Luego, la propiedad cooperativa se multiplica merced al trabajo en común de los campesinos, con la ayuda de la industria estatal. Las cooperativas llegan a poseer así máquinas modernas. Varias de ellas unifican sus esfuerzos y construyen centrales eléctricas, canales de riego, pantanos, caminos, escuelas y hospitales, es decir, obras de significado ya para todo el pueblo. En la Unión Soviética, de 1932 a 1958, los fondos indivisibles de los koljoses, o sea la parte de los bienes de las cooperativas que no está sujeta a reparto entre sus miembros, se ha hecho 21 veces mayor, pasando de 4.700 millones de rublos a 102.000 millones. Una parte muy importante de esos fondos la constituyen actualmente modernas máquinas agrícolas, tractores, camiones y otros complejos elementos técnicos.

La propiedad cooperativa es una forma menos madura de propiedad socialista que la estatal. Los medios de producción y la producción misma no pertenecen a la sociedad en su conjunto, sino a un grupo de la misma. Entre una y otra, sin embargo, dentro del socialismo no hay diferencias sustanciales. Ambas excluyen la explotación del hombre por el hombre y presuponen el trabajo colectivo en interés de la sociedad. La propiedad cooperativa, lo mismo que la estatal, abre grandes posibilidades para el incremento constante de la producción socialista y para la elevación del nivel de vida de los trabajadores.

Además, la forma cooperativa de producción no es algo petrificado e inestable. En su desarrollo va pasando por diversos escalones, ascendiendo de las formas inferiores a las superiores. El volumen de la producción crece sin cesar como consecuencia de la fusión de varias cooperativas en una, de la renovación de sus recursos técnicos y de la formación de empresas intercooperativas. Así, gradualmente, por el nivel de socialización y el carácter del trabajo, como también por las formas de organización del mismo y los instrumentos que se emplean, las cooperativas se van acercando a las empresas estatales, que pertenecen a todo el pueblo.

La forma cooperativa de propiedad puede

desarrollarse y robustecerse sólo porque junto a ella existe la propiedad estatal. El Estado socialista hace cuanto está a su alcance para elevar al nivel de esta última la propiedad cooperativa koljosiana, con objeto de brindar a los campesinos y otras capas de la población organizadas de tal forma posibilidades aún mayores en cuanto a la ampliación y el perfeccionamiento de la producción y para mejorar su nivel de vida.

2. Fin fundamental de la producción socialista

El fin fundamental de la producción capitalista es la ganancia. La producción de por sí, cualquiera que ésta sea, interesa poco al capitalista. Todavía le interesa menos si en la sociedad se ven o no satisfechas las necesidades de todos sus miembros. Lo que en realidad le preocupa es cómo convertir la producción de cualquier mercancía en fuente de ganancias.

Cuando los medios de producción pasan a ser propiedad social, las razones y fines de la producción cambian por completo. Dentro del socialismo los medios de producción pertenecen a los trabajadores, a la sociedad, y está claro que los trabajadores no pueden someterse a sí mismos a explotación. No hay, pues, tampoco lo que es consecuencia de la explotación, la plusvalía. Ahora, según indicaba Lenin, *"el producto complementario* no va a parar a la clase de los propietarios, sino a todos los trabajadores y sólo a ellos".[310]

Todo el producto social que anualmente se produce en la sociedad socialista pertenece a quien es dueño de los medios de producción, a la sociedad, es decir, a los trabajadores tomados como un cuerpo único de productores. Más adelante se demostrará que este producto anual no puede tener otro empleo que el de satisfacer -directa o indirectamente-, las necesidades de los propios trabajadores.

Los trabajadores que tomaron el poder y que han organizado la producción social no pueden marcarse otro objetivo que el de satisfacer sus necesidades sociales y personales. Ahora no hay ya nadie entre el productor y el resultado de su trabajo: ni el capitalista, ni el terrateniente, ni el comerciante, ni el usurero. Todo cuanto sale de las empresas sociales pertenece a los propios productores: tal es la esencia del nuevo modo de producción y distribución. Se comprende, pues, que los trabajadores traten de aumentar sin cesar la producción de bienes materiales, puesto que son ellos mismos los que se benefician de los frutos de su trabajo.

Así, pues, el fin de la producción socialista se desprende de su misma esencia. Lenin lo definía como "organización planificada del proceso de producción social para asegurar el bienestar y el desarrollo completo de todos los miembros de la sociedad..."[311]

Hemos de tener presente que las necesidades humanas no permanecen estancadas siempre a un mismo nivel. No pueden por menos de cambiar, puesto que al incrementarse la riqueza social y la cultura crecen las demandas materiales y espirituales de los hombres y aparecen nuevas necesidades. La tarea de la sociedad bajo el socialismo consiste precisamente en asegurar una satisfacción cada vez más completa a las necesidades materiales y culturales, en constante aumento, de todos sus miembros.

La satisfacción cada vez más completa de las necesidades como fin de la producción socialista tiene un carácter necesario, o sea, es una ley. Con otras palabras, las leyes de la misma producción basada en la propiedad social *dictan objetivamente* ese fin a la sociedad socialista. La producción perdería su principal estímulo de desarrollo si no se hallase subordinada a la satisfacción de las crecientes necesidades materiales y culturales de los trabajadores.

Por eso, la ampliación de la producción tiene, para el Estado socialista, como fin fundamental, la elevación constante del bienestar del pueblo. Este fin no es otra cosa sino la expresión consciente de una ley económica objetiva propia de la producción socialista. En las obras soviéticas de economía se le da el nombre de ley económica fundamental del socialismo y se formula así: constante ampliación y perfeccionamiento de la producción, sobre la base de una técnica avanzada, con objeto de satisfacer de la manera más completa las necesidades, siempre en aumento, de todos los miembros de la sociedad.

La acción de esta ley encuentra expresión fehaciente en el continuo auge del bienestar de los trabajadores de los países socialistas. En la Unión Soviética, los ingresos reales de los obreros y empleados se habían duplicado casi en 1958 respecto de 1940, mientras que los ingresos reales de los campesinos, por individuo activo, eran más del doble.

La historia ha hecho que los primeros países socialistas en entrar en emulación con el capitalismo no figurasen, en la mayoría de los casos, entre los más avanzados económicamente. Para vencer en esta emulación se requiere de ellos un elevado ritmo de incremento de la producción; han de poner gran tensión en el trabajo y superar numerosas dificultades relacionadas con su anterior atraso. Un elevado ritmo es imposible de conseguir si no se equipa a todos los sectores de la producción de elementos técnicos perfeccionados, y esto, a su vez, requiere un elevado ritmo de acumulación, es decir, destinar una gran parte de la renta nacional a la ampliación de la producción.

El volumen del fondo de consumo se ve hasta

[310] *Recopilación leninista* XI, Moscú-Leningrado, 1931, pág. 382.

[311] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIV, pág. 430.

ahora limitado también por la circunstancia de que los países socialistas se ven obligados a invertir recursos considerables en su defensa. Si no fuese por todo esto, el fondo de consumo podría crecer ya ahora extraordinariamente.

Sin embargo, la potencia económica y defensiva del campo socialista ha alcanzado actualmente tal nivel, que los países que lo integran están en condiciones de destinar recursos cada vez mayores al fondo de consumo y mejorar así la vida de las masas populares. El alto ritmo de desarrollo de la industria pesada y los gastos de defensa son ahora perfectamente compatibles con el rápido incremento de la industria ligera y con un ascenso vertical de la agricultura.

Esto ha permitido a la Unión Soviética y otras democracias populares plantearse, con la seguridad de que será cumplida, la tarea de alcanzar en un brevísimo plazo histórico un nivel tal de consumo popular que por todos sus índices supere a cuanto existe en los países capitalistas más desarrollados.

3. Desarrollo planificado de la economía nacional

El establecimiento de la propiedad social significa que cesa la acción de las leyes de la economía capitalista. La nueva forma de propiedad, como decíamos antes, engendra sus propias leyes objetivas, entre las que un lugar de primer orden corresponde a la ley del desarrollo regular, planificado, de la economía nacional.

Ley del desarrollo regular, proporcional, de la economía nacional.

La economía nacional es bajo el socialismo un organismo completo dirigido por una voluntad única. En estas condiciones, lo primero que la economía reclama es que se asegure la armonía, el acoplamiento, el máximo "ajuste" entre sí de todas las partes del mecanismo de producción social del país. Esto queda expresado en la ley del Desarrollo planificado y proporcional.

¿Qué significa esta ley? Significa que para el funcionamiento normal de la economía socialista se necesitan determinadas *proporciones* entre sus distintos sectores. Significa también que estas proporciones pueden y deben ser establecidas y mantenidas de manera *regular,* es decir, como resultado de acciones meditadas del Estado socialista y de sus órganos de planificación.

El *carácter objetivo* de la ley del Desarrollo planificado y proporcional viene dado por la circunstancia de que dichas proporciones no pueden ser establecidas en la economía nacional arbitrariamente, por el capricho o el deseo de nadie, sino que se subordinan a determinados principios, el incumplimiento de los cuales produciría inevitablemente un desajuste del proceso de producción social. A eso se refería ya Marx al indicar que "la *necesidad de la división* del trabajo social en determinadas proporciones no puede ser destruida en modo alguno por una *determinada forma* de la producción social; únicamente puede cambiar 1a forma *en que se manifiesta.* Las leyes de la naturaleza no pueden ser abolidas."[312]

Quiere decirse que la sociedad socialista no puede cambiar por arte de magia la relación entre la producción y el consumo, entre la acumulación y el consumo, sin tener presente la situación real de la economía y los recursos de que se dispone.

Imaginémonos por un momento que la sociedad o sus órganos estatales, guiándose por los mejores deseos, quisieran elevar verticalmente el consumo sin preocuparse antes de aumentar debidamente la producción. ¿Qué sucedería? Que las reservas de mercancías se agotarían rápidamente. Lo mismo ocurriría si se quebrantaba arbitrariamente la correspondencia entre el consumo y la acumulación de medios destinados a la ampliación de la producción. La reducción de las acumulaciones traería inevitablemente consigo una disminución de la marcha, y luego la detención del desarrollo económico; el capital fijo sería consumido rápidamente y vendría el colapso y la desorganización de toda la vida económica. Y si el ritmo de acumulación es excesivo, los productores pueden perder el interés material y, en fin de cuentas, se originará un descenso de la productividad del trabajo. No queda impune tampoco la transgresión de las proporciones entre el salario y el nivel de productividad del trabajo, entre el conjunto de los ingresos monetarios de la población y el volumen de la circulación de mercancías, etc.

Además de los que hemos mencionado, existen otros muchos sectores de la producción y la distribución cuyo normal funcionamiento es imposible si no se observan determinadas proporciones. Así, es necesario guardar las proporciones entre las ramas fundamentales de la economía nacional, tales como la industria, la agricultura y los transportes. El retraso de cualquiera de estos elementos amenaza con incalculables dificultades.

Determinada correspondencia exige el desarrollo de la industria pesada, ligera, extractiva y transformativa. Prenda del progreso de todos los sectores de la economía es el desarrollo preferente de la industria pesada. De la misma manera, la ampliación de la base de materias primas y de producción de energía ha de preceder al desarrollo de los sectores transformativos de la industria, creando las necesarias reservas para asegurar su crecimiento.

Es imposible también conseguir un funcionamiento normal en la economía cuando no se

[312] C. Marx y F. Engels, *Cartas escogidas,* Gospolitizdat, 1953, pág. 208.

asegura la relación correcta entre las necesidades de la economía nacional en personal capacitado y las proporciones en que éste es instruido dentro del país. La proporcionalidad se requiere asimismo en cuanto a la instalación de las empresas por regiones económicas, a la división del trabajo y a la especialización y cooperación de las empresas.

Por lo tanto, existe un amplio círculo de proporciones económicas cuyo mantenimiento constante es una tarea fundamental de la sociedad socialista.

Podría argüirse que cualquier régimen económico, sin exceptuar el capitalismo, exige cierta proporcionalidad en el desarrollo de la producción. Efectivamente es así. Pero bajo el capitalismo las necesarias correspondencias económicas se establecen elementalmente, con dolorosas fluctuaciones y desproporciones, a través de crisis y colapsos. La circunstancia de que los monopolios dificultan el paso del capital de un sector a otro complica aún más la situación. A la proporcionalidad exigida por las leyes objetivas de la economía, el capitalismo va a ciegas, entre tropezones y caídas, con lo que sufre pérdidas enormes.

El volumen de estas pérdidas podemos apreciarlo por los datos expuestos por Walter Reuter, líder sindical norteamericano, en la conferencia sobre el paro celebrada en Washington, en abril de 1959. Durante los últimos cinco años, dijo, a consecuencia del paro en masa y de la utilización incompleta del potencial de producción de los Estados Unidos, "el pueblo norteamericano ha perdido para siempre en el producto global del país 152.000 millones de dólares, lo que equivale, aproximadamente, a 3.000 dólares por familia". No podía ocurrir de otro modo bajo un régimen de explotación en el que imperan la anarquía de la producción, la competencia y dilapidación del trabajo social.

Otra cosa distinta es bajo el socialismo, donde entra en vigor la ley del desarrollo planificado y planificado, cuando, según palabras de Engels, "se hace posible la producción social según un plan preconcebido".[313] Los hombres, por vez primera en la historia, disponen de todo lo necesario para conseguir el acoplamiento máximo del proceso de producción social y regularlo racionalmente. El hecho de que bajo el socialismo todos los medios de producción son propiedad social y de que la marcha de la producción es planificada y orientada desde un centro único, crea posibilidades inusitadas para lograr economías máximas en la inversión de materiales y trabajo, para alcanzar una elevada productividad del trabajo social.

El conocimiento de la ley económica del desarrollo planificado y proporcional significa para la sociedad socialista formidables ventajas. Esto se refiere lo mismo a la economía nacional en su conjunto que a cada uno de sus elementos: a cualquier fábrica, mina o koljós. El funcionamiento normal de cada empresa es condición para la buena marcha de toda la máquina económica del socialismo. Por eso es tan importante el papel de cada trabajador de la economía socialista, cualquiera que sea el puesto que ocupe.

Esto es tanto más significativo si consideramos que la ley del desarrollo planificado, según decíamos anteriormente, no aparece automáticamente, de una manera elemental. En la economía planificada socialista no hay ni puede haber una distribución elemental de la mano de obra y de los capitales entre los distintos sectores. Esto lo realiza el Estado sopesándolo todo y de conformidad con el fin fundamental que en el socialismo tiene la producción. Mas ello impone una especial responsabilidad a los órganos estatales encargados de la planificación y dirección del desarrollo de la economía.

Su tarea se complica aún más si consideramos que en el socialismo ninguna proporción es eterna. Entre los sectores de la economía nacional no pueden existir jamás unas proporciones fijadas de una vez para siempre. La estabilidad en este caso no sería indicio de bonanza, sino una señal de alarma. Esto significaría que la producción social se mantenía en un volumen invariable, que giraba describiendo un mismo círculo y no iba a más. Pero la técnica no permanece estancada, en la organización de la producción se producen hondos cambios y se modifican las necesidades de la sociedad. Todo esto empuja adelante a la economía y cambia la relación entre sus sectores. Aparecen ramas que ofrecen mejores perspectivas y otras retroceden a un segundo plano.

Da la misma manera, no puede existir una relación, establecida de una vez para siempre, entre la producción y el consumo, y entre el consumo y la acumulación. El incremento de la productividad del trabajo amplía el consumo. La aparición de nuevas tareas de la construcción socialista o el cambio de la situación internacional pueden dar origen a que el anterior ritmo de acumulación sea insuficiente o, por el contrario, excesivo.

El sistema socialista de planificación ayuda a tomar en consideración a tiempo los cambios producidos, a adoptar las correcciones oportunas en los planes económicos y a impedir la aparición de desproporciones en la economía o, caso de producirse, a eliminarlas rápidamente.

Tareas y métodos de la planificación.

La planificación en el Estado socialista es un proceso en el que se entrelazan íntimamente elementos de investigación científica y de labor de administración económica. Es un trabajo que requiere conocimientos profundos de la economía y

[313] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., pág. 269.

de las leyes objetivas de su desarrollo, y también la capacidad de saber mirar adelante. La dirección de la economía es también imposible sin una contabilidad y una estadística bien organizadas. Según V. L Lenin, "la contabilidad y el control es *lo principal* que se requiere para el «acoplamiento» y el buen funcionamiento de la *primera fase* de la sociedad comunista".[314]

Las cláusulas de la ley del desarrollo planificado encuentran expresión en los planes de la economía nacional, compuestos por los organismos de planificación en consonancia con las directrices del Partido Comunista y del Gobierno. Dichos organismos son de carácter central, existiendo también en las regiones económico-administrativas y en las mismas empresas. Después de sopesar detenidamente los recursos y posibilidades existentes, y partiendo de las tareas que la sociedad tiene planteadas, los organismos de planificación elaboran programas a corto y a largo plazo, hasta cinco, siete y quince años. Los proyectos son sometidos a la amplia discusión de las masas y, una vez aprobados por el órgano supremo del Estado socialista, adquieren forma de ley.

La participación de los propios trabajadores en la planificación, el hecho de que los planes se basen en la experiencia reunida en las empresas, es garantía de una dirección acertada de la economía nacional. La labor económica del Estado socialista descansa en los principios leninistas del *centralismo democrático.* Esto significa que la planificación no va sólo de arriba abajo, sino también de abajo arriba. La dirección planificada centralizada del Estado se combina con el espíritu democrático socialista, con la iniciativa de las masas trabajadoras. En la Unión Soviética, en los años de cumplimiento de los primeros planes quinquenales adquirieron ya carta de naturaleza los denominados "contraplanes", es decir, los planes enriquecidos con las propuestas de obreros, ingenieros y demás personal técnico de las empresas y modificados de conformidad con sus sugerencias. Después de la reorganización de 1957 en la dirección de la industria y la agricultura, la planificación se ha orientado aún más decididamente hacia cuanto significa tomar en consideración la experiencia, la iniciativa y las propuestas de carácter local.

La idea es que los planes de la economía nacional se redacten partiendo de los proyectos compuestos por el propio personal de las empresas. Ello encierra, sin duda, el peligro del localismo, es decir, que se exageren los intereses de la empresa en perjuicio del común. Sin embargo, el papel dirigente del Partido Comunista, que orienta la labor de los órganos centrales del Estado, permite reducir este peligro al mínimo.

Con todo y con eso, sería erróneo pensar que la formidable superioridad de la economía planificada socialista asegura el éxito automáticamente. No hay que confundir la *ley* del desarrollo planificado con la *planificación.* Si la ley económica obra siempre certeramente -en el sentido de que su influencia se deja sentir obligatoriamente-, la planificación puede ser acertada y desacertada, exacta o aproximada sólo en líneas muy generales. Se necesita por ello un constante perfeccionamiento de los métodos y del sistema de planificación; hay que cotejar a cada paso los planes con la experiencia, con lo que nos dice la práctica avanzada.

El éxito histórico de los planes económicos soviéticos y los éxitos de la economía planificada en las democracias populares demuestran que la sociedad socialista domina cada vez más la ley del desarrollo planificado, proporcional, y aprende a tenerla en cuenta en su labor diaria de planificación.

Es obvio que la ley del desarrollo planificado sólo proporciona al socialismo una superioridad *objetiva,* la cual es traducida en hechos por la actividad práctica de los trabajadores de la sociedad socialista. No basta con disponer de un buen plan de desarrollo de la economía; sin un trabajo abnegado se quedará en el papel. No basta con saber que el socialismo es el régimen que mejor permite economizar los recursos; sin una lucha diaria por las economías, será imposible sacar provecho completo de la superioridad del socialismo, y en el caso de grandes omisiones puede incluso no manifestarse en absoluto. *Sólo el trabajo fecundo de todos los miembros de la sociedad puede convertir en realidades la enorme superioridad potencial del socialismo.* El papel decisivo en esta empresa corresponde a la labor del Estado socialista y de sus entidades en la organización de la economía. El Estado no se limita a fijar las tareas de producción a los trabajadores, sino que organiza el cumplimiento de las mismas.

4. La producción mercantil y la ley del valor en el socialismo

En la fase de desarrollo de las fuerzas productivas y de la propiedad social que es característica del socialismo, procesos económicos trascendentales - como son, por ejemplo, la distribución planificada del trabajo por sectores de la economía nacional y la distribución de los medios de producción y artículos de consumo- no pueden tener lugar sin la utilización de la forma monetaria-mercantil, sin la forma del valor. Esto no se contradice en absoluto con los principios del socialismo, no entorpece, sino que, al contrario, ayuda a poner de relieve la enorme superioridad y las fuerzas internas del sistema socialista de economía.

Particularidades de la producción mercantil socialista.

La base de la producción mercantil, según

[314] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXV, pág. 444.

sabemos, es que todos los tipos de trabajo concreto se reducen al trabajo abstracto que crea el *valor* de la mercancía. Se trata de una gran ventaja de la producción mercantil que conserva su significado mientras permanezcan en pie las diferencias entre el trabajo del obrero y del koljosiano, entre el trabajo calificado y simple, entre el trabajo intelectual y manual, y mientras la sociedad no esté en condiciones de medir simplemente por el tiempo el trabajo invertido en la producción de una u otra mercancía.

Las relaciones de valor, es decir, las relaciones de compraventa, impulsan con un interés material a quienes participan en la producción a economizar trabajo y materias primas, a reducir los gastos y a implantar nuevos elementos técnicos y métodos avanzados de producción. Esta importante característica de la producción mercantil se corresponde perfectamente con los intereses del socialismo, que la utiliza ampliamente. Porque cuando la sociedad socialista planifica el volumen de la producción de un artículo, está muy lejos de serle indiferente el precio a que resultará dicho artículo, es decir, cuánto trabajo será invertido en la producción de una unidad del mismo. Tiene un interés vital en reducir los gastos de producción, puesto que economizando trabajo en un sector puede ampliar la producción en otro.

De esto no se deduce, sin embargo, que la producción mercantil socialista sea idéntica a la producción mercantil simple o capitalista, de que hablábamos en el capítulo VIII. No, entre ellas existe una diferencia de principio, y no es posible equipararla en modo alguno.

La producción mercantil socialista es una producción sin propiedad privada, sin capitalistas ni pequeños productores de mercancías. Los elementos que toman parte en ella son las empresas estatales y las cooperativas agrícolas, de artesanos, etc. Los medios de producción no pueden convertirse en capital, puesto que pertenecen a la sociedad. Y un medio de producción como es la tierra no es siquiera mercancía, ya que ni se compra ni se vende. Los trabajadores, que poseen en común los medios de producción, no pueden, como es lógico, venderse a sí mismos la fuerza de trabajo.

Ahora bien, todo lo demás -los medios de producción y los artículos de consumo personal producidos por las empresas estatales, los productos y materias primas agrícolas que procedentes del sector cooperativo revierten al Estado, y también los que las cooperativas y sus miembros venden en el mercado koljosiano- son mercancías que tienen su valor, o sea un trabajo socialmente necesario materializado en ellos. La expresión monetaria del valor es el *precio* de la mercancía.

Las empresas estatales y las cooperativas agrícolas se *venden* unas a otras su producción y no la entregan simplemente, como, por ejemplo, ocurre entre las secciones de una misma fábrica. Se trata de una circunstancia muy importante, que significa que cada empresa ha de ver *compensados* los gastos que inevitablemente lleva aparejada consigo su producción. Esto posibilita la marcha normal de la producción dentro de cada empresa. Al mismo tiempo, facilita la planificación de toda la economía nacional y el sostenimiento en ella de las necesarias proporciones.

El cambio que compensa los gastos de producción tiene singular importancia en las relaciones entre el sector estatal y el cooperativo. En este caso, los productos pertenecen a distintos propietarios: al Estado y a las cooperativas. Lo que la industria produce pertenece al Estado, y lo que se produce en los koljoses es propiedad cooperativa koljosiana. En estas condiciones, la forma necesaria de relación económica entre la industria y la agricultura es el cambio por medio de la compraventa.

Sabemos que, en la Unión Soviética, una de las principales medidas encaminadas a lograr un ascenso vertical de la agricultura ha sido la de sustituir los cupos de entrega de la producción koljosiana por la compra de la misma a precios que compensen al máximo los gastos realizados por los koljoses para obtener tal producción.

Las relaciones monetario-mercantiles sirven también de base en el socialismo para la distribución de los artículos de consumo. El Estado socialista asegura la satisfacción de las demandas, sociales y personales, de quienes están ocupados en las empresas e instituciones estatales. Para satisfacer la parte fundamental de sus necesidades individuales cada uno recibe un salario o sueldo, con el que luego adquiere cuanto se requiere para la vida. El dinero como pago del trabajo da lugar bajo el socialismo al comercio como forma de distribución de los artículos de consumo personal. Dentro de este sistema sigue siendo el único mecanismo posible de distribución de los objetos de consumo. El comercio enlaza a éste con la producción, permite exteriorizar los cambios producidos en el consumo de la sociedad y planificar mejor la producción de las mercancías necesarias para la satisfacción de estas necesidades.

La ley del valer en el socialismo.

Dado, pues, que bajo el socialismo existe la producción mercantil, sigue en pie la ley del valor, si bien su papel es sustancialmente distinto del que tiene en la economía capitalista. Bajo el capitalismo, la ley del valor sirve para regular elementalmente la distribución del trabajo y de los medios de producción. Bajo el socialismo, donde no existe el intercambio elemental del mercado ni la competencia, esta función del valor desaparece, puesto que la distribución del trabajo y de los medios de producción se rige por la ley del desarrollo

planificado proporcional de la economía. Por el contrario, crece formidablemente la función de la ley del valor en cuanto se refiere a *medir* los gastos de trabajo y a *estimular* las economías del trabajo social.

¿Qué expresión concreta adopta la acción de la ley del valor en la economía socialista?

Esta ley obliga a producir y cambiar las mercancías sobre la base de la *inversión socialmente necesaria de trabajo.* Y el campo principal donde la ley del valor actúa bajo el socialismo no es el mercado, sino la producción misma. Engels señala que al desaparecer la propiedad privada "no se podrá hablar ya del cambio tal como ahora existe", e indica que "la aplicación práctica del concepto de valor se limitará entonces, cada vez más, a la solución del problema de la producción, y esto es su verdadera esfera".[315] Marx escribía, confirmando esta idea: "El tiempo de trabajo *queda siempre,* aun cuando desaparece el valor de cambio, como esencia creadora de la riqueza y medida de los *gastos* exigidos para su producción."[316]

En primer lugar, la acción de la ley del valor se tiene en cuenta cuando el Estado determina en sus planes los precios. Dentro del capitalismo los precios los dicta el mercado; pero en la economía socialista actúan precios planificados, que no los podemos tomar del mercado. Se determinan por las condiciones de trabajo en la producción, partiendo de que cada valor mercantil no es sino la medida del trabajo socialmente necesario encerrado en la mercancía.

Cuando el Estado establece los precios de las mercancías no puede partir de los gastos de trabajo realizados de hecho en una empresa concreta. Se orienta por los gastos socialmente necesarios, es decir, por los que se necesitan en el grado concreto de desarrollo de las fuerzas productivas: atendido el nivel de la técnica y el grado medio de capacidad e intensidad del trabajo. Con otras palabras, la base de los precios establecidos por el Estado es el valor de las mercancías.

Este criterio en la determinación de los precios, cuando vienen señalados por el valor, permite que puedan fijarse con arreglo a una base económica segura. Y esto es de importancia trascendental para el desarrollo de la economía. Los precios de las mercancías, en su conjunto, han de reflejar las relaciones reales, en inversión de trabajo, que se forman entre los distintos sectores de la producción social. Por ejemplo, si en la producción de un artículo se invierte más trabajo que en la producción de otro, está claro que los precios respectivos habrán de reflejar dicha diferencia. A su vez, los precios fijados con una base económica aseguran proporciones adecuadas al ser cambiada la producción de un sector por la de otro, y esto ayuda a mantener la proporcionalidad que la sociedad fija en la economía nacional.

Ahora bien, dentro de la economía socialista los precios no reflejan únicamente las relaciones de valor entre las distintas esferas, sino que en manos del Estado son una valiosa palanca que permite influir activamente sobre la marcha de la producción social. De ahí que la política de precios planificados haya sido siempre un elemento capital de toda la política económica del Estado socialista, un elemento de gran significación política, y no solamente económica. Así se explica, en particular, que dentro de la economía socialista los precios no coincidan siempre y en todos los casos con el valor de las mercancías.

Con ayuda de una política adecuada de precios, el Estado puede utilizar parte de los ingresos obtenidos en unos sectores para el rápido impulso de otros, cuando así lo aconsejan los intereses generales. Esta política es sobre todo importante cuando se trata de fomentar el desarrollo de industrias nuevas o de implantar nuevos elementos técnicos. Ello permite organizar la producción de la nueva mercancía en gran escala y conseguir una reducción de su valor que corresponda al precio establecido, para después rebajar consecutivamente este precio.

Por lo tanto, la acción sobre el proceso de determinación planificada de los precios es la primera función de la ley del valor en la economía socialista. Otra función de la ley del valor es la de ayudar a reducir los gastos materiales de la producción, a implantar técnicas avanzadas y a elevar la productividad del trabajo.

Al fijar el precio, el Estado es como si dijera a la empresa: ahí tienes el máximo de trabajo y de materiales que la sociedad se puede permitir gastar por unidad de producción y que tú, empresa, estás obligada a no sobrepasar. Las empresas cuyos gastos individuales son inferiores a los socialmente necesarios se colocan en una situación más favorable que aquellas que tienen gastos individuales elevados. Ello fuerza a estas últimas a economizar trabajo, materias primas y energía, a perfeccionar los procesos técnicos y a modernizar sus instalaciones.

Así es como se manifiesta el papel estimulante de la ley del valor en el socialismo, que toma expresión concreta en el interés material. La sociedad socialista tiende a que las propias necesidades económicas, el interés material de quienes trabajan, muevan adelante la producción.

A ello se debe que las empresas socialistas (industriales y agrícolas) se basen en el *cálculo económico.*

La empresa cuya gestión se basa en el cálculo económico, a diferencia de las que son sostenidas por el presupuesto estatal, goza de autonomía. Dispone de los necesarios recursos materiales y monetarios y puede manifestar amplia iniciativa en el modo como

---

315 C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. I, pág. 553.

316 C. Marx, *Teorías de la plusvalía,* ed. rusa, t. III, 1936, pág. 198.

los invierte. El sentido de cálculo económico es que cada empresa y organización económica cubra los gastos con sus propios ingresos y obtenga cierto beneficio. Parte de los beneficios engruesan el fondo de la empresa y redundan en provecho de sus obreros y empleados. El cálculo económico mueve a buscar la rentabilidad, cosa que únicamente es posible con una inversión mínima de trabajo, de materiales y de dinero.

La acción de la ley del valor permite comparar y estimar acertadamente la labor de las empresas, y estimula materialmente, tanto a la empresa en su conjunto como al personal de la misma, a conseguir elevados índices de producción.

La ley del valor y la planificación.

Ahora bien, ¿cómo se compagina la ley del valor con la planificación socialista? Porque ésta se rige por una ley distinta, la del desarrollo planificado y proporcional.

La experiencia demuestra que ambas leyes son perfectamente compatibles, ya que no se contraponen, sino que se complementan.

La sociedad socialista determina por sí misma el volumen y la estructura de la producción y distribuye por sectores y zonas económicas los medios de producción y los artículos producidos. Esto lo lleva a cabo, sin embargo, por medio de relaciones mercantiles-monetarias, o formas de valor. La necesaria comprobación complementaria de la correspondencia entre los planes de producción y las necesidades de la sociedad la tenemos en el proceso de realización de las mercancías. Este proceso revela a posteriori si, en cada caso concreto, la producción de determinado artículo guarda acertada correspondencia con las necesidades. Así, por ejemplo, el movimiento de las reservas de mercancías en la red comercial es un índice importante que ayuda a corregir los programas de producción.

Dicho de otro modo, la ley del valor ayuda a *corregir* y a concretar la distribución del trabajo y de los medios de producción entre los sectores, de acuerdo con la ley del desarrollo regular y planificado de la economía.

Cuanto más se acercan los precios de las mercancías a su valor, con tanta mayor exactitud se puede calcular y planificar el costo, la rentabilidad, la eficacia de los gastos de trabajo y de las inversiones básicas y el empleo de nuevos elementos técnicos y métodos de organización de la producción.

Cuando el Estado socialista planifica los precios de las mercancías, ha de tener siempre presentes los gastos de trabajo socialmente necesarios, que constituyen la base de dichos precios y que cambian sin cesar con el progreso de la técnica. Sin esta base objetiva, el precio se convertiría en una magnitud convencional y cesaría de cumplir el papel de palanca de la planificación socialista.

Dentro del socialismo adquiere primordial importancia la tarea de determinar exactamente el valor, es decir, el trabajo socialmente necesario invertido. Sólo así es posible eliminar pérdidas innecesarias de trabajo y conseguir una economía racionalizada al máximo. Marx escribía que después de eliminar la producción capitalista "la determinación del valor seguirá siendo lo predominante, en el sentido de que la regulación del tiempo de trabajo y la distribución del trabajo social entre los distintos grupos de la producción, la contabilidad, en fin, que abarque todo esto, adquirirán más importancia que nunca".[317]

La utilización adecuada de la ley del valor significa realizar de tal modo el cálculo económico y el control en su equivalencia monetaria, planificar de tal modo los precios, el costo, la rentabilidad, la circulación de mercancías, las finanzas y el crédito, que se asegure la tarea de cumplir y sobrepasar los planes de la economía nacional, alcanzando la máxima productividad del trabajo y economizando todo lo posible los recursos de la sociedad.

5. El trabajo en el socialismo

El socialismo permite a todos los ciudadanos ejercer el derecho al trabajo. Así lo garantizan la organización entera de la economía nacional, la ausencia de crisis y la eliminación del paro obrero.

La división de la sociedad en una mayoría de trabajadores y una minoría ociosa que vive a expensas de la explotación se hace imposible con el socialismo, pues el trabajo es en él la única fuente de ingresos.

Nuevo carácter del trabajo social.

Cuando todos los medios fundamentales de producción se hallan concentrados en manos del Estado y de las cooperativas, el trabajo del individuo pierde su carácter privado y adquiere un carácter *directamente social.* Esto significa que el trabajo de cada uno sirve para el cumplimiento de determinada parte del plan económico.

Bajo el capitalismo, cada productor de mercancías trabaja por su cuenta y riesgo. Estos productores se relacionan entre sí únicamente a través del mercado. Las crisis son una prueba fehaciente de la dilapidación que del trabajo se hace en la sociedad capitalista. El duro trabajo de millones de hombres se alterna con el suplicio de la desocupación.

El carácter directamente social del trabajo en el socialismo, donde se prevén anticipadamente las posibilidades y necesidades de la sociedad, contribuye a despertar nuevos estímulos entre los trabajadores. Al interés material se suman razones de índole moral. El trabajo se hace de esta manera más consciente, convirtiéndose así poco a poco en una

[317] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. III, pág. 865.

causa de honor, cuando antes era un simple modo de ganarse la vida. Multiplícanse los inventores, racionalizadores y demás innovadores de la producción. En vez de la vieja disciplina de trabajo, basada en la coerción, se robustece una disciplina consciente, producto de la comprensión por cada trabajador de su deber ante la sociedad y del interés personal en la labor que realiza.

Una nueva visión del trabajo, la preocupación de los trabajadores por el progreso de la producción social, viene expresada en la *emulación socialista.* En el curso de la emulación son superados prácticamente los defectos de organización de la producción y se descubren y ponen en juego reservas hasta entonces ignoradas. La emulación es un método muy eficaz de autocrítica, que es el medio a que el socialismo recurre para superar las contradicciones. La emulación no quiere decir rivalidad y presupone la ayuda amistosa de los avanzados a los retrasados al objeto de lograr un incremento general.

En los primeros años del nuevo régimen aparecieron ya en la Rusia Soviética los domingos rojos. V. I. Lenin advirtió perspicazmente en ellos los primeros brotes de una actitud nueva hacia el trabajo. "Es el comienzo -escribía en 1919- de una revolución más difícil, más esencial, radical y decisiva que el derrocamiento de la burguesía, pues se trata de la victoria sobre la propia rutina, sobre el abandono y el egoísmo pequeñoburgués, sobre estas costumbres que el maldito capitalismo dejó en herencia al obrero y al campesino. Cuando *esta* victoria sea consolidada, entonces y sólo entonces aparecerá la nueva disciplina social, la disciplina socialista; entonces y sólo entonces será imposible la vuelta atrás, al capitalismo, y el comunismo habrá triunfado verdaderamente."[318]

El incremento incesante de la productividad del trabajo, ley de la economía socialista.

Cada nueva formación político-social vence gracias a que crea una más elevada productividad del trabajo. La capacidad para asegurar una mayor productividad es la condición decisiva del definitivo triunfo del socialismo y el comunismo.

Marx indicaba que la fuerza productiva del trabajo viene determinada "por el nivel medio del arte del obrero, por el nivel de desarrollo de la ciencia y el grado en que se aplica a la técnica, por la combinación social del proceso de producción, las proporciones y eficacia de los medios de producción y, finalmente, las condiciones naturales".[319]

¿Qué superioridad presenta el socialismo en cuanto a las condiciones de aumento de la productividad del trabajo que Marx señala?

El grado medio del arte del obrero, el nivel de su calificación, crece dentro del socialismo mucho más de prisa que bajo el capitalismo. Al hacerse la enseñanza accesible a todos los trabajadores y al caer abajo todas las barreras que le impedían ascender a sus escalones superiores, cualquier obrero puede elevarse gradualmente hasta el nivel del ingeniero. Ni siquiera en los países capitalistas más desarrollados tienen las grandes masas de la clase obrera tales posibilidades.

Bajo el socialismo crece formidablemente el valor de la ciencia, cuyas ilimitadas posibilidades son utilizadas por primera vez en bien de la sociedad entera y se colocan al servicio del progreso. De ahí el alto grado en que los adelantos científicos se aplican en la producción.

Las posibilidades del socialismo son particularmente grandes en lo que Marx denomina "combinación social del proceso de producción", es decir, en la división y cooperación del trabajo. Bajo el capitalismo, la división del trabajo, en escala que abarque a toda la sociedad, es regulada elementalmente por las relaciones del mercado. Este modo de regulación trae como secuela las crisis, la desocupación, la depauperación y la degradación física y moral de capas enteras de la población. El socialismo, como antes se indicaba, permite organizar planificadamente el trabajo dentro de cada empresa y su cooperación en la sociedad entera.

La cooperación socialista del trabajo es la colaboración amistosa de trabajadores no sometidos a explotación, basada en la propiedad social de los medios de producción y en la técnica más avanzada. Dicha cooperación permite alcanzar la máxima combinación racional de todos los sectores de la producción social. El perfeccionamiento de la cooperación socialista del trabajo en todos sus órdenes, desde la brigada, el taller y la empresa hasta la economía entera del país y de todo el sistema de Estados socialistas, es una fuente inagotable de reservas para el constante incremento de la productividad del trabajo.

Las proporciones y la eficacia de los medios de producción es otro importante resorte que hace crecer la productividad del trabajo. La cantidad de producción podemos incrementarla, ya aumentando o alargando la jornada y elevando la intensidad del trabajo, ya perfeccionando la técnica y la organización de la producción. El socialismo da la preferencia al segundo de estos métodos. Dentro de la sociedad socialista, el método principal para alcanzar una mayor productividad del trabajo consiste en dotar incesantemente a la producción de nuevos elementos técnicos y en perfeccionar constantemente los procesos tecnológicos, sin alargar la jornada.

El capitalismo recurre a uno y otro método, aunque los dos le sirven para incrementar la explotación, para aumentar la plusvalía absoluta y relativa. El patrono pone en marcha una máquina

[318] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIX, págs. 379-380.
[319] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. 1, pág. 46.

nueva no cuando ésta ahorra trabajo, sino cuando le resulta más ventajosa que el pago de los salarios de los obreros a los cuales reemplaza. La divisa del capitalismo es: "Sacar todo lo posible del obrero." La del socialismo: "Sacar todo lo posible de la máquina."

También bajo el socialismo, se comprende, hay que mantener un determinado nivel de intensidad del trabajo, tal como lo dicta el proceso de producción. Pero el socialismo no acepta una intensidad tal que agote las energías y quebrante la salud del obrero.

Finalmente, el socialismo permite, en grado incomparablemente más eficaz que el capitalismo, utilizar las riquezas naturales para elevar la productividad del trabajo. Bajo el capitalismo, cuando la tierra y el subsuelo son propiedad de particulares, la distribución territorial de las empresas se produce espontáneamente, de ordinario sin tomar en consideración la combinación más favorable de las condiciones naturales necesarias para una u otra industria. El socialismo se encuentra incomparablemente mejor adaptado para tomar de la naturaleza cuantos bienes es capaz de proporcionarle al hombre.

En la sociedad socialista existe, por tanto, la posibilidad de poner en juego todos los factores de que depende la productividad del trabajo y asegurar su incesante incremento.

Según hace ver Marx, la lucha por una elevada productividad del trabajo se reduce, en última instancia, a la economía de tiempo de trabajo, tanto del invertido directamente como del plasmado en los elementos materiales de la producción.[320] Por eso, el principio del socialismo es: economía del trabajo en todos sus aspectos, economía tanto del trabajo vivo como del social. Elemento necesario para conseguir una alta productividad del trabajo y el mejor camino para multiplicar los bienes materiales y acortar la jornada es el esmero en el manejo de la maquinaria y las economías en el consumo de combustible, materias primas y materiales auxiliares.

El principio de distribución según el trabajo.

Dentro del socialismo, los bienes materiales y culturales son distribuidos en dependencia de la cantidad y calidad del trabajo invertido por cada individuo en la producción social. Esto lleva aparejada la necesidad de calcular exactamente tanto la medida de trabajo como la de consumo. Quien trabaja más y mejor, es remunerado más y mejor por la sociedad socialista.

El acertado empleo del principio del pago por la cantidad y calidad del trabajo es un poderoso recurso para elevar la productividad y robustecer la disciplina socialista en el trabajo. La combinación del estímulo material y moral que el socialismo lleva consigo produce excelentes resultados.

El principio socialista "de cada uno según su capacidad, a cada uno según su trabajo" estimula al trabajador a elevar sus conocimientos y su aspiración constante a elevar la productividad. La nivelación de salarios va contra el interés del socialismo.

Bajo el capitalismo, el nivel del salario real se ve limitado por la ley del precio de la fuerza de trabajo y por el deseo que los capitalistas tienen de obtener los mayores beneficios. En los países del socialismo no hay límite alguno para el aumento del salario que no venga impuesto por el nivel de la productividad del trabajo social, por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de la sociedad.

El incremento de la productividad del trabajo se convierte en este caso, pues, en un factor esencial del ascenso del pago real del trabajo. Y el aumento del salario, a su vez, estimula la elevación de la productividad del trabajo y trae consigo, por tanto, un descenso del valor de todos los bienes producidos.

Ahora bien, el ritmo de aumento del salario no puede anticiparse al crecimiento de la productividad del trabajo, sino al contrario: es la productividad del trabajo la que debe preceder a la elevación de los salarios. Si el pago del trabajo crece más de prisa, se reducirán las posibilidades de ampliar la producción, se reducirá el ritmo de progreso de la economía y, en último término, descenderán los salarios.

6. La reproducción ampliada socialista

La teoría de la reproducción del capital social, expuesta por Marx, nos da las leyes de este proceso, propio tanto del capitalismo como del socialismo y el comunismo. A Marx se debe el cálculo que determina las condiciones en que, en general, puede realizarse la reproducción simple y ampliada.

La más importante de estas condiciones es cierta proporcionalidad entre la primera y segunda secciones de la producción social, es decir, entre la producción de medios de producción (máquinas, combustible, materias primas) y la de artículos de consumo (alimentos, ropas, calzado, etc.). Se exige también determinadas proporciones entre los sectores de cada sección y entre la acumulación de las secciones primera y segunda.

Marx indicaba que sus cálculos eran una abstracción de las condiciones concretas de la realidad capitalista. Eran, por decirlo así, un modelo sobre el que se pueden estudiar las condiciones cuando el proceso de reproducción se desenvuelve sin interrupción alguna. En la economía capitalista tal cual es, según lo dejábamos asentado, la anarquía de la producción se opone al establecimiento de proporciones acertadas y fijadas de antemano. El proceso de la reproducción social se ve interrumpido periódicamente por las crisis.

Esencia de la reproducción socialista.

En la sociedad socialista, por primera vez en la

[320] C. Marx, *El Capital,* ed. cit., t. Hl, 1955, pág. 271.

historia humana, se hace posible la reproducción ampliada de conformidad con las proporciones necesarias indicadas por Marx. No quedan excluidos, es cierto, los casos de ciertas desproporciones en la producción, mas, por el contrario, queda eliminada la ley que hace su aparición obligatoria. La economía socialista no es superior solamente porque no conoce las crisis y porque el crecimiento de la producción es en ella continuo; sobrepasa también al capitalismo por el volumen y el ritmo de la reproducción ampliada. Estas ventajas se dejarán sentir aún más a medida que la sociedad socialista observe de manera más completa las condiciones exigidas por tal reproducción, que son las siguientes:

Para incrementar constantemente la producción de la economía nacional es necesario que la primera sección avance más de prisa que la segunda. Marx demostró que la reproducción ampliada sólo es posible cuando el incremento de medios de producción dentro de la primera sección *sobrepasa* a su desgaste y al consumo en las secciones primera y segunda. Cuanto mayor es esta diferencia, tanto más elevado es el posible ritmo de la reproducción ampliada.

Al incrementarse los medios de producción, crece la producción global de ambas secciones. El *crecimiento preferente de la producción de medios de producción* garantiza la afluencia de elementos técnicos a todos los sectores de la economía nacional, con el consiguiente progreso de la productividad del trabajo.

La ley de la reproducción ampliada de Marx indica la prolongada tendencia general de desarrollo económico que existe lo mismo bajo el capitalismo que bajo el socialismo. Marx se refería a la sociedad en abstracto, sin tomar ningún país concreto.

Hemos de tenerlo así presente cuando se trata de determinar las leyes de la reproducción ampliada socialista. La aplicación de dichas leyes se ha de ajustar, lógicamente, a las condiciones específicas de cada país socialista. Está claro también que, considerando el sistema socialista mundial, la relación concreta entre el ritmo de desarrollo de la primera sección y la segunda no puede ser la misma en todos los países y en todas las etapas. Depende de las condiciones económicas del país, de su posición en el sistema socialista mundial, del carácter de sus riquezas naturales, de la experiencia de producción de sus trabajadores, etc. Estos factores parciales, sin embargo, no echan por tierra la ley general de la reproducción socialista: el crecimiento anticipado de la industria pesada.

La producción socialista eleva sin cesar la productividad del trabajo cuando se apoya en el rápido progreso de la técnica y la ciencia. No hay que esperar a que se desgaste el equipo en funciones para poner en marcha los nuevos elementos técnicos. Ha de ser reemplazado también el utillaje que, aun en buenas condiciones de uso, ha envejecido por aparecer otras máquinas más perfectas. Este envejecimiento es lo que se llama *desgaste moral* del equipo.

Bajo el capitalismo, las máquinas moralmente desgastadas han de ser sustituidas por motivos de competencia. La fábrica que pone en marcha maquinaria nueva, mientras que el resto de las empresas sigue utilizando la vieja, obtiene una plusvalía extraordinaria. Deseosa de mantener lo más posible tal situación, la fábrica beneficiada guarda de ordinario el secreto de sus innovaciones. Pero los competidores, tarde o temprano, acaban por descubrirlo, y renuevan también su utillaje.

Bajo el socialismo existen todas las posibilidades para que la totalidad de las empresas pongan en marcha una máquina o un método que hayan demostrado sus excelencias. El único obstáculo que puede presentarse es el de la rutina y el conservadurismo del personal de dirección, deseoso de evitarse las preocupaciones que la modernización de su empresa habría de ocasionarle forzosamente. La sociedad socialista dispone, sin embargo, de energías suficientes como para hacer frente a las dañosas tendencias al conservadurismo.

Para la reproducción ampliada socialista se requiere el crecimiento regular no sólo de los medios de producción y de los artículos de consumo, sino también del número de obreros capacitados ocupados en la esfera de la producción material.

La sociedad socialista no tiene la preocupación del problema del paro, que tantos quebraderos de cabeza proporciona a los economistas y políticos burgueses. Gracias a la reproducción ampliada, está en condiciones de utilizar por completo la mano de obra disponible y de distribuirla regularmente por los distintos sectores de la economía nacional y la cultura.

Finalmente, una formidable superioridad del socialismo es que no conoce el problema de la venta, que mantiene aherrojada a la economía del capitalismo. El incremento continuo y regular de todas las esferas de la producción asegura a cada una de ellas el mercado de venta. Al no haber obstáculos para el progreso técnico, al elevarse sistemáticamente los ingresos de los trabajadores y al no existir paro obrero, el mercado de cada Estado socialista y de todo el sistema socialista en su conjunto se convierte en algo *prácticamente ilimitado.*

Cómo es utilizado el producto social global.

Todos los bienes materiales de que dispone la sociedad socialista constituyen su *riqueza nacional.* Los bienes materiales creados en todos los sectores de la producción material durante un año forman el *producto social global.*

¿Cómo es repartido dicho producto bajo el socialismo?

Una parte del producto social global se destina a reponer los medios de producción consumidos durante el año. Lo que queda, una vez descontada esa parte, forma la *renta nacional.* Dicho de otra manera, la renta nacional es el conjunto de valores nuevos creados durante el año, es decir, el conjunto de los ingresos individuales del personal ocupado directamente en la esfera de la producción material y el ingreso neto (producto complementario) creado por ellos y que se destina al desarrollo sucesivo de la economía nacional y para satisfacer las necesidades de la sociedad y del Estado (sanidad, enseñanza, defensa, etc.).

El incremento de la renta nacional es un índice muy valioso para juzgar del ritmo de la reproducción ampliada. El crecimiento medio anual de la renta nacional en la U.R.S.S., durante toda la existencia del primer país socialista del mundo, ha sido, aproximadamente, de tres a cinco veces superior que el de los países capitalistas más desarrollados.

La renta nacional de la sociedad socialista se divide en fondo de consumo y fondo de acumulación. El *fondo de consumo* representa en la U.R.S.S. el 75 por ciento de la renta nacional.

La sociedad socialista -en la que no existe el consumo parasitario de las clases explotadoras y su servidumbre, ni se producen las pérdidas relacionadas con la anarquía de la producción y las crisis- está en condiciones, al hacer la distribución de la renta nacional, de incrementar sensiblemente la parte de la acumulación. Así, por ejemplo, en Estados Unidos la acumulación media durante los años más favorables que siguieron a la guerra no ha pasado del 12 por ciento, mientras que en la U.R.S.S. durante muchos años el fondo de acumulación es del 25 por ciento aproximadamente de la renta nacional.

Esto solamente, sin contar todas las demás ventajas de la economía planificada, explica ya por qué el incremento de la producción y de la productividad del trabajo es en los países del socialismo varias veces superior a lo que podemos observar en la economía capitalista. El rápido aumento del fondo de acumulación permite al Estado socialista construir y ampliar fábricas, centrales eléctricas y minas, crear sovjoses y haciendas estatales, perfeccionar los transportes, levantar viviendas, escuelas, hospitales, establecimientos para la infancia, etc.; el fondo de acumulación sirve también para financiar las obras básicas del sector cooperativo koljosiano. Parte de las inversiones sirve para reponer los fondos básicos consumidos (amortización de edificios, maquinaria, utillaje, etc.), mientras que la otra se destina a la ampliación de dichos fondos.

Los trabajadores que tomaron en sus manos los medios de producción y la gestión de la economía son unos dueños mucho más sensatos y celosos que los capitalistas. Se ha roto como una pompa de jabón la vieja calumnia burguesa de que la clase obrera, puesta en la dirección de la economía, no sabría desarrollar y ampliar la producción y se limitaría a consumir lo que había recibido en herencia del capitalismo. El triunfo y los avances del régimen socialista han confirmado la tesis marxista de que cuando los medios de producción se vieran liberados de las trabas de la propiedad privada, se originaría un desarrollo constante y acelerado de las fuerzas productivas, con un rápido incremento de la producción. La trascendental función de progreso de la sociedad que significa la acumulación es cumplida por los trabajadores incomparablemente mejor que por quienes les explotaban.

Bajo el capitalismo existe la contradicción antagónica entre la producción y el consumo. El consumo de las masas del pueblo se ve limitado por el estrecho marco de los bajos ingresos que obtienen la clase obrera y los campesinos. El socialismo no conoce esa contradicción. La reproducción ampliada, asegurada por el ascenso preferente de la producción de medios de producción, permite también el aumento continuo de la producción de artículos de consumo personal, a fin de satisfacer cada vez más las crecientes necesidades materiales y culturales del pueblo.

Los economistas burgueses y los reformistas propagan la versión de que en los países socialistas todos los esfuerzos se concentran en el desarrollo exclusivo de la industria pesada y de guerra, con merma para la producción de artículos de consumo. El vertiginoso incremento del consumo de las mercancías más importantes *per cápita* que se observa en los países socialistas echa por tierra esta patraña. La experiencia histórica demuestra que el crecimiento preferente de la producción de medios de producción no es en los países socialistas un fin en sí mismo, sino el medio necesario para cumplir la tarea principal de la producción socialista, para elevar el bienestar de todo el pueblo. En efecto, para elevar los sectores de la economía que se hallan al servicio del consumo de la población -agricultura, industria ligera y de la alimentación, etc.- hace falta dotarles de nuevos elementos técnicos. Y para eso sólo hay un camino: el desarrollo preferente de la producción de medios de producción.

Vemos, pues, que el socialismo crea una economía sustancialmente distinta de cuanto existe en todas las formaciones anteriores; una economía que abre los más vastos horizontes al desarrollo de las fuerzas productivas y a la elevación constante del nivel material de vida de los trabajadores.

La reproducción ampliada no hay que entenderla con un criterio estrecho, sin tomar en consideración los cambios sociales que ella provoca. Marx señalaba que bajo el capitalismo, paralelamente a la reproducción material, tiene lugar, sobre una base ampliada, el desarrollo de las contradicciones propias

del capitalismo. La reproducción ampliada socialista origina también cambios en la estructura social de la sociedad. Mas, a diferencia del capitalismo, esto no quebranta, sino que robustece dicho régimen social. El incremento del peso de la propiedad de todo el pueblo en el conjunto de la economía del socialismo, unido al aumento de la parte de los fondos indivisibles dentro de las cooperativas de producción, significa una reproducción ampliada de las relaciones socialistas de producción que aproxima el triunfo del comunismo. Por lo tanto, la reproducción ampliada socialista es el camino que conduce a la sociedad comunista.

Capitulo XXIV. Fisonomía político-social y cultural de la sociedad socialista

La conversión de los medios de producción en propiedad social trae consigo la transformación radical de todas las relaciones sociales, de la superestructura política, la ideología, la cultura, la vida y los usos y costumbres.

De la misma manera que la propiedad privada sobre los medios de producción dio origen a la sociedad de explotación, con sus clases, su Estado y su derecho, con sus costumbres y su moral, así el modo socialista de producción da lugar a un régimen nuevo, que es el régimen socialista.

Para estudiar las peculiaridades del régimen socialista hay que tomar fundamentalmente la experiencia de la Unión Soviética -el único país donde el socialismo se ha consolidado hoy día definitivamente y por completo- y sólo en parte la experiencia de las democracias populares, que se encuentran en etapas diversas de la construcción del socialismo. No hemos de olvidar tampoco que el socialismo no es algo inmutable y petrificado. Todo lo contrario, es una sociedad que se distingue por el rápido perfeccionamiento que le hace avanzar hacia la fase superior que es el comunismo.

1. La democracia socialista

La característica política principal de la sociedad socialista es su profundo espíritu democrático. Este penetra sin cesar en las distintas esferas de la vida social, dando origen a nuevas relaciones, costumbres, normas de conducta y tradiciones.

La democracia socialista es un tipo histórico nuevo y más elevado de gobierno del pueblo, que se deriva de la democracia proletaria propia del período de transición del capitalismo al socialismo. Comparándolo con las formaciones anteriores, el socialismo amplía la propia noción de democracia, al no limitarse a los derechos políticos y abarcar también los derechos sociales de los trabajadores. Da a la democracia un sentido nuevo también por el hecho de que la extiende a toda la sociedad, hasta incluir en ella a todo el pueblo en absoluto. El socialismo, en fin, desplaza el centro de gravedad de la democracia -antes limitada a la simple proclamación de derechos, como ocurre en la sociedad burguesa- a las garantías para el ejercicio real de los derechos.

A continuación examinamos los aspectos más importantes de la democracia socialista, relacionados con las características de la estructura de clase de la sociedad, del Estado y de los derechos sociales y políticos de los ciudadanos. Seguidamente, dentro de este mismo capítulo, nos detendremos en algunos otros aspectos relativos a las relaciones entre las nacionalidades, a la cultura y a la situación del individuo.

Sociedad de clases trabajadoras amigas.

Las transformaciones económicas y sociales operadas en el período de transición traen como consecuencia una nueva estructura de clase de la sociedad.

Han desaparecido por completo las clases explotadoras, los capitalistas, los terratenientes y los campesinos ricos. Nos encontramos con una sociedad de trabajadores, compuesta por obreros, campesinos e intelectuales, cuya situación ha cambiado por completo.

Esto se refiere sobre todo a la *clase obrera.* Si antes carecía de medios de producción, ahora los posee junto con todo el pueblo; si antes era explotada, ahora es la fuerza dirigente de la sociedad. La situación dirigente de la clase obrera en el socialismo viene determinada por la circunstancia de que cumplió el papel decisivo en la revolución y se halla vinculada a la forma más avanzada de la economía socialista, que es la propiedad estatal o de todo el pueblo. Es también el principal portador de las ideas comunistas. En el medio obrero hay incomparablemente menos supervivencias de la psicología del propietario privado, las cuales todavía se conservan entre alguna parte de los campesinos, y del individualismo, que se mantiene entre algunos intelectuales. Entre los obreros es donde más profundamente han arraigado las tradiciones de la ayuda mutua socialista, de la solidaridad amistosa.

Bajo el socialismo crece enormemente el nivel profesional y cultural de los obreros.

También se producen cambios profundos entre los *campesinos,* que forman la otra clase de la sociedad socialista. Bajo el capitalismo eran una clase de pequeños productores débilmente unidos entre sí y obligados a arrastrar una mísera existencia en sus minúsculas parcelas. La vida de la aldea engendraba un atraso cultural que a veces llegaba hasta el embrutecimiento. La colectivización de la agricultura y la revolución cultural transforman radicalmente la fisonomía del campesino.

La inmensa mayoría de los campesinos de la sociedad socialista son koljosianos. En la Unión Soviética, por ejemplo, en 1957 apenas si había un

0,5 por ciento de campesinos individuales. Los campesinos socialistas son una clase emancipada de la explotación de los grandes propietarios y labradores ricos, que trabaja colectivamente y emplea gran número de máquinas.

La superioridad del régimen koljosiano trae consigo un rápido incremento cultural entre los campesinos. Cierto que después del triunfo del socialismo el nivel cultural de los campesinos es durante bastante tiempo inferior al de los obreros, de la misma manera que la vida rural sigue por debajo de la urbana. Pero son diferencias que se van borrando paulatinamente. Crece el número de quienes, por estar encargados del manejo de las máquinas, se encuentran relacionados con una técnica y una cultura avanzadas. Y hacia ellos tiende, en su desarrollo, el conjunto de los campesinos.

El sistema koljosiano amplía los horizontes del campesino, lo incorpora a la labor social activa y crea en él el interés por los éxitos del equipo en que trabaja (cuadrilla, koljós) y del país en su conjunto. De esta manera se van superando el egoísmo y el exclusivismo del pequeño propietario, que en la literatura burguesa son descritos como "cualidades naturales" del campesino.

A diferencia de la clase obrera, el peso de los campesinos en el conjunto de la población no suele crecer, sino que disminuye. En los países que antes de la revolución eran atrasados, agrarios, esto es un fenómeno regular de progreso. La mecanización de la producción agrícola permite reducir considerablemente el número de quienes están ocupados en ella; el excedente de mano de obra pasa a otros sectores de la economía, y en especial a la industria, que necesitan un desarrollo vigoroso.

Un grupo importante de trabajadores de la sociedad socialista lo constituyen los *intelectuales.* No se los puede incluir ni entre los obreros ni entre los campesinos. No forman tampoco una clase específica, por cuanto no ocupan una posición independiente en la producción social, aunque su papel es grande en la vida de la sociedad socialista. Los ingenieros y demás personal técnico ocupan un lugar importante en la producción material. Escritores, pintores, artistas y hombres de ciencia crean valores espirituales y enriquecen la cultura. Un sector tan nutrido como el de los maestros y médicos tienen a su cargo la instrucción pública y la protección de la salud de los trabajadores. Hay, por fin, un gran número de hombres con conocimientos especiales (juristas, economistas, trabajadores de las finanzas) que cumplen una misión necesaria en la dirección de la economía, en el aparato estatal, etc.

Los intelectuales son la clase que con más rapidez crece dentro de la sociedad socialista. A fines de 1958 había en la U.R.S.S. cerca de 7.500.000 especialistas con instrucción superior y media, mientras que en 1913 no pasaban de 190.000, y en 1928 eran 521.000. El peso de los intelectuales seguirá creciendo, de conformidad con las necesidades de la técnica y la cultura. Los intelectuales socialistas no son una capa social cerrada, sino parte inseparable del pueblo, son carne de la carne de los obreros y campesinos. Esto no sólo eleva la cultura de la sociedad, sino que enriquece espiritualmente al intelectual y da una orientación precisa a su trabajo.

La nueva estructura a que se llega en la sociedad socialista cambia por completo todo el cuadro de las relaciones de clase.

El socialismo, que acaba absoluta y definitivamente con la explotación del hombre por el hombre, elimina para siempre la jerarquía de clases que venía existiendo desde hace miles de años: el sistema de subordinación de unas clases a otras.

Todas las clases y capas sociales se encuentran en pie de igualdad respecto de su relación con los medios de producción, el Estado y el poder político; son también iguales en derechos y obligaciones. Nadie puede apropiarse de los medios de producción y utilizarlos para explotar a otros. Quedan abolidos todos los privilegios y limitaciones político-sociales, sin exceptuar los que fueron implantados en algunos países en el período de transición del capitalismo al socialismo con objeto de defender las conquistas de los trabajadores (normas preferentes de representación para los obreros y los campesinos pobres, privación de derecho de sufragio a ciertos grupos sociales, etc.). En todas las esferas de la vida se colocan los sólidos cimientos de la igualdad y la justicia sociales.

Eso no quiere decir que bajo el socialismo cambie lo más mínimo el papel dirigente de la clase obrera. Lo que le otorga dicho papel no son derechos exclusivos adquiridos y conservados a expensas de otras clases y capas sociales, sino el elevado prestigio moral y político de que goza.

De todo lo dicho se desprende que, dentro del socialismo, las diferencias sociales no desaparecen, si bien cambian por completo de carácter. No se hallan ya unidas a relaciones de dominio y subordinación, sino que son diferencias entre grupos de trabajadores, iguales en derechos, derivadas de las distintas formas de una misma propiedad socialista (estatal y cooperativa koljosiana). Es la diferencia entre hombres ocupados en sectores distintos de una economía socialista única, que consagran su esfuerzo a tipos distintos de actividad.

Por lo tanto, las diferencias entre las clases dentro del socialismo tienen un carácter sustancialmente distinto del que presentan bajo el capitalismo; no son antagónicas y se van borrando sin cesar a medida que la sociedad socialista avanza, a lo cual contribuye la política del Partido y del Estado. Bajo el capitalismo ocurre lo contrario, las barreras sociales no caen, sino que se hacen cada vez más altas; la injusticia social

no disminuye, sino que es cada vez más escandalosa.

Finalmente, dentro del socialismo las diferencias de clase no influyen ya sobre la suerte personal de cada uno de los individuos, como ocurre con el capitalismo. En cualquier país burgués basta ser hijo de un banquero o fabricante para, sin más mérito ni esfuerzo, tener asegurada una vida de comodidades, elevados ingresos, estudios y una envidiable posición en la sociedad. Al hijo del obrero, en cambio, a pesar de la leyenda burguesa de que cualquier limpiabotas puede llegar a millonario, le es casi imposible abrirse camino en la vida. Dentro del socialismo las diferencias en la situación dependen de las virtudes personales, de la capacidad, de los conocimientos, de la laboriosidad, y no del origen o de la posición social.

Tomemos, por ejemplo, los ingresos. Las diferencias que en el socialismo se observan en cuanto al bienestar material de los hombres van perdiendo su naturaleza de clase. Hay categorías completas de obreros (mineros, metalúrgicos y otros) que ganan más que muchos grupos de intelectuales. En muchos koljoses los ingresos de los trabajadores de vanguardia son superiores a la media del obrero o del empleado, etc.

El prestigio y la fama dejan de ser también en la sociedad socialista monopolio de determinadas clases o capas sociales, y están al alcance de cuantos sirven honradamente a la sociedad, de quienes trabajen honradamente en cualquier esfera de la vida. En la U.R.S.S., por ejemplo, obreros como la hilandera Valentina Gagánova o el minero Nikolai Mamai, o koljosianos como Alexandr Guitárov y Nikolai Manukovski, son tan conocidos como los grandes sabios, ingenieros, artistas o líderes políticos.

La movilidad, el carácter relativo de las mismas fronteras entre las clases de la sociedad socialista, la facilidad con que se pasa de una clase a otra, contribuyen también a borrar las diferencias entre ellas. Esto no se refiere solamente a las fronteras que separan a los obreros y campesinos, sino también a las que hay entre estas clases (hombres del trabajo físico) y los intelectuales. Los intelectuales socialistas proceden en su inmensa mayoría de familias obreras o campesinas. Pero no se trata solamente de esto. No menos importante es el hecho de que entre los obreros y los campesinos hay cada vez más hombres cultos, cuyo trabajo en la producción se distingue por muchos rasgos propios del trabajo creador intelectual.

Es verdad que para adquirir determinadas profesiones hay que estudiar intensamente. Pero la enseñanza superior pierde por completo bajo el socialismo su carácter de privilegio social. La sociedad vigila atentamente para que no se conviertan tampoco en privilegio las ventajas que proporciona un medio familiar más culto, el disponer de más tiempo libre o de mejores condiciones materiales para el estudio, etc. A ese objeto, en las escuelas superiores son admitidos preferentemente los que trabajan, se conceden becas a los estudiantes de familia modesta, se desarrolla ampliamente la enseñanza nocturna y por correspondencia, etc.

La igualdad completa de derechos, la desaparición paulatina de las diferencias entre las clases y la justicia social son rasgos característicos de las relaciones de clase que contribuyen a robustecer la unidad de la sociedad socialista.

Por cuanto las clases y capas sociales se componen de trabajadores y todas ellas están unidas por un mismo tipo de propiedad -socialista-, las relaciones entre ellas no ofrecen el menor antagonismo. Sus intereses coinciden en todo lo fundamental y principal. Obreros, campesinos e intelectuales están igualmente interesados, particularmente, en el ascenso de la economía nacional, en el robustecimiento de las bases del régimen socialista y en los progresos de la democracia y la cultura.

Así, en lugar de la eterna lucha de clases, el socialismo plantea su solidaridad y unidad, que se desprenden de la comunidad de fines, ideología y moral. Después de haber sido suprimidas las clases explotadoras, y con la transformación socialista de todas las clases pequeñoburguesas, son colocados los sólidos cimientos de la unidad político-moral de la sociedad.

Cambio de las funciones del Estado.

El triunfo del socialismo trae consigo nuevas e importantes transformaciones del Estado, que se derivan de la supresión de las clases explotadoras y de los progresos de la unidad político-moral de la sociedad.

Al desaparecer las clases hostiles a los trabajadores, el Estado, por lo que se refiere a sus funciones de orden interno, *pierde el carácter de instrumento de represión de clase.* Desaparece aquella actividad del Estado que durante toda su historia había figurado en primer plano y constituía su esencia.

Conforme la sociedad se acerca al socialismo, a medida que se ven quebrantadas las posiciones económicas, políticas e ideológicas de las clases explotadoras, la intensidad de la lucha de clases cede de ordinario. Esto reduce la esfera de la represión de clase, que pierde su sentido cuando el socialismo triunfa.

Por eso el Partido Comunista de la Unión Soviética ha criticado enérgicamente, por considerarla equivocada, la teoría de que la lucha de clases se agudiza a medida que la construcción socialista va logrando nuevos éxitos. Esta teoría era tanto más peligrosa por cuanto justificaba la grave violación de los principios de la democracia y la legalidad socialistas.

Pero la desaparición de las funciones represivas de clase no significa que el Estado se extingue bajo el socialismo. La sociedad socialista no puede prescindir de él. ¿Por qué?

Primero, porque después del triunfo del socialismo el Estado es aún durante un tiempo prolongado la forma más apropiada y razonable de dirección social de la economía, de las relaciones sociales y de la labor cultural. La conveniencia de esta forma viene dictada por el nivel de desarrollo económico, social y espiritual de la sociedad.

Segundo, porque bajo el socialismo aún se conserva cierta desigualdad en cuanto a la satisfacción de las necesidades de los hombres, todavía hay manifestaciones del espíritu de propiedad privada y otras supervivencias del capitalismo en la conciencia de parte de los miembros de la sociedad. En estas condiciones no se puede prescindir de un instrumento que realice el control de la medida del trabajo y del consumo, que proteja la propiedad social y personal y que corte las acciones antisociales que pudieran representar un peligro para el régimen socialista.

Tercero, por razones de tipo exterior. Mientras el socialismo no haya vencido en escala mundial, quedará en pie la amenaza de agresión de los Estados imperialistas; es preciso, pues, disponer de las necesarias fuerzas armadas y de otros órganos encargados de asegurar la capacidad de defensa del país y de luchar contra los espías, saboteadores y demás elementos subversivos enviados por los imperialistas.

Así, pues, los trabajadores tienen aún necesidad del Estado bajo el socialismo. Se mantiene también la necesidad de algunas medidas de coerción. Pero a primer plano pasan otras funciones y tareas.

Crece extraordinariamente el *papel económico del Estado.* Si con la economía de pluralidad de formaciones que presenta el período de transición no podía abarcar aún bajo su control, su labor planificadora y su dirección directa a todos los sectores y ramas de la economía nacional, al llegar al socialismo el Estado reúne efectivamente en sus manos todos los hilos del desarrollo económico del país. La organización de la producción social - dirección de la economía- pasa a convertirse en la primera de sus funciones.

Dentro del socialismo se extiende también ampliamente la *función cultural* y *educativa del Estado,* su labor en pro de la cultura socialista: de la ciencia, el arte y la literatura, así como lo que se refiere a elevar el nivel cultural del pueblo y a su educación comunista.

Es asimismo importante la función de *protección de la propiedad socialista,* que es la base sobre la que se asienta en su totalidad el nuevo régimen.

Bajo el socialismo adquiere grandes proporciones la actividad del Estado relacionada con la protección de los *derechos e intereses de los ciudadanos, de su propiedad personal y del orden social.*

Así, pues, después del triunfo del socialismo el Estado es, principalmente, el organizador de la labor económica y cultural, el organismo que orienta la actividad creadora de las masas en su trabajo.

Juntamente a todo esto, considerando que el sistema capitalista se mantiene en pie y que no ha sido eliminado el peligro de una agresión militar, se mantiene íntegramente la función de la *defensa del país frente a una agresión del exterior.* El Estado socialista se ve obligado a fortalecer sus fuerzas armadas, el ejército, la marina, los órganos de contraespionaje e información con el fin de defender con éxito las conquistas del socialismo. Su labor en cuanto al exterior no se limita, sin embargo, a la función de la defensa militar. Comprende también las relaciones económicas, culturales y políticas con Estados extranjeros y tiene como objeto asegurar la coexistencia pacífica de los países con distintos sistemas político-sociales y de robustecer la paz entre los pueblos. La aparición del sistema socialista mundial ha dado también origen a una nueva tarea de política exterior, como es la de fortalecer la amistad indestructible, la colaboración y la ayuda mutua fraternal de los países del socialismo.

El cambio de las funciones y tareas del Estado bajo el socialismo, comparándolas con las que tenía en el período de transición, no puede por menos de reflejarse en los métodos de que se vale para llevarlas a cabo. Disminuye intensamente, ante todo, la esfera de las medidas administrativas de coerción, que van siendo sustituidas por los métodos de la persuasión y de organización de la actividad colectiva.

El perfeccionamiento de los métodos de gobierno es una de las importantes tareas que se plantean después del triunfo del socialismo. Del éxito con que se cumple dependen en gran medida el ritmo del desarrollo económico y los avances en el terreno social, cultural, etc. La elaboración de formas y métodos adecuados de gobierno, que correspondan a la nueva estructura de clase y al nuevo tipo de economía, es una empresa ardua, y la sociedad socialista no está asegurada en este aspecto de incurrir en errores. De ahí que el Partido Comunista dedique una constante atención a los problemas de este orden.

El perfeccionamiento del Estado socialista exige una enérgica lucha contra el burocratismo. Después del triunfo del socialismo sus manifestaciones pueden tolerarse aún menos que durante el período de transición. Porque ahora el Estado ha de entender en un volumen de asuntos infinitamente mayor. El Estado socialista dirige toda la industria y el comercio, a excepción del cooperativo. Orienta la labor de la mayoría de los establecimientos que tienen a su cargo atender las necesidades diarias de los ciudadanos (sanidad, seguros sociales, instrucción

pública, etc.). El Estado es también el principal contratante de los koljoses. En estas condiciones el burocratismo puede causar grandes daños a la sociedad, tanto políticos como económicos. Considerándolo así, el Partido mantiene una lucha constante contra el burocratismo, por el robustecimiento de los lazos entre la Administración y los trabajadores, y amplía y fortalece la democracia socialista.

Ampliación de los derechos políticos y sociales de los trabajadores.

El socialismo crea por primera vez las premisas económicas, sociales y políticas para la implantación de una democracia que lo sea de veras para todo el pueblo.

Sólo dentro del socialismo se alcanza tal unidad de intereses de todas las capas de la sociedad, que cualquier problema de la vida del Estado puede ser resuelto sin recurrir a la violencia de clase, por vía democrática.

Sólo dentro del socialismo se consigue llegar a una auténtica igualdad política de los ciudadanos. Ello es así porque los hombres son iguales de hecho respecto de los medios de producción, y por eso tienen igual derecho a intervenir en la elaboración de los acuerdos que se refieren a la sociedad en su conjunto.

El socialismo no se limita a la proclamación formal de los derechos y libertades, sino que asegura a todos los miembros de la sociedad la posibilidad práctica de ejercerlos. Por algo las Constituciones socialistas, cuando proclaman las libertades fundamentales -de palabra, de prensa, de reunión, de manifestaciones en las calles, etc.-, hacen hincapié en las garantías que permiten ejercerlas, y hablan de la entrega a los trabajadores de las existencias de papel, imprentas, locales, etc.

Dentro del socialismo, se comprende, no puede haber una ilimitada libertad individual. Esto no sería libertad, sino arbitrariedad, puesto que atentaría contra los intereses de los demás individuos y de la sociedad en su conjunto. El Estado socialista concede las más amplias libertades individuales, pero, al mismo tiempo, prohíbe a una persona hacer cuanto pueda ir en perjuicio de otra. Condena, por ejemplo, la difusión de ideas racistas y fascistas y la propaganda de guerra. A diferencia del Estado burgués, el Estado socialista no tolera los libros, revistas y películas que corrompen a la juventud, que exaltan la amoralidad, la crueldad y la violencia. Tales restricciones responden sin duda a los intereses del pueblo y por eso no quebrantan, sino que fortalecen el espíritu democrático del nuevo régimen.

La democracia socialista se diferencia, pues, esencialmente de la ilimitada "libertad", sin timón ni rumbo, de que hablan los anarquistas; libertad que, por lo demás, sólo puede existir en sus acaloradas mentes, pero no en la sociedad. La democracia socialista no carece de timón y rumbo, sino que es una *democracia dirigida,* orientada por el Partido y el Estado, y cuyo fin es asegurar los avances del socialismo y la construcción del comunismo. Los comunistas lo declaran abierta y francamente.

Esta circunstancia saca de quicio a los revisionistas. Afirman que la democracia es incompatible con limitación o dirección alguna y piden que la democracia socialista sea sustituida por una democracia "ilimitada" o, con expresión todavía más nebulosa, "integral". Detrás de todo el florilegio verbal de quienes esto propugnan se esconde una clara idea política: la de hacer que el socialismo vuelva atrás, a la democracia burguesa; quiere decirse que aspiran no a una democracia ilimitada, sino a una democracia dirigida por la burguesía y que imponga sus limitaciones de conformidad con los intereses del capitalismo.

Otro fin que los revisionistas persiguen es acabar con la dirección de la sociedad por el Partido, lo cual conduciría de hecho a la reducción, y no a la ampliación de la democracia. Porque el Partido encarna en su labor la voluntad de las grandes masas y es la organización más democrática de la sociedad socialista. Su dirección personifica de la manera más completa los principios del auténtico poder del pueblo.

Los partidos marxistas-leninistas, que rechazan las teorías de los revisionistas, y tanto más sus recetas de "democratización", consideran como una tarea de primordial importancia la de impulsar y ampliar la democracia socialista. Mas, a diferencia de los revisionistas, consideran que esto ha de lograrse no tomando los principios de la democracia burguesa, sino perfeccionando el espíritu democrático del socialismo, es decir, estrechando los lazos que unen al Estado y el Partido con las masas trabajadoras, desarrollando sin vacilaciones su labor de creación e iniciativa en todos los terrenos de la vida social.

En este aspecto el Partido se encuentra ante grandes tareas, pues un espíritu democrático genuinamente socialista no aparece de por sí ni en forma invariable, dada de una vez para siempre, sino que se desarrolla a medida que el socialismo va cobrando fuerzas. Es un proceso que exige atención y esfuerzos constantes de la sociedad, el Estado y el Partido, la lucha contra las ideas equivocadas, contra la burocracia administrativa y la desconfianza en la sensatez y energías de las grandes masas del pueblo.

¿Por qué se preocupa tanto el Partido del desarrollo de la democracia socialista?

Porque la democracia más amplia, del tipo más elevado que conoce la historia, con el socialismo no sólo se hace ya posible, sino necesaria. Dentro del socialismo la democracia no es una concesión que se arranca a los círculos dirigentes, como bajo el

capitalismo, sino una ley de la vida que asegura el desarrollo normal y rápido de la sociedad. V. I. Lenin escribía que "el socialismo triunfante ha de implantar forzosamente la democracia completa... "[321] Socialismo y democracia son inseparables.

Una amplia democracia hace que cada miembro de la sociedad se sienta dueño y señor en ella, y eleve la iniciativa fecunda de las masas, sin la que el socialismo no puede avanzar un paso. Estimula la capacidad y el talento de millones de hombres, contribuye a sacar a la superficie a nuevos y nuevos dirigentes e incorpora a los trabajadores a la labor del Estado, asegurando su participación directa y cada vez más activa en la dirección de los asuntos públicos. Por ejemplo, el Soviet Supremo (quinta legislatura) elegido en marzo de 1958 cuenta con 614 obreros y koljosianos que trabajan directamente en la producción. Entre los diputados de los Soviets urbanos el 39,4 por ciento son obreros, y entre los Soviets rurales el 58,8 por ciento son koljosianos. En 1959 fueron elegidos para los Soviets locales un total de cerca de 340.000 obreros y casi 780.000 koljosianos.

A título de comparación, recordaremos que en el Congreso norteamericano los banqueros e industriales acaparan el 30 por ciento de los escaños en el Senado y el 34 por ciento en la Cámara de Representantes; el 21 por ciento de los senadores son grandes terratenientes. Los demás puestos los ocupan empleados de los grandes monopolios y políticos profesionales que han prestado buenos servicios al capital. No en vano corre en el país el dicho: "Unos son senadores porque son ricos, y otros son ricos porque son senadores."

Las Constituciones de los países del socialismo se atienen al principio de que las personas que ocupan cargos públicos son designadas por elección, pueden ser depuestas y han de rendir cuenta de la gestión realizada; en cuanto a los organismos del Estado, rige también el principio de elección y de rendición de cuentas. Los electores pueden retirar su mandato al diputado que no justificó su confianza. Las organizaciones sociales de trabajadores ejercen un control cada vez más amplio sobre la labor de los órganos ejecutivos y toman en ella parte activa.

Los órganos estatales del país socialista se hallan rodeados de un "activo" de ciudadanos que trabajan en las fábricas, koljoses e instituciones culturales y educativas. En la U.R.S.S., durante las campañas que preceden a la elección de los Soviets actúan de 14 a 15 millones de agitadores y organizadores. Millones de personas se hallan incorporadas a las comisiones permanentes y temporales de los Soviets locales de diputados de los trabajadores, como instructores sociales, inspectores o miembros de las comisiones de ayuda elegidas en las empresas, instituciones y administraciones de las casas, o bien en los grupos de control formados por las organizaciones sociales. Este enorme ejército participa en las tareas de dirección de los asuntos públicos y cursa una excelente escuela política, elevando su conciencia, sus conocimientos y su cultura. Las masas populares influyen también sobre la labor de los organismos públicos a través de la prensa, que sirve para difundir experiencias y como instrumento de control y de crítica.

Un rasgo importante de la democracia socialista es el creciente papel del Partido, los Sindicatos, el Komsomol y otras organizaciones sociales, en cuyas actividades participan millones de personas, que ejercen así eficaz influencia sobre las distintas esferas de la vida. Bastará decir que en la Unión Soviética el Partido contaba en 1958 con más de ocho millones de afiliados, la Unión de Juventudes Comunistas con 18 millones y los Sindicatos con más de 50 millones.

Una característica de la comprensión marxista de la democracia es que no la reduce a los derechos y libertades en el plano político, aunque les atribuye esencial importancia. Otra parte consustancial de la democracia es la que rige en los derechos sociales y económico-sociales de los trabajadores: el derecho al trabajo, al descanso, a la instrucción, a la asistencia económica en la vejez o en caso de enfermedad, etc. Porque estos derechos son la base de la libertad verdadera y de la felicidad de los hombres.

La superioridad histórica del régimen socialista se revela con particular vigor en cuanto se refiere a las garantías de los derechos sociales de los trabajadores.

¿La sociedad capitalista, con su desocupación crónica, puede asegurar a todos la posibilidad de trabajar, sin referirnos ya a que cada uno pueda elegir una profesión de su agrado? Está claro que no. El régimen socialista, en cambio, otorga al derecho al trabajo la categoría de derecho constitucional, con lo que desaparece el sentimiento de penosa inquietud y de inseguridad en el mañana. El trabajo libre deja de ser un simple medio de subsistencia y se convierte en la principal norma valorativa del valor social del hombre, en causa de honor y valor.

¿Puede la sociedad capitalista garantizar a sus ciudadanos el derecho al descanso? Tampoco. ¿Qué le importa al capitalista la salud de sus obreros y cómo pasan el tiempo libre? Para él no son más que fuente de ganancias. Buena prueba de ello es lo costosa que es la asistencia médica en la mayoría de los países burgueses, hasta el extremo de que representa la ruina para muchos trabajadores. La limitación de la jornada de trabajo por vía legislativa, las vacaciones pagadas y otros derechos sociales de la clase obrera son conseguidos bajo el capitalismo después de una prolongada lucha de los trabajadores, que han de hacer grandes esfuerzos para conservar y ampliar estas conquistas.

En la sociedad socialista, por el contrario, donde

[321] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, pág. 132.

los medios de producción y el poder político pertenecen a los propios trabajadores, todo cuanto se refiere a la salud y el bienestar del pueblo es materia de constante preocupación para las organizaciones sociales y el Estado.

¿Puede la sociedad capitalista garantizar a sus ciudadanos el derecho a la instrucción? No, y no sólo porque no le interesan para nada las necesidades de los trabajadores en orden cultural, por lo menos fuera de lo que es imprescindible para el trabajo en la fábrica. La burguesía, como todas las clases explotadoras en general, toma el monopolio de la enseñanza y la cultura como uno de los principales instrumentos que aseguran su monopolio del poder. Es mucho más fácil mantener sujetos a los trabajadores cuando son analfabetos e incultos, cuando se encuentran dominados por toda clase de prejuicios y supersticiones.

La sociedad socialista, al contrario, tiene un interés vital en que todos sus miembros sean instruidos y cultos. Allí donde el poder pertenece a los propios trabajadores, el incremento de su cultura y conciencia, la ampliación de sus horizontes es fuente de energías para el Estado y la vía para multiplicar las riquezas sociales y acelerar el progreso.

La sociedad socialista presta atención singular al desarrollo político y cultural de la parte de la población que en otros tiempos era la más atrasada socialmente y se veía sometida a una mayor opresión. Esto se refiere, en particular, a las mujeres.

En algunos países capitalistas las mujeres carecen hasta hoy día de muchos derechos políticos y civiles, perciben un salario menor que el hombre por un trabajo igual y hasta en el seno de la familia ocupan una situación subordinada.

El marxismo-leninismo estima que la emancipación de la mujer presupone, primero, la equiparación completa de sus derechos a los del hombre, tanto en la familia como en la vida política; segundo, su incorporación activa al trabajo y a la vida social, y tercero, la supresión del sistema de esclavitud doméstica, en la que las faenas de la casa consumen todo el tiempo y las energías de la mujer.

El régimen socialista resuelve felizmente esta compleja tarea. Da a la mujer los mismos derechos que al hombre y rodea a la madre de un ambiente de honor y respeto. El Estado concede a las mujeres que trabajan prolongadas vacaciones pagadas durante el embarazo y después del parto, entrega una subvención mensual a las madres de familia numerosa o que son cabeza de familia y recompensa con diversas órdenes y medallas a las madres que tienen determinado número de hijos. La ley protege los derechos de la mujer y del niño en el seno de la familia.

El socialismo hace entrar a la mujer en la ancha vía del trabajo y de la actividad social. En la Rusia zarista, según el censo de 1897, sólo el 13 por ciento de las mujeres ocupadas en un trabajo asalariado se hallaban incorporadas a las empresas o a la construcción, y el cuatro por ciento se encontraban en establecimientos de enseñanza y sanidad. El 55 por ciento pertenecían al servicio doméstico y el 25 por ciento trabajaban para los campesinos ricos y grandes propietarios. Ahora las mujeres integran el 45 por ciento de cuantos trabajan en la industria soviética. Entre los especialistas con instrucción superior las mujeres son más de la mitad, ¡el 53 por ciento! Muchos centenares de mujeres han sido elegidas diputadas del Soviet Supremo de la U.R.S.S. y de los Soviets Supremos de las Repúblicas federadas. Y en los órganos locales de poder las mujeres son casi 700.000.

Es verdad que en este sentido queda mucho por hacer. Los quehaceres de la casa llevan aún un tiempo excesivo y frenan el progreso político y cultural de muchas mujeres. Todavía no hay el número suficiente de guarderías infantiles, jardines de la infancia y escuelas-internados, que podrían responsabilizarse con buena parte de la crianza y educación de los niños. En ciertas repúblicas del Asia Central soviética no han desaparecido por completo las supervivencias feudales respecto de la mujer. Pero los éxitos conseguidos en la U.R.S.S. y las democracias populares en cuanto a la emancipación de las mujeres, así como la atención que la sociedad entera pone en este problema, nos dicen que su solución completa no está lejos.

No hay que olvidar que el socialismo es sólo la fase primera e inferior de la nueva formación social. Lógicamente, dentro de él es aún imposible resolver por completo todos los numerosos, difíciles y complejos problemas que el socialismo recibió en herencia de la milenaria dominación de los explotadores. Mas con todo y con eso, hoy día se puede ver ya que el socialismo asegura a los trabajadores, mejor que ningún otro régimen, los derechos democráticos reales y amplía como nunca se vio la esfera de la democracia. No podía ser de otro modo en una sociedad que se preocupa por todos sus miembros, de su felicidad, su bienestar y su suerte personal.

A medida que la sociedad socialista marcha adelante, aumentan los bienes sociales concedidos a los trabajadores y se amplían las posibilidades de su participación activa en la vida política. Esto hace que todos se sientan profundamente interesados en la prosperidad y progreso de una sociedad que es suya.

2. La amistad de los pueblos de la sociedad socialista

En muchos países el capitalismo deja en herencia a la nueva formación el atraso cultural y económico de algunos pueblos y una vieja enemistad nacional. Por eso, la tarea primordial de la clase obrera

triunfante, en cuanto se refiere a las nacionalidades, es la de acabar con toda opresión o desigualdad nacional, la liberación completa y definitiva de todas las naciones y grupos étnicos. V. I. Lenin subrayaba que "de la misma manera que la humanidad sólo puede acabar con las clases a través del período de transición de dictadura de la clase oprimida, a la inevitable fusión de las naciones únicamente puede llegar a través de un período de transición, de emancipación completa de todas las naciones oprimidas, es decir, de su libertad de separarse de las otras".[322]

La emancipación de las naciones oprimidas y su equiparación en derechos con las restantes comienza inmediatamente después de la revolución socialista. La tesis principal que en cuanto al problema de las nacionalidades figura en los programas de los Partidos Comunistas es la concesión a todas las naciones del derecho a la autodeterminación, hasta llegar a la separación y a la formación de un Estado independiente. El reconocimiento de este derecho no significa, sin embargo, que se invite, y mucho menos que se empuje, a cada nación a separarse y romper los lazos políticos con la nación unida a la cual formaba antes un Estado único. Semejante interpretación del derecho a la autodeterminación haría sólo el juego al capital internacional, interesado como está en hundir su cuña entre las naciones de los países socialistas para luego entendérselas con cada una por separado.

Mas no se trata solamente de esto. Los propios intereses del desarrollo de las fuerzas productivas imponen la necesidad de que las naciones socialistas estrechen sus lazos. Por eso, las tendencias separatistas pueden perjudicar sensiblemente a la causa del socialismo. Los Partidos Comunistas tienen siempre presente el peligro de dichas tendencias cuando determinan su posición ante el problema de si una nación, en el momento dado, ha de ejercer o no su derecho a la separación.

Son, sin embargo, las propias naciones antes oprimidas las que han de decidir por sí mismas acerca de la conveniencia de la separación. Únicamente la emancipación completa y hasta el fin puede hacerles olvidar los viejos agravios y humillaciones y marcar un viraje absoluto en sus relaciones con la otra nación. De ahí que los comunistas den tanta importancia al *principio de la libre determinación.* A la vez que acaba con todos los tipos y formas de la opresión nacional, que reconoce a cada pueblo el derecho a tener su Estado, a emplear su lengua nacional y a cultivar su cultura y sus tradiciones nacionales, el régimen socialista afirma el verdadero internacionalismo, que niega y rechaza cualquiera manifestación de superioridad de una nación sobre otra.

La liberación de las naciones no significa sólo acabar simplemente con la opresión y con la desigualdad jurídica en que se encontraban. El imperialismo deja al nuevo régimen social el grave problema del atraso económico y cultural de los pueblos oprimidos. "Por eso -indicaba Lenin-, el internacionalismo de la nación opresora o «grande»... no ha de consistir solamente en observar la igualdad formal de las naciones, sino en una desigualdad por la que la nación opresora o grande compense la desigualdad a que prácticamente se ha llegado en la vida. Quien no comprende esto, no ha comprendido la posición realmente proletaria hacia el problema nacional; mantiene en esencia el punto de vista pequeñoburgués, hacia el que no puede por menos de deslizarse a cada instante."[323]

Por esta razón, los marxistas-leninistas piensan que el régimen socialista está obligado no ya a conceder a los pueblos antes oprimidos el derecho al libre desarrollo, sino también a crear las condiciones reales para que así suceda, ayudándoles a superar el atraso en que se encuentran.

La economía de las repúblicas nacionales de la Unión Soviética, antes muy débil, gracias a la ayuda de las naciones socialistas avanzadas, y en primer término del pueblo ruso, crece con una media más elevada que la de la Unión en su conjunto. Así, mientras que la producción global de la industria de la U.R.S.S. en 1958 era 36 veces mayor que en 1913, en la R.S.S. de Kazajia ha crecido 44 veces, en Kirguisia 50 y en Armenia 55 veces. La política de industrialización acelerada se lleva a cabo también en las democracias populares, y ejemplo de ello es la industrialización de Eslovaquia.

La distribución más regular de las fuerzas productivas, sin perder de vista las condiciones de lugar, y la intensa capacitación de especialistas contribuyen al rápido incremento de los cuadros nacionales y ayudan a superar el atraso cultural. Cualquier república soviética puede servirnos de ejemplo. Así, antes de la Revolución, en Turkmenia había solamente 58 escuelas, con una matrícula de 6.780 niños, todos ellos hijos de padres ricos, sacerdotes y funcionarios. La república dispone ahora de 1.200 escuelas en las que estudian 225.000 niños, de Universidad, de un Instituto de Medicina y otro de Agricultura y de tres Institutos de Pedagogía, así como de 32 establecimientos de enseñanza especial media. Se publican 65 periódicos y 13 revistas, la mayoría en turkmeno.

Lo mismo podríamos decir de las demás naciones antes atrasadas de la U.R.S.S. y de las democracias populares.

La supresión de la opresión nacional y los éxitos económicos y culturales hacen que se conviertan en naciones muchos grupos étnicos que antes no podían alcanzar este nivel por su atraso económico, la división administrativa y otras causas. Por otra parte,

322 V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXII, págs. 135-136.

323 V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXVI, pág. 556.

ha cambiado por completo la fisonomía de las naciones formadas ya en la época burguesa.

La nación burguesa, en la que la base económica es la propiedad privada capitalista y donde la burguesía tiene la preponderancia, se caracteriza por el antagonismo interno de clases. En su cultura nacional hay de hecho dos culturas en pugna: la democrática, de las masas populares, y la reaccionaria, que pertenece a los estratos explotadores de la sociedad. Una concepción típica de la nación burguesa, impuesta por las altas esferas de los explotadores, es el nacionalismo, que encuentra su base en la contradicción de intereses de la nación propia y de los pueblos restantes. El nacionalismo burgués adopta a menudo formas fanáticas de enemistad nacional y racial, que los explotadores cultivan con gran empeño. Así ocurría en la Rusia zarista. Las manifestaciones más infames del racismo eran en Alemania parte consustancial de la ideología y la política de los hitlerianos, autores de feroces persecuciones contra los judíos, los eslavos y todos los "no arios". En los Estados Unidos se halla muy extendida la discriminación racial de los negros.

Fenómenos tan vergonzosos son profundamente extraños a las naciones socialistas, en las que la base de la vida económica es la propiedad social y los obreros son la clase dirigente. La nación socialista no conoce los antagonismos de clase, por lo cual es extraordinariamente homogénea. Aparece por primera vez una cultura nacional única, que expresa con la mayor plenitud el pensar y el sentir de las masas trabajadoras y las peculiaridades de su desarrollo histórico. Y como el régimen socialista determina toda la vida del pueblo, es lógico que la cultura nacional presente un contenido socialista. La cultura de todas las naciones socialistas, revestida como está de las mejores y más variadas formas nacionales, es al propio tiempo internacional, una y única por las ideas que la inspiran. Esto vigoriza las relaciones de estrecha amistad y de ayuda mutua entre los pueblos, a las que se llega en el proceso del trabajo común para edificar la sociedad nueva. La concepción típica de las naciones socialistas es el internacionalismo socialista.

Ha de comprenderse que esta concepción y estas nuevas relaciones internacionalistas no se afirman por sí mismas, sino que son consecuencia de un paciente trabajo que permite superar las supervivencias del nacionalismo. Tales supervivencias son muy pertinaces, y si se interrumpe el trabajo político contra ellas, no tardan en brotar de nuevo. Por eso, los partidos marxistas-leninistas ponen tanto empeño en combatir cualquier deformación en las relaciones nacionales.

La expansión de las naciones socialistas no se contradice en absoluto con la tarea de su ulterior aproximación; antes bien, la facilita.

Con el socialismo no desaparece, sino que cobra más vigor la tendencia, que apunta ya bajo el capitalismo, a romper los tabiques nacionales, a consolidar las relaciones entre una nación y otra, a aproximar las naciones en el sentido económico, político y cultural. Pero en las nuevas condiciones, ello no se realiza mediante la esclavización de unos pueblos por otros, sino por la aproximación voluntaria de naciones iguales en derechos. Esto no se refiere únicamente al desarrollo económico. Simultáneamente se opera un proceso de enriquecimiento mutuo de las culturas nacionales por el que se reducen las distancias que antes las separaban.

El socialismo proporciona a los caracteres de la nación un nuevo contenido y nuevos rasgos, con lo que se hace más íntima su comunidad en la vida económica, política, ideológica y cultural.

3. La cultura de la sociedad socialista

Cuando en Rusia se produjo la revolución, sus enemigos auguraban que el despertar de las masas ignorantes y analfabetas amenazaba con poner fin a la cultura, que las toscas gentes del pueblo serían incapaces de conservar los viejos valores culturales, y mucho menos de crear otros nuevos. Profecías de ese género han podido escuchar también los trabajadores de otros países que entraron por la vía del socialismo.

Todo el mundo ve ahora que eso es un absurdo. La revolución socialista no significó un colapso de la cultura, sino su expansión inusitada; consecuencia de ella ha sido una revolución cultural sin precedentes por su volumen y su valor.

La revolución cultural como parte esencial de la reorganización socialista.

La reorganización socialista de la sociedad no podemos concebirla sin profundas transformaciones en el campo de la cultura, a las que con toda razón se les da el nombre de revolución cultural. Dichas transformaciones se proponen la creación de una cultura nueva, socialista.

Pero la revolución cultural no puede ser entendida con un criterio vulgar, como negación de toda la cultura del pasado. La cultura socialista no aparece en un erial. Es la heredera legítima de cuanto se creó en las sociedades de explotación. V. I. Lenin decía: "Hay que tomar toda la cultura que el capitalismo dejó y utilizarla para construir el socialismo. Hay que tomar toda la ciencia, la técnica, todos los conocimientos, el arte. Sin ello no podremos construir la vida de la sociedad comunista."[324]

Una de las tareas concretas de la revolución cultural consiste en seleccionar de la herencia del pasado todos los valores permanentes y prescindir de lo superfluo, de lo que va contra la naturaleza de la sociedad socialista, y tanto más de lo nocivo y

[324] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIX, pág. 52.

reaccionario. Sobre esta base se levanta la auténtica cultura, una cultura socialista por el contenido, es decir, que refleja la vida y los ideales de la sociedad nueva, que se embebe en su espíritu, que se pone al servicio del pueblo y le ayuda activamente a construir el socialismo, y más tarde el comunismo.

Otra gran tarea de la revolución cultural es la de convertir el saber en patrimonio de todos, cuando antes era exclusivo de unos pocos. Esto es necesario en cualquier país, incluso en el más "civilizado" dentro de los criterios burgueses. Porque, en definitiva, el capitalismo siempre limita los conocimientos de los trabajadores al mínimo que éstos necesitan para incorporarse a la producción, pero no más.

Los avances de la instrucción pública en la Unión Soviética han sido verdaderamente gigantescos. Antes de la Revolución, el 75 por ciento de la población de Rusia (desde los nueve años) era analfabeta. Entre los kirguises, sólo un 0,6 por ciento sabía leer y escribir; entre los turkmenos y yakutos, un 0,7 por ciento; entre los kazajos, un 2,0 por ciento, y así sucesivamente. Muchas nacionalidades carecían hasta de escritura propia. El Poder Soviético hubo de empezar por lo más elemental: por enseñar a decenas de millones de hombres las primeras letras, a leer un periódico y un libro, proporcionándoles los conocimientos más rudimentarios. La tarea se llevó a cabo con un aliento verdaderamente revolucionario. Por las escuelas de lucha contra el analfabetismo pasaron entre 1929 y 1932 más de 30 millones de personas. En los años del primer plan quinquenal se implantó ya la enseñanza primaria general y obligatoria. Todo esto hizo que al terminar el período de transición se hubiera acabado ya con el analfabetismo.

Todavía son mayores los esfuerzos que se requieren para acabar con el analfabetismo en las democracias populares de Asia, donde más del 90 por ciento de la población no sabía leer ni escribir.

En las democracias populares europeas la revolución cultural ofrece sus características. En algunas de ellas, donde el nivel cultural de la población era relativamente alto, no se presentaba el problema del analfabetismo en masa. Adquiere, en cambio, a veces virulencia la lucha contra la ideología burguesa, que había echado hondas raíces en la conciencia de los hombres, y la tarea de sacar a los trabajadores de la influencia reaccionaria de la Iglesia.

Elemento imprescindible de la revolución cultural en todos los países es la transformación de la escuela, que era un instrumento de la dominación de clase de la burguesía, en un factor de la reeducación socialista. La escuela es separada de la Iglesia y se la coloca fuera de la influencia de la ideología burguesa. La enseñanza va siendo reformada paulatinamente, haciendo que se apoye en conocimientos científicos avalados por la experiencia. Se crea un nuevo sistema de instrucción pública, que da conocimientos técnicos y científicos suficientes para incorporarse a la construcción del socialismo.

Después de la revolución, a la empresa cultural se suman los clubs, bibliotecas, palacios de cultura, teatros, museos, cines, la radio, la prensa y un gran número de centros de enseñanza nocturna y libre, que adquieren profundo arraigo en la vida del pueblo.

Como consecuencia directa de la industrialización del país y de la colectivización de la agricultura, así como de la enorme labor de instrucción y educación del Estado socialista, crece rápidamente el nivel de conocimientos culturales y técnicos de la clase obrera y de los campesinos.

A fin de conseguir ese incremento y de asegurar el ascenso de las fuerzas productivas y de la cultura de la sociedad, hay que dar cima también a otra tarea: la de crear una intelectualidad nueva, genuinamente popular, íntimamente vinculada a la clase obrera y a los campesinos. Antes de la revolución socialista, el proletariado puede decirse que carece casi de intelectuales propios. La burguesía cierra a los obreros y los campesinos las puertas de la enseñanza superior.

La tarea de crear una intelectualidad nueva se lleva a cabo por un doble camino: incorporando y reeducando a los intelectuales burgueses y capacitando a marchas forzadas especialistas salidos de la clase obrera y los campesinos.

La incorporación a la construcción socialista de los viejos intelectuales no es empresa fácil. Resultó particularmente ardua para la clase obrera de Rusia, donde la agudización extrema de la lucha de clases, hasta adoptar las formas más violentas, empujó a buena parte de los intelectuales -por lo menos durante cierto tiempo- al campo de los enemigos de la revolución.

No obstante, los comunistas soviéticos resolvieron en líneas generales el problema, mostrando los métodos principales a seguir a los trabajadores de otros países que entran en la vía del socialismo. N. S. Jruschov decía en 1958 ante la Academia de Ciencias de Hungría: "Nuestro Partido tiene gran experiencia de trabajo con los intelectuales. Nos hemos ganado no pocos chichones, pero hemos aprendido a comprender bien muchas cuestiones. Esta experiencia la compartimos amistosamente con vosotros."[325]

Y la experiencia dice que con los viejos intelectuales hay que ser atentos, sensibles y pacientes. Si a veces ciertos grupos de intelectuales, aunque sean numerosos, no comprenden de momento el sentido y la necesidad de las transformaciones socialistas y por sus ideas se mantienen apartados de la revolución, no hay que apresurarse a encasillarlos

[325] *Pravda,* 10 de abril de 1958.

como enemigos. Los verdaderos intelectuales no pueden permanecer largo tiempo en esa posición y obligatoriamente buscarán el camino que les lleve al pueblo. Con paciencia, prestándoles ayuda y dándoles tiempo para que comprendan sus propios errores, se puede facilitar mucho su paso al socialismo.

Esta amplia comprensión no tiene, sin embargo, nada de común con la no intervención, con la pasividad o indiferencia hacia los procesos que los viejos intelectuales atraviesan en la evolución de sus ideas políticas. Dejarlos abandonados a su suerte equivaldría a permitir que los enemigos de la revolución envolviesen en sus redes a los viejos intelectuales que permanecen vacilantes.

V. I. Lenin se preocupó extraordinariamente de los intelectuales, de los viejos especialistas. Hay que hacer, decía, que vivan mejor que antes, bajo el capitalismo, y no sólo en el aspecto económico, sino también "en el jurídico, en cuanto a la colaboración amistosa con los obreros y campesinos, y en el sentido ideológico, es decir, en el sentido de que se encuentren satisfechos de su trabajo y que comprendan la utilidad social de éste cuando se independizan de los egoístas intereses de la clase capitalista".[326]

Tal actitud hacia los intelectuales se ha visto plenamente justificada en la práctica.

Hay motivos para suponer que en muchos países que todavía no han entrado en la ruta del socialismo la incorporación y reeducación socialista de los intelectuales será una empresa más fácil. Señalábamos antes que la creciente opresión de los monopolios empuja a capas cada vez más amplias de intelectuales a la alianza con la clase obrera antes incluso de producirse la revolución. En ellos deja su huella la experiencia de los países socialistas, donde el intelectual encuentra posibilidades ilimitadas para un trabajo de creación al servicio de su pueblo.

Ahora bien, por grandes que sean los éxitos del Partido y de la dictadura del proletariado en el trabajo con los viejos intelectuales, esto no puede cubrir todas las necesidades de la sociedad socialista. Desde los primeros días del poder obrero ha de preocuparse de capacitar en amplia escala nuevos técnicos, nuevos científicos y hombres que dominen todas las ramas de la cultura, que salgan ante todo de entre los obreros y campesinos.

El trabajo que el Partido y el Estado de la clase obrera han de llevar a cabo durante la revolución cultural es verdaderamente grandioso. V. I. Lenin decía: "De todos los socialistas que han escrito sobre esto, no puedo recordar una obra que yo haya leído o una opinión relativa a la futura sociedad socialista en la que se señalen las dificultades prácticas concretas que la clase obrera se encontrará al tomar el poder, cuando se proponga convertir todo el conjunto de conocimientos y de técnica acumulada por el capitalismo, de tanto valor y tan inevitablemente necesario para nosotros, todas las reservas de la cultura, que eran un instrumento del capitalismo, en instrumento del socialismo." "... Esto -añadía- es una tarea histórica por sus dificultades y su significado."[327]

Una vez terminada la revolución cultural, la clase obrera, su Partido y su Estado están en condiciones de cubrir las necesidades que en cuanto a especialistas se siente para la construcción socialista, ayudan a consolidarse a la nueva ideología socialista y, lo que es más, sientan las bases para una expansión de la cultura como jamás conoció la historia.

Un ejemplo fehaciente de que esto es así lo tenemos en los progresos de la enseñanza, en los éxitos conseguidos en la capacitación de técnicos y científicos, en los avances de la ciencia, la técnica, la literatura y el arte en la Unión Soviética, y también en las democracias populares.

La cultura para el pueblo.

El régimen socialista convierte la cultura en un instrumento profundamente democrático y la hace patrimonio de la sociedad entera, y no de una reducida capa de intelectuales. Esto se refleja favorablemente, ante todo, en los progresos de la propia cultura espiritual.

Escritores, pintores y actores no pueden quejarse de la atención de que son objeto bajo el socialismo. Los extranjeros que llegan a los países socialistas muestran a menudo asombro por la rapidez con que se venden los libros y por la gran cantidad de gente que acude a los museos, teatros y salas de conciertos. Este incesante crecimiento de las inquietudes espirituales del pueblo es campo abonado para la creación artística, que se siente constantemente estimulada.

La democratización de la cultura contribuye a que de las más hondas entrañas del pueblo surjan brillantes figuras en todos los órdenes de la ciencia y del arte. ¿Habrían tenido muchas posibilidades de darse a conocer como escritores Pavel Bazhov, hijo de un minero, o Alexandr Tvardovski, hijo de un herrero de pueblo? Miles y miles de hombres de talento se pierden en el mundo capitalista sin lograr abrirse camino a través de las privaciones y de la indiferencia de la sociedad. El socialismo, por el contrario, propicia su aparición y les presta apoyo. Las sociedades científicas y técnicas, las agrupaciones literarias de las empresas o de los órganos de prensa, los conjuntos de aficionados al arte y otras muchas organizaciones ayudan a descubrir y a formarse a hombres de talento, que enriquecen la cultura socialista con nueva savia.

Pero no se trata sólo de las posibilidades materiales; está también la atmósfera espiritual, que

[326] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, pág. 169.

[327] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVII, pág. 376.

tan distinta es de lo que el capitalismo puede ofrecer. El escritor o el artista que se encuentra dominado por la ideología burguesa no tiene dónde tomar un ideal positivo de la vida que le permita apreciar debidamente cuanto ocurre. A menudo, la vida se le figura como algo sombrío y absurdo, y los hombres, pequeños y mezquinos. No ve salida a la situación y con frecuencia, al mostrar las infamias del mundo burgués, directa o indirectamente llega a justificarlas, considerando que son propias de la naturaleza humana y de la vida como tal. Esta visión de las cosas se acomoda perfectamente a los deseos de los reaccionarios que detentan el poder, empeñados como están en apartar a la gente de todo cuanto sea luchar por cambiar las inhumanas condiciones de vida del capitalismo.

No olvidamos que en Occidente existe también una cultura progresista y democrática, que representa una fuerza muy digna de tenerse en cuenta. Pero no es ella la que impera dentro del mundo burgués y ha de mantener constantemente una reñida lucha contra la reacción.

Las cosas son muy distintas bajo el socialismo, donde la cultura pertenece al pueblo. El ambiente de rápido progreso social, el incesante ascenso del nivel cultural de las masas y del bienestar del pueblo, la seguridad en el futuro, asentada en bases científicas, son factores extraordinariamente propicios para la labor de creación.

Esto, como es lógico, impone una grave responsabilidad a los hombres de la cultura. La literatura y el arte no se limitan a reflejar la vida del pueblo, sino que modelan el alma humana. La idea de los vínculos irrompibles de la literatura y el arte con los intereses y con la lucha de las clases sociales -y dentro del socialismo con la vida de todo el pueblo- fue argumentada teóricamente por V. I. Lenin, que es quien expuso el principio del espíritu de partido en la literatura. Los propagandistas burgueses arremeten contra él furiosamente en sus intentos de demostrar que quien sirve a los intereses de una clase determinada y mantiene conscientemente determinada línea política es incapaz de una creación artística libre. Pero esto es lanzarse a la palestra con armas melladas.

La creación artística no puede permanecer al margen de la lucha de clases, fuera de la política, por la sencilla razón de que todo escritor o artista -quiéralo o no- expresa y recoge en su obra los intereses de una u otra clase. ¿Es que el moderno arte burgués no refleja el pensar de la burguesía dominante y no es instrumento de su influencia ideológica sobre las masas? ¿Es que las editoriales burguesas, las compañías cinematográficas, los directores de exposiciones artísticas, la prensa influyente, en fin, no dictan su voluntad a los intelectuales y no ejercen una fuerte presión material y moral sobre quienes tratan de resistir sus imposiciones? Largos años de persecución de científicos, escritores, pintores y artistas progresistas de los países burgueses son buena prueba de ello.

El socialismo es el primer régimen social que emancipa a la cultura de la opresión del dinero, al hacer que el artista pueda crear no para satisfacer los depravados gustos de un puñado de "gordos", sino para las grandes masas del pueblo. ¿Merma esto la libertad del artista? En modo alguno. El artista que lo es de veras busca la verdad y trata de exponer la verdad. Y esto es lo que la sociedad socialista quiere. El postulado principal del realismo socialista es el que impone la necesidad de representar la realidad en su avance. "En las condiciones propias de la sociedad socialista, donde el pueblo es verdaderamente libre, dueño de sus destinos y creador de la nueva vida -se dice en el importante documento del Partido *Por una estrecha relación de la literatura y el arte con la vida del pueblo-,* al artista que sirve fielmente a su pueblo no se le plantea el problema de si es o no libre en su creación. Este artista ve claramente el problema de cómo enfocar los fenómenos de la realidad, no necesita adaptarse ni forzarse; la exposición veraz de la vida desde las posiciones del Partido Comunista es para él una necesidad que le sale del alma, se mantiene con pie firme en esas posiciones y las defiende en su obra."[328] Así es como comprenden su papel los intelectuales socialistas.

4. El socialismo y el individuo

Los críticos burgueses del régimen socialista tratan de demostrar que éste es incompatible con la libertad personal. El marxismo revolucionario, afirman, no otorga valor alguno al individuo. Cientos de libros y millares de artículos se han escrito sobre el "totalitarismo" del régimen socialista, en el que "la colectividad absorbe al individuo" y se produce una "nivelación" de los hombres. Pero no hay nada más falso que semejantes afirmaciones.

Emancipación del individuo por la emancipación de las masas trabajadoras.

La fisonomía espiritual del hombre, su actitud hacia el medio y la conciencia que tiene de sí mismo, dependen del carácter de la sociedad en que vive.

La propaganda burguesa pinta el régimen capitalista como si fuera el reino de la libertad personal; y la igualdad jurídica, sobre el papel, es presentada como la única forma posible de igualdad. En la práctica, sin embargo, la dominación del capital es el insulto mayor que pudiera concebirse hacia el individuo.

El capital construye las relaciones entre los hombres partiendo del cálculo egoísta. El dinero reemplaza a todas las virtudes personales del

[328] N. S. Jruschov, *Por una estrecha relación de la literatura y el arte con la vida del pueblo,* Gospolitizdat, Moscú, 1957, págs. 24-25.

individuo. En la sociedad capitalista, escribía Marx, "lo que yo *soy* y lo que estoy *en condiciones* de hacer no lo determina mi individualidad. Soy monstruoso, pero puedo comprarme la mujer *más hermosa.* Quiere decirse que no soy *monstruoso,* pues el dinero reduce a la nada la acción de la *monstruosidad,* la fuerza que la repele. Supongamos que soy *cojo,* pero con dinero consigo veinticuatro piernas; quiere decirse que no soy cojo. Soy malo, deshonesto, un hombre sin vergüenza o corto de inteligencia; pero el dinero es respetado, es decir, que también es respetado quien lo posee. El dinero es el bien supremo; quiere decirse que quien lo posee es bueno."[329]

En un polo, el trabajo agobiador y la constante inquietud por un trozo de pan agotan y embrutecen al individuo. En el otro, la saturación de bienes y la ausencia de una fecunda actividad social engendran el deseo de encerrarse en las íntimas vivencias del "Yo". Semejante individualismo empobrece el mundo interior del hombre, engendra el sentimiento de vacío, de angustia y de desdoblamiento. Dentro de la sociedad burguesa, en plena descomposición, se convierte muy pronto en un egoísmo zoológico, en la ideología del "superhombre" que tan brillante expresión encuentra en la filosofía de Nietzsche y que fue una de las piedras angulares de las concepciones fascistas. Esto sí que destruye de veras la personalidad.

Esta situación sólo encuentra salida en la revolución socialista. "Si el carácter del hombre lo crean las circunstancias -escribía Marx-, hay que humanizar las circunstancias."[330] No puede haber libertad para que el hombre se salga de la sociedad; la libertad es únicamente posible en el seno de la sociedad humana. Para que el individuo sea libre hay que dar la libertad a todo el conjunto de los hombres, modificando las condiciones sociales que lo mantienen en la esclavitud. La emancipación del individuo mediante la liberación de las masas resume en esencia la posición de los comunistas, es la piedra angular de su ideología colectivista.

Cuando la propaganda burguesa acusa a los marxistas de "destruir la personalidad" admite tácitamente que la base de la personalidad es la propiedad privada. Pero la supresión de la propiedad privada únicamente puede asustar a quienes ven que toda su posición social, desde las comodidades hasta el prestigio y la autoridad entre los que les rodean, se basa en los privilegios que la riqueza confiere, y no en su capacidad personal ni en sus méritos individuales. A esas gentes, la supresión de la propiedad privada sobre los medios de producción -que ellos utilizan para explotar y humillar a otros- ha de parecerles, en efecto, la eliminación de su propia personalidad, tanto más que eso equivale a la desaparición de su vida de ocio; y el trabajo es para el parásito burgués la más espantosa de las calamidades.

Por el contrario, a los trabajadores y a los hombres de talento el socialismo les brinda amplias posibilidades, un campo en el que se pueden poner de manifiesto y encontrar aplicación sus dotes individuales. Sólo el régimen socialista permite "... incorporar a la mayoría efectiva de los trabajadores a un campo en el que pueden darse a conocer, desplegar su capacidad, revelar los talentos de que el pueblo es manantial inagotable y que el capitalismo aplastaba, presionaba y ahogaba por miles y millones"[331] *(Lenin).*

El socialismo admite por vez primera el derecho al desarrollo y a la creación de los simples trabajadores, de aquellos hombres a los que la ideología burguesa trató siempre despectivamente como una "masa gris". Al propio tiempo, garantiza ese derecho, entregando a la sociedad cuantos medios materiales permiten fomentar el talento y la capacidad de todos sus miembros. A medida que el régimen socialista se robustece, que crece la abundancia de bienes materiales y espirituales y se perfeccionan las relaciones sociales, multiplícanse sin cesar las posibilidades de desarrollo y de creación, la expansión de la individualidad de cuantos integran el cuerpo social.

Armonía de los intereses personales y sociales.

La contradicción de los intereses personales y sociales apareció con la propiedad privada, bajo el imperio de la cual el hombre, que ve en la sociedad una fuerza hostil que le oprime, trata de darle lo menos que puede y de quedarse él con la mayor cantidad de bienes posible.

El régimen socialista se preocupa ante todo de los intereses comunes, pues de ellos depende por igual el bienestar de la sociedad entera y de cada uno de sus miembros. De ahí que la moral socialista condene las manifestaciones de individualismo y del egoísmo del pequeño propietario, considerándolas justamente como supervivencia del pasado capitalista en la conciencia de los hombres. Mas, por otra parte, F. Engels indicaba que "la sociedad no puede liberarse sin liberar a cada uno de los que la componen".[332] La solicitud por el hombre, la viva atención hacia él, es uno de los primeros postulados de la moral socialista.

Dentro del socialismo, todos los miembros de la sociedad tienen abierto ante sí el camino para mejorar su situación mediante un trabajo más productivo y calificado. Lógicamente, el deseo de mejorar así el bienestar individual responde a los intereses de la sociedad y tiene su apoyo. Esta es la base objetiva sobre la que se erige la unidad orgánica

[329] C. Marx y F. Engels, *Obras de juventud,* Moscú, 1956, pág. 618.
[330] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. II, págs. 145-146.
[331] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVI, pág. 367.
[332] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., pág. 278.

de los intereses personales y sociales dentro de la sociedad socialista. Esta característica del régimen socialista encuentra reflejo en la conciencia de los hombres. A medida que crece la conciencia socialista de las masas populares, cada vez es mayor el papel que cumplen los estímulos morales, y todos toman como algo que les afecta personalmente los asuntos que se refieren al común. El hombre educado en el espíritu de la moral socialista no puede mirar con indiferencia los defectos, todo lo que vaya contra los intereses de la sociedad, aunque sean cosas que no le incumban directamente. El sentimiento de saberse dueño de todo, con la conciencia de la responsabilidad por la causa común que de ello se deriva, es un rasgo esencial de la fisonomía espiritual del hombre nuevo. Los hombres de la sociedad socialista tienen grandes derechos, pero no son menores los deberes. Son, sin embargo, los deberes del dueño, del auténtico ciudadano, y no los que se derivan de la subordinación del súbdito oprimido.

En unos cuantos decenios, se comprende, es imposible desarraigar por completo todas las nociones y costumbres afirmadas durante largos milenios de vigencia de la propiedad privada. En la conciencia de cierta parte de los miembros de la sociedad socialista viven aún ciertos rasgos de la vieja moral: la indiferencia hacia el trabajo, el afán de lucro, el egoísmo, los prejuicios nacionales, el desprecio a la mujer, la afición al alcohol, las concepciones antisociales, que a veces dan lugar a actos desaprensivos y a delitos. A todos estos fenómenos nos referimos como a supervivencias del capitalismo. Así lo confirma la circunstancia de que son extraños al socialismo y de que las relaciones sociales socialistas, de por sí, no los engendran, sino que, al contrario, los van desplazando paulatinamente.

Las supervivencias del capitalismo se mantienen con mucho arraigo en la conciencia de parte de los miembros de la sociedad. No hay que olvidar que existen amplios sectores de las relaciones humanas, como es, por ejemplo, la familia, en que los conceptos y costumbres antisociales ejercen singular influencia. Sobre esas relaciones pueden pesar sin duda, no sólo la avanzada moral socialista, la ideología que ha conquistado una situación predominante en la sociedad, sino también las ideas y costumbres atrasadas, que se mantienen vivas en parte de la gente. Si esas ideas y costumbres no son combatidas debidamente, pueden ejercer perniciosa influencia sobre otros, sobre todo entre las generaciones jóvenes.

Esa es la razón de que después del triunfo del socialismo persista la necesidad de un trabajo educativo paciente y diario. El socialismo no puede concebirse sin una disciplina social que obligue al ciudadano a cumplir las obligaciones respecto de la sociedad y a observar las normas de la convivencia socialista. Esto responde también a los intereses del individuo, si comprendemos estos intereses acertadamente y vemos la dependencia en que se encuentran con relación a la sociedad entera.

La unidad de los intereses personales y sociales -cada vez más amplia- da una formidable superioridad moral al régimen socialista, que pone fin a la vieja tragedia de la "escisión" de la conciencia humana y que educa a hombres íntegros, optimistas y valerosos, que no temen las dificultades. El triunfo del socialismo significa una grandiosa revolución moral. "Es obvio -decía a este respecto el gran escritor francés Romain Rolland- que esta revolución moral no ha acabado aún, pero se está realizando, y sus consecuencias serán incalculables. Ya ahora podemos decir que salva a la civilización de una quiebra desesperada en la que el espíritu humano entraría en el atolladero de su estéril y altiva soledad... Una nueva época de poderoso impulso, de alegre avance, se abre ante la humanidad entera."[333]

5. Fuerzas motrices de la sociedad socialista

El avance de la sociedad no se interrumpe, sino que, al contrario, se ve acelerado con el triunfo del socialismo. A velocidad vertiginosa, como jamás conocieron las formaciones anteriores, marcha el desarrollo de la industria y de la agricultura, de las relaciones sociales y políticas y de toda la superestructura social, que se va perfeccionando en el avance hacia el comunismo.

Este proceso se basa en las leyes objetivas de desarrollo de la producción social socialista, lo cual infunde a dicho avance rasgos absolutamente nuevos, que marcan diferencias profundas entre la sociedad socialista y los regímenes de explotación.

La sociedad se ve libre para siempre de antagonismos. Las contradicciones de su desarrollo no son antagónicas. Se trata principalmente de contradicciones y dificultades de crecimiento, debidas al vertiginoso ascenso de la economía socialista y a un incremento todavía más rápido de las necesidades de los hombres; son contradicciones que surgen en el choque de lo nuevo y lo viejo, de lo avanzado y lo atrasado.

Dichas contradicciones no se resuelven por la lucha de clases -pues en la sociedad socialista no hay capas o clases sociales interesadas en detener el desarrollo, en defender el régimen viejo y caduco-, sino por la colaboración de todas las clases y capas, interesadas por igual en la consolidación del socialismo y la construcción del comunismo. El instrumento principal por el que se descubren y se resuelven las contradicciones es la crítica y la autocrítica. Una crítica y autocrítica amplias son necesarias para encontrar a tiempo y eliminar los defectos y contradicciones, para cortar en su nacimiento los brotes de lo viejo y caduco. Donde la

[333] *La cultura soviética,* 7 de noviembre de 1954.

crítica es ahogada, viene el estancamiento y se hace más difícil resolver las contradicciones. Por eso la sociedad socialista tiene un interés vital en estimular constantemente la crítica y la autocrítica, en las que ve un valioso instrumento para movilizar la energía fecunda y la actividad política de los trabajadores y dirigirlas hacia la superación de las dificultades, hacia el cumplimiento de las nuevas tareas de la construcción del comunismo.

La eliminación de las contradicciones antagónicas brinda una superioridad enorme al régimen socialista, al asegurar unas posibilidades nunca vistas de desarrollo armónico de las fuerzas productivas y el consiguiente progreso de la superestructura política e ideológica de la sociedad. Un papel cada vez mayor en el avance de la sociedad corresponde a las fuerzas que no dividen y enfrentan a los hombres, sino que los agrupan y los orientan hacia la consecución de fines que les son comunes. La aparición de estas fuerzas motrices del desarrollo es lo que permite a la sociedad proseguir su avance a velocidad mucho mayor y con menos pérdidas que antes.

Una importante fuerza motriz del desarrollo social es el *trabajo colectivo basado en la propiedad socialista.* Dicho trabajo, que aproxima y une a los hombres, es la fuente principal del avance. El trabajo, que antes servía para enriquecer a los explotadores, conviértese en una función social que la sociedad estimula material y moralmente; pasa a ser una causa de honor y valor, un acto de servicio al bien común. El trabajo colectivo y las relaciones de camaradería, ayuda mutua y colaboración, engendran la *emulación socialista,* forma nueva de colaboración entre los hombres que contribuye a poner de relieve y a fomentar sus capacidades. A diferencia de la competencia capitalista, que se basa en los principios de "cada uno para sí" y de "el hombre es un lobo para el hombre", presupone una ayuda mutua amistosa en todos los órdenes, el intercambio de las mejores experiencias y la incorporación sistemática de los atrasados hasta el nivel de los avanzados.

En el trabajo colectivo consciente es donde mejor se revela un rasgo de la fisonomía espiritual del hombre de la sociedad socialista como es la preocupación por el bien común, esa sensación de sentirse dueño cuando se trata de los asuntos de la sociedad.

En virtud de los hondos cambios que con el triunfo del socialismo experimentan las relaciones de clase, se sientan los sólidos cimientos para la *unidad político-moral de la sociedad.* Esta unidad de todas las clases y capas sociales respecto de sus principales intereses se convierte también en una poderosa fuerza motriz del desarrollo social. La unidad político-moral permite agrupar a todos los trabajadores para el cumplimiento de las más importantes tareas económicas, político-sociales y culturales. Y ello significa una fuerza capaz de vencer cualquier obstáculo.

Otra fuerza motriz de la sociedad socialista es la *amistad de las naciones socialistas,* tanto dentro de cada país como por lo que se refiere al sistema mundial del socialismo. Esta amistad ayuda a defender las conquistas de los trabajadores frente a los atentados de los imperialistas y crea las condiciones más favorables para el desarrollo económico y cultural de todos los pueblos que se prestan fraternalmente ayuda.

Las elevadas ideas que inspiran al hombre del socialismo encuentran expresión en el fecundo sentimiento del *patriotismo socialista.* Se trata de un patriotismo nuevo, que no refleja ya simplemente el natural cariño que cada uno siente por el lugar donde nació, por sus personas, costumbres, idioma, etc. Se trata en primer término de la devoción al régimen socialista, que se basa en la comprensión de su decisiva superioridad frente al capitalismo. Tal patriotismo no separa, sino que une a los hombres de las distintas naciones. El patriotismo socialista no engendra el exclusivismo nacional, sino un profundo sentimiento de solidaridad internacional y de amistad con la clase obrera y con todos los trabajadores de los demás países.

El patriotismo socialista es un sentimiento activo y eficaz, que impulsa a los hombres a entregar a su patria todo cuanto pueden y valen y, en caso necesario, hasta la vida. Buena prueba de ello la tenemos en la gran hazaña del pueblo soviético durante los años de la Gran Guerra Patria.

Las fuerzas motrices de la sociedad socialista no son algo dado de una vez para siempre. Ellas mismas evolucionan a medida que el régimen socialista se perfecciona y robustece.

Una de las principales tareas que la sociedad tiene ante sí es la de ayudar a esa evolución, a la consolidación de las nuevas fuerzas motrices del socialismo.

Ese es el motivo de que se preste tanta atención al perfeccionamiento de las formas del trabajo colectivo apoyándose en el desarrollo de los estímulos materiales y morales. Tiene también enorme valor el robustecimiento continuo de la unidad político-moral del pueblo, es decir, de la unidad, la cohesión y la alianza indestructible entre los obreros, los campesinos y los intelectuales. Comprendiendo toda la trascendencia de esta tarea para el avance del socialismo hacia el comunismo, la sociedad y su fuerza dirigente -el Partido- vigilan atentamente para que en la economía, la política y la ideología no aparezcan fenómenos contrarios a la unidad político-moral del pueblo.

El Partido, el Estado y toda la sociedad socialista no pierden tampoco de vista la necesidad de fortalecer la amistad de los pueblos. Esta tarea es cumplida con ayuda de medidas de orden económico, político y cultural-educativo. La experiencia histórica

demuestra que el fortalecimiento de la amistad entre los pueblos exige una lucha constante contra las recidivas del nacionalismo en todas sus manifestaciones.

Gran importancia para el desarrollo todo de la sociedad socialista tiene, en fin, el robustecimiento del patriotismo socialista, del amor de los trabajadores a su país socialista, por el que han de estar dispuestos a trabajar abnegadamente y, si llegase el caso, a combatir en defensa de sus conquistas y de su seguridad.

La sociedad socialista posee, pues, poderosas fuerzas motrices que garantizan un constante y rápido progreso en todas las esferas de la vida.

El sistema socialista abre posibilidades nunca vistas para el desarrollo de la sociedad y para la resolución de los más complejos problemas sociales en interés de la humanidad trabajadora, creando para ello las premisas necesarias. Pero este sistema, de por sí, se comprende que no resuelve ni puede resolver problema alguno. Son los hombres los encargados de hacerlo.

Una característica de capital importancia del desarrollo social dentro del socialismo es que elimina lo elemental o espontáneo y se convierte en un proceso en el que un papel cada vez mayor corresponde a la actividad consciente y regular de los hombres.

En estas condiciones cobra un valor formidable la función del *partido marxista-leninista,* vanguardia de los trabajadores, en el que encuentran su expresión más acabada y completa el pensar y el sentir colectivos de la sociedad socialista. La dirección acertada del Partido es condición indispensable para que se traduzcan en realidad todas las posibilidades y ventajas que el sistema socialista encierra.

Considerándolo así, aun después del triunfo del socialismo, los marxistas-leninistas atribuyen un significado esencial al fortalecimiento de la dirección del Partido, que ha de incrementar su papel en todas las esferas de la vida social.

La dirección del Partido Comunista es uno de los factores decisivos de los grandes éxitos del socialismo. Es prenda de que proseguirá el avance, de que será felizmente cumplida la tarea del paso al comunismo, planteada ahora ante la sociedad que supo construir el socialismo.

Capitulo XXV. El sistema socialista mundial

Después de que el socialismo rebasó los límites de un solo país y se ha convertido en sistema mundial, ante la teoría y la práctica se presentan problemas nuevos y de gran trascendencia, relativos a las leyes que rigen la organización de la economía socialista mundial y a las relaciones entre los Estados socialistas soberanos e independientes.

Los Partidos Comunistas y Obreros de los países socialistas, como es lógico, han tenido base donde apoyarse para el estudio de estos problemas. Se la proporcionaba la enorme riqueza ideológica que contienen las obras de los clásicos del marxismo-leninismo, y también cierta experiencia práctica de relación entre las naciones sobre los principios del internacionalismo, reunida con anterioridad a la formación del sistema mundial del socialismo.

Con todo y con eso, la aparición de este sistema exigía la resolución de gran número de problemas nuevos promovidos por la práctica, por un desarrollo fecundo de la teoría marxista-leninista apoyado en la experiencia de la vida. La tarea de condensar esta experiencia equivale a abrir una página nueva -no terminada todavía- de la ciencia marxista-leninista, de verdadera trascendencia para los Partidos Comunistas y Obreros de los países socialistas.

1. Particularidades históricas de la formación del sistema socialista mundial

Cuando hablamos de sistema mundial -lo mismo del socialista que del capitalista- no nos referimos simplemente a un conjunto de Estados que presentan un régimen social del mismo tipo.

Hubo tiempos en que en gran parte del globo existía un mismo régimen social, el feudalismo, por ejemplo. Pero no existía ni podía existir ningún sistema mundial, pues los países en que imperaba dicho régimen no estaban unidos, formando un organismo político-social único, y a menudo hasta era muy poco o nada lo que sabían unos de otros.

Las condiciones para la formación de un sistema mundial aparecieron únicamente en la época del capitalismo, cuando el desarrollo de las fuerzas productivas unió con estrechos lazos la economía de los distintos países. El proceso de formación del sistema capitalista mundial se prolongó durante cientos de años y no terminó hasta la época del imperialismo. Este sistema mundial, empero, no había de mantener largo tiempo su exclusiva. Los países que se emanciparon de la dominación del capital se han agrupado en un campo socialista y han formado el sistema mundial del socialismo.

Vías y métodos en la formación de los dos sistemas.

La formación de ambos sistemas obedece a un mismo factor: las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas. Pero dicho factor no obra por sí mismo, sino a través de la política y la labor de las clases dominantes. En un caso, la fuerza principal que da vida a la tendencia objetiva al acercamiento de los países y pueblos, de su economía y su cultura, es la burguesía; en el otro es la clase obrera. Es lógico que la formación de los sistemas capitalista y socialista haya seguido caminos distintos, se haya llevado a cabo por métodos diferentes y que sus resultados no sean los mismos.

Se ha observado hace ya tiempo que la política

interior y la exterior de cada clase son de una misma naturaleza. Si la burguesía explota y oprime a los trabajadores de su propia patria, ¿podría esperarse que procediera de modo distinto con los obreros y campesinos de otros países? No puede asombrarnos, pues, que la aproximación de los países bajo el capitalismo se parezca a la que hay entre el salteador y su víctima.

La formación del sistema mundial del capitalismo era resultado de una constante lucha en todas sus formas: militar, política, económica e ideológica. La comunidad del régimen social no engendraba la solidaridad internacional. Así nos lo confirma plenamente la historia. En la segunda mitad del siglo XVIII existía un solo gran Estado burgués, que era Inglaterra, y su clase dominante era el enemigo número uno de las revoluciones burguesas en otros países. Esto lo demostró, por ejemplo, a lo largo de la revolución francesa de 1789, cuando se puso a la cabeza del bloque contrarrevolucionario de Estados absolutistas feudales que buscaban la restauración del viejo régimen.

Es también digno de señalar que todas las grandes guerras de los siglos XIX y XX, sin exceptuar la segunda guerra mundial, que estalló cuando ya existía un Estado socialista, se produjeron entre potencias capitalistas como fruto de las irreductibles contradicciones que enfrentaban a las clases dirigentes de los distintos países, a pesar de toda la afinidad social que entre ellas había.

La misión histórica de la clase obrera impone, por sus principios mismos, vías y métodos distintos para la formación del sistema socialista mundial. La clase obrera pone para siempre fin a la explotación y la opresión en su propio país, y en modo alguno desea conservarlas o revivirlas en el terreno internacional. El camino que lleva a la formación del sistema mundial del socialismo es el acercamiento voluntario de pueblos iguales en derechos, y no la subordinación del débil por el fuerte. La base de las relaciones entre los países socialistas es la profunda unidad y solidaridad social.

La naturaleza social de ambos sistemas mundiales explica otras diferencias de principio que se observan entre ellos.

El sistema mundial del capitalismo se sujeta a una estricta jerarquía, que se ve avalada por la correlación real de fuerzas y, a menudo, en el plano jurídico. Se asemeja a una pirámide, con un puñado de grandes potencias en la cúspide, y abajo una masa enorme de pueblos atrasados y oprimidos.

El sistema mundial del socialismo no es nada de esto. No es una jerarquía basada en la subordinación y la dependencia, sino una comunidad de Estados libres e iguales en derechos.

El sistema mundial del capitalismo, por su propia naturaleza, tiende a mantener y profundizar, y no a eliminar, las diferencias en cuanto a la situación económica, social y cultural de los países que lo componen. La esencia del sistema mundial del capitalismo es la subordinación de la economía, la política y las relaciones sociales de la mayoría de los países que lo integran a los intereses de la burguesía monopolista de las potencias desarrolladas.

El sistema mundial del socialismo, al contrario, tiende por su carácter a favorecer el rápido desarrollo de todos los países que lo componen y a colocar a los atrasados al nivel de los adelantados.

La existencia de este sistema hace *económicamente posible la construcción del socialismo en cualquier país,* cualquiera que sea el nivel de su desarrollo en el momento de producirse la revolución, mientras que antes esa posibilidad se circunscribía a los países que, por lo menos, tuvieran un nivel económico medio. Esta circunstancia es de un valor inmenso para los países subdesarrollados.

El sistema mundial del socialismo garantiza la seguridad de cada uno de los países que lo componen frente al campo imperialista, y ello proporciona la *posibilidad política de la construcción del socialismo en cualquier país,* cualesquiera que sean su superficie, su población y su potencial militar. Esto tiene importancia singular para los países pequeños, que por sí solos nunca podrían defender sus conquistas socialistas frente a la agresión de los imperialistas.

Lo esencial del sistema mundial del socialismo es que crea entre los países las relaciones que mejor responden a los intereses de cada uno de ellos por separado y del mundo socialista en su conjunto, que contribuyen a poner de relieve la superioridad histórica del socialismo y, sobre esta base, aceleran el rápido progreso económico, social y cultural de todo el campo socialista en su avance hacia el comunismo.

2. Principios de las relaciones entre los estados socialistas (internacionalismo socialista)

El marxismo-leninismo había resuelto ya en líneas generales, antes de la aparición del sistema mundial del socialismo, el problema de cómo han de estructurarse las relaciones entre los países donde el poder está en manos de la clase obrera. La igualdad de derechos de las naciones y el internacionalismo proletario han sido los principios inconmovibles que siempre guiaron a los partidos marxistas de la clase obrera. Mas los principios del internacionalismo proletario regulaban entonces, en lo fundamental, las relaciones entre los destacamentos nacionales del proletariado internacional, entre los partidos políticos, los sindicatos y demás organizaciones de los trabajadores. Antes de la conquista del poder por la clase obrera no había ni podía haber experiencia de aplicación de la política del internacionalismo proletario en plano estatal.

La primera experiencia de este género la proporcionó la victoria de la revolución proletaria en

Rusia. Por primera vez, las relaciones entre las naciones y pueblos de un enorme Estado multinacional se vieron regidas por los principios de la igualdad, de la unión voluntaria y la ayuda mutua, del respeto a la soberanía nacional, de consideración hacia los caracteres específicos de cada nación socialista.

Cuando la revolución socialista venció en otros países, la experiencia soviética sirvió de punto de partida, de modelo y ejemplo. Pero esta experiencia no podía ser proyectada mecánicamente sobre todo el campo socialista, puesto que se trataba ya no de relaciones dentro de un mismo país, sino de relaciones entre Estados socialistas independientes, cada uno de los cuales tenía a la cabeza a su Partido Comunista u Obrero, que gozaba asimismo de plena autonomía.

Había que aplicar con un criterio creador los principios generales del internacionalismo proletario a las relaciones entre los Estados socialistas. Esto significaba, a la vez, la ampliación de esos mismos principios del internacionalismo proletario, que había de ser enriquecido con un nuevo contenido histórico. Adquirió así una calidad nueva, que lo convirtió en *internacionalismo socialista* en cuanto se refiere a las relaciones entre los Estados socialistas.

Los principios del internacionalismo socialista descansan sobre la firme base científica que da el conocimiento de las leyes objetivas propias de la época del socialismo.

Una de estas leyes se refiere a la libre autodeterminación, al verdadero despertar de todas las naciones, a la expansión de su cultura y a su desarrollo como entidad estatal. Las condiciones para todo esto aparecen sólo después del triunfo de la revolución socialista, que pone fin a la opresión nacional en todas sus formas.

Al emprender la construcción del socialismo, con un contenido igual y común para todos los países, cada nación que derrocó al capitalismo procura definir el camino de su desarrollo económico, político y cultural de tal modo que se ajuste al máximo a sus características históricas concretas y a sus tradiciones progresivas.

El marco nacional existirá también en las etapas subsiguientes de construcción de la sociedad nueva. V. I. Lenin indicaba que las diferencias nacionales y estatales entre los pueblos se mantendrán mucho tiempo incluso después del triunfo de la clase obrera en escala mundial.[334]

Esto es así porque la nación, el idioma nacional y la forma nacional de la cultura son fenómenos sociales que se distinguen por una estabilidad extraordinaria. El mantenimiento bajo el socialismo de las diferencias nacionales viene impuesto también por causas más profundas de orden económico-social. Las fuerzas productivas de nuestra época no han madurado para la socialización hasta tal punto que puedan ser borradas las fronteras nacionales de la economía socialista y pasar a su dirección planificada como un cuerpo único.

La economía de cada país socialista se desarrolla como una entidad nacional independiente, con sus proporciones y relaciones, las cuales vienen determinadas por los sectores, históricamente estructurados, de la economía nacional, por las características de la experiencia de la población en el trabajo, por los recursos naturales, la situación geográfica del país, etc.

El socialismo se rige también por la ley del acercamiento de las naciones y los pueblos, de la interacción de los sistemas económicos nacionales y de la aproximación cada vez mayor de las naciones socialistas. Esta ley se deja sentir con intensidad creciente conforme el socialismo avanza. Se basa, sobre todo, en las necesidades de desarrollo de las fuerzas productivas. Bajo el capitalismo, estas necesidades engendran ya la tendencia al estrechamiento de los vínculos entre las naciones; dentro del socialismo, aceleran el proceso de acercamiento constante de los Estados y pueblos.

Las dos leyes anteriores no se contradicen, sino, al contrario, guardan estrecha relación entre sí. Únicamente la expansión y desarrollo completos de las formas nacionales abren el camino al acercamiento voluntario y auténticamente internacionalista, a la unificación de las naciones socialistas. Y ese acercamiento, a su vez, es condición primordial para la expansión de la economía y la cultura nacionales.

Estas dos leyes objetivas del sistema mundial del socialismo actúan juntas y en interacción, determinando la dirección en que dicho sistema se desarrolla. En la evolución de las relaciones entre los Estados socialistas se deja sentir tanto la una como la otra.

Cada país socialista es un Estado soberano.

Una parte importante e inseparable del internacionalismo socialista son los principios de la igualdad de derechos y de la soberanía. Estos principios democráticos generales fueron proclamados ya antes de la aparición y consolidación de las naciones burguesas. Bajo el capitalismo se los admite de una manera más bien formal. De hecho, las relaciones entre los Estados vienen determinadas por la correlación real de fuerzas. El Estado más poderoso no se atiene a las normas del derecho internacional; si lo considera oportuno, interviene sin miramiento alguno en los asuntos internos de los países débiles y los coloca bajo su dependencia.

Además, el capital no respeta fronteras; penetra en los países débiles, subordina la economía de éstos a sus intereses propios y les priva de su independencia económica. Por eso, bajo el capitalismo es tan común

[334] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 72.

que un Estado se considere formalmente soberano y que las grandes potencias le dicten su política. Antes de la guerra, por ejemplo, Polonia se consideraba un país independiente y soberano. Mas su orientación política dependía en buena parte del capital extranjero, que en muchos sectores representaba más del 60 por ciento de la industria polaca.

Sólo con el socialismo adquieren su sentido genuino la igualdad de derechos, la independencia nacional y la soberanía. La soberanía política se ve reforzada por el hecho de que la sociedad se convierte en la propietaria de los medios fundamentales de producción. Cada nación se coloca en condiciones de disponer de la economía, base primordial de su existencia, y de orientarla de conformidad con sus propias necesidades.

El socialismo no se limita a proclamar la verdadera soberanía, sino que pide también que sea estrictamente respetada.

¿Por qué? Porque la construcción del socialismo descansa en la actividad de las grandes masas del pueblo. Sólo cuando el pueblo de un país determina por sí mismo sus tareas económicas y políticas es posible la contribución consciente y activa de las masas en el cumplimiento de las mismas, llegando, si fuera necesario, a soportar privaciones y sacrificios temporales, siempre y cuando esto las conduzca a la meta que libremente eligieron. Nadie puede conocer las necesidades y posibilidades de una nación socialista mejor que ella misma; nadie mejor que ella puede considerar acertadamente las características de su desarrollo económico, político y cultural.

De ahí que toda injerencia, aun la dictada por los mejores propósitos, además de inoportuna, puede ser contraproducente y causar daño a la construcción del socialismo dentro de ese país.

El respeto mutuo de la soberanía es condición para que el desarrollo del socialismo se atenga dentro de cada país a las características nacionales y tradiciones de su pueblo.

Ahora bien, ¿no significará esto un obstáculo para el acercamiento de los pueblos, que es el ideal del socialismo? En modo alguno. El leninismo enseña que para que las naciones puedan acercarse unas a otras es necesario respetar todos sus derechos y su soberanía.

Tal es la dialéctica del problema nacional. Sólo cuando las naciones son realmente libres e iguales en derechos, cuando ninguna de ellas atenta contra la independencia de otra, sólo entonces se impone un clima de absoluta confianza y estrechan voluntariamente los vínculos que dictan el desarrollo de la economía, la defensa y la política exterior.

Cada país socialista, aun manteniéndose como Estado soberano, no puede tampoco recluirse en su concha nacional y cerrar los ojos a los caminos y métodos que los otros países siguen para resolver los problemas del socialismo. Todos los países socialistas -grandes y pequeños- acumulan, como es lógico, su propia experiencia de construcción del socialismo. En esto, como en todo lo demás, son iguales, y cada uno de ellos es capaz de aportar su contribución a la teoría y la práctica del socialismo. Pero, a la vez, tienen un interés vital en utilizar toda la experiencia reunida por los pueblos que están construyendo el socialismo, y que les ayuda a avanzar más rápidamente en la organización de la sociedad nueva y a evitar los errores y faltas. Es evidente que esto acelera grandemente la construcción del socialismo dentro de cada país.

Se comprende que una cosa es utilizar la experiencia y otra la simple imitación. La experiencia se adopta con un espíritu creador, tomando lo esencial, lo que tiene un valor permanente y puede dar éxito aplicado a las condiciones concretas de cada país.

Unidad y ayuda mutua.

La esencia del internacionalismo socialista no se limita a la igualdad de derechos y a la independencia.

Lo nuevo y específico, lo que define las relaciones mutuas de los Estados socialistas, es la unificación voluntaria de los esfuerzos para construir en común el socialismo, el apoyo fraternal que mutuamente se prestan. Las relaciones entre los Estados socialistas vienen determinadas, en última instancia, por las relaciones de producción del socialismo. Su base es la colaboración amistosa y la ayuda mutua.

Los intereses nacionales de los Estados socialistas se combinan armónicamente con los intereses y los fines que les son comunes. Estos son los intereses de clase y fines fundamentales de los trabajadores, que encuentran su expresión científica en el marxismo-leninismo. El patriotismo de los pueblos de los países socialistas se funde con el internacionalismo. El amor a la patria socialista comprende orgánicamente el amor a toda la unida familia de los pueblos que integran el campo socialista.

Las relaciones basadas en la buena voluntad y en la amistad de los propios pueblos son las más sólidas que pueden establecerse en el plano internacional. Por eso el campo del socialismo no es una coalición como otra cualquiera de Estados cuyos intereses coinciden por algún tiempo, sino una fuerza monolítica que se opone al campo imperialista como un todo único, como una sólida agrupación política y económica apoyada en los intereses duraderos y básicos de los elementos que la componen.

El socialismo, a diferencia de la democracia burguesa, no puede limitarse a proclamar formalmente la igualdad de las naciones. El centro de gravedad lo traslada a la consecución de una igualdad real, y para eso hace falta acabar con la herencia del capitalismo que supone la desigualdad en el desarrollo económico y cultural de los distintos

pueblos, hasta alcanzar un ascenso general de todos ellos. Tal es la política nacional dentro de un Estado multinacional socialista. Esos mismos principios encuentran aplicación en el plano de las relaciones internacionales dentro del sistema socialista mundial.

El principio de la ayuda mutua se extiende también a las relaciones políticas entre los Estados socialistas. La existencia del potente campo del socialismo garantiza la soberanía y la seguridad de cada uno de los países socialistas, garantiza el mantenimiento de las conquistas de sus revoluciones populares. Así lo confirma con toda fuerza el unánime apoyo que la Unión Soviética y los demás países socialistas prestaron a los trabajadores de Hungría en los días de la rebelión contrarrevolucionaria provocada por el imperialismo extranjero. Los enemigos del socialismo levantaron alrededor de esto el ruido que todos conocemos, presentando la fraternal ayuda a Hungría por los pueblos socialistas como una "intervención" en sus asuntos internos. Pero los obreros conscientes de todo el mundo piensan de los acontecimientos de Hungría precisamente lo contrario. En la ayuda prestada al pueblo húngaro en defensa de sus conquistas socialistas ven, y con razón, un digno ejemplo de cómo se cumple el deber internacionalista y de solidaridad proletaria.

Actuando como lo hacen unidos en un frente único dentro de la palestra mundial, los países del socialismo multiplican la eficacia de su política exterior, cuyo fin es la conservación y el robustecimiento de la paz general, la coexistencia pacífica y la emulación económica con el capitalismo.

Superación de las supervivencias del nacionalismo.

Así, pues, la comunidad económico-social e ideológica de los Estados que integran el sistema mundial del socialismo, propicia las condiciones objetivas para la resolución de todos los problemas que puedan derivarse de sus relaciones mutuas. El partido marxista-leninista de cada país ha de ser capaz, sin embargo, de resolver estos problemas de tal modo que los intereses nacionales se armonicen con los intereses comunes del campo socialista.

Los principios del internacionalismo socialista permiten alcanzar perfectamente esa armonía. La experiencia del sistema mundial del socialismo muestra que guiándose por ellos se pueden lograr excelentes resultados en las relaciones entre los países. Ninguna clase de roces o de incomprensiones parciales, inevitables al establecer unos nuevos vínculos entre los pueblos, pueden rebajar el significado histórico de esta experiencia.

Pero los principios del internacionalismo socialista, al igual que las formas de su aplicación, son algo nuevo en las relaciones internacionales, mientras que las relaciones del viejo tipo se mantuvieron durante toda la secular historia de las sociedades basadas en la explotación. Entre los distintos países, sin excluir a los que ahora son socialistas, hubo en el pasado discordias y choques que han dejado un sedimento difícil de eliminar. No siempre es tan sencillo librarse rápidamente de él, acabar con la herencia del pasado, pues los recelos nacionales son de los que más hondas raíces echan.

No en vano la reacción imperialista, empeñada como está en debitar el campo socialista mundial, cifra sus esperanzas en la reactivación de los elementos nacionalistas dentro de los países del socialismo. Tampoco puede extrañarnos que sea en la charca nacionalista donde florecen las más venenosas flores del revisionismo. Los prejuicios y recelos nacionalistas son de ordinario la plataforma común sobre la que se agrupan para combatir al nuevo régimen los restos de las clases explotadoras, los agentes directos de los servicios imperialistas de espionaje y los traidores a la causa del socialismo. ¿No nos lo prueba así el caso de Hungría, donde la rebelión contrarrevolucionaria de otoño de 1956 fue precisamente resultado de esa combinación de oscuras fuerzas apoyadas por el imperialismo mundial?

Estos últimos años, los elementos revisionistas, en sus deseos de abrir al nacionalismo las puertas del movimiento obrero internacional, han hecho suya la consigna del "comunismo nacional", que había sido inventada por la reacción imperialista. Hacen ver que conocen la receta de un comunismo que puede acomodarse perfectamente con el particularismo y la limitación nacional y que es posible construir al margen de los demás países socialistas y hasta en hostilidad con ellos, desentendiéndose por completo de los principios del internacionalismo socialista y de la solidaridad de clase. Está claro, sin embargo, que tales recetas no tienen nada que ver con el comunismo; son, sí, un nuevo intento de dar vida, bajo una nueva etiqueta, a la vieja política oportunista de acomodación del movimiento obrero a los intereses de la burguesía reaccionaria. Quien se manifiesta en pro del "comunismo nacional", quien atenta contra la unidad del sistema socialista mundial, reniega de hecho del socialismo.

El nacionalismo es una de las armas de que primero echa mano la reacción en sus intentos de romper la unidad y solidaridad de los países socialistas. Pero únicamente puede tener éxito allí donde los dirigentes del Estado olvidan el internacionalismo, donde se muestran propicios a desorbitar las características nacionales y a cerrar los ojos a las leyes generales de la construcción socialista; donde los intereses del país propio, torcidamente comprendidos, son enfrentados a los intereses de los demás pueblos hermanos. Así ocurrió en Yugoslavia, la política de cuyos dirigentes se vio

dominada por las tendencias de un estrecho nacionalismo.

Pero las enseñanzas que de esto se derivan han sido tenidas en cuenta. Los partidos marxistas-leninistas de todos los países socialistas han incrementado su lucha con las supervivencias nacionalistas. Tienen presente que estos prejuicios y supervivencias no pueden ser eliminados con métodos de imposición y a voces. Junto a una explicación y una crítica paciente de los errores nacionalistas, un papel decisivo corresponde a la aplicación consecuente de los principios del internacionalismo socialista. En una atmósfera de colaboración amistosa, de constante disposición de ayudarse unos a otros, de igualdad de derechos y de estimación mutua de los intereses, costumbres y tradiciones, se extinguen rápidamente los focos de disensión nacional y de pasadas enemistades, se borran y desaparecen las prevenciones de antaño.

Los verdaderos internacionalistas han de recordar siempre que en el arsenal de la reacción contemporánea ocupa un lugar muy importante la *deformación del papel de la Unión Soviética en el campo socialista.* La propaganda capitalista y los revisionistas que le hacen el coro difunden a este respecto toda clase de patrañas. Dicen, por ejemplo, que la Unión Soviética "manda" entre los demás países socialistas y que sus Partidos Comunistas "dependen" del P.C. de la U.S. De Belgrado salió la versión de supuestas pretensiones de la U.R.S.S. a la "hegemonía", al papel de jefe en el campo socialista.

Tales infundios se propagan con el ánimo de difamar a la Unión Soviética y a todo el sistema socialista, de estimular los prejuicios nacionalistas entre las gentes atrasadas o no informadas y de quebrantar entre las masas populares la confianza en la política soviética.

En realidad, el papel de la Unión Soviética dentro del sistema mundial del socialismo no tiene nada de común con lo que le atribuye la propaganda del enemigo. En el movimiento comunista no hay partidos "superiores" e "inferiores", como tampoco hay en el campo socialista Estados "jefes" y Estados "satélites". Todos los países socialistas gozan de independencia completa en cuanto a la resolución de sus problemas nacionales, y cada uno de ellos tiene por igual voz y voto en lo que se refiere a los asuntos generales del campo socialista. De la misma manera, los Partidos Comunistas y Obreros de estos países son completamente independientes y gozan de igualdad de derechos; son responsables ante los trabajadores de su país y ante todo el movimiento obrero internacional, y no ante el partido de cualquier otro país. El Partido Comunista de la Unión Soviética no tiene la menor pretensión a ocupar un puesto especial de dirección en el movimiento comunista internacional.

De ahí que no haya razón alguna para hablar de que la Unión Soviética dirige el campo socialista. La Unión Soviética, y así se hacía constar en el informe de N. S. Jruschov ante el XXI Congreso del P.C. de la U.S., no dirige a ningún otro país. Lo único que hace, gracias a su valiosa experiencia, es mostrar un *ejemplo de lucha por el socialismo,* un ejemplo de cómo se cumplen felizmente las más complejas tareas de la construcción del socialismo y del comunismo. "En cuanto a la Unión Soviética -decía N. S. Jruschov-, como todos saben, su papel no consiste en dirigir a otros países, sino en que, como primer país que abrió a la humanidad el camino del socialismo, es el más poderoso dentro del sistema socialista mundial y ha entrado el primero en el periodo de amplia construcción del comunismo."[335] Este es el origen de la confianza y el prestigio de que la Unión Soviética goza en la comunidad de los países socialistas.

3. Desarrollo de la economía socialista mundial

Al llegar a un determinado nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, la economía rebasa el marco de los distintos países y se convierte en mundial. Se trata, según deciamos antes, de un proceso objetivo que se inicia bajo el capitalismo y que, sobre una base nueva y con nuevas formas, se desarrolla rápidamente dentro del socialismo.

¿Qué expresión concreta adopta la transformación de las economías nacionales en eslabones de una economía mundial? Esto se traduce, ante todo, en una ampliación enorme de la división internacional del trabajo, a la vez que las relaciones económicas entre los pueblos se hacen cada vez más estrechas y se extienden a todas las esferas.

Bajo el capitalismo se crea ya un sistema complejo, que abarca a todo el mundo, de relaciones económicas entre los Estados. Pero el socialismo no puede limitarse a heredar simplemente este sistema y a ampliarlo sobre las mismas bases que antes tenía. Esto es imposible por consideraciones de principio y por razones prácticas. Dentro de la economía mundial capitalista las relaciones económicas son antagónicas y, por lo común, se asientan en la dominación de unos y la subordinación de otros; tienden a mantener en el atraso a los países menos desarrollados, a una deformada evolución unilateral de su economía. Está claro que el socialismo no puede conservar esas relaciones, que son extrañas a la ideología de igualdad, amistad y fraternidad de los pueblos. Además, las relaciones económicas internacionales más desarrolladas desde el punto de vista capitalista no pueden satisfacer las demandas, mucho más elevadas, de la economía socialista

---

[335] N. S. Jruschov, "Acerca de las cifras de control para el desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. durante los años 1959-1965", en *Materiales del XXI Congreso, extraordinario, del P.C.U.S.,* Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 106.

mundial.

Hay que agregar a esto que el capitalismo, en sus vanos esfuerzos por impedir la construcción de la nueva sociedad, rompe a menudo los vínculos económicos con los países donde se ha producido la revolución socialista, y organiza contra ellos el bloqueo y la guerra económica. Eso hace que los países que entraron por la vía del socialismo hayan de estructurar una nueva distribución del trabajo y nuevas relaciones económicas.

Esta obra histórica fue iniciada por la revolución socialista de Rusia. El primer país que rompió la cadena del imperialismo constituyó también el primer eslabón de la futura economía socialista mundial. Por eso escribía Lenin en 1920 acerca de la necesidad de tener presente, al resolver los problemas de la construcción socialista, "la tendencia a la creación de una economía mundial conjunta, regulada según un plan general por el proletariado de todas las naciones, tendencia que se ha revelado ya muy claramente bajo el capitalismo y que sin duda se seguirá desarrollando y alcanzará su culminación con el socialismo".[336]

Se necesitaron casi tres decenios para que esta tendencia señalada por Lenin triunfase en amplia escala internacional. El sistema socialista mundial de economía comenzó prácticamente a integrarse después de 1945, cuando una serie de países de Europa y Asia entraron en la vía del socialismo. En estas condiciones, la estructura económica de la Unión Soviética, que había creado un poderoso y monolítico sistema económico, manifestó encontrarse bien dispuesta para convertirse en núcleo de la economía socialista mundial.

Desde el momento de la formación del campo socialista se inició el proceso de aproximación económica de los países que lo integraban, de formación gradual de un sistema mundial único de economía. El proceso, además de nuevo, es complejo y exige para su culminación tiempo y grandes esfuerzos. Pero avanza sin cesar, porque es una ley histórica de la época y transcurre bajo la acción de las mismas leyes económicas del socialismo, que son la base del desarrollo de cada uno de los países socialistas.

Leyes económicas de la economía socialista mundial.

El carácter de las relaciones económicas entre los países del campo socialista viene determinado ya en gran parte por las transformaciones revolucionarias que se producen en la economía nacional de cada uno de ellos. La industrialización socialista y la agrupación de los campesinos en cooperativas de producción dentro de las democracias populares pusieron fin a las viejas proporciones que existían entre los distintos sectores de la economía nacional. Las nuevas ramas de la economía, desde el principio mismo, comenzaron a desarrollarse de conformidad con las posibilidades que brindaba la colaboración con los demás países del campo socialista. La Unión Soviética empezó a coordinar la planificación de su economía con las necesidades económicas de los países socialistas hermanos.

En todos los países del campo socialista se produjeron así cambios, mutuamente condicionados, de las proporciones entre los sectores, a la vez que, en una u otra medida, se modificaba la estructura de la importación y la exportación. Los nexos económicos entre los Estados, que cobraban de nuevo impulso, se convirtieron en elemento necesario del proceso de la reproducción socialista ampliada dentro de cada país. Así empezó a regir en escala internacional la ley económica del desarrollo planificado y proporcional, inherente al socialismo, de conformidad con la cual se lleva a cabo la colaboración de los países socialistas.

Hoy día no hay un solo país socialista que desarrolle su economía aisladamente, sino que la considera como parte integrante del sistema socialista mundial. En estas condiciones, la utilización consciente por cada país de la ley del desarrollo planificado y proporcional y de la ley del valor adquiere excepcional importancia. Esto permite descubrir dentro de cada país socialista nuevas reservas para elevar la productividad del trabajo social y asegurar el más conveniente empleo de la mano de obra y de las riquezas naturales.

Cuando la Unión Soviética construía el socialismo, dentro del cerco capitalista, hubo de crear un sistema industrial completo y levantar su economía apoyándose sólo en los recursos internos y en la división del trabajo dentro del país únicamente. Esto determinó las características de la industrialización socialista soviética. Los nuevos países socialistas no tienen necesidad de conseguir esa autarquía, pues disponen de las enormes ventajas que representa la división socialista internacional del trabajo.

La división socialista internacional del trabajo.

En la primera etapa, la división del trabajo dentro del campo socialista venía determinada por la necesidad de levantar cuanto antes la economía destruida por la guerra. Se había de hacer también frente a las consecuencias del bloqueo con el que los imperialistas confiaban en impedir, o en todo caso retardar durante largo tiempo, el progreso económico de los países socialistas.

La Unión Soviética entregaba a las democracias populares materias primas, combustible, equipo industrial y comestibles. Estos países intercambiaban entre sí los artículos que ordinariamente dedicaban a la exportación y de los que tenían excedentes. Esos mismos artículos eran vendidos a la Unión Soviética.

[336] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXI, pág. 125.

Las primeras medidas para organizar la división socialista internacional del trabajo se tradujeron, preferentemente, en acuerdos bilaterales. Pero la constante ampliación de las relaciones económicas en todos los órdenes hizo pronto insuficiente este sistema de regulación y coordinación. El desarrollo de las fuerzas productivas del socialismo exigía una coordinación más amplia y multilateral de la actividad económica, que se hizo particularmente necesaria a la vista de los éxitos de la industrialización socialista. Para evitar paralelismos innecesarios y gastos inútiles, los Estados socialistas hubieron de tener más en cuenta las necesidades y posibilidades de cada uno respecto de los demás. Por ejemplo, Polonia, la República Democrática Alemana y Checoslovaquia ampliaron las construcciones navales; la Unión Soviética, en interés del resto, incrementó la extracción de mineral de hierro; Hungría, con arreglo a las necesidades de sus vecinos, aumentó la producción de aluminio, etc.

La experiencia demuestra la inconveniencia de crear en cada democracia popular europea un complejo completo de sectores económicos. Se han hecho patentes las ventajas y la necesidad de una amplia especialización y cooperación internacional de la producción.

Las medidas de este carácter comenzaron a aplicarse con particular amplitud a partir de 1955-1956, afectando en primer término a la construcción de maquinaria. La especialización permite reducir al mínimo el paralelismo tanto en la producción como en lo que se refiere a la composición de proyectos y diseños, disminuir en cada país la lista de artículos que se fabrican y aumentar simultáneamente el volumen de la producción global y en serie. Así, los acuerdos conjuntos adoptados en 1956 sobre la especialización de máquinas-herramientas han permitido reducir el número de tipos que se fabrican dentro de cada país. Han contribuido también sensiblemente al incremento de la productividad del trabajo y a la economía de materiales, medidas semejantes sobre la especialización de la producción de automóviles, vagones, maquinaria agrícola, barcos, equipo de centrales eléctricas, cojinetes, etc.

La Conferencia de representantes de los Partidos Comunistas y Obreros de los países socialistas, celebrada en Moscú en mayo de 1958, se ha manifestado en pro de una mayor coordinación de los planes económicos. Se ha decidido elaborar en todos los países socialistas planes de desarrollo de la economía nacional calculados para diez a quince años y hacer más profunda la especialización y cooperación de los sectores económicos adyacentes sobre la base de la división internacional del trabajo. Este programa se va realizando con éxito.

La coordinación de los planes en los sectores económicos adyacentes, relacionados entre sí, es una forma nueva de vínculos económicos internacionales, que sólo podemos encontrar en el sistema socialista. Esto ha ampliado considerablemente el volumen y la esfera de la colaboración entre los Estados.

La coordinación económica dentro de los países del socialismo no significa, sin embargo, que la economía de cada uno de ellos se encuentre subordinada a un plan común. De ninguna manera: al redactar sus planes económicos, estos países se guían ante todo por los intereses del desarrollo y la reconstrucción nacionales. Y no obstante, la coordinación internacional de dichos planes ha demostrado ser una forma muy eficaz de agrupación de los esfuerzos de los países socialistas en el campo productivo, con lo que salen ganando cada uno de ellos y todo el sistema socialista en su conjunto. El organismo internacional con ayuda del cual los Estados socialistas soberanos preparan conjuntamente, sobre el principio de la libre aceptación, las propuestas de división planificada del trabajo es el *Consejo de Interayuda Económica* (C.I.A.), que fue instituido en 1949.

El C.I.A. no es un organismo supraestatal con facultades para intervenir en los asuntos internos de cada país. Su misión se limita a elaborar y ayudar a la aplicación de medidas relacionadas con la especialización y cooperación de la producción, con la ampliación del intercambio de mercancías y de la colaboración técnico-científica. Se encuentran representados en él Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, la República Democrática Alemana, Rumania y la Unión Soviética. A título de observadores, en la labor del C.I.A. y de sus órganos participan representantes de las democracias populares de Asia, los cuales, con su trabajo práctico, contribuyen activamente al desarrollo de la colaboración entre todos los países del socialismo.

La unificación de los esfuerzos de los países socialistas en el terreno de la producción no se lleva a cabo únicamente en el C.I.A., sino también a través de contactos directos entre los organismos nacionales de planificación. Mediante comisiones bilaterales de colaboración económica se realiza, por ejemplo, la cooperación en la fabricación de automóviles, turbinas y maquinaria agrícola entre la República Democrática Alemana y Checoslovaquia; en la construcción de vagones, entre Polonia y la República Democrática Alemana, y en la fabricación de equipo para centrales eléctricas, siderurgia y producción de cemento, entre la U.R.S.S., y la República Democrática Alemana.

La República Popular China, lo mismo que la U.R.S.S., ocupa un puesto especial dentro del sistema de división socialista internacional del trabajo. Este enorme país, con una población de 650 millones de habitantes, según indicaba el VIII Congreso de su Partido Comunista en 1957, ha de desarrollar una economía completa, que asegure el avance en todas

sus ramas y les proporcione los necesarios medios de producción. Esto no reduce, sin embargo, la colaboración múltiple y cada vez más amplia de la República Popular China con los otros países del campo socialista. La China popular impulsa también sectores especializados de la economía que no se orientan exclusivamente a la satisfacción de las necesidades internas, sino que también están calculados para cubrir la demanda de toda la economía socialista mundial.

La división socialista internacional del trabajo excluye por sus mismos principios la orientación unilateral de la economía dentro de cada país, su estrecha especialización. El progreso de las distintas industrias, que tiende a satisfacer las necesidades de todo el campo socialista, responde también a los intereses directos de cada país, puesto que se armoniza con el robustecimiento general de su base productiva y con el ascenso del bienestar del pueblo.

Ningún país del campo socialista, por pequeño que sea, se ve bajo la amenaza de convertirse en un apéndice de materias primas agrícolas o de cualquier otro género, al servicio de un Estado más fuerte y económicamente desarrollado. Así lo garantizan tanto la ideología del marxismo-leninismo como la misma naturaleza económica del sistema socialista mundial. Por primera vez en la historia, los pueblos de los países socialistas pueden guiarse únicamente por razones de conveniencia económica, y no por consideraciones de prestigio y competencia, cuando trazan sus planes económicos para el futuro. Sintiendo como sienten a sus espaldas el apoyo y la ayuda de todo el campo mundial del socialismo, pueden orientar tranquilamente sus esfuerzos hacia el progreso de aquellos sectores de la economía para los que existen mejores condiciones naturales y económico-sociales.

Todos los países socialistas vinculan sus esperanzas en el futuro en los éxitos y la colaboración en plano económico. Según indicaba en su resolución el XXI Congreso del P.C. de la U.S., "la ulterior especialización y cooperación de la producción entre los Estados mediante la armonización amistosa de los planes en las ramas adyacentes de la economía nacional, significará una etapa nueva en el desarrollo de la división internacional del trabajo dentro de los países socialistas. La distribución racional de la producción, en la que se combinan armónicamente los intereses nacionales de cada Estado socialista y los intereses que imponen el fortalecimiento y desarrollo de todo el campo del socialismo, es una de las fuentes más importantes para acelerar el crecimiento de las fuerzas productivas en todos los países socialistas."[337]

[337] *XXI Congreso, extraordinario, del Partido Comunista de la Unión Soviética, 27 de enero a 5 de febrero de* 1959. Actas taquigráficas, t. II, Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 537.

Carácter de los vínculos económicos dentro de la economía socialista mundial.

La división del trabajo entre los países socialistas ha dado origen a unos vínculos económicos mucho más variados e íntimos de lo que se pudiera lograr con la división antagónica del trabajo engendrada por el capitalismo. A este propósito, han adquirido una calidad nueva las formas tradicionales de los nexos económicos.

El comercio internacional, el crédito y demás medios de intercambio económico conocidos a lo largo de los siglos, han adquirido un contenido distinto al ser colocados al servicio de fines nuevos. Al mismo tiempo, el mercado socialista mundial, aunque de existencia relativamente corta, ha promovido formas sustancialmente nuevas de colaboración económica, que no se conocían y no pueden concebirse dentro del capitalismo.

El comercio, por medio del cual se llevan a cabo trascendentales relaciones de producción entre los países socialistas, lo realizan organismos estatales, y no compañías o individuos movidos por el afán de lucro. No va acompañado por una desesperada competencia que aumenta la anarquía en la esfera económica. El comercio exterior de los países socialistas es regulado y orientado por los gobiernos. Cada uno de ellos se guía por el plan económico de su país y, al mismo tiempo, tiene a la vista las necesidades y perspectivas de la economía nacional de todos los países socialistas.

Se comprende muy bien que los países del socialismo tengan interés en planificar a largo plazo sus relaciones económicas exteriores. Esto es necesario para saber de antemano sus compromisos, que habrán de traducirse en tareas concretas encomendadas a las empresas, y también para tener presentes los *stoks* exteriores que pueden ser incorporados al fondo de abastecimiento planificado de las empresas, regiones y ciudades.

El mercado mundial socialista planifica el intercambio de mercancías con varios años de antelación y no está sujeto a las fluctuaciones de la coyuntura. No conoce las dificultades de venta, las barreras y restricciones comerciales, las agrupaciones regionales cerradas ni las preferencias aduaneras. El volumen de este mercado crece sin cesar bajo la influencia de especialización y cooperación planificadas de la producción dentro del marco del sistema mundial socialista.

El sistema de precios del mercado socialista mundial se apoya en los precios que rigen en todo el mundo, si bien se hallan depurados de todo elemento de especulación; son únicos para cada clase de mercancías y permanecen estables durante un largo tiempo. Los países socialistas planifican los precios de tal manera que contribuyan a dar el máximo carácter racional a la cooperación de la producción y ayuden a los países socialistas económicamente

menos desarrollados a superar su atraso.

El incremento del intercambio de mercancías entre los países socialistas es una prueba rotunda de cómo se amplían y ahondan sus relaciones económicas. De 1950 a 1957 el intercambio dentro del mercado socialista mundial ha crecido en 2,6 veces, mientras que, en el mismo tiempo, el volumen del comercio capitalista sólo aumentaba en 1,5 veces. Dentro de cada país socialista, el intercambio con los demás países de su mismo campo es lo que predomina en cuanto al comercio exterior. En la Unión Soviética, por ejemplo, representa las cuatro quintas partes.

Además del comercio, otro factor importante en las relaciones económicas entre los países socialistas es el crédito. En el mercado capitalista mundial el crédito sirve a los países económicamente más fuertes para imponer onerosas obligaciones a los deudores. No en vano el país acreedor es presentado corrientemente bajo la figura del Shylok de Shakespeare. Dentro del mercado socialista mundial, el crédito cumple por primera vez funciones nuevas como medio de ayuda y de fraternal apoyo. Los créditos y empréstitos son concedidos en las mejores condiciones y a un interés muy bajo. La mayor parte de sus exportaciones de equipo industrial las realiza la Unión Soviética a crédito. Según datos de 1959, con la ayuda de la Unión Soviética habían sido construidas o estaban en construcción 550 empresas industriales, de las que la mitad aproximadamente correspondían a la República Popular China. Prestan también importante ayuda a la industrialización socialista de otros países la República Democrática Alemana, Checoslovaquia y Polonia. China, que ha infundido un vigoroso impulso a su industria socialista, presta ayuda a la República Democrática de Vietnam.

Un fenómeno nuevo, que se observa exclusivamente en las relaciones socialistas internacionales, es el *intercambio de documentación científica* y *técnica.* En el mercado capitalista mundial, los inventos, descubrimientos y realizaciones científicas son materia de compraventa. Las patentes de invención son una "mercancía" muy valiosa. Lo corriente es que los países de industria desarrollada se resisten a desprenderse de ellas, con objeto de frenar el progreso de los países atrasados en el sentido técnico y económico. El mercado socialista mundial no conoce nada de eso. Los inventos, la documentación técnica y los planos son cedidos a título gratuito por unos Estados socialistas a otros.

Cualquier país socialista está siempre dispuesto a dar a conocer a todos los demás sus últimos adelantos técnicos. La Unión Soviética, que figura en primer término en cuanto a la utilización de la energía atómica con fines pacíficos, propuso en 1956 la creación del Instituto Unificado de Investigaciones Nucleares y ha construido reactores en algunos países hermanos (República Popular China, República Democrática Alemana, Checoslovaquia, Polonia). El intercambio científico significa una economía gigantesca de energías y recursos. Cada uno de los países socialistas aporta su contribución a la causa común, evitando a los otros penosas y difíciles investigaciones.

La colaboración socialista internacional se traduce también en la *ayuda en la capacitación de especialistas* para los distintos sectores de la economía nacional. Es obvia la inestimable ventaja que esto representa para los países socialistas, en particular para aquellos que carecían de una industria moderna y se han marcado la tarea de crearla en un tiempo muy reducido.

A la consolidación de los países socialistas en un sistema económico único contribuye también la *construcción conjunta de empresas,* faceta ésta que ha adquirido amplios vuelos con la creación de sistemas de transmisión de energía y la construcción de vías de comunicación y de centrales eléctricas internacionales. Actualmente se ha iniciado el tendido de líneas de conducción de electricidad que en un futuro no lejano unirán entre sí a todos los países socialistas de Europa.

Los vínculos económicos establecidos entre los países socialistas, que no dejan de ampliarse de día en día, acortan sin cesar las distancias que los separan y los funden en todo cuanto se refiere a su economía y su cultura.

4. Relaciones económicas de los estados socialistas con otros países

Los países del sistema socialista tratan de ampliar sus relaciones económicas con todos los Estados y, al mismo tiempo, emulan con las potencias capitalistas más desarrolladas en la empresa de infundir un vigoroso impulso a la producción y a la productividad del trabajo. Esta emulación no tiene nada que ver con la competencia entre los capitalistas, cuyo fin es el derrotar a sus rivales y dominarlos. La emulación de los países socialistas con los capitalistas en cuanto al desarrollo de la producción no aspira a causar daño a nadie y no excluye la colaboración económica entre los países socialistas y capitalistas. Todo lo contrario, un activo comercio internacional puede ser provechoso para todos. Nadie ha de temer o rehuir esta incruenta emulación en el terreno económico, que es un buen antídoto contra la "guerra fría" y robustece la causa de la paz.

Cuando los países socialistas hablan de la emulación con el capitalismo, no toman el mundo no socialista como un conjunto único, se comprende. En la práctica, centran su emulación sobre los países de un capitalismo viejo, desarrollado, que han conseguido los índice técnicos y económicos más

altos. Los Estados que dan sus primeros pasos en el desarrollo industrial no son tenidos como rivales por los países socialistas. Todo lo contrario, comprenden muy bien sus aspiraciones y les prestan amplia ayuda económica, científica y técnica. Bastará decir que en 1958 la Unión Soviética contribuía a la construcción de más de 150 empresas industriales y otras obras en países no socialistas de Asia y África, a los que entrega el equipo a crédito y les presta ayuda técnica.

Nadie puede poner ya en tela de juicio que esta amistosa posición del campo socialista ha significado un alivio considerable para los pueblos que acababan de ganar su libertad. Es difícil pasar por alto la importancia del hecho de que los jóvenes Estados de Asia y África no quedasen a merced de los monopolios capitalistas de Occidente y puedan adquirir en condiciones ventajosas las máquinas y demás mercancías que necesitan en el mercado socialista mundial.

Aun después de la formación de este último, siguen en pie las relaciones comerciales que abarcan a todo el globo. Queda, por tanto, el mercado universal, que comprende las relaciones entre los dos mercados mundiales. Considerándolo así, los países socialistas, interesados como están en utilizar las ventajas que representa la división internacional del trabajo, se muestran partidarios de un amplio desarrollo del comercio entre todos los países, cualquiera que sea su régimen social, y de la eliminación de las barreras artificiales que lo dificultan.

Los países socialistas tienen qué vender incluso a los países capitalistas desarrollados; también pueden comprar en ellos, claro es que en condiciones mutuamente ventajosas. Pero los países capitalistas habían de saber ya que la economía socialista puede progresar perfectamente aun cuando se apoye sólo y exclusivamente en sus propios recursos. El sistema mundial del socialismo dispone de poderosas fuerzas productivas y de inagotables y variadas riquezas naturales que lo independizan económicamente de los países capitalistas.

El éxito en la emulación económica con los países capitalistas más desarrollados viene garantizado también por la circunstancia de que la producción del sistema socialista mundial crece a una velocidad considerablemente mayor. Dentro de este sistema, que comprende a casi un tercio de la población del globo, se crea ya más de un tercio de la producción industrial del mundo. Cálculos aproximados de los economistas nos dicen que en 1965 los países del socialismo proporcionarán más de la mitad de la producción industrial de la tierra.

El sistema mundial del socialismo acaba casi de nacer, pero ya se ha convertido en un valioso elemento en la vida de todos los países que lo componen. La existencia de este sistema, con el gran número de vínculos económicos y culturales establecidos dentro de él, les asegura las condiciones más propicias para la colaboración, la ayuda mutua y el intercambio de experiencias. Esto tiene singular importancia para países antes atrasados en el sentido cultural y económico, pues les permite avanzar rápidamente y enjugar su atraso. En vez del desarrollo irregular que es característico del sistema mundial del capitalismo, dentro del sistema socialista adquiere la categoría de ley la incorporación de los países atrasados al nivel de los avanzados.

La colaboración internacional de los países socialistas es parte inseparable de sus esfuerzos para construir la nueva sociedad, garantía de sus triunfos en el futuro. Al mismo tiempo, el sistema del socialismo es baluarte de la paz universal, manantial de energías para las fuerzas de la libertad nacional, la democracia, el progreso y el socialismo en el mundo entero. Esta es la razón de que los trabajadores de los países socialistas y los partidos marxistas-leninistas que los dirigen cuiden y estimen tanto la unidad y robustez del sistema mundial del socialismo.

Capitulo XXVI. El periodo de transición del socialismo al comunismo

La construcción del socialismo significa una victoria histórica de los trabajadores en escala universal. Al mismo tiempo, representa el comienzo del avance de la sociedad hacia el comunismo. El régimen socialista, aun con todas sus grandes conquistas, no es sino la primera fase de la sociedad nueva, la más justa de todas, en cuya realización cifra su meta final la clase obrera. Por eso los trabajadores, al alcanzar el socialismo, comienzan inmediatamente la construcción del comunismo bajo la dirección de su partido marxista-leninista.

"... El socialismo -decía Lenin- es la sociedad que se deriva del capitalismo directamente, es la primera fase de la nueva sociedad. El comunismo, en cambio, es un tipo más elevado de sociedad, y únicamente puede ser alcanzado después de que el socialismo se consolide definitivamente."[338]

Entre el socialismo y el comunismo no hay pared alguna que los separe. No son dos tipos distintos de sociedad, sino *dos fases de una misma formación, que se diferencian entre sí por el grado de madurez.* Por esta razón, el paso del socialismo al comunismo es un *proceso gradual.*

Esto último hay que entenderlo en el sentido de que la transición tiene lugar a través del perfeccionamiento, y no de la destrucción, de las relaciones sociales establecidas.

El comunismo se deriva del socialismo como una continuación directa de éste. En el seno de la sociedad socialista aparecen ya sus gérmenes y primeros brotes. Estos brotes del futuro, al desarrollarse en el suelo del socialismo, al llegar a un determinado grado de incremento de las fuerzas

[338] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXX, pág. 260.

productivas, traen consigo la afirmación del comunismo. Se comprende que la entrada en la fase superior de la sociedad nueva no puede ser señalada por una determinada fecha, sino que se sucederá en el curso de un proceso permanente.

La circunstancia de que el paso del socialismo al comunismo se produzca paulatinamente no quiere decir que se trata de un proceso lento. Todo lo contrario, es una transición muy rápida que abarca a todas las esferas de la vida social, desde el incremento de la producción hasta el ascenso de la cultura y la conciencia de los hombres.

¿Qué factores aceleran este desarrollo?

Primeramente, las nuevas posibilidades técnicas que a la producción ofrece la ciencia moderna. La revolución técnica que se está operando permite dar, en un plazo histórico relativamente breve, un salto gigantesco en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Además, en el período de transición al comunismo, la sociedad aprende a dominar cada vez mejor las leyes de su propio desarrollo. Esto permite elegir los caminos más cortos, ir sobre seguro, y no a ciegas, consiguiendo el fruto máximo con el mínimo de esfuerzos.

Al mismo tiempo, el avance hacia el comunismo puede ser acelerado decisivamente por la creciente actividad de las grandes masas de trabajadores. La construcción del comunismo no es un proceso que evoluciona por sí mismo, sino consecuencia de la labor de las propias masas, de su participación consciente en el incremento de la producción social, en el progreso de la cultura y en la dirección de los asuntos del Estado y de la economía.

Así, pues, aunque la ruta del comunismo no es fácil, la sociedad socialista puede recorrerla en un plazo histórico relativamente corto. Cuando el Partido Comunista dice que el comunismo no está lejos, se basa en el análisis científico de los factores reales que determinan la marcha del proceso histórico.

1. La línea general leninista del partido en la nueva etapa

Tanto las leyes objetivas del paso del socialismo al comunismo como la aspiración consciente de los trabajadores a construirlo encuentran su expresión concentrada en la política del Partido.

Cuando el Partido orienta su política hacia la construcción del comunismo, se apoya en la experiencia de la anterior etapa. Porque muchas de las tareas a cumplir en el paso del capitalismo al socialismo siguen en pie en el período de la construcción del comunismo. Lo mismo entonces que ahora, el medio principal para conseguir el ascenso del bienestar de los trabajadores y crear las premisas materiales del progreso social y cultural es el incremento constante de las fuerzas productivas, con el desarrollo preferente de la industria pesada. Lo mismo entonces que ahora, lo principal en el trabajo del Partido es la organización de la labor diaria de la clase obrera y de todos los trabajadores para la construcción de la sociedad nueva. Lo mismo entonces que ahora, una de las premisas fundamentales para el éxito de la sociedad nueva es la lucha por la paz y la seguridad, por una mayor amistad y colaboración entre los pueblos, por el robustecimiento de la solidaridad internacional de los trabajadores.

No son pocas las tareas comunes a ambas etapas. Todas ellas determinan la íntima relación y continuidad que existe entre la política del Partido en el período de la construcción del socialismo y en el que inaugura la construcción del comunismo.

Cuando el Partido se orienta hacia la construcción del comunismo, concreta y desarrolla su línea general adaptándola a las nuevas tareas, a una situación en la que el socialismo ha triunfado definitivamente y el problema de "quién vencerá a quién" en el interior del país ha sido resuelto de manera rotunda e irrevocable en favor del régimen nuevo.

En la Unión Soviética, el socialismo quedó construido, en lo fundamental, hacia 1935. En el XVIII Congreso del Partido (1939) se planteó la tarea del paso gradual del socialismo al comunismo. El Partido se dispuso entonces a iniciar el cumplimiento de esta gran empresa. Pero la labor pacífica del pueblo soviético se vio de ahí a poco interrumpida por la guerra, que obligó a concentrarse por completo en la defensa de las conquistas socialistas, y más tarde en la reconstrucción de las empresas, ciudades y aldeas destruidas. Con su triunfo en la durísima prueba de la guerra y con sus éxitos al liquidar en tan breve plazo histórico las consecuencias de la misma, el socialismo demostró una vez más su superioridad decisiva como régimen económico-social.

La guerra no pudo desviar al país del camino que había escogido. El Partido no interrumpió sus esfuerzos encaminados a la construcción del comunismo. En los Estatutos del P.C. de la U.S., aprobados por el XIX Congreso (1952), se fijaba como tarea principal del Partido el paso gradual del socialismo al comunismo.

Importancia decisiva en el desarrollo de la línea del P.C. de la U.S. han tenido el XX Congreso (1956) y el XXI (1959). Este último señalaba que el país soviético, como consecuencia de las profundas transformaciones operadas en todos los órdenes de la vida social, y sobre la base del triunfo del socialismo, había entrado en un nuevo período de su desarrollo: en el *período de la construcción de la sociedad comunista en todos los frentes.* El programa del nuevo y poderoso ascenso de la economía, la cultura y el bienestar del pueblo plasmado en el plan septenal de desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S., se refiere a la resolución del Congreso

como "encarnación concreta de la línea general leninista del Partido en la etapa actual".[339]

La política del Partido, en la que se determina el cumplimiento de las tareas fundamentales de este período, se desarrolla en las direcciones siguientes:

Desarrollo en todos los órdenes de las fuerzas productivas, de tal manera que asegure la creación de la base material y técnica del comunismo. Incremento máximo del progreso técnico, ascenso continuo de la productividad del trabajo y, sobre esta base, constante elevación del nivel de vida del pueblo. La U.R.S.S. habrá de vencer en la emulación económica pacífica con los países capitalistas más desarrollados.

Robustecimiento de la propiedad socialista estatal, elevando la propiedad cooperativa koljosiana hasta el nivel de esta última. Supresión gradual de las fronteras entre la ciudad y el campo y entre los hombres del trabajo intelectual y manual, y, sobre esta base, eliminación paulatina de las diferencias de clase y las diferencias sociales de otro orden dentro de la sociedad soviética.

Incremento del trabajo de educación ideológica, a fin de superar las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres y de elevar la conciencia comunista de los trabajadores.

Perfeccionamiento sucesivo del régimen socialista soviético, desarrollo de la democracia socialista, ampliación de las funciones de las organizaciones sociales y fomento de la actividad e iniciativa de las grandes masas del pueblo.

Una política exterior consecuente de consolidación de la paz general, basada en el principio leninista de coexistencia pacífica de los países con sistemas sociales distintos, y fortalecimiento del sistema socialista mundial.

Así pues, la política del Partido, que responde a las necesidades prácticas concretas del momento, va orientada a la vez a la realización de tareas de enorme alcance histórico: a la construcción del comunismo. La fuerza y la vitalidad de esta política del Partido provienen del hecho de que dicha política se apoya en el conocimiento de las leyes del desarrollo social y de que goza del apoyo incondicional de las masas populares, cuyos intereses expresa.

El Partido Comunista de la Unión Soviética y su Comité Central acogieron plenamente preparados las nuevas tareas que se planteaban al país en el período de construcción de la sociedad comunista en todos los frentes, y las resuelven con un estilo genuinamente leninista.

Ha tenido gran importancia la labor dedicada a superar decididamente las consecuencias de los errores cometidos por I. V. Stalin en los últimos años de su vida, que repercutieron desfavorablemente sobre todo en la agricultura y en la organización del Estado y del Partido.

Las actividades del P.C. de la U.S. como fuerza dirigente de la sociedad ostentan un carácter de innovación en el más alto grado. Aplicando con un espíritu fecundo los principios del marxismo-leninismo, el Partido no vacila en romper los caducos métodos de trabajo y formas de organización, que sustituye por otros nuevos, más en consonancia con el momento. Entre los ejemplos que nos ofrece su labor en estos últimos años tenemos: la venta a los koljoses de la maquinaria agrícola perteneciente a las Estaciones de Máquinas y Tractores; la abolición de los cupos de entrega de productos agrícolas y el paso al sistema de compras; la reorganización del sistema de dirección de la industria y de las obras, y la ampliación de los derechos de las repúblicas federadas y de los órganos locales de poder. Todo esto es prueba del amplio espíritu de innovación que preside la labor del Partido.

Otra característica del trabajo de dirección del Partido es su íntima vinculación con las masas, su conocimiento de la vida del pueblo y la constante preocupación por su bienestar. El Partido procura aconsejarse en todas las cuestiones más importantes con los obreros, koljosianos e intelectuales, trata de conocer su pensar y su sentir y lo tiene en cuenta a la hora de redactar los planes para el futuro. A este objeto, se recurre cada vez más a nuevos métodos y formas como la celebración de conferencias sobre problemas concretos de la construcción comunista, se someten a la discusión de todo el pueblo los planes económicos, los proyectos de ley, etc. Los dirigentes del Partido acuden con frecuencia a las empresas y distritos agrícolas para adquirir un conocimiento más perfecto de la marcha de las cosas. Los Plenos del Comité Central se convierten en la tribuna donde se plantean y son objeto de discusión los problemas más esenciales de la construcción del comunismo. En esa tribuna se escuchan ahora las voces de productores avanzados, especialistas y científicos sin partido, y no sólo de los líderes del Partido y de sus organizaciones locales.

El P.C. de la U.S. no podría alcanzar el éxito en la política de construcción del comunismo en todos los frentes si no hubiese puesto fin a las violaciones, cometidas en el pasado, de la democracia interna, si la nueva dirección del Comité Central no hubiese emprendido un decidido viraje hacia los *principios y normas leninistas de la vida del Partido.* Actualmente, el P.C. de la U.S. se halla regido por una dirección auténticamente colectiva. Se ha vuelto a la celebración regular de Congresos y Plenos del C.C., el papel de los cuales en la vida del Partido crece de año en año. El Partido da ejemplo de audaz crítica y autocrítica, exponiendo abiertamente los defectos ante el pueblo e indicando la manera de

[339] *XXI Congreso, extraordinario, del Partido Comunista de la Unión Soviética, 27 de enero a 5 de febrero de* 1959. Actas taquigráficas, t. II, Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 429.

corregirlos.

El P.C. de la U.S. ha elevado a un nuevo nivel toda su labor al impulsar la democracia interna dentro de sus filas, al apoyar la iniciativa de sus organizaciones y al estimular la actividad de sus miembros.

Las históricas victorias logradas estos últimos años en la construcción del comunismo son prueba de que el C.C. leninista del P.C. de la U.S. y su dirección han comprendido acertadamente lo que el nuevo período histórico exigía y lo han tomado como base de todo su trabajo. Sólo un reducido puñado de disidentes -Malenkov, Molótov, Kaganóvich, Bulganin, Shepílov- se levantó contra la línea general leninista del Partido, que tuvo el apoyo de todo el pueblo. Este grupo antipartido, que recurrió a las intrigas de la lucha de fracción y violó el acuerdo del X Congreso del P.C. (b) de Rusia "Sobre la unidad del Partido", escrito por Lenin, sufrió una derrota política completa en sus intentos de desviar al Partido y al país de la ruta leninista. Después de desbaratar el grupo antipartido de osificados conservadores, divorciados de la vida y del pueblo, el Partido allanó definitivamente el camino para un rápido avance y señaló con firmeza la necesidad absoluta de una política nueva, audazmente leninista, en el período de construcción del comunismo en todos los frentes.

El Partido Comunista de la Unión Soviética y su Comité Central llevan a cabo una gran obra con su lucha incansable y consecuente por la paz en todo el mundo y contra las fuerzas del imperialismo y la agresión. La distensión internacional y una paz sólida y duradera son para el Partido condición necesaria para llevar a cabo con éxito los planes de construcción del comunismo. De ahí que el C.C. del P.C. de la U.S. y el Gobierno soviético no escatimen ni tiempo ni energías al objeto de resolver por vía pacífica todas las cuestiones litigiosas, eliminar las causas de los conflictos internacionales y fomentar las relaciones amistosas y la fecunda colaboración entre los Estados y los pueblos. En su política exterior, el C.C. del P.C. de la U.S. muestra un ejemplo de cómo se combina la fidelidad estricta a los principios con la flexibilidad política y una sensata audacia. La labor del Gobierno soviético en política exterior ha aportado a las relaciones internacionales métodos de tan excepcional importancia para fomentar la amistad de los pueblos como las visitas mutuas de delegaciones políticas y culturales, los contactos personales de los gobernantes, las entrevistas y conferencias de alto nivel, etc.

La intensa y fecunda labor del P.C. de la U.S. ha incrementado aún más su prestigio, tanto en el país como en el extranjero. Los obreros conscientes de todo el mundo ven en él un ejemplo de devoción a los altos principios del internacionalismo proletario, a los que permanece fiel desde el día de su fundación. Los partidos hermanos y los pueblos de los otros países socialistas lo consideran con razón como excelente camarada y gran amigo. La política del P.C. de la U.S. y del Gobierno soviético respecto de los países del campo del socialismo es la de diaria ayuda moral y material, de una ayuda completamente desinteresada que no busca provecho ni ventajas de ningún género.

2. Creación de la base material y técnica del comunismo

El paso al comunismo es imposible sin antes alcanzar la abundancia de bienes materiales y espirituales: artículos industriales, alimentos, viviendas, todo cuanto se necesita para satisfacer las inquietudes culturales y lugares de descanso para los trabajadores. Esto presupone un incremento gigantesco de la producción en todos los sectores de la industria, la agricultura, los transportes y la construcción. De hecho se trata de otro salto enorme en el desarrollo de las fuerzas productivas.

Las enormes posibilidades y la superioridad del sistema socialista hacen perfectamente real el cumplimiento de esta grandiosa tarea en un breve plazo histórico.

Completa mecanización y automatización de la producción.

Lo principal para conseguir un rápido incremento de la producción es terminar la mecanización de todos los procesos que consumen mucha mano de obra y el desplazamiento del trabajo manual de todos los sectores de la economía.

La experiencia demuestra que, por muy elevada que sea la mecanización de determinados eslabones de la producción, mientras entre uno y otro se interponen operaciones realizadas a mano el efecto económico general de los nuevos elementos técnicos es insuficiente y la productividad del trabajo crece con lentitud.

La solución verdadera la proporciona únicamente la *mecanización completa,* es decir, el empleo de máquinas no sólo en los procesos fundamentales de la producción, sino también en los auxiliares. Una completa mecanización y automatización es el mejor camino para el progreso técnico que conduce a la creación de la base material y técnica del comunismo. El plan septenal de desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. (1959-1965) fija ya la tarea de desplazar el penoso trabajo manual mediante la culminación de la mecanización completa de los procesos productivos en la industria, la agricultura, la construcción, los transportes, los trabajos de carga y descarga y las empresas municipales.

El gran valor sustancial de la mecanización completa es que exige la creación, en todos los sectores de la producción, de un sistema de máquinas

que se complementen entre sí, y esto prepara en todos los sentidos la *automatización,* que es la forma superior de la producción maquinizada. La automatización significa que los trabajos se llevan a cabo sin la intervención del hombre, al que sólo se encomienda la labor de control. La mecanización elimina el pesado trabajo manual y la automatización evita la excesiva tensión nerviosa a que el productor se ve sometido.

En bastantes sectores, la automatización se convierte en una verdadera necesidad técnica. La velocidad de muchos procesos tecnológicos es tal, y la exactitud requerida ha aumentado tanto, que el hombre no es capaz de por sí de dirigirlos directamente. Únicamente pueden controlarlos dispositivos automáticos.

Las máquinas electrónicas traen consigo una verdadera revolución en el campo de la automática. Reemplazan al hombre en el control y dirección de los sistemas automáticos de máquinas. La actual producción automatizada es un sistema de máquinas perfeccionadas dirigidas por calculadoras electrónicas. El "cerebro" electrónico está en condiciones de dirigir programas de producción extraordinariamente complejos. Al ser transmitidas a las máquinas las funciones de cálculo, análisis y regulación, el hombre se libera de muchos esfuerzos intelectuales monótonos y fatigosos.

Las fábricas automáticas que ya funcionan en la Unión Soviética nos dan una noción de lo que serán las empresas automatizadas del futuro. Así, una fábrica atendida por tres obreros proporciona 30.000 lámparas cada ocho horas. Otra produce 12.000 piezas de chasis de automóvil al día, cumpliendo el trabajo de 18.000 obreros. Desde hace varios años funciona en una fábrica soviética una línea automática de montaje, de la que salen 1.000 receptores de radio al día, siendo atendida por dos personas solamente.

Se comprende que esto son sólo los primeros pasos. Hasta ahora es escaso en la Unión Soviética y demás países socialistas el número de líneas automáticas, talleres automatizados y fábricas automáticas. Pero hay ya sectores en los que todo el proceso tecnológico se encuentra automatizado (industria atómica, algunas ramas de la industria química, centrales hidroeléctricas).

Actualmente, la política técnica de los países socialistas se orienta decididamente hacia la automatización en amplia escala de diversos sectores de la economía nacional. Bastará decir que, sólo en la construcción de maquinaria, en la Unión Soviética se proyecta poner en funciones 1.300 líneas automáticas durante los próximos siete años. Serán automatizados los procesos fundamentales en los sectores decisivos de la industria, y singularmente en la metalurgia no ferrosa y en la industria química, del petróleo, ligera, de la alimentación y de fabricación de celulosa y papel.

Las tendencias que la producción automática sigue en su desarrollo están ya bastante definidas: de las máquinas-herramientas, a las líneas, las secciones y las fábricas automáticas. En el futuro existirá un tipo nuevo de economía nacional, en la que la producción automatizada será lo *predominante.* Esta y sólo ésta puede ser la técnica de producción del comunismo cuando se propone emancipar al hombre del trabajo rudo y monótono y encaminar sus energías espirituales hacia fines de fecunda creación.

La *automatización socialista* no significa amenaza alguna para los trabajadores. Al contrario, éstos la acogen jubilosos, puesto que les ahorra muchos esfuerzos y permite reducir la jornada sin mengua del salario. La automatización capitalista, según sabemos, provoca gran inquietud en la clase obrera, pues significa un aumento de la desocupación y el descenso del salario entre masas importantes de trabajadores.

Ciertamente, la automatización socialista reducirá también el número de obreros en determinadas empresas e incluso en sectores completos de la industria. Pero esto no origina problema alguno de ocupación, pues el personal que queda libre a consecuencia de la automatización encuentra acto seguido un puesto en las nuevas empresas y los nuevos sectores de la industria. El Estado socialista se encarga de todo ello, así como de cuanto se relaciona con la cuestión de elevar y ampliar sus conocimientos profesionales.

Nuevos sectores de la producción.

El enorme incremento de la producción anuncia el desarrollo de nuevos métodos y nuevos sectores en la industria, que son consecuencia de la revolución técnico-científica operada en nuestro tiempo. Un complejo importantísimo ha surgido, ante todo, por la *irrupción de la química en la producción.*

No nos referimos únicamente a los progresos de la industria química, sino a la implantación de técnicas y métodos químicos en otros sectores. La tecnología mecánica, que tanta mano de obra consume, retrocede ante la química. La propia industria química se convierte en uno de los primeros sectores de la economía. La química está llamada, pues, a desempeñar un papel primordial en la creación de la base material y técnica del comunismo.

Actualmente no hay una industria que no tenga una relación más o menos directa con la química. Hasta hace relativamente poco, la industria y la técnica empleaban preferentemente los materiales que la naturaleza proporciona. Los materiales artificiales eran considerados como sustitutivos que no podían reemplazar por completo a las materias primas naturales. Ahora está plenamente demostrada la superioridad de muchos materiales sintéticos. La química moderna produce materiales con las

propiedades señaladas de antemano. En muchas ocasiones son muy superiores a lo que la naturaleza nos ofrece y resultan mucho más económicos.

Ahora es ya evidente que la técnica entra en una fase en la que los materiales más importantes en la fabricación del cuerpo de las máquinas y de otros instrumentos de producción serán los productos de la química sintética, y sobre todo los altos polímeros, o cuerpos que se componen de gran número de moléculas. Se calcula que en los próximos decenios la producción de polímeros igualará en peso a la del acero.

Calculando acertadamente las posibilidades de la química, los países socialistas toman medidas para acelerar el progreso de esta importante rama de la industria pesada. En la Unión Soviética, sólo entre 1959 y 1965, la producción química ha de aumentar casi en *tres* veces. Se impulsará vigorosamente la producción de materiales sintéticos. La fabricación de fibras artificiales crecerá en casi cuatro veces y la de plásticos y resinas sintéticas en más de siete.

Al lado de la química sintética cobran gran desarrollo la radioelectrónica, la industria de transistores, la producción de cohetes y alguna otra rama nueva. Paralelamente, las viejas industrias (del carbón, del metal, de la construcción) experimentan una revolución, son dotadas de equipo completamente nuevo y cambian su estructura técnico-económica. En realidad se transforman en industrias nuevas.

Los países socialistas, abanderados como son del progreso técnico, fuerzan por todos los medios el avance de la producción química y demás sectores nuevos de la industria, acelerando así la creación de la base material y técnica del comunismo.

Desarrollo de la producción de energía.

Las crecientes fuerzas productivas de la sociedad que está pasando al comunismo, para su funcionamiento necesitan poderosas fuentes de energía. En estos momentos, la más importante es la energía eléctrica.

La fórmula leninista: *"El comunismo es el Poder Soviético más la electrificación de todo el país",* determina el papel a desempeñar por la energía eléctrica como parte esencial de la base material y técnica de la sociedad nueva. Electrificación significaba para Lenin no ya la construcción de centrales eléctricas, sino también el desarrollo de toda la producción social apoyándose en los elementos técnicos más modernos.

El enorme consumo, cada vez mayor, de energía eléctrica lleva a primer plano la tarea de buscar procedimientos económicos para su producción. La economía planificada socialista permite utilizar de la manera más racional todas las fuentes para la obtención de energía eléctrica: el carbón, el petróleo, el gas natural, la turba, las pizarras bituminosas y el agua, que es el más económico y duradero de todas.

La experiencia de la Unión Soviética indica que para incrementar rápidamente el potencial de energía hay que construir centrales térmicas, sin limitarse a las grandes centrales hidroeléctricas. Su construcción es más económica y rápida. Cierto es que la central termoeléctrica proporciona una energía algo más cara que la hidráulica, pero su urgencia impone el empleo de este tipo de central. La construcción de centrales termoeléctricas será la orientación preferente que en este terreno se siga en la U.R.S.S. en 1959-1965, con aprovechamiento de carbones económicos, gas natural y aceites pesados.

La energía eléctrica ha de penetrar en todas las esferas de la producción industrial, la agricultura y las necesidades corrientes de la vida en la ciudad y el campo. Los países socialistas se van a cubrir de una red única de alto voltaje. En la Unión Soviética, dentro de unos años existirán sistemas únicos en la parte europea del país y en Siberia Central, así como los sistemas unificados del Noroeste y Oeste, de Transcaucasia, Kazajstán y Asia Central.

Una nueva era en la producción de energía se inició al ser puesta en marcha en la U.R.S.S. la primera central electroatómica del mundo (1954), a continuación de lo cual se emprendió la construcción de centrales de este tipo con una potencia global de 2-2,5 millones de kilovatios. Actualmente está demostrado que la construcción y explotación de una central electroatómica de 200.000 kilovatios no resulta más costosa que si se trata de una central térmica de la misma potencia; y con centrales de 400.000 a 500.000 kilovatios, la atómica es más ventajosa que la térmica. Una gran ventaja de las centrales electroatómicas es que no exigen grandes gastos para el transporte de combustible. Una central térmica ordinaria de 100.000 kilovatios consume de 20 a 30 vagones diarios de carbón, mientras que la central atómica de igual potencia tiene suficiente con 500 kilogramos de uranio al año, carga que muy bien puede transportar cualquier avión en un solo vuelo. Esto significa que las centrales electroatómicas pueden ser construidas donde no existen o son muy escasas otras fuentes de energía capaces de ser transformadas en electricidad.

Transformaciones aún más grandiosas se producirán cuando el hombre sea capaz de desencadenar la reacción termonuclear dirigida. La energía la proporcionará entonces el hidrógeno, que existe en todas partes. La humanidad se verá para siempre emancipada de la necesidad de buscar e incrementar sus reservas de energía.

Apuntaremos como dato sintomático que un Estado socialista fue el primero en utilizar la energía atómica con fines pacíficos. Sólo el socialismo puede disponer debidamente de este nuevo tipo de energía y colocar al servicio de la sociedad las poderosas fuerzas del átomo, que el capitalismo proyecta poner

en juego con fines de exterminio.

La energía atómica será, sin duda alguna, parte imprescindible de la base material y técnica de la sociedad comunista. Gracias a ella resultará factible la realización de proyectos que ahora parecen imposibles (riego de los desiertos, cambio del curso de los ríos, mejoramiento del clima, etc.).

La revolución técnica en la agricultura.

La agricultura sigue siendo hasta ahora el sector donde el hombre depende más de la naturaleza. La productividad es en ella sensiblemente inferior que en la industria, con la preponderancia que presenta del trabajo manual. Si bien bajo el socialismo se lleva a cabo una amplia reorganización de la agricultura, queda todavía mucho por hacer para elevarla hasta el nivel de la industria. La orientación principal a seguir en este terreno es también la creación de sistemas de máquinas, la mecanización completa. Es preciso aplicar asimismo los últimos adelantos de la agroquímica y de la agrobiología. Hace falta igualmente una amplia electrificación del campo, un aumento vertical del consumo de energía eléctrica en las labores agrícolas. Se trata, por consiguiente, de una auténtica revolución técnica en la agricultura.

Estos últimos años ha comenzado a perfilarse en la agricultura de la Unión Soviética el sistema de máquinas necesarias para la mecanización completa. Ha aumentado mucho el número de tractores provistos de sistema hidráulico para el trabajo con herramientas acopladas, con lo que se hace innecesaria la persona que antes tenía que dirigir el remolque. La siembra en nidos cuadrados de cultivos como la patata, la remolacha, el maíz, etc., permite mecanizar una de las ramas de la producción agrícola que más mano de obra consumía. Se han desplegado los trabajos para la mecanización completa de la producción de plantas industriales, y también de la horticultura y la ganadería.

El invento del tractorista soviético I. G. Lóguinov, consistente en un dispositivo para la dirección automática del tractor, demuestra que la mecanización crea premisas para llegar también a la automatización en la agricultura.

Otra enorme reserva que permitirá aumentar la productividad del trabajo en la agricultura, además de la mecanización, es el acertado aprovechamiento de la tierra. Esta no se desgasta, a diferencia de los demás medios de producción. Su valor aumenta incluso con un buen laboreo y con el empleo abundante de abonos artificiales. La química está llamada también a ahorrar en la agricultura grandes trabajos en cuanto se refiere a combatir las malas hierbas y las plagas.

La productividad del trabajo en la agricultura socialista se puede elevar considerablemente con el empleo de simientes escogidas y la cría de ganado de raza. La moderna agrobiología permite hacer milagros. Si en todos los sitios se empleasen exclusivamente simientes seleccionadas, las cosechas aumentarían varias veces. Con el mismo número de cabezas, un ganado de raza daría una cantidad infinitamente mayor de carne y leche.

La mecanización completa y el empleo de la química y la agrobiología son los resortes que permitirán superar paulatinamente el atraso en que la producción agrícola se encuentra respecto de la industria. A medida que se vaya avanzando hacia el comunismo, el trabajo agrícola se convertirá en una variedad del industrial.

El Estado socialista se muestra generoso en todo cuanto signifique incrementar la mecanización de la agricultura. Durante el quinquenio de 1953-1958, que dio comienzo al ascenso vertical de la producción agrícola en la Unión Soviética, el Gobierno destinó casi *dos veces* y *media* más que en el quinquenio precedente a la mecanización y construcción de dependencias en el campo. Prueba del rápido incremento que en este sentido se alcanza es que en 1965 el campo habrá recibido más de un millón de tractores, alrededor de 400.000 cosechadoras de cereales y otras muchas máquinas y aperos. Para entonces ha de quedar terminada, en lo fundamental, la electrificación de todos los koljoses del país.

Creciente papel de la ciencia.

La producción moderna no puede dar un paso al margen de la ciencia. Y esto es más cierto todavía cuando se trata de la construcción del comunismo en todos los frentes. Los descubrimientos de la ciencia, los inventos de los ingenieros y las realizaciones de los diseñadores encierran enormes reservas para la creación acelerada de la base material y técnica del futuro. Llega el tiempo, previsto por Marx, en que la ciencia se transforma en una fuerza productiva directa.

En los países socialistas, los institutos de investigación científica, los centros de enseñanza superior, las oficinas de diseños y los laboratorios fabriles centran sus esfuerzos en la resolución de problemas trascendentales de la ciencia y la técnica. Ha sido ampliada la base experimental y se ha modernizado el equipo de los laboratorios. En 1957 la U.R.S.S. disponía de 2.756 instituciones científicas, el 50 por ciento más que antes de la guerra y 9,5 veces más de las que había en Rusia antes de la Revolución.

La construcción de centrales electroatómicas, la botadura de un rompehielos atómico, la producción de aviones que significan el último adelanto de la ciencia y de la técnica, la creación de cohetes dirigidos intercontinentales y otras muchas realizaciones son buena prueba de los grandes éxitos conseguidos en este terreno. La culminación de los avances científicos y técnicos de la U.R.S.S. ha sido el lanzamiento del primer satélite artificial de la

Tierra y el vuelo cósmico de la Tierra a la Luna. La vida se ha encargado de demostrar que la ciencia socialista ha dejado ya atrás, en bastantes aspectos, a cuanto se conoce en los países capitalistas más desarrollados.

Ahora más que nunca adquiere vital importancia la tarea de llevar cuanto antes a la práctica, a la producción, los descubrimientos de la ciencia. La historia de la ciencia abunda en ejemplos de que el descubrimiento de un nuevo fenómeno o de una nueva ley de la naturaleza ha traído consigo avances formidables en la práctica. Así ocurre con la energía atómica. La ciencia y la técnica se han encontrado aquí con una nueva esfera de fenómenos, con nuevos procesos y leyes que a menudo no tienen nada que ver con lo que antes era común y ordinario. Las grandes investigaciones teóricas que se llevan a cabo en la U.R.S.S., en cuanto a la física nuclear, se combinan con enormes trabajos prácticos para poner la energía nuclear al servicio de los hombres. A su vez, la técnica atómica es un poderoso estímulo para el progreso de la física nuclear, que representa la sección más avanzada dentro de las ciencias naturales de nuestra época.

Un papel especial corresponde a las ciencias que abren nuevos caminos al progreso técnico y revolucionan la producción: física nuclear, transistores, química de los polímeros, radioelectrónica, etc. Problemas muy esenciales se presentan en las zonas de confluencia de ciencias diferentes, como la química, la física, la biología y la medicina. Esto nos lleva a comprender los grandes avances que en nuestros tiempos han experimentado la biofísica y la bioquímica, por ejemplo, que además de resolver otros problemas teóricos estudian el mecanismo de formación por los seres vivos de cuerpos multimoleculares como la albúmina, la lana, el caucho natural, etc., con el fin de llegar a obtenerlos por vía artificial.

Las máquinas electrónicas de calcular ofrecen perspectivas formidables para el desarrollo de la ciencia y de la técnica. No sólo permiten automatizar la dirección de las máquinas, sino que con ellas se pueden realizar complejos procesos lógicos (por ejemplo, la traducción de un idioma a otro). Esto amplía extraordinariamente las posibilidades de la investigación científica y facilita sus trabajos.

La humanidad obtendrá beneficios enormes al profundizar en el conocimiento de las leyes que rigen la vida y el desarrollo del mundo animal. Descubrimientos como el del mundo de los microbios, la inmunidad y los principios de la quimioterapia han conducido ya a la desaparición práctica de muchas enfermedades que antes causaban verdaderos estragos (viruela, peste, cólera, rabia, etc.), mientras que otras han perdido su anterior virulencia (pulmonía, muchas formas de tuberculosis y otras). La consecuencia de todo esto es una mayor duración media de la vida, que en lo que va de siglo ha aumentado aproximadamente en veinte años. Actualmente las causas principales de la mortalidad son el cáncer (un muerto de cada seis) y las enfermedades cardiovasculares. Cuando la ciencia haya vencido estas dolencias, la vida del hombre se hará aún más larga.

La biología no limitará su campo de acción a la medicina. Ha de repercutir también extraordinariamente en las ciencias agrícolas, sobre todo con la aplicación a ella de los adelantos de la física y la química. Entonces servirán aún más eficazmente al incremento de la productividad de la agricultura ciencias como la bioquímica, la agroquímica, la biofísica, la microbiología, la virología, la selección y la genética.

Los países socialistas no se apoyan únicamente, en su obra de perfeccionar la producción, en los adelantos de su propia ciencia, sino que se sirven también de la experiencia y los éxitos alcanzados en cualquier lugar del mundo. El Partido Comunista mantiene una lucha enérgica contra la satisfacción y el engreimiento que pueden prender en algunos dirigentes de la economía y especialistas bajo la influencia de las victorias obtenidas dentro del sistema socialista. La ciencia y la técnica no permanecen estancadas, y quien, satisfecho de lo hoy conseguido, se duerme en los laureles, corre el riesgo de verse mañana entre los atrasados.

El espíritu conservador y las normas fijas e invariables han sido siempre los peores enemigos del progreso científico y técnico. En el período de transición del socialismo al comunismo, la rutina y la resistencia a implantar los adelantos técnicos y científicos en la producción pueden ocasionar un daño muy sensible. Es necesario vigilar constantemente para que la economía nacional recoja y aplique los métodos más avanzados y se renueve sin cesar el equipo de las empresas; que se produzca sólo el utillaje más moderno y que sean retiradas a tiempo las máquinas moralmente envejecidas.

Perfeccionamiento de la organización de la producción.

La técnica nueva y los descubrimientos de la ciencia, por grandes que sean, no pueden producir de por sí cambios profundos en la industria y la agricultura. Para obtener de ellos el debido efecto económico es necesario saber ponerlos en juego con acierto, hace falta una buena *organización de la producción.*

Cuando se habla de organización de la producción en la economía planificada socialista, se tiene presente tanto las empresas individualmente tomadas como las regiones económicas, los sectores de la industria y la economía nacional en su conjunto.

Indudablemente, cada empresa socialista encierra reservas enormes en cuanto al mejor

aprovechamiento del equipo, a la economía de materias primas, materiales y energía, a la reducción de las pérdidas de trabajo y al gran mejoramiento de la calidad de la producción. Toda organización racional de la producción se reduce, en fin de cuentas, a la reducción de los gastos por unidad producida y a mejorar las condiciones de trabajo del personal. Esto se consigue aplicando consecuentemente los principios del cálculo económico. Durante todo el período de transición del socialismo al comunismo, el perfeccionamiento del sistema del cálculo económico, con el acertado empleo de los resortes del valor y del dinero, permanecerá en pie como una tarea de capital importancia. La correcta combinación de los estímulos materiales y morales ayuda a incorporar a cada productor y al personal entero de las empresas a la lucha por la racionalización de la producción y por la economía de trabajo y de materiales.

El perfeccionamiento de la *especialización* y la *cooperación* abre posibilidades enormes para el incremento de la producción en toda la economía nacional. La experiencia demuestra que es mucho más ventajoso montar la producción en serie de artículos de un mismo tipo en unas pocas empresas especializadas que dedicar a ello un gran número de empresas. La productividad del trabajo aumenta extraordinariamente, la producción se abarata y, lo más importante, queda abierto el camino para el empleo de toda clase de dispositivos de automatización.

Considerando las ventajas de la especialización, la Unión Soviética y otros países socialistas van pasando de las empresas de producción múltiple a las especializadas. La producción especializada pide, como es lógico, mucho más a los órganos de planificación, que han de asegurar una cooperación muy precisa en la industria. Y tanto más si pensamos que la interdependencia de los distintos sectores de la economía nacional crece intensamente a medida que la especialización avanza. El trabajo de cada empresa depende cada vez más del cumplimiento de sus compromisos por parte de cuantas tienen relación con ella.

Al incremento de la productividad del trabajo social contribuye también la *acertada distribución de las empresas por regiones económicas del país.* La proximidad de la empresa a las fuentes de materias primas y de energía abarata la producción, al suprimir los transportes a largas distancias. Por esta causa, el plan septenal de la Unión Soviética determina un considerable desplazamiento de las fuerzas productivas hacia el Este, donde existen enormes reservas de materias primas y de energía barata. Este factor se tiene también presente en cuanto a la distribución de las industrias dentro del sistema socialista mundial en conjunto.

Un aspecto importante en la organización de la producción es la estructura de la *dirección de la economía.* En el período de transición al comunismo adquiere una expresión nueva el centralismo democrático, que sirve de base a la organización de la producción de la economía nacional del socialismo.

La reforma radical del sistema de dirección de la industria y la construcción llevada a cabo en la Unión Soviética en 1957, traslada el centro de gravedad de este trabajo a las regiones económicas administrativas, con sus Consejos de la Economía Nacional. Esto favorece las condiciones para una especialización y cooperación más conveniente de la industria, y, por tanto, para una mayor socialización del trabajo y el incremento de su productividad. El Pleno del C.C. del P.C. de la U.S. celebrado en junio de 1959 señalaba: *"Los grandes éxitos conseguidos en el desarrollo de nuestra economía son prueba de que la formación de los Consejos de la Economía Nacional ha sido una medida auténticamente revolucionaria en cuanto al perfeccionamiento de las formas de dirección de la industria y la construcción."*[340]

Pero la descentralización de la dirección de la economía no es más que un aspecto del problema. El otro lo tenemos en el mejoramiento de los métodos de planificación y coordinación centralizadas de todos los sectores de la economía y de las regiones económicas. Las organizaciones centrales de planificación, cuyo papel crece sin cesar -pues la economía es cada vez más compleja y la coordinación precisa de los sectores especializados y de las regiones económicas es aún más necesaria-, irán perdiendo su carácter administrativo para convertirse en Consejos técnico-científicos.

Cambio de carácter del trabajo.

El paso a la técnica del comunismo transforma el carácter del trabajo, los hábitos del productor y su mundo espiritual. La mecanización completa y la automatización desplazan ya al trabajo poco calificado. Poco a poco desaparecen los oficios duros y los trabajos nocivos. La labor del hombre es aliviada por la mecanización, y una tras otra son eliminadas las operaciones mecánicas, monótonas y fatigosas. Aparecen profesiones nuevas, en las que el hombre se limita a dirigir el funcionamiento de las máquinas. En su labor cobran cada vez más importancia las funciones del trabajo intelectual. En las líneas automáticas, el trabajo del obrero se aproxima al del especialista. En las fábricas automáticas se necesitan ya matemáticos programistas, que fijan las tareas de producción a cumplir por las máquinas, y aparatistas de un elevado nivel profesional.

El desarrollo de las fuerzas productivas trae

[340] *Materiales del Pleno de junio del* C. C. *del P.C. de la U. S.* Gospolilizdat, Moscú, 1959, pág. 4.

consigo cambios importantes en la composición profesional de la clase obrera, con una constante elevación de la parte que corresponde a los obreros muy calificados de los oficios principales. Crece rápidamente el nivel de cultura general de los trabajadores. En la industria de la U.R.S.S. *casi un tercio* de los obreros han acabado estudios en la escuela media o en la media incompleta (diez años y siete, respectivamente). Cada vez es mayor el papel que corresponde a los ingenieros, diseñadores, tecnólogos y personal de laboratorio y de las secciones experimentales de las empresas.

Por lo tanto, en el proceso de la producción socialista se va forjando la nueva fisonomía de un obrero que es el paradigma del trabajador del futuro, de la sociedad socialista. Es un especialista consciente y culto, buen conocedor de su oficio y que, al mismo tiempo, posee amplios horizontes técnicos. Gradualmente, se va precisando también el camino que se seguirá hasta resolver el gran problema de los hombres: su emancipación de la vieja división del trabajo que los esclavizaba.

Este último problema no se resolverá reduciendo el número de esferas de aplicación del trabajo, es decir, de sectores de la producción. Todo lo contrario, la tendencia dominante hoy día en el progreso técnico es la de una mayor especialización de la producción, y no hay motivos para suponer que en el futuro cambie. Pero la estrecha especialización de la *producción* no significa la estrecha especialización de los *hombres.* Ocurre lo contrario, que el progreso técnico pone también de manifiesto otra tendencia: conforme el progreso de la ciencia y la técnica avanza, tanto más valor adquieren los principios científicos generales sobre los que se asientan todos los procesos modernos de la producción. De esto se deriva la posibilidad de capacitar a un personal que conozca los fundamentos de muchas ciencias y procesos de producción, que esté en condiciones, por tanto, de adaptarse en el más corto plazo al trabajo en los distintos sectores de la industria, de conformidad con las necesidades de la sociedad y las aficiones del individuo.

Al mismo tiempo, al avanzar la mecanización, y singularmente la automatización, en los distintos sectores, también *por la forma,* el trabajo se acerca a un mismo género de actividad: a la regulación y control de los procesos que se encargan de efectuar las propias máquinas.

Así, gradualmente, van apareciendo las premisas para que un trabajador pueda pasar de una esfera de la producción a otra. Y esto significa que se sientan las condiciones para eliminar el estado de cosas en que cada uno se encuentra atado de por vida a un mismo oficio, lo cual, según palabras de Marx, es como una losa que gravita sobre todo el mundo de las capacidades espirituales del hombre.

3. Desaparición gradual de las diferencias de clase y de otras diferencias sociales

Conforme se avanza hacia el comunismo, a la vez que las fuerzas sociales se desarrollan prodúcense hondas transformaciones en la esfera de las relaciones sociales. Todo evoluciona hacia la desaparición gradual de las diferencias de clase y otras diferencias sociales relacionadas con la desigualdad de los hombres; la sociedad marcha hacia la igualdad real de todos sus miembros.

Bajo el socialismo existen aún clases, según sabemos: están los obreros y los campesinos. Así viene impuesto por la presencia de dos formas de propiedad social, por el mantenimiento de las diferencias entre la ciudad y el campo, por la existencia de formas distintas de distribución de los bienes materiales. El socialismo mantiene en pie la división de la sociedad en hombres del trabajo intelectual y del trabajo manual.

Pero en la marcha hacia el comunismo se van borrando incesantemente las diferencias entre las formas de la propiedad socialista, entre la ciudad y el campo y entre el trabajo intelectual y manual. Consecuentemente, desaparecen también las diferencias entre las clases y capas sociales.

Hacia una propiedad social única.

La existencia de dos formas distintas de propiedad social es la base más profunda para el mantenimiento de los restos de diferencias de clase dentro del socialismo. De ahí que el acercamiento de las dos formas de propiedad sea lo decisivo en la superación de estas diferencias.

No hay medidas artificiales capaces de eliminar la diferencia entre la propiedad estatal y la cooperativa koljosiana, que se borrará, en última instancia, sólo como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas. La base material de la aproximación es el proceso de socialización de la producción, que no se detiene en modo alguno bajo el socialismo. Todo lo contrario, es un proceso que avanza dentro de ambas formas de propiedad. Lo mismo en la industria que en la agricultura, se incrementa la concentración de la producción, es decir, el volumen de las empresas y de los elementos técnicos de que éstas están dotadas; simultáneamente, se amplía la división social del trabajo, la especialización y cooperación de las empresas y de las regiones económicas. La economía nacional se va convirtiendo cada vez más en un organismo único y bien estructurado.

Esto hace que se estrechen sin cesar los lazos entre ambos sectores de la economía socialista, el estatal y el cooperativo. Los vínculos de producción que existen entre ellos dan origen a las premisas económicas necesarias para ir incorporando gradualmente el sector cooperativo al nivel del estatal. No obstante, aun manteniéndose la tendencia

general a la aproximación de las dos formas de propiedad, cada una de ellas se va perfeccionando por sus vías específicas.

La *propiedad estatal, de todo el pueblo,* aumenta sin cesar su peso en la economía del país. Esto obedece a dos causas. Primeramente, los *fondos de producción* de que el Estado dispone experimentan un crecimiento gigantesco. A medida que avanza hacia el comunismo, la sociedad socialista se hace más industrial. En segundo lugar, crecen rápidamente los *fondos no productivos* pertenecientes al Estado: instituciones científicas, culturales, instructivas y de sanidad, así como los servicios urbanos.

El socialismo empieza con la conversión en propiedad social de los medios fundamentales de *producción.* La socialización no se detiene ahí, sin embargo. Al aproximarse al comunismo, la propiedad social ha de abarcar gradualmente a toda la esfera de *servicios.* Eso quiere decir que la satisfacción de muchas necesidades individuales, atendidas hoy en lo fundamental por la economía doméstica, pasará a la competencia del Estado, de la sociedad. A este objeto se aumentará sin cesar el número de comedores públicos, de escuelas internados, de lavanderías, de establecimientos de cultura y sanidad y de lugares de descanso. Las perspectivas de ampliación de la propiedad estatal son en esta esfera verdaderamente infinitas, lo mismo que ocurre en todo el campo de la producción material.

El impulso que mueve a la sociedad a proceder así es el siguiente: La gran producción mecanizada es también en la esfera de los servicios muy superior a la producción pequeña y poco productiva que significa el trabajo dentro de la economía doméstica. La preparación de alimentos bien organizada en grandes cocinas mecanizadas, a cargo de especialistas excelentemente capacitados, resulta menos costosa, puede ser mejor y, lo que es principal, puede llevarse a cabo teniendo en cuenta las indicaciones de la ciencia.

Eso redunda por igual en beneficio de la sociedad y de sus miembros. La sociedad obtiene grandes economías de trabajo, que ahora se dilapidan en el servicio doméstico, y sus miembros pueden conseguir unos alimentos baratos y bien cocinados. Además, los trabajadores ven incrementado así el tiempo de que pueden disponer para cultivarse en todos los sentidos. El tiempo libre del trabajo en la empresa será efectivamente libre, pues la sociedad no cesará de descargar a los trabajadores del peso de las faenas domésticas.

Están muy lejos de haber sido agotadas las posibilidades de la *propiedad cooperativa koljosiana.*

Hubo un tiempo en que en las publicaciones soviéticas sobre economía se sostenía la idea de que la propiedad de grupo de los koljoses comenzaba ya a frenar el desarrollo de las fuerzas productivas del campo, por lo que, al avanzar hacia el comunismo, había que reducir esta forma de propiedad. Pero no es de esto de lo que en realidad se trata, sino de robustecer y ampliar por todos los medios la economía social de las cooperativas, de aprovechar íntegramente las reservas que el sistema koljosiano encierra para conseguir un ascenso vertical de la producción agrícola. Sólo siguiendo esta vía de desarrollo puede la propiedad cooperativa koljosiana pasar a un nivel más elevado.

Singular importancia tendrá el incremento continuo y la acertada utilización de los fondos indivisibles de los koljoses, que son la base económica para el mayor avance de su producción. Las posibilidades en este plano son enormes. Cuanto mejor organizado esté el trabajo en las cooperativas, tanto mayor será su productividad y mayor será la acumulación de bienes de que podrán disponer los koljoses. Además, el ritmo de acumulación de las cooperativas se acelera por los grandes créditos que el Estado les concede. Esto significa que los koljoses pueden dedicar sumas importantes a la adquisición de tractores, cosechadoras y otras máquinas agrícolas. Como resultado de ello, los fondos indivisibles de las cooperativas se aproximarán cada vez más, por su estructura técnica, a los fondos de producción de las empresas estatales. Un poderoso impulso a este proceso ha sido dado en la Unión Soviética con el paso a la venta libre a los koljoses del material que antes pertenecía a las Estaciones de Máquinas y Tractores.

Un papel especial en la ampliación de la producción cooperativa koljosiana ha de corresponder a la utilización de las relaciones mercantiles monetarias. No es cierto que en el período de paso al comunismo tales relaciones se vayan a reducir a la nada, siendo sustituidas por el intercambio directo de productos. La propia naturaleza de la propiedad cooperativa koljosiana es tal, que exige no la reducción, sino la ampliación máxima de las relaciones de valor. Así lo tenía en cuenta el Partido Comunista de la Unión Soviética al conceder a los koljoses facultades para planificar por sí mismos su producción, al abolir los cupos obligatorios de venta al Estado y al pasar al sistema de compras de la producción agrícola y de venta de maquinaria a los koljoses.

La economía cooperativa va pasando a los principios del cálculo económico. Esto obliga a muchos koljoses a abandonar las formas de pago en especie y a optar por el pago en dinero, incluso cuando se trata del trabajo de los propios koljosianos. Van pasando a primer plano los problemas de la rentabilidad: la capacidad para llevar una buena administración de la hacienda, para reducir los gastos de producción y conseguirla a más bajo costo. Porque en el futuro, el Estado preferirá, sin duda, adquirir los productos agrícolas allí donde le resulten

más baratos.

Todo esto significa que las posibilidades de la propiedad cooperativa koljosiana son ilimitadas. La experiencia de la Unión Soviética demuestra que el nivel de socialización del trabajo y de concentración de la producción no asegura siempre el racional empleo de grandes máquinas, y sobre todo la creación de sistemas de máquinas. En buena parte esto ha sido salvado con la agrupación de koljoses para formar haciendas mayores, que no han tardado en dar sus frutos. Hay también otros métodos y formas, comprobados ya en la práctica, para superar esa cierta limitación que presenta la propiedad de grupo.

Figuran entre ellos, ante todo, las diversas formas de colaboración entre las cooperativas. Muchos koljoses aúnan ya sus esfuerzos para la construcción conjunta de pequeñas centrales eléctricas, canales de riego y empresas para la transformación de la producción agrícola, para la fabricación de materiales de construcción, etc. Esto da origen a la *propiedad interkoljosiana,* que por su naturaleza se aproxima a la propiedad de todo el pueblo.

Está también la unión gradual, la peculiar fusión de los medios koljosianos de producción y los estatales. Así ocurre, por ejemplo, cuando el koljós toma la energía necesaria de las redes eléctricas del Estado.

Finalmente, el marco de la propiedad cooperativa puede ser ensanchado considerablemente por la socialización de nuevas esferas de la vida koljosiana. Los koljoses avanzados tienen sus hornos para la cocción del pan, comedores públicos, guarderías infantiles, escuelas con internado y casas para ancianos. En una economía múltiple y robusta es algo perfectamente posible que cada miembro de la cooperativa pueda ver satisfechas todas sus necesidades a expensas del fondo social. Esto hará innecesaria la economía individual auxiliar del koljosiano, que, en fin de cuentas, es desventajosa. En el futuro desaparecerá por sí misma la necesidad de esta economía individual auxiliar, con lo que los koljosianos dispondrán de más tiempo para el trabajo en la hacienda social, para elevar sus conocimientos y también para el descanso.

Así, pues, toda la evolución que sigue la propiedad cooperativa koljosiana tiende hacia el incremento constante de su nivel de socialización. Por su carácter, se aproxima a la propiedad de todo el pueblo. En el futuro será históricamente inevitable la fusión de estas dos formas de propiedad en una propiedad comunista única.

Superación de las diferencias entre la ciudad y el campo.

Las diferencias entre los obreros y los campesinos no se derivan sólo de la existencia de dos formas de propiedad social. Son también muy dignas de ser tenidas en consideración las diferencias en cuanto al carácter de la producción industrial y agrícola, así como a las condiciones de vida y al nivel de cultura.

El socialismo heredó un gran atraso del campo. Los sociólogos burgueses afirman que dicho atraso es históricamente inevitable y se debe a las características del trabajo agrícola. Pero, en realidad, la culpa de las calamidades que sufren los campesinos no se debe a la índole específica de la agricultura, sino al régimen que el capitalismo implantó en el agro. Bajo el capitalismo, el campo es sometido a una explotación inhumana por parte de la ciudad, y esto origina la contradicción de intereses entre el uno y la otra.

El socialismo pone fin a esta contradicción. Con el apoyo más decidido de la ciudad, los campesinos empiezan a ver cambiar su vida, encuentran abierto el acceso a los avances de la ciencia y la técnica modernas y a los bienes de la cultura. No obstante, únicamente en el período de paso gradual al comunismo se conseguirá eliminar por completo las diferencias económico-sociales entre la ciudad y el campo.

Se trata, en primer término, de superar el atraso del campo respecto de la ciudad. La revolución técnica en la agricultura, de que antes hablábamos, cambia radicalmente el carácter del trabajo campesino, que va convirtiéndose en una variedad del trabajo industrial. Conforme avance la mecanización, y luego la automatización parcial de las faenas agrícolas, el trabajo del koljosiano se acercará al del obrero calificado urbano. También en este sentido se irán borrando poco a poco las diferencias entre las dos clases.

Un gran papel, en cuanto a la elevación del campo hasta el nivel de la ciudad, han de cumplir los *sovjoses,* en los que los medios de producción son propiedad del Estado. El personal de los sovjoses, como el de cualquiera otra empresa estatal, se atiene a las normas generales de la disciplina socialista del trabajo. Una forma más elevada de cooperación socialista del trabajo, unida a los recursos técnicos de que disponen, permite obtener en los sovjoses la producción agrícola con una inversión mínima de trabajo, es decir, a menos precio. Los sovjoses suelen dar de ordinario un mayor porcentaje de producción para el mercado. Por cada hectárea de cultivo rinden al Estado más producción y a más bajo precio.

Al cambiar el carácter de la producción agrícola y bajo su influencia directa, paso a paso se modifica también todo el modo de vida de la aldea. Cada vez es mayor el número de máquinas que se concentran en el campo. Se construyen locales donde guardarlas y talleres donde son reparadas. Aparecen empresas rurales para la transformación de las materias primas agrícolas. En torno a estos centros de producción se agrupa un gran número de mecánicos, ingenieros y otro personal técnico. Aumenta el número de

agrónomos, veterinarios, médicos y maestros.

Las grandes concentraciones de población y el incremento de su nivel cultural hacen necesaria una nueva planificación de las aldeas, con casas de tipo nuevo, provistas de agua corriente, teléfono, etc. Se siente la necesidad de buenos caminos y carreteras, de hospitales, guarderías, jardines de la infancia y escuelas de todos los grados; se multiplican las tiendas, los comedores públicos, los clubs y las bibliotecas. Así, la reorganización de la producción agrícola trae consigo un cambio completo en la fisonomía tradicional de la aldea, que se va acercando a la ciudad por el nivel de sus servicios y de su cultura. Ya ahora, los koljoses avanzados construyen viviendas que tienen poco que envidiar a las de la ciudad. Y lo mismo puede decirse de sus establecimientos culturales y sociales.

Esto no significa que la aldea haya de convertirse en ciudad, tal como ésta es ahora, con todos los inconvenientes de la vida urbana, donde se respira un aire viciado, hay toda clase de ruidos y el hombre se encuentra apartado de la naturaleza. De lo que se trata es de crear un nuevo tipo de poblados que reúnan lo mejor que dio la civilización urbana a lo largo de los siglos y lo que el campo tiene. Como prototipos de dichos poblados pueden servir, en cierto sentido, las agrociudades construidas dentro de algunos grandes sovjoses en la Unión Soviética.

La desaparición de las diferencias entre la ciudad y el campo es un proceso doble, que presupone transformaciones lo mismo del campo que de la ciudad.

En el período de transición del capitalismo al socialismo se plantea ya el problema de la reconstrucción de las ciudades. Poco a poco es superado el anterior contraste entre el centro y las barriadas obreras. En los planes soviéticos de urbanización y construcción de viviendas se ha dado incluso preferencia a estas últimas. Alrededor de las fábricas nuevas han empezado a nacer ciudades socialistas, proyectadas ya según nuevos principios.

Sin embargo, es mucho lo que resta todavía por hacer para la reconstrucción de las ciudades en el período de transición al comunismo. Aun conservando los valores arquitectónicos y artísticos del pasado, deben ser acomodadas a las condiciones de la convivencia comunista. Y esto exige una planificación nueva y nuevos tipos de viviendas, de empresas, de locales para servicios urbanos y de establecimientos culturales y sociales. Los intereses del trabajo comunista han de ser tenidos en cuenta a la hora de proyectar y construir nuevos edificios industriales. La arquitectura industrial ha de asegurar que los obreros trabajen en locales espaciosos y bien iluminados, en condiciones sanas y con toda clase de comodidades.

La construcción urbana adquiere mayores vuelos cada día en los países socialistas, estando ya próximo el momento en que se pondrá fin para siempre a un problema tan grave como el de la vivienda, que nos legó el capitalismo. En la Unión Soviética, entre 1959 y 1965 se construirán viviendas con una superficie total de 650 a 660 millones de metros cuadrados. Esto equivale a la aparición de 15 ciudades como Moscú o de casi 100 como Gorki.

Actualmente, la experiencia de que disponemos no nos permite decir con precisión cómo será la ciudad del comunismo. No hay, sin embargo, razones para suponer que las grandes ciudades vayan a desaparecer como centros de la industria y de la cultura. La cooperación de los sectores más complejos de la producción y de las instituciones de investigación científica a su servicio, así como de otros muchos establecimientos culturales y de sanidad, justifican plenamente la existencia de ciudades grandes.

La inevitable afluencia de población del campo, motivada por el incremento de la productividad del trabajo agrícola y por la necesidad de satisfacer las demandas de mano de obra de otras ramas de la economía nacional, no ha de significar el crecimiento ilimitado de las grandes ciudades. Estas tendrán probablemente proporciones óptimas, que correspondan a los intereses de la producción y a las conveniencias generales de sus habitantes. En la Unión Soviética, por ejemplo, se han puesto severas restricciones a la construcción de nuevas empresas industriales en ciudades como Moscú y Leningrado.

En el futuro, los centros industriales se hallarán seguramente distribuidos de manera más regular por todo el país, quedando rodeados de un gran número de pequeñas ciudades satélites, con una planificación adecuada, a fin de ofrecer a sus habitantes todas las condiciones para una vida sana y culta.

Tales son, a grandes rasgos, las vías a seguir para superar las diferencias *económico-sociales* entre la ciudad y el campo. Una vez suprimidas, quedarán únicamente las diferencias entre la industria y la agricultura. Estas últimas no conducirán, sin embargo, a una estratificación social de la sociedad; la diferencia entre el trabajo en la industria y en la agricultura no irá más allá de la que existe entre los distintos sectores de la industria.

Fusión paulatina del trabajo manual e intelectual.

En la ruta hacia el comunismo hay que superar la división de la sociedad en hombres del trabajo manual y del trabajo intelectual.

Con el socialismo desaparece ya la *contradicción* entre uno y otro género de trabajo, que es propia del régimen de explotación. Era consecuencia inevitable de la escisión de la sociedad en opresores y oprimidos, cuando el trabajo intelectual, en todos sus órdenes, era monopolio de las clases dominantes y sus acólitos, era un privilegio de los poseedores de medios de fortuna.

El socialismo pone fin a esta situación. En la sociedad socialista, los hombres del trabajo intelectual y del trabajo manual tienen intereses comunes, están al servicio de una misma empresa y trabajan en bien de todo el pueblo. Aparecen unos intelectuales nuevos, salidos del pueblo, que no forman ya una capa cerrada al margen de los obreros y los campesinos. Esto no significa, sin embargo, que hayan desaparecido toda clase de diferencias entre los obreros y campesinos y los intelectuales. Por su nivel cultural y sus conocimientos técnicos, éstos son en su conjunto superiores a aquellos. Por eso, una de las tareas primordiales de la sociedad en el período de construcción del comunismo en todos los frentes es la de elevar el nivel cultural y técnico de los obreros y campesinos hasta el de los intelectuales.

¿Cómo se conseguirá esto?

El papel principal corresponderá a la *modificación del propio carácter del trabajo,* el cual, según se señalaba antes, exigirá un constante incremento del nivel intelectual, amplios horizontes, elevados conocimientos y un espíritu creador. La sociedad socialista parte del hecho de que el desarrollo multilateral del hombre tiene lugar, en primer término, en el trabajo, que es la esfera más importante de la actividad humana. El trabajo, tal como se va convirtiendo en el proceso de transición al comunismo, proporciona precisamente condiciones favorables para el perfeccionamiento intelectual del individuo.

Al avanzar la mecanización completa y la automatización, el trabajo deja de ser una actividad meramente física. El obrero se va emancipando de las funciones sencillas y puramente mecánicas; su trabajo va incluyendo sin cesar nuevos elementos de actividad intelectual. Hoy día, en las fábricas metalúrgicas soviéticas, más de la mitad de la jornada del fundidor está ocupada ya por un trabajo intelectual (cálculos relacionados con el régimen del horno, control de la fundición, comparación e interpretación de los datos tecnológicos, etc.). No en vano en la empresa socialista se va haciendo común el obrero en cuyo trabajo se combinan orgánicamente la innovación, su actividad como inventor y racionalizador.

El progreso técnico es el resorte principal que empuja a la aproximación del trabajo manual e intelectual. Pero sería erróneo pensar que se trata de un proceso capaz de por sí de llevar a la desaparición de las diferencias entre uno y otro. En los países capitalistas, la mecanización y la automatización reducen de ordinario el papel del obrero, que se convierte en un simple apéndice de la máquina. Esto no puede ocurrir en los países del socialismo, donde las condiciones sociales son otras, y los obreros participan activamente en la labor de dirigir la producción. La sociedad se preocupa constantemente de que el obrero no se convierta en un "robot", sino que sea un hombre culto y de despejados horizontes, creador y señor de la técnica. A ello tiende, dentro del socialismo, todo el sistema de enseñanza general y profesional. La amplitud que todo esto ha tomado podemos deducirla del hecho de que en la Unión Soviética pasan de 50 millones las personas matriculadas en distintos centros de enseñanza.

Condición obligatoria para que los hombres del trabajo manual puedan elevar sus conocimientos y su cultura es la *reducción de la jornada.*

En 1960 habrá terminado en la U.R.S.S. la implantación de la jornada de siete horas para obreros y empleados; en los trabajos del subsuelo quedará reducida a seis horas. En 1962 se proyecta implantar la jornada de cuarenta horas semanales. A partir de 1964 se iniciará el paso a la semana de treinta y cinco horas, y de treinta para los trabajos del subsuelo. Entonces, la mayoría de los obreros y empleados disfrutarán de dos días libres a la semana, con una jornada diaria de seis o siete horas. Hay que agregar que la reducción de la jornada se llevará a cabo sin disminución de salarios.

Otro factor importante que contribuirá a superar las diferencias entre los hombres del trabajo intelectual y manual es el *sistema de instrucción pública* bajo el socialismo. La reforma de la enseñanza en la U.R.S.S. y otros países del campo socialista establece en los planes la inclusión del proceso productivo. Esto contribuirá a mejorar la educación de las generaciones jóvenes y las preparará para el trabajo.

Se comprende que la producción material es imposible, cualquiera que sea el grado de mecanización y automatización, sin determinados esfuerzos físicos. En el futuro, por consiguiente, el trabajo en la producción material incluirá elementos intelectuales y manuales. Será un tipo de trabajo nuevo, en el que se podrán revelar por completo la fuerza física y la capacidad espiritual del individuo.

Desaparecerá también la anormal y estrecha especialización de los hombres del trabajo intelectual, que excluye cuanto esté relacionado con un esfuerzo físico. Todos los hombres de la sociedad comunista, cualquiera que sea su especialidad, aportarán su esfuerzo combinado, como decía Marx, el trabajo intelectual y el manual. Estos dos aspectos se fundirán armónicamente en el trabajo de cada miembro de la sociedad comunista, de conformidad con su capacidad y sus aficiones.

No hace falta decir que la desaparición de fronteras entre el trabajo de los intelectuales y el de los obreros y campesinos será un proceso largo, más prolongado que la supresión de diferencias entre la clase obrera y los campesinos. V. I. Lenin señalaba que los intelectuales "seguirán como una capa específica hasta que se alcance el nivel más elevado de desarrollo de la sociedad comunista".[341]

[341] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXXIII, pág. 169.

Supresión de los restos de desigualdad en la situación de la mujer.

Entre las grandes tareas sociales que se cumplen en el avance hacia el comunismo, un lugar importante corresponde a la supresión de los restos de desigualdad en la situación de la mujer.

Decíamos ya en el capítulo XXIV que el socialismo equipara a la mujer en derechos con el hombre en el sentido político y social; no obstante, las huellas de la desigualdad de la mujer no desaparecen en absoluto. Esto se debe a que la familia representa aún, dentro de la sociedad, un cierto modo de unidad económica en la que corresponde a la mujer todo el peso de las faenas domésticas. En los primeros años de la Revolución escribía Lenin que, a pesar de haber sido equiparada en derechos al hombre, aún "la oprime, ahoga, embrutece y humilla la *pequeña* economía *doméstica,* que la mantiene sujeta a la cocina y a los hijos y que significa una dilapidación de su trabajo en un esfuerzo terriblemente improductivo, mezquino, que agota los nervios y la convierte en una bestia de carga. La auténtica *emancipación de la mujer,* el verdadero comunismo, sólo empezará cuando se inicie la lucha de masas (dirigida por el proletariado en posesión del poder político) contra esta pequeña economía doméstica, o más exactamente, su *reestructuración en masa* en una gran economía socialista."[342]

El período de transición al comunismo presenta las más grandes posibilidades para la realización de este programa leninista de emancipación definitiva de la mujer.

Lo principal es desarrollar al máximo el sistema de comedores públicos, de los servicios y de toda clase de instituciones de la infancia. Cuando la sociedad ofrezca a sus ciudadanos una comida más económica, mejor condimentada y más variada que la que encuentran en casa; cuando muchas de las necesidades domésticas sean atendidas por los establecimientos de servicios a la población, la mujer se verá al fin libre de las abrumadoras y poco productivas faenas propias de la economía doméstica. A medida que la sociedad cargue con gran parte del cuidado, educación y sostenimiento de los niños, la situación de la mujer en el seno de la familia cambiará también y se verá muy aliviada.

Los planes económicos de la Unión Soviética y de los demás países socialistas determinan grandes realizaciones en todos estos sentidos para los años próximos.

Cuando la mujer se vea libre de las fatigosas faenas de la casa, podrá cultivar su espíritu y participar activamente en un trabajo socialmente útil. Esto significará la supresión *real* del retraso en que la mujer se encuentra respecto del hombre y que en la sociedad capitalista constituye una verdadera calamidad social. Ante la mujer se abrirán nuevos horizontes y podrá revelar su capacidad y su talento en todos los órdenes de la vida. Esto será una gran revolución liberadora, que cambiará la suerte de la mitad del género humano.

La equiparación de la mujer al hombre en la producción social no quiere decir que de ella se espera el cumplimiento de trabajos pesados. V. I. Lenin advertía que "no se trata de igualar a la mujer en cuanto a la productividad del trabajo, al volumen de éste, a su duración, a las condiciones en que se realiza, etc..."[343] La mujer seguirá siendo mujer con todas sus características, con su gran misión social de ser madre. El comunismo eleva como ningún otro régimen la dignidad de la mujer, tiene siempre presentes sus intereses y propicia en todos los aspectos el desarrollo y perfeccionamiento de su personalidad.

Perfeccionamiento del sistema de distribución.

La supresión definitiva de las diferencias de clase y de otros residuos de la desigualdad será alcanzada cuando desaparezca la desigualdad real en la distribución de bienes materiales.

Esta desigualdad es hoy una consecuencia natural de las diferencias existentes en el trabajo y en las formas de la propiedad social. El salario de los obreros viene determinado por el Estado y depende de la cantidad y calidad de su trabajo. El trabajo de los koljosianos es retribuido por el propio koljós, en dependencia del volumen de su riqueza social y de la labor hecha. Actualmente hay bastantes diferencias a este respecto entre los koljoses. También hay cierta diferencia en el pago del trabajo entre unas y otras industrias. Y como se conserva la disparidad entre el trabajo intelectual y el manual, las capas superiores de los intelectuales perciben una remuneración superior a la de los simples obreros y campesinos.

Las diferencias en la remuneración del trabajo, y por tanto en las condiciones de vida de todas las clases y capas sociales de la población, se irán borrando conforme la sociedad se acerque al comunismo. No es que se vaya a imponer una nivelación en el pago del trabajo, sino que se tratará de un proceso objetivo. Conforme la mecanización se vaya extendiendo a nuevos sectores de la economía nacional, el trabajo adquirirá en todos ellos un mismo carácter, todo él se traducirá en el manejo y control de las máquinas, lo cual conducirá lógicamente a un equilibrio en las normas de pago. A esto contribuyen otros procesos que tienen lugar en la sociedad: la elevación gradual de la propiedad cooperativa koljosiana al nivel de la estatal, la desaparición de las fronteras entre los hombres del trabajo intelectual y manual, el incremento de la renta nacional, etc.

El Estado socialista tiene presente esta tendencia

[342] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXIX, pág. 396.

[343] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXX, pág. 25.

objetiva a la hora de elaborar y poner en práctica la política de salarios. La Unión Soviética se ha orientado hacia la supresión de las diferencias que a este respecto existen entre las distintas categorías de trabajadores, elevando los salarios más bajos. A partir de enero de 1957 los obreros y empleados menos pagados fueron beneficiados con un aumento del 33 por ciento aproximadamente. Al propio tiempo, se tomaron medidas para regular los sueldos y salarios en las categorías mejor remuneradas, a fin de cortar ciertos excesos. En adelante, aun con un aumento general de salarios, se concederá atención preferente a los obreros y empleados que perciben una remuneración baja o media. Así, según el plan septenal, el salario medio de estas categorías llegará casi a duplicarse para 1965.

Paralelamente, el salario real de todos los trabajadores ha de elevarse como consecuencia de las rebajas de precios. Estas últimas, que afectan a los artículos de amplio consumo, favorecen principalmente, sin embargo, en primer lugar, a quienes más compran, es decir, a las categorías mejor retribuidas. Por eso, en la etapa actual, el Estado destina los recursos que podrían ser dedicados a la rebaja de precios a incrementar el salario de quienes cuentan con ingresos más modestos. La política de precios se aplica con un criterio diferenciado. A medida que crece la producción de determinadas mercancías, se rebajan sus precios y así aumenta la demanda. Hay otros artículos, como las bebidas alcohólicas y el tabaco, cuando la sociedad no tiene interés en ampliar el consumo, a los que no afectan las rebajas de precios; esto se hace con objeto de combatir costumbres y supervivencias del pasado que resultan nocivas para la salud.

Perspectivas singularmente amplias ofrece el aumento de bienes materiales distribuidos por la sociedad no por el trabajo, sino gratuitamente o en condiciones ventajosas, y que constituyen el *fondo de consumo social.* Es el fondo que se destina a la construcción de viviendas, a sanidad, instrucción pública, establecimientos infantiles y deporte. De ahí salen las sumas destinadas a seguros sociales, becas para los estudiantes, subsidios a las familias numerosas, etc.

El fondo de consumo social crece rápidamente. En la U.R.S.S. este capitulo significaba en 1958 el 33 por ciento del presupuesto. Circunstancia digna de tenerse en cuenta es que la parte de los fondos de consumo distribuidos sin relación directa con la cantidad y calidad del trabajo individual crecen con rapidez mayor que la parte distribuida según el trabajo. A principios del primer quinquenio representaban alrededor del 24,4 por ciento del salario individual, mientras que en 1958 habían llegado al 41,5 por ciento.

El principio de remuneración según el trabajo y el de distribución gratuita o en condiciones ventajosas no se contradicen, aunque su acción sea simultánea. El principio de distribución a título gratuito ofrece sus beneficios singularmente a los niños, estudiantes, enfermos, inválidos y ancianos, es decir, a miembros de la sociedad que, por una razón u otra, no pueden realizar un trabajo retribuido. Esto, en cambio, alivia la situación de la población activa, al descargarle de parte de los gastos que de otra manera pesarían sobre ella.

A medida que se avance hacia el comunismo, crecerá el peso del fondo de consumo común, pues es el modo más progresivo y económico de satisfacer las necesidades de todos los miembros de la sociedad. Refiriéndose al incremento del bienestar material del pueblo soviético, N. S. Jruschov decía en su informe ante el XXI Congreso del P.C. de la U.S.: "Se comprende que el Partido y el Gobierno seguirán consecuentemente la orientación trazada en cuanto al aumento de salarios y rebaja de precios. Pero esto es sólo uno de los caminos... Tenemos el camino, realmente comunista, para elevar el bienestar de los trabajadores, por el que se crearán las mejores condiciones de vida para toda la sociedad en su conjunto y cada uno de sus miembros en particular. Entran en él los trabajos para proporcionar vivienda adecuada a las gentes, la organización de comedores públicos, el mejoramiento de los servicios, la ampliación del número de instituciones para la infancia, el perfeccionamiento de la instrucción pública, la organización del descanso y el mejoramiento de la asistencia médica, la construcción de instituciones de cultura, etc."[344]

En este sentido, el socialismo se diferencia radicalmente del capitalismo. El camino que en él se sigue para mejorar la vida de los hombres es sustancialmente distinto del que existe en la sociedad burguesa. El ideal de muchos en la sociedad capitalista se centra en poseer, en propiedad privada, el mayor número de bienes: su casa, su automóvil, etc. No todos pueden conseguirlo, y así ocurre que la mayoría de estos bienes son exclusiva de las altas capas de la sociedad. Pensar que las diferencias entre el socialismo y el capitalismo se reducen a que todos los ciudadanos posean su casa y su automóvil, significaría tener una noción vulgar de las cosas. El socialismo conoce una vía más rápida y sensata para alcanzar el bienestar *general.* Consiste en *concentrar la máxima cantidad posible de bienes y servicios en manos de la sociedad, la cual se encarga gradualmente de satisfacer las necesidades que los ciudadanos sienten por lo que se refiere a estos bienes y servicios.*

La conveniencia económica de este modo de

---

[344] N. S. Jruschov, "Acerca de las cifras de control para el desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. durante los años 1959-1965", en *Materiales del XXI Congreso, extraordinario, del P.C.U.S.,* Gospolitizdat, Moscú, 1959, págs. 52-53.

satisfacer las necesidades es evidente, puesto que los gastos de explotación de la propiedad social (viviendas, automóviles en garajes públicos, etc.) son inferiores a los de la explotación de la propiedad sujeta al uso privado. Por esto, la sociedad puede ofrecer a los ciudadanos una cantidad siempre mayor de bienes y servicios, primero mediante una retribución moderada y luego gratuitamente.

El aprovechamiento conjunto de una serie de bienes, económicamente ventajoso y que por ello conviene perfectamente a la sociedad, no ha de ir, sin embargo, en perjuicio de los gustos, aficiones y costumbres individuales. La sociedad ha de estar en condiciones de ofrecer la más amplia variedad de bienes y servicios, a fin de que todos tengan grandes posibilidades de elección.

La *rebaja de precios* y la constante *socialización del consumo,* el crecimiento preferente del consumo social respecto del fondo de consumo individual, es el camino que, a juzgar por todo, se seguirá hasta llegar a la distribución a título gratuito. El mecanismo de esta última -el sistema de depósitos, empresas de servicios, tiendas, comedores públicos- se va estructurando como consecuencia del amplio desarrollo de las relaciones monetario-mercantiles y del comercio en el período de transición del socialismo al comunismo.

4. La educación comunista de los trabajadores

El complejo proceso de paso gradual del socialismo al comunismo comprende también cambios profundos en la vida y la superestructura espiritual de la sociedad en la conciencia y las costumbres de los hombres. El Partido lo tiene presente en su labor encaminada a la educación comunista de los trabajadores, cuando trata de acelerar por todos los medios estos cambios impuestos por las leyes sociales.

La educación comunista se compone de elementos tan importantes como el incremento de la cultura y del nivel profesional de los miembros de la sociedad, la ampliación de sus conocimientos generales, el arraigo de las ideas comunistas entre los trabajadores, la transformación en costumbre del trabajo en bien de la sociedad y la observación de las normas y reglas de la moral comunista.

Aumento del nivel de instrucción y cultura.

La instrucción es la base de la cultura general y del perfeccionamiento político del hombre; por esta razón, la sociedad sigue prestando el máximo interés a esta empresa en el período de transición del socialismo al comunismo. Es más, todavía aumenta el nivel de conocimientos que se exigen de todos los trabajadores. Esto se debe, ante todo, a la revolución técnica que se está produciendo en nuestra época.

"En nuestra época de centrales electroatómicas, de la conquista del cosmos y de la automatización -decía N. S. Jruschov en el XIII Congreso de las Juventudes Comunistas Leninistas- el Partido y el Gobierno han de preocuparse al máximo de que todos los obreros y obreras, koljosianos y koljosianas tengan instrucción media."[345]

De aquí que el Estado socialista tenga siempre presente la necesidad de aumentar el número de escuelas y de crear las condiciones para que las generaciones jóvenes reciban una buena instrucción. En la Unión Soviética, el número de alumnos de las escuelas de ocho grados y medias aumentará de 31,3 millones en 1953 a 45 millones en 1965.

Al mismo tiempo, crece rápidamente el número de personas con instrucción superior. Considerando los cambios que se producen en la industria y la agricultura, el ingeniero y el agrónomo irán pasando a un primer plano. Ahí está la causa de que la Unión Soviética, que ocupa ya el primer puesto del mundo en la capacitación de especialistas, proyecte ampliar aún más la enseñanza superior. Entre 1952 y 1958 terminaron su carrera 1.700.000 personas, número que se elevará hasta 2.300.000 entre 1959 y 1965. El total de personas con enseñanza superior será en 1965 de más de 4.500.000, lo que significa el 50 por ciento más que en 1958.

Se trata, pues, de que en el futuro, conforme se vaya acercando el comunismo, el conjunto de los ciudadanos de la sociedad socialista posea una instrucción superior y media. Será en esencia una *nueva revolución cultural,* pero elevada a un plano incomparablemente más alto.

Tiene gran importancia teórica y práctica el problema del carácter de la enseñanza, de cómo debe ser la escuela media y superior. El rápido progreso de la ciencia y de la técnica impone la necesidad de que *todos* los alumnos reciban una formación sólida. Pero esto no se puede conseguir cuando la enseñanza se aparta de las necesidades del desarrollo de la producción material. Quiere decirse que los miembros de la sociedad, en el curso de sus estudios, han de empezar a incorporarse al trabajo productivo. Los intereses de la sociedad exigen que se acorten los plazos de "entrada en la vida" de los jóvenes. Esto les dará antes madurez espiritual y contribuirá favorablemente en su formación como miembros útiles de la sociedad socialista.

Los clásicos del marxismo-leninismo determinaron en líneas generales el carácter de la enseñanza que la joven generación ha de recibir bajo el socialismo. Así expusieron la idea de la *enseñanza politécnica,* que presupone el aprendizaje de las bases científicas de la producción moderna y del manejo de los más comunes instrumentos de trabajo. "...Es imposible imaginarse el ideal de la sociedad futura -escribía Lenin- sin la unión de la enseñanza y

---

[345] *XIII Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas Leninistas de la U.R.S.S.* Actas taquigráficas, Ed. Joven Guardia, 1959, pág. 278.

el trabajo productivo de la joven generación: ni la enseñanza y la instrucción sin el trabajo productivo, ni el trabajo productivo sin la enseñanza y la instrucción paralelas, podrían ser colocados a la altura que exige el nivel actual de la técnica y el estado de los conocimientos científicos."[346]

Sin embargo, únicamente la práctica podía señalar concretamente la forma en que habían de unirse la enseñanza y el trabajo productivo. Una revisión crítica de la experiencia de organización de la instrucción pública en la U.R.S.S. ha permitido encontrar esa forma. Es la que ha servido de base a la profunda reforma que en 1958-1959, por iniciativa del C.C. del P.C. de la U.S., se ha llevado a cabo en todo el sistema de la instrucción pública. Esta reforma de la escuela soviética tiene sin duda valor general, y no puede extrañarnos que la experiencia de su aplicación sea estudiada por todos los países socialistas.

El sentido de la reforma es una amplia aplicación de los principios de la enseñanza politécnica, la vinculación estrecha de la enseñanza a la producción. Lo primero de todo, se eleva el nivel de la enseñanza obligatoria: se implanta con carácter general y obligatorio la enseñanza de ocho grados, en vez de los siete que existían antes. Esto es la primera etapa de la enseñanza media. En la segunda, se combina ahora la capacitación cultural general con la profesional; la enseñanza va unida al trabajo productivo, al aprendizaje de un oficio. Quienes salen de la escuela general, de ocho grados, pueden continuar sus estudios ya en escuelas medias nocturnas y mixtas de jóvenes obreros o rurales, ya en escuelas medias con un aprendizaje profesional. De base para la enseñanza profesional sirven los talleres de las escuelas, empresas, sovjoses, Estaciones de Reparación y de Máquinas y Tractores y de los koljoses, donde los alumnos trabajan un tercio del tiempo dedicado a los estudios.

Se presta atención especial al fomento de una nueva forma de educación comunista y de enseñanza politécnica como son las *escuelas internados.* En los siete años que van de 1959 a 1965, vivirán y estudiarán en ellas 2.500.000 niños. En el futuro se proyecta ampliar todavía más este tipo de escuelas.

La capacitación de especialistas en las escuelas superiores se basa en el principio de íntima combinación de los estudios y los trabajos prácticos. Se presta una atención singular a la capacitación de quienes ya trabajan en una empresa. Los jóvenes ocupados en la industria, los transportes y la agricultura tienen preferencia para el ingreso en los centros superiores de enseñanza.

Así es como se resuelve este problema, tan importante para la sociedad socialista, de combinar la participación de la gran masa de los ciudadanos en la producción material -tal como lo impone la necesidad de desarrollo de la economía nacional- con el ascenso del nivel general de instrucción de los trabajadores. Es lógico que las condiciones sean más propicias para quien está ocupado directamente en la producción.

La atención que la sociedad socialista presta a cuanto se trata de elevar la instrucción y los conocimientos profesionales no ha de ser interpretada en el sentido de que se propone capacitar únicamente estrechos especialistas. El propósito que se marca es mucho más amplio, lo que se quiere lograr es el desarrollo del hombre en todos los sentidos. Y así vemos que cada vez es más común el obrero familiarizado con los grandes valores de la cultura y que sabe apreciar y comprender la literatura, la música, la pintura y el teatro.

Elevación del espíritu comunista.

La devoción de las masas populares a las ideas comunistas es una de las mejores conquistas del régimen socialista. La sociedad está interesada en que se incremente aún más la formación ideológica de sus miembros, que da solidez a cada éxito en la construcción del comunismo y multiplica las energías de las masas.

El espíritu comunista no hay que identificarlo con el *conocimiento de la teoría* del comunismo científico. Porque si bien es cierto que tal conocimiento contribuye a adquirir el espíritu comunista, no es sólo de esta manera como podemos convencernos de que el comunismo tiene la razón. La mejor escuela de educación es la construcción práctica del comunismo. En este sentido, los nuevos éxitos en el progreso de la economía nacional y la cultura, en el incremento del bienestar de los trabajadores, han de ser lo decisivo para elevar el espíritu comunista.

Esto no significa, sin embargo, que podamos desestimar los medios ideológicos de educación. Muy al contrario, su importancia crece sin cesar. Nos referimos, ante todo, a la *labor política de difusión de las ideas comunistas, de propaganda de la concepción marxista-leninista.*

El Partido Comunista aspira a que su concepción del mundo sea patrimonio no sólo de la vanguardia, no sólo de la parte avanzada de los obreros, campesinos e intelectuales, sino de todos los miembros de la sociedad. La tarea es gigantesca. Su cumplimiento viene facilitado, sin embargo, por la circunstancia de que el marxismo-leninismo coincide con los intereses fundamentales de los trabajadores. Y esto da la garantía de que, a medida que se avance hacia el comunismo, *todo el pueblo llegará a hacer suya la ideología marxista-leninista.*

En los planes de construcción comunista de la Unión Soviética se asignan las condiciones más propicias para el trabajo ideológico. Amplíase enormemente el campo de acción de la prensa, la

[346] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. II, pág. 440.

radio, la televisión, el cine y las instituciones de divulgación cultural. Aumentan considerablemente las tiradas de periódicos, revistas y libros.

La asimilación por las masas de la ideología comunista es tanto más eficaz cuanto más íntimamente va unida su propaganda a la vida. De lo que se trata no es de explicar simplemente la teoría, sino de enseñar la manera de aplicarla. Por eso el Partido combate tan enérgicamente el divorcio entre el trabajo ideológico y la práctica de la construcción del comunismo.

Ofrecen grandes posibilidades para la educación ideológica la literatura, la radio, la televisión, el teatro, el cine y las artes representativas. Por su conducto, los altos ideales del comunismo llegan hasta las más extensas capas de la población, y en una forma en que su influencia puede ser particularmente sensible, puesto que actúan a la vez sobre el cerebro y sobre los sentimientos del individuo.

El avance del pueblo hacia el comunismo abre perspectivas espléndidas ante el arte y la literatura. La grandeza de las tareas derivadas de la construcción comunista y de la formación del hombre nuevo mueve a crear obras de hondo contenido y de gran valor artístico. Condición imprescindible para ello es que escritores y artistas conozcan profundamente la vida y las aspiraciones del pueblo.

"La línea principal de desarrollo -se dice en el importante documento del Partido *Por una estrecha relación de la literatura y el arte con la vida del pueblo* (1957)- es que la literatura y el arte mantengan siempre vínculos indisolubles con la vida del pueblo, que reflejen la riqueza y diversidad de nuestra realidad socialista y muestren, con brillantez y fuerza de convicción, la gran labor transformadora del pueblo soviético, la nobleza de sus aspiraciones y fines y sus elevadas virtudes morales. La suprema misión social de la literatura y el arte consiste en llevar al pueblo a la lucha por nuevos éxitos en la construcción del comunismo."[347]

El trabajo de educación ideológica presenta dificultades y obstáculos a los que hay que combatir tenazmente. Nos referimos a las supervivencias del capitalismo en la conciencia de los hombres, a la deletérea influencia de la ideología burguesa, que se opone a la obra de la construcción de la sociedad comunista. Una tarea importante del período de transición al comunismo es la de superar definitivamente esas supervivencias. En primer término hay que conseguir la desaparición de reminiscencias del pasado, como la actitud ante la propiedad social y el trabajo, el nacionalismo y los prejuicios religiosos, la afición a la bebida, la falta de respeto hacia la mujer y la disipación.

No tendríamos razón al pensar que las supervivencias del capitalismo pueden aparecer únicamente entre gentes de la generación vieja. Lamentablemente, su influencia se deja sentir también entre cierta parte de la juventud, poco templada en sus ideas. Esta juventud se muestra inclinada a admitir confiadamente el oropel exterior de la cultura burguesa y su modo de vida, sin ver detrás de todo esto la verdadera tragedia del trabajador en el mundo capitalista, con sus secuelas de la desocupación, la carencia de recursos y la inseguridad en el mañana.

Hay que tener presente que los países socialistas no se hallan separados del mundo del capitalismo por un muro infranqueable. De allí llegan, por los conductos más diversos, las ideas, opiniones y costumbres burguesas, que ejercen cierta influencia sobre las mentes poco firmes.

El hecho de que los Estados socialistas quieran la coexistencia pacífica con el capitalismo no da pie en absoluto para deducir que pueda haber un "armisticio" en la lucha de la concepción proletaria con la burguesa. Todo lo contrario, esta lucha adquiere en ocasiones más virulencia todavía, puesto que la burguesía imperialista, que no acepta la pérdida de sus posiciones políticas e ideológicas, acentúa en el terreno de las ideas su ofensiva contra los países socialistas.

De ahí que el XXI Congreso del P.C. de la U.S. subrayase una vez más la necesidad de "continuar la lucha irreductible con la hostil ideología burguesa", prestando "especial atención a la educación comunista de las jóvenes generaciones".

Hay que aprender a trabajar y a vivir a la manera comunista.

Construir el comunismo significa trabajar bien y producir cada vez más.

Para esto no basta con elevar constantemente la cultura y los conocimientos profesionales de los obreros, campesinos e intelectuales; también hay que educar en ellos la *actitud comunista hacia el trabajo.* Esto constituye para el Partido el centro de toda su labor de educación; se trata de conseguir que el trabajo, como actividad que crea todos los bienes materiales y culturales, se convierta en la primera necesidad vital de todos los hombres.

La actitud comunista hacia el trabajo significa, en primer término, la disposición y el deseo de trabajar bien, no porque nadie nos empuje a ello, ni sólo porque de ello depende la cuantía del salario, sino porque así lo impone nuestra conciencia y nuestro deber moral. Es también una visión viva y creadora, el espíritu de innovación, el constante afán de encontrar procedimientos nuevos para elevar la productividad del trabajo, mejorar la calidad y abaratar la producción.

La gran fuerza del socialismo reside en que, al

[347] N. S. Jruschov, *Por una estrecha relación de la vida* y *el arte con la vida del pueblo,* Gospolitizdat, Moscú, 1957, pág. 20.

emancipar a los hombres de la explotación, gesta profundos estímulos morales con relación al trabajo. En la Unión Soviética, el ferviente deseo de ser útil a la sociedad ha llevado estos últimos años a miles de muchachos y muchachas a las tierras vírgenes y obras de Siberia y el Extremo Oriente. Ese mismo deseo es el que impulsó a Valentina Gagánova, una de tantos ciudadanos soviéticos, y a sus miles de imitadores a pasar de una brigada de trabajo avanzada a otra atrasada, con objeto de ayudarla a alcanzar a los compañeros que iban por delante, aunque eso significara de momento un descenso de su salario.

A medida que se avanza hacia el comunismo, esa actitud consciente ha de penetrar en la gran masa de los trabajadores, y no sólo en los elementos avanzados de la producción. Esto no significa, ciertamente, que se puede prescindir de los estímulos materiales y reemplazarlos por los de índole moral. El interés material era y es una importante fuerza motriz en la elevación de la productividad del trabajo. Mas cuando se pasa al comunismo, a ese interés se han de incorporar nuevos y nuevos impulsos morales, que terminarán por ser lo principal y definitivo.

Muchas medidas de la sociedad socialista tienden a propiciarlo. Unas tratan de suprimir las últimas causas que se oponen a que los hombres cobren amor al trabajo, como cuando se encomienda a las máquinas la realización de grandes esfuerzos físicos, labores desagradables y hasta nocivas, la reducción de la jornada y de la semana de trabajo, etc. Otras medidas se orientan a elevar aún más el prestigio moral del trabajo y la fama del trabajador. Ese fin persiguen, por ejemplo, la concesión de órdenes, medallas y diplomas honoríficos a los mejores obreros, koljosianos y empleados, su promoción a los órganos supremos de poder y a puestos de dirección en el Partido y en las organizaciones sociales, y, finalmente, la diaria atención que por los hombres del trabajo muestran la prensa, la radio, la literatura y el arte.

Pero la actitud comunista hacia el trabajo no es sostenida sólo desde arriba, sino también por abajo. En nuestros días es muy característica la preocupación de las propias masas para que todos trabajen con un espíritu comunista. Así nos lo demuestra, por ejemplo, el movimiento de las brigadas del trabajo comunista, desplegado en la Unión Soviética, que se fijan precisamente esa tarea.

Este movimiento se marca también otro fin: aprender a vivir a la manera comunista. A vivir de tal manera que en todos los órdenes, en el seno de la familia y en la relación diaria con cuantos nos rodean sean cumplidos los elevados postulados de la moral comunista. En esta consigna encuentra expresión el vivo deseo de los propios miembros de la sociedad de llegar cuanto antes al *modo de vida comunista,* es decir, al modo de vida más rico en contenido, puro y racional que jamás conocieron los hombres.

La combinación del trabajo de educación del Partido y del Estado socialista con la iniciativa de las masas permite elevar hasta un nivel genuinamente comunista la fisonomía moral de todos los hombres. Y esto significa seguir los dictados de una ética basada en la fidelidad al comunismo y la intransigencia hacia sus enemigos, en la conciencia del deber social, en la participación activa en el trabajo para bien de la sociedad, en la observancia voluntaria de las normas fundamentales de la convivencia humana, en la ayuda amistosa, en la honradez, la sinceridad y la intolerancia hacia quienes turban el orden social.

Conforme se avance hacia el comunismo crecerán, sin duda, no sólo las demandas de los miembros de la sociedad, sino también las exigencias de la sociedad hacia sus miembros, hacia el comportamiento de éstos en el lugar de trabajo, en los sitios públicos y en el seno de la familia. Pero serán unas exigencias que se apoyarán cada vez más en los métodos de influencia moral y de convencimiento. Simultáneamente, el centro de gravedad de la educación del hombre nuevo se verá desplazado directamente a las *colectividades* en que se mueve.

La actividad práctica social de los países socialistas ha demostrado ya que el medio más eficaz de lucha contra el individualismo egoísta -que es el enemigo principal de la moral comunista- es un colectivismo activo. El colectivismo es lo que mejor responde al ideal del comunismo, puesto que para él la norma suprema de conducta es la que se ajusta al bien social. Al propio tiempo, es lo que mejor responde a los intereses del individuo, al cultivar en él las más elevadas virtudes humanas.

Esta es la razón de que, en el período de transición al comunismo, se dé tanta importancia al trabajo educativo en las reuniones de base del Partido, el Komsomol y los Sindicatos, así como en los lugares de trabajo. La colectividad socialista es capaz de influir poderosamente, y en caso necesario, de reeducar y convertir en miembros útiles de la sociedad a personas que parecían incorregibles por completo. En la acción de la colectividad se basa toda la pedagogía progresista, representada por un innovador tan eminente de esta ciencia como era A. S. Makarenko.

El P.C. de la U.S. trata de incrementar el papel de la colectividad de trabajo en la educación comunista ampliando sus derechos y facultades y su esfera de acción. Porque la colectividad puede influir sobre el individuo tanto más cuanto más unida se encuentra. Y esta unidad únicamente se consigue en la colectividad que conoce una vida intensa, donde sus miembros son activos, dan muestras de iniciativa y se ocupan de veras de sus asuntos.

No cabe duda de que es precisamente en el seno de la colectividad donde se formará el hombre del futuro, para el cual los principios del comunismo serán la base y la voz de su conciencia.

5. Desarrollo de la democracia socialista

El desarrollo y perfeccionamiento de la democracia socialista constituye una tarea de singular valor en el período de transición al comunismo. Así se desprende del carácter mismo de la construcción comunista. Únicamente es posible erigir el edificio de la nueva sociedad con la participación más activa de masas de millones de trabajadores; éstos no pueden ser meros ejecutores de la voluntad ajena, sino creadores conscientes de las nuevas formas de su vida social. Cuanto más cerca se halla del comunismo, mayor es el interés de la sociedad para que todos sus miembros tomen parte en la resolución de los asuntos del Estado socialista, no se limiten a trabajar y le ayuden con su consejo, con sus valiosas propuestas e ideas.

Direcciones principales en que se desarrolla la democracia socialista.

El desarrollo de la democracia socialista se consigue, ante todo, por el constante perfeccionamiento de la estructura y los métodos de trabajo de los órganos estatales, robusteciendo sus vínculos con las grandes masas. El sistema político se reorganiza de tal modo que los trabajadores puedan tener una participación directa cada vez mayor en los asuntos públicos.

En la estructura estatal crece el valor de los elementos que de manera directa están unidos al pueblo. En la U.R.S.S. se trata, sobre todo, de los Soviets de diputados de los trabajadores. Los Soviets, además de órganos de poder, son las más representativas organizaciones sociales. Constituyen una peculiar combinación del principio estatal y el social, el punto de confluencia donde la sociedad se convierte en Estado, y viceversa. A diferencia de las demás organizaciones, en las que se reúne una u otra parte del pueblo, los Soviets representan al pueblo entero.

Los diputados a los Soviets no son, en su inmensa mayoría, políticos profesionales, sino gente ocupada en las empresas y que cumple su deber social en el tiempo que les queda libre después de su trabajo. Los Soviets se forman de la manera más democrática: por elección directa. Los electores exponen a los diputados sus deseos y piden que los cumplan. Los diputados a los Soviets dan cuenta periódicamente de su gestión ante sus electores, los cuales pueden revocar su mandato.

Todo esto brinda a los Soviets amplias perspectivas en el período de transición al comunismo. Sus funciones y su labor crecerán incesantemente en la marcha de la construcción comunista. Cada vez es mayor el número de asuntos que son puestos bajo su competencia. Su labor se perfecciona en el sentido de que estrechan sus vínculos con la población, con el fin de conocer mejor sus deseos y su voluntad. A este objeto se crean numerosas comisiones adjuntas a los Soviets y los diputados toman parte en el examen de cuantas cuestiones plantean los electores.

Contribuye muy especialmente al desarrollo de la democracia socialista la costumbre de someter al examen de todo el pueblo los proyectos de leyes y disposiciones del Estado relativas a problemas trascendentales de la economía y la cultura. Así se ha hecho, por ejemplo, con los proyectos de ley sobre la reorganización de la dirección de la industria y la construcción en la U.R.S.S., sobre pensiones, instrucción pública y otros. Este sistema se seguirá aplicando y perfeccionando en el futuro.

Otro fenómeno propio del período de transición al comunismo es la gradual ampliación de los derechos concedidos a los órganos locales. Los órganos económicos centrales conservan únicamente las funciones necesarias para la dirección de la economía nacional como un todo único. Los asuntos restantes van pasando a ser competencia de los órganos locales. Las facultades de estos últimos son ampliadas sin vacilación conforme aparecen dirigentes capaces de gobernarlos y crece la cultura y la conciencia política de la población.

Durante estos últimos años, en la Unión Soviética han sido ampliados sensiblemente los derechos de las repúblicas, de los órganos republicanos y regionales de poder, de las empresas, los koljoses y los sovjoses. Las autoridades de las repúblicas corren ahora con la gestión de un gran número de empresas que antes dependían del Gobierno central.

Todo esto significa que la dirección se acerca a las masas, que el centro de gravedad se desplaza a los puntos donde es resuelta la suerte de los planes económicos. Y la proximidad de los órganos de poder a las masas facilita la tarea de incorporar a los trabajadores a la resolución de los asuntos públicos, al control sobre los dirigentes, haciendo más democráticos los propios métodos de dirección. Se comprende que la ampliación de las facultades de los órganos locales tiene sus límites, que vienen determinados por los intereses generales de la nación, por la necesidad de dirigir desde un centro los más fundamentales procesos económicos y político-sociales.

En el período de transición al comunismo es esencial el perfeccionamiento de los métodos de dirección de la economía nacional. Es la esfera principal en que actúa el Estado socialista, la esfera que no se estrechará, sino que se ampliará conforme el comunismo se acerque. V. I. Lenin decía en 1918 que organismos del tipo de los Consejos de la economía nacional "han de crecer, desarrollarse y

robustecerse, cumpliendo la labor más importante de la sociedad organizada".[348]

En el curso de la construcción del comunismo, sin embargo, los órganos económicos han de experimentar igual evolución que los políticos, aproximarse al máximo a la producción e incorporar ampliamente a su labor a todos los trabajadores. El leninismo enseña que, a medida que se avanza hacia el comunismo, la dirección de la economía ha de apoyarse en bases cada vez más democráticas.

A este postulado responde la reforma del sistema de dirección de la economía adoptada en la Unión Soviética en 1957. Al formarse los Consejos de la economía nacional, dependiendo de ellos empezaron a funcionar amplios consejos técnico-económicos. Si tomamos el país en su conjunto, de ellos forman parte decenas de miles de obreros avanzados, ingenieros y científicos. En las empresas han adquirido gran significado las asambleas permanentes de producción, con un total de seis millones de miembros: obreros, empleados y representantes de los Sindicatos, de la dirección, de las organizaciones del Partido y del Komsomol y de las sociedades científicas y técnicas. Las conferencias gozan de amplias facultades para influir activamente sobre todos los aspectos de la vida dentro de las empresas.

Una de las misiones más importantes de esta reforma es la de cortar todas las tendencias conservadoras y burocráticas en la dirección. Dichas tendencias se manifiestan por lo común en los intentos de castrar el contenido de la democracia socialista, de reducirla a un simple formalismo, de suplantar el examen práctico de los asuntos por simples apariencias y el intercambio vivo y fecundo de opiniones por discursos vacíos y por resoluciones que a nada comprometen. El formalismo es la manifestación más vivaz de la rutina y del burocratismo en las condiciones actuales. El burócrata, en el fondo de su alma no cree en las masas y desprecia sus consejos y deseos. Pero el comunismo es obra de las propias masas dirigidas por el Partido, ha de entrar en la conciencia de todos y cada uno y convertirse en carne de su carne. De ahí que el Partido Comunista mantenga siempre viva la lucha contra las manifestaciones burocráticas e incorpore a esta labor a los propios trabajadores.

Otra tarea importante en el período de transición al comunismo es la de robustecer e impulsar la democracia en las cooperativas agrícolas. El desarrollo de las relaciones mercantiles, monetarias no puede producirse sin que al mismo tiempo se amplíen las formas y los métodos democráticos de dirección de los asuntos de la cooperativa. El interés económico puede fortalecerse entre los koljosianos únicamente donde la asamblea general de los componentes de la cooperativa ocupa el lugar debido, donde la opción de los koljosianos es lo decisivo cuando se trata de decidir sobre asuntos que a su colectividad competen.

Transferencia de diversas funciones del Estado a las organizaciones sociales.

Una dirección sustancialmente nueva en el desarrollo de la democracia, que aparece en el período de transición al comunismo, es la transferencia gradual de funciones del Estado a las organizaciones sociales.

En su informe ante el XXI Congreso del P.C. de la U.S., N. S. Jruschov decía que habían de ser puestas ya bajo la competencia de las organizaciones sociales las cuestiones relativas a los servicios culturales, a la sanidad, a la dirección de sanatorios y casas de descanso y a la cultura física. Antes todavía se había recurrido a las organizaciones sociales para la labor de divulgación de los conocimientos científicos y técnicos. Las organizaciones sociales, de conjunto con instituciones del Estado como las milicias y los tribunales, han de tomar a su cargo la función del mantenimiento del orden público y la seguridad.

Amplíanse, pues, considerablemente, las funciones y facultades de las organizaciones sociales. Esto se refiere en primer término a las organizaciones de la clase obrera, a los sindicatos. El problema de la ampliación de las funciones y facultades de éstos sirvió de tema al Pleno del C.C. del P.C. de la U.S. celebrado en diciembre de 1957. Los sindicatos soviéticos tienen actualmente posibilidades aún mayores para incorporar a los obreros y empleados a la dirección de la producción, para controlar cuanto se refiere a la organización del trabajo, a los salarios y a la vida de los trabajadores. Los comités sindicales participan en la elaboración de los planes de trabajo y escuchan informes de los dirigentes de las empresas acerca del cumplimiento de estos planes y de los compromisos adquiridos por contrato colectivo. Sin el consentimiento del comité sindical, la dirección no puede despedir a nadie ni establecer tarifas y normas de trabajo. Los comités de fábrica pueden, si así lo consideran oportuno, proponer medidas de censura contra los dirigentes que no cumplen los compromisos del contrato colectivo, dan muestras de burocratismo o incumplen la legislación laboral.

Según se indicaba en las resoluciones del XXI Congreso del P.C. de la U.S., los sindicatos se han de encargar también de las cuestiones de sanidad, sanatorios y casas de descanso.

¿A qué se debe la transmisión de las funciones del Estado a las organizaciones sociales? A que, en las condiciones propias del socialismo, los métodos *sociales* de dirección producen en muchos casos mejor efecto que los métodos puramente administrativos. Se basan en la iniciativa de la población; presuponen que los hombres no se rigen

[348] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVII, pág. 372.

de conformidad con órdenes venidas de arriba, sino según las soluciones a que ellos llegan colectivamente, las cuales, por tanto, recogen de la manera más completa y tienen en cuenta los intereses y las condiciones concretas de cada lugar. Es la gran superioridad de los métodos sociales, basados en la iniciativa de los propios trabajadores, que permiten interesarlos al máximo y hacerles pensar en los asuntos de su colectividad e incorporarlos a la participación en la vida social.

Los métodos sociales tienen otra ventaja: todos se muestran más inclinados a cumplir a conciencia los acuerdos adoptados con su colaboración, con conocimiento suyo y en los que se recogen sus intereses y propuestas. Por esta razón, la transferencia de las funciones del Estado a las organizaciones sociales empieza por aquellos asuntos en que más valiosa es la iniciativa y donde puede rendir mejores frutos (cultura, deportes, descanso, etc.).

No tendríamos razón para contraponer los métodos sociales a los administrativos. El Estado socialista pertenece a los trabajadores, y sus instituciones representativas, según tuvimos ocasión de ver, son de por sí organizaciones sociales de los trabajadores. No se encuentran sobre la sociedad ni le imponen su criterio. Lo principal en la labor del Estado socialista es el convencimiento, y por eso recurre siempre a la conciencia política de los ciudadanos. En este sentido, no hay diferencias de principio entre las organizaciones sociales y las estatales.

No obstante, el Estado sigue siendo Estado; en la presente etapa no puede renunciar aún por completo a los métodos de coerción. La acertada relación entre las organizaciones estatales y sociales ha de consistir en que unas y otras se complementen, de la misma manera que se complementan los métodos de convencimiento y coerción.

El papel de las organizaciones sociales se incrementará conforme nos acerquemos al comunismo. A ellas irán pasando nuevas funciones que ahora son cumplidas por los órganos de poder. El Estado podrá dedicarse entonces por completo a los problemas básicos de la economía nacional y de la elevación del bienestar del pueblo. Sus funciones se centrarán en la coordinación de todos los aspectos de la vida social y en las necesidades de la defensa del país.

Esto eleva extraordinariamente la responsabilidad de las propias organizaciones sociales. De su trabajo han de desaparecer los últimos vestigios de burocratismo y formalismo; toda su labor ha de basarse en la amplia iniciativa de los trabajadores y la máxima aplicación de los principios democráticos.

Acerca de las condiciones de la extinción del Estado.

El desarrollo de la democracia socialista es simultáneamente un proceso de preparación de las condiciones para la extinción del Estado.

El problema de la extinción del Estado tuvo por primera vez un planteamiento científico en las obras de Marx y Engels, quienes demostraron que no era una institución eterna. Nació al dividirse la sociedad en clases hostiles y desaparecerá cuando sea construida la sociedad comunista sin clases. Esto se producirá, señalaban los fundadores del marxismo, no de la noche a la mañana, sino gradualmente, a medida que vayan cambiando las condiciones sociales y la conciencia de los hombres. "El Estado no es «suprimido», sino que *se extingue",*[349] escribía Engels.

La extinción del Estado significa concretamente lo siguiente: En primer lugar, la desaparición gradual, diluyéndose en la sociedad de la *capa específica de hombres* ocupados permanentemente en la dirección de los asuntos públicos y que, en realidad, encarnan el Estado. Con otras palabras, la extinción del Estado presupone la reducción constante, hasta desaparecer por completo, del aparato estatal, que transferirá sus funciones a la propia sociedad, es decir, a las organizaciones sociales, a la población en su conjunto. En segundo lugar, la extinción del Estado significa la desaparición gradual de la necesidad de *medidas coercitivas* respecto de los miembros de la sociedad.

El avance y perfeccionamiento de la democracia socialista se orientan precisamente en ese sentido. Si las masas son incorporadas cada vez más ampliamente a la dirección del Estado y de la producción, si nuevas y nuevas funciones del Estado son transferidas a las organizaciones sociales, está claro que la necesidad de un aparato estatal específico se irá reduciendo hasta desaparecer por completo con el tiempo. Las organizaciones sociales, que se apoyan en la iniciativa de los trabajadores, hacen innecesario un aparato voluminoso. Cuando la propia población se encarga de vigilar y mantener el orden público, las milicias (policía) pueden ser, como es lógico, reducidas.

La necesidad de la coerción acabará también por desaparecer. Primero se hizo innecesaria en cuanto a las clases explotadoras, desde el momento en que estas clases fueron eliminadas por completo. Posteriormente se hará innecesaria toda medida coercitiva contra parte alguna de la sociedad, cuando todos los ciudadanos, sin que se lo impongan reglamentos administrativos, cumplan con su deber en el trabajo, en la vida político-social y en lo que se refiere a la defensa de la patria, cuando observen las normas y reglas de la convivencia socialista.

La extinción del Estado no significa, sin embargo, que en el futuro no habrá ningún órgano de gobierno. La necesidad de dirigir la producción social seguirá

[349] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., pág. 265.

siempre en pie, aunque no se encargará de ello el Estado, sino una *administración social.* "El problema de la extinción del Estado, comprendido dialécticamente -decía N. S. Jruschov en su informe ante el XXI Congreso del P.C. de la U.S.-, se refiere a la evolución del Estado socialista hacia una administración social comunista."[350]

La administración social aparece como fruto del desarrollo y perfeccionamiento de la democracia socialista. Por ello puede decirse que, en realidad, se ha iniciado ya el proceso de extinción del Estado. Vemos cómo los órganos de éste se transforman en órganos de administración social. Por otra parte, el paso a esta administración viene preparado por el desarrollo de las organizaciones sociales existentes. Es muy posible que en el futuro aparezca un nuevo tipo de organización social en la que se combine lo más valioso de la experiencia reunida en el trabajo de las organizaciones del Partido, del Estado y de los Sindicatos.

El Estado de la dictadura del proletariado ha cumplido un gran papel en la formación de la nueva sociedad. Sin su labor de organización habría sido imposible construir el socialismo. La necesidad del Estado permanece en pie hasta el triunfo completo del comunismo. El Estado sólo se extinguirá definitivamente cuando, como decía Lenin, "los hombres se *habitúen* gradualmente a observar las elementales normas de convivencia, conocidas desde hace siglos, repetidas durante milenios enteros en toda clase de idiomas, a observarlas sin necesidad de violencia, sin coerción, sin subordinación, *sin el aparato especial* de coerción que se conoce con el nombre de Estado".[351]

El problema de la extinción del Estado no podemos considerarlo al margen de las condiciones internacionales. Estas condiciones, si bien es cierto que no pueden abolir los procesos que conducen a la extinción del Estado, pueden obligar a mantener durante más o menos tiempo las funciones -y por tanto los órganos estatales- relacionadas con la defensa del país, la protección de la paz y la seguridad, la coexistencia pacífica y la colaboración económica internacional.

Mientras exista el peligro de agresión por parte de los Estados imperialistas, no es posible debilitar los órganos del Estado socialista a quienes está encomendada la defensa frente a los manejos de los enemigos exteriores. Durante todo este período se mantendrá plenamente la función de defensa del país frente a una posible agresión del exterior, se conservarán las fuerzas armadas y los servicios de reconocimiento. Esta función perderá su razón de ser cuando desaparezca el imperialismo.

Así, pues, la extinción del Estado es un proceso complejo y contradictorio. Su dialéctica se traduce en que unas funciones se van transformando o desaparecen gradualmente, mientras que otras se mantienen y hasta se intensifican.

¿Podemos hablar, así las cosas, de que el Estado se extingue?

Sí podemos, pues la dirección general del desarrollo, en el período de transición al comunismo, conduce precisamente a ello. La necesidad de mantener y reforzar algunas funciones estatales influye, ciertamente, sobre el proceso de extinción del Estado, sobre sus formas y rapidez con que se lleva a efecto, pero en manera alguna hace que tal proceso desaparezca. Dentro de las condiciones propias del socialismo, el robustecimiento de la capacidad de defensa del país no debe significar obstáculo alguno para los avances de la democracia en el seno de la sociedad, para una incorporación siempre en aumento de las masas trabajadoras a la dirección de los asuntos públicos. Además, el incremento de unas u otras funciones del Estado socialista no se traduce en la ampliación y fortalecimiento del aparato administrativo, y en particular de los órganos de coerción. En este sentido, el régimen socialista se diferencia sustancialmente del burgués.

Atendiendo a las condiciones de la situación internacional, hay que tener un ejército, un servicio de reconocimiento y una industria de defensa fuertes. Pero no es esto sólo lo que hace fuerte al Estado socialista. Su fuerza reside, ante todo, en la solidez de su base social, en la devoción del pueblo a la causa del socialismo. "La burguesía -decía Lenin- sólo admite que un Estado es fuerte cuando puede, con ayuda de su aparato administrativo, lanzar a las masas allí donde los gobernantes burgueses lo desean. Nuestra noción de la fuerza es otra. Nosotros consideramos que la fuerza del Estado está en la conciencia de las masas. Es fuerte cuando las masas lo saben todo, pueden juzgar acerca de todo y lo aceptan todo conscientemente."[352]

Este fortalecimiento del Estado no se contradice con su extinción, y en realidad prepara las condiciones para llegar a ella.

El partido marxista-leninista en el período de transición al comunismo.

Una característica del desarrollo de la democracia socialista en el período de transición al comunismo es el papel creciente del Partido como fuerza que orienta y dirige a la sociedad. Así lo imponen los intereses de la sociedad en su conjunto y de la construcción del comunismo.

Decíamos anteriormente que la construcción de la sociedad socialista no es un proceso que se

---

[350] N. S. Jruschov, "Acerca de las cifras de control para el desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. durante los años 1959-1965", en *Materiales del XXI Congreso extraordinario, del P.C.U.S.,* Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 119.

[351] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXV, pág. 434.

[352] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXVI, pág. 224.

desenvuelve por sí mismo, aunque su marcha está sujeta a leyes objetivas. En él corresponde un papel siempre mayor a la labor consciente y orientada de los trabajadores, que se encuentra dirigida por una voluntad única de conformidad con planes elaborados de antemano. Entonces es más necesario que nunca un conocimiento profundo de las leyes del desarrollo social y una estimación atenta de la experiencia de millones de trabajadores. En este período, sin embargo, son también más favorables las condiciones para la dirección consciente de los procesos sociales: crece el potencial económico, se perfecciona la organización de la sociedad y se agrupan aún más estrechamente todas las capas que la integran.

Estas enormes posibilidades únicamente pueden ser convertidas en hechos a condición de que aumente y se perfeccione el papel de dirección del partido marxista-leninista, en el que se personifica el principio consciente dentro de la construcción del comunismo. Es precisamente el Partido, provisto de su teoría científica y siempre atento a la voz de la práctica, el que conoce de manera más completa, amplía y profunda las tendencias objetivas de la realidad y, apoyándose en ellas, orienta y organiza la labor creadora y concreta de las grandes masas del pueblo.

El papel del Partido crece también a consecuencia del cambio que se produce en las relaciones del Estado con las organizaciones sociales. A medida que estas últimas se van haciendo cargo de las funciones que eran competencia del Estado, el Partido pasa a primer plano como dirigente de la sociedad entera y como primera fuerza entre las organizaciones sociales. El Partido dirige tanto el proceso de extinción del Estado como la labor de los sindicatos y demás organizaciones sociales, ayudándolas a ocupar el nuevo puesto que les corresponde en la antesala del comunismo.

Además, sin la dirección unificadora del Partido, la ampliación de funciones de las organizaciones sociales, las mayores facultades concedidas a los organismos de administración local y la gradual descentralización -procesos que en su conjunto traen consigo los avances de la democracia- podrían conducir a ciertas consecuencias negativas para la sociedad, como el incremento de las tendencias localistas y departamentales. Entrañarían el peligro de que los intereses de "mi" departamento o de "mi" distrito pudieran ser opuestos a los intereses generales del Estado y de todo el pueblo, con el perjuicio consiguiente para las tareas que afectaban al común de la nación. Y el Partido es una organización que no depende de influencias departamentales o localistas, que siempre tiene presentes los intereses de todo el pueblo, y así es como enfoca cualquier asunto. Esto es de una importancia excepcional en un país multinacional como es la Unión Soviética. El Partido da consistencia al régimen soviético. Su unidad, basada en la comunidad de fines y de ideas, y su centralismo democrático dan una fuerza inusitada a la sociedad que construye el comunismo.

Se comprende que el creciente papel del Partido incrementa su responsabilidad y lo que de él se exige. La valiosa experiencia del Partido Comunista de la Unión Soviética -el primer partido marxista que se ve ante la empresa de dirigir la construcción del comunismo- nos permite juzgar sobre qué aspectos de su labor adquieren particular importancia.

La dirección de una obra tan completa como la construcción del comunismo es imposible sin la capacidad para *buscar con espíritu creador lo nuevo,* con objeto de cambiar decididamente las formas de organización y los métodos de trabajo caducos, que han dejado de corresponder a la situación. Esta cualidad es particularmente valiosa si tenemos en cuenta que los aficionados a una vida sin preocupaciones se sienten a menudo tentados a valerse de los mismos métodos, que eran buenos ayer y anteayer, cuando ya se ve a las claras que han de ser reemplazados por otros nuevos, más avanzados. En el período de construcción del comunismo en todos los frentes, muchos criterios valorativos de que ayer nos servíamos, ya no pueden valernos. Sólo el éxito que hoy se consigue antes, con más facilidad y al precio de menos inversiones que ayer, corresponde a los dictados del momento. Lo que decide el éxito, lo que se necesita, es avanzar a la velocidad máxima y con los menores gastos, buscar diariamente y poner en juego todas las posibilidades y ventajas que lleva en sí el sistema socialista.

El Partido no permite que nadie se conforme con lo conseguido. Llama a ir siempre adelante, a marchar por caminos nuevos, y da ejemplo de espíritu de innovación, sin ocultar por eso las dificultades que hay que vencer, sin velar los defectos y concentrando los esfuerzos de todo el pueblo en el cumplimiento de las nuevas tareas. Gracias a esta dirección, las energías fecundas del pueblo se decuplican y se avanza con éxito hacia la transformación de la sociedad socialista en comunista.

A medida que la sociedad penetra en la nueva formación, se amplía el número de cuestiones y problemas que la teoría del marxismo-leninismo no trató en absoluto o lo hizo tan sólo en términos muy generales. En estas condiciones, un audaz espíritu de creación en el campo de la *teoría* es premisa indispensable para el avance. El Partido Comunista de la Unión Soviética resuelve airosamente los más complejos problemas que la vida plantea. Bastará señalar la aportación de sus XX y XXI Congresos a la teoría marxista-leninista, al afrontar con un criterio nuevo trascendentales cuestiones de la construcción del comunismo en la U.R.S.S., de la situación

internacional y del movimiento comunista.

La labor del P.C. de la U.S. demuestra palmariamente que el desarrollo de la teoría no consiste en amontonar citas venga o no venga a cuento, a lo que tan aficionados se mostraban todo género de talmudistas, gentes de espíritu perezoso, sino en el profundo estudio y generalización de la experiencia que la vida nos brinda. Lo principal ahora no es limitarse a la propaganda de la teoría del comunismo, sino concentrar los esfuerzos en la fecunda aplicación de los principios del marxismo-leninismo a la práctica diaria, al cumplimiento de las tareas de la construcción comunista. En estas condiciones, la unidad de la teoría y la práctica es más importante que nunca.

Para dirigir concretamente la construcción de la sociedad comunista, el Partido ha de disponer de *dirigentes capacitados* que sepan imponerse en todos los asuntos. Por eso, el P.C. de la U.S. orienta a todas sus organizaciones y miembros hacia el estudio concreto de la economía, la técnica, las leyes económicas y las formas en que éstas se manifiestan. Esto desagradará únicamente a quienes querrían limitarse a hacer la propaganda del comunismo "en general", a quienes no comprenden que en el período de construcción del comunismo en todos los frentes se necesitan *hombres prácticos,* capaces de conducir a las masas al cumplimiento de las grandes tareas de nuestro tiempo.

A ello se debe el gran significado que en este período adquiere el *trabajo de organización.* Cuando la línea política ha sido trazada, el centro de gravedad se traslada a la selección de los dirigentes, a la organización precisa del trabajo de miles y millones de hombres, a la elaboración de medidas concretas capaces de asegurar el funcionamiento rítmico de las empresas, el incremento de la riqueza social de los koljoses y de los ingresos de los koljosianos y la elevación de la cultura y la conciencia de los trabajadores. Así es como el Partido Comunista de la Unión Soviética ve su papel dirigente, sin limitarse a proclamarlo, sino dándole el aval de un intenso trabajo práctico.

Un valor formidable tiene el constante *fortalecimiento de los vínculos del Partido con las masas.* Anteriormente nos hemos detenido ya en las nuevas formas y métodos de esta labor. Los planteamientos políticos y los planes de construcción del comunismo que el Partido presenta tienen tanto más garantizado el éxito cuanto mejor recogen el pensar del pueblo, cuando mejor se hacen eco de su fecunda iniciativa, son comprendidos por millones de trabajadores y se convierten en parte inseparable de ellos mismos. Así lo confirma con todo vigor la experiencia del Partido Comunista de la Unión Soviética, que perfecciona sin cesar las formas de sus vínculos con las masas trabajadoras.

E] Partido no puede ponerse a la cabeza del trabajo fecundo de las masas y dirigir el proceso de desarrollo de la democracia socialista si no fomenta la *democracia en sus propias filas.* El rotundo viraje llevado a cabo estos últimos años por el P.C. de la U.S. hacia los principios y normas leninistas de la vida del Partido no se debía a las necesidades concretas del momento; su alcance es mucho más amplio. Ya sabemos que el Partido se apoya para toda su labor no en la imposición, sino en el convencimiento, en la explicación, en el esclarecimiento político, y en este sentido sus métodos de trabajo son el paradigma de los métodos de dirección en la sociedad comunista. La democracia interna proporciona a los miembros del Partido una conciencia comunista y unos rasgos de carácter y normas de conducta que en muchos aspectos nos permiten ver lo que será el hombre del comunismo. Con el tiempo, se evolucionará en el sentido de que la ideología, los principios y las normas de vida del Partido lleguen a convertirse en patrimonio de la sociedad entera. De hecho, todos serán entonces comunistas conscientes.

Ciertamente, los enemigos declarados y encubiertos del comunismo verían con muy buenos ojos que el Partido comenzase cuanto antes a replegarse en su labor dirigente. Pero no ocurrirá así. Los intereses de la construcción comunista exigen todo lo contrario, el incremento del papel dirigente del Partido, el perfeccionamiento constante de su actividad en todos los órdenes de la vida social: en política y economía, en la ciencia y la cultura, en la literatura y el arte.

6. Significado internacional de la construcción del comunismo en la U.R.S.S.

La Unión Soviética construye el comunismo cuando en el mundo existen dos sistemas sociales. Esto da valor internacional a la resolución de los problemas de la construcción comunista. Los éxitos conseguidos en el avance hacia el comunismo no son va solamente jalones de la vida interior de la U.R.S.S., sino acontecimientos internacionales de gran importancia. Las realizaciones económicas y técnicas, el ascenso del nivel de vida y los progresos de la democracia no tienen un significado exclusivo para los ciudadanos soviéticos, sino que su repercusión se extiende a la marcha y la suerte final de la gran emulación económica, política e ideológica que se desarrolla entre los dos sistemas.

Perspectivas de la emulación económica de la U.R.S.S. con los países capitalistas.

En su marcha hacia el comunismo, la Unión Soviética ha de obtener una gran victoria económica sobre el capitalismo. En un breve plazo histórico ha de sobrepasar en la producción por habitante a los países capitalistas más desarrollados.

En su emulación con el capitalismo, la Unión

Soviética ha de alcanzar en este sentido, en lo fundamental, a los cuatro países que poseen un capitalismo más desarrollado: Estados Unidos, Inglaterra, República Federal Alemana y Francia. Pero de ordinario, los avances económicos de la U.R.S.S. son comparados con los índices de Estados Unidos, puesto que es el más poderoso país capitalista. Dejar atrás los índices de Estados Unidos significa superar las mayores realizaciones del capitalismo, el "techo" que ha podido alcanzar como sistema económico-social.

El hecho de que la Unión Soviética se haya propuesto como fin inmediato sobrepasar a Estados Unidos habla ya de las enormes posibilidades de que dispone hoy día el primer Estado socialista del mundo, de su formidable potencial económico. Actualmente, el nivel de producción de Norteamérica no es ya para la U.R.S.S. algo inaccesible, como lo hubo podido parecer hace veinticinco o treinta años. En algunos tipos de producción, como, por ejemplo, trigo, madera y azúcar, la Unión Soviética va ya por delante de los Estados Unidos. Se ha reducido sensiblemente la diferencia en la extracción de mineral de hierro y carbón y en la producción de tejidos de algodón y lana. El pueblo soviético se ha marcado una tarea perfectamente realizable: en los próximos años, alcanzar a Estados Unidos en la producción por habitante de carne, leche y mantequilla.

Un jalón importante en el cumplimiento de la tarea económica fundamental será la realización del plan septenal de desarrollo de la economía nacional y la cultura de la U.R.S.S. (1959-1965). El problema básico de este plan es el de ganar el máximo de tiempo en la emulación económica pacífica con el capitalismo. En estos años, la Unión Soviética ha de infundir otro poderoso impulso a la economía, la cultura y el bienestar material del pueblo. Bastará decir que el volumen global de la producción industrial aumentará en estos siete años el 80 por ciento aproximadamente. Se trata de cifras enormes: el incremento de la producción en este tiempo será igual a lo conseguido en los últimos veinte años.

Un programa más grandioso todavía es el plan trazado en líneas generales para quince años. Las direcciones principales de desarrollo de las fuerzas productivas en este período fueron expuestas por N. S. Jruschov en noviembre de 1957, en su informe ante la sesión conmemorativa del Soviet Supremo de la U.R.S.S. Según los primeros proyectos, en los próximos quince años los sectores fundamentales de la industria soviética incrementarán su producción en dos y tres veces, hasta llegar al siguiente nivel anual: extracción de mineral de hierro, 250 a 300 millones de toneladas; fundición de hierro, de 75 a 85 millones de toneladas; de acero, de 100 a 120 millones de toneladas; extracción de carbón, de 650 a 750 millones de toneladas; de petróleo, de 350 a 400 millones de toneladas; extracción y producción de gas, de 270 a 320 mil millones de metros cúbicos; producción de energía eléctrica, de 800 a 900 mil millones de kilovatios hora; producción de cemento, de 90 a 110 millones de toneladas; de azúcar, de 9 a 10 millones de toneladas; de tejidos de lana, de 550 a 650 millones de metros, y de calzado de cuero, de 600 a 700 millones de pares.

Se trata de cifras aproximadas, que pueden variar en un sentido o en otro. Y lo más probable es que varíen en el sentido de verse reducido el tiempo necesario para cumplir estos planes.

Con el cumplimiento de sus planes económicos, en 1965 la Unión Soviética alcanzará en la producción absoluta de los artículos más esenciales, y en otros se aproximará, al nivel existente hoy día (1958-1959) en los Estados Unidos. En cuanto a la agricultura, en su conjunto, la producción por habitante será superior a la que los Estados Unidos han logrado actualmente.

Si en 1965 no se consigue rebasar el nivel de producción industrial de los Estados Unidos por habitante, en todo caso quedarán atrás los países europeos de capitalismo desarrollado, como son Inglaterra, República Federal Alemana y Francia.

Después de esto se necesitarán probablemente otros cinco años para alcanzar y sobrepasar a los Estados Unidos en la producción industrial por habitante. Quiere decirse que entonces, o acaso antes, la Unión Soviética pasará a ocupar el primer puesto del mundo, tanto por su producción industrial absoluta como por la producción por habitante. *Esto será una victoria histórica del socialismo en la emulación pacífica con el capitalismo en el campo internacional.*

Sería simplificar las cosas el suponer que la Unión Soviética había acabado la construcción del comunismo al alcanzar a los Estados Unidos en el aspecto económico. No, no se trata de la meta final, como dijo N. S. Jruschov ante el XXI Congreso del P.C. de la U.S., sino únicamente "un apeadero en el que nosotros podemos alcanzar al país capitalista más desarrollado, dejarlo en él y seguir adelante".[353]

Los trabajadores de la Unión Soviética tienen la seguridad absoluta de que estos planes son perfectamente hacederos. Esta seguridad se basa en la circunstancia de que la economía nacional de la Unión Soviética avanza con una rapidez que los países capitalistas jamás podrán conseguir. El crecimiento anual de la producción industrial de la U.R.S.S. en cuarenta años (1918-1957) ha sido de 10,1 por ciento, mientras que en los Estados Unidos no ha pasado de 3,2 por ciento. En los siete años que

[353] N. S. Jruschov, "Acerca de las cifras de control para el desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. durante los años 1959-1965", en *Materiales del XXI Congreso, extraordinario, del P.C.U.S.,* Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 112.

van de 1952 a 1958, los índices respectivos han sido: para la Unión Soviética de 11,4 por ciento, y para los Estados Unidos de 1,6 por ciento. Todo hace pensar que, indudablemente, el nivel de desarrollo económico se mantendrá a la misma altura.

Esta seguridad descansa también en la circunstancia de que la Unión Soviética dispone de una potente industria socialista, de una gran agricultura mecanizada, de hombres capaces de llevar a cabo las más complejas tareas técnicas y de inagotables recursos naturales. Todo esto brinda posibilidades ilimitadas para el incremento de la producción y para el ascenso del nivel de vida del pueblo.

El significado de los planes de construcción comunista en la U.R.S.S. se ve todavía más robustecido y acrecentado por los éxitos y perspectivas de nuevos avances que presentan los demás países socialistas.

Avance regular de los países socialistas hacia el comunismo.

Estos siete años significan una etapa decisiva en la emulación económica con el capitalismo de todo el campo mundial del socialismo, y no sólo en la pugna pacífica que la U.R.S.S. sostiene en el plano económico con los países capitalistas más desarrollados. Según cálculos de los especialistas, el cumplimiento de los planes económicos de la U.R.S.S. y de los demás países del campo socialista significará que éste va a obtener en 1965 *más de la mitad de la producción industrial del mundo.* De este modo, el sistema económico preponderante dentro de nuestro planeta pasará a ser el socialismo.

Los éxitos económicos y políticos del campo socialista permiten enfocar con un criterio nuevo el problema de las *perspectivas del avance de la humanidad hacia el comunismo.*

No hace mucho se debatía en el movimiento comunista la posibilidad de construir el socialismo en un solo país. La historia se ha encargado de dar cumplida respuesta. En la Unión Soviética el socialismo ha vencido por completo y definitivamente. No hay actualmente en el mundo fuerzas capaces de restaurar el capitalismo en el País Soviético y de destruir el campo socialista. El peligro de una restauración del capitalismo en la U.R.S.S. ha quedado eliminado.

La vida ha planteado ahora otro problema de capital importancia teórica y política. Se trata de la manera como, en adelante, van a evolucionar los países socialistas hacia el comunismo. Refiriéndose a ello decía N. S. Jruschov en su informe ante el XXI Congreso del P.C. de la U.S.: "Teóricamente es más acertado suponer que los países del socialismo, utilizando acertadamente las posibilidades que encierra el régimen socialista, pasarán más o menos simultáneamente a la fase superior de la sociedad comunista."[354]

Esta conclusión tiene un formidable significado práctico para la construcción del comunismo. Quiere decir, primeramente, que la sociedad comunista puede ser construida antes del triunfo sobre el capitalismo en todo el mundo. La base para la comunidad comunista de naciones será el campo socialista mundial. En segundo lugar, significa que, a pesar de las diferencias en cuanto a su nivel de desarrollo, los países socialistas pasarán a la sociedad comunista al mismo tiempo aproximadamente.

Estas espléndidas perspectivas infunden nuevos bríos a los trabajadores de los países socialistas y robustecen aún más su seguridad en el triunfo del comunismo.

¿De dónde se desprende la posibilidad de que los países del socialismo entren más o menos al mismo tiempo en la fase superior de la sociedad comunista? Así viene determinado por las leyes del desarrollo económico del sistema socialista mundial.

En el capítulo XXV se indicaba que dentro de este sistema obra la ley del desarrollo planificado y proporcional. Su acción se manifiesta en la circunstancia de que los países antes atrasados económicamente, apoyándose en la colaboración y la ayuda mutua, impulsan rápidamente su economía y su cultura hasta el nivel de los avanzados. En su conjunto, se va equilibrando la línea del progreso económico y cultural de todos los países. Esto hace posible que la Unión Soviética y los demás países socialistas puedan pasar al mismo tiempo, poco más o menos, a la fase superior del comunismo.

¿Qué factores son lo decisivo en este aspecto?

Primero, el elevado ritmo de la acumulación socialista. La economía socialista planificada permite a todos los países destinar anualmente grandes recursos a las construcciones básicas, asegurando así el rápido avance de toda la economía nacional en su conjunto. La experiencia demuestra que los países económicamente atrasados pueden infundir un vigoroso impulso a su expansión en este orden. Se comprende que el salto del atraso al progreso exige gran tensión de fuerzas, pero la industrialización de la Unión Soviética demuestra que los beneficios obtenidos compensan plenamente el esfuerzo.

Segundo, la posibilidad que los países atrasados tienen de apoyarse en la base técnica más moderna, que les ayuda a crear Estados socialistas industrialmente desarrollados. El progreso de los países socialistas atrasados hasta el nivel de los avanzados no es motivo de rivalidades entre ellos, sino que propicia en el más alto grado un desarrollo *general,* el vertiginoso incremento de toda la

---

[354] N. S. Jruschov, "Acerca de las cifras de control para el desarrollo de la economía nacional de la U.R.S.S. durante los años 1959-1965", en *Materiales del XXI Congreso, extraordinario, del P.C.U.S.,* Gospolitizdat, Moscú, 1959, pág. 126.

economía socialista mundial.

Tercero, la superioridad del sistema de especialización y cooperación a que se ha llegado dentro del campo socialista. Gracias a este sistema, cada país está en condiciones de montar la producción en masa de los artículos que más le convienen desde el punto de vista de sus propias condiciones, y no sólo para satisfacer las necesidades propias, sino para cubrir la demanda de los países hermanos. Y la producción en gran escala permite recurrir a los métodos y al equipo más moderno, con lo que, como consecuencia del nivel de la productividad del trabajo, se acerca a los países avanzados.

Cuarto, la desinteresada ayuda mutua de los países socialistas. La concesión por los países desarrollados de créditos, los envíos de utillaje, la entrega a título gratuito de documentación técnica y la ayuda en la capacitación de técnicos contribuye a eliminar las diferencias económicas entre los países socialistas. El carácter de la ayuda es tal que contribuye, sobre todo, a la industrialización y a la expansión de los recursos económicos de cada país. Se comprende, sin embargo, que esto no hace innecesarios, sino que presupone, los esfuerzos propios de cada país en la labor de acelerar la marcha hacia el comunismo.

La construcción de la sociedad comunista en todos los países del socialismo significará para sus pueblos un gran triunfo histórico, que no podrá por menos de traer consigo cambios esenciales en todo el mundo.

Influencia de los éxitos de la construcción comunista sobre la marcha del mundo.

Los éxitos de la construcción del comunismo en la U.R.S.S. y los avances de las democracias populares contribuyen en el más alto grado a resolver el problema más importante de nuestros tiempos: el de salvar a la humanidad de la amenaza de una guerra atómica.

El campo socialista mundial, que marcha a la vanguardia de toda la humanidad pacífica, contribuye más que nada a imponer la sensatez a los círculos agresivos del imperialismo. Conforme se produzcan nuevos éxitos en la construcción comunista, esta *misión salvadora* del campo del socialismo se hará aún más patente. Según señalaba el XXI Congreso del P.C. de la U.S., eso trae consigo la *posibilidad real de eliminar las guerras mundiales de la vida de la sociedad humana.*

Imaginémonos el panorama de un próximo futuro. La Unión Soviética se convertirá en la primera potencia industrial del mundo. La China popular será un poderoso Estado industrial. Todas las democracias populares, económicamente desarrolladas, vivirán una vida próspera. Habrá mejorado, sin duda, la situación económica de los Estados pacíficos de Oriente. El movimiento obrero internacional será aún más potente y organizado. Las fuerzas democráticas obtendrán nuevos éxitos en todo el mundo.

Todo esto hará cambiar todavía más la correlación de fuerzas en escala internacional en favor de la paz y el socialismo. Aun antes del triunfo del socialismo en todo el globo, la guerra puede ser eliminada de la vida de los pueblos. Esto no vendrá por sí mismo, ciertamente, y exigirá esfuerzos, una lucha incesante y vigilancia por parte de los pueblos, que no pueden perder de vista los manejos de los incendiarios de guerra. Pero la perspectiva misma de poner fin a los conflictos bélicos no puede por menos de infundir ánimos a todos los pueblos y de incrementar su lucha en pro de la paz universal. Y esto será un gran mérito que el campo mundial del socialismo se apuntará en su haber.

Considerando las perspectivas de la construcción comunista en la U.R.S.S., se esbozan nuevas posibilidades para la clase obrera de los países capitalistas. La burguesía podía hasta ahora especular con los defectos y dificultades de la construcción de la nueva sociedad. Esas especulaciones se van a caer por su base. No está lejos el día en que los trabajadores de la Unión Soviética tendrán *la jornada más corta, la semana de trabajo más corta y el nivel de vida más alto del mundo.*

Esto, unido a los éxitos en el desarrollo de la democracia y de la cultura socialista, será para las grandes masas trabajadoras de los países capitalistas la prueba mejor de la superioridad del sistema socialista. Aumentará aún más el poder de atracción del marxismo-leninismo, que atraerá a millones de seres al campo del socialismo científico. Todo esto ampliará y robustecerá sensiblemente el frente de las fuerzas que trabajan para alcanzar el paso a un nuevo régimen social. Entre otras cosas, cobrará más realidad todavía la perspectiva de la transición pacífica al socialismo.

Cuando los éxitos de la construcción comunista en la Unión Soviética la conviertan en la primera potencia económica y ayuden al campo del socialismo a sobrepasar en producción industrial al mundo capitalista, la repercusión de estos acontecimientos habrá de ser muy profunda en los países subdesarrollados de Asia, África e Iberoamérica.

La ayuda que el campo socialista les preste para vencer su atraso cultural y económico será aún más amplia. Los pueblos de los países socialistas estiman que con esta ayuda cumplen su deber internacionalista para con la parte de la humanidad trabajadora a la que el capitalismo condenó a los más graves suplicios del trabajo forzado, de la miseria, el hambre y la humillación nacional. Los Estados socialistas darán vida, en escala aún mayor, a los nuevos principios de la solidaridad internacional, según los cuales los países socialistas más avanzados

prestan ayuda a los países cuyo desarrollo económico se vio entorpecido por el imperialismo.

Los futuros triunfos del comunismo influirán poderosamente sobre los pueblos emancipados de Oriente a la hora de elegir la vía de su evolución histórica. Los trabajadores y todos los elementos nacionales y democráticos de estos países se convencerán más y más de que la auténtica independencia, el fin de la miseria y la verdadera democracia están sólo en la ruta que a toda la humanidad oprimida y explotada muestra el socialismo científico de Marx, Engels y Lenin.

Tales son las alentadoras perspectivas históricas que se abren con los éxitos de la construcción del comunismo en la U.R.S.S. A la vez, constituyen un poderoso estímulo para los trabajadores de la Unión Soviética en sus esfuerzos por construir la sociedad comunista, la más justa de cuantas puedan concebirse, y en su lucha por la paz, la democracia y el progreso social en el mundo entero.

Capitulo XXVII. La sociedad comunista

Refiriéndose a las condiciones en que se afirmará la fase superior -comunista- del nuevo régimen, Marx escribía: "...Cuando haya desaparecido la subordinación esclavizadora de los individuos a la división del trabajo, y con ella el contraste entre el trabajo intelectual y el trabajo manual; cuando el trabajo no sea solamente un medio de vida, sino la primera necesidad vital; cuando, con el desarrollo de los individuos en todos sus aspectos, crezcan también las fuerzas productivas y corran a chorro lleno los manantiales de la riqueza colectiva, sólo entonces... la sociedad podrá escribir en sus banderas: «¡De cada cual, según su capacidad; a cada cual, según sus necesidades! »"[355]

Estas condiciones enumeradas por Marx van tomando gradualmente cuerpo en los países socialistas, y sobre todo en la Unión Soviética, como fruto del desarrollo de las tendencias a que nos referíamos en el capítulo anterior. En última instancia, con la necesidad de una ley histórica, conducirán al triunfo completo del comunismo.

El nacimiento del nuevo régimen en su fase superior no es ya cosa de un futuro lejano. De ahí que para millones de trabajadores represente un gran interés práctico el saber qué es el comunismo. Quieren y deben saber qué sociedad será el fruto de sus esfuerzos, de su labor diaria, de sus actos grandes y pequeños, heroicos y ordinarios.

¿Puede la ciencia social satisfacer este interés? Si no nos adentramos en detalles y nos circunscribimos a las líneas generales de la nueva sociedad, está en condiciones de hacerlo, sin duda alguna.

No hay que olvidar, se comprende, que el triunfo del comunismo no significará un alto en el desarrollo histórico; la sociedad comunista seguirá sin cesar su proceso de modificación y perfeccionamiento. Es imposible predecir, por eso, cómo será a lo largo de los siglos o milenios. Pero hoy día estamos en condiciones de explicar cómo verán el comunismo muchos de los que ahora viven. La respuesta nos la proporciona la teoría marxista-leninista,

Esto no quiere decir en absoluto que la teoría trate de adaptar el comunismo a esquemas preconcebidos; se basa por completo en el análisis de las tendencias de la sociedad moderna, de las que se deriva el inmediato futuro comunista de la humanidad.

1. Sociedad de bienestar y abundancia para todos

El comunismo es la sociedad que pone fin para siempre a la necesidad y la miseria, y asegura el bienestar a todos los ciudadanos.

Cobran vida los seculares anhelos de abundancia de los hombres del trabajo. El camino para conseguirla lo inicia la transformación socialista de la sociedad, al poner fin a la propiedad privada sobre los medios de producción, a la explotación del hombre por el hombre y a las injusticias sociales. Retira las barreras que se oponían al desarrollo de las fuerzas productivas y permite, con el tiempo, la creación de la poderosa base material y técnica que es necesaria para llegar a la abundancia de bienes materiales.

La base material y técnica del comunismo es erigida, según hemos visto, como consecuencia de la mecanización completa y de la automatización socialista de la producción, del vertiginoso incremento de la producción de energía, del gran impulso dado a la química y a otros sectores de la industria que ofrecen singulares perspectivas, y a la transformación radical de la producción agrícola sobre la base de los últimos adelantos de la ciencia y la técnica.

Cuando nos referimos a la abundancia comunista no hay ya necesidad de soñar con países imaginarios de que nos hablan los cuentos. Los éxitos de los países socialistas en el campo de la ciencia, de la técnica y de la organización de la producción nos brindan una noción suficientemente exacta de los bienes de que los hombres podrán disfrutar en un futuro que ya no está lejos.

La primera preocupación del hombre fue siempre la del pan de cada día. El comunismo resolverá por completo y para siempre este problema.

En la sociedad comunista el trabajo del campo se convertirá en una variedad del trabajo industrial; la agricultura dispondrá en gran abundancia de las máquinas más modernas y variadas y se regirá por los mejores métodos científicos. Esto traerá consigo un inusitado ascenso de la productividad del suelo y hará posible la tarea de proporcionar a todos los miembros de la sociedad alimentos sanos, sabrosos y

[355] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. II, Moscú, 1955, pág. 15.

variados.

La tarea es perfectamente hacedera. Una base sólida para conseguirla la proporcionan ya los actuales adelantos de la agrotecnia y la biología, así como los éxitos logrados en la mecanización de la producción agrícola. Los cálculos nos dicen que si estas realizaciones se pudieran aplicar en todos los países del globo, permitirían atender plenamente las necesidades de una población muchas veces superior a la que ahora existe.

Conforme el nivel de la civilización aumenta, tanto mayor es el número y la variedad de cosas y servicios de que los hombres necesitan. La noción de bienestar comprende ya hoy día, además de buenos alimentos, viviendas cómodas y amplias, ropa bien hecha y de buena calidad. Y toda clase de objetos que alivian el trabajo doméstico y son ornato de la vida. Añadamos a ello cómodos transportes, los artículos necesarios para cultivar el espíritu y el cuerpo (libros, radio, televisión, instrumentos de música, material deportivo) y diez mil cosas más.

El comunismo se propone dar satisfacción completa a todas estas necesidades de los hombres. Los actuales avances de la ciencia, la técnica y la organización de la producción hacen que esto sea perfectamente factible.

En efecto, ¿qué puede impedir el cumplimiento de esta tarea, a pesar de toda la complejidad que encierra?

¿La escasez de materias primas? ¿Se han reducido los depósitos que la naturaleza preparó al hombre? Actualmente se ve ya que este peligro no existe. El incremento de la agricultura brinda enormes reservas para la producción de artículos de consumo. Pero las posibilidades son aún mayores en lo que se refiere a la utilización de materiales sintéticos, de calidad igual y muchas veces superior a los que la naturaleza nos proporciona. El hombre ha aprendido a obtener excelentes materiales partiendo de la hulla y del gas natural, del petróleo y de los residuos de la madera, del agua del mar e incluso del aire. Este es el camino que en un futuro ya próximo permitirá resolver radicalmente el problema de las materias primas.

No puede ser tampoco un obstáculo para la abundancia la escasez de mano de obra, pues no hay límites para la productividad del trabajo humano. Los hombres han aprendido a poner a su servicio máquinas que aumentan su capacidad de producción en miles y miles de veces. Han descubierto fuentes inagotables de energía en la propia naturaleza: en el agua, el aire, el subsuelo y, en fin, en el átomo. Han aprendido a construir inteligentes máquinas automáticas que en un porvenir no lejano podrán inundar literalmente a la humanidad de todo cuanto necesite para la vida.

Los avances de la ciencia y la técnica de nuestros días y los descubrimientos, en el umbral de los cuales se encuentra, hacen tangible y real la perspectiva de poder satisfacer todas las necesidades de los miembros de la sociedad no sólo en cuanto a los objetos más imprescindibles, sino también, gradualmente, en cuanto a artículos y servicios que ahora se consideran un lujo.

El comunismo científico examina, pues, el problema del bienestar y la abundancia para todos en relación íntima con el desarrollo de la producción socialista y la elevación de la productividad del trabajo. Es, sin duda alguna, el único camino real. Es lo que distingue a los marxistas de todos cuantos profesaban las ideas del "comunismo de consumo", los cuales, al considerar la vía que puede llevar a la abundancia, hacían hincapié no en la producción, sino en la distribución de los bienes materiales. Su ideal era el simple reparto entre los miembros de la sociedad de todas las riquezas acumuladas, tanto de las que eran de propiedad individual como de las que pertenecían al común y habían de ser utilizadas para fomentar la producción. Pero tal reparto únicamente puede proporcionar una breve ilusión de bienestar general. Inevitablemente traería después el empobrecimiento, y no la abundancia, la igualación en la pobreza, y no en la riqueza. Un sistema justo de distribución, y la experiencia de la vida confirma esta convicción profunda de los marxistas, sólo puede ser beneficioso cuando se apoya en una producción robusta y en constante aumento, cuando la sociedad no se limita a pensar en la manera de repartir los bienes existentes, sino que se preocupa de multiplicarlos sin cesar.

Así, pues, la vía para llegar a la abundancia comunista es el desarrollo rápido y continuo de la gran industria maquinizada de la sociedad socialista. Esto es evidente en nuestros días. Pero en la época en que Marx y Engels llegaban a esta conclusión -que tomaron como base del comunismo científico- significaba un descubrimiento formidable del pensamiento socialista. En aquella época gozaban de gran predicamento las ideas del socialismo utópico, según el cual el bienestar del pueblo sólo era posible abandonando la gran industria maquinizada, fruto del capitalismo, para volver a la pequeña producción. Nadie pondrá ahora en duda que esto habría conducido, en fin de cuentas, a la restauración del capitalismo; habría sido una regresión, y no un progreso de la humanidad.

El hecho de que el marxismo-leninismo vea en la gran producción moderna, en el progreso técnico y científico, la única posibilidad para llegar a la abundancia, no quiere decir en modo alguno que reduzca el problema a la producción y a la técnica. Hay también un aspecto *social* no menos importante. Se trata de un problema que es imposible resolver al margen de las condiciones sociales que aparecen con el triunfo del socialismo. Bajo el capitalismo, ningún progreso técnico y científico es capaz de asegurar la abundancia a todos los miembros de la sociedad. Un

ejemplo vivo es el de los Estados Unidos -el país más rico y poderoso del campo capitalista-, donde el alto nivel de producción parece que podría garantizar una vida desahogada a todo el pueblo y, sin embargo, hay millones y millones de personas que comen mal, que no tienen la vida resuelta y necesitan de lo más imprescindible.

Quiere decirse que, sólo combinada a los principios del socialismo, la alta técnica de producción puede proporcionar una verdadera abundancia a todo el pueblo. Sólo después de que el régimen social, la producción y la distribución de bienes materiales y espirituales han sido transformados según los principios socialistas -y luego comunistas- comienza esta abundancia a dar sus frutos a *cada* miembro de la sociedad.

2. De cada uno según su capacidad

Con el comunismo, lo mismo que con cualquier otro régimen social, la única fuente de todos los valores es el trabajo humano. "Con el comunismo no habrá una vida señorial, en la que reinen la pereza y el ocio, sino una vida obrera, de trabajo, culta e interesante" *(N.* S. *Jruschov).*[356]

Por esto, por mucho que la técnica avance, por grandes que sean los triunfos de la ciencia, el principio inmutable del comunismo será siempre: "de cada uno según su capacidad".

Este principio, según sabemos, rige también bajo el socialismo, afirmando el deber que todos los miembros de la sociedad tienen de trabajar según su capacidad les permita. El comunismo aporta, sin embargo, cambios profundos al contenido de la fórmula "de cada uno según su capacidad".

Primeramente, al asegurar la expansión del individuo en todos los órdenes, las condiciones del sistema comunista hacen que la capacidad humana se manifieste en todos sus aspectos, por lo que el trabajo, realizado en la medida de la capacidad de cada uno, es mucho más productivo. En segundo término, el cumplimiento por cada uno de su deber de trabajar con arreglo a su capacidad se asegura dentro del comunismo por vías distintas a lo que ocurre bajo el socialismo. En la sociedad socialista, según sabemos, lo decisivo son los estímulos materiales (remuneración del trabajo), que obran en combinación con los de tipo moral. Dentro del comunismo, todos los miembros de la sociedad trabajarán impulsados exclusivamente por estímulos morales, por su elevada conciencia. Con otras palabras, será un trabajo gratis, a la vez que son satisfechas a título gratuito todas las necesidades del trabajador.

"El trabajo comunista en el sentido más estricto de la palabra -escribía Lenin- es un trabajo gratuito en beneficio de la sociedad, un trabajo que no se realiza como cumplimiento de determinada carga, ni para adquirir derecho a ciertos productos, ni es establecido de antemano por normas legales, sino que se trata de un trabajo voluntario, que se da sin pensar en la remuneración, sin condiciones de remuneración, un trabajo que se lleva a cabo por la costumbre de trabajar para el bien común y por la conciencia (convertida en costumbre) de la necesidad de trabajar para el bien común, un trabajo como necesidad del organismo sano."[357]

Está claro que el trabajo puede convertirse en costumbre, en necesidad vital de cada persona, cuando, además de haberse llegado a un alto grado de conciencia, el propio trabajo cambie de carácter.

Una de las condiciones principales para que esto ocurra es alcanzada ya bajo el socialismo, cuando desaparece la explotación del hombre por el hombre. Las otras condiciones se van dando en el período de transición al comunismo. El trabajo humano es sustituido por el de las máquinas en todos los lugares donde se exigen desmedidos esfuerzos físicos, donde el trabajo es monótono y agota al hombre. Se reduce sin cesar el tiempo del trabajo invertido en la producción material. Finalmente, desaparece la vieja división del trabajo, que deformaba al hombre y lo mantenía sujeto de por vida a una misma profesión, como el galeote a su remo, cerrando el camino a la manifestación de su capacidad y sus aficiones.

Así, el trabajo se transforma apoyándose en el reequipamiento técnico de la producción y la amplia aplicación en ella de los avances de la ciencia, así como en el progreso social y cultural de la nueva sociedad. En el comunismo, el trabajo humano se emancipa hasta el fin de todo cuanto en el transcurso de miles de años lo había convertido en una pesada carga. Conviértese en una actividad no ya libre, sino genuinamente creadora. En la producción automatizada de la sociedad comunista, el trabajo del hombre se encargará, cada vez más, de cumplir las funciones que no están al alcance de ninguna máquina, es decir, principalmente, las funciones relacionadas con el diseño y el perfeccionamiento de las propias máquinas.

Podemos representarnos un cuadro aproximado del carácter que el trabajo adquirirá en el comunismo si tenemos presentes las siguientes características que le son propias:

Cada individuo, por sus conocimientos y por el tipo de su trabajo, cumple las funciones que en la producción actual están encomendadas al ingeniero.

Los hombres dedican a la producción de veinte a veinticinco horas a la semana (es decir, unas cuatro o cinco horas al día), y, con el tiempo, todavía menos.

El individuo puede elegir ocupación de conformidad con su capacidad y aficiones, y cambiarla si así lo desea.

[356] *XIII Congreso de la Unión de Juventudes Comunistas Leninistas de la U.R.S.S.* Actas taquigráficas, ed. Joven Guardia, 1959, pág. 277.

[357] V. I. Lenin, *Obras,* ed. cit., t. XXX, pág. 482.

Todo el talento y capacidad de los hombres encuentra desarrollo completo y aplicación, ya en su actividad productiva, ya en el tiempo que el trabajo le deja libre.

El hombre no tiene por qué preocuparse del salario, de la remuneración que percibirá por su trabajo, pues la sociedad se encarga de satisfacer por entero sus necesidades.

El trabajo goza en la sociedad de la estimación más alta y se convierte para todos en el principal criterio valorativo de la persona.

En estas condiciones, como es lógico, el trabajo se convierte en una actividad libre y voluntaria, en una necesidad, en costumbre de todos los miembros de la sociedad, pues el trabajo creador es algo consustancial con el individuo y representa, como decía Engels, "el mayor placer de cuantos se conocen".[358]

Para que el trabajo sea motivo de gozo, no es necesario convertirlo en una especie de entretenido juego que no exija la menor tensión de las energías físicas y espirituales, como se lo imaginaban ciertos socialistas utópicos. Polemizando con estas simplistas concepciones, Marx escribía que "el trabajo libre, por ejemplo, el trabajo del compositor, es al mismo tiempo un asunto endiabladamente serio, una tensión intensísima". No menos serio es el trabajo del diseñador, del inventor, del escritor: en una palabra, el verdadero trabajo de creación. ¿Pero acaso la tensión que ese trabajo lleva consigo lo hace menos atractivo?

El trabajo creador y libre proporcionará bajo el comunismo a los miembros de la sociedad una satisfacción tan profunda, que el concepto de ocio no se relacionará en ellos con la idea de no hacer nada en absoluto. Es muy probable que, además de su ocupación principal en la producción, que les tomará una pequeña parte del día, haya muchos que quieran dedicarse a la ciencia, los inventos, el arte, la literatura, etc. El nivel de la cultura general y de los conocimientos especiales de millones de hombres será tan elevado, que estos "pasatiempos" contribuirán constantemente al avance y progreso de la humanidad.

El gozo supremo del trabajo creador y libre, patrimonio de unos pocos, el comunismo lo convertirá paulatinamente en patrimonio de todos; el tiempo invertido en el trabajo, que para millones de seres fue durante largas siglos un tiempo robado a la vida, se convertirá en un tiempo que enriquece la vida.

Esto será la gran conquista del humanismo comunista. Sus resultados se dejarán sentir en todas las esferas de la vida social, dando origen a nuevas relaciones entre los hombres, creando las premisas para una expansión jamás vista del individuo y asegurando las condiciones para la nueva formación de distribución que el comunismo trae consigo.

[358] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. II, pág. 351.

3. A cada uno según sus necesidades

El comunismo hace efectiva la forma de distribución de los bienes materiales y espirituales que se basa en el principio de "a cada uno según sus necesidades". Dicho de otro modo, el individuo recibe de la sociedad, sin intermedio del dinero, todo cuanto necesita, cualquiera que sea la posición que ocupe y la cantidad y calidad de trabajo que rinda.

Es fácil comprender que esto no significa solamente una grandiosa revolución en el concepto que se tiene del trabajo, el cual deja de ser un simple medio de ganarse la vida. Al desaparecer la necesidad del control y de la medida del trabajo y del consumo, al ser abolido el dinero y perder vigencia las relaciones monetario-mercantiles, cambia radicalmente el propio carácter de los vínculos existentes entre el hombre y la sociedad. Estos vínculos se desprenden definitivamente de consideraciones basadas en el interés, de todo cuanto ponía en ellos la necesidad de ganar un salario, el provecho material.

La posibilidad de obtener en cualquier tiempo de las reservas sociales cuanto se necesita para una vida culta y desahogada, purificará toda la psicología de los hombres, sobre la que siempre pesa la preocupación por el mañana. En la nueva psicología y la nueva moral no habrá ya lugar a ideas sobre los ingresos y la propiedad privada, que bajo el capitalismo es lo que daba sentido a la vida de muchos. El hombre podrá consagrarse, por fin, a intereses elevados, de entre los cuales pasarán a primer plano los que se refieren a la sociedad.

La distribución según las necesidades toma cuerpo, sin embargo, en el comunismo, no por consideraciones humanitarias solamente, no por el deseo único de evitar a todos los miembros de la sociedad la preocupación por el futuro. Se lleva a cabo también por una *necesidad económica* directa que se hace patente en este elevado escalón de desarrollo de la producción social. Al distribuir los bienes materiales y espirituales de conformidad con las necesidades de los hombres, el sistema comunista crea las mejores condiciones para un mayor desarrollo de la principal fuerza productiva, que es el trabajador, y para la expansión de todas sus facultades. Lo mismo el individuo que la sociedad salen ganando por igual con esto. Refiriéndose a esta circunstancia, escribía Engels que "la distribución, dirigida como se verá por consideraciones puramente económicas, será regulada por los intereses de la producción, a la vez que el desarrollo de esta última se ve estimulado principalmente por el modo de distribución que permite a *todos* los miembros de la sociedad desplegar al máximo, cultivar y manifestar sus facultades".[359]

[359] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., pág. 138.

Algunos críticos miopes del marxismo recurren a argumentos absurdos en sus intentos de demostrar que los ideales de la sociedad comunista son irrealizables. Si los bienes son distribuidos gratuitamente, preguntan, ¿qué ocurrirá si cada uno quiere tener cada día un traje o un automóvil nuevo? ¿Y si cada miembro de la sociedad pide un palacio con docenas de habitaciones o desea poseer una colección de joyas o de obras únicas de arte?

Los autores de semejantes estupideces miden al ciudadano de la futura sociedad comunista con su propio rasero y le atribuyen los vicios que ellos mismos padecen. El régimen comunista, se comprende, no puede tomar a su cargo la satisfacción de semejantes caprichos y manías. Su fin, como indicaba Engels, es el de satisfacer las necesidades razonables de los hombres en medida siempre creciente.[360] ¿Significa esto que en vez de las relaciones monetarias habrá de recurrirse a otras formas de reglamentación obligada del consumo? No; bajo el comunismo, hay que pensar, no será preciso establecer qué necesidades son razonables y cuáles no lo son. Los propios hombres serán lo suficientemente cultos y conscientes como para no exigir a la sociedad cosas claramente irrazonables. Según escribía Lenin en 1917, el comunismo "presupone una productividad del trabajo distinta de la actual y un hombre *distinto del actual,* que es capaz -como los seminaristas de Pomialovski- de echar a perder «porque sí» los depósitos de la riqueza social y de exigir lo imposible".[361]

Para educar a todos los ciudadanos en un espíritu de visión razonable del consumo se necesitará, sin duda, cierto tiempo; pero es una tarea que está perfectamente al alcance de la sociedad del futuro, con su abundancia de bienes materiales y espirituales y la elevada conciencia del individuo. Y si aparece cierto número de gentes con pretensiones injustificadas, tampoco podrán desorganizar el sistema comunista de distribución. A las gentes con un apetito descomunal, escribía Engels, la sociedad puede darles... ración doble.[362] Pero en la sociedad comunista esto sólo significará que tales individuos se ponen en ridículo ante la opinión pública. Y no es probable que después de esto haya quien quiera repetir la experiencia.

La empresa de convertir en costumbre las formas comunistas de consumo será tanto más factible por cuanto no se exigirán restricciones artificiales o una vida de ascetismo. El ascetismo es, en general, extraño al comunismo científico, que ve el fin de la producción social en la satisfacción completa de las necesidades materiales y espirituales de todos los miembros de la sociedad. Además, la propia sociedad comunista, desde sus primeros pasos, será lo suficientemente rica como para cubrir generosamente no ya las necesidades de los ciudadanos en cuanto comida, ropa, vivienda, etc., sino también para poner a su disposición todo lo que el hombre instruido y culto necesita para alcanzar una vida plena y feliz.

Con el comunismo se elevará sin duda el tipo mismo del consumo y la gente adquirirá gustos más delicados. Las relaciones sociales comunistas educarán en el hombre sentimientos de aversión orgánica hacia la deformación de los gustos y necesidades que era propia de épocas pasadas, cuando las cosas y el nivel de consumo eran uno de los índices principales de la posición del individuo en la sociedad. En vez del lujo, lo que se estimará será la comodidad y la verdadera belleza; los hombres dejarán de ver en las cosas algo que satisface su vanidad y un exponente de su éxito en la vida; dejarán de vivir para la adquisición y devolverán a las cosas la misión que realmente tienen: la de aliviar y embellecer la vida del hombre.

Es de suponer que en este mismo sentido obrarán las leyes de la producción en masa, como será la producción de todos los principales artículos dentro del comunismo. Cierto que, al correr del tiempo, la sociedad comunista será tan rica como para poder dar satisfacción a las más elevadas demandas de los hombres. Mas será también tan sensata, que no deseará malgastar el trabajo humano ni el patrimonio social. El uno y el otro encontrarán siempre un empleo adecuado y digno. No es que vaya a disminuir el nivel estético; de lo que se trata es de que aparecerán otras normas estéticas que respondan a todo el nuevo modo de vida.

De lo dicho se desprende que la realización del principio comunista, "a cada uno según sus necesidades", será una grandiosa conquista de la humanidad. No tiene sentido lanzarnos a hacer conjeturas acerca de cuáles serán en concreto esas necesidades; está clara una cosa: que serán mucho más elevadas y variadas que ahora. Las necesidades humanas no son algo estancado e inmutable, sin cesar crecen y se desarrollan. Este proceso adquirirá singular rapidez con el comunismo. De ahí que el régimen comunista se proponga la satisfacción de las *necesidades en constante aumento* de todos los miembros de la sociedad.

4. El hombre libre en la sociedad libre

El comunismo es el más justo de todos los regímenes sociales; da plena vida a los principios de igualdad y libertad, asegura la expansión de la personalidad humana y convierte la sociedad en una asociación perfectamente organizada, en una comunidad de hombres del trabajo.

Igualdad y libertad.

La igualdad y la libertad constituyeron siempre la aspiración suprema de la parte mejor de la

[360] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. XV, pág. 421.
[361] V. I. Lenin, *Obras.* ed. cit.. t. XXV, pág. 441.
[362] F. Engels, *Anti-Dühring,* ed. cit., pág. 325.

humanidad. Bajo sus banderas se produjeron muchos movimientos sociales del pasado, entre ellos las revoluciones burguesas de los siglos XVIII y XIX. Pero esta aspiración era irrealizable en una sociedad basada en la propiedad privada sobre los medios de producción y escindida en clases de explotadores y explotados, de opresores y oprimidos.

Sólo cuando los medios de producción son convertidos en propiedad social y la explotación del hombre por el hombre es imposible, se abre el camino para la igualdad real, y no simplemente sobre el papel, de los hombres, y es posible de veras su liberación.

El comunismo lleva hasta el fin esta obra histórica. Uno de sus grandes principios sociales es la *igualdad real y universal de los hombres.*

La igualdad se consigue primeramente gracias a que el comunismo es una sociedad sin clases, en la que son suprimidos los últimos residuos de las diferencias sociales y de la desigualdad, de ellas derivada, que se mantenían aún bajo el socialismo, comprendidas las diferencias entre la ciudad y el campo y entre los hombres del trabajo manual e intelectual.

La desaparición de estas diferencias no significa en modo alguno una nivelación de los individuos, la unificación de facultades y caracteres humanos. El comunismo no es un cuartel habitado por seres sin individualidad. Únicamente los vulgarizadores incorregibles o quienes mienten a sabiendas son capaces de presentar una caricatura tal de la sociedad del futuro. Lo cierto es que esta sociedad abre unos horizontes ilimitados, como jamás se conocieron, a la expansión de la individualidad humana en toda su variedad infinita.

La igualdad comunista no quiere decir que vayan a desaparecer todas las diferencias entre los hombres; serán eliminadas, sí, las diferencias y condiciones que colocaban a los hombres en una situación de desigualdad social. Sin que en ello influyan su origen ni su situación, cualquiera que sea su aportación a la producción social, el hombre es colocado bajo el comunismo en igualdad de condiciones para tomar parte en la gestión de los asuntos comunes, para perfeccionarse y gozar de todos los bienes de la vida. Una de las características del comunismo es precisamente que asegura el alto grado de igualdad en la que, como decía Marx, ni siquiera "la *diferencia* en cuanto a la actividad, al trabajo, trae consigo ninguna *desigualdad,* ningún *privilegio* en el sentido de la posesión y del consumo".[363] Este es el gran significado social de la forma de distribución de los bienes materiales y espirituales que el sistema comunista implanta.

Al propio tiempo, el comunismo trae el triunfo definitivo de la *libertad humana.* En la primera fase -socialista- de desarrollo de la nueva sociedad, los hombres adquieren ya la principal de todas las libertarles, al no verse constreñidos a trabajar para los explotadores. El poder de los trabajadores bajo el socialismo proporciona un sentido verdadero a la democracia o poder del pueblo. El comunismo va más allá, creando por primera vez las condiciones bajo las cuales la coerción se hace completamente innecesaria.

¿Por qué esto es posible dentro del comunismo, cuando en el pasado no hubo sociedad alguna que pudiese aspirar siquiera a renunciar a la coerción? Ello se debe a que durante miles de años reinaron unas condiciones sociales que hacían inevitables las contradicciones irreductibles, los choques de intereses de individuos y de clases enteras. Esta escisión de la sociedad dio origen a la coerción, haciendo nacer un aparato especial de violencia de clase, así como el sistema de normas jurídicas impuestas a los hombres por la fuerza que las clases dominantes reunían en sus manos.

Tal escisión de la sociedad desaparece ya con el triunfo del socialismo. El comunismo, que transforma la producción, la distribución y el trabajo, asegura a la vez la completa fusión de los intereses económico-sociales de todos los miembros de la sociedad. Desaparece así el terreno para cualquier género de medidas coercitivas. Las relaciones de dominación y subordinación son reemplazadas definitivamente por la colaboración libre. El Estado deja de ser necesario, como también la reglamentación jurídica. Para los hombres cultos, de elevadas ideas y rígida moral -como serán los hombres del comunismo- la observación de las normas de la convivencia humana se convertirá en costumbre, en una segunda naturaleza. En estas condiciones, escribía Engels, "el lugar del gobierno de las personas lo ocupa el gobierno de las cosas y la dirección de los procesos productivos".[364]

La desaparición de la vida social de toda clase de coerción transformará no sólo las condiciones sociales de la sociedad futura, sino también el propio hombre, que en todo momento se mantendrá fiel a sus convicciones y a la conciencia de su deber moral.

Expansión de la personalidad humana.

El fin supremo del comunismo consiste en asegurar la *libertad completa de desarrollo de la personalidad humana,* en propiciar las condiciones para la expansión ilimitada de la personalidad y el perfeccionamiento físico y espiritual del individuo. Ahí ve el marxismo la verdadera libertad en el sentido más elevado de la palabra.

Una vida desahogada para todos, un sistema bien montado de higiene y sanidad públicas y un modo de vida razonable, asegurarán al hombre, en la sociedad comunista, la perfección física y una vida larga y

[363] C. Marx y F. Engels. *Obras.* ed. cit., t. III, pág. 542.

[364] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. II, Moscú, 1955, pág. 141.

sana. La forma de distribución propia del comunismo le eximirá de las preocupaciones por el pan de cada día. Un trabajo libre y creador dará amplio vuelo a las diversas facultades en él latentes.

Será muchísimo mayor el tiempo libre de que los hombres dispongan. Ya sabemos la gran importancia que concedía a esta circunstancia Marx, quien afirmaba que bajo el comunismo la riqueza de la sociedad no será medida por el tiempo de trabajo, sino por el tiempo libre de sus miembros. Pues no se trata de un tiempo destinado simplemente al descanso y a la reposición de energías; será, según palabras de Marx, el espacio destinado al perfeccionamiento de su personalidad.

Los hombres de la nueva sociedad, cultivados en todos los órdenes, encontrarán sin duda medios razonables y dignos para llenar ese "espacio". El estudio será tan imprescindible en su vida como pueda serlo el trabajo, el descanso o el sueño. Crecerá inconmensurablemente la necesidad que se sienta por todo género de bienes culturales. La sociedad, más rica, podrá destinar a su producción recursos y trabajo en cantidad creciente.

Otra circunstancia que contribuirá en alto grado al perfeccionamiento del individuo es que la sociedad comunista proporcionará posibilidades ilimitadas para que el hombre encuentre campo de aplicación a todas sus facultades; y éstas ya sabemos que sólo se desarrollan, perfilan y perfeccionan cuando son puestas en juego.

Estas premisas darán alas a la inteligencia humana para desplegarse con todo su vigor. Los caracteres y sentimientos se elevarán hasta cimas nunca vistas. Las nuevas condiciones de vida harán nacer nuevos impulsos morales: solidaridad, buena voluntad mutua, un sentimiento de honda comunidad con los demás miembros de una misma familia humana. Todo esto brindará a la humanidad las más ilimitadas posibilidades para gozar de la vida y disfrutar plenamente de las alegrías que ésta proporciona.

Al mismo tiempo, la expansión de la personalidad será un poderoso factor que contribuirá al rápido progreso de la sociedad comunista. Porque la inteligencia, el talento y la capacidad de los hombres es la mayor riqueza de que cualquier sociedad dispone. En el pasado, sin embargo, en virtud de las condiciones sociales, esta riqueza era aprovechada en una parte mínima. ¡Qué infinitas perspectivas se ofrecerán cuando la capacidad y el talento de cada individuo puedan desplegarse por completo, cuando encuentren una aplicación fecunda y no sean disipadas sin provecho alguno!

Comunidad organizada de hombres altamente desarrollados.

La libertad que el comunismo dé al hombre no significará la desintegración de la sociedad en comunas autónomas, y mucho menos en individuos que no admiten vínculos sociales de ningún género.

Para que la producción social funcione y se desarrolle normalmente, para que la cultura y la civilización florezcan, proporcionando a los hombres una vida de bienestar, libre y feliz, la sociedad necesita una organización. Por eso el Estado no será sustituido por el reino de la anarquía universal, sino por un sistema de *administración social.*

No tendría sentido que nos dedicásemos a conjeturar qué formas concretas adoptará este sistema, pero sí podemos juzgar de algunos de sus rasgos generales con grandes probabilidades de estar en lo cierto.

La administración social del comunismo será un sistema orgánico que comprenda a *toda la población,* la cual, a través del mismo, ejercerá la *dirección directa de sus asuntos.* Este sistema exigirá formas nuevas de organización, tales que permitan conocer acertadamente y a su debido tiempo la voluntad común y aplicarlas eficazmente, agrupando a millones y millones de seres para el cumplimiento de las tareas que ante la sociedad se presentan.

La administración social comunista será, ante todo, un ramificado sistema de organizaciones de masas y colectividades. Sólo así se puede asegurar la participación constante de todos los miembros de la sociedad en las labores de dirección, el aprovechamiento de su energía, su experiencia y su fecunda iniciativa.

Cambiarán también, en consonancia con ello, los métodos de dirección de los asuntos públicos. En la economía -la esfera principal de la administración social- serán métodos de planificación científica, de organización de vínculos voluntarios y de colaboración entre el personal de las empresas y entre las zonas económicas. Otros asuntos serán resueltos recurriendo a los métodos de la presión social, de la influencia de la opinión pública. Esta será, dentro del comunismo, una fuerza suficientemente poderosa para hacer entrar en razón a quienes no deseen seguir las costumbres y normas comunistas de convivencia.

Cambiará sustancialmente la atmósfera en que se desenvuelva la labor de la administración social. Esta presupone no sólo una completa publicidad e información sobre los asuntos de la sociedad, sino también una intensa actividad civil de los ciudadanos y su profundo interés por todas las cuestiones que afecten a la colectividad. Es muy probable que la discusión pública de los asuntos revele la existencia de opiniones contrarias, pero esto no significará un obstáculo, sino que, al revés, ayudará a encontrar la solución más acertada. Las contradicciones irreductibles, según demuestra la experiencia, son producto de intereses antagónicos y de la ignorancia. Estas causas quedarán eliminadas bajo el comunismo; sólo restarán, por tanto, diferencias en cuanto a la experiencia, al grado de información que

se tenga sobre determinada materia y a la manera de enfocar los asuntos. No será, sin embargo, nada difícil salvarlas, considerando la profunda comunidad de intereses, de fines y de ideas existente entre todos los ciudadanos.

Todos estos rasgos de la administración social comunista responden por completo al carácter de las relaciones entre los hombres de la sociedad futura, que serán relaciones de colaboración, fraternidad y comunidad. El hombre comunista no será egoísta ni individualista, se distinguirá por un colectivismo consciente y una honda preocupación por el bien común. La moral de este hombre tendrá como base primera y principal la devoción a la colectividad; todos estarán dispuestos en cualquier momento a salir en defensa de los intereses sociales. Estas virtudes de los ciudadanos libres e iguales de la nueva sociedad harán del comunismo una comunidad muy organizada y bien coordinada de hombres que dominan a la perfección todos los secretos de su fecundo trabajo.

5. Paz y amistad, colaboración y aproximación de los pueblos

El comunismo significa el establecimiento de nuevas relaciones entre los pueblos.

Dichas relaciones se derivan de los principios del internacionalismo socialista, que hoy día constituyen ya la base sobre la que se desenvuelven los países del sistema mundial del socialismo.

La victoria de la revolución socialista suprime las causas que engendran las guerras entre los países y convierte a la paz y la amistad en el fundamento de las relaciones entre los pueblos que construyen la sociedad nueva. El comunismo da más solidez todavía a estas relaciones, y así se desprende de la esencia misma del sistema comunista. "...En contraposición a la sociedad vieja, con su miseria económica y su insania política -escribía proféticamente Marx acerca del comunismo-, nace una sociedad nueva, cuyo principio internacional será *la paz,* puesto que en cada uno de los pueblos habrá un mismo señor: *¡el trabajo!"*[365]

Vemos que, hoy, en las relaciones entre los países socialistas impera el principio de igualdad de derechos de las naciones, sin que sobre él influyan el número de habitantes de cada una ni su nivel económico y cultural. El triunfo del comunismo elevará este principio a un escalón superior, asegurando la *igualdad real* de los países donde se afirmó el nuevo régimen. Ya en el período de transición al comunismo, alcanzarán todos el nivel de los avanzados y su entrada en la nueva era será más o menos simultánea.

La creación del sistema socialista mundial ha traído consigo una íntima colaboración y ayuda mutua de los pueblos liberados. El comunismo significará nuevos avances en esta colaboración. Dejará abierto el camino para una inusitada aproximación económica y cultural de todos los pueblos al objeto de facilitar y acelerar su progreso.

Todos estos cambios serán parte inseparable de la transformación comunista de la sociedad, que traerá como consecuencia la desaparición completa de cualquier huella de la división y el aislamiento en que antes vivían los pueblos.

Ciertamente que las naciones, y por consiguiente las culturas nacionales y las lenguas, existirán aún largo tiempo después del triunfo del comunismo. Pero la vida y las relaciones entre los pueblos se verán libres de cuanto signifique el más pequeño motivo para la enemistad y la discordia, el particularismo y el aislamiento, el egoísmo y la limitación nacionales.

¡Qué formidables beneficios proporcionará todo esto a la humanidad! Sólo con que desapareciera una forma de "relaciones" internacionales como es la guerra -con las destrucciones y muertes que lleva aparejadas-, aun con el nivel actual de la economía, se podrían emprender trabajos gigantescos. Se ha calculado, por ejemplo, que con los recursos consumidos por la segunda guerra mundial se habría podido construir un departamento de cinco habitaciones para cada familia de la tierra, además de un hospital en cada población de más de cinco mil habitantes; y aún habría habido dinero para sostener todos esos hospitales durante diez años. Por lo tanto, los recursos invertidos en una guerra mundial bastarían para resolver radicalmente el problema de la vivienda y el de la sanidad, que tan graves caracteres revisten para la mayoría de los hombres.

¡Y cuántos valores se podrían crear invirtiendo en un trabajo de paz los recursos que ahora se dilapidan en la carrera de armamentos y las energías de las decenas de millones de personas retenidas por los ejércitos y la industria de guerra!

También beneficiará enormemente a los pueblos la aproximación económica de los países comunistas, el desarrollo de su economía hacia un sistema comunista mundial. Una amplia cooperación y especialización abrirá horizontes nuevos, permitiendo ahorrar trabajo humano y aumentar la producción de toda clase de artículos. Esto hará que el desarrollo económico se acelere con velocidades como nunca se conocieron.

Serán también ilimitadas las posibilidades que el comunismo ofrezca a los avances culturales de la humanidad. Las culturas de los distintos pueblos, nacionales por la forma, se irán penetrando de un mismo espíritu comunista. Esta aproximación significará un poderoso estímulo para el enriquecimiento recíproco y el progreso de las culturas nacionales, haciendo posible, en el futuro, la formación de una cultura universal única,

[365] C. Marx y F. Engels, *Obras escogidas,* t. I, Moscú. 1955. pág. 449.

profundamente internacional y genuinamente humana. El avance de la ciencia será mucho más rápido, pues resultará posible coordinar sus esfuerzos en escala internacional, y más tarde en escala mundial. Las relaciones entre los hombres de distintos países y nacionalidades serán más íntimas que nunca; las personas se conocerán mejor, podrán aprender unos de otros y cada vez más se sentirán miembros de una misma familia humana.

Se puede decir que el comunismo infundirá un sentido nuevo y más elevado a la noción misma de "humanidad", convirtiendo el género humano -que durante miles de años se vio desgarrado por disensiones, discordias, conflictos y guerras- en una comunidad universal y única.

6. Perspectivas ulteriores del comunismo

Acabamos de referirnos a las perspectivas próximas del comunismo, a lo que espera a las primeras generaciones de hombres que tengan la dicha de vivir en esta sociedad. Sus líneas generales nos demuestran ya que el régimen comunista lleva a la práctica, desde sus primeros pasos, los mejores anhelos de los hombres, su aspiración a lograr para todos el bienestar y la abundancia, la libertad y la igualdad, la paz, la fraternidad y la colaboración del género humano.

Esto es completamente lógico, pues el ideal del comunismo tiene raíces muy hondas en la historia, en el corazón mismo de masas de millones de trabajadores. Estas aspiraciones se encuentran ya en las leyendas populares de la "Edad de Oro" que aparecieron en el amanecer de la civilización. Los movimientos de liberación de las masas trabajadoras plantearon en la Antigüedad y en el medievo muchas reivindicaciones que en el fondo eran comunistas. Y en la confluencia de dos épocas -la feudal y la capitalista- ilustres pensadores de aquel tiempo, como eran los socialistas utópicos, se sirvieron del ideal comunista como base de su doctrina de la sociedad perfecta. Bien es verdad que estos pensadores no pudieron penetrar en el secreto de las leyes del desarrollo social ni dar fundamento científico a la posibilidad real y la necesidad histórica del comunismo. Sólo el marxismo convirtió el comunismo de utopía en ciencia, y la fusión del comunismo científico con el creciente movimiento obrero dio origen a la invencible fuerza que mueve la sociedad hacia la fase siguiente del progreso social: del capitalismo al comunismo.

El comunismo no perdió su gran valor general humano al fundirse con el movimiento obrero. Tenía toda la razón Engels al decir que el comunismo "es la causa de la humanidad entera, y no solamente de los obreros".[366] El triunfo del comunismo significará la realización de las aspiraciones de toda la humanidad trabajadora.

Porque el régimen comunista significa el triunfo del espíritu humano, la victoria completa del *humanismo real,* como decía Marx.

El humanismo comunista es real no solamente porque la creación de una vida interesante, feliz y alegre para todos los hombres será una fuerza motriz de la actividad humana, poderosa y capaz de vencerlo todo. Posee también valor decisivo la circunstancia de que con el comunismo la sociedad tiene, por fin, la posibilidad completa de alcanzar esos fines. La formidable base de producción, el poder creciente sobre las fuerzas de la naturaleza, un orden social justo y razonable, la conciencia y las elevadas virtudes morales de los hombres, permitirán dar vida a las aspiraciones a una sociedad perfecta.

Es con el triunfo del comunismo cuando empieza la historia de la humanidad en el sentido más elevado de la palabra. Lo que diferencia al hombre de todos los demás seres vivos es que la inteligencia y el trabajo le eximen de la necesidad de acomodarse pasivamente a las condiciones del medio, y le permiten transformar estas condiciones en consonancia con sus intereses. Y aunque la humanidad cuenta ya con muchos miles de años de existencia, sólo con el comunismo empieza la era de su madurez completa y acaba la larga prehistoria en que la vida del individuo y de la humanidad en su conjunto se moldeaba bajo la influencia de fuerzas naturales y sociales extrañas, que no se subordinaban a su poder. Con el triunfo del comunismo, que trae consigo la abundancia de cuanto es necesario para la vida, los hombres pueden eliminar de la sociedad todas las manifestaciones inhumanas que antes la dominaban: las guerras, la cruel lucha dentro de la propia sociedad y las injusticias, la falta de cultura, la ignorancia y el atraso, la delincuencia y demás factores negativos. De las relaciones entre los hombres y los pueblos desaparecerán definitivamente la violencia y la avidez, la hipocresía y el egoísmo, la perfidia y la vanidad.

Así conciben los comunistas el triunfo del verdadero humanismo real que prevalecerá en la futura sociedad comunista.

Mas ni siquiera después de haber alcanzado estas cimas se detendrán los hombres; no se estancarán, no se declararán satisfechos, no caerán en una contemplación pasiva. Aparecerán tareas nuevas, vendrán objetivos nuevos, más seductores todavía. La rueda de la historia no se detendrá en su avance.

Si nos paramos a pensar, ésta es la mayor felicidad que pueden tener los hombres, la garantía de que nunca perderán la satisfacción suprema y la alegría que proporcionan el trabajo creador, un quehacer activo y la audaz superación de los obstáculos.

La característica de la sociedad comunista es, precisamente, su desarrollo excepcionalmente rápido y prácticamente ilimitado. Después de su triunfo, la

---

[366] C. Marx y F. Engels, *Obras,* ed. cit., t. II, pág. 516.

vida seguirá presentando a los hombres problemas nuevos, para la resolución de los cuales será preciso el esfuerzo fecundo de cada generación.

Lo primero de todo, está claro que nunca se detendrá el progreso de la producción social. ¿Qué factores estimularán su constante avance? El continuo incremento de las necesidades de los hombres dentro de la sociedad comunista, incremento que, además, se llevará a cabo con inusitada rapidez. Otro factor será el aumento de la población, el cual, como es lógico, impondrá el ascenso de la producción de bienes materiales y culturales. En este mismo sentido obrará la necesidad social de seguir reduciendo la jornada de trabajo y de aumentar el tiempo libre de que disfruten los trabajadores.

No es difícil prever que el propio desarrollo de la producción exigirá la solución de numerosos problemas muy complejos relacionados con el perfeccionamiento de su organización, con la capacitación de especialistas y con la invención y aplicación de toda clase de máquinas y aparatos.

No cesarán de presentarse problemas nuevos ante la ciencia, que ocupará un lugar de primera fila en la sociedad comunista. Hoy día podemos ver ya que el panorama que se le abre es verdaderamente grandioso. El académico soviético V. A. Obruchev escribe así acerca de lo que los hombres tienen derecho a esperar de la ciencia.

"Es necesario:

"Alargar la vida del hombre hasta una media de ciento cincuenta años a doscientos, acabar con las enfermedades infecciosas, reducir al mínimo las no infecciosas, vencer a la vejez y el cansancio, aprender a devolver la vida en los casos de muerte casual y prematura.

"Colocar al servicio del hombre todas las fuerzas de la naturaleza, la energía del Sol y del viento y el calor del subsuelo; aplicar la energía atómica en la industria, los transportes y la construcción; aprender a hacer reservas de energía y a enviarla a cualquier lugar por procedimientos inalámbricos.

"Prevenir y evitar definitivamente las consecuencias de las calamidades naturales: inundaciones, huracanes, erupciones volcánicas y sismos.

"Fabricar todos los cuerpos que se conocen en la Tierra, hasta los más complejos -las albúminas- y otros que la naturaleza no posee: más duros que el diamante, más resistentes al calor que el ladrillo refractario, más resistentes a la fusión que el tungsteno y el osmio, más flexibles que la seda y más elásticos que el caucho.

"Obtener nuevas razas de animales y variedades de plantas, que crezcan más de prisa, que den más carne, leche, lana, cereales, frutas, fibra y madera para las necesidades de la economía nacional.

"Adaptar y asimilar para la vida zonas ahora improductivas como los pantanos, montañas, desiertos, la taiga, la tundra y, acaso, el fondo del mar.

"Aprender a regir el tiempo, a regular el viento y la temperatura, de la misma manera que ahora se regulan los ríos, a desplazar las nubes y a disponer a voluntad de las lluvias y del sol, de la nieve y del calor."[367]

Se comprende que la ciencia no habrá agotado sus posibilidades ni aun después de haber dado cima a estas formidables tareas. No hay ni puede haber límite a la inteligencia del hombre, siempre deseoso de saber, ni a su aspiración a servirse de las fuerzas de la naturaleza y a dominar todos sus secretos.

Jamás dejarán tampoco los hombres de esforzarse por perfeccionar la organización de la sociedad en que viven: las formas de la administración social, el modo de vida y las normas humanas de relación y convivencia.

¡Y qué campo infinito se abre ante la sociedad comunista en cuanto al desarrollo de las facultades y la personalidad de todos sus miembros, al perfeccionamiento físico y espiritual de los propios hombres!

El ascenso hacia las resplandecientes cumbres de la civilización comunista generará siempre en los hombres manantiales de fuerza de voluntad e inteligencia, de impulsos creadores, de valor y de esa energía que es el origen y fuente de la vida.

---

[367] *La Ciencia* y *la juventud,* ed. de la Academia de Ciencias de la U.R.S.S., Moscú, 1958, pág. 63.